

LAS METAMORFOSIS

Ovidio

InfoLibros.org



SINOPSIS DE LAS METAMORFOSIS

La metamorfosis es un poema escrito en verso del poeta romano Ovidio. Está compuesto por 15 libros en los que se cuenta la historia de la humanidad, desde su génesis hasta la divinización de Julio César. La obra es una de las más representativas de la era de oro de la literatura latina, y una de las más leídas durante la Edad Media y siglos posteriores.

La novela de Ovidio incluye elementos históricos y mitológicos de la cultura grecorromana. Metamorfosis, el título de la obra, le hace honor a los múltiples cambios de forma que se presentan en sus historias. Incluye algunos de los mitos más influyentes de la literatura de Occidente, como Apolo y Dafne, y Jacinto y Pigmalión.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Las metamorfosis por Ovidio en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [The Metamorphoses author Ovidio](#)
- Portugués InfoLivros.org: [A Metamorfozes autor Ovidio](#)

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

INTRODUCCIÓN

Los mitos y la poesía

Las Metamorfosis de Ovidio tienen el doble valor, poético y mitográfico a la vez, que caracteriza a la gran masa de las obras maestras de la poesía clásica, desde Homero hasta Museo, desde Virgilio hasta Claudiano. De entre los géneros poéticos de la Antigüedad, la épica, la lírica y la tragedia, que son los géneros nobles que constituyen la poesía pura, se muestran tan estrechamente ligados con la mitología, que de hecho no ofrecen nunca valores poéticos independientes de ella. Tal independencia se muestra, en cambio, en buena medida, en la comedia, y, bastante menos, pero independencia desde luego, temática al menos, en la elegía, en la yambografía, en la epigramática, en la bucólica, en la poesía didáctica, en la sátira y en la fábula colíambica, géneros todos ellos que, sustituyendo la tradición mítica por escenas de creación libre o por temas de reflexión, observación, crítica o experiencia personal, se aproximan con frecuencia a la prosa (aun cuando tampoco es raro encontrar en ellos joyas de la más alta y acabada perfección poética: bastaría recordar, por ejemplo, los libros V-VII y IX-XI de la Antología Palatina). El mundo de la ficción, o bien de la reflexión. cómica, elegiaca, bucólica, didáctica, epigramática, satírica o fabulística, como el

de la prosa poética, en especial la prosa novelística y novelesca en todas sus variedades, ofrece de la realidad una interpretación ideal que aún es predominantemente emotiva, como en la poesía noble, pero que está invadida de la racionalidad que predomina en la prosa. La poesía noble es carne de emoción sobre hueso de racionalidad. Y resulta curiosamente paradójico que sea precisamente esta poesía pura, cuya función es describir «lo que podría ocurrir» la que, externamente al menos, se identifica con la historia, con la prosa histórica, por supuesto, en el carácter distintivo de ésta, a saber, en referir «lo ocurrido», puesto que como ocurrido se concibe el contenido de los mitos. La contradicción es sólo aparente, como es natural: en la historia predominan los hechos, en la poesía las posibilidades. La historia refiere lo ocurrido «como ocurrió»; sus interpretaciones ideales tienden a explicitar y completar los datos ofrecidos por las fuentes, excluyendo lo meramente posible. La poesía, en cambio, refiere lo que se concibe como ocurrido, pero no «como ocurrió» sino «como pudo ocurrir»; sus interpretaciones ideales tienden a presentar la realidad en forma imaginativa y emotiva, creando libremente, sobre datos cuasi-históricos, detalles y evocaciones que puedan admitirse como verosímiles o incluidas de algún modo en la esfera lógica de lo posible. Y este universal ámbito de lo posible es lo que, por otra parte, acerca la poesía a la filosofía en la común elevación de ambas.

Cuanto antecede viene a ser un resumen, aplicado a la poesía clásica de contenido mitológico, de veinticuatro siglos de teoría de la poesía, resumen centrado en el capítulo 9 de la Poética de Aristóteles, y elaborado a la vista de las más importantes obras modernas de estética, poética y ciencia de la literatura, y de todos los comentarios existentes, desde la Antigüedad hasta nuestros días, sobre dicha obra aristotélica, los cuales, para el capítulo 9, han culminado recientemente en un estudio notabilísimo y exhaustivamente sintético de Kurt von Fritz («Entstehung und Inhalt des neunten Kapitels von Aristoteles' Poetik», en Festschrift Ernst Kapp, Hamburg 1958, pp. 67-91; cf., del mismo autor, Fondation Hardt, Entretiens IV 85 ss., y University of California Publications in Philosophy, 28, 3, pp. 113 ss., y cf. especialmente mis propias contribuciones a esta cuestión en Emerita XXI p. 74 n. 2, y en Anales de la Universidad de Murcia XVI pp. F 165-7). Pues bien, insistimos en algo que parece obvio, pero que, por extraño que ello resulte, suele sonar a raro en oídos filológicos modernos: ¿qué quedaría de la poesía épica, lírica y trágica de los griegos y romanos si de ella cercenásemos la mitología? La respuesta es: poco en cantidad y ese poco aburrido en calidad. Imaginemos, por ejemplo, la novena Pítica sin la historia de Cirana y de Aristeo; no queda nada más que Telesícrates, un perfecto desconocido para nosotros, ganó un premio porque corría mucho, y Píndaro no sería Píndaro si se hubiese limitado a contar efímeras victorias contemporáneas sin tener permanentes glorias míticas con que relacionarlas. Es esta temática la que da alas a la inspiración,

nobleza y profundidad a la emoción poética, interés al conjunto y a los detalles no míticos que forman parte de aquél. Y lo mismo ocurre en la tragedia: mientras el comentario filológico discurre por cauces mitológicos todo resulta interesante, y es infinita la variedad de matices que se obtienen por el nuevo tratamiento de un asunto ya conocido; pero el interés del auditorio se eclipsa en cuanto la complicación situacional, ideológica o psicológica, o bien meramente verbal, nos hace perder de vista, por algún momento, la significación de los personajes que tenemos delante. Esto último es mucho más raro en la poesía épica, cuyo carácter mitológico resulta, por tanto, aún más, inexcusable y esencial, si cabe, que el de la lírica y trágica.

Pero es que también los otros géneros poéticos que hemos calificado de más próximos a la prosa se dejan con frecuencia invadir por la mitología, y es entonces también cuando escalan las alturas de la poesía noble. ¿Qué nos importarían a nosotros las cuitas amorosas de Propertio si no fuera porque con ocasión de ellas suele enfrascarse en episodios de la mitología que nos hacen abrirnos a los personales problemas así enlazados con ellos? Así es como la elegía se eleva a las alturas de la épica y de la lírica a la vez, y por eso puede Propertio rivalizar con Horacio.

La propia poesía elegíaca de Ovidio se encuentra, claro está, en ese caso. Ni aun la misma Ars tendría gran interés por su tema sin la mitología que la enriquece; lo mismo los Remedios y los

Amores (no el De medicamine por su tema y brevedad), y con mayor motivo las Heroides, que son mitología pura. También los Fastos, por una parte, y las Tristes y Pónticas por otra, obras en las que, por su plan y circunstancias, predominan lógicamente los temas romanos, contienen centenares de mitos griegos, desarrollados con frecuencia en los Fastos en relatos extensos, y brevemente expuestos, o meramente aludidos, en las Tristes y Pónticas.

Pero la máxima obra mitográfica de Ovidio es desde luego las Metamorfosis, tanto por su plan y contenido, como por haber sido para los siglos de Occidente el más espléndido y popular manual de mitología, en el que han bebido directamente las legiones de artistas que en la pintura, escultura y música tanto o más que en la literatura han producido la inmensidad de obras mitológicas que constituyen buena parte del tesoro artístico de Europa. Y al mismo tiempo que la máxima obra mitográfica, son también las Metamorfosis la obra que nunca, ni aun en las épocas que menos han apreciado a Ovidio, ha dejado de ser generalmente estimada como su obra más perfecta y de mayor aliento. ¡La más mitográfica es también la más poética! Obsérvese que esto no puede ser casual, sino que es a la vez la necesaria consecuencia de cuanto llevamos dicho y su más conspicua prueba. Ovidio empezó por la elegía, pero al llegar a la madurez, tanto en edad como en inspiración, decidió emprender la composición de una obra de poesía pura, de un epos hexamétrico extenso y unitario, de un poema

arquitectónico y sabiamente trabajado que pudiese colocarle en la cima de un género y darle una gloria imperecedera.

Siendo éste el propósito del poeta, como consta tanto por sus propias

declaraciones (Met. XV 871-879, y cf., sobre la composición de la obra, Trist. I 1, 117; I, 7, 13 ss., 19 ss., 23 ss., 27 ss., 35 cc.; II 555 s.; III 14, 19 ss.) como por la realidad misma del poema conseguido, y dado el extraordinario virtuosismo de este versificador innato, el de más extraordinaria difícil facilidad de todos los poetas de la Antigüedad, los problemas que se le presentaban eran sólo los de la elección del tema y la apropiada manera de tratarlo. La solución que dio al primero de ellos fue ya un notable acierto. Aunque nos son desconocidas las calidades poéticas de los modelos inmediatos de Ovidio, de los que luego hablaremos, sí es del todo evidente que ninguno de ellos alcanzó la consideración de primera figura ni un rango semejante al de los autores de los poemas épicos que conservamos. Ahora bien, ninguno de estos últimos había escogido como tema para sus epopeyas un conjunto de mitos heroicos de Grecia, sino que todos ellos habían tratado de un mito particular, reducido a veces, y así precisamente en el princeps y soberano modelo eterno de perfección, la *Iliada*, hay un breve episodio de un mito más extenso. Y al peso de esta tradición necesariamente había de añadirse para Ovidio la autorizada monición horaciana *non fumum ex fulgore sed ex*

fumo dare lucem cogitat, nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo. Los propios poemas del ciclo épico a que aquí alude Horacio desarrollaban también, aunque en forma más prolija que la *Iliada*, una narración única y concebida siempre como complemento necesario de la *Iliada* (así los *Cypria*, la *Aethiopis*, la *Pequeña Iliada*, *'Il...ou Pšrcij* y los *Retornos*; y del mismo modo, por ejemplo, y ya se concibieran como independientes, ya como en algún sentido preliminares del ciclo troyano, la *O,,cal...aj "Alwsij* y la primitiva *Tebaida* predecesora de la *antimaquea*). Pues bien, Ovidio desatendió todos estos precedentes y prefirió escoger para su epopeya un tema amplio y múltiple, aunque unitario, a saber, una narración de todos los mitos heroicos de Grecia terminados en cambios de forma (a los que añadiría como apéndice los mitos romanos de la misma clase o latamente similares), y no tener así que rivalizar con los más grandes poetas épicos de Grecia y de Roma, sino solamente con poetas de segunda fila, sobre los que le sería fácil alcanzar el primer puesto como narrador de *metamorfosis*.

Algunos posibles modelos y fuentes de Ovidio

Veamos ahora quiénes eran estos poetas de *metamorfosis* y cómo debemos enjuiciar su calidad de modelos de Ovidio juntamente con los narradores prosaicos del mismo tema.

El más importante, sobre todo por ser el menos desconocido para nosotros, es Nicandro de Colofón, del siglo III o del II (v. ed. Gow, p. 8), autor de un poema elegíaco titulado 'Ofiak£ y de varios poemas épicos, de entre los cuales el que ha podido servir de modelo a Ovidio es el titulado

`EterioioÚmena o Transformaciones (propiamente «Objetos que están sufriendo transformación»), cuyo asunto nos es conocido en parte por los sumarios en prosa del mitógrafo de la época antonina Antonino Liberal, conservados, como las Pasiones amorosas de Partenio, en un único manuscrito, el famoso Palatinus 398, que es uno de los treinta y ocho Palatini que por exigencia de Napoleón en el tratado de Tolentino pasaron del Vaticano a París en 1797, y que a raíz de la Restauración, en 1816, fueron devueltos a su primitiva procedencia, Heidelberg, donde se conservan en la actualidad. Pero el fragmento más extenso que poseemos de los `EterioioÚmena de Nicandro tiene sólo cuatro hexámetros, citados por el escoliasta de Eurípides, Hécuba 3:

œnq' `Ek£bh Kissh^j, Ót' ™n pur^ dšrketo p£trhn ka^ pÒsin
 ~lkhqe«sa paraspa...ronta quhla«j, e,,j «la poss^ n Ôrouse ka^ ¿n
 °ll£xato morf¼n gr»ion `Urkan...dessin ™eidomšnh skul£kessin,

y por la comparación con el pasaje en que Ovidio cuenta las desdichas de Hécuba y su metamorfosis en perra (Met. XIII

422-571), puede advertirse que mientras Nicandro (seguido por Séneca en el Agamenón vv. 723-6) sitúa esa metamorfosis durante la toma de Troya como

inmediatamente posterior a la muerte de Príamo, Ovidio en cambio, siguiendo a Eurípides, interpone entre ambos sucesos el viaje a Tracia, el descubrimiento del asesinato de Polidoro y el castigo de Poliméstor; luego su dependencia de Nicandro es insignificante en este caso, único en el que podemos comparar poeta con poeta y mitógrafo con mitógrafo. Con tanto mayor motivo habrá, por lo menos, que abstenerse de formular dependencia para los mitos de Ovidio de cuyo tratamiento por Nicandro conocemos sólo algunos detalles sobre la trama argumental, pero sin conocimiento alguno del tenor verbal de Nicandro. Así los de Cragaleo convertido en piedra (brevemente aludido en Met. XIII 714 s.), Cerambo en escarabajo (algo diferente y también muy brevemente narrado en Met. VII 353-6), Bato en piedra (Met. II 687-707, de raigambre hesiodea, v. infra), Dríope en ninfa (pero en loto en Met. IX 327-393, con varios detalles diferentes), Biblis en ninfa (pero en fuente en Met. IX 450-665, también con detalles diferentes), de los pastores mesapios en árboles (aludido, también con variantes, en Met. XIV 513-522), de las hermanas de Meleagro en pintadas (casi igual en Met. VIII 535-546), de Cigno, hijo de Neptuno, en cisne (Met. XII 72-145, procedente de los Cypria), de las hijas de Minias en un murciélago y dos lechuzas (algo diferente en Met.

IV 389415), de las hijas de Orión en cometas (diferente en Met. XIII 692-9), de las hermanas de Faetón en álamos (Met. II 340-366, de raigambre probablemente esquila en las Heliades, y en Eur., Hipp., 735 ss. y Apoll. Rhod. IV 603 ss., cf. Plin., N. H. XXXVII 31), de Alcíone en alción (Meta XI 410-748, de raigambre homérica en Il. IX 562 ss., y en Eur., Iph. Taur. 1089 ss.; también en Cicerón, v. infra), y de Adonis en anémona (Met. X 731-9, cf. Bión I 66). Por tanto, podemos concluir con toda verosimilitud que Ovidio vale mucho más que Nicandro (cf. Kraus en Pauly-Wissowa, XVIII 1939) y que el que éste haya narrado algunas de las metamorfosis que luego narra Ovidio no basta para llamarle modelo de Ovidio, sino a lo sumo una fuente o precedente entre las innumerables obras de la literatura griega que Ovidio conocía perfectamente y utilizaba a su conveniencia sin ulterior lazo o deuda.

Sigue en importancia a Nicandro como precedente inmediato de narrador hexamétrico de metamorfosis Partenio de Nicea, poeta del siglo I a. C., amigo de Cornelio Galo, a quien dedica (con el curioso hiperlatinismo constante en los griegos para los vocativos de los en -ius ð Korn»lie G£lle) una narración entre mitográfica y novelesca en prosa, única obra suya conservada, titulada Pasiones amorosas (o, si se prefiere, Historias de amor), pero autor sobre todo de elegías y de unas Metamorfosis que probablemente eran un epos hexamétrico aunque de ellas no se conserva fragmento alguno v sí sólo un resumen en prosa, transmitido por Eustacio, in Dion. Perieg. v.

420, y schol. in eundem locum, de cómo narra Partenio en las Metamorfosis el mito de Escila la hija de Niso, en donde se ve que la narración coincide en general tanto con la preciosa Ciris de la Appendix Vergiliana como con Ovidio, Met. VIII 1-151; la única divergencia notable es que mientras Partenio y la Ciris (como también Apollod. III 15, 8 y schol. Eur., Hipp. 1200) hacen a Minos arrastrar por el mar a Escila, atada al timón de su navío, Ovidio omite este rasgo de crueldad en el justo Minos, haciendo que sea la propia Escila la que se arroje al mar para seguir a nado a la flota de su ídolo, *Paciente cupidine vires*. Ahora bien, como también en este caso encontramos, como es natural, que el asunto está mencionado y tratado mucho antes de Partenio, y por otra parte tampoco consta con seguridad que las Metamorfosis de éste fueran escritas antes que las de Ovidio, de nuevo tenemos que rechazar entre Ovidio y Partenio relación alguna de dependencia. En efecto, la «criminal Escila» está ya mencionada, en un impresionante relato lírico, en las Coéforos 613 ss., y que fue tema de tragedias lo sabemos por el propio Ovidio, Trist. II 393 s. Luego el que Partenio contase este mito que tiene rasgos de cuento no tiene mucha mayor significación que el hecho, absolutamente insignificante, de que también Calímaco mencione a Escila en vigoroso hexámetro y medio de la Hécale (fr. 288)

Skúlla gun^¾ katak@sa ka^ oÙ yÚqoj oÜnom' œcousa porfuršhn
½mhse krška

y el de que, en cuatro dísticos mucho más emotivos y exquisitos que todos los versos de Calímaco,

resuma Propercio el espléndido epilio de la Appendix. Y en cuanto a la datación de las Metamorfosis de Partenio, no consta en absoluto ni en qué época de su vida las compuso, ni tampoco cuáles son los límites cronológicos de esa vida, y como la noticia de Suidas de que vivió hasta el reinado de Tiberio, aunque sea un poco sospechosa por resultar entonces, al parecer, una vida larguísima, no es posible sin embargo rechazarla ni sustituirla por ningún dato más convincente, resulta lo que hemos dicho respecto de nuestra absoluta imposibilidad de determinar si las Metamorfosis de Partenio (y lo mismo la Ciris, pese a los ingeniosos argumentos de Büchner, en Pauly-Wissowa VIII A, 1123-5, a favor de la anterioridad de la Ciris con respecto a las Metamorfosis de Ovidio) son anteriores o posteriores a las de Ovidio.

Eso mismo ocurre con las 'Alloièseij o Alteraciones de Antígono de Caristo el Joven, contemporáneo de Ovidio y que nada tiene que ver con el Antígono de Caristo paradoxógrafo del siglo III a. C.; en cuanto a la obra misma, es totalmente desconocida. Otros autores de Metamorfosis de los que tampoco sabemos casi nada son Didimarco, mencionado en la nota marginal del Palatinus 398 al capítulo 23 de Antonio

Liberal como narrador, lo mismo que Nicandro, del mito de Bato (y mencionado también en schol. Ambros. Theocr. I, 3), y un Teodoro de quien dice Probo ad Verg. Georg. I 399 que es fuente de Ovidio para una de las dos versiones sobre Alcíone, que generalmente se admite que es la meramente aludida en Met. VII 401, si bien se trata de una admisión absolutamente desprovista de fundamento, una mera conjetura en el vacío. En efecto, Probo sólo dice que hay dos versiones y que Ovidio sigue a Nicandro en la una y a Teodoro en la otra. Y para concluir que la de Teodoro es la de Met VII 401 sólo se aduce que la otra, desarrollada con todo detalle en el conmovedor relato, una de las joyas más acabadas de todo el poema, de Met. XI 410-748, contiene como causa ocasional del desdichado viaje de Céix su deseo de consultar el famoso oráculo apolíneo de Claros en la Jonia, lo cual sería un rasgo patriótico del colofonio Nicandro. Como se ve, el argumento no puede ser más frágil, si bien encontramos igualmente aventurado pretender que sea ésta la versión de Teodoro, como pretendía Dietze (cf., sobre toda la cuestión, Pauly-Wissowa XI 373 Kroll, con el que, como puede verse, no estoy de acuerdo), y lo único que podemos asegurar es que existió un poema hexamétrico de Teodoro titulado Metamorfosis, en el que narraba, además de una de las versiones sobre el origen de los alciones, la historia de Esmirna o Mirra (datos adicionales de Plut., paran. min. 22, 311 A, y Suid, s. v.); si este Teodoro es el mismo, como algunos suponen, que el mencionado por schol. Apoll. Rhod. IV 264, la obra sería muy extensa, pues cita del libro 29, pero la

identificación resulta enigmática en los Teodoros (que son 203 en Pauly-Wissowa, de entre los cuales distingue a 20 Diógenes Laercio II 103; aún hay otro pasaje mitográfico de un Teodoro, citado en Phot., bibl. 190, p. 152 b 26, de quien nada más se sabe), y no podemos por tanto tener la seguridad de que fuesen tan prolijas las Metamorfosis de Teodoro.

Otro precedente relativamente importante, por ser el más antiguo de esta clase aunque ceñido a un tipo especial de metamorfosis, es la 'Orniqogon...a de Boiè, que podemos transcribir por Beo. Se atribuyó a esta Beo, sacerdotisa mítica de Delfos, y sin duda en conexión con los o,,wno... o utilización de los pájaros para las actividades mánticas o adivinatorias, un cierto poema hexamérico sobre el origen de algunos pájaros por metamorfosis de personas humanas, bajo ese título de Ornitogonia. El poema, del que no se conserva ningún fragmento verbal, parece datar de antes del siglo ni (Filócoro es el primero, que sepamos, que lo conoce, citado en Ateneo IX 11, 393 E como citador de la Ornitogonia de Boiè y no de Boxoj, y no haber sido muy conocido hasta que en Roma fue objeto de una retractatio por Emilio Macro, amigo de Ovidio. De su contenido, que en parte coincide con datos de Aristóteles, Hist. anim. IX, conocemos diez historias (en Antonino Liberal), pero de estas diez ninguna tiene en Ovidio correspondencia propiamente dicha.

Tales son, pues, los poemas griegos de tema exclusivamente metamórfico que han servido de modelos a Ovidio. Como

hemos visto, para Ovidio no han sido en realidad sino una de las secciones, y no la más considerable, del repleto almacén de metamorfosis que le ofrecía la poesía griega en general, a partir del mismo Homero, y que Ovidio ha utilizado a su comodidad y en la medida y selección que en cada caso estimaba más oportuna. A los poetas que ya hemos

mencionado como sus fuentes o precedentes, añadiremos aún, por ejemplo, Hesíodo frs. Rzach 181 (en Hygin., Poet. Astron. II 1 y schol. Arat. 27, etc.: de las Eeas, sobre Calisto, para Met. II 409 ss.), 153 (en Antonino Liberal, 23: de las Eeas, sobre Bato, para Met. II 687 ss.), 161 s. (en Tzetzes, in Lycophr. 682: de la Melampodia, sobre Tiresias, para Met. III 320 ss.), y 138 (en schol. Eur. Phoen. 1116: del Egimio, sobre el guardián Argos, para Met. I 624. ss.); Eurípides (además de la Hécuba ya mencionada, la Medea para Met. VII 394-7, las Bacantes para Met. III 513 ss., y el Hipólito para Met. XV 497 ss.); Sófocles (las Traquinias para Met. IX 134 ss.); Teócrito (idyl. XI para Met. XIII 750 ss.); Euforión de Calcis (fr. 38, 1 Meineke porfuršh Ø£kinqe para Met. X 162 ss., para el que también Bión fr. 1 Gallavotti, y Euforión fr. 47 Meineke para Met. I 459); Fánocles "Erwtej ½ kalo... citados por Clem. Alex., strom VI 440 y protr. 28 y Lact. Plac. arg. Met. II fab. 4, para Met. II 367-380, cf. Verg. Aen. X 189 ss.); Calímaco (además de lo antes mencionado, la Hécale en general para Met. VIII 630 ss., y Hymn. VI 24-117 para Met. VIII 739 ss.); y Mimnermo de Colofón (fr. 10 D. para Met. II 385

s., cf. H. Fränkel, Ovid. p. 216). De modo que no pecaremos de excesivamente generalizadores si, con Schanz en la segunda edición de la *Römische Literaturgeschichte*, II 1, p. 219, anterior a los trabajos de Lafaye y Castiglione que aún hoy son los fundamentales para las fuentes de las *Metamorfosis* de Ovidio, afirmamos que es la poesía griega en su conjunto la fuente de las *Metamorfosis*, y que, como no podía menos de ocurrir en un poeta de la talla de Ovidio, su inspiración va más hacia los grandes poetas clásicos (Homero, Hesiodo, el ciclo épico, los trágicos) que hacia los helenísticos, y entre estos últimos más hacia los originales y briosos Teócrito y Apolonio de Rodas que hacia el mucho más famoso que consumado Calímaco, y que sólo el hecho de que hayan sido helenísticos los autores de poemas consagrados exclusivamente a las metamorfosis le hace aproximarse más a éstos en cuanto al tema. Pues la propia elección de este tema depende tan poco del gusto por los helenísticos como pueda depender la elección por Virgilio del tema didáctico para la más perfecta de sus obras, los *Georgica*, puesto que sus modelos helenísticos Arato (y su versión por Varrón del *Átace*), Eratóstenes y las propias *Geórgicas* de Nicandro quedan igualmente desbordados por su directa dependencia de los *Trabajos y Días* de Hesiodo, y aun por sus primeras imitaciones de Homero en los símiles, sin contar su extraordinaria veneración hacia el egregio Lucrecio, tan presente en todo el poema, y también hacia Ennio.

Eso es, pues, lo que ocurre con las fuentes griegas. Con mayor motivo hay que decir eso mismo de los precedentes latinos, entre los cuales se mencionan sobre todo los epilios metamórficos Alcyones (del que casi nada sabemos, por mucho que estrujemos los datos de Nonio Marcelo I p. 65

M. (=90 L.) y de Script. Hist. Aug., Gord. III 2) y Glaucus (obra de niñez y que quizá fue una de las que tuvieron el fabuloso, aunque efímero, éxito que indica Plut. Cic. II 3-4) de Cicerón, Glaucus de

O. Cornificio, Smyrna de Helvio Cinna, lo de Licinio Macro Calvo, celebérrimos poemas los dos últimos, y la Ciris, así como, poema probablemente más extenso, la ya mencionada Ornithogonia, de Emilio Macro, y, sobre todo, la esplendorosa escena, uno de los trozos más encantadores de todo Virgilio, del canto de Sileno en Buc. VI, para la que el propio Virgilio utilizó uno de esos pasajes de las prolijísimas Historias filípicas de Teopompo que quizá ya por entonces habían sido extractados en grupos de Parædoxa o Maravillas, y de la que es igualmente precedente el breve canto de Orfeo en Apoll. Rhod. I 496-511 (cf. también Verg. Georg. IV 347). Virgilio aparece igualmente utilizado en Met. X 8-75 para la historia de Orfeo y Eurídice, que no contiene metamorfosis de ninguna clase (como varias otras incluidas en el poema por extensión y para aprovechar su extraordinaria belleza), y que en las propias Geórgicas está enlazada con el episodio de Aristeo que es de raigambre pindárica, narrado en el más hermoso de todos los

poemas de Píndaro, la Pítica IX. Y utilización, o al menos consciente imitación y deliberada reminiscencia de Virgilio hay igualmente en varios otros pasajes, de los cuales el más conspicuo es la tempestad que sufre Céix en Met. XI 480-572; utilización frecuente de la Eneida, en los libros XIII y XIV. En cuanto a los mencionados epilios latinos o pequeños poemas épicos sobre una única figura mítica que sufre al final la metamorfosis, de ellos no sabemos casi nada, como hemos dicho, y hay que tenerlos en cuenta casi sólo como nuevos datos del gusto que por el tema de las metamorfosis, entre los infinitos aspectos de la siempre presente mitología, se daba en la época, y sin que podamos tampoco establecer ningún otro nexo entre ellos y el poema de Ovidio.

Han supuesto algunos que Ovidio debió utilizar también algún manual mitográfico en prosa, semejante a los que nosotros poseemos de Higino, Apolodoro, Eratóstenes y Conón, o incluso alguno de estos mismos, pero la datación y génesis de estos utilísimos manuales sigue siendo enigmática para nosotros, y la suposición es totalmente gratuita. Lo que sí es evidente es que pudo Ovidio utilizar la historiografía relativa a períodos primitivos, muy en especial los primeros libros de la flamante obra de Diodoro, pero vista la calidad y la multiplicidad de sus fuentes poéticas, así como su personal manera de utilizarlas, poco es lo que queda para las fuentes prosaicas, como no sea algún detalle o precisión erudita.

PRIMER LIBRO

Introducción:

La mutación de las formas a nuevos cuerpos se propone al comienzo del poema como el asunto que ha de ser dicho. El poeta pide a los dioses, autores de tal mutación, que lo alienten a crear un poema que se extienda desde el origen del mundo y llegue hasta los días en que vive (1-4).

En el principio existía sólo el caos, mole informe donde se mezclaban los elementos. No había sol ni luna ni aire ni tierra ni mar; sin esencia durable, todo estorbaba a todo, y luchaban mezclados lo frío y lo caliente, lo mojado y lo seco, lo grave y lo leve (5-20). El dios y, mejorándose, la naturaleza, dirimieron esa lucha, pues separaron el cielo, la tierra y el mar, y, en el cielo, el aire puro y sutil del espeso y grosero, próximo a la tierra. Así se estableció la paz, dando a cada cosa su sitio; se elevó el fuego del cielo hasta lo más alto; inmediatamente bajo él, quedó el aire, y más abajo, la tierra densa; por último, las aguas circundaron la solidez terrestre (21-30). En seguida, el dios, quienquiera que haya sido, redondeó la tierra, vertió en ella las aguas y ordenó que éstas fueran movidas por los vientos y que cercaran las costas; hizo fuentes, estanques y lagos y, entre indinadas márgenes, ríos que se hundieran en la tierra o

desembocaran en el mar, y en la tierra estableció campos, valles, selvas y montañas (31-44).

Y así como el cielo quedó dividido en cinco zonas, la central más cálida que las, otras, tuvo la tierra cinco regiones que corresponden a aquéllas: una central, inhabitable por el calor; dos extremas, cubiertas de nieve, y dos intermedias templadas; sobre tales regiones domina el aire, que es tanto más pesado que el fuego cuanto el agua lo es que él, y la tierra que el agua; en el aire se situaron nieblas, nubes, rayos y vientos; pero el creador del mundo no consintió que estos últimos tuvieran todo el espacio, sino que dio a cada uno su dominio particular: al Euro, el oriente; el poniente, al Céfiro; al Bóreas, el norte, y el sur, al Austro. Sobre los vientos se situó el éter, claro y sin peso (45-68).

Los astros aparecieron en el cielo, y las bestias en la tierra, el aire y el agua. Faltaba, con todo, una criatura que pudiera dominar a las otras, y el hombre fue creado: Prometeo lo hizo de agua y tierra; modelándolo a imagen de los dioses; en tanto que la cabeza de las bestias se inclina hacia tierra, la del hombre se alza para mirar a lo alto (69-88).

Entonces comenzó la edad de oro, donde regían espontáneamente la fe y la rectitud, y no había castigo ni temor; sin leyes ni jueces, todos estaban tranquilos y salvos. No existían naves ni viajes, ni las ciudades se protegían con fosas, y no había armas ni instrumentos que llamaran al combate. La gente despreocupada se dedicaba al ocio, y se alimentaba de

los frutos que la tierra daba de suyo. El aire era suave y tibio en eterna primavera, y los campos se poblaban de espigas y corrían ríos de leche y de néctar, mientras la miel goteaba de las encinas (88-112).

Pero cuando Saturno fue sustituido por Júpiter, advino la edad de plata, que, aunque mejor que la de bronce, era inferior a la de oro. Júpiter redujo el espacio de la primavera, y dividió el año en cuatro estaciones. Entonces hubo en la tierra calor y frío insufribles a la intemperie, y los hombres tuvieron que refugiarse en casas, rudimentarias al principio, y que labrar la tierra para lograr su

alimento. Vino luego la edad de bronce, que aun cuando dada a las armas, todavía no era criminal, y, por último, llegó la de hierro, en la cual aparecieron todos los crímenes. Se alejaron el pudor, la verdad y la fe, que fueron sustituidos por la mentira, la fuerza y la ambición; construyéronse naves para cruzar el mar, y se dividió la tierra, antes propiedad común; de la tierra no sólo se pidieron los alimentos, sino las riquezas profundas que incitan al mal. Y el hierro y la ambición del oro dieron nacimiento a las guerras y a la rapiña, y nadie estuvo ya a salvo de nadie, vencida la piedad, de las tierras empapadas de sangre huyó la Justicia (113-150).

Y no sólo la tierra y los hombres sufrieron esas calamidades; también en el mundo divino, los Gigantes aspiraron al reino, y

para subir al cielo amontonaron montañas; pero. Júpiter los despeñó con el rayo, y sus cuerpos quedaron bajo la ruina de las montañas fulminadas (151-156). La sangre vertida por los Gigantes dio nacimiento a una estirpe de hombres impíos y violentos y ávidos de matanza (157-162)

Cuando Júpiter vio esto desde el solio celeste, se dolió, y recordando los crímenes de Licaón; se encolerizó y llamó a reunión a los dioses. Éstos obedecieron y por la vía Láctea se dirigieron al palacio real del máximo dios; las divinidades menores se colocaron en lugares aparte de los dioses mayores. El lugar podría calificarse como el equivalente celeste del Palatino (163-176).

En el centro del grupo de los dioses, más alto que todos, se sentó Júpiter, y, con mover la cabeza, hizo que el mundo se conmoviera; en seguida comenzó a hablar, indignado: ni siquiera cuando el cielo fue atacado por los Gigantes, se había preocupado por la tierra tanto como, ahora, dijo. Todo lo ha intentado para remediar el mal; pero todo ha sido inútil, y ahora ha decidido destruir a los hombres, que no permiten garantizar siquiera la existencia de los semidioses y dioses campestres que habitan entre ellos. Ni al mismo Júpiter ha querido respetar Licaón (177-198).

Al oír esto, los dioses se enfurecen, y reclaman un castigo para él, y se conmueven como los romanos cuando conocieron el asesinato de César. La piedad de los dioses fue tan grata a Júpiter, cuanto lo es a Augusto la de sus ciudadanos (199-205).

Cuando a demanda suya hubieron callado, Júpiter volvió a hablar, y empezó diciéndoles que Licaón había sido ya castigado, y luego les explicó la forma del castigo: habiendo llegado a su conocimiento la infamia de cuanto ocurría en la tierra, decidió visitarla vestido de imagen humana. Muchos vicios encontró; después de pasar por el Menalo, el Glena el Liceo, llegó a la morada de Licaón, y sin ocultar que era un dios, pidió hospitalidad. Licaón, que fingió concederla, decidió esperar a que Júpiter se hubiera dormido para darle muerte, pero antes sirvió carne humana en la cena a que lo había invitado. En cuanto lo hizo, el dios destruyó con el rayo la morada perversa. Escapa Licaón hacia el campo, y aúlla cuando intenta hablar, y todo él se hace lobo, y conserva vestigios de lo que era: la canicie, la violencia, el fulgor de los ojos, la fiereza (205-239). Ahora bien: la casa de Licaón sufrió el justo castigo, pero la maldad sigue reinando en la tierra; por tanto, es necesario destruir a los hombres todos que la fomentan. Los dioses asienten y estimulan la cólera de Júpiter. Con todo eso, lamentan la desaparición del linaje humano, y preguntan cuál será la suerte de la tierra privada de él, y por quién serán venerados ellos. En respuesta, Júpiter les ofrece la creación de una nueva raza de origen milagroso (240-252).

Piensa primero el dios en destruir a los hombres valiéndose del fuego, pero teme que las llamas se extiendan al cielo y lo destruyan, cosa que sabe que alguna vez habrá de ocurrir; guarda, pues, los rayos que había preparado, decide usar el

agua para cumplir la destrucción que ha decidida Encierra, en las cavernas de Eolo a todos los vientos, excepto el Noto, y hace que éste vuele y oprima con su mano las nubes, de las cuales se derraman espesas lluvias. Iris también recoge aguas con que alimentar a las nubes lluviosas (253-271). Pero Júpiter airado no se satisface con que el agua se derrumbe desde el cielo, y solicita el auxilio de Neptuno; éste, a su vez, llama a los dioses fluviales y les manda abrumar y destruir la tierra; obedeciéndolo, ellos derraman hacia el mar sus aguas precipitadas (272-282). El mismo Neptunó golpeó la tierra con el tridente y abrió gruesas vías. Los ríos se desbordan y corren arrastrando en su furia a hombres y bestias y sembrados y selvas y casas y templos, y cubren los techos y las torres que la han resistido. Mar y tierra son ya una sola apariencia, y las aguas carecéis de riberas (283-292).

En cuanto a los hombres, tratan de salvarse ocupando alturas o barcas, y navegan sobre sus

moradas. Los peces nadan entre los olmos altos, y las anclas se fijan en los prados y las quillas raen los viñedos. Hay focas donde hubo cabras, y las Nereidas ven en sus ondas bosques sagrados, ciudades, mansiones; en tanto, los delfines ocupan las selvas y golpean los troncos agitados. El lobo y las ovejas nadan juntos, y también los leones y los tigres, y no sirven su fuerza al jabalí ni su velocidad al ciervo. Las aves, fatigadas de buscar sitio donde posarse, caen en el mar ilimitado (293-308).

Cubiertas también las cumbres, los hombres son arrebatados por las olas, y los que no se ahogan en ellas, sufren la falta de alimento (309-312).

Aonia y el Eta desaparecen bajo el agua súbita, y sólo queda libre el Parnaso de doble cumbre. Llega allí Deucalión con su esposa, y ambos rinden culto a las ninfas y a los dioses del lugar, y a Temis, que en ese sitio tenía sus oráculos. No hubo seres más justos y piadosos que esos cónyuges (314-323).

Cuando Júpiter vio que sólo ellos quedaban con vida, detuvo las lluvias y mostró las tierras al cielo; a su vez, Neptuno sosiega los mares, y manda a Tritón que sopla en su caracola para que haga retroceder las olas y los ríos. Obedece Tritón, y el sonido que produjo aplacó todas las ondas, El mar recupera sus costas, y su cauce los ríos y van descubriéndose las tierras, hasta que, después de un día, se ven las selvas cubiertas de limo, y el mundo es restituido (324-348). Ante esa visión vacía y silenciosa, Deucalión, llorando, dice a Pirra, hermana y esposa suya, que sólo ellos dos quedan de todo el humano linaje, y que siente que incluso ellos están en peligro de morir. Lo único que lo consuela es saber que ambos están vivos y se dan compañía. Anhela las artes de Prometeo su padre, para reconstituir a los pueblos modelándolos en barro, y vuelve a reconocer que nadie más que ellos dos, por voluntad de los dioses, permanece con vida (348-366).

Suplican entonces al numen, y piden ser iluminados por sus oráculos. Van, con ese fin, al Cefiso, y se purifican con sus

aguas, para poder regresar así al templo de Temis, en tuyas gradas piden prosternados que la diosa les revele la manera de reconstruir a los humanos. Temis, conmovida, accede y les dice que, al salir del templo, después de velarse la cabeza y desceñirse las ropas, arrojen a su espalda los huesos de la magna madre (367-383). Dudan los esposos al querer interpretar el oráculo; por fin, Deucalión entiende que, siendo las piedras los huesos de la tierra, y ésta la magna madre, se les manda que arrojen aquéllas tras sí. Lo hacen, luego de consumir los actos rituales que les había ordenado la diosa, y las piedras, aunque parezca increíble, comenzaron

a. ablandarse y a tomar forma humana. La carne se hizo de su parte húmeda y terrestre; los huesos, de su parte sólida; la vena quedó con, su mismo nombre. De tal modo, de las piedras lanzadas por Deucalión se restauraron los hombres, y las .mujeres fueron recreadas de las que arrojó Pirra. Ese origen explica por qué los hombres son linaje duro y paciente de trabajos (384-415).

Por sí misma, la tierra parió las demás criaturas, luego que el sol la calentó mojada, y allí crecieron las semillas de las cosas y, con el tiempo, cobraron apariencias distintas, lo mismo que ocurre cuando el Nilo decrece, y de los campos humedecidos ven los labriegos, al voltear la tierra, surgir muchos animales, unos completos, inacabados: otros. La humedad y el calor, al tomar la temperatura conveniente, conciben, y de ellos nace todo (416-433).

De esta suerte cuando la tierra hecha fango fue otra vez calentada por el sol creó innúmeras especies; unas tomaron apariencias que ya habían existido; otras aparecieron por primera vez. Entre estas, y sin que la tierra misma lo quisiera, nació la inmensa serpiente Pitón, grande como un monte y que aterrorizó a los pueblos, recién creados (434- 440).

Apolo usó contra ella sus armas, que antes habían herido sólo a ciervos y cabras, .y aunque hubo de usar casi todos sus dardos, la mató, haciéndola verter su veneno por negras heridas. Para conservar la fama de este hecho instituyó los juegos Pitios, en los cuales, los jóvenes competían en el pugilato, la carrera a pie o en carro, y el vencedor era coronado de encina. No existía todavía el laurel, y Febo se ceñía la cabeza con hojas de cualquier, árbol (434-451).

Dafne, hija del río Peneo, fue el primer amor de Febo, amor no casual sino ocasionado por la ira de Cupido. En efecto, aquél, ensoberbecido por la muerte de, Pitón, se burló de éste cuando lo vio tendiendo el arco, y le dijo que abandonara esas armas y se contentara con mover las antorchas del amor. Cupido, entonces, para vengarse, tomó de su aljaba dos flechas, una de oro, que provoca el amor, y otra de plomo, que lo ahuyenta; con aquélla, hirió a Febo; con ésta, a Dafne, para hacer así

que el dios amara sin posibilidad de ser correspondido. La ninfa se consagró a la virgen Diana, y despreció a cuantos, la

pretendían, desoyendo al hacerlo los consejos de su padre, quien por último accedió a los deseos que de conservarse virgen ella le manifestara. Pero a esos deseos se oponía la gran hermosura de Dafne (452-489).

Arde de amor Febo, y él, cuyos oráculos revelan la verdad los demás, se engaña esperando que la ninfa le corresponda; admira sus cabellos, sus ojos, sus labios, sus dedos y manos brazos, y admira todavía más aquello que de ella se le esconde (490-502). Huye: Dafne más rápida que el viento, y Febo la sigue rogándole. No es su enemigo, le dice, sino su enamorado; que teme que se hiera al huir, y por eso él va más despacio. Y además, ella: debe considerar que no es amada por un montaraz o pastor desaliñado, sino por el dios venerado en Delfos, Claros, Tenedos y Patarea, hijo de Júpiter, revelador de lo que fue, lo que es y lo que será; inventor, además, de la música y de la medicina. Pero fue herido por una flecha más cierta que las suyas, y ama, y las artes con que a todos beneficia no lo benefician a él mismo (503-524).

No lo escucha más la ninfa, y huye todavía con prisa mayor, y el viento que se le opone, al ceñirle la veste o al descubrirle parte del cuerpo, la hace aún más hermosa. Incitado, el dios aumenta su carrera, de tal modo que ella, fatigada, al sentir que le va a dar alcance, ruega a su padre, cabe cuyas ondas corría, que le cambie la figura, que por hermosa le acarreó el sufrimiento (525-547). En cuanto acaba su ruego, siente que el cuerpo se le entorpece y se le cubre de corteza, que los cabellos

se hacen frondas y los, brazos se le vuelven en luengas ramas; los pies, hace poco tan veloces, se le convierten en lentas raíces; el rostro se viste de follaje, y de ella persiste no más que el prístino brillo. Aun así, la ama Febo, y toca el tronco y la siente temblar bajo él, y abraza las ramas, y da besos a la corteza: Huye el árbol sus besos (548-556). Entonces el dios, cautivo siempre del amor, le, dice que, ya que no pudo hacerla su esposa, la hará su árbol, y que Dafne, mudada al laurel, estará en sus cabellos, en su cítara, en su aljaba, y. acompañará en los triunfos a los capitanes romanos, y se erguirá a las puertas del templo de Augusto. Y que, así como la cabeza de Febo es siempre juvenil, será siempre joven el follaje del árbol. Y Dafne asintió a esto, y la copa del laurel se movió como una cabeza que aprueba (557-567).

En los Tempes, amenas regiones de Hemonia, corre el Peneo derramado del Pindo. Sentado él en sus moradas interiores, gobierna u las ondas y las ninfas. Allí se reúnen los ríos de la región, a consolarlo por lo ocurrido a Dafne: el Esperquio, el Enipeo, el Erídano, el Anfiso y el Eas entre otros (568-582).

Falta a esa reunión el Ínaco, que, no sabiendo si su hija lo vive o ha muerto, la llora como perdida. Júpiter la había visto y, prendado de ella, le había propuesto sus amores, invitándola a entrar en la sombra de los bosques. Le huía la ninfa, y había recorrido ya Lerna y el Lirceo, cuando el dios la detuvo envolviendo en sombras la tierra, y la violó (583-600). Juno, que desde lo alto veía las tierras, extrañada de las sombras que de

súbito las cubrían, y conociendo las inclinaciones eróticas de su esposo, lo buscó a su lado, y al no hallarlo supo de seguro que la engañaba. Bajó entonces del cielo y ahuyentó las sombras provocadas por Júpiter, quien, para disimular su adulterio, convirtió a lo en vaca (601-611). Allí la diosa, como si no supiera quién era esa vaca, la admiró y la pidió como regalo, y el esposo adúltero, para ocultar su engaño, accedió a su petición; toma Juno a lo, y la pone bajo la vigilancia de Argos, hijo de Aréstor (612-624).

Este Argos tenía cien ojos alrededor de la cabeza, de los cuales solamente dos dormían a la vez; los noventa y ocho restantes, viendo en todas direcciones, vigilaban sin tregua; de este modo, veía a lo continuamente; aunque estuviera de espaldas a ella. De día, la dejaba pacer; de noche la encerraba, encadenándola del cuello. Ella, infeliz, se alimentaba de hierbas y bebía aguas lodosas y dormía en la tierra, y carecía de manos que alzar suplicante, y, al querer hablar, se atemorizaba de sus propios mugidos. Alguna vez llegó a las orillas del Ínaco su padre, donde antes solía jugar, y huyó de la imagen que la corriente le devolvía (625-641). Aunque Ínaco y las náyades ignoran que es ella, los sigue, y deja que la acaricien. En una ocasión en que su padre le ofrecía hierbas en la mano, ella, no pudiendo hablar, escribió en polvo con la pezuña la historia de su mutación. Se duele Ínaco de tanta desgracia, y desea no ser dios para poder morir, Argos, que los mira, separa violentamente a la hija y al

padre, y, sentado en una cima, mira hacia todas partes (642-667).

Incapaz al fin de soportar las desventuras de lo, llama Júpiter a su hijo Mercurio, y le manda que dé muerte al guardián implacable. Toma Mercurio los talares, el caduceo y el píleo con alas, y baja a la tierra, donde se quita las prendas aladas y, como pastor; guía con el caduceo un rebaño de cabras, y canta acompañándose de la zampoña. Seducido Argos por la música, invita al dios a sentarse con él a la sombra; accede Mercurio, cuya intención es adormecerlo con los dulces sonos que produce. Somnoliento ya, Argos pregunta quién y por qué había inventado la zampoña (668- 688). Mercurio comienza a narrar la historia según la cual Sirin a ninfa célebre en los montes de Arcadia, había evitado los contactos viriles y seguido las costumbres de la virgen Diana, con quien, salvo por la materia del arco que usaban, hubiera podido ser confundida. Una vez que Pan la miró, le dijo ... Hasta aquí cuenta Mercurio, dejando en silencio cómo la ninfa huyó hasta llegar a las riberas del Ladón, cuya corriente no podía cruzar; entonces había suplicado a las ninfas del río que cambiaran su cuerpo, y ellas la habían convertido en cañas, que fue lo que Pan tocó al alcanzarla. Pero cuando el dios suspiró las cañas movidas por el viento dieron un sonido quejumbroso y dulce, oyendo el cual Pan decidió comunicarse siempre así con la ninfa, y reunió con cera fragmentos de caña de diversos tamaños, creando, así, el

instrumento musical que conserva el nombre de la ninfa bienamada (689-712).

Esto no fue narrado ya, porque Mercurio advirtió que Argos dormía; hizo entonces más profundo su sueño tocándole los ojos con el caduceo, y luego lo degolló con su espada, y echó a rodar peña abajo la cabeza de cien ojos extintos (713-721). Juno tomó esos ojos, y decoró con ellos la cola del pavo real, ave que le estaba consagrada, y luego, iracunda, llamó a la Erinia para que aterrara a Ío y la hiciera huir por todo el orbe. Así llegó ésta a las márgenes del Nilo, y allí, arrodillada, mugiendo pidió a Júpiter que la libertara de tan injustos males (722-733). El dios abrazó el cuello de su esposa, y suplicó a su vez el perdón para su amante, jurando por la Estigia que ésta ya nunca le, habría de causar dolor. Ablandada consintió Juno, e lo recobró su cuerpo anterior. Ya con él, que adorada como diosa por los egipcios, y Epafo, el hijo que, según se cree, tuvo de Júpiter, es adorado en templos vecinos a los suyos (734-750).

Epafo, igual en edad a Faetón, hijo del Sol, no sufriendo el modo como éste se vanagloriaba de su padre, lo injurió poniendo duda en tal paternidad. Acudió entonces quejoso Faetón a Climene su madre, y, tras narrarle lo dicho por Epafo, le suplicó que le confirmara si en verdad .era el Sol padre suyo. Se lo juró así Climene, movida por los ruegos de su hijo o por la ira que le produjo la calumnia de Epafo, y le pidió que fuera él mismo a la casa oriental del Sol para confirmarlo y alejar toda

duda, la obedece Faetón, y, dejando atrás Etiopía y la India, se dirige hacia el rumbo por donde su padre aparece (750-779).

LIBER PRIMVS Libro primero

Invocatio

In nova fert animus mutatas dicere formas corpora; di, coeptis
(nam vos mutastis et illas) adspirate meis primaque ab origine
mundi

ad mea perpetuum deducite tempora carmen!

Mundi origo

Ante mare et terras et quod tegit omnia caelum 5 unus erat toto
naturae vultus in orbe,

quem dixere chaos: rudis indigestaque moles

nec quicquam nisi pondus iners congestaque eodem non bene
iunctarum discordia semina rerum.

nullus adhuc mundo praebebat lumina Titan, 10 nec nova
crescendo reparabat cornua Phoebae,

nec circumfuso pendebat in aere tellus ponderibus librata suis,
nec brachia longo margine terrarum porrexerat Amphitrite;
utque erat et tellus illic et pontus et aer, 15 sic erat instabilis
tellus, innabilis unda,

Invocación

1 Me lleva el ánimo a decir las mutadas formas
2 a nuevos cuerpos: dioses, estas empresas mías -pues
vosotros los mutasteis-
3 aspirad, y, desde el primer origen del cosmos
4 hasta mis tiempos, perpetuo desarrollad mi poema.

El origen del mundo

5 Antes del mar y de las tierras y, el que lo cubre todo, el
cielo, 5
6 uno solo era de la naturaleza el rostro en todo el orbe,
7 al que dijeron Caos, ruda y desordenada mole
8 y no otra cosa sino peso inerte, y, acumuladas en él,
9 unas discordes simientes de cosas no bien unidas.
10 Ningún Titán todavía al mundo ofrecía luces, 10
11 ni nuevos, en creciendo, reiteraba sus cuernos Febe,
12 ni en su circunfuso aire estaba suspendida la tierra,
13 por los pesos equilibrada suyos, ni sus brazos por el largo
14 margen de las tierras había extendido Anfitrite,
15 y por donde había tierra, allí también ponto y aire: 15
16 así, era inestable la tierra, innadable la onda,

lucis egens aer; nulli sua forma manebat, obstabatque aliis
aliud, quia corpore in uno frigida pugnabant calidis, umentia
siccis,

mollia cum duris, sine pondere, habentia pondus. 20 Hanc deus
et melior litem natura diremit.

nam caelo terras et terris abscidit undas

et liquidum spisso secrevit ab aere caelum. quae postquam
evoluit caecoque exemit acervo, dissociata locis concordi pace
ligavit: 25

igneae convexi vis et sine pondere caeli emicuit summaque
locum sibi fecit in arce; proximus est aer illi levitate locoque;
densior his tellus elementaque grandia traxit

et pressa est gravitate sua; circumfluit umor 30 ultima possedit
solidumque coercuit orbem.

Sic ubi dispositam quisquis fuit ille deorum congeriem secuit
sectamque in membra coegit, principio terram, ne non aequalis
ab omni

parte foret, magni speciem glomeravit in orbis. 35 tum freta
diffundi rapidisque tumescere ventis iussit et ambitae
circumdare litora terrae;

addidit et fontes et stagna immensa lacusque fluminaque
obliquis cinxit declivia ripis,

quae, diversa locis, partim sorbentur ab ipsa, 40 in mare
perveniant partim campoque recepta liberioris aquae pro ripis
litora pulsant.

iussit et extendi campos, subsidere valles, fronde tegi silvas,
lapidosos surgere montes,

utque duae dextra caelum totidemque sinistra 45 parte secant
zonae, quinta est ardentior illis,

sic onus inclusum numero distinxit eodem cura dei, totidemque
plagae tellure premuntur.

quarum quae media est, non est habitabilis aestu; nix tegit alta
duas; totidem inter utramque locavit 50 temperiemque dedit
mixta cum frigore flamma.

Inminet his aer, qui, quanto est pondere terrae pondus aquae
levius, tanto est onerosior igni. illic et nebulas, illic consistere
nubes

iussit et humanas motura tonitrua mentes 55 et cum fulminibus
facientes fulgura ventos.

His quoque non passim mundi fabricator habendum

aera permisit; vix nunc obsistitur illis,

cum sua quisque regat diverso flamina tractu,

quin lanient mundum; tanta est discordia fratrum. 60 Eurus ad
Auroram Nabataeaeque regna recessit Persidaeque et radiis iuga
subdita matutinis;

vesper et occiduo quae litora sole tepescunt, proxima sunt
Zephyro; Scythiam septemque triones horriferae invasit Boreas;
contraria tellus 65 nubibus adsiduis pluviaque madescit ab
Austro. haec super inposuit liquidum et gravitate carentem
aethera nec quicquam terrenae faecis habentem.

Vix ita limitibus dissaepserat omnia certis, cum, quae pressa diu
fuerant caligine caeca, 70 sidera coeperunt toto effervescente
caelo;

ne regio foret ulla suis animalibus orba,

astra tenent caeleste solum formaeque deorum, cesserunt
nitidis habitandae piscibus undae, terra feras cepit, volucres
agitabilis aer. 75

- 17 de luz carente el aire: ninguno su forma mantenía,
18 y estorbaba a los otros cada uno, porque en un cuerpo
solo
19 lo frío pugnaba con lo caliente, lo humedecido con lo seco,
20 lo mullido con lo duro, lo sin peso con lo que tenía peso. 20
21 Tal lid un dios y una mejor naturaleza dirimió,
22 pues del cielo las tierras, y de las tierras escindió las
ondas,
23 y el fluente cielo segregó del aire espeso.

24 Estas cosas, después de que las separó y eximió de su
ciega acumulación,
25 disociadas por lugares, con una concorde paz las ligó. 25
26 La fuerza ígnea y sin peso del convexo cielo
27 rieló y un lugar se hizo en el supremo recinto.
28 Próximo está el aire a ella en levedad y en lugar.
29 Más densa que ellos, la tierra, los elementos grandes
arrastró
30 y presa fue de la gravedad suya; el circunfluyente humor 30
31 lo último poseyó y contuvo al sólido orbe.
32 Así cuando dispuesta estuvo, quien quiera que fuera
aquel, de los dioses,
33 esta acumulación sajó, y sajada en miembros la rehizo.
34 En el principio a la tierra, para que no desigual por
ninguna
35 parte fuera, en forma la aglomeró de gran orbe; 35
36 entonces a los estrechos difundirse, y que por
arreatadores vientos se entumecieran
37 ordenó y que de la rodeada tierra circundaran los litorales.
38 Añadió también fontanas y pantanos inmensos y lagos,
39 y las corrientes declinantes ciñó de oblicuas riberas,

40 las cuales, diversas por sus lugares, en parte son sorbidas
por ella, 40

41 al mar arriban en parte, y en tal llano recibidas

42 de más libre agua, en vez de riberas, sus litorales baten.

43 Ordenó también que se extendieran los llanos, que se
sumieran los valles,

44 que de fronda se cubrieran las espesuras, lapídeos que se
elevaran los montes.

45 Y, como dos por la derecha y otras tantas por su siniestra
45

46 parte, el cielo cortan unas fajas -la quinta es más ardiente
que aquéllas-,

47 igualmente la carga en él incluida la distinguió con el
número mismo

48 el cuidado del dios, y otras tantas llagas en la tierra se
marcan.

49 De las cuales la que en medio está no es habitable por el
calor.

50 Nieve cubre, alta, a dos; otras tantas entre ambas colocó
50

51 y templanza les dio, mezclada con el frío la llama.

52 Domina sobre ellas el aire, el cual, en cuanto es, que el
peso de la tierra,

53 su peso, que el del agua, más ligero, en tanto es más
pesado que el fuego.

54 Allí también las nieblas, allí aposentarse las nubes
55 ordenó, y los que habrían de conmover, los truenos, las
humanas mentes, 55

56 y con los rayos, hacedores de relámpagos, los vientos.

57 A ellos también no por todas partes el artífice del mundo
que tuvieran

58 el aire les permitió. Apenas ahora se les puede impedir a
ellos,

59 cuando cada uno gobierna sus soplos por diverso trecho,
60 que destrocen el cosmos: tan grande es la discordia de los
hermanos. 60

61 El Euro a la Aurora y a los nabateos reinos se retiró,
62 y a Persia, y a las cimas sometidas a los rayos matutinos.

63 El Anochecer y los litorales que con el caduco sol se
templan,

64 próximos están al Céfiro; Escitia y los Siete Triones
65 horrendo los invadió el Bóreas. La contraria tierra 65
66 con nubes asiduas y lluvia la humedece el Austro.

67 De ello encima impuso, fluido y de gravedad carente,
68 el éter, y que nada de la terrena hez tiene.

69 Apenas así con lindes había cercado todo ciertas,
70 cuando, las que presa mucho tiempo habían sido de una
calina ciega, 70
71 las estrellas empezaron a hervir por todo el cielo,
72 y para que región no hubiera ninguna de sus vivientes
huérfana,
73 los astros poseen el celeste suelo, y con ellos las formas de
los dioses;
74 cedieron para ser habitadas a los nítidos peces las ondas,
75 la tierra a las fieras acogió, a los voladores el agitable
aire. 75

Sanctius his animal mentisque capacius altae deerat adhuc et
quod dominari in cetera posset: natus homo est, sive hunc
divino semine fecit ille opifex rerum, mundi melioris origo,
sive recens tellus seductaque nuper ab alto 80 aethere cognati
retinebat semina caeli.

quam satus Iapeto, mixtam pluvialibus undis, finxit in effigiem
moderantum cuncta deorum, pronaque cum spectent animalia
cetera terram, os homini sublime dedit caelumque videre 85
iussit et erectos ad sidera tollere vultus:

sic, modo quae fuerat rudis et sine imagine, tellus induit ignotas
hominum conversa figuras.

Aurea prima sata est aetas, quae vindice nullo, sponte sua, sine lege fidem rectumque colebat. 90 poena metusque aberant, nec verba minantia fixo aere legebantur, nec supplex turba timebat iudicis ora sui, sed erant sine vindice tuti. nondum caesa suis, peregrinum ut viseret orbem,

montibus in liquidas pinus descenderat undas, 95 nullaque mortales praeter sua litora norant; nondum praecipites cingebant oppida fossae;

non tuba directi, non aeris cornua flexi, non galeae, non ensis erat: sine militis usu mollia securae peragebant otia gentes. 100 ipsa quoque immunis rastroque intacta nec ullis saucia vomeribus per se dabat omnia tellus, contentique cibus nullo cogente creatis arbuteos fetus montanaque fraga legebant cornaque et in duris haerentia mora rubetis 105 et quae deciderant patula Iovis arbore glandes. ver erat aeternum, placidique tepentibus auris mulcebant zephyri natos sine semine flores; mox etiam fruges tellus inarata ferebat,

nec renovatus ager gravidis canebat aristis; 110 flumina iam lactis, iam flumina nectaris ibant, flavaque de viridi stillabant ilice mella.

Postquam Saturno tenebrosa in Tartara misso sub Iove mundus
erat, subiit argentea proles, auro deterior, fulvo pretiosior aere.

115 Iuppiter antiqui contraxit tempora veris

perque hiemes aestusque et inaequalis autumnos et breve ver
spatiis exegit quattuor annum.

tum primum siccis aer fervoribus ustus

canduit, et ventis glacies adstricta pependit; 120 tum primum
subiere domos; domus antra fuerunt et densi frutices et vinctae
cortice virgae.

semina tum primum longis Cerealia sulcis obruta sunt, pressique
iugo gemuere iuveni.

Tertia post illam successit aenea proles, 125 saevior ingeniis
et ad horrida promptior arma, non scelerata tamen; de duro est
ultima ferro. protinus inrupit venae peioris in aevum

omne nefas: fugere pudor verumque fidesque;

in quorum subiere locum fraudesque dolusque 130 insidiaeque
et vis et amor sceleratus habendi.

vela dabant ventis nec adhuc bene noverat illos

Más santo que ellos un viviente, y de una mente alta más capaz,
faltaba todavía, y que dominar en los demás pudiera:

nacido el hombre fue, sea que a él con divina simiente lo hizo
aquel artesano de las cosas, de un mundo mejor el origen,
sea que reciente la tierra, y apartada poco antes del alto 80
éter, retenía simientes de su pariente el cielo;
a ella, el linaje de Jápeto, mezclada con pluviales ondas,
la modeló en la efigie de los que gobiernan todo, los dioses, y
aunque inclinados contemplan los demás vivientes la tierra, una
boca sublime al hombre dio y el cielo ver 85
le ordenó y a las estrellas levantar erguido su semblante.
Así, la que poco antes había sido ruda y sin imagen, la tierra
se vistió de las desconocidas figuras, transformada, de los
hombres.

Las edades del hombre

Áurea la primera edad engendrada fue, que sin defensor
ninguno, por sí misma, sin ley, la confianza y lo recto honraba.
90

Castigo y miedo no habían, ni palabras amenazantes en el
fijado bronce se leían, ni la suplicante multitud temía
la boca del juez suyo, sino que estaban sin defensor seguros.
Todavía, cortado de sus montes para visitar el extranjero orbe,
a las fluentes ondas el pino no había descendido, 95

y ningunos los mortales, excepto sus litorales, conocían. Todavía vertiginosas no ceñían a las fortalezas sus fosas.

No la tuba de derecho bronce, no de bronce curvado los cuernos, no las gáleas, no la espada existía. Sin uso de soldado sus blandos ocios seguras pasaban las gentes. 100

Ella misma también, inmune, y de rastrillo intacta, y de ningunas rejas herida, por sí lo daba todo la tierra, y, contentándose con unos alimentos sin que nadie los obligara creados,

las crías del madroño y las montañas frescas recogían, y cornejos, y en los duros zarzales prendidas las moras 105

y, las que se habían desprendido del anchuroso árbol de Júpiter, bellotas. Una primavera era eterna, y plácidos con sus cálidas brisas acariciaban los céfiros, nacidas sin semilla, a las flores.

Pronto, incluso, frutos la tierra no arada llevaba, y no renovado el campo canecía de grávidas aristas. 110

Corrientes ya de leche, ya corrientes de néctar pasaban, y flavas desde la verde encina goteaban las mieles.

Después de que, Saturno a los tenebrosos Tártaros enviado, bajo Júpiter el cosmos estaba, apareció la plateada prole, que el oro inferior, más preciosa que el bermejo bronce. 115 Júpiter contrajo los tiempos de la antigua primavera

y a través de inviernos y veranos y desiguales otoños
y una breve primavera, por cuatro espacios condujo el año.
Entonces por primera vez con secos hervores el aire quemado
se encandeció, y por los vientos el hielo rígido quedó
suspendido. 120 Entonces por primera vez entraron en casas,
casas las cavernas fueron, y los densos arbustos, y atadas con
corteza varas.

Simientes entonces por primera vez, de Ceres, en largos surcos
sepultadas fueron, y hundidos por el yugo gimieron los novillos.

Tercera tras aquella sucedió la broncínea prole, 125

más salvaje de ingenios y a las hórridas armas más pronta, no
criminal, aun así; es la última de duro hierro.

En seguida irrumpió a ese tiempo, de vena peor,

toda impiedad: huyeron el pudor y la verdad y la confianza, en
cuyo lugar aparecieron los fraudes y los engaños 130

y las insidias y la fuerza y el amor criminal de poseer. Velas
daba a los vientos, y todavía bien no los conocía

navita, quaeque prius steterant in montibus altis, fluctibus
ignotis insultavere carinae,

communemque prius ceu lumina solis et auras 135 cautus
humum longo signavit limite mensor.

nec tantum segetes alimentaue debita dives poscebatur
humus, sed itum est in viscera terrae, quasque recondiderat
Stygiisque admoverat umbris, effodiuntur opes, inritamenta
malorum. 140 iamque nocens ferrum ferroque nocentius aurum
prodierat, prodit bellum, quod pugnat utroque, sanguineaue
manu crepitantia concutit arma. vivitur ex rapto: non hospes ab
hospite tutus,

non socer a genero, fratrum quoque gratia rara est; 145

inminet exitio vir coniugis, illa mariti, lurida terribiles miscent
aconita novercae, filius ante diem patrios inquirat in annos: victa
iacet pietas, et virgo caede madentis

ultima caelestum terras Astraea reliquit. 150

Neve foret terris securior arduus aether, adfectasse ferunt
regnum caeleste gigantas altaque congestos struxisse ad
sidera montis. tum pater omnipotens misso perfregit Olympum
fulmine et excussit subiecto Pelion Ossae. 155 obruta mole sua
cum corpora dira iacerent, perfusam multo natorum sanguine
Terram

immaduisse ferunt calidumque animasse cruorem et, ne nulla
suae stirpis monimenta manerent,

in faciem vertisse hominum; sed et illa propago 160 contemptrix
superum saevaeque avidissima caedis et violenta fuit: scires e
sanguine natos.

Quae pater ut summa vidit Saturnius arce, ingemit et facto
nondum vulgata recenti

foeda Lycaoniae referens convivia mensae 165 ingentes animo
et dignas Iove concipit iras conciliumque vocat: tenuit mora
nulla vocatos.

Est via sublimis, caelo manifesta sereno; lactea nomen habet,
candore notabilis ipso.

hac iter est superis ad magni tecta Tonantis 170 regalemque
domum: dextra laevaue deorum atria nobilium valvis
celebrantur apertis.

plebs habitat diversa locis: hac parte potentes caelicolae
clarique suos posuere penates;

hic locus est, quem, si verbis audacia detur, 175 haud timeam
magni dixisse Palatia caeli.

Ergo ubi marmoreo superi sedere recessu, celsior ipse loco
sceptroque innixus eburno terrificam capitis concussit terque
quaterque caesariem, cum qua terram, mare, sidera movit 180
talibus inde modis ora indignantia solvit:

'non ego pro mundi regno magis anxius illa tempestate fui, qua centum quisque parabat inicere anguipedum captivo bracchia caelo.

nam quamquam ferus hostis erat, tamen illud ab uno 185 corpore et ex una pendebat origine bellum; nunc mihi qua totum Nereus circumsonat orbem,

el marinero, y las que largo tiempo se habían alzado en los montes altos

en oleajes desconocidos cabriolaron, las quillas,

y común antes, cual las luces del sol y las auras, 135 el suelo, cauto lo señaló con larga linde el medidor.

Y no sólo sembrados y sus alimentos debidos se demandaba al rico suelo, sino que se entró hasta las entrañas de la tierra,

y las que ella había reservado y apartado junto a las estigias sombras, se excavan esas riquezas, agujadas de desgracias.

140

Y ya el dañino hierro, y que el hierro más dañino el oro había brotado: brota la guerra que lucha por ambos,

y con su sanguínea mano golpea crepitantes armas.

Se vive al asalto: no el huésped de su huésped está a salvo,

no el suegro de su yerno, de los hermanos también la gracia
rara es. 145 Acecha para la perdición el hombre de su esposa,
ella del marido, cetrinos acónitos mezclan terribles madrastras,
el hijo antes de su día inquiera en los años del padre. Vencida
yace la piedad, y la Virgen, de matanza mojadas,
la última de los celestes, la Astrea, las tierras abandona. 150

La Gigantomaquia

Y para que no estuviera que las tierras más seguro el arduo
éter, que aspiraron dicen al reino celeste los Gigantes,
y que acumulados levantaron hacia las altas estrellas sus
montes. Entonces el padre omnipotente enviándoles un rayo
resquebrajó el Olimpo y sacudió el Pelión del Osa, a él
sometido; 155

sepultados por la mole suya, al quedar sus cuerpos siniestros
yacentes, regada de la mucha sangre de sus hijos dicen
que la Tierra se impregnó, y que ese caliente crúor alentó, y
para que de su estirpe todo recuerdo no desapareciera,
que a una faz los tornó de hombres. Pero también aquel ramo
160 despreciador de los altísimos y salvaje y avidísimo de
matanza

y violento fue: bien sabrías que de sangre habían nacido.

El concilio de los dioses (I)

Lo cual el padre cuando vio, el Saturnio, en su supremo recinto,
gime hondo, y, todavía no divulgados por recién cometidos,
los impuros banquetes recordando de la mesa de Licaón, 165
ingentes en su ánimo y dignas de Júpiter concibió unas iras,
y el consejo convoca; no retuvo demora ninguna a los
convocados. Hay una vía sublime, manifiesta en el cielo sereno:
Láctea de nombre tiene, por su candor mismo notable.

Por ella el camino es de los altísimos hacia los techos del gran
Tonante 170

y su real casa: a derecha e izquierda los atrios

de los dioses nobles van concurriéndose por sus compuertas
abiertas, la plebe habita otros, por sus lugares opuestos: en
esta parte los poderosos celestiales y preclaros pusieron sus
penates.

Éste lugar es, al que, si a las palabras la audacia se diera, 175
yo no temería haber llamado los Palacios del gran cielo.

Así pues, cuando los altísimos se sentaron en su marmóreo
receso, más excelso él por su lugar, y apoyado en su cetro
marfileño, terrorífica, de su cabeza sacudió tres y cuatro veces
la cabellera, con la que la tierra, el mar, las estrellas mueve; 180
de tales modos después su boca indignada libera:

«No yo por el gobierno del cosmos más ansioso en aquella
ocasión estuve, en la que cada uno se disponía a lanzar,
de los angüípedes, sus cien brazos contra el cautivo cielo,
pues aunque fiero el enemigo era, aun así, aquélla de un solo
185 cuerpo y de un solo origen pendía, aquella guerra;
ahora yo, por doquiera Nereo rodeándolo hace resonar todo el
orbe,

perdendum est mortale genus: per flumina iuro infera sub terras
Stygio labentia luco!

cuncta prius temptanda, sed inmedicabile curae 190 ense
recidendum, ne pars sincera trahatur.

sunt mihi semidei, sunt, rustica numina, nymphae faunique
satyrique et monticolae silvani;

quos quoniam caeli nondum dignamur honore, quas dedimus,
certe terras habitare sinamus. 195 an satis, o superi, tutos fore
credit is illos,

cum mihi, qui fulmen, qui vos habeoque regoque, struxerit
insidias notus feritate Lycaon?'

Confremuere omnes studiisque ardentibus ausum talia
deposcunt: sic, cum manus in pia saevit 200 sanguine Caesareo
Romanum extinguere nomen, attonitum tantae subito terrore
ruinae

humanum genus est totusque perhorruit orbis; nec tibi grata
minus pietas, Auguste, tuorum

quam fuit illa Iovi. qui postquam voce manuque 205 murmura
compressit, tenere silentia cuncti.

substitit ut clamor pressus gravitate regentis, Iuppiter hoc
iterum sermone silentia rupit:

'ille quidem poenas (curam hanc dimittite!) solvit; quod tamen
admissum, quae sit vindicta, docebo. 210 contigerat nostras
infamia temporis aures;

quam cupiens falsam summo delabor Olympo

et deus humana lustris sub imagine terras.

longa mora est, quantum noxae sit ubique repertum,
enumerare: minor fuit ipsa infamia vero. 215 Maenala
transieram latebris horrenda ferarum

et cum Cyllene gelidi pineta Lycaei:

Arcadis hinc sedes et inhospita tecta tyranni ingredior,
traherent cum sera crepuscula noctem. signa dedi venisse
deum, vulgusque precari 220 coeperat: inridet primo pia vota
Lycaon,

mox ait "experiar deus hic discrimine aperto an sit mortalis: nec
erit dubitabile verum." nocte gravem somno necopina perdere

morte comparat: haec illi placet experientia veri; 225 nec
contentus eo, missi de gente Molossa obsidis unius iugulum
mucrone resolvit

atque ita semineces partim ferventibus artus mollit aquis,
partim subiecto torruit igni.

quod simul inposuit mensis, ego vindice flamma 230

in domino dignos everti tecta penates; territus ipse fugit
nactusque silentia ruris exululat frustra que loqui conatur: ab
ipso colligit os rabiem solitaeque cupidine caedis

vertitur in pecudes et nunc quoque sanguine gaudet. 235

in villos abeunt vestes, in crura lacerti: fit lupus et veteris servat
vestigia formae;

canities eadem est, eadem violentia vultus, idem oculi lucent,
eadem feritatis imago est.

occidit una domus, sed non domus una perire 240 digna fuit:
qua terra patet, fera regnat Erinys.

in facinus iurasse putes! dent ocius omnes, quas meruere pati,
(sic stat sententia) poenas.'

al género mortal de perder he: por las corrientes juro infernales,
que bajo las tierras se deslizan a la estigia floresta, que todo
antes se ha intentado, pero un incurable cuerpo 190 a espada
se ha de sajar, por que la parte limpia no arrastre.

Tengo semidioses, tengo, rústicos númenes, Ninfas y Faunos y Sátiros y montañeses Silvanos,

a los cuales, puesto que del cielo todavía no dignamos con el honor, las que les dimos ciertamente, las tierras, habitar permitamos. 195

¿O acaso, oh altísimos, que bastante seguros estarán ellos creéis, cuando contra mí, que el rayo, que a vosotros os tengo y gobierno, ha levantado sus insidias, conocido por su fiereza, Licaón?».

Murmuraron todos, y con afán ardido al que osó

tal reclaman: así, cuando una mano impía se ensañó 200 con la sangre de César para extinguir de Roma el nombre, atónito por el gran terror de esta súbita ruina

el humano género queda y todo se horrorizó el orbe,

y no para ti menos grata la piedad, Augusto, de los tuyos es

que fue aquélla para Júpiter. El cual, después de que con la voz y la mano 205

los murmullos reprimió, guardaron silencios todos.

Cuando se detuvo el clamor, hundido del peso del soberano, Júpiter de nuevo con este discurso los silencios rompió:

Licaón

«Él, ciertamente, sus castigos -el cuidado ese perded- ha cumplido.

Mas qué lo cometido, cuál sea su satisfacción, os haré saber.

210 Había alcanzado la infamia de ese tiempo nuestros oídos;
deseándola falsa desciendo del supremo Olimpo

y, dios bajo humana imagen, lustro las tierras.

Larga demora es de cuánto mal se hallaba por todos lados
enumerar: menor fue la propia infamia que la verdad. 215

El Ménalo había atravesado, por sus guaridas horrendo de
fieras, y con Cilene los pinares del helado Liceo:

del Árcade a partir de ahí en las sedes, y en los inhóspitos
techos del tirano

penetro, cuando traían los tardíos crepúsculos la noche.

Señales di de que había llegado un dios y el pueblo a suplicar
220 había empezado: se burla primero de esos piadosos votos

Licaón, luego dice: «Comprobaré si dios éste o si sea mortal
con una distinción abierta, y no será dudable la verdad».

De noche, pesado por el sueño, con una inopinada muerte a
perderme se dispone: tal comprobación a él le place de la
verdad. 225

Y no se contenta con ello: de un enviado de la nación molosa,
de un rehén, su garganta a punta tajó

y, así, semimuertos, parte en hirvientes aguas

sus miembros ablanda, parte los tuesta, sometiéndolos a fuego.

Lo cual una vez impuso a las mesas, yo con mi justiciera llama
230 sobre unos penates dignos de su dueño torné sus techos.

Aterrado él huye y alcanzando los silencios del campo aúlla y en
vano hablar intenta; de sí mismo

recaba su boca la rabia, y el deseo de su acostumbrada
matanza usa contra los ganados, y ahora también en la sangre
se goza. 235 En vellos se vuelven sus ropas, en patas sus brazos:
se hace lobo y conserva las huellas de su vieja forma.

La canicie la misma es, la misma la violencia de su rostro, los
mismos ojos lucen, la misma de la fiereza la imagen es.

Cayó una sola casa, pero no una casa sola de perecer 240

digna fue. Por doquiera la tierra se expande, fiera reina la
Erinis. Para el delito que se han conjurado creerías; cumplan
rápido todos, los que merecieron padecer, así consta mi
sentencia, sus castigos».

Dicta Iovis pars voce probant stimulosque frementi

*adiciunt, alii partes adsensibus inplent. 245 est tamen humani
generis iactura dolori omnibus, et quae sit terrae mortalibus
orbae forma futura rogant, quis sit laturus in aras tura, ferisne
paret populandas tradere terras.*

talia quaerentes (sibi enim fore cetera curae) 250 rex superum
trepidare vetat subolemque priori dissimilem populo promittit
origine mira.

Iamque erat in totas sparsurus fulmina terras; sed timuit, ne
forte sacer tot ab ignibus aether conciperet flammam longusque
ardesceret axis: 255 esse quoque in fati reminiscitur, adfore
tempus, quo mare, quo tellus correptaque regia caeli
ardeat et mundi moles obsessa laboret.

tela reponuntur manibus fabricata cyclopum; poena placet
diversa, genus mortale sub undis 260 perdere et ex omni
nimbo demittere caelo.

Protinus Aeoliis Aquilonem claudit in antris et quaecumque
fugant inductas flammae nubes emittitque Notum. madidis
Notus evolat alis, terribilem picea tectus caligine vultum; 265
barba gravis nimbi, canis fluit unda capillis;

fronte sedent nebulae, rorant pennaeque sinusque. utque manu
lata pendentia nubila pressit,

fit fragor: hinc densi funduntur ab aethere nimbi; nuntia Iunonis
varios induta colores 270 concipit Iris aquas alimenta que
nubibus adfert. sternuntur segetes et deplorata coloni
vota iacent, longique perit labor inritus anni.

Nec caelo contenta suo est Iovis ira, sed illum caeruleus frater
iuvat auxiliariis undis. 275 convocat hic amnes: qui
postquam tecta tyranni intravere sui, 'non est hortamine longo
nunc' ait 'utendum; vires effundite vestras: sic opus est! aperite
domos ac mole remota

fluminibus vestris totas inmittite habenas!' 280 iusserat; hi
redeunt ac fontibus ora relaxant

et defrenato volvuntur in aequora cursu.

Ipsae tridente suo terram percussit, at illa intremuit motuque
vias patefecit aquarum. exspatiata ruunt per apertos flumina
campos 285 cumque satis arbusta simul pecudesque virosque
tectaue cumque suis rapiunt penetralia sacris.

si qua domus mansit potuitque resistere tanto indeiecta malo,
culmen tamen altior huius

unda tegit, pressaeque latent sub gurgite turre. 290 iamque
mare et tellus nullum discrimen habebant: omnia pontus erat,
derant quoque litora ponto.

Occupat hic collem, cumba sedet alter adunca et ducit remos
illic, ubi nuper arabat:

ille supra segetes aut mersae culmina villae 295 navigat, hic
summa piscem deprendit in ulmo. figitur in viridi, si fors tulit,
ancora prato,

aut subiecta terunt curvae vineta carinae;

et, modo qua graciles gramen carpsere capellae,

El concilio de los dioses (II)

Las palabras de Júpiter parte con su voz, murmurando,
aprueban e incitamentos

añaden. Otros sus partes con asentimientos cumplen. 245 Es,
aun así, la perdición del humano género causa de dolor para
todos, y cuál habrá de ser de la tierra la forma,

de los mortales huérfana, preguntan, quién habrá de llevar a
sus aras

inciensos, y si a las fieras, para que las pillen, se dispone a
entregar las tierras.

A los que tal preguntaban -puesto que él se preocuparía de lo
demás- 250 el rey de los altísimos turbarse prohíbe, y un brote
al anterior pueblo desemejante promete, de origen maravilloso.

El diluvio

Y ya iba sobre todas las tierras a esparcir sus rayos;

pero temió que acaso el sagrado éter por causa de tantos
fuegos no concibiera llamas, y que el lejano eje ardiera. 255

Que está también en los hados, recuerda, que llegará un tiempo
en el que el mar, en el que la tierra y arrebatados los palacios
del cielo ardan y del mundo la mole, afanosa, sufra.

Esas armas vuelven a su sitio, por manos fabricadas de los
Cíclopes: un castigo place inverso, al género mortal bajo las
ondas 260 perder, y borrascas lanzar desde todo el cielo.

En seguida al Aquilón encierra en las eolias cavernas, y a
cuantos soplos ahuyentan congregadas a las nubes, y suelta al
Noto: con sus mojadas alas el Noto vuela,

su terrible rostro cubierto de una bruma como la pez: 265

la barba pesada de borrascas, fluye agua de sus canos
cabellos, en su frente se asientan nieblas, roran sus alas y
senos.

Y cuando con su mano, a lo ancho suspendidas, las nubes
apretó,

se hace un fragor: entonces densas se derraman desde el éter
las borrascas.

La mensajera de Juno, de variados colores vestida, 270
concibe, Iris, aguas, y alimentos a las nubes allega: póstranse
los sembrados, y llorados por los colonos

sus votos yacen, y parece el trabajo frustrado de un largo año.

Y no al cielo suyo se limitó de Júpiter la ira, sino que a él su azul
hermano le ayuda con auxiliares ondas. 275

Convoca éste a los caudales. Los cuales, después de que en los
techos de su tirano entraron: «Una arenga larga ahora de usar»,
dice, «no he: las fuerzas derramad vuestras.

Así menester es. Abrid vuestras casas y, la mole apartada, a las corrientes vuestras todas soltad las riendas». 280

Había ordenado; ellos regresan, y de sus fontanas las bocas relajan, y en desenfrenada carrera ruedan a las superficies.

Él mismo con el tridente suyo la tierra golpeó, mas ella tembló y con su movimiento vías franqueó de aguas.

Desorbitadas se lanzan por los abiertos campos las corrientes
285

y, con los sembrados, arbustos al propio tiempo y rebaños y hombres y techos, y con sus penetrales arrebatan sus sacramentos.

Si alguna casa quedó y pudo resistir a tan gran mal no desplomada, la cúpula, aun así, más alta de ella, la onda la cubre, y hundidas se esconden bajo el abismo sus torres. 290

Y ya el mar y la tierra ninguna distinción tenían:

todas las cosas ponto eran, faltaban incluso litorales al ponto. Ocupa éste un collado, en una barca se sienta otro combada y lleva los remos allí donde hace poco arara.

Aquél sobre los sembrados o las cúpulas de una sumergida villa
295 navega, éste un pez sorprende en lo alto de un olmo;
se clava en un verde prado, si la suerte lo deja, el ancla, o, a ellas sometidos, curvas quillas trillan viñedos,

y por donde hace poco, gráciles, grama arrancaban las
cabritas,

nunc ibi deformes ponunt sua corpora phocae. 300 mirantur
sub aqua lucos urbesque domosque Nereides, silvasque tenent
delphines et altis incursant ramis agitataque robora pulsant.

nat lupus inter oves, fulvos vehit unda leones, unda vehit tigres;
nec vires fulminis apro, 305 crura nec ablato prosunt velocia
cervo, quaesitisque diu terris, ubi sistere possit,

in mare lassatis volucris vaga decidit alis. obruerat tumulos
inmensa licentia ponti,

pulsabantque novi montana cacumina fluctus. 310 maxima pars
unda rapitur; quibus unda pepercit, illos longa domant inopi
ieiunia victu.

Separat Aonios Oetaeis Phocis ab arvis, terra ferax, dum terra
fuit, sed tempore in illo

pars maris et latus subitarum campus aquarum. 315 mons ibi
verticibus petit arduus astra duobus, nomine Parnasos,
superantque cacumina nubes.

hic ubi Deucalion (nam cetera texerat aequor) cum consorte tori
parva rate vectus adhaesit,

Corycidas nymphas et numina montis adorant 320

fatidicamque Themin, quae tunc oracla tenebat: non illo melior
quisquam nec amantior aequi

vir fuit aut illa metuentior ulla deorum.

Iuppiter ut liquidis stagnare paludibus orbem

et superesse virum de tot modo milibus unum, 325 et superesse
vidit de tot modo milibus unam, innocuos ambo, cultores
numinis ambo,

nubila disiecit nimbisque aquilone remotis et caelo terras
ostendit et aethera terris.

nec maris ira manet, positoque tricuspide telo 330 mulcet aquas
rector pelagi supraque profundum exstantem atque umeros
innato murice tectum caeruleum Tritona vocat conchaeque
sonanti inspirare iubet fluctusque et flumina signo

iam revocare dato: cava bucina sumitur illi, 335 tortilis in latum
quae turbine crescit ab imo, bucina, quae medio concepit ubi
aera ponto, litora voce replet sub utroque iacentia Phoebos; tum
quoque, ut ora dei madida rorantia barba contigit et cecinit
iussos inflata receptus, 340 omnibus audita est telluris et
aequoris undis,

et quibus est undis audita, coercuit omnes.

iam mare litus habet, plenos capit alveus amnes, flumina
subsidunt collesque exire videntur;

surgit humus, crescunt sola decrescentibus undis, 345 postque
diem longam nudata cacumina silvae ostendunt limumque
tenent in fronde relictum

Redditus orbis erat; quem postquam vidit inanem et desolatas
agere alta silentia terras,

Deucalion lacrimis ita Pyrrham adfatur obortis: 350 'o soror, o
coniunx, o femina sola superstes,

quam commune mihi genus et patruelis origo, deinde torus
iunxit, nunc ipsa pericula iungunt, terrarum, quascumque vident
occasus et ortus,

nos duo turba sumus; possedit cetera pontus. 355 haec
quoque adhuc vitae non est fiducia nostrae

ahora allí deformes ponen sus cuerpos las focas. 300 Admiran
bajo el agua florestas y ciudades y casas

las Nereides, y las espesuras las poseen los delfines y entre sus
altas ramas corren y zarandeando sus troncos las baten.

Nada el lobo entre las ovejas, bermejós leones lleva la onda, la
onda lleva tigres, y ni sus fuerzas de rayo al jabalí, 305 ni sus
patas veloces, arrebatado, sirven al ciervo,

y buscadas largo tiempo tierras donde posarse pudiera, al mar,
fatigadas sus alas, el pájaro errante ha caído.

Había sepultado túmulos la inmensa licencia del ponto, y batían las montañas cumbres unos nuevos oleajes. 310

La mayor parte por la onda fue arrebatada: a los que la onda perdonó, largos ayunos los doman, por causa del indigente sustento.

Deucalión y Pirra

Separa la Fócide los aonios de los eteos campos, tierra feraz mientras tierra fue, pero en el tiempo aquel parte del mar y ancha llanura de súbitas aguas. 315

Un monte allí busca arduo los astros con sus dos vértices, por nombre el Parnaso, y superan sus cumbres las nubes.

Aquí cuando Deucalión -pues lo demás lo había cubierto la superficie- con la consorte de su lecho, en una pequeña balsa llevado, se aferró,

a las corícidas ninfas y a los númenes del monte oran 320 y a la fatídica Temis, que entonces esos oráculos tenía:

no que él mejor ninguno, ni más amante de lo justo,

hombre hubo, o que ella más temerosa ninguna de los dioses.

Júpiter, cuando de fluentes lagos que estaba empantanado el orbe, y que quedaba un hombre de tantos miles hacía poco, uno, 325

y que quedaba, ve, de tantas miles hacía poco, una, inocuos
ambos, cultivadores de la divinidad ambos,

las nubes desgarró y, habiéndose las borrascas con el aquilón
alejado, al cielo las tierras mostró, y el éter a las tierras.

Tampoco del mar la ira permanece y, dejada su tricúspide
arma, 330 calma las aguas el regidor del piélago, y al que sobre
el profundo emerge y sus hombros con su innato múrice cubre,
al azul Tritón llama, y en su concha sonante soplar le ordena, y
los oleajes y las corrientes ya

revocar, su señal dando: su hueca bocina toma él, 335 tórcil,
que en ancho crece desde su remolino inferior, bocina, la cual,
en medio del ponto cuando concibió aire,

los litorales con su voz llena, que bajo uno y otro Febo yacen.
Entonces también, cuando ella la boca del dios, por su húmeda
barba rorante, tocó, y cantó henchida las ordenadas retretas,
340

por todas las ondas oída fue de la tierra y de la superficie,
y por las que olas fue oída, contuvo a todas.

Ya el mar litoral tiene, plenos acoge el álveo a sus caudales, las
corrientes se asientan y los collados salir parecen.

Surge la tierra, crecen los lugares al decrecer las ondas, 345 y,
después de día largo, sus desnudadas copas las espesuras
muestran y limo retienen que en su fronda ha quedado.

Había retornado el orbe; el cual, después de que lo vio vacío, y que desoladas las tierras hacían hondos silencios,

Deucalión con lágrimas brotadas así a Pirra se dirige: 350

«Oh hermana, oh esposa, oh hembra sola sobreviviente, a la que a mí una común estirpe y un origen de primos,

después un lecho unió, ahora nuestros propios peligros unen, de las tierras cuantas ven el ocaso y el orto

nosotros dos la multitud somos: posee lo demás el ponto. 355

Esta tampoco todavía de la vida nuestra es garantía

certa satis; terrent etiamnum nubila mentem. quis tibi, si sine me fatis erepta fuisses,

nunc animus, miseranda, foret? quo sola timorem ferre modo posses? quo consolante doleres! 360 namque ego (crede mihi), si te quoque pontus haberet, te sequerer, coniunx, et me quoque pontus haberet. o utinam possim populos reparare paternis

artibus atque animas formatae infundere terrae! nunc genus in nobis restat mortale duobus. 365

sic visum superis: hominumque exempla manemus.' dixerat, et flebant: placuit caeleste precari

numen et auxilium per sacras quaerere sortes. nulla mora est: adeunt pariter Cephesidas undas,

ut nondum liquidas, sic iam vada nota secantes. 370 inde ubi
libatos inroravere liquores

vestibus et capiti, flectunt vestigia sanctae ad delubra deae,
quorum fastigia turpi

pallebant musco stabantque sine ignibus arae.

ut templi tetigere gradus, procumbit uterque 375 pronus humi
gelidoque pavens dedit oscula saxo atque ita 'si precibus'
dixerunt 'numina iustis victa remollescunt, si flectitur ira
deorum,

dic, Themis, qua generis damnum reparabile nostri arte sit, et
mersis fer opem, mitissima, rebus!' 380 Mota dea est sortemque
dedit: 'discedite templo

et velate caput cinctasque resolvite vestes ossaque post tergum
magnae iactate parentis!' obstupuere diu: rumpitque silentia
voce

Pyrrha prior iussisque deae parere recusat, 385 detque sibi
veniam pavido rogat ore pavetque laedere iactatis maternas
ossibus umbras. interea repetunt caecis obscura latebris

verba datae sortis secum inter seque volutant. inde
Promethides placidis Epimethida dictis 390 mulcet et 'aut fallax'
ait 'est sollertia nobis,

aut (pia sunt nullumque nefas oracula suadent!) magna parens
terra est: lapides in corpore terrae ossa reor dici; iacere hos
post terga iubemur.'

Coniugis augurio quamquam Titania mota est, 395 spes tamen in dubio est: adeo caelestibus ambo diffidunt monitis; sed quid temptare nocebit? descendunt: velantque caput tunicasque recingunt et iussos lapides sua post vestigia mittunt.

saxa (quis hoc credat, nisi sit pro teste vetustas?) 400 ponere duritiem coepere suumque rigorem mollirique mora mollitaque ducere formam. mox ubi creverunt naturaque mitior illis

contigit, ut quaedam, sic non manifesta videri forma potest hominis, sed uti de marmore coepta 405 non exacta satis rudibusque simillima signis, quae tamen ex illis aliquo pars umida suco

et terrena fuit, versa est in corporis usum;

quod solidum est flectique nequit, mutatur in ossa, quae modo vena fuit, sub eodem nomine mansit, 410 inque brevi spatio superiorum numine saxa

missa viri manibus faciem traxere virorum

et de femineo reparata est femina iactu.

inde genus durum sumus experiensque laborum et documenta damus qua simus origine nati. 415

cierta bastante; aterran todavía ahora nublados nuestra mente.

¿Cuál si sin mí de los hados arrebatada hubieras sido ahora tu ánimo, triste de ti, sería? ¿De qué modo sola

el temor soportar podrías? ¿Con consuelo de quién te dolerías?

360 Porque yo, créeme, si a ti también el ponto te tuviera,
te seguiría, esposa, y a mí también el ponto me tendría. Oh,
ojalá pudiera yo los pueblos restituir con las paternas artes, y
alientos infundir a la conformada tierra.

Ahora el género mortal resta en nosotros dos 365

-así pareció a los altísimos- y de los hombres como ejemplos
quedamos».

Había dicho, y lloraban; decidieron al celeste numen suplicar y
auxilio por medio buscar de las sagradas venturas. Ninguna
demora hay: acuden a la par a las cefísidar ondas,

como todavía no líquidas, así ya sus vados conocidos cortando.

370 De allí, cuando licores de él tomados rociaron

sobre sus ropas y cabeza, doblan sus pasos hacia el santuario
de la sagrada diosa, cuyas cúspides de indecente

musgo palidecían, y se alzaban sin fuegos sus aras.

Cuando del templo tocaron los peldaños se postró cada uno 375

inclinado al suelo, y atemorizado besó la helada roca,

y así: «Si con sus plegarias justas», dijeron, «los númenes
vencidos se enternecen, si se doblega la ira de los dioses,

di, Temis, por qué arte la merma del género nuestro

reparable es, y presta ayuda, clementísima, a estos sumergidos
estados». 380

Conmovida la diosa fue y su ventura dio: «Retiraos del templo y
velaos la cabeza, y soltaos vuestros ceñidos vestidos,
y los huesos tras vuestra espalda arrojad de vuestra gran
madre».

Quedaron suspendidos largo tiempo, y rompió los silencios con
SU VOZ

Pirra primera, y los mandatos de la diosa obedecer rehúsa, 385
y tanto que la perdone con aterrada boca ruega, como se
aterra de herir, arrojando sus huesos, las maternas sombras.

Entre tanto repasan, por sus ciegas latencias oscuras,
las palabras de la dada ventura, y para entre sí les dan vueltas.
Tras ello el Prometida a la Epimetida con plácidas palabras 390
calma, y: «O falaz», dice, «es mi astucia para nosotros,
o -píos son y a ninguna abominación los oráculos persuaden-
esa gran madre la tierra es: piedras en el cuerpo de la tierra
a los huesos calculo que se llama; arrojarlas tras nuestra
espalda se nos ordena».

De su esposo por el augurio aunque la Titania se conmovió, 395
su esperanza, aun así, en duda está: hasta tal punto ambos
desconfían de las celestes admoniciones. Pero, ¿qué intentarlo
dañará?

Se retiran y velan su cabeza y las túnicas se descíñen, y las
ordenadas piedras tras sus plantas envían.

Las rocas -¿quién lo creería, si no estuviera por testigo la antigüedad?- 400

a dejar su dureza comenzaron, y su rigor

a mullir, y con el tiempo, mullidas, a tomar forma.

Luego, cuando crecieron y una naturaleza más tierna

les alcanzó, como sí semejante, del mismo modo manifiesta parecer no puede

la forma de un humano, sino, como de mármol comenzada, 405 no terminada lo bastante, a las rudas estatuas muy semejante era.

La parte aun así de ellas que húmeda de algún jugo y terrosa era, vuelta fue en uso de cuerpo.

Lo que sólido es y doblarse no puede, se muta en huesos,

la que ahora poco vena fue, bajo el mismo nombre quedó; 410 y en breve espacio, por el numen de los altísimos, las rocas enviadas por las manos del hombre la faz tomaron de hombres, y del femenino lanzamiento restituida fue la mujer.

De ahí que un género duro somos y avezado en sufrimientos y pruebas damos del origen de que hemos nacido. 415

Cetera diversis tellus animalia formis

sponte sua peperit, postquam vetus umor ab igne percaluit solis, caenumque udaeque paludes intumuerunt aestu,

fecundaque semina rerum vivaci nutrita solo ceu matris in alvo
420 creverunt faciemque aliquam cepere morando. sic ubi
deseruit madidos septemfluvius agros Nilus et antiquo sua
flumina reddidit alveo aetherioque recens exarsit sidere limus,
plurima cultores versis animalia glaebis 425 inveniunt et in his
quaedam modo coepta per ipsum nascendi spatium, quaedam
imperfecta suisque trunca vident numeris, et eodem in corpore
saepe altera pars vivit, rudis est pars altera tellus.

quippe ubi temperiem sumpsere umorque calorque, 430
conciunt, et ab his oriuntur cuncta duobus, cumque sit ignis
aquae pugna, vapor umidus omnes

res creat, et discors concordia fetibus apta est. ergo ubi diluvio
tellus lutulenta recenti

solibus aetheriis altoque recanduit aestu, 435 edidit innumeras
species; partimque figuras rettulit antiquas, partim nova
monstra creavit.

Illa quidem nollet, sed te quoque, maxime Python, tum genuit,
populisque novis, incognita serpens, terror eras: tantum spatii
de monte tenebas. 440 hunc deus arcitenens, numquam
letalibus armis ante nisi in damnis capreisque fugacibus usus,
mille gravem telis exhausta paene pharetra perdidit effuso per
vulnera nigra veneno.

neve operis famam posset delere vetustas, 445 instituit sacros
celebri certamine ludos,

Pythia de domitae serpentis nomine dictos.

hic iuvenum quicumque manu pedibusve rotave vicerat,
aesculeae capiebat frondis honorem. nondum laurus erat,
longoque decentia crine 450 tempora cingebat de qualibet
arbore Phoebus.

Primus amor Phoebi Daphne Peneia, quem non fors ignara
dedit, sed saeva Cupidinis ira,

Delius hunc nuper, victa serpente superbus, viderat adducto
flectentem cornua nervo 455 'quid' que 'tibi, lascive puer, cum
fortibus armis?' dixerat: 'ista decent umeros gestamina nostros,
qui dare certa ferae, dare vulnera possumus hosti, qui modo
pestifero tot iugera ventre prementem

stravimus innumeris tumidum Pythona sagittis. 460 tu face
nescio quos esto contentus amores

inritare tua, nec laudes adsere nostras!'

filius huic Veneris 'figat tuus omnia, Phoebe, te meus arcus' ait;
'quantoque animalia cedunt

cuncta deo, tanto minor est tua gloria nostra.' 465 dixit et eliso
percussis aere pennis

inpiger umbrosa Parnasi constitit arce eque sagittifera prompsit
duo tela pharetra

diversorum operum: fugat hoc, facit illud amorem; quod facit,
auratum est et cuspide fulget acuta, 470

A los demás seres la tierra con diversas formas

por sí misma los parió después de que el viejo humor por el
fuego se caldeó del sol, y el cieno y los húmedos charcos

se entumecieron por su hervor, y las fecundas simientes de las
cosas, por el vivaz suelo nutridas, como de una madre en la
matriz 420 crecieron y faz alguna cobraron con el pasar del
tiempo.

Así, cuando abandonó mojados los campos el séptuple fluir del
Nilo, y a su antiguo seno hizo volver sus corrientes,

y merced a la etérea estrella, reciente, ardió hasta secarse el
limo, muchos seres sus cultivadores al volver los terrones 425
encuentran y entre ellos a algunos apenas comenzados, en el
propio espacio de su nacimiento, algunos inacabados y truncos
los ven de sus proporciones, y en el mismo cuerpo a menudo
una parte vive, es la parte otra ruda tierra.

Porque es que cuando una templanza han tomado el humor y el
calor, 430

conciben, y de ellos dos se originan todas las cosas

y, aunque sea el fuego para el agua pugnaz, el vapor húmedo
todas las cosas crea, y la discorde concordia para las crías apta
es.

Así pues, cuando del diluvio reciente la tierra enlodada
con los soles etéreos se encandeció y con su alto hervor, 435 dio
a luz innumerables especies y en parte sus figuras
les devolvió antiguas, en parte nuevos prodigios creó.

La sierpe Pitón

Ella ciertamente no lo querría, pero a ti también, máximo Pitón,
entonces te engendró, y de los pueblos nuevos, desconocida
sierpe, el terror eras: tan grande espacio de un monte
ocupabas. 440

A él el dios señor del arco, y que nunca tales armas antes sino
en los gamos y corzas fugaces había usado, hundido por mil
disparos, exhausta casi su aljaba,

lo perdió, derramándose por sus heridas negras su veneno.

Y para que de esa obra la fama no pudiera destruir la
antigüedad, 445 instituyó, sagrados, de reiterado certamen,
unos juegos,

Pitios con el nombre de la domada serpiente llamados. Ése de
los jóvenes quien con su mano, sus pies o a rueda venciera, de
fronda de encina cobraba un galardón.

Todavía laurel no había y, hermosas con su largo pelo, 450 sus
sienes ceñía de cualquier árbol Febo.

Apolo y Dafne

El primer amor de Febo: Dafne la Peneia, el cual no el azar
ignorante se lo dio, sino la salvaje ira de Cupido. El Delio a él
hacía poco, por su vencida sierpe soberbio,

le había visto doblando los cuernos al tensarle el nervio, 455

y: «¿Qué tienes tú que ver, travieso niño, con las fuertes
armas?», había dicho; «ellas son cargamentos decorosos para
los hombros nuestros, que darlas certeras a una fiera, dar
heridas podemos al enemigo, que, al que ahora poco con su
calamitoso vientre tantas yugadas hundía, hemos derribado, de
innumerables saetas henchido, a Pitón. 460 Tú con tu antorcha
no sé qué amores conténtate

con irritar, y las alabanzas no reclames nuestras».

El hijo a él de Venus: «Atraviase el tuyo todo, Febo, a ti mi arco»,
dice, «y en cuanto los seres ceden

todos al dios, en tanto menor es tu gloria a la nuestra». 465

Dijo, y rasgando el aire a golpes de sus alas,

diligente, en el sombreado recinto del Parnaso se posó, y de su
saetífera aljaba aprestó dos dardos

de opuestas obras: ahuyenta éste, causa aquél el amor.

El que lo causa de oro es y en su cúspide fulge aguda. 470

quod fugat, obtusum est et habet sub harundine plumbum.

hoc deus in nympa Peneide fixit, at illo laesit Apollineas
traiecta per ossa medullas;

protinus alter amat, fugit altera nomen amantis silvarum
latebris captivarumque ferarum 475 exuviis gaudens
innuptaeque aemula Phoebes: vitta coercebat positos sine lege
capillos.

multi illam petiere, illa aversata petentes inpatiens expersque
viri nemora avia lustrat

nec, quid Hymen, quid Amor, quid sint conubia curat. 480 saepe
pater dixit: 'generum mihi, filia, debes,' saepe pater dixit: 'debes
mihi, nata, nepotes';

illa velut crimen taedas exosa iugales pulchra verecundo
suffuderat ora rubore

inque patris blandis haerens cervice lacertis 485 'da mihi
perpetua, genitor carissime,' dixit 'virginitate frui! dedit hoc
pater ante Dianae.'

ille quidem obsequitur, sed te decor iste quod optas esse vetat,
votoque tuo tua forma repugnat:

Phoebus amat visaeque cupit conubia Daphnes, 490 quodque cupit, sperat, suaque illum oracula fallunt, utque leves stipulae demptis adolentur aristis,
ut facibus saepes ardent, quas forte viator vel nimis admovit vel iam sub luce reliquit,
sic deus in flammis abiit, sic pectore toto 495 uritur et sterilem sperando nutrit amorem. spectat inornatos collo pendere capillos
et 'quid, si comantur?' ait. videt igne micantes sideribus similes oculos, videt oscula, quae non est vidisse satis; laudat digitosque manusque 500 brachiaque et nudos media plus parte lacertos;
si qua latent, meliora putat. fugit ocior aura
illa levi neque ad haec revocantis verba resistit: 'nympha, precor, Penei, mane! non insequor hostis; nympha, mane! sic agna lupum, sic cervam leonem, 505 sic aquilam penna fugiunt trepidante columbae, hostes quaeque suos: amor est mihi causa sequendi! me miserum! ne prona cadas indignave laedi crura notent sentes et sim tibi causa doloris! aspera, qua properas, loca sunt: moderatius, oro, 510 curre fugamque inhibe, moderatius insequar ipse. cui placeas, inquire tamen: non incola montis, non ego sum pastor, non hic armenta gregesque horridus observo. nescis, temeraria, nescis,

quem fugias, ideoque fugis: mihi Delphica tellus 515 et Claros et
Tenedos Patareaque regia servit; Iuppiter est genitor; per me,
quod eritque fuitque estque, patet; per me concordant carmina
nervis. certa quidem nostra est, nostra tamen una sagitta
certior, in vacuo quae vulnera pectore fecit! 520

inventum medicina meum est, opiferque per orbem dicor, et
herbarum subiecta potentia nobis.

ei mihi, quod nullis amor est sanabilis herbis

nec prosunt domino, quae prosunt omnibus, artes!

Plura locuturum timido Peneia cursu 525 fugit cumque ipso
verba imperfecta reliquit,

tum quoque visa decens; nudabant corpora venti, obviaque
adversas vibrabant flamina vestes,

et levis impulsos retro dabat aura capillos,

El que lo ahuyenta obtuso es y tiene bajo la caña plomo. Éste el
dios en la ninfa Peneide clavó, mas con aquél hirió de Apolo,
pasados a través sus huesos, las médulas.

En seguida el uno ama, huye la otra del nombre de un amante,
de las guaridas de las espesuras, y de los despojos de las
cautivas 475 fieras gozando, y émula de la innupta Febe.

Con una cinta sujetaba, sueltos sin ley, sus cabellos. Muchos la pretendieron; ella, evitando a los pretendientes, sin soportar ni conocer varón, bosques inaccesibles lustra

y de qué sea el Himeneo, qué el amor, qué el matrimonio, no cura. 480 A menudo su padre le dijo: «Un yerno, hija, me debes».

A menudo su padre le dijo: «Me debes, niña, unos nietos». Ella, que como un crimen odiaba las antorchas conyugales, su bello rostro teñía de un verecundo rubor

y de su padre en el cuello prendiéndose con tiernos brazos: 485

«Concédeme, genitor queridísimo» le dijo, «de una perpetua virginidad disfrutar: lo concedió su padre antes a Diana».

Él, ciertamente, obedece; pero a ti el decor este, lo que deseas que sea, prohíbe, y con tu voto tu hermosura pugna.

Febo ama, y al verla desea las nupcias de Dafne, 490

y lo que desea espera, y sus propios oráculos a él le engañan; y como las leves pajas sahúman, despojadas de sus aristas,

como con las antorchas los cercados arden, las que acaso un caminante o demasiado les acercó o ya a la luz abandonó,

así el dios en llamas se vuelve, así en su pecho todo 495 él se abrasa y estéril, en esperando, nutre un amor.

Contempla no ornados de su cuello pender los cabellos

y «¿Qué si se los arreglara?», dice. Ve de fuego rielantes, a estrellas parecidos sus ojos, ve sus labios, que no

es con haber visto bastante. Alaba sus dedos y manos 500 y brazos, y desnudos en más de media parte sus hombros:

lo que oculto está, mejor lo supone. Huye más veloz que el aura ella, leve, y no a estas palabras del que la revoca se detiene:

«¡Ninfa, te lo ruego, del Peneo, espera! No te sigue un enemigo; ¡ninfa, espera! Así la cordera del lobo, así la cierva del león, 505 así del águila con ala temblorosa huyen las palomas, de los enemigos cada uno suyos; el amor es para mí la causa de seguirte.

Triste de mí, no de bruces te caigas o indignas de ser heridas tus piernas señalen las zarzas, y sea yo para ti causa de dolor.

Ásperos, por los que te apresuras, los lugares son: más despacio te lo ruego 510

corre y tu fuga modera, que más despacio te persiga yo.

A quién complaces pregunta, aun así; no un paisano del monte, no yo soy un pastor, no aquí ganados y rebaños,

hórrido, vigilo. No sabes, temeraria, no sabes

de quién huyes y por eso huyes. A mí la délfica tierra, 515 y Claros, y Tenedos, y los palacios de Pátara me sirven; Júpiter es mi padre. Por mí lo que será, y ha sido,

y es se manifiesta; por mí concuerdan las canciones con los nervios. Certera, realmente, la nuestra es; que la nuestra, con todo, una saeta más certera hay, la que en mi vacío pecho

estas heridas hizo. 520 Hallazgo la medicina mía es, y auxiliador
por el orbe

se me llama, y el poder de las hierbas sometido está a nos: ay
de mí, que por ningunas hierbas el amor es sanable,
y no sirven a su dueño las artes que sirven a todos».

Del que más iba a hablar con tímida carrera la Peneia 525 huye,
y con él mismo sus palabras inconclusas deja atrás,
entonces también pareciendo hermosa; desnudaban su cuerpo
los vientos,

y las brisas a su encuentro hacían vibrar sus ropas, contrarias a
ellas, y leve el aura atrás daba, empujándolos, sus cabellos,

auctaque forma fuga est. sed enim non sustinet ultra 530
perdere blanditias iuvenis deus, utque monebat ipse Amor,
admisso sequitur vestigia passu.

ut canis in vacuo leporem cum Gallicus arvo vidit, et hic
praedam pedibus petit, ille salutem; alter inhaesuro similis iam
iamque tenere 535 sperat et extento stringit vestigia rostro,
alter in ambiguo est, an sit comprehensus, et ipsis morsibus eripitur
tangenciaque ora relinquit: sic deus et virgo est hic spe celer, illa
timore.

qui tamen insequitur pennis adiutus Amoris, 540 ocior est
requiemque negat tergoque fugacis inminet et crinem sparsum
cervicibus adflat. viribus absumptis expalluit illa citaeque
victa labore fugae spectans Peneidas undas

'fer, pater,' inquit 'opem! si flumina numen habetis, 545

[quae facit ut laedar mutando perde figuram.] qua nimium
placui, mutando perde figuram!' vix prece finita torpor gravis
occupat artus, mollia cinguntur tenui praecordia libro,

in frondem crines, in ramos bracchia crescunt, 550 pes modo
tam velox pigris radicibus haeret,

ora cacumen habet: remanet nitor unus in illa.

Hanc quoque Phoebus amat positaque in stipite dextra sentit
adhuc trepidare novo sub cortice pectus complexusque suis
ramos ut membra lacertis 555 oscula dat ligno; refugit tamen
oscula lignum.

cui deus 'at, quoniam coniunx mea non potes esse, arbor eris
certe' dixit 'mea! semper habebunt

te coma, te citharae, te nostrae, laure, pharetrae;

tu ducibus Latiis aderis, cum laeta Triumphum 560 vox canet et
visent longas Capitolia pompas; postibus Augustis eadem
fidissima custos

ante fores stabis mediamque tuebere quercum, utque meum
intonsis caput est iuvenale capillis, tu quoque perpetuos semper

gere frondis honores! 565 finierat Paeon: factis modo laurea
ramis

adnuit utque caput visa est agitasse cacumen.

Est nemus Haemoniae, praerupta quod undique claudit silva:
vocant Tempe; per quae Peneos ab imo effusus Pindo spumosis
volvitur undis 570 deiectuque gravi tenues agitantia fumos
nubila conducit summisque adspergine silvis inpluit et sonitu
plus quam vicina fatigat:

haec domus, haec sedes, haec sunt penetralia magni amnis, in
his residens facto de cautibus antro, 575 undis iura dabat
nymphisque colentibus undas. conveniunt illuc popularia
flumina primum,

nescia, gratentur consolenturne parentem, populifer Sperchios
et inquietus Enipeus Apidanosque senex lenisque Amphrysos
et Aneas, 580 moxque amnes alii, qui, qua tulit inpetus illos, in
mare deducunt fessas erroribus undas.

Inachus unus abest imoque reconditus antro fletibus auget
aquas natamque miserrimus Io luget ut amissam: nescit, vitane
fruat 585

an sit apud manes; sed quam non invenit usquam,

y acrecióse su hermosura con la huida. Pero entonces no
soporta más 530

perder sus ternuras el joven dios y, como aconsejaba el propio
amor, a tendido paso sigue sus plantas.

Como el perro en un vacío campo cuando una liebre, el galgo,
ve, y éste su presa con los pies busca, aquélla su salvación:

el uno, como que está al cogerla, ya, ya tenerla 535 espera, y
con su extendido morro roza sus plantas;

la otra en la ignorancia está de si ha sido apresada, y de los
propios mordiscos se arranca y la boca que le toca atrás deja:

así el dios y la virgen; es él por la esperanza raudo, ella por el
temor.

Aun así el que persigue, por las alas ayudado del amor, 540
más veloz es, y el descanso niega, y la espalda de la fugitiva
acecha, y sobre su pelo, esparcido por su cuello, alienta.

Sus fuerzas ya consumidas palideció ella y, vencida

por la fatiga de la rápida huida, contemplando las peneidas
ondas:

«Préstame, padre», dice, «ayuda; si las corrientes numen tenéis,
545 [verso interpolado]

por la que demasiado he complacido, mutándola pierde mi
figura». Apenas la plegaria acabó un entumecimiento pesado

ocupa su organismo, se ciñe de una tenue corteza su blando
tórax,

en fronda sus pelos, en ramas sus brazos crecen, 550

el pie, hace poco tan veloz, con morosas raíces se prende, su
cara copa posee: permanece su nitor solo en ella.

A ésta también Febo la ama, y puesta en su madero su diestra
siente todavía trepidar bajo la nueva corteza su pecho,

y estrechando con sus brazos esas ramas, como a miembros,
555 besos da al leño; rehúye, aun así, sus besos el leño.

Al cual el dios: «Mas puesto que esposa mía no puedes ser, el
árbol serás, ciertamente», dijo, «mío. Siempre te tendrán a ti mi
pelo, a ti mis cítaras, a ti, laurel, nuestras aljabas.

Tú a los generales lacios asistirás cuando su alegre voz 560

el triunfo cante, y divisen los Capitolios las largas pompas. En
las jambas augustas tú misma, fidelísima guardiana,

ante sus puertas te apostarás, y la encina central guardarás, y
como mi cabeza es juvenil por sus intonsos cabellos,

tú también perpetuos siempre lleva de la fronda los honores».

565 Había acabado Peán: con sus recién hechas ramas la
láurea

asiente y, como una cabeza, pareció agitar su copa.

Júpiter e Ío (I)

Hay un bosque en la Hemonia al que por todos lados cierra,
acantilada, una espesura: le llaman Tempe. Por ellos el Peneo,
desde el profundo Pindo derramándose, merced a sus
espumosas ondas, rueda, 570

y en su caer pesado nubes que agitan tenues

humos congrega, y sobre sus supremas espesuras con su
aspersión llueve, y con su sonar más que a la vecindad fatiga.

Ésta la casa, ésta la sede, éstos son los penetrales del gran
caudal; en ellos aposentado, en su caverna hecha de escollos,
575 a sus ondas leyes daba, y a las ninfas que honran sus
ondas.

Se reúnen allá las paisanas corrientes primero, ignorando si
deben felicitar o consolar al padre: rico en álamos el Esperquío
y el irrequieto Enipeo

y el Apídano viejo y el lene Anfriso y el Eante, 580

y pronto los caudales otros que, por donde los llevara su ímpetu
a ellos,

hacia el mar abajan, cansadas de su errar, sus ondas.

El Ínaco solo falta y, en su profunda caverna recóndito, con sus
llantos aumenta sus aguas y a su hija, tristísimo, a Ío, plañe
como perdida; no sabe si de vida goza 585

o si está entre los manes, pero a la que no encuentra en ningún
sitio

esse putat nusquam atque animo peiora veretur.

Viderat a patrio redeuntem Iuppiter illam flumine et 'o virgo Iove digna tuoque beatum nescio quem factura toro, pete' dixerat 'umbras 590 aliorum nemorum' (et nemorum monstraverat umbras) 'dum calet, et medio sol est altissimus orbe!

quodsi sola times latebras intrare ferarum, praeside tuta deo nemorum secreta subibis, nec de plebe deo, sed qui caelestia magna 595

sceptra manu teneo, sed qui vaga fulmina mitto. ne fuge me!' fugiebat enim. iam pascua Lerna consitaque arboribus Lyrcea reliquerat arva, cum deus inducta latas caligine terras

occuluit tenuitque fugam rapuitque pudorem. 600 Interea medios Iuno despexit in Argos

et noctis faciem nebulas fecisse volucres sub nitido mirata die, non fluminis illas esse, nec umentis sensit tellure remitti;

atque suos coniunx ubi sit circumspicit, ut quae 605

deprensi totiens iam nosset furta mariti.

quem postquam caelo non repperit, 'aut ego fallor aut ego laedor' ait delapsaque ab aethere summo constitit in terris nebulasque recedere iussit. coniugis adventum praesenserat inque nitentem 610 Inachidos vultus mutaverat ille iuvencam;

bos quoque formosa est. speciem Saturnia vaccae, quamquam invita, probat nec non, et cuius et unde quove sit armento, veri quasi nescia quaerit.

Iuppiter e terra genitam mentitur, ut auctor 615 desinat inquiri: petit hanc Saturnia munus.

quid faciat? crudele suos addicere amores,

non dare suspectum est: Pudor est, qui suadeat illinc, hinc dissuadet Amor. victus Pudor esset Amore, sed leve si munus sociae generisque torique 620 vacca negaretur, poterat non vacca videri!

Paelice donata non protinus exuit omnem diva metum timuitque Iovem et fuit anxia furti, donec Arestoridae servandam tradidit Argo.

centum luminibus cinctum caput Argus habebat 625 inde suis vicibus capiebant bina quietem, cetera servabant atque in statione manebant. constiterat quocumque modo, spectabat ad Io, ante oculos Io, quamvis aversus, habebat.

luce sinit pasci; cum sol tellure sub alta est, 630 claudit et indigno circumdat vincula collo. frondibus arboreis et amara pascitur herba. proque toro terrae non semper gramen habenti incubat infelix limosaque flumina potat.

illa etiam supplex Argo cum bracchia vellet 635 tendere, non
habuit, quae bracchia tenderet Argo, conatoque queri mugitus
edidit ore

pertimuitque sonos propriaque exterrita voce est. venit et ad
ripas, ubi ludere saepe solebat, Inachidas: rictus novaque ut
conspexit in unda 640 cornua, pertimuit seque exsternata
refugit.

naides ignorant, ignorat et Inachus ipse,

quae sit; at illa patrem sequitur sequiturque sorores

estar cree en ningún sitio y en su ánimo lo peor teme.

La había visto, de la paterna corriente regresando, Júpiter a
ella y: «Oh virgen de Júpiter digna y que feliz con tu

lecho ignoro a quién has de hacer, busca», le había dicho, «las
sombras 590 de esos altos bosques», y de los bosques le había
mostrado las sombras,

«mientras hace calor y en medio el sol está, altísimo, de su orbe,

que si sola temes en las guaridas entrar de las fieras,

segura con la protección de un dios, de los bosques el secreto
alcanzarás,

y no de la plebe un dios, sino el que los celestes cetros 595

en mi magna mano sostengo, pero el que los errantes rayos
lanzo: no me huye», pues huía. Ya los pastos de Lerna,
y, sembrados de árboles, de Lirceo había dejado atrás los
campos, cuando el dios, produciendo una calina, las anchas
tierras

ocultó, y detuvo su fuga, y le arrebató su pudor. 600 Entre tanto
Juno abajo miró en medio de los campos

y de que la faz de la noche hubieran causado unas nieblas
voladoras en el esplendor del día admirada, no que de una
corriente ellas fueran, ni sintió que de la humedecida tierra
fueran despedidas,

y su esposo dónde esté busca en derredor, como la que 605
ya conociera, sorprendido tantas veces, los hurtos de su
marido. Al cual, después de que en el cielo no halló: «O yo me
engaño o se me ofende», dice, y deslizándose del éter supremo
se posó en las tierras y a las nieblas retirarse ordenó.

De su esposa la llegada había presentido, y en una lustrosa 610
novilla la apariencia de la Ináquida había mutado él

-de res también hermosa es-: la belleza la Saturnia de la vaca
aunque contrariada aprueba, y de quién, y de dónde, o de qué
manada era, de la verdad como desconocedora, no deja de
preguntar.

Júpiter de la tierra engendrada la mente, para que su autor
615 deje de averiguar: la pide a ella la Saturnia de regalo.

¿Qué iba a hacer? Cruel cosa adjudicarle sus amores,
no dárselos sospechoso es: el pudor es quien persuade de
aquello, de esto disuade el amor. Vencido el pudor habría sido
por el amor, pero si el leve regalo, a su compañera de linaje y
de lecho, 620 de una vaca le negara, pudiera no una vaca
parecer.

Su rival ya regalada no en seguida se despojó la divina
de todo miedo, y temió de Júpiter, y estuvo ansiosa de su hurto
hasta que al Arestórida para ser custodiada la entregó, a Argos.

Argos

De cien luces ceñida su cabeza Argos tenía, 625
de donde por sus turnos tomaban, de dos en dos, descanso, los
demás vigilaban y en posta se mantenían.

Como quiera que se apostara miraba hacia Ío:

ante sus ojos a Ío, aun vuelto de espaldas, tenía.

A la luz la deja pacer; cuando el sol bajo la tierra alta está, 630
la encierra, y circunda de cadenas, indigno, su cuello.

De frondas de árbol y de amarga hierba se apacienta,
y, en vez de en un lecho, en una tierra que no siempre grama
tiene se recuesta la infeliz y limosas corrientes bebe.

Ella, incluso, suplicante a Argos cuando sus brazos quisiera
635 tender, no tuvo qué brazos tendiera a Argos,

e intentando quejarse, mugidos salían de su boca,
y se llenó de temor de esos sonidos y de su propia voz aterróse.

Llegó también a las riberas donde jugar a menudo solía, del
Ínaco a las riberas, y cuando contempló en su onda 640
sus nuevos cuernos, se llenó de temor y de sí misma
enloquecida huyó.

Las náyades ignoran, ignora también Ínaco mismo
quién es; mas ella a su padre sigue y sigue a sus hermanas

et patitur tangi seque admirantibus offert. decerptas senior
porrexerat Inachus herbas: 645 illa manus lambit patriisque dat
oscula palmis nec retinet lacrimas et, si modo verba sequantur,
oret opem nomenque suum casusque loquatur; littera pro
verbis, quam pes in pulvere duxit, corporis indicium mutati triste
peregit. 650

'me miserum!' exclamat pater Inachus inque gementis
cornibus et nivea pendens cervice iuvencae

'me miserum!' ingeminat; 'tunc es quaesita per omnes
nata mihi terras? tu non inventa reperta

luctus eras levior! retices nec mutua nostris 655 dicta refers, alto
tantum suspiria ducis

pectore, quodque unum potes, ad mea verba remugis! at tibi
ego ignarus thalamos taedasque parabam, spesque fuit generi
mihi prima, secunda nepotum.

de grege nunc tibi vir, nunc de grege natus habendus. 660

nec finire licet tantos mihi morte dolores; sed nocet esse deum,
praeclusaque ianua leti aeternum nostros luctus extendit in
aevum.' talia maerenti stellatus submovet Argus

ereptamque patri diversa in pascua natam 665 abstrahit. ipse
procul montis sublime cacumen occupat, unde sedens partes
speculatur in omnes.

Nec superum rector mala tanta Phoronidos ultra ferre potest
natumque vocat, quem lucida partu Pleias enixa est letoque det
imperat Argum. 670 parva mora est alas pedibus virgamque
potenti somniferam sumpsisse manu tegumenque capillis. haec
ubi disposuit, patria Iove natus ab arce

desilit in terras; illic tegumenque removit

et posuit pennas, tantummodo virga retenta est: 675 hac agit,
ut pastor, per devia rura capellas

dum venit abductas, et structis cantat avenis. voce nova captus
custos Iunonius 'at tu, quisquis es, hoc poteris mecum
considerare saxo'

Argus ait; 'neque enim pecori fecundior ullo 680 herba loco est,
aptamque vides pastoribus umbram.'

Sedit Atlantiades et euntem multa loquendo detinuit sermone
diem iunctisque canendo vincere harundinibus servantia lumina
temptat. ille tamen pugnat molles evincere somnos 685 et,
quamvis sopor est oculorum parte receptus,
parte tamen vigilat. quaerit quoque (namque reperta fistula
nuper erat), qua sit ratione reperta.

Tum deus 'Arcadiae gelidis sub montibus' inquit 'inter
hamadryadas celeberrima Nonacrinas 690 naias una fuit:
nymphae Syringa vocabant.

non semel et satyros eluserat illa sequentes

et quoscumque deos umbrosaue silva feraxque rus habet.

Ortygiam studiis ipsaque colebat virginitate deam; ritu quoque
cincta Dianae 695 falleret et posset credi Latonia, si non
corneus huic arcus, si non foret aureus illi; sic quoque fallebat.

Redeuntem colle Lycaeo Pan videt hanc pinuque caput
praecinctus acuta

y se deja tocar y a sus admiraciones se ofrece.

Por él arrancadas el más anciano le había acercado, Ínaco,
hierbas: 645 ella sus manos lame y da besos de su padre a las
palmas

y no retiene las lágrimas y, si sólo las palabras le obedecieran,
le rogara auxilio y el nombre suyo y sus casos le dijera.

Su letra, en vez de palabras, que su pie en el polvo trazó, de
indicio amargo de su cuerpo mutado actuó. 650

«Triste de mí», exclama el padre Ínaco, y en los cuernos
de la que gemía, y colgándose en la cerviz de la nivea novilla:
«Triste de mí», reitera; «¿Tú eres, buscada por todas las tierras,
mi hija? Tú no encontrada que hallada

un luto eras más leve. Callas y mutuas a las nuestras 655
palabras no respondes, sólo suspiros sacas de tu alto pecho y,
lo que solo puedes, a mis palabras remuges.

Mas a ti yo, sin saber, tálamos y teas te preparaba
y esperanza tuve de un yerno la primera, la segunda de nietos.
De la grey ahora tú un marido, y de la grey hijo has de tener.
660 Y concluir no puedo yo con mi muerte tan grandes dolores,
sino que mal me hace ser dios, y cerrada la puerta de la muerte
nuestros lutos extiende a una eterna edad».

Mientras de tal se afligía, lo aparta el constelado Argos y,
arrancada a su padre, a lejanos pastos a su hija 665 arrastra; él

mismo, lejos, de un monte la sublime cima ocupa, desde donde sentado otea hacia todas partes.

Tampoco de los altísimos el regidor los males tan grandes de la Forónide más tiempo soportar puede y a su hijo llama, al que la lúcida Pléyade de su vientre había parido, y que a la muerte dé, le impera, a Argos. 670 Pequeña la demora es la de las alas para sus pies, y la vara somnífica

para su potente mano tomar, y el cobertor para sus cabellos.

Ello cuando dispuso, de Júpiter el nacido desde el paterno recinto salta a las tierras. Allí, tanto su cobertor se quitó

como depuso sus alas, de modo que sólo la vara retuvo: 675 con ella lleva, como un pastor, por desviados campos unas cabritas

que mientras venía había reunido, y con unas ensambladas avenas canta.

Por esa voz nueva, y cautivado el guardián de Juno por su arte:

«Mas tú, quien quiera que eres, podrías conmigo sentarte en esta roca», Argos dice, «pues tampoco para el rebaño más fecunda en ningún 680 lugar hierba hay, y apta ves para los pastores esta sombra».

Se sienta el Atlantiada, y al que se marchaba, de muchas cosas hablando

detuvo con su discurso, al día, y cantando con sus unidas cañas vencer sus vigilantes luces intenta.

Él, aun así, pugna por vencer sobre los blandos sueños 685 y
aunque el sopor en parte de sus ojos se ha alojado,
en parte, aun así, vigila; pregunta también, pues descubierta
la flauta hacía poco había sido, en razón de qué fue
descubierta.

Pan y Siringe

Entonces el dios: «De la Arcadia en los helados montes», dice,
«entre las hamadriadas muy célebre, las Nonacrinas, náyade
una hubo; las ninfas Siringe la llamaban. 690

No una vez, no ya a los sátiros había burlado ella, que la
seguían, sino a cuantos dioses la sombreada espesura y el feraz
campo hospeda; a la Ortigia en sus aficiones y con su propia
virginidad honraba, a la diosa; según el rito también ceñida de
Diana, 695 engañaría y podría creérsela la Latonia, si no
de cuerno el arco de ésta, si no fuera áureo el de aquélla; así
también engañaba.

Volviendo ella del collado Liceo, Pan la ve, y de pino agudo
ceñido en su cabeza

talia verba refert -- restabat verba referre 700 et precibus
spretis fugisse per avia nympham, donec harenosi placidum

Ladonis ad amnem venerit; hic illam cursum inpedientibus undis
ut se mutarent liquidas orasse sorores,

Panaque cum prensam sibi iam Syringa putaret, 705 corpore
pro nympphae calamos tenuisse palustres, dumque ibi suspirat,
motos in harundine ventos effecisse sonum tenuem similemque
querenti.

arte nova vocisque deum dulcedine captum

'hoc mihi colloquium tecum' dixisse 'manebit,' 710 atque ita
disparibus calamis conpagine cerae

inter se iunctis nomen tenuisse puellae.

talia dicturus vidit Cyllenius omnes subcubuisse oculos
adopertaque lumina somno;

supprimit extemplo vocem firmatque soporem 715 languida
permulcens medicata lumina virga.

nec mora, falcato nutantem vulnerat ense,

qua collo est confine caput, saxoque cruentum deicit et maculat
praeruptam sanguine rupem.

Arge, iaces, quodque in tot lumina lumen habebas, 720

extinctum est, centumque oculos nox occupat una.

Excipit hos volucrisque suae Saturnia pennis collocat et gemmis
caudam stellantibus inplet. protinus exarsit nec tempora distulit

irae horriferaeque oculis animoque obiecit Erinyn 725 paelicis
Argolicae stimulosque in pectore caecos condidit et profugam
per totum exercuit orbem. ultimus inmensa restabas, Nile,
labori;

quem simulac tetigit, positisque in margine ripae procubuit
genibus resupinoque ardua collo, 730 quos potuit solos, tollens
ad sidera vultus

et gemitu et lacrimis et luctuono mugitu

cum Iove visa queri finemque orare malorum. coniugis ille suae
complexus colla lacertis,

finiat ut poenas tandem, rogat 'in' que 'futurum 735 pone metus'
inquit: 'numquam tibi causa doloris haec erit,' et Stygias iubet
hoc audire paludes.

Ut lenita dea est, vultus capit illa priores fitque, quod ante fuit:
fugiunt e corpore saetae, cornua decrescunt, fit luminis artior
orbis, 740 contrahitur rictus, redeunt umerique manusque,
ungulaeque in quinos dilapsa absumitur unguis: de bove nil
superest formae nisi candor in illa. officioque pedum nymphe
contenta duorum erigitur metuitque loqui, ne more iuvencae
745 mugiat, et timide verba intermissa retemptat.

Nunc dea linigera colitur celeberrima turba. huic Epaphus
magni genitus de semine tandem creditur esse Iovis perque
urbes iuncta parenti

templa tenet. fuit huic animis aequalis et annis 750 Sole satus
Phaethon, quem quondam magna loquentem nec sibi cedentem
Phoeboque parente superbum non tulit Inachides 'matri' que ait
'omnia demens credis et es tumidus genitoris imagine falsi.'

tales palabras refiere...». Restaba sus palabras referir, 700

y que despreciadas sus súplicas había huido por lo intransitable
la ninfa,

hasta que del arenoso Ladón al plácido caudal

llegó: que aquí ella, su carrera al impedirle sus ondas, que la
mutaran a sus líquidas hermanas les había rogado, y que Pan,
cuando presa de él ya a Siringa creía, 705 en vez del cuerpo de
la ninfa, cálamos sostenía lacustres,

y, mientras allí suspira, que movidos dentro de la caña los
vientos efectuaron un sonido tenue y semejante al de quien se
lamenta; que por esa nueva arte y de su voz por la dulzura el
dios cautivado:

«Este coloquio a mí contigo», había dicho, «me quedará», 710 y
que así, los desparejos cálamos con la trabazón de la cera entre
sí unidos, el nombre retuvieron de la muchacha.

Júpiter e Ío (II)

Tales cosas cuando iba a decir ve el Cilenio que todos
los ojos se habían postrado, y cubiertas sus luces por el sueño.

Apaga al instante su voz y afirma su sopor, 715

sus lánguidas luces acariciando con la unguentada vara.

Y, sin demora, con su falcada espada mientras cabeceaba le
hiere por donde al cuello es confín la cabeza, y de su roca,
cruento, abajo lo lanza, y mancha con su sangre la acantilada
peña.

Argos, yaces, y la que para tantas luces luz tenías 720
extinguido se ha, y cien ojos una noche ocupa sola.

Los recoge, y del ave suya la Saturnia en sus plumas los coloca,
y de gemas consteladas su cola llena.

En seguida se inflamó y los tiempos de su ira no difirió

y, horrenda, ante los ojos y el ánimo de su rival argólica 725
le echó a la Erinis, y agujadas en su pecho ciegas

escondió, y prófuga por todo el orbe la aterró. Último restabas,
Nilo, a su inmensa labor;

a él, en cuanto lo alcanzó y, puestas en el margen de su ribera
sus rodillas, se postró, y alzada ella de levantar el cuello, 730
elevando a las estrellas los semblantes que sólo pudo,

con su gemido, y lágrimas, y luctuoso mugido

con Júpiter pareció quejarse, y el final rogar de sus males. De
su esposa él estrechando el cuello con sus brazos,

que concluya sus castigos de una vez le ruega y: «Para el futuro
735 deja tus miedos», dice; «nunca para ti causa de dolor
ella será», y a las estigias lagunas ordena que esto oigan.

Cuando aplacado la diosa se hubo, sus rasgos cobra ella
anteriores y se hace lo que antes fue: huyen del cuerpo las
cerdas,

los cuernos decrecen, se hace de su luz más estrecho el orbe,
740 se contrae su comisura, vuelven sus hombros y manos,
y su pezuña, disipada, se subsume en cinco uñas:

de la res nada queda a su figura, salvo el blancor en ella, y al
servicio de sus dos pies la ninfa limitándose

se yergue, y teme hablar, no a la manera de la novilla⁷⁴⁵ muja,
y tímidamente las palabras interrumpidas reintenta.

Ahora como diosa la honra, celebradísima, la multitud vestida
de lino. Ahora que Épafo generado fue de la simiente del gran
Júpiter por fin se cree, y por las ciudades, juntos a los de su
madre,

Faetón (I)

templos posee. Tuvo éste en ánimos un igual, y en años, 750 del
Sol engendrado, Faetón; al cual, un día, que grandes cosas
decía y que ante él no cedía, de que fuera Febo su padre
soberbio,

no lo soportó el Ináquida y «A tu madre», dice, «todo como demente

crees y estás henchido de la imagen de un genitor falso».

erubuit Phaethon iramque pudore repressit 755 et tulit ad Clymenen Epaphi convicia matrem

'quo' que 'magis doleas, genetrix' ait, 'ille ego liber, ille ferox tacui! pudet haec opprobria nobis

et dici potuisse et non potuisse refelli.

at tu, si modo sum caelesti stirpe creatus, 760 ede notam tanti generis meque adsere caelo!' dixit et inplicuit materno bracchia collo

perque suum Meropisque caput taedasque sororum traderet oravit veri sibi signa parentis.

ambiguum Clymene precibus Phaethontis an ira 765 mota magis dicti sibi criminis utraque caelo bracchia porrexit spectansque ad lumina solis 'per iubar hoc' inquit 'radiis insigne coruscis, nate, tibi iuro, quod nos auditque videtque,

hoc te, quem spectas, hoc te, qui temperat orbem, 770 Sole satum; si ficta loquor, neget ipse videndum se mihi, sitque oculis lux ista novissima nostris! nec longus labor est patrios tibi nosse penates. unde oritur, domus est terrae contermina nostrae: si modo fert animus, gradere et scitabere ab ipso!' 775 emicat extemplo laetus post talia matris

dicta suae Phaethon et concipit aethera mente Aethiopasque
suos positosque sub ignibus Indos sidereis transit patriosque
adit inpiger ortus.

Enrojeció Faetón y su ira por el pudor reprimió, 755 y llevó a su
madre Clímene los insultos de Épafo,

y «Para que más te duelas, mi genetriz», dice, «yo, ese libre, ese
fiero me callé. Me avergüenza que estos oprobios a nos sí
decirse han podido, y no se han podido desmentir.

Mas tú, si es que he sido de celeste estirpe creado, 760 dame
una señal de tan gran linaje y reclámame al cielo».

Dijo y enredó sus brazos en el materno cuello,

y por la suya y la cabeza de Mérope y las teas de sus hermanas,
que le trasmitiera a él, le rogó, signos de su verdadero padre.

Ambiguo si Clímene por las súplicas de Faetón o por la ira
movida más del crimen dicho contra ella, ambos brazos al cielo
765 extendió y mirando hacia las luces del Sol:

«Por el resplandor este», dice, «de sus rayos coruscos insigne,
hijo, a ti te juro, que nos oye y que nos ve,

que de éste tú, al que tú miras, de éste tú, que temple el orbe,
770 del Sol, has sido engendrado. Si mentiras digo, niéguese él

a ser visto de mí y sea para los ojos nuestros la luz esta la
postrera.

Y no larga labor es para ti conocer los patrios penates.

De donde él se levanta la casa es confín a la tierra nuestra:

si es que te lleva tu ánimo, camina y averígualo de él mismo».

775 Brinca al instante, contento después de tales

palabras de la madre suya, Faetón, y concibe éter en su mente,

y por los etíopes suyos y, puestos bajo los fuegos estelares,

por los indos atraviesa, y de su padre acude diligente a los

ortos.

P. OVIDI NASONIS METAMORPHOSEN LIBER SECVNDVS

SEGUNDO LIBRO

Los primeros versos describen el palacio del Sol: alto, sostenido por altas columnas, luciente de oro y de bronce mezclado con oro, tachado de marfil, cerrado por puertas de plata. Y con ser tan rica la materia, lo es menos que el arte con que está trabajada. En él, Vulcano representó la imagen del mundo: el mar, la tierra y el cielo, y en el mar, los dioses y las ninfas que en él moran; en la tierra, los hombres, las ciudades, las selvas, los ríos, con las ninfas y los dioses campestres, y en el cielo, los doce signos del zodiaco (1-18).

Sube el hijo de Climene la cuesta que lleva a la morada de aquel de quien duda ser hijo, y se detiene a cierta distancia de él, pues no es capaz de soportar la cercanía de su fuego. Febo estaba vestido de púrpura, sentado en trono de esmeraldas, y a su derecha y su izquierda, el Día, el Mes, el Año, los Siglos y Las Horas, y las cuatro estaciones del año. Desde ese lugar, vio a su hijo, y le preguntó el motivo de su venida. (19-34). Faetón confiesa la duda que lo angustia por no saber de cierto si él es su padre, y le pide que le dé una prueba de que en verdad lo es. Febo asiente y, jurándolo por la Estigia, le ofrece darle como prueba cualquier cosa que quiera. Faetón, entonces, le ruega que lo deje guiar por un día su carro (35-48).

Al ver lo terrible de esa petición, el padre se arrepiente del juramento hecho, y trata de disuadir a su hijo de que insista en

ella. En realidad, conducir ese carro es tarea que supera con mucho las fuerzas humanas de Faetón, ya que ni siquiera los dioses, Júpiter incluido, podrían hacerlo (49-62) : la primera parte del camino que el carro ha de recorrer, es difícil, y los caballos tienen que esforzarse para subirla; la intermedia es tan alta, que el mismo Sol se espanta cuando mira hacia abajo; la inclinación de la última hace temer el riesgo de una caída; además, la rotación del cielo en sentido opuesto, puede arrastrar el carro si no es conducido convenientemente (63-75). Por lo demás, no hay que pensar que en ese camino se encuentren bosques y ciudades de dioses y santuarios; todo él está plagado de insidias y feroces criaturas: el Toro, el Sagitario, el León, Escorpión, Cáncer. También hay que tomar en cuenta la dificultad de gobernar los caballos que arrastran el carro, los cuales están siempre prontos a desbocarse. El temor que Febo siente por los peligros a que Faetón quiere exponerse, da muestras claras de que es su padre.' Que Faetón solicite cualquier bien existente en cielo, tierra o mar, le será concedido; pero que sea sabio y retire la petición formulada (76-102).

Faetón insiste en su ignorante propósito, y reclama el cumplimiento de la promesa recibida, y el padre no tiene más que llevarlo a su carro, don de Vulcano; carro que tenía eje, timón y llantas de oro, rayos de plata, yugos incrustados de crisólitos y gemas. Mientras Faetón, osado, lo admira, la Aurora abre las puertas del oriente; se van las estrellas y el Lucero. Allí, manda el Sol que las Horas unzan los caballos, y ellas los sacan,

hartos de ambrosía, de sus pesebres, y les ponen los frenos. Protege el padre el rostro de su hijo con sustancias que resguardan del fuego, y, luego de ponerle su corona de rayos, le habla suspirando (103-125).

Estos consejos le dio: que no usara el látigo sino las riendas, ya que los caballos debían ser contenidos y no aguijados; que siguiera en su curso una línea diagonal, contenida por el límite de las tres zonas centrales del cielo, huyendo de los polos austral y boreal, y que fuera a una altura intermedia; además, Faetón debería evitar desviarse a la izquierda o a la derecha.

Habiendo pasado la noche, es necesario que el carro inicie su vuelo. Y todavía el Sol insiste en que su hijo renuncie antes de intentar poner en efecto su capricho (126-149). Desoyendo la súplica paterna, sube al carro. Relinchan fuego los caballos, y golpean con las patas las barreras que los detienen, y en cuanto Tetis las aparta, emprenden un vuelo más veloz que el del viento oriental. Pero perciben la levedad del auriga que intenta regirlos, y sienten que se agita el carro en los aires como si estuviera vacío; abandonan entonces el orden y el camino usuales, y corren, sin que Faetón

sea poderoso a gobernarlos. Allí, el calor caldeó a las Osas, que quisieron sumergirse en el mar, y a la Serpiente, que al calentarse tomó nuevas iras, y Bootes no huyó, sólo porque se lo impidieron su lentitud y el peso de su carreta (150-177).

Cuando Faetón miró hacia la tierra desde lo más alto del cielo, tembló de temor, y se sintió ciego en medio de tanta luz, y se arrepintió de haber pedido y de haber indagado la verdad de su linaje, y se dolió de haber sido atendido, y hubiera querido no ser hijo del Sol, y es como el barco al cual el piloto abandonó al querer de los dioses. Y a veces quisiera devolverse hacia el oriente, y a veces avanzar hacia el punto contrario, y es incapaz de aflojar los frenos y de sostenerlos, y no alcanza siquiera a nombrar a los caballos (178-192).

Ahora se enfrenta a las criaturas monstruosas cuya vista le anunció su padre. Ve al Escorpión vasto como el espacio de dos signos, húmedo de veneno, levantando el aguijón amenazante, y lo invade tan grande terror, que abandona el gobierno de las riendas (193-200).

Se arrojan los caballos por donde su ímpetu los conduce, y ora van a lo más alto, ora bajan hasta el espacio de la tierra, y la Luna ve a los caballos del Sol por debajo de los suyos, y las nubes se incendian, y se incendian las cumbres montañosas, y, de tan reseca, se parte la tierra, y blanquea la hierba y arde el árbol, y la mies da pábulo al fuego. Y como lo pequeño, se destruye lo grande: arden las ciudades, las naciones se van en cenizas, barren las llamas las selvas, y se queman el Atos, el Tauro, el Etmolo, el Ete, el Ida, el Helicón, el Hemo, el Parnaso, el Érix, el Cinto, el Otris, el Rodope, el Mimas, el Díndimo, el Micala, el Citerón y el Cáucaso y el Osa y el Pindo y el Olimpo y los Alpes y el Apenino (201-226). Faetón, en medio de la lumbre

inmensa que lo rodea, sufre el calor y la asfixia, y envuelto de humo se ciega, e ignora su lugar y su rumbo, y es víctima del arbitrio de los caballos en vuelo (227-234).

Dicen que entonces se ennegrecieron los etíopes y Libia se hizo desierto; entonces lloraron las ninfas sus fuentes y lagos perdidos, y echaron de menos, Beocia, a Dirce; a Amimone, Argos; Efira, a Pirene (235-240). Tampoco los ríos se salvaron: se evaporaron el Tanais y el Peneo y el Caico y el Ismeno y el Erimanto y el Janto y el Licormas y el Meandro y el Melas y el Eurotas; ardieron el Éufrates y el Orontes, el Termodón, el Ganges, el Fasis, el Híster; hierven el Alfeo y el Esperquio entre sus orillas quemantes, y fluye entre llamas el oro del Tago, y se incendian los cisnes del Caistro. Huyó el Nilo y ocultó su cabeza, dejando secas sus siete salidas, y secos quedaron, el Estrimón, el Hebro, el Reno, el Ródano y el Pado y el Tíber que habría de recibir el gobierno de todas las cosas (241-259).

Abierta la tierra, por las grietas entra la luz en los infiernos, y se atemorizan Proserpina y Plutón; el mar se reduce, y en su lugar se descubre un campo de arena, y sobresalen las alturas del fondo, aumentando el número de las Cícladas. Los peces se refugian en lo hondo, y los delfines no se atreven a subir a la superficie; flotan muertas boca arriba las focas, y Nereo y Doris y las Nereidas se ocultaron en grutas calentadas por el fuego, y Neptuno no pudo alzar los brazos por encima del agua porque se lo impidió el aire flagrante (260-271) .

La madre Tierra, en cuyo seno se habían refugiado las aguas del mundo, se sacudió reseca y dolida, y reclamó de Júpiter la muerte por el rayo, en lugar del fuego que la atormentaba. Chamuscada los cabellos, llena de ceniza los ojos y el rostro, preguntó si ése era el precio que había ganado con ser fértil y dócil, y proporcionar alimento a bestias y hombres, e incienso a los dioses. Y si ella mereció tal castigo, siguió preguntando, ¿por qué Neptuno lo recibía también? Y si ni ella ni Neptuno eran dignos de conmiseración, ¿por qué el cielo, el reino mismo de Júpiter, también perecía entre el fuego? Y viendo que Atlas mismo vacilaba bajo el peso del cielo incendiado, concluyó pidiendo al sumo dios que salvara de las llamas lo que del mundo restaba. No siendo poderosa a decir más, ocultó la cabeza en sí misma, en regiones próximas a las infernales (272-303).

Júpiter luego de advertir a los dioses, el Sol entre ellos, que si no auxiliara al mundo éste habría de sucumbir, sube a lo más alto del cielo y desde allí lanza el rayo contra Faetón, y al mismo tiempo lo echa de la vida y del carro, que voló a lo lejos destrozado, impelido por el espanto de los caballos (304-318). Pero Faetón, con los cabellos en llamas, es precipitado a distancia, y, lejos de su patria, el Erídano recibe su cadáver y lava su rostro que humea. Humeante también todavía, las náyades le

dan sepultura, y ponen un epitafio donde reconocen la grandeza de su intento. Por su parte el Sol, lastimado por la muerte de su hijo, se ocultó durante un día entero, y su luz fue suplida por la de los incendios, que a lo menos esa utilidad tuvieron (319-332).

Climene, después de hablar en su gran desgracia, se puso a recorrer el mundo buscando los miembros de su hijo; encontró por fin el sepulcro que dieron a éste las náyades, y leyó allí el nombre querido, y lo humedeció con su llanto y lo tibió con su pecho.

Y lloran también las hermanas de Faetón, lloran noche y día sin cesar, durante cuatro meses lunares, hasta que, queriendo moverse, se sienten entorpecidas por hojas y troncos y raíces, que les nacen en lugar de los cuerpos que hasta allí habían ocupado, y se van convirtiendo en árboles. Ya sólo quedan libres de corteza sus bocas, y llaman a su madre. Atiende ésta el llamado y las besa, y, queriendo salvarlas, quiebra con sus manos las ramas que las cubren: manan sangre las ramas heridas. Piden ellas a la madre que cese en su intento, y sus últimas palabras se apagan bajo la sobreviniente corteza. Las lágrimas filtradas por ellas se vuelven en ámbar que endurece el sol y recibe el río, y es usado por las mujeres latinas (333-366).

Hijo de Esténelo, presencié el prodigio Cigno, emparentado con Faetón por la sangre, pero más todavía por el espíritu. Aquél dejó el gobierno de los ligures y llenó con sus quejas el Eridano y sus márgenes, donde, convertidas en árboles, se erguían las

Heliadas; así lo hizo hasta que disminuyó su voz y él se cubrió de plumas; tomó un largo cuello y pies palmeados y alas y pico, y, transformado en cisne, huyó del cielo y de Júpiter; odiando el fuego, habita hasta hoy en estanques y ríos (367- 380).

El Sol entre tanto, menoscabado como si sufriera un eclipse, triste y airado, niega al mundo su luz, resentido contra el sumo dios porque, sin tomar en consideración los servicios por él prestados, había fulminado a su hijo. Los dioses todos le suplican que no deje al mundo en tinieblas, y el mismo Júpiter se disculpa por haber enviado el rayo contra Faetón, y agrega amenazas a las disculpas. Cede Febo y reúne sus caballos y los castiga con el látigo como si fueran responsables de aquel que, sin las fuerzas necesarias, pretendió regirlos (381-400).

Júpiter se cerciora de que permanecen firmes los muros del cielo, y ve después las tierras y los trabajos de los hombres; preocupado ante todo por su Arcadia, restituye allí los ríos y el verdor de hierbas y selvas. Mientras lo hace, mira a una virgen nonacrina y se enamora de ella; ésta no se ocupaba en trabajos o cuidados femeniles, sino que, seguidora de Diana de quien era predilecta, tenía por oficio la caza y por deseo la virginidad perpetua (401- 416). Poco después del mediodía, penetró ella en el bosque inviolado, y, dejando arco y aljaba, se tendió a descansar en la hierba. Así la vio el dios, fatigada y sin guardián, y suponiendo que Juno lo ignoraría y que si lo supiera el placer adulterino compensaría la cólera conyugal, se acercó a la joven disfrazado con la figura de Diana, y le preguntó en

cuáles montes había cazado. Engañada, se levanta la virgen, y creyendo que es Diana quien le habla, la saluda juzgándola superior al mismo Júpiter. Ríe el dios al oírlo, y se le acerca y la besa con besos impropios de una doncella, y la fuerza venciendo la resistencia que le opone. Regresa el dios al cielo, y la ninfa, avergonzada, abandona odiándolo el sitio donde fue forzada (417-440).

Llega en esto Diana al Ménalo después de haber cazado, y en viéndola la llama; la muchacha temió al principio que no se tratara de la diosa sino otra vez de Júpiter; pero viendo a las ninfas que la acompañaban, se tranquilizó y se sumó a su cortejo. Mas, incapaz de disimular su culpa involuntaria, da tales señas de vergüenza que, de no haber sido virgen, Diana las habría advertido en seguida (441-452). Pasados casi nueve meses, habiendo llegado Diana cansada del calor del sol a un lugar ameno donde corría un arroyo, invitó a sus compañeras a bañarse en sus aguas. La nonacrina se ruboriza y se resiste a desnudarse; cuando por fin lo hace, la diosa le mira el vientre y la expulsa de su compañía (453-465).

Juno se había enterado de todo esto, y difirió el castigo de su rival hasta que supo que ésta había dado a luz un niño, Arcas, hijo de Júpiter. Entonces, incapaz de soportar que el adulterio de éste fuera atestiguado por la fertilidad de su rival, decidió privarla de la figura humana que incitó al marido a traicionarla. Tomándola por el cabello, la derribó al suelo, y, mientras ella le

suplicaba, hizo que los brazos se le erizaran de pelos negros y las manos se le encorvaran y armaran de garras

y transformaran en patas, y que se le deformara, ampliándose, la boca, y que las palabras se le convirtieran en amenazadores rugidos. Vuelta así en osa, conserva de sí misma su alma, es decir su forma, que la impulsa a gemir y a suplicar al cielo y a considerar que Júpiter es ingrato. Mudada a su nuevo cuerpo, erró junto a su morada y por sus campos, y ella, que había cazado, fue cazada por los perros, y, sin dar en la cuenta de que tenía cuerpo de fiera, huyó también de las fieras (466-495).

En una ocasión, Arcas que casi había cumplido ya quince años, y que no sabía qué había sido de su madre, se encontró, mientras daba caza a las fieras, con ella. La madre se detuvo al verlo, como si lo reconociera, y trató de acercársele; él, temeroso, la rehuyó, y se dispuso a clavarle un dardo en el pecho. Lo impidió Júpiter, y levantando a ambos al cielo, los tomó en constelaciones vecinas (496-507). Irritada Juno cuando supo que su rival refulgía entre los astros, acudió despechada a Océano y a Tetis, dioses marinos cuya alumna había sido, para quejarse del escarnio de que se sentía objeto y de sus poderes despreciados, y pedirles por fin que impidieran para siempre que la constelación en que se había tornado su rival, pudiera bañarse en la pureza del mar. Habiendo obtenido el asentimiento de los dioses, Juno regresó al cielo en el carro tirado por los pavones cuyas plumas había recientemente

adornado con los ojos de Argos; tan recientemente como el cuervo había visto cambiado en negro su antes blanco plumaje (508-535).

En efecto, el cuervo había sido en otros tiempos tan blanco como la paloma o el ganso o el cisne; pero su locuacidad lo dañó provocando que se ennegreciera (536-541). Nadie hubo más bella en Hemonia que Coronida de Larisa, y plació a Febo mientras fue casta o pasaron inadvertidas sus infidelidades. Pero el cuervo, ave consagrada a ese dios, se percató de éstas, y se dirigió hacia su dueño para delatarlas. En su camino encontró a la corneja, quien, enterada de lo que el cuervo pretendía, intentó disuadirlo con el ejemplo de lo que a ella le había ocurrido: alguna vez, Palas había encerrado a Erictonio en una cesta' de mimbre, que entregó a las tres hijas de Cécrope con la condición de que no vieran lo que contenía; tras esto, la corneja se había ocultado en un olmo para ver qué conducta observaban. Dos de las hermanas, Pandrosos y Herse, obedecieron el mandato, pero la tercera, Aglauros, abrió la cesta, en cuyo interior halló un niño y una serpiente tendida a su lado. Refirió el ave a la diosa estos hechos, y la diosa le retiró su protección y la postpuso al búho; esto debería a servir de ejemplo a los pájaros para evitar ser indiscretos; además, Palas había buscado a la corneja sin que ésta lo solicitara, y eso podría ser confirmado por la misma diosa (542- 568). La corneja había sido antes una princesa, hija de Coroneo, solicitada por pretendientes ilustres. Su hermosura la había

perjudicado, pues cierta vez que paseaba por la playa, Neptuno la miró y se incendió de amor por ella, y le suplicó inútilmente que le correspondiera. Viendo que las súplicas eran vanas, el dios comenzó a perseguirla, intentando tenerla por la fuerza. Cansada de huirle, la virgen llamó en su socorro a hombres y dioses, y sólo Palas, virgen ella también, atendió su llamado, y la salvó del ataque de Neptuno mudándola al cuerpo de un ave y tomándola después por compañera. Pero este honor ha terminado, porque ahora lo disfruta Nictimene, quien pasó por análoga mutación por haber cometido el crimen de unirse incestuosamente a su padre. Avergonzada por eso, huye siempre de que la vean, y se oculta en la oscuridad (569-595).

Respondió el cuervo a la corneja despreciando su consejo, y prosiguió su camino, hasta llegar a Febo y denunciar ante él el adulterio realizado por Coronida. Cuando el dios lo oyó, resbaló de su cabeza la corona de laurel, y a la vez se le escaparon el plectro y el ánimo. Henchido de ira, tomó el arco y las flechas, y traspasó con el inevitable dardo el pecho que tan a menudo había estado junto al suyo. Se derrumba ella muriendo, y sólo tiene la vida bastante para advertir al amante iracundo que lleva un hijo suyo en el vientre (596-611). Febo se arrepiente de su cruel acción, y se odia por haber oído la delación, y odia al ave que la hizo, y odia sus armas y sus manos que las movieron, e intenta en vano salvar a la joven valiéndose de la medicina de la cual es inventor. Dispuesta la hoguera fúnebre, gimió como el ternero lactante que ve sacrificar a su madre, y

vertió sobre el cuerpo de la amada perfumes que ella no pudo agradecer ya, y la abrazó, dando a su injusta muerte justos honores. Por último, por librar de las llamas a su hijo nonato, lo extrajo del vientre de la madre y lo dio al Centauro Quirón para que lo criara, y al cuervo, que esperaba que lo premiara por su delación, lo castigó incluyéndolo entre las aves de plumaje negro (612-632).

Quirón recibió gustoso al hijo de Febo, a pesar de la carga que le significaba, y en una ocasión,

Ocirroe, hija suya y de la ninfa Cariclo, y que además de las artes paternas gozaba del don profético, declaró el destino del niño anunciándole que habría de llevar la salud al mundo, y que tendría el poder de sanar a los enfermos y de revivir a los muertos; pero que esto lo liaría una sola vez, pues al querer repetirlo moriría, para renacer de nuevo en lo que había sido. A la vez, le predijo a Quirón que, sufriendo por el dolor que le daría la sangre de una serpiente, introducida en sus miembros, querría morir a pesar de ser inmortal, y que los dioses se lo concederían (633-654). Todavía le quedaba algo por declarar, pero se lo prohibió la divinidad, haciendo que su forma se mudara a cuerpo de yegua, quitándole la palabra para darle el relincho. Tomó también nombre a partir de su mutación (655-675).

Lloró inútilmente Quirón, y en vano pidió ayuda a Febo; éste no podía contrariar lo dispuesto por Júpiter y, además, por ese entonces cuidaba en Elis como pastor los rebaños de Admeto. Y en tanto que se preocupaba por el amor y se alegraba tocando la zampoña, cuentan que en los campos de Pilos entraron vacas sin guardián; las robó Mercurio, y las ocultó. Sólo el viejo Bato fue testigo de este robo. Temeroso de ser denunciado, el dios, con tal que guardara silencio, le ofreció y le dio como premio una vaca. Bato prometió no decir nada a quien algo le preguntara en relación con el ganado escondido, pero Mercurio, que desconfiaba de él, regresó disfrazado, y lo interpeló preguntándole por las reses hurtadas, y prometiéndole, a cambio de sus informes, un toro y una vaca. No vaciló Bato en traicionar a Mercurio y en decir dónde había ocultado el producto de su robo. Allí el dios, riéndose de ser traicionado por él mismo, castigó al viejo mudándolo al cuerpo de una roca, que, aunque es inocente, recibe el nombre de delatora (676-708).

Desde allí alzó Mercurio el vuelo y se dirigió hacia Atenas, grata a Minerva, a donde llegó cuando las doncellas llevaban ofrendas a la diosa. Las miró el dios, y voló en círculo sobre ellas, como el milano que ambiciona lanzarse sobre el animal sacrificado a quien rodean los sacerdotes. Cuanto es el Lucero más brillante que las estrellas, y cuanto la luna lo es más que el Lucero, tanto destacaba Herse sobre sus compañeras. Mercurio, al ver hermosura tan grande, se pasmó y ardió de

amor. Descendió, pues, a tierra para buscarla, y, aunque confiaba en su hermosa apariencia, todavía la mejoró arreglándose el cabello y la clámide y el caduceo y los talaes (709-736).

En el palacio de Cécrope, las hijas de éste ocupaban tres suntuosas cámaras: Pandrosos tenía la de la derecha, Aglauros la de la izquierda, y Herse la del centro. La primera en ver llegar a Mercurio fue Aglauros, quien le preguntó su nombre y el porqué de su llegada. El dios le declaró su linaje y el amor que sentía por la hermana de quien lo interrogaba, y le pidió auxilio para tal amor. Aglauros lo vio como había visto a Erictonio confiado en secreto por Minerva, y le pidió, en cambio de su ayuda, una gran cantidad de oro; en seguida, le solicitó que saliera de su casa (737-751).

Palas, que contemplaba la escena, se dolió de que Aglauros, quien la había traicionado previamente en el caso de Erictonio, habría de alegrarse y enriquecerse a causa del amor de Mercurio por Herse, y decidió no permitir tal cosa. Al instante se encamina a la morada de la Envidia, escondida entre sombras, sin aire, triste y llena de frío y carente de fuego. Llega allí la diosa y, sin pretender entrar, golpea con su lanza la puerta; al abrirse ésta, ve a la Envidia alimentándose con carne de víbora. Aparta Palas los ojos, mientras la otra se levanta para ir a su encuentro. Gimió y suspiró la Envidia al ver la belleza de la diosa. Es pálida de rostro y flaca de carnes, de mirada torcida y negros dientes, y sus pechos verdean de hiel y se emponzoña su

lengua, y nunca ríe si no es por el dolor ajeno, y nunca, preocupada siempre, se concede el sueño; se entristece por el bien de los hombres, y se seca y se tortura y tortura, y ése es su tormento. Aunque Palas la odia, le habla y le pide que se apodere de Aglauros infectándola con su podredumbre. En seguida, vuelve a las altas regiones (752-786).

La Envidia, aun cuando doliéndose porque habría de triunfar el proyecto de la diosa, se dispone a obedecerla, y apoyándose en un báculo espinoso y manchado y destruyendo a su paso las cosas hermosas, llega a Atenas y llora al verla, porque no ve allí nada digno de lágrimas. Pero cuando entró en la cámara de Aglauros, la tocó y la inficionó de espinas y veneno, y la hizo ver la felicidad de Herse amada por el dios. Contagiada, sufre Aglauros de día y de noche, y gime y se gasta por los bienes de su hermana, y quisiera morir por no verlos, o denunciarlos a Cécrope como si se tratara de un crimen.

Al fin, se situó en la puerta de la casa para impedir la entrada a Mercurio, y se la prohibió, aun cuando él le hablaba con las más suaves palabras. Entonces el dios hizo que con su vara las puertas se abrieran y a Aglauros la convirtió en piedra cuyo color, tomado del alma de la envidiosa, fue el negro (787-832).

Deja a Atenas Mercurio y entra en el cielo, donde Júpiter, no confesando de quién está enamorado, lo llama aparte y le manda que baje a la tierra y, llegándose a Sidón, dirija hacia las

riberas del mar las vacadas reales. De inmediato lo acata Mercurio, y las bestias bajan a la costa donde solía jugar la hija del rey. La majestad y el amor no concuerdan; Júpiter, habiendo dejado el cetro; Júpiter que rige a los dioses, que lanza el rayo, que sacude el mundo con fruncir el ceño, se muda, por amor, al cuerpo de un toro, y muge, y, mezclado a los novillos, pasea por la hierba. Muy hermoso es el toro: blanco y fuerte, de gran papada y breves cuernos, transparentes como una gema, y de expresión pacífica y dulce.

La hija del rey Agenor lo admira, y, tras alguna vacilación, se atreve a darle de comer flores en su mano. Goza Júpiter y besa esa mano, ansioso de placeres mayores, y juega y retoza en la hierba, y se ofrece a ser acariciado por la princesa, y adornado por ella de guirnaldas.

Finalmente, la virgen se atrevió a subirse en sus lomos, ignorando sobre quién lo hacía, y entonces el dios, paulatinamente, la fue llevando hacia el mar, que comenzó a cruzar. La princesa, tomando un cuerno con una mano, apoyando la otra en la espalda del toro, se vuelve a mirar la costa que abandona. Pliega el viento sus ropas (833-875).

Regia Solis erat sublimibus alta columnis,
clara micante auro flammisque imitante pyropo, cuius ebur
nitidum fastigia summa tegebat, argenti bifores radiabant
lumine valvae. materiam superabat opus: nam Mulciber illic 5
aequora caelarat medias cingentia terras

terrarumque orbem caelumque, quod imminet orbi. caeruleos
habet unda deos, Tritona canorum Proteaque ambiguum
ballaenarumque prementem Aegaeona suis inmania terga
lacertis 10

Doridaque et natas, quarum pars nare videtur, pars in mole
sedens viridis siccare capillos, pisce vehi quaedam: facies non
omnibus una, non diversa tamen, qualem decet esse sororum.

terra viros urbesque gerit silvasque ferasque 15

fluminaque et nymphas et cetera numina ruris. haec super
inposita est caeli fulgentis imago, signaque sex foribus dextris
totidemque sinistris.

Quo simul adclivi Clymeneia limite proles venit et intravit
dubitati tecta parentis, 20

protinus ad patrios sua fert vestigia vultus consistitque procul;
neque enim propiora ferebat lumina: purpurea velatus veste
sedebat

in solio Phoebus claris lucente smaragdis.

a dextra laevaue Dies et Mensis et Annus 25

Saeculaque et positae spatiis aequalibus Horae Verque novum
stabat cinctum florente corona, stabat nuda Aestas et spicea
serta gerebat, stabat et Autumnus calcatis sordidus uvis
et glacialis Hiems canos hirsuta capillos. 30 Ipse loco medius
rerum novitate paventem

Sol oculis iuvenem, quibus adspicit omnia, vidit 'quae' que 'viae
tibi causa? quid hac' ait 'arce petisti,

Faetón (II)

1 El real del Sol era, por sus sublimes columnas, alto,
2 claro por su rielante oro y, que a las llamas imita, por su
piropo,
3 cuyo marfil nítido las cúspides supremas cubría;
4 de plata sus bivalvas puertas radiaban de su luz.
5 A la materia superaba su obra; pues Múciber allí 5
6 las superficies había cincelado, que ciñen sus intermedias
tierras,
7 y de esas tierras el orbe, y el cielo, que domina el orbe.
8 Azules tiene la onda sus dioses: a Tritón el canoro,
9 a Proteo el ambiguo, y de las ballenas apretando,
10 a Egeón, las inabarcables espaldas con sus brazos, 10

11 a Doris y a sus nacidas, de las cuales, parte nadar parece,
12 parte, en una mole sentada, sus verdes cabellos secar;
13 de un pez remolcarse algunas; su faz no es de todas una
misma,
14 no distante, aun así, cual decoroso es entre hermanas.
15 La tierra hombres y ciudades lleva, y espesuras y fieras 15
16 y corrientes y ninfas y los restantes númenes del campo.
17 De ello encima, impuesta fue del fulgente cielo la imagen,
18 y signos seis en las puertas diestras y otros tantos en las
siniestras.
19 Adonde, en cuanto por su ascendente senda de Clímene la
prole
20 llegó y entró de su dudado padre en los techos, 20
21 en seguida hacia los patrios rostros lleva sus plantas,
22 y se apostó lejos, pues no más cercanas soportaba
23 sus luces: de una purpúrea vestidura velado, sentábase
24 en el solio Febo, luciente de sus claras esmeraldas.
25 A diestra e izquierda el Día y el Mes y el Año, 25
26 y los Siglos, y puestas en espacios iguales las Horas,
27 y la Primavera nueva estaba, ceñida de floreciente corona,
28 estaba desnudo el Verano y coronas de espigas llevaba;

29 estaba también el Otoño, de las pisadas uvas sucio,
30 y glacial el Invierno, arrecidos sus canos cabellos. 30
31 Desde ahí, central según su lugar, por la novedad de las
cosas atemorizado
32 al joven el Sol con sus ojos, con los que divisa todo, ve,
33 y «¿Cuál de tu ruta es la causa? ¿A qué en este recinto»,
dice, «acudías,

progenies, Phaethon, haud infitianda parenti?' ille refert: 'o lux
imensi publica mundi, 35 Phoebe pater, si das usum mihi
nominis huius, nec falsa Clymene culpam sub imagine celat,
pignora da, genitor, per quae tua vera propago credar, et hunc
animis errorem detrahe nostris!'

dixerat, at genitor circum caput omne micantes 40 deposuit
radios propiusque accedere iussit amplexuque dato 'nec tu
meus esse negari

dignus es, et Clymene veros' ait 'edidit ortus, quoque minus
dubites, quodvis pete munus, ut illud me tribuente feras!
promissi testis adesto 45

dis iuranda palus, oculis incognita nostris!' vix bene desierat,
currus rogat ille paternos

inque diem alipedum ius et moderamen equorum.

Paenituit iurasse patrem: qui terque quaterque concutiens
inlustre caput 'temeraria' dixit 50 'vox mea facta tua est; utinam
promissa liceret

non dare! confiteor, solum hoc tibi, nate, negarem. dissuadere
licet: non est tua tuta voluntas!

magna petis, Phaethon, et quae nec viribus istis munera
convenient nec tam puerilibus annis: 55 sors tua mortalis, non
est mortale, quod optas. plus etiam, quam quod superis
contingere possit, nescius adfectas; placeat sibi quisque licebit,
non tamen ignifero quisquam consistere in axe

me valet excepto; vasti quoque rector Olympi, 60 qui fera
terribili iaculatur fulmina dextra,

non agat hos currus: et quid Iove maius habemus? ardua prima
via est et qua vix mane recentes enituntur equi; medio est
altissima caelo,

unde mare et terras ipsi mihi saepe videre 65 fit timor et pavida
trepidat formidine pectus; ultima prona via est et eget
moderamine certo: tunc etiam quae me subiectis excipit undis,

ne ferar in praeceps, Tethys solet ipsa vereri. adde, quod
adsidua rapitur vertigine caelum 70 sideraque alta trahit
celerique volumine torquet. nitor in adversum, nec me, qui
cetera, vincit inpetus, et rapido contrarius evehor orbi.

finge datos currus: quid ages? poterisne rotatis obvius ire polis,
ne te citus auferat axis? 75 forsitan et lucos illic urbesque
deorum concipias animo delubraque ditia donis

esse: per insidias iter est formasque ferarum! utque viam teneas
nulloque errore traharis,

per tamen adversi gradieris cornua tauri 80

Haemoniosque arcus violentique ora Leonis saevaque circuitu
curvantem bracchia longo Scorpion atque aliter curvantem
bracchia Cancrum. nec tibi quadripedes animosos ignibus illis,
quos in pectore habent, quos ore et naribus efflant, 85 in
promptu regere est: vix me patiuntur, ubi acres incaluere animi
cervixque repugnat habenis.—

at tu, funesti ne sim tibi muneris auctor, nate, cave, dum resque
sinit tua corrige vota!

scilicet ut nostro genitum te sanguine credas, 90

pignora certa petis: do pignora certa timendo et patrio pater
esse metu probor. adspice vultus

34 progenie, Faetón, que tu padre no ha de negar?».

35 Él responde: «Oh luz pública del inmenso mundo, 35

36 Febo padre, si me das el uso del nombre este

37 y Clímene una culpa bajo esa falsa imagen no esconde:

38 prendas dame, genitor, por las que verdadera rama tuya

39 se me crea y el error arranca del corazón nuestro».

40 Había dicho, mas su genitor, alrededor de su cabeza toda
rielantes 40

41 se quitó los rayos, y más cerca avanzar le ordenó

42 y un abrazo dándole: «Tú de que se niegue que eres mío

43 digno no eres, y Clímene tus verdaderos» dice «orígenes te
ha revelado,

44 y para que menos lo dudes, cualquier regalo pide, que,

45 pues te lo otorgaré, lo tendrás. De mis promesas testigo
sea, 45

46 por la que los dioses han de jurar, la laguna desconocida
para los ojos nuestros».

47 No bien había cesado, los carros le ruega él paternos,

48 y, para un día, el mando y gobierno de los alípedes
caballos.

49 Le pesó el haberlo jurado al padre, el cual, tres y cuatro
veces

50 sacudiendo su ilustre cabeza: «Temeraria», dijo, 50

51 «la voz mía por la tuya se ha hecho. Ojalá mis promesas
pudiera

52 no conceder. Confieso que sólo esto a ti, mi nacido, te
negaría;

53 pero disuadirte me es dado: no es tu voluntad segura.
54 Grandes pides, Faetón, regalos, y que ni a las fuerzas
55 esas convienen ni a tan pueriles años. 55
56 La suerte tuya mortal: no es mortal lo que deseas.
57 A más incluso de lo que los altísimos alcanzar pueden,
58 ignorante, aspiras; aunque pueda a sí mismo cada uno
complacerse,
59 ninguno, aun así, es capaz de asentarse en el eje
60 portador del fuego, yo exceptuado. También el regidor del
vasto Olimpo, 60
61 que fieros rayos lanza con su terrible diestra,
62 no llevará estos carros, y qué que Júpiter mayor tenemos.
63 Ardua la primera vía es y con la que apenas de mañana,
frescos,
64 pugnan los caballos; en medio está la más alta del cielo,
65 desde donde el mar y las tierras a mí mismo muchas veces
ver 65
66 me dé temor, y de pálido espanto tiemble mi pecho;
67 la última, inclinada vía es, y precisa de manejo cierto:
68 entonces, incluso la que me recibe en sus sometidas olas,
69 que yo no caiga de cabeza, Tetis misma, suele temer.

70 Añade que de una continua rotación se arrebatara el cielo
70
71 y sus estrellas altas arrastra y en una rápida órbita las
vira.
72 Pugno yo en contra, y no el ímpetu que a lo demás a mí
me
73 vence, y contrario circulo a ese rápido orbe.
74 Figúrate que se te han dado los carros. ¿Qué harás?
¿Podrías
75 en contra ir de los rotantes polos para que no te arrebatara
el veloz eje? 75
76 Acaso, también, las florestas allí y las ciudades de los
dioses
77 concibas en tu ánimo que están, y sus santuarios ricos
78 en dones. A través de insidias el camino es, y de formas de
fieras,
79 y aunque tu ruta mantengas y ningún error te arrastre,
80 a través, aun así, de los cuernos pasarás del adverso Toro,
80
81 y de los hemonios arcos, y la boca del violento León,
82 y del que sus salvajes brazos curva en un circuito largo,
83 el Escorpión, y del que de otro modo curva sus brazos, el
Cangrejo.

84 Tampoco mis cuadrípedes, ardidos por los fuegos esos
85 que en su pecho tienen, que por su boca y narices exhalan,
85
86 a tu alcance gobernar está: apenas a mí me sufren cuando
sus agrios
87 ánimos se enardecen, y su cerviz rechaza las riendas.
88 Mas tú, de que no sea yo para ti el autor de este funesto
regalo,
89 mi nacido, cuida y, mientras la cosa lo permite, tus votos
corrige.
90 Claro es que para que de nuestra sangre tú engendrado te
creas 90
91 unas prendas ciertas pides: te doy unas prendas ciertas
temiendo,
92 y con el paterno miedo que tu padre soy pruebo. Mira los
rostros

ecce meos; utinamque oculos in pectora posses inserere et
patrias intus deprendere curas!

denique quidquid habet dives, circumspice, mundus 95

eque tot ac tantis caeli terraeque marisque posce bonis aliquid;
nullam patiere repulsam. deprecor hoc unum, quod vero nomine
poena,

non honor est: poenam, Phaethon, pro munere poscis! quid mea
colla tenes blandis, ignare, lacertis? 100 ne dubita! dabitur
(Stygias iuravimus undas), quodcumque optaris; sed tu
sapientius opta!

Finierat monitus; dictis tamen ille repugnat propositumque
premit flagratque cupidine currus. ergo, qua licuit, genitor
cunctatus ad altos 105 deducit iuvenem, Vulcania munera,
currus. aureus axis erat, temo aureus, aurea summae curvatura
rotae, radiorum argenteus ordo;

per iuga chrysolithi positaeque ex ordine gemmae clara
repercusso reddebant lumina Phoebus. 110

Dumque ea magnanimus Phaethon miratur opusque perspicit,
ecce vigil nitido patefecit ab ortu purpureas Aurora fores et
plena rosarum

atria: diffugiunt stellae, quarum agmina cogit Lucifer et caeli
statione novissimus exit. 115

Quem petere ut terras mundumque rubescere vidit cornuaque
extremae velut evanescere lunae,

iungere equos Titan velocibus imperat Horis. iussa deae celeres
peragunt ignemque vomentes, ambrosiae suco saturos,
praesepibus altis 120 quadripedes ducunt adduntque
sonantia frena. tum pater ora sui sacro medicamine nati

contigit et rapidae fecit patientia flammae inposuitque comae
radios praesagaque luctus pectore sollicito repetens suspiria
dixit: 125

'si potes his saltem monitis parere parentis parce, puer, stimulis
et fortius utere loris!

sponte sua properant, labor est inhibere volentes. nec tibi
drectos placeat via quinque per arcus! sectus in obliquum est
lato curvamine limes, 130 zonarumque trium contentus fine
polumque effugit australem iunctamque aquilonibus arcton: hac
sit iter—manifesta rotae vestigia cernes— utque ferant aequos
et caelum et terra calores,

nec preme nec summum molire per aethera currum! 135

altius egressus caelestia tecta cremabis, inferius terras; medio
tutissimus ibis.

neu te dexterior tortum declinet ad Anguem, neve sinisterior
pressam rota ducat ad Aram,

inter utrumque tene! Fortunae cetera mando, 140

quae iuuet et melius quam tu tibi consulat opto. dum loquor,
Hesperio positas in litore metas umida nox tetigit; non est mora
libera nobis! poscimur: effulget tenebris Aurora fugatis. corripe
lora manu, vel, si mutabile pectus 145 est tibi, consiliis, non
curribus utere nostris! dum potes et solidis etiamnum sedibus
adstas,

dumque male optatos nondum premis inscius axes, quae tutus
spectes, sine me dare lumina terris!

Occupat ille levem iuvenali corpore currum 150 statque super
manibusque leves contingere habenas

aquí míos, y ojalá tus ojos en mi pecho pudieras inserir y dentro
desprender los paternos cuidados.

Y, por último, cuanto tiene el rico cosmos mira en derredor, 95 y
de tantos y tan grandes bienes del cielo y la tierra

y el mar demanda algo: ninguna negativa sufrirás.

Te disuado de esto solo, que por verdadero nombre un castigo,
no un honor es: un castigo, Faetón, en vez de un regalo
demandas.

¿Por qué mi cuello sostienes, ignorante, con tus blandos brazos?

100 No lo dudes, se te concederá -las estigias ondas hemos
jurado- aquello que pidas. Pero tú con más sabiduría pide.

Había acabado sus advertencias. Sus palabras, aun así, él
rechaza y su propósito apremia y flagra en el deseo del carro.

Así pues, lo que podía, su genitor, irresoluto, a los altos 105
conduce al joven, de Vulcano regalos, carros.

Áureo el eje era, el timón áureo, áurea la curvatura de la
extrema rueda, de los radios argénteo el orden.

Por los yugos unos crisólitos y, puestas en orden, unas gemas,
claras devolvían sus luces, reverberante, a Febo. 110

Y mientras de ello, henchido, Faetón se admira y su obra
escruta, he aquí que vigilante abrió desde el nítido orto la
Aurora sus purpúreas puertas, y plenos de rosas

sus atrios. Se dispersan las estrellas, cuyas columnas conduce el
Lucero, y de su posta del cielo el postrero sale: 115

al cual cuando buscar las tierras, y que el cosmos enrojecía, vio,
y los cuernos como desvanecerse de la extrema luna,
uncir los caballos el Titán impera a las veloces Horas.

Sus órdenes las diosas rápidas cumplen y, fuego vomitando y
de jugo de ambrosia saciados, de sus pesebres altos 120 a los
cuadrípedes sacan, y les añaden sus sonantes frenos.

Entonces el padre la cara de su nacido con una sagrada droga
tocó y la hizo paciente de la arrebatadora llama
e impuso a su pelo los rayos, y, présagos del luto,

de su pecho angustiado reiterando suspiros, dijo: 125

«Si puedes a estas advertencias al menos obedecer de tu
padre, sé parco, chico, con las agujadas, y más fuerte usa las
bridas.

Por sí mismos se apresuran: la labor es inhibirles tal deseo.

Y no a ti te plazca la ruta, derechos, a través de los cinco arcos.

Cortada en oblicuo hay, de ancha curvatura, una senda, 130 y, con la frontera de tres zonas contentándose, del polo rehúye austral y, vecina a los aquilones, de la Osa.

Por aquí sea tu camino: manifiestas de mi rueda las huellas divisarás; y para que soporten los justos el cielo y la tierra calores,

ni hundas ni yergas por los extremos del éter el carro. 135 Más alto pasando los celestes techos quemarás,

más bajo, las tierras: por el medio segurísimo irás.

Tampoco a ti la más diestra te decline hacia la torcida Serpiente, ni tu más siniestra rueda te lleve, hundido, al Ara.

Entre ambos manténte. A la Fortuna lo demás encomiendo, 140 la cual te ayude, y que mejor que tú por ti vele, deseo.

Mientras hablo, puestas en el vespertino litoral, sus metas la húmeda noche ha tocado; no es la demora libre para nos.

Se nos reclama, y fulge, las tinieblas ahuyentadas, la Aurora.

Coge en la mano las riendas, o, si un mudable pecho 145 es el tuyo, los consejos, no los carros usa nuestros.

Mientras puedes y en unas sólidas sedes todavía estás,

y mientras, mal deseados, todavía no pisas, ignorándolos, mis ejes, las que tú seguro contemples, déjame dar, las luces a las tierras».

Ocupa él con su juvenil cuerpo el leve carro 150

y se aposta encima, y de que a sus manos las leves riendas
hayan tocado

gaudet et invito grates agit inde parenti.

Interea volucres Pyrois et Eous et Aethon, Solis equi,
quartusque Phlegon hinnitibus auras flammiferis implent
pedibusque repagula pulsant. 155 quae postquam Tethys,
fatorum ignara nepotis, reppulit, et facta est immensi copia
caeli, corripuere viam pedibusque per aera motis obstantes
scindunt nebulas pennisque levati praetereunt ortos isdem de
partibus Euros. 160 sed leve pondus erat nec quod cognoscere
possent Solis equi, solitaque iugum gravitate carebat; utque
labant curvae iusto sine pondere naves perque mare instabiles
nimia levitate feruntur,

sic onere adsueto vacuus dat in aera saltus 165
succutiturque alte similisque est currus inani.

Quod simulac sensere, ruunt tritumque relinquunt quadriugi
spatium nec quo prius ordine currunt. ipse pavet nec qua
commissas flectat habenas

nec scit qua sit iter, nec, si sciat, imperet illis. 170 tum primum
radiis gelidi caluere Triones

et vetito frustra temptarunt aequore tingui, quaeque polo
posita est glaciali proxima Serpens, frigore pigra prius nec
formidabilis ulli,

incaluit sumpsitque novas fervoribus iras; 175 te quoque
turbatum memorant fugisse, Boote, quamvis tardus eras et te
tua plaustra tenebant.

Ut vero summo despexit ab aethere terras infelix Phaethon
penitus penitusque iacentes, palluit et subito genua intremuere
timore 180 suntque oculis tenebrae per tantum lumen abortae,
et iam mallet equos numquam tetigisse paternos, iam cognosse
genus piget et valuisse rogando, iam Meropis dici cupiens ita
fertur, ut acta praecipiti pinus borea, cui victa remisit 185

frena suos rector, quam dis votisque reliquit. quid faciat?
multum caeli post terga relictum, ante oculos plus est: animo
metitur utrumque et modo, quos illi fatum contingere non est,
prospicit occasus, interdum respicit ortus, 190

quidque agat ignarus stupet et nec frena remittit nec retinere
valet nec nomina novit equorum. sparsa quoque in vario passim
miracula caelo vastarumque videt trepidus simulacra ferarum.
est locus, in geminos ubi bracchia concavat arcus 195 Scorpius
et cauda flexisque utrimque lacertis porrigit in spatium
signorum membra duorum: hunc puer ut nigri madidum sudore
veneni vulnera curvata minitantem cuspide vidit,
mentis inops gelida formidine lora remisit. 200

Quae postquam summum tetigere iacentia tergum,
exspatiantur equi nulloque inhibente per auras ignotae regionis
eunt, quaque inpetus egit,

hac sine lege ruunt altoque sub aethere fixis incursant stellis
rapiuntque per avia currum 205 et modo summa petunt, modo
per declive viasque praecipites spatio terrae propiore feruntur,
inferiusque suis fraternos currere Luna

admiratur equos, ambustaque nubila fumant. corripitur
flammis, ut quaeque altissima, tellus 210

se goza, y las gracias da de ello a su contrariado padre. Entre
tanto, voladores, Pirois, y Eoo y Eton,

del Sol los caballos, y el cuarto, Flegonte, con sus relinchos
llameantes las auras llenan y con sus pies las barreras baten.
155

Las cuales, después de que Tetis, de los hados ignorante de su
nieta, retiró, y hecha les fue provisión del inmenso cielo,
cogen la ruta y sus pies por el aire moviendo

a ellos opuestas hienden las nubes, y con sus plumas levitando
atrás dejan, nacidos de esas mismas partes, a los Euros. 160
Pero leve el peso era y no el que conocer pudieran

del Sol los caballos, y de su acostumbrado peso el yugo carecía,
y como se escoran, curvas, sin su justo peso las naves,

y por el mar, inestables por su excesiva ligereza, vanse,

así, de su carga acostumbrada vacío, da en el aire saltos 165

y es sacudido hondamente, y semejante es el carro a uno inane. Lo cual en cuanto sintieron, se lanzan, y el trillado espacio abandonan los cuadríjugos, y no en el que antes orden corren.

Él se asusta, y no por dónde dobla las riendas a él encomendadas,

ni sabe por dónde sea el camino, ni si lo supiera se lo imperaría a ellos. 170 Entonces por primera vez con rayos se calentaron los helados Triones y, vedada, en vano intentaron en la superficie bañarse,

y la que puesta está al polo glacial próxima, la Serpiente, del frío yerta antes y no espantable para nadie,

se calentó y tomó nuevas con esos hervores unas iras. 175 Tú también que turbado huiste cuentan, Boyero,

aunque tardo eras y tus carretas a ti te retenían.

Pero cuando desde el supremo éter contempló las tierras el infeliz Faetón, que a lo hondo, y a lo hondo, yacían,

palideció y sus rodillas se estremecieron del súbito temor, 180 y le fueron a sus ojos tinieblas en medio de tanta luz brotadas, y ya quisiera los caballos nunca haber tocado paternos,

ya de haber conocido su linaje le pesa, y de haber prevalecido en su ruego. Ya, de Mérope decirse deseando, igual es arrastrado que un pino llevado por el vertiginoso bóreas, al que vencidos sus frenos 185

ha soltado su propio regidor, y al que a los dioses y a los rezos
ha abandonado.

¿Qué haría? Mucho cielo a sus espaldas ha dejado; ante sus
ojos más hay. Con el ánimo mide los dos; y, ya, los que su hado
alcanzar no es,

delante mira los ocasos; a las veces detrás mira los ortos, 190
y, de qué hacer ignorante, suspendido está, y ni los frenos
suelta ni de retenerlos es capaz, ni los nombres conoce de los
caballos.

Esparcidas también en el variado cielo por todos lados
maravillas, y ve, tembloroso, los simulacros de las vastas fieras.

Hay un lugar, donde en gemelos arcos sus brazos concava 195
el Escorpión, y con su cola, y dobladas a ambos lados sus
pinzas, alarga en espacio los miembros de sus dos signos:

a éste el muchacho, cuando, húmedo del sudor de su negro
veneno, y heridas amenazando con su curvada cúspide, ve,

de la razón privado por el helado espanto las bridas soltó. 200

Las cuales, después de que tocaron postradas lo alto de sus
espaldas, se desorbitan los caballos y, nadie reteniéndolos, por
las auras

de una ignota región van, y por donde su ímpetu les lleva, por
allá sin ley se lanzan, y bajo el alto éter se precipitan

contra las fijas estrellas y arrebatan por lo inaccesible el carro,
205 y ya lo más alto buscan, ya en pendiente y por rutas

vertiginosas a un espacio a la tierra más cercano vanse,
y de que más bajo que los suyos corran los fraternos caballos la
Luna se admira, y abrasadas las nubes humean.

Se prende en llamas, según lo que está más alto, la tierra, 210

fissaque agit rimas et sucis aret ademptis; pabula canescunt,
cum frondibus uritur arbor, materiamque suo praebet seges
arida damno.

parva queror: magnae pereunt cum moenibus urbes, cumque
suis totas populis incendia gentis 215

in cinerem vertunt; silvae cum montibus ardent; ardet Athos
Taurusque Cilix et Tmolus et Oete et tum sicca, prius creberrima
fontibus, Ide

virgineusque Helicon et nondum Oeagrius Haemus: ardet in
imensum geminatis ignibus Aetne 220 Parnasosque biceps et
Eryx et Cynthus et Othrys

et tandem nivibus Rhodope caritura Mimasque Dindymaque et
Mycale natusque ad sacra Cithaeron. nec prosunt Scythiae sua
frigora: Caucasus ardet Ossaque cum Pindo maiorque ambobus
Olympus 225 aeriaeque Alpes et nubifer Appenninus.

Tum vero Phaethon cunctis e partibus orbem

adspicit accensum nec tantos sustinet aestus ferventisque
auras velut e fornace profunda

ore trahit currusque suos candescere sentit; 230 et neque
iam cineres eiectatamque favillam

ferre potest calidoque involvitur undique fumo, quoque eat aut
ubi sit, picea caligine tectus nescit et arbitrio volucrum raptatur
equorum.

Sanguine tum credunt in corpora summa vocato 235 Aethiopum
populos nigrum traxisse colorem; tum facta est Libye raptis
umoribus aestu

arida, tum nymphae passis fontesque lacusque deflevere comis;
quaerit Boeotia Dircen,

Argos Amymonen, Ephyre Pirenidas undas; 240 nec sortita
loco distantes flumina ripas

tuta manent: mediis Tanais fumavit in undis Peneosque senex
Teuthranteusque Caicus et celer Ismenos cum Phegiaco
Erymantho

arsurusque iterum Xanthos flavusque Lycormas, 245 quique
recurvatis ludit Maeandros in undis, Mygdoniusque Melas et
Taenarius Eurotas.

arsit et Euphrates Babylonius, arsit Orontes Thermodonque
citus Gangesque et Phasis et Hister; aestuat Alpheos, ripae
Spercheides ardent, 250 quodque suo Tagus amne vehit, fluit
ignibus aurum, et, quae Maeonias celebrabant carmine ripas
flumineae volucres, medio caluere Caystro;

Nilus in extremum fugit perterritus orbem occulitque caput,
quod adhuc latet: ostia septem 255 pulverulenta vacant, septem
sine flumine valles. fors eadem Ismarios Hebrum cum Strymone
siccat Hesperiosque amnes, Rhenum Rhodanumque Padumque
cuique fuit rerum promissa potentia, Thybrin. dissilit omne
solum, penetratque in Tartara rimis 260 lumen et infernum
terret cum coniuge regem;

et mare contrahitur siccaeque est campus harenae, quod modo
pontus erat, quosque altum texerat aequor, existunt montes et
sparsas Cycladas augent.

ima petunt pisces, nec se super aequora curvi 265

tollere consuetas audent delphines in auras; corpora phocarum
summo resupina profundo exanimata natant: ipsum quoque
Nerea fama est Doridaque et natas tepidis latuisse sub antris.

y hendida produce grietas, y de sus jugos privada se deseca.

Los pastos canecen, con sus frondas se quema el árbol,

y materia presta para su propia perdición el sembrado árido.

De poco me quejo: grandes perecen, con sus murallas,
ciudades, y con sus pueblos los incendios a enteras naciones
215

en ceniza tornan; las espesuras con sus montes arden, arde el
Atos y el Tauro cílice y el Tmolo y el Oete

y, entonces seco, antes abundantísimo de fontanas, el Ide, y el virgíneo Helicón y todavía no de Eagro el Hemo.

Arde a lo inmenso con geminados fuegos el Etna 220 y el Parnaso bicéfalo y el Érix y el Cinto y el Otris

y, que por fin de nieves carecería, el Ródope, y el Mimas

y el Díndima y el Mícale y nacido para lo sagrado el Citerón, y no le aprovechan a Escitia sus fríos: el Cáucaso arde

y el Osa con el Pindo y mayor que ambos el Olimpo, 225 y los aéreos Alpes y el nubífero Apenino.

Entonces en verdad Faetón por todas partes el orbe mira incendiado, y no soporta tan grandes calores,

e hirvientes auras, como de una fragua profunda,

con la boca atrae, y los carros suyos encandecerse siente; 230 y no ya las cenizas, y de ellas arrojada la brasa,

soportar puede, y envuelto está por todos lados de caliente humo, y a dónde vaya o dónde esté, por una calina como de pez cubierto, no sabe, y al arbitrio de los voladores caballos es arrebatado.

De su sangre, entonces, creen, al exterior de sus cuerpos llamada, 235 que los pueblos de los etíopes trajeron su negro color.

Entonces se hizo Libia, arrebatados sus humores con ese bullir,
árida, entonces las ninfas, con sueltos cabellos, a sus fontanas y
lagos lloraron: busca Beocia a su Dirce,

Argos a Amímone, Éfire a las pirénidas ondas. 240

Y tampoco las corrientes, las agraciadas con riberas distantes
de lugar, seguras permanecen: en mitad el Tanais humeaba de
sus ondas,

y también Peneo el viejo y el teutranteo Caíco y el veloz Ismeno
con el fegíaco Erimanto

y el que habría de arder de nuevo, el Janto, y el flavo Licormas
245 y el que juega, el Meandro, entre sus recurvadas ondas,

y el migdonio Melas y el tenario Eurotas.

Ardió también el Eufrates babilonio, ardió el Orontes

y el Termodonte raudo y el Ganges y el Fasis y el Histro.

Bulle el Alfeo, las riberas del Esperquío arden, 250

y el que en su caudal el Tajo lleva, fluye, por los fuegos, el oro, y
las que frecuentaban con su canción las meonias riberas,

sus fluviales aves, se caldean en mitad del Caístro. El Nilo al
extremo huye, aterrorizado, del orbe,

y se tapó la cabeza, que todavía está escondida; sus siete
embocaduras, 255

polvorientas, están vacías, siete, sin su corriente, valles. El azar
mismo los ismarios Hebro y Estrimón seca,

y los Vespertinos caudales del Rin, el Ródano y el Po,

y al que fue de todas las cosas prometido el poder, al Tíber.

Saltó en pedazos todo el suelo y penetra en los Tártaros por las grietas 260

la luz, y aterra, con su esposa, al infernal rey; y el mar se contrae, y es un llano de seca arena

lo que poco antes ponto era, y, los que alta cubría la superficie, sobresalen esos montes y las esparcidas Cícladas ellos acrecen.

Lo profundo buscan los peces y no sobre las superficies, curvos, 265 a elevarse se atreven los delfines hacia sus acostumbradas auras;

los cuerpos de las focas, de espaldas sobre lo extremo del profundo, exánimes, nadan; el mismo incluso Nereo, fama es, y Doris y sus nacidas, que se ocultaron bajo tibias cavernas.

ter Neptunus aquis cum torvo bracchia vultu 270 exserere ausus erat, ter non tulit aeris ignes.

Alma tamen Tellus, ut erat circumdata ponto, inter aquas pelagi contractosque undique fontes, qui se condiderant in opacae viscera matris, sustulit oppressos collo tenus arida vultus 275 opposuitque manum fronti magnoque tremore omnia concutiens paulum subsedit et infra,

quam solet esse, fuit fractaque ita voce locuta est: 'si placet hoc
meruique, quid o tua fulmina cessant, summe deum? liceat
periturae viribus ignis 280 igne perire tuo clademque auctore
levare!

vix equidem fauces haec ipsa in verba resolvo'; (presserat ora
vapor) 'tostos en adspice crines inque oculis tantum, tantum
super ora favillae! hosne mihi fructus, hunc fertilitatis honorem
285 officiique refers, quod adunci vulnera aratri rastrorumque
fero totoque exerceor anno,

quod pecori frondes alimentaue mitia, fruges humano generi,
vobis quoque tura ministro?

sed tamen exitium fac me meruisse: quid undae, 290 quid
meruit frater? cur illi tradita sorte

aequora decrescunt et ab aethere longius absunt? quodsi nec
fratris nec te mea gratia tangit,

at caeli miserere tui! circumspice utrumque: fumat uterque
polus! quos si vitiaverit ignis, 295 atria vestra ruent! Atlas en
ipse laborat

vixque suis umeris candentem sustinet axem! si freta, si terrae
pereunt, si regia caeli,

in chaos antiquum confundimur! eripe flammis,

si quid adhuc superest, et rerum consule summae! 300

Dixerat haec Tellus: neque enim tolerare vaporem ulterius potuit
nec dicere plura suumque

rettulit os in se propioraque manibus antra;

at pater omnipotens, superos testatus et ipsum,

Tres veces Neptuno, de las aguas, sus brazos con torvo semblante 270 a extraer se atrevió, tres veces no soportó del aire los fuegos.

La nutricia Tierra, aun así, como estaba circundada de ponto, entre las aguas del piélago y, contraídas por todos lados, sus fontanas, que se habían escondido en las vísceras de su opaca madre,

sostuvo hasta el cuello, árida, su devastado rostro 275 y opuso su mano a su frente, y con un gran temblor todo sacudiendo, un poco se asentó y más abajo

de lo que suele estar quedó, y así con seca voz habló:

«Si te place esto y lo he merecido, ¿a qué, oh, tus rayos cesan, supremo de los dioses? Pueda la que ha de perecer por las fuerzas del fuego, 280 por el fuego perecer tuyo, y su calamidad por su autor aliviar.

Apenas yo, ciertamente, mis fauces para estas mismas palabras libero»

-le oprimía la boca el vapor- «quemados, ay, mira mis cabellos, y en mis ojos tanta, tanta sobre mi cara brasa.

¿Estos frutos a mí, este premio de mi fertilidad 285

y de mi servicio me devuelves, porque las heridas del combado arado y de los rastrillos soporto, y todo se me hostiga el año, porque al ganado frondas, y alimentos tiernos, los granos, al humano género, a vosotros también inciensos, suministro?

Pero aun así, este final pon que yo he merecido ¿Qué las ondas, 290 qué ha merecido tu hermano? ¿Por qué, a él entregadas en suerte, las superficies decrecen y del éter más lejos se marchan?

Y si ni la de tu hermano, ni a ti mi gracia te conmueve, mas del cielo compadécete tuyo. Mira a ambos lados: humea uno y otro polo, los cuales si viciara el fuego, 295

los atrios vuestros se desplomarán. Atlante, ay, mismo padece, y apenas en sus hombros candente sostiene el eje.

Si los estrechos, si las tierras perecen, si el real del cielo: en el caos antiguo nos confundimos. Arrebata a las llamas cuanto todavía quede y vela por la suma de las cosas». 300

Había dicho esto la Tierra, puesto que ni tolerar el vapor más allá pudo ni decir más, y la boca

suya se devolvió a sí misma, y a sus cavernas a los manes más cercanas.

Mas el padre omnipotente, los altísimos poniendo por testigos y a aquél mismo

qui dederat currus, nisi opem ferat, omnia fato interitura gravi,
summam petit arduus arcem, unde solet nubes latis inducere
terris,

unde movet tonitrus vibrataque fulmina iactat; sed neque quas
posset terris inducere nubes

tunc habuit, nec quos caelo demitteret imbres: 305

310 305 que había dado sus carros, de que, si ayuda él no
prestara, todas las cosas de un hado 305

306 desaparecerían grave, acude, arduo, al supremo recinto

307 desde donde suele las nubes congregar sobre las anchas
tierras,

308 desde donde mueve los truenos, y sus blandidos rayos
lanza.

309 Pero ni las que pudiera sobre las tierras congregar, nubes

310 entonces tuvo, ni las que del cielo mandara, lluvias: 310

intonat et dextra libratum fulmen ab aure misit in aurigam
pariterque animaque rotisque expulit et saevis conpescuit
ignibus ignes. consternantur equi et saltu in contraria facto

colla iugo eripiunt abruptaque lora relinquunt:

315 311 truená, y balanceando un rayo desde su diestra oreja

312 lo mandó al auriga y, al par, de su aliento y de sus ruedas

313 lo expelió, y apacentó con salvajes fuegos los fuegos.

314 Constérnanse los caballos, y un salto dando en contrario

315 sus cuellos del yugo arrebatan, y sus rotas correas abandonan: 315

illic frena iacent, illic temone revulsus axis, in hac radii fractarum parte rotarum

sparsaque sunt late laceri vestigia currus. 316 por allí los frenos yacen, por allí, del timón arrancado,

317 el eje, en esta parte los radios de las quebradas ruedas,

318 y esparcidos quedan anchamente los vestigios del lacerado carro.

At Phaethon rutilos flamma populante capillos 319 Mas Faetón, con llama devastándole sus rútilos cabellos,

volvitur in praeceps longoque per aera tractu 320 320

rodando cae en picado, y en un largo trecho por los aires 320

fertur, ut interdum de caelo stella sereno 321 va, como a las veces desde el cielo una estrella, sereno,

etsi non cecidit, potuit cecidisse videri. 322 aunque no ha caído, puede que ha caído parecer.

quem procul a patria diverso maximus orbe 323 Al cual, lejos de su patria, en el opuesto orbe, el máximo

excipit Eridanus fumantiaque abluit ora. 324 Erídano lo recibió, y le lavó, humeante, la cara.

Naides Hesperiae trifida fumantia flamma 325 325 Las náyades Vespertinas, por la trífida llama humeante, 325

corpora dant tumulo, signant quoque carmine saxum: 326
su cuerpo dan a un túmulo, e inscriben también con esta canción la roca:

hic : sitvs : est : phaethon : cvrrvs : avriga : paterni 327

AQUÍ • SITO • QUEDA • FAETÓN • DEL • CARRO • AURIGA
• PATERNO

qvem : si : non : tenvit : magnis : tamen : excidit : avsis 328

QUE • SI • NO • LO • DOMINÓ • AUN • ASÍ • SUCUMBIÓ •
A • UNAS • GRANDES • OSADÍAS

Nam pater obductos luctu miserabilis aegro condiderat vultus,
et, si modo credimus, unum 330 isse diem sine sole ferunt:
incendia lumen praebebant aliquisque malo fuit usus in illo.

at Clymene postquam dixit, quaecumque fuerunt in tantis
dicenda malis, lugubris et amens

et laniata sinus totum percensuit orbem 335

exanimesque artus primo, mox ossa requirens repperit ossa
tamen peregrina condita ripa incubuitque loco nomenque in
marmore lectum perfudit lacrimis et aperto pectore fovit.

nec minus Heliades fletus et, inania morti 340

munera, dant lacrimas, et caesae pectora palmis non auditurum
miseras Phaethonta querellas nocte dieque vocant
adsternunturque sepulcro. luna quater iunctis inplerat cornibus
orbem; illae more suo (nam morem fecerat usus) 345

plangorem dederant: e quis Phaethusa, sororum maxima, cum
vellet terra procumbere, quæta est deriguisset pedes; ad quam
conata venire candida Lampetie subita radice retenta est;
tertia, cum crinem manibus laniare pararet, 350

avellit frondes; hæc stipite crura teneri, illa dolet fieri longos
sua bracchia ramos,

dumque ea mirantur, complectitur inguina cortex perque gradus
uterum pectusque umerosque manusque ambit, et exstabant
tantum ora vocantia matrem. 355 quid faciat mater, nisi, quo
trahat inpetus illam, huc eat atque illuc et, dum licet, oscula
iungat? non satis est: truncis avellere corpora temptat

et teneros manibus ramos abrumpit, at inde
sanguineae manant tamquam de vulnere guttae. 360 'parce,
precor, mater,' quaecumque est saucia, clamat, 'parce, precor:
nostrum laceratur in arbore corpus iamque vale'—cortex in
verba novissima venit.

inde fluunt lacrimae, stillataque sole rigescunt de ramis electra
novis, quae lucidus amnis 365

excipit et nuribus mittit gestanda Latinis.

Adfuit huic monstro proles Stheneleia Cycnus, qui tibi materno
quamvis a sanguine iunctus, mente tamen, Phaethon, propior
fuit. ille relicto

(nam Ligurum populos et magnas rexerat urbes) 370 imperio
ripas virides amnemque querellis

Eridanum inplerat silvamque sororibus auctam, cum vox est
tenuata viro canaeque capillos dissimulant plumae collumque a
pectore longe porrigitur digitosque ligat iunctura rubentis, 375

penna latus velat, tenet os sine acumine rostrum. fit nova
Cycnus avis nec se caeloque Iovique credit, ut iniuste missi
memor ignis ab illo; stagna petit patulosque lacus ignemque
perosus quae colat elegit contraria flumina flammis. 380

Squalidus interea genitor Phaethontis et expers

Pues su padre, cubiertos por su luto afligido, digno de compasión, había escondido sus semblantes, y si es que lo creemos, que un único 330 día pasó sin sol refieren; los incendios luz

prestaban, y algún uso hubo en el mal aquel.

Clímene

Mas Clímene, después de que dijo cuanto hubo

en tan grandes males de ser dicho, lúgubre y amente, y rasgándose los senos, todo registró el orbe, 335

y sus exánimes miembros primero, luego sus huesos buscando, los halló, aunque huesos, en una peregrina ribera escondidos. Y se postró en ese lugar, y su nombre, en el mármol leído, regó de lágrimas, y con su abierto pecho lo calentó.

Las Helíades

Y no menos las Helíades le plañen y, inanes ofrendas 340

a la muerte, le dan lágrimas, e hiriéndose los pechos con sus palmas, a quien no oiría sus tristes quejas, a Faetón,

noche y día llaman y se prosternan al sepulcro.

La luna cuatro veces había llenado, juntos sus cuernos, su orbe: ellas, con la costumbre suya -pues costumbre lo hiciera el uso-,

345 sus golpes de duelo se habían dado; de las cuales Faetusa, de las hermanas la mayor, cuando quisiera en tierra postrarse, se quejó

de que rigentes estaban sus pies, a la cual intentando llegarse la cándida Lampetie, por una súbita raíz retenida fue;

la tercera, cuando con las manos su pelo a desgarrar se disponía, 350 arranca frondas; ésta, de que un tronco sus piernas retiene,

aquélla se duele de que se han hecho sus brazos largas ramas;

y mientras de ello se admiran, se abraza a sus ingles una corteza y por sus plantas, útero y pecho y hombros y manos,

las rodea, y restaban sólo sus bocas llamando a su madre. 355

¿Qué iba a hacer su madre, sino, adonde la trae su ímpetu a ella, para acá ir y para allá, y, mientras puede, su boca unirles?

No bastante es: de los troncos arrancar sus cuerpos intenta, y tiernas con sus manos sus ramas rompe; mas de ahí sanguíneas manan, como de una herida, gotas. 360

«Cesa, te lo suplico, madre», aquélla que es herida grita,

«cesa, te lo suplico: se lacera en el árbol nuestro cuerpo. Y ya adiós...». La corteza a sus palabras postreras llega.

Después fluyen lágrimas, y, destilados, con el sol se endurecen, de sus ramas nuevas, electros, los cuales el lúcido caudal 365 recibe, y a las nueras los manda, para que los lleven, latinas.

Cigno

Asistió a este prodigio, prole de Esténelo, Cigno, el cual a ti,
aunque por la sangre materna unido,

en la mente aun así, Faetón, más cercano estaba. Él, tras
abandonar

-pues de los lígures los pueblos y sus grandes ciudades regía-
370 su gobierno, las riberas verdes y el caudal Erídano

de sus quejas había llenado, y la espesura, por sus hermanas
acrecida; cuando su voz se adelgazó para la de un hombre, y
canas plumas

sus cabellos disimulan, y el cuello del pecho lejos

se extiende, y sus dedos rojecientes liga una unión, 375 un ala
su costado vela, tiene su cara, sin punta, un pico.

Se vuelve nueva Cigno una ave, y no él al cielo y a Júpiter

se confía, como acordado del fuego injustamente enviado
desde él; a los pantanos acude y a los anchurosos lagos, y el
fuego odiando, las que honrara eligió, contrarias a las llamas,
las corrientes. 380

Demacrado entre tanto el genitor de Faetón, y privado

ipse sui decoris, qualis, cum deficit orbem, esse solet, lucemque
odit seque ipse diemque datque animum in luctus et luctibus
adicit iram

officiumque negat mundo. 'satis' inquit 'ab aevi 385 sors mea
principiis fuit inrequieta, pigetque actorum sine fine mihi, sine
honore laborum! quilibet alter agat portantes lumina currus!

si nemo est omnesque dei non posse fatentur,

ipse agat ut saltem, dum nostras temptat habenas, 390

orbatura patres aliquando fulmina ponat! tum sciet ignipedum
vires expertus equorum

non meruisse necem, qui non bene rexerit illos.'

Talia dicentem circumstant omnia Solem numina, neve velit
tenebras inducere rebus, 395 supplice voce rogant; missos
quoque Iuppiter ignes excusat precibusque minas regaliter
addit.

colligit amentes et adhuc terrore paventes

Phoebus equos stimuloque dolens et verbere saevit (saevit
enim) natumque obiectat et inputat illis. 400

At pater omnipotens ingentia moenia caeli circuit et, ne quid
labefactum viribus ignis corruat, explorat. quae postquam firma
suique roboris esse videt, terras hominumque labores perspicit.

Arcadiae tamen est inpensior illi 405 cura suae: fontesque et
nondum audentia labi flumina restituit, dat terrae gramina,
frondes arboribus, laesasque iubet revirescere silvas. dum redit
itique frequens, in virgine Nonacrina haesit, et accepti caluere
sub ossibus ignes. 410 non erat huius opus lanam mollire
trahendo

nec positu variare comas; ubi fibula vestem, vitta coercuerat
neglectos alba capillos;

et modo leve manu iaculum, modo sumpserat arcum, miles erat
Phoebes: nec Maenalon attigit ulla 415 gratior hac Triviae; sed
nulla potentia longa est.

Ulterius medio spatium sol altus habebat, cum subit illa nemus,
quod nulla ceciderat aetas; exuit hic umero pharetram
lentosque retendit

arcus inque solo, quod texerat herba, iacebat 420 et pictam
posita pharetram cervice premebat.

Iuppiter ut vidit fessam et custode vacantem, 'hoc certe furtum
coniunx mea nesciet' inquit, 'aut si rescierit, sunt, o sunt iurgia
tanti!' protinus induitur faciem cultumque Dianae 425 atque ait:
'o comitum, virgo, pars una mearum, in quibus es venata iugis?'
de caespite virgo

se levat et 'salve numen, me iudice' dixit, 'audiat ipse licet,
maius Iove.' ridet et audit

et sibi praeferri se gaudet et oscula iungit, 430 nec moderata
satis nec sic a virgine danda.

qua venata foret silva, narrare parantem inpedit amplexu nec
se sine crimine prodit.

illa quidem contra, quantum modo femina posset (adspiceres
utinam, Saturnia, mitior esses), 435 illa quidem pugnat, sed
quem superare puella, quisve Iovem poterat? superum petit
aethera victor Iuppiter: huic odio nemus est et conscia silva;

él de su propio decor, con tal orbe cual cuando falta estar suele,
la luz odia y a sí mismo él, y al día,

y da su ánimo a los lutos, y a los lutos añade ira,

y su servicio niega al cosmos. «Bastante», dice, «desde los
principios 385

del tiempo la suerte mía ha sido irrequieta, y me pesa de estos,
cumplidos sin fin por mí, sin honor, trabajos. Cualquier otro
lleve, portadores de las luces, los carros.

Si nadie hay y todos los dioses que no pueden confiesan,

que él mismo los lleve, para que al menos mientras prueba
nuestras riendas, 390

los que han de orfanar a los padres, alguna vez los rayos suelte.
Entonces sabrá, las fuerzas experimentando de los caballos de

pies de fuego, que no merecía la muerte quien no bien los gobernara a ellos».

Al que tal decía circundan, al Sol, todos

los númenes, y que no quiera las tinieblas congregar sobre las cosas 395 con suplicante voz ruegan; sus enviados fuegos también Júpiter excusa, y a sus súplicas amenazas, regiamente, añade.

Reúne amentes y todavía de terror espantados

Febo los caballos, y con la agujada, doliente, y el látigo se encona

-pues enconado está- y de su nacido les acusa e imputa a ellos.
400

Júpiter y Calisto

Mas el padre omnipotente las ingentes murallas del cielo rodea y que no haya algo vacilante, por las fuerzas del fuego

derruido, explora. Las cuales, después de que firmes y con su reciedumbre propia que están ve, las tierras y los trabajos de los hombres indaga. El de la Arcadia suya, aun así, es su más precioso 405 cuidado, y sus fontanas y, las que todavía no osaban bajar,

sus corrientes restituye, da a la tierra gramas, frondas

a los árboles, y ordena retoñar, lastimadas, a las espesuras.

Mientras vuelve y va incesante, en una virgen nonacrina
quedó prendido, y encajados caldearon bajo sus huesos unos
fuegos. 410

No era de ella obra la lana mullir tirando,
ni de disposición variar los cabellos: cuando un broche su
vestido, una cinta sujetara blanca sus descuidados cabellos,
y ora en la mano una leve jabalina, ora tomara el arco,
un soldado era de Febe, y no al Ménalo alcanzó alguna 415 más
grata que ella a Trivia. Pero ninguna potencia larga es.

Más allá de medio su espacio el sol alto ocupaba,
cuando alcanza ella un bosque que ninguna edad había
cortado. Despojó aquí su hombro de su aljaba y los flexibles
arcos destensó, y en el suelo, que cubriera la hierba, yacía, 420
y su pinta aljaba, con su cuello puesto, hundía. Júpiter cuando
la vio, cansada y de custodia libre:

«Este hurto, ciertamente, la esposa mía no sabrá», dice,
«o si lo vuelve a saber, son, oh, son unas disputas por tanto...».

Al punto se viste de la faz y el culto de Diana 425

y dice: «Oh, de las acompañantes mías, virgen, parte única,
¿en qué sierras has cazado?». Del césped la virgen se eleva y:
«Salud, numen a mi juicio», dijo,
«aunque lo oiga él mismo, mayor que Júpiter». Ríe y oye,

y de que a él, a sí mismo, se prefiera se goza y besos le une 430
ni moderados bastante, ni que así una virgen deba dar.

En qué espesura cazado hubiera a la que a narrar se disponía,
la impide él con su abrazo, y no sin crimen se delata.

Ella, ciertamente, en contra, cuanto, sólo una mujer, pudiera
-ojalá lo contemplaras, Saturnia, más compasiva serías-, 435
ella, ciertamente, lucha, pero ¿a quién vencer una muchacha,
o quién a Júpiter podría? Al éter de los altísimos acude
vencedor Júpiter: para ella causa de odio el bosque es y la
cómplice espesura,

unde pedem referens paene est oblita pharetram tollere cum
telis et quem suspenderit arcum. 440

Ecce, suo comitata choro Dictynna per altum Maenalon
ingrediens et caede superba ferarum adspicit hanc visamque
vocat: clamata refugit et timuit primo, ne Iuppiter esset in illa;
sed postquam pariter nymphas incedere vidit, 445 sensit
abesse dolos numerumque accessit ad harum. heu! quam
difficile est crimen non prodere vultu! vix oculos attollit humo
nec, ut ante solebat,

iuncta deae lateri nec toto est agmine prima, sed silet et laesi
dat signa rubore pudoris; 450 et, nisi quod virgo est, poterat
sentire Diana mille notis culpam: nymphae sensisse feruntur.
orbe resurgebant lunaria cornua nono,

cum de venatu fraternis languida flammis,

nacta nemus gelidum dea, quo cum murmure labens 455

ibat et attritas versabat rivus harenas.

ut loca laudavit, summas pede contigit undas; his quoque

laudatis 'procul est' ait 'arbiter omnis: nuda superfusis

tinguamus corpora lymphis!'

Parrhasis erubuit; cunctae velamina ponunt; 460 una moras

quaerit: dubitanti vestis adempta est, qua posita nudo patuit

cum corpore crimen. attonitae manibusque uterum celare

volenti

'i procul hinc' dixit 'nec sacros pollue fontis!' Cynthia deque suo

iussit secedere coetu.465

Senserat hoc olim magni matrona Tonantis distuleratque graves

in idonea tempora poenas. causa morae nulla est, et iam puer

Arcas (id ipsum indoluit Iuno) fuerat de paelice natus.

quo simul obvertit saevam cum lumine mentem, 470 'scilicet hoc

etiam restabat, adultera' dixit,

'ut fecunda fores, fieretque iniuria partu nota, Iovisque mei

testatum dedecus esset.

haud inpune feres: adimam tibi namque figuram, qua tibi,

quaque places nostro, inportuna, marito.' 475 dixit et adversam

prensis a fronte capillis

stravit humi pronam. tendebat bracchia supplex:

bracchia coeperunt nigris horrescere villis curvarique manus et
aduncos crescere in unguis officioque pedum fungi laudataque
quondam 480 ora Iovi lato fieri deformia rictu.

neve preces animos et verba precantia flectant, posse loqui
eripitur: vox iracunda minaxque plenaque terroris rauco de
guttore fertur;

mens antiqua tamen facta quoque mansit in ursa, 485
adsiduoque suos gemitu testata dolores qualescumque manus
ad caelum et sidera tollit ingratumque Iovem, nequeat cum
dicere, sentit. a! quotiens, sola non causa quiescere silva,

ante domum quondamque suis erravit in agris! 490 a! quotiens
per saxa canum latratibus acta est venatrixque metu venantum
territa fugit!

saepe feris latuit visis, oblita quid esset, ursaque conspectos in
montibus horruit ursos

pertimuitque lupos, quamvis pater esset in illis. 495 Ecce
Lycaoniae proles ignara parentis,

Arcas adest ter quinque fere natalibus actis;

de donde, su pie al retirar, casi se olvidó de coger

su aljaba con las flechas y, que había suspendido, su arco. 440

He aquí que de su coro acompañada Dictina por el alto

Ménalo entrando, y de su matanza orgullosa de fieras, la vio a ella y vista la llama: llamada ella rehúye

y temió a lo primero que Júpiter estuviera en ella,

pero después de que al par a las ninfas avanzar vio, 445 sintió que no había engaños y al número accedió de ellas. Ay, qué difícil es el crimen no delatar con el rostro.

Apenas los ojos levanta de la tierra, y no, como antes solía, junta de la diosa al costado está, ni de todo es el grupo la primera, sino que calla y da signos con su rubor de su lastimado pudor 450 y, salvo porque virgen es, podría sentir Diana

en mil señales su culpa -las ninfas que lo notaron refieren-. En su orbe noveno resurgían de la luna cuernos,

cuando la diosa, de la cacería bajo las fraternas llamas lánguida, alcanzado había un bosque helado desde el que con su murmullo bajando 455 iba, y sus trilladas arenas viraba un río;

cuando esos lugares alabó, lo alto con el pie tocó de sus ondas.

Ellas también alabadas, «Lejos queda», dijo, «árbitro todo; desnudos, sumergidos en las linfas bañemos nuestros cuerpos».

La Parráside rojeció; todas sus velos dejan; 460

una demoras busca; a la que dudaba su vestido quitado le es,

el cual dejado, se hizo patente, con su desnudo cuerpo, su delito. A ella, atónita, y con sus manos el útero esconder queriendo:

«Vete lejos de aquí», le dijo Cintia, «y estas sagradas fontanas no mancilles», y de su unión le ordenó separarse. 465

Había sentido esto hacía tiempo la matrona del gran Tonante, y había diferido, graves, hasta idóneos tiempos los castigos.

Causa de demora ninguna hay, y ya el niño Árcade -esto mismo dolió a Juno- había de su rival nacido.

Al cual nada más volvió su salvaje mente junto con su luz: 470

«Claro es que esto también restaba, adúltera», dijo,

«que fecunda fueras y se hiciera tu injuria por tu parto conocida y del Júpiter mío testimoniado el desdoro fuera.

No impunemente lo harás, puesto que te arrancaré a ti la figura en la que a ti misma, y en la que complaces, importuna, a nuestro marido», 475

dijo, y de su frente, a ella opuesta, prendiéndole los cabellos, la postra en el suelo de bruces; tendía sus brazos suplicantes: sus brazos empezaron a erizarse de negros vellos

y a curvarse sus manos y a crecer en combadas uñas

y el servicio de los pies a cumplir, y alabada un día 480

su cara por Júpiter, a hacerse deforme en una ancha comisura,

y para que sus súplicas los ánimos, y sus palabras suplicantes,
no dobleguen,

el poder hablar le es arrebatado: una voz iracunda y
amenazante y llena de terror de su ronca garganta sale.

Su mente antigua le queda -también permaneció en la osa
hecha-, 485 y con su asiduo gemido atestiguando sus dolores,
cuales ellas son, sus manos al cielo y a las estrellas alza, e
ingrato a Júpiter, aunque no pueda decirlo, siente.

Ay, cuántas veces, no osando descansar en la sola espesura,
delante de su casa y, otro tiempo suyos, vagó por los campos.
490

Ay, cuántas veces por las rocas los ladridos de los perros la
llevaron, y la cazadora, por el miedo de los cazadores aterrada,
huyó.

Muchas veces fieras se escondió al ver, olvidada de qué era, y,
la osa, de ver en los montes osos se horrorizó,

y temió a los lobos, aunque su padre estuviese entre ellos. 495

He aquí que su prole, desconocedor de su Licaonia madre,

Árcade, llega, por tercera vez sus quintos casi cumpleaños
pasados,

dumque feras sequitur, dum saltus eligit aptos nexilibusque
plagis silvas Erymanthidas ambit, incidit in matrem, quae

restitit Arcade viso 500 et cognoscenti similis fuit: ille refugit
inmotosque oculos in se sine fine tenentem nescius extimuit
propiusque accedere aventi vulnifico fuerat fixurus pectora telo:
arcuit omnipotens pariterque ipsosque nefasque 505 sustulit et
pariter raptos per inania vento
inposuit caelo vicinaque sidera fecit.

Intumuit Iuno, postquam inter sidera paelex fulsit, et ad canam
descendit in aequora Tethyn Oceanumque senem, quorum
reverentia movit 510 saepe deos, causamque viae scitantibus
infit: 'quaeritis, aetheriis quare regina deorum

sedibus huc adsim? pro me tenet altera caelum! mentior,
obscurum nisi nox cum fecerit orbem, nuper honoratas summo,
mea vulnera, caelo 515 videritis stellas illic, ubi circulus axem
ultimus extremum spatioque brevissimus ambit. et vero
quisquam Iunonem laedere nolit offensamque tremat, quae
prosum sola nocendo?

o ego quantum egi! quam vasta potentia nostra est! 520 esse
hominem vetui: facta est dea! sic ego poenas sontibus inpono,
sic est mea magna potestas! vindicet antiquam faciem
vultusque ferinos detrahat, Argolica quod in ante Phoronide
fecit

cur non et pulsa ducit Iunone meoque 525 collocat in
thalamo socerumque Lycaona sumit? at vos si laesae tangit
contemptus alumnae, gurgite caeruleo septem prohibete

triones sideraque in caelo stupri mercede recepta pellite, ne
puro tinguatur in aequore paelex!' 530

Di maris adnuerant: habili Saturnia curru, ingreditur liquidum
pavonibus aethera pictis,

tam nuper pictis caeso pavonibus Argo,

quam tu nuper eras, cum candidus ante fuisses, corve loquax,
subito nigrantis versus in alas. 535 nam fuit haec quondam
niveis argentea pennis ales, ut aequaret totas sine labe
columbas,

nec servaturis vigili Capitolia voce

cederet anseribus nec amanti flumina cycno. lingua fuit damno:
lingua faciente loquaci 540 qui color albus erat, nunc est
contrarius albo

Pulchrior in tota quam Larisaea Coronis

non fuit Haemonia: placuit tibi, Delphice, certe, dum vel casta
fuit vel inobservata, sed ales

sensit adulterium Phoebius, utque latentem 545 detegeret
culpam, non exorabilis index,

ad dominum tendebat iter. quem garrula motis

consequitur pennis, scitetur ut omnia, cornix auditaque viae
causa 'non utile carpis'

inquit 'iter: ne sperne meae praesagia linguae! 550

y mientras fieras persigue, mientras los sotos elige aptos y de
nodosas mallas las espesuras del Erimanto rodea, cae sobre su
madre, la cual se detuvo Árcade al ver 500 y como aquella que
lo conociera se quedó. Él rehúye,

y de quien inmóviles sus ojos en él sin fin tenía

sin saber tuvo miedo y a quien más cerca avanzar ansiaba
hubiera atravesado el pecho con una heridora flecha.

Lo evitó el omnipotente, y al par a ellos y su abominación 505
contuvo, y, al par, arrebatados por el vacío merced al viento, los
impuso en el cielo, y vecinas estrellas los hizo.

Se inflamó Juno después que entre las estrellas su rival fulgió, y
hasta la cana Tetis descendió a las superficies,

y al Océano viejo, cuya reverencia conmueve 510

a menudo a los dioses, y a aquéllos que la causa de su ruta
preguntaban, empieza:

«¿Preguntáis por qué, reina de los dioses, de las etéreas sedes
aquí vengo? En vez de mí tiene otra el cielo.

Miento si cuando oscuro la noche haya hecho el orbe, recién
honoradas -mis heridas- con el supremo cielo, 515 no vierais
unas estrellas allí, donde el círculo último,
por su espacio el más breve, el eje postrero rodea.

¿Hay en verdad razón por que alguien a Juno herir no quiera, y
ofendida le trema, la que sola beneficio daño haciendo?

¡Oh, yo, qué cosa grande he hecho! ¡Cuán vasta la potencia
nuestra es! 520

Ser humana le veté: hecho se ha diosa. Así yo los castigos a los
culpables impongo, así es mi gran potestad.

Que le reclame su antigua hermosura y los rasgos ferinos le
detraiga, lo cual antes en la argólica Forónide hizo.

¿Por qué no también, echada Juno, se la lleva 525

y la coloca en mi tálamo y por suegro a Licaón toma?

Mas vosotros, si os mueve el desprecio de vuestra herida
ahijada, del abismo azul prohibid a los Siete Triones,

y esas estrellas, en el cielo en pago de un estupro recibidas,
rechazad, para que no se bañe en la superficie pura una rival».

530

Los dioses del mar habían asentido: en su manejable carro la
Saturnia

ingresa en el fluente éter con sus pavones pintados.

El cuervo

Tan recién pintados sus pavones del asesinado Argos, como tú recientemente fuiste, cuando cándido antes fueras, cuervo locuaz, en alas vuelto súbitamente ennegrecidas. 535 Pues fue ésta un día, por sus níveas alas plateada

un ave, como para igualar, todas sin fallo, a las palomas, y a los que salvarían los Capitolios con su vigilante voz

no ceder, a los ánsares, ni amante de las corrientes al cisne.

Su lengua fue su perdición, la lengua haciendo esa, locuaz, 540 que el color que blanco era, ahora es contrario al blanco.

Apolo y Coronis

Más bella en ella toda que la larísea Coronis

no la hubo, en la Hemonia: te agradó a ti, Delfico, ciertamente, mientras o casta fue, o inobservada, pero el ave

de Febo sintió el adulterio, y para descubrir 545 la culpa escondida, no exorable delator,

hacia su señor tomaba el camino; al cual, gárrula, moviendo sus alas,

La corneja; Nictímene

le sigue, para averiguarlo todo, la corneja, y oída de su ruta la causa: «No útil coges»,

dice, «un camino: no desprecia los presagios de mi lengua. 550

quid fuerim quid simque vide meritumque require: invenies
nocuisse fidem. nam tempore quodam Pallas Erichthonium,
prolem sine matre creatam, clauserat Actaeo texta de vimine
cista

virginibusque tribus gemino de Cecrope natis 555 et legem
dederat, sua ne secreta viderent.

abdita fronde levi densa speculabar ab ulmo,

quid facerent: commissa duae sine fraude tuentur, Pandrosos
atque Herse; timidus vocat una sorores Aglauros nodosque
manu diducit, et intus 560 infantemque vident
adporrectumque draconem. acta deae refero. pro quo mihi
gratia talis redditur, ut dicar tutela pulsa Minervae

et ponar post noctis avem! mea poena volucres admonuisse
potest, ne voce pericula quaerant. 565 at, puto, non ultro
nequiquam tale rogantem

me petiit!—ipsa licet hoc a Pallade quaeras: quamvis irata est,
non hoc irata negabit. nam me Phocaica clarus tellure Coroneus

(nota loquor) genuit, fueramque ego regia virgo 570

divitibusque procis (ne me contemne) petebar: forma mihi

nocuit. nam cum per litora lentis passibus, ut soleo, summa
spatiarer harena,

vidit et incaluit pelagi deus, utque precando tempora cum
blandis absumpsit inania verbis, 575 vim parat et sequitur. fugio
densumque relinquo litus et in molli nequiquam lassor harena.

inde deos hominesque voco; nec contigit ullum vox mea
mortalem: mota est pro virgine virgo auxiliumque tulit.
tendebam bracchia caelo: 580 bracchia coeperunt levibus
nigrescere pennis; reicere ex umeris vestem molibar, at illa
pluma erat inque cutem radices egerat imas; plangere nuda
meis conabar pectora palmis,

sed neque iam palmas nec pectora nuda gerebam; 585
currebam, nec, ut ante, pedes retinebat harena, sed summa
tollebar humo; mox alta per auras evehor et data sum comes
inculpata Minervae. quid tamen hoc prodest, si diro facta
volucris crimine Nyctimene nostro successit honori? 590 an
quae per totam res est notissima Lesbon,

non audita tibi est, patrium temerasse cubile Nyctimenen? avis
illa quidem, sed conscia culpae conspectum lucemque fugit
tenebrisque pudorem celat et a cunctis expellitur aethere toto.'
595

Talia dicenti 'tibi' ait 'revocamina' corvus

'sint, precor, ista malo: nos vanum spernimus omen.' nec
coeptum dimittit iter dominoque iacentem

cum iuvene Haemonio vidisse Coronida narrat. laurea delapsa
est audito crimine amantis, 600 et pariter vultusque deo
plectrumque colorque excidit, utque animus tumida fervebat ab
ira, arma adsueta capit flexumque a cornibus arcum tendit et
illa suo totiens cum pectore iuncta indevitato traiecit pectora
telo. 605

Qué fuera yo y qué sea, mira, y el mérito pregunta.

Encontrarás que daño me hizo mi lealtad. Pues en cierto tiempo
Palas a Erictonio, prole sin madre creada,
había encerrado, tejida de acteo mimbre, en una cesta,

Las hijas de Cécrope

y a vírgenes tres, del geminado Cécrope nacidas, 555

con la ley lo había entregado, de que sus secretos no vieran.
Escondida en su fronda leve oteaba yo desde un denso olmo
qué hacían: sus cometidos dos sin fraude guardan, Pándrosos y
Herse; miedosas llama sola a sus hermanas Áglauros y los
nudos con su mano separa, y dentro 560
al pequeño ven y, al lado tendido, un dragón.

Los hechos a la diosa refiero, a cambio de lo cual a mí gracia
tal

se me devuelve, que se me dice de la guardia expulsada de
Minerva, y se me pone por detrás del ave de la noche. Mi
castigo a las aves advertir puede de que con su voz peligros no
busquen. 565

Mas, pienso, no voluntariamente ni que algo tal pedía a mí
acudió. Lo puedes a la misma Palas preguntar: aunque furiosa
está, no esto furiosa negará.

Pues a mí en la focaica tierra el claro Coroneo

-cosas conocidas digo- me engendró, y había sido yo una regia
virgen 570

y por ricos pretendientes -no me desprecia- era pretendida.

Mi hermosura me dañó: pues, cuando por los litorales con lentos
pasos, como suelo, paseaba por encima de la arena,

me vio y se encendió del piélagos el dios, y como suplicando con
blandas palabras tiempos inanes consumió, 575

la fuerza dispone y me persigue; huyo y denso dejo el litoral, y
en la mullida arena me fatigo en vano.

Después a dioses y hombres llamo, y no alcanza la voz mía a
mortal alguno: se conmovió por una virgen la virgen y auxilio
me ofreció. Tendía los brazos al cielo: 580

mis brazos empezaron de leves plumas a negrecer;

por rechazar de mis hombros esa veste pugnaba, mas ella
pluma era y en mi piel raíces había hecho hondas;
golpes de duelo dar en mis desnudos pechos intentaba con mis
palmas, pero ni ya palmas ni pechos desnudos llevaba; 585
corría, y no como antes mis pies retenía la arena,
sino que de lo alto de la tierra me elevaba; luego, llevada por
las auras avanzo y dada soy, inculpada, de acompañante, a
Minerva.

¿De qué, aun así, esto me sirve, si, hecha ave por un siniestro
crimen, Nictímene nos sucedió en el honor nuestro? 590

¿O acaso la que cosa es por toda Lesbos conocidísima, no oída
por ti ha sido, de que profanó el dormitorio patrio

Nictímene? Ave ella, ciertamente, pero sabedora de su culpa, de
la vista y la luz huye, y en las tinieblas su pudor

esconde y, a una, expulsada es del éter todo». 595

Apolo y Coronis (II)

A quien tal decía: «Para tu mal», dice el cuervo,

«las disuasiones estas sean, suplico yo: nos el vano agüero
despreciamos»,

y no suelta emprendido el camino y a su dueño, que yaciendo
ella con un joven hemonio había visto, a Coronis, narra.

La láurea se resbaló, oído el crimen, al amante, 600 y al par su expresión, del dios, y su plectro y su color,
se desprendió, y según su ánimo hervía de henchida ira,
sus armas acostumbradas coge y, doblado por sus cuernos, el arco tiende, y aquellos, tantas veces con su pecho unidos,
con una inevitada flecha atravesó, sus pechos. 605

icta dedit gemitum tractoque a corpore ferro candida puniceo
perfudit membra cruore

et dixit: 'potui poenas tibi, Phoebe, dedisse,

sed peperisse prius; duo nunc moriemur in una.' hactenus, et
pariter vitam cum sanguine fudit; 610 corpus inane animae
frigus letale secutum est.

Paenitet heu! sero poenae crudelis amantem, seque, quod
audierit, quod sic exarserit, odit; odit avem, per quam crimen
causamque dolendi scire coactus erat, nec non arcumque
manumque 615 odit cumque manu temeraria tela sagittas
conlapsamque fovet seraque ope vincere fata nititur et medicas
exercet inaniter artes.

quae postquam frustra temptata rogamque parari vidit et
arsuros supremis ignibus artus, 620

tum vero gemitus (neque enim caelestia tingui ora licet lacrimis)
alto de corde petitos

edidit, haud aliter quam cum spectante iuvenca lactentis vituli
dextra libratus ab aure

tempora discussit claro cava malleus ictu. 625 ut tamen
ingratos in pectora fudit odores

et dedit amplexus iniustaque iusta peregit, non tulit in cineres
labi sua Phoebus eosdem semina, sed natum flammis uteroque
parentis

eripuit geminique tulit Chironis in antrum, 630 sperantemque
sibi non falsae praemia linguae inter aves albas vetuit
consistere corvum.

Semifer interea divinae stirpis alumno laetus erat mixtoque
oneri gaudebat honore;

ecce venit rutilus umeros protecta capillis 635

filia centauri, quam quondam nympa Chariclo fluminis in rapidi
ripis enixa vocavit

Ocyroen: non haec artes contenta paternas edidicisse fuit,
fatorum arcana canebat.

ergo ubi vaticinos concepit mente furores 640 incaluitque deo,
quem clausum pectore habebat, adspicit infantem 'toto' que
'salutifer orbi cresce, puer!' dixit; 'tibi se mortalia saepe corpora
debeant, animas tibi reddere ademptas

fas erit, idque semel dis indignantibus ausus 645

posse dare hoc iterum flamma prohibebere avita, eque deo
corpus fies exsanguis deusque,

qui modo corpus eras, et bis tua fata novabis. tu quoque, care
pater, nunc immortalis et aeternis omnibus ut maneat nascendi
lege creatus, 650

posse mori cupies, tum cum cruciaberis dirae sanguine serpentis
per saucia membra recepto; teque ex aeterno patientem
numina mortis efficient, triplicesque deae tua fila solvent.'

restabat fati aliquid: suspirat ab imis 655 pectoribus,

lacrimaeque genis labuntur abortae, atque ita 'praeventunt'

inquit 'me fata, vetorque plura loqui, vocisque meae

praeccluditur usus. non fuerant artes tanti, quae numinis iram

contraxere mihi: mallem nescisse futura! 660 iam mihi subduci

facies humana videtur,

iam cibus herba placet, iam latis currere campis

Golpeada dio un gemido, y al ser sacado de su cuerpo el hierro
sus cándidos miembros regó de crúor carmesí,

y dijo: «Pude mis castigos a ti, Febo, haber cumplido, pero

haber parido antes. Dos ahora moriremos en una». Hasta aquí,

y al par su vida con su sangre vertió. 610 A su cuerpo, inane de
aliento, un frío letal siguió.

Le pesa, ay, tarde de su castigo cruel al amante,
y a sí mismo, porque oyera, porque así ardiera se odia; odia al
ave por la cual el crimen y la causa de su dolor
a saber obligado fue, y no menos su arco y su mano odia, 615 y,
con su mano, temerarios dardos, las saetas,
y a la abatida conforta, y con tardía ayuda por vencer esos
hados pugna, y médicas ejerce inanemente sus artes.
Lo cual, después de que en vano intentarse, y la hoguera
aprestarse sintió, y que arderían en los supremos fuegos sus
miembros, 620 entonces en verdad gemidos -puesto que no las
celestes caras bañarse pueden en lágrimas-, de su alto corazón
acudidos,
emitió, no de otro modo que cuando, viéndolo la novilla, de su
lactante becerrito, balanceado desde la diestra oreja,
las sienes cóncavas destrozó el mazo con un claro golpe. 625
Aun así, cuando ingratos sobre sus pechos derramó los olores y
le dio abrazos, y con lo injustamente justo cumplió,
no soportó Febo que a las cenizas mismas cayeran
sus simientes, sino a su nacido de las llamas y del útero de su
madre arrebató, y del geminado Quirón lo llevó a la caverna,
630
y al que esperaba para sí los premios de su no falsa lengua,
entre las aves blancas vetó asentarse, al cuervo.

Ocíroo

El mediofiera, entre tanto, de su ahijado de divina estirpe alegre
estaba y, mezclado a su carga, se gozaba del honor.

He aquí que llega, protegiendo sus hombros con sus rútilos
cabellos, 635

la hija del Centauro, a la que un día la ninfa Cariclo,
en las riberas de una corriente arrebatadora por haberla parido,
llamó Ocíroo; no ella con haber aprendido las artes paternas
se contentó: de los hados los arcanos cantaba.

Así pues, cuando los vaticinos furores concibió en su mente, 640
y se enardeció del dios que encerrado en su pecho tenía,

miró al pequeño y: «Para todo el orbe saludador,

crece, niño», dijo, «a ti los mortales cuerpos muchas veces se
deberán; los alientos arrancados para ti devolver

lícito será, y habiendo esto osado tú una sola vez, por la
indignación de los dioses, 645

poder concederlo de nuevo tu llama atávica te prohibirá, y, de
dios, cuerpo exangüe te volverás, y dios

quien poco antes cuerpo eras, y dos veces tus hados renovarás.

Tú también, querido padre, ahora inmortal, y para que

por las edades todas permanezcas, según la ley de tu nacimiento creado, 650 poder morir deseas entonces, cuando seas torturado por la sangre de una siniestra serpiente, a través de tus heridos miembros recibida, y a ti, de eterno, sufridor de la muerte las divinidades

te harán, y las trípticas diosas tus hilos desatarán». Restaba a los hados algo: suspira desde sus hondos 655 pechos y lágrimas por sus mejillas resbalan brotadas,

y así: «Se me anticipan», dijo, «a mí mis hados y se me impide más decir, y de la voz mía se antecierra el uso.

No hubieran sido estas artes tan valiosas que del numen la ira me contrajeran: preferiría desconocer lo futuro. 660

Ya a mí sustraérseme la faz humana parece,

ya por alimento la hierba me place, ya de correr por los anchos llanos

impetus est: in equam cognataque corpora vector. tota tamen quare? pater est mihi nempe biformis.' talia dicenti pars est extrema querellae 665

intellecta parum confusaque verba fuerunt;

mox nec verba quidem nec equae sonus ille videtur sed simulantis equam, parvoque in tempore certos edidit hinnitus et brachia movit in herbas.

tum digiti coeunt et quinos alligat ungues 670

perpetuo cornu levis ungula, crescit et oris et colli spatium,
longae pars maxima pallae

cauda fit, utque vagi crines per colla iacebant, in dextras abiere
iubas, pariterque novata est

et vox et facies; nomen quoque monstra dedere. 675

Flebat opemque tuam frustra Philyreius heros, Delphice,
poscebat. nam nec rescindere magni iussa Iovis poteras, nec, si
rescindere posses, tunc aderas: Elin Messeniaque arva colebas.
illud erat tempus, quo te pastoria pellis 680 texit, onusque fuit
baculum silvestre sinistrae, alterius dispar septenis fistula
cannis.

dumque amor est curae, dum te tua fistula mulcet, incustoditae
Pylios memorantur in agros processisse boves: videt has
Atlantide Maia 685

natus et arte sua silvis occultat abactas. senserat hoc furtum
nemo nisi notus in illo rure senex; Battum vicinia tota vocabat.
divitis hic saltus herbosaque pascua Nelei

nobiliumque greges custos servabat equarum. 690 hunc tenuit
blandaque manu seduxit et illi 'quisquis es, hospes' ait, 'si forte
armenta requiret haec aliquis, vidisse nega neu gratia facto

nulla rependatur, nitidam cape praemia vaccam!' et dedit.
accepta voces has reddidit hospes: 695 'tutus eas! lapis iste
prius tua furta loquetur,'

et lapidem ostendit. simulat Iove natus abire; mox redit et versa
pariter cum voce figura 'rustice, vidisti si quas hoc limite' dixit
'ire boves, fer opem furtoque silentia deme! 700 iuncta suo
pretium dabitur tibi femina tauro.'

at senior, postquam est merces geminata, 'sub illis montibus'
inquit 'erunt,' et erant sub montibus illis. risit Atlantiades et 'me
mihi, perfide, prodis?

me mihi prodis?' ait periuraque pectora vertit 705 in durum
silicem, qui nunc quoque dicitur index, inque nihil merito vetus
est infamia saxo.

Hinc se sustulerat paribus caducifer alis, Munychiosque volans
agros gratamque Minervae despectabat humum cultique
arbusta Lycei. 710 illa forte die castae de more puellae
vertice supposito festas in Palladis arces pura coronatis
portabant sacra canistris. inde revertentes deus adspicit ales
iterque

non agit in rectum, sed in orbem curvat eundem: 715

ut volucris visis rapidissima miluus extis, dum timet et densi
circumstant sacra ministri,

el ímpetu tengo: en yegua y a mí emparentados cuerpos me
vuelvo.

¿Toda, aun así, por qué? El padre es mío en verdad biforme». A
la que tal decía la parte fuele extrema de su queja 665
entendida poco, y confusas sus palabras fueron.

Pronto ni palabras siquiera, ni de yegua, el sonido aquel parece,
sino del que imitara a una yegua, y en pequeño tiempo ciertos
relinchos emitió, y sus brazos movió a las hierbas.

Entonces sus dedos se unen y quintuples enlaza sus uñas, 670
de perpetuo cuerno, un leve casco, crece también de su cara
y su cuello el espacio, la parte máxima de su largo manto cola
se hace, y según vagos los cabellos por su cuello yacían, en
diestras crines acaban, y al par renovada fue
su voz y su faz: nombre también esos prodigios le dieron. 675

Mercurio y Bato

Lloraba, y la ayuda tuya en vano de Fílicas el héroe,

Délfico, demandaba. Pues ni rescindir las órdenes del gran
Júpiter podías ni, si rescindirlas pudieras,

entonces allí estabas: la Élide y los mesenios campos honrabas.

Aquel era el tiempo en el que a ti una pastoril piel 680 te cubrió
y carga fue un báculo silvestre de tu siniestra, de la otra, dispar
de sus septenas cañas, la flauta;

y mientras el amor es tu cuidado, mientras a ti tu flauta te
calma, incustodiadas se recuerdan tus reses que en los campos

se adentraron de Pilos. Las ve de la Atlántide Maya 685

el nacido, y con el arte suya en las espesuras las oculta
sustraídas.

Sintiera este hurto nadie, salvo, conocido en aquel campo, un
anciano: Bato la vecindad toda le llamaban.

Él los sotos y los herbosos pastos del rico Neleo

y las greyes de sus nobles yeguas como custodio guardaba.

690 De él temió, y con blanda mano lo apartó, y a él:

«Quien quiera que eres, huésped», dice, «si acaso las manadas
buscara estas alguien, haberlas visto niega, y por que no con
gracia ninguna tu acción se recompense: toma de premios esta
nítida vaca»,

y la dio. Aceptada, las voces estas devolvió: «Huésped, 695

seguro vayas. La piedra esta antes tus hurtos dirá»,

y una piedra mostró. Simula de Júpiter el nacido que se
marcha. Luego vuelve, y tornada al par con su voz su figura:

«Campesino, si has visto por esta linde», le dijo, «pasar

algunas reses, préstame ayuda, y al hurto sus silencios quita.
700 Junto a su toro al par se te dará una hembra».

Pero el más anciano, después de que se hubo el salario
duplicado:

«Bajo esos montes», dice, «estarán», y estaban bajo los montes
esos. Rió el Atlantiada y: «¿A mí a mí mismo, pérfido, delatas?
¿A mí a mí mismo delatas?», dice, y sus perjuros pechos torna
705 en un duro sílice, que ahora también se dice delator,
y, en la que nada mereció, una vieja infamia hay, en esa roca.

Áglauro, Mercurio y Herse

Desde aquí se había elevado en sus parejas alas el Portador del
caduceo

y volando los muniquios campos y la tierra grata

a Minerva abajo contemplaba, y los arbustos del culto Liceo.

710 En aquel día, por azar, unas castas de costumbre
muchachas,

la cabeza puesta bajo ellos, hacia los festivos recintos de Palas
puros sacrificios portaban en coronados canastos.

De ahí al volver ellas, el dios las ve alado y su camino no hace
recto, sino que en el orbe lo curva mismo. 715

Como volador el rapacísimo milano, al ver unas entrañas,
mientras teme y densos rodean los sacrificios los ministros

flectitur in gyrum nec longius audet abire spemque suam motis
avidus circumvolat alis,

sic super Actaeas agilis Cyllenius arces 720

inclinat cursus et easdem circinat auras. quanto splendidior
quam cetera sidera fulget Lucifer, et quanto quam Lucifer
aurea Phoebe, tanto virginibus praestantior omnibus Herse
ibat eratque decus pompae comitumque suarum. 725 obstipuit
forma Iove natus et aethere pendens non secus exarsit, quam
cum Balearica plumbum funda iacit: volat illud et incandescit
eundo

et, quos non habuit, sub nubibus invenit ignes. vertit iter
caeloque petit terrena relicto 730

nec se dissimulat: tanta est fiducia formae.

quae quamquam iusta est, cura tamen adiuvat illam
permulcetque comas chlamydemque, ut pendeat apte, collocat,
ut limbus totumque adpareat aurum,

ut teres in dextra, qua somnos ducit et arcet, 735

virga sit, ut tersis niteant talaria plantis.

Pars secreta domus ebore et testudine cultos

tres habuit thalamos, quorum tu, Pandrose, dextrum, Aglauros
laevum, medium possederat Herse.

quae tenuit laevum, venientem prima notavit 740 Mercurium
nomenque dei scitarier ausa est

et causam adventus; cui sic respondit Atlantis Pleionesque
nepos 'ego sum, qui iussa per auras verba patris porto; pater
est mihi Iuppiter ipse. nec fingam causas, tu tantum fida sorori

745

esse velis prolisque meae matertera dici: Herse causa viae;
faveas oramus amanti.'

adspicit hunc oculis isdem, quibus abdita nuper viderat
Aglauros flavae secreta Minervae,

proque ministerio magni sibi ponderis aurum 750 postulat:
interea tectis excedere cogit.

Vertit ad hanc torvi dea bellica luminis orbem et tanto penitus
traxit suspiria motu,

ut pariter pectus positamque in pectore forti aegida concuteret:
subit, hanc arcana profana 755

detexisse manu, tum cum sine matre creatam Lemnicolae
stirpem contra data foedera vidit, et gratamque deo fore iam
gratamque sorori et ditem sumpto, quod avara poposcerat,
auro.

protinus Invidiae nigro squalentia tabo 760

tecta petit: domus est imis in vallibus huius abdita, sole carens,
non ulli pervia vento, tristis et ignavi plenissima frigoris et quae
igne vacet semper, caligine semper abundet. huc ubi pervenit
belli metuenda virago, 765

constitit ante domum (neque enim succedere tectis fas habet)
et postes extrema cuspide pulsat. concussae patuere fores.
videt intus edentem vipereas carnes, vitiorum alimenta suorum,
Invidiam visaque oculos avertit; at illa 770

surgit humo pigre semesarumque relinquit corpora serpentum
passuque incedit inertis. utque deam vidit formaque armisque
decoram, ingemuit vultumque una ac suspiria duxit.

dobla en espiral, y no más lejos osa partir,

y la esperanza suya ávido circunvuela moviendo las alas, así
sobre los acteos recintos ávido el Cilenio 720

inclina su curso y las mismas auras cercena.

Cuanto más espléndido que las demás estrellas fulge el Lucero,
y cuanto que el Lucero la áurea Febe, tanto que las vírgenes
más prestante todas Herse

iba, y era el decor de la pompa y de las acompañantes suyas.

725 Quedó pasmado de su hermosura de Júpiter el nacido y, en
el éter suspendido, no de otro modo ardió que cuando la
baleárica honda

el plomo lanza: vuela éste y se encandece en su ida

y, los que no tenía, fuegos bajo las nubes encuentra.

Torna su camino y el cielo abandonado acude a lo terreno 730 y no se disfraza: tanta es su confianza en su hermosura.

La cual aunque la justa es, con su cuidado aun así la ayuda:

y se aquieta los cabellos, y la clámide para que cuelgue aptamente coloca, de modo que la orla y todo parezca su oro, que bruñida en su diestra, la que los sueños trae y veta, 735 su vara esté, que brillen sus talaes en sus tersas plantas.

Una parte secreta de la casa, de marfil y tortuga ornados, tres tálamos tenía, de los que tú, Pándrosos, el diestro, Áglauros el izquierdo, el central poseía Herse.

La que tenía el izquierdo, al venir él, la primera notó 740 a Mercurio y el nombre del dios averiguar osó

y la causa de su venida. A la cual así respondió: «El Atlantiada y de Pléyone el nieto yo soy, el que por las auras las ordenadas palabras de mi padre porto, padre es para mí Júpiter mismo.

Y no fingiré las causas: basta que tú fiel a tu hermana 745 ser quieras y de la prole mía tía materna llamarte:

Herse la causa de mi ruta; que favorezcas, te rogamos, al amante». Lo contempló a él con los ojos mismos con los que escondidos poco antes viera Áglauros los secretos de la flava Minerva,

y a cambio de su ministerio para sí de gran peso un oro 750
postula: entre tanto de sus techos a retirarse le obliga. Torna a
ella la diosa guerrera de su torva mirada el orbe,
y de lo hondo trajo unos suspiros, con tan gran movimiento, que
al par su pecho y, puesta en su pecho fuerte,
la égida sacudiera. Recuerda que ella sus arcanos con profana
755 mano descubrió, entonces, cuando sin madre creada,
del Lemnícola la stirpe contra los dados pactos vio, y que
grata al dios iba a ser ya, y grata a su hermana, y rica al coger,
que avara había demandado, el oro.

La Envidia

En seguida de la Envidia, sucios de negra podre, 760
a los techos acude: la casa está de ella en unos hondos valles
apartada, de sol privada, no transitable para ningún viento,
triste y llenísima de indolente frío, y cual
de fuego carezca siempre, en calina siempre abunde. Aquí
cuando llegó, de la batalla la temible heroína, 765 se apostó
ante la casa -puesto que acceder a esos techos
lícito no le es- y los postes con el extremo de su cúspide sacude.
Golpeadas se abrieron las puertas: ve dentro, comiendo
viborinas carnes, alimentos de los vicios suyos,
a la Envidia, y vista los ojos volvió; mas ella 770

se levanta de la tierra, despaciosa, y de las semicomidas
serpientes deja los cuerpos, y con paso avanza inerte,
y cuando a la diosa vio, por su forma y sus armas hermosa,
gimió hondo, y semblante para esos hondos suspiros puso.

pallor in ore sedet, macies in corpore toto. 775 nusquam recta
acies, livent robigine dentes, pectora felle virent, lingua est
suffusa veneno; risus abest, nisi quem visi movere dolores;
nec fruitur somno, vigilantibus excita curis, sed videt ingratos
intabescitque videndo 780 successus hominum carpitque et
carpitur una

suppliciumque suum est. quamvis tamen oderat illam,
talibus adfata est breviter Tritonia dictis: 'inface tabe tua
natarum Cecropis unam:
sic opus est. Aglauros ea est.' haud plura locuta 785
fugit et inpressa tellurem reppulit hasta.

Illa deam obliquo fugientem lumine cernens murmura parva
dedit successurumque Minervae indoluit baculumque capit,
quod spinea totum vincula cingebant, adopertaque nubibus
atris, 790 quacumque ingreditur, florentia proterit arva
exuritque herbas et summa cacumina carpit adflatuque suo
populos urbesque domosque

polluit et tandem Tritonida conspicit arcem ingeniis opibusque
et festa pace virentem 795 vixque tenet lacrimas, quia nil
lacrimabile cernit.

sed postquam thalamos intravit Cecrope natae, iussa facit
pectusque manu ferrugine tincta tangit et hamatis praecordia
sentibus inplet

inspiratque nocens virus piceumque per ossa 800 dissipat et
medio spargit pulmone venenum,

neve mali causae spatium per latius errent, germanam ante
oculos fortunatumque sororis coniugium pulchraque deum sub
immagine ponit cunctaque magna facit; quibus inritata dolore

805 Cecropis occulto mordetur et anxia nocte

anxia luce gemit lentaque miserrima tabe liquitur, et glacies
incerto saucia sole, felicisque bonis non lenius uritur Hesses,

quam cum spinosis ignis supponitur herbis, 810 quae neque
dant flammam lentoque vapore cremantur. saepe mori voluit, ne
quicquam tale videret,

saepe velut crimen rigido narrare parenti;

denique in adverso venientem limine sedit exclusura deum. cui
blandimenta precesque 815 verbaque iactanti mitissima
'desine!' dixit,

'hinc ego me non sum nisi te motura repulso.' 'stemus' ait 'pacto'
velox Cyllenius 'isto!' caelestique fores virga patefecit: at illi
surgere conanti partes, quascumque sedendo 820 flectimur,
ignava nequeunt gravitate moveri:
illa quidem pugnat recto se attollere trunco,
sed genuum iunctura riget, frigusque per unguis labitur, et
pallent amisso sanguine venae;
utque malum late solet inmedicabile cancer 825 serpere et
inlaesas vitiatas addere partes,
sic letalis hiems paulatim in pectora venit vitalesque vias et
respiramina clausit,
nec conata loqui est nec, si conata fuisset,
vocis habebat iter: saxum iam colla tenebat, 830 oraque
duruerant, signumque exsanguis sedebat;

La palidez en su rostro se asienta, delgadez en todo el cuerpo,
775 a ninguna parte recta su mirada, lívidos están de orín sus
dientes, sus pechos de hiel verdecen, su lengua está inundada
de veneno. Risa no tiene, salvo la que movieron vistos los
dolores,

y no disfruta de sueño, despierta por las vigilativas angustias,
sino que ve los ingratos -y se consume al verlos- 780

éxitos de los hombres, y corroe y corróese a una,

y su suplicio el suyo es. Aun así, aunque la odiaba a ella, con tales palabras se le dirigió brevemente la Tritonia:

«Infecta de la podre tuya de las nacidas de Cécrope a una: así menester es. Áglauros ella es». No más diciendo 785 huye, y la tierra repele apoyando su asta.

Ella, a la diosa que huía con su oblicua luz contemplando, unos murmullos pequeños dio y de lo que bien saldría a Minerva se dolió, y su báculo toma, al que entero ligaduras

de espinas ceñían, y cubierta de nubes negras 790

por donde quiera que pasa, postra florecientes los campos y quema las hierbas y lo alto de las amapolas rae

y con el aflato suyo pueblos y ciudades y casas mancilla, y por fin de la Tritónide contempla el recinto,

de talentos y de recursos y de festiva paz verdeciente, 795

y apenas contiene las lágrimas porque nada lacrimoso divisa.

Áglauro

Pero después de que en los tálamos penetró de la nacida de Cécrope, lo ordenado hace y su pecho con una mano de orín teñida

toca y de arponadas zarzas su tórax llena,

y le insufla un dañino jugo, y como la pez por sus huesos 800 disipa y por mitad esparce de su pulmón un veneno,

y para que de su mal las causas por un espacio más ancho no vaguen, a su germana ante sus ojos, y de su hermana el afortunado matrimonio, y al dios bajo su bella imagen, pone, y todo grande lo hace; con lo cual excitada, por un dolor 805 oculto la Cecrópide es mordida, y ansiosa de noche, ansiosa a la luz gime, y en una lenta podre, tristísima, se disuelve, como el hielo herido por un incierto sol, y por los bienes no más lenemente se abrasa de la feliz Herse, que cuando a las espinosas hierbas fuego se les abaja, 810 las cuales, como no dan llamas, sí con suave tibieza se creman. Muchas veces morir quiso, para algo tal no ver, muchas veces, como un crimen, narrarlo a su rígido padre. Por fin en el umbral opuesto al que llegaba se sentó, para excluirlo, al dios; a quien, mientras blandimientos y súplicas 815 y palabras le lanzaba suavísimas: «Cesa», le dijo. «De aquí yo no me he de mover sino cuando te haya rechazado». «Estemos», dice el veloz Cilenio, «en el pacto este». Y con su celeste vara las puertas abrió, mas a ella, cuando levantar intentaba las partes que al sentarse 820 dobla, no pueden, por una indolente pesadez, moverse. Ella pugna ciertamente por elevarse, recto el tronco,

pero de las rodillas la juntura rigente está y un frío por sus uñas
se desliza y palidecen, perdida la sangre, sus venas,
y como anchamente suele, incurable, malo un cáncer, 825
serpear, y a las ilesas añadir las viciadas partes,
así un letal invierno poco a poco a su pecho llega y las vitales
vías y los respiraderos cierra,
y ni intentó hablar ni si intentado lo hubiera
de voz tenía camino; una roca ya sus cuellos poseía 830
y su cara se había endurecido y estatua exangüe sentada
estaba,

nec lapis albus erat: sua mens infecerat illam.

832

y no su piedra blanca era: su mente la había inficionado a ella.

Júpiter y Europa

Has ubi verborum poenas mentisque profanae 833 Cuando
estos castigos de sus palabras y de su mente profana

cepit Atlantiades, dictas a Pallade terras 834 cobró el
 Atlantiada, dichas por Palas esas tierras

linquit et ingreditur iactatis aethera pennis. 835 835
 abandona, e ingresa en el éter sacudiendo sus alas. 835

sevocat hunc genitor nec causam fassus amoris836 Lo llama
 aparte a él su genitor y la causa sin confesar de su amor:

'fide minister' ait 'iussorum, nate, meorum, 837 «Fiel ministro»,
 dice, «de las órdenes, mi nacido, mías,

pelle moram solitoque celer delabere cursu, 838 rechaza la
 demora y raudo con tu acostumbrada carrera descende,

quaeque tuam matrem tellus a parte sinistra 839 y la tierra
 que a tu madre por la parte siniestra

suspicit (indigenae Sidonida nomine dicunt), 840 840 mira
 -sus nativos Sidónide por nombre le dicen-, 840

hanc pete, quodque procul montano gramine pasci 841 a ella
 acude, y el que, lejos, de montana grama apacentarse,

armentum regale vides, ad litora verte!' 842 ganado real,
 ves, a los litorales torna».

dixit, et expulsi iamdudum monte iuveni 843 Dijo, y
 expulsados al instante del monte los novillos,

litora iussa petunt, ubi magni filia regis 844 a los litorales
 ordenados acuden, donde la hija del gran rey

ludere virginibus Tyriis comitata solebat. 845 845 jugar, de
 las vírgenes tirias acompañada, solía. 845

non bene conveniunt nec in una sede morantur 846 No bien se
 avienen ni en una sola sede moran

maiestas et amor; sceptri gravitate relictas 847 la majestad y el
 amor: del cetro la gravedad abandonada

ille pater rectorque deum, cui dextra trisulcis 848 aquel
 padre y regidor de los dioses, cuya diestra de los trisulcos

ignibus armata est, qui nutu concutit orbem, 849 fuegos
 armada está, quien con un ademán sacude el orbe,

induitur faciem tauri mixtusque iuvenis 850 850 se viste de
 la faz de un toro y mezclado con los novillos 850

mugit et in teneris formosus obambulat herbis. 851 muge, y
 entre las tiernas hierbas hermoso deambula.

quippe color nivis est, quam nec vestigia duri 852 Ciertamente que
 su color el de la nieve es, que ni las plantas

calcavere pedis nec solvit aquaticus auster. 853 de duro
 pie han hollado ni ha disuelto el acuático austro.

colla toris exstant, armis palearia pendent, 854 En su cuello
 toros sobresalen, por sus brazos las papadas penden;

cornua vara quidem, sed quae contendere possis 855 855 sus
 cuernos pequeños, ciertamente, pero cuales contender 855

facta manu, puraque magis perlucida gemma. 856 podrías
que hechos a mano, y más perlúcidos que pura una gema.

nullae in fronte minae, nec formidabile lumen: 857 Ninguna
amenaza en su frente, ni formidable su luz:

pacem vultus habet. miratur Agenore nata, 858 paz su
rostro tiene. Se admira de Agenor la nacida

quod tam formosus, quod proelia nulla minetur; 859 porque
tan hermoso, porque combate ninguno amenace,

sed quamvis mitem metuit contingere primo, 860 860 pero
aunque tuvo miedo de tocarlo, manso, a lo primero, 860

mox adit et flores ad candida porrigit ora. 861 pronto se
acerca y flores a su cándida boca le extiende.

gaudet amans et, dum veniat sperata voluptas, 862 Se goza el
amante, y mientras llegue el esperado placer,

oscula dat manibus; vix iam, vix cetera differt; 863 besos da
a sus manos; apenas ya, apenas el resto difiere,

et nunc adludit viridique exsultat in herba, 864 y ahora al lado
juega y salta en la verde hierba,

nunc latus in fulvis niveum deponit harenis; 865 865
ahora su costado níveo en las bermejas arenas depone.
865

paulatimque metu dempto modo pectora praebet 866 Y
poco a poco, el miedo quitado, ora sus pechos le presta

virginea plaudenda manu, modo cornua sertis 867 para que
con su virgínea mano lo palme, ora los cuernos, para que
guirnaldas

inpedienda novis; ausa est quoque regia virgo 868 los
impidan nuevas. Se atrevió también la regia virgen,

nescia, quem premeret, tergo considere tauri, 869 ignorante
de a quién montaba, en la espalda sentarse del toro:

cum deus a terra siccoque a litore sensim 870 870 cuando el
dios, de la tierra y del seco litoral, insensiblemente, 870

falsa pedum primis vestigia ponit in undis; 871 las falsas
plantas de sus pies a lo primero pone en las ondas;

inde abit ulterius mediique per aequora ponti 872 de allí se
va más lejos, y por las superficies de mitad del ponto

fert praedam: pavet haec litusque ablata relictum 873 se
lleva su botín. Se asusta ella y, arrancada a su litoral
abandonado,

respicit et dextra cornum tenet, altera dorso 874 vuelve a él
sus ojos, y con la diestra un cuerno tiene, la otra al dorso

inposita est; tremulae sinuantur flamine vestes. 875 875

impuesta está; trémulas ondulan con la brisa sus ropas.

875

TERCER LIBRO

Ya Júpiter había dejado la engañosa apariencia del toro y se había mostrado en lo que era y ocupaba los campos de Creta, cuando el padre de Europa ordena a Cadmo que le busque a su hija, y lo amenaza con desterrarlo en caso de que no la encuentre, siendo, al hacer tal amenaza, piadoso e impío a la vez. Supuesto que nadie tiene la facultad de sorprender los adulterios del sumo dios, Cadmo recorre en vano el mundo, y por huir la cólera de Agenor, sale de su patria, y se decide a suplicar a Febo que, por medio de sus oráculos, le señale la tierra que debe habitar (1-9). Febo le indica que cuando encuentre en campos solitarios una res que no haya llevado nunca el arado, la siga en su camino y funde una ciudad, a la cual deberá llamar Beocia, en el sitio donde aquélla se tienda a descansar. Apenas había bajado Cadmo de la gruta castalia, cuando vio una novilla sin guardián y sin huella de servidumbre, y, reverenciando al dios, la siguió de cerca (10-18).

Tras cruzar el Cefiso y Panope, la novilla se detiene, y luego de mugir hacia el cielo y mirar a quienes la siguen, se acuesta en la hierba. Cadmo da gracias y besa la tierra extranjera y saluda los nuevos campos y montes, y, a fin de hacer sacrificios a Júpiter, manda a los suyos que busquen aguas vivas para libarlas (19-28).

Había una antigua selva virgen, en medio de la cual estaba una caverna entre la maleza; tenía una fuente, y le daba entrada un arco de piedras unidas, y en su interior yacía una serpiente crestada de oro, con fuego en los ojos y el cuerpo henchido de veneno; armada de triple lengua y tres hileras de dientes (29-34).

Cuando los compañeros de Cadmo llegan a este lugar y pretenden sacar el agua que brotaba, la bestia, al oírlos, saca de la gruta la silbante cabeza. Aquéllos dejan ir de sus manos las urnas con que exploraban la fuente, y sienten que la sangre abandona sus cuerpos, y que los ocupa el temor. La serpiente se retuerce, e irguiéndose domina el bosque, pues es tan grande como el espacio que en el cielo separa las dos Osas. Asalta al punto a los hombres, ya sea que procuraran escapar o defenderse con armas, y los destruye mordiéndolos o asfixiándolos en sus anillos o envenenándolos (35-48).

Ya al medio día, Cadmo se admira de la tardanza de sus compañeros y se dispone a buscarlos, cubierto de una piel de león y armado de lanza y jáculo y un ánimo más fuerte que todas las armas.

Cuando llegó al lugar y vio los cadáveres de los suyos y sobre ellos a la sierpe vencedora, juró vengarlos o morir como ellos, y en la diestra alzó un peñasco que lanzó con gran fuerza contra el enemigo; el golpe, que habría movido una muralla, dejó indemne a la serpiente, guardada por su piel escamosa. Pero ésta no bastó a protegerla de la punta del jáculo, que le entró

desde el espinazo a las entrañas. Enfurecida por el dolor, la bestia se volvió sobre sí misma, y mordió el astil del arma, y sacudiéndolo, logró arrancárselo; pero la punta quedó clavada en sus huesos.

Más furiosa aún por esta causa, hincha la garganta y arroja espuma por el hocico y se arrastra en la tierra e infecta el aire con su aliento, y ora se tuerce en inmensos círculos, ora se endereza como una viga o se arroja como un torrente crecido y derriba los árboles con su impulso. Retrocede apenas el hijo de Agenor, y se resguarda con la piel de león y mete la lanza en el abierto hocico que lo busca. Aquélla muerde inútilmente el hierro, herida, aunque levemente, en el paladar venenoso, y, yendo hacia atrás, impide que el arma vaya más adentro. La presiona Cadmo hasta que, llevándola contra una encina, la clava en el tronco. El árbol se encorvó con el peso, y gimió su base, golpeada por la cola moribunda. Mientras Cadmo admira el gran tamaño de la bestia vencida, oye una voz que le advierte que él también habrá de ser convertido en serpiente, con lo que se pasma y se aterroriza (49-100).

He aquí que llega Palas y le ordena arar la tierra y sembrar en ella los dientes de la sierpe, que

serán semilla de un pueblo. Cadmo acata la orden y siembra aquellos dientes, simiente de hombres. Al punto se movieron los terrones, y entre ellos aparecieron, primero, puntas de lanza;

yelmos luego y hombros y pechos y brazos, hasta que surgió una mies de hombres armados de dardos y protegidos de escudos. La visión fue análoga a la que los espectadores de los teatros tienen al ser levantados los telones.

Cadmo se aprestaba a luchar con el nuevo enemigo, cuando uno de los hombres que la tierra acababa de parir, le advirtió que no interviniera en guerras civiles. Todos ellos, entonces, se atacan y se combaten y se dan muerte entre sí, y, recién nacidos, empapan de sangre a su madre. Sólo sobreviven cinco, uno de los cuales fue Equión, quien, aconsejado por Palas, renunció al combate y ofreció y recibió paz. Estos cinco acompañaron a Cadmo en el momento de fundar la ciudad mandada por el oráculo de Febo (101-130).

Ya Tebas había sido edificada, y Cadmo se veía feliz en el destierro; casado con la hija de Venus y Marte, rico en hijos e hijas y nietos, incluso éstos ya crecidos. Pero ningún humano puede ser llamado feliz mientras está vivo (131-137).

Uno de sus nietos fue para Cadmo el primer motivo de dolor, por los cuernos que le fueron añadidos y los perros que se saciaron de su sangre. Pero eso fue efecto no de crimen, sino de error.

Estaba al mediodía el monte empapado ya por la sangre de las bestias cazadas, cuando el joven nieto de Cadmo habló a sus compañeros diciéndoles que era conveniente interrumpir el

trabajo, que ese día había sido afortunado, y postponerlo para el siguiente. Lo obedecieron ellos (138-154).

Consagrado a Diana cazadora, el valle de Gargafia, en su amenidad, parecía imitar al arte; había allí un arco de pumita y toba, y a su derecha una fuente translúcida con márgenes de hierba en la cual la diosa, bañándose, aliviaba su fatiga.

Acompañada de sus ninfas llegó entonces, y ayudada por éstas dejó armas y vestiduras y ordenó su cabellera; desnuda ya, las compañeras comenzaron a lavarla con agua sacada de la fuente. Y aconteció que llevado por el azar se acercó entonces el nieto de Cadmo; alarmadas al verlo las ninfas desnudas dieron voces y golpearon sus pechos, y rodearon con sus cuerpos a Diana para vedar que la mirara. Con todo eso, siendo la diosa más alta que las otras, sobresalía de ellas por la cabeza entera. Se enrojció como las nubes del crepúsculo o la aurora, y, aun cuando protegida por sus compañeras, se puso de costado y echó atrás la cara; dado que no contaba con sus flechas, tomó en sus manos el agua, y roció con ella el rostro y los cabellos del hombre, añadiendo en seguida un anuncio de desgracia: él habría de quedar imposibilitado de narrar que la había visto desnuda. Y sin más, lo mudó al cuerpo y le dio el temor y la rapidez de un ciervo (155-199).

Huyó el hijo de Autónoe, y admiró su propia celeridad; pero cuando vio su imagen reflejada por la superficie del agua, quiso lamentarse y no tuvo voz para hacerlo, si no la de un gemido, y rodaron sus lágrimas por un rostro que no era suyo.

Dudó si volvería a su casa o permanecería en la selva, y la vergüenza y el temor le impidieron ambas cosas. En esto, sus perros lo advierten; los primeros, Melampo e Icnóbates, que ladraron avisando su presencia; tras ellos corren Panfagos, Dorceo y Oribasos, y Nebrófono y Terón y la Lélape, y el Pterelas y el Agre y el Hileo y Nape y la Pemene y la Harpía con sus dos hijos, y Ladón, Dromas, Canaque, Esticte, Tigris, Alce y Leucón, Asbolo, Lacón, Aelo, y Tous y Licisca y Harpalos y Meláneo y Lacne y Labros y Agriodos e Hiláctor y otros más que sería largo enumerar. Todos ellos lo siguen ansiosos por entre peñas y riscos y por caminos difíciles y por lugares donde no hay caminos (220-227).

Lo persiguen sus servidores por los mismos lugares donde él persiguió a las bestias que cazaba, y quisiera darse a conocer diciendo que él es Acteón, pero no tiene palabras. Los ladridos llegan hasta el cielo.

Por fin, lo alcanzaron Melanquetes, Terodamas y Oresítrofo, y lo retuvieron hasta que llegaron los otros.

Ya no hay en el cuerpo del ciervo lugar que no sufra herida, y Acteón se queja dando un sonido que no es de hombre ni de ciervo, y arrodillado como si suplicara, mira en silencio a su alrededor. Sus compañeros instigan contra él a los perros, y lo buscan para que comparta el momento de la matanza, y gritan "Acteón"; él oye su nombre y vuelve, al oírlo, la cabeza. Querría estar lejos, y está

allí; quisiera ver la acción de sus perros, y la siente en sí mismo. Por todas partes lo rodean, le meten los hocicos en el cuerpo; desgarran, en el cuerpo falso de un ciervo, a su amo. Y Diana no se consideró vengada sino cuando la vida de Acteón acabó entre llagas innumerables (228-252).

Hay quienes piensan que la diosa fue excesiva en su venganza, y quienes la alaban por justa. Juno, sin juzgar si fue cruel o digna de alabanza, se alegra con la ruina de la familia de Agenor, al conjunto de la cual ha transferido el odio que siente por la tiria rival. Y a esa antigua causa, se suma ahora una nueva: Semele está grávida de la simiente de Júpiter. Y considerando Juno que nada le han valido antes las riñas, decide castigar ella misma a la rival afortunada: el embarazo de Semele hace patente la culpa de su esposo y hermano, que con ella apenas tuvo hijos. Y la diosa determina en su ánimo la muerte de aquélla (253-272).

Baja a la tierra y despojándose de las nubes de que se había cubierto, toma la apariencia de una anciana, Béroe la nodriza de Semele; habla luego a ésta, induciéndola a dudar si fue Júpiter quien la fecundó, y le aconseja que, como prueba de su amor, pida a su amante que la abrace tal como abraza a Juno, en la plenitud de su forma divina. Sigue Semele el consejo, y sin nombrarlo pide al dios un don que él le ofrece otorgar, jurándolo por los poderes de la Estigia, juramento inviolable. La

hija de Cadmo le pide que se le dé en el abrazo amoroso tal como se le da a la hija de Saturno.

No pudiendo el dios evitar la imprudente petición, gime, y, con el fin de cumplir lo jurado, asciende al cielo y llama a las nubes, los vientos, las lluvias y el rayo, y trata de disminuir la fuerza de sus armas, y de usar un rayo más leve y menor en fuego y en ira. Así dispuesto, desciende hacia Semele, quien se quema con el contacto de las fuerzas celestes.

Empero, Júpiter le extrae del vientre la criatura todavía imperfecta, y se la cose en uno de los muslos, donde se completa el término de la preñez. Cuando nace el niño, lo cría primero Ino su tía; luego lo alimentan oculto las ninfas de Nisa (273-315).

Cuentan que mientras eso acontecía, Júpiter, ebrio de néctar, bromeaba con Juno, y le había dicho que el placer erótico de las mujeres es mayor que el de los hombres; como ella lo negara, le pidió pedir la opinión de Tiresias, quien había sido hombre y mujer sucesivamente, y luego otra vez hombre. El árbitro fue del mismo acuerdo que Júpiter, y Juno, irritada por eso, lo privó de la vista; para aliviarlo de tal desgracia, el máximo dios le dio el poder de conocer el futuro (316-338).

Tiresias, hecho célebre, daba a quien se las solicitaba profecías verdaderas. La primera de éstas la recibió Liriope, ninfa que tuvo, de su forzado ayuntamiento con el río Cefiso, un niño a quien puso por nombre Narciso. Habiendo preguntado si éste

habría de llegar a viejo, el vate le contestó: "Si no se conociere". El tiempo vino a darle razón.

Cuando Narciso cumplió los dieciséis años, fue pretendido por muchos jóvenes y muchachas, y a todos se negó. En una ocasión en que cazaba, lo miró una ninfa locuaz, que nunca habló antes que otro, ni pudo callar nunca después que otro hablara: Eco, quien aún ahora devuelve las últimas palabras que escucha. Juno había hecho que eso le ocurriera como castigo por distraerla con largas pláticas mientras Júpiter la engañaba yaciendo con las ninfas. La diosa, al caer en la cuenta de lo que ocurría, le redujo el uso de la voz a devolver los sonidos extremos de las voces oídas (339-369). Vio, pues, Eco a Narciso vagando por el campo, y al instante ardió de amor y lo siguió a hurtadillas, y más lo amaba cuanto más lo seguía; pero nunca pudo hablarle primero, porque su naturaleza se lo impedía, y hubo de esperar a que él comenzara. Y esto ocurrió, porque alguna vez que se había apartado de sus compañeros, Narciso preguntó en alta voz quién estaba presente, y Eco repitió esta última palabra. Pasmado al oírla, Narciso gritó "Ven", y ella le contestó con la misma voz. Engañado, el joven siguió hablando, y llegó a decir: —"Juntémonos." Contestó Eco con la

misma palabra, y salió de la selva dispuesta a abrazarlo.

Huye Narciso, y habla: "Moriré antes que tengas poder de nosotros", y ella tras repetir las últimas cuatro palabras, vuelve a ocultarse en las selvas, cubre su rostro con follaje, y desde

entonces habita en grutas solitarias. Más aún: dolida por el rechazo de que fue objeto, ama todavía con mayor intensidad, y su cuerpo enflaquece y pierde todo jugo, y es ya solamente huesos y voz, y luego nada más que voz; sus huesos se hicieron piedra. Un sonido, que todos pueden oír, es cuanto de ella permanece (370-401).

Como a Eco, había despreciado el joven a otras ninfas y jóvenes. Alguien de los despreciados

rogó al cielo que, por justicia, él llegara a amar sin poder adueñarse de lo que amara. Y Temis asintió al ruego tal (402-405).

Junto a una fuente clara, no tocada por hombre ni bestias ni follaje ni calor de sol, llega Narciso a descansar; al ir a beber en sus aguas mira su propia imagen y es arrebatado por el amor, juzgando que aquella imagen es un cuerpo real; queda inmóvil ante ella, pasmado por su hermosura: sus ojos, su cabello, sus mejillas y cuello, su boca y su color. Y admira cuanto es en él admirable, y se desea y se busca y se quema, y trata inútilmente de besar y abrazar lo que mira, ignorando que es sólo un reflejo lo que excita sus ojos; sólo una imagen fugaz, que existe únicamente porque él se detiene a mirarla (406-436).

Olvidado de comer y dormir, queda allí inamovible, mirándose con ansia insaciable, y quejándose a veces de la imposibilidad de realizar su amor, imposibilidad tanto más dolorosa cuanto

que el objeto a quien se dirige parece, por todos los signos, corresponderle. Y suplica al niño a quien mira que salga del agua y se le una, y, finalmente, da en la cuenta de que se trata no más que de una imagen insalvable, y que él mismo mueve el amor de que es víctima. Anhela entonces poder apartarse de sí mismo, para dejar de amar, y comprende que eso no le es dado, y pretende la muerte, aunque sabe que, al suprimirse, suprimiría también a aquel a quien ama (437-473).

Llora, y su llanto, al mezclar el agua, oscurece su superficie y borra su imagen, y él le ruega que no lo abandone, que a lo menos le permita contemplarla, y, golpeándose, enrojece su pecho.

Cuando el agua se sosegó y Narciso pudo verse en ella de nuevo, no resistió más y comenzó a derretirse y a desgastarse de amor, y perdió las fuerzas y el cuerpo que había sido amado por Eco (474-493). Sufrió ésta al verlo, aunque estaba airada todavía, y repitió sus quejas y el sonido de sus golpes. Las últimas palabras de Narciso lamentaron la inutilidad de su amor, y Eco las repitió, como repitió el adiós último que aquél se dijo a sí mismo. Murió así Narciso, y, ya en el mundo infernal, siguió mirándose en la Estigia. Lo lloran sus hermanas las náyades, lo lloran las dríadas, y Eco responde a todas. Y ya dispuestas a quemar su cuerpo para sepultarlo, encuentran en su lugar una flor de centro azafranado y pétalos blancos (494-510).

Este hecho aumentó en Grecia la fama de Tiresias, quien era despreciado sólo por Penteo, hijo de Equión, quien se burlaba de su ceguera. Aquél, agitando la cabeza encanecida, le anunció que sería mejor para él quedar ciego que mirar los ritos de Baco, y predijo la llegada del dios hijo de Semele, y que, de no rendirle culto, Penteo sería despedazado y ensangrentaría con su sangre las selvas y a su madre y sus tías maternas, y que ni siquiera honrándolo se haría digno del dios, y que lamentaría la clarividencia del ciego profeta. Penteo le respondió echándolo del lugar en que estaba (511-526).

La profecía comienza a cumplirse: llega Baco, y hombres y mujeres, ricos y pobres, se unen a su culto. Penteo se dirige a los suyos recriminándoles que ellos, que no cedieron en el combate, se entreguen a los ritos del recién venido; se rindan sin lucha a Baco, abandonando armas y yelmos por tirsos y hiedras, y les ruega que recuerden su origen, tomen el valor de la serpiente que les dio nacimiento, y así como ésta venció a fuertes hombres, venzan ellos a mujeres débiles, manteniendo de ese modo el honor de la patria. Que sería mejor para Tebas perecer por la guerra que por la rendición al nuevo culto; habría, con eso, causa de dolor, no de vergüenza.

Pero Tebas ahora se entrega a un niño inerme y desconocedor de las armas, ungido y adornado. Penteo se compromete a vencerlo y hacerle confesar que es falso que sea hijo de Júpiter y que sus ritos sean justos. Si Acrisio negó a Baco y le cerró sus puertas, Penteo y Tebas no se aterrarán con su presencia. Y

ordena a los criados que capturen a Baco y se lo lleven atado (527-563).

Su abuelo, Atamas y el resto de los suyos, intentan frenar a Penteo. Mas éste se exalta todavía más, como el torrente embravecido por los obstáculos que se oponen a su peso. Entretanto regresan los enviados, y advirtiéndole que no habían encontrado a Baco, le entregan, atado las manos a la espalda, a un tirreno, uno de sus seguidores. Penteo lo mira y, aunque querría matarlo de inmediato, le pide que diga su nombre y el de sus padres y su patria, y por qué da culto al nuevo dios (564-582).

Sin miedo, responde el cautivo: se llama Acetes, es de Meonia y sus padres son plebeyos. La única riqueza que su padre le legó, fue el arte de la pesca; lo único que de su padre le queda, es el mar. Por no estar siempre en tierra, aprendió a navegar y conoció los astros y los vientos y los

puertos. En una ocasión en que buscaba a Delos, desembarcó en Quíos, donde pasó la noche; al alba aconsejó recoger agua fresca y volver a embarcarse. Después de mirar desde una cima el estado del viento, regresó a sus compañeros y su nave (583-604).

Ofeltes, uno de éstos, lleva como presa a un niño de hermosura virginal, aparentemente titubeante de sueño y embriaguez. Lo mira Acetes, y se percata de que no es humano, y lo advierte

así a los demás. Dirigiéndose al niño, le suplica su benevolencia. Dictis, uno de sus marineros, le dice que no suplique por ellos, y lo apoyan en esto Libis, Melanto, Alcimedón, Epopeo y todos los restantes, que ambicionan tener al niño como presa.

Oponiéndose a tal impiedad, y como jefe de la nave, Acetes se coloca a la entrada de ésta. Los otros se enfurecen, y Licabas lo vence apretándole la garganta; y lo hubiera echado al mar, de no haberse él detenido de un cable. Todos aprueban a Licabas. Baco entonces, pues el niño era Baco, actuando como si el sueño o la ebriedad lo hubieran dejado de pronto, les pregunta dónde está y qué hacen y a dónde lo llevan, y Proreo le ofrece que lo conducirán a donde él quiera. Aquél le dice que a Naxos, cuya hospitalidad les ofrece. Juran falsamente que irán allí, y mandan que zarpe la nave. Cuando Acetes la dirigía hacia Naxos, le piden sus compañeros que tome el rumbo opuesto; él entonces abandona el timón, ocasionando la contrariedad de todos. Etalión se hace cargo del oficio dejado, y guía la nave en la dirección que pérfidamente quiere (605-649).

Finge el dios que hasta ese momento cae en la cuenta del engaño, y como si llorara les reprocha que le hayan mentido y que lo castiguen, abusando de su fuerza, con llevarlo a tierra distinta de la por él pedida. Los impíos se ríen de él y del lloroso Acetes, y siguen su rumbo.

Entonces, aunque parezca mentira, la nave se detiene como si estuviera varada. Los marineros insisten en remar y en dar velas; hiedras y racimos impiden ambas cosas. Baco mismo,

coronado de uvas, agita el tirso; en torno suyo se tienden imágenes de tigres, lince y panteras. Saltan al mar los hombres aterrorizados o enloquecidos, y, el primero, se ennegrece Medón y la espalda se le encorva pronunciadamente, y a Licabas, que se extraña de verlo, la boca se le vuelve en ancho hocico y la piel se le cubre de escamas, y a Libis las manos se le convierten en aletas; otro perdió los brazos y brincó, pandeándose, al mar; su cuerpo termina en una cola en forma de media luna. Saltan por todas partes en el agua, saliendo y entrando, y giran como si danzaran y soplan agua por las narices. Sólo Acetes, frío de temor, quedaba en la nave; animado por el dios, dio velas hacia Día, y adoptó los ritos de aquél (650-691).

Penteo, luego de haber oído a Acetes, se mantiene en su cólera y ordena a sus criados torturarlo hasta darle muerte. Acetes es encarcelado, pero mientras se preparan los instrumentos del tormento, las puertas de su prisión se abren por sí mismas, y espontáneamente caen sus cadenas (692-700).

Persiste Penteo en su impiedad, y se dirige al Citerón, donde se celebran los ritos de Baco, y al escuchar los cantos de las bacantes se embravece y se enciende de furia (701-707).

Hay en medio del monte un campo sin árboles, visible desde todas partes. En él, la primera advirtió a Penteo su madre, y se apresuró hacia él y lo golpeó con el tirso, y pidió para herirlo la asistencia de sus hermanas, creyendo que su hijo era un jabalí.

Corren las bacantes tras él, ya arrepentido de sus palabras blasfemas y confeso de su delito. Herido, pide socorro a su tía Autónoe, invocando el alma de Acteón. Ella arranca la diestra que le suplica, Ino le arrebató la mano izquierda. Muestra Penteo a Agave los muñones sangrientos, y ésta, al verlos, ulula y sacude el cuello y la cabellera, y tiene en sus manos la arrancada cabeza de su hijo. Hablando a sus compañeras, se ufana de su triunfo. Entonces, los miembros de Penteo son dispersados como hojas otoñales.

Amonestadas por estos ejemplos, las isménides adoptan los ritos de Baco, y ofrecen incienso en sus santos altares (708-733).

Iamque deus posita fallacis imagine tauri se confessus erat
Dictaeaque rura tenebat, cum pater ignarus Cadmo perquirere
raptam imperat et poenam, si non invenerit, addit exilium, facto
pius et sceleratus eodem. 5 orbe pererrato (quis enim
deprendere possit

furta Iovis?) profugus patriamque iramque parentis vitat
Agenorides Phoebique oracula supplex consulit et, quae sit
tellus habitanda, requirit.

'bos tibi' Phoebus ait 'solis occurret in arvis, 10 nullum passa
iugum curvique immunis aratri. hac duce carpe vias et, qua
requieverit herba, moenia fac condas Boeotiaque illa vocato.'

vix bene Castalio Cadmus descenderat antro, incustoditam
lente videt ire iuvencam 15 nullum servitii signum cervice
gerentem. subsequitur pressoque legit vestigia gressu
auctoremque viae Phoebum taciturnus adorat. iam vada
Cephisti Panopesque evaserat arva:

bos stetit et tollens speciosam cornibus altis 20 ad caelum
frontem mugitibus inpulit auras

atque ita respiciens comites sua terga sequentis procubuit
teneraque latus submitit in herba.

Cadmus agit grates peregrinaeque oscula terrae figit et ignotos
montes agrosque salutat. 25

Sacra Iovi facturus erat: iubet ire ministros et petere e vivis
libandas fontibus undas. silva vetus stabat nulla violata securi,
et specus in media virgis ac vimine densus efficiens humilem
lapidum compagibus arcum 30 uberibus fecundus aquis; ubi
conditus antro Martius anguis erat, cristis praesignis et auro;
igne micant oculi, corpus tumet omne venenis,

tresque vibrant linguae, triplici stant ordine dentes. quem
postquam Tyria lucum de gente profecti 35 infausto tetigere
gradu, demissaque in undas

urna dedit sonitum, longo caput extulit antro caeruleus serpens
horrendaque sibila misit. effluxere urnae manibus sanguisque
reliquit

corpus et attonitos subitus tremor occupat artus. 40 ille
volubilibus squamosos nexibus orbes

torquet et inmensos saltu sinuatur in arcus ac media plus parte
leves erectus in auras

despicit omne nemus tantoque est corpore, quanto, si totum
spectes, geminas qui separat arctos. 45 nec mora, Phoenicas,
sive illi tela parabant

sive fugam, sive ipse timor prohibebat utrumque, occupat: hos
morsu, longis complexibus illos,

hos necat adflati funesta tabe veneni.

Fecerat exiguas iam sol altissimus umbras: 50 quae mora sit
sociis, miratur Agenore natus vestigatque viros. tegumen
derepta leoni

pellis erat, telum splendenti lancea ferro

et iaculum teloque animus praestantior omni.

ut nemus intravit letataque corpora vidit 55

victoremque supra spatiosi tergoris hostem

Cadmo

- 1 Y ya el dios, dejada del falaz toro la imagen,
2 él se había confesado, y los dicteos campos tenía;
3 cuando su padre, de ello ignorante, a Cadmo perquirir a la
raptada
4 impera, y de castigo, si no la encontrara, añade
5 el exilio, por tal hecho él piadoso, y execrable él por el
mismo. 5
6 Todo el orbe lustrado (¿pues quién sorprender pueda
7 los hurtos de Júpiter?), prófugo, su patria y la ira de su
padre
8 evita el Agenórida, y de Febo los oráculos suplicante
9 consulta, y cuál sea la tierra que ha de habitar requiere:
10 «Una res», Febo dice, «a tu encuentro saldrá en unos
solitarios campos, 10
11 sin haber sufrido ningún yugo, y de curvo arado inmune.
12 Con ella de guía coge las rutas y, en la hierba que
descanse,
13 unas murallas ponte a fundar y beocias las llama».
14 No bien Cadmo había descendido de la castalia caverna,
15 incustodiada, lentamente ve ir a una novilla, 15

16 sin que ningún signo de servidumbre en su cerviz llevara.

17 La sigue, y, marcado, lee las huellas de su paso,

18 y al autor de su ruta, a Febo, taciturno, adora.

19 Ya los vados del Cefiso, y de Pánope había evadido los
campos:

20 la res se detuvo y levantando, especiosa con sus cuernos
altos, 20

21 al cielo su frente, con mugidos impulsó las auras,

22 y así, volviéndose a mirar a los acompañantes que sus
espaldas seguían,

23 se postró, y su costado abajó en la tierna hierba.

24 Cadmo da las gracias y a esa peregrina tierra besos

25 une, y desconocidos montes y campos saluda. 25

26 Sus sacrificios a Júpiter a hacer iba: manda ir a unos
ministros

27 y buscar, las que libaran, de las vivas fontanas ondas.

28 Una espesura vieja se alzaba, por ninguna segur violada,

29 y una gruta en el medio, de varas y mimbre densa,

30 efectuando, humilde en sus ensambladuras de piedra, un
arco, 30

31 fecunda en fértiles aguas; donde, escondida en su
caverna,

32 una serpiente de Marte había, por sus crestas insigne y su
oro:

33 de fuego rielan sus ojos, su cuerpo henchido todo de
veneno,

34 y tres rielan sus lenguas, en tríplice orden se alzan sus
dientes.

35 Esta floresta, después de que los marchados del pueblo
tirio 35

36 con infausto paso tocaron, y, bajada a las ondas,

37 la urna hizo un sonido, la cabeza sacó de su larga caverna

38 la azulada serpiente y horrendos silbidos lanzó.

39 Se derramaron las urnas de sus manos, y la sangre
abandonó

40 su cuerpo y un súbito temblor ocupa atónitos sus
miembros. 40

41 Ella, escamosos, en volubles nexos sus orbes

42 tuerce, y de un salto se curva en inmensos arcos,

43 y en más de media parte erguida hacia las leves auras

44 bajo sí contempla todo el bosque y de tan grande cuerpo
es, cuanto,

45 si toda la contemplas, la que separa a las gemelas Osas.

45

46 Y no hay demora, a los fenicios, ya si para ella las armas preparaban

47 ya si la huida, ya si el mismo temor les prohibía ambas cosas,

48 ocupa: a éstos de un mordisco, de largos abrazos a aquéllos,

49 a éstos mata con el aflato de su funesto -de su podre-veneno.

50 Había hecho exiguas ya el sol, altísimo, las sombras: 50

51 qué demora sea la de sus compañeros asombra de Agenor al nacido,

52 y rastrea a los hombres. Su cobertor, desgarrado de un león,

53 el pellejo era, su arma una láncea de esplendente hierro,

54 y una jabalina, y, más prestante que arma alguna, su ánimo.

55 Cuando al bosque entró y matados sus cuerpos vio 55

56 y vencedor sobre ellos, de espacioso cuerpo, al enemigo,

tristia sanguinea lambentem vulnera lingua, 'aut ultor vestrae, fidissima pectora, mortis,

aut comes' inquit 'ero.' dixit dextraque molarem sustulit et
magnum magno conamine misit. 60 illius impulsu cum turribus
ardua celsis

moenia mota forent, serpens sine vulnere mansit loricaeque
modo squamis defensus et atrae duritia pellis validos cute
reppulit ictus;

at non duritia iaculum quoque vicit eadem, 65 quod medio
lentae spinae curvamine fixum constitit et totum descendit in
ilia ferrum.

ille dolore ferox caput in sua terga retorsit vulneraque adspexit
fixumque hastile momordit, idque ubi vi multa partem labefecit
in omnem, 70 vix tergo eripuit; ferrum tamen ossibus haesit.

tum vero postquam solitas accessit ad iras

causa recens, plenis tumuerunt guttura venis, spumaque
pestiferos circumfluit albida rictus, terraque rasa sonat
squamis, quique halitus exit 75 ore niger Stygio, vitiatas inficit
auras.

ipse modo inmensum spiris facientibus orbem cingitur, interdum
longa trabe rectior adstat, inpete nunc vasto ceu concitus
imbribus amnis fertur et obstantis proturbat pectore silvas. 80
cedit Agenorides paulum spolioque leonis sustinet incursus
instantiaque ora retardat cuspide praetenta: furit ille et inania
duro vulnera dat ferro figitque in acumine dentes. iamque
venenifero sanguis manare palato 85 coeperat et virides
adspergine tinxerat herbas; sed leve vulnus erat, quia se

retrahebat ab ictu laesaque colla dabat retro plagamque
sedere cedendo arcebat nec longius ire sinebat,
donec Agenorides coniectum in guttura ferrum 90 usque
sequens pressit, dum retro quercus eunti obstitit et fixa est
pariter cum robore cervix. pondere serpentis curvata est arbor
et ima

parte flagellari gemuit sua robora caudae.

Dum spatium victor victi considerat hostis, 95 vox subito audita
est; neque erat cognoscere promptum, unde, sed audita est:
'quid, Agenore nate, peremptum serpentem spectas? et tu
spectabere serpens.'

ille diu pavidus pariter cum mente colorem

perdiderat, gelidoque comae terrore rigebant: 100 ecce viri
fautrix superas delapsa per auras

Pallas adest motaeque iubet supponere terrae vipereos dentes,
populi incrementa futuri. paret et, ut presso sulcum patefecit
aratro,

spargit humi iussos, mortalia semina, dentes. 105 inde (fide
maius) glabrae coepere moveri, primaque de sulcis acies
adparuit hastae, tegmina mox capitum picto nutantia cono,
mox umeri pectusque onerataque bracchia telis existunt,
crescitque seges clipeata virorum: 110 sic, ubi tolluntur festis
aulaea theatri,

surgere signa solent primumque ostendere vultus, cetera
paulatim, placidoque educta tenore

tota patent imoque pedes in margine ponunt.

Territus hoste novo Cadmus capere arma parabat: 115

sus tristes heridas lamiendo con sanguínea lengua:

«O el vengador, fidelísimos cuerpos, de vuestra muerte,

o su compañero», dice, «seré». Así dijo, y con la diestra una
molar levantó y, grande, con gran conato se la mandó. 60

De ella con el empuje, aunque, arduas con sus torres excelsas,
murallas movido se habrían, la serpiente sin herida quedó,
de una loriga al modo por sus escamas defendida, y de su
negro pellejo con la dureza, vigorosos, con la piel repelió los
golpes.

Mas no con la dureza misma la jabalina también venció, 65 la
cual, en mitad de la curvatura de su flexible espina clavada, se
irguió y todo descendió en sus ijares su hierro.

Ella, del dolor feroz, la cabeza para sus espaldas retorció y sus
heridas miró y el clavado astil mordió,

y éste, cuando con fuerza mucha lo hubo inclinado a parte
toda, 70 apenas de su espalda lo arrebató; el hierro, aun así, en
sus huesos quedó prendido. Entonces, en verdad, después de

que a sus acostumbradas iras se allegó un motivo reciente, se hincharon sus gargantas de sus llenas venas,

y una espuma blanquecina circunfluye por sus pestíferas comisuras,

y la tierra suena raída por sus escamas, y el hálito que sale 75 negro de su boca estigia, corrompidas, infecta las auras.

Ella, ora en espiras que un inmenso orbe hacen

se ciñe, a las veces, que una larga viga más recta se yergue,

con una embestida ahora vasta, cual concitado por las lluvias un caudal, muévase, y, a ella opuestas, arrasa con su pecho las espesuras. 80 Se retira el Agenórída un poco, y con el despojo del león

sostiene sus incursos y su acosante boca retarda,

su cúspide tendiéndole delante; se enfurece ella e inanes heridas da al duro hierro y clava en la punta los dientes.

Y ya de su venenífero paladar sangre a manar 85

había empezado, y con su aspersion había bañado, verdes, las hierbas.

Pero leve la herida era, porque que ella a sí se retraía del golpe y sus heridos cuellos daba atrás, y que tajo asestara retirándose impedía, y no más lejos ir permitía,

hasta que el Agenórída, puesto el hierro en la garganta, 90

sin dejar de seguirla la empujó, mientras, yendo ella hacia atrás,
una encina

le cerró el paso, y clavada quedó al par, con el madero, su
cerviz.

Del peso de la serpiente curvóse el árbol, y por la parte inferior
al ser flagelada de la cola, su madera gimió.

Mientras el espacio el vencedor considera de su vencido
enemigo, 95 una voz de repente oída fue, y no estaba reconocer
de dónde

al alcance, pero oída fue: «¿Por qué, de Agenor el nacido, la
perecida serpiente miras? También tú mirado serás como
serpiente».

Él, largo tiempo asustado, al par con la mente el color
había perdido, y de gélido terror sus cabellos se arreciaron: 100
he aquí que de este varón la bienhechora, deslizándose por las
superiores auras,

Palas llega, y removida ordena someter a la tierra los viborinos
dientes, incrementos del pueblo futuro.

Obedece, y cuando un surco hubo abierto, hundido el arado
esparce en la tierra, mortales simientes, los ordenados dientes.
105 Después -que la fe cosa mayor- los terrones empezaron a
moverse, y primera de los surcos el filo apareció de un asta,

las coberturas luego de sus cabezas, cabeceando con su pintado cono, luego los hombros y el pecho y cargados los brazos de armas sobresalen, y crece un sembrado, escudado, de varones: 110

así, cuando se retiran los tapices de los festivos teatros, surgir las estatuas suelen, y primero mostrar los rostros, lo demás poco a poco, y en plácido tenor sacadas, enteras quedan a la vista, y en el inferior margen sus pies ponen.

Aterrado por este enemigo nuevo, Cadmo a empuñar las armas se preparaba: 115

'ne cape!' de populo, quem terra creaverat, unus 116 «No empuña», de este pueblo, al que la tierra había creado, uno

exclamat 'nec te civilibus insere bellis!' 117 exclama, «y no en civiles guerras te mezcla».

atque ita terrigenis rigido de fratribus unum 118 Y así, de sus terrígenas hermanos a uno, de cerca,

comminus ense ferit, iaculo cadit eminus ipse; 119 con su rígida espada hiere; por una jabalina cae, de lejos, él mismo.

hunc quoque qui leto dederat, non longius illo 120 120 Este también que a la muerte le diera, no más largo que aquél 120

vivit et exspirat, modo quas acceperat auras, 121 vive,
y expira las auras que ora recibiera,

exemploque pari furit omnis turba, suoque 122 y con
ejemplo parejo se enfurece toda la multitud, y por su propio

Marte cadunt subiti per mutua vulnera fratres. 123

Marte caen por sus mutuas heridas los súbitos hermanos.

iamque brevis vitae spatium sortita iuventus 124 Y ya,
con tal espacio de breve vida la agraciada juventud,

sanguineam tepido plangebatur pectore matrem, 125 125 a su
sanguínea madre golpes de duelo daba en su tibio pecho, 125

quinque superstitibus, quorum fuit unus Echion. is sua iecit
humo monitu Tritonidis arma fraternaeque fidem pacis
petiitque deditque:

hos operis comites habuit Sidonius hospes,

cum posuit iussus Phoebeis sortibus urbem. 130 Iam stabant
Thebae, poteras iam, Cadme, videri

exilio felix: soceri tibi Marsque Venusque contigerant; huc adde
genus de coniuge tanta, tot natos natasque et, pignora cara,
nepotes,

hos quoque iam iuvenes; sed scilicet ultima semper 135

exspectanda dies hominis, dicique beatus ante obitum nemo
supremaque funera debet.

Prima nepos inter tot res tibi, Cadme, secundas causa fuit
luctus, alienaque cornua fronti

addita, vosque, canes satiatae sanguine erili. 140 at bene si
quaeras, Fortunae crimen in illo,

non scelus invenies; quod enim scelus error habebat?

Mons erat infectus variarum caede ferarum, iamque dies
medius rerum contraxerat umbras

et sol ex aequo meta distabat utraque, 145

cum iuvenis placido per devia lustra vagantes participes
operum conpellat Hyantius ore:

'lina madent, comites, ferrumque cruore ferarum, fortunaeque
dies habuit satis; altera lucem

cum croceis invecta rotis Aurora reducet, 150

propositum repetemus opus: nunc Phoebus utraque distat idem
meta finditque vaporibus arva.

sistite opus praesens nodosaque tollite lina!' iussa viri faciunt
intermittuntque laborem.

Vallis erat piceis et acuta densa cupressu, 155

nomine Gargaphie succinctae sacra Dianae, cuius in extremo
est antrum nemorale recessu arte laboratum nulla: simulaverat
artem ingenio natura suo; nam pumice vivo

et levibus tofis nativum duxerat arcum; 160

fons sonat a dextra tenui perlucidus unda, margine gramineo
patulos incinctus hiatus. hic dea silvarum venatu fessa solebat
virgineos artus liquido perfundere rore.

quo postquam subiit, nympharum tradidit uni 165

armigerae iaculum pharetramque arcusque retentos, altera
depositae subiecit bracchia pallae,

vincla duae pedibus demunt; nam doctior illis Ismenis Crocale
sparsos per colla capillos colligit in nodum, quamvis erat ipsa
solutis. 170

excipiunt laticem Nepheleque Hyaleque Rhanisque et Psecas et
Phiale funduntque capacibus urnis.

cinco los sobrevivientes: de los cuales fue uno Equión. Él sus
armas arrojó al suelo por consejo de la Tritónide, y de fraterna
paz palabra pidió y dio.

Éstos de su obra por acompañantes tuvo el sidonio huésped,
cuando puso, ordenado por las venturas de Febo, la ciudad. 130

Ya se alzaba Tebas; pudieras ya, Cadmo, parecer en tu exilio
feliz: suegros a ti Marte y Venus

te habían tocado; aquí añade la alcurnia de esposa tan grande,
tantas hijas e hijos y, prendas queridas, tus nietos,

éstos también, ya jóvenes; pero claro es que su último día 135
siempre de aguardar el hombre ha, y decirse dichoso
antes de su óbito nadie, y de sus supremos funerales, debe.

Diana y Acteón

La primera tu nieto, entre tantas cosas para ti, Cadmo,
propicias, causa fue de luto, y unos ajenos cuernos a su frente
añadidos; y vosotras, canes saciadas de una sangre dueña
vuestra. 140 Mas, bien si buscas, de la fortuna un crimen en ello,
no una abominación hallarás, pues, ¿qué abominación un error
tenía?

El monte estaba infecto de la matanza de variadas fieras,
y, ya el día mediado, de las cosas había contraído las sombras,
y el sol por igual de sus metas distaba ambas, 145
cuando el joven, por desviadas guaridas a los que vagaban,
a los partícipes de sus trabajos, con plácida boca llama, el
hiantio:

«Los linos chorrean, compañeros, y el hierro, de crúor de fieras,
y fortuna el día tuvo bastante. La siguiente Aurora
cuando, transportada por sus zafranadas ruedas, la luz reitere,
150 el propuesto trabajo retomaremos; ahora Febo de ambas

tierras lo mismo dista, y hiende con sus vapores los campos.
Detened el trabajo presente y nudosos levantad los linos». Las
órdenes los hombres hacen e interrumpen su labor.

Un valle había, de píceas y agudo ciprés denso, 155 por nombre
Gargafie, a la ceñida Diana consagrado, del cual en su extremo
receso hay una caverna boscosa, por arte ninguna labrada:
había imitado al arte

con el ingenio la naturaleza suyo, pues, con pómez viva y leves
tobas, un nativo arco había trazado. 160

Un manantial suena a diestra, por su tenue onda perlúcido,
y por una margen de grama estaba él en sus anchurosas
aberturas ceñido.

Aquí la diosa de las espesuras, de la caza cansada, solía sus
virgíneos miembros con líquido rocío regar.

El cual después que alcanzó, de sus ninfas entregó a una, 165 la
armera, su jabalina y su aljaba y sus arcos destensados.

Otra ofreció al depuesto manto sus brazos.

Las ligaduras dos de sus pies quitan; pues más docta que ellas
la isménide Crócale, esparcidos por el cuello sus cabellos,

los traba en un nudo, aunque los había ella sueltos. 170 Recogen
licor Néfele y Híale y Ránide,

y Psécade, y Fíale, y lo vierten en sus capaces urnas.

dumque ibi perluitur solita Titania lympha, ecce nepos Cadmi
dilata parte laborum

per nemus ignotum non certis passibus errans 175 pervenit in
lucum: sic illum fata ferebant.

qui simul intravit rorantia fontibus antra, sicut erant, nudaе viso
sua pectora nymphae percussere viro subitisque ululatibus
omne

inplevere nemus circumfusaeque Dianam 180 corporibus
texere suis; tamen altior illis

ipsa dea est colloque tenus supereminet omnis. qui color infectis
adversi solis ab ictu

nubibus esse solet aut purpureae Aurorae,

is fuit in vultu visae sine veste Dianae. 185 quae,
quamquam comitum turba est stipata suarum, in latus
obliquum tamen adstitit oraque retro

flexit et, ut vellet promptas habuisse sagittas, quas habuit sic
hausit aquas vultumque virilem

perfudit spargensque comas ultricibus undis 190 addidit
haec cladis praenuntia verba futurae:

'nunc tibi me posito visam velamine narres, sit poteris narrare,
licet!' nec plura minata dat sparso capiti vivacis cornua cervi,

dat spatium collo summasque cacuminat aures 195 cum
pedibusque manus, cum longis bracchia mutat cruribus et velat
maculoso vellere corpus;

additus et pavor est: fugit Autonoeius heros et se tam celerem
cursu miratur in ipso.

ut vero vultus et cornua vidit in unda, 200 'me miserum!' dicturus
erat: vox nulla secuta est! ingemuit: vox illa fuit, lacrimaeque per
ora

non sua fluxerunt; mens tantum pristina mansit. quid faciat?
repetatne domum et regalia tecta

an lateat silvis? pudor hoc, timor inpedit illud. 205 Dum dubitat,
videre canes, primique Melampus

Ichnobatesque sagax latratu signa dedere, Cnosius Ichnobates,
Spartana gente Melampus. inde ruunt alii rapida velocius aura,

Pamphagos et Dorceus et Oribasos, Arcades omnes, 210

Nebrophonosque valens et trux cum Laelape Theron et pedibus
Pterelas et naribus utilis Agre Hylaeusque ferox nuper percussus
ab apro

deque lupo concepta Nape pecudesque secuta Poemenis et
natis comitata Harpyia duobus 215 et substricta gerens
Sicyonius ilia Ladon

et Dromas et Canache Sticteque et Tigris et Alce et niveis
Leucon et villis Asbolos atris praevalidusque Lacon et cursu
fortis Aello

et Thoos et Cyprio velox cum fratre Lycisce 220 et nigram
medio frontem distinctus ab albo Harpalos et Melaneus
hirsutaque corpore Lachne et patre Dictaeo, sed matre
Laconide nati

Labros et Argiodus et acutae vocis Hylactor quosque referre
mora est: ea turba cupidine praedae 225 per rupes scopulosque
adituque carentia saxa, quaque est difficilis quaque est via
nulla, sequuntur. ille fugit per quae fuerat loca saepe secutus,
heu! famulos fugit ipse suos. clamare libebat: 'Actaeon ego sum:
dominum cognoscite vestrum!' 230 verba animo desunt; resonat
latratibus aether.

Y mientras allí se lava la Titania en su acostumbrada linfa, he
aquí que el nieto de Cadmo, diferida parte de sus labores,
por un bosque desconocido con no certeros pasos errante, 175
llega a esa floresta: así a él sus hados lo llevaban.

El cual, una vez entró, rorantes de sus manantiales, en esas
cavernas, como ellas estaban, desnudas sus pechos las ninfas
se golpearon

al verle un hombre, y con súbitos aullidos todo

llenaron el bosque, y a su alrededor derramadas a Diana 180
con los cuerpos cubrieron suyos; aun así, más alta que ellas la
propia diosa es, y hasta el cuello sobresale a todas.

El color que, teñidas del contrario sol por el golpe, el de las
nubes ser suele, o de la purpúrea aurora, tal fue en el rostro,
vista sin vestido, de Diana. 185

La cual, aunque de las compañeras por la multitud rodeada
suyas, a un lado oblicuo aun así se estuvo y su cara atrás
dobló y, aunque quisiera prontas haber tenido sus saetas, las
que tuvo, así cogió aguas y el rostro viril
regó con ellas, y asperjando sus cabellos con vengadoras
ondas, 190 añadió estas, del desastre futuro prenunciadoras,
palabras:

«Ahora para ti, que me has visto dejado mi atuendo, que narres
-si pudieras narrar- lícito es». Y sin más amenazar, da a su
asperjada cabeza del vivaz ciervo los cuernos,
da espacio a su cuello y lo alto aguza de sus orejas, 195 y con
pies sus manos, con largas patas muta
sus brazos, y vela de maculado vellón su cuerpo;
añadido también el pavor le fue. Huye de Autónoe el héroe, y de
sí, tan raudo, en la carrera se sorprende misma.

Pero cuando sus rasgos y sus cuernos vio en la onda: 200

«Triste de mí», a decir iba: voz ninguna le siguió.

Gimió hondo: su voz aquélla fue, y lágrimas por una cara no
suya fluyeron; su mente solamente prístina permaneció.

¿Qué haría? ¿Volvería, pues, a su casa y a sus reales techos,

o se escondería en los bosques? El temor esto, el pudor le impide aquello. 205

Mientras duda, lo vieron los canes, y el primero Melampo e Icnóbates el sagaz con su ladrido señales dieron:

gnosio Icnóbates, de la espartana gente Melampo.

Después se lanzan los otros, que la arrebatadora brisa más rápido,

Pánfago y Dorceo y Oríbaso, árcades todos, 210

y Nebrófono el vigoroso y el atroz, con Lélape, Terón, y por sus pies Ptérelas, y por sus narices útil Agre,

e Hileo el feroz, recién golpeado por un jabalí,

y de un lobo concebida Nape, y de ganados perseguidora Pémenis, y de sus nacidos escoltada Harpía dos, 215

y atados llevando sus ijares el sicionio Ladón, y Dromas y Cánaque y Esticte y Tigre y Alce, y de niveos Leucón, y de vellos Ásbolo negros,

y el muy vigoroso Lacón, y en la carrera fuerte Aelo, y Too y veloz, con su chipriota hermano, Licisca, 220

y en su negra frente distinguido en su mitad con un blanco, Hárpalo, y Melaneo, e hirsuta de cuerpo Lacne,

y de padre dicteo pero de madre lacónide nacidos Labro y Agriodunte, y de aguda voz Hiláctor,

y cuantos referir largo es: esa multitud, con deseo de presa, 225
por acantilados y peñas y de acceso carentes rocas,
y por donde quiera que es difícil, o por donde no hay ruta
alguna, le persiguen.

Él huye por los lugares que él había muchas veces perseguido,
ay, de los servidores huye él suyos. Gritar ansiaba:

«¡Acteón yo soy, al dueño conoced vuestro!». 230 Palabras a su
ánimo faltan: resuena de ladridos el éter.

prima Melanchaetes in tergo vulnera fecit, proxima Theridamas,
Oresitrophos haesit in armo: tardius exierant, sed per
conpendia montis anticipata via est; dominum retinentibus illis,
235 cetera turba coit confertque in corpore dentes.

iam loca vulneribus desunt; gemit ille sonumque, etsi non
hominis, quem non tamen edere possit cervus, habet
maestisque replet iuga nota querellis et genibus pronis supplex
similisque roganti 240 circumfert tacitos tamquam sua bracchia
vultus.

at comites rapidum solitis hortatibus agmen ignari instigant
oculisque Actaeona quaerunt et velut absentem certatim
Actaeona clamant

(ad nomen caput ille refert) et abesse queruntur 245 nec capere
oblatae segnem spectacula praedae. vellet abesse quidem, sed
adest; velletque videre, non etiam sentire canum fera facta

suorum. undique circumstant, mersisque in corpore rostris
dilacerant falsi dominum sub imagine cervi, 250 nec nisi finita
per plurima vulnera vita

ira pharetratae fertur satiata Dianae.

Rumor in ambiguo est; aliis violentior aequo visa dea est, alii
laudant dignamque severa

virginitate vocant: pars invenit utraque causas. 255 sola Iovis
coniunx non tam, culpetne probetne, eloquitur, quam clade
domus ab Agenore ductae gaudet et a Tyria collectum paelice
transfert

in generis socios odium; subit ecce priori

causa recens, gravidamque dolet de semine magni 260 esse
Iovis Semelen; dum linguam ad iurgia solvit, 'profeci quid enim
totiens per iurgia?' dixit,

'ipsa petenda mihi est; ipsam, si maxima Iuno rite vocor,
perdam, si me gemmantia dextra sceptrum tenere decet, si sum
regina Iovisque 265 et soror et coniunx, certe soror. at, puto,
furto est contenta, et thalami brevis est iniuria nostri.

concipit++id derat++manifestaque crimina pleno fert utero et
mater, quod vix mihi contigit, uno de Iove vult fieri: tanta est
fiducia formae. 270 fallat eam faxo; nec sum Saturnia, si non
ab Iove mersa suo Stygias penetrabit in undas.'

Surgit ab his solio fulvaque recondita nube limen adit Semeles
nec nubes ante removit

quam simulavit anum posuitque ad tempora canos 275
sulcavitque cutem rugis et curva trementi membra tulit passu;
vocem quoque fecit anilem, ipsaque erat Beroe, Semeles
Epidauria nutrix. ergo ubi captato sermone diuque loquendo
ad nomen venere Iovis, suspirat et 'opto, 280 Iuppiter ut sit' ait;
'metuo tamen omnia: multi nomine divorum thalamos iniere
pudicos.

nec tamen esse Iovem satis est: det pignus amoris, si modo
verus is est; quantusque et qualis ab alta Iunone excipitur,
tantus talisque, rogato, 285

det tibi complexus suaque ante insignia sumat!'

Talibus ignaram Iuno Cadmeida dictis formarat: rogat illa
Iovem sine nomine munus.

Las primeras heridas Melanquetes en su espalda hizo,
las próximas Teródamas, Oresítropo prendióse en su antebrazo:
más tarde había salido, pero por los atajos del monte
anticipada la ruta fue; a ellos, que a su dueño retenían, 235
la restante multitud se une y acumula en su cuerpo sus dientes.
Ya lugares para las heridas faltan; gime él, y un sonido, aunque
no de un hombre, cual no, aun así, emitir pueda

un ciervo, tiene, y de afligidas quejas llena los cerros conocidos,
y con las rodillas inclinadas, suplicante, semejante al que ruega,
240 alrededor lleva, tácito, como brazos, su rostro.

Mas sus compañeros la rabiosa columna con sus
acostumbrados apremios,

ignorantes, instigan, y con los ojos a Acteón buscan, y, como
ausente, a porfía a Acteón llaman

-a su nombre la cabeza él vuelve- y de que no esté se quejan
245 y de que no coja, perezoso, el espectáculo de la ofrecida
presa.

Querría no estar, ciertamente, pero está, y querría ver, no
también sentir, de los perros suyos los fieros hechos.

Por todos lados le rodean, y hundidos en su cuerpo los hocicos
despedazan a su dueño bajo la imagen de un falso ciervo, 250 y
no, sino terminada por las muchas heridas su vida,
la ira se cuenta saciada, ceñida de aljaba, de Diana.

Júpiter, Sémele y Baco

El rumor en ambiguo está: a algunos más violenta de lo justo les
pareció la diosa, otros la alaban y digna de su severa

virginidad la llaman; las partes encuentran cada una sus
causas. 255 Sola de Júpiter la esposa no tanto de si lo culpa o
lo aprueba

diserta, cuanto del desastre de la casa nacida de Agenor se goza, y, de su tiria rival recabado, transfiere

de su stirpe a los socios su odio: sobreviene, he aquí, que a la previa, una causa reciente, y se duele de que grávida de la simiente del del gran 260 Júpiter esté Sémele. Entonces su lengua en disputas desata:

«¿He conseguido qué, pues, tantas veces con las disputas?», dijo.

«A ella misma de buscar yo he; a ella, si máxima Juno

ritualmente me llamo, la perderé, si a mí con mi diestra, de gemas guarnecidos,

los cetros sostener me honra, si soy reina, y de Júpiter 265

la hermana y la esposa -cierto la hermana-. Mas, pienso yo, 'con el hurto se ha contentado ella, y del tálamo breve es la injuria nuestro': ha concebido, esto faltaba, y manifiestos los crímenes lleva

en su útero pleno, y madre, lo que apenas a mí me ha tocado, del único Júpiter quiere hacerse: tanta es su confianza en su hermosura. 270 Que la engañe a ella haré, y no soy Saturnia, si no,

por el Júpiter suyo sumergida, penetra en las estigias ondas».

Se levanta tras esto de su solio y en una fulva nube recóndita al umbral acude de Sémele y no las nubes antes eliminó

de simularse una vieja y de ponerse a las sienes canas 275 y surcarse la piel de arrugas y curvados con tembloroso paso sus miembros llevar; su voz también la hizo de vieja, y la propia era Béroe, de Sémele la epidauria nodriza.

Así pues, cuando buscada conversación y mucho tiempo hablando al nombre vinieron de Júpiter, suspira y: «Pido 280

Júpiter que sea», dice, «temo, aun así, todo: muchos en nombre de los divinos en tálamos entraron pudorosos.

Y no, aun así, que sea Júpiter bastante es; dé una prenda de su amor, si sólo el verdadero éste es, y tan grande y cual por la alta

Juno es recibido, tan grande y tal, pedirásle, 285 te dé a ti sus abrazos, y sus insignias antes coja».

Con tales palabras a la ignorante Cadmeida Juno

había formado: le ruega ella a Júpiter, sin nombre, un regalo.

cui deus 'elige!' ait 'nullam patriere repulsam, quoque magis credas, Stygii quoque conscia sunto 290 numina torrentis: timor et deus ille deorum est.' laeta malo nimiumque potens perituraque amantis obsequio Semele 'qualem Saturnia' dixit 'te solet amplecti, Veneris cum foedus initis, da mihi te talem!' voluit deus ora loquentis 295 opprimere: exierat iam vox properata sub auras. ingemuit; neque enim non

haec optasse, neque ille non iurasse potest. ergo maestissimus
altum aethera conscendit vultuque sequentia traxit nubila, quis
nimbos inmixtaque fulgura ventis 300 addidit et tonitrus et
inevitabile fulmen;

qua tamen usque potest, vires sibi demere temptat nec, quo
centimanum deiecerat igne Typhoea, nunc armatur eo: nimium
feritatis in illo est.

est aliud levius fulmen, cui dextra cyclopum 305 saevitiae
flammaeque minus, minus addidit irae: tela secunda vocant
superi; capit illa domumque intrat Agenoream. corpus mortale
tumultus

non tulit aetherios donisque iugalibus arsit. imperfectus adhuc
infans genetricis ab alvo 310 eripitur patrioque tener (si credere
dignum est) insuitur femori maternaque tempora complet. furtim
illum primis Ino matertera cunis

educat, inde datum nympphae Nyseides antris occuluere suis
lactisque alimenta dedere. 315

Dumque ea per terras fatali lege geruntur tutaque bis geniti
sunt incunabula Bacchi, forte Iovem memorant diffusum
nectare curas seposuisse graves vacuaque agitasse remissos
cum Iunone iocos et 'maior vestra profecto est, 320 quam quae
contingit maribus' dixisse 'voluptas.'

illa negat. placuit quae sit sententia docti quaerere Tiresiae:
Venus huic erat utraque nota. nam duo magnorum viridi
coeuntia silva corpora serpentum baculi violaverat ictu 325
deque viro factus (mirabile) femina septem egerat autumnos;
octavo rursus eosdem

vidit, et 'est vestrae si tanta potentia plagae' dixit, 'ut auctoris
sortem in contraria mutet,

nunc quoque vos feriam.' percussis anguibus isdem 330 forma
prior rediit, genetivaque venit imago. arbiter hic igitur sumptus
de lite iocosa

dicta Iovis firmat: gravius Saturnia iusto nec pro materia fertur
doluisse sui que

iudicis aeterna damnavit lumina nocte; 335 at pater
omnipotens (neque enim licet inrita cuiquam facta dei fecisse
deo) pro lumine adempto

scire futura dedit poenamque levavit honore.

Ille per Aonias fama celeberrimus urbes inreprehensa dabat
populo responsa petenti; 340 prima fide vocisque ratae
temptamina sumpsit caerula Liriope, quam quondam flumine
curvo implicuit clausaeque suis Cephisos in undis

A la cual el dios: «Elige», le dice, «ningún rechazo sufrirás,
y para que más lo creas, del estigio torrente también cómplices
290 han de ser los númenes: el temor y el dios él de los dioses
es».

Alegre con su mal y demasiado pudiendo y próxima a morir de
su amante

por la complacencia, Sémele: «Cual la Saturnia», dijo,
«te suele abrazar, de Venus cuando al pacto entráis,
date a mí tal». Quiso el dios la boca de quien hablaba 295 tapar:
había salido ya su voz apresurada bajo las auras.

Gimió hondo, y puesto que ni ella no haber deseado, ni él no
haber jurado puede, así pues, afligidísimo, al alto

éter ascendió y con su rostro obedientes a las nubes

arrastró, a las que borrascas, y mezclados relámpagos con
vientos 300 añadió y truenos y el inevitable rayo.

Con todo, hasta donde puede, fuerzas a sí quitarse intenta
y no con el fuego que al centímano había derribado, a Tifeo,
ahora ármase con ése: demasiada fiereza en él hay.

Hay otro más leve rayo, al que la diestra de los Cíclopes 305 de
violencia y de llama menos, menos añadió de ira:

armas segundas los llaman los altísimos; los empuña a ellos y
en la casa

entra Agenórea. El cuerpo mortal los tumultos
no soportó etéreos, y con los dones conyugales ardió.
Inacabado todavía el pequeño, del vientre de su genetriz 310 es
arrebatado y, tierno, si de creer digno es, cóselo dentro
de su paterno muslo y los maternos tiempos completa.
Furtivamente a él en sus primeras cunas Ino, su tía materna,
lo cría, después, dado a ellas, las ninfas Niseidas en las
cavernas lo ocultaron suyas y de leche alimentos le dieron. 315

Tiresias

Y mientras estas cosas por las tierras, según fatal ley, pasan,
y seguros del dos veces nacido están los paños de cuña, de
Baco,

por azar que Júpiter, recuerdan, disipado él por el néctar, sus
cuidados había apartado graves, y con la desocupada Juno
agitaba

remisos juegos, y: «Mayor el vuestro en efecto es, 320 que el que
toca a los varones», dijo, «el placer».

Ella lo niega; les pareció bien cuál fuera la sentencia preguntar
del docto Tiresias: Venus para él era, una y otra, conocida, pues
de unas grandes serpientes, uniéndose en la verde

espesura, sus dos cuerpos a golpe de su báculo había
violentado, 325 y, de varón, cosa admirable, hecho hembra,
siete

otoños pasó; al octavo de nuevo las mismas

vio y: «Es si tanta la potencia de vuestra llaga», dijo, «que de su
autor la suerte en lo contrario mude:

ahora también os heriré». Golpeadas las culebras mismas, 330
su forma anterior regresa y nativa vuelve su imagen.

El árbitro este, pues, tomado sobre la lid jocosa,

las palabras de Júpiter afirma; más gravemente la Saturnia de
lo justo, y no en razón de la materia, cuéntase que se dolió,

y de su juez con una eterna noche dañó las luces. 335

Mas el padre omnipotente -puesto que no es lícito vanos a
ningún dios los hechos hacer de un dios-, por la luz arrebatada,
saber el futuro le dio y un castigo alivió con un honor.

Narciso y Eco

Él, por las aonias ciudades, por su fama celebradísimo,
irreprochables daba al pueblo que las pedía sus respuestas. 340

La primera, de su voz, por su cumplimiento ratificada, hizo la
comprobación

la azul Liríope, a la que un día en su corriente curva estrechó, y
encerrada el Cefiso en sus ondas

vim tulit: enixa est utero pulcherrima pleno infantem nymphe,
iam tunc qui posset amari,³⁴⁵ Narcissumque vocat. de quo
consultus, an esset tempora maturae visurus longa senectae,
fatidicus vates 'si se non noverit' inquit. vana diu visa est vox
auguris: exitus illam

resque probat letique genus novitasque furoris. 350 namque ter
ad quinos unum Cephisius annum addiderat poteratque puer
iuvenisque videri:

multi illum iuvenes, multae cupiere puellae; sed fuit in tenera
tam dura superbia forma,

nulli illum iuvenes, nullae tetigere puellae. 355 adspicit hunc
trepidus agitantem in retia cervos vocalis nymphe, quae nec
reticere loquenti

nec prior ipsa loqui didicit, resonabilis Echo.

fuerza le hizo. Expulsó de su útero pleno bellísima

un pequeño la ninfa, ya entonces que podría ser amado, ³⁴⁵ y
Narciso lo llama, del cual consultado si habría

los tiempos largos de ver de una madura senectud, el fatídico
vate: «Si a sí no se conociera», dijo.

Vana largo tiempo parecióle la voz del augur: el resultado a ella,

y la realidad, la hace buena, y de su muerte el género, y la
novedad de su furor. 350

Pues a su tercer quinquenio un año el Cefisio

había añadido y pudiera un muchacho como un joven parecer.

Muchos jóvenes a él, muchas muchachas lo desearon.

Pero -hubo en su tierna hermosura tan dura soberbia-

ninguno a él, de los jóvenes, ninguna lo conmovió, de las

muchachas. 355 Lo contempla a él, cuando temblorosos

azuzaba a las redes a unos ciervos, la vocal nifa, la que ni a

callar ante quien habla,

ni primero ella a hablar había aprendido, la resonante Eco.

Corpus adhuc Echo, non vox erat et tamen usum 359 Un
cuerpo todavía Eco, no voz era, y aun así, un uso,

garrula non alium, quam nunc habet, oris habebat, 360 360

gárrula, no distinto de su boca que ahora tiene tenía: 360

reddere de multis ut verba novissima posset. 361 que

devolver, de las muchas, las palabras postreras pudiese.

fecerat hoc Iuno, quia, cum deprendere posset 362 Había

hecho esto Juno, porque, cuando sorpender pudiese

sub Iove saepe suo nymphas in monte iacentis, 363 bajo el

Júpiter suyo muchas veces a ninfas en el monte yaciendo,

illa deam longo prudens sermone tenebat, 364 ella a la diosa,
prudente, con un largo discurso retenía

dum fugerent nymphae. postquam hoc Saturnia sensit, 365

365 mientras huyeran las ninfas. Después de que esto la
Saturnia sintió: 365

'huius' ait 'linguae, qua sum delusa, potestas 366 «De esa»,
dice, «lengua, por la que he sido burlada, una potestad

parva tibi dabitur vocisque brevissimus usus,' 367 pequeña a
ti se te dará y de la voz brevísimo uso».

reque minas firmat. tantum haec in fine loquendi 368 Y
con la realidad las amenazas confirma; aun así ella, en el final
del hablar,

ingeminat voces auditaque verba reportat. 369 gemina
las voces y las oídas palabras reporta.

ergo ubi Narcissum per devia rura vagantem 370 370 Así
pues, cuando a Narciso, que por desviados campos vagaba,
370

vidit et incaluit, sequitur vestigia furtim, 371 vio y se
encendió, sigue sus huellas furtivamente,

quoque magis sequitur, flamma propiore calescit, 372 y
mientras más le sigue, con una llama más cercana se enciende,

non aliter quam cum summis circumlita taedis 373 no de otro
modo que cuando, untados en lo alto de las teas,

admotas rapiunt vivacia sulphura flammis. 374 a ellos
acercadas, arrebatan los vivaces azufres las llamas.

o quotiens voluit blandis accedere dictis 375 375 Oh
cuántas veces quiso con blandas palabras acercársele 375

et mollis adhibere preces! natura repugnat 376 y dirigirle
tiernas súplicas. Su naturaleza en contra pugna,

nec sinit, incipiat, sed, quod sinit, illa parata est 377 y no
permite que empiece; pero, lo que permite, ella dispuesta está

expectare sonos, ad quos sua verba remittat. 378 a esperar
sonidos a los que sus palabras remita.

forte puer comitum seductus ab agmine fido 379 Por azar el
muchacho, del grupo fiel de sus compañeros apartado

dixerat: 'ecquis adest?' et 'adest' responderat Echo. 380 380
había dicho: «¿Alguien hay?», y «hay», había respondido
Eco. 380

hic stupet, utque aciem partes dimittit in omnis, 381 Él
quédase suspendido y cuando su penetrante vista a todas
partes dirige,

voce 'veni!' magna clamat: vocat illa vocantem. 382 con voz
grande: «Ven», clama; llama ella a aquel que llama.

respicit et rursus nullo veniente 'quid' inquit 383 Vuelve la
vista y, de nuevo, nadie al venir: «¿Por qué», dice,

'me fugis?' et totidem, quot dixit, verba recepit. 384 «me huyes?», y tantas, cuantas dijo, palabras recibe.

perstat et alternae deceptus imagine vocis 385 385 Persiste y, engañado de la alterna voz por la imagen: 385

'huc coeamus' ait, nullique libentius umquam 386 «Aquí unámonos», dice, y ella, que con más gusto nunca

responsura sono 'coeamus' rettulit Echo 387 respondería a ningún sonido: «Unámonos», respondió Eco,

et verbis favet ipsa suis egressaque silva 388 y las palabras secunda ella suyas, y saliendo del bosque

ibat, ut iniceret sperato bracchia collo; 389 caminaba para echar sus brazos al esperado cuello.

ille fugit fugiensque 'manus complexibus aufer! 390 390 Él huye, y al huir: «¡Tus manos de mis abrazos quita! 390

ante' ait 'emoriar, quam sit tibi copia nostri'; 391 Antes», dice, «pereceré, de que tú dispongas de nos».

rettulit illa nihil nisi 'sit tibi copia nostri!' 392 Repite ella nada sino: «tú dispongas de nos».

spreta latet silvis pudibundaque frondibus ora 393

Despreciada se esconde en las espesuras, y pudibunda con frondas su cara

protegit et solis ex illo vivit in antris; 394 protege, y solas desde aquello vive en las cavernas.

sed tamen haeret amor crescitque dolore repulsae; 395 395

Pero, aun así, prendido tiene el amor, y crece por el dolor del rechazo, 395

extenuant vigiles corpus miserabile curae 396 y atenúan, vigilantes, su cuerpo desgraciado las ansias,

adducitque cutem macies et in aera sucus 397 y contrae su piel la delgadez y al aire el jugo

corporis omnis abit; vox tantum atque ossa supersunt: 398

todo de su cuerpo se marcha; voz tan solo y huesos restan:

vox manet, ossa ferunt lapidis traxisse figuram. 399 la voz queda, los huesos cuentan que de la piedra cogieron la figura.

inde latet silvis nulloque in monte videtur, 400 400 Desde entonces se esconde en las espesuras y por nadie en el monte es vista, 400

omnibus auditur: sonus est, qui vivit in illa. 401 por todos oída es: el sonido es el que vive en ella.

Sic hanc, sic alias undis aut montibus ortas 402 Así a ésta, así a las otras, ninfas en las ondas o en los montes

luserat hic nymphas, sic coetus ante viriles; inde manus aliquis despectus ad aethera tollens

'sic amet ipse licet, sic non potiatur amato!' 405 dixerat:
adsensit precibus Rhamnusia iustis.

fons erat inlimis, nitidis argenteus undis,
quem neque pastores neque pastae monte capellae contigerant
aliudve pecus, quem nulla volucris

nec fera turbarat nec lapsus ab arbore ramus; 410 gramen
erat circa, quod proximus umor alebat, silvaque sole locum
passura tepescere nullo.

hic puer et studio venandi lassus et aestu procubuit faciemque
loci fontemque secutus, dumque sitim sedare cupit, sitis altera
crevit, 415 dumque bibit, visae correptus imagine formae

spem sine corpore amat, corpus putat esse, quod umbra est.
adstupet ipse sibi vultuque inmotus eodem haeret, ut e Pario
formatum marmore signum; spectat humi positus geminum,
sua lumina, sidus 420 et dignos Baccho, dignos et Apolline
crines inpubesque genas et eburnea colla decusque

oris et in niveo mixtum candore ruborem,

cunctaque miratur, quibus est mirabilis ipse:

se cupit inprudens et, qui probat, ipse probatur, 425 dumque
petit, petitur, pariterque accendit et ardet. inrita fallaci quotiens
dedit oscula fonti,

in mediis quotiens visum captantia collum bracchia mersit aquis
nec se deprendit in illis! quid videat, nescit; sed quod videt,
uritur illo, 430 atque oculos idem, qui decipit, incitat error.

credule, quid frustra simulacra fugacia captas? quod petis, est nusquam; quod amas, avertere, perdes! ista repercussae, quam cernis, imaginis umbra est: nil habet ista sui; tecum venitque manetque;⁴³⁵ tecum discedet, si tu discedere possis!

Non illum Cereris, non illum cura quietis abstrahere inde potest, sed opaca fusus in herba spectat inexpleto mendacem lumine formam perque oculos perit ipse suos; paulumque levatus ⁴⁴⁰ ad circumstantes tendens sua bracchia silvas 'ecquis, io silvae, crudelius' inquit 'amavit?

scitis enim et multis latebra opportuna fuistis. ecquem, cum vestrae tot agantur saecula vitae, qui sic tabuerit, longo meministis in aevo? ⁴⁴⁵ et placet et video; sed quod videoque placetque,

non tamen invenio'++tantus tenet error amantem++ 'quoque magis doleam, nec nos mare separat ingens nec via nec montes nec clausis moenia portis; exigua prohibemur aqua! cupit ipse teneri: ⁴⁵⁰ nam quotiens liquidis porreximus oscula lymphis, hic totiens ad me resupino nititur ore.

posse putes tangi: minimum est, quod amantibus obstat. quisquis es, huc exi! quid me, puer unice, fallis quove petitus abis? certe nec forma nec aetas ⁴⁵⁵ est mea, quam fugias, et amarunt me quoque nymphae! spem mihi nescio quam vultu promittis amico, cumque ego porrexi tibi bracchia, porrigis ultro, cum risi, adrides; lacrimas quoque saepe notavi

me lacrimante tuas; nutu quoque signa remittis 460 et,
quantum motu formosi suspicor oris,

originadas, había burlado él, así las uniones antes masculinas.
De ahí las manos uno, desdeñado, al éter levantando:

«Que así aunque ame él, así no posea lo que ha amado». 405
Había dicho. Asintió a esas súplicas la Ramnusia, justas.

Un manantial había impoluto, de nítidas ondas argénteo, que ni
los pastores ni sus cabritas pastadas en el monte habían
tocado, u otro ganado, que ningún ave

ni fiera había turbado ni caída de su árbol una rama; 410 grama
había alrededor, a la que el próximo humor alimentaba,
y una espesura que no había de tolerar que este lugar se
templara por sol alguno.

Aquí el muchacho, del esfuerzo de cazar cansado y del calor, se
postró, por la belleza del lugar y por el manantial llevado, y
mientras su sed sedar desea, sed otra le creció, 415

y mientras bebe, al verla, arrebatado por la imagen de su
hermosura, una esperanza sin cuerpo ama: cuerpo cree ser lo
que onda es.

Quédase suspendido él de sí mismo y, inmóvil con el rostro mismo, queda prendido, como de pario mármol formada una estatua.

Contempla, en el suelo echado, una geminada -sus luces- estrella, 420 y dignos de Baco, dignos también de Apolo unos cabellos,

y unas impúberas mejillas, y el marfileño cuello, y el decor de la boca y en el níveo candor mezclado un rubor,

y todas las cosas admira por las que es admirable él.

A sí se desea, imprudente, y el que aprueba, él mismo apruébase, 425 y mientras busca búscase, y al par enciende y arde.

Cuántas veces, inútiles, dio besos al falaz manantial.

En mitad de ellas visto, cuántas veces sus brazos que coger intentaban su cuello sumergió en las aguas, y no se atrapó en ellas.

Qué vea no sabe, pero lo que ve, se abrasa en ello, 430 y a sus ojos el mismo error que los engaña los incita.

Crédulo, ¿por qué en vano unas apariencias fugaces coger intentas? Lo que buscas está en ninguna parte, lo que amas, vuélvete: lo pierdes. Ésa que ves, de una reverberada imagen la sombra es:

nada tiene ella de sí. Contigo llega y se queda, 435 contigo se retirará, si tú retirarte puedas.

No a él de Ceres, no a él cuidado de descanso

abstraerlo de ahí puede, sino que en la opaca hierba
derramado contempla con no colmada luz la mendaz forma
y por los ojos muere él suyos, y un poco alzándose, 440 a las
circunstantes espesuras tendiendo sus brazos:

«¿Es que alguien, io espesuras, más cruelmente», dijo, «ha
amado? Pues lo sabéis, y para muchos guaridas oportunas
fuisteis.

¿Es que a alguien, cuando de la vida vuestra tantos siglos
pasan, que así se consumiera, recordáis, en el largo tiempo?
445

Me place, y lo veo, pero lo que veo y me place, no, aun así, hallo:
tan gran error tiene al amante.

Y por que más yo duela, no a nosotros un mar separa ingente,
ni una ruta, ni montañas, ni murallas de cerradas puertas.

Exigua nos prohíbe un agua. Desea él tenido ser, 450

pues cuantas veces, fluentes, hemos acercado besos a las
linfas, él tantas veces hacia mí, vuelta hacia arriba, se afana
con su boca.

Que puede tocarse creerías: mínimo es lo que a los amantes
obsta. Quien quiera que eres, aquí sal, ¿por qué, muchacho
único, me engañas, o a dónde, buscado, marchas? Ciertamente
ni una figura ni una edad 455 es la mía de la que huyas, y me
amaron a mí también ninfas.

Una esperanza no sé cuál con rostro prometes amigo,
y cuando yo he acercado a ti los brazos, los acercas de grado,
cuando he reído sonríes; lágrimas también a menudo he notado
yo al llorar tuyas; asintiendo también señas remites 460
y, cuanto por el movimiento de tu hermosa boca sospecho,

verba refers aures non pervenientia nostras! iste ego sum: sensi,
nec me mea fallit imago; uror amore mei: flammam moveoque
feroque. quid faciam? rogem ane rogem? quid deinde rogabo?
465 quod cupio mecum est: inopem me copia fecit. o utinam a
nostro secedere corpore possem!

votum in amante novum, vellem, quod amamus, abesset.

iamque dolor vires adimit, nec tempora vitae

longa meae superant, primoque exstinguor in aevo. 470 nec
mihi mors gravis est posituro morte dolores, hic, qui diligitur,
vellem diuturnior esset;

nunc duo concordem animam moriemur in una.'

Dixit et ad faciem rediit male sanus eandem et lacrimis turbavit
aqua, obscuraque moto 475 reddita forma lacu est; quam cum
vidisset abire, 'quo refugis? remane nec me, crudelis, amantem
desere!' clamavit; 'liceat, quod tangere non est, adspicere et
misero praebere alimenta furori!' dumque dolet, summa vestem
deduxit ab ora 480 nudaque marmoreis percussit pectora
palmis. pectora traxerunt roseum percussa ruborem,

non aliter quam poma solent, quae candida parte, parte rubent,
aut ut variis solet uva racemis ducere purpureum nondum
matura colorem. 485 quae simul adspexit liquefacta rursus in
unda, non tulit ulterius, sed ut intabescere flavae
igne levi cerae matutinaeque pruinae sole tepente solent, sic
attenuatus amore

liquitur et tecto paulatim carpitur igni; 490

et neque iam color est mixto candore rubori, nec vigor et vires
et quae modo visa placebant,

nec corpus remanet, quondam quod amaverat Echo. quae
tamen ut vidit, quamvis irata memorque, indoluit, quotiensque
puer miserabilis 'eheu' 495

dixerat, haec resonis iterabat vocibus 'eheu'; cumque suos
manibus percusserat ille lacertos, haec quoque reddebat
sonitum plangoris eundem. ultima vox solitam fuit haec
spectantis in undam: 'heu frustra dilecte puer!' totidemque
remisit 500

verba locus, dictoque vale 'vale' inquit et Echo. ille caput viridi
fessum submisit in herba, lumina mors clausit domini mirantia
formam:

tum quoque se, postquam est inferna sede receptus, in Stygia
spectabat aqua. planxere sorores 505

naides et sectos fratri posuere capillos, planxerunt dryades;
plangentibus adsonat Echo. iamque rogum quassasque faces
feretrumque parabant:

nusquam corpus erat; croceum pro corpore florem inveniunt
foliis medium cingentibus albis. 510

Cognita res meritam vati per Achaidas urbes attulerat famam,
nomenque erat auguris ingens; spernit Echionides tamen hunc
ex omnibus unus contemptor superum Pentheus praesagaque
ridet verba senis tenebrasque et cladem lucis ademptae 515
obicit. ille movens albentia tempora canis

'quam felix esses, si tu quoque luminis huius orbus' ait 'fieres, ne
Bacchica sacra videres!

palabras contestas que a los oídos no llegan nuestros...

Éste yo soy. Lo he sentido, y no me engaña a mí imagen mía:
me abraso en amor de mí, llamas nuevo y llamas llevo.

¿Qué he de hacer? ¿Sea yo rogado o ruegue? ¿Qué desde
ahora rogaré? 465

Lo que deseo conmigo está: pobre a mí mi provisión me hace.
Oh, ojalá de nuestro cuerpo separarme yo pudiera,

voto en un amante nuevo: quisiera que lo que amamos
estuviera ausente...

Y ya el dolor de fuerzas me priva y no tiempos a la vida
mía largos restan, y en lo primero me extingo de mi tiempo, 470
y no para mí la muerte grave es, que he de dejar con la muerte
los dolores.

Éste, el que es querido, quisiera más duradero fuese. Ahora dos,
concordes, en un aliento moriremos solo».

Dijo, y al rostro mismo regresó, mal sano,
y con lágrimas turbó las aguas, y oscura, movido 475

el lago, le devolvió su figura, la cual como viese marcharse:

«¿A dónde rehúyes? Quédate y no a mí, cruel, tu amante, me
abandona», clamó. «Pueda yo, lo que tocar no es, contemplar, y
a mi desgraciado furor dar alimento».

Y mientras se duele, la ropa se sacó arriba desde la orilla 480 y
con marmóreas palmas se sacudió su desnudo pecho.

Su pecho sacó, sacudido, de rosa un rubor,

no de otro modo que las frutas suelen, que, cándidas en parte,
en parte rojean, o como suele la uva en los varios racimos llevar
purpúreo, todavía no madura, un color. 485

Lo cual una vez contempló, transparente de nuevo, en la onda,
no lo soportó más allá, sino como consumirse, flavas,

con un fuego leve las ceras, y las matutinas escarchas, el sol al templarlas, suelen, así, atenuado por el amor, se diluye y poco a poco cárpese por su tapado fuego, 490 y ni ya su color es el de, mezclado al rubor, candor, ni su vigor y sus fuerzas, y lo que ahora poco visto complacía, ni tampoco su cuerpo queda, un día el que amara Eco.

La cual, aun así, cuando lo vio, aunque airada y memoriosa, hondo se dolió, y cuantas veces el muchacho desgraciado: «Ahay», 495 había dicho, ella con resonantes voces iteraba, «ahay».

Y cuando con las manos se había sacudido él los brazos suyos, ella también devolvía ese sonido, de golpe de duelo, mismo.

La última voz fue ésta del que se contemplaba en la acostumbrada onda:

«Ay, en vano querido muchacho», y tantas otras palabras 500 remitió el lugar, y dichose adiós, «adiós» dice también Eco.

Él su cabeza cansada en la verde hierba abajó, sus luces la muerte cerró, que admiraban de su dueño la figura. Entonces también, a sí, después que fue en la inferna sede recibido, en la estigia agua se contemplaba. En duelo se golpearon sus hermanas 505 las Náyades, y a su hermano depositaron sus cortados cabellos,

en duelo se golpearon las Dríades: sus golpes asuena Eco. Y ya la pira y las agitadas antorchas y el féretro preparaban:

en ninguna parte el cuerpo estaba; zafranada, en vez de cuerpo, una flor

encuentran, a la que hojas en su mitad ceñían blancas. 510

Penteo y Baco (I)

Conocida la cosa, una merecida fama al adivino por las acaidas ciudades aportó, y el nombre era del augur ingente;

le desdeñó el Equiónida, aun así, a él, de todos el único, despreciador de los altísimos, Penteo, y de las présagas palabras

se ríe del viejo y sus tinieblas y la calamidad de su luz arrancada 515 le imputa. Él, moviendo sus blanqueantes sienes de canas:

«Qué feliz serías si tú también de la luz esta

huérfano», dice, «quedaras, y los báquicos sacrificios no vieras.

namque dies aderit, quam non procul auguror esse, qua novus huc veniat, proles Semeleia, Liber, 520 quem nisi templorum fueris dignatus honore,

mille lacer spargere locis et sanguine silvas foedabis matremque tuam matrisque sorores. eveniet! neque enim

dignabere numen honore, meque sub his tenebris nimium
vidisse quereris.' 525 talia dicentem proturbat Echione natus;

dicta fides sequitur, responsaque vatis aguntur. Liber adest,
festisque fremunt ululatibus agri:

turba ruit, mixtaeque viris matresque nurusque vulgusque
proceresque ignota ad sacra feruntur. 530 'Quis furor,

anguigenae, proles Mavortia, vestras attonuit mentes?'

Pentheus ait; 'aerane tantum aere repulsa valent et adunco tibia
cornu

et magicae fraudes, ut, quos non bellicus ensis, non tuba

terruerit, non strictis agmina telis, 535 femineae voces et mota
insania vino obscenique greges et inania tympana vincant?

vosne, senes, mirer, qui longa per aequora vecti hac Tyron, hac
profugos posuistis sede penates,

nunc sinitis sine Marte capi? vosne, acrior aetas, 540 o iuvenes,
propiorque meae, quos arma tenere, non thyrsos, galeaque tegi,

non fronde decebat? este, precor, memores, qua sitis stirpe
creati, illiusque animos, qui multos perdidit unus, sumite

serpentis! pro fontibus ille lacuque 545 interiit: at vos pro fama
vincite vestra!

ille dedit leto fortes: vos pellite molles

et patrium retinete decus! si fata vetabant stare diu Thebas,
utinam tormenta virique

moenia diruerent, ferrumque ignisque sonarent! 550 essemus
miseri sine crimine, sorsque querenda, non celanda foret,
lacrimaeque pudore carerent; at nunc a puero Thebae capientur
inermi,

quem neque bella iuvant nec tela nec usus equorum, sed
madidus murra crinis mollesque coronae 555 purpuraque et
pictis intextum vestibus aurum,

quem quidem ego actutum (modo vos absistite) cogam
adsumptumque patrem commentaque sacra fateri. an satis
Acrisio est animi, contemnere vanum numen et Argolicas
venienti claudere portas: 560 Penthea terrebit cum totis advena
Thebis?

ite citi' (famulis hoc imperat), 'ite ducemque attrahite huc
vinctum! iussis mora segnis abesto!' hunc avus, hunc Athamas,
hunc cetera turba suorum corripiunt dictis frustra que inhibere
laborant. 565 acrior admonitu est iritaturque retenta
et crescit rabies remoraminaque ipsa nocebant: sic ego
torrentem, qua nil obstabat eunti, lenius et modico strepitu
decurrere vidi;

at quacumque trabes obstructaque saxa tenebant, 570
spumeus et fervens et ab obice saevior ibat.

Ecce cruentati redeunt et, Bacchus ubi esset, quaerenti domino
Bacchum vidisse negarunt;

'hunc' dixere 'tamen comitem famulumque sacrorum cepimus'
et tradunt manibus post terga ligatis 575 sacra dei quendam
Tyrrhena gente secutum.

adspicit hunc Pentheus oculis, quos ira tremendos

Pues un día llegará, que no lejos auguro que está,
en el que nuevo aquí venga, prole de Sémele, Líber, 520
al cual, si no de sus templos hubieres dignado con el honor,
por mil lugares destrozado te esparcirás y de sangre las
espesuras mancharás, y a la madre tuya, y de tu madre a las
hermanas.

Ocurrirá, puesto que no dignarás al numen con su honor,
y de que yo, en estas tinieblas, demasiado he visto te quejarás».
525 Al que tal decía empuja de Equión el nacido;

a sus palabras la confirmación sigue, y las respuestas del
adivino suceden.

Líber llega, y con festivos alaridos rugen los campos:

la multitud se lanza y, mezcladas con los hombres madres y
nueras, pueblo y próceres a los desconocidos sacrificios vanse.
530

«¿Qué furor, hijos de la serpiente, prole de Mavorte, las mentes
ha suspendido vuestras?», Penteo dice; «¿los bronces tanto, con

bronces percutidos, pueden, y de combado cuerno la tibia y los
mágicos engaños, que a quienes no la bélica espada,
no la tuba aterrara, no de empuñadas armas las columnas, 535
voces femeninas y movida una insania del vino
y obscenos rebaños e inanes tímpanos venzan?

¿A vosotros, ancianos, he de admirar, quienes, por largas
superficies viajando en esta sede vuestra Tiro, en ésta vuestros
prófugos penates pusisteis, ahora permitís que sin Marte se os
captive? ¿O a vosotros, más áspera edad, 540 oh, jóvenes, y
más cercana a la mía, a los que armas sostener,

no tirsos, y de gálea cubriros, no de fronda, decoroso era?

Tened, os ruego, presente, de qué estirpe fuisteis creados
y ánimos cobrad de aquella, que a muchos perdió ella sola, la
serpiente. Por sus manantiales ella y su lago 545 pereció: mas
vosotros por la fama venced vuestra.

Ella dio a la muerte a valientes; vosotros rechazad a unos
débiles y el honor retened patrio. Si los hados vedaban
que se alce largo tiempo Tebas, ojalá que máquinas y hombres
sus murallas derruyeran, y hierro y fuego sonaran. 550 Seríamos
desgraciados sin crimen y nuestra suerte de lamentar,
no de esconder habríamos, y nuestras lágrimas de pudor
carecerían; mas ahora Tebas es cautivada por un muchacho
inerte,

al que ni las guerras agradan ni las armas ni el uso de caballos,
sino empapado de mirra el pelo y las muelles coronas 555

y la púrpura y entretejido en las pintas ropas el oro,

al cual, ciertamente, yo ahora mismo -vosotros sólo apartaos-
obligaré a que supuesto a su padre, e inventados sus
sacrificios, confiese.

¿Es que bastante valor Acrisio tiene para desdeñar el vano
numen, y las argólicas puertas, al venir, cerrarle, 560

y a Penteo aterrorizará, con toda Tebas, ese extranjero?

Id rápidos -a sus sirvientes esto impera-, id y a su jefe

atraed aquí atado. De mis órdenes la demora lenta se aparte».

A él su abuelo, a él Atamante, a él la restante multitud de los
suyos lo corren con sus razones y en vano por contenerlo se
esfuerzan; 565 más áspera con la advertencia es, y se excita
retenida

y crece su rabia, y las moderaciones mismas perjudiciales eran:
así yo al torrente, por donde nada se le oponía al él pasar,

más dulcemente y con módico estrépito bajar he visto;

mas, por donde quiera que un tronco o en contra erigidas rocas
lo sujetaban, 570

espúmeo e hirviente y por el impedimento más salvaje iba. He
aquí que cruentos vuelven y, Baco dónde estuviera,

a su señor, que preguntaba, que a Baco habían visto negaron.

«A éste», dijeron, «aun así, su compañero y servidor de sus sacrificios capturamos», y entregan, las manos tras la espalda atadas, 575

los sacrificios del dios a uno, del tirreno pueblo, que había seguido.

Lo contempla a él Penteo, con ojos que la ira estremecedores

fecerat, et quamquam poenae vix tempora differt, 'o periture tuaque aliis documenta dature

morte,' ait, 'ede tuum nomen nomenque parentum 580

et patriam, morisque novi cur sacra frequentes!'

ille metu vacuus 'nomen mihi' dixit 'Acoetes, patria Maeonia est, humili de plebe parentes. non mihi quae duri colerent pater arva iuveni,

lanigerosve greges, non ulla armenta reliquit; 585 pauper et ipse fuit linoque solebat et hamis decipere et calamo salientis ducere pisces.

ars illi sua census erat; cum traderet artem, "accipe, quas habeo, studii successor et heres," dixit "opes," moriensque mihi nihil ille reliquit 590 praeter aquas: unum hoc possum adpellare

paternum. mox ego, ne scopulis haererem semper in isdem,
addidici regimen dextra moderante carinae

flectere et Oleniae sidus pluviale capellae Taygetenque
Hyadasque oculis Arctonque notavi 595 ventorumque domos et
portus puppibus aptos. forte petens Delum Chiae telluris ad
oras adplicor et dextris adducor litora remis

doque levis saltus udaeque inmittor harenae:

nox ibi consumpta est; aurora rubescere primo 600 coeperat:
exsurgo laticesque inferre recentis admoneo monstroque viam,
quae ducat ad undas; ipse quid aura mihi tumulo promittat ab
alto prospicio comitesque voco repetoque carinam. "adsumus
en" inquit sociorum primus Opheltes, 605 utque putat, praedam
deserto nactus in agro, virginea puerum ducit per litora forma.

ille mero somnoque gravis titubare videtur

vixque sequi; specto cultum faciemque gradumque: nil ibi, quod
credi posset mortale, videbam. 610

et sensi et dixi sociis: "quod numen in isto corpore sit, dubito;
sed corpore numen in isto est! quisquis es, o faveas nostrisque
laboribus adsis;

his quoque des veniam!" "pro nobis mitte precari!" Dictys ait,
quo non alius conscendere summas 615 ocior antemnas
prensoque rudente relabi.

hoc Libys, hoc flavus, prorae tutela, Melanthus, hoc probat
Alcimedon et, qui requiemque modumque voce dabat remis,
animorum hortator, Epopeus,

hoc omnes alii: praedae tam caeca cupido est. 620

"non tamen hanc sacro violari pondere pinum perpetiar" dixi:
"pars hic mihi maxima iuris" inque aditu obsisto: furit
audacissimus omni de numero Lycabas, qui Tusca pulsus ab
urbe exilium dira poenam pro caede luebat; 625 is mihi, dum
resto, iuvenali guttura pugno rupit et excussum misisset in
aequora, si non haesissem, quamvis amens, in fune retentus.

incipia turba probat factum; tum denique Bacchus (Bacchus enim
fuerat), veluti clamore solutus 630 sit sopor aque mero redeant
in pectora sensus, "quid facitis? quis clamor?" ait "qua, dicite,
nautae, huc ope perveni? quo me deferre paratis?"

"pone metum" Proreus, "et quos contingere portus

hiciera, y aunque de los castigos apenas los tiempos difiere:

«Oh, quien has de morir y que con la muerte tuya has de dar
enseñanza a otros»,

dice, «revela tu nombre y el nombre de tus padres 580

y tu patria, y, de costumbre nueva, por qué estos sacrificios
frecuentas».

Los navegantes tirrenos

Él, de miedo vacío: «El nombre mío», dijo, «Acetes, mi patria Meonia es, de la humilde plebe mis padres.

No a mí, que duros novillos cultivaran, mi padre campos, o lanadas greyes, no manadas algunas me dejó; 585 pobre también él fue y con lino solía y anzuelos

engañar, y con cálamo coger, saltarines peces.

Esta arte suya su hacienda era; al transmitirme su arte:

«Recibe, las que tengo, de mi esfuerzo sucesor y heredero», dijo, «estas riquezas», y al morir a mí nada él me dejó 590 salvo aguas: sólo esto puedo denominar paterno.

Pronto yo, para no en las peñas quedarme siempre mismas,

aprendí además el gobernalle de la quilla, por mi diestra moderado, a guiar, y de la Cabra Olenia la estrella pluvial,

y Taígete y las Híadas y en mis ojos la Ursa anoté, 595

y de los vientos las casas, y los puertos para las popas aptos.

Por azar yendo a Delos, de la quía tierra a las orillas

me acoplo, y me acerco a los litorales con diestros remos, y doy unos leves saltos y me meto en la húmeda arena:

la noche cuando consumida fue -la Aurora a rojecer a lo primero 600 empezaba-, me levanto, y linfas que traigan recientes

encomiendo, y les muestro la ruta que lleve a esas ondas; yo, qué el aura a mí prometa, desde un túmulo alto exploro, y a los compañeros llamo y regreso a la quilla.

«Aquí estamos», dice de los socios el primero, Ofeltes, 605 y, según cree que botín en el desierto campo hallado ha, de virgínea hermosura a un muchacho conduce por los litorales. Él, de vino puro y sueño pesado, titubar parece, y apenas seguirle; miro su ornato, su faz y su paso: nada allí que creerse pudiera mortal veía. 610

Lo sentí y lo dije a mis socios: «Qué numen en este cuerpo hay, dudo; pero en el cuerpo este una divinidad hay. Quien quiera que eres, oh, sénos propicio, y nuestros afanes asiste; a estos también des tu venia». «Por nosotros deja de suplicar»,

Dictis dice, que él no otro en ascender a lo alto 615 de las entenas más raudo, y estrechando la escota descender; esto Libis, esto el flavo, de la proa tutela, Melanto, esto aprueba Alcimedonte y quien descanso y ritmo con su voz daba a los remos, de los ánimos estímulo, Epopeo, esto todos los otros: de botín tan ciego el deseo es. 620

«No, aun así, que este pino se viole con su sagrado peso toleraré», dije; «la parte mía aquí la mayor es del derecho»,

y en la entrada me opongo a ellos. Se enfurece el más audaz de todo el grupo, Licabas, que expulsado de su toscana ciudad, exilio como castigo por un siniestro asesinato cumplía. 625 Él a mí, mientras resisto, con su juvenil puño la garganta me rompió, y golpeado me habría mandado a las superficies si no me hubiera yo quedado, aunque amente, en una cuerda retenido. La impía multitud aprueba el hecho; entonces por fin Baco,

pues Baco fuera, cual si por el clamor disipado 630

sea el sopor, y del vino vuelvan a su pecho sus sentidos,

«¿Qué hacéis? ¿Cuál este clamor?», dice. «Por qué medio, decid, aquí he arribado? ¿A dónde a llevarme os disponéis?».

«Deja tu miedo», Proreo, «y qué puertos alcanzar,

ede velis!" dixit; "terra sistere petita." 635 "Naxon" ait Liber

"cursus advertite vestros! illa mihi domus est, vobis erit hospita tellus." per mare fallaces perque omnia numina iurant sic fore meque iubent pictae dare vela carinae.

dextera Naxos erat: dextra mihi lintea danti 640 "quid facis,

o demens? quis te furor," inquit "Acoete," pro se quisque,

"tenet? laevam pete!" maxima nutu pars mihi significat, pars

quid velit ore susurro. obstipui "capiat" que "aliquis

moderamina!" dixi meque ministerio scelerisque artisque

removi. 645 increpor a cunctis, totumque inmurmurat agmen;

e quibus Aethalion "te scilicet omnis in uno nostra salus posita est!" ait et subit ipse meumque explet opus Naxoque petit diversa relicta.

tum deus inludens, tamquam modo denique fraudem 650
senserit, e puppi pontum prospectat adunca et flenti similis
"non haec mihi litora, nautae,

promisistis" ait, "non haec mihi terra rogata est! quo merui
poenam facto? quae gloria vestra est, si puerum iuvenes, si
multi fallitis unum?" 655 iamdudum flebam: lacrimas manus
in pia nostras ridet et inpellit properantibus aequora remis.

per tibi nunc ipsum (nec enim praesentior illo est deus) adiuro,
tam me tibi vera referre

quam veri maiora fide: stetit aequore puppis 660 haud aliter,
quam si siccam navale teneret.

illi admirantes remorum in verbere perstant velaque deducunt
geminaque ope currere temptant: inpediunt hederæ remos
nexusque recurvo

serpunt et gravidis distinguunt vela corymbis. 665 ipse
racemiferis frontem circumdatus uvis pampineis agitatur velatam
frondibus hastam;

quem circa tigres simulacraque inania lyncum pictarumque
iacent fera corpora pantherarum. exsiluere viri, sive hoc insania
fecit 670 sive timor, primusque Medon nigrescere toto corpore

et expresso spinæ curvamine flecti incipit. huic Lycabas "in
quæ miracula" dixit "verteris?" et lati rictus et panda loquenti
naris erat, squamamque cutis durata trahebat. 675 at Libys
obstantis dum vult obvertere remos,

in spatium resilire manus breve vidit et illas iam non esse
manus, iam pinnas posse vocari. alter ad intortos cupiens dare
bracchia funes

bracchia non habuit truncoque repandus in undas 680 corpore
desiluit: falcata novissima cauda est, qualia dividuæ sinuantur
cornua lunæ.

undique dant saltus multaque adspergine rorant emerguntque
iterum redeuntque sub æquora rursus inque chori ludunt
speciem lascivaque iactant 685 corpora et acceptum patulis
mare naribus efflant. de modo viginti (tot enim ratis illa ferebat)
restabam solus: pavidum gelidumque trementi corpore vixque
meum firmat deus "excute" dicens "corde metum Diamque
tene!" delatus in illam 690 accessi sacris Baccheaque sacra
frequentio.'

di, quieres», dijo, «en la tierra pedida se te dejará». 635

«A Naxos», dice Líber, «los cursos volved vuestros.

Aquella la casa mía es, para vosotros será hospitalaria tierra».

Por el mar, falaces, y por todos los númenes juran
que así sería, y a mí me ordenan a la pinta quilla dar velas.
Diestra Naxos estaba: por la diestra a mí, que linos daba: 640
«¿Qué haces, oh demente? ¿Qué furor hay en ti» dice,
«Acetes?».

Por sí cada uno teme: «A la izquierda ve». La mayor parte
con un gesto me indica, parte qué quiere en el oído me susurra.
Quedéme suspendido y: «Coja alguno los gobernalles», dije,
y del ministerio de la impiedad y del de mi arte me privé. 645
Me increpan todos, y todo murmura el grupo,
de los cuales Etalión: «Así es que toda en ti solo
nuestra salvación depositada está», dice, y sube y él mismo la
obra cumple mía y Naxos abandonada, marcha a lo opuesto.
Entonces el dios, burlándose, como si ahora al fin el engaño 650
sintiera, desde la popa combada el ponto explora,
y al que llora semejante: «No estos litorales, marineros»,
«a mí me prometisteis», dice, «no esta tierra por mí rogada ha
sido».

¿Por qué hecho he merecido este castigo? ¿Cuál la gloria
vuestra es, si a un muchacho unos jóvenes, si muchos engañáis
a uno?». 655 Hacía tiempo lloraba yo: de las lágrimas nuestras
ese puñado impío se ríe y empuja las superficies con
apresurados remos.

Por él mismo a ti ahora -y no más presente que él
hay un dios- te juro, que tan verdaderas cosas yo a ti te refiero
como mayores que de la verdad la fe: se quedó quieta en la
superficie la popa 660

no de otro modo que si su seco astillero la retuviera. Ellos,
asombrándose, de los remos en el golpe persisten y las velas
bajan, y con geminada ayuda correr intentan. Impiden hiedras
los remos y con su nexo recurvo serpean y con grávidos
corimbos separan las velas. 665 Él, de racimadas uvas su frente
circundado,

agita su velada asta de pampíneas frondas;

del cual alrededor, tigres y apariencias inanes de lince, y de
pintas panteras yacen los fieros cuerpos.

Fuera saltaron los hombres, bien si esto la insania hizo 670 o si
el temor, y el primero Medón a negrecer empezó

por el cuerpo y en una prominente curvatura de su espina a
doblarse empieza. A éste Licabas: «¿En qué portentos», dijo,

«te tornas?», y anchas las comisuras y encorvada del que
hablaba la nariz era y escama su piel endurecida sacaba. 675

Mas Libis, que se resistían, mientras quiere revolver los remos, a
un espacio breve atrás saltar sus manos vio, y que ellas

ya no eran manos, que ya aletas podían llamarse.

Otro, a las enroscadas cuerdas deseando echar los brazos,
brazos no tenía y, recorvado, con un trunco cuerpo 680

a las olas saltó: falcada en lo postrero su cola es, cuales de la
demediada luna se curvan los cuernos.

Por todos lados dan saltos y con su mucha aspersion todo
rocían y emergen otra vez y regresan bajo las superficies de
nuevo

y de un coro en la apariencia juegan y retozones lanzan 685 sus
cuerpos y el recibido mar por sus anchas narinas exhalan. De
hace poco veinte -pues tantos la balsa aquella llevaba-
quedaba solo yo: pávido y helado, temblándome

el cuerpo, y apenas en mí, me afirma el dios, «Sacude»,
diciendo,

«de tu corazón el miedo y Día alcanza». Arribado a ella 690
accedí a sus sacrificios y los báqueos sacrificios frecuento».

'Praebuimus longis' Pentheus 'ambagibus aures,' inquit 'ut ira
mora vires absumere posset. praecipitem, famuli, rapite hunc
cruciataque diris corpora tormentis Stygiae demittite nocti!' 695
protinus abstractus solidis Tyrrhenus Acoetes clauditur in tectis;
et dum crudelia iussae instrumenta necis ferrumque ignesque
parantur, sponte sua patuisse fores lapsasque lacertis

sponte sua fama est nullo solvente catenas. 700 Perstat
Echionides, nec iam iubet ire, sed ipse
vadit, ubi electus facienda ad sacra Cithaeron cantibus et clara
bacchantum voce sonabat.

ut fremit acer equus, cum bellicus aere canoro signa dedit
tubicen pugnaeque adsumit amorem, 705 Penthea sic ictus
longis ululatibus aether movit, et audito clamore recanduit ira.

Monte fere medio est, cingentibus ultima silvis, purus ab
arboribus, spectabilis undique, campus: hic oculis illum
cernentem sacra profanis 710 prima videt, prima est insano
concita cursu,

prima suum misso violavit Penthea thyrsos mater et 'o geminae'
clamavit 'adeste sorores! ille aper, in nostris errat qui maximus
agris,

ille mihi feriendus aper.' ruit omnis in unum 715 turba furens;
cunctae coeunt trepidumque sequuntur, iam trepidum, iam
verba minus violenta loquentem, iam se damnantem, iam se
peccasse fatentem. saucius ille tamen 'fer opem, matertera'
dixit 'Autonoe! moveant animos Actaeonis umbrae!' 720 illa, quis
Actaeon, nescit dextramque precanti abstulit, Inoo lacerata est
altera raptu.

non habet infelix quae matri bracchia tendat, trunca sed
ostendens dereptis vulnera membris 'adspice, mater!' ait. visis
ululavit Agaue 725 collaque iactavit movitque per aera crinem
avulsumque caput digitis complexa cruentis clamat: 'io comites,

opus hoc victoria nostra est! non citius frondes autumni frigore
tactas

iamque male haerentes alta rapit arbore ventus, 730 quam sunt
membra viri manibus direpta nefandis. talibus exemplis
monitae nova sacra frequentant turaque dant sanctasque
colunt Ismenides aras.

Penteo y Baco (II)

«Hemos prestado a tus largos», Penteo, «rodeos oídos» dice,
«para que mi ira con la demora fuerzas soltar pudiera.

De cabeza, servidores, llevaos a éste, y tras ser torturados con
siniestros

tormentos sus miembros, bajadlos a estigia noche». 695 En
seguida, arrastrado el tirreno Acetes, en sólidos techos es
encerrado; y mientras los crueles instrumentos de la ordenada
muerte y hierro y fuegos se preparan,

por sí mismas se abrieron las puertas y deslizáronse de sus
brazos, por sí mismas, fama es, sin que nadie las soltara, sus
cadenas. 700

Persiste el Equiónida y no ya ordena ir, sino que él mismo
camina adonde, elegido para hacerse los sacrificios, el Citerón
con cantos y clara de las bacantes la voz sonaba.

Como brama áspero el caballo cuando, bélico, con su bronce
canoro, señales dio el trompeta, y de la batalla cobra el amor,
705

a Penteo así, herido por los largos aullidos, el éter conmueve, y
oído el clamor de nuevo se encandeció su ira.

Del monte casi en la mitad hay, con espesuras los extremos
ciñendo, puro de árboles, visible de todas partes, un llano:

Aquí a él, que con ojos profanos contemplaba los sacrificios,
710 la primera vio, la primera arrojóse con insana carrera,

la primera al Penteo suyo violentó arrojándole su tirso su madre
y: «Oh, gemelas hermanas», clamó, «acudid. Ese jabalí que en
nuestros campos vaga, inmenso,

ese jabalí yo de herir he». Se lanza toda contra uno solo 715

la multitud enfurecida, todas se unen y tembloroso le persiguen,
ya tembloroso, ya palabras menos violentas diciendo,

ya a sí condenándose, ya que él había pecado confesando.

Herido él, aun así: «Préstame ayuda, tía», dijo,

«Autónoe. Muevan tus ánimos de Acteón las sombras». 720 Ella
qué Acteón no sabe y la diestra del que suplicaba arrancó, de
Ino lacerada fue la otra por el rapto.

No tiene, infeliz, qué brazos a su madre tender,

sino trucas mostrando las heridas de los arrebatados
miembros:

«Contéplame, madre», dice. A aquello que vio aulló Ágave 725
y su cuello agitó y movió por los aires su melena,

y arrancándole la cabeza, a ella abrazada con dedos cruentos
clama: «Io, compañeras, esta obra la victoria nuestra es».

No más rápido unas frondas, por el frío del otoño tocadas, y ya
mal sujetas, las arrebató de su alto árbol el viento, 730

que fueron los miembros del hombre por manos nefandas
despedazados.

Con tales ejemplos advertidas los nuevos sacrificios frecuentan
e inciensos dan y honran las Isménides las santas aras.

CUARTO LIBRO

Alcitoe Minida se rehúsa a aceptar el culto de Baco, y niega temerariamente que éste sea hijo de Júpiter; la misma impiedad es cometida por sus hermanas (1-4).

El sacerdote había dispuesto celebrar una fiesta, y que las mujeres dejaran sus ocupaciones y, cubiertas el pecho con una piel, suelto y adornado de guirnaldas el cabello, tomado el tirso en las manos, asistieran a los ritos del dios; les advirtió, además, que de no hacer lo mandado, atraerían sobre sí la ira divina. Lo acatan todas y queman incienso en sus altares, e invocan a Baco usando de sus muchos nombres: Baco, Bromio, Lieo, hijo del fuego, el dos veces nacido, el único que tiene dos madres, y Niseo y Tioneo y Leneo y Nictelio y Eleleo y Yaco y Evan y Líber y otros muchísimos que los griegos le dan (4-17).

Aquí, hace el poeta un elogio del dios: su juventud sin extinción, su eterna infancia, su hermosura suprema que lo distingue en el cielo; su cabeza virginal, cuando está sin cuernos; sus victorias sobre el Oriente, hasta la India y el Ganges, y sobre la impiedad de Penteo y Licurgo y los marinos tirrenos que pretendían raptarlo; su carro tirado por linceos, su cortejo donde van las bacantes y los sátiros y el viejo Sileno, el clamor juvenil que lo sigue, las mujeres que por él cantan y tocan tímpanos y flautas (17-30).

En tanto las ismenias aplacan y veneran al dios, las Minidas, en su morada, no respetan la festividad y se dedican a los trabajos de Minerva. Mientras lo hacen, una de ellas propone, para hacer más ligera su ocupación, narrar algo que entretenga sus oídos; consienten las otras y le piden que comience.

Duda ella si contará la historia de Dercetis cambiada en pez o la de su hija convertida en ave, o la de la náyade que volvió en peces a los jóvenes y padeció la misma suerte, o la de cómo la morera mudó de color de sus frutos de blancos a negros, y decide referir esta última (31-52).

Píramo y Tisbe, jóvenes hermosísimos, habitaban en Babilonia casas vecinas; a causa de esta vecindad, se conocieron y se amaron, pero los padres de ambos se opusieron a que contrajeran matrimonio; no obstante, fueron incapaces de impedirles el amor. Una grieta sólo por ellos advertida en la pared que separaba sus casas, les permitía comunicarse en secreto, y decirse tiernas palabras; y aunque reconocían que la pared rajada les era benévola por esa razón, se quejaban de que no les consintiera unirse con todo su cuerpo. Luego de quejarse así, se separaron en una ocasión, dándose intangibles besos (53-80).

Al día siguiente, hablándose con quejas en el lugar acostumbrado, deciden que en la noche habrán de salir de sus casas a encontrarse, burlando la custodia a que están sujetos, y que fuera de la ciudad se reunirán cerca de la tumba de Nino, bajo un árbol cargado de blancos frutos erguido al lado de una

fuente. Cuando se va la luz y se hacen las sombras, Tisbe, astuta, abre la puerta de su morada y, tras engañar a sus guardias, sale de la ciudad, y, osada por el amor, llega a sentarse al lugar convenido. Entonces, una leona, con el hocico todavía lleno de sangre por la matanza que acababa de hacer en un rebaño, se acerca a saciar su sed en la fuente próxima. Tisbe, que la mira, huye a ocultarse en una gruta, y al hacerlo deja caer inadvertidamente su velo. Después de haber bebido, vuelve la fiera a la selva, y encuentra en su camino el velo caído y lo desgarró y ensangrienta (81-104) .

Por su parte Píramo, que había salido más tarde, al llegar al sitio de la cita advierte en el polvo las huellas de la leona, y se atemoriza. Y cuando halla el ensangrentado velo de Tisbe, creyéndola muerta, se lamenta, considerándose culpable por haberla hecho venir a aquel lugar, y no haber llegado él primero. Levanta luego el velo de la amada y va con él bajo el árbol, y allí, besándolo y

llorando, le habla pidiéndole que acepte también su sangre, y en seguida se clava su espada en los ijares; cae él y salta su sangre, con la cual se ennegrecen los blancos frutos del árbol que era una morera (105-127) .

Todavía miedosa, regresa entonces ella en busca del amado, ansiosa de contarle el peligro de que se había salvado, y al percibir el color de los frutos del árbol, duda si éste será el que

habían convenido como punto de reunión. En esto, ve un cuerpo que pulsa con los miembros el suelo sangriento, y retrocede pálida y estremecida. Pero cuando reconoce a Píramo, se golpea los brazos, lamentándose; suelta el cabello, lo abraza llorando sobre sus heridas, y besándolo, se nombra, rogándole al amante que abra los ojos y la mire. Al oír el nombre de aquella a quien ama, obedece Píramo, y la ve un instante, al cabo del cual se hunde en la muerte (128146).

Ella viendo su velo y la vacía vaina de la espada, adivina lo ocurrido, y se determina a morir también, con la fuerza que el amor le da, decidida así a no separarse del amado. Pero antes de llevar a término su decisión, ruega a los padres de ambos que los sepulten en el mismo túmulo, y al árbol bajo el cual están, que como monumento de la enamorada sangre de ambos conserve negros para siempre los frutos. Los padres y los dioses atendieron sus súplicas, pues los huesos de los dos fueron puestos en la misma urna, y las moras maduras son, desde entonces, negras (147-166).

Cuando calló la primera de las Minidas, comenzó a hablar otra, Leucónoe, para narrar los amores del Sol. Este dios había sido el primero en percatarse de las uniones adulterinas de Venus y Marte, al enterarse de las cuales se dolió y las delató a Vulcano, el marido de aquélla, quien planeó sorprenderlos en flagrante. Con ese fin, fabricó éste redes más tenues que telarañas, y las dispuso en torno del lecho culpable. Cuando los amantes se acostaron allí y se abrazaron, se encontraron presos en ellas.

Llamó Vulcano a los dioses para que los vieran, y uno de éstos dijo que así querría verse aprisionado con Venus. Rieron los demás, y la historia fue muy conocida en el cielo (167-189).

Citerea no perdonó al Sol que la hubiera denunciado, y para vengarse hizo que se enamorara. Allí, de nada sirven al Sol su hermosura y su lumbre. Él, que arde la tierra con su fuego, es ardido por el fuego del amor; él, que debe mirarlo todo, solamente puede ya mirar a Leucótoe, la virgen a quien ama. Y a causa del amor, se levanta antes y se pone después de lo debido, y alarga, por tener más tiempo para mirarla, los días del invierno; se eclipsa a las veces, y palidece por el amor, no porque se le oponga la imagen de la luna. Por Leucótoe, olvida el Sol a Climene y a Rodos y a la madre de Circe y a Clicia. Leucótoe era hija de Eurínome, la más bella del país de los aromas, a la cual venció en belleza. Su padre fue Órcamo, rey de las ciudades persas, el séptimo a partir de Belo (190-214).

Una noche, en tanto que sus caballos descansan y reparan sus fuerzas para el trabajo del día siguiente, el Sol, habiendo tomado la apariencia de Eurínome, entra en la alcoba de Leucótoe, y, luego de haber hecho salir a las doce criadas de ésta, se da a conocer y la deslumbra y la viola, sin que ella proteste (215-233).

Clicia, celosa, divulga los hechos y los hace saber al padre de Leucótoe quien, para castigarla y sin tomar en cuenta que ésta le decía que había sido forzada, la sepulta y pone sobre ella un

túmulo de arena, que el Sol disipa a fin de que Leucótoe pueda salir. Pero Leucótoe yace difunta ya.

Dicen que esta muerte fue lo más doloroso para el Sol después de la de Faetón; él intentó primero de volver la vida a Leucótoe, y al no poder hacerlo, y para darle la facultad de tornar al aire, la mudó a una vara de incienso, que asomó por entre el túmulo (234-255).

A partir de ese momento, el Sol no volvió a acercarse a Clicia, quien, enloquecida de amor, se sentó bajo el cielo en la tierra desnuda, y se estuvo así nueve días alimentándose sólo de rocío y de lágrimas. Su único movimiento era el de su rostro, que se volvía siempre hacia el Sol. Cuentan que entonces se adhirió al suelo, y su color, pálido en parte y en parte rubores, se convirtió, respectivamente, en verdes hojas y en flor semejante a la viola. Allí, fija por una raíz, vuelve siempre esa flor —su rostro— al Sol a quien sigue amando, a pesar de haber sido mudada (256-270).

Admiradas las que oían la historia, dudan, unas, que sea verídica; otras la admiten, considerando que todo es posible para los dioses verdaderos, entre quienes no incluyen a Baco.

Piden luego que hable Alcítoe, quien luego de advertir que se abstendría de contar las historias de Dafnis, transformado en roca por una ninfa, o de Sitón, que fue sucesivamente hombre y mujer,

o de Celmis, vuelto en acero, o de Croco, quien lo mismo que Esmílace fue vuelto en flor, comienza a referir la causa de que la fuente Salmacis enerve y afemine los cuerpos que tocan sus aguas (271- 287).

Un hijo de Venus y Mercurio fue criado por las náyades en las grutas del Ida; él, así como reunía en el rostro los rasgos de los de sus padres, unía en su nombre el nombre de ellos. Cuando cumplió quince años de edad, abandonó el Ida y se dedicó a vagar ocioso por lugares desconocidos. Así llegó a Licia, donde encontró una fuente translúcida hasta el fondo y cercada de verdes márgenes.

Habitaba la fuente una ninfa, la única de las náyades que no era seguidora de Diana, pues, en lugar de consagrarse a la caza, encontraba deleite en su propio arreglo y en la admiración de su propia hermosura; ociosa ella también, se rodeaba de las aguas o se tendía en las riberas o cortaba las flores. En una ocasión en que las cortaba, vio al hijo de Venus y Mercurio, y quiso poseerlo. Pero antes de acercársele se arregló para parecer hermosa. Le habló entonces, admirando la dicha de quienes pudieran ser amados por él: sus padres, sus hermanos, su nodriza y, principalmente, su novia o su prometida, y se ofreció a serle ésta, si no tuviera ya alguna, o a tener con él amores ocultos, si ya la tuviera. Se ruborizó el niño, y le convino el rubor. Atemorizado, se negó a los abrazos de la ninfa, y la amenazó con irse. Fingió ésta renunciar a su deseo, y, apartándose, se ocultó entre los árboles para seguirlo viendo.

Él entonces, tentado por la claridad y la templanza de las ondas, se desnuda para sumergirse en ellas. Arde Salmacis de amor al verlo sin ropas, y se contiene mal en su anhelo de gozarlo, hasta que al fin, mientras aquél nada, ella se desnuda también y entra con él en el agua, y, a pesar de su oposición, lo besa y lo acaricia y lo abraza.

Sigue resistiendo el nieto de Atlas; pero ella se adhiere a su cuerpo, y pide a los dioses jamás ser separada de él. Y los dioses la oyen, pues el cuerpo de ambos se mezcla, como una planta que crece injertada en otra. Así, su cuerpo toma una doble forma en que hombre y mujer están juntos y no pueden distinguirse.

Cuando Hermafrodito sintió que había perdido características varoniles, rogó a sus padres que, tal como le había ocurrido a él, los hombres que se bañaran en esa fuente se ablandaran afeminándose. Venus y Mercurio, para complacerlo, infectaron la fuente y le concedieron lo que les había rogado (288-388).

Así acababan de narrar las Minidas, que con su trabajo profanaban la fiesta de Baco, cuando se oyeron sonos de tímpanos y flautas, y se sintieron olores de mirra y azafrán. Aunque parezca increíble, las telas verdes se echaron follaje de hiedra; parte de ellas se cambia en vid y se llena de sarmientos y pámpanos y uvas.

Era el crepúsculo. Temblaron entonces los techos, y parecieron arder las lámparas y la morada, y ulular imágenes de fieras. Las

Minidas, que hacía tiempo se ocultaban temerosas evitando la luz, se empequeñecieron; una membrana se extendió por sus miembros: alas tenues que mueven sus brazos. Y no podían verse, porque estaban en la oscuridad, y volaban con alas sin plumas, y al querer hablar produjeron un chillido difícilmente audible. Mudadas así, se ocultan en las casas, y odian la luz y vuelan de noche, y tienen el nombre de Véspero (389-415).

En toda Tebas se adoraba entonces a Baco, y su tía materna, la única de las hermanas que no había sufrido, publicaba sus poderes. Juno, que la miraba, no lo soportó, y recordando el modo como el dios había convertido en delfines a los nautas, y había hecho que Penteo fuera desgarrado por su madre y las Minidas convertidas en murciélagos, resolvió seguir su ejemplo y sumergir a Ino en la locura (416-431).

Baja entonces al infierno por un camino inclinado, tácito y oscuro. Las almas de los recientemente muertos llegan allí, ignorando dónde esté el palacio de Plutón. La ciudad tiene puertas innumerables abiertas siempre, y su capacidad carece de límite. Parte de las almas, yerra; parte frecuenta el foro, parte, la morada real; parte imita los trabajos que realizó en vida; parte sufre castigos merecidos (432-446).

Tan grandes son la ira y el odio de Juno, que la hacen dejar el cielo y bajar hasta allí. Cruje el umbral bajo el peso de su cuerpo, y Cerbero ladra con sus tres bocas. Juno invoca entonces a las Furias. Se sentaban éstas ante las puertas de la cárcel, y peinaban las sierpes que tenían en lugar de

cabellos, pero se levantan en cuanto reconocen a Juno.

Ese lugar del infierno se llama criminal. Allí Ticio, tendido en nueve yugadas, era desgarrado, y los alimentos y el agua huían de Tántalo, y Sísifo subía su roca, y giraba Ixión en su rueda, y las Danaides vertían agua en su tonel sin fondo (447-463).

Juno ve torvamente a todos éstos, a Ixión el primero, y luego, mirando a Sísifo, se pregunta por qué él es castigado mientras Atamas, que con su esposa la había despreciado, reina entre riquezas. En seguida, dice a las Furias el motivo de su llegada y lo que de ellas solicita: que se arruine el linaje de Cadmo, y la locura haga criminal a Atamas. Tisífone le responde que tenga por hecho lo que pide. Regresa alegre Juno a su morada celeste, donde Iris la purifica con agua (464-480).

Sin demora, Tisífone toma una antorcha ensangrentada, se cubre con un manto, se ciñe con una serpiente y sale de su casa. La acompañan el Luto, el Pavor, el Terror y la Insania.

Cuando se detuvo en el umbral de la morada de Atamas, dicen que temblaron las jambas y palidieron las puertas y todo se obscureció. Se aterraron Atamas y su esposa, y buscaron la salida que les impidió la Furia sentándose a la entrada y extendiendo los brazos anudados de sierpes, y haciendo sonar las serpientes de su cabeza sacudida. De éstas apartó dos y las arrojó sobre Ino y Atamas, a quienes infectaron sin herirlos. Fue sólo su mente la que recibió el daño.

También había traído Tisifone venenos líquidos, espuma del hocico triple de Cerbero, ponzoña de Equidna, y locura y olvido de la mente, y crimen, rabia, ansia de matar. Todo esto, mezclado con una vara verde de cicuta, lo vierte entonces en el pecho de los esposos, y les agita las entrañas. Tras hacer girar la antorcha encendida, regresa, habiendo cumplido las órdenes de Juno, al infierno, donde se descíñe la serpiente que había tomado (481-511).

Enloquecido, Atamas llama a sus compañeros y les pide tender las redes de caza en torno de la selva, en donde piensa que vio una leona con dos cachorros. A continuación, como si fueran las de esa leona, sigue las huellas de su esposa, del seno de la cual toma a su hijo Learco a quien, habiéndolo confundido con un leoncillo, triza contra una peña. Conmovida Ino toma a Melicertes, su otro hijo, y huye ululando y con la cabellera en desorden. "Evoe, Baco", grita, y Juno ríe al oírla, y se burla del provecho que Baco le procura entonces.

Hay sobre el mar un escollo hueco en su parte inferior; Ino lo escala llevando a su hijo en los brazos, y se arroja a las aguas desde su cima; allí Venus, compadecida, pide a Neptuno que se compadezca de ellos, y Neptuno la atiende y, quitando de Ino y Melicertes cuanto tenían de mortal, los convierte en dioses marinos; aquélla fue Leucotea, y éste, Palemón (512-542).

Las compañeras de Ino, ignorando ese hecho, la creyeron muerta cuando encontraron sus últimas huellas en la cima de la roca; lamentaron entonces la ruina de la casa de Cadmo y

odiaron a Juno por su demasiada crueldad. No sufriendo esto, la diosa las castigó, transformando a unas de ellas en escollos y a otras en aves marinas (543-562).

Cadmo, abrumado por el pesar que le causó considerar muertos a su hija y su nieto, y vencido por tan grandes males abatidos sobre él, abandona su ciudad y acompañado por su esposa llega a Iliria, donde ambos rememoran el origen de su casa. Al recordar a la serpiente a quien dio muerte y cuyos dientes sembró como semillas, pide a los dioses convertirse en serpiente él mismo. Al punto comienza a alargarse y a cubrirse de escamas y a ennegrecerse y variar con manchas cerúleas, y se unen sus piernas formando punta. Ya sólo le quedan humanos los brazos y el rostro; tendiendo aquéllos, habla a su esposa, le pide que se acerque y le tome la mano. Y no puede decirle más, porque la lengua se le bifurca, y un silbido es la única voz que le queda (563-589). Dolorida, la esposa se golpea el pecho y ruega a los dioses, a su vez, ser transformada también en serpiente.

Y mientras Cadmo le lame el rostro y la acaricia y la abraza, aterrorizando a los que presencian el prodigio, ella lo acaricia también. Finalmente, cambiada a su turno en serpiente, se dirige junto con él al bosque vecino. Recordando que fueron humanos, incluso hoy las serpientes no hieren ni temen al hombre (590-603).

Consuelo de la mutación de su forma, fue para ellos Baco, a Quien daban culto la India y Grecia. Solamente Acrisio le

negaba la entrada en su ciudad y lo combatía, y pensaba que Perseo, su propio nieto, a quien Júpiter había engendrado en Dánae convertido en lluvia de oro, no era en verdad hijo de este dios. Finalmente se arrepiente de ambas cosas, cuando ve a Baco en el cielo, y a Perseo

trayendo en vuelo la cabeza de Medusa.

Cuando éste volaba sobre Libia, cayeron al suelo, de la cortada cabeza, gotas de sangre de las cuales nacieron serpientes que infestaron la región. De allí es arrastrado sin rumbo como nube de lluvia, y mira desde el cielo las tierras y circunvuela el orbe; pasa tres veces por las Osas; tres, por Cáncer, y ya toca el ocaso, ya toca el oriente (604-626).

Al atardecer, se detiene en el occidente, reino de Atlas, y busca allí el descanso mientras pasa la noche. Atlas, más grande que todos los hombres, reinaba en esta última parte de la tierra, donde está el mar que recibe a los caballos del Sol cuando llegan al término de su tarea diurna. Allí tenía innumerables greyes y ganados, y estaba libre de vecindades que pudieran pisar su suelo. Sus árboles eran áureos, con ramas y frutos de oro (627-638).

Perseo, llegándose a él, le pidió hospitalidad, para lo cual se le presentó como hijo de Júpiter y consumidor de admirables hazañas. Pero Atlas recordaba un oráculo antiguo de Temis, según el cual un hijo del máximo dios habría de despojar sus

manzanos de oro, y para evitar su cumplimiento había cercado de montes sus pomares y les había puesto como guardián una enorme serpiente; además, alejaba de sus territorios a cualquier extranjero que viniera a ellos. Por esa razón, trató de apartar también a Perseo quien, viendo que sus palabras eran inútiles, lo petrificó mostrándole la cabeza de Medusa. Atlas quedó convertido en monte altísimo, lleno de selvas y cimas y rocas, sobre el cual descansó el cielo estrellado (639-662).

Eolo había encerrado a los vientos en sus cárceles, y había surgido el Lucero que marca el principio de los trabajos humanos. Perseo, entonces, se ciñe otra vez los talares y la corva espada, y levanta nuevamente el vuelo. Pasa así por encima de los etíopes y los cefeos, en cuya región Andrómeda, inocente, había sido condenada para castigar la presunción de su madre. La ve Perseo encadenada a un peñasco, y, absorto, arde de amor por su hermosura. Detenido en el aire, le pregunta la razón por la cual la aprisionan aquellas cadenas. Al principio, ella no se atreve a contestarle; pero luego de ruborizarse y llorar, responde a Perseo, porque éste no vaya a juzgarla culpable, y le narra la confianza que su madre había tenido en su propia hermosura. En eso, es interrumpida por el estruendo de la llegada de una bestia ingente que se acercaba viniendo desde el mar (663-690).

Gritan la virgen y sus padres, que estaban cerca de ella y que la abrazan llorando. Entonces les habla Perseo, y luego de darse a conocer por su linaje y por su victoria sobre la Gorgona, les

ofrece salvar a Andrómeda si ellos se comprometen a dársela en matrimonio. Los padres no dudan en acceder, y además prometen que Andrómeda será dotada con un reino (691-705).

Como un navío que adelanta de prisa a fuerza de remos, avanza la bestia hasta quedar a tiro de honda. Salta Perseo hacia las nubes, impulsándose con los pies, y la sombra que proyecta en el mar es atacada por aquélla. En seguida, el héroe la asalta como el águila a la serpiente, y la hiere de espada. La herida bestia se alza y se abaja y se retuerce al modo del jabalí entre la jauría. La elude Perseo, y busca llagarla en donde sus escamas se abren. El mar se enrojece de sangre, y de sangre se mojan los talares del héroe, quien asiéndose con la mano izquierda de la saliente de un escollo, con la derecha acuchilla repetidamente los ijares de su enemigo, dándolo a la muerte (706-734).

Aplauden ruidosamente los testigos de la hazaña, y Casiopea y Cefeo saludan gozosos como yerno a Perseo, y Andrómeda es libertada de sus cadenas.

El héroe se lava las manos, y mientras lo hace deja en el suelo la cabeza de Medusa, bajo la cual ha puesto hojas y blandas varas nacidas en el fondo del mar. Éstas se endurecen al contacto del monstruo. Admiradas por el hecho, las ninfas marinas intentan repetirlo, y lo consiguen. Desde entonces, queda a los corales la misma cualidad de ser blandos bajo el agua y tomar rigidez al ser tocados del aire (735-752).

Perseo coloca tres altares sobre la hierba: el de la izquierda para Mercurio, para Minerva el de la derecha, y el del centro para Júpiter, e inmola a esos dioses las víctimas convenientes. En seguida, sin esperar a recibir la dote prometida, se roba a Andrómeda. Amor e Himeneo agitan sus antorchas, humean aromas los altares y se adorna el palacio con guirnaldas. Suena música de liras, flautas y cantos. Se abren las puertas, dando paso a los próceres que asisten al banquete nupcial (753-764).

Al término de éste, alegres todos por las viandas y el vino, el Lincida pide a Perseo que les

cuenta cómo pudo vencer a Medusa.

Accede Perseo, y narra el modo como robó a las Fórcidas, que habitan bajo el Atlas, el único ojo que entre las tres poseían, y luego cómo, pasando por entre sitios apartados y temerosos, había llegado a la casa de las gorgonas, cuyos alrededores estaban llenos de efigies pétreas de hombres y fieras. Él, usando como espejo el bronce del escudo, había visto a Medusa, y aprovechando que dormía la había degollado; de la sangre que brotara de su garganta, nacieron entonces Crisaor y Pegaso.

De continuo, refirió Perseo sus peligros y sus viajes; cuando hubo callado, alguien le preguntó por qué, de las gorgonas, solamente Medusa tenía serpientes en la cabellera. Perseo respondió que Medusa fue notable por su belleza, y que lo más

bello que tuvo fue el cabello; pero Minerva, indignada porque su templo fue profanado por Neptuno que en él violó a aquélla, le mudó en serpientes los cabellos. Ahora, la diosa aterra a los enemigos llevando sobre su pecho tales serpientes, obra suya (765-803).

At non Alcithoe Minyeias orgia censet accipienda dei, sed adhuc temeraria Bacchum progeniem negat esse Iovis sociasque sorores impietatis habet. festum celebrare sacerdos inunesque operum famulas dominasque suorum 5 pectora pelle tegi, crinales solvere vittas,

serta coma, manibus frondentis sumere thyrsos iusserat et saevam laesi fore numinis iram vaticinatus erat: parent matresque nurusque telasque calathosque infectaque pensa reponunt 10

turaque dant Bacchumque vocant Bromiumque Lyaeumque ignigenamque satumque iterum solumque bimatrem; additur his Nyseus indetonsusque Thyoneus

et cum Lenaeo genialis consitor uvae

Nycteliusque Eleleusque parens et Iacchus et Euhan, 15

et quae praeterea per Graias plurima gentes nomina, Liber, habes. tibi enim inconsumpta iuventa est, tu puer aeternus, tu formosissimus alto

conspiceris caelo; tibi, cum sine cornibus adstas,

virgineum caput est; Oriens tibi victus, adusque 20 decolor
extremo qua tinguitur India Gange.

Pentheia tu, venerande, bipenniferumque Lycurgum sacrilegos
mactas, Tyrrhenaque mittis in aequor corpora, tu biugum pictis
insignia frenis

colla premis lyncum. bacchae satyrique sequuntur, 25 quique
senex ferula titubantis ebrius artus sustinet et pando non
fortiter haeret asello. quacumque ingrederis, clamor iuvenalis et
una femineae voces impulsaque tympana palmis concavaque
aera sonant longoque foramine buxus. 30

'Placatus mitisque' rogant Ismenides 'adsis,' iussaue sacra
colunt; solae Minyeides intus intempestiva turbantes festa
Minerva

aut ducunt lanas aut stamina pollice versant

aut haerent telae famulasque laboribus urgent. 35 e quibus
una levi deducens pollice filum

'dum cessant aliae commentaque sacra frequentant, nos
quoque, quas Pallas, melior dea, detinet' inquit, 'utile opus
manuum vario sermone levemus

perque vices aliquid, quod tempora longa videri 40

1 Mas no Alcítoe la Mineia estima que las orgias

2 deban acogerse del dios, sino que todavía, temeraria, que
Baco

3 progenie sea de Júpiter niega y socias a sus hermanas

4 de su impiedad tiene. La fiesta celebrar el sacerdote

5 -y, descargadas de los trabajos suyos, a las sirvientas y
sus dueñas 5

6 sus pechos con piel cubrirse, sus cintas para el pelo
desatarse,

7 guirnaldas en su melena, en sus manos poner frondosos
tirsos-

8 había ordenado, y que salvaje sería del dios ofendido la ira

9 vaticinado había: obedecen madres y nueras

10 y sus telas y cestos y los no hechos pesos de hilo guardan,
10

11 e inciensos dan, y a Baco llaman, y a Bromio, y a Lieo,

12 y al hijo del fuego y al engendrado dos veces y al único
bimadre;

13 se añade a éstos Niseo, e intonsurado Tioneo

14 y, con Leneo, el natal plantador de la uva

15 y Nictelio y padre Eleleo y Iaco y Euhan 15

16 y cuantos además, numerosos, por los griegos pueblos

17 nombres, Líber, tienes; pues tuya la inagotable juventud
es,
18 tú muchacho eterno, tú el más hermoso en el alto cielo
19 contemplado eres; cuando sin cuernos estás, virgínea
20 la cabeza tuya es; el Oriente por ti fue vencido, hasta allí,
20
21 donde la decolor India se ciñe del extremo Ganges.
22 A Penteo tú, venerando, y a Licurgo, el de hacha de doble
ala,
23 sacrílegos, inmolas, y los cuerpos de los tirrenos mandas
24 al mar, tú, insignes por sus pintos frenos, de tus biyugues
25 lince los cuellos oprimes. Las Bacas y los Sátiros te
siguen, 25
26 y el viejo que con la caña, ebrio, sus titubantes miembros
27 sostiene, y no fuertemente se sujeta a su encorvado
burrito.
28 Por donde quiera que entras, un clamor juvenil y, a una,
29 femeninas voces y tímpanos pulsados por palmas,
30 y cóncavos bronces suenan, y de largo taladro el boj. 30
31 «Plácido y suave», ruegan las Isménides, «vengas»,
32 y los ordenados sacrificios honran; solas las Mineides,
dentro,

33 turbando las fiestas con intempestiva Minerva,
34 o sacan lanas o las hebras con el pulgar viran
35 o prendidas están de la tela, y a sus sirvientas con labores
urgen; 35
36 de las cuales una, haciendo bajar el hilo con su ligero
pulgar:
37 «Mientras cesan otras e inventados sacrificios frecuentan,
38 nosotras también a quienes Palas, mejor diosa, detiene»,
dice,
39 «la útil obra de las manos con varia conversación
aliviamos
40 y por turnos algo, que los tiempos largos parecer 40

non sinat, in medium vacuas referamus ad aures!' dicta probant
primamque iubent narrare sorores. illa, quid e multis referat
(nam plurima norat), cogitat et dubia est, de te, Babylonia,
narret, Derceti, quam versa squamis velantibus artus 45 stagna
Palaestini credunt motasse figura,
an magis, ut sumptis illius filia pennis extremos albis in turribus
egerit annos,
nais an ut cantu nimiumque potentibus herbis verterit in tacitos
iuvenalia corpora pisces, 50 donec idem passa est, an, quae
poma alba ferebat ut nunc nigra ferat contactu sanguinis arbor:

hoc placet; hanc, quoniam vulgaris fabula non est, talibus orsa
modis lana sua fila sequente:

'Pyramus et Thisbe, iuvenum pulcherrimus alter, 55 altera, quas
Oriens habuit, praelata puellis, contiguas tenuere domos, ubi
dicitur altam coctilibus muris cinxisse Semiramis urbem.
notitiam primosque gradus vicinia fecit,

tempore crevit amor; taedae quoque iure coissent, 60

sed vetuere patres: quod non potuere vetare, ex aequo captis
ardebant mentibus ambo.

conscius omnis abest; nutu signisque loquuntur, quoque magis
tegitur, tectus magis aestuat ignis. fissus erat tenui rima, quam
duxerat olim, 65 cum fieret, paries domui communis utriusque.

id vitium nulli per saecula longa notatum++ quid non sentit
amor?++primi vidistis amantes et vocis fecistis iter, tutaeque
per illud

murmure blanditiae minimo transire solebant. 70 saepe, ubi
constiterant hinc Thisbe, Pyramus illinc, inque vices fuerat
captatus anhelitus oris,

"invide" dicebant "paries, quid amantibus obstas? quantum
erat, ut sineres toto nos corpore iungi aut, hoc si nimium est, vel
ad oscula danda pateres? 75 nec sumus ingrati: tibi nos debere
fatemur,

quod datus est verbis ad amicas transitus auris." talia diversa
nequiquam sede locuti

sub noctem dixere "vale" partique dedere

oscula quisque suae non pervenientia contra. 80 postera
nocturnos Aurora removerat ignes, solque pruinosas radiis
siccaverat herbas:

ad solitum coiere locum. tum murmure parvo multa prius questi
statuunt, ut nocte silenti

fallere custodes foribusque excedere temptent, 85 cumque
domo exierint, urbis quoque tecta relinquunt, neve sit errandum
lato spatiantibus arvo, convenient ad busta Nini lateantque sub
umbra arboris: arbor ibi niveis uberrima pomis,

ardua morus, erat, gelido contermina fonti. 90 pacta placent; et
lux, tarde discedere visa, praecipitatur aquis, et aquis nox exit
ab isdem.

'Callida per tenebras versato cardine Thisbe egreditur fallitque
suos adopertaque vultum pervenit ad tumulum dictaque sub
arbore sedit 95 audacem faciebat amor. venit ecce recenti
caede leaena boum spumantis oblita rictus

41 no permita, en medio contemos para nuestros vacíos
óidos».

42 Lo dicho aprueban y la primera le mandan narrar sus
hermanas.

43 Ella qué, de entre muchas cosas, cuente -pues muchísimas
conocía-

44 considera, y en duda está de si de ti, babilonia, narrar,

45 Dércetis, quien los Palestinos creen que, tornada su figura,
45

46 con escamas que cubrían sus miembros removi6 los
pantanos,

47 o más bien de cómo la hija de aquélla, asumiendo alas,

48 sus extremos años en las altas torres pasara,

49 o acaso cómo una náyade con su canto y sus demasiado
poderosas hierbas

50 tornara unos juveniles cuerpos en t6citos peces 50

51 hasta que lo mismo padeci6 ella, o, acaso, el que frutos
blancos llevaba,

52 cómo ahora negros los lleva por contacto de la sangre,
ese árbol:

53 esto elige; ésta, puesto que una vulgar fábula no es,

54 de tales modos comenz6, mientras la lana sus hilos seguía:

Píramo y Tisbe

55 «Píramo y Tisbe, de los jóvenes el más bello el uno, 55
56 la otra, de las que el Oriente tuvo, preferida entre las
muchachas,
57 contiguas tuvieron sus casas, donde se dice que
58 con cerámicos muros ciñó Semíramis su alta ciudad.
59 El conocimiento y los primeros pasos la vecindad los hizo,
60 con el tiempo creció el amor; y sus teas también, según
derecho, se hubieran unido 60
61 pero lo vetaron sus padres; lo que no pudieron vetar:
62 por igual ardían, cautivas sus mentes, ambos.
63 Cómplice alguno no hay; por gesto y señales hablan,
64 y mientras más se tapa, tapado más bulle el fuego.
65 Hendida estaba por una tenue rendija, que ella había
producido en otro tiempo, 65
66 cuando se hacía, la pared común de una y otra casa.
67 Tal defecto, por nadie a través de siglos largos notado
68 -¿qué no siente el amor?-, los primeros lo visteis los
amantes
69 y de la voz lo hicisteis camino, y seguras por él
70 en murmullo mínimo vuestras ternuras atravesar solían. 70
71 Muchas veces, cuando estaban apostados de aquí Tisbe,
Píramo de allí,

72 y por turnos fuera buscado el anhélito de la boca:

73 «Envidiosa», decían, «pared, ¿por qué a los amantes te opones?

74 ¿Cuánto era que permitieses que con todo el cuerpo nos uniéramos,

75 o esto si demasiado es, siquiera que, para que besos nos diéramos, te abrieras? 75

76 Y no somos ingratos: que a ti nosotros debemos confesamos,

77 el que dado fue el tránsito a nuestras palabras hasta los oídos amigos.

78 Tales cosas desde su opuesta sede en vano diciendo,

79 al anochecer dijeron «adiós» y a la parte suya dieron

80 unos besos cada uno que no arribarían en contra. 80

81 La siguiente Aurora había retirado los nocturnos fuegos,

82 y el sol las pruinosas hierbas con sus rayos había secado.

83 Junto al acostumbrado lugar se unieron. Entonces con un murmullo pequeño,

84 de muchas cosas antes quejándose, establecen que en la noche silente

85 burlar a los guardas y de sus puertas fuera salir intenten,

85

86 y que cuando de la casa hayan salido, de la ciudad
también los techos abandonen,
87 y para que no hayan de vagar recorriendo un ancho
campo,
88 que se reúnan junto al crematorio de Nino y se escondan
bajo la sombra
89 del árbol: un árbol allí, fecundísimo de níveas frutas,
90 un arduo moral, había, colindante a una helada fontana.
90
91 Los acuerdos aprueban; y la luz, que tarde les pareció
marcharse,
92 se precipita a las aguas, y de las aguas mismas sale la
noche.
93 Astuta, por las tinieblas, girando el gozne, Tisbe
94 sale y burla a los suyos y, cubierto su rostro,
95 llega al túmulo, y bajo el árbol dicho se sienta. 95
96 Audaz la hacía el amor. He aquí que llega una leona,
97 de la reciente matanza de unas reses manchadas sus
espumantes comisuras,

depositura sitim vicini fontis in unda;

quam procul ad lunae radios Babylonia Thisbe

vidit et obscurum timido pede fugit in antrum, 100 dumque
fugit, tergo velamina lapsa reliquit.

ut lea saeva sitim multa conpescuit unda, dum redit in silvas,
inventos forte sine ipsa ore cruentato tenues laniavit amictus.
serius egressus vestigia vidit in alto 105 pulvere certa ferae
totoque expalluit ore

Pyramus; ut vero vestem quoque sanguine tinctam repperit,
"una duos" inquit "nox perdet amantes,

e quibus illa fuit longa dignissima vita;

nostra nocens anima est. ego te, miseranda, peremi, 110

in loca plena metus qui iussi nocte venires nec prior huc veni.
nostrum divellite corpus et scelerata fero consumite viscera
morsu, o quicumque sub hac habitatis rupe leones!

sed timidi est optare necem." velamina Thisbes 115 tollit et ad
pactae secum fert arboris umbram,

utque dedit notae lacrimas, dedit oscula vesti, "accipe nunc"
inquit "nostri quoque sanguinis haustus!" quoque erat accinctus,
demisit in ilia ferrum,

nec mora, ferventi moriens e vulnere traxit. ;120

ut iacuit resupinus humo, cruor emicat alte, non aliter quam
cum vitiato fistula plumbo scinditur et tenui stridente foramine
longas eiaculatur aquas atque ictibus aera rumpit. arborei fetus
adspergine caedis in atram ; 125 vertuntur faciem,

madefactaque sanguine radix purpureo tinguit pendentia mora
colore.

'Ecce metu nondum posito, ne fallat amantem, illa redit
iuvenemque oculis animoque requirit, quantaque vitarit narrare
pericula gestit; ; 130 utque locum et visa cognoscit in arbore
formam, sic facit incertam pomi color: haeret, an haec sit. dum
dubitat, tremebunda videt pulsare cruentum membra solum,
retroque pedem tulit, oraque buxo pallidiora gerens exhorruit
aequoris instar, ; 135 quod tremit, exigua cum summum
stringitur aura. sed postquam remorata suos cognovit amores,
percutit indignos claro plangore lacertos

et laniata comas amplexaque corpus amatum vulnera supplevit
lacrimis fletumque cruori ; 140 miscuit et gelidis in vultibus
oscula figens "Pyrame," clamavit, "quis te mihi casus ademit?
Pyrame, responde! tua te carissima Thisbe nominat; exaudi
vultusque attolle iacentes!"

ad nomen Thisbes oculos a morte gravatos, 145 Pyramus erexit
visaque recondidit illa.

'Quae postquam vestemque suam cognovit et ense vidit ebur
vacuum, "tua te manus" inquit "amorque perdidit, infelix! est et
mihi fortis in unum

hoc manus, est et amor: dabit hic in vulnera vires. 150 persequar
extinctum letique miserrima dicar causa comesque tui: quique a
me morte revelli heu sola poteris, poteris nec morte revelli.

hoc tamen amborum verbis estote rogati,

o multum miseri meus illiusque parentes, 155 ut, quos certus
amor, quos hora novissima iunxit,

que iba a deshacerse de su sed en la onda del vecino hontanar;
a ella, de lejos, a los rayos de la luna, la babilonia Tisbe

la ve, y con tímido pie huye a una oscura caverna 100

y mientras huye, de su espalda resbalados, sus velos abandona.

Cuando la leona salvaje su sed con mucha onda contuvo,

mientras vuelve a las espesuras, encontrados por azar sin ella
misma, con su boca cruenta desgarró los tenues atuendos.

Él, que más tarde había salido, huellas vio en el alto 105 polvo
ciertas de fiera y en todo su rostro palideció Príamo; pero
cuando la prenda también, de sangre teñida,

encontró: «Una misma noche a los dos», dice, «amantes
perderá, de quienes ella fue la más digna de una larga vida;

mi vida dañina es. Yo, triste de ti, te he perdido, 110 que a
lugares llenos de miedo hice que de noche vinieras y no el
primero aquí llegué. ¡Destrozad mi cuerpo

y mis malditas entrañas devorad con fiero mordisco, oh,
cuantos leones habitáis bajo esta peña!

Pero de un cobarde es pedir la muerte». Los velos de Tisbe 115
recoge, y del pactado árbol a la sombra consigo los lleva,

y cuando dio lágrimas, dio besos a la conocida prenda:

«Recibe ahora» dice «también de nuestra sangre el sorbo», y, del que estaba ceñido, se hundió en los costados su hierro, y sin demora, muriendo, de su hirviente herida lo sacó, 120 y quedó tendido de espalda al suelo: su crúor fulgura alto, no de otro modo que cuando un caño de plomo defectuoso se hiende, y por el tenue, estridente taladro, largas

aguas lanza y con sus golpes los aires rompe.

Las crías del árbol, por la aspersion de la sangría, en negra 125 faz se tornan, y humedecida de sangre su raíz, de un purpúreo color tiñe las colgantes moras.

He aquí que, su miedo aún no dejado, por no burlar a su amante, ella vuelve, y al joven con sus ojos y ánimo busca, y por narrarle qué grandes peligros ha evitado está ansiosa; 130 y aunque el lugar reconoce, y en el visto árbol su forma, igualmente la hace dudar del fruto el color: fija se queda en si él es.

Mientras duda, unos trémulos miembros ve palpitar en el cruento suelo y atrás su pie lleva, y una cara que el boj más pálida portando se estremece, de la superficie en el modo, 135 que tiembla cuando lo más alto de ella una exigua aura toca.

Pero después de que, demorada, los amores reconoció suyos,
sacude con sonoro golpe, indignos, sus brazos

y desgarrándose el cabello y abrazando el cuerpo amado sus
heridas colmó de lágrimas, y con su llanto el crúor 140 mezcló, y
en su helado rostro besos prendiendo:

«Píramo», clamó, «¿qué azar a ti de mí te ha arrancado? Píramo,
responde. La Tisbe tuya a ti, queridísimo,
te nombra; escucha, y tu rostro yacente levanta».

Al nombre de Tisbe sus ojos, ya por la muerte pesados, 145
Píramo irguió, y vista ella los volvió a velar.

La cual, después de que la prenda suya reconoció y vacío
de su espada vio el marfil: «Tu propia a ti mano», dice, «y el
amor, te ha perdido, desdichado. Hay también en mí, fuerte
para solo esto, una mano, hay también amor: dará él para las
heridas fuerzas. 150 Seguiré al extinguido, y de la muerte tuya
tristísima se me dirá causa y compañera, y quien de mí con la
muerte sola

serme arrancado, ay, podías, habrás podido ni con la muerte
serme arrancado.

Esto, aun así, con las palabras de ambos sed rogados, oh, muy
tristes padres mío y de él, 155

que a los que un seguro amor, a los que la hora postrera unió,

conponi tumulo non inuideatis eodem; at tu quae ramis arbor
miserabile corpus

nunc tegis unius, mox es tectura duorum,

signa tene caedis pullosque et luctibus aptos 160 semper habe
fetus, gemini monimenta cruoris." dixit et aptato pectus
mucrone sub imum

incubuit ferro, quod adhuc a caede tepebat. vota tamen
tetigere deos, tetigere parentes;

nam color in pomo est, ubi permaturuit, ater, 165 quodque rogis
superest, una requiescit in urna.'

Desierat: mediumque fuit breve tempus, et orsa est

dicere Leuconoe: vocem tenuere sorores.

'hunc quoque, siderea qui temperat omnia luce, cepit amor
Solem: Solis referemus amores. 170 primus adulterium Veneris
cum Marte putatur hic vidisse deus; videt hic deus omnia
primus. indoluit facto Iunonigenaeque marito

furta tori furtique locum monstravit, at illi

et mens et quod opus fabrilis dextra tenebat 175 excidit:
extemplo graciles ex aere catenas retiaque et laqueos, quae
lumina fallere possent, elimat. non illud opus tenuissima vincant
stamina, non summo quae pendet aranea tigno;

utque levis tactus momentaque parva sequantur, 180 efficit et
lecto circumdata collocat arte.

ut venere torum coniunx et adulter in unum, arte viri vincisque
nova ratione paratis

in mediis ambo deprensi amplexibus haerent. Lemnius extemplo
valvas patefecit eburnas 185 inmisitque deos; illi iacuere ligati
turpiter, atque aliquis de dis non tristibus optat sic fieri turpis;
superi risere, diuque

haec fuit in toto notissima fabula caelo.

'Exigit indicii memorem Cythereia poenam 190 inque vices illum,
tectos qui laesit amores,

laedit amore pari. quid nunc, Hyperione nate, forma colorque
tibi radiataque lumina prosunt? nempe, tuis omnes qui terras
ignibus uris,

ureris igne novo; quique omnia cernere debes, 195 Leucothoen
spectas et virgine figis in una,

quos mundo debes, oculos. modo surgis Eoo temperius caelo,
modo serius incidis undis, spectandique mora brumalis porrigis
horas; deficis interdum, vitiumque in lumina mentis 200 transit
et obscurus mortalia pectora terres.

nec tibi quod lunae terris propioris imago obstiterit, palles: facit
hunc amor iste colorem. diligis hanc unam, nec te Clymeneque
Rhodosque nec tenet Aeaetae genetrix pulcherrima Circes 205
quaeque tuos Clytie quamvis despecta petebat concubitus

ipsoque illo grave vulnus habebat tempore: Leucothoe
multarum oblivia fecit,

gentis odoriferae quam formosissima partu edidit Eurynome;
sed postquam filia crevit, 210 quam mater cunctas, tam
matrem filia vicit. rexit Achaemenias urbes pater Orchamus
isque septimus a prisco numeratur origine Belo.

de depositarles en un túmulo mismo no os enojéis; mas tú, árbol
que con tus ramas el lamentable cuerpo ahora cubres de uno
solo -pronto has de cubrir de dos-,

las señales mantén de la sangría, y endrinas, y para los lutos
aptas, 160 siempre ten tus crías, testimonios del gemelo crúor»,

dijo, y ajustada la punta bajo lo hondo de su pecho

se postró sobre el hierro que todavía de la sangría estaba tibio.
Sus votos, aun así, conmovieron a los dioses, conmovieron a los
padres, pues el color en el fruto es, cuando ya ha madurado,
negro, 165 y lo que a sus piras resta descansa en una sola
urna».

Los amores del Sol. Marte y Venus. Leucótoe. Clítie

Había cesado, e intermedio hubo un breve tiempo, y empezó a
hablar Leucónoe; su voz contuvieron las hermanas.

«A éste también, que templa todas las cosas con su sidérea luz,
cautivó el amor, al Sol: del Sol contaremos los amores. 170

El primero que el adulterio de Venus con Marte vio

se cree este dios; ve este dios todas las cosas el primero. Hondo
se dolió del hecho y al marido, descendencia de Juno, los hurtos
de su lecho y del hurto el lugar mostró; mas a aquél, su razón y
la obra que su fabril diestra sostenía, 175

se le cayeron: al punto gráciles de bronce unas cadenas, y redes
y lazos que las luces burlar pudieran

lima -no aquella obra vencerían las más tenues hebras, no la
que cuelga de la más alta viga telaraña-

y que a los ligeros tactos pequeños movimientos obedezcan 180
consigue, y el lecho circundando las coloca con arte.

Cuando llegaron a este lecho, al mismo, su esposa y el adúltero,
con el arte del marido y las ataduras preparadas de novedosa
manera, en mitad de sus abrazos ambos sorprendidos quedan.

El Lemnio al punto sus puertas marfileñas abrió 185 y admitió a
los dioses; ellos yacían enlazados

indecentemente, y algunos de entre los dioses no tristes desea
así hacerse indecente... Los altísimos rieron y largo tiempo ésta
fue conocidísima hablilla en todo el cielo.

«Lleva a cabo la Citereia, de la de delación, un castigo
vengador, 190

y, por turnos, a aquél que hirió sus escondidos amores
hiere con amor semejante. ¿De qué ahora, de Hiperión el
nacido, tu hermosura y tu color a ti, y tus radiadas luces te
sirven?

Así es que tú, quien con tus fuegos todas las tierras abrasas,
abrásaste con un fuego nuevo, y quien todas las cosas divisar
debes, 195 a Leucótoe contemplas y clavas en una doncella
sola,

los que al cosmos debes, ojos: ya te levantas más
tempranamente

del auroral cielo, ya más tarde caes a las ondas,

y por tu demora en contemplarla alargas las invernales horas;
desfalleces a las veces, y el mal de tu mente a tus luces 200
pasa, y, oscuro, los mortales pechos aterras,

y no porque a ti de la luna la imagen más cercana a las tierras
se haya opuesto palideces: hace tal color el amor este.

Quieres a ésta sola, y no a ti Clímene, y Rodas,

ni te retiene la genetriz, bellísima, de la Eea Circe, 205 y la que
tus concúbitos, Clitie, aunque despreciada

buscaba, y que en el mismo tiempo aquel una grave herida
tenía: Leucótoe, de muchas, los olvidos hizo,

a la cual, del pueblo aromático, en parto dio a luz,

hermosísima, Eurínome; pero después de que la hija creció, 210
cuanto la madre a todas, tanto a la madre la hija vencía.

Rigió las aquemenias ciudades su padre Órcamo y él

el séptimo desde su primitivo origen, desde Belo, se numera.

'Axe sub Hesperio sunt pascua Solis equorum: ambrosiam pro
gramine habent; ea fessa diurnis 215 membra ministeriis nutrit
reparatque labori. dumque ibi quadrupedes caelestia pabula
carpunt noxque vicem peragit, thalamos deus intrat amatos,
versus in Eurynomes faciem genetricis, et inter

bis sex Leucothoen famulas ad lumina cernit 220 levia versato
ducentem stamina fuso.

ergo ubi ceu mater carae dedit oscula natae, "res" ait "arcana
est: famulae, discedite neve eripite arbitrium matri secreta
loquendi."

paruerant, thalamoque deus sine teste relicto 225 "ille ego sum"
dixit, "qui longum metior annum, omnia qui video, per quem
videt omnia tellus, mundi oculus: mihi, crede, places." pavet illa,
metuque et colus et fusus digitis cecidere remissis.

ipse timor decuit. nec longius ille moratus 230 in veram rediit
speciem solitumque nitorem;

at virgo quamvis inopino territa visu

victa nitore dei posita vim passa querella est. 'Invidit Clytie
(neque enim moderatus in illa

Solis amor fuerat) stimulataque paelicis ira 235 vulgat
adulterium diffamatamque parenti

indicat. ille ferox inmansuetusque precantem tendentemque
manus ad lumina Solis et "ille vim tulit invitae" dicentem defodit
alta

crudus humo tumulumque super gravis addit harenae. 240

dissipat hunc radiis Hyperione natus iterque dat tibi, qua possis
defossos promere vultus; nec tu iam poteris enectum pondere
terrae

tollere, nympa, caput corpusque exsanguie iacebas: nil illo
fertur volucrum moderator equorum 245 post Phaethonteos
vidisse dolentius ignes.

ille quidem gelidos radiorum viribus artus si queat in vivum
temptat revocare calorem; sed quoniam tantis fatum conatibus
obstat,

nectare odorato sparsit corpusque locumque 250 multaque
praequestus "tanges tamen aethera" dixit. protinus inbutum
caelesti nectare corpus

delicuit terramque suo madefecit odore, virgaque per glaebas
sensim radicibus actis

turea surrexit tumulumque cacumine rupit. 255 'At Clytien,
quamvis amor excusare dolorem

indiciumque dolor poterat, non amplius auctor lucis adit
Venerisque modum sibi fecit in illa. tabuit ex illo dementer
amoribus usa;

nympharum inpatiens et sub Iove nocte dieque 260 sedit humo
nuda nudis incompta capillis,

perque novem luces expers undaeque cibique rore mero
lacrimisque suis ieiunia pavit

nec se movit humo; tantum spectabat euntis ora dei vultusque
suos flectebat ad illum. 265

membra ferunt haesisse solo, partemque coloris luridus
exsanguis pallor convertit in herbas;

est in parte rubor violaeque simillimus ora flos tegit. illa suum,
quamvis radice tenetur,

vertitur ad Solem mutataque servat amorem.' 270

Bajo el eje Vespertino están los pastos de los caballos del Sol:
ambrosia en vez de hierba tienen; ella sus cansados miembros
215 de los diurnos menesteres nutre y los repara para su labor.

Y mientras los cuadrípedes allí celestes pastos arrancan

y la noche su turno cumple, en los tálamos el dios penetra
amados, tornado en la faz de Eurínome, la genetriz, y entre

una docena de sirvientas, a Leucótoe, a las luces, divisa, 220
que ligeras hebras sacaba, girando el huso.

Así pues, cuando cual una madre hubo dado besos a su querida
hija:

«Un asunto», dice «arcano es: sirvientas, retiraos, y no
arrebatad el arbitrio a una madre de cosas secretas hablar».
Habían obedecido, y el dios, el tálamo sin testigo dejado: 225

«Aquel yo soy», dijo, «que mido el largo año,
todas las cosas quien veo, por quien ve todo la tierra,
del cosmos el ojo: a mí, créeme, complaces». Se asusta ella y del
miedo

la rueca y el huso cayeron de sus dedos remisos.

El propio temor decor le fue, y no más largamente él
demorándose 230

a su verdadero aspecto regresó y a su acostumbrado nitor; mas
la virgen, aunque aterrada por la inesperada visión,
vencida por el nitor del dios, dejando su lamento, su fuerza
sufrió.

«Se enojó Clitie, pues tampoco moderado había sido

en ella del Sol el amor, y acuciada de la rival por la ira, 235
divulga el adulterio y a la difamada ante su padre

acusa; él, feroz e implacable, a la que suplicaba y tendía las
manos a las luces del Sol y que: «Él

fuerza me hizo contra mi voluntad», decía, la sepultó,
sanguinario, bajo alta tierra y un túmulo encima añade de
pesada arena. 240 Lo disipa con sus rayos de Hiperión el
nacido y camino

te da a ti por donde puedas sacar tu sepultado rostro;

y tú ya no podías, matada tu cabeza por el peso de la tierra,
ninfa, levantarla, y cuerpo exangüe yacías:

nada que aquello más doliente se cuenta que el moderador de
los voladores 245

caballos, después de los fuegos de Faetonte, había visto. Él
ciertamente los gélidos miembros intenta, si pueda, de sus
radios con las fuerzas, retornar al vivo calor; pero, puesto que a
tan grandes intentos el hado se opone, con néctar aromado
asperjó su cuerpo y el lugar, 250

y de muchas cosas antes lamentándose: «Tocarás, aun así, el
éter», dijo.

En seguida, imbuido del celeste néctar el cuerpo se licueció y la
tierra humedeció con su aroma,

y una vara a través de los terrones, insensiblemente, con raíces
en ella hechas,

de incienso, se irguió, y el túmulo con su punta rompió. 255 Mas
a Clitie, aunque el amor excusar su dolor,

y su delación el dolor podía, no más veces el autor de la luz
acudió y de Venus la moderación a sí mismo se hizo en ella. Se

consumió desde de aquello, demencialmente de sus amores
haciendo uso, sin soportar ella a las ninfas, y bajo Júpiter noche
y día 260

se sentó en el suelo desnuda, desnudos, despeinada, sus
cabellos,

y durante nueve luces sin probar agua ni alimento, con mero
rocío y las lágrimas suyas sus ayunos cebó y no se movió del
suelo; sólo contemplaba del dios

el rostro al pasar y los semblantes suyos giraba a él. 265

Sus miembros, cuentan, se prendieron al suelo, y una lívida
palidez vertió parte de su color a las exangües hierbas;

tiene en parte un rubor, y su cara una flor muy semejante a la
violeta cubre.

Ella, aunque por una raíz está retenida, al Sol

se vuelve suyo y mutada conserva su amor». 270

dixerat, et factum mirabile ceperat auris; pars fieri potuisse
negant, pars omnia veros

posse deos memorant: sed non est Bacchus in illis.

Poscitur Alcithoe, postquam siluere sorores. quae radio stantis
percurrens stamina telae 275 'vulgatos taceo' dixit 'pastoris
amores

Daphnidis Idaei, quem nymphe paelicis ira contulit in saxum:
tantus dolor urit amantes; nec loquor, ut quondam naturae iure
novato

ambiguus fuerit modo vir, modo femina Sithon. 280 te quoque,
nunc adamas, quondam fidissime parvo,

Celmi, Iovi largoque satos Curetas ab imbri

et Crocon in parvos versum cum Smilace flores praetereo
dulcique animos novitate tenebo.

'Unde sit infamis, quare male fortibus undis 285 Salmacis
enervet tactosque remolliat artus,

discite. causa latet, vis est notissima fontis. Mercurio puerum
diva Cythereide natum naides Idaeis enutrivere sub antris,

cuius erat facies, in qua materque paterque 290 cognosci
possent; nomen quoque traxit ab illis. is tria cum primum fecit
quinquennia, montes deseruit patrios Idaque altrice relictas

ignotis errare locis, ignota videre

flumina gaudebat, studio minuente laborem. 295 ille etiam

Lycias urbes Lyciaeque propinquos Caras adit: videt hic
stagnum lucentis ad imum usque solum lymphae; non illic canna
palustris nec steriles ulvae nec acuta cuspide iunci;

perspicuus liquor est; stagni tamen ultima vivo 300 caespite
cinguntur semperque virentibus herbis. nympha colit, sed nec
venatibus apta nec arcus flectere quae soleat nec quae
contendere cursu, solaque naiadum celeri non nota Dianae.

saepe suas illi fama est dixisse sorores 305

"Salmaci, vel iaculum vel pictas sume pharetras et tua cum
duris venatibus otia misce!"

nec iaculum sumit nec pictas illa pharetras, nec sua cum duris
venatibus otia miscet,

sed modo fonte suo formosos perluit artus, 310 saepe Cytoriaco
deducit pectine crines

et, quid se deceat, spectatas consulit undas; nunc perlucenti
circumdata corpus amictu mollibus aut foliis aut mollibus
incubat herbis,

saepe legit flores. et tum quoque forte legebat, 315

cum puerum vidit visumque optavit habere. 'Nec tamen ante
adiit, etsi properabat adire,

quam se conposuit, quam circumspexit amictus et finxit vultum
et meruit formosa videri.

tunc sic orsa loqui: "puer o dignissime credi³²⁰ esse deus, seu tu
deus es, potes esse Cupido, sive es mortalis, qui te genuere,
beati,

et frater felix, et fortunata profecto,

si qua tibi soror est, et quae dedit ubera nutrix; sed longe
cunctis longeque beatior illa, 325

si qua tibi sponsa est, si quam dignabere taeda.

Las hijas de Minias (II)

Había dicho, y el hecho admirable había cautivado los oídos.
Parte que ocurrir pudiera niegan, parte, que todo los
verdaderos dioses pueden, recuerdan: pero no también Baco
entre ellos.

Se reclama a Alcítoe, después de que callaron sus hermanas.

La cual, por el radio haciendo correr las hebras de la tela
puesta: 275

«Por divulgados callo», dijo, «del pastor Dafnis del Ida los
amores, a quien su ninfa por la ira de su rival

confirió a una roca: tan gran dolor abrasa a los amantes;

y no hablo de cómo en otro tiempo, innovada la ley de la
naturaleza, ambiguo fuera, ora hombre, ora mujer Sitón. 280

A ti también, ahora acero, en otro tiempo fidelísimo al pequeño
Júpiter, Celmis, y a los Curetes, engendrados por larga lluvia, y
a Croco, en pequeñas flores, con Esmílace, tornado:

a todos dejo de lado, y vuestros ánimos con una dulce novedad retendré.

Sálmacis y Hermafrodito

De dónde que infame sea, por qué con sus poco fuertes ondas
285 Sálmacis enerva y ablanda los miembros por ella tocados,
aprended. La causa se ignora; el poder es conocidísimo del
manantial. A un niño, de Mercurio y la divina Citereide nacido,
las náyades nutrieron bajo las cavernas del Ida, del cual era la
faz en la que su madre y padre 290

conocerse pudieran; su nombre también trajo de ellos. Él, en
cuanto los tres quinquenios hizo, los montes abandonó patrios
y, el Ida, su nodriza, dejado atrás,

de errar por desconocidos lugares, de desconocidas corrientes
ver, gozaba, su interés aminorando la fatiga. 295

Él incluso a las licias ciudades, y a Licia cercanos, los carios
llega: ve aquí un pantano, de una linfa diáfana

hasta el profundo suelo. No allí caña palustre, ni estériles ovas,
ni de aguda cúspide juncos:

perspicuo licor es; lo último, aun así, del pantano, de vivo 300
césped se ciñe, y de siempre verdeantes hierbas.

Una ninfa lo honra, pero ni para las cacerías apta ni que los
arcos doblar suela ni que competir en la carrera,

y única de las náyades no conocida para la veloz Diana. A menudo a ella, fama es, le dijeron sus hermanas: 305

«Sálmacis, o la jabalina o las pintas aljabas coge, y con duras cacerías tus ocios mezcla».

Ni la jabalina coge ni las pintas ella aljabas, ni con duras cacerías sus ocios mezcla,

sino ora en la fontana suya sus hermosos miembros lava, 310 a menudo con peine del Citoro alisa sus cabellos

y qué le sienta bien consulta a las ondas que contempla, ahora, circundando su cuerpo de un muy diáfano atuendo,

bien en las mullidas hojas, bien en las mullidas se postra hierbas, a menudo coge flores. Y entonces también por azar las cogía 315 cuando al muchacho vio, y visto deseó tenerlo.

Aun así, no antes se acercó, aunque tenía prisa por acercarse, de que se hubo compuesto, de que alrededor se contempló los atuendos, y fingió su rostro, y mereció el hermosa parecer.

Entonces, así empezando a hablar: «Muchacho, oh, dignísimo de que se crea 320

que eres un dios, o si tú dios eres, puedes ser Cupido, o si eres mortal, quienes te engendraron dichosos,

y tu hermano feliz, y afortunada seguro

si alguna tú hermana tienes, y la que te dio sus pechos, tu
nodriza; pero mucho más que todos, y mucho más dichosa
aquella, 325

si alguna tú prometida tienes, si a alguna dignarás con tu
antorcha,

haec tibi sive aliqua est, mea sit furtiva voluptas, seu nulla est,
ego sim, thalamumque ineamus eundem." nais ab his tacuit.
pueri rubor ora notavit;

nescit, enim, quid amor; sed et erubuisse decebat: 330

hic color aprica pendentibus arbore pomis aut ebori tincto est
aut sub candore rubenti, cum frustra resonant aera auxiliaria,
lunae. poscenti nympphae sine fine sororia saltem

oscula iamque manus ad eburnea colla ferenti 335 "desinis, an
fugio tecumque" ait "ista relinquo?" Salmacis extimuit "loca"
que "haec tibi libera trado, hospes" ait simulatque gradu
discedere verso,

tum quoque respiciens, fruticumque recondita silva delituit
flexuque genu submitit; at ille, 340

scilicet ut vacuis et inobservatus in herbis, huc it et hinc illuc et
in adludentibus undis summa pedum taloque tenus vestigia
tinguit;

nec mora, temperie blandarum captus aquarum mollia de
tenero velamina corpore ponit. 345 tum vero placuit, nudaeque

cupidine formae Salmacis exarsit; flagrant quoque lumina
nymphae, non aliter quam cum puro nitidissimus orbe opposita
speculi referitur imagine Phoebus;

vixque moram patitur, vix iam sua gaudia differt, 350 iam cupit
amplecti, iam se male continet amens. ille cavis velox adplauso
corpore palmis

desilit in latices alternaque bracchia ducens in liquidis translucet
aquis, ut eburnea si quis

signa tegat claro vel candida lilia vitro. 355

"vicimus et meus est" exclamat nais, et omni veste procul iacta
mediis inmittitur undis, pugnantemque tenet, luctantiaque
oscula carpit, subiectatque manus, invitaque pectora tangit,
et nunc hac iuveni, nunc circumfunditur illac; 360

denique nitentem contra elabique volentem implicat ut serpens,
quam regia sustinet ales sublimemque rapit: pendens caput illa
pedesque adligat et cauda spatiantes implicat alas;

utve solent hederæ longos intexere truncos, 365

utque sub aequoribus deprensum polypus hostem continet ex
omni dimissis parte flagellis.

perstat Atlantiades sperataque gaudia nymphae denegat; illa
premit commissaque corpore toto sicut inhaerebat, "pugnes
licet, inprobe," dixit, 370 "non tamen effugies. ita, di, iubeatis, et
istum

nulla dies a me nec me deducat ab isto." vota suos habuere
deos; nam mixta duorum corpora iunguntur, faciesque inducitur
illis

una. velut, si quis conducat cortice ramos, 375

crescendo iungi pariterque adolescere cernit, sic ubi complexu
coierunt membra tenaci,

nec duo sunt et forma duplex, nec femina dici

nec puer ut possit, neutrumque et utrumque videntur. 'Ergo ubi
se liquidas, quo vir descenderat, undas 380

semimarem fecisse videt mollitaque in illis

membra, manus tendens, sed iam non voce virili

Hermaphroditus ait: "nato date munera vestro, et pater et
genetrix, amborum nomen habenti:

quisquis in hos fontes vir venerit, exeat inde 385

ésta tú, si es que alguna tienes, sea furtivo mi placer,

o si ninguna tienes, yo lo sea, y en el tálamo mismo entremos».

La náyade después de esto calló; del muchacho un rubor la
cara señaló

-pues no sabe qué el amor-, pero también enrojecer para su
decor era. 330

Ese color el de los suspendidos frutos de un soleado árbol, o el
del marfil teñido es, o, en su candor, cuando en vano resuenan
los bronces auxiliares, el de la rojeciente luna.

A la ninfa, que reclamaba sin fin de hermana, al menos, besos, y ya las manos a su cuello de marfil le echaba: 335

«¿Cesas, o huyo, y contigo», dice él, «esto dejo?».

Sálmacis se atemorizó y: «Los lugares estos a ti libres te entrego, huésped», dice, y simula marcharse su paso tornando; entonces también, mirando atrás, y recóndita ella de arbustos en una espesura,

se ocultó y en doblando la rodilla se abajó. Mas él, 340 claro está, como inobservado y en las vacías hierbas, aquí va y allá y acullá, y en las retozonas ondas

las solas plantas de sus pies y hasta el tobillo baña;

sin demora, por la templanza de las blandas aguas cautivado, sus suaves vestimentas de su tierno cuerpo desprende. 345

Entonces en verdad complació él, y de su desnuda figura por el deseo Sálmacis se abrasó; flagran también los ojos de la ninfa no de otro modo que cuando nitidísimo en el puro orbe en la opuesta imagen de un espejo se refleja Febo;

y apenas la demora soporta, apenas ya sus goces difiere, 350 ya desea abrazarle, ya a sí misma mal se contiene, amente.

Él, veloz, con huecas palmas palmeándose su cuerpo abajo salta, y a las linfas alternos brazos llevando

en las líquidas aguas se trasluce, como si alguien unas
marfileñas estatuas cubra, o cándidos lirios, con un claro vidrio.

355

«Hemos vencido y mío es» exclama la náyade, y toda ropa lejos
lanzando, en mitad se mete de las ondas

y al que lucha retiene y disputados besos le arranca y le sujeta
las manos y su involuntario pecho toca,

y ahora por aquí del joven alrededor, ahora se derrama por allá;
360 finalmente, debatiéndose él en contra y desasirse
queriendo,

lo abraza como una serpiente, a la que sostiene la regia ave y
elevada la arrebatada: colgando, la cabeza ella y los pies

le enlaza y con la cola le abraza las expandidas alas;

o como suelen las hiedras entretrejer los largos troncos 365 y
como bajo las superficies el pulpo su apresado enemigo
contiene, de toda parte enviándole sus flagelos.

Persiste el Atlantiada y sus esperados goces a la ninfa deniega;
ella aprieta, y acoplada con el cuerpo todo,

tal como estaba prendida: «Aunque luches, malvado», dijo, 370

«no, aun así, escaparás. Así, dioses, lo ordenéis, y a él ningún día
de mí, ni a mí separe de él».

Los votos tuvieron sus dioses, pues, mezclados, de los dos los
cuerpos se unieron y una faz se introduce en ellos

única; como si alguien, que juntos conduce en una corteza unas
ramas, 375

al crecer, juntarse ellas, y al par desarrollarse contempla, así,
cuando en un abrazo tenaz se unieron sus miembros, ni dos son,
sino su forma doble, ni que mujer decirse

ni que muchacho, pueda, y ni lo uno y lo otro, y también lo uno
y lo otro, parece. Así pues, cuando a él las fluentes ondas,
adonde hombre había descendido, 380

ve que semihombre lo habían hecho, y que se ablandaron en
ellas

sus miembros, sus manos tendiendo, pero ya no con voz viril, el
Hermafrodito dice: «Al nacido dad vuestro de regalos, padre y
también genetriz, que de ambos el nombre tiene,

que quien quiera que a estas fontanas hombre llegara, salga de
ahí 385

semivir et tactis subito mollescat in undis!" motus uterque
parens nati rata verba biformis fecit et incesto fontem
medicamine tinxit.'

Finis erat dictis, et adhuc Minyeia proles urguet opus spernitque
deum festumque profanat, 390 tympana cum subito non

adparentia raucis obstrepuere sonis, et adunco tibia cornu
tinnulaque aera sonant; redolent murraeque crocique, resque
fide maior, coepere virescere telae

inque hederæ faciem pendens frondescere vestis; 395 pars abit
in vites, et quae modo fila fuerunt, palmitē mutantur; de
stamine pampinus exit; purpura fulgorem pictis adcommodat
uvis. iamque dies exactus erat, tempusque subibat,

quod tu nec tenebras nec possis dicere lucem, 400 sed cum luce
tamen dubiae confinia noctis:

tecta repente quati pinguesque ardere videntur lampades et
rutilis conlucere ignibus aedes falsaque saevarum simulacra
ululare ferarum, fumida iamdudum latitant per tecta sorores
405 diversaeque locis ignes ac lumina vitant,

dumque petunt tenebras, parvos membrana per artus porrigitur
tenuique includit bracchia pinna;

nec qua perdiderint veterem ratione figuram,

scire sinunt tenebrae: non illas pluma levavit, 410 sustinere
tamen se perlucentibus alis

conataeque loqui minimam et pro corpore vocem emittunt
peraguntque levi stridore querellas. tectaque, non silvas
celebrant lucemque perosae nocte volant seroque tenent a
vespere nomen. 415

Tum vero totis Bacchi memorabile Thebis numen erat,
magnasque novi matertera vires narrat ubique dei de totque
sororibus expers una doloris erat, nisi quem fecere sorores:
adspicit hanc natis thalamoque Athamantis habentem 420
sublimes animos et alumno numine Iuno nec tulit et secum:
'potuit de paelice natus

vertere Maeonios pelagoque inmergere nautas et laceranda
suae nati dare viscera matri

et triplices operire novis Minyeidas alis: 425 nil poterit Iuno
nisi inultos flere dolores?

idque mihi satis est? haec una potentia nostra est? ipse docet,
quid agam (fas est et ab hoste doceri), quidque furor valeat,
Pentheae caede satisque

ac super ostendit: cur non stimuletur eatque 430 per cognata
suis exempla furoribus Ino?'

Est via declivis funesta nubila taxo: ducit ad infernas per muta
silentia sedes;

Styx nebulas exhalat iners, umbraeque recentes descendunt
illac simulacraque functa sepulcris: 435 pallor hiemsque tenent
late loca senta, novique,

qua sit iter, manes, Stygiam quod ducat ad urbem, ignorant, ubi
sit nigri fera regia Ditis.

mille capax aditus et apertas undique portas

urbs habet, utque fretum de tota flumina terra, 440

semihombre y súbitamente se ablande, tocadas, en las aguas». Conmovidos ambos padres, de su nacido biforme válidas las palabras hicieron y con una incierta droga la fontana tiñeron».

Las hijas de Minias (III)

El fin era de sus palabras, y todavía de Minias la prole apresura la tarea y desprecia al dios y su fiesta profana, 390 cuando unos tímpanos súbitamente, no visibles, con roncós sonidos en contra rugen, y la flauta de combado cuerno,

y tintineantes bronces suenan; aroman las mirras y los azafranes y, cosa que el crédito mayor, empezaron a verdecer las telas

y, de hiedra en la faz, a cubrirse de frondas la veste suspendida; 395 parte acaba en vides, y los que poco antes hilos fueron, en sarmiento se mutan; de la hebra un pámpano sale; la púrpura su fulgor acomoda a las pintas uvas.

Y ya el día pasado había y el tiempo llegaba

al que tú ni tinieblas, ni le pudieras decir luz, 400

sino con la luz, aun así, los confines de la dudosa noche:

los techos de repente ser sacudidos, y las grasas lámparas arder parecen, y con rútilos fuegos resplandecer las mansiones, y falsos espectros de salvajes fieras aullar:

y ya hace tiempo se esconden por las humeantes estancias las hermanas 405

y por diversos lugares los fuegos y las luces evitan,

y mientras buscan las tinieblas, una membrana por sus pequeñas articulaciones

se extiende e incluye sus brazos en una tenue ala; y, de qué en razón hayan perdido su vieja figura,

saber no permiten las tinieblas. No a ellas pluma las elevaba, 410 a sí se sostenían, aun así, con perlúcidas alas,

y al intentar hablar, mínima y según su cuerpo una voz emiten, y realizan sus leves lamentos con un estridor,

y los techos, no las espesuras frecuentan, y la luz odiando,

de noche vuelan y de la avanzada tarde tienen el nombre. 415

Atamante e Ino

Entonces en verdad por toda Tebas de Baco memorable el numen era y las grandes fuerzas del nuevo dios

su tía materna narra por todas partes, y de tantas hermanas, ajena ella sola al dolor era: salvo al que le hicieron sus hermanas.

Reparó en ella -que por sus nacidos y el tálamo de Atamante
tenía 420 subidos los ánimos, y por su prohijado numen- Juno,
y no lo soportó, y para sí: «¿Ha podido de una rival el nacido
tornar a los meonios marineros y en el piélagos sumergirlos,
y, para que sean destrozadas, a su madre dar de su hijo las
entrañas, y a las triples Mineides cubrir con nuevas alas? 425
¿Nada habrá podido Juno, sino no vengados llorar sus dolores?
¿Y esto para mí bastante es? ¿Esta sola la potencia nuestra es?
Él mismo enseña qué haga yo -lícito es también del enemigo
aprender-, y qué el furor pueda, de Penteo con el asesinato
bastante
y de más ha mostrado: ¿por qué no aguijonearle y que vaya
430 por los consanguíneos ejemplos con sus propios furores
Ino?
Hay una vía declive, nublada por el funesto tejo:
lleva, a través de mudos silencios, a las infernas sedes; la
Estige nieblas exhala, inerte, y las sombras recientes
descienden allí y espectros que han cumplido con sus sepulcros:
435 la palidez y el invierno poseen ampliamente esos lugares
espinosos y, nuevos, por dónde sea el camino, los manes
ignorán, el que lleva a la estigia ciudad, dónde esté la fiera
regia del negro Dis.

Mil entradas la capaz ciudad, y abiertas por todos lados sus
puertas tiene, y como los mares de toda la tierra los ríos, 440

sic omnes animas locus accipit ille nec ulli exiguus populo est
turbamve accedere sentit. errant exsanguis sine corpore at
ossibus umbrae, parsque forum celebrant, pars imi tecta
tyranni, pars aliquas artes, antiquae imitamina vitae. 445

Sustinet ire illuc caelesti sede relictâ 447 (tantum odiis iraeque
dabat) Saturnia Iuno; quo simul intravit sacroque a corpore
pressum ingemuit limen, tria Cerberus extulit ora 450
et tres latratus semel edidit; illa sorores

Nocte vocat genitas, grave et implacabile numen: carceris ante
fores clausas adamante sedebant deque suis atros pectebant
crinibus angues.

quam simul agnorunt inter caliginis umbras, 455 surrexere
deae; sedes scelerata vocatur:

viscera praebebat Tityos lanianda novemque iugeribus
distentus erat; tibi, Tantale, nullae deprenduntur aquae,
quaeque inminet, effugit arbor; aut petis aut urges rediturum,
Sisyphæ, saxum; 460 volvitur Ixion et se sequiturque fugitque,
molirique suis letum patruelibus ausae adsiduae repetunt, quas
perdant, Belides undas.

Quos omnes acie postquam Saturnia torva vidit et ante omnes
Ixiona, rursus ab illo 465 Sisyphon adspiciens 'cur hic e
fratribus' inquit 'perpetuas patitur poenas, Athamanta
superbum regia dives habet, qui me cum coniuge semper
sprevit?' et exponit causas odiique viaeque,

quidque velit: quod vellet, erat, ne regia Cadmi 470 staret, et in
facinus traherent Athamanta sorores. imperium, promissa,
preces confundit in unum sollicitatque deas: sic haec Iunone
locuta,

Tisiphone canos, ut erat, turbata capillos movit et obstantes
reiecit ab ore colubras 475

atque ita 'non longis opus est ambagibus,' inquit; 'facta puta,
quaecumque iubes; inamabile regnum desere teque refer caeli
melioris ad auras.'

laeta redit Iuno, quam caelum intrare parantem roratis lustravit
aquis Thaumantias Iris. 480 Nec mora, Tisiphone
madefactam sanguine sumit

inportuna facem, fluidoque cruore rubentem induitur pallam,
tortoque incingitur angue egrediturque domo. Luctus comitatur
euntem

et Pavor et Terror trepidoque Insania vultu. 485 limine
constiterat: postes tremuisse feruntur Aeolii pallorque fores
infecit acernas

solque locum fugit. monstris est territa coniunx, territus est
Athamas, tectoque exire parabant: obstitit infelix aditumque
obsedit Erinys, 490 nexaque vipereis distendens bracchia nodis
caesariem excussit: motae sonuere colubrae, parsque iacent
umeris, pars circum pectora lapsae sibila dant saniemque
vomunt linguisque coruscant. inde duos mediis abrumpit
crinibus angues 495 pestiferaque manu raptos inmisit, at
illi

Inoosque sinus Athamanteosque pererrant inspirantque graves
animas; nec vulnera membris ulla ferunt: mens est, quae diros
sentiat ictus.

así todas las almas el lugar acoge este, y no para pueblo alguno
exiguo es, o que una multitud ingresa, siente.

Vagan exangües, sin cuerpo y sin huesos, las sombras,
y una parte el foro frecuentan, parte los techos del más bajo
tirano, una parte algunas artes, imitaciones de su antigua vida,
445 ejercen, a otra parte una condena coerce.

Soporta ir allí, su sede celeste dejada

-tanto a sus odios y a su ira daba-, la Saturnia Juno;

adonde una vez que entró y por su sagrado cuerpo oprimido
gimió el umbral, sus tres caras Cérbero sacó 450

y tres ladridos a la vez dio; ella a las Hermanas,

de la Noche engendradas, llama, grave e implacable numen:
de la cárcel ante las puertas cerradas con acero estaban
sentadas, y de sus cabellos peinaban negras serpientes.
A la cual una vez reconocieron entre las sombras de la calina,
455 se pusieron de pie las diosas; Sede Maldita se llama:
sus entrañas ofrecía Titio para ser desgarradas, y sobre nueve
yugadas se extendía; por ti, Tántalo, ningunas
aguas pueden aprehenderse, y el que asoma huye, ese árbol; o
buscas o empujas la que ha de retornar, Sísifo, roca; 460 se gira
Ixión y a sí mismo se persigue y huye,
y las que preparar la muerte de sus primos osaron,
asiduas ondas, que perderán, vuelven a buscar, las Bélides.
A los cuales todos después de que con una mirada torva la
Saturnia vio y antes de todos a Ixión, de vuelta desde aquél 465
a Sísifo mirando: «¿Por qué éste, de sus hermanos», dice,
«perpetuos sufre castigos? A Atamante, el soberbio,
una regia rica le tiene, quien a mí, con su esposa, siempre
me ha despreciado», y expone las causas de su odio y su
camino y qué quiera: lo que querría era que la regia de Cadmo
470
no siguiera en pie y que a la fechoría arrastraran, a Atamante,
unos furios.

Gobierno, promesas, súplicas confunde en uno,

y solivianta a las diosas: así, esto Juno habiendo dicho, Tisífone,
con sus canos cabellos, como estaba, turbados,

los movió y rechazó de su cara las culebras que la estorbaban
475 y así: «no de largos rodeos menester es», dijo;

«hecho considera cuanto ordenas; el inamable reino abandona
y vuélvete de un cielo mejor a las auras».

Alegre regresa Juno, a la cual, en el cielo a entrar
disponiéndose, con roradas aguas lustró la Taumantíade Iris.
480

Y sin demora Tisífone, la importuna, humedecida de sangre
toma una antorcha, y de fluido crúor rojeciente

se pone el manto, y con una torcida sierpe se enciñe, y sale de
la casa. El Luto la acompaña a su paso

y el Pavor y el Terror y con tembloroso rostro la Insania. 485

En el umbral se había apostado: las jambas que temblaron se
cuenta del Eolio, y una palidez inficionó las puertas de arce,

y el Sol del lugar huye. Ante esos prodigios, aterrada la esposa,
aterrado quedó Atamante, y de su techo a salir se aprestaban:
se opuso la infausta Erinis y la entrada sitió, 490

y sus brazos distendiendo, uncidos de viperinos nudos, su
cabellera sacudió: movidas sonaron las culebras,

y parte yacen por sus hombros, parte, alrededor de sus pechos
resbaladas,

silbidos dan y suero vomitan y sus lenguas vibran.

De ahí dos serpientes sajó, de en medio de sus cabellos, 495

y con su calamitosa mano, las que había arrebatado, les arrojó;
mas ellas

de Ino los senos, y de Atamante, recorren

y les insuflan graves alientos, y heridas a sus miembros

ningunas hacen: su mente es la que los siniestros golpes siente.

attulerat secum liquidi quoque monstra veneni, 500 oris

Cerberi spumas et virus Echidnae

erroresque vagos caecaeque oblivia mentis

et scelus et lacrimas rabiemque et caedis amorem, omnia trita

simul, quae sanguine mixta recenti coxerat aere cavo viridi

versata cicuta; 505 dumque pavent illi, vergit furiale venenum

pectus in amborum praecordiaque intima movit. tum face

iactata per eundem saepius orbem consequitur motis velociter

ignibus ignes.

sic victrix iussique potens ad inania magni 510 regna redit Ditis

sumptumque recingitur anguem.

Protinus Aeolides media furibundus in aula clamat 'io, comites,

his retia tendite silvis!

hic modo cum gemina visa est mihi prole leaena' utque ferae

sequitur vestigia coniugis amens 515 deque sinu matris

ridentem et parva Learchum bracchia tendentem rapit et bis
terque per auras more rotat fundae rigidoque infantia saxo
discutit ora ferox; tum denique concita mater, seu dolor hoc
fecit seu sparsi causa veneni, 520 exululat passisque fugit
male sana capillis

teque ferens parvum nudis, Melicerta, lacertis 'euhoë Bacche'
sonat: Bacchi sub nomine Iuno risit et 'hos usus praestet tibi'
dixit 'alumnus!'

inminet aequoribus scopulus: pars ima cavatur 525 fluctibus et
tectas defendit ab imbribus undas, summa riget frontemque in
apertum porrigit aequor; occupat hunc (vires insania fecerat)
Ino

seque super pontum nullo tardata timore

mittit onusque suum; percussa recanduit unda. 530 At Venus,
inmeritae neptis miserata labores,

sic patruo blandita suo est 'o numen aquarum, proxima cui
caelo cessit, Neptune, potestas, magna quidem posco, sed tu
miserere meorum, iactari quos cernis in Ionio inmenso, 535

et dis adde tuis. aliqua et mihi gratia ponto est, si tamen in
medio quondam concreta profundo

spuma fui Graiumque manet mihi nomen ab illa.' adnuit oranti
Neptunus et abstulit illis,

quod mortale fuit, maiestatemque verendam 540 inposuit
nomenque simul faciemque novavit Leucothoeque deum cum
matre Palaemona dixit.

Sidoniae comites, quantum valuere secutae signa pedum, primo
videre novissima saxo;

nec dubium de morte ratae Cadmeida palmis 545 deplanxere
domum scissae cum veste capillos, utque parum iustae
nimiumque in paelice saevae invidiam fecere deae. convicia
Iuno

non tulit et 'faciam vos ipsas maxima' dixit 'saevitiae
monimenta meae'; res dicta secuta est. 550 nam quae
praecipue fuerat pia, 'persequar' inquit 'in freta reginam'
saltumque datura moveri

haud usquam potuit scopuloque adfixa cohaesit; altera, dum
solito temptat plangore ferire pectora, temptatos sensit riguisse
lacertos; 555 illa, manus ut forte tetenderat in maris undas;

Había traído consigo también portentos de fluente veneno, 500
de la boca de Cérbero espumas, y jugos de Equidna,

y desvaríos erráticos, y de la ciega mente olvidos, y crimen y lágrimas y rabia y de la sangría el amor,

todo molido a la vez, lo cual, con sangre mezclado reciente, había cocido en un bronce cavo, revuelto con verde cicuta; 505 y mientras espantados están ellos, vierte este veneno de furia en el pecho de ambos y sus entrañas más íntimas turba.

Entonces, una antorcha agitando por el mismo orbe muchas veces, alcanza con los fuegos, velozmente movidos, los fuegos.

Así, vencedora, y de lo ordenado dueña, a los inanes 510 reinos vuelve del gran Dis y se descíñe de la serpiente que cogiera.

En seguida el Eólida furibundo en mitad de su corte clama: «Io, compañeros, las redes tended en estos bosques. Aquí ahora con su gemela prole visto he a una leona»,

y, como de una fiera, sigue las huellas de su esposa, amente, 515 y del seno de su madre, riendo y sus pequeños brazos tendiéndole, a Learco arrebatada, y dos y tres veces por las auras al modo lo rueda de una honda, y en una rígida roca su boca, que aún no hablaba, despedaza feroz; entonces, en fin, excitada la madre,

-si el dolor esto hizo, o del veneno esparcido causa-, 520 aúlla, y con los cabellos sueltos huye mal sana,

y a ti llevándote, pequeño, en sus desnudos brazos, Melicertes:

«Evohé, Baco», grita: de Baco bajo el nombre Juno
rio y: «Estos servicios te preste a ti», dijo, «tu prohijado».
Suspendida hay sobre las superficies un risco; su parte inferior
socavada está 525 por los oleajes y a las ondas que cubre
defiende de las lluvias,
la superior rígida está y su frente a la abierta superficie
extiende;
se apodera de él -fuerzas la insania le daba- Ino
y a sí misma sobre el ponto, sin que ningún temor la retarde, se
lanza y a su carga; golpeada la onda se encandeció. 530
Mas Venus, de los sufrimientos compadecida de su nieta, que
no los merecía,
así al tío suyo enterneció: «Oh, numen de las aguas,
ante quien cedió, siguiente al del cielo, Neptuno, el poder,
grandes cosas, ciertamente, reclamo, pero tú compadécete de
los míos, que lanzados ves en el Jonio inmenso, 535
y a los dioses añádelos tuyos. Alguna también yo estima en el
ponto tengo,
si es cierto que un día, en medio del profundo, compacta
espuma fui y mi griego nombre queda de ella».
Asiente a la que ruega Neptuno y arrebató de ellos lo que
mortal fue, y una majestad verenda 540

les impuso y su nombre al mismo tiempo que su aspecto les innovó, y con Leucotea, su madre, al dios Palemón llamó.

Las compañeras de Ino

Sus sidonias compañeras, cuanto pudieron siguiendo las señales de sus pies, en lo primero de la roca vieron, las más recientes,

y sin duda de su muerte cercioradas, a la Cadmeida casa 545

con sus palmas hicieron duelo, rasgándose, con la ropa, sus cabellos, y como poco justa y demasiado con su rival cruel

achares hicieron a la diosa; estos reproches Juno

no soportó y: «Os haré a vosotras mismas máximos», dijo,

«exponentes de la crueldad mía»; el hecho a los dichos siguió.

550 Pues la que principalmente había sido devota: «Seguiré», dice,

«a los estrechos a la reina» y un salto al ir a dar, moverse a parte alguna no pudo y al risco fija quedó adherida; otra, mientras con el acostumbrado golpe intenta herir

sus pechos, sintió que los que lo intentaban quedaron rígidos, sus brazos; 555

aquella que las manos por azar había tendido del mar a las ondas,

saxea facta manus in easdem porrigit undas; huius, ut arreptum
laniabat vertice crinem, duratos subito digitos in crine videres:

quo quaeque in gestu deprensa est, haesit in illo. 560 pars
volucres factae, quae nunc quoque gurgite in illo aequora
destringunt summis Ismenides alis.

Nescit Agenorides natam parvumque nepotem aequoris esse
deos; luctu serieque malorum victus et ostentis, quae plurima
viderat, exit 565 conditor urbe sua, tamquam fortuna locorum,
non sua se premeret, longisque erroribus actus contigit Illyricos
profuga cum coniuge fines.

iamque malis annisque graves dum prima retractant fata
domus releguntque suos sermone labores, 570 'num sacer ille
mea traiectus cuspide serpens' Cadmus ait 'fuerat, tum cum
Sidone profectus vipereos sparsi per humum, nova semina,
dentes? quem si cura deum tam certa vindicat ira,

ipse precor serpens in longam porrigar alvum.' 575 dixit, et ut
serpens in longam tenditur alvum durataeque cuti squamas
increscere sentit

nigraque caeruleis variari corpora guttis

in pectusque cadit pronus, commissaque in unum paulatim
tereti tenuantur acumine crura. 580 bracchia iam restant: quae
restant bracchia tendit et lacrimis per adhuc humana fluentibus

ora 'accede, o coniunx, accede, miserrima' dixit, 'dumque aliquid superest de me, me tange manumque accipe, dum manus est, dum non totum occupat anguis.' 585 ille quidem vult plura loqui, sed lingua repente in partes est fissa duas, nec verba volenti

sufficiunt, quotiensque aliquos parat edere questus, sibilat: hanc illi vocem natura reliquit.

nuda manu feriens exclamat pectora coniunx: 590 'Cadme, mane teque, infelix, his exue monstris!

Cadme, quid hoc? ubi pes, ubi sunt umerique manusque et color et facies et, dum loquor, omnia? cur non me quoque, caelestes, in eandem vertitis anguem?' dixerat, ille suae lambebat coniugis ora 595 inque sinus caros, veluti cognosceret, ibat

et dabat amplexus adsuetaque colla petebat. quisquis adest (aderant comites), terretur; at illa lubrica permulcet cristati colla draconis,

et subito duo sunt iunctoque volumine serpunt, 600 donec in adpositi nemoris subiere latebras,

nunc quoque nec fugiunt hominem nec vulnere laedunt quidque prius fuerint, placidi meminere dracones.

Sed tamen ambobus versae solacia formae magna nepos
dederat, quem debellata colebat 605 India, quem positis
celebrabat Achaia templis; solus Abantiades ab origine cretus
eadem

Acrisius superest, qui moenibus arceat urbis Argolicae
contraque deum ferat arma genusque non putet esse Iovis:
neque enim Iovis esse putabat 610 Persea, quem pluvio Danae
conceperat auro.

en piedra vuelta, las manos a las mismas ondas alarga;
de una, cuando arrebataba y rasgaba de su cabeza su pelo,
endurecidos súbitamente los dedos en el pelo vieras:
en el gesto en que cada una sorprendida fue, se queda en él.
560 Parte aves se hicieron; las que ahora también en la
garganta aquella las superficies cortan con lo extremo de sus
alas, las Isménides.

Cadmo y Harmonía

Desconoce el Agenórída que su nacida y su pequeño nieto
de la superficie son dioses; por el luto y la sucesión de sus males
vencido, y por los ostentos que numerosos había visto, sale, 565
su fundador, de la ciudad suya, como si la fortuna de esos
lugares, no la suya lo empujara, y por su largo vagar llevado,

alcanza las ilíricas fronteras con su prófuga esposa.

Y ya de males y de años cargados, mientras los primeros hados coligen de su casa, y repasan en su conversación sus sufrimientos: 570

«¿Y si sagrada aquella serpiente atravesada por mi cúspide», Cadmo dice, «fuera, entonces, cuando de Sidón saliendo sus vipéreos dientes esparcí por la tierra, novedosas simientes? A la cual, si el celo de los dioses con tan certera ira vindica, yo mismo, lo suplico, como serpiente sobre mi largo vientre me extienda», 575

dijo, y como serpiente sobre su largo vientre se tiende y a su endurecida piel que escamas le crecen siente y que su negro cuerpo se variega con azules gotas y sobre su pecho cae de bruces, y reunidas en una sola, poco a poco se atenúan en una redondeada punta sus piernas. 580 Los brazos ya le restan: los que le restan, los brazos tiende y con lágrimas por su todavía humana cara manando:

«Acércate, oh, esposa, acércate, tristísima», dijo, «y mientras algo queda de mí, me toca, y mi mano coge, mientras mano es, mientras no todo lo ocupa la serpiente». 585 Él sin duda quiere más decir, pero su lengua de repente

en partes se hendió dos, y no las palabras al que habla
abastan, y cuantas veces se dispone a decir lamentos silba: esa
voz a él su naturaleza le ha dejado.

Sus desnudos pechos con la mano hiriendo exclama la esposa:
590

«Cadmo, espera, desdichado, y despójate de estos prodigios.
Cadmo, ¿Qué esto, dónde tu pie, dónde están tus brazos y
manos y tu color y tu faz y, mientras hablo, todo? ¿Por qué no
a mí también, celestes, en la misma sierpe me tornáis?».»

Había dicho, él de su esposa lamía la cara, 595

y a sus senos queridos, como si los reconociera, iba, y le daba
abrazos y su acostumbrado cuello buscaba.

Todo el que está presente -estaban presentes los cortesanos- se
aterra; mas ella

los lúbricos cuellos acaricia del crestado reptil

y súbitamente dos son y, junta su espiral, serpean, 600 hasta
que de un vecino bosque a las guaridas llegaron. Ahora
también, ni huyen del hombre ni de herida le hieren, y qué antes
habían sido recuerdan, plácidos, los reptiles.

Perseo y Atlas

Pero aun así a ambos consuelos grandes de su tornada

figura su nieto les había dado, a quien, por él debelada,
honraba 605 la India, a quien celebraba la Acaya en los
templos a él puestos.

Sólo el Abantiada, de su mismo origen creado,

Acrisio, queda, que de las murallas lo aleje de la ciudad de
Argos y contra el dios lleve las armas; y su estirpe

no cree que sea de dioses; pues tampoco de Júpiter ser creía
610 a Perseo, a quien Dánae había concebido de pluvial oro.

mox tamen Acrisium (tanta est praesentia veri) tam violasse
deum quam non agnosce nepotem paenitet: inpositus iam caelo
est alter, at alter viperei referens spolium memorabile monstri
615 aera carpebat tenerum stridentibus alis,

cumque super Libycas victor penderet harenas, Gorgonei
capitis guttae cecidere cruentae;

quas humus exceptas varios animavit in angues, unde frequens
illa est infestaque terra colubris. 620

Inde per inmensum ventis discordibus actus nunc huc, nunc illuc
exemplo nubis aquosae fertur et ex alto seductas aethere longe
despectat terras totumque supervolat orbem.

ter gelidas Arctos, ter Cancri bracchia vidit, 625 saepe sub
occasus, saepe est ablatu in ortu, iamque cadente die, veritus
se credere nocti, constitit Hesperio, regnis Atlantis, in orbe

exiguamque petit requiem, dum Lucifer ignes evocet Aurorae,
currus Aurora diurnos. 630

hic hominum cunctos ingenti corpore praestans Iapetionides
Atlas fuit: ultima tellus

rege sub hoc et pontus erat, qui Solis anhelis aequora subdit
equis et fessos excipit axes.

mille greges illi totidemque armenta per herbas 635 errabant, et
humum vicinia nulla premebat; arboreae frondes auro radiante
nitentes

ex auro ramos, ex auro poma tegebant. 'hospes' ait Perseus illi,
'seu gloria tangit

te generis magni, generis mihi Iuppiter auctor; 640 sive es
mirator rerum, mirabere nostras;

hospitium requiemque peto.' memor ille vetustae sortis erat;
Themis hanc dederat Parnasia sortem: 'tempus, Atlas, veniet,
tua quo spoliabitur auro arbor, et hunc praedae titulum Iove
natus habebit.' 645 id metuens solidis pomaria cluserat Atlas
moenibus et vasto dederat servanda draconi arcebatque suis
externos finibus omnes.

huic quoque 'vade procul, ne longe gloria rerum, quam mentiris'
ait, 'longe tibi Iuppiter absit!' 650 vimque minis addit
manibusque expellere temptat cunctantem et placidis
miscentem fortia dictis. viribus inferior (quis enim par esset
Atlantis viribus?) 'at, quoniam parvi tibi gratia nostra est, accipe

munus!' ait laeva que a parte Medusae 655 ipse retro versus
squalentia protulit ora.

quantus erat, mons factus Atlas: nam barba comaeque
in silvas abeunt, iuga sunt umerique manusque, quod caput
ante fuit, summo est in monte cacumen, ossa lapis fiunt; tum
partes altus in omnes 660 crevit in inensum (sic, di, statuistis)
et omne
cum tot sideribus caelum requievit in illo.

Cluserat Hippotades Aetnaeo carcere ventos, admonitorque
operum caelo clarissimus alto Lucifer ortus erat: pennis ligat ille
resumptis 665 parte ab utraque pedes teloque accingitur unco
et liquidum motis talaribus aera findit. gentibus innumeris
circumque infraque relictis

Pronto, aun así, a Acrisio -tan grande es la presencia de la
verdad- tanto haber ultrajado al dios como no haber
reconocido a su nieto le pesa: impuesto ya en el cielo está el
uno, mas el otro, devolviendo el despojo memorable del vipéreo
portento, 615

el aire tierno rasgaba con sus estridentes alas,

y cuando sobre las líbicas arenas, vencedor, estaba suspendido,
de la cabeza de la Górgona unas gotas cayeron cruentas,
que, por ella recogidas, la tierra animó en forma de variegadas
serpientes, de ahí que concurrida ella está, e infesta esa tierra
de culebras. 620 Desde ahí, a través del infinito por vientos
discordes llevado,
ahora aquí ahora allí, al ejemplo de la nube acuosa se mueve, y
de la alta superficie retiradas largamente contempla las tierras
y todo sobrevuela el orbe.

Tres veces las heladas Ursas, tres veces del cangrejo los brazos
ve, 625 muchas veces para los ocasos, muchas veces es
arrebatado a los ortos, y ya cayendo el día, temiendo confiarse
a la noche,

se posó, reinos de Atlas, en el Vespertino círculo,
y un exiguu descanso busca mientras el Lucero los fuegos
convoque de la Aurora, y la Aurora los carros diurnos. 630 Aquí,
de los hombres a todos con su ingente cuerpo superando, el
Japetiónica Atlas estuvo: la última de las tierras
bajo el rey este, y el ponto estaba, que a los jadeantes caballos
del Sol sus superficies somete y acoge sus fatigados ejes.

Mil greyes para él y otras tantas vacadas por sus hierbas 635
erraban y su tierra vecindad ninguna oprimía;
las arbóreas frondas, que de su oro radiante brillaban, de oro
sus ramas, de oro sus frutos, cubrían.

«Huésped», le dice Perseo a él, «si a ti la gloria te conmueve de un linaje grande, del linaje mío Júpiter el autor; 640

o si eres admirador de las gestas, admirarás las de nos; hospedaje y descanso busco». Memorioso él de la vetusta ventura era -Temis esta ventura le había dado, la Parnasia:-

«Un tiempo, Atlas, vendrá en el que será expoliado de su oro el árbol tuyo, y del botín el título este de Júpiter un nacido tendrá». 645

Esto temiendo, con sólidos montes sus pomares había cerrado Atlas, y a un vasto reptil los había dado a guardar, y alejaba de sus fronteras a los extraños todos.

A éste también: «Márchate fuera, no sea que lejos la gloria de las gestas

que finges», dijo, «lejos de ti Júpiter quede», 650

y fuerza a sus amenazas añade, y con sus manos expulsar intenta al que tardaba y al que con las plácidas mezclaba fuertes palabras.

En fuerzas inferior -pues quién parejo sería de Atlas

a las fuerzas-: «Mas, puesto que poco para ti la estima nuestra vale, coge este regalo», dice, y de la izquierda parte, él mismo 655

de espalda vuelto, de Medusa la macilenta cara le sacó.

Cuan grande él era, un monte se hizo Atlas: pues la barba y la melena a ser bosques pasan, cimas son sus hombros y brazos, lo que cabeza antes fue, es en lo alto del monte cima, los huesos piedra se hacen; entonces, alto, hacia partes todas 660 creció al infinito, así los dioses lo establecisteis, y todo -con tantas estrellas- el cielo, descansó en él.

Perseo y Andrómeda

Había encerrado el Hipótada en su eterna cárcel a los vientos e, invitador a los quehaceres, clarísimo en el alto cielo, el Lucero había surgido: con sus alas retomadas ata él 665 por ambas partes sus pies y de su arma arponada se ciñe y el fluente aire, movidos sus talaes, hiende.

Gentes innumerables alrededor y debajo había dejado:

Aethiopum populos Cepheaque conspicit arva. illic inmeritam
maternae pendere linguae 670 Andromedan poenas iniustus
iusserat Ammon; quam simul ad duras religatam bracchia
cautes vidit Abantiades, nisi quod levis aura capillos moverat et
tepido manabant lumina fletu, marmoreum ratus esset opus;
trahit inscius ignes 675 et stupet et visae correptus imagine
formae paene suas quatere est oblitus in aere pennas.

ut stetit, 'o' dixit 'non istis digna catenis,

sed quibus inter se cupidi iunguntur amantes, pande requirenti
nomen terraeque tuumque, 680 et cur vincla geras.' primo silet
illa nec audet adpellare virum virgo, manibusque modestos
celasset vultus, si non religata fuisset;

lumina, quod potuit, lacrimis inplevit obortis. saepius instanti,
sua ne delicta fateri 685 nolle videretur, nomen terraeque
suumque, quantaque maternae fuerit fiducia formae, indicat, et
nondum memoratis omnibus unda insonuit, veniensque inmenso
belua ponto

inminet et latum sub pectore possidet aequor. 690 conclamat
virgo: genitor lugubris et una

mater adest, ambo miseri, sed iustius illa,

nec secum auxilium, sed dignos tempore fletus plangoremque
ferunt vinctoque in corpore adhaerent, cum sic hospes ait
'lacrimarum longa manere 695 tempora vos poterunt, ad opem
brevis hora ferendam est. hanc ego si peterem Perseus Iove
natus et illa, quam clausam inplevit fecundo Iuppiter auro,
Gorgonis anguicomae Perseus superator et alis aerias ausus
iactatis ire per auras, 700 praeferrer cunctis certe gener; addere
tantis dotibus et meritum, faveant modo numina, tempto: ut
mea sit servata mea virtute, paciscor.'

accipiunt legem (quis enim dubitaret?) et orant promittuntque
super regnum dotale parentes. 705

Ecce, velut navis praefixo concita rostro sulcat aquas iuvenum
sudantibus acta lacertis, sic fera dimotis impulsu pectoris undis;

tantum aberat scopulis, quantum Balearica torto funda potest
plumbo medii transmittere caeli, 710 cum subito iuvenis pedibus
tellure repulsa

arduus in nubes abiit: ut in aequore summo umbra viri visa est,
visam fera saevit in umbram, utque Iovis praepes, vacuo cum
vidit in arvo

praebentem Phoebos liventia terga draconem, 715 occupat
aversum, neu saeva retorqueat ora, squamigeris avidos figit
cervicibus ungues,

sic celeri missus praiceps per inane volatu terga ferae pressit
dextroque frementis in armo

Inachides ferrum curvo tenus abdidit hamo. 720 vulnere laesa
gravi modo se sublimis in auras attollit, modo subdit aquis,
modo more ferocis versat apri, quem turba canum circumsona
terret. ille avidos morsus velocibus effugit alis

quaque patet, nunc terga cavis super obsita conchis, 725 nunc
laterum costas, nunc qua tenuissima cauda desinit in piscem,
falcato verberat ense;

de los etíopes los pueblos y los campos cefeos divisa.

Allí, sin ella merecerlo, expiar los castigos de la lengua 670 de su
madre a Andrómeda, injusto, había ordenado Amón;

a la cual, una vez que a unos duros arrecifes atados sus brazos
la vio el Abantíada -si no porque una leve brisa le había movido
los cabellos, y de tibio llanto manaban sus luces,

de mármol una obra la habría considerado-, contrae sin él
saber unos fuegos 675 y se queda suspendido y, arrebatado
por la imagen de la vista hermosura, casi de agitar se olvidó en
el aire sus plumas.

Cuando estuvo de pie: «Oh», dijo, «mujer no digna, de estas
cadenas,

sino de esas con las que entre sí se unen los deseosos amantes,
revélame, que te lo pregunto, el nombre de tu tierra y el tuyo
680 y por qué ataduras llevas». Primero calla ella y no se atreve
a dirigirse a un hombre, una virgen, y con sus manos su
modesto rostro habría tapado si no atada hubiera estado;
sus luces, lo que pudo, de lágrimas llenó brotadas.

Al que más veces la instaba, para que delitos suyos confesar
685 no pareciera que ella no quería, el nombre de su tierra y el
suyo, y cuánta fuera la arrogancia de la materna hermosura
revela, y todavía no recordadas todas las cosas, la onda resonó,
y llegando un monstruo por el inmenso ponto

se eleva sobre él y ancha superficie bajo su pecho ocupa. 690
Grita la virgen: su genitor lúgubre, y a la vez

su madre está allí, ambos desgraciados, pero más justamente
ella, y no consigo auxilio sino, dignos del momento, sus llantos

y golpes de pecho llevan y en el cuerpo atado están prendidos,
cuando así el huésped dice: «De lágrimas largos tiempos 695
quedar a vosotros podrían; para ayuda prestarle breve la hora
es.

A ella yo, si la pidiera, Perseo, de Júpiter nacido y de aquélla a
la que encerrada llenó Júpiter con fecundo oro,
de la Górgona de cabellos de serpiente, Perseo, el vencedor, y el
que sus alas

batiendo osa ir a través de las etéreas auras, 700

sería preferido a todos ciertamente como yerno; añadir a tan
grandes dotes también el mérito, favorézcانme sólo los dioses,
intento:

que mía sea salvada por mi virtud, con vosotros acuerdo».

Aceptan su ley -pues quién lo dudaría- y suplican

y prometen encima un reino como dote los padres. 705

He aquí que igual que una nave con su antepuesto espolón
lanzada surca las aguas, de los jóvenes por los sudorosos
brazos movida:

así la fiera, dividiendo las ondas al empuje de su pecho, tanto
distaba de los riscos cuanto una baleárica honda, girado el
plomo, puede atravesar de medio cielo, 710 cuando
súbitamente el joven, con sus pies la tierra repelida, arduo hacia
las nubes salió: cuando de la superficie en lo alto

la sombra del varón avistada fue, en la avistada sombra la fiera
se ensaña, y como de Júpiter el ave, cuando en el vacío campo
vio, ofreciendo a Febo sus lívidas espaldas, un reptil, 715

se apodera de él vuelto, y para que no retuerza su salvaje boca,
en sus escamosas cervices clava sus ávidas uñas,

así, en rápido vuelo lanzándose en picado por el vacío,

las espaldas de la fiera oprime, y de ella, bramante, en su
diestro ijar el Ináquida su hierro hasta su curvo arpón hundió.

720

Por su herida grave dañada, ora sublime a las auras

se levanta, ora se somete a las aguas, ora al modo de un feroz
jabalí se revuelve, al que el tropel de los perros alrededor
sonando aterra.

Él los ávidos mordiscos con sus veloces alas rehúye

y por donde acceso le da, ahora sus espaldas, de cóncavas
conchas por encima sembradas, 725

ahora de sus lomos las costillas, ahora por donde su tenuísima
cola acaba en pez, con su espada en forma de hoz, hiere.

belua puniceo mixtos cum sanguine fluctus ore vomit: maduere
graves adspergine pennae. nec bibulis ultra Perseus talaribus
ausus 730

credere conspexit scopulum, qui vertice summo stantibus exstat
aquis, operitur ab aequore moto. nixus eo rupisque tenens iuga
prima sinistra

ter quater exegit repetita per ilia ferrum.

litora cum plausu clamor superasque deorum 735 inplevere
domos: gaudent generumque salutant auxiliumque domus
servatoremque fatentur Cassiope Cepheusque pater; resoluta
catenis incedit virgo, pretiumque et causa laboris.

ipse manus hausta victrices abluit unda, 740 anguiferumque
caput dura ne laedat harena, mollit humum foliis natasque sub
aequore virgas sternit et inponit Phorcynidos ora Medusae.
virga recens bibulaque etiamnum viva medulla vim rapuit
monstri tactuque induruit huius 745 percepitque novum ramis et
fronde rigorem.

at pelagi nympphae factum mirabile temptant pluribus in virgis
et idem contingere gaudent seminaque ex illis iterant iactata
per undas:

nunc quoque curaliis eadem natura remansit, 750 duritiam
tacto capiant ut ab aere quodque

vimen in aequore erat, fiat super aequora saxum. Dis tribus ille
focos totidem de caespite ponit,

laevum Mercurio, dextrum tibi, bellica virgo,

ara Iovis media est; mactatur vacca Minervae, 755 alipedi
vitulus, taurus tibi, summe deorum.

protinus Andromedan et tanti praemia facti indotata rapit;
taedas Hymenaeus Amorque praecutiunt; largis satiantur
odoribus ignes, sartaque dependent tectis et ubique lyraeque

760 tibiaque et cantus, animi felicia laeti

argumenta, sonant; reseratis aurea valvis atria tota patent,
pulchroque instructa paratu Cepheni proceres ineunt convivia
regis.

Postquam epulis functi generosi munere Bacchi 765 diffudere
animos, cultusque genusque locorum quaerit Lyncides
moresque animumque virorum;

qui simul edocuit, 'nunc, o fortissime,' dixit 769 'fare, precor,
Perseu, quanta virtute quibusque artibus abstuleris crinita
draconibus ora!'

narrat Agenorides gelido sub Atlante iacentem esse locum
solidae tutum munimine molis; cuius in introitu geminas
habitasse sorores Phorcidas unius partitas luminis usum; 775
id se sollerti furtim, dum traditur, astu supposita cepisse manu
perque abdita longe deviaque et silvis horrentia saxa fragosis
Gorgoneas tetigisse domos passimque per agros perque vias
vidisse hominum simulacra ferarumque 780 in silicem ex ipsis
visa conversa Medusa.

se tamen horrendae clipei, quem laeva gerebat,
aere repercusso formam adspexisse Medusae,
dumque gravis somnus colubrasque ipsamque tenebat,

El monstruo, con bermellón sangre mezclados, oleajes
de su boca vomita; se mojaron, pesadas por la aspersion, sus
plumas, y no en sus embebidos talares más allá Perseo osando
730

confiar, divisó un risco que con lo alto de su vértice
de las quietas aguas emerge: se cubre con el mar movido.

Apoyado en él y de la peña sosteniendo las crestas primeras
con su izquierda, tres veces, cuatro veces pasó por sus ijares,
una y otra vez buscados, su hierro. Los litorales el aplauso y el
clamor llenaron, y las superiores 735 moradas de los dioses:
gozan y a su yerno saludan

y auxilio de su casa y su salvador le confiesan Casíope y Cefeo,
el padre; liberada de sus cadenas avanza la virgen, precio y
causa de su trabajo.

Él sus manos vencedoras agua cogiendo lustra, 740

y con la dura arena para no dañar la serpentífera cabeza,
mulle la tierra con hojas y, nacidas bajo la superficie, unas
ramas tiende, y les impone de la Forcínide Medusa la cabeza.

La rama reciente, todavía viva, con su bebedora médula fuerza arrebató del portento y al tacto se endureció de él 745 y percibió un nuevo rigor en sus ramas y fronda.

Mas del piélago las ninfas ese hecho admirable ensayan en muchas ramas, y de que lo mismo acontezca gozan,

y las simientes de aquéllas iteran lanzadas por las ondas:

ahora también en los corales la misma naturaleza permaneció, 750 que dureza obtengan del aire que tocan, y lo que

mimbre en la superficie era, se haga, sobre la superficie, roca.

Para dioses tres él otros tantos fuegos de césped pone;

el izquierdo para Mercurio, el diestro para ti, belicosa virgen,

el ara de Júpiter la central es; se inmola una vaca a Minerva,

755 al de pies alados un novillo, un toro a ti, supremo de los

dioses. En seguida a Andrómeda, sin dote, y las recompensas de tan gran proeza arrebatada: sus teas Himeneo y Amor

delante agitan, de largos aromas se sacian los fuegos

y guirnaldas penden de los techos, y por todos lados liras 760 y tibia y cantos, del ánimo alegre felices

argumentos, suenan; desatrancadas sus puertas los áureos

atrios todos quedan abiertos, y con bello aparato instruidos los cefenios próceres entran en los convites del rey.

Después de que, acabados los banquetes, con el regalo de un generoso baco 765 expandieron sus ánimos, por el cultivo y el

hábito de esos lugares pregunta el Abantiada; al que preguntaba en seguida el único [narra el Lincida las costumbres y los hábitos de sus hombres];

el cual, una vez lo hubo instruido: «Ahora, oh valerosísimo», dijo, «di, te lo suplico, Perseo, con cuánta virtud y por qué 770 artes arrebataste la cabeza crinada de dragones».

Perseo y Medusa

Narra el Agenórída que bajo el helado Atlas yacente hay un lugar, seguro por la defensa de su sólida mole; que de él en la avenida habitaron las gemelas hermanas Fórcides, que compartían de una sola luz el uso; 775

que de éste él, con habilidosa astucia, furtivamente, mientras se lo traspasan, se apoderó, poniendo debajo su mano; y que a través de unas roquedas lejos escondidas, y desviadas, y erizadas de espesuras fragosas

alcanzó de las Górgonas las casas, y que por todos lados, a través de los campos

y a través de las rutas, vio espectros de hombres y de fieras 780 que, de su antiguo ser, en pedernal convertidos fueron al ver a la Medusa. Que él, aun así, de la horrenda Medusa la figura había contemplado en el bronce repercutido del escudo que su izquierda llevaba,

y mientras un grave sueño a sus culebras y a ella misma
ocupaba

eripuisse caput collo; pennisque fugacem 785 Pegason et
fratrem matris de sanguine natos.

Addidit et longi non falsa pericula cursus, quae freta, quas
terras sub se vidisset ab alto et quae iactatis tetigisset sidera
pennis;

ante exspectatum tacuit tamen. excipit unus 790 ex numero
procerum quaerens, cur sola sororum gesserit alternis inmixtos
crinibus angues. hospes ait: 'quoniam scitaris digna relatu,
accipe quaesiti causam. clarissima forma multorumque fuit
spes invidiosa procorum 795 illa, nec in tota conspectior ulla
capillis

pars fuit: inveni, qui se vidisse referret. hanc pelagi rector
templo vitiasse Minervae dicitur: aversa est et castos aegide
vultus

nata Iovis texit, neve hoc inpune fuisset, 800 Gorgoneum
crinem turpes mutavit in hydros. nunc quoque, ut attonitos
formidine terreat hostes, pectore in adverso, quos fecit, sustinet
angues.'

785

le arrancó la cabeza de su cuello, y que, por sus plumas fugaz,
785 Pégaso, y su hermano, de la sangre de su madre nacidos
fueron.

Añadió también de su largo recorrido los no falsos peligros, qué
estrechos, que tierras bajo sí había visto desde el alto,

y qué estrellas había tocado agitando sus alas;

antes de lo deseado calló, aun así; toma la palabra uno 790

del número de los próceres preguntando por qué ella sola de
sus hermanas

llevaba entremezcladas alternas sierpes con sus cabellos.

El huésped dice: «Puesto que saber deseas cosas dignas de
relato, recibe de lo preguntado la causa. Clarísima por su
hermosura

y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiada 795

ella, y en todo su ser más atractiva ninguna parte que sus
cabellos era: he encontrado quien haberlos visto refiera.

A ella del piélago el regidor, que en el templo la pervirtió de
Minerva, se dice: tornóse ella, y su casto rostro con la égida,

la nacida de Júpiter, se tapó, y para que no esto impune

quedara, 800 su pelo de Górgona mutó en indecentes hidras.

Ahora también, cuando atónitos de espanto aterra a sus enemigos, en su pecho adverso, las que hizo, sostiene a esas serpientes.

QUINTO LIBRO

Mientras Perseo narra tales cosas a los cefenios, se escucha en el palacio un clamor no festivo sino guerrero, y el banquete convertido en combate suena como mar tempestuoso (1-7).

Iniciador de la guerra es Fineo, quien agitando una lanza, dice que llega a vengarse por haber sufrido el robo de su esposa, y amenaza e insulta a Perseo. Cuando iba a arrojar su arma contra el héroe, lo interrumpe su hermano Cefeo, y le hace ver que trata de premiar con un crimen la hazaña de su yerno; que en realidad no fue Perseo sino las Nereidas y Júpiter Amón quienes le habían arrebatado a Andrómeda; cuando ésta estuvo en peligro de muerte, él, por cierto, no la había ayudado ni como esposo ni tío; no era justo, pues, que quisiera quitársela a aquel que la salvó, haciendo lo que él debiera haber hecho. Era necesario, por esa causa, que se resignara y respetara el pacto convenido con Perseo (8-29).

Nada responde Fineo, pero mira a Cefeo y a Perseo sin saber a cuál de los dos ha de atacar. Por fin, arroja su lanza contra éste. Quedó el arma clavada en el lecho donde el héroe estaba tendido. Encolerizado Perseo, tomó esa misma lanza, y si Fineo no se hubiera escondido tras un altar, le habría atravesado el pecho; con todo, el arma arrojada se clava en la frente de Reto, cuya sangre mancha la mesa. Entonces se enfurecen todos y se asaltan, y algunos pretenden la muerte de Cefeo y su yerno.

Cefeo, respetando el derecho, la fe y la hospitalidad, proclama que la violencia ocurre allí contra lo que él ha ordenado (30-45).

Llega Palas guerrera, y cubre a Perseo con la égida, y lo anima al combate.

El Limneo Atis, nieto del Ganges, notorio por su belleza y el arreglo que la aumentaba; docto en herir a distancia con dardo arrojado, y más todavía en manejar el arco, mientras tendía éste fue golpeado en el rostro por Perseo, con un tronco ardiente tomado de los fuegos del ara. Licabas, amigo de Atis, al verlo sangrar, recogió su arco y, tras desafiar a Perseo, lo disparó contra él; el héroe pudo esquivar la herida y a su vez lo atacó con la espada metiéndosela en el pecho. Moribundo ya, Licabas se inclinó hacia el amigo, y tuvo el consuelo de morir junto con él (46-73).

Forbas y Antimedón, ávidos de entrar en combate, resbalaron en la sangre que empapaba el suelo. La espada de Perseo atravesó las costillas de aquél y la garganta de éste. A Erito, armado con un hacha de doble filo, lo derribó el héroe golpeándolo con una enorme crátera. Vomita sangre Erito, y sacude el suelo con la cabeza.

Postra Perseo en seguida a Poligdemón y a Abaris y a Liceto y a Hélix y a Flegias y a Clito, y camina sobre montones de moribundos (74-88).

Fineo, que no se atreve a atacarlo cuerpo a cuerpo, le arroja un jáculo con el cual, errando, alcanza a Idas, odiador de toda

guerra. Éste, forzado a pelear, muere en el intento de devolver el golpe con el arma misma que lo había herido. Odites, el principal de los cefenios después de su rey, es muerto por Climeno; Protenor, por Hipseo; Hipseo, por el Lincida. El piadoso y anciano Ematión lucha hablando, y maldice las armas; mientras lo hace y rodea el ara con los brazos, Cromis lo decapita con la espada. Cae al fuego sagrado la cabeza del anciano, que alcanza a hablar todavía con lengua medio muerta (89-105).

Mató Fineo también a Broteas y Amón y a Ampico, sacerdote de Ceres. Igualmente el cantor Lampetida, que alegraba con la cítara el banquete, fue muerto. Tras burlarse de él, mandándolo a cantar para los manes, Pétalo lo hirió en la sien izquierda. Aquél, al caer, hizo nacer al azar un carmen triste en las cuerdas sonoras (106-118). No sufrió eso Licormas, y derribó con una tranca a Pétalo, que se derrumbó como novillo inmolido. Mientras Pelates intentaba arrancar con la mano la tranca del lado izquierdo de la puerta, Córito le clavó con su lanza esa mano a la madera, y Abas lo hirió en el costado. Quedó Pelates suspendido de la mano clavada.

Compañeros de Perseo, son tendidos Melaneo y Dorilas, rico en tierras más que ninguno en los campos nasamoníacos. Halcioneo, al verlo muriendo, le dijo que no tendría ya más tierra que aquella que su cuerpo oprimía.

Vengando a los suyos, Perseo atraviesa la cabeza de Halcioneo, y luego mete la lanza en los muslos de Clicio y la boca de Clanis. Murieron asimismo Celadón, Astreo, Etión el adivino, y Toactcs y el parricida Agirtes (119-148).

Empero, queda todavía a Perseo mucho por batallar. Yendo contra una causa justa, lo asaltan por todas partes. Cefeo, Casiopea y Andrómeda se lamentan, y su voz es superada del ruido de las armas y el gemir de los heridos, mientras Belona ensangrienta el palacio profanado y fomenta la lucha.

Circundan a Perseo Fineo y sus innumerables seguidores. De espaldas a una columna, soporta el héroe la granizada de dardos, y contiene a los adversarios: por la izquierda, llega Molpeo; Equemón, por la derecha. Él duda como la tigre hambrienta que oye mugir a la vez dos rebaños. Por fin, hiere a Molpeo en una pierna, en tanto que Equemón, sin medir sus fuerzas, quiebra, fallando el golpe, su arma contra la columna, y es herido con uno de sus fragmentos. Perseo lo remata con su espada curva (149-176).

Pero cuando el número de los adversarios lo vencía, sacó, para que lo auxiliara, la cabeza de Medusa. Tescelo, incrédulo, quedó petrificado en el punto en que se disponía a arrojarle un dardo; Ámpix sufrió la misma suerte cuando procuraba herirlo con la espada. Nileo, que se decía hijo del Nilo y llevaba en su escudo la imagen de éste, es convertido en roca mientras se jacta de su linaje y su grandeza. En el momento en que negando la fuerza de la Gorgona, Érix por dar ejemplo a sus compañeros iba á

atacar a Perseo, se envaró, transformado en estatua armada. Por azar, Aconteo, seguidor de Perseo, vio a Medusa y se coaguló en piedra; Astiages, sin dar en la cuenta de lo que había ocurrido, lo hiere con su espada, y ésta resuena contra él. Pasmado, Astiages recibe en ese mismo momento la pétreo naturaleza. Fuera largo nombrar a los doscientos hombres que de la plebe combatían aún, y que al mirar a la Gorgona se endurecieron también (177-209).

Finalmente Fineo, al percatarse de la suerte corrida por los suyos y de que no puede esperar ayuda de ellos, se arrepiente de haber iniciado la guerra y lo confiesa, tendiendo hacia Perseo los brazos en ademán de súplica, explicándole que no luchó por odio o codicia sino por el amor de Andrómeda, y rogándole que aparte ya la cabeza del monstruo y le perdone la vida. Burlándose, el héroe le responde que no lo herirá con espada, y sí le dará ocasión de permanecer siempre en casa de Cefeo y de ser contemplado allí siempre por la prometida; en seguida, pone el rostro de Medusa frente al de Fineo, quien vuelto en piedra, conserva la expresión llorosa y cobarde y el gesto suplicante (210-235).

Regresa Perseo a su patria acompañado de su esposa, y allí, por vengar a un padre que no lo merecía, con la cabeza de Medusa ataca a Preto, quien se había apoderado de la ciudad de Acrisio (236-241). Con todo eso, Polidectes, rey de Serifos, mantiene contra Perseo un odio que no ablandan ni el valor ni los trabajos de éste, y llega incluso a negar que haya dado

muerte a Medusa. Convirtiéndolo en piedra al mostrarle la cabeza de ésta, Perseo le demuestra que miente (242-249).

Palas, que hasta ese momento había acompañado a Perseo su hermano, lo deja, y, tras abandonar a Serifos, pasa por Citnos y Giaros y llega a Tebas y el Helicón. Detenida en éste, habla a las Musas y les pide que narren la historia de la fuente que con un golpe de su casco hizo brotar Pegaso. Urania le responde mostrándole el placer que les da con su presencia, y le confirma la verdad del hecho mencionado por la diosa; luego, la hace bajar hasta la fuente.

Al contemplar el sitio ameno, Palas elogia a las Musas por él y por el estudio a que se dedican. Le habla allí una de ellas, reconociendo la justicia del elogio y la buena fortuna que tienen con tal de estar seguras. Pero en verdad el crimen existe, y las Musas se aterran por todo. La que habla recuerda todavía la injuria que Pireneo trató de inferirles. Éste, al mando de soldados tracios, había invadido Daulia y Fócida y gobernaba allí con injusticia. En una ocasión en que las Musas iban al Parnaso, las vio, y engañosamente les ofreció hospitalidad bajo su techo. Movidas por las circunstancias, aceptaron ellas; pero cuando, ya claro el cielo, quisieron partir, se los impidió Pireneo y pretendió violarlas. Cuando las vírgenes tomaron alas para huirle, él intentó seguirlas por

el aire y se estrelló contra el suelo, al caer de la torre desde la cual había querido alzar vuelo (250- 293).,

Hablaba todavía la Musa cuando se oyó ruido de alas en el aire, y de los árboles vino sonido de voces. Palas, que las escuchaba, preguntó de dónde procedían. Se trataba de nueve picazas que lamentaban su suerte e imitaban cuanto oían. La Musa explicó a Palas: eran las hijas de Piero y Evipe, quienes envanecidas por ser nueve también, habían desafiado a las Musas a competir con ellas en el canto, poniendo como jueces a las ninfas.

Aunque las Musas consideraban torpe contender, juzgaron que ceder sería más torpe aún. Comenzaron, pues, y la primera de las Piérides cantó las guerras de gigantes y dioses, disminuyendo los méritos de éstos y celebrando cómo Tifeo, nacido del fondo de la tierra, había empavorecido a los celestes quienes, tras huir a Egipto, se habían ocultado en figuras de bestias: Júpiter se había hecho carnero, Apolo, cuervo; cabro, Baco; pez, Venus; ibis, Mercurio. Hasta allí llegó su canto.

Al instante se pidió a las Musas que cantaran a su vez. La de ellas que eso narraba, se interrumpió para preguntar a Palas si tenía tiempo y ocio para seguir escuchando, y luego que la diosa le dijo tenerlos, prosiguió: Calíope fue la elegida para competir por las Musas, y, coronada de hiedra, se levantó y pulsó la cítara antes de iniciar el canto. En éste, antes que nada, invocó a Ceres, la primera en trabajar la tierra y darle leyes y hacerla producir todas las cosas, y deseó estar a su altura.

Después, narró el modo como Tifeo, vencido, yace sujeto bajo la

isla de Sicilia, de cuyo peso intenta en vano libertarse; tiene las manos sujetas por el Peloro y el Paquino, las piernas por el Lilibeo y la cabeza por el Etna, por cuya boca vomita arena y llamas. Cada vez que trata de levantarse libertado, hace temblar la tierra, con lo cual teme el mismo Plutón que se forme una grieta por donde pueda entrar la luz a los infiernos (294-358).

Alguna vez que con tal temor el dios recorría, revisándolas, las bases de Sicilia, y probaba que estaban firmes, Venus lo vio desde el Érix, y llamando a Cupido lo incitó a herirlo con su flecha. No era plausible que estando sujetos al amor los dioses del cielo y del mar, no lo estuvieran los del mundo subterráneo. Parece incluso, dijo, que en el cielo han disminuido los poderes del amor, pues permanecen vírgenes Palas y Diana. ¿Podrá permitirse que también lo siga siendo Proserpina, la hija de Ceres? Por esa razón, pidió a su hijo que uniera con Plutón a esa diosa. Obediente, sacó él de su aljaba la flecha más aguda y más certera, y, disparándola con el arco, la clavó en el corazón del dios infernal (359-384).

Cerca de Hena está el lago Pergo, poblado de cisnes, rodeado de selvas que lo guardan de los fuegos del sol. Entre follajes y flores, eternamente se establece la primavera. Mientras Proserpina juega y corta violas y azucenas en ese lugar acompañada de sus iguales, Plutón, a una, la mira, la ama y la rapta. Hasta ese punto Amor se da prisa. Grita atemorizada la diosa, y pide el auxilio de sus acompañantes y, principalmente,

de su madre; las flores caen de su seno, y hay en ella tanto de niña, que siente dolor también por perderlas. Plutón la conduce en su carro, y exhorta a sus caballos sacudiendo las riendas y llamándolos. La lleva, así, por azufrosos estanques, y por donde los Baquiadas fundaron su ciudad entre puertos de desigual tamaño (385-408).

Entre Ciane y Aretusa está encerrado un mar. En el estanque llamado con su nombre, habitó Ciane, celebérrima entre las ninfas sicilianas. Cuando cerca de ella pasaba el raptor con su presa, la ninfa salió de un remolino y, habiendo reconocido a la diosa raptada, le advirtió a Plutón que no podía tomarla por la fuerza sino que debía obtenerla con ruegos. Ella misma había admitido casarse con Anapis, porque él la pretendió sin violencia. Luego intentó cerrarle el camino tendiendo ante él los brazos. Encolerizado, el hijo de Saturno golpeó con su cetro el centro del remolino, y lanzó su carro por el cráter que abrió de ese modo (409-424).

Ciane, llorando por la suerte de Proserpina y por el desprecio que se hizo de sus derechos, derramó tantas lágrimas que, licuándose toda, se mezcló con las aguas de las cuales había sido diosa. Sus huesos se plegaron, se reblandecieron sus uñas y sus miembros, se diluyeron sus cabellos y piernas y pies y dedos, y los hombros y espalda y pechos se cambiaron en arroyos; nada queda de ella que pudiera asirse (425-435).

Mientras tanto, Ceres buscaba inútilmente por tierra y mar a su hija, y en esa tarea no interrumpida la vieron el orto y el ocaso y la noche, durante la cual se alumbraba con antorchas

encendidas del Etna. Cansada y sedienta, se acercó una vez a una choza y llamó a su puerta. Salió, al oírla, una vieja, y le ofreció una bebida dulce. Tanta sed tenía, que bebió con avidez, lo cual dio motivo a que un niño impudente se burlara de ella; para castigarlo, la diosa lo roció con el líquido que aún no bebía, con lo cual se manchó la cara del audaz, y sus brazos se cambiaron en piernas y le creció una cola, y todo él se empequeñeció, haciéndose inofensivo. En cuerpo de lagarto, huyó de la vieja que se disponía a tocarlo, admirada y llorosa, y fue a esconderse en una gruta (435-461).

Sería muy largo enumerar las tierras y los mares que recorrió Ceres en su indagación. Vino finalmente a Sicilia y se acercó a Ciane, quien de no haberse mudado hubiera podido narrarle todo lo ocurrido. Pero, ya que era incapaz de hablar, le mostró en su superficie el ceñidor de la hija. En reconociéndolo, dio la diosa señales de duelo y llamó ingratas a las tierras, principalmente la siciliana que le era deudora de grandes dones y donde había descubierto las huellas del rapto de Proserpina. Rompió allí los arados y mató a colonos y bueyes labradores, y malogró las siembras vi- ciando las simientes.

Se agostan las mieses en las hierbas primeras y se alternan lluvia y sol excesivos; los vientos son dañinos, roban los pájaros las semillas, agobian al trigo la cizaña y el trébol y la mala hierba (462- 486).

Al conocer tan grandes perjuicios, Aretusa sacó la cabeza entre las ondas y habló a Ceres, suplicándole que no castigara a la tierra inocente, pues no por su deseo se había abierto para dar paso a Plutón. Y le aclara que hace súplica tal a pesar de que Sicilia no es su patria, pues ella tiene origen en Pisa. Con todo, ya que está en ella, le pide que guarde la tierra siciliana, y le ofrece, para hora mejor, contarle su historia. En su curso subterráneo, sigue diciendo Aretusa, le ha sido dado ver a Proserpina triste, pero como reina del mundo infernal, donde es la esposa de Plutón (487-508).

Al oírla quedó atónita Ceres; pero cuando volvió a su sentido se apresuró a subir al cielo para quejarse ante Júpiter; ya en su presencia, le rogó que se preocupara por la hija de ambos, e hiciera lo necesario para que Plutón, que la había robado, la devolviera. Le respondió el máximo dios que él amaba también a Proserpina, pero que no veía afrenta en que su hermano la hubiera desposado; ese hermano que, en suerte, sólo a él era inferior. Con todo, le concedió que Proserpina regresara con ella, con tal que en el mundo infernal no hubiera probado alimento (509-532).

Ahora bien: Proserpina, una vez en que vagaba por los jardines infernales, había comido siete granos de granada, y Ascálafo,

hijo de Orfne y Aqueronte, la había visto hacerlo y la había denunciado. La reina del infierno, para castigar esta denuncia, lo había rociado con agua del Flegetón, convirtiéndolo en búho (533-550).

Es posible que Ascálafo mereciera castigo tal. Pero las Sirenas, ¿por qué tomaron plumas y patas de ave? Ellas, que acompañaban a Proserpina cuando fue raptada, la buscaron en vano por todas partes, y para buscarla en el mar desearon la facultad del vuelo. Las complacieron los dioses y les dieron alas y cuerpo de ave, dejándoles la voz y el poder del canto y el rostro de vírgenes (551-563). Finalmente, Júpiter, actuando como mediador entre Plutón y Ceres, decidió que Proserpina estuviera seis meses del año con aquél y otros tantos con ésta. Alegre por haber recobrado de esa manera la libertad, la diosa cambió su alma y su apariencia, y fue como el sol cuando aparece

después de la tormenta (564-571).

Ya tranquila, exige Ceres a Aretusa que le narre su historia. Ésta sacó la cabeza de las tácitas ondas, y refirió los amores antiguos del río de Élida: Aretusa había sido una ninfa de Acaya, la más diligente en las labores de la caza; preocupada más por la valentía que por la hermosura, nunca cuidó de su arreglo, y avergonzada de la belleza de su cuerpo, consideraba crimen complacer con ella. En alguna ocasión, aconsejada por la fatiga y el calor, se había desnudado para bañarse en una fuente clara cerca de Estínfalo, y mientras se deleitaba

nadando había escuchado un rumor que subía del fondo; aterrada, quiso refugiarse en la orilla, y entonces oyó que Alfeo le preguntaba a dónde iba. Huyó desnuda la ninfa, y al verla así, el río la pretendió con ardor aún más grande, y, como la paloma y el halcón, una trataba de escapar y el otro de asirla (572-606).

Corrió Aretusa sin ser alcanzada en Orcómenos, Psofida, Cilene, el Ménalo, el Erimanto, Elis, entre campos y montes y bosques y peñas. Con el sol a la espalda, veía cómo la sombra del perseguidor se adelantaba a la suya. Por fin, más débil que el otro, sintió que no le era ya tolerable el

esfuerzo de la carrera, y pidió el auxilio de Diana, la diosa a quien tan fielmente había servido y quien, conmovida, la ocultó en el centro de una nube hueca. Alfeo, entonces, la buscó vigilándola dando vueltas en torno, y la llamaba mientras ella temblaba y temía. Y fue tanto su temor, que comenzó a sudar frío y terminó por deshacerse toda en agua. Al percatarse de tal cosa, Alfeo se convirtió en agua también, para confundirse con ella. Entonces, Diana hizo que la tierra se abriera, y Aretusa precipitándose a través de la abertura, fue por caminos oscuros hasta que volvió a salir a la superficie en Ortigia (607-641).

Después de escuchar a la ninfa, Ceres unció a su carro las serpientes que formaban su tiro, y fue llevada por ellas en el

aire; entonces envió el carro a Triptolemo que estaba en Atenas, y le mandó sembrar en la tierra el trigo que le había dado.

Ya Triptolemo, obediente, era llevado sobre Europa y Asia, y se dirigía a Escitia donde reinaba Linco, y penetraba en su casa. Linco le preguntó entonces quién era y por qué y de dónde venía. Le respondió Triptolemo, y le explicó que había venido por el aire, en el carro y con los dones de Ceres que harían que la tierra devolviera ricas cosechas. Envidioso, el rey lo acogió con fingida hospitalidad, y mientras dormía, intentó asesinarlo; en castigo, Ceres lo convirtió en linco, y luego ordenó a Triptolemo que llevara otra vez por los aires su carro (642-661).

Eso, sigue narrando a Palas la Musa, había Cantado Calíope, y las ninfas unánimes habían declarado vencedoras a las diosas sobre las Piérides. Al ver que éstas alzaron un griterío insolente, aquéllas amenazaron con castigarlas, y recibieron por ello su burla y su desprecio. Llegó, así, el momento del castigo: cuando las Piérides quisieron hablar y extender las manos, vieron que los brazos se les cubrían de plumas y que las caras se les endurecían en picos, y alzaron, sin querer, el vuelo, mudadas a cuerpo de pájaros, y gritaron entre los árboles, ya como picazas.

Hasta hoy siguen siendo locuaces e imprudentes, y mantienen sus incontenibles ansias de hablar (662-678).

Dumque ea Cephenum medio Danaeius heros agmine
commemorat, fremida regalia turba

atria conplentur, nec coniugialia festa

qui canat est clamor, sed qui fera nuntiet arma; inque
repentinos convivia versa tumultus 5 adsimilare freto possis,
quod saeva quietum ventorum rabies motis exasperat undis.

primus in his Phineus, belli temerarius auctor, fraxineam
quatiens aeratae cuspidis hastam

'en' ait, 'en adsum praereptae coniugis ultor; 10 nec mihi te
pennae nec falsum versus in aurum Iuppiter eripiet!' conanti
mittere Cepheus

'quid facis?' exclamat, 'quae te, germane, furentem mens agit in
facinus? meritisne haec gratia tantis redditur? hac vitam
servatae dote rependis? 15 quam tibi non Perseus, verum si
quaeris, ademit, sed grave Nereidum numen, sed corniger
Ammon, sed quae visceribus veniebat belua ponti exsaturanda
meis; illo tibi tempore rapta est,

quo peritura fuit, nisi si, crudelis, id ipsum 20 exigis, ut pereat,
luctuque levabere nostro.

scilicet haud satis est, quod te spectante revincta est et nullam
quod opem patruus sponsusve tulisti; insuper, a quoquam quod
sit servata, dolebis praemiaque eripies? quae si tibi magna
videntur, 25 ex illis scopulis, ubi erant adfixa, petisses.

nunc sine, qui petiit, per quem haec non orba senectus, ferre,
quod et meritis et voce est pactus, eumque non tibi, sed certae
praelatum intellege morti.'

Perseo y Fineo

1 Y mientras estas cosas, de los cefenos en medio del grupo,
de Dánae

2 el héroe conmemora, de una bronca multitud los reales

3 atrios se llenan, y el que unas conyugales

4 fiestas cante no es su clamor, sino el que anuncie fieras
armas,

5 y en repentinos tumultos los convites tornados, 5

6 asemejarlos a un estrecho podrías, al que, quieto, la
salvaje

7 rabia de los vientos removiendo sus ondas exaspera.

8 Primero entre ellos, Fineo, de esa guerra el temerario
autor,

9 agitando un astil de fresno con cúspide de bronce:

10 «Heme aquí», dice, «heme aquí de mi esposa antes de
tiempo arrebatada vengador; 10

11 y ni de mí a ti tus plumas, ni en falso oro tornado

12 Júpiter te arrebatará». A él, que intentaba disparar, Cefeo:

13 «¿Qué haces?», exclama, «¿Qué cabeza a ti, germano,
14 enloquecido, te mueve a este delito? ¿No es por unos tan
grandes méritos que esta gracia
15 se devuelve? ¿Con esta dote la vida de la rescatada
pagas? 15

16 La cual a ti, no Perseo, la verdad si buscas, te quita,
17 sino de las Nereidas el grave numen, sino el cornado
Amón,
18 sino el monstruo del ponto que de las entrañas venía
19 a saciarse mías; en ese tiempo a ti arrebatada te fue,
20 en el que a morir iba, a no ser que, cruel, esto
precisamente 20

21 exijas, que muera, y que tú con el luto te consueles
nuestro.

22 Claro que no bastante es que, tú mirando, haya sido
desatada,
23 y que ninguna ayuda tú, su tío o su prometido, le
prestaste:

24 ¿encima, de que por un otro haya sido salvada te dolerás,
25 y sus premios le arrebatará? Ellos si a ti grandes te
parecen, 25

26 de aquellos escollos donde fijos estaban los hubieses
buscado.

- 27 Ahora deja que quien la buscó, por quien no es huérfana
esta vejez,
- 28 se lleve lo que por sus méritos y con la voz se ha pactado,
y que él
- 29 no a ti, sino a una cierta muerte antepuesto fue, entiende».

Ille nihil contra, sed et hunc et Persea vultu³⁰ alterno spectans
petat hunc ignorat an illum: cunctatusque brevi contortam
viribus hastam, quantas ira dabat, nequiquam in Persea misit.

ut stetit illa toro, stratis tum denique Perseus exsiluit teloque
ferox inimica remisso ³⁵ pectora rupisset, nisi post altaria
Phineus isset: et (indignum) scelerato profuit ara.

fronte tamen Rhoeti non irrita cuspis adhaesit, qui postquam
cecidit ferrumque ex osse revulsum est calcitrat et positas
adspergit sanguine mensas. ⁴⁰ tum vero indomitas ardescit
vulgus in iras, telaque coniciunt, et sunt, qui Cephea dicunt

cum genero debere mori; sed limine tecti exierat Cepheus
testatus iusque fidemque hospitiique deos, ea se prohibente
moveri. ⁴⁵ bellica Pallas adest et protegit aegide fratrem

datque animos. Erat Indus Athis, quem flumine Gange edita
Limnaee vitreis peperisse sub undis creditur, egregius forma,
quam divite cultu augebat, bis adhuc octonis integer annis,

⁵⁰ indutus chlamydem Tyriam, quam limbus obibat
aureus; ornabant aurata monilia collum

et madidos murra curvum crinale capillos; ille quidem iaculo
quamvis distantia misso

figere doctus erat, sed tendere doctior arcus. 55 tum quoque
lenta manu flectentem cornua Perseus stipite, qui media positus
fumabat in ara,

perculit et fractis confudit in ossibus ora.

Hunc ubi laudatos iactantem in sanguine vultus Assyrius vidit
Lycabas, iunctissimus illi 60

et comes et veri non dissimulator amoris, postquam exhalantem
sub acerbo vulnere vitam deploravit Athin, quos ille tetenderat
arcus arripit et 'mecum tibi sint certamina!' dixit;

'nec longum pueri fato laetabere, quo plus 65 invidiae quam
laudis habes.' haec omnia nondum dixerat: emicuit nervo
penetrabile telum vitatumque tamen sinuosa veste pependit.

vertit in hunc harpen spectatam caede Medusae Acrisioniades
adigitque in pectus; at ille 70 iam moriens oculis sub nocte
natantibus atra circumspexit Athin seque adclinavit ad illum et
tulit ad manes iunctae solacia mortis.

Ecce Syenites, genitus Metione, Phorbas

et Libys Amphimedon, avidi committere pugnam, 75 sanguine,
quo late tellus madefacta tepebat, conciderant lapsi;
surgentibus obstitit ensis, alterius costis, iugulo Phorbantis
adactus.

At non Actoriden Erytum, cui lata bipennis telum erat, hamato
Perseus petit ense, sed altis 80 exstantem signis multaeque in
pondere massae ingentem manibus tollit cratera duabus
infligitque viro; rutilum vomit ille cruorem
et resupinus humum moribundo vertice pulsat. inde Semiramio
Polydegmona sanguine cretum 85 Caucasiumque Abarin
Sperchionidenque Lycetum intonsumque comas Helicen
Phlegyanque Clytumque sternit et exstructos morientum calcat
acervos.

30 Él nada repuso, sino que tanto a él como a Perseo con
rostro 30

31 alternativo mirando, si acuda a éste ignora o a aquél,

32 y demorándose brevemente, blandida con las fuerzas su
asta

33 cuantas la ira le daba, inútilmente, a Perseo le manda.

34 Cuando quedó de pie ella en el diván, de los cobertores
entonces por fin Perseo

35 saltó y, esa arma devolviéndole, feroz, su enemigo 35

36 pecho le hubiera roto si no tras los altares Fineo

37 se hubiese ido, y, cosa indigna, a un maldito le fue de
provecho un ara.

38 En la frente, aun así, de Reto, no defraudada su cúspide se
clavó,
39 el cual, después que cayó y el hierro de su hueso fue
arrancado,
40 convulsiona, y asperja de sangre las puestas mesas. 40
41 Entonces en verdad arde la masa en indómitas iras
42 y sus dardos allí concentran, y hay quienes que Cefeo
dicen,
43 con su yerno, debe morir; pero del umbral de su morada
44 había salido Cefeo, poniendo por testigos el derecho, la
lealtad,
45 y del hospedaje a los dioses, de que aquello con su
prohibición se promovía. 45
46 La bélica Palas asiste y protege con su égida a su
hermano
47 y le da ánimos. Había un indo, Atis, a quien de la corriente
del Ganges
48 una nacida, Limnee, bajo sus vítreas ondas había parido
49 según se cree, egregio por su hermosura, que con su rico
atavío
50 él acrecía, todavía íntegro en sus dos veces octavos años,
50
51 vistiendo clámide tiria, que una orla recorría

52 áurea; ornaban gargantillas de oro su cuello
53 y, rezumantes de mirra, un curvado pasador sus cabellos;
54 él ciertamente, lanzándoles la jabalina, cosas, aun
distantes,
55 en atravesar docto era, pero en tender más docto los
arcos. 55
56 Entonces también a él, que con flexible mano doblaba los
cuernos, Perseo
57 con un palo que en medio puesto del ara humeaba
58 lo derribó, y entre sus quebrados huesos confundió su
cara.
59 A él, cuando su alabado rostro agitando en la sangre
60 el asirio lo vio Licabante, unidísimo a él 60
61 y su compañero y de su verdadero amor no disimulador,
62 después que al que exhalaba la vida bajo su amarga
herida
63 lloró, a Atis, esos arcos que él había tensado
64 arrebató y: «Conmigo sean tus combates», dijo,
65 «y no largo te alegrarás del hado de un muchacho, por el
que más 65
66 deshonra que gloria tienes». Esto todo todavía no
67 había dicho: rieló de su nervio un penetrante dardo,

68 y, evitado, aun así, de su ondulado vestido quedó
colgando.

69 Torna contra él su arpón, contemplado en la muerte de
Medusa,

70 el Acrisioniada, y lo entra en su pecho; mas él, 70

71 ya muriendo, con ojos que nadaban bajo una noche negra

72 alrededor buscó a Atis, y se inclinó hacia él,

73 y se llevó a los manes los consuelos de su unida muerte.

74 He aquí que el sienita Forbas, nacido de Metión,

75 y el libio Anfimedonte, ávidos de acometer la lucha, 75

76 con la sangre con la que ampliamente la tierra
humedecida se templaba

77 habían caído resbalando; al levantarse se lo impide una
espada,

78 del uno en su costado, de Forbas en la garganta
traspasada.

79 Mas no al Actórida Érito, cuya arma una ancha

80 segur bifronte era, Perseo busca acercándole su espada,
sino que, con altos 80

81 relieves protuberante y por el peso de su mucha masa

82 ingente, con las dos manos levanta una cratera,

83 y se la estrella al hombre; vomita él rútilo crúor,

84 y hacia atrás cayendo la tierra con su moribunda cabeza
golpea.
85 Después a Polidegmon, de la sangre de Semíramis nacido,
85
86 y al caucasio Ábaris y al Esperquionida Liceto
87 e intonso de pelo a Hélice, y a Flegias y a Clito
88 abate y los erigidos montones de murientes pisa.

Nec Phineus ausus concurrere comminus hosti intorquet
iaculum, quod detulit error in Idan, 90 expertem frustra belli et
neutra arma secutum. ille tuens oculis inमितem Phinea torvis
'quandoquidem in partes' ait 'abstrahor, accipe, Phineu,
quem fecisti, hostem pensaque hoc vulnere vulnus!' iamque
remissurus tractum de corpore telum 95 sanguine defectos
cecidit conlapsus in artus.

Tum quoque Cephenum post regem primus Hodites ense iacet
Clymeni, Prothoenora percutit Hypseus, Hypsea Lyncides. fuit et
grandaevus in illis Emathion, aequi cultor timidusque deorum,
100 qui, quoniam prohibent anni bellare, loquendo pugnat et
incessit scelerataque devovet arma;

huic Chromis amplexo tremulis altaria palmis decutit ense
caput, quod protinus incidit arae atque ibi semianimi verba
exsecrantia lingua¹⁰⁵ edidit et medios animam exspiravit in
ignes.

Hinc gemini fratres Broteasque et caestibus Ammon
invicti, vinci si possent caestibus enses, Phinea cecidere manu
Cererisque sacerdos

Ampycus albenti velatus tempora vitta, 110

tu quoque, Lampetide, non hos adhibendus ad usus, sed qui,
pacis opus, citharam cum voce moveres; iussus eras celebrare
dapes festumque canendo. quem procul adstantem
plectrumque inbelle tenentem Pedasus inridens 'Stygiis cane
cetera' dixit 115

'manibus!' et laevo mucronem tempore fixit; concidit et digitis
morientibus ille retemptat fila lyrae, casuque ferit miserabile
carmen.

nec sinit hunc inpune ferox cecidisse Lycormas raptaque de
dextro robusta repagula posti 120

ossibus inlisit mediae cervicis, at ille procubuit terrae mactati
more iuveni. demere temptabat laevi quoque robora postis
Cinyphius Pelates; temptanti dextera fixa est

cuspidem Marmaridae Corythi lignoque cohaesit; 125 haerenti
latus hausit Abas, nec corruit ille,

sed retinente manum moriens e poste pependit. sternitur et
Melaneus, Perseia castra secutus, et Nasamoniaci Dorylas
ditissimus agri,

dives agri Dorylas, quo non possederat alter 130 latius aut
totidem tollebat turis acervos.

huius in obliquo missum stetit inguine ferrum: letifer ille locus.
quem postquam vulneris auctor singultantem animam et
versantem lumina vidit Bactrius Halcyoneus, 'hoc, quod premis,'
inquit 'habeto 135 de tot agris terrae!' corpusque exsanguie
reliquit. torquet in hunc hastam calido de vulnere raptam ultor
Abantiades; media quae nare recepta

cervice exacta est in partesque eminent ambas; dumque manum
Fortuna iuvat, Clytiumque Clanisque, 140 matre satos una,
diverso vulnere fudit:

nam Clytii per utrumque gravi librata lacerto

fraxinus acta femur, iaculum Clanis ore momordit. occidit et
Celadon Mendesius, occidit Astreus matre Palaestina dubio
genitore creatus, 145 Aethionque sagax quondam ventura
videre,

tunc ave deceptus falsa, regisque Thoactes

Y Fineo, no osando correr cuerpo a cuerpo hacia su enemigo,
blande una jabalina: a ella su vagar hizo caer en Ida, 90

que no participaba, en vano, en esa guerra, y ninguna de las
dos armas seguía.

Él, vigilando con ojos torvos al inclemente Fineo:

«Visto que sin duda a los partidos», dice, «se me arrastra, recibe Fineo el enemigo que tú has hecho y paga con esta herida la herida».

Y ya cuando iba a devolver, sacado de su herida, el dardo, 95 sobre sus miembros cayó desplomado, de sangre faltos.

También entonces, después del rey cefeno el primero Hodita por la espada yace de Clímeno; a Protoénor lo abate Hipseo, a Hipseo el Lincida. Estuvo también el muy anciano entre ellos Emación, de lo justo amante y temeroso de los dioses, 100

el cual, puesto que le prohíben sus años combatir, hablando lucha, y avanza, y las criminales armas maldice;

a él Cromis, abrazado con temblorosas palmas a los altares, le tajó con la espada la cabeza, la cual hacia delante cayó al ara, y allí con su casi exánime lengua palabras execratorias 105 dejó salir y en medio de los fuegos expiró su aliento.

Después de eso los gemelos hermanos Broteas y Amón, con los cestos

invictos -si vencerse pudieran con los cestos las espadas-, de Fineo por mano cayeron, y de Ceres el sacerdote

Ámpico, velado en sus sienes por la blanquecinta. 110

Tú también Lampétida, que no debiste ser tomado para estos servicios, sino quien, de la paz obra, la cítara al par de la voz movías,

encargado habías sido de celebrar los manjares y la fiesta cantando; al cual, lejos retirado y el plectro no belicoso sosteniendo,

Pétalo, burlándose: «A los estigios manes cántales», dijo, 115

«el resto», y en la izquierda sien su punta le clavó; cayó, y con dedos moribundos él vuelve a tocar

los hilos de la lira y por acaso fue triste canción, la suya.

Y no deja que éste impunemente haya caído, feroz, Licormas, y arrebatando del diestro poste el robusto cerrojo 120

contra los huesos de la mitad de su cerviz lo estrelló, mas él se postró en tierra, de un novillo inmolado a la manera.

Arrancar intentaba también del poste izquierdo el roble el cinifio

Pélates: intentándolo, su derecha atravesada fue

por la cúspide del marmárida Córigo y con el leño se quedó prendido; 125

allí sujeto su costado vació Abante, y no se derrumbó él,

sino que del poste que le retenía, muriendo, su mano colgaba.

Tendido está también Melaneo, de los cuarteles de Perseo seguidor, y riquísimo en campo nasamoníaco Dórilas,

el rico en campo Dórilas, que él no había poseído otro 130 más extensión, o los mismos elevaba montones de incienso.

En su ingle, oblicuamente, un disparado hierro se le quedó
apostado: mortífero ese lugar; al cual, después que de su herida
el autor, estertorando su aliento y volviendo sus luces, le vio,
el bactrio Halcioneo: «Eso que oprimes», dice, «ten, 135 de
tantos campos, de tierra» y su cuerpo exangüe abandonó.
Blande contra éste su astil, de la caliente herida arrebatada,
vengador, el Abantiada; la cual, en mitad de la nariz recibida
por su nuca atravesó y por ambas partes sobresale;

y mientras a su mano la fortuna favorece, a Clitio y Clanis, 140
en una madre engendrados sola, con una opuesta herida
derribó, pues a través de los dos muslos de Clitio, blandido con
su grave

brazo, un fresno hizo pasar; una jabalina Clanis con la boca
mordió. Cayó también Celadón el mendesio, cayó Astreo,
de madre palestina, de dudoso padre creado, 145 y Etíon, sagaz
en otro tiempo para el porvenir ver,
entonces engañado por un ave falsa, y Toactes, del rey

armiger et caeso genitore infamis Agyrtes.

Plus tamen exhausto superest; namque omnibus unum
opprimere est animus, coniurata undique pugnant 150 agmina
pro causa meritum inpugnante fidemque; hac pro parte socer
frustra pius et nova coniunx cum genetrice favent ululatuque
atria conplent,

sed sonus armorum superat gemitusque cadentum, pollutosque
simul multo Bellona penates 155 sanguine perfundit
renovataque proelia miscet.

Circueunt unum Phineus et mille secuti Phinea: tela volant
hiberna grandine plura

praeter utrumque latus praeterque et lumen et aures. adplicat
hic umeros ad magnae saxa columnae 160 tutaque terga
gerens adversaque in agmina versus sustinet instantes: instabat
parte sinistra

Chaonius Molpeus, dextra Nabataeus Ethemon. tigris ut auditis
diversa valle duorum exstimulata fame mugitibus armentorum
165 nescit, utro potius ruat, et ruere ardet utroque, sic dubius
Perseus, dextra laevane feratur,

Molpea traiecti submovit vulnere cruris contentusque fuga est;
neque enim dat tempus Ethemon, sed furit et cupiens alto dare
vulnera collo 170 non circumspectis exactum viribus ensem

fregit, in extrema percussae parte columnae: lamina dissiluit
dominique in gutture fixa est. non tamen ad letum causas satis
illa valentes

plaga dedit; trepidum Perseus et inermia frustra 175 bracchia
tendentem Cyllenide confodit harpe.

Verum ubi virtutem turbae succumbere vidit, 'auxilium' Perseus,
'quoniam sic cogitis ipsi,' dixit 'ab hoste petam: vultus avertite
vestros,

si quis amicus adest!' et Gorgonis extulit ora. 180 'quaere alium,
tua quem moveant miracula' dixit Thescelus; utque manu
iaculum fatale parabat mittere, in hoc haesit signum de
marmore gestu. proximus huic Ampyx animi plenissima magni
pectora Lyncidae gladio petit: inque petendo 185 dextera
diriguit nec citra mota nec ultra est.

at Nileus, qui se genitum septemplice Nilo ementitus erat, clipeo
quoque flumina septem argento partim, partim caelaverat auro,
'adspice' ait 'Perseu, nostrae primordia gentis: 190 magna feres
tacitas solacia mortis ad umbras,

a tanto cecidisse viro'; pars ultima vocis

in medio suppressa sono est, adaperataque velle ora loqui
credas, nec sunt ea pervia verbis. increpat hos 'vitio' que 'animi,
non viribus' inquit 195 'Gorgoneis torpetis' Eryx. 'incurrite mecum
et prosternite humi iuvenem magica arma moventem!
incursurus erat: tenuit vestigia tellus, inmotusque silex
armataque mansit imago.

Hi tamen ex merito poenas subiere, sed unus 200 miles erat
Persei: pro quo dum pugnat, Aconteus Gorgone conspecta saxo
concrevit oborto;

quem ratus Astyages etiamnum vivere, longo ense ferit: sonuit
tinnitibus ensis acutis.

dum stupet Astyages, naturam traxit eandem, 205
marmoreoque manet vultus mirantis in ore.

el armero, e infame por haber asesinado a su genitor Agirtes.

Más, aun así, que lo concluido queda; y puesto que de todos el deseo el de a uno solo aplastar es, conjuradas de todas partes pugnan 150 tropas por la causa que el mérito y la palabra dada impugna;

por esta parte el suegro, en vano piadoso, y la nueva esposa con su genetriz apoyan, y con sus alaridos los atrios llenan, pero el sonido de las armas los supera, y los gemidos de los que están cayendo,

y una vez manchados de ella, con mucha sangre Belona 155 sus penates anega, y renovados combates mezcla.

Rodean a uno solo Fineo y los mil que siguen

a Fineo: los dardos vuelan, que el invernal granizo más numerosos, cerca de ambos costados y cerca de su luz y sus orejas.

Acopla él sus hombros a las rocas de una gran columna, 160 y seguras las espaldas teniendo y a las adversas tropas vuelto, resiste a los que le acosan: le acosaba por la parte siniestra el caonio Molpeo, por la diestra el nabateo Equemon.

Como una tigresa al oír en los extremos de un valle los mugidos de dos manadas, aguijoneada por el hambre, 165

no sabe a cuál de ambos mejor lanzarse y por lanzarse arde a
ambos, así dudoso Perseo de si a diestra o a izquierda irse,
a Molpeo con una herida atravesando la pierna aparta,
y contento con su huida quedó, puesto que no le da tiempo
Etemon, sino que enloquecido está; y, ansiando hacerle heridas
en lo alto de su cuello, 170 con no circunspectas fuerzas
lanzando la espada

la rompió, y en la externa parte de la columna golpeada
la lámina saltó despedida y de su dueño en la garganta se
clavó. No, aun así, para la muerte causas bastante vigorosas
aquella llaga le dio; tembloroso, y sus inertes brazos en vano
175 tendiendo, Perseo lo perforó con su cilénida alfanje.

Pero cuando su virtud a la multitud sucumbir vio:

«Auxilio», Perseo dijo, «puesto que así lo forzáis
vosotros mismos, del enemigo buscaré: los rostros volved
vuestros, si algún amigo hay presente» y de la Górgona sacó la
cara. 180

«Busca a otro a quien impresionen tus oráculos», dijo Téscelo, y
cuando con su mano una jabalina fatal se preparaba a mandar,
en ese gesto quedó, estatua de mármol.

Próximo a él Ámplice, plenísimo de su magno ánimo, el pecho
del Lincida busca: y en el buscarle 185

su derecha se arreció y no más acá se movió ni más allá.

Mas Nileo, el que engendrado del séptuple Nilo

se había mentido y en su escudo incluso sus corrientes siete, en plata en parte, en parte había cincelado en oro:

«Contempla», dice, «Perseo, los primordios de nuestra familia:
190 grandes consuelos te llevarás a las tácitas sombras de la muerte

por tan gran hombre al haber caído»; la parte última de su voz en mitad de su sonido quedó suprimida y, entreabierta, querer su boca hablar creerías, y no es ella transitable a las palabras.

Les increpa a ellos Érice y: «Por falta de ánimo, no por sus fuerzas 195

de Górgona», dice, «estáis paralizados; atacadle conmigo y postrad en tierra a ese joven que mágicas armas mueve».

A atacarle iba: retuvo sus plantas la tierra

e inmovilizado sílice permaneció su armada imagen.

Ellos, aun así, por cuanto habían merecido los castigos tuvieron, pero uno solo 200

el soldado era de Perseo: por él mientras lucha, Aconteo,

la Górgona contemplando, en una surgida roca se consolidó; a él, creyendo Astíages que todavía vivía, con su larga espada lo hiere: resonó con tintineos agudos la espada.

Mientras queda suspendido Astíages la naturaleza contrajo
misma 205 y en su marmórea cara permanece su rostro de
asombro.

nomina longa mora est media de plebe virorum dicere: bis
centum restabant corpora pugnae, Gorgone bis centum
riquerunt corpora visa.

Paenitet iniusti tum denique Phinea belli; 210 sed quid agat?
simulacra videt diversa figuris adgnoscatque suos et nomine
quemque vocatum poscit opem credensque parum sibi proxima
tangit corpora: marmor erant; avertitur atque ita supplex
confessasque manus obliquaque brachia tendens 215 'vincis'
ait, 'Perseu! remove tua monstra tuaeque saxificos vultus,
quaecumque est, tolle Medusae, tolle, precor! non nos odium
regni que cupido compulit ad bellum, pro coniuge movimus
arma! causa fuit meritis melior tua, tempore nostra: 220 non
cessisse piget; nihil, o fortissime, praeter

hanc animam concede mihi, tua cetera sunt!' talia dicenti
neque eum, quem voce rogabat, respicere audenti 'quod' ait,
'timidissime Phineu,

et possum tribuisse et magnum est munus inertii,++ 225 pone
metum!++tribuam: nullo violabere ferro. quin etiam mansura
dabo monimenta per aevum, inque domo soceri semper
spectabere nostri,

ut mea se sponsi soletur imagine coniunx.'

dixit et in partem Phorcynida transtulit illam, 230 ad quam se
trepido Phineus obverterat ore.

tum quoque conanti sua vertere lumina cervix deriguit, saxoque
oculorum induruit umor,

sed tamen os timidum vultusque in marmore supplex

submissaeque manus faciesque obnoxia mansit. 235

Victor Abantiades patrios cum coniuge muros intrat et inmeriti
vindex ultorque parentis adgreditur Proetum; nam fratre per
arma fugato Acrisioneas Proetus possederat arces.

sed nec ope armorum nec, quam male ceperat, arce 240

torva colubriferi superavit lumina monstri.

Te tamen, o parvae rector, Polydecta, Seriphi, nec iuvenis virtus
per tot spectata labores

nec mala mollierant, sed inexorabile durus exerces odium, nec
iniqua finis in ira est; 245 detrectas etiam laudem fictamque
Medusae arguis esse necem. 'dabimus tibi pignora veri. parcite
luminibus!' Perseus ait oraque regis ore Medusaeo silicem sine
sanguine fecit.

Hactenus aurigenae comitem Tritonia fratri 250 se dedit; inde
cava circumdata nube Seriphon deserit, a dextra Cythno
Gyaroque relictis,

quaque super pontum via visa brevissima, Thebas virgineumque
Heliconam petit. quo monte potita constitit et doctas sic est
adfata sorores: 255 'fama novi fontis nostras pervenit ad aures,
dura Medusaei quem praepetis ungula rupit. is mihi causa viae;
volui mirabile factum cernere; vidi ipsum materno sanguine
nasci.'

excipit Uranie: 'quaecumque est causa videndi 260 has tibi,
diva, domos, animo gratissima nostro es.

Larga demora es los nombres de la mitad de esa muchedumbre
de varones

decir: dos veces cien cuerpos restaban al combate,

la Górgona al ver, dos veces cien cuerpos se arreciaron.

Se arrepiente entonces al cabo Fineo de su injusta guerra, 210
pero ¿qué puede hacer? Los simulacros ve en diversas posturas,
y reconoce a los suyos, y por su nombre cada uno llamado,

le reclama ayuda y, creyéndolo poco, los cuerpos a sí próximos
toca: mármol eran; se aparta y así suplicante

sus confesas manos y oblicuos sus brazos tendiéndole: 215

«Vences», dice, «Perseo. Aparta tus prodigios, y el petrificador rostro quita de quien quiera que ella sea, tu Medusa:

quítalo. No a nos el odio y del poder el deseo

nos ha impulsado a esta guerra; por una esposa movimos las armas.

La causa fue tuya por sus méritos mejor, por su tiempo la nuestra: 220 no haber cedido me pesa: nada, oh valerosísimo, excepto

este aliento concédeme; tuyo lo demás sea».

Al que tal decía y no a él, a quien con su voz rogaba,

a mirar se atrevía: «Lo que yo», dice, «temerosísimo Fineo,

sí puedo otorgarte y un gran regalo es para un hombre inerte, 225 deja tu miedo, te otorgaré: ningún hierro te hará violencia;

pero además te daré un recordatorio que permanecerá por los siglos, y en la casa del suegro siempre se te contemplará, del nuestro,

para que se solace mi esposa de su prometido con la imagen».

Dijo y a la parte trasladó a la Forcínide a aquella 230 a la que Fineo con su temblorosa cara se había vuelto.

Entonces también, al que intentaba sus luces tornar, el cuello se arreció, y, en roca, de sus ojos el humor se endureció,

pero aun así su cara temerosa y su rostro, en mármol
suplicante, y sus sumisas manos y su faz culpable permaneció.
235

Otras hazañas de Perseo

Vencedor el Abantiada en las murallas patrias con su esposa
entra y de un padre defensor y vengador, que no lo merecía,
ataca a Preto: pues puesto en fuga su hermano mediante las
armas, Preto se había apoderado de los acrisiónes recintos.

Pero ni con la ayuda de las armas ni con el que mal había
capturado, el recinto, 240

las torvas luces superó del prodigio portador de culebras.

A ti, aun así, oh de la pequeña Serifos regidor, Polidectes,
ni de este joven la virtud, a través de tantas pruebas
contemplada, ni sus desgracias te habían ablandado, sino que
un inexorable odio, duro de ti, ejerces y un final en tu injusta ira
no hay. 245

Detractas incluso su gloria y fingida de Medusa

arguyes que es la muerte. «Te daremos a ti prendas de la
verdad.

Salvad vuestras luces», Perseo dice, y la cara del rey con la cara
de Medusa pedernal sin sangre hizo.

Pégaso

Hasta aquí a su hermano, nacido del oro, como acompañante
250 la Tritonia se ofreció; después, circundada de una cóncava
nube, Serifon abandonó, a diestra Citnos y Gíaros dejados,
y por donde sobre el ponto el camino parecía el más breve, a
Tebas

y el virgíneo Helicón acude; monte que, cuando alcanzó, en él se
apostó y así se dirigió a sus doctas hermanas: 255

«La fama de un nuevo manantial ha arribado hasta nuestros
oídos, el que la dura pezuña del alado hijo de Medusa ha
quebrado.

Él la causa de mi camino: he querido el admirable hecho
contemplar; lo vi a él de la materna sangre nacer».

Toma la palabra Urania: «Cualquiera que es la causa para ti
260 de ver estas casas, divina, al ánimo gratísima nuestro eres.

vera tamen fama est: est Pegasus huius origo fontis' et ad
latices deduxit Pallada sacros. quae mirata diu factas pedis
ictibus undas silvarum lucos circumspicit antiquarum 265
antraque et innumeris distinctas floribus herbas felicesque
vocat pariter studioque locoque Mnemonidas; quam sic adfata
est una sororum:

'o, nisi te virtus opera ad maiora tulisset,

in partem ventura chori Tritonia nostri, 270 vera refers
meritoque probas artesque locumque, et gratam sortem, tutae
modo simus, habemus. sed (vetitum est adeo sceleri nihil)
omnia terrent virgineas mentes, dirusque ante ora Pyreneus
vertitur, et nondum tota me mente recepi. 275 Daulida Threicio
Phoceaque milite rura

ceperat ille ferox iniustaque regna tenebat; templa petebamus
Parnasia: vidit euntes nostraque fallaci veneratus numina vultu
"Mnemonides" (cognorat enim), "consistite" dixit 280

"nec dubitate, precor, tecto grave sidus et imbrem" (imber erat)
"vitare meo; subiere minores

saepe casas superi." dictis et tempore motae adnuimusque viro
primasque intravimus aedes. desierant imbres, victoque
aquilonibus austro 285 fusca repurgato fugiebant nubila caelo:
inpetus ire fuit; claudit sua tecta Pyreneus vimque parat, quam
nos sumptis effugimus alis. ipse secuturo similis stetit arduus
arce

"qua" que "via est vobis, erit et mihi" dixit "eadem" 290

seque iacit vecors e summae culmine turris et cadit in vultus
discussisque ossibus oris

tundit humum moriens scelerato sanguine tinctam.'

Musa loquebatur: pennae sonuere per auras, voxque
salutantum ramis veniebat ab altis. 295 suspicit et linguae
quaerit tam certa loquentes unde sonent hominemque putat
Iove nata locutum; ales erat. numeroque novem sua fata
querentes institerant ramis imitantes omnia picae.

miranti sic orsa deae dea 'nuper et istae 300 auxerunt
volucrum victae certamine turbam.

Pieros has genuit Pellaeis dives in arvis, Paeonis Euipe mater
fuit; illa potentem Lucinam noviens, noviens paritura, vocavit.
intumuit numero stolidarum turba sororum 305 perque tot
Haemonias et per tot Achaidas urbes huc venit et tali committit
proelia voce: "desinite indoctum vana dulcedine vulgus fallere;
nobiscum, si qua est fiducia vobis,

Thespiades, certate, deae. nec voce, nec arte 310 vincemur
totidemque sumus: vel cedite victae fonte Medusaeo et
Hyantea Aganippe,

vel nos Emathiis ad Paeonas usque nivosos cedemus campis!
dirimant certamina nymphae."

'Turpe quidem contendere erat, sed cedere visum 315

turpius; electae iurant per flumina nymphae

Verdadera, aun así, la noticia es: es Pégaso el origen de este manantial», y a los licores sagrados condujo a Palas.

Quien admirando mucho tiempo, hechas a golpes de pie, las ondas, de espesuras antiguas las florestas alrededor contempló, 265

y las cavernas y las hierbas adornadas por innumerables flores, y felices llama al par por su estudio y su lugar

a las Memnónides; a ella así se dirigió una de las hermanas:

Pireneo

«Oh tú, que si tu valentía a obras mayores no te llevara al partido vendrías, Tritonia, de nuestro coro, 270

verdades dices y con mérito apruebas nuestras artes y lugar, y una grata suerte, con que seguras sólo estemos, tenemos. Pero -hasta tal punto vedado está al crimen nada- todo aterra estas virgíneas mentes, y siniestro ante mi cara Piréneo ronda y todavía en toda mi mente no me he recobrado. 275 La Dáulide y los campos focéos con su tracio soldado

había hecho cautivos ese feroz, y unos injustos reinos retenía.

A nuestros templos nos dirigíamos parnasios: nos vio cuando marchábamos,

y nuestros númenes venerando con falaz rostro:

«Memnónides», pues nos había reconocido, «deteneos», dijo,
280

«y no dudéis, os suplico, bajo el techo mío esta grave estrella y
esta lluvia»

-lluvia había- «en evitar: entraron en menores cabañas
a menudo los altísimos». Por sus palabras y por el tiempo
movidas, asentimos a aquel hombre y hasta lo primero
entramos de su morada. Habían cesado las lluvias, y vencido
por los aquilones el austro, 285 las hoscas nubes huían del
nuevamente purgado cielo.

Nuestra intención marchar fue: cerró sus techos Piréneo
y una fuerza prepara que nosotras rehuimos tomando nuestras
alas.

Él, al perseguidor semejante, se apostó arduo en su fortaleza
y: «Por donde el camino es vuestro, será también el mío», dijo,
«el mismo», 290

y se lanza fuera de sí desde el culmen de la más alta torre y cae
de rostro y estallados los huesos de su cara
bate una tierra, muriendo, de su maldita sangre teñida».

Las Piérides (I)

La Musa decía: unas plumas sonaron por las auras

y la voz de los que saludan llegaba de las ramas altas. 295
Levanta la mirada y busca de dónde unas lenguas que tan claro
hablan suenan, y un humano cree la hija de Júpiter que ha
hablado. Un ave era, y en número de nueve, de sus hados
quejándose,

se habían establecido sobre las ramas, imitándolo todo, unas
picazas. A la admirada diosa, así le comenzó la diosa: «Hace
poco también éstas 300 acrecieron de los voladores la multitud,
vencidas en un certamen.

Píeros las engendró, rico en peleos campos,

y la peonia Evipe su madre fue: ella a la poderosa Lucina nueve
veces, nueve veces al ir a parir, invocó.

Henchidas estaban de su número esta multitud de estúpidas
hermanas 305 y a través de tantas hemonias, a través de
tantas acaidas ciudades, aquí llegan, y con tal voz entablan los
combates:

«Cesad al indocto pueblo con esa vana dulzura

de engañar. Con nosotras, si alguna es la confianza vuestra,
Tespíades, contended, diosas. Ni en voz ni en arte 310 seremos
vencidas, y otras tantas somos. O retiraos vencidas del
manantial de Medusa y de la hiantea Aganipe,

o nosotras de los ematios llanos hasta donde los peonios
nivosos nos retiraremos. Diriman las contiendas las ninfas».

Vergonzoso ciertamente contender era, pero ceder pareció 315
más vergonzoso. Las elegidas juran por sus corrientes, las
ninfas,

factaque de vivo pressere sedilia saxo.

tunc sine sorte prior quae se certare professa est, bella canit
superum falsoque in honore gigantas ponit et extenuat
magnorum facta deorum; 320 emissumque ima de sede
Typhoea terrae caelitibus fecisse metum cunctosque dedisse
terga fugae, donec fessos Aegyptia tellus ceperit et septem
discretus in ostia Nilus.

huc quoque terrigenam venisse Typhoea narrat 325 et se
mentitis superos celasse figuris;

"duxque gregis" dixit "fit Iuppiter: unde recurvis nunc quoque
formatus Libys est cum cornibus Ammon; Delius in corvo, proles
Semeleia capro,

fele soror Phoebi, nivea Saturnia vacca, 330

pisce Venus latuit, Cyllenius ibidis alis."

'Hactenus ad citharam vocalia moverat ora: poscimus
Aonides,++sed forsitan otia non sint, nec nostris praebere vacet
tibi cantibus aures.' 'ne dubita vestrūque mihi refer ordine
carmen!' 335 Pallas ait nemorisque levi consedit in umbra; Musa
refert: 'dedimus summam certaminis uni; surgit et inmissos
hedera collecta capillos Calliope querulas praetemptat pollice
chordas

atque haec percussis subiungit carmina nervis: 340 "Prima
Ceres unco glaebam dimovit aratro,
prima dedit fruges alimentaue mitia terris, prima dedit leges;
Cereri sunt omnia munus;

illa canenda mihi est. utinam modo dicere possim

carmina digna dea! certe dea carmine digna est. 345

"Vasta giganteis ingesta est insula membris Trinacris et magnis
subiectum molibus urguet aetherias ausum sperare Typhoea
sedes.

nititur ille quidem pugnatque resurgere saepe, dextra sed
Ausonio manus est subiecta Peloro, 350 laeva, Pachyne, tibi,
Lilybaeo crura premuntur, degravat Aetna caput, sub qua
resupinus harenas eiecat flammamque ferox vomit ore
Typhoeus. saepe remoliri luctatur pondera terrae

oppidaque et magnos devolvere corpore montes: 355

inde tremit tellus, et rex pavet ipse silentium, ne pateat latoque
solum retegatur hiatu inmissusque dies trepidantes terreat

umbras. hanc metuens cladem tenebrosa sede tyrannus exierat
curruque atrorum vectus equorum 360 ambibat Siculae cautus
fundamina terrae.

postquam exploratum satis est loca nulla labare depositoque
metu, videt hunc Erycina vagantem monte suo residens
natumque amplexa volucrem 'arma manusque meae, mea,
nate, potentia' dixit, 365 'illa, quibus superas omnes, cape tela,
Cupido, inque dei pectus celeres molire sagittas,

cui triplicis cessit fortuna novissima regni. tu superos ipsumque
Iovem, tu numina ponti

victa domas ipsumque, regit qui numina ponti: 370 Tartara quid
cessant? cur non matrisque tuumque

y, hechos de viva roca, ocuparon sus asientos.

Metamorfosis de dioses

Entonces, sin sorteo, la que primera declaró que ellas
competirían, las guerras canta de los altísimos, y en un falso
honor a los Gigantes pone y atenúa los hechos de los grandes
dioses; 320

que salido de la más honda sede de la tierra Tifeo a los celestes
causó miedo, y que todos dieron

la espalda para la huida, hasta que, cansados, la egipcia tierra los acogió, y en siete puertos dividido el Nilo.

Que allí también el nacido de la Tierra, Tifeo, llegó, narra, 325 y que los altísimos se escondieron en mentidas figuras.

«Y conductor de rebaño», dijo, «se vuelve Júpiter, de donde con recurvos

cuernos ahora todavía se representa al libio Amón;

el Delio en un cuervo está, la prole de Sémele en un macho cabrío, en una gata la hermana de Febo, la Saturnia en una nivea vaca, 330 en un pez se esconde Venus, el Cilenio de un ibis en las alas».

El rapto de Prosérpina

Hasta aquí al son de la cítara había movido su habladora boca: se nos demanda a las Aónides... Pero quizás ocios no tengas, ni para prestar a nuestros cantos oídos estés desocupada».

«No lo duda, y vuestra canción a mí refiere por su orden», 335 Palas dice, y del bosque se sienta en la leve sombra.

La Musa relata: «Dimos la suma del certamen a una sola; se levanta y, con hiedra recogidos sus sueltos cabellos,

Calíope antes templa, quejumbrosas, con el pulgar las cuerdas y estas canciones somete a los percutidos nervios: 340

«La primera Ceres el terrón dividió con el corvo arado, la
primera dio granos y alimentos suaves a las tierras,
la primera dio sus leyes; de Ceres son todas las cosas regalo, a
ella de cantar yo he; ojalá tan sólo decir pudiera
canciones dignas de la diosa. Ciertamente la diosa de canción
digna es. 345

Vasta, sobre unos miembros de Gigantes echada fue una isla, la
Trinácride, y, sometido a sus grandes moles, empuja
a quien osó las etéreas sedes esperar, a Tifeo.

Se afana él ciertamente, y pugna por volver a levantarse
muchas veces, pero su diestra mano está sujeta al ausonio
Peloro, 350

la izquierda, Paquino, a ti, y del Lilibeo sus piernas son presa, su
cabeza hunde el Etna, bajo el cual, de espaldas, arenas escupe,
y llama, feroz, vomita de su boca Tifeo.

Muchas veces por rechazar lucha los pesos de la tierra
y las ciudades y los grandes montes rodar de su cuerpo: 355
entonces tiembla la tierra y el rey teme mismo de los silentes
que se abra el suelo y que por una ancha hendidura se destape,
y que entrometido el día, a las temblorosas sombras aterre.

Este desastre temiendo, de su tenebrosa sede el tirano había
salido, y en su carro de negros caballos llevado 360 rodeaba
cauto de la sícula tierra los cimientos.

Después que explorado bastante hubo que lugar ninguno
vacilaba, y dejado su miedo, lo ve a él la Ericina en su vagar,
en el monte suyo sentada, y a su nacido abrazando volador:

«Armas y manos mías, mi nacido, mi poder», dijo, 365

«ésos con los que superas a todos, coge tus dardos, Cupido, y al
pecho del dios rápidas tensa tus saetas

al que cedió la fortuna lo postrero del triple reino.

Tú a los altísimos y al mismo Júpiter domas, tú a los númenes
del ponto,

por ti vencidos, y al mismo que rige los númenes del ponto. 370

¿Los Tártaros a qué esperan? ¿Por qué no el de tu madre y tu
imperio

imperium profers? agitur pars tertia mundi,

et tamen in caelo, quae iam patientia nostra est, spernimur, ac
mecum vires minuuntur Amoris. Pallada nonne vides

iaculatricemque Dianam 375 abscessisse mihi? Cereris quoque
filia virgo,

si patiemur, erit; nam spes adfectat easdem. at tu pro socio, si
qua est ea gratia, regno

iunge deam patruo.' dixit Venus; ille pharetram solvit et arbitrio
matris de mille sagittis 380

unam seposuit, sed qua nec acutior ulla

nec minus incerta est nec quae magis audiat arcus,
oppositoque genu curvavit flexile cornum

inque cor hamata percussit harundine Ditem.

'''Haud procul Hennaëis lacus est a moenibus altae, 385 nomine
Pergus, aquae: non illo plura Caystros carmina cycnorum
labentibus audit in undis.

silva coronat aquas cingens latus omne suisque frondibus ut
velo Phoebeos submovet ictus; frigora dant rami, Tyrios humus
umida flores: 390 perpetuum ver est. quo dum Proserpina luco
ludit et aut violas aut candida lilia carpit, dumque puellari
studio calathosque sinumque inplet et aequales certat superare
legendo,

paene simul visa est dilectaque raptaque Diti: 395

usque adeo est properatus amor. dea territa maesto et matrem
et comites, sed matrem saepius, ore clamat, et ut summa
vestem laniarat ab ora, collecti flores tunicis cecidere remissis,

tantaque simplicitas puerilibus adfuit annis, 400

haec quoque virgineum movit iactura dolorem. raptor agit
currus et nomine quemque vocando exhortatur equos, quorum
per colla iubasque excutit obscura tinctas ferrugine habenas,

perque lacus altos et olentia sulphure fertur 405

stagna Palicorum rupta ferventia terra

et qua Bacchiadae, bimari gens orta Corintho, inter inaequales
posuerunt moenia portus.

'''Est medium Cyanes et Pisaeae Arethusae, quod coit angustis
inclusum cornibus aequor: 410

hic fuit, a cuius stagnum quoque nomine dictum est, inter
Sicelidas Cyane celeberrima nymphas.

gurgite quae medio summa tenus exstitit alvo adgnovitque
deam 'ne' c 'longius ibitis!' inquit;

'non potes invitae Cereris gener esse: roganda, 415

non rapienda fuit. quodsi componere magnis parva mihi fas est,
et me dilexit Anapis; exorata tamen, nec, ut haec, exterrita
nupsi.' dixit et in partes diversas bracchia tendens obstitit. haud
ultra tenuit Saturnius iram 420 terribilesque hortatus equos in
gurgitis ima contortum valido sceptrum regale lacerto condidit;
icta viam tellus in Tartara fecit

et pronos currus medio cratere recepit.

'''At Cyane, raptamque deam contemptaque fontis 425

iura sui maerens, inconsolabile vulnus

mente gerit tacita lacrimisque absumitur omnis et, quarum
fuerat magnum modo numen, in illas extenuatur aquas: molliri
membra videres,

ossa pati flexus, ungues posuisse rigorem; 430

extiendes? Se trata de la parte tercera del mundo,
y, aun así, en el cielo -cuál ya el sufrimiento nuestro es-
se nos desprecia y conmigo las fuerzas se disminuyen del Amor.
¿A Palas no ves y a la lanceadora Diana 375 apartarse de mí?
De Ceres también la hija, virgen,
si lo toleramos, será, pues las esperanzas persigue mismas. Mas
tú, por nuestro socio reino, si alguna estima es ésta, une a esa
diosa con su tío», dijo Venus; él su aljaba
desata y según el arbitrio su madre de mil saetas 380 una
separó, pero que la cual, ni más aguda ninguna, ni menos
fallida es, ni que más oiga al arco,
y oponiéndole la rodilla curvó el flexible cuerno
y hasta el corazón con su arponada caña atravesó a Dis.
«No lejos de las heneas murallas un lago hay, de alta 385
-por nombre Pergo- agua: no que él más numerosas el Caístro
las canciones de los cisnes en el deslizarse escucha de sus olas.
Una espesura corona sus aguas ciñéndole todo costado y con
sus frondas, como por un velo, de Febo rechaza las heridas;
fríos dan sus ramas, flores de Tiro su humus húmedo: 390
perpetua primavera es. En la cual floresta, mientras Prosérpina
juega y violas o cándidos lirios corta,
y mientras con afán de niña canastos y su seno llena y a sus
iguales lucha por superar recogiendo,

casi a la vez que vista fue, amada y raptada por Dis, 395

hasta tal punto fue presuroso el amor. La diosa, aterrada, con
afligida boca a su madre y a sus acompañantes, pero a su
madre más veces, clama, y como desde su superior orilla el
vestido había desgarrado, las colectadas flores de su túnica
aflojada cayeron,

y -tanta simplicidad a sus pueriles años acompañaba- 400 esta
pérdida también movió su virginal dolor.

Su raptor lleva los carros y por su nombre a cada uno llamando
exhorta a sus caballos, de los cuales, por su cuello y crines
sacude de oscura herrumbre teñidas las riendas,

y por los lagos altos, y por los pantanos que huelen a azufre
405 vase de los Palicos, hirvientes en la rota tierra,

y por donde los baquíadas, la raza nacida en Corinto, la de dos
mares, entre desiguales puertos pusieron sus murallas.

Hay, intermedio de Cíane y de Aretusa de Pisa,

que une entre sus estrechos cuernos el incluido en él, un mar:
410 aquí estuvo, de cuyo nombre también el pantano se
denomina, entre las sicélicas ninfas celebradísima, Cíane;

la cual, de su abismo en medio hasta la mitad se alzó del
vientre, y reconoció a la diosa, y: «No iréis más lejos», dice;

«no puedes de la involuntaria Ceres yerno ser: pedida, 415 no
raptada debió ser, y si comparar con las grandes

las pequeñas cosas para mí lícito es, también a mí me eligió Anapis; implorada, aun así, y no como ésta, aterrada, me puse yo el velo». Dijo, y hacia partes opuestas sus brazos tendiendo, se les opone. No más allá contuvo el Saturnio su ira, 420 y a sus terribles caballos incitando en lo profundo del abismo, blandido con su vigoroso brazo el cetro real ocultó; la herida tierra camino hacia los Tártaros hizo y los inclinados carros en mitad de la cratera recibió.

«Mas Cíane, por la raptada diosa y las despreciadas leyes 425 del manantial suyo afligida, una inconsolable herida en su mente callada lleva y en lágrimas se consume toda y de las que había sido su gran numen poco antes, en esas aguas se extenúa: ablandarse sus miembros hubieras visto, sus huesos poder doblarse, sus uñas deponer su rigidez; 430

primaque de tota tenuissima quaeque liquescunt, caerulei crines digitique et crura pedesque

(nam brevis in gelidas membris exilibus undas transitus est); post haec umeri terqusque latusque pectoraque in tenues abeunt evanida rivos; 435 denique pro vivo vitiatas sanguine venas

lympa subit, restatque nihil, quod prendere possis. "Interea pavidae nequiquam filia matri

omnibus est terris, omni quaesita profundo. illam non udis
veniens Aurora capillis 440 cessantem vidit, non Hesperus;
illa duabus flammiferas pinus manibus succendit ab Aetna
perque pruinosas tulit inrequieta tenebras; rursus ubi alma dies
hebetarat sidera, natam solis ab occasu solis quaerebat ad
ortus. 445 fessa labore sitim conceperat, oraque nulli conluerant
fontes, cum tectam stramine vidit forte casam parvasque fores
pulsavit; at inde prodit anus divamque videt lymphamque
roganti

dulce dedit, tosta quod texerat ante polenta. 450 dum bibit
illa datum, duri puer oris et audax constitit ante deam risitque
avidamque vocavit. offensa est neque adhuc epota parte
loquentem cum liquido mixta perfudit diva polenta:

conbibit os maculas et, quae modo bracchia gessit, 455 crura
gerit; cauda est mutatis addita membris, inque brevem formam,
ne sit vis magna nocendi, contrahitur, parvaque minor mensura
lacerta est. mirantem flentemque et tangere monstra parantem
fugit anum latebramque petit aptumque pudori 460 nomen
habet variis stellatus corpora guttis.

“Quas dea per terras et quas erraverit undas, dicere longa
mora est; quaerenti defuit orbis; Sicaniam repetit, dumque
omnia lustrat eundo, venit et ad Cyanen. ea ni mutata fuisset,
465 omnia narrasset; sed et os et lingua volenti dicere non
aderant, nec, quo loqueretur, habebat; signa tamen manifesta
dedit notamque parenti, illo forte loco delapsam in gurgite
sacro

Persephones zonam summis ostendit in undis. 470 quam simul
agnovit, tamquam tum denique raptam scisset, inornatos
laniavit diva capillos

et repetita suis percussit pectora palmis.

nescit adhuc, ubi sit; terras tamen increpat omnes ingratasque
vocat nec frugum munere dignas, 475 Trinacriam ante alias, in
qua vestigia damni repperit. ergo illic saeva vertentia glaebas

fregit aratra manu, parilique irata colonos ruricolasque boves
leto dedit arvaque iussit fallere depositum vitiataque semina
fecit. 480 fertilitas terrae latum vulgata per orbem

falsa iacet: primis segetes moriuntur in herbis,

et modo sol nimius, nimius modo corripit imber; sideraque
ventique nocent, avidaeque volucres semina iacta legunt; lolium
tribulique fatigant 485 triticeas messes et inexpugnabile
gramen.

”Tum caput Eleis Alpheias extulit undis rorantesque comas a
fronte removit ad aures atque ait ‘o toto quaesitae virginis orbe

y lo primero de ella toda, cuanto era tenue, se licuece: sus
azules cabellos y sus dedos y sus piernas y pies, pues breve el
tránsito es hacia las heladas ondas

de los reducidos miembros; después de esto los hombros y piel
y costado y los pechos se vuelven, desvanecidos, en tenues

riachos; 435 finalmente en vez de viva sangre por sus viciadas venas

linfa pasa, y resta nada que aprehender puedas.

Mientras tanto asustada en vano su madre a su hija por todas las tierras, todo busca el profundo:

a ella la Aurora al llegar, con sus húmedos cabellos, 440 descansando no la vio, no el Héspero; ella para sus dos manos unos llameantes pinos ha encendido del Etna,

y por las escarchadas tinieblas los lleva incesante;

de nuevo, cuando el nutricio día había embotado las estrellas, a su nacida desde el ocaso del sol buscaba hasta sus nacimientos. 445 Agotada de su labor sed había concebido, y su boca ningunos manantiales habían lavado, cuando cubierta de paja vio

por azar una cabaña y sus pequeñas puertas pulsó; mas entonces sale una anciana y a la divina ve, y a quien linfa pedía,

algo dulce le dio que había cubierto antes con tostada polenta.

450 Mientras bebe ella lo dado, un chico de boca dura y atrevido

se detuvo ante la diosa y se rió y ávida la llamó.

Se ofendió ella, y con la todavía no bebida parte, al que hablaba, con la polenta mezclada con su líquido regó la divina.

Absorbió su cara las manchas y los brazos que ahora poco llevara 455 los lleva de piernas, una cola se añadió a sus mutados miembros

y en una breve forma, para que no sea su capacidad grande de dañar, se contrae, y que una pequeña lagartija menor su medida es.

De la asombrada y llorosa y a tocar aquellos prodigios dispuesta anciana huye, y del escondite gusta, y adecuado a su color 460 el nombre tiene, constelado su cuerpo de variegadas gotas.

A través de qué tierras la diosa, y qué ondas errara, de decir larga la demora es: en su búsqueda le faltó orbe.

A Sicania vuelve, y mientras todo lustra en su caminar llegó también hasta Ciane. Ella, de no mutada haber sido, 465 todo se lo habría narrado, pero boca y lengua al querer decir no ayudaban, ni con que hablara tenía.

Señales, aun así, manifiestas dio, y, conocido para su madre, en ese lugar en que por azar se le había desprendido, en el abismo sagrado,

de Perséfone el ceñidor encima mostró de las ondas. 470 El cual una vez reconoció, como si entonces al fin raptada la hubiera sabido, sus no ornados cabellos se desgarró la divina, y una y otra vez golpeó con sus palmas sus pechos.

No sabe todavía dónde está; a las tierras, aun así, increpa
todas e ingratas las llama y no del regalo de sus frutos dignas,
475

a Trinacria ante las otras, en la que las huellas de su pérdida
ha hallado. Así pues allí con salvaje mano los arados que
vuelven los terrones quebró, y a una semejante muerte, llena de
ira,

a los colonos y a los agrícolas bueyes entregó, y a los campos
ordenó que defraudaran su depósito y fallidas las simientes
hizo. 480

La fertilidad de esta tierra, divulgada por el ancho orbe, falsa
yace: mueren los sembrados en sus primeras hierbas y ya el sol
excesivo, excesiva ya la lluvia los arrebató,

y las estrellas y vientos las dañan y ávidas aves

las simientes arrasadas recogen; la cizaña y los trébulos fatigan
485 las cosechas de trigo, y la inexpugnable grama.

Entonces su cabeza la Alfeia sacó de las oleas ondas y su
rorante pelo de su frente apartó a sus orejas,

y dice: «Oh de la virgen buscada por todo el orbe

et frugum genetrix, inmensos siste labores 490 neve tibi fidae
violenta irascere terrae.

terra nihil meruit patuitque invita rapinae, nec sum pro patria
supplex: huc hospita veni. Pisa mihi patria est et ab Elide
ducimus ortus,

Sicaniam peregrina colo, sed gratior omni 495 haec mihi terra
solo est: hos nunc Arethusa penates, hanc habeo sedem. quam
tu, mitissima, serva.

mota loco cur sim tantique per aequoris undas advehar
Ortygiam, veniet narratibus hora tempestitiva meis, cum tu
curaque levata 500

et vultus melioris eris. mihi pervia tellus praebet iter, subterque
imas ablata cavernas hic caput attollo desuetaque sidera cerno.
ergo dum Stygio sub terris gurgite labor,

visa tua est oculis illic Proserpina nostris: 505

illa quidem tristis neque adhuc interrita vultu, sed regina tamen,
sed opaci maxima mundi, sed tamen inferni pollens matrona
tyranni! Mater ad auditas stupuit ceu saxea voces attonitaeque
diu similis fuit, utque dolore 510

pulsa gravi gravis est amentia, curribus oras exit in aetherias:
ibi toto nubila vultu

ante Iovem passis stetit invidiosa capillis

'pro' que 'meo veni supplex tibi, Iuppiter,' inquit 'sanguine
proque tuo: si nulla est gratia matris, 515 nata patrem moveat,
neu sit tibi cura, precamur, vilior illius, quod nostro est edita
partu.

en quaesita diu tandem mihi nata reperta est, si reperire vocas
amittere certius, aut si

scire, ubi sit, reperire vocas. quod rapta, feremus, 520

dummodo reddat eam! neque enim praedone marito filia digna
tua est, si iam mea filia non est.'

Iuppiter excepit 'commune est pignus onusque nata mihi tecum;
sed si modo nomina rebus addere vera placet, non hoc iniuria
factum, 525

verum amor est; neque erit nobis gener ille pudori, tu modo,
diva, velis. ut desint cetera, quantum est esse Iovis fratrem!
quid, quod nec cetera desunt nec cedit nisi sorte mihi?++sed
tanta cupido

si tibi discidii est, repetet Proserpina caelum, 530 lege tamen
certa, si nullos contigit illic

ore cibos; nam sic Parcarum foedere cautum est.' ""Dixerat, at
Cereri certum est educere natam;

non ita fata sinunt, quoniam ieiunia virgo

solverat et, cultis dum simplex errat in hortis, 535

puniceum curva decerpserat arbore pomum sumptaque pallenti
septem de cortice grana presserat ore suo, solusque ex
omnibus illud Ascalaphus vidit, quem quondam dicitur Orphne,
inter Avernales haud ignotissima nymphas, 540

ex Acheronte suo silvis peperisse sub atris; vidit et indicio
reditum crudelis ademit. ingemuit regina Erebi testemque
profanam

fecit avem sparsumque caput Phlegethontide lymphæ

in rostrum et plumas et grandia lumina vertit. 545 ille sibi
ablatus fulvis amicitur in alis

inque caput crescit longosque reflectitur ungues vixque movet
natas per inertia brachia pennas

y de los granos genetriz, tus inmensos trabajos detén, 490 y no
tengas ira, violenta, contra una tierra a ti fiel.

La tierra nada ha merecido y se abrió involuntaria a esa rapiña.

Y no soy por mi patria suplicante: aquí como huésped he
venido. Pisa mi patria es y de la Élide traemos los orígenes,

la Sicania como extranjera honro, pero más grata que cualquier

495 suelo esta para mí tierra es: estos penates ahora, Aretusa,

esta sede tengo; la cual tú, suavísima, salva.

Mudado de lugar por qué me he, y por las ondas de tanta
superficie sea transportada a Ortigia, llegará para esas
narraciones mías

una hora tempestiva, cuando tú de tu inquietud aliviado te
hayas 500 y semblante mejor tengas. A mí la transitable tierra

me ofrece camino, y por debajo de profundas cavernas arrastrada, aquí la cabeza saco y unas desacostumbradas estrellas diviso.

Así es que, mientras por el estigio abismo bajo las tierras me deslizo, vista fue con los ojos nuestros allí tu Prosérpina: 505 ella ciertamente triste, y no todavía sin terror su rostro, pero reina, aun así, pero la más grande del opaco mundo, pero aun así la poderosa matrona del tirano infernal».

La madre a las oídas voces quedó suspendida y cual de piedra y como atónita largo tiempo pareció, y, cuando por el dolor 510 grave su grave ausencia sacudida fue, con sus carros sale hacia las auras etéreas. Allí, nublado todo su rostro, ante Júpiter con los cabellos sueltos se detuvo enojada, y: «Por mi sangre he venido suplicante a ti, Júpiter», dice, «y por la tuya: si ninguna es la estima de una madre, 515 su nacida a un padre nueva, y no sea tu inquietud, suplicamos, más vil por ella porque de nuestro parto fue dada a luz.

He aquí que buscada largo tiempo al fin yo a mi nacida he encontrado, si encontrar llamas a perder más ciertamente, o si a saber dónde está encontrar llamas. Que raptada fue, lo llevaremos, 520 en tanto la devuelva a ella, puesto que no de un saqueador marido la hija digna tuya es, si ya mi hija no es».

Júpiter tomó la palabra: «Común es prenda y carga

esta hija para mí contigo; pero si sólo sus nombres verdaderos
a las cosas de dar gustamos, no este hecho una injuria, 525

pero es amor; y no será para nosotros el yerno ese una
vergüenza, si tú sólo, divina, quisieras. Aunque faltara lo demás,
cuánto es ser de Júpiter el hermano. Qué decir de que no lo
demás falta

y no cede sino en su suerte a mí. Pero si tan grande tu deseo de
su separación es, volverá a subir Prosérpina al cielo, 530

con una ley, aun así, cierta: si ningunos alimentos ha tocado allí
con su boca, pues así de las Parcas en el pacto precavido se
ha».

Había dicho, mas para Ceres lo cierto es sacar a su nacida.

No así los hados lo permiten, porque de sus ayunos la virgen
se había liberado y mientras ingenua vaga entre los cultivados
huertos, 535

carmesí una fruta arrancó de un árbol curvado de ellos, y
cogiendo siete granos de su pálida corteza

los apretó en su boca; y solo de todos aquello Ascálafo vio, a
quien un día se dice que Orfne,

entre las Avernoles ninfas no la más desconocida, 540 del
Aqueronte suyo parió en sus espesuras negras;

lo vio y, con su delación, del regreso, cruel, la privó. Gimió
hondo la reina del Erebo, y al testigo una profana ave hizo, y

asperjada su cabeza con linfa del Flegetonte en pico y plumas y grandes ojos la convirtió. 545

Él, de sí privado, de fulvas alas se viste

y en cabeza crece y se encorva a largas uñas,

y apenas mueve esas plumas nacidas por sus inertes brazos

foedaque fit volucris, venturi nuntia luctus, ignavus bubo, dirum mortalibus omen. 550

""Hic tamen indicio poenam linguaque videri commeruisse potest; vobis, Acheloides, unde pluma pedesque avium, cum virginis ora geratis? an quia, cum legeret vernos Proserpina flores,

in comitum numero, doctae Sirenes, eratis? 555 quam postquam toto frustra quaesistis in orbe, protinus, et vestram sentirent aequora curam, posse super fluctus alarum insistere remis optastis facilesque deos habuistis et artus vidistis vestros subitis flavescere pennis. 560 ne tamen ille canor mulcendas natus ad aures tantaque dos oris linguae deperderet usum, virginei vultus et vox humana remansit.

""At medius fratrisque sui maestaeque sororis Iuppiter ex aequo volentem dividit annum: 565 nunc dea, regnorum numen commune duorum, cum matre est totidem, totidem cum coniuge menses. vertitur extemplo facies et mentis et oris;

nam modo quae poterat Diti quoque maesta videri, laeta deae
frons est, ut sol, qui tectus aquosis 570 nubibus ante fuit, victis e
nubibus exit.

“Exigit alma Ceres nata secunda recepta,

quae tibi causa fugae, cur sis, Arethusa, sacer fons. conticuere
undae, quarum dea sustulit alto

fonte caput viridesque manu siccata capillos 575 fluminis Elei
veteres narravit amores.

‘pars ego nympharum, quae sunt in Achaide,’ dixit ‘una fui, nec
me studiosius altera saltus

legit nec posuit studiosius altera casses.

sed quamvis formae numquam mihi fama petita est, 580
quamvis fortis eram, formosae nomen habebam, nec mea me
facies nimium laudata iuvabat,

quaque aliae gaudere solent, ego rustica dote corporis erubui
crimenque placere putavi.

lassa revertabar (memini) Stympthalide silva; 585 aestus erat,
magnumque labor geminaverat aestum: invenio sine vertice
aquas, sine murmure euntes, perspicuas ad humum, per quas
numerabilis alte calculus omnis erat, quas tu vix ire putares.

cana salicta dabant nutritaque populus unda 590 sponte sua
natas ripis declivibus umbras.

accessi primumque pedis vestigia tinxi,

poplite deinde tenus; neque eo contenta, recingor molliaque
inpono salici velamina curvae

nudaque mergor aquis. quas dum ferioque trahoque 595 mille
modis labens excussa que bracchia iacto, nescio quod medio
sensi sub gurgite murmur territa que insisto propioris margine
ripae.

"quo properas, Arethusa?" suis Alpheos ab undis, "quo
properas?" iterum rauco mihi dixerat ore. 600 sicut eram, fugio
sine vestibus (altera vestes

ripa meas habuit): tanto magis instat et ardet,

et quia nuda fui, sum visa paratior illi.

sic ego currebam, sic me ferus ille premebat,

ut fugere accipitrem penna trepidante columbae, 605

y un feo pájaro se vuelve, nuncio del venidero luto,

el indolente búho, siniestro presagio para los mortales. 550

«Éste, aun así, por su delación un castigo, y por su lengua,
parecer que mereció puede: a vosotras, Aqueloides, ¿de dónde
que

pluma y pies de aves, cuando de virgen cara lleváis?

¿Acaso porque cuando recogía Prosérpina primaverales flores,

de sus acompañantes en el número, doctas Sirenas, estabais?

555 A la cual, después que en vano la buscasteis en todo el orbe,

a continuación, para que sintieran las superficies vuestra inquietud, poder sobre los oleajes con los remos de vuestras alas sentaros deseasteis, y propicios dioses tuvisteis, y las extremidades

visteis vuestras dorarse con súbitas plumas. 560

Aun así, para que aquel cantar, para serenar oídos nacido,

y tan grande dote de vuestra boca no perdiera del todo su uso de la lengua,

los virgíneos rostros y la voz humana permaneció.

Mas, en medio del hermano suyo y de su afligida hermana,

Júpiter por igual divide el rodar del año: 565 ahora la diosa, numen común de los dos reinos,

con su madre está los mismos, los mismos meses con su esposo; se torna al instante la faz, tanto de su mente como de su cara, pues la que hace poco podía a un Dis incluso afligida parecer, alegre de la diosa la frente es, como un sol que cubierto de acuosas 570 nubes antes estuvo, de esas vencidas nubes sale.

Aretusa

Demanda la nutricia Ceres, tranquila por su nacida recuperada,
cuál la causa de tu huida, por qué seas, Aretusa, un sagrado
manantial.

Callaron las ondas, de cuyo alto manantial la diosa levantó su
cabeza y sus verdes cabellos con la mano secando 575 del
caudal Eleo narró los viejos amores.

«Parte yo de las ninfas que hay en la Acaide», dijo,

«una fui: y no que yo con más celo otra los sotos repasaba ni
ponía con más celo otra las mallas.

Pero aunque de mi hermosura nunca yo fama busqué, 580
aunque fuerte era, de hermosa nombre tenía,

y no mi faz a mí, demasiado alabada, me agradaba, y de la que
otras gozar suelen, yo, rústica, de la dote

de mi cuerpo me sonrojaba y un delito el gustar consideraba.

Cansada regresaba, recuerdo, de la estinfálide espesura. 585

Hacía calor y la fatiga duplicaba el gran calor.

Encuentro sin un remolino unas aguas, sin un murmullo

pasando, perspicuas hasta su suelo, a través de las que

computable, a lo hondo, cada guijarro era: cuales tú apenas

que pasaban creerías.

Canos sauces daban, y nutrido el álamo por su onda, 590
espontáneamente nacidas sombras a sus riberas inclinadas. Me
acerqué y primero del pie las plantas mojé,

hasta la corva luego, y no con ello contenta, me descíño y mis
suaves vestiduras impongo a un sauce curvo

y desnuda me sumerjo en las aguas. Las cuales, mientras las
hiero y traigo, 595

de mil modos deslizándome y mis extendidos brazos lanzo, no
sé qué murmullo sentí en mitad del abismo

y aterrada me puse de pie en la más cercana margen del
manantial.

«¿A dónde te apresuras, Aretusa?», el Alfeo desde sus ondas,
«¿A dónde te apresuras?», de nuevo con su ronca boca me
había dicho. 600

Tal como estaba huyo sin mis vestidos: la otra ribera los
vestidos míos tenía. Tanto más me acosa y arde,

y porque desnuda estaba le parecí más dispuesta para él.

Así yo corría, así a mí el fiero aquel me apremiaba

como huir al azor, su pluma temblorosa, las palomas, 605

ut solet accipiter trepidas urguere columbas. usque sub
Orchomenon Psophidaque Cyllenenque

Maenaliosque sinus gelidumque Erymanthon et Elin currere
sustinui, nec me velocior ille;

sed tolerare diu cursus ego viribus inpar 610 non poteram, longi
patiens erat ille laboris.

per tamen et campos, per opertos arbore montes, saxa quoque
et rupes et, qua via nulla, cucurri. sol erat a tergo: vidi
praecedere longam

ante pedes umbram, nisi si timor illa videbat; 615 sed certe
sonitusque pedum terrebat et ingens crinales vittas adflabat
anhelitus oris.

fessa labore fugae "fer opem, deprendimur," inquam
"armigerae, Diana, tuae, cui saepe dedisti

ferre tuos arcus inclusaque tela pharetra!" 620 mota dea est
spissisque ferens e nubibus unam me super iniecit: lustrat
caligine tectam

amnis et ignarus circum cava nubila quaerit bisque locum, quo
me dea texerat, inscius ambit et bis "io Arethusa" vocavit, "io
Arethusa!" 625 quid mihi tunc animi miserae fuit? ane quod
agnae est, si qua lupos audit circum stabula alta frementes, aut
lepori, qui vepre latens hostilia cernit

ora canum nullosque audet dare corpore motus? non tamen
abscedit; neque enim vestigia cernit 630 longius ulla pedum:
servat nubemque locumque. occupat obsessos sudor mihi
frigidus artus, caeruleaeque cadunt toto de corpore guttae,

quaque pedem movi, manat lacus, eque capillis

ros cadit, et citius, quam nunc tibi facta renarro, 635 in latices
mutor. sed enim cognoscit amatas

amnis aquas positoque viri, quod sumpserat, ore vertitur in
proprias, et se mihi misceat, undas.

Delia rupit humum, caecisque ego mersa cavernis advehor
Ortygiam, quae me cognomine divae 640 grata meae superas
eduxit prima sub auras.'

'''Hac Arethusa tenus; geminos dea fertilis angues

curribus admovit frenisque coercuit ora

et medium caeli terraeque per aera vecta est atque levem
currum Tritonida misit in urbem 645 Triptolemo partimque rudi
data semina iussit

spargere humo, partim post tempora longa recultae. iam super
Europen sublimis et Asida terram

vectus erat iuvenis: Scythicas advertitur oras. rex ibi Lyncus
erat; regis subit ille penates. 650 qua veniat, causamque viae
nomenque rogatus et patriam, 'patria est clarae mihi' dixit
'Athenae; Triptolemus nomen; veni nec puppe per undas, nec
pede per terras: patuit mihi pervius aether.

dona fero Cereris, latos quae sparsa per agros 655 frugiferas
messes alimenta que mitia reddant.' barbarus invidit tantique ut
muneris auctor

ipse sit, hospitio recipit somnoque gravatum adgreditur ferro:
conantem figere pectus

lynca Ceres fecit rursusque per aera iussit 660 Mopsopium
iuvenem sacros agitare iugales."

como suele el azor urgir a las trémulas palomas. Hasta cerca de
Orcómeno y de Psófide y del Cilene y los menalios senos y el
helado Erimanto y la Élide correr aguanté, y no que yo más
veloz él.

Pero tolerar más tiempo las carreras yo, en fuerzas desigual,
610 no podía; capaz de soportar era él un largo esfuerzo.

Aun así, también por llanos, por montes cubiertos de árbol,
por rocas incluso y peñas, y por donde camino alguno había,
corrí. El sol estaba a la espalda. Vi preceder, larga,

ante mis pies su sombra si no es que mi temor aquello veía, 615
pero con seguridad el sonido de sus pies me aterraba y el
ingente anhélito de su boca soplaba mis cintas del pelo.

Fatigada por el esfuerzo de la huida: «Ayúdame: préndese»,
digo,

«a la armera, Diana, tuya, a la que muchas veces diste
a llevar tus arcos y metidas en tu aljaba las flechas». 620
Conmovida la diosa fue, y de entre las espesas nubes cogiendo
una, de mí encima la echó: lustra a la que por tal calina estaba
cubierta el caudal y en su ignorancia alrededor de la hueca
nube busca,
dos veces el lugar en donde la diosa me había tapado sin él
saberlo rodea
y dos veces: «Io Aretusa, io Aretusa», me llamó. 625
¿Cuánto ánimo entonces el mío, triste de mí, fue? ¿No el que
una cordera puede tener
que a los lobos oye alrededor de los establos altos bramando, o
el de la liebre que en la zarza escondida las hostiles bocas
divisa de los perros y no se atreve a dar a su cuerpo ningún
movimiento?
No, aun así, se marchó, y puesto que huellas no divisa 630 más
lejos ningunas de pie, vigila la nube y su lugar.
Se apodera de los asediados miembros míos un sudor frío y
azules caen gotas de todo mi cuerpo,
y por donde quiera que el pie movía mana un lago, y de mis
cabellos rocío cae y más rápido que ahora los hechos a ti
recuento 635
en licores me muto. Pero entonces reconoce sus amadas

aguas el caudal, y depuesto el rostro que había tomado de hombre se torna en sus propias ondas para unirse a mí.

La Delia quebró la tierra, y en ciegas cavernas yo sumergida, soy transportada a Ortigia, la cual a mí, por el cognomen de la divina 640

mía grata, hacia las superiores auras la primera me sacó».

Triptólemo

Hasta aquí Aretusa; dos gemelas sierpes la diosa fértil a sus carros acercó y con los frenos sujetó sus bocas,

y por medio del cielo y de la tierra, por los aires se hizo llevar, y su ligero carro hacia la ciudad tritónida envió 645

y a Triptólemo en parte a la ruda tierra unas semillas por ella dadas

le ordenó esparcir, en parte en la tierra tras tiempos largos de nuevo cultivada.

Ya sobre Europa sublime el joven y de Asia

la tierra se había hecho llevar: a las escíticas costas regresa. El rey allí Linco era; del rey alcanza él los penates. 650

De dónde venía y la causa de su camino y su nombre preguntado, y su patria: «Patria es para mí la clara», dijo, «Atenas,

Triptólemo mi nombre; he venido, ni en una popa a través de las ondas,

ni a pie por las tierras: se abrió para mí, transitable, el éter. Dones llevo de Ceres que esparcidos por los anchos campos 655 fructíferos sembrados y alimentos suaves devuelvan».

El bárbaro se enojó, y para que el autor de tan gran regalo él mismo pudiera ser, en hospitalidad lo recibió y del sueño presa lo atacó a hierro: cuando intentaba atravesarle el pecho un lince Ceres lo hizo, y de nuevo por los aires ordenó 660 al mopsopio joven que condujera su sagrada yunta».

'Finierat doctos e nobis maxima cantus; at nymphae vicisse deas Heliconae colentes concorditer dixere sono: convicia victae cum iacerent, "quoniam" dixi "certamine vobis 665 supplicium meruisse parum est maledictaque culpae additis et non est patientia libera nobis,

ibimus in poenas et, qua vocat ira, sequemur." rident Emathides spernuntque minacia verba, conantesque loqui et magno clamore protervas 670 intentare manus pennas exire per ungues

adspexere suos, operiri bracchia plumis, alteraque alterius
rigido concreocere rostro ora videt volucresque novas accedere
silvis;

dumque volunt plangi, per bracchia mota levatae 675

aere pendebant, nemorum convicia, picae.

Nunc quoque in alitibus facundia prisca remansit raucaque
garrulitas studiumque inmane loquendi.'

Las Piérides (II)

Había finalizado sus doctos cantos de nosotras la mayor;
mas las ninfas, que habían vencido a las diosas que el Helicón
honran con concorde voz dijeron: como insultos las vencidas
lanzaran: «Puesto que», dijo, «por el certamen a vosotras 665
una humillación haber merecido poco es, y maldiciones a
vuestra culpa añadís, y no es la paciencia libre para nosotras,
pasaremos a los castigos y adonde la ira nos llama iremos».
Ríen las Emátides y desprecian las amenazadoras palabras, y al
intentar a nuestros ojos con gran clamor tender 670 sus
contumaces manos, plumas salir por las uñas contemplaron
suyas, cubrirse sus brazos de plumón,
y la una con un rígido pico endurecerse la cara
de la otra ve, y unos pájaros nuevos acceder a las espesuras,

y mientras quieren darse golpes de pecho, por sus movidos
brazos suspendidas 675

en el aire quedaron, de los bosques insultos, la picazas.

Ahora también en estos alados su locuacidad primitiva ha
permanecido y su ronca garrulidad y el afán desmedido de
hablar.

SEXTO LIBRO

Después de oír la narración de las Musas y aprobar sus cantos y su ira, Palas, habiendo decidido que los dioses no deben admitir desprecio, recordó a la lidia Aracne la cual, según decían, no le cedía en el lanificio (1-7).

Aracne era ilustre no por patria o linaje, sino por arte; Idmón, su padre, teñía de púrpura la lana; su madre también era plebeya. Con todo eso, ella tenía gran fama por su industria, aunque su casa y su ciudad fueran pequeñas. Frecuentemente iban las ninfas a admirar sus obras, pues era deleite mirarlas no sólo terminadas, sino cuando estaban haciéndose; cuando Aracne ovillaba el material o lo llevaba con sus dedos o tiraba suavemente de los vellones, o cuando hacía girar el huso o cuando bordaba. Quien la viera, sabría al punto que debía su sabiduría a Palas; pero ella negaba esto mismo, y llegaba, en su ignorancia, a desafiar a la diosa a que con ella compitiera (7-25).

Palas tomó el cuerpo de una vieja, con sus canas y su debilidad, y, apoyada en su bastón, llegó hasta la artífice y le habló: entre los males que acarrea la senectud, hay algunos bienes, el conocimiento entre ellos; fiada en éste, le aconseja que se contente con ser la mejor lanificadora entre las mortales, pero que ceda ante Palas y le pida perdón; la diosa se lo concedería, de seguro.

Viéndola torvamente, y sin reconocerla, Aracne insiste en su desafío, y se atreve a preguntar por qué no se presenta a competir la diosa misma. Ésta se da a conocer entonces, y con su presencia se atemorizan todas menos Aracne, que tan sólo se llena de rubor un momento, e insiste en seguida en su locura. Allí, la hija de Júpiter acepta de inmediato el certamen (26-52).

De continuo tiende cada una de ellas su tela, y comienza a tejer. Apresurándose ambas, ceñidas al pecho las ropas, mueven los brazos, haciendo ligero el trabajo con el empeño que en él ponen. Entretejen allí colores de púrpura y sombras, y cuantos matices tiene el arco iris, y hebras de oro, y representan viejas historias en su obra (53-70).

Palas figura la roca de Marte en la ciudadela de Atenas, y el litigio a propósito del nombre que se daría a esa ciudad. Con seis dioses a cada lado, Júpiter se sienta. El rostro de cada uno de ellos está representado intachablemente. En seguida, figura a Neptuno que golpea con su tridente una peña de la cual brota el mar, y con esa prenda reclama la urbe para sí. Luego se representa a sí misma, con escudo y lanza y yelmo y protegida con la égida; finge que, golpeada por su lanza, la tierra produce el olivo con sus frutos, y que los dioses lo admiran. La imagen de una Victoria culmina su obra.

Además, para dar a Aracne ejemplos de la mala fortuna que acarrea el competir con los dioses, añade, en las esquinas de la tela, la representación de cuatro certámenes: uno, es la historia de Rodope y Hemo, convertidos en montes por haber osado

atribuirse los nombres de los dioses; otro, la de Pigmea, que vencida por Juno, fue convertida en grulla y en enemiga de su propio pueblo; la tercera corresponde a Antígona, quien habiéndose atrevido a competir con la misma Juno, fue transformada en cigüeña, y la última es la de Ciniras, que está figurado abrazando los peldaños pétreos en que fueron convertidas sus hijas. Finalmente, Palas adorna las orillas de la tela con su árbol, símbolo de la paz (71-102).

Por su parte, Aracne dibuja a Europa burlada por el toro, cuando éste comenzaba a llevársela por el mar; luego, a Asterie tenida por el águila, a Leda por el cisne; también queda allí Júpiter alcanzando a Antíope en figura de sátiro, a Alcmena como Anfitrión, a Dánae como lluvia de oro, y a la Asopida en cuerpo de fuego; a Mnemosina como pastor y a la Deida en figura de serpiente. Representa asimismo a Neptuno como novillo, sobre la Eolia; como Enipeo, engendrando a los Aloidas; como carnero, burlando a la Bisáltida; como caballo, a Ceres, y el modo en que, alado, se llegó a Medusa, y en cuerpo de delfín, a Melanto.

Luego representa a Febo vistiéndose de labriego o de halcón o de león para cumplir sus deseos, y

a Baco en apariencia de pastor, para poseer a Ise, y de uva, para burlar a Erígone, y a Saturno en cuerpo de caballo para

engendrar a Quirón. La orilla de la tela está adornada de flores y hiedra entretejidas (103-128).

Nadie, ni la Envidia ni Palas hubieran podido censurar la obra de Aracne; dolida, la diosa la destruye, y luego golpea en la frente a su autora con la lanzadera de boj. Aracne no lo soporta, y pretende ahorcarse colgándose con un lazo. Palas, apiadada, la levanta, pero, vengativa, la rocía con jugos de hierbas mágicas y la desfigura horriblemente mudándola al cuerpo de una araña, de cuyo vientre nace un hilo con el cual ella sigue haciendo su oficio de tejedorá (129-145).

La noticia del hecho se difunde por toda Lidia. Niobe, que había conocido a Aracne en anteriores tiempos, no fue advertida por el castigo que su osadía recibió, y ella también se atrevió a querer igualar a los dioses.

Rica por las artes de su esposo, por su linaje, por el poder de su reino, lo era más aún por sus hijos (146-156).

Manto, la profetisa hija de Tiresias, había en una ocasión, poseída del poder de Latona, ordenado que las tebanas rindieran culto a esa diosa y a sus dos hijos. Todas acatan la orden, y coronadas de follaje, llevan incienso y plegarias a sus altares (157-164).

He aquí que llega Niobe acompañada por muchos y suntuosamente vestida; hermosa a pesar de su ira, reprende, al ver el culto rendido a la madre de Diana y Apolo: es locura venerar a dioses sólo conocidos de oídas, como Latona, y

despreciar a los que están presentes y visibles, como la misma Niobe, hija de Tántalo y de una de las Pléyades, nieta de Atlas y nieta y nuera de Júpiter; temida de Frigia y regidora de Tebas, cuyas murallas levantó la lira de su esposo, dueña de incontables riquezas y de divina hermosura. Madre, además, de siete hijos y siete hijas, preparados ya para el matrimonio.

Sabiendo eso, resulta absurdo que alguien pueda postponerla a Latona, hija de un tal Ceo, y a quien la tierra negó suelo firme cuando iba a parir, siendo sólo admitida en la flotante Delos. Dos hijos tuvo aquélla, siete veces menos que Niobe, quien, por el número que la hace rica, se considera por encima de la adversidad. Por muchos hijos que perdiera, siempre habría de tener más que la otra.

En seguida, manda a las tebanas que abandonen los ritos que habían comenzado, cosa que ellas obedecen, aunque siguen venerando a la diosa con preces calladas (165-203).

Indignada, habló Latona a sus hijos en la cima del Cinto, quejándose de la injuria de que era objeto, y manifestando el temor de ser menospreciada por siempre si no era socorrida por ellos. Además, la hija de Tántalo antepuso a sus propios hijos a Diana y Apolo, y llamó huérfana a Latona. Cuando iba a continuar con súplicas sus lamentos, la interrumpieron Febo y Febe diciéndole que sus palabras demorarían el castigo de la culpable, y se apresuraron a llegar a Tebas (204-217).

Había junto a las murallas un campo llano y amplio donde corrían carros y jinetes. Allí los hijos de Niobe y Anfión se ejercitaban a caballo. Ismeno, el mayor de ellos, mientras hace girar a su cabalgadura, grita, herido en medio del pecho por un dardo, y cae resbalando; al oír en el aire el ruido de la aljaba de Febo, huye Sipilio como el piloto huye de la tormenta; su fuga es inútil, pues una flecha se le clava en la nuca y le sale por el cuello. Fedimo y Tántalo, que luchaban después de haber cabalgado, fueron traspasados por un mismo dardo, y hallaron la muerte al mismo tiempo. Alfenor corre a aliviarlos, y corta su carrera la saeta del Delio; a Damasictón lo hirieron dos flechas: una en la corva y otra, mortal, en la garganta. Por último, Ilioneo suplica a los dioses por su vida, pero su plegaria alcanza a conmover a Febo sólo cuando su dardo iba en camino, y, aunque no lo tocó con toda su fuerza, fue suficiente a hacerlo morir (218-267).

La noticia de la desgracia y el dolor y las lágrimas de todos, informan a Niobe de la ruina de sus hijos, y ella se encoleriza de que los dioses se atrevan a tanto. Aumenta su pena el hecho de que Anfión se suicida, incapaz de sufrir lo ocurrido. La madre, muy diferente ya de aquella que despreciaba los altares de Latona, abraza los cadáveres de sus hijos y llora sobre ellos. Pero ni siquiera ese castigo alcanza a vencer su soberbia. Pues luego de haber increpado a Latona por su crueldad, vuelve a ofenderla, con el argumento de que, aun después de perder la mitad de sus hijos,

vence todavía por el número de los que le quedan (268-285).

En acabando Niobe de hablar, suena la cuerda de un arco que se dispara. Todos, menos ella, se aterrorizan. Mientras las hermanas se estaban llorosas junto a los cuerpos de sus hermanos, cayó muerta una, al sacar de sus entrañas el arma que las había penetrado; otra sucumbió cuando consolaba a su madre; ésta cae, al querer huir; otra muere sobre su hermana, tiembla aquélla. Una sola queda, a la cual Niobe quiere salvar cubriéndola con su cuerpo, y pidiendo por su vida a la diosa. Sucumbe también esta sola.

Entonces, doliente, se sienta Niobe entre los cuerpos de sus hijos y su esposo, y se inmoviliza en su desgracia; se fijan sus cabellos, se le va el color y los ojos se le aquietan. Nada le queda de vida, se convierte en roca hasta el núcleo de sus entrañas. Con todo eso, derrama lágrimas. Así, petrificada, fue llevada a su patria por una tormenta, y allí, en la cima de un monte, llora todavía (286-312).

Hombres y mujeres temen entonces el poder de Latona, y se esmeran en rendirle culto. Alguien, recordando hechos pasados parecidos al presente, refiere que los antiguos colonos de Licia habían intentado despreciar a la misma diosa y habían sido también castigados. Enviado por su padre, dice el narrador, conducía su vacada llevado por un guía, cuando en medio de un lago vio un ara abandonada, antigua, negra de viejos

fuegos, circundada de cañas. Después que ambos hubieron mostrado su religiosidad, él preguntó al guía a quién estaba dedicada el ara aquélla, y éste respondió que a la diosa a quien Delos recibió, y que en Delos, errante todavía, dio a luz bajo una oliva a sus hijos gemelos. Perseguida por el odio de Juno, había huido de aquí llevándose consigo a Diana y a Febo. Cuando el sol quemaba los campos de Licia, sintió sed, y dio en la cuenta de que sus hijos habían secado sus pechos. Por casualidad, advirtió la proximidad de un estanque donde cortaban mimbres y anea los rústicos, y se arrodilló en su orilla con la intención de beber, cosa que le prohibieron ellos.

La diosa les explica que el agua es bien común como la luz del sol o el aire, y, además, les ruega que se la den; aclara asimismo que no pretende ensuciarla lavándose en ella el cansado cuerpo, sino sólo calmar la sed que le seca la boca y apenas la deja hablar. El agua será la vida para ella y para los niños que desde su seno tienden los brazos suplicantes (313-359).

Nadie habría podido dejar de conmoverse con las palabras y el sufrimiento de Latona. Con todo, los rústicos persisten en su negativa, y además la injurian y la amenazan para hacerla alejarse.

Luego, ellos mismos turban y enlodan el agua, agitándola con pies y manos. La Titania, colérica, deja de sentir sed, y absteniéndose de suplicar, los condena en uso de sus poderes a vivir por siempre en el estanque del cual la han apartado. Al

instante acontece lo ordenado por ella. Ora place a los rústicos estar bajo el agua, ora salir a la superficie y nadar en ella, o sentarse a la orilla del estanque o saltar en su interior. Incluso hoy pelean con la voz y maldicen, roncos, con cuellos hinchados; una sola línea une su cabeza a su lomo, y, verdes por encima y blancos en el vientre, son ranas que brincan en las aguas lodosas (360-381).

A continuación, recuerdan los tebanos al sátiro a quien Apolo venció en la flauta de Minerva, y castigó desollándolo por entero, en medio de su sangre y su padecimiento. Lo lloraron los dioses silvestres, los faunos y los sátiros y Olimpo y las ninfas y cuantos en sus montes pacieron rebaños.

La Tierra, empapada con el llanto, convirtió éste en agua, que hizo saltar como fuente y correr como río: su nombre es Marsias, y es el más transparente de Frigia (382-400).

Luego de recordar hechos pasados vuelven a los presentes, y lamentan la muerte de Anfión y sus hijos, y aborrecen a Niobe. Cuentan que sólo Pélope la lloró, y que al rasgar sus vestiduras había mostrado el marfil de su hombro izquierdo. Al nacer, este hombro era de carne como el derecho. Pero cuando los dioses reunieron sus miembros que su padre había dividido, encontraron que ese hombro faltaba y, para completarlo, lo suplieron con un trozo de marfil (401-411).

Los reyes de las ciudades vecinas acuden a consolar a quienes sufren por la desgracia de Anfión y su estirpe; asisten Argos,

Esparta, Micenas, Calidón y Orcómenos y Corinto y Mesene y Patras y Cleonas y Pilos y Trezene, y otras que están al sur y otras que están al norte de Corinto. Sólo faltó Atenas, porque a la sazón era atacada por ejércitos bárbaros.

Tereo, rey de Tracia, adquirió clara fama al vencerlos, y Pandión, que reinaba en Atenas, lo consideró digno de casarse con su hija Progne, habida cuenta de su riqueza y su poder y de que descendía del dios Marte. A la boda de Progne y Tereo no asistieron Juno ni Himeneo ni las Gracias; las Furias llevaron las antorchas nupciales, tomadas de una hoguera fúnebre, y un búho funesto se paró sobre su casa y su tálamo. Bajo estos malos auspicios se casaron y se hicieron padres, y tan grande es la ignorancia humana, que dieron gracias a los dioses y declararon festivo el día en que les nació Itis su hijo (412-438).

Habían pasado cinco años cuando Progne, acariciándolo, suplicó a su marido que la enviara a Atenas a visitar a su hermana o que fuera él para traerla a Tracia; en este caso, habría de prometer a Pandión que la devolvería en breve tiempo. Tereo decidió complacerla, y después de navegar entró en el puerto de Atenas (439-446).

Apenas había saludado a su suegro y comenzaba a decir la causa de su viaje, cuando se presenta Filomela, rica en arreglo y en belleza, semejante a una ninfa, y el tracio se abrasa de deseo de ella como hierba seca en el fuego; ciertamente su

hermosura lo merece, pero lo fomentan también la índole sensual de Tereo y de su raza. Estos dos estímulos lo tienen en llamas (447-460). Piensa entonces en corromper a los compañeros y la nodriza de Filomela, o en conquistar a ésta con riquezas, aun las de su reino entero, o en raptarla y conservarla con las armas. Nada hay que no ose hacer para conseguirla.

Entonces, usa el deseo de su esposa para disimular el suyo, y, elocuente, ruega y llora diciendo que lo hace en nombre de Progne, y disfraza de piedad su lascivia (461-474). Por su parte Filomela quiere que la lleven a ver a su hermana, y suplica a su padre que lo permita. Tereo, que la mira hacerlo, envidia los abrazos y los besos dados a Pandión, y anticipa en sí los placeres que ansía.

Por fin, es vencido el rey por los ruegos de sus dos hijas, y accede a que Filomela parta con su cuñado; ésta, sin saberlo, se alegra de su ruina (475-485).

Cuando el día termina, se sirve la cena real, y en seguida se retiran todos a dormir. Pero Tereo, recordando a Filomela, arde, e imagina lo que de ella no ha visto, y ahuyenta el sueño con el deseo. Al siguiente amanecer se despide de su suegro, quien le encomienda el cuidado de la sola hija que le queda, y les pide, a él, que se la devuelva cuanto antes, y a ella, que no tarde en volver. Luego, entre besos y lágrimas de adiós, une las manos de la hija y el yerno y se despide de ambos, lleno de sombríos temores (486-510).

Tereo se siente y se dice vencedor en su intento, en cuanto la nave en que lleva a Filomela se aparta de la tierra. Alegre, apenas es capaz de diferir los placeres que espera, y mira sin tregua a su cuñada, como el águila observa la presa depositada en su nido (511-518).

No bien hubieron llegado a Tracia y desembarcado en sus costas, arrastra a Filomela hacia establos escondidos en viejas selvas, y allí la encierra y la viola, mientras ella invoca el nombre de su hermana y el de su padre y el de los magnos dioses (519-526). Después de haber sufrido la fuerza de Tereo, temblorosa como la cordera herida por el lobo o la paloma por el ave rapaz, se lamenta y se queja del bárbaro, y le reprocha que haya olvidado cuanto debía a su padre y a su hermana y a ella misma, virgen, y a los derechos del matrimonio. Lo insta a que la mate, y desea haber muerto antes de haber sido violada, para que su alma hubiera quedado sin crimen.

Pero humillada y furiosa, amenaza entonces con delatar a Tereo ante todos, e incluso prisionera en la selva, llenar ésta con su denuncia, y conmover con su denuncia las rocas, y hacer que su voz llegue al cielo y al oído de algún dios (527-548).

Iracundo y atemorizado el feroz tirano desenvaina la espada, y habiendo tomado del cabello a Filomela, le ata las manos a la espalda; en seguida, cuando ella, que esperaba la muerte, ofrece al hierro la garganta, le toma la lengua con unas tenazas y se la corta de raíz. Brinca a los pies de su dueña la lengua

moribunda. Y todavía tras esto, dicen que Tereo ejerció muchas veces su lujuria en el cuerpo mutilado (549-562).

Después de tales hechos, va el tracio a su esposa y le cuenta que Filomela ha muerto, y da a su mentira los visos de verdad suficientes para ser creída. Progne desgarrar sus ropas de oro y se viste de luto, y erige un cenotafio donde hace ofrenda a los hados de su hermana (563-570).

Ha pasado un año completo, y Filomela no sabe qué hacer. Encerrada por guardias y muros e

incapaz de acusar porque carece de lengua, emplea su dolor para aumentar su ingenio, e inventa entretener en una tela la narración escrita de su desgracia; hecha esa obra, la envía a Progne con una de sus criadas. Progne se entera, de este modo, de todo lo ocurrido, y queda en silencio, a causa del dolor y por no encontrar palabras para su indignación. En ella se confunden lo justo y lo injusto, y sólo piensa en castigar al culpable (571-586).

Era la época en que las mujeres sitonias celebraban las orgías trienales de Baco, haciendo sonar los tímpanos bronceos en el Rodope. Aprovechando la circunstancia, Progne se viste como si fuera a tomar parte en ellas, coronándose de vid, cubriéndose con pieles de ciervo y llevando el tirso del dios. Seguida de las suyas, llega así a la prisión de su hermana y rompe las puertas y se la roba, vistiéndola con insignias iguales a las que ella usa,

y velándole el rostro con hiedra. De esta suerte la conduce a su casa en cuyo interior, tras haberle quitado las prendas de Baco, intenta abrazarla. Pero Filomela, como si fuera culpable, no se atreve a mirarla, y permaneciendo cabizbaja, cuenta con señas de las manos cómo tuvo que sufrir el deshonor. Airada, Progne reprocha a su hermana las lágrimas, y le dice que no es con llanto con lo que han de vengarse sino con hierro o algo más terrible que el hierro. Afirma en seguida estar dispuesta a incendiar el palacio de Tereo y quemar a éste, o a cortarle la lengua o sacarle los ojos o castrarlo, o a matarlo con innumerables heridas.

Mientras habla tales cosas, se le acerca Itis su hijo, sugiriéndole cuál podría ser su venganza. Lo mira feroz, y hace notar todo lo parecido que es a Tereo. Y calla luego, y se dispone al crimen funesto (587-623).

No obstante, cuando se le acercó el niño y la abrazó y la besó, ella se conmovió como madre que era y sus ojos se llenaron de lágrimas. Finalmente, venció la ira, pues al ver el rostro de Filomela y recordar a quién debía su desgracia, consideró que ser piadosa con Tereo era ser criminal (623-635). Sin tardanza, arrastra a Iris como la tigresa al cervatillo lactante, y mientras él la llama y le tiende las manos, viendo llegar su muerte, le clava sin volver la vista la espada en el flanco. En seguida, Filomela lo degüella, y entre ambas despedazan su cuerpo vivo todavía. Parte de éste, lo

ponen a cocer; tuestan en asadores la restante. Chorrea sangre la cámara (636-646).

Servido en la mesa el cuerpo de Itis, llama Progne a comer a su marido, y con invocar falsamente una costumbre de su patria, se justifica para hacer salir a compañeros y criados. Se sienta, pues, Tereo, y engulle su propia carne. Tanta es su ignorancia de lo que hace, que pide que le lleven a su hijo. Progne no puede ya disimular su perversa alegría, y le dice que lo tiene dentro. Pregunta él y vuelve a preguntar sin comprender lo que pasa, y entonces Filomela, sangrienta todavía, le arroja a la cara la cabeza de Iris, y lo único que lamenta es no poder hablar para manifestar su alegría (647- 660).

Grita Tereo y empuja la mesa e invoca a las Furias, y querría abrirse el vientre para sacar de allí a su hijo, del cual se dice sepulcro miserable. Ahora, ansiando castigarlas, persigue con espada a las hijas de Pandión. Pero éstas vuelan ya, mudadas a cuerpo de pájaro.

Va Filomela a las selvas, mientras Progne se refugia en las casas; aún conserva huellas de sangre en las plumas del pecho.

Entonces se muda también la forma de Tereo, que va al cuerpo de una abubilla, con su cresta y su largo pico, que parece un arma de su cara (661-674).

El dolor ocasionado por tales sucesos, llevó a Pandión a una muerte prematura. Lo sucedió Erecteo, tan justo como fuerte en las armas. Él era padre de cuatro hombres y de cuatro mujeres,

dos de ellas semejantes en belleza. Una de ellas, Procris, hizo feliz a Céfalo su esposo. La otra, Oritía, fue amada por Bóreas, a quien perjudicaba su cercanía con Tereo y los tracios, y lo resistió en tanto que él se redujo a solicitarla con blandura.

Dolido con esa situación, él acuerda consigo emplear, para ganar a la hija de Erecteo, la fuerza natural con que empuja nubes, sacude mares, voltea árboles y endurece nieves y hace caer granizos. Bóreas, cuando choca en el cielo con los otros vientos, hace resonar el éter y brotar fuego de las nubes, y dentro de la tierra estremece el mundo con sus sacudimientos. Esa fuerza es la que debió haber usado para pedir a Oritía y convertirse en yerno de Erecteo (675-701).

Habiendo reflexionado así, sopla la tierra entera con el agitación de sus alas, y hace que el mar se erice a lo lejos.

Arrastrando por las cumbres su manto polvoriento, barre el suelo, y arrebatada

a la atemorizada Oritía entre sus alas rojizas.

Mientras vuela, arde y desea más; no se detiene sino cuando toca las ciudades de los cicones, donde la ateniense es convertida en su esposa y en madre de sus hijos. Ellos fueron dos gemelos, Calais y Zetes, herederos del cuerpo de la madre y las alas del padre; pero éstas no las tuvieron desde el momento de nacer, sino que les crecieron con el tiempo. Cuando dejaron la infancia, jóvenes ya, fueron con los minias a bordo de la

primera nave, surcando un mar desconocido, en busca del vellocino de oro (702-721).

Praebuerat dictis Tritonia talibus aures carminaque Aonidum
iustamque probaverat iram; tum secum: 'laudare parum est,
laudemur et ipsae numina nec sperni sine poena nostra
sinamus.' Maeoniaeque animum fatis intendit Arachnes, 5 quam
sibi lanificae non cedere laudibus artis audierat. non illa loco
nec origine gentis

clara, sed arte fuit: pater huic Colophonius Idmon Phocaico
bibulas tinguebat murice lanas; occiderat mater, sed et haec de
plebe suoque 10 aequa viro fuerat; Lydas tamen illa per urbes
quaesierat studio nomen memorabile, quamvis orta domo
parva parvis habitabat Hypaepis.

huius ut adspicerent opus admirabile, saepe deseruere sui
nymphae vineta Timoli, 15

deseruere suas nymphae Pactolides undas. nec factas solum
vestes, spectare iuvabat

tum quoque, cum fierent: tantus decor adfuit arti, sive rudem
primos lanam glomerabat in orbes, seu digitis subigebat opus
repetitaque longo 20 vellera mollibat nebulas aequantia tractu,

sive levi teretem versabat pollice fusum, seu pingebat acu;
scires a Pallade doctam.

quod tamen ipsa negat tantaque offensa magistra 'certet' ait
'mecum: nihil est, quod victa recusem!' 25

Pallas anum simulat: falsosque in tempora canos addit et
infirmos, baculo quos sustinet, artus.

tum sic orsa loqui 'non omnia grandior aetas, quae fugiamus,
habet: seris venit usus ab annis. consilium ne sperne meum: tibi
fama petatur 30

inter mortales faciendae maxima lanæ; cede deae veniamque
tuis, temeraria, dictis

supplice voce roga: veniam dabit illa roganti.' adspicit hanc
torvis inceptaque fila relinquit vixque manum retinens
confessaque vultibus iram 35 talibus obscuram resecuta est
Pallada dictis: 'mentis inops longaque venis confecta senecta, et
nimium vixisse diu nocet. audiat istas,

si qua tibi nurus est, si qua est tibi filia, voces; consilii satis est in
me mihi, neve monendo 40

profecisse putes, eadem est sententia nobis. cur non ipsa venit?
cur haec certamina vitat?' tum dea 'venit!' ait formamque
removit anilem

Palladaque exhibuit: venerantur numina nymphae
Mygdonidesque nurus; sola est non territa virgo, 45 sed tamen
erubuit, subitusque invita notavit

ora rubor rursusque evanuit, ut solet aer purpureus fieri, cum
primum Aurora movetur,

Aracne

- 1 Había prestado a relatos tales la Tritonia oídos,
- 2 y las canciones de las Aónides y su justa ira había
aprobado.
- 3 Entonces, entre sí: «Alabar poco es: seamos alabadas
también nos misma
- 4 y los númenes nuestros que sean despreciados sin castigo
no permitamos».
- 5 Y de la meonia Aracne a los hados su ánimo dirige, 5
- 6 la cual, que a ella no cedía en sus alabanzas en el arte de
hacer la lana,
- 7 había oído. No ella por su lugar ni por el origen de su
familia
- 8 ilustre, sino por su arte fue; el padre suyo, el colofonio
Idmón,
- 9 con focaico múrice teñía las bebedoras lanas;
- 10 había muerto su madre, pero también ella de la plebe, a su
marido 10
- 11 igual, había sido; aun así ella por las lidias ciudades

12 se había buscado con su ejercicio un nombre memorable,
aunque

13 surgida de una casa pequeña, y en la pequeña habitaba
Hipepa.

14 De ella la obra admirable para contemplar, a menudo
15 abandonaron las ninfas los viñedos de su Timolo, 15
16 abandonaron las ninfas Pactólides sus propias aguas.

17 Y no hechos sólo los vestidos contemplar agradaba;
18 entonces también, mientras se hacían: tanto decor
acompañaba a su arte,

19 bien si la ruda lana aglomeraba en los primeros círculos
20 o ya si con los dedos hacía subir la obra y, buscados largo
trecho, 20

21 unos vellones ablandaba que igualaban a las nubes,
22 o si con ligero pulgar giraba el pulido huso,
23 o si cosía a aguja; la sabrías por Palas instruida,
24 lo cual, aun así, ella niega, y de tan gran maestra
ofendida:

25 «Compita», dice, «conmigo: nada hay que yo vencida
rehúse». 25

26 Palas una vieja simula, y falsas canas en las sienes

27 se añade y unos infirmes miembros con un bastón
también sostiene.

28 Entonces así comenzó a hablar: «No todas las cosas la
más avanzada edad

29 que debemos huir tiene; viene la experiencia de los tardíos
años.

30 El consejo no desprecia mío. Tú la fama has de buscar 30
31 máxima de hacer entre los mortales lana;

32 cede ante la diosa y perdón por tus palabras, temeraria,
33 con suplicante voz ruega; su perdón dará ella a quien lo
ruega».

34 La contempla a ella, y con torvo semblante los
emprendidos hilos deja

35 y apenas su mano conteniendo y confesando en tal
semblante su ira 35

36 con tales palabras replicó a la oscura Palas:

37 «De tu razón privada y por tu larga vejez vienes acabada,
38 y demasiado largo tiempo haber vivido te hace mal. Las
oiga,

39 si tú una nuera tienes, si tienes tú una hija, esas palabras.

40 Consejo bastante tengo en mí yo, y advirtiéndome 40
41 útil haberme sido no creas: la misma es la opinión nuestra.

42 ¿Por qué no ella misma viene? ¿Por qué estos certámenes evita?».

43 Entonces la diosa: «Ha venido», dice, y de su figura se despojó de vieja

44 y a Palas exhibió. Reverencian sus númenes las ninfas

45 y las migdónides nueras; sola quedó no aterrada esta virgen, 45

46 pero aun así se sonrojó y, súbito, su involuntaria cara

47 señaló un rubor, y de nuevo se desvaneció, como suele el aire

48 purpúreo hacerse en cuanto la Aurora se mueve,

et breve post tempus candescere solis ab ortu. perstat in
incepto stolidaeque cupidine palmae 50 in sua fata ruit; neque
enim Iove nata recusat

nec monet ulterius nec iam certamina differt. haud mora,
constituunt diversis partibus ambae et gracili geminas
intendunt stamine telas:

tela iugo vincta est, stamen secernit harundo, 55 inseritur
medium radiis subtemen acutis,

quod digiti expediunt, atque inter stamina ductum percusso
paviunt insecti pectine dentes.

utraque festinant cinctaeque ad pectora vestes
bracchia docta movent, studio fallente laborem. 60
illic et Tyrium quae purpura sensit aenum

textur et tenues parvi discriminis umbrae;
qualis ab imbre solent percussis solibus
arcus inficere ingenti longum curvamine
caelum;

in quo diversi niteant cum mille colores, 65
transitus ipse tamen spectantia lumina fallit:

usque adeo, quod tangit, idem est; tamen ultima distant.

illic et lentum filis inmittitur aurum

et vetus in tela deducitur argumentum.

Cecropia Pallas scopulum Mavortis in arce 70
pingit et antiquam de terrae nomine litem.

bis sex caelestes medio Iove sedibus altis
augusta gravitate sedent; sua quemque
deorum inscribit facies: Iovis est regalis
imago;

stare deum pelagi longoque ferire tridente 75
aspera saxa facit, medioque e vulnere saxi
exsiluisse fretum, quo pignore vindicet
urbem; at sibi dat clipeum, dat acutae
cuspidis hastam, dat galeam capiti,
defenditur aegide pectus, percussamque
sua simulat de cuspide terram 80
edere cum bacis fetum canentis olivae;
mirarique deos: operis Victoria finis.

ut tamen exemplis intellegat aemula laudis,
quod pretium speret pro tam furialibus ausis
quattuor in partes certamina

quattuor addit, 85 clara colore suo, brevibus distincta sigillis:
Threiciam Rhodopen habet angulus unus et Haemum, nunc
gelidos montes, mortalia corpora quondam, nomina summorum
sibi qui tribuere deorum; altera Pygmaeae fatum miserabile
matris 90 pars habet: hanc Iuno victam certamine iussit esse
gruem populisque suis indicere bellum; pinxit et Antigonem,
ausam contendere quondam cum magni consorte Iovis, quam
regia Iuno

in volucrem vertit, nec profuit Ilion illi 95

Laomedonve pater, sumptis quin candida pennis ipsa sibi
plaudat crepitante ciconia rostro;

qui superest solus, Cinyran habet angulus orbem; isque gradus
templi, natarum membra suarum, amplectens saxoque iacens
lacrimare videtur. 100 circuit extremas oleis pacalibus oras

(is modus est) operisque sua facit arbore finem.

Maeonis elusam designat imagine tauri Europam: verum
taurum, freta vera putares; ipsa videbatur terras spectare
relictas 105

et comites clamare suas tactumque vereri adsilientis aquae
timidasque reducere plantas.

y breve tiempo después encandecerse, del sol al nacimiento.

Persiste en su empresa y de una estúpida palma por el deseo
50

a sus propios hados se lanza, pues tampoco de Júpiter la
nacida rehúsa ni le advierte más allá ni ya los certámenes
difiere.

Sin demora se colocan en opuestas partes ambas y con grácil
urdimbre tensan parejas telas:

la tela al yugo unido se ha, la caña divide la urdimbre, 55 se
insertan en mitad de la trama los radios agudos,

la cual los dedos desenredan y, entre las urdimbres metida, los
entallados dientes la nivelan del peine al golpear.

Ambas se apresuran y, ceñidos al pecho sus vestidos,

sus brazos doctos mueven mientras el celo engaña a la fatiga.

60 Por allí, esa púrpura que sintió al caldero tirio

se teje, y también tenues sombras de pequeño matiz,

cual suele el Arco, los soles por la lluvia al ser atravesados,

manchar con su ingente curvatura el largo cielo,

en el cual, diversos aunque brillen mil colores, 65

su tránsito mismo, aun así, a los ojos que lo contemplan

engaña:

hasta tal punto los que se tocan lo mismo son, sin embargo los
últimos distan.

Por allí también dúctil en los hilos se entremete el oro, y un viejo argumento a las telas se lleva.

Palas la peña de Marte en el cecropio recinto 70 pinta, y la antigua lid sobre el nombre de esa tierra.

Una docena de celestiales, con Júpiter en medio, en sus sedes altas con augusta gravedad están sentados; su faz a cada uno de los dioses lo inscribe: la de Júpiter es una regia imagen; apostado hace que el dios del piélago esté, y que con su largo 75 tridente hiera unas ásperas rocas y que de la mitad de la herida de la roca brote un estrecho, prenda con la que pueda reclamar la ciudad; mas a sí misma se da el escudo, se da de aguda cúspide el astil, se da la gálea para su cabeza, se defiende con la égida el pecho, y, golpeada de su cúspide, simula que la tierra 80

produce, con sus bayas, la cría de la caneciente oliva,

y que lo admiran los dioses; de su obra la Victoria es el fin. Aun así, para que con ejemplos entienda la émula de su gloria qué premio ha de esperar por una osadía tan de una furia,

por sus cuatro partes certámenes cuatro añade, 85

claros por el color suyo, por sus breves figurillas distinguidas. A la tracia Ródope contiene el ángulo uno, y a su Hemo, ahora helados montes, mortales cuerpos un día,

que los nombres de los supremos dioses a sí mismos se atribuyeron.

La otra parte tiene el hado lamentable de la pigmea 90 madre;
a ella Juno, vencida en certamen, le mandó

ser grulla y a los pueblos suyos declarar la guerra. Pintó
también a Antígona, la que osó contender un día con la
consorte del gran Júpiter, a la cual la regia Juno

en ave convirtió, y no le fue de provecho Ilión a ella, 95

o Laomedonte su padre, para que, cándida con sus adoptadas
alas, no a sí misma se aplauda ella, con su crepitante pico, la
cigüeña. El que queda único, a Cíniras tiene ese ángulo,
huérfano,

y él, los peldaños del templo -de las nacidas suyas los
miembros- abrazando y en esta roca yacente, llorar parece. 100

Rodea las extremas orillas con olivos de la paz

-esta la medida justa es- y de la obra suya hace con su árbol el
término.

La Meónide a la engañada representa por la imagen de un toro,
a Europa. Verdadero el toro, los estrechos verdaderos creerías.

Ella misma parecía las tierras abandonadas contemplar 105 y a
sus acompañantes clamar y el contacto temer

del agua que hacia ella saltaba y sus temerosas plantas querer
retornar.

fecit et Asterien aquila luctante teneri, fecit olorinis Ledam
recubare sub alis;

addidit, ut satyri celatus imagine pulchram 110 Iuppiter inplerit
gemino Nycteida fetu, Amphitryon fuerit, cum te, Tirynthia,
cepit, aureus ut Danaen, Asopida luserit ignis, Mnemosynen
pastor, varius Deoïda serpens.

te quoque mutatum torvo, Neptune, iuvenco 115 virgine in
Aeolia posuit; tu visus Enipeus

gignis Aloidas, aries Bisaltida fallis,

et te flava comas frugum mitissima mater sensit equum, sensit
volucrem crinita colubris

mater equi volucris, sensit delphina Melantho: 120 omnibus his
faciemque suam faciemque locorum reddidit. est illic agrestis
imagine Phoebus,

utque modo accipitris pennas, modo terga leonis gesserit, ut
pastor Macareida luserit Issen,

Liber ut Erigonen falsa deceperit uva, 125

ut Saturnus equo geminum Chirona crearit. ultima pars telae,
tenui circumdata limbo, nexilibus flores hederis habet
intertextos.

Non illud Pallas, non illud carpere Livor possit opus: doluit
successu flava virago 130 et rupit pictas, caelestia crimina,
vestes, utque Cytoriaco radium de monte tenebat,

ter quater Idmoniae frontem percussit Arachnes. non tulit infelix
laqueoque animosa ligavit guttura: pendentem Pallas miserata
levavit 135

atque ita 'vive quidem, pende tamen, improba' dixit, 'lexque
eadem poenae, ne sis secura futuri,

dicta tuo generi serisque nepotibus esto!' post ea discedens
sucis Hecateidos herbae

sparsit: et extemplo tristi medicamine tactae 140

defluxere comae, cum quis et naris et aures, fitque caput
minimum; toto quoque corpore parva est: in latere exiles digiti
pro cruribus haerent,

cetera venter habet, de quo tamen illa remittit

stamen et antiquas exercet aranea telas. 145

Lydia tota fremit, Phrygiaeque per oppida facti rumor it et
magnum sermonibus occupat orbem. ante suos Niobe thalamos
cognoverat illam, tum cum Maeoniam virgo Sipylumque
colebat;

nec tamen admonita est poena popularis Arachnes, 150

cedere caelitibus verbisque minoribus uti.

multa dabant animos; sed enim nec coniugis artes nec genus
amborum magnique potentia regni

sic placuere illi, quamvis ea cuncta placerent,

ut sua progenies; et felicissima matrum 155

dicta foret Niobe, si non sibi visa fuisset. nam sata Tiresia
venturi praescia Manto per medias fuerat divino concita motu
vaticinata vias: 'Ismenides, ite frequentes

et date Latonae Latonigenisque duobus 160

cum prece tura pia lauroque innectite crinem: ore meo Latona
iubet.' paretur, et omnes Thebaides iussis sua tempora
frondibus ornant turaque dant sanctis et verba precantia
flammis.

Hizo también que Asterie por un águila luchadora fuera
sostenida, hizo que de un cisne Leda se acostara bajo las alas.

Añadió cómo de un sátiro escondido en la imagen, a la bella 110
Nictaide Júpiter llenara de un gemelo parto,

Anfitrión fuera cuando a ti, Tirintia, te cautivó,

cómo áureo a Dánae, a la Esópide engañara siendo fuego, a
Mnemósine pastor, a la Deoide variegada serpiente.

A ti también, mutado, Neptuno, en torvo novillo, 115 en la virgen
eolia te puso; tú pareciendo Enipeo engendras a los Aloidas,
carnero a la Bisáltide engañas, y la flava de cabellos, de los
frutos la suavísima madre,

te sintió caballo, te sintió volador la de melena de culebras,
madre del caballo volador, te sintió delfín Melanto. 120

A todos estos la faz suya y la faz de sus lugares devolvió. Está
allí, agreste en su imagen Febo, y cómo ora de azor alas, ora
lomos de león

llevara, cómo de pastor a la Macareide Ise burlara, cómo Líber
a Erígone con falsa uva engañara, 125 cómo Saturno de caballo
al geminado Quirón creó.

La última parte de la tela, circundada por un tenue limbo, con
néxiles hiedras contiene flores entretejidas.

No en ésta Palas, no en esta obra la Envidia

podría cebarse: se dolió de su éxito la flava guerrera 130 y
rompió las pintadas -celestiales delitos- vestes,

y tal como el radio del citoriaco monte sostenía,

tres, cuatro veces la frente golpeó de la Idmonia Aracne.

No lo soportó la infeliz y con un lazo, ardida, se ligó

su garganta: a la que así colgaba, Palas compadecida la alivió
135 y así: «Vive pues, pero cuelga, aun así, malvada» dijo,

«y esta ley misma de tu castigo, para que no estés libre de
inquietud en el futuro,

declarada para tu descendencia y tus tardíos nietos sea».

Después de eso, cuando se marchaba, con jugos de la hierba de
Hécate

la asperjó: y al instante, por la triste droga tocados, 140

se derramaron sus pelos, con los cuales también su nariz y sus orejas, y se hace su cabeza mínima; en todo su cuerpo también pequeña es, en su costado sus descarnados dedos, en vez de piernas se adhieren, el resto el vientre lo ocupa, del cual, aun así, ella remite

una urdimbre y sus antiguas telas trabaja, la araña. 145

Níobe

La Lidia entera brama y de Frigia por las fortalezas la noticia del hecho va, y el gran orbe con esos discursos ocupa.

Antes Níobe de sus tálamos la había conocido a ella,

por el tiempo en que, de virgen, Meonia y el Sípilo habitaba;

y no, aun así, advertida quedó con el castigo de su paisana Aracne 150 de ceder ante los celestiales y de palabras menores usar.

Muchas cosas le daban arrestos; pero ni de su esposo las artes ni la familia de ambos y de su gran reino el poderío

así la placían -aunque ello todo le pluguiera-

como su progenie; y la más feliz de las madres 155

dicha hubiera sido Níobe, si no a sí misma se lo hubiera parecido. Pues la simiente de Tiresias, del porvenir présaga, Manto,

por mitad de las calles, excitada por una divina fuerza, había vaticinado: «Isménides, marchad incesantes y dad a Latona y a los dos hijos de Latona 160 con su plegaria inciensos píos, y con laurel enlazaos el pelo. Por la boca mía Latona lo ordena». Se obedece, y todas las tebaides con las ordenadas frondas sus sienas ornan e inciensos dan a los santos -y palabras suplicantes- fuegos.

Ecce venit comitum Niobe celeberrima turba 165 165 He aquí que viene rodeadísima Níobe de la multitud de sus acompañantes, 165

vestibus intexto Phrygiis spectabilis auro 166 por sus vestidos frigios de oro entretejido vistosa

et, quantum ira sinit, formosa; movensque decoro 167 y, cuanto su ira permite, hermosa; y, moviendo con su agraciada

cum capite inmissos umerum per utrumque capillos 168 cabeza sueltos por ambos hombros sus cabellos,

constitit, utque oculos circumtulit alta superbos, 169 se detuvo, y cuando sus ojos soberbios alrededor hubo llevado, alta:

'quis furor auditos' inquit 'praeponere visis 170 170 «¿Qué furor, unos oídos dioses», dijo, «anteponer 170

caelestes? aut cur colitur Latona per aras, 171 a los vistos, o
por qué se honra a Latona por las aras,

numen adhuc sine ture meum est? mihi Tantalus auctor, 172
cuando el numen todavía mío sin incienso está? Tántalo el
autor mío,

cui licuit soli superiorum tangere mensas; 173 único al que fue
permitido de los altísimos tocar las mesas;

Pleiadum soror est genetrix mea; maximus Atlas 174 de
las Pléyades hermana es la genetriz mía; el máximo Atlas

est avus, aetherium qui fert cervicibus axem; 175 175 es mi
abuelo, el que lleva sobre su cuello el etéreo eje; 175

Iuppiter alter avus; socero quoque glorior illo. 176 Júpiter mi
otro abuelo; como suegro también me glorío de él.

me gentes metuunt Phrygiae, me regia Cadmi 177 A mí los
pueblos me temen de Frigia; debajo de mí, su dueña,

sub domina est, fidibusque mei commissa mariti 178 el
real de Cadmo está, y reunidas por las liras de mi esposo,

moenia cum populis a meque viroque reguntur. 179 estas
murallas con sus pueblos por mí y mi marido son regidas.

in quamcumque domus adverti lumina partem, 180 180 A
cualquier parte de mi casa al volver mis ojos 180

imensae spectantur opes; accedit eodem 181 inmensas
riquezas vense; adviene a esto mismo,

digna dea facies; huc natas adice septem 182 digna de una
diosa, mi faz; aquí mis nacidas pon, siete,

et totidem iuvenes et mox generosque nurusque! 183 y
otros tantos jóvenes, y pronto yernos y nueras.

quaerite nunc, habeat quam nostra superbia causam, 184
Preguntad ahora qué causa tenga nuestra soberbia,

nescio quoque audete satam Titanida Coeo 185 185 a la
simiente de no sé qué Ceo atreveos, a la Titánide 185

Latnam praeferre mihi, cui maxima quondam 186 Latona, a
preferir a mí, a la cual la máxima tierra un día

exiguam sedem pariturae terra negavit! 187 una exigua
sede cuando iba a parir le negó.

nec caelo nec humo nec aquis dea vestra recepta est: 188
Ni en el cielo ni en el suelo ni en las aguas la diosa vuestra
recibida fue:

exsul erat mundi, donec miserata vagantem 189 una
desterrada era del cosmos hasta que compadecida de su
vagar:

"hospita tu terris erras, ego" dixit "in undis" 190 190 «Huésped
tú por las tierras vas errante: yo», dijo Delos, 190

instabilemque locum Delos dedit. illa duorum 191 «en las
ondas» y un inestable lugar le dio. Ella de dos

facta parens: uteri pars haec est septima nostri. 192 se hizo
madre: del útero nuestro la parte esta es la séptima.

sum felix (quis enim neget hoc?) felixque manebo 193 Soy
feliz -pues quién niegue esto- y feliz permaneceré

(hoc quoque quis dubitet?): tutam me copia fecit. 194 -esto
también quién lo dude-: segura a mí mi abundancia me hizo.

maior sum quam cui possit Fortuna nocere, 195 195 Mayor soy
que a quien pueda la Fortuna dañar, 195

multaque ut eripiat, multo mihi plura relinquet. 196 y mucho
aunque me arrebatara, que mucho a mí más me quedará.

excessere metum mea iam bona. fingite demi 197 Han
excedido al miedo ya mis bienes: fingid que quitarse

huic aliquid populo natorum posse meorum: 198 algo a
este pueblo de los nacidos míos pudiera:

non tamen ad numerum redigar spoliata duorum, 199 no,
aun así, al número de dos me reduciría expoliada,

Latoniae turbam, qua quantum distat ab orba? 200 ite—satis
pro re sacri—laurumque capillis ponite!' deponunt et sacra
infecta relinquunt, quodque licet, tacito venerantur murmure
numen.

Indignata dea est summoque in vertice Cynthi talibus est dictis
gemina cum prole locuta: 205 'en ego vestra parens, vobis
animosa creatis,

et nisi Iunoni nulli cessura dearum,

an dea sim, dubitor perque omnia saecula cultis arceor, o nati,
nisi vos succurritis, aris.

nec dolor hic solus; diro convicia facto 210 Tantalus adiecit
vosque est postponere natis ausa suis et me, quod in ipsam
reccidat, orbam dixit et exhibuit linguam scelerata paternam.'
adiectura preces erat his Latona relatis:

'desine!' Phoebus ait, 'poenae mora longa querella est!' 215 dixit
idem Phoebe, celerique per aera lapsu contigerant tecti
Cadmeida nubibus arcem.

Planus erat lateque patens prope moenia campus, adsiduis
pulsatus equis, ubi turba rotarum

duraque mollierat subiectas ungula glaebas. 220 pars ibi de
septem genitis Amphione fortes conscendunt in equos Tyrioque
rubentia suco

terga premunt auroque graves moderantur habenas.

223

de Latona la multitud, la cual, cuánto dista de una huérfana.
200 Dejad † de prisas estos sacrificios † y el laurel de los cabellos
quitaos». Se lo quitan y los sacrificios inconclusos abandonan, y,
lo que lícito es, con tácito murmullo veneran su numen.

Indignése la diosa y en el sumo vértice del Cinto con tales
palabras a su gemela prole habló: 205

«Heme yo, vuestra madre, de vosotros ardida, mis criaturas, y
que si no a Juno a ninguna cedería de las diosas,

si una diosa soy se duda y, a través de todos los siglos
adoradas,

se me aparta, oh mis nacidos, si vosotros no me socorréis, de
mis aras.

Y no el dolor este solo: a su siniestra acción insultos 210 la
Tantálide ha añadido y a vosotros posponer a los nacidos
suyos se ha atrevido y a mí -lo cual en ella recaiga- huérfana
me ha dicho y ha exhibido la lengua, maldita, paterna».

Añadido súplicas habría la Latona a estos relatos:

«Deja», Febo dice. «Del castigo dilación una larga queja es». 215
Dijo lo mismo Febe, y en rápida caída por el aire

alcanzaron, cubiertos por unas nubes, de Cadmo el recinto.

Plana había, y a lo ancho abriéndose cerca de las murallas, una
llanura, por asiduos caballos batida, donde una multitud de
ruedas

y dura pezuña había mullido los terrones a ellos sometidos. 220
Una parte allí de los siete engendrados de Anfión en fuertes
caballos montan y, rojecientes de tirio jugo,
sus lomos hunden y de oro pesadas moderan sus riendas.

e quibus Ismenus, qui matri sarcina quondam prima suae
fuerat, dum certum flectit in orbem 225 quadripedis cursus
spumantiaque ora coercet,

'ei mihi!' conclamat medioque in pectore fixa tela gerit frenisque
manu moriente remissis in latus a dextro paulatim defluit armo.

proximus audito sonitu per inane pharetrae 230 frena dabat
Sipylus, veluti cum praescius imbris nube fugit visa
pendentiaque undique rector carbasa deducit, ne qua levis
effluat aura:

frena tamen dantem non evitabile telum consequitur,
summaque tremens cervice sagitta 235 haesit, et exstabat
nudum de gutture ferrum; ille, ut erat, pronus per crura admissa
iubasque volvitur et calido tellurem sanguine foedat.

Phaedimus infelix et aviti nominis heres Tantalus, ut solito finem
inposuere labori, 240 transierant ad opus nitidae iuvenale
palaestrae; et iam contulerant arto luctantia nexu

pectora pectoribus, cum tento concita nervo, sicut erant iuncti,
traiecit utrumque sagitta. ingemuere simul, simul incurvata
dolore 245 membra solo posuere, simul suprema iacentes

lumina versarunt, animam simul exhalarunt. adspicit Alphenor
laniataque pectora plangens advolat, ut gelidos complexibus
adlevelt artus,

inque pio cadit officio; nam Delius illi 250

intima fatifero rupit praecordia ferro.

quod simul eductum est, pars et pulmonis in hamis eruta
cumque anima cruor est effusus in auras.

at non intonsum simplex Damasicthona vulnus adficit: ictus
erat, qua crus esse incipit et qua 255 mollia nervosus facit
internodia poples.

dumque manu temptat trahere exitiabile telum, altera per
iugulum pennis tenus acta sagitta est. expulit hanc sanguis
seque eiaculatus in altum emicat et longe terebrata prosilit
aura. 260

ultimus Ilioneus non profectura precando bracchia sustulerat
'di' que 'o communiter omnes,' dixerat ignarus non omnes esse
rogandos 'parcite!' motus erat, cum iam revocabile telum

non fuit, arcitenens; minimo tamen occidit ille 265 vulnere, non
alte percusso corde sagitta.

Fama mali populique dolor lacrimaeque suorum tam subitae
matrem certam fecere ruinae, mirantem potuisse
irascentemque, quod ausi

hoc essent superi, quod tantum iuris haberent; 270 nam pater
Amphion ferro per pectus adacto finierat moriens pariter cum
luce dolorem.

heu! quantum haec Niobe Niobe distabat ab illa, quae modo
Latois populum submoverat aris

et mediam tulerat gressus resupina per urbem 275 invidiosa
suis; at nunc miseranda vel hosti! corporibus gelidis incumbit et
ordine nullo

oscula dispensat natos suprema per omnes; a quibus ad caelum
liventia bracchia tollens

'pascere, crudelis, nostro, Latona, dolore, 280

pascere' ait 'satiague meo tua pectora luctu! [corque ferum
satia!' dixit. 'per funera septem]

282

De los cuales Ismeno, que para la madre suya el fardo un día
primero había sido, mientras dobla en un certero círculo 225 de
su cuadrípede el curso y su espumante boca somete:

«¡Ay de mí!», clama, y en mitad del pecho clavadas

unas flechas lleva y los frenos su mano moribunda soltando,
hacia el costado poco a poco él se derrama desde el diestro
ijar. Próximo a él, tras oír un sonido de aljaba a través del vacío,

230 los frenos soltaba Sípilo, igual que cuando barruntando
lluvias

al ver una nube huye, y dejándolas colgar por todas partes su
gobernador,

los linos arría para que ni una leve aura efluya:

los frenos, aun así, soltando, no evitable, una flecha

lo alcanza y en lo alto de su nuca temblorosa una saeta 235

se queda clavada y sobresalía desnudo de su garganta el
hierro;

él, como estaba, inclinado hacia adelante, por la cruz liberada y
crines se rueda, y con su cálida sangre la tierra mancha.

Fédimo, el infeliz, y del nombre de su abuelo el heredero,

Tántalo, una vez que fin pusieron al acostumbrado trabajo, 240
habían pasado a la obra juvenil de la nítida palestra.

Y ya habían confrontado, luchando en estrecho nudo, pecho
con pecho, cuando disparada por el tenso nervio como
estaban, unidos, atravesó a uno y otro una saeta.

Gimieron a la vez, a la vez encorvados por el dolor 245

sus miembros en el suelo pusieron, a la vez sus supremas luces
giraron, yacentes, su aliento a la vez exhalaron.

Los contempla Alfénor y su desgarrado pecho golpeando

a ellos vuela para con sus abrazos aliviar sus helados

miembros, y en el piadoso servicio cae; pues el Delio a él 250

lo íntimo de su torso rompió con un mortífero hierro.

El cual, una vez que sacado fue, parte fue del pulmón en sus arpones extraída y con su aliento su crúor se difundió a las auras.

Mas no al intonso Damasicton una simple herida

infligió: herido había sido por donde el muslo a serlo empieza, y por donde 255

su blanda articulación hace la nervosa corva,

y mientras con la mano intenta sacar la fúnebre flecha otra saeta a través de la garganta hasta las plumas le entró.

Expulsó a ésta la sangre, que proyectándose a lo alto

riela y, largamente por ella horadada el aura, saltando sube.

260 El último Ilioneo, rezando, unos brazos que no le habían

de aprovechar había elevado y: «Dioses oh, en común, todos», había dicho, sin él saber que no todos debían ser rogados,

«guardadme». Conmovido se había, cuando ya revocable la flecha

no era, el señor del arco; de una mínima herida aun así muere él, 265 no profundamente perforado su corazón por la saeta.

La noticia de ese mal y de su pueblo el dolor y las lágrimas de los suyos a la madre de tan súbita ruina cercioraron,

admirada de que hubieran podido, y enconada de que se hubieran a ello atrevido los altísimos, de que tan gran poder

tuvieran; 270 pues el padre, Anfión, su hierro a través del pecho empujando había puesto fin, muriendo, juntamente con la luz, a su dolor.

Ay, cuánto esta Níobe de la Níobe distaba aquella que ahora poco a su pueblo había apartado de las Latoas aras y por mitad de su ciudad había llevado sus pasos, alta la cabeza, 275

malquerida para los suyos, mas ahora digna de compasión incluso para su oponente.

Sobre sus cuerpos helados se postra y sin orden ninguno besos dispensa, los supremos, por sus nacidos todos, desde los cuales al cielo sus lívidos brazos levantando:

«Cébate, cruel, de nuestro dolor, Latona, 280 cébate», dice, «y sacia tu pecho de mi luto

y tu corazón fiero sacia», dijo. «Mediante funerales siete

efferor: exsulta victrixque inimica triumphat!

cur autem victrix? miserae mihi plura supersunt, quam tibi felici; post tot quoque funera vinco! 285

Dixerat, et sonuit contento nervus ab arcu; qui praeter Nioben unam conterruit omnes: illa malo est audax. stabant cum vestibus atris ante toros fratrum demisso crine sorores;

e quibus una trahens haerentia viscere tela 290 inposito fratri
moribunda relanguit ore;

altera solari miseram conata parentem conticuit subito
duplicataque vulnere caeco est.

[oraeque compressit, nisi postquam spiritus ibat] haec frustra
fugiens collabatur, illa sorori 295 inmoritur; latet haec, illam
trepidare videres. sexque datis leto diversaque vulnera passis
ultima restabat; quam toto corpore mater,

tota veste tegens 'unam minimamque relinque!

de multis minimam posco' clamavit 'et unam.' 300 dumque
rogat, pro qua rogat, occidit: orba resedit exanimes inter natos
natasque virumque deriguitque malis; nullos movet aura
capillos,

in vultu color est sine sanguine, lumina maestis stant inmota
genis, nihil est in imagine vivum. 305 ipsa quoque interius cum
duro lingua palato congelat, et venae desistunt posse moveri;

nec flecti cervix nec bracchia reddere motus

nec pes ire potest; intra quoque viscera saxum est. flet tamen et
validi circumdata turbine venti 310 in patriam rapta est: ibi fixa
cacumine montis liquitur, et lacrimas etiam nunc marmora
manant.

Tum vero cuncti manifestam numinis iram femina virque timent
cultuque inpensius omnes magna gemelliparae venerantur
numina divae; 315 utque fit, a facto propiore priora renarrant.
e quibus unus ait: 'Lyciae quoque fertilis agris non inpune deam
veteres sprevere coloni.

res obscura quidem est ignobilitate virorum, mira tamen: vidi
praesens stagnumque locumque 320 prodigio notum. nam me
iam grandior aevo inpatiensque viae genitor deducere lectos
iusserat inde boves gentisque illius eunti

ipse ducem dederat, cum quo dum pascua lustris, ecce lacu
medio sacrorum nigra favilla 325 ara vetus stabat tremulis
circumdata cannis. restitit et pavido "faveas mihi!" murmure
dixit dux meus, et simili "faveas!" ego murmure dixi. Naiadum
Faunine foret tamen ara rogabam indigenaene, dei, cum talia
rettulit hospes: 330 "non hac, o iuvenis, montanum numen in ara
est; illa suam vocat hanc, cui quondam regia coniunx orbem
interdixit, quam vix erratica Delos orantem accepit tum, cum
levis insula nabat;

illic incumbens cum Palladis arbore palmae 335 edidit invita
geminos Latona noverca.

hinc quoque Iunonem fugisse puerpera fertur inque suo
portasse sinu, duo numina, natos. iamque Chimaeriferae, cum
sol gravis ureret arva,

a mí me llevan: exulta, y, vencedora enemiga, triunfa.

¿Pero por qué vencedora? A mí desgraciada más me quedan que a ti feliz; después de tantos funerales también venzo». 285

Había dicho, y sonó desde su tensado arco un nervio, el cual, excepto a Níobe sola, aterró a todos.

Ella en su mal es audaz. Apostadas estaban con sus ropas negras ante los lechos de sus hermanos, suelto el pelo, sus hermanas,

de las cuales una, sacándose unas flechas clavadas en su vientre, 290 impuesto sobre su hermano, moribunda, el rostro, languidece;

la segunda, consolar a su desgraciada madre intentando calló súbitamente y doblugada por una herida ciega quedó [y su boca no cerró sino después que su espíritu se fuera].

Ésta en vano huyendo se desploma, aquélla sobre su hermana 295 muere; se esconde ésta, aquélla temblar habrías visto.

Y seis dadas ya a la muerte y diversas heridas padeciendo la última restaba; a la cual con todo su cuerpo su madre,

con todo su vestido cubriendo: «Ésta sola y la más pequeña deja; de muchas la más pequeña te pido», clamaba, «y ella sola», 300 y mientras suplicaba la que rogaba muere. Huérfana se sentó, entre sus exánimes nacidos y nacidas y marido,

y rigente quedó por sus males; cabellos mueve la brisa
ningunos, en su rostro el color es sin sangre, sus luces en sus
afligidas mejillas están inmóviles, nada hay en su imagen vivo.

305

Su propia lengua también interiormente con su duro paladar
unida se congela y las venas desisten de poder moverse;
ni doblarse su cuello, ni sus brazos hacer movimientos,
ni su pie andar puede; por dentro también de sus entrañas roca
es. Lloro aun así y circundada por un torbellino de vigoroso
viento 310 hasta su patria es arrebatada; allí, fija a la cima de
un monte
se licuece y lágrimas todavía ahora sus mármoles manan.

Los paisanos licios

Entonces verdaderamente todos la manifiesta ira de su numen,
mujer y hombre, temen, y con el culto más afanosamente todos
los grandes númenes veneran de la divina madre de los
gemelos; 315

y, como se suele, según el hecho más reciente los anteriores se
vuelven a narrar. De los cuales uno dice: «De la Licia fértil
también por los campos no impunemente a la diosa los viejos
colonos despreciaron.

Cosa oscura ciertamente es por la falta de nobleza de sus
hombres, admirable, aun así. Vi en persona el pantano y su
lugar, 320

por el prodigio conocido; pues ya mayor de edad

e incapaz de soportar el viaje, a mí mi genitor traer unos
escogidos bueyes me había encargado de allí, y del pueblo
aquel al irme

él mismo un guía me había dado, con el cual, mientras esos
pastos lustro, he aquí que del lago en medio, negro del rescoldo
de sus sacrificios 325 un ara vieja se alzaba, de trémulas cañas
rodeada.

Se detuvo y con pávido murmullo: «Propicio a mí seas», dijo
el guía mío, y con semejante murmullo: «Propicio a mí», yo dije.
Si de las Náyades o de Fauno fuera, aun así, el ara, le
preguntaba,

o si de un indígena dios, cuando tal cosa me refirió mi huésped:
330

«No en este ara, oh joven, un montano numen hay; aquélla cuya
la llama a quien un día la regia esposa el orbe le vetó, a quien
apenas la errática Delos, suplicante, la acogió cuando, leve isla,
nadaba;

allí recostándose, junto con el árbol de Palas, en una palmera,
335 dio a luz a sus gemelos -contra la voluntad de la madrastra-
Latona.

De allí también que huyó de Juno la recién parida se refiere y
que en su seno llevó, dos númenes, a sus nacidos.

Y ya cuando un sol grave quemaba los campos en los confines

finibus in Lyciae longo dea fessa labore 340

sidereo siccata sitim collegit ab aestu, uberaque ebiberant avidi
lactantia nati.

forte lacum mediocris aquae prospexit in imis vallibus; agrestes
illic fruticosa legebant

vimina cum iuncis gratamque paludibus ulvam; 345

accessit positoque genu Titania terram pressit, ut hauriret
gelidos potura liquores. rustica turba vetat; dea sic adfata
vetantis:

'quid prohibetis aquis? usus communis aquarum est. nec solem
proprium natura nec aera fecit 350

nec tenues undas: ad publica munera veni;

quae tamen ut detis, supplex peto. non ego nostros abluere hic
artus lassataque membra parabam,

sed relevare sitim. caret os umore loquentis,

et fauces arent, vixque est via vocis in illis. 355 haustus aquae
mihi nectar erit, vitamque fatebor accepisse simul: vitam
dederitis in unda.

hi quoque vos moveant, qui nostro bracchia tendunt parva sinu,
et casu tendebant bracchia nati.

quem non blanda deae potuissent verba movere? 360 hi tamen
orantem perstant prohibere minasque, ni procul abscedat,
conviciaque insuper addunt. nec satis est, ipsos etiam
pedibusque manuque turbavere lacus imoque e gurgite mollem
huc illuc limum saltu movere maligno.365 distulit ira sitim; neque
enim iam filia Coei supplicat indignis nec dicere sustinet ultra
verba minora dea tollensque ad sidera palmas 'aeternum
stagno' dixit 'vivatis in isto!' eveniunt optata deae: iuvat esse
sub undis 370 et modo tota cava submergere membra palude,
nunc proferre caput, summo modo gurgite nare, saepe super
ripam stagni consistere, saepe
in gelidos resilire lacus, sed nunc quoque turpes litibus exercent
linguas pulsoque pudore, 375
quamvis sint sub aqua, sub aqua maledicere temptant. vox
quoque iam rauca est, inflataque colla tumescunt, ipsaque
dilatant patulos convicia rictus;
terga caput tangunt, colla intercepta videntur,
spina viret, venter, pars maxima corporis, albet, 380
limosoque novae saliunt in gurgite ranae."

Sic ubi nescio quis Lycia de gente virorum rettulit exitium, satyri
reminiscitur alter, quem Tritoniaca Latous harundine victum

adfecit poena. 'quid me mihi detrahis?' inquit; 385

'a! piget, a! non est' clamabat 'tibia tanti.' clamanti cutis est
summos direpta per artus,

nec quicquam nisi vulnus erat; cruor undique manat, detectique
patent nervi, trepidaeque sine ulla

pelle micant venae; salientia viscera possis³⁹⁰

et perlucentes numerare in pectore fibras. illum ruricolae,
silvarum numina, fauni

et satyri fratres et tunc quoque carus Olympus et nymphae
flerunt, et quisquis montibus illis

lanigerosque greges armentaque bucera pavit. 395 fertilis
inmaduit madefactaque terra caducas

de Licia, la autora de la Quimera, la diosa, de su larga fatiga
cansada 340

y desecada del calor estelar, sed contrajo,

y sus pechos lactantes los habían agotado ávidos sus hijos.

Por azar en un lago de mediana agua reparó, en unos
profundos valles; unos paisanos allí leñosos mimbres

recogían, y con ellos juncos y, grata a los pantanos, ova. 345 Se acercó, y bajando la rodilla la Titania en la tierra

la apoyó para sacar helados licores que bebiera.

La rústica multitud lo impide; la diosa así se dirigió a los que la impedían:

«¿Por qué prohibís las aguas? Un uso compartido el de las aguas es y ni el sol privado la naturaleza, ni el aire hizo, 350

ni las tenues ondas: a públicos beneficios he venido;

los cuales, aun así, que me deis, suplicante os pido. No yo nuestros cuerpos a lavar aquí y cansados miembros me disponía,

sino a aliviar la sed. Carece la boca de quien os habla de humedad

y la garganta seca tengo y apenas hay camino de la voz en ellas. 355 Un sorbo de agua para mí néctar será y la vida confesaré

que he recibido a la vez: la vida me daríais en el agua.

Éstos también os conmuevan, los que en nuestro seno sus brazos pequeños tienden», y por acaso tendían los brazos sus nacidos.

¿A quién no las tiernas palabras de la diosa hubieran podido conmover? 360

Ellos, aun así, a quien rogaba persisten en prohibirlas, y amenazas, si no lejos se retira, e insultos encima añaden.

Y no bastante es; los propios incluso lagos con pies

y mano enturbiaron y desde el profundo abismo el blando limo aquí y allá con saltos malignos removieron. 365 Difirió la ira la sed, y no, pues, ya, la hija de Ceo

suplica a unos indignos, ni decir sostiene por más tiempo palabras menores la diosa, y levantando a las estrellas sus palmas:

«Eternamente en el pantano», dijo, «este viváis».

Sucedan los deseos de la diosa: gustan de estar bajo las ondas 370 y ora todo su cuerpo sumergir en la cóncava laguna, ahora sacar la cabeza, ora por lo alto del abismo nadar, a menudo sobre la ribera del pantano sentarse, a menudo a los helados lagos volver a brincar; pero ahora también sus torpes lenguas en disputas ejercitan y haciendo a un lado el pudor, 375 aunque estén bajo agua, bajo agua maldecir intentan.

Su voz también ya ronca es y sus inflados cuellos hinchan y sus propios voceríos les dilatan las anchas comisuras.

Sus espaldas la cabeza tocan, los cuellos sustraídos parecen, su espinazo verdea, su vientre, la parte más grande del cuerpo, blanquea, 380

y en el limoso abismo saltan, nuevas, las ranas».

Marsias

Así, cuando no sé quién hubo referido de los hombres del pueblo licio la destrucción, del sátiro se acuerda el otro, al cual el Latoos, con su Tritoniaca caña venciéndole,

le deparó un castigo. «¿Por qué a mí de mí me arrancas?», dice;
385

«ay, me pesa, ay, no vale», clamaba, «la tibia tanto».

Al que clamaba la piel le fue arrancada de lo sumo de sus miembros, y nada sino herida él era; crúor de todas partes mana,

y destapados se ven sus nervios y trémulas sin ninguna piel rielan sus venas; sus palpitantes vísceras podrías 390 enumerar, y diáfanas en su pecho las fibras.

A él los campestres faunos, de las espesuras númenes, y sus sátiros hermanos, y su entonces también querido Olimpo, y las ninfas le lloraron, y quien quiera que en los montes aquellos lanados rebaños y ganados astados apacentaba. 395

Fértil se humedeció, y humedecida la tierra caducas

concepit lacrimas ac venis perbibit imis; quas ubi fecit aquam,
vacuas emisit in auras. inde petens rapidus ripis declivibus
aequor

Marsya nomen habet, Phrygiae liquidissimus amnis. 400

Talibus extemplo redit ad praesentia dictis vulgus et exstinctum
cum stirpe Amphiona luget; mater in invidia est: hanc tunc
quoque dicitur unus flesse Pelops umeroque, suas a pectore
postquam deduxit vestes, ebur ostendisse sinistro. 405

concolor hic umerus nascendi tempore dextro corporeusque
fuit; manibus mox caesa paternis membra ferunt iunxisse deos,
aliisque repertis, qui locus est iuguli medius summique lacerti,
defuit: inpositum est non conparentis in usum 410

partis ebur, factoque Pelops fuit integer illo.

Finitimi proceres coeunt, urbesque propinquae oravere suos ire
ad solacia reges,

Argosque et Sparte Pelopeiadesque Mycenae et nondum torvae
Calydon invisae Dianae 415 Orchomenosque ferax et nobilis aere
Corinthus

Messeneque ferox Patraeque humilesque Cleonae et Nelea
Pylos neque adhuc Pittheia Troezen, quaeque urbes aliae bimari
clauduntur ab Isthmo

exteriusque sitae bimari spectantur ab Isthmo; 420

credere quis posset? solae cessastis Athenae. obstitit officio
bellum, subvectaque ponto barbara Mopsopios terrebant
agmina muros.

Threicius Tereus haec auxiliaribus armis fuderat et clarum
vincendo nomen habebat; 425

quem sibi Pandion opibusque virisque potentem et genus a
magno ducentem forte Gradivo conubio Procnes iunxit; non
pronuba Iuno,

non Hymenaeus adest, non illi Gratia lecto: Eumenides tenuere
faces de funere raptas, 430

Eumenides stravere torum, tectoque profanus incubuit bubo
thalamique in culmine sedit. hac ave coniuncti Procne
Tereusque, parentes hac ave sunt facti; gratata est scilicet illis
Thracia, disque ipsi grates egere; diemque, 435 quaque data est
claro Pandione nata tyranno quaque erat ortus Itys, festum
iussere vocari: usque adeo latet utilitas. Iam tempora Titan
quinque per autumnos repetiti duxerat anni, cum blandita viro
Procne 'si gratia' dixit 440 'ulla mea est, vel me visendae mitte
sorori,

vel soror huc veniat: redituram tempore parvo promittes socero;
magni mihi muneris instar germanam vidisse dabis.' iubet ille
carinas

in freta deduci veloque et remige portus 445

Cecropios intrat Piraeaque litora tangit.

ut primum soceri data copia, dextera dextrae iungitur, et fausto
committitur omine sermo. coeperat, adventus causam,
mandata referre coniugis et celeres missae spondere recursus:

450

lágrimas concibió, y con sus venas más profundas las embebió;
las cuales, cuando las hizo agua, a las vacías auras las emitió.

Desde entonces el que busca rápido por sus riberas inclinadas
la superficie

por Marsias su nombre tiene, de Frigia el más límpido caudal.

400

Pélope

Con tales relatos al instante vuelve a lo presente

la gente y al extinguido Anfión, con su estirpe, hace duelo.

La madre en inquina cae: a ella entonces también se dice que
una persona

le lloró, Pélope, y en su hombro, después que las ropas se quitó
del pecho, el marfil mostró, en el siniestro. 405

De concorde color este hombro en el momento de su
nacimiento que el diestro,

y corpóreo, había sido; por las manos paternas luego cortados sus miembros, cuentan que los unieron los dioses, y aunque los otros encontraron, el lugar que está intermedio entre la garganta y la parte superior del brazo faltaba: impuesto le fue en uso de la parte 410

que no comparecía ese marfil, y por el hecho ese Pélope quedó entero.

Tereo, Progne y Filomela

Los vecinos aristócratas se reúnen y las ciudades próximas rogaron a sus reyes que fueran a los consuelos,

y Argos y Esparta y la Pelópide Micenas

y todavía no para la torva Diana Calidón odiosa 415 y

Orcómenos la feraz y noble por su bronce Corinto y Mesene la feroz y Patras y la humilde Cleonas,

y la Nelea Pilos y todavía no piteia Trecén

y las ciudades otras que por el Istmo están encerradas, el de dos mares, y las que fuera situadas por el Istmo son contempladas, el de dos mares. 420 Creerlo quién podría, sola tú no cumpliste, Atenas.

Se opuso a ese deber la guerra, y transportadas por el ponto bárbaras columnas aterraban los mopsopios muros.

El tracio Tereo a ellas con sus auxiliares armas

las había dispersado y un claro nombre por vencer tenía; 425 al cual consigo Pandión, en riquezas y hombres poderoso,

y que su linaje traía desde acaso el gran Gradivo, con la boda de su Progne, unió. No la prónuba Juno, no Himeneo asiste, no la Gracia a aquel lecho.

Las Euménides sostuvieron esas antorchas, de un funeral robadas, 430 las Euménides tendieron el diván y sobre su techo se recostó,

profano, un búho, y del tálamo en el culmen se sentó.

Con esta ave uniéronse Progne y Tereo, padres

con esa ave hechos fueron; les agradeció, claro está, a ellos

la Tracia, y a los dioses mismos ellos las gracias dieron, y a ese día 435

en el que dada fue de Pandión la nacida al preclaro tirano,

y en el que había nacido Itis, festivo ordenaron que se dijera.

-hasta tal punto se oculta el provecho-. Ya los tiempos del repetido año el Titán a través de cinco otoños había conducido,

cuando, enterneciendo a su marido Progne: «Si estima», dijo,

440

«alguna la mía es, o a mí a ver envíame a mi hermana

o que mi hermana aquí venga. Que ha de volver en tiempo pequeño prometerás a tu suegro. De un gran regalo a mí, en la traza,

a mi germana el haber visto me darás». Ordena él las quillas a los estrechos bajar y a vela y remo en los puertos 445 cecropios entra y del Pireo los litorales toca.

En cuanto de su suegro estuvo en presencia, la derecha a la diestra se une, y con ese fausto presagio se acomete la conversación.

Había empezado, de su llegada el motivo, los encargos a referir de su esposa, y rápidos retornos de la enviada a prometer: 450

ecce venit magno dives Philomela paratu, divitior forma; quales audire solemus naidas et dryadas mediis incedere silvis,

si modo des illis cultus similesque paratus.

non secus exarsit conspecta virgine Tereus, 455 quam si quis canis ignem supponat aristis

aut frondem positasque cremet faenilibus herbas. digna quidem facies; sed et hunc innata libido exstimulat, pronumque genus regionibus illis

in Venerem est: flagrat vitio gentisque suoque. 460 impetus est illi comitum corrumpere curam nutricisque fidem nec non ingentibus ipsam sollicitare datis totumque inpendere regnum aut rapere et saevo raptam defendere bello;

et nihil est, quod non effreno captus amore 465 ausit, nec capiunt inclusas pectora flammis. iamque moras male fert

cupidoque revertitur ore ad mandata Procnes et agit sua vota
sub illa. facundum faciebat amor, quotiensque rogabat ulterius
iusto, Procnen ita velle ferebat. 470

addidit et lacrimas, tamquam mandasset et illas. pro superi,
quantum mortalia pectora caecae noctis habent! ipso sceleris
molimine Tereus creditur esse pius laudemque a crimine sumit.

quid, quod idem Philomela cupit, patriosque lacertis 475

blanda tenens umeros, ut eat visura sororem, perque suam
contraque suam petit ipsa salutem. spectat eam Tereus
praecontractatque videndo osculaque et collo circumdata
bracchia cernens

omnia pro stimulis facibusque ciboque furoris 480

accipit, et quotiens amplectitur illa parentem,

esse parens vellet: neque enim minus inpius esset. vincitur
ambarum genitor prece: gaudet agitque illa patri grates et
successisse duabus

id putat infelix, quod erit lugubre duabus. 485 Iam labor
exiguus Phoebo restabat, equique

pulsabant pedibus spatium declivis Olympi: regales epulae
mensis et Bacchus in auro

ponitur; hinc placido dant turgida corpora somno. at rex
Odrysius, quamvis secessit, in illa 490 aestuat et repetens
faciem motusque manusque qualia vult fingit quae nondum
vidit et ignes

ipse suos nutrit cura removente soporem. lux erat, et generi
dextram complexus euntis

Pandion comitem lacrimis commendat obortis: 495 'hanc ego,
care gener, quoniam pia causa coegit,

et voluere ambae (voluisti tu quoque, Tereu)

do tibi perque fidem cognataque pectora supplex, per superos
oro, patrio ut tuearis amore

et mihi sollicitae lenimen dulce senectae 500 quam primum
(omnis erit nobis mora longa) remittas; tu quoque quam
primum (satis est procul esse sororem), si pietas ulla est, ad me,
Philomela, redito!' mandabat pariterque suae dabat oscula
natae,

et lacrimae mites inter mandata cadebant; 505

utque fide pignus dextras utriusque poposcit inter seque datas
iunxit natamque nepotemque absentes pro se memori rogat ore
salutent; supremumque vale pleno singultibus ore

he aquí que llega, en gran aparato rica, Filomela, más rica en
hermosura, cuales oír solemos

que las náyades y las dríades por mitad avanzan de las
espesuras si sólo les des a ellas adornos y semejantes aparatos.

No de otro modo se abrasó, contemplada la virgen, Tereo, 455
que si uno bajo las canas espigas fuego ponga,
o si frondas, y puestas en los heniles, crema hierbas.

Digna ciertamente su hermosura, pero también a él su innata
lujuria lo estimula, e inclinada la raza de las regiones aquellas
a Venus es; flagra por el vicio de su raza y el suyo propio. 460 El
impulso es de él el celo de su cortejo corromper
y de su nodriza la fidelidad, y no poco con ingentes a ella
misma dádivas inquietarla y todo su reino dilapidar,
o raptarla y con salvaje guerra raptada defenderla,
y nada hay que, cautivado por ese desenfrenado amor, 465 no
osara, y no abarca las llamas su pecho en él encerradas.

Y ya las demoras mal lleva y con deseosa boca se vuelve a los
encargos de Progne y hace sus votos bajo ella.

Elocuente lo hacía el amor, y cuantas veces rogaba
más allá de lo justo, que Progne así lo quería decía. 470

Añadió también lágrimas, como si las hubiese encargado
también a ellas.

Ay, altísimos, cuánto los mortales pechos de ciega
noche tienen. Por la propia instrucción de la maldad a Tereo
piadoso se le cree y gloria de su crimen obtiene.

Y qué decir de que lo mismo Filomela ansía, y que de su padre
los hombros 475 con sus brazos, tierna, sosteniendo, que pueda

ir a ver a su hermana, y que por la suya, y contra su salud, pide ella.

La contempla a ella Tereo y de antemano la toca al mirarla y su boca y su cuello y sus circundados brazos divisando, todo por estímulos y antorchas y cebo de su furor 480 toma, y cuantas veces se abraza ella a su padre

ser su padre quisiera, pues no menos impío sería.

Vence al genitor la súplica de ambas: se goza y le da

ella al padre las gracias, y que ha salido bien para las dos esto cree la infeliz, que será lúgubre para las dos. 485

Ya labor exigua a Febo restaba, y sus caballos pulsaban con sus pies el espacio del declinante Olimpo.

Regios manjares en las mesas y Baco en oro

se pone; después al plácido sueño se dan sus cuerpos.

Mas el rey odrisio, aunque se retiró, en ella 490 arde, y recordando su faz y movimientos y manos

cuales las quiere imagina las cosas que todavía no ha visto y los fuegos suyos él mismo nutre, mientras esa inquietud le aleja el sopor.

La luz llega, y de su yerno la diestra estrechando que marchaba, Pandión a su compañera con lágrimas le encomienda brotadas: 495

«A ella yo, querido yerno, porque una piadosa causa me obliga
y lo quisieron ambas, lo quisiste tú también, Tereo,

te doy a ti, y por tu lealtad y tu pecho a mí emparentado
suplicante, y por los altísimos, te ruego que con amor de padre
la guardes,

y que a mí, angustiado, este alivio dulce de mi vejez 500

cuanto antes -cualquiera será para mí una demora larga-, me
devuelvas. Tú también cuanto antes -bastante es que lejos esté
tu hermana-,

si piedad alguna tienes, a mí, Filomela, vuelve». Le encargaba, y
al par daba besos a la nacida suya y lágrimas suaves entre los
encargos caían; 505

y de fe como prenda las diestras de cada uno demandó y entre
sí dadas las unió, y que a su nacida y nieto ausentes por él con
memorativa boca saluden, pide;

y el supremo adiós, llena de sollozos la boca,

vix dixit timuitque suae praesagia mentis. 510

Ut semel inposita est pictae Philomela carinae, admotumque
fretum remis tellusque repulsa est, 'vicimus!' exclamat, 'mecum
mea vota feruntur!' exsultatque et vix animo sua gaudia differt
barbarus et nusquam lumen detorquet ab illa, 515

non aliter quam cum pedibus praedator obuncis deposuit nido
leporem Iovis ales in alto;

nulla fuga est capto, spectat sua praemia raptor.

Iamque iter effectum, iamque in sua litora fessis puppibus
exierant, cum rex Pandione natam 520

in stabula alta trahit, silvis obscura vetustis,

atque ibi pallentem trepidamque et cuncta timentem et iam
cum lacrimis, ubi sit germana, rogantem includit fassusque
nefas et virginem et unam

vi superat frustra clamato saepe parente, 525

saepe sorore sua, magnis super omnia divis. illa tremit velut
agna pavens, quae saucia cani ore excussa lupi nondum sibi
tuta videtur, utque columba suo madefactis sanguine plumis
horret adhuc avidosque timet, quibus haeserat, ungues. 530
mox ubi mens rediit, passos laniata capillos, lugenti similis
caesis plangore lacertis

intendens palmas 'o diris barbare factis, o crudelis' ait, 'nec te
mandata parentis

cum lacrimis movere piis nec cura sororis 535

nec mea virginitas nec coniugialia iura? omnia turbasti; paelex
ego facta sororis,

tu geminus coniunx, hostis mihi debita Procne! quin animam
hanc, ne quod facinus tibi, perfide, restet, eripis? atque utinam

fecisses ante nefandos 540 concubitus: vacuas habuissem
criminis umbras. si tamen haec superi cernunt, si numina divum
sunt aliquid, si non perierunt omnia mecum, quandocumque
mihi poenas dabis! ipsa pudore proiecto tua facta loquar: si
copia detur, 545

in populos veniam; si silvis clausa tenebor, inplebo silvas et
conscia saxa movebo; audiet haec aether et si deus ullus in illo
est!

Talibus ira feri postquam commota tyranni

nec minor hac metus est, causa stimulatus utraque, 550 quo fuit
accinctus, vagina liberat ensem arreptamque coma fixis post
terga lacertis

vincla pati cogit; iugulum Philomela parabat spemque suae
mortis viso conceperat ense:

ille indignantem et nomen patris usque vocantem 555

luctantemque loqui comprehensam forcipe linguam abstulit ense
fero. radix micat ultima linguae, ipsa iacet terraeque tremens
inmurmurat atrae, utque salire solet mutilatae cauda colubrae,
palpitat et moriens dominae vestigia quaerit. 560 hoc quoque
post facinus (vix ausim credere) fertur saepe sua lacerum
repetisse libidine corpus.

Sustinet ad Procnem post talia facta reverti; coniuge quae viso
germanam quaerit, at ille

dat gemitus fictos commentaque funera narrat, 565 et lacrimae
fecere fidem. velamina Procne

deripit ex umeris auro fulgentia lato induiturque atras vestes et
inane sepulcrum

apenas dijo, y temió los presagios de su mente. 510

Una vez que impuesta fue Filomela sobre la pintada quilla y
removido el estrecho a remos, y la tierra despedida fue:

«Hemos vencido», clama, «conmigo mis votos vienen», y exulta
y apenas en su ánimo sus gozos difiere

el bárbaro, y a ningún lugar la vista separa de ella, 515

no de otro modo que cuando con sus pies corvos, predador,
depositó en su nido alto una liebre, de Júpiter el ave:

ninguna huida hay para el cautivo; contempla su premio el
raptor.

Y ya el camino concluido, y ya a sus litorales de las fatigadas
popas habían salido, cuando el rey, de Pandión a la nacida 520

a unos establos altos arrastra, oscuros de sus espesuras
vetustas, y allí, palideciente y temblorosa y todo temiendo

y ya con lágrimas dónde esté su germana preguntando,

la encerró y confesando la abominación, y virgen ella y una
sola,

por la fuerza la somete, en vano llamando unas veces a su padre, 525 otras a la hermana suya, a los grandes divinos sobre todas las cosas.

Ella tiembla, como una cordera asustada que, herida, de la boca de un cano lobo se ha sacudido, y todavía a sí misma a salvo no se cree, o como una paloma, humedecidas de su propia sangre sus plumas,

se horroriza todavía y tiene miedo de esas ávidas uñas con las que la cogieron. 530

Luego, cuando en sí volvió, desgarrando sus sueltos cabellos, a la que una muerte plañe semejante, heridos a su golpe sus brazos, tendiéndole las palmas: «Oh por tus siniestros hechos bárbaro,

oh cruel», dijo, «ni a ti los encargos de un padre

con sus lágrimas piadosas te han conmovido, ni tu cuidado de mi hermana, 535

ni mi virginidad, ni las matrimoniales leyes.

Todo lo has turbado: rival yo hecha he sido de mi hermana, tú, doble esposo. Como enemigo yo hubiera debido tal castigo.

¿Por qué no el aliento este, para que ninguna fechoría a ti, perjuro, te reste, me arrebatas? Y ojalá lo hubieras hecho antes de estos execrables 540 concúbitos. Vacías hubiese tenido de crimen yo mis sombras.

Si, aun así, esto los altísimos contemplan, si los númenes de los divinos

son algo, si no se perdieron todas las cosas conmigo, alguna vez tus castigos me pagarás. Yo misma el pudor rechazando tus hechos diré, si ocasión tengo 545

de llegar a gentes; si en estas espesuras encerrada me quedo llenaré estas espesuras y a estas piedras, testigos, conmoveré. Oirá esto el éter y si dios alguno en él hay».

Con tales cosas después que la ira del fiero tirano conmovida, y, no menor que ella, su miedo fue, por ambos motivos acuciado, 550 de la que estaba ceñido, de su vaina libera la espada,

y arrebatándola por el pelo y doblados tras su espalda los brazos, a padecer cadenas la obligó; su garganta Filomela aprestaba,

y esperanza de su muerte al ver la espada había concebido.

Él, ésa que estaba indignada y por su nombre al padre sin cesar llamaba 555

y luchaba por hablar, cogiéndosela con una tenazas, su lengua, se la arrancó con su espada fiera. La raíz riela última de su lengua. Ésta en sí, yace, y a la tierra negra, temblando, murmura,

y, como saltar suele la cola de una mutilada culebra, palpita, y muriendo de su dueña las plantas busca. 560

Después también de esta fechoría -apenas me atrevería a creerlo- se cuenta

que a menudo por su lujuria volvió a buscar el lacerado cuerpo.

Es capaz, después de tales hechos, de volver a Progne, la cual al ver al esposo por su germana pregunta, mas él

da unos gemidos fingidos y unos inventados funerales narra 565 y sus lágrimas hicieron el crédito. Sus vestimentas Progne destrozó desde sus hombros, de oro ancho fulgentes,

y se cubre de negros vestidos y un inane sepulcro

constituit falsisque piacula manibus infert

et luget non sic lugendae fata sororis. 570

Signa deus bis sex acto lustraverat anno; quid faciat Philomela?

fugam custodia claudit, structa rigent solido stabulorum moenia saxo, os mutum facti caret indice. grande doloris

ingenium est, miserisque venit sollertia rebus: 575

stamina barbarica suspendit callida tela purpureasque notas filis intexuit albis, indicium sceleris; perfectaue tradidit uni, utque ferat dominae, gestu rogat; illa rogata

pertulit ad Procnen nec scit, quid tradat in illis. 580 evolvit vestes saevi matrona tyranni

germanaeque suae fatum miserabile legit

et (mirum potuisse) silet: dolor ora repressit, verbaque
quaerenti satis indignantia linguae defuerunt, nec flere vacat,
sed fasque nefasque 585 confusura ruit poenaeque in imagine
tota est.

Tempus erat, quo sacra solent trieterica Bacchi Sithoniae
celebrare nurus: (nox conscia sacris, nocte sonat Rhodope
tinnitibus aeris acuti)

nocte sua est egressa domo regina deique 590 ritibus instruitur
furialiaque accipit arma;

vite caput tegitur, lateri cervina sinistro vellera dependent,
umero levis incubat hasta. concita per silvas turba comitante
suarum

terribilis Procne furiisque agitata doloris, 595

Bacche, tuas simulat: venit ad stabula avia tandem exululatque
euhoeque sonat portasque refringit germanamque rapit
raptaeque insignia Bacchi induit et vultus hederarum frondibus
abdit attonitamque trahens intra sua moenia ducit. 600

Ut sensit tetigisse domum Philomela nefandam, horruit infelix
totoque expalluit ore;

nacta locum Procne sacrorum pignora demit oraque develat
miseræ pudibunda sororis amplexumque petit; sed non
attollere contra 605

sustinet haec oculos paelex sibi visa sororis deiectoque in
humum vultu iurare volenti testarique deos, per vim sibi
dedecus illud inlatum, pro voce manus fuit. ardet et iram
non capit ipsa suam Procne fletumque sororis 610

corripiens 'non est lacrimis hoc' inquit 'agendum, sed ferro, sed
si quid habes, quod vincere ferrum possit. in omne nefas ego
me, germana, paravi: aut ego, cum facibus regalia tecta
cremabo, artificem mediis inmittam Terea flammis, 615

aut linguam atque oculos et quae tibi membra pudorem
abstulerunt ferro rapiam, aut per vulnera mille sontem animam
expellam! magnum quodcumque paravi; quid sit, adhuc dubito.'

Peragit dum talia Procne, ad matrem veniebat Itys; quid
possit, ab illo 620

admonita est oculisque tuens inmitibus 'a! quam es similis patri!
dixit nec plura locuta

triste parat facinus tacitaeque exaestuat ira. ut tamen accessit
natus matrique salutem

attulit et parvis adduxit colla lacertis 625

mixtaque blanditiis puerilibus oscula iunxit,

mota quidem est genetrix, infractaque constitit ira

y plañe los hados de una hermana que no así de plañirse había.
570 Su doble senario de signos el dios había revistado, pasado
un año.

¿Qué hacía Filomela? La huida una custodia le cierra,
construidos se erigen en sólida roca los muros de los establos,
su boca muda carece de delator del hecho. Grande es del dolor
el ingenio, y acude la astucia a las desgraciadas situaciones.

575 Una urdimbre suspende, experta, del bárbaro telar,
y unas purpúreas notas entretejió en los hilos blancos, indicio de
la abominación, y concluido se lo entregó a una,

y que lo lleve a su dueña con el gesto le ruega. Ella lo rogado
llevó hasta Progne: no sabe qué entregue en ello. 580 Desplegó
las ropas la matrona del salvaje tirano

y de la fortuna suya la canción deplorable lee,

y, milagro que pudiera, calla. El dolor su boca reprimió,

y palabras bastante indignadas a la lengua que las buscaba
faltaron, y no a llorar tiempo entrega, sino que lo piadoso y lo
impío 585 a fundir se lanza y del castigo en la imagen toda
está.

El tiempo era en que los sacrificios trienales suelen de Baco
celebrar las sitonias nueras: la noche es cómplice de los
sacrificios, de noche suena el Ródope con los tintineos del
bronce agudo,

de noche de su casa salió la reina y para los ritos 590 del dios
se equipa y coge de furia unas armas.

Con vid la cabeza se cubre, de su costado siniestro vellones de
ciervo penden, en su hombro una leve asta descansa.

Precipitándose por las espesuras, de la multitud acompañada
de las suyas,

terrible Progne, y por las furias agitada del dolor, 595

Baco, las tuyas simula. Llega a los establos inaccesibles al fin y
aúlla y el euhoé hace sonar, y las puertas destroza

y a su germana rapta, y a la raptada de las enseñas de Baco
inviste, y su rostro con frondas de hiedra le esconde,

y arrastrándola atónita hasta dentro de sus murallas la
conduce. 600 Cuando sintió que había tocado la casa nefanda
Filomela

se horrorizó la infeliz y en todo palideció el rostro.

Alcanzando un lugar Progne, de los sacrificios las prendas le
quita y la cara descubre avergonzada de su desgraciada
hermana

y estrecharla intenta; pero no levantar en contra 605

soporta ella sus ojos, rival a sí misma viéndose de su hermana,
y bajado a tierra el rostro, al querer ella jurar

y por testigos poner a los dioses de que por la fuerza a ella la
deshonra aquella

inferida fue, por voz su mano estuvo. Arde y la ira suya no
abarca la propia Progne, y el llanto de su hermana 610
conteniendo: «No se ha con lágrimas esto», dice, «de tratar, sino
con hierro, sino si algo tienes que vencer al hierro pueda. Para
toda abominación yo, germana, me he preparado: o yo, cuando
con antorchas estos reales techos creme
a su artífice echaré, a Tereo, en medio de las llamas, 615 o su
lengua o sus ojos y los miembros que a ti el pudor
te arrebataron a hierro le arrancaré, o por heridas mil
su culpable aliento le expulsaré. Para cualquier cosa grande me
he preparado;
qué sea, todavía dudo». Mientras concluye tales cosas Progne a
su madre venía Itis. De qué era capaz por él 620
advertida fue, y con ojos mirándolo inclementes: «Ah, cuán eres
parecido a tu padre», dijo y no más hablando
la triste fechoría prepara y se consume en callada ira. Cuando
aun así se le acercó su nacido y a su madre su saludo ofreció y
con sus pequeños brazos se acercó a su cuello, 625 y mezclados
con ternuras de niño su boca le unió,
conmovida ciertamente fue su genetriz, y quebrantada se
detuvo su ira,

invitique oculi lacrimis maduere coactis; sed simul ex nimia
mentem pietate labare

sensit, ab hoc iterum est ad vultus versa sororis 630 inque vicem
spectans ambos 'cur admovet' inquit 'alter blanditias, rapta silet
altera lingua?

quam vocat hic matrem, cur non vocat illa sororem? cui sis
nupta, vide, Pandione nata, marito! degeneras! scelus est pietas
in coniuge Tereo.' 635 nec mora, traxit Ityn, veluti Gangetica
cervae lactentem fetum per silvas tigris opacas,

utque domus altae partem tenuere remotam, tendentemque
manus et iam sua fata videntem

et 'mater! mater!' clamantem et colla petentem 640 ense ferit
Procne, lateri qua pectus adhaeret,

nec vultum vertit. satis illi ad fata vel unum vulnus erat: iugulum
ferro Philomela resolvit,

vivaque adhuc animaeque aliquid retinentia membra dilaniant.
pars inde cavis exsultat aenis, 645

pars veribus stridunt; manant penetralia tabo.

His adhibet coniunx ignarum Terea mensis et patrii moris
sacrum mentita, quod uni

fas sit adire viro, comites famulosque removit.

ipse sedens solio Tereus sublimis avito 650

vescitur inque suam sua viscera congerit alvum, tantaque nox
animi est, 'Ityn huc accersite!' dixit. dissimulare nequit crudelia
gaudia Procne iamque suae cupiens exsistere nuntia cladis

'intus habes, quem poscis' ait: circumspicit ille 655

atque, ubi sit, quaerit; quaerenti iterumque vocanti, sicut erat
sparsis furiali caede capillis,

prosiluit Ityosque caput Philomela cruentum misit in ora patris
nec tempore maluit ullo

posse loqui et meritis testari gaudia dictis. 660 Thracius ingenti
mensas clamore repellit vipereasque ciet Stygia de valle sorores
et modo, si posset, reserato pectore diras egerere inde dapes
semesaque viscera gestit,

flet modo seque vocat bustum miserabile nati, 665

nunc sequitur nudo genitas Pandione ferro. corpora Cecropidum
pennis pendere putares: pendebant pennis. quarum petit altera
silvas, altera tecta subit, neque adhuc de pectore caedis

excessere notae, signataque sanguine pluma est. 670 ille dolore
suo poenaeque cupidine velox

vertitur in volucrem, cui stant in vertice cristae. prominet
inmodicum pro longa cuspide rostrum; nomen epops volucris,
facies armata videtur.

Hic dolor ante diem longaeque extrema senectae 675

tempora Tartareas Pandiona misit ad umbras. sceptrum loci
rerumque capit moderamen Erectheus, iustitia dubium validisne
potentior armis.

quattuor ille quidem iuvenes totidemque creatas femineas
sortis, sed erat par forma duarum. 680 e quibus Aeolides
Cephalus te coniuge felix, Procri, fuit; Boreae Tereus Thracesque
nocebant, dilectaque diu caruit deus Orithyia,
dum rogat et precibus mavult quam viribus uti;

y sus involuntarios ojos se humedecieron de lágrimas obligadas.
Pero una vez que por su excesiva piedad su mente vacilar
sintió, desde él otra vez al rostro se tornó de su hermana, 630
y por turno mirando a ambos: «¿Por qué me hace llegar», dice,
«el uno sus ternuras y calla la otra, arrancada su lengua?

A la que llama él madre ¿por qué no llama aquella hermana?
Con qué marido te hayas casado, vélo, de Pandión la nacida.

Le desmereces: la abominación es piedad en tu esposo Tereo». 635
No hay demora, coge a Itis, igual que del Ganges una
tigresa

la cría lactante de una cierva por las espesuras opacas, y cuando de la casa alta una parte alcanzaron remota a él, tendiéndole sus manos y ya sus hados viendo y «madre, madre» clamando y su cuello buscando, 640 a espada hiere Progne, por donde al costado el pecho se une, y no el rostro torna; bastante a él para sus hados incluso una herida era: la garganta a hierro Filomela le tajó, y vivos aún y de aliento algo reteniendo sus miembros le despedazan. Una parte de ahí bulle en los cavos calderos, 645 parte en asadores chirrían. Manan los penetrales de sueros. Con estas mesas acoge la esposa al ignorante Tereo, y un sacrificio al uso de su patria mintiendo, al que solo lícito sea asistir al marido, a cortesanos y sirvientes retira. Él mismo, sentado en su solio ancestral Tereo alto, 650 se ceba y en su vientre sus entrañas acumula y -tanta la noche de su ánimo es-: «A Itis aquí traedme», dijo. Disimular no puede sus crueles goces Progne, y ya deseosa de erigirse en mensajera de su propia calamidad: «Dentro tienes a quien reclamas», dice. Alrededor mira él 655 y dónde esté pregunta: mientras lo busca y de nuevo lo llama, como ella estaba, asperjados de su sangría de furia sus cabellos se abalanzó y de Itis la cabeza cruenta Filomela le lanzó a la cara de su padre y en ningún momento más quiso

poder hablar y con las merecidas palabras testimoniar sus gozos. 660 El tracio con un ingente alarido las mesas repelió y a las vipéreas hermanas mueve del estigio valle, y ora, si pudiera, por sacar abriéndose el pecho los siniestros manjares de allí, y sus engullidas entrañas, arde, ya llora, y a sí mismo se llama pira desgraciada de su nacido, 665 ahora persigue con el desnudo hierro a las engendradas de Pandión. Los cuerpos de las Cecrópides con alas volar pensarías:

volaban con alas, de las cuales acude la una a las espesuras, la otra en los techos se mete, y no todavía de su pecho se han desprendido las marcas de la matanza, y sellada con sangre su pluma está. 670 Él por el dolor suyo y de castigo por el ansia veloz,

se torna en pájaro, al que se alzan en su coronilla crestas. Le sobresale, inmódico, en vez de su larga cúspide un pico. Su nombre abubilla de ave, su porte armado parece.

Bóreas y Oritía

Este dolor antes de su día y de los extremos tiempos de una larga 675

vejez a las tartáreas sombras a Pandión envió.

Los cetros del lugar, y del estado el gobierno toma Erecteo,

si por su justicia en duda, o más poderoso por sus vigorosas
armas.

Cuatro muchachos él, ciertamente, y otras tantas había creado
de suerte femenina, pero era par la belleza de dos de ellas. 680
De las cuales el Eólida Céfalo contigo como esposa, feliz,
Procris, fue; a Bóreas Tereo y sus tracios daño hacían,
y de su elegida mucho tiempo careció el dios, de Orifía,
mientras le ruega, y de plegarias prefiere que de las fuerzas
servirse.

ast ubi blanditiis agitur nihil, horridus ira, 685 quae solita est illi
nimiumque domestica vento, 'et merito!' dixit; 'quid enim mea
tela reliqui, saevitiam et vires iramque animosque minaces,
admovique preces, quarum me dedecet usus?

apta mihi vis est: vi tristia nubila pello, 690

vi freta concutio nodosaque robora verto induroque nives et
terras grandine pulso;

idem ego, cum fratres caelo sum nactus aperto (nam mihi
campus is est), tanto molimine luctor, ut medius nostris
conkursibus insonet aether 695

exsiliantque cavis elisi nubibus ignes;

idem ego, cum subii convexa foramina terrae supposuique
ferox imis mea terga cavernis, sollicito manes totumque
tremoribus orbem.

hac ope debueram thalamos petiisse, socerque 700

non orandus erat mihi sed faciendus Erectheus.' haec Boreas
aut his non inferiora locutus excussit pennas, quarum iactatibus
omnis adflata est tellus latumque perhorruit aequor,

pulvereamque trahens per summa cacumina pallam 705 verrit
humum pavidamque metu caligine tectus Orithyian amans
fulvis amplectitur alis.

dum volat, arserunt agitati fortius ignes, nec prius aerii cursus
suppressit habenas,

quam Ciconum tenuit populos et moenia raptor. 710

illic et gelidi coniunx Actaea tyranni

et genetrix facta est, partus enixa gemellos, cetera qui matris,
pennas genitoris haberent.

non tamen has una memorant cum corpore natas, barbaque
dum rutilis aberat subnixa capillis, 715 inplumes Calaisque puer
Zetesque fuerunt;

mox pariter pennae ritu coepere volucrum cingere utrumque
latus, pariter flavescere malae. ergo ubi concessit tempus
puerile iuventae, vellera cum Minyis nitido radiantia villo 720

per mare non notum prima petiere carina.

Mas cuando con ternuras no se hace nada, hórrido de ira, 685
cual la acostumbrada es en él y demasiado familiar en ese
viento:

«Y con razón», dijo, «pues ¿por qué mis armas he abandonado,
la fiereza y las fuerzas e ira y arrestos amenazantes,

y he empleado súplicas, de las cuales a mí me desmerece el
uso? Apta a mí la fuerza es: por la fuerza las tristes nubes
expulso, 690 por la fuerza los estrechos sacudo y nudosos
robles vuelco

y endurezco las nieves y las tierras con granizo bato.

El mismo, yo, cuando a mis hermanos en el cielo abierto
encuentro

-pues mi llanura él es- con tanto ahínco lucho

que en medio de nuestros ataques resuene el éter 695 y salten
despedidos de las cóncavas nubes fuegos.

El mismo, yo, cuando entro a las convexas perforaciones de la
tierra y he puesto, feroz, mi espalda bajo las profundas
cavernas

angustio a los manes, y con mis temblores a todo el orbe.

Con esta ayuda debiera mis tálamos haber buscado, y suegro
700 no he debido rogar que él fuera mío, sino hacerlo, a
Erecteo».

Estas cosas Bóreas, o que éstas no inferiores diciendo, sacudió
sus alas, con cuyas sacudidas toda

aventada fue la tierra, y el ancho mar estremeció,

y su polvorienta capa llevando por las altas cimas 705 barre la
tierra y, pávida de miedo, por una calina cubierto, a Oritía
amando, en sus fulvas alas la estrecha.

Mientras vuela ardieron agitados más fuertemente sus fuegos,
y no antes las riendas reprimió de su aérea carrera

que de los Cícones alcanzó los pueblos y sus murallas el raptor.
710 Allí del helado tirano esposa la Actea,

y también genetriz hecha fue, y partos gemelos dio a luz, que el
resto de la madre, las alas del genitor tuvieran.

No, aun así, éstas al par, recuerdan, con el cuerpo nacidas
fueron, y mientras barba faltaba bajo sus rútilos cabellos 715

implumes Calais el niño y Zetes fueron.

Luego, al par las alas empezaron, al modo de las aves, a
ceñirles ambos costados, al par a dorarse sus mejillas. Así pues,
cuando cedió el tiempo infantil a su juventud,

los vellones con los minias, de nítido vello radiantes, 720 por un
mar no conocido con la primera quilla buscaron.

SÉPTIMO LIBRO

Ya los minias surcaban el mar en la nave de Pagasa, y habiendo visto a Fineo anciano y ciego, los hijos de Aquilón habían alejado de su rostro a las Harpías, y luego de sufrir muchos trabajos bajo las órdenes de Jasón, habían llegado a las riberas del Fasio (1-6).

Mientras se dirigen al rey para pedirle el áureo vellocino de Frixo y se los condena a magnas labores, la hija de Eetes, Medea, se enamora ardientemente, y da en sí misma campo a la lucha de la razón y el furor, sabiendo que se opone a éste en vano, y suponiendo que es el amor.

Se admira de considerar duras en exceso las órdenes de su padre, y de atemorizarse por la suerte de un extranjero a quien acaba de conocer. Viendo y aprobando las cosas mejores, se ve obligada a seguirlas peores, y su juicio es vencido por su deseo. No hay razón para aspirar a casarse con el extranjero, siendo que su propia tierra le ofrece pretendientes amables. Queden, pues, al designio divino, la vida o la muerte de Jasón; empero, no hay nada ilícito en que ella ruegue por su vida.

¿Qué crimen, pues, cometió Jasón? ¿Puede haber alguien que no se conmueva por su juventud, su linaje y su valor? Y aunque eso no contara, ¿habría quien no se conmoviera con su hermosura? Por cierto, el pecho de Medea se conmovió (7-28). Si ella no lo auxilia, él será, por cierto, quemado por el aliento

de los toros, y combatirá contra enemigos nacidos de la tierra, o será presa del dragón. Sólo siendo hija de una tigre y llevando hierro y peñas en el corazón, podría abandonarlo a esa suerte. ¿Pero por qué, en vez de tratar de evitárselos, no empuja contra él los peligros? Los dioses decidirán lo mejor.

Sin embargo, ella debe actuar, aun a riesgo de traicionar a su padre y de que Jasón, una vez a salvo, se aleje para casarse con otra. Si él puede hacer esto, que muera; pero su mismo rostro, la nobleza de su ánimo, su hermosura, impiden pensar que sea capaz de tal cosa. Además, para que no olvide sus méritos, Medea lo hará jurarle previamente fidelidad ante los dioses. Así, unida a él en solemne matrimonio, será celebrada en toda Grecia como salvadora (29-50).

Tendrá, entonces, que dejar a hermanos y padre y dioses y tierra, para ir a lugares desconocidos; pero el padre es cruel; la tierra, bárbara; niño, el hermano, y la hermana la segunda en sus deseos; dentro de ella, está el dios más grande. No dejará, pues, la grandeza, sino habrá de ir tras ella: la gloria de haber salvado a la juventud aquea, la gloria de una ciudad mejor, y al mismo hijo de Esón, por quien ella cambiaría todos los bienes del mundo. Casada con él, será feliz y querida a los dioses, y tocará el cielo con la cabeza (51-61). ¿A qué pensar en las Simplégadas y Caribdis y Escila y sus riesgos? Teniendo junto de ella a Jasón, no sentirá temor alguno sino el que la suerte de aquél le ocasione. Pero el nombre de matrimonio que da a su culpable amor, no es justo acaso. Más conveniente es huir del

crimen en tanto que es posible. Al decir esto Medea, la rectitud, la piedad y el pudor predominan en ella, y el amor se retira vencido (62-73).

Sintiéndose fuerte en su decisión, se dirige a los altares de Hécate Perseida, y encuentra en su camino a Jasón: revive al punto la pasión que se creía dormida. Se sonroja y palidece Medea, y crece su amor, cuando ve a quien desea, como la chispa escondida en la ceniza. Aquel día, Jasón estaba particularmente hermoso. Ella lo contempla, y piensa que se trata de un dios; y cuando él le habla sumiso y le ofrece desposarla, no duda ya y le promete salvarlo, con tal que, una vez salvado, mantenga sus promesas. Lo jura Jasón por Hécate y por el Sol y por todos los casos que ha sufrido, y habiendo sido creído, recibe las hierbas mágicas; tras aprender el modo de emplearlas, se retira alegre a su morada (74-99).

Cuando la mañana siguiente opaca el brillo de las estrellas, se reúne la gente en torno al campo de Marte y se sitúa en las alturas; el rey se sienta en medio, vestido de púrpura y teniendo el cetro de marfil.

Los toros de pezuñas de bronce echan fuego por las narices, y al contacto de éste se incendia la

hierba. Resuenan sus pechos y sus gargantas como fogones o ardientes piedras rociadas con agua. Con todo eso, Jasón camina a su encuentro y a pesar de su actitud y sus mugidos de

amenaza, entre el temor de sus compañeros ignora, gracias a la magia que lo protege, el fuego que arrojan, y los acaricia y los unce y los fuerza a labrar el campo (100-119).

En medio del pasmo de los coleos y el aplauso de los minias, toma un casco de bronce en cuyo interior están los dientes de la sierpe, y los siembra en los surcos. El suelo suaviza tales semillas, que originan cuerpos nuevos. Y como nacen los niños ya hechos del vientre materno, así surgen los hombres perfectos de la tierra preñada, y, más admirable aún, nacen armados (120-130).

Se atemorizaron los compañeros de Jasón cuando los vieron disponiéndose a enviar contra él sus lanzas, y temió la misma Medea y palideció exangüe al mirarlo atacado por tantos enemigos; movida por su miedo, ayudó con mágicos conjuros la fuerza de las hierbas que había dado antes.

Jasón lanza entonces una piedra a mitad de los enemigos, y éstos, en lugar de atacarlo, se combaten entre sí. Caen los hijos de la tierra por las heridas que se infieren.

Los aqueos gratulan a Jasón y lo abrazan como vencedor. También Medea hubiera querido abrazarlo, pero el pudor y el respeto de su propia fama se lo impiden; hace lo que no es criticable: alegrarse en silencio y agradecer a los conjuros y los dioses que los crearon (131-148).

Resta al héroe adormecer al dragón guardián que, crestado y de lengua triple y dientes terribles, vigilaba en el árbol el vellocino de oro.

Luego de haberlo rociado con jugo de hierbas narcóticas y haberle dicho tres veces la fórmula que provoca el sueño, con lo cual queda dormida la bestia, se apodera del áureo despojo y, llevando como otros despojos a la que le dio la facultad de tomar aquél, llega victorioso con su esposa al puerto de Yolcos (149-158).

Las madres y los padres tesalios, agradecidos por haber recobrado a sus hijos, hacen ofrendas y sacrificios. Esón tiene que abstenerse, agobiado de la edad y la cercanía de la muerte. Entonces su hijo habla a Medea, y tras hacerle saber que no olvida los grandes beneficios recibidos de ella, le pide que con su magia le quite a él años de vida para añadirlos a la vida del anciano. Y llora.

Conmovida Medea al comparar el amor filial de Jasón con el suyo propio, le responde que su petición es criminal, y que es imposible dar a alguien la vida de otro; pero le ofrece algo mejor: rejuvenecer a Esón sin necesidad de reducirle a él la vida, cosa que intentará lograr con la ayuda de Hécate (159-178).

Tres días faltaban para el plenilunio. Cuando éste se cumple, sale Medea de su casa, desceñidas las ropas, suelto el cabello, con un pie descalzo, y camina solitaria en el silencio de la medianoche. Descansan en el sueño hombres, aves y fieras.

Ella, con pasos t́acitos, avanza. Todo calla: setos, frondas, aire, Entonces, tendiendo los brazos a las estrellas que brillan, se vuelve tres veces; tres veces se rocía el cabello con agua tomada del río, ulula tres veces, y arrodillándose, invoca a la Noche y las lumbreras nocturnas y a Hécate y la Tierra, auxiliadoras de los magos, y a los vientos y montes y ríos y lagos y a los dioses silvestres, con cuyo socorro ha hecho devolverse a los ríos y detenerse a los mares, y ha formado y desvanecido nubes y atraído o ahuyentado vientos, y roto fauces de víboras y movido rocas y tierras y selvas, y sacudido y rajado la tierra y hecho salir las almas de los muertos. También ha provocado eclipses de la luna y el sol, y dado palidez a la Aurora. A ellos, pues, que le hicieron inofensivo el aliento de llama de los toros y los volvieron sujetables al arado; que provocaron la lucha entre quienes nacieron de los dientes de la serpiente; que adormecieron al dragón y permitieron que el vellocino de oro fuera llevado a Grecia, les pide jugos con los cuales renovar la juventud. Sabe que los obtendrá, porque los astros han brillado y

está cerca de ella el carro tirado por serpientes aladas (179-219).

Sube a él y soltando las riendas va a lo alto, y se dirige a regiones conocidas en busca de las hierbas que necesita. Encontrándolas, arranca o corta las del Osa, el Pelión, el Otris y el Pindo y el Olimpo, y las del Eridano y el Anfriso y el Enipeo y el Peneo y el Esperquio y el. Bebes.

Cortó también las de Antedón, que no habían mudado aún a Glauco. Tras nueve días y nueve noches, regresó. Las serpientes que tiraban del carro, con el solo olor de las hierbas que llevaban, mudaron de piel (220-237).

Llega a la casa de Esón y sin entrar en ella se detiene, huyendo contacto de hombre. Finca a

continuación dos altares: uno a Hécate y otro a la Juventud, y los ciñe de verbena y follaje. En seguida cava dos hoyos y ritualmente sacrifica una oveja negra, con cuya sangre rocía los hoyos cavados, y allí liba vino y leche y dice conjuros y suplica a los dioses infernales que no se apresuren a privar a Esón de la vida.

Una vez aplacados ellos, ordena sacar el cuerpo del anciano, y habiéndolo adormecido con fórmulas mágicas, lo extiende en la hierba. Manda luego que se retiren todos, y una vez obedecida, se suelta el cabello como una bacante y gira en torno a los altares, moja teas en la sangre de la víctima, las enciende en la flama, y purifica a Esón tres veces con fuego, tres con agua y tres con azufre. Mientras tanto, las hierbas hierven en un caldero, al cual añade piedras del oriente extremo, arenas lavadas del Océano y escarchas lunares y alas de estrige y entrañas de lobo. No faltan allí la piel de la serpiente cinifia y el hígado de un ciervo y el pico y la cabeza de una corneja centenaria.

Después que con éstas y otras cosas compuso Medea su brebaje sobrehumano, lo mezcla con una vara seca de oliva, la cual de continuo verdece y da fruto. Dondequiera que saltan gotas del hirviente caldero, la tierra germina primaveralmente (238-284).

Dé inmediato, Medea descierra con la espada el cuello de Esón y deja salir la sangre antigua, que sustituye con su medicina; en cuanto ésta penetra por la boca o por la herida, los cabellos vuelven a ennegrecerse, se van la flacura, la palidez y la ruina, y el cuerpo se hace lozano otra vez. Esón se admira al verse tal cual era cuarenta años antes (285-293). Baco, al mirar lo ocurrido, toma de Medea el don de la juventud para sus nodrizas (294-296).

Dolosa, Medea finge odiar a Jasón y huye a refugiarse en casa del anciano Pelias. La reciben sus hijas, con quienes establece mentida amistad, y a las cuales narra el modo como devolvió la juventud de su suegro. Las hijas de Pelias conciben la esperanza de rejuvenecer a éste, y lo solicitan de Medea, quien les promete que lo hará; y como prueba de sus poderes, ofrece volver a un morueco en cordero.

Traen, con ese fin, al carnero más viejo del rebaño, al cual la cólquida, luego de haberle abierto la garganta con un cuchillo, sumerge en un caldero junto con los jugos mágicos. Se empequeñecen los miembros de la bestia, huyen sus cuernos y sus años, y salta del recipiente un cordero balante que busca

amamantarse (297-321). Pasmadas, las hijas de Pelias insisten en su petición.

En la cuarta noche a partir de ese momento, Medea pone en el caldero agua pura y hierbas comunes, y después de adormecer al rey y a sus guardianes, ordena a sus hijas que por su misma piedad, sin temor ni demora ni duda lo desangren hiriéndolo, para poder ella revivificarlo con nueva juventud.

Ellas, queriendo mostrarse piadosas, cometen la acción impía, y volviendo la vista hieren repetidamente a su padre, el cual desangrándose tiende los brazos y les pregunta qué hacen e instigadas por quién. Medea no le permite decir más: tras cortarle la garganta, lo sumerge en el hirviente caldero (322-349).

Huye de allí después, evitando ser castigada, y vuela sobre el Pelión y el Otris y el lugar donde Cerambo fue, con la ayuda de las ninfas, dotado de alas para huir del diluvio. Deja después a la izquierda a Pitane, donde hay una inmensa serpiente de roca, y el Ida, en cuyo bosque Baco ocultó un novillo bajo la imagen de un ciervo y donde el padre de Córito fue enterrado en la arena, y los campos donde Mera fue convertida en perra, y la ciudad de Eurípilo donde nacieron cuernos a las mujeres de Cos, y a Rodas y a Yalisios. Pasa también sobre Cea donde Alcidas vio a su hija cambiarse en paloma (350-370).

En seguida observa el lago de Hirie, y las Tempes donde apareció un cisne repentino. En este lugar, Filio, acatándolo por

amor, había entregado a Cigno aves y un león domado; luego, obedeciéndolo también, había vencido a un toro; pero cansado de ser despreciado, se había negado a entregárselo. Cigno, indignado, saltó de la roca en que estaba, y al ir cayendo se convirtió en cisne. Hirie su madre, creyéndolo muerto, se fundió en lágrimas y se tornó en estanque. Junto a ellos está Pleurón, en donde Combe se hizo ave para huir las heridas de sus hijos.

Va después sobre Calauria, donde el rey y su esposa se volvieron asimismo en aves, y a la izquierda de Cilene, donde Menefrón se ayuntó con su madre. Lejos, se vuelve a mirar al Cefiso, que llora al hijo que Apolo le cambió en foca, y la casa de Eumelo que llora por el suyo hecho

pájaro (370-390).

Por fin, arriba a Efira donde, dicen los viejos, nacieron de hongos de lluvia los hombres. Después que ardió la nueva esposa de Jasón con los venenos que le envió, y ardió la casa del rey, Medea mata a sus hijos y huye de las armas del Esonida. Llega a Atenas que miró volar a Fene y Perifas y la nieta de Polipemón, y allí la recibe Egeo, cuyas únicas faltas fueron ese hecho y el de tomarla por esposa (391-403).

Cuando Teseo, tras haber apaciguado a Corinto, viene a su padre que no lo conoce, Medea trata de envenenarlo con el tósigo traído de Escitia. este —dicen— había nacido de los dientes de Cerbero, a quien Hércules sacó del infierno y, quien,

mientras resistía, regó con la espuma de sus fauces los verdes campos. La espuma creció, y alimentada por el suelo se hizo fuerte en el daño. Porque nace de la peña, los rústicos la llaman acónito.

Por falacia de Medea, se lo tendió Egeo a su hijo, como si se tratara de un enemigo; ya éste había tomado la copa funesta, cuando aquél reconoció la empuñadura de su espada y derramó el veneno antes que fuera ingerido. Huyó Medea entre nubes convocadas por cármenes mágicos (404-424).

Agradecido Egeo por haber recobrado a su hijo, y espantado de haber estado a punto de matarlo; hace arder fuegos en los altares y honra a los dioses con sacrificios copiosos. Se cuenta que para los atenientes fue éste el día más celebrado. En banquetes, se alegran próceres y pueblo, y excitado el ingenio por el vino, cantan las glorias de Teseo:

Él venció al toro de Creta y al Jabalí de Cromión; dio muerte al ladrón hijo de Vulcano y a Procusto y Cerción, y a Sinis, que descuartizaba a sus víctimas con la fuerza de dos pinos que antes había sujetado; mató también a Escirón, cuyos huesos, no admitidos por el mar ni la tierra, se convirtieron en piedras que recuerdan su nombre. La gloria de Teseo supera con mucho sus años, y la gente bebe el vino en honor suyo. El pueblo confirma el canto, y hay aplausos y preces, y toda la ciudad está alegre (425-452).

Pero no hay placer sin mezcla de duelo; al mismo tiempo que a su hijo, Egeo recibe hostiles noticias de Minos, fuerte en tropas y naves, quien se dispone a la guerra, encolerizado por la muerte de Andrógeo su hijo. Previamente, se rodea de fuerzas aliadas; se une a Anafe con promesas y a Astipalea sojuzgándola; luego, a Micono y Cimolo y Citno y Serifos, y a la traicionada por Ame, quien por su ambición de oro fue transformada en corneja. Pero no obtuvo el auxilio de Oliaros, Dídimas, Tenos, Andros, Giaros y Peparetos. De allí se dirige a Enopia, tierra de Eaco, quien la llamó Egina con el nombre de su madre (453-474).

Salen a recibirlo la gente del pueblo y el viejo Eaco y sus hijos Telamón, Peleo y Foco. Aquél pregunta a Minos el motivo de su llegada, y enterado de su luto, oye lo que el rey de Creta le pide; esto es, que tome las armas para vengar a su hijo. Eaco se niega a hacerlo, argumentando que está ligado a Atenas más que a tierra ninguna. Minos lo amenaza con la guerra, pero se abstiene de hacerla y se va tristemente (475-489).

Todavía era visible la flota cretense, cuando entra en el puerto un navío ateniense, donde viene Céfalo con una embajada de su patria. Aun cuando no lo veían hacía tiempo, los Eácidas lo reconocen y lo guían a casa de su padre, donde él, todavía insigne por su belleza, entra acompañado de Butes y Clito, los hijos de Palante, y llevando una rama de oliva (490-500).

Después de los saludos usuales, Céfalo pide auxilio para Atenas, fundándose en los pactos antiguos. Eaco le responde

simplemente que tome en nombre de Atenas el auxilio que necesite, y como suyo, cuanto hay en su reino; gracias a los dioses, Egina cuenta con los soldados necesarios, y el tiempo es oportuno para la acción (501-511). Lo agradece Céfalo, y al desearle grandeza para su ciudad, le hace saber que, entre los hermosos jóvenes parejos en edad que salieron a recibirlo, no encontró a ninguno de los que en ocasión anterior había visto.

Gime Eaco recordar, y dice con tristeza que han muerto todos aquellos a quien Céfalo recuerda. Ocasionada por Juno iracunda y celosa, cayó una epidemia sobre los suyos. Al principio, sin saber la causa del mal, intentaron combatirlo con armas humanas; la medicina quedó vencida. El cielo empezó a oprimir con sombras la tierra, y las nubes se preñaron de calor, y durante cuatro meses soplaron austros mortíferos. Las aguas fueron viciadas y envenenadas por muchedumbre de serpientes. La fuerza de la enfermedad se notó primero en las bestias; así, los toros caían a mitad del

trabajo, sobre los surcos, y las ovejas perdían la lana y se pudrían en sus cuerpos. El caballo que fue gloria del circo, moría gimiente mirando hacia el pesebre; el jabalí olvidaba sus iras, la cierva su ligereza, y su ferocidad los osos. Todo languidecía y yacían dondequiera cuerpos caídos, con cuyas miasmas se corrompía el aire. Ninguna fiera tocaba tales cuerpos, que se licuaban deshaciéndose y difundiendo el contagio con sus hedores.

La peste llegó más terrible a los colonos y dominó a la ciudad. Las entrañas se quemaban y el color y el aliento delataban la fiebre; se hinchaba la lengua y se abría la boca; no se toleraban mantas, y, tendidos en el suelo frío, los cuerpos lo hacían hervir. Y no había médicos, porque ellos también sucumbían (512-562).

El contagio es más fácil cuanto más cerca se está de los enfermos; cuando éstos sienten la muerte más próxima, decaen y dejan de buscar remedios. Sedientos, beben en fuentes, ríos y pozos, y encuentran, bebiendo, la muerte en las mismas aguas donde otros llegan a beber.

Cansados del lecho, saltan o ruedan al suelo, y huyen de sus casas, culpándolas. Yerran otros, y otros lloran, y otros más yacen tendidos y mueven los ojos, y son sorprendidos en todas partes por la muerte.

Y recuerda Eaco que, desanimado, odió la vida y anheló extinguirse él también, porque a donde miraba, veía cuerpos postrados como frutos al pie del árbol, y los templos recibían vanas plegarias y quienes las decían por los suyos, sucumbían en el acto de hacerlo, teniendo a menudo en la mano restos de incienso. Y los sacerdotes miraban a las bestias caer de suyo. Cuando el mismo Eaco hacía sacrificios por sí y por sus hijos, vio derrumbarse sin golpes a la víctima, mugiendo ferozmente (563-599).

Dañadas, las entrañas no revelaban el consejo divino, y en las puertas sagradas se amontonaban los cadáveres, y había

quienes se suicidaban, por temor de morir, ante los mismos altares. Ya no se celebraban pompas fúnebres, pues las puertas de la ciudad no bastaban a darles cabida, y los cuerpos se entregaban desnudos a las piras, por las cuales había disputas. No había quien llorara a los muertos, y erraban las almas de los insepultos, supuesto que no existía sitio para las tumbas ni leña para las hogueras (600-613).

Atónito por tanta miseria —sigue narrando Eaco— se dirigió él a Júpiter su padre, rogándole que le devolviera a su gente o lo aniquilara a él mismo. Júpiter respondió con el relámpago y el trueno favorables, signos que él aceptó en prenda de salud. Estaba cerca, por azar, una encina consagrada al dios, por la cual caminaba numerosa tropa de hormigas. Al observarla, Eaco impetró que se le dieran tantos ciudadanos como insectos la componían. Tembló el árbol, y, sin viento, sus ramas sonaron. Atemorizado, sintió Eaco erizarse su cuerpo; con todo eso, besó la tierra y la encina, y concibió esperanzas de que sus ruegos fueran atendidos (614-633).

Esa noche, mientras el sueño da descanso a los cuerpos, le parece a Eaco ver aquella misma encina esparciendo bajo sus ramas la muchedumbre de hormigas, y que éstas crecen y se enderezan e introducen forma de hombre en sus cuerpos. Al despertar, tiene por falsas sus visiones y llora el abandono divino; empero, escucha en las casas rumor de voces humanas y, en el momento donde pone en duda su existencia, mira llegar a Telamón que le advierte que en el exterior de la morada

acontecen cosas que superan lo esperado y lo creíble. Sale Eaco y se encuentra con hombres semejantes a los que había soñado, y que lo reconocen como rey. Luego de hacer a Júpiter los sacrificios debidos, reparte la ciudad y los campos y llama mirmidones a los nuevos pobladores, con el fin de recordar su origen. Éstos son los hombres que Céfalo ha visto; sus costumbres se relacionan también con su principio; hay en ellas parquedad y resistencia a los trabajos, y afán de conseguir y conservar. Éstos son quienes seguirán a Céfalo a la guerra, en cuanto haya vientos favorables para hacerlo volver a la patria (634-660).

Con esas pláticas, los Eácidas y Céfalo y sus compañeros pasaron el día, cuya mejor parte se dio a la mesa; se dio al sueño la noche. Al salir el siguiente sol, había vientos propicios al retorno. Se reúnen Clito y Butes a Céfalo, y estos tres buscan a Eaco, que duerme. Los recibe Foco, en tanto que Telamón y Peleo eligen hombres para la guerra. Foco introduce en el interior del palacio a los atenienses y se sienta junto con ellos. Advierte allí que Céfalo lleva un jáculo de madera desconocida, con punta de oro, y habla para preguntarle el material de que está hecho, ya que él,

devoto de la caza, no ha podido reconocerlo y afirma que es el arma más hermosa que haya visto nunca. A esto, otro de los atenienses añade que su utilidad es mayor que su belleza, pues no falla nunca y regresa por sí sola a la mano que la arrojó.

Entonces Foco indaga por qué y de quién lo recibió Céfalo, y éste responde lloroso: el arma le es causa de dolor, pues por ella perdió a su esposa Procris, hermana de Oritía y superior a ella en presencia y costumbres. Erecteo y el amor lo unieron a ella, y le dieron así la felicidad. Pero los dioses le impidieron conservarla (661-669).

Tenía dos meses de casado cuando la Aurora lo vio tendiendo redes a los ciervos y, prendada de él, lo raptó. A pesar de la intachable belleza de la diosa, él seguía amando a Procris y pensaba en ella siempre y de ella hablaba sin tregua, narrando sus amores. La Aurora, conmovida y airada, le permitió regresar a ella, adviriéndole, empero, que habría él de arrepentirse.

Inquieto, vuelve Céfalo pensando si Procris habría cometido adulterio en su ausencia, igual que lo había hecho él con la Aurora, y decide investigar si tal cosa ha ocurrido; con ese fin, la diosa le cambia la figura (700-722). De tal manera entra de nuevo en su casa, donde encuentra a Procris ansiosa por el marido raptado. A punto estuvo entonces de olvidar sus propósitos y revelar su identidad; pero por no confesar lo que había hecho, se contuvo a pesar suyo. Procris, aunque triste, estaba inigualablemente hermosa, y resistió largamente las pruebas a que Céfalo sujetó su virtud, y le aseguró guardarse sólo para su esposo. A pesar esto, el imprudente insistió hasta hacerla dudar ofreciéndole toda su hacienda en cambio de una sola noche (723-740).

Allí se da a conocer y le reprocha su proyectada infidelidad. Nada responde Procris, y huye de él y de todos los hombres, para consagrarse a las ocupaciones de Diana. Arrepentido, el esposo pide perdón y lo obtiene, y ella regresa con él y le da dulce compañía durante varios años; le da, además, dos regalos: un perro que la misma Diana le había donado como el más rápido, y el dardo que ocasionó la curiosidad de Foco. La historia del perro es la siguiente (741-758):

Edipo había resuelto los enigmas de la Esfinge, y ésta yacía muerta; pero otra calamidad fue enviada entonces a Tebas: una fiera que devastó rebaños y pastores. Muchos jóvenes vinieron inútilmente a darle caza, pues ella burlaba redes y jaurías, saltando o corriendo más veloz que si volara. Solicitan todos entonces que Céfalo preste a su perro, que lucha ya por soltarse, y que, en cuanto se le deja libre, corre y se pierde de vista, con la rapidez del dardo o la bala de la honda o la flecha disparada por el arco.

Céfalo, para mirar mejor, sube a la cima de una colina que domina el campo: huye la fiera en giros evitando a su perseguidor y haciéndole perder fuerza; éste la amaga de cerca sin llegar a tocarla; y cuando el héroe se disponía a usar de su dardo, advirtió, milagroso espectáculo, que perseguidor y perseguida se habían convertido en estatuas de mármol, quedando ambos invictos en la carrera (759-793).

Esto dice él, y calla. Foco le pregunta entonces cuál es el crimen del jáculo, y Céfalo vuelve a tomar la palabra:

Dado que el gozo es el principio del dolor, le parece conveniente referirse en primer término a los años felices donde él y su esposa se amaban, y se correspondían con afecto exclusivo e igual. Pero ocurría que, aficionado a la caza y habiendo pasado en ella el principio del día, al mediar éste solía tenderse a descansar en la sombra, y a llamar al aura porque lo refrescara (794-815).

Por azar, alguien que lo oyó en su llamamiento apasionado, creyó engañándose que aura, era el nombre de una ninfa a quien amaba, y así lo fue a contar a Procris. Vuelta crédula por el amor, se desmayó dolorida al escuchar la delación, y una vez recobrado el sentido se quejó de su destino y la infidelidad del esposo; empero, decidió comprobar por sí misma que era engañada, y ver el adulterio con sus propios ojos (816-834).

Al siguiente día, según su costumbre, Céfalo tendido en la hierba llamaba al aura que aliviaría su fatiga, cuando escuchó un gemido, y a continuación un rumor de hojas cayendo. Pensando que lo causaba un fiero, arrojó de inmediato el dardo infalible, que fue a clavarse en el pecho de la esposa y la hizo quejarse. Corrió a ella en cuanto se percató de lo ocurrido, y al hallarla ensangrentada extrayendo de la herida el arma regalo de ella misma, la levantó en brazos e intentó retener la sangre, mientras le suplicaba que no fuera a abandonarlo.

Débil por la herida, Procris lo conjura a que no la sustituya con Aura en el lecho conyugal. Entonces Céfalo, dando en la cuenta del error en que ella estaba, se lo explica, pero ya muy tarde. Muere la esposa junto a él, y exhala el alma en su boca. Pero la expresión de su rostro es tranquila (835-862).

Esto narraba Céfalo a quienes lo escuchaban llorosos, y él mismo lloraba. En esto llegaron Eaco, Telamón y Peleo acompañados de los nuevos soldados que son recibidos por el héroe (863-865).

Iamque fretum Minyae Pagasaea puppe secabant,
perpetuaque trahens inopem sub nocte senectam Phineus visus
erat, iuvenesque Aquilone creati virgineas volucres miseri senis
ore fugarant, multaue perpessi claro sub Iasone tandem 5
contigerant rapidas limosi Phasidos undas.

dumque adeunt regem Phrixeaque vellera poscunt lexque datur
Minyis magnorum horrenda laborum, concipit interea validos
Aetias ignes

et luctata diu, postquam ratione furorem 10 vincere non
poterat, 'frustra, Medea, repugnas: nescio quis deus obstat,' ait,
'mirumque, nisi hoc est, aut aliquid certe simile huic, quod
amare vocatur. nam cur iussa patris nimium mihi dura videntur?

sunt quoque dura nimis! cur, quem modo denique vidi, 15 ne
pereat, timeo? quae tanti causa timoris?

excute virgineo conceptas pectore flammās, si potes, infelix! si
possem, sanior essem! sed trahit invitam nova vis, aliudque
cupido,

mens aliud suadet: video meliora proboque, 20 deteriora
sequor. quid in hospite, regia virgo, ureris et thalamos alieni
concupis orbis?

haec quoque terra potest, quod ames, dare. vivat an ille
occidat, in dis est. vivat tamen! idque precari

vel sine amore licet: quid enim commisit Iason? 25 quem, nisi
crudellem, non tangat Iasonis aetas

et genus et virtus? quem non, ut cetera desint, ore movere
potest? certe mea pectora movit. at nisi opem tulerō, taurorum
adflabitur ore

concurrentque suae segeti, tellure creatis 30

hostibus, aut avido dabitur fera praeda draconi. hoc ego si
patiar, tum me de tigride natam,

tum ferrum et scopulos gestare in corde fatebor! cur non et
specto pereuntem oculosque videndo conscelero? cur non
tauros exhortor in illum 35 terrigenasque feros insopitumque
draconem?

di meliora velint! quamquam non ista precanda, sed facienda
mihi.—prodamne ego regna parentis, atque ope nescio quis
servabitur advena nostra,
ut per me sospes sine me det lintea ventis 40
virque sit alterius, poenae Medea relinquer?
si facere hoc aliamve potest praeponere nobis, occidat
ingratus! sed non is vultus in illo,
non ea nobilitas animo est, ea gratia formae,
ut timeam fraudem meritique obliviam nostri. 45 et dabit ante
fidem, cogamque in foedera testes esse deos. quid tuta times?
accingere et omnem pelle moram: tibi se semper debebit Iason,
te face sollemni iunget sibi perque Pelasgas servatrix urbes
matrum celebrabere turba. 50

Medea y Jasón

- 1 Y ya el estrecho los Minias con la Pagasea popa cortaban
- 2 y bajo una perpetua noche llevando su desvalida vejez
- 3 a Fineo visto habían, y los jóvenes de Aquilón creados
- 4 las virginales aves de la boca del desgraciado viejo habían
ahuyentado,
- 5 y tras muchas peripecias bajo el claro Jasón finalmente 5
- 6 habían alcanzado, robadoras, del limoso Fasis las ondas.

7 Y mientras acuden al rey y de Frixo los vellones le
demandan

8 † y la condición es dada a su números, † horrenda, de
grandes trabajos,

9 concibe entre tanto la Eetíade unos vigorosos fuegos,
10 y tras combatirlos mucho tiempo, después que con la
razón su furor 10

11 vencer no pudo: «En vano, Medea, resistes.
12 No sé qué dios se opone», dice, «y milagro si no esto es,
13 o algo ciertamente semejante a esto, a lo que amar se
llama.

14 Pues, ¿por qué las órdenes de mi padre demasiado a mí
duras me parecen?

15 Son también duras demasiado. ¿Por qué a quien ahora
poco recién he visto 15

16 de que muera tengo miedo? ¿Cuál la causa de tan gran
temor?

17 Sacude de tu virgíneo pecho las concebidas llamas,
18 si puedes, infeliz. Si pudiera más sana estaría.

19 Pero me arrastra, involuntaria, una nueva fuerza, y una
cosa deseo,

20 la mente de otra me persuade. Veo lo mejor y lo apruebo,
20

21 lo peor sigo. ¿Por qué en un huésped, regia virgen,
22 te abrasas y tálamos de un extraño mundo concibes?
23 Esta tierra también puede lo que ames darte. Viva o él
24 muera, en los dioses está. Viva, aun así, y esto suplicarse
25 incluso sin amor lícito es, pues ¿qué ha cometido Jasón?
25
26 ¿A quién sino a un cruel no conmueva de Jasón la edad
27 y su estirpe y su virtud? ¿A quién no, aunque lo demás
falte,
28 su rostro conmover puede? Ciertamente mi pecho ha
conmovido.
29 Mas si ayuda no le presto la boca de los toros a él le
soplará,
30 y correrá contra su propio sembrado -los enemigos por la
tierra 30
31 creados-, o al ávido dragón será entregado como fiera
presa.
32 Esto yo, si lo tolero, entonces yo de una tigresa nacida,
33 entonces que hierro y peñas llevo en el corazón confesaré.
34 ¿Por qué no también lo miro morir y mis ojos al verlo
35 contamina? ¿Por qué no los toros instigo contra él, 35
36 y a los hijos de la tierra fieros, y al insomne dragón?

37 Los dioses mejor lo quieran. Aunque no esto he de rogar,
38 sino de hacer yo. ¿Y traicionaré yo los reinos de mi padre
39 y por la ayuda nuestra no sé qué recién llegado se salvará,
40 para que, por mí salvado, sin mí dé sus lienzos a los
vientos 40

41 y el marido sea de otra, para el castigo Medea quede?

42 Si hacer esto, o a otra puede anteponernos a nos,

43 muera el ingrato. Pero no tal el rostro en él,

44 no tal la nobleza de su ánimo es, tal la gracia de su
hermosura,

45 que tema su engaño, y del mérito nuestro los olvidos. 45

46 Y dará antes su fe y obligaré a que en esos pactos
testigos

47 sean los dioses ¿Qué segura temes? Cíñete y toda

48 demora desecha: a ti él siempre se deberá, Jasón,

49 a ti con antorcha solemne se unirá y por las pelargas

50 ciudades como su salvadora te celebrará la multitud de
las madres. 50

ergo ego germanam fratremque patremque deosque et natale
solum ventis ablata relinquam?

nempe pater saevus, nempe est mea barbara tellus, frater
adhuc infans; stant mecum vota sororis, maximus intra me deus
est! non magna relinquam, 55 magna sequar: titulum servatae
pubis Achivae notitiamque soli melioris et oppida, quorum
hic quoque fama viget, cultusque artesque locorum, quemque
ego cum rebus, quas totus possidet orbis,

Aesoniden mutasse velim, quo coniuge felix 60 et dis cara ferar
et vertice sidera tangam.

quid, quod nescio qui mediis concurrere in undis dicuntur
montes ratibusque inimica Charybdis

nunc sorbere fretum, nunc reddere, cinctaque saevis Scylla
rapax canibus Siculo latrare profundo? 65 nempe tenens,
quod amo, gremioque in Iasonis haerens per freta longa ferar;
nihil illum amplexa verebor aut, siquid metuam, metuam de
coniuge solo.— coniugiumne putas speciosaque nomina culpae
inponis, Medea, tuae?—quin adspice, quantum 70
adgrediare nefas, et, dum licet, effuge crimen!' dixit, et ante
oculos rectum pietasque pudorque constiterant, et victa dabat
iam terga Cupido.

Ibat ad antiquas Hecates Perseidos aras,

quas nemus umbrosum secretaque silva tegebat, 75 et iam
fortis erat, pulsusque recesserat ardor,

cum videt Aesoniden exstinctaque flamma reluxit. erubuere
genae, totoque recanduit ore,

utque solet ventis alimenta adsumere, quaeque parva sub
inducta latuit scintilla favilla 80

crescere et in veteres agitata resurgere vires, sic iam lenis amor,
iam quem languere putares, ut vidit iuvenem, specie praesentis
inarsit.

et casu solito formosior Aesone natus

illa luce fuit: posses ignoscere amanti. 85

spectat et in vultu veluti tum denique viso lumina fixa tenet nec
se mortalia demens ora videre putat nec se declinat ab illo;

ut vero coepitque loqui dextramqueprehendit hospes et
auxilium submissa voce rogavit 90

promisitque torum, lacrimis ait illa profusis: 'quid faciam, video:
nec me ignorantia veri decipiet, sed amor. servabere munere
nostro, servatus promissa dato!' per sacra triformis ille deae
lucoque foret quod numen in illo 95 perque patrem soceri
cernentem cuncta futuri eventusque suos et tanta pericula iurat:
creditus accepit cantatas protinus herbas edidicitque usum
laetusque in tecta recessit.

Postera depulerat stellas Aurora micantes: 100

conveniunt populi sacrum Mavortis in arvom consistuntque
iugis; medio rex ipse resedit agmine purpureus sceproque
insignis eburno. ecce adamanteis Vulcanum naribus efflant
aeripedes tauri, tactaeque vaporibus herbae 105

ardent, utque solent pleni resonare camini, aut ubi terrena
silices fornace soluti

concipiunt ignem liquidarum adspergine aquarum, pectora sic
intus clausas volventia flammis

107

108

109

¿Así pues yo a mi germana y hermano, y padre y dioses y mi
natal suelo, por los vientos llevada, he de dejar?

Naturalmente mi padre cruel, naturalmente es la mía una
bárbara tierra, mi hermano todavía un bebé. Están conmigo los
votos de mi hermana, el más grande dios dentro de mí está. No
grandes cosas atrás dejaré, 55 grandes cosas seguiré: el título
de haber salvado la juventud aquea

y el conocimiento de un lugar mejor y fortalezas cuya fama aquí
incluso florece, y el cultivo y artes de esos lugares,

y aquél que yo con las cosas que todo posee el orbe,

el Esónida, mutar querría, con el cual, como esposo, feliz 60

y querida a los dioses se me diga y con mi cabeza las estrellas
toque.

¿Y qué decir de no sé qué montes que se dice que en medio de
las ondas atacan, y, de las naves enemiga, Caribdis,

que ahora sorbe el estrecho, ahora lo devuelve, y, ceñida de salvajes perros, de una Escila rapaz, que en el profundo siciliano ladra? 65 Naturalmente reteniendo lo que amo y a su regazo en Jasón sujeta por estrechos largos iré. Nada a él abrazada temeré

o si de algo tengo miedo, tendré miedo de mi esposo solo.

¿Acaso matrimonio lo crees y unos especiosos nombres a la culpa,

Medea, tuya, impones? Es más, mira a qué gran 70 impiedad avanzas, y mientras lícito es, huye del crimen».

Dijo y ante sus ojos lo recto y la piedad y pudor

se erigían, y con la vencida daba ya la espalda Cupido.

Marchaba junto a unas antiguas aras, de Hécate la Perseide, las cuales un bosque sombrío y una secreta espesura cubría, 75 y ya fuerte era, y rechazado se resedaba su ardor,

cuando ve al Esónida, y la extinguida llama reluce. Enrojecieron sus mejillas y en todo se recandeció su rostro y como suele con los vientos alimentos cobrar y, la que

pequeña bajo el acumulado rescoldo se escondía, la brasa, 80 crecer, y hasta sus viejas fuerzas, agitada, resurgir,

así ya lene su amor, ya cual languidecer creerías,

cuando vio al joven, con la hermosura de él presente, se enardeció y, por acaso, de lo acostumbrado más hermoso de

Esón el nacido en aquella luz estaba: podrías perdonar a la enamorada. 85

Lo mira, y en su rostro, como entonces al fin visto, sus luces fijas mantiene, y no que ella un mortal rostro ve, demente, cree, ni se desvía de él.

Cuando empero empezó a hablar y la diestra le prende el huésped y auxilio con sumisa voz le rogó 90

y le prometió su lecho, con lágrimas dice ella desbordadas:

«Qué haré, veo, y no a mí la ignorancia de la verdad

me engañará, sino el amor. Salvado serás por regalo de nos: salvado lo prometido me darás». Por los misterios de la triforme diosa, él, y el numen que estuviera en aquella floresta, 95

y por el padre de su suegro futuro, que divisa todas las cosas, y los eventos suyos y tan grandes peligros jura.

Creído recibe en seguida unas encantadas hierbas y aprende su uso y alegre a sus techos se retiró.

La posterior Aurora había despedido a las estrellas rielantes.

100 Se reúnen los pueblos en el sagrado campo de Marte

y se instalan en sus cimas. En medio el rey mismo se aposenta del grupo, en púrpura, y por su cetro marfileño insigne.

He aquí que por sus aceradas narinas vulcano soplan

los toros de pies de bronce, y tocadas por sus vapores las hierbas 105 arden, y como suelen llenas resonar las chimeneas,

o cuando en un horno de tierra los sílices sueltos

conciben fuego con la aspersion en ellos de limpidas aguas, sus
pechos así, por dentro revolviendo las encerradas llamas,

gutturaque usta sonant; tamen illis Aesone natus 110 110
y su garganta quemada, suenan. Aun así, de ellos, el
nacido de Esón 110

obvius it. vertere truces venientis ad ora 111 al
encuentro va. Volvieron bravíos a la cara del que llegaba

terribiles vultus praefixaque cornua ferro 112 sus
terribles rostros y sus cuernos, prefijados con hierro,

pulvereamque solum pede pulsavere bisulco 113 y el
polvoriento suelo con su pie bipartido pulsaron

fumificisque locum mugitibus inpleverunt. 114 y de
humeantes mugidos el lugar llenaron.

deriguere metu Minyae; subit ille nec ignes 115 115 Rígidos de
miedo quedaron los Minias; se acerca él y no lo que ellos 115

sentit anhelatos (tantum medicamina possunt!) pendulaque
audaci mulcet palearia dextra suppositosque iugo pondus
grave cogit aratri ducere et insuetum ferro proscindere
campum: mirantur Colchi, Minyae clamoribus augent 120

adiciuntque animos. galea tum sumit aena vipereos dentes et
aratos spargit in agros.

semina mollit humus valido praetincta veneno, et crescunt
fiuntque sati nova corpora dentes,

utque hominis speciem materna sumit in alvo 125 perque suos
intus numeros conponitur infans

nec nisi maturus communes exit in auras, sic, ubi visceribus
gravidae telluris imago effecta est hominis, feto consurgit in
arvo,

quodque magis mirum est, simul edita concutit arma. 130

quos ubi viderunt praeacutae cuspidis hastas in caput
Haemonii iuvenis torquere parantis, demisere metu vultumque
animumque Pelasgi;

ipsa quoque extimuit, quae tutum fecerat illum. utque peti vidit
iuvenem tot ab hostibus unum, 135 palluit et subito sine
sanguine frigida sedit,

neve parum valeant a se data gramina, carmen auxiliare canit
secretasque advocat artes.

ille gravem medios silicem iaculatus in hostes a se depulsum
Martem convertit in ipsos: 140 terrigenae pereunt per mutua
vulnera fratres civilique cadunt acie. gratantur Achivi

victoremque tenent avidisque amplexibus haerent. tu quoque
victorem conplecti, barbaras, velles: obstitit incepto pudor, at

complexa fuisses, 145 sed te, ne faceres, tenuit reverentia
famae.

quod licet, adfectu tacito laetaris agisque carminibus grates et
dis auctoribus horum.

Pervigilem superest herbis sopire draconem,

qui crista linguisque tribus praesignis et uncis 150 dentibus
horrendus custos erat arboris aureae.

hunc postquam sparsit Lethaei gramine suci verbaque ter dixit
placidos facientia somnos, quae mare turbatum, quae concita
flumina sistunt, somnus in ignotos oculos sibi venit, et auro 155
heros Aesonius potitur spolioque superbus muneris auctorem
secum, spolia altera, portans victor Iolciacos tetigit cum
coniuge portus.

Haemoniae matres pro gnatis dona receptis grandaevique
ferunt patres congestaque flamma 160 tura liquefaciunt,
inductaque cornibus aurum victima vota cadit, sed abest
gratantibus Aeson

iam propior leto fessusque senilibus annis, cum sic Aesonides: 'o
cui debere salutem

confiteor, coniunx, quamquam mihi cuncta dedisti 165

excessitque fidem meritorum summa tuorum,

exhalan siente -tanto las drogas pueden-,
y sus colgantes papadas acaricia con audaz diestra,
y abajo puestos del yugo el peso grave les obliga del arado a
llevar, y el desacostumbrado campo a hierro hender.
Se admiran los colcos, los Minias con sus clamores le acrecen
120 y suman arrestos. De su gálea de bronce entonces toma
los vipéreos dientes y en los arados campos los esparce.
Esas semillas ablanda la tierra, de un vigoroso veneno antes
teñida, y crecen y se hacen los sembrados dientes nuevos
cuerpos
y como su aspecto humano toma en el materno vientre 125 y en
sus proporciones dentro se compone el bebé,
y no, sino maduro, sale a las comunes auras,
así, cuando en las entrañas de la grávida tierra su imagen
completada fue de hombre, en ese campo preñado surge,
y lo que más milagroso es, al par dadas a la luz, sacude sus
armas. 130 A los cuales cuando vieron, para blandir preparados
sus astas
de puntiaguda cúspide contra la cabeza del hemonio joven,
bajaron de miedo su rostro y su ánimo los pelasgos.
Ella también se aterró, la que seguro lo había hecho a él,

y cuando que acudían vio al joven tantos enemigos, uno él, 135
palideció y súbitamente sin sangre, fría, sentada estaba,

y para que no poco puedan las gramas por ella dadas, una
canción auxiliar canta y sus secretas artes invoca.

Él, un pesado sílice lanzando en medio de los enemigos un
Marte de sí despedido vuelve contra ellos. 140

Los hijos de la tierra perecen por mutuas heridas, los hermanos,
y en civil columna caen. Le felicitan los aqueos

y al vencedor sostienen y en ávidos abrazos lo estrechan. Tú
también al vencedor abrazar, bárbara, quisieras.

Pero a ti, para que no lo hicieras, te contuvo el temor de tu
fama: 145 se opuso a tu intento el pudor; mas abrazado lo
hubieras.

Lo que se puede, con afecto tácito te alegras y das

a tus canciones las gracias y a los dioses autores de ellos. Al
siempre vigilante dragón queda con hierbas dormir,

el que con su cresta y lenguas tres insigne, y con sus corvos 150
dientes horrendo, el guardián era del árbol áureo.

A él, después que lo asperjó con grama de leteo jugo

y las palabras tres veces dijo hacedoras de los plácidos sueños,
las que el mar turbado, las que los lanzados ríos asientan:

cuando el sueño a unos desconocidos ojos llegó, y del oro 155 el
héroe Esonio se apodera, y del despojo, orgulloso,

a la autora del regalo consigo -despojos segundos- portando,
vencedor tocó con su esposa de Iolco los puertos.

Medea y Esón

Las hemonias madres por sus hijos recobrados, dones,
y los padres de avanzada edad, ofrecen, y amontonados en la
llama 160

inciensos licuecen, y cubiertos sus cuernos de oro

una víctima los votos hace, pero falta entre los agradecidos
Esón ya más cercano a la muerte y cansado en sus seniles años,
cuando así el Esónida: «Oh a quien deber mi salvación

confieso, esposa, aunque a mí todas las cosas me has dado 165
y ha excedido a lo creíble la suma de los méritos tuyos,

si tamen hoc possunt (quid enim non carmina possunt?)

deme meis annis et demptos adde parenti!' nec tenuit lacrimas:
mota est pietate rogantis,

dissimilemque animum subiit Aeeta relictus; 170 nec tamen
adfectus talis confessa 'quod' inquit 'excidit ore tuo, coniunx,
scelus? ergo ego cuiquam posse tuae videor spatium
transcribere vitae?

nec sinat hoc Hecate, nec tu petis aequa; sed isto, quod petis,
experiar maius dare munus, Iason. 175 arte mea soceri
longum temptabimus aevum,

non annis revocare tuis, modo diva triformis adiuvet et
praesens ingentibus adnuat ausis.'

Tres aberant noctes, ut cornua tota coirent efficerentque
orbem; postquam plenissima fulsit 180 ac solida terras
spectavit imagine luna,

egreditur tectis vestes induta recinctas,

nuda pedem, nudos umeris infusa capillos, fertque vagos
mediae per muta silentia noctis incommitata gradus: homines
volucresque ferasque 185 solverat alta quies, [nullo cum
murmure serpit,

sopitae similar;] nullo cum murmure saepes 186a inmotaeque
silent frondes, silet umidus aer,

sidera sola micant: ad quae sua bracchia tendens ter se
convertit, ter sumptis flumine crinem inroravit aquis ternisque
ululatibus ora 190 solvit et in dura submisso poplite terra

'Nox' ait 'arcanis fidissima, quaeque diurnis aurea cum luna
succeditis ignibus astra,

tuque, triceps Hecate, quae coeptis conscia nostris adiutrixque
venis cantusque artisque magorum, 195 quaeque magos, Tellus,
pollentibus instruis herbis, auraeque et venti montesque

amnesque lacusque, dique omnes nemorum, dique omnes
noctis adeste, quorum ope, cum volui, ripis mirantibus amnes
in fontes rediere suos, concussaque sisto, 200 stantia concutio
cantu freta, nubila pello nubilaque induco, ventos abigoque
vocoque, vipereas rumpo verbis et carmine fauces, vivaque
saxa sua convulsaque robora terra

et silvas moveo iubeoque tremescere montis 205 et mugire
solum manesque exire sepulcris!

te quoque, Luna, traho, quamvis Temesaea labores aera tuos
minuant; currus quoque carmine nostro pallet avi, pallet nostris
Aurora venenis!

vos mihi taurorum flammis hebetastis et unco 210 inpatiens
oneris collum pressistis aratro,

vos serpentigenis in se fera bella dedistis custodemque rudem
somni sopistis et aurum vindice decepto Graias misistis in
urbes:

nunc opus est sucis, per quos renovata senectus 215 in florem
redeat primosque recolligat annos,

et dabit. neque enim micuerunt sidera frustra, nec frustra
volucrum tractus cervice draconum currus adest.' aderat
demissus ab aethere currus.

quo simul adscendit frenataque colla draconum 220 permulsit
manibusque leves agitavit habenas, sublimis rapitur

subiectaque Thessala Tempe despicit et certis regionibus
adplicat angues:

et quas Ossa tulit, quas altum Pelion herbas,

si, aun así, esto pueden -pues qué no tus canciones pueden-,
quítame de mis años, y los quitados añade a mi padre»,

y no contuvo las lágrimas: conmovióse ella de la piedad del que
rogaba y a su desemejante ánimo acudió el Eetes que ella
abandonó. 170

Y no, aun así, afectos tales confesando: «¿Qué abominación»,
dice, «ha salido de la boca tuya, esposo? ¿Así, que yo puedo a
alguien, crees, transcribir un espacio de tu vida?

Ni permita esto Hécate ni tú pides algo justo, pero que esto que
pides mayor, probaré a darte un regalo, Jasón. 175 Con el arte
mía la larga edad de mi suegro intentaremos,

no con los años tuyos, renovar, sólo con que la divina triforme
me ayude y presente consienta estos ingentes atrevimientos.

Tres noches faltaban para que sus cuernos todos se unieran y
efectuaran su círculo: después de que llenísima fulgió 180 y con
su sólida imagen las tierras miró la luna,

sale de los techos, de ropas desceñidas vestida,

desnuda de pie, desnudos sus cabellos por los hombros
derramados, y lleva errantes por los mudos silencios de la
media noche

no acompañada sus pasos. A hombres y pájaros y fieras 185
había relajado una alta quietud. [Sin ningún murmullo serpea
ella: a la que está dormida semejante], sin ningún murmullo los
setos callan y las frondas inmóviles, calla el húmedo aire.

Las estrellas solas rielan, a las cuales sus brazos tendiendo
tres veces se torna, tres veces con aguas cogidas de la
corriente el pelo se roró y en ternas de aullidos su boca 190
libera, y en la dura tierra puesta de hinojos:

«Noche», dice, «a los arcanos fidelísima, y los que áureos
sucedéis, con la luna, a los diurnos, astros,

y tú tricéfala Hécate, que cómplice de nuestras empresas y
fautora vienes, y cantos y artes de los magos, 195

y la que a los magos, Tierra, de potentes hierbas equipas, y
auras y vientos y montes y caudales y lagos

y dioses todos de los bosques, y dioses todos de la noche,
asistid, con cuya ayuda cuando lo quise ante sus asombradas
riberas los caudales a los manantiales retornaron suyos; y
agitados calmo, 200

y quietos agito con mi canto los estrechos; las nubes expulso
y las nubes congreco, los vientos ahuyento y llamo, vipéreas
fauces rompo con mis palabras y canción, y vivas rocas y
convulsos robles de su tierra,

y espesuras nuevo y mando temblar los montes 205 y mugir el suelo y a los manes salir de sus sepulcros.

A ti también, Luna, te arrastro, aunque de Témesa los bronce las fatigas tuyas minoren, el carro también con la canción nuestra palidece de mi abuelo, palidece la Aurora con nuestros venenos. Vosotros para mí de los toros las llamas embotasteis, y con el corvo 210 arado su cuello ignorante de carga hundisteis,

vosotros a los nacidos de serpiente contra sí fieras guerras disteis, y al centinela rudo de sueño dormisteis, y el oro, a su defensor engañando, mandasteis a las griegas ciudades.

215 Ahora menester es de jugos, por los cuales renovada la senectud, a la flor vuelva y sus primeros años recolecte,

y los daréis, pues ni rielaron las estrellas en vano

ni en vano por el cuello de voladores dragones tirado

mi carro aquí está». Estaba allí, descendido del éter, su carro.

Al cual una vez hubo ascendido y los enfrenados cuellos de los dragones 220 acarició y con sus manos sacudió las leves riendas,

sublime es arrebatada y sometido el tesalio Tempe abajo mira y a arcillosas regiones acopla sus sierpes: y las que el Osa ofrece, las hierbas que el alto Pelión,

Othrysqe Pindusque et Pindo maior Olympus, 225 perspicit et placitas partim radice revellit, partim succidit curvamine falcis aenae.

multa quoque Apidani placuerunt gramina ripis, multa quoque Amphrysi, neque eras immunis, Enipeu; nec non Peneos nec non Spercheides undae 230 contribuere aliquid iuncosaque litora Boebes; carpsit et Euboica vivax Anthedone gramen, nondum mutato vulgatum corpore Glauci.

Et iam nona dies curru pennisque draconum nonaque nox omnes lustrantem viderat agros, 235 cum rediit; neque erant tacti nisi odore dracones,

et tamen annosae pellem posuere senectae. constitit adveniens citra limenque foresque et tantum caelo tegitur refugitque viriles

contactus, statuitque aras de caespite binas, 240 dexteriore Hecates, ast laeva parte Iuventae.

has ubi verbenis silvaque incinxit agresti, haud procul egesta scrobibus tellure duabus sacra facit cultrosque in guttura velleris atri

conicit et patulas perfundit sanguine fossas; 245 tum super invergens liquidi carchesia mellis alteraque invergens tepidi carchesia lactis,

verba simul fudit terrenaque numina civit umbrarumque rogat
rapta cum coniuge regem, ne properent artus anima fraudare
senili. 250

Quos ubi placavit precibusque et murmure longo,

Aesonis effatum proferri corpus ad auras iussit et in plenos
resolutum carmine somnos exanimi similem stratis porrexit in
herbis.

hinc procul Aesoniden, procul hinc iubet ire ministros 255 et
monet arcanis oculos remove profanos. diffugiunt iussi; passis
Medea capillis bacchantum ritu flagrantis circuit aras
multifidasque faces in fossa sanguinis atra

tinguit et infectas geminis accendit in aris 260 terque senem
flamma, ter aqua, ter sulphure lustrat.

Interea validum posito medicamen aeno fervet et exsultat
spumisque tumentibus albet. illic Haemonia radices valle
resectas

seminaque floresque et sucos incoquit atros; 265 adicit extremo
lapides Oriente petitos

et quas Oceani refluxum mare lavit harenas; addit et exceptas
luna pernocte pruinas

et strigis infamis ipsis cum carnibus alas inque virum soliti
vultus mutare ferinos 270 ambigui prosecta lupi; nec defuit illis
squamea Cinyphii tenuis membrana chelydri vivacisque iecur

cervi; quibus insuper addit ova caputque novem cornicis
saecula passae.

his et mille aliis postquam sine nomine rebus 275 propositum
instruxit mortali barbara maius,

arenti ramo iampridem mitis olivae

omnia confudit summisque inmiscuit ima. ecce vetus calido
versatus stipes aeno

fit viridis primo nec longo tempore frondes²⁸⁰ induit et subito
gravidis oneratur olivis:

at quacumque cavo spumas eiecit aeno ignis et in terram
guttae cecidere calentes,

225

y el Otris y el Pindo, y que el Pindo mayor el Olimpo, 225
observa, y las que complacen, parte de raíz saca,
parte abate con la curvatura de su hoz de bronce.

Muchas también le pluguieron, gramas de las riberas del
Apídano, muchas también del Anfriso, y no eras tú inmune,
Enipeo, 230

y no dejó el Peneo, no dejaron del Esperquío las ondas de
contribuir algo, y los juncosos litorales del Bebe.

Cogió también de la eubea Antédona vivaz grama, todavía no vulgar por el cuerpo mutado de Glauco. Y ya el noveno día con su carro y alas de dragones,

y la novena noche todos los campos lustrar la habían visto, 235 cuando regresó, y no habían sido tocados sino del olor los dragones, y aun así de su añosa vejez la piel dejaron.

Se detuvo al llegar más acá del umbral y las puertas, y sólo del cielo se cubre, y rehúye los masculinos

contactos, e instituye unas aras de césped, en número de dos, 240 la más diestra de Hécate, mas por la izquierda parte de Juventa.

Éstas cuando de verbenas y de espesura agreste hubo ceñido, no lejos sacando tierra de dos hoyos,

sus sacrificios hace, y cuchillos a unas gargantas de vellón negro lanza, y las anchurosas fosas inunda de sangre. 245

Entonces, encima vertiendo unas vasijas de transparente vino, y otras vasijas vertiendo de tibia leche,

palabras a la vez derrama y los terrenos númenes aplaca y de las sombras ruega, con su raptada esposa, al rey,

que no se apresuren esos miembros a defraudar de su aliento senil. 250 A los cuales, cuando los hubo aplacado con sus plegarias y un murmullo largo, que el cuerpo agotado de Esón fuera sacado a las auras

ordenó, y a él, relajado por su canción en plenos sueños,

a un muerto semejante, lo extendió en un lecho de hierbas.

De allí lejos al Esónida, lejos de allí ordena marchar a los
sirvientes, 255

y les advierte que de los arcanos quiten sus ojos profanos. Se
dispersan, así ordenados. Suelos Medea sus cabellos, de las
bacantes al rito, las flagrantes aras circunda

y antorchas de múltiples hendiduras en la fosa de sangre negra
tiñe, y manchadas las enciende en las gemelas aras, 260

y tres veces al anciano con llama, tres veces con agua, tres
veces con azufre lustra.

Mientras tanto una vigorosa droga en un dispuesto caldero
hierve, y bulle, y de espumas henchidas blanquea.

Allí las raíces en el valle hemonio cortadas

y las semillas y flores y jugos negros cuece. 265 Añade
piedras en el extremo Oriente buscadas,

y, que el mar refluyente del Océano lavó, arenas.

Añade también, recogidas en una trasnochadora luna,
escarchas, y de un búho infame, junto a sus mismas carnes, las
alas,

y del que solía en hombre mutar sus rostros ferinos, 270 de un
ambiguo lobo, las entrañas; y no faltó a esas cosas la
escamosa membrana de una cinifia, tenue, fétida hidra, y de un
vivaz ciervo el hígado, a los cuales encima añade

la boca y cabeza de una corneja que nueve generaciones había pasado.

Después que con éstas y mil otras cosas sin nombre 275

un propósito instruyó la bárbara más grande que lo mortal,
con una rama, árida desde hacía mucho tiempo, de clemente
olivo todo lo confundió y con lo de más arriba mezcló lo más
profundo. He aquí que el viejo palo que daba vueltas en el
caliente caldero se hace verde a lo primero, y en no largo
tiempo de frondas 280 se viste, y súbitamente de grávidas
olivas se carga;

mas por donde quiera que del cavo caldero espumas lanzó el
fuego y a la tierra gotas cayeron calientes,

vernāt humus, floresque et mollia pabula surgunt. quae simul ac
vidit, stricto Medea recludit 285 ense senis iugulum veteremque
exire cruorem passa replet sucis; quos postquam conbibit
Aeson aut ore acceptos aut vulnere, barba comaeque canitie
posita nigrum rapuere colorem,

pulsa fugit macies, abeunt pallorque situsque, 290 adiectoque
cavae supplentur corpore rugae, membraque luxuriant: Aeson
miratur et olim

ante quater denos hunc se reminiscitur annos.

Viderat ex alto tanti miracula monstri

Liber et admonitus, iuvenes nutricibus annos 295 posse suis reddi, capit hoc a Colchide munus.

Neve doli cessent, odium cum coniuge falsum Phasias
adsimulat Peliaeque ad limina supplex confugit; atque illam,
quoniam gravis ipse senecta est, excipiunt natae; quas tempore
callida parvo 300 Colchis amicitiae mendacis imagine cepit,
dumque refert inter meritorum maxima demptos Aesonis esse
situs atque hac in parte moratur, spes est virginibus Pelia
subiecta creatis,

arte suum parili revirescere posse parentem, 305 idque petunt
pretiumque iubent sine fine pacisci. illa brevi spatio silet et
dubitare videtur suspenditque animos ficta gravitate rogantum.
mox ubi pollicita est, 'quo sit fiducia maior muneris huius' ait,
'qui vestri maximus aevo est 310 dux gregis inter oves, agnus
medicamine fiet.' protinus innumeris effetus laniger annis
attractitur flexo circum cava tempora cornu; cuius ut Haemonio
marcentia guttura cultro fodit et exiguo maculavit sanguine
ferrum, 315

membra simul pecudis validosque venefica sucos mergit in aere
cavo: minuunt ea corporis artus cornuaque exurunt nec non
cum cornibus annos, et tener auditur medio balatus aeno:

nec mora, balatum mirantibus exsilit agnus 320 lascivitque fuga
lactantiaque ubera quaerit.

Obstipuere satae Pelia, promissaque postquam exhibuere
fidem, tum vero inpensius instant.

ter iuga Phoebus equis in Hiberno flumine mersis dempserat et
quarta radiantia nocte micabant 325 sidera, cum rapido fallax
Aetias igni

imponit purum laticem et sine viribus herbas. iamque neci
similis resoluta corpore regem et cum rege suo custodes
somnia habebat,

quem dederant cantus magicaeque potentia linguae; 330
intrarant iussae cum Colchide limina natae ambierantque
torum: 'quid nunc dubitatis inertes? stringite' ait 'gladios
veteremque haurite crurorem, ut repleam vacuas iuvenali
sanguine venas!

in manibus vestris vita est aetasque parentis: 335 si pietas ulla
est nec spes agitatis inanis,

officium praestate patri telisque senectam exigite, et saniem
coniecto emittite ferro!

his, ut quaeque pia est, hortatibus in pia prima est

et, ne sit scelerata, facit scelus: haud tamen ictus 340

retoña la tierra y flores y mullidas pajas surgen.

Lo cual una vez que vio, empuñando Medea la espada 285

abre la garganta del anciano, y el viejo crúor dejando

salir, rellena con sus jugos; los cuales, después que los embebió

Esón o por la boca acogidos o por la herida, la barba y los
cabellos,

la canicie depuesta, un negro color arrebataron,

expulsada huye la delgadez, se van la palidez y la decrepitud

290 y con añadido cuerpo se suplen las cavas arrugas

y sus miembros exuberan: Esón se asombra y en otro tiempo,
antes cuatro decenas de años, que tal era él, recuerda.

Había visto desde lo alto las maravillas de tan gran portento

Líber y advertido de que sus jóvenes años a las nodrizas suyas

295 podían devolverse, toma este regalo de la Cólquide.

Medea y Pelias

Y para que no sus engaños cesen, un odio contra su esposo

falso la Fasiade simula, y de Pelias a los umbrales suplicante

huye, y a ella, puesto que abrumado él por la vejez está,

la reciben sus nacidas; a las cuales la astuta cólquide, en un
tiempo 300

pequeño, de una amistad mendaz con la imagen, atrapa,

y mientras relata entre los máximos de sus méritos haber quitado a Esón la decrepitud y en esta parte se demora, la esperanza ha introducido entre las vírgenes de Pelias creadas de que por arte pareja rejuvenecer podría el padre suyo, 305 y esto buscan, y un precio le ordenan que sin límite pacte.

Ella por breve espacio calla y dudar parece

y suspende los ánimos, fingiendo gravedad, de las que le rogaban. Luego, cuando su propuesta hace: «Para que sea la fe más grande del regalo este», dice, «el que mayor en edad es, 310

el jefe de la grey entre las ovejas vuestras, cordero con mi droga se hará».

En seguida, agotado por sus incontables años un lanado traen, curvado su cuerno alrededor de sus cavas sienes;

del cual, cuando con su cuchillo hemonio su marchita garganta perforó y de su exigua sangre manchó el hierro, 315

los miembros a la vez de la res y unos vigorosos jugos la envenenadora sumerge en un caldero cavo: disminuye esto las articulaciones de su cuerpo, sus cuernos se esfuman y no menos, con sus cuernos, sus años,

y tierno se oye un balido en medio del caldero,

y sin demora, a las que del balido se asombran, les salta un cordero 320

y retoza en su huida y unas ubres lecheras quiere.

Pasmáronse las engendradas de Pelias, y después que las promesas exhibían su fe, entonces en verdad más encarecidamente la instan.

Tres veces los yugos Febo a sus caballos, en la ibérica corriente sumergidos,

había quitado, y en la cuarta noche radiantes rielaban 325 las estrellas, cuando a un arrebatador fuego la falaz Eetíade impone puro líquido y sin fuerzas unas hierbas.

Y ya a la muerte parecido el sueño, relajado su cuerpo, del rey, y con el rey suyo de sus centinelas, se había apoderado, al cual los habían entregado sus cantos y la potencia de su mágica lengua; 330

habían entrado al serles ordenado, junto con la cólquide, en los umbrales sus nacidas

y rodeaban el lecho: «¿Por qué ahora dudáis, inertes? Empuñad», dice, «las espadas y el viejo crúor sacadle, que yo rellene las vacías venas con juvenil sangre.

En las manos vuestras la vida está y la edad de vuestro padre. 335 Si piedad alguna hay y no unas esperanzas tenéis vanas, servicio prestad a vuestro padre y con las armas la vejez sacadle y su pus extraedle aunando vuestro hierro».

Con tales apremios, según cada una de piadosa es, la impía
primera es,

y para no ser abominable, hace una abominación. Aun así, los
golpes 340

ulla suos spectare potest, oculosque reflectunt, caecaque dant
saevis aversae vulnera dextris. ille cruore fluens, cubito tamen
adlevat artus, semilacerque toro temptat consurgere, et inter
tot medius gladios pallentia bracchia tendens 345 'quid facitis,
gnatae? quid vos in fata parentis armat?' ait: cecidere illis
animique manusque;

plura locuturo cum verbis guttura Colchis abstulit et calidis
laniatum mersit in undis.

Quod nisi pennatis serpentibus isset in auras, 350 non exempta
foret poenae: fugit alta superque Pelion umbrosum, Philyreia
tectata, superque Othryn et eventu veteris loca nota Cerambi:

hic ope nympharum sublatus in aera pennis, cum gravis infuso
tellus foret obruta ponto, 355 Deucalioneas effugit inobrutus
undas.

Aeoliam Pitane a laeva parte relinquit factaque de saxo longi
simulacra draconis Idaeumque nemus, quo nati furta,
iuuencum, occulit Liber falsi sub imagine cervi, 360

quaque pater Corythi parva tumulatus harena est, et quos
Maera novo latratu terruit agros, Eurypylique urbem, qua Coae
cornua matres gesserunt tum, cum discederet Herculis agmen,
Phoebeamque Rhodon et Ialysios Telchinas, 365 quorum oculos
ipso vitiantes omnia visu

Iuppiter exosus fraternis subdidit undis; transit et antiquae
Cartheia moenia Ceae,

qua pater Alcidamas placidam de corpore natae miraturus erat
nasci potuisse columbam. 370 inde lacus Hyries videt et Cycneia
Tempe, quae subitus celebravit olor: nam Phylus illic imperio
pueri volucrisque ferumque leonem

tradiderat domitos; taurum quoque vincere iussus vicerat et
spreto totiens iratus amore 375 praemia poscenti taurum
suprema negabat;

ille indignatus 'cupies dare' dixit et alto desiluit saxo; cuncti
cecidisse putabant: factus olor niveis pendebat in aere pennis;

at genetrix Hyrie, servati nescia, flendo 380 delicit
stagnumque suo de nomine fecit. adiacet his Pleuron, in qua
trepidantibus alis Ophias effugit natorum vulnera Combe;

inde Calareae Letoidos adspicit arva

in volucrem versi cum coniuge conscia regis. 385 dextera
Cyllene est, in qua cum matre Menephron concubiturus erat
saevarum more ferarum; Cephison procul hinc deflentem fata
nepotis respicit in tumidam phocen ab Apolline versi Eumelique
domum lugentis in aere natum. 390

Tandem vipereis Ephyren Pirenida pennis contigit: hic aevo
veteres mortalia primo corpora vulgarunt pluvialibus edita
fungis.

sed postquam Colchis arsit nova nupta venenis

flagrantemque domum regis mare vidit utrumque, 395

suyos ninguna contemplar puede y sus ojos vuelven

y ciegas heridas dan, vueltas de espalda, con sus salvajes
diestras. Él, crúor manando, sobre su codo, aun así, levanta el
cuerpo,

y semidesgarrado del lecho intenta levantarse, y en medio de
tantas espadas sus palidecientes brazos tendiendo: 345

«¿Qué hacéis, mis nacidas? ¿Quién para los hados de un padre
os arma?», dice. Cayeron en ellas arrestos y manos.

Huida de Medea

Al que más iba a decir, junto con sus palabras la garganta la
cólquide le cortó, y despedazado lo sumergió en las calientes
aguas,

que si con sus aladas serpientes no se hubiese ido a las auras,
350 no exenta hubiera quedado de castigo: huye alta sobre el
Pelión sombrío, del Filireo los techos, y sobre el Otris,

y por el suceso del viejo Cerambo esos lugares conocidos: él,
con ayuda de las ninfas sostenido en el aire con alas,

cuando la pesada tierra fuera enterrada por el ponto que la
inundaba, 355

huyó, él no enterrado, de las ondas de Deucalión.

La eolia Pítane por la parte izquierda deja,

y hechos de piedra los simulacros de un largo dragón,

y del Ida el bosque, en el que los hurtos de su nacido, un novillo,
ocultó Líber bajo la imagen de un falso ciervo, 360

y en donde el padre de Córito enterrado en un poco de arena
fue, y los campos que Mera con su nuevo ladrido aterrorizó,

y de Eurípilo la ciudad, en donde las madres de Cos cuernos
llevaron, entonces, cuando se alejaba de Hércules la tropa,

y la Rodas de Febo, y de Iálisho los Telquines, 365

cuyos ojos, que con su misma visión arruinaban todas las cosas,
Júpiter lleno de odio a las ondas de su hermano sometió.

Atravesó también las murallas cartegas de la antigua Cea,

en donde su padre Alcídamente se habría de asombrar de que pudiera nacer plácida, del cuerpo de su hija, un paloma. 370

Desde ahí el lago de Hirie la ve, y de Cigno el Tempe, que un súbito cisne frecuentó: pues Filio allí,

por mandato del muchacho, unas aves y un fiero león

había entregado domados; a un toro también vencer siéndole ordenado

lo había vencido, y enconado por su amor tantas veces despreciado, 375

al que esos premios supremos demandaba del toro, le negaba.

Él indignado: «Desearás dármelo», dijo y de su alta roca saltó.

Todos que había caído muerto creían:

hecho cisne con unas niveas alas se suspendía en el aire.

Mas su genetriz Hirie, de su salvación ignorante, llorando 380 se delicueció y un pantano de su nombre se hizo.

Junta yace a ello Pleurón, en la cual con trepidantes alas la Ofiade huyó, Combe, de las heridas de sus nacidos.

De ahí de Calaura los campos la Letoide contempla,

de ese rey, vuelto ave junto con su esposa, cómplices. 385

Diestra Cilene está, en la cual con su madre Menefron

de acostarse había, al modo de las salvajes fieras.

Al Cefiso lejos de aquí, que lloraba los hados de su nieto, vuelve su mirada, en una henchida foca por Apolo convertido,

y de Eumelo a la casa, haciendo duelo en el aire de su nacido.

390 Finalmente con sus vipéreas plumas la Éfira Pirénide,
alcanza: aquí los antiguos divulgaron que en la edad primera
mortales cuerpos de unos pluviales hongos habían nacido.

Medea y Teseo

Pero después que con los colcos venenos ardió la recién casada
y flagrante la casa del rey vieron los mares ambos, 395

sanguine natorum perfunditur inpius ensis, ultaque se male
mater Iasonis effugit arma. hinc Titaniacis ablata draconibus
intrat Palladias arces, quae te, iustissima Phene,

teque, senex Peripha, pariter videre volantes 400 innixamque
novis neptem Polypemonis alis. excipit hanc Aegeus facto
damnandus in uno,

nec satis hospitium est, thalami quoque foedere iungit.

Iamque aderat Theseus, proles ignara parenti, qui virtute sua
bimarem pacaverat Isthmon: 405 huius in exitium miscet
Medea, quod olim attulerat secum Scythicis aconiton ab oris.

illud Echidnaeae memorant e dentibus ortum esse canis: specus
est tenebroso caecus hiatu, est via declivis, per quam Tiryntius
heros 410 restantem contraque diem radiosque micantes

obliquantem oculos nexis adamante catenis Cerberon abstraxit,
rabida qui concitus ira inplevit pariter ternis latratibus auras
et sparsit virides spumis albentibus agros; 415 has concreesse
putant nactasque alimenta feracis fecundique soli vires cepisse
nocendi;

quae quia nascuntur dura vivacia caute, agrestes aconita
vocant. ea coniugis astu

ipse parens Aegeus nato porrexit ut hosti. 420 sumpserat
ignara Theseus data pocula dextra, cum pater in capulo gladii
cognovit eburno signa sui generis facinusque excussit ab ore.
effugit illa necem nebulis per carmina motis;

At genitor, quamquam laetatur sospite nato, 425 attonitus
tamen est, ingens discrimine parvo committi potuisse nefas:
fovet ignibus aras muneribusque deos inplet, feriuntque secures
colla torosa boum victorum cornua vittis. nullus Erecthidis
fertur celebratior illo 430

inluxisse dies: agitant convivia patres

et medium vulgus nec non et carmina vino ingenium faciente
canunt: 'te, maxime Theseu, mirata est Marathon Cretaei
sanguine tauri, quodque suis securus arat Cromyona colonus,
435

munus opusque tuum est; tellus Epidauria per te clavigeram
vidit Vulcani occumbere prolem, vidit et inmitem Cephisias ora
Procrusten, Cercyonis letum vidit Cerealis Eleusin.

occidit ille Sinis magnis male viribus usus, 440 qui poterat
curvare trabes et agebat ab alto

ad terram late sparsuras corpora pinus. tutus ad Alcatheen,
Lelegeia moenia, limes conposito Scirone patet, sparsisque
latronis

terra negat sedem, sedem negat ossibus unda; 445

quae iactata diu fertur durasse vetustas

in scopulos: scopulis nomen Scironis inhaeret. si titulos
annosque tuos numerare velimus, facta prement annos. pro te,
fortissime, vota

publica suscipimus, Bacchi tibi sumimus haustus.' 450

consonat adsensu populi precibusque faventum regia, nec tota
tristis locus ullus in urbe est.

con la sangre de sus nacidos se inunda su impía espada

y vengándose a sí misma mal la madre, de las armas de Jasón
huyó.

De aquí, por los dragones arrebatada del Titán, entra en los
recintos de Palas, los que a ti, justísima Fene,

y a ti, anciano Périfas, al par os vieron volando, 400 y apoyada
en unas nuevas alas a la nieta de Polipemon. La acoge a ella
Egeo, sólo por este hecho condenable,

y no bastante la hospitalidad es, del tálamo también con la alianza a él la une.

Y ya estaba allí Teseo, prole ignorada para su padre,
y, por la virtud suya, el de dos mares había pacificado, el Istmo.
405 De él para la perdición mezcla Medea el que un día

había traído consigo de las escíticas orillas, ese acónito. Aquel recuerdan que de los dientes de la equidnea perra surgido fue: una gruta hay, por su tenebrosa abertura ciega, hay un camino declinante, por el cual el tirintio héroe 410 al que se resistía y contra el día y sus rayos rielantes sesgaba sus ojos, con cadenas unidas a acero,

a Cérbero, arrastró, el cual, su rabiosa ira concitada, llenó al par con sus ternas de ladridos las auras

y asperjó los verdes campos de sus espumas blanqueantes. 415 Que éstas se solidificaron creen, y que obteniendo alimentos de su feraz y fecundo suelo, las fuerzas cobraron de hacer daño;

a los cuales, puesto que nacen vivaces en los duros escollos,

los rústicos acónitos los llaman; éstos por astucia de su esposa 420 su propio padre, Egeo, a su nacido extendió como a enemigo.

Había cogido con ignorante diestra Teseo las dadas copas, cuando su padre en el puño de marfil de su espada conoció las señales de su familia y la fechoría sacudió de su boca.

Escapó ella de la muerte con unas nubes mediante sus canciones movidas.

Mas su genitor, aunque se alegra de su salvo nacido, 425 atónito aun así está de que una ingente abominación, por tan poca distancia, cometerse pudo: templa con fuegos las aras

y de presentes a los dioses colma y hieren las segures

los cuellos torosos de bovinos, atados sus cuernos con cintas.

Ninguno entre los Erectidas se dice que más celebrado que aquel 430 día lució; preparan convites los padres

y el medio pueblo, y canciones -el vino su ingenio haciendo- no dejan de cantar: «De ti, máximo Teseo, se ha admirado Maratón por la sangre del creteo toro,

y que, a salvo del cerdo, ara su Cromión el colono, 435 regalo y obra tuya es; la tierra epidauria por ti

vio, portadora de la maza, sucumbir de Vulcano a la prole, vio también al inclemente Procrustes la cefisiade orilla;

de Cerción la muerte vio la Cereal Eleusis.

Cayó aquel Sinis, que de sus grandes fuerzas mal se sirvió, 440 el que podía curvar los troncos, y bajaba desde lo alto

a la tierra los que a lo ancho habían de esparcir cuerpos: unos pinos. Segura hasta Alcátoe, lelegeias murallas, una senda,

una vez terminó con Escirón, se abre, y dispersos la tierra

les niega una sede, una sede le niega a sus huesos de ladrón la onda, 445 los cuales, agitados mucho tiempo, se dice que los endureció su vejez en escollos; de escollos el nombre de Escirón está prendido.

Si tus glorias y los años tuyos contar quisiéramos,
tus hechos someterían a tus años. Por ti, valerosísimo, estos votos públicos asumimos, de Baco por ti tomamos estos sorbos». 450 Resuena, del asentimiento del pueblo y las súplicas de los fautores, el real, y lugar triste alguno en toda la ciudad no hay.

Nec tamen (usque adeo nulla est sincera voluptas, sollicitumque aliquid laetis intervenit) Aegeus gaudia percepit nato secura recepto: 455

bella parat Minos; qui quamquam milite, quamquam classe valet, patria tamen est firmissimus ira Androgeique necem iustis ulciscitur armis.

ante tamen bello vires acquirit amicas,

quaque potens habitus volucris freta classe pererrat: 460 hinc Anaphen sibi iungit et Astypaleia regna, (promissis Anaphen, regna Astypaleia bello);

hinc humilem Myconon cretosaque rura Cimoli florentemque thymo Syron planamque Seriphon marmoreamque Paron,

quamque inopia prodidit Arne 465 Siphnon et accepto, quod
avara poposcerat, auro mutata est in avem, quae nunc quoque
diligit aurum, nigra pedes, nigris velata monedula pennis.

At non Olios Didymeque et Tenos et Andros et Gyarus
nitidaeque ferax Peparethos olivae 470 Cnosiacas iuvere rates;
latere inde sinistro Oenopiam Minos petit, Aeacidae regna:
Oenopiam veteres adpellavere, sed ipse

Aeacus Aeginam genetricis nomine dixit.

turba ruit tantaeque virum cognoscere famae 475 expetit;
occurrunt illi Telamonque minorque quam Telamon Peleus et
proles tertia Phocus; ipse quoque egreditur tardus gravitate
senili Aeacus et, quae sit veniendi causa, requirit. admonitus
patrii luctus suspirat et illi 480

dicta refert rector populorum talia centum: 'arma iuves oro pro
gnato sumpta piaequae pars sis militiae; tumulo solacia posco.'
huic Asopiades 'petis inrita' dixit 'et urbi

non facienda meae; neque enim coniunctior ulla 485 Cecropidis
est hac tellus: ea foedera nobis.' tristis abit 'stabunt' quae 'tibi tua
foedera magno' dixit et utilius bellum putat esse minari

quam gerere atque suas ibi praeconsumere vires. classis ab
Oenopiis etiamnum Lyctia muris 490 spectari poterat, cum
pleno concita velo

Attica puppis adest in portusque intrat amicos, quae Cephalum
patriaequae simul mandata ferebat. Aeacidae longo iuvenes

post tempore visum agnovere tamen Cephalum dextrasque
dedere 495 inque patris duxere domum: spectabilis heros

et veteris retinens etiamnum pignora formae ingreditur
ramumque tenens popularis olivae a dextra laevaue duos
aetate minores

maior habet, Clyton et Buten, Pallante creatos. 500 Postquam
congressus primi sua verba tulerunt,

Cecropidae Cephalus peragit mandata rogatque auxilium
foedusque refert et iura parentum, imperiumque peti totius
Achaidos addit.

sic ubi mandatam iuvit facundia causam, 505 Aeacus, in capulo
sceptri nitente sinistra,

'ne petite auxilium, sed sumite' dixit, 'Athenae, nec dubie vires,
quas haec habet insula, vestras ducite, et (o maneat rerum
status iste mearum!) robora non desunt; superat mihi miles et
hoc est, 510

Minos y Céfalo (I)

Aun así -hasta tal punto ningún placer es limpio e inquietud
alguna en las alegrías interviene-, Egeo

unos goces no percibió íntegros por su nacido recobrado: 455
guerras prepara Minos, el cual, aunque en soldado, aunque

por su armada es fuerte, aun así por su paterna ira es firmísimo
y del asesinato de Androgeo se venga con justas armas.

Antes, con todo, para la guerra busca fuerzas amigas
y con la que poderoso es considerado, con su voladora armada,
los estrechos recorre. 460

Por aquí a Anafe se adhiere y los reinos de Astipalea
-con promesas a Anafe, los reinos de Astipalea con la guerra-,
por aquí la humilde Míconos, y los arcillosos campos de Cimolos,
y floreciente de tomillo a Citnos, y la plana Serifos,
y la marmórea Paros, y a la que impía traicionó Arne, 465

† Siton † : recibido el oro, que avara había demandado, mutada
fue en un ave que ahora también ama el oro, negra de pies, de
negras plumas velada, la corneja.

Mas no Olíaros y Dídime y Tenos y Andros

y Gíaros y de su nítida oliva feraz Peparetos 470

a las naves ayudaron de Gnosos. De allí por su costado siniestro
a Enopia Minos acude, de los Eácidas los reinos:

Enopia los antiguos la llamaron, pero el propio Éaco Egina, de
su genetriz con el nombre, le llamó.

La multitud se lanza y de tanta fama a un hombre conocer
ansía; al encuentro corren de él Telamón y menor
que Telamón Peleo y, la prole tercera, Foco;

el mismo también sale, tardo por la pesadez senil, Éaco, y cuál sea de su venida la causa pregunta.

Al serle recordado de su padre el luto suspira y a él 480 palabras le refiere tales el regidor de los cien pueblos:

«Que estas armas favorezcas te pido, por mi nacido tomadas, y de esta piadosa

milicia parte seas: para su túmulo consuelos demando».

A él el Asopíada: «Pides cosa inútil», dijo, «y que la ciudad no ha de hacer mía; pues no más unida ninguna 485

tierra a los cecrópides que ésta está: tales las alianzas nuestras». Triste se va y: «Se mantendrán para ti tus pactos a alto precio», dijo, y más útil una guerra amenazar piensa que es,

que hacerla, y sus fuerzas allí previamente consumir.

La armada lictia desde los enopios muros todavía 490 contemplarse podía, cuando a plena vela lanzada

una ática popa llega y en esos puertos amigos entra,

la cual a Céfalo, y de la patria a la vez unos encargos, llevaba.

Los Eácidas jóvenes, después de largo tiempo visto, reconocieron, aun así, a Céfalo y sus diestras le dieron 495

y de su padre a la casa lo condujeron. Digno de ver el héroe, y de su vieja hermosura reteniendo todavía ahora las prendas avanza, y una rama sosteniendo de su paisana oliva

a su diestra y su siniestra a dos de edad menor,

él el mayor, tiene, a Clito y Butes, por Palante creados. 500

Después que sus encuentros primeros sus palabras propias
llevaron, del Cecrópida los encargos Céfalo cumple y le ruega
auxilio y el pacto le recuerda y las leyes de sus padres y que el
dominio se pretende de toda la Acaya añade.

Así, cuando la encargada causa su elocuencia hubo alentado,
505 Éaco, en el puño de su cetro su mano siniestra apoyando:

«Auxilio no pedid, sino tomadlo», dijo, «oh Atenas, y sin dudar
las fuerzas que esta isla tiene, vuestras decidlas, y todo lo que
de las cosas mías el estado es.

Reciedumbre no falta: me sobra a mí soldado y hueste. 510

gratia dis, felix et inexcusabile tempus.'

*'immo ita sit' Cephalus, 'crescat tua civibus opto urbs' ait;
'adveniens equidem modo gaudia cepi, cum tam pulchra mihi,
tam par aetate iuventus obvia processit; multos tamen inde
requiro, 515 quos quondam vidi vestra prius urbe receptus.'*

*Aeacus ingemuit tristisque ita voce locutus: 'flebile principium
melior fortuna secuta est; hanc utinam possem vobis memorare
sine illo!*

ordine nunc repetam, neu longa ambage morer vos, 520 ossa
cinisque iacent, memori quos mente requiris, et quota pars illi
rerum periere mearum!

dira lues ira populis Iunonis iniquae incidit exosae dictas a
paelice terras.

dum visum mortale malum tantaeque latebat 525 causa nocens
cladis, pugnatum est arte medendi: exitium superabat opem,
quae victa iacebat. principio caelum spissa caligine terras
pressit et ignavos inclusit nubibus aestus;

dumque quater iunctis explevit cornibus orbem 530 Luna,
quater plenum tenuata retexuit orbem, letiferis calidi spirarunt
aestibus austri.

constat et in fontis vitium venisse lacusque, miliaque incultos
serpentum multa per agros errasse atque suis fluvios temerasse
venenis. 535 strage canum primo volucrumque oviumque
boumque inque feris subiti deprensa potentia morbi. concidere
infelix validos miratur arator

inter opus tauros medioque recumbere sulco; lanigeris gregibus
balatus dantibus aegros 540 sponte sua lanaeque cadunt et
corpora tabent; acer equus quondam magnaеque in pulvere
famae degenerat palmas veterumque oblitus honorum
ad praesepe gemit leto moriturus inerti.

non aper irasci meminit, non fidere cursu 545 cerva nec
armentis incurrere fortibus ursi. omnia languor habet: silvisque

agrisque viisque corpora foeda iacent, vitiantur odoribus aurae.
mira loquar: non illa canes avidaeque volucres, non cani tetigere
lupi; dilapsa liquescunt 550 adflatuque nocent et agunt
contagia late.

'Pervenit ad miseros damno graviore colonos pestis et in
magnae dominatur moenibus urbis. viscera torrentur primo,
flammaeque latentis indicium rubor est et ductus anhelitus; igni
555 aspera lingua tumet, tepidisque arentia ventis ora patent,
auraeque graves captantur hiatu.

non stratum, non ulla pati velamina possunt, nuda sed in terra
ponunt praecordia, nec fit

corpus humo gelidum, sed humus de corpore fervet. 560 nec
moderator adest, inque ipsos saeva medentes erumpit clades,
obsuntque auctoribus artes;

quo propior quisque est servitque fidelius aegro, in partem leti
citius venit, utque salutis

spes abiit finemque vident in funere morbi, 565 indulgent animis
et nulla, quid utile, cura est: utile enim nihil est. passim
positoque pudore

Gracias a los dioses, feliz e inexcusable tiempo este».

«Mejor que así sea», Céfalos: «Que crezca tu urbe en ciudadanos

te deseo», dice. «Llegando yo, ciertamente, ahora poco, gozos sentí cuando una tan bella, tan semejante en edad, esta juventud

a mi encuentro avanzaba; muchos, aun así, entre ellos echo de menos, 515

a los que un día vi en vuestra ciudad anteriormente al ser recibido».

La peste de Egina

Éaco gimió hondo y con triste voz así hablando:

«A un luctuoso principio una mejor fortuna ha seguido. Ésta ojalá pudiera a vosotros recordaros sin aquél.

Por su orden ahora lo recordaré y para no con un largo rodeo deteneros: 520 huesos y cenizas yacen los que con memorativamente echas de menos, y cuánta parte, ellos, del estado mío, perecieron.

Una siniestra peste por la ira injusta de Juno sobre estos pueblos cayó, al odiar ella, dichas por su rival, estas tierras.

Mientras pareció mortal la desgracia y de tan gran calamidad 525 se escondía la causa dañina, combatióse con el arte médica;

la perdición superaba al remedio, que vencido yacía.

Al principio el cielo una espesa bruma sobre las tierras

puso y unos perezosos ardores encerró entre esas nubes, 530

y mientras cuatro veces juntando sus cuernos completó su círculo la Luna, cuatro veces su pleno círculo, atenuándose, destejió,

con mortíferos ardores soplaron los calientes austros.

Consta que también hasta los manantiales el daño llegó, y los lagos, y muchos miles de serpientes por los incultivados campos 535 vagaron y con sus venenos los ríos profanaron.

En el estrago de los perros primero, y de las aves y ovejas y bueyes y entre las fieras, de la súbita enfermedad se captó la potencia.

De que caigan el infeliz labrador se maravilla, vigorosos, entre la labor, los toros, y en mitad se tumben del surco. De las lanadas greyes, balidos dando dolientes, 540 por sí mismas las lanas caen y sus cuerpos se consumen. El acre caballo un día y de gran fama en el polvo,

desmerece de sus palmas, y de sus viejos honores olvidado

junto al pesebre gime a punto de morir de enfermedad inerte;

545 no el jabalí de su ira se acuerda, no de confiar en su carrera

la cierva, ni contra los fuertes ganados de correr los osos.

Todo el languor lo posee y en las espesuras y campos y caminos cuerpos feos yacen y vician con sus olores las auras.

Maravillas diré: no los perros y las ávidas aves,

no los canos lobos a ellos los tocaron; caídos se licuecen 550
y con su aflato dañan y llevan sus contagios a lo ancho.

«Llega a los pobres colonos con daño más grave la peste y en
las murallas señorea de la gran ciudad.

Las vísceras se queman a lo primero, y de la llama escondida
555 indicio el rubor es y el producido anhélito.

Áspera la lengua se hincha, y por esos tibios vientos árida la
boca se abre, y auras graves se reciben por la comisura. No la
cama, no ropas soportarse algunas pueden,

sino en la dura tierra ponen sus torsos, y no se vuelve

el cuerpo de la tierra helado, sino la tierra de ese cuerpo hierve,
560 y moderador no hay, y entre los mismos que la medican
salvaje irrumpe la calamidad, y en contra están de sus autores
sus artes.

Cuanto más cercano alguien está y sirve más fielmente a un
enfermo, al partido de la muerte más pronto llega, y cuando de
salvación

la esperanza se ha ido y el fin ven en el funeral de la
enfermedad, 565 ceden a sus ánimos y ninguna por qué sea útil
su preocupación es, pues útil nada es. Por todos lados, dejado
el pudor,

fontibus et fluviis puteisque capacibus haerent, nec sitis est
extincta prius quam vita bibendo. inde graves multi nequeunt

consurgere et ipsis 570 in moriuntur aquis, aliquis tamen haurit
et illas; tantaque sunt miseris in visi taedia lecti,
prosiliunt aut, si prohibent consistere vires, corpora devolvunt in
humum fugiuntque penates
quisque suos, sua cuique domus funesta videtur, 575 et quia
causa latet, locus est in crimine; partim semianimes errare viis,
dum stare valebant, adspiceres, flentes alios terraque iacentes
lassaque versantes supremo lumina motu; membraque
pendentis tendunt ad sidera caeli, 580 hic illic, ubi mors
deprenderat, exhalantes.

'Quid mihi tunc animi fuit? an, quod debuit esse, ut vitam
odissem et cuperem pars esse meorum? quo se cumque acies
oculorum flexerat, illic

vulgus erat stratum, veluti cum putria motis 585 poma cadunt
ramis agitataque ilice glandes. templa vides contra gradibus
sublimia longis:

Iuppiter illa tenet. quis non altaribus illis

inrita tura dedit? quotiens pro coniuge coniunx, pro gnato
genitor dum verba precantia dicit, 590 non exoratis animam
finivit in aris,

inque manu turis pars inconsumpta reperta est! admoti
quotiens templis, dum vota sacerdos concipit et fundit durum
inter cornua vinum, haud exspectato ceciderunt vulnere tauri!
595 ipse ego sacra Iovi pro me patriaque tribusque cum

facere natis, mugitus victima diros edidit et subito conlapsa
sine ictibus ullis exiguo tinxit subiectos sanguine cultros.

exta quoque aegra notas veri monitusque deorum 600
perdiderant: tristes penetrant ad viscera morbi. ante sacros vidi
proiecta cadavera postes,

ante ipsas, quo mors foret invidiosior, aras.

pars animam laqueo claudunt mortisque timorem morte fugant
ulstroque vocant venientia fata. 605 corpora missa neci nullis de
more feruntur funeribus (neque enim capiebant funera portae):
aut inhumata premunt terras aut dantur in altos indotata rogos;
et iam reverentia nulla est,

deque rogis pugnant alienisque ignibus ardent. 610 qui
lacrimant, desunt, indefletaeque vagantur natorumque
patrumque animae iuvenumque senumque, nec locus in
tumulos, nec sufficit arbor in ignes.

Attonitus tanto miserarum turbine rerum, "Iuppiter o!" dixi, "si te
non falsa loquuntur 615 dicta sub amplexus Aeginae Asopidos
isse,

nec te, magne pater, nostri pudet esse parentem, aut mihi
redde meos aut me quoque conde sepulcro!" ille notam fulgore
dedit tonitruque secundo. "accipio sintque ista precor felicia
mentis 620 signa tuae!" dixi, "quod das mihi, pigneror omen."

forte fuit iuxta patulis rarissima ramis

sacra Iovi quercus de semine Dodonaeo;

hic nos frugilegas adspeximus agmine longo grande onus
exiguo formicas ore gerentes 625 rugosoque suum servantes
cortice callem;

a los manantiales y ríos y pozos espaciosos se aferran
y no la sed es extinguida antes que su vida al beber; 570
de ahí, pesados, muchos no pueden levantarse y dentro de las
mismas aguas mueren; alguno aun así toma también de ellas.
Y, tan grande es para los desgraciados el hastío del odiado
lecho, de él saltan, o si les prohíben sostenerse sus fuerzas,
sus cuerpos ruedan a tierra y huye de los penates
cada uno suyos, y a cada uno su casa funesta le parece, 575
y puesto que la causa está oculta, su lugar pequeño está bajo
acusación. Medio muertos errar por las calles, mientras estar de
pie podían,
los vieras, llorando a otros y en tierra yacentes
y sus agotadas luces volviendo en su supremo movimiento,
y sus miembros a las estrellas tienden del suspendido cielo, 580
por aquí y allá, donde la muerte los sorprendiera, expirando.
Cuánto yo entonces ánimo tuve, o cuánto debí de tener, que la
vida odiara y deseara parte ser de los míos.

Adonde quiera que la mirada de mis ojos se volvía, por allí
gente había tendida, como cuando las pútridas frutas 585
caen al moverse sus ramas y al agitarse su encina las bellotas.
Unos templos ves enfrente, sublimes con sus peldaños largos
-Júpiter los tiene-: ¿quién no a los altares esos

defraudados inciensos dio? ¿Cuántas veces por un cónyuge su
cónyuge, por su nacido el genitor, mientras palabras
suplicantes dice, 590 en esas no exorables aras su vida
terminó,

y en su mano del incienso parte, no consumida, encontrada
fue?

¿Llevados cuántas veces a los templos, mientras los votos el
sacerdote concibe y derrama puro entre sus cuernos vino, 595
de una no esperada herida cayeron los toros?

Yo mismo, sus sacrificios a Júpiter por mí, mi patria y mis tres
nacidos cuando hacía, mugidos siniestros la víctima
dejó escapar, y, súbitamente derrumbándose sin golpes
algunos, de su exigua sangre tiñó, puestos bajo ella, los
cuchillos.

Sus entrañas también enfermas las señas de la verdad y las
advertencias de los dioses 600

habían perdido: tristes penetran hasta las vísceras las
enfermedades. Delante de los sagrados postes vi arrojados
cadáveres,

delante de las mismas -para que la muerte trajera más inquina-
aras.

Parte su aliento con el lazo cierran y de la muerte el temor
con la muerte ahuyentan y voluntariamente llaman a unos
hados que se acercan. 605

Los cuerpos enviados a la muerte en ningún funeral, como de
costumbre,

se llevan, pues tampoco abarcaban los funerales las puertas; o
no sepultados pesan sobre las tierras o son dados a las altas
piras, no dotados. Y ya reverencia ninguna hay

y acerca de las piras pelean y en ajenos fuegos arden. 610

Quienes les lloren no hay, y no lloradas vagan

de los nacidos y hombres las ánimas, y de jóvenes y viejos,

y ni lugar para los túmulos, ni bastante árbol hay para los
fuegos.

Atónito por tan gran torbellino de desgraciadas cosas:

«Júpiter, oh», dije, «si que tú, relatos no falsos 615 cuentan, a
los abrazos de Egina, la Esópide, fuiste,

ni tú, gran padre, nuestro padre te avergüenzas de ser,

o a mí devuelve a los míos, o a mí también guárdame en el
sepulcro». Él una señal con el relámpago dio, y el trueno
siguiente.

«Los acojo y sean éstos, te ruego, felices signos 620

de la mente tuya», dije; «el presagio que me das tomo por prenda». Por acaso había allí junto, de anchurosas ramas ralísima, consagrada a Júpiter, una encina de simiente de Dodona.

Aquí nos unas recolectoras observamos, en fila larga,
una gran carga en su exigua boca, unas hormigas, llevando,
625 que por la rugosa corteza preservaban su calle.

dum numerum miror, "totidem, pater optime," dixi, "tu mihi da
cives et inania moenia supple!" intremuit ramisque sonum sine
flamine motis

alta dedit quercus: pavido mihi membra timore 630 horruerant,
stabantque comae; tamen oscula terrae roboribusque dedi, nec
me sperare fatebar; sperabam tamen atque animo mea vota
fovebam. nox subit, et curis exercita corpora somnus

occupat: ante oculos eadem mihi quercus adesse 635

et ramis totidem totidemque animalia ramis ferre suis visa est
pariterque tremescere motu

graniferumque agmen subiectis spargere in arvis; crescere
desubito et maius maiusque videri

ac se tollere humo rectoque adsistere trunco 640 et maciem
numerumque pedum nigrumque colorem ponere et humanam
membris inducere formam. somnus abit: damno vigilans mea
visa querorque

in superis opis esse nihil; at in aedibus ingens murmur erat,
vocesque hominum exaudire videbar 645 iam mihi desuetas;
dum suspicor has quoque somni esse, venit Telamon properus
foribusque reclusis "speque fideque, pater", dixit "maiora
videbis: egredere!" egredior, qualesque in imagine somni visus
eram vidisse viros, ex ordine tales 650 adspicio noscoque:
adeunt regemque salutant.

vota Iovi solvo populisque recentibus urbem partior et vacuos
priscis cultoribus agros, Myrmidonasque voco nec origine
nomina fraudo. corpora vidisti; mores, quos ante gerebant,
655 nunc quoque habent: parcum genus est patiensque
laborum quaesitique tenax et quod quaesita reservet.

hi te ad bella pares annis animisque sequentur,
cum primum qui te feliciter attulit eurus'

(eurus enim attulerat) 'fuerit mutatus in austrum.' 660

Talibus atque aliis longum sermonibus illi inplevere diem; lucis
pars ultima mensae

est data, nox somnis. iubar aureus extulerat Sol, flabat adhuc
eurus redituraque vela tenebat:

ad Cephalum Pallante sati, cui grandior aetas, 665 ad regem
Cephalus simul et Pallante creati conveniunt, sed adhuc regem
sopor altus habebat. excipit Aeacides illos in limine Phocus;

nam Telamon fraterque viros ad bella legebant. Phocus in
interius spatium pulchrosque recessus 670 Cecropidas ducit,
cum quis simul ipse resedit. adspicit Aeoliden ignota ex arbore
factum

ferre manu iaculum, cuius fuit aurea cuspis. pauca prius mediis
sermonibus ille locutus

'sum nemorum studiosus' ait 'caedisque ferinae; 675 qua tamen
e silva teneas hastile recisum,

iamdudum dubito: certe si fraxinus esset, fulva colore foret; si
cornus, nodus inesset. unde sit, ignoro, sed non formosius isto
viderunt oculi telum iaculabile nostri.' 680

excipit Actaeis e fratribus alter et 'usum maiorem specie
mirabere' dixit 'in isto.

consequitur, quodcumque petit, fortunaque missum

Mientras su número admiro: «Otros tantos, padre óptimo», dije,
«tú a mí dame, y estas vacías murallas suple».

Se estremeció y, sus ramas moviéndose sin brisa, un sonido la
alta encina dio: de pavoroso temor el cuerpo mío 630

se estremeció y erizado tenía el pelo; aun así, besos a la tierra y
a los robles di, y que yo tenía esperanzas no confesaba; tenía
esperanzas, aun así, y con mi ánimo mis votos alentaba.

La noche llega y, hostigados por las inquietudes, de los cuerpos
el sueño se apodera: ante mis ojos la misma encina a mí que
estaba, 635 y que prometía lo mismo, y los mismos animales
en las ramas

suyas llevaba, me pareció, y que parejamente temblaba con
aquel movimiento,

y que la recolectora fila esparcía en sus subyacentes campos;
que crece de súbito, y mayor y mayor parece, 640

y se levanta en la tierra y en un recto tronco se asienta y su
delgadez y su número de pies y negro color

depone y que la humana forma a su miembros introduce.

El sueño se va. Condeno despierto mis propias visiones y me
lamento

de que en los altísimos de ayuda no haya nada; mas en las
estancias un ingente

murmullo había y voces de hombres oír me parecía, 645

ya para mí desacostumbradas. Mientras sospecho que ellas
también del sueño

son, viene Telamón presto y, abriéndose las puertas:

«Que la esperanza y la fe, padre», dijo, «cosas mayores verás.

Sal». Salgo y, cuales en la imagen del sueño 650

me pareció haber visto unos hombres, por su orden tales los
contemplo y reconozco: se acercan y a su rey saludan.

Mis votos a Júpiter cumplo y a estos pueblos recientes la ciudad reparto y, vacíos de sus primitivos cultivadores, los campos,
y mirmidones los llamo, y de su origen sus nombres no privo. Sus cuerpos has visto; sus costumbres, las que antes tenían, 655 ahora también tienen: parca su raza es y sufridora de fatigas y de su ganancia tenaz y que lo ganado conserve.
Éstos a ti a tus guerras, parejos en años y ánimos, te seguirán, tan pronto como el que a ti felizmente te ha traído, el euro»
-pues el euro le había traído- «háyase mutado en austros». 660

Céfalo (II)

Con tales y otros discursos ellos llenaron el largo día: de la luz la parte última a la mesa, fue dada, la noche a los sueños. Su resplandor el áureo Sol había levantado;
soplaba todavía el euro y unas velas que habían de regresar retenía. A Céfalo los engendrados de Palante, cuya edad mayor era, 665 al rey, Céfalo junto a los creados de Palante, acuden, pero todavía al rey un sopor alto retenía. Los recibe un Eácida a ellos en la entrada, Foco, pues Telamón y su hermano los hombres para la guerra elegían.

Foco a un más interior espacio y a unos bellos recesos 670 a los
Cecrópidas conduce, con los que a la vez él se sienta.

Observa que el Eólida, de un desconocido árbol hecha,
lleva en la mano una jabalina, de la cual fuera áurea la cúspide.
Pocas cosas antes en las intermedias conversaciones habiendo
dicho:

«Soy a los bosques aficionado», dice, «y a la matanza de fieras.
675

De qué espesura, aun así, tengas ese astil cortado hace tiempo
que dudo. Ciertamente si de fresno fuera

de bermejo color sería; si cornejo, nudo en medio tendría. De
dónde sea lo ignoro, pero no más hermosa que ella han visto los
ojos nuestros un arma arrojadiza». 680

Toma la palabra de los acteos hermanos el otro, y: «Un uso
mayor que su hermosura admirarás», dijo, «en él.

Alcanza cuanto busca y la fortuna, cuando es lanzado,

non regit, et revolat nullo referente cruentum.' tum vero iuvenis
Nereius omnia quaerit, 685 cur sit et unde datum, quis tanti
muneris auctor.

quae petit, ille refert, sed enim narrare pudori est, qua tulerit
mercede; silet tactusque dolore coniugis amissae lacrimis ita
fatur abortis:

'hoc me, nate dea, (quis possit credere?) telum 690 flere facit
facietque diu, si vivere nobis

fata diu dederint; hoc me cum coniuge cara perdidit: hoc
utinam caruissem munere semper!

'Procris erat, si forte magis pervenit ad aures Orithyia tuas,
raptae soror Orithyiae, 695

si faciem moresque velis conferre duarum,

dignior ipsa rapi! pater hanc mihi iunxit Erectheus, hanc mihi
iunxit amor: felix dicebar eramque;

non ita dis visum est, aut nunc quoque forsitan essem. alter
agebatur post sacra iugalia mensis, 700 cum me cornigeris
tendentem retia cervis vertice de summo semper florentis
Hymetti lutea mane videt pulsas Aurora tenebris invitumque
rapit. liceat mihi vera referre

pace deae: quod sit roseo spectabilis ore, 705 quod teneat
lucis, teneat confinia noctis, nectareis quod alatur aquis, ego
Procrin amabam; pectore Procris erat, Procris mihi semper in
ore. sacra tori coitusque novos thalamosque recentes primaque
deserti referebam foedera lecti: 710 mota dea est et "siste
tuas, ingrate, querellas;

Procrin habe!" dixit, "quod si mea provida mens est, non habuisse voles." meque illi irata remisit.

cum redeo mecumque deae memorata retracto, esse metus coepit, ne iura iugalia coniunx 715 non bene servasset: facies aetasque iubebat credere adulterium, prohibebant credere mores; sed tamen afueram, sed et haec erat, unde redibam, criminis exemplum, sed cuncta timemus amantes. quaerere, quod doleam, statuo donisque pudicam 720 sollicitare fidem; favet huic Aurora timori inmutatque meam (videor sensisse) figuram.

Palladius in eo non cognoscendus Athenas ingrediorque domum; culpa domus ipsa carebat castaque signa dabat dominoque erat anxia rapto: 725 vix aditus per mille dolos ad Erechthida factus.

ut vidi, obstipui meditataque paene reliqui temptamenta fide; male me, quin vera faterer, continui, male, quin, et oportuit, oscula ferrem. tristis erat (sed nulla tamen formosior illa 730 esse potest tristi) desiderioque dolebat coniugis abrepti: tu collige, qualis in illa,

Phoce, decor fuerit, quam sic dolor ipse decebat! quid referam, quotiens temptamina nostra pudici reppulerint mores, quotiens "ego" dixerit "uni 735 servor; ubicumque est, uni mea gaudia servo."

cui non ista fide satis experientia sano

magna foret? non sum contentus et in mea pugno vulnera, dum
census dare me pro nocte loquendo muneraque augendo
tandem dubitare coegi. 740

a él no le rige, y vuelve volando, sin que nadie lo traiga,
cruento». Entonces verdaderamente el joven Nereio todo
pregunta, 685 por qué le fue y de dónde dado, quien de tan
gran regalo el autor.

Céfalo (III) y Procris

Lo que pide él relata, pero lo que narrar pudor le da,
por qué merced lo obtuvo, guarda silencio, y tocado del dolor
de su esposa perdida, así, con lágrimas brotadas, habla:

«Ésta, nacido de una diosa -¿quién podría creerlo?- 690

esta arma llorar me hace y lo hará por mucho tiempo, si vivir a
nos los hados por mucho tiempo dieran: ella a mí, con mi
esposa querida, me perdió: de éste regalo ojalá hubiera
carecido siempre.

Procris era, si acaso más ha arribado a los oídos tuyos Oritía,
hermana de la raptada Oritía. 695

Si la hermosura y el carácter quisieras comparar de las dos,

más digna ella de ser raptada. Su padre a ella a mí la unió,
Erecteo, a ella a mí la unió el amor: feliz se me decía y era.

No así a los dioses les pareció, o ahora también quizás yo lo
sería. El segundo mes pasaba, después de los sacrificios
conyugales, 700 cuando a mí, que a los cornados ciervos
tendía redes,

desde el vértice supremo del siempre floreciente Himeto,
ocre por la mañana, me ve la Aurora, ahuyentadas las tinieblas,
y contra mi voluntad me rapta. Lícito me sea la verdad referir,
con la venia de la diosa: aunque sea por su cara de rosa digna
de admirar, 705 aunque tenga los de la luz, tenga los confines
de la noche,

aunque de nectáreas aguas se alimente, yo a Procris amaba. En
mi pecho Procris estaba, Procris siempre en mi boca.

De los sacramentos del diván y de las uniones nuevas y tálamos
recientes y primeros pactos le contaba de mi abandonado
lecho. 710 Conmovióse la diosa y: «Detén, ingrato, tus lamentos.

A Procris ten», dijo, «que si la mía providente mente es,
no haberla tenido querrás». Y a mí a ella, llena de ira, me
remitió. Mientras vuelvo y conmigo las advertencias de la diosa
repaso,

a existir el miedo empezó de que las leyes conyugales mi
esposa 715 no bien hubiera guardado. Su hermosura y su

edad me ordenaban creer en su adulterio. Me prohibían creerlo sus costumbres.

Pero aun así yo había estado ausente, pero también ésta era, de donde volvía,

de ese crimen ejemplo, pero todo tememos los enamorados.

Indagar por lo que me duela decido, y con regalos su púdica

720 fidelidad inquietar. Alienta este temor la Aurora

y transmuta -me parece haberlo sentido- mi figura.

A la Paladia Atenas llevo no reconocible

y entro en mi casa: de culpa la casa misma carecía

y castas señales daba y por su dueño raptado estaba

angustiada: 725 apenas acceso, por mil engaños, a la Eréctide fue logrado.

Cuando la vi me quedé suspendido y casi abandoné las

premeditadas tentaciones a su fidelidad. Mal, para no

confesarle la verdad,

me contuve, mal para -como oportuno era- besos no ofrecerle.

Triste estaba, pero ninguna aun así más hermosa que ella 730

triste haber puede, y por la nostalgia se dolía

de su esposo arrebatado. Tú colige cuál en ella,

Foco, la gracia sería, a quien así el dolor mismo la agraciaba.

Para qué referir cuántas veces las tentaciones nuestras su

púdico

Carácter rechazara, cuántas veces: «Yo», había dicho, «para uno solo 735 me reservo. Donde quiera que esté, para uno solo mis goces reservo».

¿Para quién en su sano juicio bastante esta comprobación de su fidelidad grande no sería? No me quedé contento y contra mis propias heridas pugno, mientras diciéndole que fortunas le daría yo por una noche, y los regalos aumentando, al fin a dudar la obligué. 740

exclamo male victor: "adest, mala, fictus adulter! verus eram
coniunx! me, perfida, teste teneris." illa nihil; tacito tantummodo
victa pudore insidiosa malo cum coniuge limina fugit;
offensaque mei genus omne perosa virorum 745 montibus
errabat, studiis operata Dianae.

tum mihi deserto violentior ignis ad ossa pervenit: orabam
veniam et peccasse fatebar et potuisse datis simili succumbere
culpae

me quoque muneribus, si munera tanta darentur. 750 haec mihi
confesso, laesum prius ultra pudorem, redditur et dulces
concorditer exigit annos;

dat mihi praeterea, tamquam se parva dedisset dona, canem
munus; quem cum sua traderet illi

Cynthia, "currendo superabit" dixerat "omnes." 755

dat simul et iaculum, manibus quod, cernis, habemus.

muneris alterius quae sit fortuna, requiris? accipe mirandum:
novitate movebere facti!

'Carmina Laiades non intellecta priorum solverat ingeniis, et
praecipitata iacebat 760 inmemor ambagum vates obscura
suarum: protinus Aoniis inmittitur altera Thebis 763

[scilicet alma Themis nec talia linquit inulta!] 762

pestis, et exitio multi pecorumque suoque 764

rurigenae pavere feram; vicina iuventus venimus et latos
indagine cinximus agros. illa levi velox superabat retia saltu
summaque transibat postarum lina plagarum: copula detrahitur
canibus, quas illa sequentes

effugit et coetum non segnior alite ludit. 770 poscor et ipse
meum consensu Laelapa magno (muneris hoc nomen):
iamdudum vincula pugnat exuere ipse sibi colloque morantia
tendit.

vix bene missus erat, nec iam poteramus, ubi esset, scire;
pedum calidus vestigia pulvis habebat, 775

ipse oculis ereptus erat: non ocior illo

hasta nec excussae contorto verbere glandes nec Gortyniaco
calamus levis exit ab arcu. collis apex medii subiectis inminet
arvis:

tollor eo capioque novi spectacula cursus, 780

quo modo deprendi, modo se subducere ab ipso vulnere visa
fera est; nec limite callida recto

in spatiumque fugit, sed decipit ora sequentis et redit in gyrum,
ne sit suus inpetus hosti:

inminet hic sequiturque parem similisque tenenti 785

non tenet et vanos exercet in aera morsus. ad iaculi vertebar
opem; quod dextera librat

dum mea, dum digitos amentis addere tempto, lumina deflexi.
revocataque rursus eodem rettuleram: medio (mirum) duo
marmora campo 790 adspicio; fugere hoc, illud captare putares.
scilicet invictos ambo certamine cursus

esse deus voluit, si quis deus adfuit illis.'

hactenus, et tacuit; 'iaculo quod crimen in ipso est?' Phocus ait;
iaculi sic crimina reddidit ille: 795

Grito yo, en mala hora farsante: «Delante tienes en mala hora
fingido a un adúltero: tu verdadero esposo era yo: conmigo,
perjura, como testigo has sido cogida»; ella nada; en su callado
pudor únicamente vencida,

de esos insidiosos umbrales, y con ellos de su esposo en mala
hora, huye, y ofendida del mío, por todo el género llena de odio

de los hombres, 745 por los montes erraba a los afanes
dedicada de Diana.

Entonces a mí, abandonado, más violento un fuego hasta los
huesos

me llega. Rogaba su perdón y haber pecado confesaba

y que hubiera podido, dados esos regalos, sucumbir a
semejante culpa yo también, si regalos tan grandes se me
dieran. 750

A mí, que tales cosas confesaba, su herido pudor antes
vengando, regresa ella, y dulces en concordia pasó los años.

Me da a mí además, como si consigo pequeños dones
me hubiese dado, un perro de regalo, el cual, cuando se lo
entregara a ella su Cintia: «Corriendo superará», había dicho, «a
todos». 755 Me da a la vez también la jabalina que nos, como
ves, tenemos.

El perro de caza y la fiera

¿De este regalo otro cuál sea la fortuna, quieres saber?

Escucha cosa admirable. Por la novedad te conmoverás del
hecho.

Canciones el Láida no comprendidas por los talentos

de sus predecesores había resuelto, y despeñada yacía, 760
olvidada de los ambages suyos, la vate oscura.

[Claro es que la nutricia Temis no tales cosas deja sin
venganza.] 762 En seguida a la aonia Tebas se envía una
segunda 763

peste, y por la destrucción de sus ganados muchos payeses,
764

y la suya propia, tuvieron miedo de la fiera. La juventud vecina
765 acudimos, y los anchos campos en ojeo ceñimos.

Ella, por su ligero salto veloz, superaba las redes

y lo alto de los linos traspasaba de las puestas redes.

Su cópula se quita a los perros, de los que ella, que la
perseguían, huye, y su contacto no más lenta que un ave burla.
770

Se me demanda a mí por consenso grande a mi Lelaps:

de mi regalo, éste el nombre; ya hace tiempo que de sus
ataduras lucha por despojarse él mismo, y con el cuello, al ellas
retenerlo, las tensa.

No bien soltado fue, y ya no podíamos dónde estaba saber. De
sus pies las huellas el polvo caliente tenía, 775

él de nuestros ojos se había arrancado: no más rápida que él
una asta, ni sacudidas de la arremolinada honda las balas, ni el
cálamo leve sale de un arco de Gortina.

De mitad de una colina el pico emerge sobre los campos a ella
sometidos. Me alzo a él y percibo el espectáculo de una

novedosa carrera 780 en la que ora ser cogida, ora
sustraerse de la misma

herida la fiera parece, y no por una senda recta, astuta,
y a un espacio huye, sino que burla la boca de su perseguidor
y vuelve en redondo, para que no mantenga su ímpetu su
enemigo. La acosa éste, y la sigue pareja y, semejante al que la
tuviera, 785 no la tiene y vanos repite en el aire sus mordiscos.

A la ayuda me volvía yo de mi jabalina, la cual, mientras la
derecha mía la balancea, mientras los dedos en sus correas
aplicar intento, mis luces giré, y, revocadas de nuevo, al mismo
sitio

las había devuelto: en medio -asombroso- del llano dos
mármoles 790 contemplo. Huir éste, aquél ladrar creerías.

Claro es que invictos ambos en la disputa de esa carrera
que quedaran un dios quiso, si algún dios les asistió a ellos».

Muerte de Procris

Hasta aquí, y calló: «¿Y en la jabalina propia, qué crimen hay?»,
Foco dice. Y de la jabalina así los crímenes recontó él:795

'Gaudia principium nostri sunt, Phoce, doloris: illa prius referam.
iuvat o meminisse beati temporis, Aeacide, quo primos rite per
annos coniuge eram felix, felix erat illa marito.

mutua cura duos et amor socialis habebat, 800 nec Iovis
illa meo thalamos praeferret amori, nec me quae caperet, non si
Venus ipsa veniret, ulla erat; aequales urebant pectora
flammae. sole fere radiis feriente cacumina primis venatum in
silvas iuvenaliter ire solebam 805 nec mecum famuli nec equi
nec naribus acres ire canes nec lina sequi nodosa solebant:

tutus eram iaculo; sed cum satiata ferinae dextera caedis erat,
repetebam frigus et umbras et quae de gelidis exhibat vallibus
aura: 810

aura petebatur medio mihi lenis in aestu, auram exspectabam,
requies erat illa labori.

"aura" (recordor enim), "venias" cantare solebam, "meque iuves
intresque sinus, gratissima, nostros, utque facis, relevare velis,
quibus urimur, aestus!" 815 forsitan addiderim (sic me mea fata
trahebant), blanditias plures et "tu mihi magna voluptas" dicere
sim solitus, "tu me reficisque fovesque,

tu facis, ut silvas, ut amem loca sola: meoque spiritus iste tuus
semper captatur ab ore." 820

vocibus ambiguis deceptam praebuit aurem nescio quis
nomenque aurae tam saepe vocatum esse putat nymphae:
nympham mihi credit amari. criminis extemplo ficti temerarius
index

Procrin adit linguaque refert audita susurra. 825 credula res
amor est: subito conlapsa dolore,

ut mihi narratur, cecidit; longoque refecta tempore se miseram,
se fati dixit iniqui deque fide questa est et crimine concita vano,
quod nihil est, metuit, metuit sine corpore nomen 830

et dolet infelix veluti de paelice vera.

saepe tamen dubitat speratque miserrima falli indiciique fidem
negat et, nisi viderit ipsa, damnatura sui non est delicta mariti.

postera depulerant Aurorae lumina noctem: 835

egredior silvamque peto victorque per herbas "aura, veni" dixi
"nostroque medere labori!" et subito gemitus inter mea verba
videbar

nescio quos audisse; "veni" tamen "optima!" dicens fronde
levem rursus strepitum faciente caduca 840

sum ratus esse feram telumque volatile misi: Procris erat
medioque tenens in pectore vulnus "ei mihi" conclamat! vox est
ubi cognita fidae coniugis, ad vocem praeeptis amensque
cucurri. semianimem et sparsas foedantem sanguine vestes 845
et sua (me miserum!) de vulnere dona trahentem invenio
corpusque meo mihi carius ulnis mollibus attollo scissaque a
pectore veste

vulnera saeva ligo conorque inhibere cruorem

neu me morte sua sceleratum deserat, oro. 850 viribus illa
carens et iam moribunda coegit

haec se pauca loqui: "per nostri foedera lecti perque deos
supplex oro superosque meosque, per si quid merui de te bene
perque manentem

«Nuestros goces el principio son, Foco, de nuestro dolor: ellos
antes te contaré. Agrada, oh, acordarse de ese feliz

tiempo, Eácida, en el que durante los primeros años, como es
rito, con mi cónyuge era feliz, feliz era ella con su marido.

Una mutua inquietud a los dos y un amor común nos tenía, 800
y ni de Júpiter ella a mi amor los tálamos preferiría,

ni a mí que me atrapara, no si Venus misma viniera, alguna
había. Iguales abrasaban llamas nuestros pechos.

Con el sol apenas con sus radios primeros hiriendo las cumbres
de caza a las espesuras juvenilmente ir yo solía, 805

ni conmigo sirvientes ni caballos ni de narinas acres ir perros, ni
los linos nudosos seguirme solían:

seguro estaba con la jabalina. Pero cuando saciado de
matanza de fieras mi derecha se había, regresaba yo al frío y
las sombras, y, la que de los helados valles salía, aura. 810

Esa aura buscaba lene en medio yo del calor, esa aura
ansiaba, descanso era ella para la fatiga.

«Aura», pues, recuerdo, «vengas tú», cantar solía,

«y a mí me confortes y entres en los senos, gratísima, nuestros
y, como haces, volver a aliviar quieras, con los que ardemos,
estos calores». 815

Quizás añadiera -así a mí mis hados me arrastraban- ternuras
más, y: «Tú para mí gran placer»,

decir habría solido, «tú me repones y alientas,

tú haces que las espesuras, que ame estos lugares solos:

el aliento este tuyo siempre sea buscado por mi boca». 820 A
estas voces ambiguas engañado oído prestó

no sé quién, y el nombre del aura, tan a menudo invocado, ser
cree de una ninfa, a una ninfa cree que yo amo.

Al instante, de ese crimen fingido temerario delator,

a Procris acude y con su lengua refiere los oídos susurros. 825

Crédula cosa el amor es. Por el súbito dolor desvanecida, según
a mí se narra, cayó, y tras largo tiempo

reponiéndose, desgraciada ella, ella de un hado inicuo se dijo y
de mi fidelidad se lamentó, y por un crimen incitada vano,

de lo que nada es tuvo miedo, tuvo miedo sin cuerpo de un
nombre, 830

y se duele la infeliz como de una rival verdadera.

Muchas veces aun así duda y espera, desgraciadísima,

engañarse y de la delación la veracidad niega y, si no los viera
ella misma, de condenar no ha los delitos de su marido.

Las siguientes luces habían ahuyentado de la Aurora a la noche.

835 Salgo y a las espesuras acudo, y vencedor por las hierbas:

«Aura, ven», dije, «y nuestra fatiga remedia»,

y súbitamente unos gemidos entre mis palabras me pareció,

no sé cuáles, haber oído: «Ven», aun así, «la mejor», mientras yo

decía, una fronda caduca un leve crujido de nuevo al hacer,

840 consideré que era una fiera y mi dardo volátil le lancé.

Procris era, y en medio sosteniendo de su pecho su herida:

«¡Ay de mí!», clama. La voz cuando fue conocida de mi fiel

cónyuge a su voz en picado y amente corrí.

Medio muerta y sus asperjadas ropas ensuciando la sangre,

845 y sus regalos, triste de mí, de la herida sacando

la encuentro, y su cuerpo, que el mío para mí más querido, con
codos blandos levanto y desgarrándome desde el pecho la ropa

sus heridas salvajes ligo e intento inhibir el crúor,

y que no a mí, por la muerte suya abominable, me abandone, le

imploro. 850 De fuerzas ella carente y ya moribunda se obligó

a estas pocas palabras decir: «Por los pactos de nuestro lecho

y por los dioses suplicante te imploro, por los altísimos y los

míos, por lo que quiera que he merecido de ti bien y por el que

permanece

nunc quoque, cum pereo, causam mihi mortis amorem, 855 ne thalamis Auram patiare innubere nostris!" dixit, et errorem tum denique nominis esse

et sensi et docui. sed quid docuisse iuvabat? labitur, et parvae fugiunt cum sanguine vires, dumque aliquid spectare potest, me spectat et in me 860 infelicem animam nostroque exhalat in ore;

sed vultu meliore mori secunda videtur.'

Flentibus haec lacrimans heros memorabat, et ecce Aeneas ingreditur duplici cum prole novoque milite; quem Cephalus cum fortibus accipit armis.

ahora también, cuando muero, causa para mí de muerte, mi amor, 855 en los tálamos nuestros que Aura entre no toleres como esposa»,

dijo, y el error entonces por fin que había de un nombre sentí y le mostré. ¿Pero qué mostrarlo ayudaba?

Se resbala y sus pocas fuerzas huyen con su sangre,

y mientras algo mirar puede, a mí me mira y en mí 860 su infeliz aliento, y en mi boca, exhala.

Pero, por su semblante mejor, morir tranquila parece».

Céfalo (IV)

A quienes lloraban estas cosas, llorando el héroe, recordaba,
y he aquí

que Éaco entra con su doble prole y el nuevo

ejército; el cual recibe Céfalo, junto con sus fuertes armas. 865

OCTAVO LIBRO

A la aparición de Lucífero, huye la noche y se abre el día. Con viento propicio, los soldados de Eaco llevados por Céfalo llegan a Atenas antes de lo que habían previsto (1-5).

Minos, entre tanto, atacaba las costas de Megara y probaba sus fuerzas guerreras en esta misma ciudad, fundada por Alcatoo y regida por Niso, quien, entre sus canas honorables, tenía un cabello purpúreo cuya posesión le garantizaba la seguridad de su reino (6-10). La suerte de la guerra entre Minos y Niso no se decidía, y habían pasado ya seis meses (11-13).

Superando los muros de la ciudad, que habían adquirido la facultad de sonar como la lira que Apolo había depositado en ellos cuando eran contruidos, se alzaba una torre a la cual, en tiempo de paz, la hija de Niso acostumbraba subir para deleitarse con la música de las piedras que golpeaba con un guijarro. Ahora, en tiempo de guerra, iba al mismo lugar para presenciar los combates y a quienes los empeñaban. Así, conocía a los jefes principales, y, entre todos ellos, al mismo Minos, hijo de Europa (14-24).

A su juicio, Minos era hermoso cubierto del yelmo; tomar el - escudo le sentaba bien; era digno de alabanza al arrojar a lo lejos los dardos, y si tendía el arco, le parecía semejante a Febo. Pero cuando se quitaba el casco, y vestido de púrpura cabalgaba en su caballo blanco, la virgen hija de Niso era

apenas capaz de conservar la razón, y consideraba felices las armas y los frenos por él tocados (24-37). Apasionada, deseaba ir al campamento cretense, o abrir a Niso las puertas de la ciudad, o hacer cualquier cosa que él quisiera. Sentada y contemplando la tienda blanca del rey de Creta, hablaba consigo misma (38-43).

De este modo, se confesaba no saber si le alegraba o le dolía que hubiera guerra, y si por una parte le dolía que Minos le fuera enemigo a causa de la guerra, por otra sabía que sin la guerra no hubiera llegado a conocerlo. Entonces pensaba entregársele como prenda de paz, y anhelaba poder volar a fin de llegar a sus campamentos y hacérsele reconocer en su amor, y preguntarle qué dote pediría para aceptarla (44-54). Lo único que no le daría sería su ciudad, pues ella habría de renunciar a su amor antes de traicionar a su padre. Y en este punto reflexionaba que el vencimiento de su ciudad podría obtener la clemencia de Minos, quien además guerrea por la justa causa que le da la muerte de su hijo, y será al fin vencedor. Si así ha de ser, ¿por qué le ha de entregar la ciudad el triunfo guerrero y no el amor de ella? Así no se gastará más tiempo ni más sangre, y Minos no estará expuesto ya a que alguien, sin saberlo, lo hiera. Complacida por su pensamiento, decide dar término a la guerra, entregándose a Minos y aportando su patria como dote (55-68). Pero sabe que a sus proyectos se opone la existencia de su padre, y que, para realizar su amor,

habrá de consumir un hecho solamente: quitarle a aquél el cabello purpúreo que tiene (69-80).

Llega la noche, y la oscuridad le aumenta la osadía. Mientras duermen todos, entra ella en la cámara de Niso y lo despoja del cabello en que los hados habían depositado la suerte de la ciudad. Cruza después las puertas de ésta y por entre los enemigos llega hasta Minos, a quien se da a conocer y le pide que la tome a cambio del cabello que le entrega como prenda de amor, y que significa la vida de su padre mismo (80-94).

Minos rehúsa el ofrecimiento, y no sólo se niega a admitirla en Creta, sino que pide que no la reciban en parte alguna la tierra y el mar. Luego de haber tratado justamente a los vencidos, se hace a las olas en sus naves (95-103).

Cuando Escila vio que se iban éstas y que Minos no le daba lo que ella pidió por su traición, le

reprochó encolerizada que la abandonara, después de haber triunfado gracias a ella y sabiendo que lo amaba. Dejada por él, no tiene a quien volverse, pues la rechazan su padre y sus conciudadanos y sus vecinos. Ella se cerró todas las posibilidades, excepto la de ir a Creta, que ahora Minos le cierra también, demostrando con la crueldad de este hecho que no es hijo de Europa, sino de la Sirte y las tigres armenias y Caribdis (104-121).

Minos, al abandonarla, prueba que no es hijo de Júpiter en figura de toro, sino de un toro verdadero. Ciertamente, Escila es digna de ser muerta por la traición cometida; pero debería matarla alguno de los que ella ofendió. ¿Por qué la mata el que se benefició con su mala acción? La índole que Minos manifiesta así, lo señala como digno de la esposa que adulteró con un toro y concibió al Minotauro. Pero si ni siquiera estas palabras lo conmueven, se justifica que Pasifae haya preferido el contacto del toro, menos feroz que su esposo. Por fin, Minos no podrá consumar ese abandono, porque Escila lo seguirá a todas partes, abrazada a su nave (122-142).

En terminando de hablar, se arroja al agua y alcanza nadando el navío cretense, al cual se sujeta. Su padre, que en tanto había sido metamorfoseado en halieto, vuela hacia ella para hierirla a picotazos. Escila, temerosa, se suelta de su asidero, pero no llega a caer al agua: en esos momentos es cambiada en ciris, ave cuyo nombre recuerda el hecho de que cortó a su padre el cabello (143- 151).

Cuando Minos desembarcó en Creta, ofreció a Júpiter una hecatombe y adornó el palacio con los despojos de Megara. Para ese tiempo, el fruto del adulterio de Pasifae había crecido, y con su doble forma mostraba el delito materno. Para apartar de sí esta vergüenza, Minos decide encerrarlo en un edificio complicado y múltiple. Dédalo, artífice de gran fama, construye ese edificio y lo hace lleno de revueltas y difícil con muchos caminos. A la manera del Meandro de Frigia, que fluye y refluye

y mira su propia corriente ir a su encuentro, y bien se vuelve al mar, bien a las fuentes de donde nace, hace Dédalo el Laberinto, tan lleno de innumerables engaños, que él mismo estuvo a punto de no poder llegar a su puerta de salida (152-168). En él fue encerrado el Minotauro, y era alimentado con jóvenes atenienses que, por sorteo, se le entregaban cada nueve años. Entre los que fueron designados por el tercer sorteo, iba Teseo, quien lo mató y pudo encontrar el camino de regreso siguiendo el hilo que le había dado Ariadna, la hija de Minos.

Huyó luego con ésta hacia Día, en cuyas costas la abandonó. Mientras ella se lamentaba de tal cosa, Baco le llevó su amor y su auxilio, y para hacerla brillante y eterna, envió hacia el cielo la corona que le quitó de la frente. Las gemas de la corona se convirtieron en estrellas, y quedaron fijas entre las constelaciones de Hércules y Ofiuco (169-182).

En tanto Dédalo, encerrado por el mar, aborrece a Creta y su destierro, y siente nostalgia de la patria. Habla entonces para sí mismo, y se dice que si bien es cierto que Minos le puede impedir el camino por tierra o por mar, no se lo puede cerrar por el cielo, sobre el cual no tiene poder alguno. Con artes nuevas, pues, se pone a la tarea de renovar la naturaleza. Colocando plumas en orden según sus tamaños, al modo de las cañas de la zampoña, las ata con hilo y las liga con cera, y luego las curva a modo de alas verdaderas (183-195).

En tanto que lo hace, su hijo Ícaro juega junto a él, sin saber que juega con sus propios riesgos. Toma las plumas movidas y ablanda la cera con sus manos, y estorba el trabajo del artífice. Cuando la obra estuvo concluida, su mismo autor la adapta a su cuerpo y se suspende, volando, en el aire (196-202); después instruye a Ícaro en el uso de las alas y los caminos del vuelo: Debía él ir a media altura, pues si bajaba en demasía, las alas se harían pesadas con el agua del mar, y si subía en exceso, el sol las quemaría; además, habría de evitar dirigir los ojos a Bootes o a Hélice o a Orión, y debería no ver sino a él que lo guiaría.

Mientras lo instruye, le adapta las alas y llora y le tiemblan las manos. Lo besa, por último, y vuela ante él, como el ave que adiestra a su cría sacada del nido, y le enseña artes que habrían de dañarlo. Mueve él las alas, y se vuelve a mirar cómo Ícaro mueve las suyas (203-216). Los pescadores y los pastores, al verlos volar, los tienen por dioses (217-220).

Ya habían dejado atrás a Delos y Paros, y tenían a la izquierda a Samos y a la derecha a Lebintos y Calimna, cuando el niño, alegre de poder volar, no siguió ya a su padre y se dirigió a lo alto del cielo. Allí el sol cercano fundió las ceras que juntaban las plumas, y desnudó de alas los brazos del

desventurado que los agitaba en vano y gritaba el nombre paterno. Su boca fue cubierta por el mar azul, que de él tomó el

nombre que tiene (221-230). Allí el padre, que ya no lo era, llamó a su hijo, y al buscarlo vio las plumas flotando en el agua, y maldijo sus artes. Recogió luego el cadáver de Ícaro, y lo sepultó en la tierra que se nombró como él (231-235).

En tanto que Dédalo cumplía ese piadoso oficio, la perdiz que lo veía lo aplaudió con ruido de alas y canto.

La perdiz era entonces ave reciente, por crimen del mismo Dédalo (231-240).

En efecto, la hermana de éste le había entregado a su hijo, niño de doce años de edad y gran inteligencia, para que lo adiestrara. Este niño, copiando en una lámina de hierro el espinazo del pez, había inventado la sierra, y atando en un punto dos varillas de hierro había creado el compás trazador de círculos. Envidioso de tales cosas, Dédalo lo arrojó desde las alturas de Atenas, y dijo que él se había resbalado. Palas, protectora de los ingenios, lo convirtió en ave, impidiendo así que se matara al caer. Conservó él su nombre, pero su talento pasó a sus alas y patas; acordándose de su caída, no le gusta volar alto ni hacer nido en ramas y follajes levantados. Se mueve cerca del suelo, y pone sus huevos en las cercas (241-259).

Ya Dédalo, cansado, había llegado a Sicilia cuyo rey Cócalo había generosamente, por defenderlo, hecho armas contra Minos. Gracias a Teseo, Atenas ha dejado de pagarle el tributo de sus jóvenes; los templos se coronan de flores, y Minerva,

Júpiter y los otros dioses son adorados con víctimas, dones e incienso (260- 266).

Extendida en Grecia la fama de Teseo, los pueblos de Acaya lo buscaban por remedio de sus grandes peligros. A pesar de que contaban con Meleagro, los habitantes de Calidón le rogaron su ayuda para combatir a un jabalí que Diana, a fin de vengarse, había enviado contra ellos.

Pues cuentan que Eneo, con el objeto de agradecer los bienes de un año abundante, había hecho los sacrificios debidos a Ceres, a Baco y Minerva y luego a los otros dioses, y que había dejado sin culto las aras de la hija de Latona. Airada y anhelosa de vengarse de tal desprecio, ella había lanzado a las tierras de Eneo un jabalí gigantesco, tan grande como un toro grande, de ojos sanguíneos y quemantes y erizado de cerdas como astiles. Espuma su hocico, y la espuma hierve y corre por sus hombros; sus colmillos se igualan a los del elefante de la India. Su aliento es de fuego y hace arder los follajes (267-289).

Ése arruina las cosechas futuras, frustra los votos del colono lloroso, detiene el crecimiento de las espigas. No hay granos en la era ni en los hórreos, y también las vides sufren sus perjuicios y también los olivos, y los padecen asimismo los rebaños. Los campos se despueblan, porque todos los hombres se refugian en la ciudad (290-298).

Entonces, para combatirlo, se reunieron fuertes héroes ansiosos de gloria: Meleagro, Cástor y Pólux, Jasón, los amigos Piritoo y

Teseo, los hijos de Tiestes, Linceo, Idas, Ceneo, Leucipo, Acasto, Hipotoo, Drías y Fénix y los Actóridas y Fileo, y estaban también con ellos Telamón y Peleo y Admeto y Yolao, Euritión y Equión, Lélex y Panopeo e Hileo, Hipaso, Néstor, joven todavía, los hijos de Hipocoón, Laertes y Anceo, y Mopso sagaz, y Anfiarao, y Atalanta de Arcadia (290-318).

Ésta llevaba la ropa reunida en lo alto por una fíbula; su peinado era sencillo; de su hombro izquierdo colgaba una aljaba de marfil y tenía el arco en la mano izquierda. Su rostro era una mezcla de rasgos virginales e infantiles. Meleagro la vio y la deseó a la vez, y ya enamorado, pensó que el hombre que ella aceptara podría ser llamado feliz. Urgido allí por el deber, se aplicó a la caza (319-328).

Llegan los hombres a la selva copiosa y jamás talada, y tienden sus redes, unos; otros desatan a los perros; otros más siguen las huellas del jabalí, ansiando encontrar sus propios peligros.

Había un valle en cuyo fondo se congregaban las aguas pluviales bajadas de los montes, en un lugar rodeado de hierbas palustres. De allí es sacado el jabalí que se lanza al punto contra sus enemigos, violento como el rayo (329-339). Son derribados los árboles, gritan los hombres agitando sus armas. La fiera resiste a los perros y los dispersa a golpes de hocico (340-344).

Equión arrojó la primera lanza, que erró el golpe; la segunda fue la de Jasón, y enviada con fuerza excesiva, fue más allá de su objeto. El hijo de Ampico, habiendo pedido a Febo que le otorgara alcanzar al jabalí con su dardo, y habiendo sido oído por él, lo lanzó. El arma tocó al jabalí sin herirlo, pues Diana le había quitado la punta (345-354). Enfurecida por el golpe, la bestia ardiente atacó, como piedra lanzada por la catapulta, y derribó en su ataque a Hipalmo y Pelagón, que guardaban el extremo derecho de la fila de los cazadores. También fue muerto Enésimo, cuando se preparaba a huir, y cayó con la corva deshecha (355-364).

Y si no hubiera sido porque apoyándose en su lanza, saltó a las ramas de un árbol, muriera Néstor antes de la guerra de Troya. El perseguidor, tras afilarse los dientes en un tronco dejándolos como nuevos, atravesó el muslo del hijo de Eurito. Cástor y Pólux todavía no vueltos en constelación, iban a caballo sacudiendo sus armas. Habrían herido al jabalí si éste no hubiera entrado en selvas inaccesibles a las cabalgaduras (365-378).

Lo acosa Telamón, que cae tropezado por una raíz y es alzado de allí por Peleo. En tanto, la Tegea disparó contra la fiera una flecha que se le clavó bajo la oreja y la hizo sangrar levemente. Aunque aquélla se alegró de su golpe, no se alegró tanto como (Meleagro. Éste, que fue el primero en ver la sangre, la mostró a los compañeros, y ofreció a Atalanta el premio de su valor.

Avergonzados, los hombres se incitan entre sí, y arrojan tantas armas que su mismo número las torna inútiles (379-390).

Anceo, entonces, gloriándose por considerar que sus armas excedían en mucho a las de una mujer, y de que destruiría al jabalí aun en contra de la voluntad de Diana, levantó el hacha irguiéndose para descargar un golpe. Mientras lo hacía, el animal le hundió los colmillos, en lo alto de las ingles y le sacó las entrañas sangrantes (391-402).

Al ir Piritoo con sus venablos contra el enemigo, recibió las palabras de Teseo que le advertían de no acercársele demasiado. El arma lanzada por Teseo enseguida, fue a dar en una rama. Jasón, a su vez, disparó un jáculo que por error atravesó los flancos del inocente Celadonte, y luego se fijó en la tierra (403-413). Allí Meleagro envía dos lanzas, la segunda de las cuales acierta a clavarse en el lomo del jabalí. Mientras se revuelve y tiñe su hocico con espuma cruentada, se le acerca el héroe y lo remata hundiéndole entre los hombros sus armas refulgentes (414-419).

Todos se alegran y lo congratulan y tratan de darle la mano; contemplan al muerto animal, y aunque lo temen aún, ensangrientan en su cuerpo sus lanzas. Meleagro le corta los lomos y el hocico de grandes colmillos, y, dándoselos a Atalanta, pide a ésta que comparta con él la gloria.

Ella se alegra por el don y por el donador, mientras los demás la envidian y la reprobaban (425- 431).

Entonces, con los brazos extendidos, los hijos de Testio la increpan con grandes voces, exigiéndole que no tome la gloria que a ellos pertenece, y diciéndole que no se fie en su belleza ni se aleje del enamorado Meleagro. Así, quitan a Atalanta el regalo, y a Meleagro el derecho de hacerlo. Éste no lo toleró y, rechinando de ira los dientes, les probó la distancia que hay entre los hechos y las amenazas, pues hirió en el pecho a Plexipo, y en tanto que Toxeo estaba dudoso entre el deseo de la venganza y el temor de la muerte, lo hirió también con el arma que había calentado la sangre de su hermano (432-444).

Altea la madre de Meleagro, hija de Testio y hermana de Plexipo y Toxeo, cuando iba al templo a celebrar la victoria de su hijo vio traer el cadáver de sus hermanos muertos por él. Al principio, se dio al dolor; pero cuando supo quién era el autor de aquellas muertes, sólo pensó en castigarlo.

Mientras Altea daba a luz a Meleagro, las Parcas, refiriéndose a un leño que ardía en un fuego próximo, dijeron que la duración de ese leño sería la misma que la de la vida del recién nacido. Cuando las diosas se fueron, la madre sacó del fuego el leño aquél y, luego de apagarlo, lo guardó escondido para preservar la vida de su hijo. Ahora lo saca de su escondite y habiendo encendido una lumbre, decide quemarlo en ella (445-461).

Cuatro veces intenta ponerlo en las llamas; las cuatro se detiene. El amor de la madre y el de la hermana combaten en su ánimo. Ora palidece al pensar en el crimen que va a cometer;

a menudo la ira la hace enrojecer. Y ya su rostro revela cólera, ya muestra-piedad; y el llanto se le renueva sin

término. Como la nave que cede a las fuerzas contrarias de la marea y el viento, la hija de Testio se mueve en sus sentimientos contradictorios, y alternativamente se calma y se aíra (462-474).

Por fin, el amor fraternal empieza a predominar sobre el materno. Para aplacar piadosamente las sombras de sus hermanos, es impía al sacrificar a su hijo. Cuando el fuego creció, ella, decidida a quemar allí sus entrañas, se detuvo empuñando el leño, e invocó a las Furias. Vengadora y autora de un crimen, hará que su hijo expíe con la muerte la muerte de sus hermanos, y agregará un delito a otro y un funeral nuevo a los ya existentes, hasta hacer perecer su casa entera. Pues no es justo que Eneo goce de su hijo, mientras Testio ha perdido a los suyos. Será mejor que ambos lloren (475- 487).

Habla luego a las almas de sus hermanos, pidiéndoles que midan la grandeza del sacrificio que les hace al ofrecerles la vida de su hijo. Y allí siente que le faltan fuerzas para consumarlo, y que, aunque sabe que él lo merece, no quiere matar a Meleagro. Pero reflexiona de continuo que no es admisible que disfrute de la victoria, la vida y el reino de Calidón, cuando sus hermanos son sólo sombra y cenizas, y se

dice que no lo soportará; su hijo habrá de morir, y con él las esperanzas de Eneo y la existencia del reino y la patria.

Y se pregunta dónde están sus afanes y sentimientos de madre, y anhela haber permitido que el leño fatal hubiera ardido cuando Meleagro acababa de nacer. Meleagro vive por regalo de ella; ahora morirá por sus propios hechos, como premio de tales hechos. Él, que dos veces le debe la vida, por el nacimiento y por la preservación del leño señalado por las Parcas, ha de morir o de matarla a ella también (488-505).

Sin embargo, no puede aún ejecutar la acción funesta, aunque quiere. Miserable, tiene ante los ojos la imagen de los cadáveres fraternos, y la piedad maternal le ablanda el alma. Por fin, admite la victoria de sus hermanos, y aun sabiendo que ella también morirá por eso, con el rostro vuelto arroja el leño a las llamas. El tronco gimió o pareció gemir, y ardió en el fuego que se oponía a quemarlo (506-514).

Lejos de allí, Meleagro, sin saber por qué, arde en esa misma llama, y siente el dolor y lo aguanta. Se aflige, con todo, porque muere sin combatir, y envidia a los que fueron heridos. En su agonía, invoca a su padre y a sus hermanos, a su esposa y a su madre. Como un fuego, el dolor crece y mengua en él. Fuego y dolor cesan al mismo tiempo, y mientras su espíritu deja su cuerpo, la brasa que resta del leño se cubre de ceniza (515-525).

Está de duelo Calidón. Jóvenes y viejos, próceres y gente del pueblo se lamentan; las mujeres se golpean el pecho. El anciano

Eneo esparce polvo en sus canas y su rostro, y maldice su larga edad. Altea se suicida clavándose un hierro en las entrañas.

Ni con cien bocas y el amparo de Apolo y las Musas, podría el poeta decir la suerte de las hermanas de Meleagro.

Descompuestas se golpean el pecho, y abrazan y besan el cuerpo de su hermano. Cuando éste se ha quemado en la pira, abrazan sus cenizas y el nombre escrito en su tumba, y lo llenan de lágrimas. Diana, satisfecha su venganza en la casa de Partaón, las convierte en aves a todas, con excepción de Gorge y Deyanira (526-546).

Entre tanto, Teseo, luego de participar en la caza del jabalí, regresaba a Atenas. En su camino lo detuvo Aqueloo, invitándolo a quedarse con él mientras pasaba la fuerza devastadora de la creciente fluvial (547-559). El héroe aceptó, y entró en la casa del dios, casa de pómez y toba, húmeda el piso y artesonada de múrice y conchas.

Habían pasado las dos terceras partes del día, y los huéspedes se tendieron en lechos. Por una parte, Piritoo; por otra, Teseo; aparte, Lélex y los otros a quien, alegre por la fama de Teseo, Aqueloo recibía. Descalzas, las ninfas sirvieron los manjares y el vino. Teseo, viendo el mar que se extendía ante sus ojos, pregunta cuál es la isla que mira, y que no parece ser una sola (560-576).

Responde el río: En efecto, no se trata de una sola isla, sino de cinco. No sólo la venganza de Diana es admirable. Las islas

aquéllas fueron náyades que, olvidadas de dar culto a Aqueloo, sacri- fícaron diez novillos a los dioses agrestes. El río se había hinchado, colérico, y había arrebatado selvas y siembras, y con el lugar mismo, había hecho rodar hacia las aguas a las ninfas olvidadizas que al fin lo recordaban. Separadas por las ondas del mar y las del propio río, se habían formado las cinco islas Equínadas (577-589).

Otra isla, grata al río, se mira más lejos. Es Perimele, a quien él quitó la virginidad causando la pena de su padre Hipodamas, y a quien éste arrojó al mar para que muriera. Aqueloo recibió el cuerpo aquél y rogó a Neptuno, rey de las aguas, que lo ayudara haciendo que la nadante pudiera alcanzar un lugar seguro o convertirse en lugar ella misma. Asintió el magno dios y, bajo las manos del río, la endureció convirtiéndola en isla (590-610).

Esto contó Aqueloo, y todos quedaron conmovidos menos Piritoo despreciador de los dioses, quien habló diciendo que el poder divino no ha de ser tan grande que les permita poner y quitar figuras. Los demás lo censuraron, y el viejo Lélex tomó la palabra:

El poder de los dioses no tiene límite; como ejemplo de tal cosa, él recuerda haber visto en Frigia una encina cercana a un tilo. Próximo a ella, un estanque frecuentado de aves acuáticas. Bajo aspecto humano, llegaron al lugar Júpiter y Mercurio, y no

obtuvieron en casa alguna la hospitalidad que solicitaban. Sólo una choza los recibió, humilde y rústica, donde los ancianos Filemón y Baucis vivían desde su juventud, compartiendo en paz una reconocida pobreza. Solos estaban los dos, sin nadie que los sirviera (611-636).

Los dioses, para entrar, hubieron de inclinar la cabeza a causa de lo bajo del dintel, y luego, invitados por su huésped, se acomodaron en rústicos asientos. Baucis, después de cubrir éstos, se aplicó a renovar el fuego casi extinto, y a poner sobre él un caldero donde cocer las verduras de su huerto y un trozo pequeño de un lomo ahumado de puerco que por allí estaba colgado (637-650).

Mientras se hace la comida, los dioses y los viejos platican. Luego se colocan los lechos, de sauce y pobremente cubiertos aun con vestes de fiesta, donde los dioses se tienden. La mesa cojeaba, y hubo que nivelarla con un tiesto y limpiarla luego con menta, antes de servir en ella aceitunas, cornejos en salmuera, endibias y rábanos, queso y huevos. Todo en trastos de barro. De barro también, se pone una crátera, y, de madera de haya, vasos untados por dentro de cera (651- 670).

Poco después se sirvieron las viandas calientes, acompañadas de vino nuevo. En la segunda parte de la comida, hay nueces, higos secos y dátiles y ciruelas y manzanas y uvas, puestos alrededor de un panal. Por encima de todo lo ofrecido, están los rostros llenos de bondad y la voluntad diligente y copiosa (671-679).

Entre tanto, Filemón y Baucis advierten que al beber el vino, éste se reproduce espontáneamente en la crátera, y piden, atónitos, perdón para la pobreza de su hospitalidad, pobreza que tratan de disimular con servir en la mesa un ganso, único guardián de su casa. Cuando lo perseguían para inmolarlo, el animal corrió hacia los dioses, quienes prohibieron su muerte y se dieron a conocer, diciendo, además, que los vecinos serían castigados por no haberlos recibido, y que sólo Filemón y Baucis serían salvados. A continuación, los invitan a dejar la casa y subir con ellos a la cima del monte, cosa que los ancianos hacen difícilmente apoyados en sus báculos (680-694).

A la distancia de un tiro de flecha, volvieron los ojos y vieron que los vecinos suyos habían sido sumergidos en un pantano, y mientras lloran por ellos advierten que su choza de paja y madera se torna en templo de oro y mármol, con puertas cinceladas (694- 702).

Júpiter, entonces, les pide que formulen un deseo. Luego de hablar brevemente con su esposa, Baucis descubre su decisión a los dioses: Lo único que desean es ser sacerdotes y guardianes de su templo, y morir ambos a la vez. Su deseo se cumplió. Mientras vivieron, custodiaron el templo. Agobiados por la edad, mientras contaban la historia del lugar detenidos en las gradas de la entrada, la esposa vio que el esposo echaba frondas, y lo mismo vio hacer el esposo a la esposa. Incluso cuando ya les crecía follaje sobre el rostro, se hablaban entre sí.

A un tiempo se dijeron adiós, a un tiempo quedaron del todo convertidos en árboles, que pueden verse allí todavía.

Lélex afirma haberlos visto, y haber visto que estaban adornados con guirnaldas, a las cuales él añadió otras nuevas, a la vez que pedía cuidado de los dioses para quienes a los dioses cuidaron, y honor para quienes los honraron (703-724).

Todos se conmovieron por la narración y el narrador; principalmente Teseo. Por esta razón, Aqueloo le habla más, diciéndole que hay quienes cambian de apariencia de una vez por todas, pero otros más tienen la facultad de transformarse a voluntad, a la manera de Proteo, que es ya joven, ya león, tan pronto jabalí como serpiente o toro o piedra o árbol, e incluso toma la apariencia del agua

o el fuego (725-737).

Esos mismos poderes pertenecían a Metra, esposa de Autólico e hija de Erisictón. Éste despreciaba a los dioses y no les rendía culto, y había atacado con el hacha los bosques de Ceres. En ellos había una magna encina, grande como un bosque, ceñida de cintas y adornada de guirnaldas y ofrendas votivas. En torno' suyo, las dríadas danzaban a menudo y, tomadas las manos, la circundaban. La medida del tronco era de quince brazas, y los árboles, junto a ella, parecían como la hierba junto a ellos (738-750).

Erisictón ordenó que fuera derribada, y como no lo obedecieran, tomó el hacha él mismo, y dijo que la derribaría así fuera no sólo la dilecta a la diosa, sino la diosa misma. Herida por el hierro, gimió la encina, y se cubrió entera de palidez, y sangró como un toro sacrificado (751-764). Todos se asombraron al ver esto, y alguien que quiso detenerla, fue decapitado por el impío, que reanudó al punto su obra nefasta. Entonces habló el árbol, declarando que era una ninfa amada de Ceres, y vaticinando el castigo de su destructor. Por fin se derrumbó, y aplastó muchos árboles con su mole (765-776).

Las dríadas se duelen y piden a Ceres que castigue al autor de daño tan grande. Asiente la diosa, y luego de meditar la clase de pena que le infligiría, decide agobiarlo con el hambre. Ya que los hados prohíben que Ceres y el Hambre se junten, ordena aquélla que una de las oréadas busque a ésta en su morada de Escitia, triste tierra sin frutos ni árboles donde habita junto con el Frío, el Palor y el Temblor. En encontrándola, habrá de mandarle que se esconda en las entrañas de Erisictón, y allí se mantenga a pesar de todos los alimentos que lleguen a combatirla. Para viajar, la mensajera usará el carro de Ceres, tirado por serpientes aladas (777-795).

En ese carro llegó a Escitia la ninfa, y tras detenerse en la cima del Cáucaso, encontró al Hambre en un campo de piedras, donde arrancaba escasas hierbas con las uñas y los dientes.

El Hambre tiene hirsuto el cabello, hundidos los ojos; es pálida y babea entre los dientes caridosos; su piel es dura y permite ver

las entrañas y los huesos. Sin vientre, su pecho parece colgar del espinazo. La delgadez aumenta sus articulaciones; sus rodillas y sus talones sobresalen sin medida (796-808). Después de darle de lejos el mensaje de Ceres, la oréada, que comenzaba a sentir necesidad de comer, regresó a Hemonia arrastrada por sus dragones (809-813).

Aunque enemiga de la obra de Ceres, el Hambre obedece sus mandatos. Penetra en la casa del sacrílego y, mientras duerme, lo abraza y se le infunde en las venas soplándole el pecho y la boca. Cumplido el encargo, regresa de la abundancia a su miseria (814- 822).

Dormido, Erisictón hambriento sueña que come, y mueve la boca vacía, fatiga los dientes masticando, y luego traga inexistente comida. Sólo aire devora. Pero cuando despierta se ensaña el hambre, e impera en sus inmensas vísceras. Pide lo que se cría en el mar, en la tierra, en el aire, y ante las mesas donde se le sirve se queja del ayuno, y pide comida a la comida, y no le basta lo que satisfaría a ciudades y pueblos, y más ansía cuanto más traga. Como el mar o como el fuego insaciables reciben ríos y combustibles, así el vientre de Erisictón recibe sin término, y sin término pide. La comida le da hambre, y comiendo, su estómago queda más vacío (823-842).

Después que devoró su hacienda toda, y el hambre no dejó de asediarlo, pensó en vender a Metra su hija, digna de un padre mejor, y la vendió, en efecto. Ella recusa a su nuevo dueño, y va al mar a rogar a Neptuno, quien había tomado su virginidad,

que la libre de aquél. El dios no desprecia la súplica, y cuando el dueño se acerca, da a la joven la figura de un pescador. Aquél, sin reconocerla, le pregunta por ella misma, diciendo que la acababa de ver en la playa. Metra, gozándose que le suceda tal cosa, y dando en la cuenta de que el dios le había concedido ese don, le contestó burlándose que ninguna mujer, excepto ella, había estado en esos lugares. Le creyó el dueño y se regresó por la arena, en tanto que ella recobraba su anterior apariencia (843-868).

Cuando Erisictón supo que su hija tenía el poder de transformarse, la vendió otras muchas veces y compró alimentos por el precio injustamente obtenido, pues ella escapaba a sus dueños volviéndose en yegua, en ave, en buey, en ciervo (871-874). Por último, en el momento en que no tuvo ya más que comer, Erisictón, víctima de un ansia cada vez mayor, empezó a devorarse a sí mismo, y nutrió su cuerpo con disminuirlo (875-878).

Luego de decir esto, Aqueloo declara a sus huéspedes que también es suyo ese don de cambiar de figura. Ya tiene su propia apariencia, ya se torna en serpiente o en toro. Y allí recuerda que, de sus cuernos de dios fluvial, sólo uno le queda, y el recuerdo lo hace gemir (879-884).

Iam nitidum retegente diem noctisque fugante tempora
Lucifero cadit Eurus, et umida surgunt nubila: dant placidi
cursum redeuntibus Austri Aeacidis Cephaloque; quibus feliciter
acti

ante expectatum portus tenuere petitos. 5

interea Minos Lelegeia litora vastat praetemptatque sui vires
Mavortis in urbe Alcathoi, quam Nisus habet, cui splendidus
ostro inter honoratos medioque in vertice canos
crinis inhaerebat, magni fiducia regni. 10

Sexta resurgebant orientis cornua lunae, et pendebat adhuc
belli fortuna, diuque inter utrumque volat dubiis Victoria pennis.
regia turris erat vocalibus addita muris,

in quibus auratam proles Letoia fertur 15

deposuisse lyram: saxo sonus eius inhaesit. saepe illuc solita est
ascendere filia Nisi

et petere exiguo resonantia saxa lapillo,

tum cum pax esset; bello quoque saepe solebat spectare ex illa
rigidi certamina Martis, 20

iamque mora belli procerum quoque nomina norat armaque
equosque habitusque Cydoneasque pharetras; noverat ante
alios faciem ducis Europaei,

plus etiam, quam nosse sat est: hac iudice Minos,

seu caput abdiderat cristata casside pennis, 25 in galea
formosus erat; seu sumpserat aere fulgentem clipeum, clipeum
sumpsisse decebat; torserat adductis hastilia lenta lacertis:

laudabat virgo iunctam cum viribus artem; inposito calamo
patulos sinuaverat arcus: 30 sic Phoebum sumptis iurabat stare
sagittis; cum vero faciem dempto nudaverat aere purpureusque
albi stratis insignia pictis

terga premebat equi spumantiaque ora regebat,

vix sua, vix sanae virgo Niseia compos 35

mentis erat: felix iaculum, quod tangeret ille, quaeque manu
premeret, felicia frena vocabat. impetus est illi, liceat modo,
ferre per agmen virgineos hostile gradus, est impetus illi turribus
e summis in Cnosia mittere corpus 40

castra vel aeratas hosti recludere portas, vel siquid Minos aliud
velit. utque sedebat candida Dictaei spectans tentoria regis,

'laeter,' ait 'doleamne geri lacrimabile bellum,

in dubio est; doleo, quod Minos hostis amanti est. 45 sed nisi
bella forent, numquam mihi cognitus esset! me tamen accepta
poterat deponere bellum

obside: me comitem, me pacis pignus haberet. si quae te
peperit, talis, pulcherrime regum, qualis es ipse, fuit, merito
deus arsit in illa. 50 o ego ter felix, si pennis lapsa per auras

Céfalo (V)

- 1 Ya el nítido día cuando hubo descubierto el Lucero, y
ahuyentado
- 2 de la noche los tiempos, cae el Euro y las húmedas nubes
- 3 se levantan: dan curso, plácidos, a los que regresan los
Austros,
- 4 a los Eácidas y a Céfalo, por los cuales, felizmente
llevados,
- 5 antes de lo esperado los puertos buscados tuvieron. 5

Escila y Minos

- 6 Entre tanto Minos los lelegeos litorales devasta
- 7 y pone a prueba las fuerzas de su mavorte en la ciudad
- 8 de Alcátoo, que Niso tiene, el cual, entre sus honoradas
canas,
- 9 en medio de su cabeza, un solo cabello, esplendente de
púrpura,
- 10 tenía prendido: garante de su gran reino. 10
- 11 Los sextos cuernos resurgían de la naciente luna
- 12 y en suspenso estaba aún la fortuna de la guerra y largo
tiempo
- 13 entre uno y otro vuela con dudosas alas la Victoria.

14 Una regia torre había adosada a sus vocales murallas,
15 en las cuales su áurea lira se dice que la prole 15
16 de Leto depuso: a su roca el sonido de ella quedó
prendido.
17 Muchas veces allí solió ascender la hija de Niso,
18 y alcanzar con una exigua piedrecita esas resonantes
rocas,
19 entonces, cuando paz hubiera; en la guerra también
muchas veces solía
20 contemplar desde ella las disputas del riguroso Marte; 20
21 y ya por la demora de la guerra de los próceres también
los nombres conocía
22 y sus armas y caballos y hábitos y sus cidóneas aljabas.
23 Conocía antes que los otros la faz del jefe hijo de Europa,
24 más aún de lo que conocer bastante es. Con ella de juez,
Minos,
25 si su cabeza había escondido en su crestado yelmo de
plumas, 25
26 en gálea hermoso era, o si había cogido, por su bronce
27 fulgente, su escudo, su escudo haber cogido le agradaba.
28 Había blandido tensando los brazos sus astiles flexibles,
29 alababa la virgen, unida con sus fuerzas, su arte.

30 Imponiéndoles un cálamo había curvado los abiertos
arcos: 30

31 que así Febo, juraba, se apostaba cuando cogía sus
saetas.

32 Pero cuando su faz desnudaba quitándose el bronce,
33 y purpúreo montaba las espaldas de su blanco caballo,
insignes

34 por sus pintas gualdrapas, y sus espumantes bocas regía,
35 apenas suya, apenas dueña de su sana mente la virgen 35
36 Niseide era: feliz la jabalina que tocara él,
37 y los que con su mano estrechara felices a esos frenos
llamaba.

38 El impulso es de ella, lícito sea sólo, llevar por la fila
39 enemiga sus virgíneos pasos, es el impulso de ella
40 de las torres desde lo más alto hacia los gnosios cuarteles
lanzar 40

41 su cuerpo, o las broncéneas puertas al enemigo abrir
42 o cualquier otra cosa que Minos quiera. Y cuando estaba
sentada

43 las blancas tiendas contemplando del dicteo rey:
44 «Si me alegre», dice, «o me duela de que se haga esta
lacrimosa guerra

45 en duda está. Me duele porque Minos enemigo de quien le
ama es. 45

46 Pero si estas guerras no fueran, nunca yo conocido le
habría.

47 De ser yo, aun así, aceptada como rehén, podría él
deponer

48 la guerra: a mí de compañera, a mí de prenda de paz me
tendría.

49 Si la que a ti te parió tal fue, el más bello

50 de los reyes, cual eres tú, con motivo el dios ardió en ella.

50

51 Oh, yo, tres veces feliz si con alas bajando por las auras

Cnosiaci possem castris insistere regis

fassaque me flammasque meas, qua dote, rogarem, vellet emi,
tantum patrias ne posceret arces!

nam pereant potius sperata cubilia, quam sim 55 prodicione
potens!—quamvis saepe utile vinci victoris placidi fecit
clementia multis.

iusta gerit certe pro nato bella perempto:

et causaque valet causamque tuentibus armis.

at, puto, vincemur; qui si manet exitus urbem, 60 cur suus haec
illi reseret mea moenia Mavors

et non noster amor? melius sine caede moraque inpensaue sui
poterit superare cruoris.

non metuam certe, ne quis tua pectora, Minos, vulneret
inprudens: quis enim tam durus, ut in te 65 derigere inmitem
non inscius audeat hastam?

coepta placent, et stat sententia tradere mecum dotalem
patriam finemque inponere bello; verum velle parum est! aditus
custodia servat,

claustraque portarum genitor tenet: hunc ego solum 70

infelix timeo, solus mea vota moratur.

di facerent, sine patre forem! sibi quisque profecto est deus:
ignavis precibus Fortuna repugnat.

altera iamdudum succensa cupidine tanto

perdere gauderet, quodcumque obstaret amori. 75 et cur ulla
foret me fortior? ire per ignes

et gladios ausim; nec in hoc tamen ignibus ullis aut gladiis opus
est, opus est mihi crine paterno. illa mihi est auro pretiosior, illa
beatam

purpura me votique mei factura potentem.' 80 Talia dicenti
curarum maxima nutrix

nox intervenit, tenebrisque audacia crevit. prima quies aderat,
qua curis fessa diurnis

pectora somnus habet: thalamos taciturna paternos intrat et
(heu facinus!) fatali nata parentem 85 crine suum spoliat
praedaque potita nefanda

per medios hostes (meriti fiducia tanta est) 88 pervenit ad
regem; quem sic adfata paventem est: 'suasit amor facinus:
proles ego regia Nisi

Scylla tibi trado patriaeque meosque penates; praemia nulla
peto nisi te: cape pignus amoris purpureum crinem nec me nunc
tradere crinem, sed patrium tibi crede caput!' scelerataque
dextra munera porrexit; Minos porrecta refugit 95 turbatusque
novi respondit imagine facti:

'di te summoveant, o nostri infamia saeculi, orbe suo, tellusque
tibi pontusque negetur! certe ego non patiar Iovis incunabula,
Creten,

qui meus est orbis, tantum contingere monstrum.' 100

Dixit, et ut leges captis iustissimus auctor hostibus inposuit,
classis retinacula solvi iussit et aeratas impelli remige puppes.

Scylla freto postquam deductas nare carinas

nec praestare ducem sceleris sibi praemia vidit, 105 consumptis
precibus violentam transit in iram intendensque manus passis
furibunda capillis

'quo fugis' exclamat 'meritorum auctore relicta, o patriae
praelate meae, praelate parenti?

quo fugis, inmitis, cuius victoria nostrum 110

podría en los cuarteles detenerme del gnosíaco rey

y confesándome ser yo, y las llamas mías, con qué dote, le preguntara, querría que fuera comprada, sólo con que los patrios recintos no me demandara, pues perezcan mejor mis esperados lechos, a que sea 55

por la traición poderosa. Aunque muchas veces la clemencia de su vencedor plácido útil hizo el ser vencidos para muchos.

Justas hace ciertamente por su nacido extinguido estas guerras

y por su causa prevalece, y por las armas que su causa sostienen,

y, creo, seremos vencidos. ¿Qué salida, pues, queda a la ciudad? 60

¿Por qué su mavorte estas murallas mías a él le ha de abrir, y no nuestro amor? Mejor sin matanza y demora,

y sin el coste podría vencer de su crúor.

No temeré realmente que alguien tu pecho, Minos,

hiera, en su imprudencia, ¿pues quién tan duro que a ti 65 a dirigir se atreva, si no es sin saberlo, una despiadada asta?

Estas empresas placen y consta mi decisión de entregar conmigo como dote a la patria y un fin imponer a la guerra.

Empero querer poco es. Los accesos una custodia los guarda
y los cerrojos de las puertas mi genitor los tiene: a él yo, solo, 70
infeliz de mí, temo, solo él mis deseos demora.

Los dioses hicieran que sin padre yo fuera. Para sí mismo cada
uno en efecto

es el dios: las perezosas súplicas la Fortuna rechaza. Otra ya
hace tiempo, inflamada por un deseo tan grande, en destruir se
gozaría cuanto se opusiera a su amor. 75

¿Y por qué alguna sería que yo más valiente? A ir por entre
fuegos y espadas me atrevería, y no en esto, aun así, de fuegos
algunos

o de espadas menester es: menester es para mí del cabello
paterno.

Él para mí es que el oro más precioso, esa púrpura dichosa a mí
me ha de hacer, y de mi deseo dueña». 80

A la que tal decía, máxima nodriza de las ansias,

la noche, le sobrevino, y con las tinieblas su audacia creció.

El primer descanso había llegado, en el cual, de sus ansias
diurnas cansados,

los pechos el sueño tiene: en los tálamos paternos taciturna
entra y -ay, mala acción-, su nacida al padre suyo 85

del cabello de sus hados despoja, y de esa presa nefanda
apoderada, lleva consigo el despojo de su abominación y

saliendo de su puerta, por mitad de los enemigos -en su mérito confianza tan grande tiene- llega hasta el rey, al que así se dirigió, asustado:

«Me persuadió el amor de la acción: prole yo, regia, de Niso, 90 Escila, a ti te entrego los de mi patria y mis penates.

Premios ningunos pido salvo a ti. Coge, prenda de mi amor, el purpúreo cabello, y no que yo ahora te entrego un cabello, sino de mi padre la cabeza a ti, cree», y su criminal diestra los regalos extendió. Minos lo extendido rehúye, 95

y turbado por la imagen de este nuevo hecho responde:

«Que los dioses te sustraigan, oh infamia de nuestro siglo, del orbe suyo, y la tierra a ti y el ponto se nieguen.

De seguro yo no sufriré que a Creta, de Júpiter la cuna, que mi mundo es, tan gran monstruo le toque». 100

Dijo y, cuando sus leyes a los cautivos enemigos, justísimo autor de ellas, hubo impuesto, que las amarras de su armada soltadas fueran

ordenó, y las broncíneas popas empujadas a remo. Escila, después que al estrecho bajadas nadar las quillas,

y que no le aprestaba ese general los premios a ella de su crimen, vio, 105

consumidas las súplicas, a una violenta ira pasó

y tendiendo sus manos, furibunda, esparcidos sus cabellos:

«¿A dónde huyes», exclama, «a la autora de estos méritos abandonando,

oh, antepuesto a la patria mía, antepuesto a mi padre?

¿A dónde huyes, despiadado, cuya victoria nuestro 110

et scelus et meritum est? nec te data munera, nec te noster amor movit, nec quod spes omnis in unum te mea congesta est? nam quo deserta revertar?

in patriam? superata iacet! sed finge manere: prodicione mea clausa est mihi! patris ad ora? 115 quem tibi donavi? cives odere merentem,

finitimi exemplum metuunt: exponimur orbae terrarum, nobis ut Crete sola pateret.

hac quoque si prohibes et nos, ingrater, relinquis, non genetrix Europa tibi est, sed inhospita Syrtis, 120 Armeniae tigres austroque agitata Charybdis.

Nec Iove tu natus, nec mater imagine tauri

ducta tua est: generis falsa est ea fabula! verus, [et ferus et captus nullius amore iuvencae]

qui te progenuit, taurus fuit. exige poenas, 125 Nise pater! gaudete malis, modo prodita, nostris, moenia! nam, fateor, merui et sum digna perire. sed tamen ex illis aliquis, quos impia laesi,

me perimat! cur, qui vicisti crimine nostro, insequeris crimen?
scelus hoc patriaeque patrique est, 130 officium tibi sit! te vere
coniuge digna est,

quae torvum ligno decepit adultera taurum

discordemque utero fetum tulit. ecquid ad aures perveniunt
mea dicta tuas, an inania venti

verba ferunt idemque tuas, ingrata, carinas? 135 iam iam
Pasiphaen non est mirabile taurum praeposuisse tibi: tu plus
feritatis habebas.

me miseram! properare iubet! divulsaque remis unda sonat,
mecumque simul mea terra recedit. nil agis, o frustra meritorum
oblite meorum: 140 insequar invitum puppimque amplexa
recurvam per freta longa trahar.' Vix dixerat, insilit undis
consequiturque rates faciente cupidine vires Cnosiacaeque
haeret comes invidiosa carinae.

quam pater ut vidit (nam iam pendebat in aura 145 et modo
factus erat fulvis haliaetus alis),

ibat, ut haerentem rostro laceraret adunco; illa metu puppim
dimisit, et aura cadentem

sustinuisse levis, ne tangeret aequora, visa est. pluma subit
palmis: in avem mutata vocatur 150 Ciris et a tonso est hoc
nomen adepta capillo.

Vota Iovi Minos taurorum corpora centum solvit, ut egressus
ratibus Curetida terram contigit, et spoliis decorata est regia
fixis.

creverat obprobrium generis, foedumque patebat 155 matris
adulterium monstri novitate biformis; destinat hunc Minos
thalamo remove pudorem multiplicique domo caecisque
includere tectis.

Daedalus ingenio fabrae celeberrimus artis

ponit opus turbatque notas et lumina flexum 160 ducit in
errorem variarum ambage viarum.

non secus ac liquidus Phrygiis Maeandros in arvis ludit et
ambiguo lapsu refluitque fluitque occurrensque sibi venturas
aspicit undas

et nunc ad fontes, nunc ad mare versus apertum 165 incertas
exercet aquas: ita Daedalus implet innumeras errore vias vixque
ipse reverti

crimen y también mérito es? ¿Ni a ti los dados regalos ni a ti
nuestro amor te ha conmovido, ni que mi esperanza toda en
solo tú reunida está? ¿Pues a dónde, abandonada, me volvería?

¿A la patria? Vencida yace. Pero supón que me quedo:

por la traición mía cerrado se me ha a mí. ¿De mi padre a la cara, 115 el cual a ti te doné? Los ciudadanos odian a quien lo merece,

los vecinos del ejemplo tienen miedo: expósita soy, huérfana de tierras, de modo que a nos Creta sola se abriera.

En ella también, si nos prohíbes, y a nos, ingrato, abandonas, no la genetriz Europa tuya es, sino la inhóspita Sirte 120

y de Armenia una tigresa y por el austro agitada Caribdis, ni de Júpiter tú nacido, ni tu madre por la imagen de un toro

arrastrada fue: de tu generación falsa es esa fábula; verdadero y fiero, y no cautivado por el amor de novilla alguna,

el que te engendró un toro fue. ¡Exige los castigos, 125

Niso padre!, ¡gozaos de los males, recién traicionadas murallas, nuestros! Pues lo confieso, lo he merecido y soy digna de morir.

Pero que aun así alguno de éstos a los que impía herí

me extinga. ¿Por qué, quien venciste por el crimen nuestro, persigues ese crimen? Abominación éste para mi patria y mi padre, 130 servicio para ti sea. De ti en verdad como esposo digna es

la que adúltera en el leño engañó al torvo toro

y ese discorde feto en el útero llevó. ¿Es que a los oídos tuyos no llegan mis palabras? ¿Acaso inanes palabras

los vientos llevan, y los mismos, ingrato, tus quillas? 135 Ya, ya no es admirable que Pasífae un toro

haya antepuesto a ti: tú más fiereza tenías.

Pobre de mí, apresurarse ordena y convulsa por los remos la onda suena; y conmigo a la vez, ah, mi tierra se le aleja.

Nada haces, oh, en vano olvidado de los méritos nuestros: 140 te seguiré, involuntario, y a tu popa abrazada recurva

por los estrechos largos me haré llevar». Apenas lo dijera, adentro saltó de las ondas

y alcanza las naves, haciéndole el deseo las fuerzas,

y de la gnosíaca quilla prendida queda, compañera odiosa.

A la cual su padre cuando la vio, pues ya estaba suspendido en el aura 145

y recién convertido se había, de fulvas alas, en el águila marina, a ella iba para, prendida, con su pico lacerarla corvo.

Ella de miedo la popa soltó, y el aura leve al ella caer, que la sostuvo -para que no tocara los mares- parecía.

Su pluma fue: por esas plumas en ave mutada se la llama 150 ciris y de su tonsurado cabello ha este nombre tomado.

Sus votos a Júpiter Minos -los cuerpos de toros cien- cumplió cuando, saliendo de sus naves, la curétide tierra tocó, y con los despojos a ella fijados decorado fue su real.

El laberinto, el Minotauro y Ariadna

Había crecido el oprobio de su generación, y vergonzoso se manifestaba 155

de esa madre el adulterio por la novedad del monstruo biforme.

Decide Minos este pudor de su tálamo suprimir

y en una múltiple casa y ciegos techos encerrarle. Dédalo, por su talento del fabril arte celebradísimo,

pone la obra, y conturba las señales y a las luces con el torcido 160 rodeo de sus variadas vías conduce a error.

No de otro modo que el frigio Meandro en las límpidas ondas juega y con su ambiguo caer refluye y fluye

y corriendo a su encuentro mira las ondas que han de venir

y ahora hacia sus manantiales, ahora hacia el mar abierto vuelto, 165 sus inciertas aguas fatiga: así Dédalo llena,

innumerables de error, sus vías, y apenas él regresar

ad limen potuit: tanta est fallacia tecti.

Quo postquam geminam tauri iuvenisque figuram clausit, et

Actaeo bis pastum sanguine monstrum 170 tertia sors annis domuit repetita novenis,

utque ope virginea nullis iterata priorum

ianua difficilis filo est inventa relecto, protinus Aegides rapta
Minoide Diam

vela dedit comitemque suam crudelis in illo 175 litore destituit;
desertae et multa querenti amplexus et opem Liber tulit, utque
perenni sidere clara foret, sumptam de fronte coronam inmisit
caelo: tenues volat illa per auras

dumque volat, gemmae nitidos vertuntur in ignes 180

consistuntque loco specie remanente coronae,

qui medius Nixique genu est Anguemque tenentis.

Daedalus interea Creten longumque perosus exilium tactusque
loci natalis amore

clausus erat pelago. 'terras licet' inquit 'et undas 185 obstruat: et
caelum certe patet; ibimus illac:

omnia possideat, non possidet aera Minos.' dixit et ignotas
animum dimittit in artes naturamque novat. nam ponit in ordine
pennas

a minima coeptas, longam brevior sequenti, 190 ut clivo
crevisse putes: sic rustica quondam

fistula disparibus paulatim surgit avenis; tum lino medias et
ceris alligat imas

atque ita conpositas parvo curvamine flectit,

ut veras imitetur aves. puer Icarus una 195

stabat et, ignarus sua se tractare pericla,

ore renidenti modo, quas vaga moverat aura, captabat plumas,
flavam modo pollice ceram molliabat lusuque suo mirabile patris

impediebat opus. postquam manus ultima coepto 200

inposita est, geminas opifex libravit in alas ipse suum corpus
motaque pependit in aura; instruit et natum 'medio' que 'ut
limite curras, Icare,' ait 'moneo, ne, si demissior ibis,

unda gravet pennas, si celsior, ignis adurat: 205 inter utrumque
vola. nec te spectare Booten

aut Helicen iubeo strictumque Orionis ense: me duce carpe
viam!' pariter praecepta volandi tradit et ignotas umeris
accommodat alas.

inter opus monitusque genae maduere seniles, 210

et patriae tremuere manus; dedit oscula nato non iterum
repetenda suo pennisque levatus ante volat comitique timet,
velut ales, ab alto quae teneram prolem produxit in aera nido,
hortaturque sequi damnosaeque erudit artes 215 et movet ipse
suas et nati respicit alas.

hos aliquis tremula dum captat harundine pisces, aut pastor
baculo stivave innixus arator

vidit et obstipuit, quique aethera carpere possent, credidit esse
deos. et iam Iunonia laeva 220

parte Samos (fuerant Delosque Parosque relictæ) dextra
Lebinthos erat fecundaque melle Calymne, cum puer audaci
coepit gaudere volatu deseruitque ducem caelique cupidine
tractus

al umbral pudo: tanta es la falacia de ese techo.

En el cual, después que la geminada figura de toro y joven
encerró y al monstruo, con actea sangre dos veces pastado, 170
el tercer sorteo lo dominó, repetido a los novenos años,

y cuando con ayuda virgínea fue encontrada, no reiterada

por ninguno de los anteriores, esa puerta difícil con el hilo

recogido, al punto el Egida, raptada la Minoide, a Día

velas dio, y a la acompañante suya, cruel, en aquel 175

litoral abandonó. A ella, abandonada y de muchas cosas

lamentándose, sus abrazos y su ayuda Líber le ofreció, y para

que por una perenne estrella clara fuera, cogida de su frente su
corona,

la envió al cielo. Vuela ella por las tenues auras

y mientras vuela sus gemas se tornan en nítidos fuegos 180

y se detienen en un lugar -el aspecto permaneciendo de
corona-,

que medio del que se apoya en su rodilla está, y del que la
sierpe tiene.

Dédalo e Ícaro

Dédalo entre tanto, por Creta y su largo exilio lleno de odio, y tocado por el amor de su lugar natal,

encerrado estaba en el piélago. «Aunque tierras», dice, «y ondas
185 me oponga, mas el cielo ciertamente se abre; iremos por
allá.

Todo que posea, no posee el aire Minos».

Dijo y su ánimo remite a unas ignotas artes

y la naturaleza innova. Pues pone en orden unas plumas,

por la menor empezadas, a una larga una más breve siguiendo,
190 de modo que en pendiente que habían crecido pienses: así
la rústica fístula un día paulatinamente surge, con sus dispares
avenas.

Luego con lino las de en medio, con ceras aliga las de más
abajo,

y así, compuestas en una pequeña curvatura, las dobla para
que a verdaderas aves imite. El niño Ícaro a una 195 estaba, e
ignorando que trataban sus propios peligros,

ora con cara brillante, las que la vagarosa aura había movido,
intentaba apoderarse de esas plumas, ora la flava cera con el
pulgar mullía, y con el juego suyo la admirable obra

de su padre impedía. Después que la mano última a su empresa
200 impuesto se hubo, su artesano balanceó en sus gemelas
alas

su propio cuerpo, y en el aura por él movida quedó suspendido.
Instruye también a su nacido y: «Por la mitad de la senda que
corras, Ícaro», dice, «te advierto, para que no, si más abatido
irás,

la onda grave tus plumas, si más elevado, el fuego las abrase.
205 Entre lo uno y lo otro vuela, y que no mires el Boyero

o la Ursa te mando, y la empuñada de Orión espada.

Conmigo de guía coge el camino». Al par los preceptos del volar
le entrega y desconocidas para sus hombros le acomoda las
alas.

Entre esta obra y los consejos, su mejillas se mojaron de
anciano, 210 y sus manos paternas le temblaron. Dio unos
besos al nacido suyo

que de nuevo no había de repetir, y con sus alas elevado
delante vuela y por su acompañante teme, como la pájara que
desde el alto,

a su tierna prole ha empujado a los aires, del nido,

y les exhorta a seguirla e instruye en las dañinas artes. 215
También mueve él las suyas, y las alas de su nacido se vuelve
para mirar. A ellos alguno, mientras intenta capturar con su

trémula caña unos peces, o un pastor con su cayado, o en su
esteva apoyado un arador,

los vio y quedó suspendido, y los que el éter coger podían

creyó que eran dioses. Y ya la junonia Samos 220

por la izquierda parte -habían sido Delos y Paros abandonadas-
, diestra Lebinto estaba, y fecunda en miel Calimna,

cuando el niño empezó a gozar de una audaz voladura y
abandonó a su guía y por el deseo de cielo arrastrado

altius egit iter. rapidi vicinia solis 225

mollit odoratas, pennarum vincula, ceras; tabuerant cerae:
nudos quatit ille lacertos, remigioque carens non ullas percipit
auras, oraque caerulea patrium clamantia nomen excipiuntur
aqua, quae nomen traxit ab illo. 230 at pater infelix, nec iam
pater, 'Icare,' dixit, 'Icare,' dixit 'ubi es? qua te regione
requiram?' 'Icare' dicebat: pennas aspexit in undis devovitque
suas artes corpusque sepulcro condidit, et tellus a nomine dicta
sepulti. 235

Hunc miseri tumulo ponentem corpora nati garrula limoso
prospexit ab elice perdix

et plausit pennis testataque gaudia cantu est, unica tunc
volucris nec visa prioribus annis, factaque nuper avis longum
tibi, Daedale, crimen. 240

namque huic tradiderat, fatorum ignara, docendam progeniem
germana suam, natalibus actis

bis puerum senis, animi ad praecepta capacis; ille etiam medio
spinas in pisce notatas

traxit in exemplum ferroque incidit acuto 245 perpetuos dentes
et serrae repperit usum; primus et ex uno duo ferrea bracchia
nodo vinxit, ut aequali spatio distantibus illis

altera pars staret, pars altera duceret orbem. Daedalus invidit
sacraque ex arce Minervae 250

praecipitem misit, lapsum mentitus; at illum, quae favet
ingeniis, excepit Pallas avemque reddidit et medio velavit in
aere pennis,

sed vigor ingenii quondam velocis in alas

inque pedes abiit; nomen, quod et ante, remansit. 255 non
tamen haec alte volucris sua corpora tollit, nec facit in ramis
altoque cacumine nidos: propter humum volitat ponitque in
saepibus ova antiquique memor metuit sublimia casus.

Iamque fatigatum tellus Aetnaea tenebat 260 Daedalon, et
sumptis pro supplice Cocalus armis mitis habebatur; iam
lamentabile Athenae pendere desierant Thesea laude tributum:
templa coronantur, bellatricemque Minervam cum Iove disque
vocant aliis, quos sanguine voto 265 muneribusque datis et
acerris turis honorant; sparserat Argolicas nomen vaga fama
per urbes Theseos, et populi, quos dives Achaia cepit, huius
opem magnis inploravere periclis,

huius opem Calydon, quamvis Meleagron haberet, 270

sollicita supplex petiit prece: causa petendi sus erat, infestae
famulus vindexque Dianae. Oenea namque ferunt pleni
successibus anni primitias frugum Cereri, sua vina Lyaeo,

Palladios flavae latices libasse Minervae; 275

coeptus ab agricolis superos pervenit ad omnes ambitiosus
honor: solas sine ture relictas praeteritae cessasse ferunt
Latoidos aras. tangit et ira deos. 'at non inpune feremus,

más alto hizo su camino: del robador sol la vecindad 225 mulló-
de las plumas sujeción- las perfumadas ceras.

Se habían deshecho esas ceras. Desnudos agita el los brazos, y
de remeros carente, no percibe auras algunas

y su boca, el paterno nombre gritando, azul

la recoge un agua que el nombre saca de él. 230 Mas el padre
infeliz, y no ya padre: «¡Ícaro!», dijo,

«¡Ícaro!», dijo, «¿Dónde estás? ¿Por qué región a ti he de
buscarte?

¡Ícaro!», decía. Las plumas divisó en las ondas,

y maldijo sus propias artes, y su cuerpo en un sepulcro encerró,
también tierra por el nombre dicha del sepultado. 235

Perdiz

A él, mientras en el túmulo ponía el cuerpo de su pobre nacido,
gárrula desde una limosa encina lo contempló una perdiz

y aplaudió con sus alas y atestiguados su gozos por su canto
fueron, única entonces esa ave y no vista en los anteriores años,

y, recién convertida en ave, largo crimen para ti, Dédalo, fue.

240 Pues a éste le había entregado -de sus hados ella

ignorante-, para que él le enseñara, al engendrado suyo su
germana: sus cumpleaños pasados

una docena de veces un chico, de ánimo para los preceptos
capaz.

Él incluso, las espinas que en medio de un pez se señalan, las
sacó para ejemplo y en un hierro agudo talló 245 unos
perpetuos dientes y de la sierra encontró el uso.

El primero él también dos brazos de hierro con un solo nudo
vinculó para que, por un igual espacio distantes ellos,
una parte quedara parada, la parte otra trazara un círculo.
Dédalo lo envidió, y del sagrado recinto de Minerva 250 de
cabeza lo envió, resbalado mintiéndole; mas a él,
la que alienta los ingenios, lo acogió Palas y ave
lo devolvió, y por mitad lo veló del aire de plumas, pero el vigor
de su ingenio, un día veloz, a sus alas
y a sus pies se marchó. El nombre, el que también antes,
permaneció. 255

No, aun así, esta ave alto su cuerpo levanta ni hace en las
ramas y la alta copa sus nidos.

Cerca de la tierra revolotea y pone en los setos sus huevos, y,
memoriosa de su antigua caída, tiene miedo a las alturas.

Meleagro y el jabalí de Calidón

Y ya fatigado la tierra del Etna había recibido 260
a Dédalo, y, al coger las armas a favor de un suplicante, Cócalo
por compasivo era tenido; ya Atenas de pagar
había cesado, por la gloria de Teseo, su lamentable tributo: los
templos se coronan, a la guerreadora Minerva
con Júpiter invocan, y los dioses otros, a los que con la sangre
prometida 265

y sus presentes dándoles y sus acervos de incienso, honoran.

Había esparcido la errante fama por las argólicas ciudades el nombre de Teseo, y los pueblos que la rica Acaya cogía,

de él la ayuda habían implorado en sus grandes peligros, de él la ayuda Calidón -aunque a Meleagro tuviera- 270

con angustiado ruego, suplicante, había pedido. La causa de la petición un cerdo era, sirviente y defensor de la hostil Diana.

Pues cuentan que Eneo, de un año de prosperidad pleno, las primicias de los frutos a Ceres, sus vinos a Lieo,

los Paladios licores a la flava Minerva había ofrendado. 275

Empezando por los campestres, a todos los altísimos arribó su ambicionado honor. Solas sin incienso dejadas, preteridas, que cesaron cuentan de la Latoide las aras.

Toca también la ira a los dioses: «Mas no impunemente lo llevaremos,

quaeque inhonoratae, non et dicemur inultae' 280 inquit, et

Olenios ultorem spreta per agros

misit aprum, quanto maiores herbida tauros

non habet Epiros, sed habent Sicula arva minores: sanguine et

igne micant oculi, riget horrida cervix, et setae similes rigidis

hastilibus horrent: 285

fervida cum rauco latos stridore per armos 287 spuma fluit,
dentes aequantur dentibus Indis, fulmen ab ore venit, frondes
afflatibus ardent.

is modo crescentes segetes proculcat in herba, 290 nunc
matura metit fleturi vota coloni

et Cererem in spicis intercipit: area frustra

et frustra exspectant promissas horrea messes. sternuntur
gravidum longo cum palmite fetus baccaeque cum ramis semper
frondentis olivae. 295 saevit et in pecudes: non has pastorve
canisve, non armenta truces possunt defendere tauri. diffugiunt
populi nec se nisi moenibus urbis

esse putant tutos, donec Meleagros et una

lecta manus iuvenum coiere cupidine laudis: 300 Tyndaridae
gemini, praestantes caestibus alter, alter equo, primaeque ratis
molitor Iason,

et cum Pirithoo, felix concordia, Theseus,

et duo Thestiadae prolesque Aphareia, Lynceus et velox Idas, et
iam non femina Caeneus, 305 Leucippusque ferox iaculoque
insignis Acastus Hippothousque Dryasque et cretus Amyntore
Phoenix Actoridaeque pares et missus ab Elide Phyleus. nec
Telamon aberat magnique creator Achillis cumque Pheretiade
et Hyanteo Iolao 310 inpiger Eurytion et cursu invictus
Echion Naryciusque Lelex Panopeusque Hyleusque feroxque
Hippasus et primis etiamnum Nestor in annis,

et quos Hippocoön antiquis misit Amyclis, Penelopaeque socer
cum Parrhasio Ancaeo, 315 Ampycidesque sagax et adhuc a
coniuge tutus Oeclides nemorisque decus Tegeaea Lycaei:
rasilis huic summam mordebat fibula vestem, crinis erat
simplex, nodum conlectus in unum,

ex umero pendens resonabat eburnea laevo 320 telorum custos,
arcum quoque laeva tenebat; talis erat cultu, facies, quam
dicere vere virgineam in puero, puerilem in virgine possis. hanc
pariter vidit, pariter Calydonius heros optavit renuente deo
flammasque latentes 325 hausit et 'o felix, siquem dignabitur'
inquit

'ista virum!' nec plura sinit tempusque pudorque dicere: maius
opus magni certaminis urguet.

Silva frequens trabibus, quam nulla ceciderat aetas, incipit a
plano devexaque prospicit arva: 330 quo postquam venere viri,
pars retia tendunt,

vincula pars adimunt canibus, pars pressa sequuntur signa
pedum, cupiuntque suum reperire periculum. concava vallis erat,
quo se demittere rivi

adsuerant pluvialis aquae; tenet ima lacunae 335 lenta salix
ulvaeque leves iuncique palustres viminaeque et longa parvae
sub harundine cannae: hinc aper excitus medios violentus in
hostes

y, la que no honorada, no también se nos dirá no vengada», 280
dice, y, despreciada, por los campos Olenios mandó

un vengador jabalí, cuanto mayores toros la herbosa

Epiros no tiene, pero los tienen los sículos campos menores. De
sangre y fuego rielan sus ojos, rígida está su erizada cerviz,
también sus cerdas semejantes a rígidos astiles se erizan, 285

[y se yerguen como una empalizada, como altos astiles, sus
cerdas].

Hirviente, junto con su bronco rugido, por sus anchas espaldillas
la espuma le fluye, sus dientes se igualan a los dientes indos,
un rayo de su boca viene, las frondas con sus aflatos arden.

Él, ora los crecientes sembrados pisotea, aún en hierba, 290

ahora los maduros votos siega de un colono que habrá de
llorarlos, y a Ceres en espigas la intercepta, la era en vano,

y en vano aguardan los hórreos las prometidas mieses.

Postradas yacen grávidas junto con su largo sarmiento las crías
y la baya con las ramas de la siempre frondosa oliva. 295

Se encarniza también en los rebaños: no a ellas el pastor o el
perro, no a las vacadas, bravos, las pueden defender los toros.

Se dispersan los pueblos y no sino en las murallas de la ciudad
estar creen a salvo, hasta que Meleagro y un solo

selecto puñado de jóvenes se unieron en su deseo de alabanza:

300 los Tindárides gemelos, digno de ver en las cestas el uno,

el otro a caballo, y de la primera nave el constructor, Jasón, y
con Pirítoo -feliz concordia- Teseo,
y los dos Testíadas y, prole de Alfareo, Linceo, y el veloz Idas y
ya no mujer Ceneo 305
y Leucipo el feroz y por su jabalina insigne Acasto
e Hipótoo y Dríade y, descendido de Amíntor, Fénix
y los Actóridas parejos, y enviado desde la Élide Fileo. Tampoco
Telamón faltaba y el creador del magno Aquiles y con el
Feretíada y el hianteo Iolao 310
el diligente Euritión y en la carrera invicto Equión y el naricio
Lélex y Panopeo e Hileo y el feroz Hípasso y en sus primeros
años todavía Néstor
y a los que Hipocoonte mandó desde la antigua Amiclas y de
Penélope el suegro con el parrasio Anceo 315
y Ampícida el sagaz y todavía de su esposa a salvo el Eclida, y,
gracia del bosque liceo, la Tegeea.
Un bruñido alfiler a ella le mordía lo alto del vestido, su pelo iba
sencillo, recogido en un nudo solo;
de su hombro colgando izquierdo resonaba la marfileña 320
guardesa de sus flechas, el arco también su izquierda lo tenía.
Tal era por su arreglo su belleza, que decirla verdaderamente
virgínea en un jovencito, juvenil en una virgen, pudieras.
A ella al par que la vio, al par el calidonio héroe

la eligió, renuente el dios, y unas llamas escondidas 325 apuró y:
«Oh feliz él si a alguno dignara», dice,

«esta mujer por esposo», y no más permite el tiempo y el pudor
decir: la mayor obra del gran certamen urge.

Un bosque concurrido de troncos, que ninguna edad había
tumbado, empieza desde un plano e inclinados contempla unos
campos; 330

al cual después que llegaron esos varones, parte las redes
tienden, sus ligaduras parte quitan a los perros, parte impresas
siguen

las señales de los pies y desean hallar su propio peligro.

Un cóncavo valle había, en el que dejarse caer unos arroyos
solían, de pluvial agua. Posee lo hondo de la laguna 335

el flexible sauce y ovas livianas y juncos palustres y mimbrés y
bajo la larga enea pequeñas cañas.

De aquí el jabalí lanzándose violento en mitad de sus enemigos

fertur, ut excussis elisi nubibus ignes.

sternitur incursu nemus, et propulsa fragorem 340 silva dat:

exclamant iuvenes praetentaque forti

tela tenent dextra lato vibrantia ferro.

*ille ruit spargitque canes, ut quisque furenti obstat, et obliquo
latrantes dissipat ictu. cuspis Echionio primum contorta lacerto*

345 vana fuit truncoque dedit leve vulnus acerno; proxima, si
nimiis mittentis viribus usa

non foret, in tergo visa est haesura petito: longius it; auctor teli
Pagasaeus Iason.

'Phoebe,' ait Ampycides, 'si te coluique coloque, 350

da mihi, quod petitur, certo contingere telo!'

qua potuit, precibus deus adnuit: ictus ab illo est, sed sine
vulnere aper: ferrum Diana volanti abstulerat iaculo; lignum sine
acumine venit.

ira feri mota est, nec fulmine lenius arsit: 355 emicat ex oculis,
spirat quoque pectore flamma, utque volat moles adducto
concita nervo,

cum petit aut muros aut plenas milite turres, in iuvenes certo sic
impete vulnificus sus

fertur et Hippalmon Pelagonaque, dextra tuentes 360

cornua, prosternit: socii rapuere iacentes; at non letiferos effugit
Enaesimus ictus

Hippocoonte satus: trepidantem et terga parantem vertere
succiso liquerunt poplite nervi.

Forsitan et Pylius citra Troyana perisset 365 tempora, sed
sumpto posita conamine ab hasta arboris insiluit, quae stabat
proxima, ramis despexitque, loco tutus, quem fugerat, hostem.
dentibus ille ferox in querno stipite tritis

inminet exitio fidensque recentibus armis 370 Eurytidae magni
rostro femur hausit adunco.

at gemini, nondum caelestia sidera, fratres, ambo conspicui,
nive candidioribus ambo vectabantur equis, ambo vibrata per
auras hastarum tremulo quatiebant spicula motu. 375 vulnera
fecissent, nisi saetiger inter opacas

nec iaculis isset nec equo loca pervia silvas. persequitur
Telamon studioque incautus eundi pronus ab arborea cecidit
radice retentus.

dum levat hunc Peleus, celerem Tegeaea sagittam 380

inposuit nervo sinuatoque expulit arcu:

fixa sub aure feri summum destrinxit harundo corpus et exiguo
rubefecit sanguine saetas; nec tamen illa sui successu laetior
ictus

quam Meleagros erat: primus vidisse putatur 385 et primus
sociis visum ostendisse cruorem

et 'meritum' dixisse 'feres virtutis honorem.' erubuere viri seque
exhortantur et addunt

cum clamore animos iaciuntque sine ordine tela: turba nocet
iactis et, quos petit, impedit ictus. 390 ecce furens contra sua
fata bipennifer Arcas 'discite, femineis quid tela virilia
praestent,

o iuvenes, operique meo concedite!' dixit. 'ipsa suis licet hunc
Latonia protegat armis,

invita tamen hunc perimet mea dextra Diana.' 395 talia
magniloquo tumidus memoraverat ore ancipitemque manu
tollens utraque securim

sale, como de las sacudidas nubes expelidos los fuegos.

Se postra por su carrera el bosque y un estruendo propulsada
340 la espesura hace: gritan los jóvenes y preparadas en su
fuerte diestra tienen las armas vibrantes con su ancho hierro.

Él se lanza y esparce los perros según cada uno a él,
enloquecido, se le opone, y con su oblicuo golpe, ladrando, los
disipa.

La cúspide blandida en primer lugar por el brazo de Equión 345
vana fue y en un tronco hizo una leve herida de arce.

La próxima, si de las demasiadas fuerzas de su lanzador uso
no hubiera ella hecho, en la espalda buscada pareció que iba a
clavarse. Más lejos va. El autor del arma el pagaseo Jasón.

«Febo», dice el Ampícida, «si a ti te honré y te honró 350 dame,
el que es buscado, con certera arma alcanzar».

En lo que pudo a estas súplicas el dios asintió; golpeado por él
fue, pero sin herida, el jabalí. Su hierro Diana de la jabalina
en vuelo había arrebatado. Leño sin punta llegó.

La ira del fiero se excitó y no que el rayo más lene ardió. 355
Riela de sus ojos, espira también por su pecho llama
y como vuela la mole disparada por el tensado nervio cuando
busca o las murallas o llenas de soldado las torres,
contra los jóvenes con su certera así embestida el hiriente cerdo
váse y a Hipalmo y Pelagón que los diestros flancos 360
guadaban postra: sus compañeros arrebataron a los caídos.
Mas no de sus mortíferos golpes escapó Enésimo,
de Hipocoonte simiente. Temblando y sus espaldas aprestando
a volver, segada su corva, le abandonaron sus nervios.
Quizás también el Pilio anteriormente a los troyanos tiempos
365 hubiera desaparecido, pero tomando impulso de su lanza
puesta en el suelo saltó, de un árbol que se erguía próximo, a
sus ramas,
y abajo miró, seguro en ese lugar, del que había huido, al
enemigo.
Con sus dientes aquel feroz, en un tronco de encina estregados,
se cierce para la destrucción y confiando en sus recientes
armas 370 del Euritida magno el muslo apuró con su pico
corvo.
Mas los gemelos hermanos, todavía no celestes estrellas, ambos
conspicuos, en caballos que la nieve más cándidos ambos eran
portados, ambos, blandiéndolas por las auras de sus astas
batían las guijas con trémulo movimiento. 375

Heridas hubieran hecho, de no ser porque el cerdoso animal entre unas opacas espesuras se hubiese ido, ni para las jabalinas ni para el caballo lugares transitables. Lo persigue Telamón e incauto en su afán por ir, de bruces por una raíz de un árbol cayó retenido.

Mientras lo levanta a éste Peleo una rápida saeta la Tegeea 380 impuso a su nervio y la expelió de su curvado arco.

Fijada bajo la oreja del fiero desgarró la caña lo alto de su cuerpo y de sangre enrojeció exigua sus cerdas, y no, aun así, ella más contenta del éxito de su golpe

que Meleagro estaba: el primero se cree que lo vio, 385 y el primero que a sus compañeros visto mostró el crúor y que: «Merecido», dijo, «llevarás de tu virtud el honor».

Enrojecieron los varones y a sí mismos se exhortan y añaden con clamor ánimos y lanzan sin orden sus armas:

su multitud perjudica a los lanzamientos y los impactos que busca impide. 390 He aquí que enfurecido, contra sus hados el Arcadio, el de hacha bifronte:

«Aprended, frente a las femeninas, cuánto las armas viriles aventajan,

oh jóvenes, y a la obra mía ceded», dijo.

«Aunque la propia Latonia a él con sus armas lo proteja,

contra la voluntad, aun así, de Diana lo destruirá mi diestra».
395 Tales cosas con grandilocuente boca, henchido, había
remembrado y su bicéfala segur levantando con ambas manos

institerat digitis pronos suspensus in ictus: occupat audentem,
quaque est via proxima leto, summa ferus geminos derexit ad
inguina dentes. 400 concidit Ancaeus glomerataque sanguine
multo viscera lapsa fluunt: madefacta est terra cruore. ibat in
adversum proles Ixionis hostem Pirithous valida quatiens
venabula dextra;

cui 'procul' Aegides 'o me mihi carior' inquit 405 'pars animae
consiste meae! licet eminus esse fortibus: Ancaeo nocuit
temeraria virtus.'

dixit et aerata torsit grave cuspide cornum; quo bene librato
votique potente futuro

obstitit aesculea frondosus ab arbore ramus. 410 misit et
Aesonides iaculum: quod casus ab illo vertit in inmeriti fatum
latrantis et inter

ilia coniectum tellure per ilia fixum est.

at manus Oenidae variat, missisque duabus hasta prior terra,
medio stetit altera tergo. 415

nec mora, dum saevit, dum corpora versat in orbem
stridentemque novo spumam cum sanguine fundit, vulneris
auctor adest hostemque irritat ad iram splendidaque adversos

venabula condit in armos. gaudia testantur socii clamore
secundo 420 victricemque petunt dextrae coniungere dextram
inmanemque ferum multa tellure iacentem mirantes spectant
neque adhuc contingere tutum esse putant, sed tela tamen sua
quisque cruentat.

Ipse pede inposito caput exitiabile pressit 425 atque ita 'sume
mei spolium, Nonacria, iuris,'

dixit 'et in partem veniat mea gloria tecum.' protinus exuvias
rigidis horrentia saetis terga dat et magnis insignia dentibus
ora.

illi laetitiae est cum munere muneris auctor; 430 invidere alii,
totoque erat agmine murmur.

e quibus ingenti tendentes bracchia voce

'pone age nec titulos intercipe, femina, nostros,' Thestiadae
clamant, 'nec te fiducia formae decipiat, ne sit longe tibi captus
amore 435 auctor,' et huic adimunt munus, ius muneris illi.
non tulit et tumida frendens Mavortius ira 'discite, raptores
alieni' dixit 'honoris,

facta minis quantum distent,' hausitque nefando pectora
Plexippi nil tale timentia ferro. 440

Toxea, quid faciat, dubium pariterque volentem ulcisci fratrem
fraternaue fata timentem

haud patitur dubitare diu calidumque priori caede recalfecit
consorti sanguine telum.

Dona deum templis nato victore ferebat, 445

cum videt exstinctos fratres Althaea referri. quae plangore dato
maestis clamoribus urbem inplet et auratis mutavit vestibus
atras;

at simul est auctor necis editus, excidit omnis

luctus et a lacrimis in poenae versus amorem est. 450

Stipes erat, quem, cum partus enixa iaceret Thestias, in
flammam triplices posuere sorores staminaque inpresso fatalia
pollice nentes 'tempora' dixerunt 'eadem lignoque tibi que,

se había erguido en sus dedos, suspendido sobre el principio de
sus articulaciones:

se apodera del que tal osaba y por donde es la ruta vecina a la
muerte, a lo alto de las ingles el fiero le enderezó sus gemelos
dientes. 400 Cae Anceo y hacinadas con mucha sangre

sus vísceras resbalándose fluyen. Humedecida la tierra de crúor
queda. Iba contra el adverso enemigo la prole de Ixión,

Pirítoo, con su vigorosa diestra batiendo unos venablos;

al cual: «Lejos», el Egida, «oh que yo para mí más querido», dice,

405

«parte del alma mía, detente. Pueden fuera de alcance estar los
fuertes. A Anceo le dañó su temeraria virtud»,

dijo, y de broncea cúspide blandió un pesado cornejo;
el cual, bien balanceado y que de su voto apoderado se habría,
se lo impidió, de su árbol de encina frondosa, una rama. 410
Envió también el Esónida una jabalina que el acaso, desde él,
volvió hacia el hado de un perro ladrador que lo desmerecía, y a
través
de sus ijares disparada, en la tierra, a través de los ijares,
clavada quedó.

Mas la mano del Enida varía y enviándole dos,
el asta primera en la tierra, en mitad de la espalda se irguió la
otra, 415

y sin demora, mientras se encarniza, mientras su cuerpo hace
girar en círculo

y rugiente espuma con nueva sangre derrama,
de la herida el autor acude y a su enemigo irrita a la ira
y unos espléndidos venablos esconde en sus adversas
espaldillas.

Sus gozos atestiguan los socios con el clamor favorable 420 y la
vencedora diestra buscan a su diestra juntar,

y el inabarcable fiero, en mucha tierra tendido, admirados
contemplan y todavía tocarlo seguro

no creen que sea, pero las armas suyas aun así cada cual
ensangrienta.

Él, con su pie impuesto, la cabeza mortífera pisa 425 y así:
«Toma el botín, Nonacria, de mi jurisdicción», dijo, «y que en parte vaya mi gloria contigo».

En seguida los despojos, las erizadas espaldas de rigurosas cerdas, le da e insigne por sus grandes dientes su rostro.

Para ella alegría es, con el regalo, del regalo su autor. 430

Lo envidiaron los otros y en todo el grupo había un murmullo.

De los cuales, tendiendo sus brazos con su ingente voz:

«Déjalo, va, y no interceptes, mujer, los títulos nuestros», los Testiadas claman, «y no a ti la confianza de tu hermosura te engañe, no esté lejos de ti, cautivado de amor, 435

su autor», y a ella arrebatan el regalo, la jurisdicción del regalo a él. No lo soportó, y rechinando de henchida ira el Mavortio:

«Aprended, robadores del ajeno honor», dijo,

los hechos de las amenazas cuanto distan», y apuró con nefando hierro el pecho de Plexipo, que nada tal temía. 440

A Tóxeo, sobre qué hacer en duda, y al par queriendo vengar a su hermano y los fraternos hados temiendo, no sufre que dude mucho tiempo, y cálido del anterior asesinato recalienta de consorte sangre su arma.

Altea y Meleagro

Sus dones al dios en los templos por su hijo vencedor llevaba,
445 cuando ve Altea que extinguidos sus hermanos de vuelta
traen.

La cual, golpe de duelo dándose, de afligidos gritos la ciudad
llena y con las vestiduras de oro mutó unas negras.

Mas una vez que hubo el autor de la muerte a la luz salido,
desaparece todo

el luto, y de las lágrimas éste se vuelve al amor del castigo. 450

Un tronco había, el cual, cuando -su parto ya dado a luz-
estaba acostada

la Testiade, en llamas pusieron las triples hermanas,

y sus hebras fatales, apretándolas con el pulgar, hilando:

«Los tiempos», dijeron, «mismos al leño y a ti,

o modo nate, damus.' quo postquam carmine dicto 455

excessere deae, flagrantem mater ab igne eripuit ramum
sparsitque liquentibus undis. ille diu fuerat penetralibus abditus
imis servatusque tuos, iuvenis, servaverat annos.

protulit hunc genetrix taedasque et fragmina poni 460

imperat et positis inimicos admovet ignes. tum conata quater
flammis inponere ramum

coepta quater tenuit: pugnat materque sororque, et diversa
trahunt unum duo nomina pectus. saepe metu sceleris pallebant
ora futuri, 465 saepe suum fervens oculis dabat ira ruborem,
et modo nescio quid similis crudele minanti vultus erat, modo
quem misereri credere posses; cumque ferus lacrimas animi
siccaverat ardor, inveniebantur lacrimae tamen, utque carina,
470 quam ventus ventoque rapit contrarius aestus, vim
geminam sentit paretque incerta duobus,

Thestias haud aliter dubiis affectibus errat inque vices ponit
positamque resuscitat iram. incipit esse tamen melior germana
parente 475 et consanguineas ut sanguine leniat umbras,
inpietate pia est. nam postquam pestifer ignis convaluit, 'rogus
iste cremet mea viscera' dixit, utque manu dira lignum fatale
tenebat,

ante sepulcrales infelix adstitit aras 480

'poenarum' que 'deae triplices, furialibus,' inquit 'Eumenides,
sacris vultus advertite vestros! ulciscor facioque nefas; mors
morte pianda est, in scelus addendum scelus est, in funera
funus: per coacervatos pereat domus in pia luctus! 485

an felix Oeneus nato victore fruetur, Thestius orbis erit? melius
lugebitis ambo.

vos modo, fraterni manes animaeque recentes, officium sentite
meum magnoque paratas accipite inferias, uteri mala pignora
nostri! 490

ei mihi! quo rapior? fratres, ignoscite matri! deficiunt ad coepta manus: meruisse fatemur illum, cur pereat; mortis mihi displicet auctor. ergo inpune feret vivusque et victor et ipso successu tumidus regnum Calydonis habebit, 495

vos cinis exiguus gelidaeque iacebitis umbrae? haud equidem patiar: pereat sceleratus et ille spemque patris regnumque trahat patriaeque ruinam! mens ubi materna est? ubi sunt pia iura parentum et quos sustinui bis mensum quinque labores?

500

o utinam primis arsisses ignibus infans,

idque ego passa forem! vixisti munere nostro; nunc merito moriere tuo! cape praemia facti bisque datam, primum partu, mox stipite raptu,

redde animam vel me fraternis adde sepulcris! 505 et cupio et nequeo. quid agam? modo vulnera fratrum ante oculos mihi sunt et tantae caedis imago,

nunc animum pietas maternaque nomina frangunt.

me miseram! male vincetis, sed vincite, fratres, dummodo, quae dederu vobis, solacia vosque 510

ipsa sequar!' dixit dextraque aversa trementi funereum torrem medios coniecit in ignes: aut dedit aut visus gemitus est ipse dedisse

455

oh, ora nacido, damos». La cual canción dicha después que 455
se retiraron las diosas, la flagrante rama la madre

del fuego retiró y la asperjó con fluidas aguas.

Ella largo tiempo había estado en los penetrales escondida más
profundos

y, preservada, joven, había preservado tus años.

La sacó a ella la genetriz, y teas y virutas que se dispongan 460
impera, y dispuestas enemigos fuegos les acerca.

Entonces, intentando cuatro veces a las llamas imponer la
rama, su empresa cuatro veces contuvo. Lucha la madre y la
hermana, y diversos tiran dos nombres de un solo pecho.

Muchas veces del miedo de su crimen futuro palidecía su rostro,
465 muchas veces, hirviente, a sus ojos daba la ira su propio
rubor,

y ora semejante al que amenaza no sé qué cosa cruel su rostro
era, ora al que compadecerse creer podrías;

y cuando las lágrimas de su ánimo había secado su fiero ardor,
se encontraban lágrimas aun así, y como la quilla, 470

a la que el viento y, al viento contrario, arrastra el bullir del mar,
una fuerza gemela siente y obedece sin tino a las dos cosas,

la Testiade no de otra forma por dudosos afectos va errante y
por turnos depone y depuesta resucita su ira.

Empieza a ser aun así mejor germana que madre 475

y como sus consanguíneas sombras con sangre aplaque,
por su impiedad pía es; pues después que el calamitoso fuego
convaleció: «La pira esta creme mis entrañas», dijo,

y como en su mano ominosa el leño fatal tenía, ante esas
sepulcrales aras infeliz se apostó 480

y: «Diosas triples de los castigos», dice, «a estos sacrificios de
furia, Euménides, los rostros volved vuestros.

Tomo venganza y hago una abominación. La muerte con la
muerte de expiar se ha,

a un crimen de añadirse un crimen ha, a los funerales un
funeral. Coacervados, perezca esta casa impía mediante lutos.
485

¿Acaso feliz Eneo de su nacido vencedor disfrutará, y Testio
huérfano estará? Mejor plañiréis ambos.

Vosotros ora, fraternos manes y ánimas recientes, el servicio
sentid mío y a lo grande preparados,

aceptad estos sacrificios de ultratumba, las malas prendas del
útero nuestro. 490

¡Ay de mí! ¿A dónde me arrebató? Hermanos, perdonad a una
madre. Desertan de la empresa mis manos. Que ha merecido él,
confesamos, por qué muera. De su muerte a mí no place la
autora.

¿Así que impunemente lo llevará y vivo y vencedor y por su mismo éxito henchido el reino de Calidón tendrá, 495

vosotros, ceniza exigua y heladas sombras yaceréis?

No yo ciertamente lo sufriré. Perezca el criminal y él

la esperanza de un padre y el reino arrastre y de la patria la ruina.

¿La mente dónde materna está? ¿Dónde están las pías leyes de los padres

y los que sostuve una decena de meses, afanes? 500

Oh, ojalá en los primeros fuegos hubieras ardido aún bebé y tal yo sufrido hubiera. Viviste por regalo nuestro,

ahora por el mérito morirás tuyo. Coge los premios de lo hecho,

y dos veces dado, primero por el parto y luego por el tronco arrebatado, devuelve tu aliento, o a mí me añade a los

fraternos sepulcros. 505 Y lo deseo y no puedo. ¿Qué haga yo?

Ora las heridas de mis hermanos ante los ojos tengo y de tan gran sangría la imagen,

ahora mi ánimo la piedad y los maternos nombres quiebran.

Pobre de mí. Mal venceréis, pero venced, hermanos,

en tanto que, la que os los habré de dar, a esos consuelos y a

vosotros 510 yo misma siga». Dijo y con una diestra, vuelta ella

de espaldas, temblorosa, el fúnebre tizón arrojó en medio de los fuegos.

O dio o pareció que un gemido aquel tronco

stipes, ut invitis conreptus ab ignibus arsit.

Inscius atque absens flamma Meleagros ab illa 515

uritur et caecis torreri viscera sentit ignibus ac magnos superat
virtute dolores.

quod tamen ignavo cadat et sine sanguine leto, maeret et
Ancaeï felicia vulnera dicit grandaevumque patrem fratresque
píasque sorores 520 cum gemitu sociamque tori vocat ore
supremo, forsitan et matrem. crescunt ignisque dolorque
languescuntque iterum; simul est exstinctus uterque, inque leves
abiit paulatim spiritus auras

paulatim cana prunam velante favilla. 525

Alta iacet Calydon: lugent iuvenesque senesque, vulgusque
proceresque gemunt, scissaeque capillos planguntur matres
Calydonides Eueninae;

pulvere canitiem genitor vultusque seniles

foedat humi fusus spatiosumque increpat aevum.530 nam de
matre manus diri sibi conscia facti

exegit poenas acto per viscera ferro.

non mihi si centum deus ora sonantia linguis ingeniumque
capax totumque Helicon dedisset, tristia persequer
miserarum fata sororum. 535 inmemores decoris liventia
pectora tundunt, dumque manet corpus, corpus refoventque
foventque, oscula dant ipsi, posito dant oscula lecto.

post cinerem cineres haustos ad pectora pressant adfusaeque
iacent tumulo signataque saxo 540 nomina complexae lacrimas
in nomina fundunt. quas Parthaoniae tandem Latonia clade
exsatiata domus praeter Gorgenque nurumque nobilis
Alcmenae natis in corpore pennis adlevat et longas per bracchia
porrigit alas 545 corneaque ora facit versasque per aera mittit.

Interea Theseus sociati parte laboris functus Erectheas
Tritonidos ibat ad arces. clausit iter fecitque moras Achelous
eunti

imbre tumens: 'succede meis,' ait 'inclite, tectis, 550 Cecropide,
nec te committe rapacibus undis:

ferre trabes solidas obliquaque volvere magno murmure saxa
solent. vidi contermina ripae cum gregibus stabula alta trahi;
nec fortibus illic profuit armentis nec equis velocibus esse. 555
multa quoque hic torrens nivibus de monte solutis corpora
turbineo iuvenalia vertice mersit.

tutior est requies, solito dum flumina currant limite, dum tenues
capiat suos alveus undas.' adnuit Aegides 'utar,' que 'Acheloe,
domoque 560

consilioque tuo' respondit; et usus utroque est. pumice
multicavo nec levibus atria tophis structa subit: molli tellus erat
umida musco, summa lacunabant alterno murice conchae.
iamque duas lucis partes Hyperione menso 565 discubere toris
Theseus comitesque laborum, hac Ixionides, illa Troezenius
heros

parte Lelex, raris iam sparsus tempora canis,

había dado, y arrebatado por esos involuntarios fuegos ardió.

Inconsciente y ausente, Meleagro por la llama aquella 515 se
quema y por ciegos fuegos tostarse sus entrañas

siente y grandes dolores supera por su virtud.

Aun así, que por una cobarde muerte él caiga y sin sangre le
aflige, y las de Anceo felices heridas dice

y a su padre de edad avanzada y hermanos y pías hermanas
520

con un gemido, y a la compañera de su lecho llama con boca
postrera; quizás también a su madre. Crecen el fuego y el dolor,
y languidecen otra vez. Al mismo tiempo se extinguió uno y otro
y hacia las leves auras marchó poco a poco su espíritu,

poco a poco la brasa cubriendo, cana, la ceniza. 525

Las hermanas de Meleagro

La alta Calidón yace. Plañen jóvenes y viejos,

y el vulgo y los nobles gimen, y rasgándose los cabellos golpes
de duelo se dan las madres Calídonides Eveninas.

De polvo su canicie el genitor y su rostro senil

mancha, por el suelo derramado, y su espaciosa edad increpa,
530 pues, en cuanto a la madre, la mano para ella cómplice del
siniestro hecho le exigió los castigos, pasando por sus entrañas
el hierro.

No a mí si cien bocas un dios, sonando con sus lenguas,

y un ingenio capaz y todo el Helicón me hubiera dado, los
tristes votos conseguiría de sus pobres hermanas. 535

Olvidadas de su decor sus lívidos pechos tunden,

y mientras le queda cuerpo, su cuerpo reaniman y animan,
besos le dan a él, dispuesto dan besos al lecho.

Después de ceniza, sus cenizas apuradas a su pecho aprietan y
derramadas yacen junto al túmulo, y a sus nombres 540

inscritos en la roca abrazadas, lágrimas sobre sus nombres
derraman.

A las cuales finalmente la Latonia, del desastre de la Pataonia
casa saciada, excepto a Gorge y a la nuera

de la noble Alcmena, nacidas en su cuerpo plumas,
las aligera, y largas por sus brazos les extiende unas alas 545 y
córneas sus bocas hace y tornadas por el aire las manda.

Teseo y Aqueloo (I)

Entre tanto Teseo, su parte de la obra común
tras cumplir, a los erecteos recintos iba de la Tritónide.

Le cerró el camino y le causó demoras el Aqueloo al marchar,
de lluvia henchido: «Acércate a los techos», le dice, «míos, ilustre
550 Cecrópida, y no te encomiendes a las robadoras ondas.

Llevar troncos sólidos y oblicuas rocas hacer rodar
con su gran murmullo suelen. He visto, lindando a su ribera, con
sus greyes establos altos ser arrastrados, y ni fuertes allí les
sirvió ser a las vacadas ni a los caballos veloces. 555

Muchos también este torrente, las nieves desde el monte
liberadas, muchos cuerpos juveniles en su arremolinado abismo
sumergió.

Más seguro es el descanso, mientras sus caudales corran por su
acostumbrada

linde, mientras tenues acoja su seno las ondas.

Asintió el Egida y: «Haré uso, Aqueloo, de la casa 560 y del
consejo tuyo», respondió; y uso de ambos hizo.

De pómez multicava y no lisas tobas a unos atrios contruidos
entra: la tierra estaba húmeda de blando musgo, las alturas
artesonaban, con alturno múrice, conchas.

Y ya dos partes de la luz Hiperión habiendo medido, 565
se recostaron en unos divanes Teseo y sus compañeros de
fatigas, por ésta el Ixiónida, por aquella parte el héroe
treceno, Lélex, de raras canas ya asperjadas sus sienes,

quosque alios parili fuerat dignatus honore

Amnis Acarnanum, laetissimus hospite tanto. 570 protinus
adpositas nudae vestigia nymphae instruxere epulis mensas
dapibusque remotis

in gemma posuere merum. tum maximus heros,

aequora prospiciens oculis subiecta, 'quis' inquit 'ille locus?'
(digitoque ostendit) 'et insula nomen 575 quod gerit illa, doce,
quamquam non una videtur!' Amnis ad haec 'non est' inquit
'quod cernitis unum: quinque iacent terrae; spatium discrimina
fallit. quoque minus spretae factum mirere Dianae,
naides hae fuerant, quae cum bis quinque iuencos 580
mactassent rurisque deos ad sacra vocassent, inmemores nostri
festas duxere choreas.

intumui, quantusque feror, cum plurimus umquam, tantus eram,
pariterque animis inmanis et undis

a silvis silvas et ab arvis arva revelli 585 cumque loco
nymphas, memores tum denique nostri, in freta provolvi. fluctus
nosterque marisque continuam diduxit humum partesque
resolvit

in totidem, mediis quot cernis Echinadas undis.

ut tamen ipse vides, procul, en procul una recessit 590

insula, grata mihi; Perimelen navita dicit: huic ego virgineum
dilectae nomen ademi;

quod pater Hippodamas aegre tulit inque profundum propulit e
scopulo periturae corpora natae.

excepi nantemque ferens "o proxima mundi 595 regna vagae"
dixi "sortite, Tridentifer, undae,

[In quo desinimus, qo sacri currimus amnes,

Huc ades atque audi placidus, Neptuno, precantem. Huic ego,
quam porto, nocui. Si mitis et aequus,

Si pater Hippodams, aut si minus impius esset Debuit illius
misereri, ignoscere nobis;]

adfer opem, mersaeque, precor, feritate paterna 601 da,
Neptune, locum, vel sit locus ipsa licebit!" [hunc quoque
conplectar.' movit caput aequoreus rex concussitque suis omnes

ad sensibus undas. extimuit nymphe, nabat tamen. ipse
natantis 605 pectora tangebam trepido salientia motu;
dumque ea contrecto, totum durescere sensi corpus et inducta
condi praecordia terra,]
dum loquor, amplexa est artus nova terra natantes 609
et gravis increvit mutatis insula membris.'

Amnis ab his tacuit. factum mirabile cunctos moverat: inridet
credentes, utque deorum spreto erat mentisque ferox, Ixione
natus

'ficta refers nimiumque putas, Acheloe, potentes esse deos,'
dixit 'si dant adimuntque figuras.' 615 obstipuerunt omnes nec
taliter dicta probarunt,

ante omnesque Lelex animo maturus et aevo, sic ait: 'inmensa
est finemque potentia caeli

non habet, et quicquid superi voluere, peractum est, quoque
minus dubites, tiliacae contermina quercus 620 collibus est
Phrygiis modico circumdata muro;

ipse locum vidi; nam me Pelopeia Pittheus

y a los otros que con parejo honor había dignado

el caudal de los acarnanes, contentísimo de huésped tanto. 570
En seguida unas ninfas desnudas de plantas instruyeron
con manjares acercadas las mesas, y el festín retirado,
en gema pusieron vino puro. Entonces el más grande héroe

Las Equínades; Perimele

las superficies mirando a sus ojos sometidas: «Qué lugar», dijo,
«aquél», y con el dedo lo muestra, «y la isla nombre cuál 575
lleva aquella, enséñanos; aunque no una parece».

El caudal a esto: «No es», dice, «lo que divisáis una cosa: cinco
tierras yacen. El espacio las distancias burla.

Y por que menos el hecho te admire, despreciada, de Diana,
unas náyades ellas habían sido, las cuales, una decena de
novillos 580 habiendo sacrificado y del campo a los dioses a los
sacrificios habiendo invitado, olvidadas de nos, sus festivos
coros hicieron.

Me entumecí de ira y cuan grande fluyo cuando máximo alguna
vez,

tan grande era, y al par por mis ánimos y ondas inabarcable,
de las espesuras, espesuras, y de los campos, campos
arrancaba, 585 y con su lugar a las ninfas, acordadas entonces
al fin de nos,

a los mares arramblé. El flujo nuestro y del mar esa tierra
distrajo continua, y sus partes desligó

en otras tantas cuantas Equínades divisas en medio de las
ondas.

Como aun así tú mismo ves, lejos, ay, lejos una isla 590 se
apartó, grata a mí. Perimele el navegante la llama.

A ella yo su virgíneo nombre, mi elegida, le quité,

lo cual su padre Hipodamante amargamente sufrió y al
profundo arrojó desde una peña el cuerpo de su hija, que iba a
morir.

La recogí, y mientras nadaba sosteniéndola: «Oh, agraciado
con los reinos 595 próximos del cosmos, los de la vagabunda
onda», dije, «portador del tridente, [en quien acabamos, al que
sagrados corremos los caudales,

ven aquí y oye plácido, Neptuno, a quien te suplica.

A ésta yo, a la que porto, he hecho daño. Si tierno y justo, si
padre Hipodamante, o si menos impío fuera,] 600 debió
apiadarse de ella, a nosotros debió perdonar. 600a

préstale ayuda, y a ella, ahogada, te lo ruego, por la fiereza
paterna, dale, Neptuno, un lugar; o que sea el lugar ella, lícito
será:

[así también la estrecharé». Movió la cabeza el marino rey y
sacudió con sus asentimientos todas las ondas.

Sintió temor la ninfa: nadaba aun así; yo mismo el pecho 605
de ella, que nadaba, rozaba, latiendo en tembloroso
movimiento.

Y mientras lo toco, todo endurecerse sentí
su cuerpo, y que en las tierras que lo cubrían se escondía su
torso. Mientras hablo rodeó sus miembros una nueva tierra,
nadando ellos, y, pesada, dentro creció una isla de su mutado
cuerpo». 610

Filemon y Baucis

El caudal tras esto calló; el hecho admirable a todos
había conmovido: se burla de los que lo creen, y cual de los
dioses despreciador era y de mente feroz, de Ixión el nacido:
«Mentiras cuentas y demasiado crees, Aqueloo, poderosos, que
son los dioses», dijo, «si dan y quitan las figuras». 615 Quedaron
suspendidos todos y tales dichos no aprobaron,
y antes que todos Lélex, de ánimo maduro y de edad, así dice:
«Inmenso es, y límite el poderío del cielo
no tiene, y cuanto los altísimos quisieron realizado fue.
Y para que menos lo dudes, a un tilo contigua una encina 620
en las colinas frigias hay, circundada por un intermedio muro.
Yo mismo el lugar vi, pues a mí a los pelopeos campos

misit in arva suo quondam regnata parenti.

haud procul hinc stagnum est, tellus habitabilis olim, nunc
celebres mergis fulicisque palustribus undae; 625 Iuppiter huc
specie mortali cumque parente

venit Atlantiades positis caducifer alis.

mille domos adiere locum requiemque petentes, mille domos
clausere serae; tamen una recepit, parva quidem, stipulis et
canna tecta palustri, 630 sed pia Baucis anus parilique aetate
Philemon

illa sunt annis iuncti iuvenalibus, illa consenuere casa
paupertatemque fatendo effecere levem nec iniqua mente
ferendo;

nec refert, dominos illic famulosne requiras: 635 tota domus duo
sunt, idem parentque iubentque. ergo ubi caelicolae parvos
tetigere penates summissoque humiles intrarunt vertice postes,
membra senex posito iussit relevare sedili;

cui superiniecit textum rude sedula Baucis 640 inque foco
tepidum cinerem dimovit et ignes suscitavit hesternos foliisque et
cortice sicco nutrit et ad flammam animum producit anili
multifidasque faces ramaliaque arida tecto detulit et minuit
parvoque admovit aeno, 645 quodque suus coniunx riguo
conlegerat horto, truncat holus foliis; furca levat ille bicorni
sordida terga suis nigro pendentia tigno servatoque diu resecat
de tergore partem

exiguam sectamque domat ferventibus undis. 650 interea
medias fallunt sermonibus horas [sentirique moram prohibent.
erat alveus illic fagineus, curva clavo suspensus ab ansa:

is tepidis inpletur aquis artusque fovendos accipit. in medio
torus est de mollibus ulvis 655 inpositus lecto sponda
pedibusque salignis.] concutiuntque torum de molli fluminis ulva
655a inpositum lecto sponda pedibusque salignis. vestibus hunc
velant, quas non nisi tempore festo sternere consuerant, sed et
haec vilisque vetusque vestis erat, lecto non indignanda saligno.

adcubuerunt dei. mensam succincta tremensque 660 ponit anus,
mensae sed erat pes tertius impar:

testa parem fecit; quae postquam subdita clivum sustulit,
aequatam mentae tersere virentes. ponitur hic bicolor sinceræ
baca Minervæ conditaque in liquida corna autumnalia faece
665 intibaque et radix et lactis massa coacti

ovaque non acri leviter versata favilla, omnia fictilibus. post
haec caelatus eodem sistitur argento crater fabricataque fago
pocula, qua cava sunt, flaventibus inlita ceris; 670 parva mora
est, epulasque foci misere calentes, nec longae rursus referuntur
vina senectæ

dantque locum mensis paulum seducta secundis: hic nux, hic
mixta est rugosis carica palmis prunaque et in patulis redolentia
mala canistris 675 et de purpureis conlectæ vitibus uvæ,

candidus in medio favus est; super omnia vultus accessere boni
nec iners pauperque voluntas.

'Interea totiens haustum cratera repleri

Piteo me envió, un día reinados por su padre.

No lejos de aquí un pantano hay, tierra habitable en otro
tiempo, ahora, concurridas de mergos y fochas palustres,
ondas. 625 Júpiter acá, en aspecto mortal, y con su padre
vino el Atlántida, el portador del caduceo, dejadas sus alas. A
mil casas acudieron, lugar y descanso pidiendo,
mil casas cerraron sus trancas; aun así una los recibió, pequeña,
ciertamente, de varas y caña palustre cubierta, 630 pero la
piadosa anciana Baucis y de pareja edad Filemon
en ella se unieron en sus años juveniles, en aquella cabaña
envejecieron y su pobreza confesando
la hicieron leve, y no con inicua mente llevándola.

No hace al caso que señores allí o fámulos busques: 635 toda la
casa dos son, los mismos obedecen y mandan.

Así pues, cuando los celestiales esos pequeños penates tocaron
y bajando la cabeza entraron en esos humildes postes,
sus cuerpos el anciano, poniéndoles un asiento, les mandó
aliviar, al cual sobrepuso un tejido rudo, diligente, Baucis 640

y en el fogón la tibia ceniza retiró y los fuegos suscita de la
víspera y con hojas y corteza seca lo nutre y las llamas con su
aliento senil alarga

y muy astilladas antorchas y ramajos áridos del techo bajó y los
desmenuzó y acercó a un pequeño caldero 645 y, la que su
esposo había recogido del bien regado huerto,

troncha a esa hortaliza sus hojas; con una horquilla iza ella, de
dos cuernos,

unas sucias espaldas de cerdo que colgaban de una negra viga,
y reservado largo tiempo saja de su cuero una parte

exigua, y sajada la doma en las hirvientes ondas. 650

Mientras tanto las intermedias horas burlan con sus
conversaciones

y que sea sentida la demora prohíben. Había un seno allí de
haya, por un clavo suspendido de su dura asa.

Él de tibias aguas se llena y unos miembros que entibiar acoge.

En el medio un diván de mullidas ovas 655

ha sido impuesto, en un lecho de armazón y pies de sauce. 656a

Y sacuden un colchón de mullida ova del río

puesto sobre un lecho con armazón y patas de sauce.

Con unas ropas lo velan que no, sino en tiempos de fiesta, a
tender acostumbraban, pero también ella vil y vieja ropa era,
que a un lecho de sauce no ofendería:

se recostaron los dioses. La mesa, remangada y temblorosa
660 la anciana, la pone, pero de la mesa era el pie tercero
dispar:

una teja par lo hizo; la cual, después que a él sometida su
inclinación sostuvo, igualada, unas mentas verdeantes la
limpiaron.

Se pone aquí, bicolor, la baya de la pura Minerva

y, guardados en el líquido poso, unos cornejos de otoño, 665 y
endibia y rábano y masa de leche cuajada

y huevos levemente revueltos en no acre rescoldo,

todo en lozas; después de esto, cincelada en la misma plata, se
coloca una cratera, y, fabricadas de haya,

unas copas, por donde cóncavas son, de flavas ceras untadas.

670 Pequeña la demora es, y las viandas los fogones remitieron
calientes, y, no de larga vejez, de vuelta se llevan los vinos

y dan lugar, poco tiempo retirados, a las mesas segundas. Aquí
nuez, aquí mezclados cabrahígos con rugosos dátiles y ciruelas
y fragantes manzanas en anchos canastos 675

y de purpúreas vides recolectadas uvas,

cándido, en el medio un panal hay: sobre todas las cosas unos
rostros acudieron buenos y una no inerte y pobre voluntad.

Entre tanto, tantas veces apurada, la cratera rellenarse

sponte sua per seque vident succrescere vina: 680 attoniti
novitate pavent manibusque supinis concipiunt Baucisque
preces timidusque Philemon et veniam dapibus nullisque
paratibus orant. unicus anser erat, minimae custodia villae:
quem dis hospitibus domini mactare parabant; 685 ille celer
penna tardos aetate fatigat

eluditque diu tandemque est visus ad ipsos confugisse deos:
superi vetuere necari

"di" que "sumus, meritasque luet vicinia poenas in pia" dixerunt;
"vobis immunibus huius 690 esse mali dabitur; modo vestra
relinquite tecta ac nostros comitate gradus et in ardua montis
ite simul!" parent ambo baculisque levati nituntur longo vestigia
ponere clivo.

tantum aberant summo, quantum semel ire sagitta 695 missa
potest: flexere oculos et mersa palude cetera prospiciunt,
tantum sua tecta manere, dumque ea mirantur, dum deflent
fata suorum, illa vetus dominis etiam casa parva duobus
vertitur in templum: furcas subiere columnae, 700 stramina
flavescent aurataque tecta videntur caelataeque fores
adopertaque marmore tellus. talia tum placido Saturnius edidit
ore:

"dicite, iuste senex et femina coniuge iusto digna, quid optetis."
cum Baucide pauca locutus 705 iudicium superis aperit
commune Philemon: "esse sacerdotes delubraque vestra tueri

poscimus, et quoniam concordēs egimus annos, auferat hora
duos eadem, nec coniugis umquam

busta meae videam, neu sim tumulandus ab illa." 710

vota fides sequitur: templi tutela fuere, donec vita data est;
annis aevoque soluti ante gradus sacros cum starent forte
locique narrarent casus, frondere Philemona Baucis,

Baucida conspexit senior frondere Philemon. 715 iamque
super geminos crescente cacumine vultus mutua, dum licuit,
reddebant dicta "vale" que

"o coniunx" dixere simul, simul abdita textit ora frutex: ostendit
adhuc Thyneius illic incola de gemino vicinos corpore truncos.
720

haec mihi non vani (neque erat, cur fallere vellent) narravere
senes; equidem pendentia vidi

serta super ramos ponensque recentia dixi "cura deum di sint,
et, qui coluere, colantur."

Desierat, cunctosque et res et moverat auctor, 725 Thesea
praecipue; quem facta audire volentem mira deum innixus
cubito Calydonius amnis talibus adloquitur: 'sunt, o fortissime,
quorum forma semel mota est et in hoc renovamine mansit;
sunt, quibus in plures ius est transire figuras, 730 ut tibi, complexi
terram maris incola, Proteu.

nam modo te iuvenem, modo te videre leonem, nunc violentus
aper, nunc, quem tetigisse timerent, anguis eras, modo te
faciebant cornua taurum; saepe lapis poteras, arbor quoque
saepe videri, 735 interdum, faciem liquidarum imitatus
aquarum,

por voluntad propia, y por sí mismos ven recrearse los vinos:
680 atónitos por la novedad se asustan y con las manos hacia
arriba conciben Baucis plegarias y, temeroso, Filemon,
y venia por los festines y los ningunos aderezos ruegan. Un
único ganso había, custodia de la mínima villa,
el cual, para los dioses sus huéspedes los dueños a sacrificar se
aprestaban. 685
Él, rápido de ala, a ellos, lentos por su edad, fatiga,
y los elude largo tiempo y finalmente pareció que en los propios
dioses se había refugiado: los altísimos vetaron que se le
matara y: «Dioses somos, y sus merecidos castigos pagará esta
vecindad impía», dijeron. «A vosotros inmunes de este 690
mal ser se os dará. Sólo vuestros techos abandonad y nuestros
pasos acompañad, y a lo arduo del monte
marchad a la vez». Obedecen ambos, y con sus bastones
aliviados se afanan por sus plantas poner en la larga cuesta.

Tanto distaban de lo alto cuanto de una vez marchar una saeta
695 enviada puede: volvieron sus ojos y sumergido en una
laguna

todo lo demás contemplan, que sólo sus techos quedan;

y mientras de ello se admiran, mientras lloran los hados de los
suyos, aquella vieja, para sus dueños dos incluso cabaña
pequeña,

se convierte en un templo: las horquillas las sustituyeron
columnas, 700

las pajas se doran, y cubierta de mármol la tierra

y cinceladas las puertas, y de oro cubiertos los techos parecen.

Tales cosas entonces de su plácida boca el Saturnio dejó salir:

«Decid, justo anciano y mujer de su esposo justo

digna, qué deseáis». Con Baucis tras unas pocas cosas hablar,
705 su juicio común a los altísimos abre Filemon:

«Ser sus sacerdotes, y los santuarios vuestros guardar

solicitamos, y puesto que concordes hemos pasado los años,

nos lleve una hora a los dos misma, y no de la esposa mía

alguna vez las hogueras yo vea, ni haya de ser sepultado yo por

ella». 710 A sus deseos la confirmación sigue: del templo tutela

fueron mientras vida dada les fue; de sus años y edad

cansados,

ante los peldaños sagrados cuando estaban un día y del lugar narraban los casos, retoñar a Filemon vio Baucis, a Baucis contempló, más viejo, retoñar Filemon. 715 Y ya sobre sus gemelos rostros creciendo una copa, mutuas palabras mientras pudieron se devolvían y: «Adiós, mi cónyuge», dijeron a la vez, a la vez, escondidas, cubrió sus bocas arbusto: muestra todavía el tineio, de allí paisano, de un gemelo cuerpo unos vecinos troncos. 720

Esto a mí, no vanos -y no había por qué burlarme quisieran- me narraron unos ancianos; yo ciertamente colgando vi

unas guirnaldas sobre sus ramas, y poniendo unas recientes dije:

«El cuidado de los dioses, dioses sean, y los que adoraron, se adoren».

Erisicton y su hija

Había acabado y a todos la cosa había conmovido, y su autor, 725 a Teseo principalmente; al cual, pues los hechos oír quería milagrosos de los dioses, apoyado sobre su codo el calidonio caudal, con tales cosas se dirige: «Los hay, oh valerosísimo, cuya forma una vez movido se ha, y en esta renovación ha permanecido;

los hay que a más figuras el derecho tienen de pasar, 730 como tú, del mar que abraza a la tierra paisano, Proteo. Pues ora a ti como un joven, ora te vieron un león,

ahora violento jabalí, ahora, a la que tocar temieran, una serpiente eras, ora te hacían unos cuernos toro.

Muchas veces piedra podías, árbol también a menudo, parecer; 735 a veces, la faz imitando de las líquidas aguas,

flumen eras, interdum undis contrarius ignis.

'Nec minus Autolyçi coniunx, Erysicthone nata, iuris habet: pater huius erat, qui numina divum sperneret et nullos aris adoleret odores; 740

ille etiam Cereale nemus violasse securi dicitur et lucos ferro temerasse vetustos. stabat in his ingens annoso robore quercus, una nemus; vittae mediam memoresque tabellae sertaque cingebant, voti argumenta potentum.745 saepe sub hac dryades festas duxere choreas,

saepe etiam manibus nexis ex ordine trunci circuiere modum, mensuraque roboris ulnas quinque ter inplebat, nec non et cetera tantum silva sub hac, silva quantum fuit herba sub omni. 750 non tamen idcirco ferrum Triopeiis illa

abstinuit famulosque iubet succidere sacrum robur, et ut iussos cunctari vidit, ab uno edidit haec rapta sceleratus verba securi:

"non dilecta deae solum, sed et ipsa licebit 755 sit dea, iam
tanget frondente cacumine terram." dixit, et obliquos dum
telum librat in ictus, contremuit gemitumque dedit Deoia
quercus, et pariter frondes, pariter pallescere glandes
coepere ac longi pallorem ducere rami. 760

cuius ut in trunco fecit manus in pia vulnus, haud aliter fluxit
discusso cortice sanguis, quam solet, ante aras ingens ubi
victima taurus concidit, abrupta cruor e cervice profundi.

obstipuerunt omnes, aliquisque ex omnibus audent 765 deterrere
nefas saevamque inhibere bipennem: aspicit hunc "mentis" que
"piae cape praemia!" dixit Thessalus inque virum convertit ab
arbore ferrum detruncatque caput repetitaque robora caedit,
redditus e medio sonus est cum robore talis: 770 "nympha sub
hoc ego sum Cereri gratissima ligno, quae tibi factorum poenas
instare tuorum

vaticinor moriens, nostri solacia leti."

persequitur scelus ille suum, labefactaque tandem ictibus
innumeris adductaque funibus arbor 775 corruit et multam
prostravit pondere silvam.

'Attonitae dryades damno nemorumque suoque, omnes
germanae, Cererem cum vestibus atris maerentes adeunt
poenamque Erycithonis orant. adnuit his capitisque sui
pulcherrima motu 780 concussit gravidis oneratos messibus
agros, moliturque genus poenae miserabile, si non

ille suis esset nulli miserabilis actis, pestifera lacerare Fame:
quae quatenus ipsi

non adeunda deae est (neque enim Cereremque Famemque 785
fata coire sinunt), montani numinis unam talibus agrestem
conpellat oreada dictis:

"est locus extremis Scythiae glacialis in oris, triste solum, sterilis,
sine fruge, sine arbore tellus; Frigus iners illic habitant Pallorque
Tremorque 790

et ieiuna Fames: ea se in praecordia condat sacrilegi scelerata,
iube, nec copia rerum vincat eam superetque meas certamine
vires, neve viae spatium te terreat, accipe currus,
accipe, quos frenis alte moderere, dracones!" 795

una corriente eras, a veces, a las ondas contrario, fuego.

Y no menos, de Autólico la esposa, de Erisicton la nacida,
potestad tiene. Padre de ella era quien los númenes de los
divinos despreciara y ningunos olores a las aras sahumara. 740

Él, incluso, un bosque de Ceres, que violó a segur se dice, y que
sus florestas a hierro ultrajó, vetustas.

Se apostaba en ellas, ingente de su añosa robustez, una encina,
sola un bosque; bandas en su mitad y memorativas tabillas

y guirnaldas la ceñían, argumentos de un voto poderoso. 745 A menudo bajo ella las dríades sus festivos coros condujeron, a menudo incluso, sus manos enlazadas por orden, del tronco habían rodeado la medida, y la dimensión de su robustez una quincena de codos completaba; y no menos, también, la restante espesura,

en tanto más baja toda que ella estaba, cuanto la hierba debajo de este todo. 750

No, aun así, por esto su hierro el Triopeio de ella abstuvo, y a sus sirvientes ordena talar su sagrada

robustez y, como a los así ordenados que dudaban vio, de uno arrebatada su segur, emitió, criminal, estas palabras:

«No dilecta de la diosa solamente, sino incluso si ella pudiera 755 ser la diosa, ya tocará con su frondosa copa la tierra».

Dijo y, en oblicuos golpes mientras el arma balancea, toda tembló, y un gemido dio la Deoia encina,

y al par sus frondas, al par a palidecer sus bellotas comenzaron, y sus largas ramas esa palidez a tomar. 760 En cuyo tronco, cuando hizo su mano impía una herida, no de otro modo fluyó al ser astillada su corteza la sangre,

que suele ante las aras, cuando un ingente toro como víctima cae, de su truncada cerviz crúor derramarse.

Quedaron atónitos todos, y alguno de todos ellos osa 765 disuadirle de la impiedad e inhibirle su salvaje hacha bifronte.

Le miró y: «De tu mente bondadosa coge los premios», dijo el tésalo, y contra el hombre volvió del árbol el hierro

y destronca su cabeza, y, volviendo a buscar la robustez, la hiere, y emitido de en medio de su robustez un sonido fue tal:
770

«Una ninfa bajo este leño yo soy, gratísima a Ceres,
quien a ti, que los castigos de estos hechos tuyos te acechan,
vaticino al morir, solaces de nuestra muerte».

Prosigue la atrocidad él suya, y oscilando finalmente
a golpes innúmeros, y reducido con cuerdas el árbol, 775
sucumbe y postró con su peso mucha espesura.

«Atónitas la dríades por el daño de los bosques y el suyo, todas
las germanas ante Ceres, con vestiduras negras, afligidas
acuden y un castigo para Erisicton oran.

Asiente a ellas y de la cabeza suya, bellísima, con un
movimiento, 780 sacudió, cargados de grávidas mieses, los
campos

y le depara un género de castigo digno de compasión, de no ser
porque él era para nadie digno de compasión por sus actos:

lacerarlo con la calamitosa Hambre. A la cual, en tanto que ella
misma, la diosa, no ha de acceder -pues no a Ceres y Hambre
785

los hados reunirse permiten-, de las de numen montano a una, con tales palabras, a una agreste oréade, apela:

«Hay un lugar en las extremas orillas de la Escitia glacial, triste suelo, estéril -sin fruto, sin árbol- tierra.

El frío inerte allí habitan y la Palidez y el Temblor, 790

y la ayuna Hambre: que ella a sí misma en las entrañas se esconda, criminales, del sacrílego, ordénale, y que la abundancia de las cosas no la venza a ella, y supere en certamen a mis fuerzas;

y para que del camino el espacio no te aterre, coge mis carros, coge, a quienes con sus frenos en lo alto gobiernes, mis dragones». 795

et dedit; illa dato subvecta per aera curru devenit in Scythiam: rigidi que cacumine montis (Caucason appellant) serpentum colla levavit quaesitamque Famem lapidoso vidit in agro

inguibus et raras vellentem dentibus herbas. 800 hirtus erat crinis, cava lumina, pallor in ore,

labra incana situ, scabrae rubigine fauces, dura cutis, per quam spectari viscera possent; ossa sub incurvis exstabant arida lumbis,

ventris erat pro ventre locus; pendere putares 805 pectus et a
spinae tantummodo crate teneri. auxerat articulos macies,
genuumque tumebat orbis, et inmodico prodibant tubere tali.

'Hanc procul ut vidit, (neque enim est accedere iuxta ausa)
refert mandata deae paulumque morata, 810 quamquam
aberat longe, quamquam modo venerat illuc, visa tamen
sensusse famem est, retroque dracones egit in Haemoniam
versis sublimis habenis.

'Dicta Fames Cereris, quamvis contraria semper illius est operi,
peragit perque aera vento 815

ad iussam delata domum est, et protinus intrat sacrilegi
thalamos altoque sopore solutum (noctis enim tempus) geminis
amplectitur ulnis, seque viro inspirat, faucesque et pectus et ora
adflat et in vacuis spargit ieiunia venis; 820 functaque
mandato fecundum deserit orbem inque domos inopes adsueta
revertitur antra.

'Lenis adhuc Somnus placidis Erysichthona pennis mulcebat: petit
ille dapes sub imagine somni,

oraque vana movet dentemque in dente fatigat, 825

exercetque cibo delusum guttur inani

proque epulis tenues nequiquam devorat auras; ut vero est
expulsa quies, furit ardor edendi perque avidas fauces
incensaque viscera regnat.

nec mora; quod pontus, quod terra, quod educat aer, 830

poscit et adpositis queritur ieiunia mensis

inque epulis epulas quaerit; quodque urbibus esse, quodque
satis poterat populo, non sufficit uni, plusque cupit, quo plura
suam demittit in alvum. utque fretum recipit de tota flumina
terra 835 nec satiatur aquis peregrinosque ebibit amnes, utque
rapax ignis non umquam alimenta recusat innumerasque trabes
cremat et, quo copia maior est data, plura petit turbaque
voracior ipsa est:

sic epulas omnes Erycithonis ora profani 840 accipiunt
poscuntque simul. cibus omnis in illo causa cibi est, semperque
locus fit inanis edendo.

'Iamque fame patrias altique voragine ventris attenuarat opes,
sed inattenuata manebat

tum quoque dira fames, inplacataeque vigebat 845 flamma
gulae. tandem, demisso in viscera censu, filia restabat, non illo
digna parente.

hanc quoque vendit inops: dominum generosa recusat

et vicina suas tendens super aequora palmas

"eripe me domino, qui raptae praemia nobis 850 virginitatis
habes!" ait: haec Neptunus habebat; qui prece non sprete,
quamvis modo visa sequenti esset ero, formamque novat
vultumque virilem induit et cultus piscem capientibus aptos.

Y los dio. Ella, con el dado carro sostenida por el aire, deviene a Escitia, y de un rígido monte en la cima

-Cáucaso lo llaman- de las serpientes los cuellos alivió, y a la buscada Hambre vio en un pedregoso campo:

con sus uñas, y arrancando con los dientes unas escasas hierbas, 800 basto era su pelo, hundidos sus ojos, palor en la cara,

labios canos de saburra, ásperas de asiento sus fauces, dura la piel, a través de la que contemplarse sus vísceras podían, sus huesos emergían áridos bajo sus encorvados lomos.

Del vientre tenía, en vez del vientre, el lugar; pender creerías 805 su pecho y que únicamente por el armazón del espinazo se tenía. Había aumentado sus articulaciones la escualidez y de las rodillas henchíase el círculo y en desmedida protuberancia sobresalían los tobillos.

A ella de lejos cuando la vio -pues no a acercársele junto se atrevió- le refiere los mandados de la diosa, y poco tiempo demorada, 810

aunque distaba largamente, aunque ora había llegado allí, parecióle aun así haber sentido hambre, y para atrás sus dragones llevó a la Hemonia, tornando, sublime, las riendas.

Las palabras el Hambre de Ceres -aunque contraria siempre de ella es a la obra- cumplió, y por el aire con el viento 815

a la casa ordenada descendió y en seguida entra
del sacrílego en los tálamos y a él, en un alto sopor relajado
-pues de la noche era el tiempo-, con sus gemelos codos lo
estrecha, y a sí misma en el hombre se inspira, y sus fauces y
pecho y cara sopla y en sus vacías venas esparce ayunos. 820

Y, cumplido el encargo, desierto deja, fecundo, ese orbe
y a sus casas indigentes, sus acostumbradas cuevas, regresa.

Lene todavía el Sueño con sus plácidas alas a Erisicton
acariciaba. Busca él festines bajo la imagen de un sueño y su
boca vana mueve y diente en el diente fatiga, 825

y cansa, por una comida inane engañada, su garganta, y en vez
de banquetes, tenues, para nada, devora auras.

Pero cuando expulsado fue el descanso, se enfurece su ardor
por comer y por sus ávidas fauces y sus incendiadas entrañas
reina.

No hay demora, lo que el ponto, lo que la tierra, lo que produce
el aire 830

demanda y se queja de sus ayunos con las mesas puestas,
y entre los banquetes banquetes pide y lo que para ciudades,
y lo que bastante podría ser para un pueblo, no es suficiente a
uno solo, y más desea cuanto más al vientre abaja suyo,
y como el mar recibe de toda la tierra las corrientes 835 y no se
sacia de aguas y peregrinos caudales bebe,

y como robador el fuego ninguna vez alimentos rehúsa
e innumerables troncos crema, y cuanto provisión mayor
le es dada, más quiere y por su multitud misma más voraz es:
así los banquetes todos de Erisicton la boca, el profano, 840
acoge, y demanda al mismo tiempo: alimento todo en él causa
de alimento es, y el lugar queda inane, comiendo.

Y ya de hambre y por la vorágine de su alto vientre
había atenuado sus riquezas patrias, pero inatenuada
permanecía entonces también su siniestra hambre y de su
inaplacada gola 845 seguía vigente la llama; al fin, tras
abajarse a las entrañas su hacienda, una hija le quedaba, no de
ese padre digna.

A ella también la vende indigente: un dueño, noble ella, rehúsa,
y, vecinas, tendiendo sobre las superficies sus palmas:

«Arrebátame a mí de un dueño, el que los premios tienes de la
virginidad 850

a nos arrebatada», dice; esto Neptuno tenía,
el cual, su súplica no despreciada, aunque recién vista fuera
por su amo que la seguía, su forma le renueva y un semblante
viril le inviste y de atuendos para los que el pez capturan aptos.

hanc dominus spectans "o qui pendentia parvo 855 aera cibo
celas, moderator harundinis," inquit

"sic mare conpositum, sic sit tibi piscis in unda credulus et nullos, nisi fixus, sentiat hamos: quae modo cum vili turbatis veste capillis

litore in hoc steterat (nam stantem in litore vidi), 860 dic, ubi sit: neque enim vestigia longius exstant." illa dei munus bene cedere sensit et a se

se quaeri gaudens his est resecuta rogantem: "quisquis es, ignoscas; in nullam lumina partem gurgite ab hoc flexi studioque operatus inhaesi, 865 quoque minus dubites, sic has deus aequoris artes adiuvet, ut nemo iamdudum litore in isto,

me tamen excepto, nec femina constitit ulla." credidit et verso dominus pede pressit harenam elususque abiit: illi sua reddita forma est. 870 ast ubi habere suam transformia corpora sensit, saepe pater dominis Triopeida tradit, at illa nunc equa, nunc ales, modo bos, modo cervus abibat praebebatque avido non iusta alimenta parenti.

vis tamen illa mali postquam consumpserat omnem 875

materiam derantque gravi nova pabula morbo, ipse suos artus lacerans divellere morsu coepit et infelix minuendo corpus alebat.—

'Quid moror externis? etiam mihi nempe novandi est corporis, o iuvenis, numero finita, potestas. 880 nam modo, qui nunc sum, videor, modo flector in anguem, armenti modo dux vires in cornua sumo,—

cornua, dum potui. nunc pars caret altera telo
frontis, ut ipse vides.' gemitus sunt verba secuti.

A ella su dueño contemplándola: «Oh quien los suspendidos
bronces 855

con un pequeño cebo escondes, moderador de la caña», dice,
«así el mar compuesto, así te sea el pez en la onda crédulo y
ningunos, sino clavado, sienta los anzuelos: una que ora con
pobre vestido, turbados los cabellos,

en el litoral este se apostaba, pues apostada en el litoral la he
visto, 860

dime dónde esté, pues no sus huellas más lejos emergen».

Ella, que del dios el regalo bien paraba, sintió, y de que por sí
misma a sí le inquirieran gozándose, con esto replicó al que le
preguntaba:

«Quien quiera que eres, disculpa: a ninguna parte mis ojos
desde el abismo este he girado, y con ardor operando, en él
estaba prendido. 865 Y por que menos lo dudes, así estas artes
el dios de la superficie ayude, que ninguno ya hace tiempo en el
litoral este,
yo exceptuado, ni mujer se ha apostado alguna».

Lo creyó, y vuelto su dueño el pie, con él hundió la arena, y burlado partió: a ella su forma devuelta le fue. 870

Mas cuando sintió que la suya poseía unos transformables cuerpos, muchas veces su padre a dueños a la Triopeide la entregó, mas ella, ahora yegua, ahora pájaro, ora vaca, ora ciervo partía,

y le aprestaba, ávido, no justos alimentos a su padre.

La fuerza aquella, aun así, de su mal, después que hubo consumido toda 875 su materia, y había dado nuevos pastos a su grave enfermedad, él mismo, su organismo, con lacerante mordisco a desgarrar empezó, e, infeliz, minorándolo, su cuerpo alimentaba.

«¿A qué demorarme en extraños? También para mí, la de muchas veces renovar mi cuerpo, oh joven, fue en número limitada, mi potestad: 880 pues ora el que ahora soy parezco, ora me giro en sierpe,

de la manada ora el dirigente, mis fuerzas en los cuernos asumo...

Cuernos mientras pude. Ahora esta parte otra carece del arma de la frente, como tú mismo ves». Gemidos siguieron a esas palabras.

NOVENO LIBRO

Teseo pregunta a Aqueloo la causa de sus lamentos y la mutilación de su frente; coronado de cañas, el río le responde: Triste cosa es recordar las propias derrotas. No obstante, él narrará la suya, que lo avergüenza porque lo fue, pero lo honra por la grandeza del adversario que se la infligió (1- 8).

Acaso Teseo haya oído hablar de Deyanira, virgen pretendida por la esperanza de muchos. El propio Aqueloo la pidió por esposa a su padre, y lo mismo hizo Hércules. Los demás pretendientes cedieron ante ambos. Hércules ofrecía a Júpiter como suegro, la fama de sus hazañas y la ejecución de las órdenes de Juno. Aqueloo, que era un dios —aquél no lo era todavía— y que era de Etolia, por cuyas tierras fluía, y, por tanto, próximo a Eneo. Además, no era odiado por Juno, y no había sido castigado por sus mandatos, y Júpiter o no es el padre de Hércules, o lo es por adulterio de su madre, y nació de la deshonra de ésta (9-26).

Hércules, al oír estos dichos, gobernaba débilmente su cólera. Por fin contestó: n es mejor combatiendo que hablando; de aquella manera vencerá, aunque de ésta sea vencido. Y avanza a pelear.

Aqueloo no puede ya retroceder, y se desnuda y pone los brazos y las manos en posición de lucha. Ambos contendientes

se rocían con arena. Hércules intenta asir la nuca o las piernas del otro, y lo provoca desde todos lados (27-38).

Aqueloo se defiende con su peso, como el peñasco que se mantiene inmóvil cuando las olas lo atacan. Se separan luego los dos y otra vez chocan y se están a pie firme, oprimiéndose los dedos con los dedos y la frente con la frente. De igual modo combaten los toros por ambición de la vaca, mientras el rebaño los mira temeroso sin saber de quién será la victoria (39-49).

Tres veces procuró Hércules en vano rechazar de sí a su rival. La cuarta la consiguió y —ha de confesarse la verdad— le dio la vuelta y quedó adherido a su espalda. Si puede creerse, Aqueloo se sentía como agobiado debajo de un monte.

Por fin, pudo meter los brazos entre los de Hércules y su pecho, y aliviar la presión. Pero él lo sigue y le impide recobrar fuerzas y lo toma por la nuca. Cae de rodillas Aqueloo, y toca la tierra con el rostro (50-61).

Reconociéndose inferior, tiene que recurrir a sus artes, y escapa convirtiéndose en serpiente, y envuelve al héroe en sus anillos y hace vibrar la lengua doble. Hércules se burla de ese asalto, recordando que ya en su cuna había vencido a las serpientes, y que Aqueloo, en esa figura, no es más que una pequeña parte de la hidra de Lerna, de muchas cabezas que al ser cortadas renacían duplicadas al punto; Hércules, no obstante, la había quemado, matándola. ¿Cuál podrá ser el éxito de Aqueloo, que es serpiente sólo en apariencia? Y en diciendo esto, apretó el

cuello de la serpiente, que se sintió asfixiada. Vencido así, el río tomó una tercera figura, la de toro, en la cual volvió a combatir (62-82).

Hércules lo derriba tomándolo del cuello y los cuernos, y, al hacerlo, le arranca uno de éstos con la mano derecha. El cuerno de Aqueloo, tomado por las náyades, fue colmado de frutos y flores, y en él está la Buena Abundancia.

Cuando el río terminó de hablar, una ninfa vestida como Diana y con los cabellos flotantes, trajo ese cuerno colmado para servir la mesa segunda (83-92).

Llega el día y los jóvenes se retiran, pues las corrientes se han sosegado. Aqueloo oculta en su río la mutilada cabeza. Él, excepto el cuerno, se había conservado completo, y podía además ocultar

el daño con hojas o cañas. Pero al bárbaro Neso el amor de la misma Deyanira lo había perdido del todo, por medio de una herida de flecha (93-102).

Cuando Hércules recién casado volvía a su patria, llegó al río Eveno, por entonces ásperamente crecido e intransitable. Neso, que conocía sus vados, le ofrece llevar a Deyanira a la otra ribera. Hércules accede, y luego de enviar clava y arco por sobre las aguas, se echa a nado llevando la aljaba y la piel de león con que se cubría. Al llegar a la orilla, oye, al recoger el arco, la voz de la esposa a quien Neso se prepara a raptar. Se

lo reprocha el héroe, advirtiéndole que es vana la confianza que tiene en su velocidad, y recordándole el castigo de Ixión su padre. Neso no se detiene, y Hércules lo alcanza con una flecha que, entrada en la espalda, asoma la punta por el pecho.

Al ser extraída, sale por las dos heridas la sangre mezclada con el veneno de la hidra de Lerna. La recoge Neso en su ropa, y, para vengarse, la regala a la raptada como si fuera provocadora de amor (103-132).

Pasó mucho tiempo, durante el cual la tierra se colmó con la fama de los hechos de Hércules y el odio de Juno. Cuando él preparaba sus votos a Júpiter Ceneo, llevó la Fama a oídos de Deyanira que la engañaba con Yole. Lo creyó la amante, y aterrada por aquel nuevo amor, lloró primero, y luego reflexionó lo que podría hacer para frenarlo a tiempo. Quejarse o callar, regresar a Calidón o permanecer donde estaba, o salir de su casa y, como hermana de Meleagro que es, preparar la muerte sangrienta de su rival (133-151).

Llena de dudas, decide al fin enviar a Hércules, para revivir su amor, la túnica empapada en la sangre de Neso, y con ese fin se la entrega a Licas. Hércules la recibe y, envenenada por la hidra, se la pone sobre los hombros (152-158).

Mientras ofrendaba en las aras, el veneno empezó a hacer su efecto. Al principio, Hércules se mantuvo en silencio; pero cuando el dolor se le volvió insoportable, comenzó a dar grandes voces y a arrancarse la túnica que se iba con piel y

carne, descubriendo articulaciones y huesos, y la sangre hervía y chirriaba como el agua con el metal encandecido. Fluye sudor azul, y se queman los nervios y se licuan las medulas. Por fin, habla él a Juno tendiendo las manos al cielo (159-175).

Justo es que la diosa se alimente con su dolor; pero si hay compasión en el enemigo, será posible que le quite la vida, trabajosa y sufriente. Y luego recuerda sus nobles hechos: cómo venció a Busiris y a Anteo, a quien apartó de la fuerza de la Tierra, y, sin temerlos, a Gerión de triple cuerpo y a Cerbero de triple cabeza (176-185). Y sus manos domaron al toro de Creta, y se dieron a conocer en Elis y en el lago Estínfalo y en el bosque Partenio, y recobraron el cinturón de oro de Hipólita y las manzanas de las Hespérides. Él pudo, además, derrotar a los centauros y al jabalí de Arcadia y a la hidra de Lerna, que crecía al ser mutilada, y aniquiló a Diomedes y sus caballos carnívoros (186-196).

Sus brazos asfixiaron al león de Nemea; su nuca sostuvo el cielo. Antes se cansó Juno de mandar, que él de cumplir sus mandatos. Pero ahora lo agobia un nuevo mal, no combatible con valor ni con armas. Fuego terrible lo devora por dentro. Y mientras, Euristeo vive, lo que hace dudar de la existencia de los dioses (197-204).

Avanza luego por el Eta, semejante a un toro herido por alguien que escapó, y gime y ruge y vuelve a procurar desgarrarse las ropas y derriba troncos y se encoleriza y tiende los brazos al cielo (205- 210). Entonces mira a Licas, que se escondía en una

gruta, y, rabioso por el dolor, lo culpa de su muerte, y mientras él teme y se disculpa y trata de abrazarle las rodillas, lo levanta y luego de hacerlo girar, lo arroja con fuerza al mar de Eubea. En el aire, Licas se endurece como la lluvia que se hace nieve y la nieve que se hace granizo, y exangüe de temor, se convierte en piedra, como lo recuerda la antigüedad. Todavía es posible verlo en el mar, con restos de apariencia humana; conserva su nombre, y los marineros temen hollarlo (211-229).

Hércules se construye después una pira con árboles del Eta y manda que le entreguen a Filoctetes su arco y sus flechas, dos veces destructoras de Troya. El hijo de Peante prende fuego a la pira, en cuya cima, que cubre la piel del león de Nemea, Hércules se recuesta, apoyando la nuca en su clava, tranquilo como si estuviera en un banquete (229-238).

Y ya el fuego crecía e iba a tocar su cuerpo, y los dioses temían por él. Júpiter, que lo percibió,

les habló alegremente: El temor que ellos sienten le causa placer y lo hace congratularse de regir un pueblo agradecido, dispuesto a proteger a su hijo, y hace que él mismo se obligue por la gratitud ofrecida a las hazañas de éste. Pero no hay motivo de temer. Las llamas de la pira del Eta serán vencidas por el vencedor de tantas cosas, y sólo quemarán la parte suya humana; la divina, herencia del sumo dios, no será atacable por ellas. Esta parte será libertada de la tierra y tomada por las

regiones del cielo. Tal hecho alegrará a los dioses, y si fuere dolor para alguno, éste aprobará, aun contra su voluntad, porque sabrá que es merecido. Todos los dioses asintieron, aunque el rostro de uno reveló que las últimas palabras de Júpiter la habían lastimado (239-261).

Mientras tanto, Vulcano había consumido todo cuanto era destructible en el héroe. No reconocible, la imagen de Hércules nada tiene de Alcmena, y sólo conserva lo proveniente de Júpiter. Como resplandece nueva la serpiente cuando ha dejado su vieja piel, así el Tirintio, desaparecida su parte mortal, crece en la divina y se hace mayor y más grave y venerable. Júpiter lo toma entre las nubes y en su cuadriga lo lleva entre las estrellas resplandecientes (262-272).

Atlas sintió el nuevo peso, y Euristeo, que lo odiaba todavía, ejerció su ira contra el hijo del nuevo dios. Ya anciana, Alcmena tiene a Yole para quejarse y narrar las hazañas de su hijo. Hilo había desposado a ésta por disposición de Hércules y la había fecundado, y Alcmena le deseaba la ayuda de los dioses para hacerle el parto fácil y rápido, ayuda de que ella se vio privada por inter- vención de Juno (273-284).

Pues cuando estaba en el décimo mes del embarazo, y el tamaño de su vientre revelaba que Hércules era de la semilla de Júpiter, sufría dolores tan grandes que todavía se horroriza al recordarlos. Por siete días con sus noches, harta de sufrir, había tendido los brazos llamando a Lucina y las Nixas (285-294).

Esta diosa, corrompida por Juno, intentaba donarle la vida de Alcmena. Por eso, al oírla gemir, se sentó en un altar a las puertas de su casa, cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y entrelazó los dedos de las manos, impidiéndole el parto. Al mismo tiempo, para lograr mejor su propósito, decía conjuros en voz baja. Alcmena se esforzaba en vano e injuriaba a Júpiter y pedía la muerte, quejándose con voces que hubieran conmovido a las piedras. Las tebanas le daban consejos y oraban a los dioses (295-305). La asistía la rubia Galantis, plebeya, una criada distinguida por su diligencia. Ella sintió que lo que sucedía era causado por Juno y en sus entrares y salires miró a Lucina en el ara, sentada y con las piernas y los brazos cruzados. Entonces le habló, pidiéndole que congratulara a Alcmena por haberse aliviado del parto. La diosa se amedrentó y dio un salto, y al darlo soltó la ataduras que hacía. Sueltas éstas, Alcmena dio a luz fácilmente (306-315).

Como Galantis se riera de la diosa burlada, ésta la había arrastrado por los cabellos y, cuando quiso alzarse, la había mantenido junto al suelo, convirtiendo en patas delanteras sus brazos. Vuelta en comadreja, le queda su rapidez de antes, y, por haber ayudado a parir con una mentira de su boca, por su boca pare ella, y sigue frecuentando las casas (316-323).

Gimió Alcmena al recordar a su vieja criada, y su nuera le habló: Conmueve a Alcmena la transformación de una que no era su pariente. ¿Qué diría si Yole le refiriera la suerte de su propia hermana? Dríope era hija única de su madre, pues Yole había

sido engendrada en otra mujer. La más bella de las ecalias, había sido violada por Apolo y recibida por Andremón, quien era feliz con ella (324-333).

Hay un lago de márgenes inclinadas, coronadas de mirto. Dríope, ignara de lo que allí le esperaba, había venido a ofrecer guirnaldas a las ninfas, llevando en sus brazos a su hijo que aún no cumplía un año y a quien amamantaba. Cerca del estanque, un loto daba flores purpúreas que Dríope cortó —y Yole estuvo a punto de cortar— para darlas a su niño. Sangraron con temblor las ramas quebradas: el loto, como se supo más tarde, era la ninfa Lotis, cambiada en él para evitar los asaltos de Príapo (334-348).

Cuando Dríope vio aquella sangre, intentó retroceder apartándose de sus ninfas, y no pudo hacerlo porque los pies se le habían fijado a la tierra. Crece corteza por sus piernas y muslos. Quiere

» ella mesarse los cabellos, y sus manos se llenan del follaje que le cubre la cabeza. Anfiso su hijo, al querer mamar, siente endurecerse y secarse los pechos maternos (349-358).

Yole miraba todo esto, y anhelaba dar a su hermana la ayuda imposible, y se adhería al nuevo

árbol buscando que la corteza la encerrara también. Acuden asimismo al padre y el esposo de Dríope, y Yole se las muestra convertida en el loto que ellos abrazan y besan (359-366).

Ya sólo quedaba el rostro humano, que regaba sus hojas con lágrimas y se quejaba declarando su inocencia: Ella no merecía ese castigo, y lo único que pedía es que entregaran a su hijo a una nodriza que lo alimentara y lo hiciera jugar a su sombra, y que supiera que la madre se ocultaba en ese árbol (366-379). También habrá que enseñarle que se aleje de los estanques y que no corte flores, pensando que los árboles disimulan presencias de dioses. Dríope se despide después de los suyos y les ruega que la salven de la hoz y del daño de las bestias, y que, dado que ya no puede inclinarse, suban ellos a besarla. Ya no puede hablar; lo último que dice es que no le cierren los ojos, pues de eso se encargará la corteza que la ciñe por entero. En el mismo instante, su boca se calla y desaparece. Durante mucho tiempo el árbol conservó el calor de su cuerpo (380-393).

Mientras habla Yole y Alcmena, llorando, le enjuga las lágrimas, acontece algo que les alivia la tristeza: en su puerta se detiene Yolao, restaurada su juventud, cubiertas las mejillas por vello finísimo. Esto había ocurrido por regalo de Hebe. Cuando ella se disponía a jurar que sólo a Yolao le sería dado, Temis se lo vedó: Tebas está en guerra, y Capaneo sólo será vencido por Júpiter; dos hermanos se igualarán por las heridas, y, en vida, un vate verá sus manes por una abertura de la tierra; vengando a su padre en su madre, el hijo será a la vez impío y piadoso, y asombrado por sus males, enloquecido y desterrado, será hostigado de las Furias y el fantasma de su madre, hasta que su esposa le pida el collar de Harmonía, y la espada de Fegeo

suprima a Alcmeón. Entonces, Calirroe suplicará a Júpiter la juventud de sus hijos niños, para que éstos tengan la fuerza que la venganza necesita. Júpiter tomará los dones de Hebe, y hará hombres a los niños aquéllos (394- 417).

Cuando los dioses oyeron la profecía de Temis, se preguntaron por qué ese don no sería dado también a otros. La Aurora lamenta la vejez de su esposo; Ceres se queja de que Jasión se haga viejo; Vulcano pide nueva juventud para Erictonio, y Venus se preocupa por renovar a Anquises. Todos tienen alguno a quien proteger, y se rebelan para favorecerlo. Por fin habla Júpiter, haciéndoles ver que nadie puede oponerse a los hados, que determinaron que Yolao rejuveneciera y se hicieran hombres los niños de Calirroe. Los hados rigen aun a los dioses, Júpiter incluido; si él pudiera moverlos, no serían ancianos Eaco, Radamanto y Minos, despreciado éste por su pesada vejez e imposibilitado de reinar como antes (418-438).

Conmovidos por estas palabras, dejan de quejarse los dioses al ver a aquellos tres vencidos de la edad. Minos, en sus años viriles, había aterrado con su nombre a las naciones. Inválido ahora, teme

a Mileto, soberbio porque es joven e hijo de Apolo, y aunque piensa que atacará su reino, no se atreve a apartarlo. Huye de suyo Mileto y navegando por el Egeo llega a Asia, donde funda la ciudad de su nombre (439-449). Allí conoce a Cianea, hija de Meandro, el río de las muchas vueltas en su corriente, y se

prenda de su hermosura. Tuvo de ella dos hijos: Biblis y Cauno (450-453).

Biblis puede servir de ejemplo a las mujeres, para que amen sólo aquello que es lícito amar. Biblis fue arrebatada por el amor de su hermano, y lo amó como una hermana no debía hacerlo. Al principio no comprende la índole de sus sentimientos, y no piensa pecar porque lo bese o lo abrace, y se engaña creyendo que lo hace fraternalmente. Pero crece en su amor, y ya se acicala para parecerle hermosa y siente celos de las otras mujeres. Pero aún se desconoce, y no concibe deseos en su mente. Empero, arde en su interior, y, para sí, odia llamarlo hermano y le dice dueño, y prefiere que él la llame Biblis a que le diga hermana.

Despierta, no se atreve a desearlo. En sueños lo mira a menudo, e incluso sintió que se unía a él. Enrojeció en ese momento, aunque estaba dormida. Al irsele aquella visión, queda en silencio, y recuerda y duda y reflexiona:

¿Por qué, miserable, ve en sueños esas imágenes que no quisiera realizadas? Por cierto, Cauno es hermoso, y le place y lo amaría, de no ser su hermano. Y él sería digno de tal amor. Pero el parentesco lo prohíbe. No obstante, con sólo que no suceda en realidad, justo es que en sueños siga aconteciendo su unión. El sueño no tiene testigos, y el placer que en él se tiene es muy cercano al verdadero. A Venus y Cupido puede confesar la magnitud de sus gozos, el contacto de la pasión que la

ablandó hasta en lo hondo de la médula, y la alegría que le da recordarlo. Eso, a pesar de la

brevidad del sueño y la noche celosa (454-486).

Si fuera posible que se le uniera por tener otro nombre, sería digna nuera de su padre, y él sería digno yerno del de ella. Todo lo tendrían en común, excepto los lazos de familia. Quién sabe a quién habrá él de desposar; pero para ella, por mala suerte, sólo será hermano, y sólo tendrán en común lo que los perjudica (487-495).

¿Pero qué quieren decir sus sueños? ¿Tendrán algún peso?

Ojalá que así fuera. Los dioses tuvieron a sus hermanas:

Saturno, a Ope; Océano, a Tetis; a Juno, Júpiter. Pero eso es cosa de los dioses. Las leyes humanas son distintas, y no deben compararse a las de ellos. Biblis olvidará su amor o morirá.

Muerta, la besará su hermano (496-504).

Empero, el amor que pretende necesitaría la voluntad de los dos. Lo que ella desea, él lo considerará criminal. Sin embargo, los Eólidas tuvieron a sus hermanas. ¿Pero por qué insiste en buscarse ejemplos en quienes no conoció? ¿A dónde va de este modo? Huya la obscena pasión, y ame Biblis a Cauno con amor fraterno. Pero si él la hubiera amado primero, ella podría entregársele. Entonces, la que no rechazaría, ¿deberá pedir? ¿O podrá hablar y confesarlo? Podrá, obligada por el amor. Como

el pudor no le permite hablar, se confesará en una carta (505-517).

Complacida por tal decisión, aunque consciente de lo insano de su deseo, comienza a escribir temblorosa. Llena de dudas, escribe y se arrepiente y vuelve a escribir y a borrar. Y deja las tablitas donde lo hace, y vuelve a tomarlas. Todo le disgusta, y en su rostro se mezclan audacia y vergüenza. Se había dicho "hermana". Quitó esa palabra, y escribió como sigue (518-529):

Ella, amante, le envía la salud de la cual, sin él, habrá de carecer. La avergüenza decir su nombre, que dificulta la defensa de su causa. No querría darse a conocer como Biblis antes de realizar su esperanza. Aunque Cauno debía haber caído en la cuenta de lo que ella siente, al ver su palidez y su flacura y sus lágrimas y suspiros, y sus abrazos y besos impropios de una hermana. Empero, ella había hecho todo por combatir su pasión, y la huyó largo tiempo-, y sufrió más de lo que podría pensarse (530-545).

Ahora es forzada a confesar y a suplicar auxilio. Sólo él tiene la facultad de conservarla o perderla. Que él elija, considerando que ella, que le está muy unida, anhela estarlo todavía más. Que los viejos guarden las leyes e investiguen qué es justo y qué es injusto. El amor temerario es para los jóvenes; aún no saben qué es lo ilícito, y juzgan lícito todo, y siguen los ejemplos divinos. A ellos, además, por ser hermanos, les será más fácil unirse, pues sus amores se verán como fraternales. Pueden hablar cosas secretas, y abrazarse y besarse frente a todos.

¿Qué tanto les falta? Que Cauno se apiade de ella, que declara su pasión sólo en el último extremo; que Cauno evite ser considerado causa de su muerte (545-563).

Como la tablita donde escribía no bastara a sus palabras, usó también sus márgenes. Selló la carta con una gema húmeda de sus lágrimas, y, avergonzada, llamó a uno de sus criados para que la entregara a su hermano.

Al hacerlo, la carta cayó de sus manos, y ella, aunque se turbó por el presagio, la envió. El criado la entrega en el momento que juzga oportuno (564-571).

El joven Meandrio se aíra al leer su principio, y apenas se abstiene de golpear al mensajero. Lo obliga a huir, advirtiéndole que no lo mata sólo porque su pudor se comprometería con tal acción. Aquél escapa y va a contarle todo a su dueña, quien palidece y se aterra y siente que se le retira el calor del cuerpo. Cuando vuelve en sí, le vuelve también la pasión enardecida, y la hace hablar en voz baja (572-584):

Ella mereció ser rechazada, por confesar su amor. ¿Por qué, en lugar de guardar su secreto, lo escribió tan de prisa? Antes, con palabras ambiguas, debió tantear su ánimo. Como el navegante, debía haber observado si el viento le era propicio. Ahora su nave es arrastrada por soplos desconocidos; va contra los escollos, y el mar la sepulta, y no tiene regreso (585-594).

Debería haber atendido el presagio significado por la caída de la carta que enviaba, y haber cambiado el día o su decisión; más bien el día. La divinidad la amonestaba con signos no dudosos, que su locura le impidió atender. Además, en lugar de escribir, debería haberle hablado en persona. Él habría visto sus lágrimas y su amor, cosas que no deja percibir una carta; ella se le habría echado al cuello, y, en caso de ser repelida, podría haberse fingido moribunda, y suplicarle la vida. Esas

cosas, que individualmente no valían a conmoerlo, lo hubieran logrado todas juntas (595-609).

Quizá la dañó su mensajero, que no escogió el momento en que el ánimo de Cauno hubiera estado dispuesto; pues éste no nació de una tigre, ni tiene corazón de piedra o de hierro, ni se alimentó con leche de leona. Ella habrá de vencerlo; lo buscará otra vez, sin cansarse de hacerlo. Ya que empezó su acción, le es imposible volver atrás, y le queda sólo llevarla a término. Él, aunque Biblis se abstuviera, recordará siempre su audacia; y si Biblis renuncia, su amor podrá ser juzgado leve o insidioso. Cauno, en verdad, pensaría que ella actuó no por amor sino por capricho. En fin, escribió y no puede ser ya considerada inocente. Si sigue adelante, podrá ganar mucho para su deseo y aumentar en poco su crimen.

Así, aunque le duele haber intentado, intenta de nuevo, y pierde el recato y da lugar a que su hermano la rechace muchas veces (610-632).

Por fin, huye Cauno de su patria y su hermana, y funda una ciudad en tierra extranjera. Biblis enloquece entonces del todo; desgarras sus ropas, se golpea los brazos, declara su locura y su pasión ante todos. Patria y casa le son odiosas, y sale siguiendo las huellas del hermano. Como al son del tirso de Baco celebran sus orgías las tracias bacantes, va Biblis gritando, y así la ven las mujeres - de Bubaso, y así recorre Caria y el país de los lélegas, y Licia (633-645).

Ya había dejado atrás el Cragos y Limira y el Janto y la cumbre habitada por la Quimera, cuando, fatigada de la persecución, se acostó boca abajo en la tierra, con los cabellos extendidos, y oprimió con el rostro las hojas caídas. Muchas veces las ninfas lelegias quisieron alzarla, y la consolaron para que olvidara su pasión. Ella persiste en su silencio y su llanto, con el cual moja la hierba (646- 656).

Las náyades transformaron ese llanto en una vena inagotable, lo más que tenían por dar. Al instante, como manan la resina de la corteza o el betumen de la tierra, o como se licua con el sol, al llegar el céfiro, el agua congelada, así Biblis, consumida en sus lágrimas, se transforma en fuente, que todavía, con su mismo nombre, sigue manando al pie de un roble (657-665).

La noticia de este prodigio hubiera colmado a Creta, si no hubiera sido porque la mutación de Ifis la tocaba más de cerca. En otro tiempo, en Festos, cerca de Gnosos, nació Ligdo, hombre de la plebe libre. Pobre y humilde, pero piadoso y no censurable. Él, cuando Teletusa su esposa estaba por dar a luz, le advirtió: Sólo dos cosas quería: que ella pariera con poco dolor, y que pariera un macho, pues no tenía fortuna para criar una niña. Si una niña naciera, él, contrariando su piedad, tendría que matarla. Así dijo, y lloraron él y su esposa. A pesar de que ésta le ruega que cambie su sentencia, aquél se mantiene firme en ella (666- 684).

Una noche, cuando se cumplía ya el término de la preñez, Teletusa vio en sueños que Isis se detenía junto a su lecho, acompañada de su cortejo. Lucía sobre su cabeza el creciente lunar y espigas doradas y una corona, y la seguían Anubis, Bubastis, Harpocrates y Osiris y la serpiente de veneno narcótico (685-694).

Como si Teletusa hubiera estado despierta, le habló la diosa: Ella debía dejar sus cuidados y desobedecer al marido, tomando a su hijo cualquier que fuera su sexo. Isis es deidad agradecida, y la mujer no lamentará haberla venerado.

Después de hablarle, abandona la cámara. Teletusa, alegre, sale de su lecho, y ruega que sus visiones sean verdaderas (695-704).

Cuando llegó la hora del parto y nació una niña, el padre pensó que era un hombre, y la madre mandó que la criaran. Sólo la nodriza fue cómplice del secreto. Después de pagar sus votos, Ligdo bautiza a su hija con el nombre de Ifis, que lo era de hombre y de mujer, con lo que la madre se alegra. Así, la mentira piadosa quedó oculta. La criatura fue vestida como hombre, y su rostro hubiera sido hermoso en niña o en niño (704-713).

Habían pasado trece años cuando Ligdo promete en matrimonio a Ifis con Yante, virgen hermosísima hija de Telestes. Ambas eran iguales en edad y en belleza, y aprendieron las primeras artes con los mismos maestros. Las dos se amaron a la vez, pero en tanto que Yante espera con júbilo la hora de la boda, y cree que Ifis es hombre, Ifis sabe que no podrá gozarla, y eso aumenta su pasión y la hace arder.

Conteniendo apenas el llanto, habla para sí (714-726):

Su situación no tiene salida, por la naturaleza monstruosa de su amor. Los dioses hubieran debido perdonarla del todo, o perderla con un mal común. Porque, entre los animales, nunca sigue la hembra a la hembra: ni la vaca a la vaca, ni la yegua a la yegua, o la oveja a la oveja o la cierva a la cierva (726-734). Por monstruoso que sea el amor de Pasifae por un toro, es, a lo menos, amor de hembra por macho y, por tanto, realizable y menos furioso que el de Ifis. Prueba de ello, Pasifae pudo unirse

con su amado. Pero en el caso de Ifis, ni las artes del mundo entero, ni las del mismo Dédalo, bastarían a convertir, a ella o a Yante, en hombre. Más le valdría olvidar su amor, y, consciente de lo que ella es, amar lo que como hembra debe amar (734-748).

El amor se alimenta de esperanzas, de las cuales ella carece. Ni guardianes ni marido ni áspero padre ni la misma Yante, la rechazan. No obstante, le está vedado poseerla, y contra esa infelicidad no pueden dioses ni hombres. Hasta aquí, todo se lo han concedido: el padre, la novia y el suegro, están de acuerdo con sus deseos. Pero a ellos se opone la naturaleza, más poderosa que todos, y que la daña. Llega el día de las bodas, y Yante será suya y no será suya. Ifis tendrá sed a mitad de una corriente. ¿Para qué vienen a la boda Juno Prónuba e Himeneo, si falta el hombre en la pareja? (749-763).

Calló tras esto. Yante, mientras tanto, arde también de amor, y ruega por la llegada de Himeneo. Teletusa tiene miedo de lo que ella desea, y aplaza el día del matrimonio. Ya se finge enferma, ya simula presagios y visiones. Pero todos los pretextos se habían ya agotado, y sólo faltaba un día para que llegara el que ella temía. Entonces toma a Ifis consigo y, sueltos los cabellos, abraza el ara de Isis y ruega (764-772).

A esta diosa, protectora de Paretonio y Mareótida y Faros y el Nilo de séptuple desembocadura, le pide socorro y curación para su miedo. En otra ocasión, la vio con sus insignias y su cortejo y antorchas y sistros, y obedeció los mandatos suyos. El

hecho de que Ifis vive y Teletusa no ha sufrido castigo, es don de Isis. Ahora le suplica que se compadezca nuevamente de ambas y las auxilie.

En acabando de hablar, rompe en llanto (773-781).

Pareció que Isis había movido sus aras, y las movió en efecto. Las puertas del templo temblaron, resplandeció el creciente lunar y resonó el sistro. Alegre por el presagio, preocupada todavía, la madre sale del templo. La sigue y la acompaña Ifis, con pasos más grandes que los usuales; el candor deja su rostro, crecen sus fuerzas, el cabello se le acorta y su vigor supera el de la mujer. Pues él, que hace poco era niña, es niño ahora.

Hacen ofrendas en los templos y disfrutan de su fe, y ponen una inscripción donde se consigna que Ifis, hombre ya, paga los dones que había ofrecido siendo mujer.

Había amanecido el siguiente día, cuando Venus, Juno e Himeneo llegan juntos a la boda, e Ifis se adueña de Yante su amada (782-797).

Quae gemitus truncaeque deo Neptunius heros causa rogat
frontis; cui sic Calydonius amnis coepit inornatos redimitus
harundine crines: 'triste petis munus. quis enim sua proelia

victus commemorare velit? referam tamen ordine, nec tam 5
turpe fuit vinci, quam contendisse decorum est, magnaue dat
nobis tantus solacia victor.

nomine siqua suo fando pervenit ad aures Deianira tuas,
quondam pulcherrima virgo multorumque fuit spes invidiosa
procorum. 10 cum quibus ut soceri domus est intrata petiti,
"accipe me generum," dixi "Parthaone nate": dixit et Alcides. alii
cessere duobus.

ille Iovem socerum dare se, famamque laborum, et superata
suae referebat iussa novercae. 15 contra ego "turpe deum
mortali cedere" dixi—

Teseo y Aqueloo (II): Aqueloo y Hércules

- 1 Cuál de su gemido, al dios el Neptunio héroe pregunta,
- 2 y de su trunca frente la causa, cuando así el calidonio
caudal
- 3 comenzó, coronado de arundo en sus no ornados cabellos:
- 4 «Triste ofrenda pides, pues quién sus batallas, vencido,
- 5 conmemorar quiere. Lo referiré aun así por su orden, pues
no tan 5
- 6 indecente fue el ser vencido cual haber contendido
decoroso es,
- 7 y grandes consuelos da a nos un tan grande vencedor.

8 Por el nombre suyo, si una tal finalmente ha arribado a los
oídos

9 tuyos, Deyanira, un día la más bella virgen,

10 y de muchos pretendientes fue la esperanza envidiosa; 10

11 con los cuales, cuando del suegro pretendido en la casa
entramos:

12 «Recíbeme a mí de yerno», dije, «de Partaón el nacido».

13 Lo dijo también el Alcida. Los otros cedieron a los dos.

14 Él, que a Júpiter por suegro daba él, y la fama de sus
labores,

15 y superadas contaba las órdenes de su madrastra. 15

16 Por contra yo: «Indecente que un dios a un mortal ceda»,
dije

nondum erat ille deus—"dominum me cernis aquarum

cursibus obliquis inter tua regna fluentum. nec gener externis
hospes tibi missus ab oris,

sed popularis ero et rerum pars una tuarum. 20 tantum ne
noceat, quod me nec regia Iuno

odit, et omnis abest iussorum poena laborum. nam, quo te
iactas, Alcmena nate, creatum, Iuppiter aut falsus pater est, aut
crimine verus. matris adulterio patrem petis. elige, fictum 25
esse Iovem malis, an te per dedecus ortum." talia dicentem

iamdudum lumine torvo spectat, et accensae non fortiter
imperat irae,

verbaque tot reddit: "melior mihi dextera lingua. dummodo
pugnando superem, tu vince loquendo"³⁰ concrediturque ferox.
puduit modo magna locutum cedere: reieci viridem de corpore
vestem, bracchiaque opposui, tenuique a pectore varas
in statione manus et pugnae membra paravi.

ille cavis hausto spargit me pulvere palmis, 35 inque vicem
fulvae tactu flavescit harenae.

et modo cervicem, modo crura, modo ilia captat, aut captare
putes, omnique a parte lacessit.

me mea defendit gravitas frustra que petebar;

haud secus ac moles, magno quam murmure fluctus 40
oppugnant; manet illa, suoque est pondere tuta. digredimur
paulum, rursusque ad bella coimus, inque gradu stetimus, certi
non cedere, eratque cum pede pes iunctus, totoque ego pectore
pronus et digitos digitis et frontem fronte premebam. 45 non
aliter vidi fortes concurrere tauros,

cum, pretium pugnae, toto nitidissima saltu expetitur coniunx:
spectant armenta paventque nescia, quem maneat tanti
victoria regni.

ter sine profectu voluit nitentia contra 50

reicere Alcides a se mea pectora; quarto excutit amplexus,
adductaque bracchia solvit,

inpulsumque manu—certum est mihi vera fateri— protinus
avertit, tergoque onerosus inhaesit.

siqua fides,—neque enim ficta mihi gloria voce 55

quaeritur—inposito pressus mihi monte videbar. vix tamen
inserui sudore fluentia multo bracchia, vix solvi duros a corpore
nexus.

instat anhelanti, prohibetque resumere vires, et cervice mea
potitur. tum denique tellus 60

pressa genu nostro est, et harenas ore momordi. inferior virtute,
meas devertor ad artes, elaborque viro longum formatus in
anguem. qui postquam flexos sinuavi corpus in orbis,

cumque fero movi linguam stridore bisulcam, 65

risit, et inludens nostras Tiryntius artes "cunarum labor est
angues superare mearum," dixit "et ut vincas alios, Acheloe,
dracones,

pars quota Lernaee serpens eris unus echidnae? vulneribus
fecunda suis erat illa, nec ullum 70 de centum numero caput est
inpune recisum, quin gemino cervix herede valentior esset.

hanc ego ramosam natis e caede colubris crescentemque malo
domui, domitamque reclusi. quid fore te credis, falsum qui
versus in anguem 75

17 -todavía no era él dios-: «el dueño a mí me ves de las
aguas

18 que con sus cursos oblicuos por entre tus dominios fluyo;
19 y no un yerno huésped, a ti mandado desde extrañas
orillas,

20 sino paisano seré y del estado tuyo parte una. 20

21 Tan sólo no sea para mi mal que a mí la regia Juno
22 no me odia y todo castigo me falta de las ordenadas
labores.

23 Pues del que te jactas, de Alcmena el hijo, engendrado,
24 Júpiter, o falso padre es, o por delito el verdadero.

25 De una madre por el adulterio un padre pretendes: elige si
fingido 25

26 que sea Júpiter prefieres, o que tú por desdoro hayas
nacido».

27 A mí que tal decía ya hacía tiempo que con luz torva
28 él me contempla y, encendida, no es fuerte de imperar
sobre su ira

29 y palabras tantas devuelve: «Mejor en mí la diestra que la
lengua.

30 En tanto que luchando gane, tú vence hablando», 30

31 y ataca feroz. Me dio vergüenza, recién esas grandes
cosas dichas,
32 de ceder: rechacé de mi cuerpo su verde vestidura
33 y mis brazos le opuse y sostuve desde mi pecho zambas
34 en posta las manos y para la lucha mis miembros preparé.
35 Él, con sus huecas palmas recogido, me asperja de polvo,
35
36 y a su vez al contacto de la fulva arena amarillece él,
37 y ya el cuello, ya las piernas centelleantes intenta
apresarme,
38 o que lo intentaba dirías, y por todos lados me acosa.
39 A mí mi pesadez me defendía y en vano se me buscaba,
40 no de otro modo que una mole a la que con gran murmullo
los oleajes 40
41 combaten: resiste ella y por su peso está segura.
42 Nos distanciamos un poco y de nuevo nos juntamos a las
guerras,
43 y en un paso estábamos apostados, seguros de no ceder,
y estaba
44 con el pie el pie junto, y yo, inclinado sobre todo mi pecho,
45 los dedos con los dedos y la frente con la frente le
apretaba. 45

46 No de otro modo he visto, fuertes, correr en contra a los
toros

47 cuando, botín de su lucha, de todo el soto la más
espléndida

48 ansía de esposa; lo contempla la manada, y tienen miedo

49 sin ella saber a quién quedará la victoria de tan gran
reino.

50 Tres veces sin provecho quiso en contra 50

51 desprender de sí, esplendente, mi pecho, a la cuarta

52 se sacude de mi abrazo y a él juntados desata mis brazos

53 y golpeándome con la mano -pues he decidido confesar la
verdad-

54 en seguida me da la vuelta y a mi espalda pesadamente
se prende.

55 Si crédito hay, pues la gloria con fingida voz 55

56 no busco, hundido por un monte a mí impuesto me creía.

57 Apenas pude insertar, aun así, chorreando mucho sudor,

58 los brazos, apenas desatar de mi cuerpo sus duras
cadenas.

59 Me oprime asfixiándome y me impide retomar mis fuerzas

60 y de mi cerviz se apodera. Entonces por fin hunde 60

61 la tierra la rodilla nuestra y las arenas con la boca mordí.

62 Inferior en virtud me refugio en mis artes
63 y me escurro de este hombre figurado en una larga
serpiente.
64 El cual, después que curvé mi cuerpo en retorcidos círculos
65 y cuando moví con fiera estridencia mi lengua bifurcada,
65
66 se rió, y burlándose el tirintio de mis artes:
67 «De mis cunas es tarea el superar serpientes»,
68 dijo, «y aunque venzas, Aqueloo, a otros dragones,
69 ¿parte cuánta de la de Lerna hidra serás, una sola
serpiente?
70 De sus propias heridas era ella fecunda y ni una cabeza,
70
71 de cien en número, fue cortada impunemente
72 sin que con un gemelo heredero su cerviz más fuerte se
hiciera.
73 A ella yo, ramosa de las culebras nacidas de la matanza
74 y que crecía con su desgracia, la domé y domada la recluí.
75 ¿Qué confías que ha de ser de ti, que convertido en una
serpiente 75

arma aliena moves, quem forma precaria celat?" dixerat, et
summo digitorum vincula collo inicit: angebar, ceu guttura
forcipe pressus, pollicibusque meas pugnabam evellere fauces.
sic quoque devicto restabat tertia tauri 80 forma trucis.
tauro mutatus membra rebello. induit ille toris a laeva parte
lacertos,

admissumque trahens sequitur, depressaque dura cornua figit
humo, meque alta sternit harena.

nec satis hoc fuerat: rigidum fera dextera cornu 85 dum tenet,
infregit, truncaque a fronte revellit. naides hoc, pomis et odoro
flore repletum, sacrarunt; divesque meo Bona Copia cornu est.'

Dixerat: et nymphe ritu succincta Dianae, una ministrarum, fuis
utrimque capillis, 90 incessit totumque tulit praedivite cornu
autumnum et mensas, felicia poma, secundas. lux subit; et
primo feriente cacumina sole

discedunt iuvenes, neque enim dum flumina pacem et placidos
habeant lapsus totaeque residant 95 opperiuntur aquae. vultus
Achelous agrestes

et lacerum cornu mediis caput abdidit undis.

Huic tamen ablati doluit iactura decoris, cetera sospes habet.
capitis quoque fronde saligna

aut superinposita celatur harundine damnum. 100 at te, Nesse
ferox, eiusdem virginis ardor perdiderat volucris traiecit terga
sagitta.

namque nova repetens patrios cum coniuge muros venerat
Eueni rapidas Iove natus ad undas. uberius solito, nimbus
hiemalibus auctus, 105 verticibusque frequens erat atque
inperius amnis. intrepidum pro se, curam de coniuge agentem

Nessus adit, membrisque valens scitusque vadum, 'officio'
que 'meo ripa sistetur in illa

haec,' ait 'Alcide. tu viribus utere nando!' 110 pallentemque
metu, fluviumque ipsumque timentem tradidit Aonius pavidam
Calydonida Nesso.

mox, ut erat, pharetraque gravis spolioque leonis— nam clavam
et curvos trans ripam miserat arcus— 'quandoquidem coepi,
superentur flumina' dixit, 115 nec dubitat nec, qua sit
clementissimus amnis, quaerit, et obsequio deferri spernit
aquarum. iamque tenens ripam, missos cum tolleret arcus,
coniugis agnovit vocem Nessoque paranti

fallere depositum 'quo te fiducia' clamat 120 'vana pedum,
violente, rapit? tibi, Nesse biformis, dicimus. exaudi, nec res
intercipe nostras.

si te nulla mei reverentia movit, at orbes concubitus vetitos
poterant inhibere paterni.

haud tamen effugies, quamvis ope fidis equina; 125 vulnere, non
pedibus te consequar.' ultima dicta

re probat, et missa fugientia terga sagitta traicit. exstabat
ferrum de pectore aduncum.

quod simul evulsum est, sanguis per utrumque foramen
emicuit mixtus Lernaei tabe veneni. 130

falsa, armas ajenas mueves, a quien una forma precaria
esconde?».

Había dicho, y a lo alto de mi cuello arroja las cadenas
de sus dedos: me asfixiaba, como apretada mi garganta por
unas tenazas,

y de sus pulgares pugnaba por arrancar mis fauces.

Así también, vencido, me quedaba la tercera, 80

la forma de toro asesino: en toro mutado mis miembros rebelo.

Reviste él con sus toros por la izquierda parte mis brazos

y tirando de mí, a la carrera, me sigue y bajándome los cuernos
los clava en la dura tierra y a mí me tumba en la alta arena.

Y no bastante había sido esto: con su fiera diestra, mientras sostiene 85

rígido mi cuerno, lo quiebra y de mi trunca frente lo arranca.

Las náyades, de frutos y olorosa flor relleno,

lo consagraron; y rica es la Buena Abundancia por mi cuerno».

Partida de Teseo

Había dicho, y una ninfa, remangada al rito de Diana,

una de sus ministras, derramados a ambas partes sus cabellos,

90 entró y trajo en ese muy rico cuerno todo

un otoño, y las mesas -frutos felices- segundas.

La luz llega y con el primer sol hiriendo las cimas

se marchan los jóvenes; y no esperan, pues, mientras paz y

plácido discurrir tengan, y todas vuelvan 95

a asentarse las aguas. Su rostro el Aqueloo agreste

y su cabeza lacerada de un cuerno esconde en medio de las aguas.

Hércules, Neso y Deyanira

Sin embargo, a éste que domó la pérdida de su arrebatada

gracia, el resto salvo lo tiene. De su cabeza el daño, además,

con fronda

de sauce o sobrepuesta caña lo esconde. 100

Mas a ti, Neso fiero, tu ardor por esa misma doncella
te había perdido, atravesado en tu espalda por una voladora
saeta.

Pues regresando con su nueva esposa a los muros patrios
había llegado, rápidas del Eveno, el hijo de Júpiter a sus ondas.
Más abundante de lo acostumbrado, por las borrascas
invernales acrecido, 105

concurrido estaba de torbellinos e intransitable ese caudal.

A él, no temeroso por sí mismo, pero preocupado por su esposa,
Neso se acerca y, fuerte de cuerpo y conocedor de sus vados:

«Por servicio mío será ella depositada en aquella orilla,» dice,
«Alcida. Tú usa tus fuerzas nadando». 110 Y a ella, palideciente
de miedo y al propio río temiendo, se la entregó el Aonio, a la
asustada Calidonia, a Neso.

En seguida, como estaba y cargado con la aljaba y el despojo
del león

-pues la clava y los curvos arcos a la otra orilla había lanzado-:

«Puesto que lo he empezado, venzamos a las corrientes», dijo,
115 y no duda, ni por dónde es más clemente su caudal

busca y desprecia ser llevado a complacencia de las aguas.

Y ya teniendo la orilla, cuando levantaba los arcos por él lanzados, de su esposa conoció la voz, y a Neso, que se disponía

a defraudar su depósito: «¿A dónde te arrastra», le clama, 120 «tu confianza vana, violento, en tus pies? A ti, Neso biforme, te decimos. Escucha bien y no las cosas interceptes nuestras.

Si no te mueve temor ninguno de mí, mas las ruedas de tu padre podrían disuadirte de esos concúbitos prohibidos.

No escaparás, aun así, aunque confíes en tu recurso de caballo; 125 a herida, no a pie te daré alcance». Sus últimas palabras con los hechos prueba y lanzando a sus fugitivas espaldas una saeta los traspasa: sobresalía corvo de su pecho el hierro.

El cual, no bien fue arrancado, sangre por uno y otro orificio rielaba, mezclada con la sanguaza del veneno de Lerna. 130

excipit hunc Nessus 'ne' que enim 'moriemur inulti' secum ait, et calido velamina tincta cruore dat munus raptae velut inritamen amoris.

Longa fuit medii mora temporis, actaque magni Herculis inplerant terras odiumque novercae. 135 victor ab Oechalia Cenaeano sacra parabat

vota Iovi, cum Fama loquax praecessit ad aures,

Deianira, tuas, quae veris addere falsa gaudet, et e minimo sua
per mendacia crescit,

Amphitryoniaden Ioles ardore teneri. 140 credit amans,
venerisque novae perterrita fama indulsit primo lacrimis,
flendoque dolorem diffudit miseranda suum. mox deinde 'quid
autem flemus?' ait 'paelex lacrimis laetabitur istis.

quae quoniam adveniet, properandum aliquidque novandum
est, 145

dum licet, et nondum thalamos tenet altera nostros. conquerar,
an sileam? repetam Calydon, morerne? excedam tectis? an, si
nihil amplius, obstem?

quid si me, Meleagre, tuam memor esse sororem forte paro
facinus, quantumque iniuria possit 150 femineusque dolor,
iugulata paelice testor?'

in cursus animus varios abit. omnibus illis praetulit inbutam
Nesseo sanguine vestem mittere, quae vires defecto reddat
amori, ignaroque Lichae, quid tradat, nescia, luctus 155 ipsa
suos tradit blandisque miserrima verbis,

dona det illa viro, mandat. capit inscius heros, induiturque
umeris Lernaee virus echidnae.

Tura dabat primis et verba precantia flammis, vinaque
marmoreas patera fundebat in aras: 160 incaluit vis illa mali,
resolutaque flammis Herculeos abiit late dilapsa per artus.

dum potuit, solita gemitum virtute repressit. victa malis
postquam est patientia, reppulit aras,
inplevitque suis nemorosam vocibus Oeten. 165 nec mora,
letiferam conatur scindere vestem:
qua trahitur, trahit illa cutem, foedumque relatu, aut haeret
membris frustra temptata revelli,
aut laceros artus et grandia detegit ossa.
ipse cruor, gelido ceu quondam lammina candens 170
tincta lacu, stridit coquiturque ardente veneno.
nec modus est, sorbent avidae praecordia flammae,
caeruleusque fluit toto de corpore sudor, ambustique sonant
nervi, caecaque medullis
tabe liquefactis tollens ad sidera palmas 175 'cladibus,'
exclamat 'Saturnia, pascere nostris: pascere, et hanc pestem
specta, crudelis, ab alto, corque ferum satia. vel si miserandus
et hosti, hoc est, si tibi sum, diris cruciatibus aegram
invisamque animam natamque laboribus aufer. 180 mors mihi
munus erit; decet haec dare dona novercam. ergo ego
foedantem peregrino templa cruore
Busirin domui? saevoque alimenta parentis
Antaeo eripui? nec me pastoris Hiberi
forma triplex, nec forma triplex tua, Cerbere, movit? 185
vosne, manus, validi pressistis cornua tauri?

vestrum opus Elis habet, vestrum Stymphalides undae,

La recoge Neso; «Mas no moriremos sin vengarnos», dice entre sí y unos velos teñidos de su sangre caliente

da de regalo a su secuestrada como si fuera un excitante de amor.

Muerte y apoteosis de Hércules

Larga fue la demora del tiempo intermedio, y los hechos del gran Hércules habían colmado las tierras y el odio de su madrastra. 135 Vencedor, desde Ecalia, preparaba unos sacrificios votados

a Júpiter Ceneo, cuando la Fama locuaz se anticipó hasta los oídos,

Deyanira, tuyos, la que a la verdad se goza de añadir mentiras y desde lo más pequeño crece merced a sus mentiras, de que el Anfitriónida era presa del fuego de Iole. 140

Lo cree su enamorada, y aterrada por la fama de esa nueva Venus condescendió, a lo primero, a las lágrimas, y llorando disipó,

digna de compasión, el dolor suyo. Justo después: «¿Por qué empero lloramos?», dice. «Mi rival se alegrará de estas lágrimas.

La cual, puesto que va a llegar, algo habré de apresurar e inventar, 145 mientras se puede, y en tanto aún no tiene otra mis tálamos.

¿Me quejaré o callaré? ¿Volveré a Calidón o me demoraré?

¿Saldré de estos techos o, si otra cosa no, me opondré a ellos?

¿Qué si acordada, Meleagro, de que soy tu hermana acaso preparo un crimen y cuánto la injuria pueda, 150 y mi femíneo dolor, degollando a mi rival atesto?».

En cursos varios marcha su ánimo. A todos ellos prefirió, embebida de la sangre de Neso, una veste

enviarle que las fuerzas le devuelva de su repudiado amor,

y a Licas, que lo ignora, sin ella saber qué entrega, sus lutos 155 propios ella entrega, y que con tiernas palabras, la muy desgraciada, dé los regalos esos a su esposo, le encarga. Los coge el héroe, sin él saber, y se inviste por los hombros el jugo de la hidra de Lerna.

Inciensos daba y palabras suplicantes a las primeras llamas, y vinos de una pátera vertía en las marmóreas aras. 160

Se calentó la fuerza aquella del mal y, desatada por las llamas, marcha ampliamente difundida de Hércules por los miembros. Mientras pudo con su acostumbrada virtud su gemido reprimió.

Después que vencido por los males fue su sufrimiento, empujó las aras y llenó de sus voces el nemoroso Eta. 165

Y no hay demora, intenta rasgar su mortífera vestidura: por donde tira, tira ella de la piel, y horrible de contar, o se prende a su cuerpo en vano intentádosela arrancar, o lacerados miembros y grandes descubre huesos.

El propio crúor, igual que un día la lámina candente 170
mojada en la helada cuba, rechina y se cuece del ardiente veneno, y medida no hay, sorben ávidas sus entrañas la llamas y azul mana de todo su cuerpo un sudor y quemados resuenan sus nervios y, derretidas las médulas de esa ciega sanguaza, levantando a las estrellas sus palmas: 175

«De las calamidades», grita, «Saturnia, cébate nuestras, cébate y esta plaga contempla, cruel, desde el alto, y tu corazón fiero sacia. O si digno yo de compasión hasta para un enemigo,

esto es, si para ti lo soy, de siniestros tormentos mi enfermo y odiado aliento y nacido para las penalidades, llévate. 180

La muerte me será un regalo. Decoroso es estos dones dar a una madrastra.

¿Así que yo al que manchaba sus templos con crúor extranjero, a Busiris he sometido, y al salvaje Anteo arrebaté el alimento de su madre, y ni a mí del pastor ibero

su forma triple, ni la forma triple tuya, Cérbero, me movió, 185
y ¿acaso vosotras, manos, no agarrasteis los cuernos del fuerte
toro?

¿Vuestra obra Elis tiene, vuestra las estinfálides ondas

Partheniumque nemus? vestra virtute relatus Thermodontiaco
caelatus balteus auro,

pomaque ab insomni concustodita dracone? 190 nec mihi
centauri potuere resistere, nec mi Arcadiae vastator aper? nec
profuit hydrae crescere per damnum geminasque resumere
vires? quid, cum Thracis equos humano sanguine pingues
plenaque corporibus laceris praesepia vidi, 195 visaque deieci,
dominumque ipsosque peremi?

his elisa iacet moles Nemeaea lacertis:

hac caelum cervice tuli. defessa iubendo est saeva Iovis
coniunx: ego sum indefessus agendo. sed nova pestis adest, cui
nec virtute resisti 200 nec telis armisque potest. pulmonibus
errat

ignis edax imis, perque omnes pascitur artus. at valet
Eurystheus! et sunt, qui credere possint esse deos?' dixit, perque
altam saucius Oeten

haud aliter graditur, quam si venabula taurus 205 corpore fixa
gerat, factique refugerit auctor.

saepe illum gemitus edentem, saepe frementem, saepe
retemptantem totas infringere vestes sternentemque trabes
irascentemque videres montibus aut patrio tendentem bracchia
caelo. 210

Ecce Lichan trepidum latitantem rupe cavata aspicit, utque
dolor rabiem conlegerat omnem, 'tunc, Licha,' dixit 'feralia dona
dedisti?

tunc meae necis auctor eris?' tremit ille, pavetque pallidus, et
timide verba excusantia dicit. 215 dicentem genibusque manus
adhibere parantem corripit Alcides, et terque quaterque
rotatum mittit in Euboicas tormento fortius undas.

ille per aérias pendens induruit auras:

utque ferunt imbres gelidis concregere ventis, 220 inde nives
fieri, nivibus quoque molle rotatis astringi et spissa glomerari
grandine corpus,

sic illum validis iactum per inane lacertis exsanguemque metu
nec quicquam umoris habentem in rigidos versum silices prior
edidit aetas. 225

nunc quoque in Euboico scopulus brevis eminent alto

gurgite et humanae servat vestigia formae, quem, quasi
sensurum, nautae calcare verentur, appellantque Lichan. at tu,
Iovis inclita proles, arboribus caesis, quas ardua gesserat Oete,
230

inque pyram structis arcum pharetramque capacem regnaque
visuras iterum Troiana sagittas

ferre iubes Poeante satum, quo flamma ministro subdita.
dumque avidis comprehenditur ignibus agger, congeriem silvae
Nemeaeo vellere summam 235 sternis, et inposita clavae
cervice recumbis,

haud alio vultu, quam si conviva iaceres inter plena meri
redimitus pocula sertis.

Iamque valens et in omne latus diffusa sonabat, securosque
artus contemptoremque petebat 240 flamma suum. timuere dei
pro vindice terrae.

quos ita, sensit enim, laeto Saturnius ore

Iuppiter adloquitur: 'nostra est timor iste voluptas, o superi,
totoque libens mihi pectore grator,

quod memoris populi dicor rectorque paterque 245 et mea
progenies vestro quoque tuta favore est.

y el partenio bosque? ¿Por vuestra virtud devuelto, en oro del
Termodonte labrado, el tahalí,

y las frutas concustodiadas por el insomne dragón, 190 y no a
mí los Centauros me pudieron resistir, ni a mí

el devastador jabalí de la Arcadia, ni le sirvió a la hidra

el crecer merced a su merma y retomar geminadas fuerzas?

¿Y qué de cuando los caballos del tracio vi, cebados de sangre humana, y llenos de cuerpos trancos sus pesebres vi 195

y vistos los derribé y a su dueño y ellos di muerte? Por estos brazos golpeada yace la mole de Nemea,

a[por éstos Caco. Horrendo monstruo del litoral tiberino], en este cuello llevé el cielo. De dar órdenes se agotó

la salvaje esposa de Júpiter: yo no me he agotado al realizarlas.

200 Pero esta nueva plaga llega, a la cual ni con virtud

ni con armas y armaduras resistírsele puede. Por los pulmones profundos

vaga un fuego voraz y se ceba por todos los miembros. Mas

vivo está Euristeo, ¿y hay quienes creer puedan que hay dioses?», dijo, y por el alto Eta herido 205

no de otro modo camina que si venablos un toro

en su cuerpo clavado lleva y al autor del acto rehuyera.

Lo vieras a él muchas veces dejando escapar gemidos, muchas

veces bramando, muchas veces reintentando quebrantar esas vestiduras todas, y tumbando troncos, y enconándose 210

en los montes, o tendiendo los brazos al cielo de su padre.

He aquí que a Licas, escondido tembloroso en una peña

ahuecada, divisa, y como el dolor había reunido toda su rabia:

«¿No has sido tú, Licas», dijo, «el que estos funerarios dones me has dado?

¿No has de ser tú el autor de mi muerte?». Tiembla él y se estremece, 215

pálido, y tímidamente palabras exculpatorias dice.

En diciéndolas, y mientras se disponía a llevar las manos a las rodillas de él,

lo agarra el Alcida y rotándolo tres y cuatro veces

lo lanza más fuerte que en el tormento de la catapulta hacia las ondas eubeas.

Él, suspendido por las aéreas auras se puso rígido, 220

y como dicen que las lluvias se endurecen con los helados vientos,

de donde se hacen las nieves, y también, blando, de las nieves al rotar, se atriñe y se aglomera su cuerpo en denso granizo,

que así él, lanzado a través del vacío por esos vigorosos brazos y exangüe de miedo y sin tener líquido alguno, 225

en rígidas piedras fue él convertido, cuenta la anterior edad.

Ahora también en el profundo euboico, en el abismo, una peña breve emerge, y de su humana forma conserva las huellas,

al cual, como si lo fuera a sentir, los navegantes hollar temen, y le llaman Licas. Mas tú, célebre hijo de Júpiter, 230 cortados los árboles que llevara el arduo Eta

e instruidos en una pira, que tu arco y tu aljaba capaz,

y las que habrían de ver de nuevo los reinos troyanos, esas saetas, ordenas que las lleve al hijo de Peante, por servicio del cual fue aplicada la llama, y mientras de ávidos fuegos se prende toda esa empalizada 235 en lo alto del montón de bosque tiendes tu vellón

de Nemea e imponiendo tu cuello en la clava te recuestas,

no con otro rostro que si cual comensal yacieras

entre copas llenas de vino puro, coronado de guirnaldas.

Y ya vigorosa y derramándose por todos lados sonaba, 240 y sus tranquilos miembros y a su despreciador buscaba

la llama: temieron los dioses por su defensor en la tierra. A los cuales así -pues lo notó- con alegre boca se dirige el Saturnio Júpiter: «Para nuestro agrado es el temor este,

oh altísimos, y pláceme en todo mi pecho y agradezco 245 que de un pueblo atento se me dice soberano y padre,

nam quamquam ipsius datur hoc inmanibus actis, obligor ipse tamen. sed enim nec pectora vano fida metu paveant. Oetaeas spernite flammis! omnia qui vicit, vincet, quos cernitis, ignes; 250 nec nisi materna Vulcanum parte potentem sentiet.

aeternum est a me quod traxit, et expers atque immune necis, nullaque domabile flamma. idque ego defunctum terra caelestibus oris accipiam, cunctisque meum laetabile factum

255 dis fore confido. siquis tamen Hercule, siquis forte deo
doliturus erit, data praemia nolet,
sed meruisse dari sciet, invitique probabit.' adsensere dei.
coniunx quoque regia visa est cetera non duro, duro tamen
ultima vultu 260 dicta tulisse Iovis, seque indoluisse notatam.
interea quodcumque fuit populabile flammae, Mulciber
abstulerat, nec cognoscenda remansit
Herculis effigies, nec quicquam ab imagine ductum matris
habet, tantumque Iovis vestigia servat. 265 utque novus
serpens posita cum pelle senecta luxuriare solet, squamaque
nitere recenti,
sic ubi mortales Tirynthius exuit artus, parte sui meliore viget,
maiorque videri
coepit et augusta fieri gravitate verendus. 270 quem pater
omnipotens inter cava nubila raptum quadriiugo curru
radiantibus intulit astris.

Sensit Atlas pondus. neque adhuc Stheneleius iras solverat
Eurystheus, odiumque in prole paternum exercebat atrox. at
longis anxia curis 275 Argolis Alcmene, questus ubi ponat
aniles,
cui referat nati testatos orbe labores,

cuive suos casus, Iolen habet. Herculis illam imperiis
thalamoque animoque receperat Hyllus, inpleratque uterum
generoso semine; cui sic 280 incipit Alcmene: 'faveant tibi
numina saltem, conripiantque moras tum cum matura vocabis
praepositam timidis parientibus Ilithyiam,

quam mihi difficilem Iunonis gratia fecit. namque laboriferi cum
iam natalis adesset 285 Herculis et decimum premeretur sidere
signum, tendebat gravitas uterum mihi, quodque ferebam,
tantum erat, ut posses auctorem dicere tecti ponderis esse
Iovem. nec iam tolerare labores

ulterius poteram. quin nunc quoque frigidus artus, 290 dum
loquor, horror habet, parsque est meminisse doloris. septem
ego per noctes, totidem cruciata diebus, fessa malis,
tendensque ad caelum bracchia, magno Lucinam Nixosque
pares clamore vocabam.

illa quidem venit, sed praecorrupta, meumque 295 quae donare
caput Iunoni vellet iniquae.

utque meos audit gemitus, subsedit in illa ante fores ara,
dextroque a poplite laevum pressa genu et digitis inter se
pectine iunctis

sustinuit partus. tacita quoque carmina voce 300 dixit, et
inceptos tenuerunt carmina partus.

nitor, et ingrato facio convicia demens vana Iovi, cupioque
mori, moturaque duos

y también mi descendencia por vuestro favor está a salvo.

Pues aunque ello se concede a los ingentes hechos de él mismo, obligado estoy yo también. Pero no se atemoricen, pues, vuestros fieles pechos por un miedo vano: despreciad las eteas llamas. 250

El que todo lo ha vencido vencerá, los que veis, a esos fuegos, y no, sino en su parte materna, sentirá al poderoso

Vulcano: eterno es lo que sacó de mí y ajeno

e inmune a la muerte y no domable por ninguna llama,

y ello yo, cuando él haya acabado en la tierra, en las celestes orillas 255

lo recibiré, y en que a todos los dioses placentero será mi acto confío; si alguno, aun así, de Hércules, si alguno

acaso se habrá de doler de él como dios, no querrá que estos premios se le hayan dado,

pero sabrá que ha merecido que se le den y contra su voluntad lo aprobará».

Asintieron los dioses; la esposa regia también pareció 260 que lo demás con no duro semblante, con duro las últimas

palabras, había admitido, y que se dolía hondo de que se la señalara. Mientras tanto, cuanto fue devastable a la llama,

Múlciber se lo llevó, y no reconocible quedó la efigie de Hércules
y nada sacado de la imagen

de su madre posee y sólo las huellas de Júpiter conserva; 265 y
como una serpiente nueva cuando, depuesta su piel vieja,
exuberar suele y resplandecer con su escama reciente,

así, cuando el tirintio se despoja de sus miembros mortales la
parte mejor de sí cobra vigor y empieza él a parecer

más grande y a volverse por su augusta gravedad temible. 270

Al cual su padre el todopoderoso, arrebatándolo entre las
cóncavas nubes

con su cuadriyugo carro lo indujo entre los radiantes astros.

Galántide

Sintió Atlas el peso, y todavía el Esteneleio no había desatado
sus iras, Euristeo, y atroz ejercía en su descendiente el odio

de su padre; mas, angustiada por sus largas inquietudes, 275 la
argólide Alcmena, donde poner sus lamentos de vieja,

a quien contar las penalidades de su hijo, atestiguados en el
mundo, o a quien sus propios casos, a Iole tiene; a ella por los
mandatos

de Hércules en su tálamo y en su ánimo había acogido Hilo,

y le había llenado el vientre de su noble simiente, cuando así
280 empieza Alcmena: «Favorézcante a ti las divinidades al
menos,

y abrevien las demoras cuando madura invoques
a quien preside a las temerosas parturientas, a Ilitía,
esa a la que a mí me hizo contraria la influencia de Juno.

Pues del sufridor de las penalidades, de Hércules, cuando ya
era 285 el tiempo de su nacimiento y por la décima
constelación pasaba la estrella, me extendía su peso el vientre y
lo que llevaba

tan grande era que bien podrías decir que el autor del
encerrado

peso, era Júpiter, y ya tolerar esas fatigas

más allá yo no podía: como que ahora también mis miembros,
mientras 290 hablo, ocupa un frío horror, y una parte es
recordarlo de ese dolor. Atormentada durante siete noches y
otros tantos días,

agotada por mis males y tendiendo al cielo los brazos, llamaba
yo a grandes gritos a Lucina y a los parejos Nixos.

Ella ciertamente vino, pero previamente corrompida, 295 y
queriendo regalarle mi cabeza a la inicua Juno.

Y cuando oyó mis gemidos se sentó en aquella

ara de delante de las puertas y apretándose con la corva derecha la rodilla izquierda y con los dedos entre sí juntados en peine contenía mis partos; con tácita voz también dijo 300 unos encantos y retuvieron esos encantos los emprendidos partos.

Pujo y digo al ingrato Júpiter, fuera de mí, insultos vanos, y deseo morirme y en palabras que habrían de mover

verba queror silices. matres Cadmeides adsunt, vota que suscipiunt, exhortanturque dolentem. 305 una ministrarum, media de plebe, Galanthis,

flava comas, aderat, faciendis strenua iussis, officiis dilecta suis. ea sensit iniqua

nescio quid Iunone geri, dumque exit et intrat saepe fores, divam residentem vidit in ara 310 brachiaque in genibus digitis conexa tenentem,

et "quaecumque es," ait "dominae gratare. levata est Argolis Alcmene, potiturque puerpera voto." exsiluit, iunctasque manus pavefacta remisit

diva potens uteri: vinclis levor ipsa remissis. 315 numine decepto risisse Galanthis fama est. ridentem prensamque ipsis dea saeva capillis traxit, et e terra corpus relevare volentem

arcuit, inque pedes mutavit bracchia primos. strenuitas antiqua
manet; nec terga colorem 320 amisere suum: forma est diversa
priori.

quae quia mendaci parientem iuverat ore,
ore parit nostrasque domos, ut et ante, frequentat.'

Dixit, et admonitu veteris commota ministrae ingemuit. quam
sic nurus est affata dolentem: 325 'te tamen, o genetrix, alienae
sanguine nostro

rapta movet facies. quid si tibi mira sororis

fata meae referam? quamquam lacrimaeque dolorque
impediunt, prohibentque loqui. fuit unica matri— me pater ex
alia genuit—notissima forma 330 Oechalidum, Dryope. quam
virginitate carentem vimque dei passam Delphos Delonque
tenentis excipit Andraemon, et habetur coniuge felix.

est lacus, adclivis devexo margine formam

litoris efficiens, summum myrteta coronant. 335 venerat huc
Dryope fatorum nescia, quoque indignere magis, nymphis
latura coronas,

inque sinu puerum, qui nondum impleverat annum, dulce
ferebat onus tepidique ope lactis alebat.

haut procul a stagno Tyrios imitata colores 340 in spem
bacarum florebat aquatica lotos. carpserat hinc Dryope, quos
oblectamina nato porrigeret, flores, et idem factura videbar—
namque aderam—vidi guttas e flore cruentas decidere et
tremulo ramos horrore moveri. 345 scilicet, ut referunt tardi
nunc denique agrestes, Lotis in hanc nymphe, fugiens obscena
Priapi, contulerat versos, servato nomine, vultus.

'Nescierat soror hoc. quae cum perterrita retro ire et adoratis
vellet discedere nymphis, 350 haeserunt radice pedes.

convellere pugnat,

nec quicquam, nisi summa movet. subcrescit ab imo, totaque
paulatim lentus premit inguina cortex. ut vidit, conata manu
laniare capillos,

fronde manum implevit: frondes caput omne tenebant. 355 at
puer Amphissos (namque hoc avus Eurytus illi addiderat
nomen) materna rigescere sentit

ubera; nec sequitur ducentem lacteus umor. spectatrix aderam
fati crudelis, opemque

non poteram tibi ferre, soror, quantumque valebam, 360

a las duras piedras me lamento; las madres Cadmeides me
asisten y mis votos sostienen y animan a la doliente. 305

Una de mis sirvientas, de la media plebe, Galántide,

flava de pelo, allí asistía, diligente en hacer mis mandatos,
querida por sus propios servicios. Ella sintió que alguna cosa
pasaba por causa de la inicua Juno, y mientras sale y entra
sin cesar por las puertas, a la divina allí sentada vio en el ara,
310 y los brazos en las rodillas, y sus dedos enlazados
manteniendo,

y: «Quien quiera que eres», dice, «felicita a la señora. Aliviado se
ha la argólide Alcmena y es dueña, recién parida, de su voto».

Se sobresaltó y aflojó sus manos juntas, llena de temor,

la divina señora del vientre, de mis cadenas me alivio yo al
aflojarse ellas. 315

Engañada su divinidad, fama es que se rió Galántide; riendo y
cogida por su propio pelo la diosa salvaje

la arrastró y, queriendo ella de la tierra levantar el cuerpo, se lo
impidió y sus brazos mutó en patas delanteras.

Su diligencia antigua permanece, ni sus espaldas su color 320
perdieron: su hermosura, a la anterior, es ahora opuesta.

La cual, puesto que con mentirosa boca ayudó a una
parturienta, por la boca pare y nuestras casas, como también
antes, frecuente».

Dríope

Dijo, y conmovida por el recuerdo de su vieja sirvienta gimió hondo. A la cual en su dolor así se dirigió su nuera: 325

«A ti con todo, oh madre, la belleza arrebatada de una persona ajena a nuestra sangre te conmueve. ¿Qué si a ti los hados portentosos de mi propia hermana te refiriera? Aunque las lágrimas y el dolor

me impiden y me prohíben hablar. Fue única para su madre -a mí mi padre me engendró de otra-, la más notable por su hermosura 330 de entre las Ecálides, Dríope. A la cual, careciendo de su virginidad y habiendo sufrido violencia del dios que Delfos y Delos tiene,

la acoge Andremon y se le tiene por feliz de esa esposa.

Hay un lago que cuesta arriba hace, por su declinante margen, la forma de un litoral; su altura mirtales la coronan. 335 Había venido aquí Dríope, ignorante de sus hados, y para que te indignes más, para llevarle a las ninfas unas coronas;

y en el seno su niño, que aún no había cumplido un año,

llevaba de dulce carga, y por medio de tibia leche lo alimentaba.

No lejos de ese pantano, remedando los tirios colores, 340 en esperanza de bayas florecía un acuático loto.

Había cogido de ahí Dríope, que de entretenimiento a su hijo extendiera, unas flores, y lo mismo me parecía que iba a hacer yo

-pues presente yo estaba-: vi unas gotas caer de la flor, cruentas, y las ramas moverse en tembloroso horror. 345

Claro era, como cuentan ahora por fin, tarde, los agrestes lugareños, que Lótide, la ninfa, huyendo de las obscenidades de Priapo,

a ella había conferido, salvando su nombre, su transformado aspecto.

No sabía mi hermana esto; la cual, cuando aterrada quiso irse hacia atrás, y retirarse ya adoradas de las ninfas, 350

prendidos quedaron de una raíz sus pies; por arrancarlos pugna y no otra cosa sino su parte más alta mueve. Le crece desde abajo y poco a poco le aprieta todas las ingles una flexible corteza.

Cuando lo vio, intentando con la mano mesarse los cabellos, de fronda su mano llenó: frondas su cabeza toda ocupaban. 355

Mas el niño Anfiso -pues tal nombre su abuelo Éurito a él

le había añadido- siente que se endurecen los pechos

de su madre y no obedece al que lo saca el lácteo humor.

Espectadora asistía yo de ese hado cruel, y ayuda

no podía a ti ofrecerte, hermana, y cuanto podían mis fuerzas,
360

crescentem truncum ramosque amplexa morabar, et, fateor,
volui sub eodem cortice condi.

'Ecce vir Andraemon genitorque miserrimus adsunt, et quaerunt
Dryopen: Dryopen quaerentibus illis ostendi loton. tepido dant
oscula ligno, 365 adfusique suae radicibus arboris haerent.

nil nisi iam faciem, quod non foret arbor, habebat cara soror:
lacrimae misero de corpore factis inrorant foliis, ac, dum licet,
oraque praestant vocis iter, tales effundit in aera questus: 370
"siqua fides miseris, hoc me per numina iuro

non meruisse nefas. patior sine crimine poenam. viximus
innocuae. si mentior, arida perdam quas habeo frondes, et
caesa securibus urar.

hunc tamen infantem maternis demite ramis, 375 et date nutrici,
nostraque sub arbore saepe

lac facitote bibat, nostraque sub arbore ludat. cumque loqui
poterit, matrem facitote salutet, et tristis dicat 'latet hoc in
stipite mater.'

stagna tamen timeat, nec carpat ab arbore flores, 380

et frutices omnes corpus putet esse dearum. care vale coniunx,
et tu, germana, paterque! qui, siqua est pietas, ab acutae
vulnere falcis, a pecoris morsu frondes defendite nostras.

et quoniam mihi fas ad vos incumbere non est, 385 erigite huc
artus, et ad oscula nostra venite,

dum tangi possum, parvumque attollite natum! plura loqui
nequeo. nam iam per candida mollis colla liber serpit,
summoque cacumine condor.

ex oculis removete manus. sine munere vestro 390 contegat
inductus morientia lumina cortex!" desierant simul ora loqui,
simul esse. diuque corpore mutato rami caluere recentes.'

Dumque refert Iole factum mirabile, dumque Eurytidos lacrimas
admoto pollice siccat 395 Alcmene (flet et ipsa tamen)
compescuit omnem res nova tristitiam. nam limine constitit alto
paene puer dubiaque tegens lanugine malas,
ora reformatus primos Iolaus in annos.

hoc illi dederat Iunonia muneris Hebe, 400 victa viri
precibus. quae cum iurare pararet, dona tributuram post hunc
se talia nulli,

non est passa Themis: 'nam iam discordia Thebae bella movent,'
dixit 'Capaneusque nisi ab Iove vinci haud poterit, fientque
pares in vulnere fratres, 405 subductaque suos manes tellure
videbit

vivus adhuc vates; ultusque parente parentem natus erit facto
pius et sceleratus eodem attonitusque malis, exul mentisque

domusque, vultibus Eumenidum matrisque agitabitur umbris,
410 donec eum coniunx fatale poposcerit aurum, cognatumque
latus Phegeius hauserit ensis.

tum demum magno petet hos Acheloia supplex ab Iove Calliroe
natis infantibus annos

addat, neve necem sinat esse ultoris inultam. 415 Iuppiter his
motus privignae dona nurusque praecipiet, facietque viros
inpubibus annis.'

creciente el tronco y sus ramas, los detenía estrechándolos y, lo
confieso, bajo la misma corteza quise esconderme.

He aquí que su marido Andremon y su padre desgraciadísimo
llegan y buscan a Dríope: a Dríope, a los que la buscaban,

se la mostré de loto. A su tibio leño dan besos 365

y derramándose por las raíces de su querido árbol a él quedan
prendidos.

Nada sino ya su rostro, que no fuera árbol, tenía

mi querida hermana: sus lágrimas entre las hojas formadas de su
desgraciado

cuerpo roran, y mientras puede y su boca ofrece

de voz un camino, tales derrama al aire sus lamentos: 370

«Si alguna fe se da a los desgraciados, por las divinidades juro que yo no he merecido esta impiedad; sufro sin culpa un castigo.

Vivimos inocente; si miento, que árida pierda las frondas que tengo y cortada a segures se me queme.

Mas quitad a este niño de las maternas ramas 375

y dadlo a una nodriza, y bajo mi árbol muchas veces su leche haced que beba, y que bajo nuestro árbol juegue, y cuando pueda hablar, a su madre haced que salude y triste diga: 'Se oculta en este tronco mi madre'.

Pero que los estanques tema y no coja del árbol sus flores, 380 de los retoños todos piense que el cuerpo son de dioses.

Querido esposo, adiós, y tú, germana, y padre:

si es que tenéis piedad, de la herida de la aguda hoz, del mordisco del rebaño defended mis frondas,

y puesto que a mí lícito inclinarme a vosotros no me es, 385 erigid aquí los brazos y a mis besos venid,

mientras ser tocados pueden, y levantad a mi pequeño nacido.

Más cosas decir no puedo. Pues ya por mi blanco cuello una blanda corteza serpea y en lo alto de una copa me escondo.

Quitad de mis ojos las manos. Sin la ofrenda vuestra 390 tape la corteza que los va cubriendo mis moribundos ojos».

Dejó a la vez su boca de hablar, a la vez de existir, y mucho tiempo en su cuerpo mutado sus ramas recientes se mantuvieron tibias».

Iolao y los hijos de Calírroe; rejuvenecimientos

Y mientras cuenta Iole ese hecho portentoso, y mientras las lágrimas de la Eurítide allegándole su pulgar le seca 395

Alcmena -llora también ella- contuvo toda

tristeza una cosa nueva. Pues en el alto umbral se detuvo, casi un niño, cubriéndose de un dudoso bozo sus mejillas, devuelto su rostro a sus primeros años, Iolao.

Eso le había dado a él de regalo la Junonia Hebe, 400

vencida por las súplicas de su marido; la cual, cuando a jurar se disponía que dones tales no habría de atribuir ella, después de éste, a nadie, no lo permitió Temis: «Pues ya mueve Tebas

las desavenidas guerras», dijo, «y Capaneo, sino por Júpiter, no podría ser vencido, y resultarán parejos en heridas los hermanos 405

y, sustraída la tierra, sus propios manes verá

-vivo todavía- el profeta, y habrá de vengar a su padre con su padre su hijo, piadoso y criminal por el mismo hecho,

y, atónito por sus desgracias, desterrado de su mente y de su casa,

por los rostros de las Euménides y de su madre las sombras
será acosado 410

hasta que a él su esposa le demande el oro fatal,

y su costado beba -su pariente-la espada de Fegeo.

Sólo entonces pretenderá del gran Júpiter la Aqueloide
suplicante, Calíroe, estos años para sus hijos pequeños;

para no dejar que la muerte del vencedor quede largo tiempo
sin vengar, 415

Júpiter, por ello conmovido, proveerá estos dones a su hijastra
y a su nuera y los hará hombres en sus impúberes años».

Haec ubi fatigato venturi praescia dixit ore Themis, vario superi
sermone fremebant, et, cur non aliis eadem dare dona liceret,
420 murmur erat. queritur veteres Pallantias annos coniugis
esse sui, queritur canescere mitis Iasiona Ceres, repetitum
Muciber aevum

poscit Ericthonio, Venerem quoque cura futuri tangit, et
Anchisae renovare paciscitur annos. 425 cui studeat, deus
omnis habet; crescitque favore turbida seditio, donec sua
Iuppiter ora

solvit, et 'o! nostri siqua est reverentia,' dixit 'quo ruitis?
tantumne aliquis sibi posse videtur,

fata quoque ut superet? fatis Iolaus in annos, 430 quos egit,
rediit. fati iuvenescere debent

Calliroe geniti, non ambitione nec armis.

vos etiam, quoque hoc animo meliore feratis, me quoque fata
regunt. quae si mutare valerem, nec nostrum seri curvarent
Aeacon anni, 435

perpetuumque aevi florem Rhadamanthus haberet cum Minoe
meo, qui propter amara senectae pondera despicitur, nec quo
prius ordine regnat.'

Dicta Iovis movere deos; nec sustinet ullus, cum videat fessos
Rhadamanthon et Aeacon annis 440 et Minoa, queri. qui, dum
fuit integer aevi, terruerat magnas ipso quoque nomine gentes;

tunc erat invalidus, Deionidenque iuventae robore Miletum
Phoeboque parente superbum pertimuit, credensque suis
insurgere regnis, 445 haut tamen est patriis arcere
penatibus ausus. sponte fugis, Milete, tua, celerique carina
Aegaeas metiris aquas, et in Aside terra

moenia constituis positoris habentia nomen.

hic tibi, dum sequitur patriae curvamina ripae, 450 filia
Maeandri totiens redeuntis eodem

cognita Cyanee, praestanti corpora forma, Byblida cum Cauno,
prolem est enixa gemellam.

Byblis in exemplo est, ut ament concessa puellae, Byblis
Apollinei correpta cupidine fratris; 455 non soror ut fratrem, nec
qua debebat, amabat. illa quidem primo nullos intellegit ignes,
nec peccare putat, quod saepius oscula iungat, quod sua
fraterno circumdet bracchia collo; mendacique diu pietatis
fallitur umbra. 460 paulatim declinat amor, visuraque fratrem
cultu venit, nimiumque cupit formosa videri
et siqua est illic formosior, invidet illi.

sed nondum manifesta sibi est, nullumque sub illo igne facit
votum, verumtamen aestuat intus. 465 iam dominum appellat,
iam nomina sanguinis odit, Byblida iam mavult, quam se vocet
ille sororem.

Spes tamen obscenas animo demittere non est ausa suo
vigilans; placida resoluta quiete

saepe videt quod amat: visa est quoque iungere fratri 470

corpus et erubuit, quamvis sopita iacebat. somnus abit; silet illa
diu repetitque quietis ipsa suae speciem dubiaque ita mente
profatur:

'me miseram! tacitae quid vult sibi noctis imago?

Quando esto con su fatícana boca, pronosticadora del avenir,
hubo dicho Temis, con diversa opinión rumoreaban los
altísimos,

y por qué no a otros estaba permitido conceder los mismos dones 420 su murmullo era: se lamenta la Palantíade de que viejos los años

de su esposo sean, se lamenta de que encanezca su Iasión la tierna Ceres, una repetida edad demanda

Múlciber para Erictonio, a Venus también le alcanza el cuidado del futuro, y los años de Anquises estipula que se renueven. 425 Por quién afanarse dios todo tiene; y crece con el favor

la turbida sedición, hasta que su boca Júpiter libera y: «Oh, de nos si tenéis algún temor», dijo,

«¿a dónde os lanzáis? ¿Acaso tanto se cree alguno que puede que incluso a los hados supere? Por los hados ha vuelto 430 Iolao a los años que pasó, por los hados rejuvenecer deben de Calírroe los engendrados, no por ambición ni armas.

A vosotros también, y para que lo admitáis con un ánimo mejor, incluso a mí los hados me rigen, los cuales, si para mudarlos tuviera fuerza, no encorvarían a mi querido Éaco sus tardíos años, 435

y perpetua la flor de su edad, con el Minos mío, Radamanto tendría, al cual, a causa de los amargos pesos

de la vejez, se le desprecia y no en el orden que antes reina».

Las palabras de Júpiter conmovieron a los dioses y ninguno puede, al ver agotados a Radamantis y a Éaco de sus años, 440

y a Minos, quejarse; el cual, mientras estuvo intacto de su edad, había aterrado a grandiosos pueblos incluso con su solo nombre; entonces hallábase inválido, y del Diónida, en el vigor de su juventud, de Mileto, soberbio de su padre Febo, tenía miedo, y creyendo que se alzaba contra sus reinos 445 no, aun así, alejarle de sus penates patrios osó.

Por tu voluntad, Mileto, propia huyes, y en una rápida quilla mides las aguas egeas, y en la tierra asiática constituyes unas murallas que tienen el nombre de su ponedor.

Biblis

Aquí tú, mientras sigue ella las curvaturas de su ribera paterna, 450 la hija de Menandro, el que tantas veces regresa a sí mismo,

cuando la conociste, a Ciánea, de prestante hermosura su cuerpo, a Biblis junto con Cauno parió ella, prole gemela.

Biblis de ejemplo está para que amen lo concedido las niñas:

Biblis, arrebatada por el deseo de su hermano, el descendiente de Apolo: 455

no como una hermana a su hermano, ni por donde debía, le amaba. Ella realmente al principio no los entendió fuegos ningunos,

ni pecar considera el que tantas veces sus labios le una, el que
de su hermano circunden sus brazos el cuello,

y mucho tiempo se engaña de la piedad con la mendaz sombra.

460 Poco a poco declina el amor, y a ver a su hermano

arreglada viene y demasiado desea hermosa parecer, y si
alguna hay allí más hermosa, se enoja de ella.

Pero todavía no se es manifiesta a sí misma y bajo aquel fuego
no hace ningún voto, empero bulle por dentro. 465

Ya dueño le llama, ya los nombres de la sangre odia, Biblis ya
prefiere, a que la llame él hermana.

Pero esperanzas obscenas a su corazón no se atreve

a condescender despierta; relajada en el descanso plácido,

a menudo ve lo que ama: le pareció incluso que unía a su
hermano 470 su cuerpo y enrojeció aunque dormida yacía.

El sueño marcha. Calla ella largo tiempo y recuerda del
descanso ella suyo la imagen y con dubitativo corazón así
habla:

«Desgraciada de mí, ¿qué pretende esta imagen de la callada
noche,

quam nolim rata sit! cur haec ego somnia vidi? 475 ille quidem
est oculis quamvis formosus iniquis

et placet, et possim, si non sit frater, amare, et me dignus erat.
verum nocet esse sororem.

dummodo tale nihil vigilans committere temptem, saepe licet
simili redeat sub imagine somnus! 480 testis abest somno, nec
abest imitata voluptas.

pro Venus et tenera volucer cum matre Cupido, gaudia quanta
tuli! quam me manifesta libido contigit! ut iacui totis resoluta
medullis!

ut meminisse iuvat! quamvis brevis illa voluptas 485

noxque fuit praeceps et coeptis invida nostris. 'O ego, si liceat
mutato nomine iungi,

quam bene, Caune, tuo poteram nurus esse parenti! quam bene,
Caune, meo poteras gener esse parenti! omnia, di facerent,
essent communia nobis, 490 praeter avos: tu me vellem
generosior esses! nescioquam facies igitur, pulcherrime,
matrem;

at mihi, quae male sum, quos tu, sortita parentes, nil nisi frater
eris. quod obest, id habebimus unum. quid mihi significant ergo
mea visa? quod autem 495 somnia pondus habent? an habent
et somnia pondus?

di melius! di nempe suas habuere sorores.

sic Saturnus Opem iunctam sibi sanguine duxit, Oceanus
Tethyn, Iunonem rector Olympi.

sunt superis sua iura! quid ad caelestia ritus 500 exigere
humanos diversaque foedera tempto?

aut nostro vetitus de corde fugabitur ardor,

aut hoc si nequeo, peream, precor, ante toroque mortua
componar, positaeque det oscula frater. et tamen arbitrium
quaerit res ista duorum! 505 finge placere mihi: scelus esse
videbitur illi.

'At non Aeolidae thalamos timuere sororum! unde sed hos novi?
cur haec exempla paravi?

quo feror? obscenae procul hinc discedite flammae nec, nisi qua
fas est germanae, frater ametur! 510 si tamen ipse mei captus
prior esset amore, forsitan illius possem indulgere furori.

ergo ego, quae fueram non reiectura petentem, ipsa petam!
poterisne loqui? poterisne fateri? coget amor, potero! vel, si
pudor ora tenebit, 515 littera celatos arcana fatebitur ignes.'

Hoc placet, haec dubiam vicit sententia mentem. in latus
erigitur cubitoque innixa sinistro

'viderit: insanos' inquit 'fateamur amores!

ei mihi, quo labor? quem mens mea concipit ignem?' 520

et meditata manu componit verba trementi. dextra tenet
ferrum, vacuam tenet altera ceram. incipit et dubitat, scribit
damnatque tabellas,

et notat et delet, mutat culpatque probatque

inque vicem sumptas ponit positasque resumit. 525 quid velit
ignorat; quicquid factura videtur, displicet. in vultu est audacia
mixta pudori.

scripta 'soror' fuerat; visum est delere sororem verbaque
correctis incidere talia ceris:

'quam, nisi tu dederis, non est habitura salutem, 530 hanc tibi
mittit amans: pudet, a, pudet edere nomen, et si quid cupiam
quaeris, sine nomine vellem posset agi mea causa meo, nec
cognita Byblis

cual no quisiera yo que ratificado fuera? ¿Por qué he visto esos
sueños? 475

Él realmente es hermoso a los ojos, aun los inicuos, y gusta, y
podría yo, si no fuera mi hermano, amarle, y de mí digno era;
pero para mi mal soy su hermana. En tanto que nada tal
despierta acometer intente,

puede muchas veces volver bajo semejante imagen el sueño.

480 Testigo no tiene el sueño y no poco tiene de imitado placer.

Por Venus y con su tierna madre el volador Cupido, goces cuán
grandes sentí, cuán manifiesto deleite

me ha alcanzado, cuán relajada hasta en las médulas he
quedado, cómo acordarse agrada. Aunque breve ese placer,
485

y la noche fue precipitada, y envidiosa de lo emprendido en mí.

«Oh yo, si lícito sea, mutado el nombre, unirnos, qué bien,
Cauno, podría la nuera ser de tu padre, qué bien, Cauno,
podrías el yerno ser de mi padre.

Todo -los dioses lo hicieran- sería común para nosotros, 490
excepto los abuelos: tú, que yo, quisiera que más noble fueras.
No sé a quién harás pues, bellissimo, madre,

mas para mí, la que mal he sido agraciada con los padres que
tú, nada sino hermano serás. Que lo impide, esto tendremos
solo.

¿Qué me indican entonces mis visiones? Aunque qué peso 495
tienen los sueños. ¿O es que tienen también los sueños peso?

Los dioses mejor lo quieran... Los dioses, por cierto, tuyas
hicieron a sus hermanas.

Así Saturno a Ops, unida a él por sangre, la tomó, Océano a
Tetis, a Juno el regidor del Olimpo.

Tienen los altísimos sus propias leyes. ¿Por qué los ritos
humanos 500 hacia los celestiales y opuestos pactos intento
pasar?

O, prohibido, de mi corazón se ha de ahuyentar este ardor,

o si esto no puedo, perezca yo, suplico, antes, y que en el lecho muerta se componga y depositada me dé de su boca besos mi hermano. Y aun así del arbitrio de dos requiere un tal asunto.

505

Supón que me place a mí: crimen le parecerá que es a él. Mas no temieron los Eólidas los tálamos de sus hermanas.

¿Pero de dónde conozco a éstos? ¿Por qué he preparado estos ejemplos?

¿A dónde me llevo? Obscenas llamas, marchad lejos de aquí, y no, sino por donde es lícito a una hermana, mi hermano sea amado. 510 Pero, si él mismo de mi amor el primero hubiera sido cautivado, quizás al de él podría yo condescender, a su loco amor.

¿Así pues yo, lo que no habría de rechazar a su pretendiente, debería yo misma pretender? ¿Podrás hablar? ¿Podrás confesar?

Obligará el amor, podré. O, si el pudor mi boca tiene, 515 una carta arcana confesara mis fuegos escondidos».

Esto decide, esta decisión venció su dubitativo corazón; hacia un lado se yergue y apoyada en su codo izquierdo:

«Él verá», dice. «Malsanos, confesemos estos amores.

Ay de mí, ¿en qué estoy cayendo? ¿Cuál el fuego que ha concebido mi mente?». 520

Y las meditadas palabras compone con mano temblorosa. Su diestra sostiene un hierro, la cera vacía sostiene la otra.

Empieza y duda, escribe y condena las tablillas, y anota y borra, cambia e inculpa y aprueba

y en turnos cogidas las deja y dejadas las retoma. 525 Qué cosa quiere, no sabe. Cuanto le parece que va a hacer,

le desplace. En su rostro está la audacia mezclada con el pudor.

Escrita «Tu hermana» estaba: le pareció borrar a la hermana,

y palabras grabar en las corregidas ceras tales:

«La que si tú no le dieras no ha de tener ella, salud 530

te manda tu enamorada. Le avergüenza, ay, le avergüenza revelar su nombre

y si qué deseo quieres saber, sin mi nombre quisiera que pudiera llevarse mi causa, y que no conocida antes

ante forem, quam spes votorum certa fuisset. 534 Biblis
fuera, de que la esperanza de mis votos certera hubiese sido.

'Esse quidem laesi poterat tibi pectoris index 535 535

De mi herido pecho, realmente, serte podía el delator 535

et color et macies et vultus et umida saepe 536 mi

color, mi delgadez y mi rostro, y húmedos tantas veces

lumina nec causa suspiria mota patenti 537 mis ojos, y
 mis suspiros movidos por causa no patente,
 et crebri amplexus, et quae, si forte notasti, 538 y los
 continuos abrazos, y los besos -si acaso notaste-
 oscula sentiri non esse sororia possent. 539 que
 sentirse podían que no eran los de una hermana.
 ipsa tamen, quamvis animo grave vulnus habebam, 540 540
 Yo misma, aun así, aunque en mi ánimo una grave herida
 tenía, 540
 quamvis intus erat furor igneus, omnia feci 541
 aunque en mi interior había un furor de fuego, todo lo hice
 (sunt mihi di testes), ut tandem sanior essem, 542 -me
 son los dioses testigos- para que por fin más sana estuviera,
 pugnavi que diu violenta Cupidinis arma 543 y pugué
 mucho tiempo por ahuyentar, violentas, las armas
 effugere infelix, et plus, quam ferre puellam 544 de
 Cupido, infeliz, y más de lo que creerías que puede soportar
 posse putes, ego dura tuli. superata fateri 545 545 una
 muchacha, dura, yo lo he soportado. A confesarme vencida 545
 cogor, opemque tuam timidis exposcere votis. 546
 obligada me veo, y la ayuda tuya a implorar con
 temerosos votos:

tu servare potes, tu perdere solus amantem:	547	tú
puedes salvar, tú perder el único a tu amante.		
elige, utrum facias. non hoc inimica precatur,	548	Elige
qué de ambas cosas harás. No una enemiga tal te suplica,		
sed quae, cum tibi sit iunctissima, iunctior esse	549	sino
la que, aunque a ti esté unidísima, más unida estar		
expetit et vinclo tecum propiore ligari.	550	550 ansía
y con un lazo contigo más cercano atarse. 550		
iura senes norint, et quid liceatque nefasque	551	Las
leyes conozcan los viejos y, qué sea lícito y sacrílego		
fasque sit, inquirant, legumque examina servent.	552	y
piadoso sea, ellos inquieran, y de las leyes los fieles observen.		
conveniens Venus est annis temeraria nostris.	553	
Conveniente Venus es la temeraria a los años nuestros.		
quid liceat, nescimus adhuc, et cuncta licere	554	Qué
sea lícito ignoramos aún, y todo lícito		
credimus, et sequimur magnorum exempla deorum.	555	555
creemos y seguimos de los grandes dioses el ejemplo. 555		
nec nos aut durus pater aut reverentia famae	556	Y no
un duro padre o el temor de la fama		
aut timor impedit: tantum sit causa timendi,	557	o el
miedo se nos opondrá; aunque haya motivo de temor:		

dulcia fraterno sub nomina furta tegemus. 558 dulce,
bajo el nombre fraterno, nuestros hurtos esconderemos.

est mihi libertas tecum secreta loquendi, 559 Tengo la
libertad de hablar contigo en secreto,

et damus amplexus, et iungimus oscula coram. 560 560 y nos
damos abrazos y unimos los labios en público. 560

quantum est, quod desit? miserere fatentis amorem, et non
fassurae, nisi cogeret ultimus ardor,

neve merere meo subscribi causa sepulchro.'

Talia nequiquam perarantem plena reliquit

cera manum, summusque in margine versus adhaesit. 565

protinus inpressa signat sua crimina gemma, quam tinxit
lacrimis (linguam defecerat umor): deque suis unum famulis
pudibunda vocavit, et pavidum blandita 'fer has, fidissime,
nostro' dixit, et adiecit longo post tempore 'fratri.' 570 cum
daret, elapsae manibus cecidere tabellae. omine turbata est,
misit tamen. apta minister tempora nactus adit traditque
latentia verba. attonitus subita iuvenis Maeandrius ira
proicit acceptas lecta sibi parte tabellas, 575 vixque manus
retinens trepidantis ab ore ministri, 'dum licet, o vetitae
scelerate libidinis auctor, effuge!' ait 'qui, si nostrum tua fata
pudorem

non traherent secum, poenas mihi morte dedisses.' ille fugit
pavidus, dominaeque ferocia Cauni 580 dicta refert. palles
audita, Bybli, repulsa,
et pavet obsessum glaciali frigore corpus. mens tamen ut rediit,
pariter rediere furores, linguaque vix tales icto dedit aere voces:
'et merito! quid enim temeraria vulneris huius 585 indicium feci?
quid, quae celanda fuerunt,
tam cito commisi properatis verba tabellis? ante erat ambiguus
animi sententia dictis praetemptanda mihi. ne non sequeretur
euntem, parte aliqua veli, qualis foret aura, notare 590
debueram, tutoque mari decurrere, quae nunc non exploratis
inplevi lintea ventis.

¿Cuánto es lo que falta? Compadécete de quien confiesa su
amor y no lo habría de confesar si no la obligara el último ardor,
y no merezcas ser suscrito como causa en mi sepulcro».

La cera abandonó, llena, a su mano que en ella surcaba en
vano tales cosas, y en el margen quedó prendido el supremo
verso. 565 En seguida firma sus delitos imprimiéndoles su
gema,

la cual tiñó de sus lágrimas -a su lengua había abandonado su
humor-, y de sus criados a uno, pudorosa, llamó

y -asustado de ello- lisonjeándolo: «Llévalas, el más fiel, a
nuestro...» dijo, y añadió tras largo tiempo, «hermano». 570

Al dárselas, escurriéndosele de las manos cayeron las tablillas;
por el presagio quedó turbada, las mandó aun así. El sirviente,
cuando halló
unos tiempos aptos, se acerca y le entrega las ocultas palabras.

Atónito, con súbita ira el joven Meandrio
tiró las tablillas recibidas, leída una parte, 575

y apenas conteniendo su mano de la cara del tembloroso
sirviente:

«Mientras puedes, oh criminal autor de este vedado placer,
huye», dice, «que si tus hados no se llevaran
consigo mi pudor, tus castigos me habrías pagado con tu
muerte».

Él huye espantado y a su dueña las feroces palabras 580 de
Cauno refiere. Palideces, Biblis, al oír su repulsa,
y se espanta asediado por un glacial frío tu cuerpo.

Pero cuando en sí volvió su mente al par volvieron sus furores y
su lengua apenas dio al aire, por ellas herido, palabras tales:

«Y con razón, pues ¿por qué, temeraria, de la herida esta 585 he
hecho delación? ¿Por qué, las que esconder se hubieron,
tan rápido encomendé a unas apresuradas tablillas, mis
palabras?

Antes con ambiguas frases debí sondear el designio

de su corazón. Para que no dejara de seguirme en mi camino,
en parte alguna de la vela hubiera debido notar cuál sería la
brisa, 590 y por un mar seguro correr quien ahora
por no explorados vientos he llenado mis lienzos.

auferor in scopulos igitur, subversa que toto obruor oceano,
neque habent mea vela recursus.

'Quid quod et omnibus certis prohibebar amori 595 indulgere
meo, tum cum mihi ferre iubenti excidit et fecit spes nostras
cera caducas?

nonne vel illa dies fuerat, vel tota voluntas, sed potius mutanda
dies? deus ipse monebat

signaque certa dabat, si non male sana fuissem. 600 et tamen
ipsa loqui, nec me committere cerae debueram, praesensque
meos aperire furores. vidisset lacrimas, vultum vidisset amantis;
plura loqui poteram, quam quae cepere tabellae. invito potui
circumdare brachia collo, 605 et, si reicerer, potui moritura
videri

amplectique pedes, adfusa que poscere vitam. omnia fecissem,
quorum si singula duram flectere non poterant, potuissent
omnia, mentem. forsitan et missi sit quaedam culpa ministri:
610 non adiit apte, nec legit idonea, credo,
tempora, nec petiit horamque animumque vacantem.

'Haec nocuere mihi. neque enim est de tigride natus nec rigidas
silices solidumve in pectore ferrum aut adamanta gerit, nec lac
bibit ille leaenae. 615 vincetur! repetendus erit, nec taedia coepti
ulla mei capiam, dum spiritus iste manebit. nam primum, si
facta mihi revocare liceret,

non coepisse fuit: coepta expugnare secundum est. quippe nec
ille potest, ut iam mea vota relinquam, 620 non tamen ausorum
semper memor esse meorum. et, quia desierim, leviter voluisse
videbor,

aut etiam temptasse illum insidiisque petisse, vel certe non hoc,
qui plurimus urget et urit

pectora nostra, deo, sed victa libidine credar; 625 denique
iam nequeo nil commisisse nefandum.

et scripsi et petii: reserata est nostra voluntas; ut nihil adiciam,
non possum innoxia dici.

quod superest, multum est in vota, in crimina parvum.' dixit, et
(incertae tanta est discordia mentis), 630 cum pigeat
temptasse, libet temptare. modumque exit et infelix committit
saepe repelli.

mox ubi finis abest, patriam fugit ille nefasque, inque peregrina
ponit nova moenia terra.

Tum vero maestam tota Miletida mente 635 defecisse ferunt,
tum vero a pectore vestem diripuit planxitque suos furibunda
lacertos; iamque palam est demens, inconcessaeque fatetur

spem veneris, siquidem patriam invisosque penates deserit, et
profugi sequitur vestigia fratris. 640 utque tuo motae, proles
Semeleia, thyrsos

Ismariae celebrant repetita triennia bacchae, Byblida non aliter
latos ululasse per agros Bubasides videre nurus. quibus illa
relictis Caras et armiferos Lelegas Lyciamque pererrat. 645
iam Cragon et Limyren Xanthique reliquerat undas, quoque
Chimaera iugo mediis in partibus ignem, pectus et ora leae,
caudam serpentis habebat. deficiunt silvae, cum tu lassata
sequendo

concidis, et dura positis tellure capillis, 650 Bybli, iaces,
frondesque tuo premis ore caducas.

Me veo arrastrada a los escollos pues, y volcada me cubre el
océano todo, y no tienen mis velas retornos.

Y qué de que con presagios ciertos se me prohibía 595
condescender al amor mío, ya entonces, cuando al ordenar
llevarla se me cayó e hizo la cera caducas nuestras esperanzas.

¿Acaso no debió ser o aquel día o toda mi voluntad

-pero mejor el día- cambiado? Un dios mismo me amonestaba
y señales ciertas me daba: de no haber estado mal sana. 600
Aun así yo misma hablar, y no encomendarme a la cera,
había debido, y presente descubrir mis locos amores.

Hubiese visto él mis lágrimas, mi rostro hubiese visto de amante, más cosas decir podía que las que las tablillas cogieron.

Contra su voluntad pude circundar mis brazos a su cuello 605 y si fuera rechazada pudo vérseme casi morir,

y abrazarme a sus pies, y allí derramada demandarle la vida. Todo lo hubiese hecho, de entre lo cual, si cada cosa su duramente doblegar no pudiera, lo hubiese podido todo junto.

Quizás incluso sea también alguna la culpa del sirviente que envié: 610

no se acercó apropiadamente, ni eligió, creo, idóneos los tiempos, ni buscó la hora y el ánimo desocupado.

Esto es lo que me hizo mal; pues de una tigresa no ha nacido, ni rigurosas piedras o sólido en su pecho el hierro

o acero lleva, ni la leche bebió él de una leona. 615

Será vencido. Habrá de buscársele nuevamente, ni cansancio alguno admitiré de lo emprendido mientras el aliento este permanezca.

Pues lo primero era, si lo que he hecho se pudiera revocar, no haber empezado: lo empezado expugnar es lo segundo.

Es lo cierto que él no puede, aunque ya abandonara mis votos, 620 no acordarse para siempre, con todo, de mi osadía.

Y, porque he desistido, más livianamente pareceré

que lo he querido, o incluso que a él lo he tentado, o que con insidias lo he buscado:

o incluso realmente que no por éste que omnipresente empuja y quema el pecho nuestro, por este dios, sino por el mero deseo me creerá vencida. 625 Finalmente, ya no puedo nada haber cometido nefando;

le he escrito y lo he pretendido: mancillada está mi voluntad; aunque nada añada no puedo no culpable ser llamada.

Lo que resta mucho es para mis votos, para mis delitos poco».

Dijo y -tanta es la discordia de su incierta mente- 630

aunque le pesa el haberlo intentado, gusta de intentarlo, y de la medida se excede e infeliz acomete muchas veces el que se la rechace.

Luego, cuando ya no tiene un final, de su patria huye él y de la abominación,

y en una tierra extraña pone unas nuevas murallas.

Entonces verdaderamente dicen que la afligida Milétide de toda 635 su mente se apartó, entonces verdaderamente de su pecho se rasgó

el vestido, y se golpeó en duelo furibunda sus propios brazos,

y ya abiertamente está fuera de sí misma, y de la no concedida

Venus confiesa su esperanza, sin la cual, su patria y sus odiados

penates abandona y sigue las huellas de su prófugo hermano,
640

e igual que movidas por tu tirso, vástago de Sémele, las
ismarias bacantes celebran tus reiterados trienios, a Biblis no
de otro modo aullar por los anchos campos vieron las nueras de
Búbaso; las cuales dejadas,

anda errante ella por toda la Caria y los acorazados Léleges, y
Licia. 645

Ya el Crago y Límira había dejado atrás, y del Janto las ondas,
y la cima en que la Quimera por sus partes de en medio, fuego,
pecho y rostro de leona, cola de serpiente poseía:

te abandonan los bosques cuando tú, agotada de la
persecución, caes al suelo, y puestos en la dura tierra tus
cabellos, 650

Biblis, quedas tendida, y sobre las frondas tu cara pones,
caducas.

saepe illam nymphae teneris Lelegeides ulnis tollere conantur,
saepe, ut medeatur amori, praecipiant, surdaeque adhibent
solacia menti. muta iacet, viridesque suis tenet unguibus herbas
655 Byblis, et umectat lacrimarum gramina rivo. naidas his
venam, quae numquam arescere posset,

subposuisse ferunt. quid enim dare maius habebant? protinus,
ut secto piceae de cortice guttae,

utve tenax gravida manat tellure bitumen; 660 utve sub
adventu spirantis lene favoni

sole remollescit quae frigore constitit unda; sic lacrimis
consumpta suis Phoebeia Byblis

vertitur in fontem, qui nunc quoque vallibus illis

nomen habet dominae, nigraque sub ilice manat. 665

Fama novi centum Cretaeas forsitan urbes implesset monstri, si
non miracula nuper Iphide mutata Crete propiora tulisset.

proxima Cnosiaco nam quondam Phaestia regno progenuit
tellus ignotum nomine Ligdum, 670 ingenua de plebe virum, nec
census in illo nobilitate sua maior, sed vita fidesque

inculpata fuit. gravidae qui coniugis aures

vocibus his monuit, cum iam prope partus adesset. 'quae
voveam, duo sunt: minimo ut relevere dolore, 675 utque marem
parias. onerosior altera sors est,

et vires fortuna negat. quod abominor, ergo

edita forte tuo fuerit si femina partu,— invitus mando; pietas,
ignosce!—necetur.'

dixerat, et lacrimis vultum lavere profusis, 680 tam qui
mandabat, quam cui mandata dabantur. sed tamen usque

suum vanis Telethusa maritum sollicitat precibus, ne spem sibi
ponat in arto. certa sua est Ligdo sententia. iamque ferendo
vix erat illa gravem maturo pondere ventrem, 685 cum medio
noctis spatium sub imagine somni Inachis ante torum, pompa
comitata sacrorum,

aut stetit aut visa est. inerant lunaria fronti cornua cum spicis
nitido flaventibus auro

et regale decus; cum qua latrator Anubis, 690 sanctaque
Bubastis, variisque coloribus Apis, quique premit vocem
digitoque silentia suadet; sinistrae erant, numquamque satis
quaesitus Osiris, plenaque somniferis serpens peregrina
venenis.

tum velut excussam somno et manifesta videntem 695 sic
adfata dea est: 'pars o Telethusa mearum, pone graves curas,
mandataque falle mariti.

nec dubita, cum te partu Lucina levarit,

tollere quicquid erit. dea sum auxiliaris opemque exorata fero;
nec te coluisse quereris 700

ingratum numen.' monuit, thalamoque recessit. laeta toro surgit,
purisque ad sidera supplex Cressa manus tollens, rata sint sua
visa, precatur.

Ut dolor increvit, seque ipsum pondus in auras expulit, et nata
est ignaro femina patre, 705

iussit ali mater puerum mentita. fidemque

res habuit, neque erat ficti nisi conscia nutrix. vota pater solvit,
nomenque inponit avitum:

Muchas veces a ella las nifas con sus tiernos brazos, las
Lelégides, levantarla intentaron, muchas veces de que remedie
su amor

la aperciben y allegan consuelos a su sorda mente. Muda yace,
y verdes hierbas retiene en sus uñas 655 Biblis y humedece las
gramas con el río de sus lágrimas.

Las Naides a ellas una vena que nunca secarse pudiera
dicen que debajo le pusieron. Pues ¿qué más grande que darle
habían? En seguida, como de la cortada corteza de una píceca
las gotas,

o como tenaz de la grávida tierra mana el betún, 660 y como al
adviento del favonio, que sopla lene,

con el sol se ablanda de nuevo la onda que el frío detuvo, así de
sus lágrimas consumida la Febeia Biblis

se torna en manantial, el cual ahora todavía en los valles
aquellos el nombre tiene de su dueña, y bajo una negra encina
mana. 665

Ifis

La fama de ese nuevo portento las cien ciudades quizás de Creta hubiese llenado, si los prodigios poco antes de Ifis mutada, más cercanos, no hubiese sufrido Creta. Próxima al reino gnosíaco, en efecto, en otro tiempo, la tierra de Festo engendró, de nombre desconocido, a Ligdo, 670 hombre de la plebe libre, y no su hacienda en él mayor era que su nobleza, pero su vida -y su crédito- inculpada fue. El cual, a los oídos de su grávida esposa, con las palabras estas le advertía cuando ya cerca se hallaba el parto:

«Lo que yo encomendaría dos cosas son: que con el mínimo dolor te alivies, 675

y que un varón paras. Más onerosa la otra suerte es y fuerzas la fortuna le niega. Cosa que abomino, así pues, si ha de salir acaso una hembra de tu parto, -contra mi voluntad te lo encargo: piedad, perdónamelo- se la matará».

Había dicho, y de lágrimas profusas su rostro bañaron 680 tanto el que lo encargaba como a la que los encargos eran dados.

Pero aun así incluso, Teletusa a su marido con las vanas súplicas inquieta de que no le ponga a ella su esperanza en esa angostura;

cierta la decisión suya es, de Ligdo. Y ya de llevar
apenas capaz era ella su vientre grave de su maduro peso, 685
cuando en medio del espacio de la noche, bajo la imagen de un
sueño la Ináquida ante su lecho, cortejada de la pompa de sus
sacramentos, o estaba o lo parecía: puestos en su frente
estaban sus cuernos lunares, con espigas rutilantes de nítido
oro,
y con su regio ornato; con ella el ladrador Anubis 690 y la santa
Bubastis, variegado de colores Apisa,
y el que reprime la voz y con el dedo a los silencios persuade; y
los sistros estaban, y nunca bastante buscado Osiris,
y plena la serpiente extranjera de somníferos venenos.
entonces, como a una que se hubiera sacudido el sueño y viera
lo manifiesto, 695
así se le dirigió la diosa: «Parte, oh Teletusa, de mis seguidoras,
deja tus graves pesares y a los mandados de tu marido falta;
y no duda, cuando de tu parto Lucina te aligere,
en recoger lo que ello sea. Soy la diosa del auxilio, y ayuda
cuando se me implora llevo, y no te lamentarás de haber
adorado 700 a un numen ingrato». Le aconsejó, y se retiró de su
tálamo.
Contenta se levanta del lecho y levantando sus puras manos

suplicante la cretense a las estrellas, que sus visiones sean confirmadas suplica.

Cuando el dolor creció y a sí mismo se expulsó su propio peso a las auras, y nació una hembra, sin saberlo el padre, 705 ordenó que se le alimentara su madre mintiéndola niño; crédito la cosa tuvo y no era del fingimiento cómplice sino la nodriza. Sus votos el padre cumple y el nombre le impone de su abuelo:

Iphis avus fuerat. gavisam est nomine mater,

quod commune foret, nec quemquam falleret illo. 710

inde incepta pia mendacia fraude latebant. cultus erat pueri;
facies, quam sive puellae, sive dares puero, fuerat formosus
uterque.

Tertius interea decimo successerat annus:

cum pater, Iphi, tibi flavam despondet Ianthen, 715 inter
Phaestidas quae laudatissima formae

dote fuit virgo, Dictaeo nata Teleste.

par aetas, par forma fuit, primasque magistris acceperat artes,
elementa aetatis, ab isdem.

hinc amor ambarum tetigit rude pectus, et aequum 720 vulnus
utrique dedit, sed erat fiducia dispar: coniugium pactaeque
expectat tempora taedae, quamque virum putat esse, virum
fore credit Ianthe;

Iphis amat, qua posse frui desperat, et auget

hoc ipsum flammis, ardetque in virgine virgo, 725 vixque tenens
lacrimas 'quis me manet exitus,' inquit 'cognita quam nulli,
quam prodigiosa novaeque cura tenet Veneris? si di mihi
parcere vellent, parcere debuerant; si non, et perdere vellent,
naturale malum saltem et de more dedissent. 730 nec vaccam
vaccae, nec equas amor urit equarum: urit oves aries, sequitur
sua femina cervum.

sic et aves coeunt, interque animalia cuncta femina femineo
conrepta cupidine nulla est.

vellem nulla forem! ne non tamen omnia Crete 735 monstra
ferat, taurum dilexit filia Solis,

femina nempe marem. meus est furiosior illo, si verum
profitemur, amor. tamen illa secuta est

spem Veneris; tamen illa dolis et imagine vaccae passa bovem
est, et erat, qui deciperetur, adulter. 740 huc licet ex toto
sollertia confluat orbe,

ipse licet revolet ceratis Daedalus alis,

quid faciet? num me puerum de virgine doctis artibus efficiet?
num te mutabit, Ianthe?

'Quin animum firmas, teque ipsa recolligis, Iphi, 745

consiliique inopes et stultos excutis ignes?

quid sis nata, vide, nisi te quoque decipis ipsam, et pete quod
fas est, et ama quod femina debes!

spes est, quae faciat, spes est, quae pascat amorem. hanc tibi
res adimit. non te custodia caro 750 arcet ab amplexu, nec
cauti cura mariti,

non patris asperitas, non se negat ipsa roganti, nec tamen est
potiunda tibi, nec, ut omnia fiant, esse potes felix, ut dique
hominesque laborent.

nunc quoque votorum nulla est pars vana meorum, 755 dique
mihi faciles, quicquid valuere, dederunt; quodque ego, vult
genitor, vult ipsa, socerque futurus. at non vult natura, potentior
omnibus istis,

quae mihi sola nocet. venit ecce optabile tempus, luxque iugalis
adest, et iam mea fiet Ianthe— 760 nec mihi continget: mediis
sitiemus in undis. pronuba quid Iuno, quid ad haec, Hymenaeae,
venitis sacra, quibus qui ducat abest, ubi nubimus ambae?
pressit ab his vocem. nec lenius altera virgo

aestuat, utque celer venias, Hymenaeae, precatur. 765 quae
petit, haec Telethusa timens modo tempora differt, nunc ficto
languore moram trahit, omina saepe

Ifis el abuelo había sido. Se alegró del nombre la madre porque
común era y a nadie se engañaría con él. 710

Desde ahí emprendidas las mentiras, en ese piadoso fraude quedaron ocultas:

su tocado era el de un niño, su cara la que si a una niña, o si la dieras a un niño, fuera hermoso uno y la otra.

El tercer año mientras tanto al décimo había sucedido, cuando tu padre, Ifis, te promete a la rubia Iante, 715 entre las Festiadas, la que más alabada por la dote

de su hermosura fue, la virgen, nacida del dicteo Telestes.

Pareja la edad, pareja su hermosura era, y las primeras artes recibieron de unos maestros -los rudimentos de su edad- comunes; de aquí que el amor de ambas alcanzara su inexperto pecho, y una igual 720 herida a las dos hizo, pero era su confianza dispar:

el matrimonio y los tiempos de la pactada antorcha ansía,
y la que hombre piensa que es, que su hombre será cree Iante;
Ifis ama a una de quien poder gozar no espera, y aumenta por ello mismo sus llamas y arde por la virgen una virgen, 725 y apenas conteniendo las lágrimas: «¿Qué salida me espera», dice,

«de quien conocida por nadie, de quien el prodigioso pesar de una desconocida

Venus se ha adueñado? Si los dioses me querían salvar, salvar me habían debido, si no, y perderme querían,

un mal natural al menos y de costumbre me hubiesen dado. 730

Y a la vaca no el de la vaca, y a las yeguas el amor de las
yeguas no abrasa;

abrasa a las ovejas el carnero, sigue su hembra al ciervo; así
también se unen las aves, y, entre los seres vivos todos,
hembra arrebatada por el deseo de una hembra ninguna hay.

Quisiera que ninguna yo fuera. Para que no dejara Creta, aun
así, 735 de criar todos los portentos, a un toro amó la hija del
Sol,

hembra desde luego a un macho: es más furioso que aquel, si la
verdad profeso, el amor mío; aun así, ella seguía

una esperanza de esa Venus; aun así ella, con engaños y la
imagen de una vaca,

sintió al toro, y había, al que se engañara, un adúltero. 740 Aquí,
aunque de todo el orbe la destreza confluyera, aunque el mismo
Dédalo revolara con sus enceradas alas,

¿qué había de hacer? ¿Acaso a mí muchacho, de doncella, con
sus doctas

artes me volviera? ¿Acaso a ti te mutaría, Iante?

Por qué no afirmas tu ánimo y tú misma te recompones, Ifis,
745 y carentes de consejo y estúpidos rechazas unos fuegos.

Qué hayas nacido, ve, si no es que a ti misma también te
engañas, y busca lo que lícito es y ama lo que mujer debes.

La esperanza es quien lo capta, la esperanza es quien alimenta
al amor: de ella a ti la realidad te priva: no te aparta una
custodia del querido 750 abrazo, ni de un cauto marido el
cuidado,

no de un padre la aspereza, no al tú rogarla ella misma a sí se
niega,

y no, aun así, has de poseerla tú, y no, aunque todo ocurriera,
puedes ser feliz, aunque dioses y hombres se afanen.

Ahora incluso, de mis votos, ninguna parte hay vana 755 y los
dioses a mí propicios cuanto pudieron me han dado.

Lo que yo quiere mi padre, quiere ella misma, y mi suegro
futuro; mas no quiere la naturaleza, más potente que todo esto,
la que sola a mí me hace mal. He aquí que llega un deseable
tiempo y la luz conyugal se acerca, y ya mía se hará Iante... 760

Y no me alcanzará: tendremos sed en medio de las ondas.

¿Por qué, Prónuba Juno, por qué, Himeneo, venís

a estos sacrificios, en los que quien nos lleve falta, donde somos
novias ambas?».

Calló tras esto su voz. Y no más lene la otra virgen

se abrasa, y que rápido llegues, Himeneo, suplica. 765

Lo que pide, a ello temiendo Teletusa, ya difiere los tiempos,

ahora con fingida postración la demora alarga, augurios
muchas veces

visaue causatur. sed iam consumpserat omnem materiam
ficti, dilataue tempora taedae institerant, unusque dies
restabat. at illa 770 crinalem capiti vittam nataeque sibiue
detrahit, et passis aram complexa capillis

'Isi, Paraetonium Mareoticaue arua Pharonque quae colis, et
septem digestum in cornua Nilum: fer, precor,' inquit 'opem,
nostroque medere timori! 775 te, dea, te quondam tuaue haec
insignia vidi cunctaue cognovi, sonitum comitantiaue aera
sistrorum, memorique animo tua iussa notavi. quod videt haec
lucem, quod non ego punior, ecce consilium munusque tuum
est. miserere duarum, 780 auxilioque iuva!' lacrimae sunt verba
secutae.

visa dea est movisse suas (et moverat) aras, et templi tremuere
fores, imitataue lunam cornua fulserunt, crepuitque sonabile
sistrum.

non segura quidem, fausto tamen omine laeta 785 mater abit
templo. sequitur comes Iphis euntem, quam solita est, maiore
gradu, nec candor in ore permanet, et vires augentur, et acrior
ipse est vultus, et incomptis brevior mensura capillis, plusque
vigoris adest, habuit quam femina. nam quae 790 femina nuper
eras, puer es! date munera templis, nec timida gaudete fide!
dant munera templis, addunt et titulum: titulus breve carmen
habebat: dona : puer : solvit : quae : femina : voverat : iphis.
postera lux radiis latum patefecerat orbem, 795 cum Venus et

Iuno sociosque Hymenaeus ad ignes conveniunt, potiturque sua
puer Iphis Ianthe.

y visiones pretexta; pero ya había consumido toda

materia de mentira y, dilatados, los tiempos de la antorcha
apremiaban, y un solo día restaba: mas ella 770

la venda del pelo a su hija y a sí misma de la cabeza detrae y
suelos, al ara abrazada, los cabellos:

«Isis, el paretonio y los mareóticos campos y Faros, tú, que
honras, y distribuidos en siete cuernos el Nilo,

presta, te suplico», dice, «tu ayuda y remedia nuestro temor. 775

A ti, diosa, a ti misma hace tiempo, y tuyas estas enseñas, vi,

y todo lo he reconocido, el sonido y el séquito de bronce...

De los sistros y en mi memorativo corazón tus mandatos
inscribí.

El que ella vea esta luz, el que yo no sufra castigo, he aquí que
consejo y regalo tuyo es. Compadécete de las dos, 780

y con tu auxilio nos ayuda». Lágrimas siguieron a esas
palabras. Pareció la diosa que movió -y había movido- sus aras,

y del templo temblaron las puertas, y que remedan a la luna,
fulgieron sus cuernos, y crepitó el sonable sistro.

No tranquila, ciertamente, pero del fausto augurio contenta,
785

la madre sale del templo; la sigue su acompañante, Ifis, al ella marchar, de lo acostumbrado con paso más grande, y no su albor en su rostro permanece, y sus fuerzas se acrecen, y más acre su mismo

rostro es, y más breve la medida de sus no acicalados cabellos, y más vigor le asiste que tuvo de mujer. Pues la que 790

mujer poco antes eras, un muchacho eres. Dad ofrendas a los templos, y no con tímida confianza alegraos. Dan ofrendas a los templos, añaden también un título; el título una breve canción tenía:

«ESTOS • DONES • DE • MUCHACHO • CUMPLIÓ • QUE • DE • MUJER • VOTÓ • IFIS».

La posterior luz con sus rayos había revelado el ancho orbe, 795 cuando Venus y Juno e Himeneo a los sociales fuegos

concurrentes, y posee, de muchacho, Ifis a su Iante.

DÉCIMO LIBRO

De las bodas de Ifis y Yante en Creta, cubierto con el flámeo vuela Himeneo hacia los cicones, y Orfeo pide en vano su presencia favorable. Porque en verdad asistió al matrimonio de éste, pero no trajo signos felices; incluso su antorcha chirrió humeante, y no levantó fuego al ser agitada. Y peor que los auspicios fue lo que siguió, pues la recién casada murió a causa de una mordedura de sierpe, que recibió en el pie mientras, junto con un grupo de náyades, paseaba por el campo (1-10).

Después de llorarla copiosamente, Orfeo se atrevió a buscarla entre los muertos, para lo cual bajó al mundo infernal por la puerta del Ténaro. Por entre el pueblo de las almas, fue a Perséfone y Plutón, y acompañando su canto con la lira, los invocó: Ellos, los dioses del mundo subterráneo, que han de recibir al fin a todos los mortales, deben saberlo: él no ha descendido aquí para contemplar el Tártaro ni encadenar los tres cuellos de Cerbero. Ha venido en pos de su esposa, a quien una víbora venenosa mató en plena juventud. Hizo él en vano lo posible por soportarlo. Amor venció. Ese dios es conocido tanto en el mundo superior como en el infernal, y así lo hace suponer el rapto de la misma Proserpina por el rey de este último. Por los lugares temerosos, por el Caos, por los silencios de su inmenso reino, él les suplica que tejan de nuevo los hados de Eurídice, tan violentamente acabados (11-31). Todo les está destinado; a su sede irán todos, más tarde o más temprano; a

la última morada en la cual ellos reinan sobre los humanos. También Eurídice, cuando cumpla su edad, estará en su poder. Sólo pide para ella la vida; pero si se la niegan, él no querrá volver con los vivos, y gozarán también con su muerte (32-39).

Al oírlo cantar con la lira, lloraron las almas; Tántalo no intentó beber, se detuvo la rueda de Ixión, descansó el hígado de Ticio, las Danaides cesaron de echar agua en su tonel, Sísifo se sentó sobre su roca. Es fama que por primera vez lloraron las Furias, y ni

Proserpina ni Plutón resistieron las súplicas. Llaman a Eurídice, que caminaba despacio a causa de su herida, y se la entregan con la condición de que no se vuelva a mirarla en tanto no salgan del Averno. De hacerlo, el don le sería revocado (40-52).

Suben ambos entre silencios y sombras. Y ya a punto de llegar a la salida, él, con ansia y temor, vuelve los ojos, y ella retrocede al punto. Cuando quiso abrazarla, infeliz, abrazó únicamente el aire. Y la que muere otra vez, no se quejó, pues sólo se habría quejado de ser amada, y dijo un adiós que apenas fue escuchado por él, y regresó entre los muertos (53-63).

Con esta segunda muerte Orfeo se pasmó tanto como el pastor que vio a Cerbero salir en cadenas del infierno, y al hacerlo quedó petrificado, o como Oleno que se declaró culpable y fue convertido en piedra en el Ida junto con Letea su esposa.

Cuando quiso ir de nuevo al infierno, Caronte lo rechazó.

Entonces él se sentó en la ribera, sin más alimento que su dolor

y sus lágrimas. Quejándose de la crueldad de los dioses infernales, se fue después al Rodope y al Hemo (64-77).

Habían pasado tres años, y Orfeo rehuía todo amor de mujer. Acaso porque antes lo había hecho sufrir; acaso porque lo había jurado. Con todo, muchas lo buscaron y se dolieron rechazadas. Él fue también quien enseñó a los tracios el amor de los muchachos, y a cortar las flores previas a la juventud (78-85).

Había un collado y un campo revestido de hierba verde; privado de sombra, la tuvo después que Orfeo se sentó allí y tocó la lira, porque a escucharlo se llegaron la encina, los álamos, los tilos, el haya y el laurel y los avellanos y el fresno y el abeto y el roble y el plátano y el acebo, y con ellos, los sauces del río y los lotos acuáticos, y el boj siempre verde y los tamariscos delgados, y el mirto de dos colores y el durillo azuloso de frutos. También vinieron las hiedras flexibles y las vides y los pámpanos cubiertos de vides, y los quejigos y las píceas, y el madroño de fruto rojizo y las palmas

que son emblema de la victoria. Llegó asimismo el pino de follaje hirsuto, preferido de Cibeles porque en ese árbol fue convertido Atis (86-105).

Se sumó a todos éstos el ciprés cuya forma se parece a la de las metas; árbol ahora, antes niño amado por Apolo el cantor. Pues había, consagrado a las ninfas de Cartea, un ciervo

enorme que recibía vasta sombra de sus propios cuernos brillantes de oro; llevaba sobre sus hombros collares de joyas, y una bula de su edad en medio de la frente, y perlas lucientes alrededor de las sienes.

Ése, libre del miedo que está en su naturaleza, visitaba las casas y se ofrecía a ser acariciado incluso a los desconocidos (106-119).

Más que a nadie, ese ciervo era grato a Cipariso, el más bello de los habitantes de Cea. Él lo llevaba a los pastos nuevos y a las fuentes claras. Ora le entretejía flores en los cuernos, ora se ponía a caballo sobre él, y lo frenaba con cintas de púrpura (120-125).

Era un mediodía de estío y calentaban el cielo los brazos de Cáncer. El ciervo, cansado, se recostó a la fresca protección de los árboles. Imprudentemente, allí Cipariso lo hirió con un dardo, y cuando vio que se moría, quiso morir él mismo. En vano Febo trató de consolarlo, mostrándole que no era bastante la causa para la determinación tomada. Él persiste, y sólo pide a los dioses que lo hagan llorar por siempre (126-135). Entonces, vertida en llanto su sangre, comenzó todo él a verdear, y sus cabellos se erizaron rígidos y apuntaron al cielo. Gimió Apolo, y le dijo que, así como él lo lloraría, Cipariso lloraría a otros y asistiría a sus duelos (136-142).

Orfeo había atraído esos árboles, y se sentaba entre fieras y aves. Cuando hubo afinado la lira, empezó a cantar:

Que la Musa Calíope inicie el canto a partir de Júpiter, ante quien todo cede. De él es cuanto antes cantó: los Gigantes, y los fulminados campos flegreos. Ahora el canto será más ligero. Su asunto, los niños amados por los dioses, y las niñas que siguieron amores ilícitos y fueron castigadas (143-154).

Un día, Júpiter ardió por Ganimedes, y prefirió ser algo distinto a ser él mismo; se digna, así, convertirse en el ave que lleva sus rayos. En cuerpo de águila rapta al amado, quien hasta ahora, aun contra la voluntad de Juno, le mezcla las copas (155-161).

También Apolo, de tener tiempo, hubiera llevado al cielo a Jacinto. Con todo, éste es en alguna manera inmortal, y florece cada año al llegar la primavera. Febo lo amó ante todos, y por hacerlo se olvidó de Delfos y la cítara y las flechas, y frecuentó el Eurotas y a Esparta; olvidado incluso de sí mismo, lleva las redes de Jacinto, y detiene sus perros y lo acompaña en los montes, fomentando así su pasión (162-173).

Estaba el sol a igual distancia del oriente y el occidente. Febo y Jacinto se desnudan y se ungen, y van a competir en el lanzamiento del disco. Aquél, después de balancearlo, lo lanza hacia el cielo, y parte con él las nubes. Regresó el disco después de mucho tiempo, y mostró la fuerza y el arte del dios. Jacinto, a su vez, lo arroja: rebota aquél en la tierra y lo golpea en el rostro. Palidecieron el niño y el dios, que lo recibe en sus brazos y ora le enjuga las heridas, ora retiene su vida con hierbas. Pero todo es inútil, porque el daño es mortal (174-189).

Como cuando, quebrados por alguien en el jardín, las amapolas y los lirios se marchitan y doblan su cabeza hacia la tierra, así yace el rostro de Jacinto, y su nuca es carga para sí misma y cae sobre el hombro. Febo le habla entonces:

Sucumbe Jacinto por culpa suya, en la primera juventud, y le es dolor y crimen, porque él causó su muerte. Y con todo, la sola culpa de Apolo es haber jugado con él y haberlo amado. Ahora quisiera morir él también, pero supuesto que se lo niegan los hados, lo recordará siempre en sus cantos y lo convertirá en una flor que lleve escritos sus lamentos. Y habrá tiempo en que un héroe de gran valentía se le unirá en esa flor (190-208).

Mientras Apolo dice esa verdad, la sangre de Jacinto, que había rociado la hierba, deja de ser sangre y se transforma en una flor purpúrea con figura de lirio, distinta a éste solamente en el color. No pareció esto bastante al dios, y en los pétalos de la flor inscribe las sílabas AL AL para perpetuar allí sus gemidos. Esparta está orgullosa de haber engendrado a Jacinto, y para recordarlo, cada año celebra los festivales Jacintios (209-219).

Pero Amatunta, rica en metales, niega haber engendrado a las Propétidas y a los Cerastas,

llevadores de cuernos. Frente a la puerta de éstos se alzaba el ara de Júpiter Huésped, en un luco frecuentado. Alguien, al ver en ella la sangre, habría pensado que era de terneros o de ovejas sacrificados. En realidad, era de los huéspedes que allí

llegaban. Venus, ofendida por esos ritos, se disponía a abandonar a sus ciudades de Cipros y a Rodas; pero al pensar que no eran culpables éstas sino la gente impía, decidió castigarla con una pena intermedia entre la muerte y el destierro, que sería una transformación de su figura. Viendo que llevaban cuernos, se resolvió a darles cuerpo de grandes novillos (220-237).

Las Propétidas se atrevieron a negar la divinidad de Venus y, encolerizándola, fueron las primeras en prostituirse. Faltos de pudor se endurecieron sus rostros, y, por medio de un cambio pequeño, se volvieron en piedra (238-242).

Como Pigmalión las vio realizando sus crímenes, ofendido por la mente criminal de las mujeres vivió durante mucho tiempo célibe en lecho sin compañía. Entre tanto, esculpió en marfil una figura femenina hermosísima, y se enamoró de ella.

Su apariencia es la de una virgen viviente, que pareciera moverse: tan perfecto es el arte que la formó. Pigmalión la admira, y se apasiona por aquel cuerpo fingido. Con frecuencia explora con sus manos si es de marfil o de carne, y no se confiesa que es de marfil (243-255). La besa, y se siente besado, y le habla y la toma, y siente que se hunden los dedos en su cuerpo y teme haberla lastimado. Ya la acaricia, ya le lleva regalos que a las muchachas agradan: conchas y joyas yavecillas, y flores multicolores y bolas pintadas y ámbar.

También la viste y la adorna de anillos y collares y zarcillos y cintas: todo le queda bien. Y tan hermosa como vestida, aparece desnuda. La coloca en tapices teñidos de púrpura y la llama esposa, y la recuesta en blandas plumas como si su cuello pudiera sentir (256-269).

Había llegado la fiesta de Venus en Cipros, y habían sido sacrificadas novillas blancas de cuernos dorados, y el incienso humeaba. Después de hacer sus ofrendas, Pigmalión se detuvo ante el altar y pidió con timidez que le fuera dada por esposa una virgen semejante a su estatua de marfil. Venus, que asistía, accedió, y demostró su asentimiento levantando una llama tres veces (270-279).

Cuando Pigmalión volvió a su casa, fue a la estatua de su niña y, recostándose en el lecho, la besó: parece estar tibia. Vuelve a besarla, toca su pecho: el marfil se ablanda bajo su mano, y cede a su contacto como la cera del Himeto suavizada y hecha tratable por el sol y el uso. Pasmado, cree que se engaña en su alegría. La palpa y la palpa otra vez. Era de carne. Palpitaban las venas junto a sus dedos. Da gracias entonces a Venus, y besa una boca verdadera. La virgen siente los besos y se ruboriza, y alza los ojos, y ve a la vez el cielo y a su amante. Venus asiste a la boda que hizo posible. A los nueve meses, ella parió a Pafos, de quien tomó nombre esa isla (280-297).

De Pafos nació Ciniras, feliz si no hubiera tenido descendencia. Ahora se oirán cosas terribles. Que se alejen hijas y padres para no escuchar, o que no crean lo que escuchen, o crean en el

castigo del hecho narrado. Si tal delito se admite en alguna parte, hay que gratular a Tracia donde es desconocido, y porque está lejos de la tierra pancaya, criadora de amomo y cinamomo y menta e incienso y otras flores, y también de mirra (298-310).

Cupido niega haber herido con sus flechas a Mirra, y retira de ella sus antorchas. El amor se lo inspiró con un tronco infernal y sus hidras una de las Furias. Es delito odiar al padre, pero es, amarlo así, delito mayor. De todas partes llegan en su busca pretendientes selectos; que elija Mirra a uno de ellos, con tal que no sea él solo a quien quiere (311-318).

Ella siente su culpa y combate su amor, y se pregunta a dónde se lleva o qué emprende. Ruega a los dioses que, oponiéndose, la aparten del incesto y el delito, si es que su amor es delito. Porque la piedad no lo condena. Así se unen, sin pecado, los animales —se dice a sí misma—, y la vaca se ayunta con su padre, y el caballo se copula con su hija y el cabro entra en las cabras que engendró, y el ave concibe de su padre (319-328). Felices ellos. Pero el hombre dictó leyes malignas, que prohíben lo que la naturaleza aprueba.

No obstante, según afirman, hay pueblos donde los padres pueden unirse con los hijos, acrecentando así su piedad. Mísera Mirra, que no pertenece a esos pueblos y que no puede hacer más que debatirse en vano. Que se vayan sus esperanzas. Ciniras ha de ser amado con amor filial. Pero si ella no fuera

hija suya, podría ayuntarse con él. Como él es suyo, no puede ser suyo, y tiene

en él más poder una extraña (329-340).

Es preciso alejarse del crimen, aunque haya que dejar a la patria; pero ella prefiere quedarse, y así poder hablar a Ciniras, y tocarlo y besarlo, si nada más se le concede. ¿Pero puede esperar algo más? ¿Puede confundir leyes y nombres, y querer ser rival de la madre, amante del padre, hermana del hijo y madre del hermano? ¿Y no temerá a las Furias que castigan a los culpables? Pero pues el cuerpo no ha sufrido el crimen, que el alma no lo conciba, y respete lo dispuesto por la naturaleza. Además, aunque ella quisiera, él se negaría, porque es piadoso y respetuoso de la ley. Pero ojalá que él también la amara (341-355).

Más tarde, Ciniras le pregunta con cuál de sus pretendientes quiere casarse; ella calla y lo desea y vierte llanto; él, creyendo que es por pudor, le prohíbe llorar, y le da besos que Mirra goza demasiado. Cuando le pregunta de nuevo con quién quiere casarse, le responde que con el igual a él. Ciniras no entiende y la alaba por su piedad, y Mirra, avergonzada, baja el rostro (356-367).

Es medianoche. Mientras duermen todos, vela Mirra incendiada por su pasión y sus deseos, y se desespera y renuncia y ansía, y no sabe qué hacer. Como el árbol que, herido, espera el último

golpe del hacha, y cuya caída se teme, el ánimo de Mirra se inclina hacia diversas partes, y sólo encuentra por salida la muerte. Esto la complace, y decide ahorcarse con el ceñidor que ata a lo alto de la puerta. Ya por hacerlo, se despide de Ciniras, causa de su muerte, y el ruido de sus palabras llega a los oídos de la nodriza que guardaba su puerta (368-383).

Ésta se levanta, y al ver las disposiciones para el suicidio, grita y da muestras de desesperación y, luego de desbaratar el lazo, se pone a llorar y a abrazar a Mirra y a preguntarle la causa de su decisión. Nada responde la virgen, y lamenta que la hayan interrumpido en su acción. La nodriza insiste y le ruega que le confiese todo. Gime aquélla, ésta indaga, y ofrece darle ayuda: sea hechicería o lustración o sacrificio. No entiende lo que falte a Mirra, porque están bien su casa y su madre y su padre (384-401).

Cuando oye nombrar a éste, Mirra suspira, con lo que la nodriza, sin suponer aún el crimen, presiente el amor.

Empeñada en averiguarlo, abraza a su alumna que llora, y le ofrece servirla en su pasión sin que el padre lo sepa. Mirra la rechaza, y ante su insistencia le declara que su amor es criminal (402-413).

Tiembla la vieja, y se prosterna ante ella, y le suplica y a la vez la amenaza con delatar su frustrado suicidio. Alza Mirra la cabeza y colma de lágrimas el seno de la nodriza, y cubriéndose el rostro, le dice: "¡Oh, feliz, por su esposo, mi madre!" Y nada más, pero eso es bastante para que la vieja se percate y se

aterre con temblor, y le aconseje que aparte los sentimientos funestos. Mirra comprende la justicia de tales consejos, pero sigue dispuesta a morir si no realiza sus deseos. Entonces la nodriza, vencida, le dice que viva y se apodere de aquel cuyo nombre no se atreve a pronunciar, y por los dioses le promete su ayuda (414-430).

Eran las fiestas anuales de Ceres, celebradas por las matronas vestidas de blanco y que ofrecían a la diosa las primicias de la cosecha, y nueve noches de castidad. Entre éstas iba Cencreida, esposa de Ciniras. Aprovechando su ausencia, la nodriza se dirige al rey, a quien encuentra solitario y borracho, y le ofrece el amor de la virgen sin decirle su nombre y elogiando su belleza. Cuando él le pregunta la edad de esa virgen, ella le responde que es la misma de Mirra, y Ciniras le manda que se la lleve. Vuelve a su alumna la nodriza, y le anuncia la victoria, y aquélla no se alegra del todo, pero, por la discordia de sus sentimientos, no deja de sentir placer (431-445).

Había cerrado la noche y todo permanecía en silencio: entre los Triones, Bootes llevaba su carreta. Mirra va a su crimen, y para no verla huye la luna y se cubren de nubes las constelaciones.

Entre las primeras, Icarío y Erígone, modelos de amor entre padres e hijos. Tres veces tropieza Mirra, canta tres veces el búho presagioso. Ella, con todo, avanza, protegida por las tinieblas y por ellas desvergonzada. Su izquierda toma la mano de la nodriza; su derecha tantea el camino. Ya toca la cámara

de su padre, ya abre las puertas y es metida en ella. Flojas sus corvas, tiembla. Le huyen sangre y color y ánimo (446-459).

Teme tanto más cuanto más se acerca a su delito; querría regresar sin que la hubieran visto. Pero la nodriza se lo impide, y la lleva al lecho paterno y la da al padre y une los cuerpos malditos, de ambos. En el lecho mancillado, él toma a sus propias entrañas y anima a la virgen temerosa. Para

que el crimen tuviera su nombre, él, movido por la diferencia de sus edades, Te dice "hija". Ella le contesta: "Padre". Queda allí fecundada de semillas impías, preñada de su crimen (460-470).

Repite su acción durante varias noches, hasta que al fin Ciniras, ansioso de verla después de tantas uniones, acerca una luz y reconoce a su hija y su aberración. Mudo de dolor, desenvaina la espada para matarla. Mirra huye ayudada por la oscuridad, y huyendo se va por la tierra de los árabes y los panqueos, errante por nueve meses. Por fin en Sabea, cuando ya no soportaba el peso de su vientre, se tendió a descansar. Sin saber bien lo que deseaba, cansada de vivir y con temor de la muerte, rogó a los dioses que tomando en cuenta que les confesaba su delito, la castigaran quitándola a la vez del mundo de los vivos y del de los muertos (471-478).

Los dioses oyeron sus preces, pues mientras habla siente que la tierra cubre sus piernas, y que entre las uñas de sus pies crecen raíces, y los huesos se vuelven leño, y, en torno a la médula

central, la sangre se hace savia; los brazos, grandes ramas; los dedos, pequeñas, y la piel se viste de corteza. Y ya el árbol le había oprimido el vientre y ocultado el pecho y se preparaba a cubrirle el cuello, cuando ella, no queriendo esperar más, bajó la cabeza y hundió el rostro en la madera. Aunque al perder el cuerpo perdió sus criminales pasiones, llora todavía, y del tronco escurren gotas tibias. Estas lágrimas tienen honra; se llaman como su dueña, y conservan por siempre su nombre (478-500).

Concebido en el crimen, había crecido un niño en el vientre de Mirra, y buscaba el camino para salir. Se hincha y se tiende el centro del árbol; el dolor no puede hablar, ni puede ser invocada Lucina. No obstante, el árbol es igual a una que da a luz: se encorva, gime, se baña de lágrimas.

Se detuvo entonces Lucina junto a sus ramas, y tocó el tronco y dijo sus palabras. El árbol se agrietó, y por la corteza hendida salió llorando un niño que, tendido en la hierba, fue ungido por las náyades con el llanto de Mirra. Hermoso era el niño, digno de ser alabado aun por la Envidia. Tan parecido a los Amores, que sólo la aljaba que éstos llevan los distinguía de él (501-518).

Vuela el tiempo más veloz que todo. El hijo de su hermana y su abuelo, hace poco nacido de un árbol, hace poco había sido niño hermosísimo, luego joven. Ahora es hombre ya, más hermoso que sí mismo, y provoca el amor de Venus y venga de ese modo a su madre. Aconteció que, mientras Cupido besaba

a esta diosa, una flecha que salía de su aljaba la hirió en el pecho, y la hizo enamorarse (519-528)

Así, descuida a Citeres y Pafos y Gnido y Amatunta y al cielo mismo, y sólo, cautiva, piensa Venus en la hermosura de Adonis. Sólo a él se dedica, y ella, acostumbrada a embellecerse y cuidarse en sitios sombreados, lo acompaña por cimas, selvas y peñas, vestida a la manera de Diana, y azuza perros y da caza a bestias inofensivas, liebres o ciervos o gamos. Se abstiene, en cambio, de seguir a feroces jabalíes, lobos, osos y leones (529-541).

Aconseja a Adonis que tema también a éstos, diciéndole que sólo ataque a los que huyen y no a los que a su vez pueden atacar con sus armas naturales, para que no le ocasione a ella dolor con su valentía. Porque la edad y la figura que conmovieron a Venus, no conmoverán a los leones ni a los jabalíes u otras fieras. Los jabalíes llevan el rayo en sus colmillos; los leones tienen la ira y el ímpetu, y le son linaje aborrecible. Como él le pregunta por qué, ella le responde (542-552); le contará el prodigio de una culpa antigua. Pero ahora está cansada del trabajo para ella no usual, y lo invita a reponerse en la hierba, a la sombra de un álamo. Se tiende, pues, con él, y le habla y lo besa (553-559)

Quizás él haya oído de una que vencía a los hombres en la carrera. El hecho fue verdadero, y de ella no podía decirse si era más veloz o más hermosa. Ella pedía esposo, y el dios, amonestándola, le dijo que no lo necesitaba ni debería buscarlo;

que lo tendría al fin, y habría, en vida, de carecer de sí misma. Espantada por eso, Atalanta vivió virgen, ahuyentando a sus muchos pretendientes con una condición: ella sólo sería de aquel que la venciera en rapidez, que así la recibiría como esposa. Pero en caso de ser derrotado, sería dado a la muerte (560-572).

A esta terrible condición, se sometieron muchos pretendidos de su belleza. Hipomenes, que asistía al certamen aquél, se preguntaba por qué se buscaba esposa con riesgo tan grande, y condenaba los amores de los pretendientes. Pero cuando vio el rostro y el desnudo cuerpo de la virgen, cuerpo semejante al de Venus o el de Adonis si fuera mujer, se asombra y se arrepiente de haber criticado a

los que la querían; se enamora de ella también, y teme que alguien la venza en la carrera, envidioso, y decide competir a su vez, contando con que los dioses ayudarán a su audacia. Mientras él piensa, corre Atalanta (573-587).

La admira Hipomenes más por su decoro que por su celeridad de flecha en la carrera que la hace aún más hermosa. Tras sus pies, las cintas de las sandalias se mueven como alas en el viento, y a su espalda sus cabellos se agitan; usa rodilleras de color, y su blancura se tiñe de rosa como los atrios de marfil bajo toldos purpúreos. Mientras la mira, cruza ella la meta y

recibe la corona del triunfo. Gimen los vencidos y reciben la muerte pactada (588-599).

Sin atemorizarse por esto, el joven la desafía, advirtiéndole que ser derrotada por él no le será causa de vergüenza, pues es hijo de Megareo que lo fue de Onquestio que lo fue de Neptuno. Él, por tanto, es bisnieto del dios de las aguas. Y su valor no es inferior a su linaje. Así, en caso de vencerlo, obtendrá gloria inmensa y memorable (600-608).

La hija de Esqueneo lo mira con blandos ojos y no sabe si desea vencer o ser derrotada, y le habla:

No comprende qué dios adverso a la hermosura se empeña en perderlo, incitándolo a arriesgar la vida por conseguirla. A sus propios ojos, ella no vale tanto. Y no se siente conmovida por su apariencia, que empero sería bastante a conmovérsela, sino por su juventud. ¿Se referirá a que es valiente, a que es bisnieto de Neptuno, a que la ama y desea tanto unirse a ella que moriría si la suerte cruel se la negara? Que mientras le es lícito se aleje, y desista de las bodas que le pueden ser mortales (609-620).

Ninguna mujer se negaría a casarse con él. ¿Pero por qué esta preocupación en quien ha sido causa de tantas muertes? Que haga lo que quiere, y muera, pues no toma experiencia de todos los que cayeron por pretenderla. ¿Morirá éste también, y por quererla sufrirá indigna muerte? Su victoria la volvería odiosa, aunque no sea ella culpable. Ojalá que él desistiera de su intento, o que fuera más veloz que ella. Pero qué virginal es

su rostro. Quisiera no haber sido vista nunca por él, o que los hados no le negaran el matrimonio: él sería el único con quien quisiera casarse.

Calla después, y sintiendo su primer amor, ama sin saberlo (621-637).

Ya el pueblo y el padre piden que comience la carrera, cuando Hipomenes ora a Venus y pide que lo asista y favorezca el amor que inspiró. El viento lleva sus ruegos al oído de la diosa que se conmueve y decide ayudarlo de inmediato. En Cipros está el campo Tamaseno a Venus consagrado, y en el campo hay un árbol áureo. Viniendo de allí por casualidad, la diosa traía en las manos tres manzanas de oro. Visible sólo a Hipomenes, fue a él y, dándoselas, le enseñó como usarlas (638- 651).

Las tubas habían dado la señal de partir. Ambos salen incliados, y corren rozando la superficie de la arena. Se pensaría que pudieran correr sobre el mar sin mojarse los pies, o por un campo de trigo sin mover las espigas. Todos animan al joven y lo alientan a esforzarse en ir de prisa, a usar sin tardanza de su fuerza, y es dudoso si sus palabras alegran más a Hipomenes o a Atalanta quien, muchas veces, se detuvo para no dejarlo atrás, y dejó, contra su voluntad, de mirarlo. Él estaba ya sin aliento, lejos todavía de la meta, cuando arrojó una de las tres manzanas (652-665).

Pasmada, la virgen corrió hacia ella y la levantó. Hipomenes pasa, entre el aplauso de los espectadores. La virgen recobra el

tiempo, y deja tras sus espaldas al joven. Retrasada otra vez por haberse detenido a recoger el segundo fruto, vuelve a dejarlo atrás. Quedaba la última parte de la carrera. Allí Hipomenes, luego de invocar a Venus, lanza al sesgo y lejos el tercer fruto. Al ver dudar a Atalanta, la diosa la obligó a ir a recogerlo, y lo hizo más pesado para amenguar su rapidez. Quedó atrás la virgen, y, vencida, la obtuvo Hipomenes (666-680).

¿Acaso no mereció Venus recibir agradecimiento y veneración en sus aras? Pues Hipomenes no le dio gratitud ni incienso. Encolerizada por el desdén, y para evitar ser desdeñada en lo sucesivo, la diosa se vuelve contra ambos cuando pasaban por los templos que Equión dedicara a Cibeles, y se detenían a descansar. Un incontenible deseo de ayuntarse con Atalanta ocupa al joven, que la conduce a un retiro próximo al templo, lugar sagrado a donde los sacerdotes habían puesto

imágenes lignarias de los antiguos dioses. Allí profana el sagrario con actos prohibidos (681-695). Las imágenes se volvieron para no verlo, y Cibeles no los mató porque tal castigo le pareció leve. En vez de eso, hizo que sus cuellos se cubrieran de rojas melenas, encorvó en uñas sus dedos, hizo lomos de sus hombros, les dio anchos pechos y colas que barrieran la arena.

Sus rostros se ven iracundos, y rugen cuando quieren hablar. Frecuentan las selvas, y, a pesar de su ferocidad, muerden los frenos del carro de Madre de los dioses.

Adonis debe huir de éstas y de todas las otras fieras que le hagan frente, a fin de que su valor no sea dañoso para él y para Venus (696-707).

Así aconsejó la diosa, y se fue en su carro tirado por cisnes. Pero el valor de Adonis menosprecia tales palabras. Habiendo seguido sus huellas, los perros hacen que un jabalí salga de su guarida, y Adonis lo hiere con un golpe oblicuo. Sacude la fiera el venablo con sus corvos colmillos, y persigue sangrienta a su heridor, a quien postra clavándole los dientes en el vientre. Cae agonizante el hijo de Ciniras (708-716).

Citerea, entre tanto, proseguía su vuelo hacia Cipros. Oyó entonces el gemir del moribundo, y volvió el rumbo de sus cisnes. Y cuando desde el cielo lo vio revolviéndose en su propia sangre, descendió hacia él, y se golpeó el pecho y se mesó los cabellos y se quejó a los hados:

No, empero, todo sería de ellos. Ella levantaría monumentos de su dolor, y anualmente habría un simulacro de la muerte del amado y el lamento de la amante (717-727). Además, la sangre de Adonis se cambiará en flor. Si Perséfone convirtió en menta miembros femeninos, ¿le estará prohibido a Venus transformar a Adonis?

Habiendo hablado de este modo, rocía la sangre con néctar. Se hinchó aquélla, transparente como una burbuja que sube del fondo cenagoso. Y antes que pasara una hora, nació una flor color de sangre o de granos de granada, breve en su existencia y frágil en exceso, pues la deshacen los mismos vientos que le dan nombre (728-739).

Inde per immensum croceo velatus amictu aethera digreditur
Ciconumque Hymenaeus ad oras tendit et Orphea nequiquam
voce vocatur.

adfuit ille quidem, sed nec sollemnia verba nec laetos vultus nec
felix attulit omen. 5

fax quoque, quam tenuit, lacrimoso stridula fumo usque fuit
nullosque invenit motibus ignes. exitus auspicio gravior: nam
nupta per herbas dum nova naiadum turba comitata vagatur,
occidit in talum serpentis dente recepto. 10

quam satis ad superas postquam Rhodopeius auras deflevit
vates, ne non temptaret et umbras,

ad Styga Taenaria est ausus descendere porta perque leves
populos simulacraque functa sepulcro Persephonen adiit
inamoenaque regna tenentem 15

umbrarum dominum pulsisque ad carmina nervis sic ait: 'o
positi sub terra numina mundi,
in quem reccidimus, quicquid mortale creamur, si licet et falsi
positis ambagibus oris
vera loqui sinitis, non huc, ut opaca viderem 20 Tartara,
descendi, nec uti villosa colubris
terna Medusaei vincirem guttura monstri:
causa viae est coniunx, in quam calcata venenum vipera
diffudit crescentesque abstulit annos. posse pati volui nec me
temptasse negabo: 25 vicit Amor. supera deus hic bene notus in
ora est;
an sit et hic, dubito: sed et hic tamen auguror esse, fama que si
veteris non est mentita rapinae,
vos quoque iunxit Amor. per ego haec loca plena timoris,

Orfeo y Eurídice

- 1 De ahí por el inmenso éter, velado de su atuendo
- 2 de azafrán, se aleja, y a las orillas de los cícones Himeneo
- 3 tiende, y no en vano por la voz de Orfeo es invocado.
- 4 Asistió él, ciertamente, pero ni solemnes palabras,
- 5 ni alegre rostro, ni feliz aportó su augurio; 5

6 la antorcha también, que sostenía, hasta ella era
estridente de lacrimoso humo,
7 y no halló en sus movimientos fuegos ningunos.
8 El resultado, más grave que su auspicio. Pues por las
hierbas, mientras
9 la nueva novia, cortejada por la multitud de las náyades,
deambula,
10 muere al recibir en el tobillo el diente de una serpiente. 10
11 A la cual, a las altísimas auras después que el rodeoio
bastante hubo llorado,
12 el vate, para no dejar de intentar también las sombras,
13 a la Estige osó descender por la puerta del Ténaro,
14 y a través de los leves pueblos y de los espectros que
cumplieran con el sepulcro,
15 a Perséfone acude y al que los inamernos reinos posee, 15
16 de las sombras el señor, y pulsados al son de sus cantos
los nervios,
17 así dice: «Oh divinidades del mundo puesto bajo el
cosmos,
18 al que volvemos a caer cuanto mortal somos creados,
19 si me es lícito, y, dejando los rodeos de una falsa boca,
20 la verdad decir dejáis, no aquí para ver los opacos 20

21 Tártaros he descendido, ni para encadenar las triples
22 gargantas, vellosas de culebras, del monstruo de Medusa.
23 Causa de mi camino es mi esposa, en la cual, pisada,
24 su veneno derramó una víbora y le arrebató sus crecientes
años.
25 Poder soportarlo quise y no negaré que lo he intentado: 25
26 me venció Amor. En la altísima orilla el dios este bien
conocido es.
27 Si lo es también aquí lo dudo, pero también aquí, aun así,
auguro que lo es
28 y si no es mentida la fama de tu antiguo rapto,
29 a vosotros también os unió Amor. Por estos lugares yo,
llenos de temor,

per Chaos hoc ingens vastique silentia regni, 30 30

Eurydices, oro, properata retexite fata. 31

omnia debemur vobis, paulumque morati 32

serius aut citius sedem properamus ad unam. 33

tendimus huc omnes, haec est domus ultima, vosque 34

humani generis longissima regna tenetis. 35 35

haec quoque, cum iustos matura peregerit annos, 36

iuris erit vestri: pro munere poscimus usum; 37
 quodsi fata negant veniam pro coniuge, certum est 38
 nolle redire mihi: leto gaudete duorum.' 39
 Talia dicentem nervosque ad verba moventem 40 40
 exsanguis flebant animae; nec Tantalus undam 41
 captavit refugam, stupuitque Ixionis orbis, 42
 nec carpere iecur volucres, urnisque vacarunt 43
 Belides, inque tuo sedisti, Sisyphus, saxo. 44
 tunc primum lacrimis victarum carmine fama est 45 45
 Eumenidum maduisse genas, nec regia coniunx 46
 sustinet oranti nec, qui regit ima, negare, 47
 Eurydicenque vocant: umbras erat illa recentes 48
 inter et incessit passu de vulnere tardo. 49
 hanc simul et legem Rhodopeius accipit heros, 50 50
 ne flectat retro sua lumina, donec Avernas 51
 exierit valles; aut inrita dona futura. 52
 carpitur adclivis per muta silentia trames, 53
 arduus, obscurus, caligine densus opaca, 54
 nec procul afuerunt telluris margine summae: 55 55
 hic, ne deficeret, metuens avidusque videndi 56

flexit amans oculos, et protinus illa relapsa est, 57
 brachiaque intendens prendique et prendere certans 58
 nil nisi cedentes infelix arripit auras. 59
 iamque iterum moriens non est de coniuge quicquam 60 60
 questa suo (quid enim nisi se quereretur amatam?) 61
 supremumque 'vale,' quod iam vix auribus ille 62
 acciperet, dixit revolutaque rursus eodem est. 63
 Non aliter stupuit gemina nece coniugis Orpheus, 64
 quam tria qui timidus, medio portante catenas, 65 65
 colla canis vidit, quem non pavor ante reliquit, 66
 quam natura prior saxo per corpus oborto,67
 quique in se crimen traxit voluitque videri 68
 Olenos esse nocens, tuque, o confisa figurae, 69
 infelix Lethaea, tuae, iunctissima quondam 70 70
 pectora, nunc lapides, quos umida sustinet Ide. 71
 orantem frustra que iterum transire volentem 72
 portitor arcuerat: septem tamen ille diebus73
 squalidus in ripa Cereris sine munere sedit;74
 cura dolorque animi lacrimaeque alimenta fuere. 75 75
 esse deos Erebi crudeles questus, in altam 76

se recipit Rhodopen pulsumque aquilonibus Haemum. 77

Tertius aequoreis inclusum Piscibus annum78

finierat Titan, omnemque refugerat Orpheus 79

femineam Venerem, seu quod male cesserat illi, 80 80

sive fidem dederat; multas tamen ardor habebat 81

iungere se vati, multae doluere repulsae. 82

ille etiam Thracum populis fuit auctor amorem 83

in teneros transferre mares citraque iuventam 84

aetatis breve ver et primos carpere flores. 85 85

Collis erat collemque super planissima campi 86

por el Caos este ingente y los silencios del vasto reino, 30 os imploro, de Eurídice detened sus apresurados hados.

Todas las cosas os somos debidas, y un poco de tiempo demorados, más tarde o más pronto a la sede nos apresuramos única.

Aquí nos encaminamos todos, esta es la casa última y vosotros los más largos reinados poseéis del género humano. 35

Ella también, cuando sus justos años, madura, haya pasado, de la potestad vuestra será: por regalo os demando su disfrute.

Y si los hados niega la venia por mi esposa, decidido he

que no querré volver tampoco yo. De la muerte de los dos gozaos». Al que tal decía y sus nervios al son de sus palabras movía, 40 exangües le lloraban las ánimas; y Tántalo no siguió buscando

la onda rehuida, y atónita quedó la rueda de Ixión,

ni desgarraron el hígado las aves, y de sus arcas libraron las Bélides, y en tu roca, Sísifo, tú te sentaste.

Entonces por primera vez con sus lágrimas, vencidas por esa canción, fama es 45 que se humedecieron las mejillas de las Euménides, y tampoco la regia esposa puede sostener, ni el que gobierna las profundidades, decir que no a esos ruegos,

y a Eurídice llaman: de las sombras recientes estaba ella en medio, y avanzó con un paso de la herida tardo.

A ella, junto con la condición, la recibe el rodopeio héroe, 50 de que no gire atrás sus ojos hasta que los valles haya dejado del Averno, o defraudados sus dones han de ser.

Se coge cuesta arriba por los mudos silencios un sendero, arduo, oscuro, de bruma opaca denso,

y no mucho distaban de la margen de la suprema tierra. 55

Aquí, que no abandonara ella temiendo y ávido de verla,

giró el amante sus ojos, y en seguida ella se volvió a bajar de nuevo, y ella, sus brazos tendiendo y por ser sostenida y sostenerse conteniendo, nada, sino las que cedían, la infeliz agarró auras.

Y ya por segunda vez muriendo no hubo, de su esposo, 60
de qué quejarse, pues de qué se quejara, sino de haber sido
amada, y su supremo adiós, cual ya apenas con sus oídos él
alcanzara, le dijo, y se rodó de nuevo adonde mismo.

No de otro modo quedó suspendido por la geminada muerte de
su esposa Orfeo que el que temeroso de ellos, el de en medio
portando las cadenas, 65 los tres cuellos vio del perro, al cual no
antes le abandonó su espanto que su naturaleza anterior, al
brotarle roca a través de su cuerpo;

y el que hacia sí atrajo el crimen y quiso parecer, Óleno, que era
culpable; y tú, oh confiada en tu figura, infeliz Letea, las tuyas,
corazones unidísimos 70

en otro tiempo, ahora piedras a las que húmedo sostiene el Ida.
Implorante, y en vano otra vez atravesar queriendo,

el barquero le vetó: siete días, aun así él,

sucio en esa ribera, de Ceres sin la ofrenda estuvo sentado.

El pesar y el dolor del ánimo y lágrimas sus alimentos fueron. 75

De que eran los dioses del Érebo crueles habiéndose lamentado,
hacia el alto

Ródope se recogió y, golpeado de los aquilones, al Hemo.

Al año, concluido por los marinos Peces, el tercer Titán le había
dado fin, y rehuía Orfeo de toda

Venus femenina, ya sea porque mal le había parado a él, 80

o fuera porque su palabra había dado; de muchas, aun así, el ardor

se había apoderado de unirse al vate: muchas se dolían de su rechazo. Él también, para los pueblos de los tracios, fue el autor de transferir el amor hacia los tiernos varones, y más acá de la juventud

de su edad, la breve primavera cortar y sus primeras flores. 85

Catálogo de árboles; Cipariso

Una colina había, y sobre la colina, llanísima, una era

area, quam viridem faciebant graminis herbae: umbra loco deerat; qua postquam parte resedit dis genitus vates et fila sonantia movit,

umbra loco venit: non Chaonis afuit arbor, 90

non nemus Heliadum, non frondibus aesculus altis, nec tiliae molles, nec fagus et innuba laurus,

et coryli fragiles et fraxinus utilis hastis enodisque abies curvataque glandibus ilex

et platanus genialis acerque coloribus inpar 95 amnicolaeque simul salices et aquatica lotos perpetuoque virens buxum tenuesque myricae et bicolor myrtus et bacis caerulea tinus.

vos quoque, flexipedes hederæ, venistis et una pampineæ
vites et amictæ vitibus ulmi 100 ornique et piceæ pomoque
onerata rubenti arbutus et lentæ, victoris præmia, palmae
et succincta comas hirsutaque vertice pinus, grata deum matri,
siquidem Cybeleius Attis exiit hac hominem truncoque induruit
illo. 105

Adfuit huic turbæ metas imitata cupressus, nunc arbor, puer
ante deo dilectus ab illo,

qui citharam nervis et nervis temperat arcum. namque sacer
nymphis Carthæa tenentibus arva ingens cervus erat, lateque
patentibus altis 110 ipse suo capiti præbebat cornibus umbras.
cornua fulgebant auro, demissaque in armos pendebant tereti
gemma monilia collo.

bullæ super frontem parvis argentea loris

vinctæ movebatur; parilesque ex ære nitebant 115 auribus e
geminis circum cava tempora bacæ; isque metu vacuus
naturalique pavore

deposito celebrare domos mulcendaque colla quamlibet ignotis
manibus præbere solebat.

sed tamen ante alios, Cææ pulcherrime gentis, 120 gratus erat,
Cyparisse, tibi: tu pabula cervum

ad nova, tu liquidî ducebas fontis ad undam, tu modo texebas
varios per cornua flores, nunc eques in tergo residens huc lætus
et illuc

mollia purpureis frenabas ora capistris. 125

Aestus erat mediusque dies, solisque vapore concava litorei
fervebant bracchia Cancri: fessus in herbosa posuit sua corpora
terra cervus et arborea frigus ducebat ab umbra.

hunc puer inprudens iaculo Cyparissus acuto 130 fixit et, ut
saevo morientem vulnere vidit,

velle mori statuit. quae non solacia Phoebus dixit et, ut leviter
pro materiaque doleret,

admonuit! gemit ille tamen munusque supremum hoc petit a
superis, ut tempore lugeat omni. 135 iamque per imensos
egesto sanguine fletus

in viridem verti coeperunt membra colorem, et, modo qui nivea
pendebant fronte capilli, horrida caesaries fieri sumptoque
rigore

sidereum gracili spectare cacumine caelum. 140 ingemuit
tristisque deus 'lugebere nobis lugebisque alios aderisque
dolentibus' inquit.

Tale nemus vates attraxerat inque ferarum concilio, medius
turbae, volucrumque sedebat. ut satis impulsas temptavit pollice
chordas 145

de campo, a la que verde hacían de grama sus hierbas.

De sombra el lugar carecía; parte en la cual, después que se
sentara, el vate nacido de los dioses, y de que sus hilos

sonantes puso en movimiento, sombra al lugar llegó: no faltó de
Caón el árbol, 90

no bosque de las Helíades, no de frondas altas la encina,

ni tilos mullidos, ni haya e innúbil láurea,

y avellanos frágiles y fresno útil para las astas,

y sin nudo el abeto, y curvada de bellotas la encina

y el plátano natalicio, y el arce de colores desigual, 95

y, los que honráis las corrientes, juntos los sauces y el acuático

loto, y perpetuamente vigoroso el boj y los tenues tamariscos,

y bicolor el mirto, y de sus bayas azul la higuera.

Vosotras también, de flexible pie las hiedras, vinisteis y, a una,

las pampíneas vides, y vestidos de esa vid los olmos, 100

y los fresnos y las píceas, y de su fruto rojeciente cargado

el madroño, y dúctiles, del vencedor los premios, las palmas, y

recogido su pelo y de erizada coronilla el pino,

grato de los dioses a la madre, si realmente el Cibealeio Atis

se despojó en ella de su ser humano y de endurecerse hubo en

aquel tronco. 105

Asistió a esta multitud, a las metas imitando, el ciprés, ahora

árbol, muchacho antes, del dios aquel amado

que la cítara a los nervios, a los nervios temple el arco.

Pues sagrado para las ninfas que poseen de la Cartea los campos, un ingente ciervo había, y con sus cuernos, ampliamente manifiestos, 110 él a su propia cabeza altas se ofrecía sus sombras;

sus cuernos fulgían de oro, y bajando a sus espaldillas, colgaban enjorados collares en su torneado cuello;

una borla sobre su frente, argentina, con pequeñas cinchas atada se le movía, y de pareja edad, brillaban 115

desde sus gemelas orejas alrededor de sus cóncavas sienes, unas perlas.

Y él, de miedo libre y depuesto su natural

temor, frecuentar las casas y ofrecer para acariciar su cuello, a cualesquiera desconocidas manos, acostumbraba.

Pero, aun así, antes que a otros, oh el más bello de las gentes de Ceos, 120

grato te era, Cipariso, a ti. Tú hasta los pastos nuevos

a ese ciervo, tú lo llevabas del líquido manantial hasta su onda, tú ora le tejías variegadas por sus cuernos unas flores,

ahora, cual su jinete, en su espalda sentado para acá y para allá contento

blanda moderabas su boca con purpurinos cabestros. 125 El calor era, y mediado el día, y del vapor del sol, cóncavos hervían los brazos del ribereño Cáncer.

Fatigado, en la herbosa tierra depositó su cuerpo
el ciervo, y de la arboleada sombra se llevaba el frío.

A él el muchacho, imprudente, Cipariso, le clavó una jabalina
130 aguda, y cuando lo vio a él muriendo de la salvaje herida
decidió que él quería morir. Qué consuelos no le dijo Febo
y cuánto le advirtió que ligeramente y con relación a su motivo
se doliera. Gime él, aun así, y de presente supremo
esto pide de los altísimos, que luto él sintiera en todo tiempo.
135 Y ya agotada su sangre por los inmensos llantos
hacia un verde color empezaron a tornarse sus miembros
y los que ahora poco de su nívea frente colgaban, sus cabellos,
a volverse una erizada melena y, asumida una rigidez,
a contemplar, estrellado, con su grácil copa el cielo. 140 Gimió
hondo y triste el dios: «Luto serás para nos,
y luto serán para ti otros, y asistirás a los dolientes», dice.

Tal bosque el poeta se había atraído y en el concilio
de las fieras, central él de su multitud y de los pájaros, estaba
sentado;
cuando bastante hubo templado pulsadas con su pulgar las
cuerdas 145

et sensit varios, quamvis diversa sonarent, concordare modos,
hoc vocem carmine movit:

'ab Iove, Musa parens, (cedunt Iovis omnia regno) carmina
nostra move! Iovis est mihi saepe potestas dicta prius: cecini
plectro graviore Gigantas 150 sparsaque Phlegraeis victricia
fulmina campis. nunc opus est leviores lyra, puerosque canamus
dilectos superis inconcessisque puellas
ignibus attonitas meruisse libidine poenam.

'Rex superum Phrygii quondam Ganymedis amore 155 arsit, et
inventum est aliquid, quod Iuppiter esse, quam quod erat,
mallet. nulla tamen alite verti dignatur, nisi quae posset sua
fulmina ferre.

nec mora, percusso mendacibus aere pennis
abripit Iliaden; qui nunc quoque pocula miscet 160 invitaque
Iovi nectar Iunone ministrat.

'Te quoque, Amyclide, posuisset in aethere Phoebus,
tristia si spatium ponendi fata dedissent.

qua licet, aeternus tamen es, quotiensque repellit ver hiemem,
Piscique Aries succedit aquoso, 165 tu totiens oreris viridique in
caespite flores.

te meus ante omnes genitor dilexit, et orbe in medio positi
caruerunt praeside Delphi, dum deus Eurotan inmunitamque
frequentat

Sparten, nec citharae nec sunt in honore sagittae: 170

inmemor ipse sui non retia ferre recusat,

non tenuisse canes, non per iuga montis iniqui ire comes,
longaque alit adsuetudine flammis. iamque fere medius Titan
venientis et actae noctis erat spatiumque pari distabat utrimque,

175 corpora veste levant et suco pinguis olivi splendescunt
latique ineunt certamina disci. quem prius aeras libratum
Phoebus in auras misit et oppositas disiecit pondere nubes;

reccidit in solidam longo post tempore terram 180 pondus et
exhibuit iunctam cum viribus artem. protinus imprudens
actusque cupidine lusus

tollere Taenarides orbem properabat, at illum dura repercusso
subiecit verberare tellus

in vultus, Hyacinthe, tuos. expalluit aequae 185 quam puer ipse
deus conlapsosque excipit artus, et modo te refovet, modo
tristia vulnera siccant, nunc animam admotis fugientem sustinet
herbis. nil prosunt artes: erat inmedicabile vulnus.

ut, siquis violas rigidumve papaver in horto 190 liliaque infringat
fulvis horrentia linguis, marcida demittant subito caput illa
vietum

nec se sustineant spectentque cacumine terram: sic vultus
moriens iacet et defecta vigore

ipsa sibi est oneri cervix umeroque recumbit. 195 "laberis,
Oeбалide, prima fraudate iuventa," Phoebus ait "videoque tuum,
mea crimina, vulnus. tu dolor es facinusque meum: mea dextera
letu

y sintió que variados, aunque diversos sonaran, concordaban
sus ritmos, con esta canción acompañó su voz:

Canción de Orfeo: proemio

«Desde Júpiter, oh Musa madre -ceden todas las cosas al
gobierno de Júpiter-,

entona los cantos nuestros. De Júpiter muchas veces su poderío
he dicho antes: canté con plectro más grave a los Gigantes 150
y esparcidos por los campos de Flegra sus vencedores rayos.

Ahora menester es de una más liviana lira, a los muchachos
cantemos amados de los altísimos, y a las niñas que atónitas
por no concedidos fuegos, merecieron por su deseo un castigo.

Ganimedes

El rey de los altísimos, un día, del frigio Ganimedes en el amor
155 ardió, y hallado fue algo que Júpiter ser prefiriera,

antes que lo que él era. En ninguna ave, aun así, convertirse se
digna, sino la que pudiera soportar sus rayos.

Y no hay demora, batido con sus mendaces alas el aire, robó al
Iliada, el cual ahora también copas le mezcla, 160 y, de Juno a
pesar, a Júpiter el néctar administra.

Jacinto

«A ti también, Amiclida, te hubiese puesto en el éter Febo, triste,
si espacio para ponerte tus hados te hubiesen dado;

lo que se puede, eterno aun así eres, y cuantas veces rechaza
la primavera el invierno, y al Pez acuoso el Carnero sucede, 165
tú tantas veces naces, y verdes en el césped las flores.

A ti el genitor mío ante todos te amó y, del mundo
en su centro, abandonada careció de su soberano Delfos,
mientras tal dios el Eurotas y no fortificada frecuenta
a Esparta. Y ni las cítaras, ni están en su honor las saetas: 170
olvidado él aun de sí mismo, no las redes llevar rehúsa,
no haber sujetado a los perros, no por las crestas del monte
inicuo ir de comitiva y, con tal larga costumbre, alimenta él sus
llamas.

Y ya casi central el Titán, de la sucesiva y de la pasada
noche, estaba, y en espacio parejo distaba de ambos puntos.
175 Sus cuerpos de ropa aligeran y con el jugo del pingüe olivo
resplandecen y del ancho disco inician las competiciones,
el cual, primero balanceado, Febo lo envía a las aéreas auras y
desgarró con su peso, a él opuestas, las nubes.

Recayó sólida tras largo tiempo en la tierra 180

su peso, y había exhibido él su arte, unido con sus fuerzas. En
seguida, imprudente, y movido por la pasión del juego, a coger
el Tenárida su círculo se apresuraba, mas a él, dura, devuelto el
golpe de su herida, lo lanzó la tierra contra el rostro, Jacinto,
tuyo. Palideció, e igualmente 185

que el muchacho el mismo dios, y colapsados recogió tus
miembros, y ya te reanima, ya tristes tus heridas seca,
ahora tu aliento, que huye, sostiene aplicándole sus hierbas.
Nada aprovechan su artes; era inmedicable herida.

Como si alguien sus violas o la rígida adormidera en un huerto
190 y los lirios quebrara, de sus rubias lenguas erizados,
que marchitas bajarán súbitamente su cabeza ajada ellas, y no
se sostuvieran y miraran con su cúspide la tierra; así su rostro
muriendo yace y traicionando su vigor
su mismo cuello para él un peso es, y sobre su hombro se
recuesta. 195

«Te derrumbas, Ebálida, en tu primera juventud defraudado»,
Febo dice, «y veo yo -mis culpas- la herida tuya».

Tú eres mi dolor y el crimen mío; mi diestra en tu muerte

inscribenda tuo est. ego sum tibi funeris auctor. quae mea culpa
tamen, nisi si lusisse vocari 200 culpa potest, nisi culpa
potest et amasse vocari? atque utinam tecumque mori
vitamque liceret reddere! quod quoniam fatali lege tenemur,
semper eris mecum memorique haerebis in ore.

te lyra pulsa manu, te carmina nostra sonabunt, 205 flosque
novus scripto gemitus imitabere nostros. tempus et illud erit,
quo se fortissimus heros

addat in hunc florem folioque legatur eodem." talia dum vero
memorantur Apollinis ore,

ecce cruor, qui fusus humo signaverat herbas, 210 desinit esse
cruor, Tyrioque nitentior ostro

flos oritur formamque capit, quam lilia, si non purpureus color
his, argenteus esset in illis.

non satis hoc Phoebus est (is enim fuit auctor honoris): ipse suos
gemitus foliis inscribit, et AI AI 215 flos habet inscriptum,
funestaque littera ducta est. nec genuisse pudet Sparten
Hyacinthon: honorque durat in hoc aevi, celebrandaque more
priorum annua praelata redeunt Hyacinthia pompa.

'At si forte roges fecundam Amathunta metallis, 220

an genuisse velit Propoetidas, abnuat aequae

atque illos, gemino quondam quibus aspera cornu frons erat,
unde etiam nomen traxere Cerastae. ante fores horum stabat
Iovis Hospitis ara;

ignarus sceleris quam si quis sanguine tinctam 225 advena
vidisset, mactatos crederet illic

lactantes vitulos Amathusiacasque bidentes: hospes erat
caesus! sacris offensa nefandis ipsa suas urbes Ophiusiaque
arva parabat

deserere alma Venus. "sed quid loca grata, quid urbes 230
peccavere meae? quod" dixit "crimen in illis? exilio poenam
potius gens inopia pendat

vel nece vel siquid medium est mortisque fugaeque. idque quid
esse potest, nisi versa poena figurae?" dum dubitat, quo mutet
eos, ad cornua vultum 235 flexit et admonita est haec illis posse
relinqui grandiaque in torvos transformat membra iuencos.

'Sunt tamen obscenae Venerem Propoetides ausae esse negare
deam; pro quo sua numinis ira corpora cum fama primae
vulgasse feruntur, 240 utque pudor cessit, sanguisque induruit
oris,

in rigidum parvo silicem discrimine versa.

'Quas quia Pygmalion aevum per crimen agentis viderat,
offensus vitiis, quae plurima menti femineae natura dedit, sine
coniuge caelebs 245 vivebat thalamique diu consorte carebat.

interea niveum mira feliciter arte

sculpsit ebur formamque dedit, qua femina nasci nulla potest,
operisque sui concepit amorem. virginis est verae facies, quam
vivere credas, 250 et, si non obstet reverentia, velle moveri:

ars adeo latet arte sua. miratur et haurit pectore Pygmalion
simulati corporis ignes.

ha de ser inscrita. Yo soy de tu funeral el aurtor.

Cuál mi culpa, aun así, salvo si al haber jugado llamársele 200
culpa puede, salvo si culpa puede, también a haberte amado,
llamarse.

Y ojalá contigo morir y por ti mi vida rendir posible

fuera. De lo cual, puesto que por una fatal condición se nos
retiene, siempre estarás conmigo y, memorativa, prendido
estarás en mi boca. Tú de mi lira, tocada por mi mano, tú de las
canciones nuestras serás el sonido 205 y, flor nueva, en tu
escrito imitarás los gemidos nuestros.

Y el tiempo aquél llegará en que a sí mismo un valerosísimo héroe

se añada a esta flor, y en su misma hoja se lea».

Tales cosas, mientras las menciona la verdadera boca de Apolo, he aquí que el crúor que derramada por el suelo había señalado las hierbas, 210

deja de ser crúor, y más nítida que de Tiro la ostra, una flor surge y la forma toma de los lirios, si no purpurino el color suyo, mas argentino, en ellos.

No bastante es tal para Febo -pues él había sido el autor de tal honor-: él mismo sus gemidos en las hojas inscribe y «ai ai» 215 la flor tiene inscrito, y esa funesta letra trazada fue.

Y no de haberle engendrado se avergüenza Esparta, a Jacinto, y su honor perdura hasta esta generación, y, para celebrarse al uso de los antiguos, anuales vuelven las Jacintias, con su antepuesta procesión.

Las Propétides y los Cerastas

«Mas si acaso preguntaras, fecunda en metales, a Amatunta, 220 si haber engendrado quisiera a las Propétides, con un gesto lo negará, igualmente que a aquellos cuya frente áspera en otro tiempo por su geminado cuerno era, de donde además su nombre tomaron, los Cerastas.

Ante las puertas de éstos estaba el altar de Júpiter Huésped.

†De un no luctuoso crimen† el cual altar, si algún recién llegado
teñido 225

hubiese visto de sangre, inmolados creería haberse allí

a unos terneros lechales, y de Amatunte sus ovejas bidentes.

Un huésped había sido asesinado. Ofendida por esos sacrificios
nefandos,

sus propias ciudades y de Ofiusa los campos se disponía

a dejar desiertos la nutricia Venus. «Pero, ¿qué estos lugares a
mí gratos, 230

qué han pecado las ciudades mías? ¿Qué delito», dijo, «en ellas?

Con el exilio su condena mejor su gente impía pague

o con la muerte o si algo medio hay entre la muerte y la huida.

Y ello ¿qué puede ser, sino el castigo de su tornada figura?».

Mientras duda en qué mutarlos a sus cuernos giró 235

su rostro y acordada fue de que tales se les podían a ellos dejar,
y, grandes sus miembros, los transforma en torvos novillos.

«Atrevido se habían, aun así, las obscenas Propétides a negar
que Venus fuera diosa; merced a lo cual, por la ira de su
divinidad,

sus cuerpos, junto con su hermosura, cuentan que ellas las
primeras fueron en hacer públicos, 240

y cuando su pudor cedió y la sangre de su rostro se endureció,
en rígida piedra, con poca distinción, se las convirtió.

Pigmalión

«A las cuales, porque Pigmalión las había visto pasando su vida a través de esa culpa, ofendido por los vicios que numerosos a la mente femenina la naturaleza dio, célibe de esposa 245

vivía y de una consorte de su lecho por largo tiempo carecía.

Entre tanto, níveo, con arte felizmente milagroso,

esculpió un marfil, y una forma le dio con la que ninguna mujer nacer puede, y de su obra concibió él amor.

De una virgen verdadera es su faz, a la que vivir creerías, 250 y si no lo impidiera el respeto, que quería moverse:

el arte hasta tal punto escondido queda en el arte suyo. Admira y apura en su pecho Pigmalión del simulado cuerpo unos fuegos.

saepe manus operi temptantes admovet, an sit corpus an illud ebur, nec adhuc ebur esse fatetur. 255 oscula dat reddique putat loquiturque tenetque et credit tactis digitos insidere membris

et metuit, pressos veniat ne livor in artus,

et modo blanditias adhibet, modo grata puellis munera fert illi conchas teretesque lapillos 260 et parvas volucres et flores mille colorum liliaque pictasque pilas et ab arbore lapsas Heliadum

lacrimas; ornat quoque vestibus artus, dat digitis gemmas, dat
longa monilia collo,

aure leves baccae, redimicula pectore pendent: 265 cuncta
decent; nec nuda minus formosa videtur. conlocat hanc stratis
concha Sidonide tinctis adpellatque tori sociam adclinataque
colla mollibus in plumis, tamquam sensura, reponit.

'Festa dies Veneris tota celeberrima Cypro 270 venerat, et
pandis inductae cornibus aurum conciderant ictae nivea cervice
iuvencae,

turaque fumabant, cum munere functus ad aras constitit et
timide "si, di, dare cuncta potestis,

sit coniunx, opto," non ausus "eburnea virgo" 275 dicere,
Pygmalion "similis mea" dixit "eburnae." sensit, ut ipsa suis
aderat Venus aurea festis,

vota quid illa velint et, amici numinis omen, flamma ter accensa
est apicemque per aera duxit. ut rediit, simulacra suae petit ille
puellae 280 incumbensque toro dedit oscula: visa tepere est;
admovet os iterum, manibus quoque pectora temptat:
temptatum mollescit ebur positoque rigore subsidit digitis
ceditque, ut Hymettia sole

cera remollescit tractataque pollice multas 285 flectitur in facies
ipsoque fit utilis usu.

dum stupet et dubie gaudet fallique veretur, rursus amans
rursusque manu sua vota retractat. corpus erat! saliunt
temptatae pollice venae.

tum vero Paphius plenissima concipit heros 290 verba, quibus
Veneri grates agat, oraque tandem ore suo non falsa premit,
dataque oscula virgo sensit et erubuit timidumque ad lumina
lumen attollens pariter cum caelo vidit amantem.

coniugio, quod fecit, adest dea, iamque coactis 295 cornibus in
plenum noviens lunaribus orbem

illa Paphon genuit, de qua tenet insula nomen.

'Editus hac ille est, qui si sine prole fuisset, inter felices Cinyras
potuisset haberi.

dira canam; procul hinc natae, procul este parente 300 aut, mea
si vestras mulcebunt carmina mentes, desit in hac mihi parte
fides, nec credite factum, vel, si credetis, facti quoque credite
poenam.

si tamen admissum sinit hoc natura videri, [gentibus Ismariis et
nostro gratulor orbi,] 305 gratulor huic terrae, quod abest
regionibus illis, quae tantum genuere nefas: sit dives amomo
cinnamaque costumque suum sudataque ligno tura ferat
floresque alios Panchaia tellus,

dum ferat et murrum: tanti nova non fuit arbor. 310

Muchas veces las manos a su obra allega, tanteando ellas si sea
cuerpo o aquello marfil, y todavía que marfil es no confiesa. 255
Los labios le besa, y que se le devuelve cree y le habla y la
sostiene y está persuadido de que sus dedos se asientan en
esos miembros por ellos tocados,

y tiene miedo de que, oprimidos, no le venga lividez a sus
miembros, y ora ternuras le dedica, ora, gratos a las niñas,
presentes le lleva a ella de conchas y torneadas piedrecillas 260
y pequeñas aves y flores mil de colores,

y lirios y pintadas pelotas y, de su árbol caídas,

lágrimas de las Helíades; orna también con vestidos su cuerpo:
da a sus dedos gemas, da largos colgantes a su cuello;

en su oreja ligeras perlas, cordoncillos de su pecho cuelgan: 265
todo decoroso es; ni desnuda menos hermosa parece.

La coloca a ella en unas sábanas de concha de Sidón teñidas, y
la llama compañera de su lecho, y su cuello,

reclinado, en plumas mullidas, como si de sentirlas hubiera,
recuesta.

«El festivo día de Venus, de toda Chipre el más celebrado, 270
había llegado, y recubiertos sus curvos cuernos de oro,

habían caído golpeadas en su nivea cerviz las novillas

y los inciensos humaban, cuando, tras cumplir él su ofrenda,
ante las aras

se detuvo y tímidamente: «Si, dioses, dar todo podéis,
que sea la esposa mía, deseo» -sin atreverse a «la virgen 275
de marfil» decir- Pigmalión, «semejante», dijo, «a la de marfil». Sintió, como que ella misma asistía, Venus áurea, a sus fiestas, los votos aquellos qué querían, y, en augurio de su amiga divinidad, la llama tres veces se acreció y su punta por los aires trujo.

Cuando volvió, los remedos busca él de su niña 280

y echándose en su diván le besó los labios: que estaba templada le pareció;

le allega la boca de nuevo, con sus manos también los pechos le toca.

Tocado se ablanda el marfil y depuesto su rigor

en él se asientan sus dedos y cede, como la del Himeto al sol, se reblandece la cera y manejada con el pulgar se torna 285 en muchas figuras y por su propio uso se hace usable.

Mientras está suspendido y en duda se alegra y engañarse teme,

de nuevo su amante y de nuevo con la mano, sus votos vuelve a tocar; un cuerpo era: laten tentadas con el pulgar las venas.

Entonces en verdad el Pafio, plenísimas, concibió el héroe 290
palabras con las que a Venus diera las gracias, y sobre esa
boca finalmente no falsa su boca puso y, por él dados, esos
besos la virgen sintió y enrojció y su tímida luz hacia las luces
levantando, a la vez, con el cielo, vio a su amante.

A la boda, que ella había hecho, asiste la diosa, y ya cerrados
295 los cuernos lunares en su pleno círculo nueve veces,
ella a Pafos dio a luz, de la cual tiene la isla el nombre.

Mirra

«Nacido de ella aquel fue, quien, si sin descendencia hubiese
sido, entre los felices Cíniras se podría haber contado.

Siniestras cosas he de cantar: lejos de aquí, hijas, lejos estad,
padres, 300

o si mis canciones las mentes vuestras han de seducir, fálteme
en esta parte vuestra fe y no deis crédito al hecho, o si lo creéis,
del tal hecho también creed el castigo.

Si, aun así, admisible permite esto la naturaleza que parezca, a
los pueblos ismarios y a nuestro mundo felicito, 305 felicito a
esta tierra porque dista de las regiones esas

que tan gran abominación han engendrado: sea rica en amomo
y cinamomo, y el costo suyo, y sudados de su leño

inciensos críe y flores otras la tierra de Panquea,

mientras que críe también la mirra: de tal precio no era digno el nuevo árbol. 310

ipse negat nocuisse tibi sua tela Cupido, Myrrha, facesque suas
a crimine vindicat isto; stipite te Stygio tumidisque adflavit
echidnis e tribus una soror: scelus est odisse parentem,

hic amor est odio maius scelus.—undique lecti 315 te cupiunt
proceres, totoque Oriente iuventus

ad thalami certamen adest: ex omnibus unum elige, Myrrha,
virum, dum ne sit in omnibus unus. illa quidem sentit foedoque
repugnat amori

et secum "quo mente feror? quid molior?" inquit 320 "di, precor,
et pietas sacrataque iura parentum, hoc prohibete nefas
scelerique resistite nostro,

si tamen hoc scelus est. sed enim damnare negatur hanc
Venerem pietas: coeunt animalia nullo cetera dilectu, nec
habetur turpe iuvencae 325 ferre patrem tergo, fit equo sua
filia coniunx, quasque creavit init pecudes caper, ipsaque, cuius
semine concepta est, ex illo concipit ales.

felices, quibus ista licent! humana malignas cura dedit leges, et
quod natura remittit, 330 invida iura negant. gentes tamen esse
feruntur, in quibus et nato genetrix et nata parenti iungitur, et
pietas geminato crescit amore.

me miseram, quod non nasci mihi contigit illic, fortunaque loci
laedor!—quid in ista revolvor? 335 spes interdictae, discedite!
dignus amari

ille, sed ut pater, est.—ergo, si filia magni

non essem Cinyrae, Cinyrae concumbere possem: nunc, quia
iam meus est, non est meus, ipsaque damno est mihi
proximitas: aliena potentior essem. 340 ire libet procul hinc
patriaеque relinquere fines, dum scelus effugiam; retinet malus
ardor euntem, ut praesens spectem Cinyran tangamque
loquarque osculaque admoveam, si nil conceditur ultra.

ultra autem spectare aliquid potes, in pia virgo? 345 et quot
confundas et iura et nomina, sentis?

tune eris et matris paelex et adultera patris? tune soror nati
genetrixque vocabere fratris? nec metues atro crinitas angue
sorores,

quas facibus saevis oculos atque ora petentes 350 noxia corda
vident? at tu, dum corpore non es passa nefas, animo ne
concipe neve potentis concubitu vetito naturae pollue foedus!

velle puta: res ipsa vetat; pius ille memorque est moris—et o
vellem similis furor esset in illo!" 355

'Dixerat, at Cinyras, quem copia digna procorum, quid faciat,
dubitare facit, scitatur ab ipsa, nominibus dictis, cuius velit esse
mariti;

illa silet primo patriisque in vultibus haerens aestuat et tepido
suffundit lumina rore.360

virginei Cinyras haec credens esse timoris, flere vetat siccatque
genas atque oscula iungit;

Myrrha datis nimium gaudet consultaque, qualem optet habere
virum, "similem tibi" dixit; at ille non intellectam vocem
conlaudat et "esto 365

tam pia semper" ait. pietatis nomine dicto demisit vultus
sceleris sibi conscia virgo.

'Noctis erat medium, curasque et corpora somnus solverat; at
virgo Cinyreia pervigil igni

369

El mismo Cupido niega que te hayan dañado a ti sus armas,
Mirra, y las antorchas tuyas del delito ese defiende:

con el tronco estigio a ti, y con sus hinchidas víboras, hacia ti
sopló de las tres una hermana. Crimen es odiar a un padre;

este amor es, que el odio, mayor crimen. De todas partes 315
selectos te desean los aristócratas y desde todo el Oriente la
juventud de tu tálamo a la contienda asiste. De entre todos un
hombre

elige, Mirra, solo, mientras no esté entre todos este uno.

Ella ciertamente lo siente, y lucha contra su repugnante amor

y para sí: «¿A dónde en mi mente me lanzo? ¿Qué preparo?»,
dice. 320

«Dioses, yo os suplico, y Piedad, y sagradas leyes de los padres,
esta abominación prohibid y oponeos al crimen nuestro,

si aun así esto crimen es. Pero es que a condenar esta Venus la
piedad se niega, y se unen los animales otros

sin ningún delito, ni se tiene por indecente para la novilla 325

el llevar a su padre en su espalda; se hace la hija del caballo su
esposa,

y en las que engendró entra, en esos ganados, el cabrío, y por la
simiente

que concebida fue, de la misma concibe, la pájara.

Felices a los que tal lícito es. El humano cuidado

ha dado unas malignas leyes, y lo que la naturaleza permite,
330 envidiosas, sus leyes lo niegan. Pueblos, aun así, que hay se
cuenta en los cuales al nacido la madre, como la nacida al
padre,

se une y la piedad con ese geminado amor se acrece.

Desgraciada de mí que nacer no me alcanzó allí

y por la fortuna del lugar herida quedo. ¿Por qué a esto
regreso? 335 Esperanzas prohibidas, ¡apartaos! Digno de ser
amado

él, pero como padre, es. Así pues, si hija del gran Cíniras no fuese, con Cíniras yacer podría;

ahora, porque ya mío es, no es mío, y para mi daño es mi proximidad; ajena más poderosa sería. 340

Irme quiero lejos de aquí, y de la patria abandonar las fronteras, mientras del crimen así huya. Retiene este mal ardor a la enamorada, para que presente contemple a Cíniras, y a él le toque y hable,

y mis labios le acerque si nada se concede más allá.

¿Pero más allá esperar algo puedes, impía virgen? 345

¿Es que cuántas leyes y nombres confundirías acaso sientes?

¿No serás de tu madre la rival y la adúltera de tu padre?

¿Tú no la hermana de tu nacido y la madre te llamarás de tu hermano?

¿Y no temerás, crinadas de negra serpiente, a las hermanas, a las que con antorchas salvajes, sus ojos y sus rostros buscando, 350 los dañosos corazones ven? Mas tú, mientras en tu cuerpo no has sufrido esa abominación, en tu ánimo no la concibe, o, con un concúbito vedado, de la poderosa naturaleza no mancilles la ley.

Que él quiere supón: la realidad misma lo veta. Piadoso él y consciente es

de las normas... y oh, quisiera que similar delirio hubiera en él».

355

«Había dicho, mas Cíniras, al que la digna abundancia de pretendientes

qué debe hacer hace dudar, interroga a ella misma, dichos sus nombres, de cuál marido quiere ser.

Ella guarda silencio al principio, y de su padre en el rostro prendida arde, y de un tibio rocío inunda sus luces. 360

El de una doncella Cíniras creyendo que tal era el temor, llorar le veta, y le seca las mejillas, y besos de su boca le une. Mirra de ellos dados demasiado se goza y consultada cuál desea tener, por marido: «Semejante a ti», dijo, mas él

esas palabras no entendidas alaba y: «Sé 365

tan piadosa siempre», dice. De la piedad el nombre dicho

bajó ella el rostro, de su crimen para sí misma cómplice la doncella.

«De la noche era la mitad, y las angustias y cuerpos el sueño había liberado; mas a la doncella Cinireide, insomne, ese fuego

carpitur indomito furiosaque vota retractat 370 et modo desperat, modo vult temptare, pudetque et cupit, et, quid agat, non invenit, utque securi saucia trabs ingens, ubi plaga novissima restat, quo cadat, in dubio est omnique a parte

timetur, sic animus vario labefactus vulnere nutat 375 huc
levis atque illuc momentaque sumit utroque, nec modus et
requies, nisi mors, reperitur amoris. mors placet. erigitur
laqueoque innectere fauces destinat et zona summo de poste
revincta

"care, vale, Cinyra, causamque intellege mortis!" 380

dixit et aptabat pallenti vincula collo. 'Murmura verborum fidas
nutricis ad aures

pervenisse ferunt limen servantis alumnae. surgit anus
reseratque fores mortisque paratae instrumenta videns spatio
conclamat eodem 385 seque ferit scinditque sinus ereptaque
collo vincula dilaniat; tum denique flere vacavit,

tum dare complexus laqueique requirere causam. muta silet
virgo terramque inmota tuetur

et deprensa dolet tardae conamina mortis. 390 instat anus
canosque suos et inania nudans ubera per cunas alimenta
prima precatur,

ut sibi committat, quicquid dolet. illa rogantem aversata gemit;
certa est exquirere nutrix

nec solam spondere fidem. "dic" inquit "opemque 395

me sine ferre tibi: non est mea pigra senectus.

seu furor est, habeo, quae carmine sanet et herbis; sive aliquis
nocuit, magico lustrabere ritu;

ira deum sive est, sacris placabilis ira.

quid rear ulterius? certe fortuna domusque 400 sospes et in
cursu est: vivunt genetrixque paterque."

Myrrha patre audito suspiria duxit ab imo pectore; nec nutrix
etiamnum concipit ullum

mente nefas aliquemque tamen praesentit amorem;
propositique tenax, quodcumque est, orat, ut ipsi 405 indicet, et
gremio lacrimantem tollit anili

atque ita conplectens infirmis membra lacertis

"sensimus," inquit "amas! et in hoc mea (pone timorem)

sedulitas erit apta tibi, nec sentiet umquam

hoc pater." exiit gremio furibunda torumque 410 ore premens
"discede, precor, miseroque pudori parce!" ait; instanti "discede,
aut desine" dixit "quaerere, quid doleam! scelus est, quod scire
laboras." horret anus tremulasque manus annisque metuque
tendit et ante pedes supplex procumbit alumnae 415 et modo
blanditur, modo, si non conscia fiat,

terret et indicium laquei coeptaeque minatur mortis et officium
commisso spondet amori. extulit illa caput lacrimisque inplevit
obortis pectora nutricis conataque saepe fateri 420

saepe tenet vocem pudibundaque vestibus ora textit et "o" dixit
"felicem coniuge matrem!" hactenus, et gemuit. gelidus nutricis
in artus

ossaque (sensit enim) penetrat tremor, albaque toto vertice
canities rigidis stetit hirta capillis, 425 multaue, ut excuteret
diros, si posset, amores, addidit. at virgo scit se non falsa
moneri;

certa mori tamen est, si non potiat amor.

la desgarrar, indómito, y sus delirantes votos retoma, 370 y ora
desespera, ora quiere probarlo, y se avergüenza

y lo desea, y qué hacer no halla, y como de una segur herido un
tronco ingente, cuando el golpe supremo resta con el que caiga,
en duda está y por parte toda se teme, así su ánimo por esa
varia herida debilitado titubea, 375 aquí y allá, liviano, e impulso
toma hacia ambos lados,

y no mesura y descanso, sino la muerte, encuentra de ese amor:
la muerte place. Se levanta, y con un lazo anudar su garganta
determina, y su cinturón, de lo más elevado de una jamba
atando:

«Querido Cíniras, adiós, y el motivo de mi muerte entiende», 380
dijo, y estaba ajustando a su palideciente cuello las ligaduras.

«Los murmullos de esas palabras de la nodriza a los fieles oídos
que llegaron cuentan, que el umbral guardaba de su ahijada.

Se levanta la anciana y desatranca las puertas, y de la muerte
dispuesta los instrumentos viendo, en un mismo espacio grita,
385

y a sí se hiere, y se desgarran los senos, y arrancadas de su
cuello sus ligaduras destroza. Entonces finalmente de llorar tuvo
ocasión, de darle abrazos, y del lazo inquirir la causa.

Muda guarda silencio la doncella y la tierra inmóvil mira
y, sorprendidos sus intentos, se duele de su demorada muerte.
390 La apremia la anciana y las canas suyas desnudando y sus
vacíos pechos, por sus cunas y alimentos primeros le suplica
que a ella le confíe de cuanto se duele: ella, dando la espalda
a quien tal preguntaba, gime; decidida está a averiguarlo la
nodriza y no compromete su sola palabra. «Dime», le dice, «y
ayuda 395 déjame que te preste; no es perezosa la vejez mía:
o si delirio es, tengo lo que con un encantamiento te sanará y
con hierbas;
o si alguno te ha hecho daño, se te purificará con un mágico
rito; ira de los dioses si ello es, con sacrificios aplacable es esa
ira.

¿Qué calcule más allá? Ciertamente tu fortuna y tu casa 400 a
salvo y en su curso está: viven tu madre y tu padre».

Mirra, su padre al oír, suspiros sacó de lo hondo

de su pecho, y la nodriza, como todavía no concibe en su mente
ninguna abominación, sí presente, aun así, algún amor,
y en su propósito tenaz, cualquier cosa que ello sea le ruega
que a ella 405

revele y en su regazo de anciana, llorando ella, la levanta y así
rodeando con sus débiles brazos su cuerpo:

«Lo sentimos», dice: «estás enamorada. También en esto, deja
tu temor,

mi diligencia te será útil y no notará nunca

tal tu padre». Saltó de su regazo furibunda y hundió en su cama
410 el rostro; al apremiarla: «Vete y al mísero pudor, te ruego,
perdona -habla-. «Retírate o cesa», dijo, «de preguntarme de
qué sufro: un crimen es lo que por saber te afanas».

Se horroriza la anciana y sus temblorosas manos, de los años y
del miedo,

le tiende y ante los pies suplicante se postra, de su ahijada, 415
y ya la enternece, ya, si no la hace cómplice,

la aterra y con la delación de su lazo y de la emprendida muerte
la amenaza, y su servicio le promete para ese amor, siéndole a
ella confiado.

Saca ella su cabeza y de sus lágrimas llenó, brotadas,

el pecho de la nodriza, e intentando muchas veces confesar,
420 muchas veces contiene su voz, y su pudoroso rostro con sus
vestidos tapó y: Oh», dijo, «madre, feliz de tu esposo».

Hasta aquí, y sollozaba. Helado, en los miembros de la nodriza
y en sus huesos, pues lo sintió, penetra un temblor y blanca en
toda su cabeza su canicie se irguió, rígidos sus cabellos

y muchas cosas para que expulsara sus siniestros -si pudiera-
amores 425 añadió. Mas la doncella sabe que no falsas cosas le
aconseja: decidida a morir aun así está si no posee su amor.

"vive," ait haec, "potiere tuo"—et, non ausa "parente"

dicere, conticuit promissaque numine firmat. 430 'Festa piae
Cereris celebrabant annua matres

illa, quibus nivea velatae corpora veste primitias frugum dant
spicea sertae suarum perque novem noctes venerem tactusque
viriles in vetitis numerant: turba Cenchreis in illa 435 regis adest
coniunx arcanaque sacra frequentat. ergo legitima vacuus dum
coniuge lectus,

nacta gravem vino Cinyran male sedula nutrix, nomine mentito
veros exponit amores

et faciem laudat; quaesitis virginis annis 440

"par" ait "est Myrrhae." quam postquam adducere iussa est
utque domum rediit, "gaude, mea" dixit "alumna: vicimus!"
infelix non toto pectore sentit

laetitiam virgo, praesagaque pectora maerent,

sed tamen et gaudet: tanta est discordia mentis. 445 'Tempus
erat, quo cuncta silent, interque triones

flexerat obliquo plaustrum temone Bootes: ad facinus venit illa
suum; fugit aurea caelo luna, tegunt nigrae latitantia sidera
nubes;

nox caret igne suo; primus tegis, Icare, vultus, 450 Erigoneque
pio sacrata parentis amore.

ter pedis offensi signo est revocata, ter omen funereus bubo
letali carmine fecit:

it tamen, et tenebrae minuunt noxque atra pudorem;
nutricisque manum laeva tenet, altera motu 455 caecum iter
explorat. thalami iam limina tangit, iamque fores aperit, iam
ducitur intus: at illi

poplite succiduo genua intremuere, fugitque

et color et sanguis, animusque relinquit euntem. quoque suo
propior sceleri est, magis horret, et ausi 460 paenitet, et vellet
non cognita posse reverti. cunctantem longaeva manu deducit
et alto admotam lecto cum traderet "accipe," dixit,

"ista tua est, Cinyra" devotaque corpora iunxit. accipit obsceno
genitor sua viscera lecto 465 virgineosque metus levat

hortaturque timentem. forsitan aetatis quoque nomine "filia"
dixit, dixit et illa "pater," sceleri ne nomina desint.

'Plena patris thalamis excedit et in pia diro semina fert utero
conceptaque crimina portat. 470 postera nox facinus geminat,
nec finis in illa est, cum tandem Cinyras, avidus cognoscere
amantem post tot concubitus, inlato lumine vidit

et scelus et natam verbisque dolore retentis

pendenti nitidum vagina deripit ensem; 475

Myrrha fugit: tenebrisque et caecae munere noctis intercepta
neci est latosque vagata per agros palmiferos Arabas
Panchaeaque rura relinquit perque novem erravit redeuntis
cornua lunae, cum tandem terra requievit fessa Sabaea; 480

vixque uteri portabat onus. tum nescia voti atque inter
mortisque metus et taedia vitae est tales complexa preces: "o
siqua patetis numina confessis, merui nec triste recuso

supplicium, sed ne violem vivosque superstes 485 mortuaque
extinctos, ambobus pellite regnis mutataeque mihi vitamque
necemque negate!"

«Vive», le dice ella, «poseerás a tu» y no osando decir padre
calló, y sus promesas con una divinidad confirma.

«Las fiestas de la piadosa Ceres, anuales, celebraban las
madres, 430

aquéllas, en que con nivea veste velando sus cuerpos,
las primicias dan de sus cosechas, de espiga en guirnaldas, y
por nueve noches la Venus y los contactos masculinos
entre las cosas vedadas se numeran. En la multitud esa
Cencreide, 435 del rey la esposa, se halla y los arcanos
sacrificios frecuenta.

Así pues, de su legítima esposa mientras vacío está su lecho,
al encontrarse ella muy cargado de vino a Cíniras, mal diligente
la nodriza,

con un nombre mentido, verdaderos le expone unos amores y
su faz alaba; al preguntársele de la doncella los años: 440

«Pareja», dice, «es a Mirra». A la cual, después que conducirla a
su presencia

se le ordenó y cuando volvió al palacio: «Alégrate», dijo, «mi
ahijada: hemos vencido». Infeliz, no en todo su pecho siente
alegría la doncella, y su présago pecho está afligido,

pero aun así también se alegra: tan grande es la discordia de su
mente. 445

«El tiempo era en el que todas las cosas callan, y entre los
Triones

había girado, oblicuo el timón, su carro el Boyero.

Hacia la fechoría suya llega ella. Huye áurea del cielo
la luna, cubren negras a unas guarecidas estrellas las nubes.
La noche carece de su fuego propio. Primero cubres tú, Ícaro,
tu rostro, 450
y Erígone, por tu piadoso amor de tu padre consagrada.
Tres veces por la señal de su pie tropezado fue disuadida, tres
veces su omen
un fúnebre búho con su letal canto hizo.
Va ella, aun así, y las tinieblas minoran y la noche negra su
pudor,
y de la nodriza la mano con la suya izquierda tiene, la otra con
su movimiento 455
el ciego camino explora. Del tálamo ya los umbrales toca, y ya
las puertas abre, ya se mete dentro, mas a ella,
al doblar las rodillas le temblaban las corvas y huyen color y
sangre y su ánimo la abandona al ella marchar.
Y cuanto más cerca de su propio crimen está, más se horroriza
y de su osadía 460
le pesa y quisiera, no conocida, poder retornar.
A ella que dudaba, la de la larga edad de la mano la hace bajar
y acercada
al alto lecho, cuando la entregaba: «Recíbela», dijo, ésta tuya
es, Cíniras» y unió su malditos cuerpos.

«Recibe en el obscuro lecho su padre a sus entrañas 465 y de doncella sus miedos alivia y la anima en su temor.

Quizás, el de su edad, también con el nombre de hija la llamó, lo llamó también ella padre, para que al crimen sus nombres no faltaran. Llena de su padre de sus tálamos se retira e impías en su siniestro vientre lleva sus semillas y sus concebidas culpas porta. 470

La posterior noche la fechoría duplica y un fin en ella no hay, cuando finalmente Cíniras, ávido de conocer a su amante después de tantos concúbitos, acercándole una luz vio su crimen y a su nacida, y retenidas por el dolor las palabras de su vaina suspendida arranca su nítida espada. 475

Mirra huye, y con las tinieblas y por regalo de la ciega noche robada le fue a la muerte y, tras vagar por los anchos campos, los palmíferos árabes y de Panquea los sembrados atrás deja y durante nueve cuernos anduvo errante de la reiterada luna, cuando finalmente descansó agotada en la tierra Saba, 480 y apenas de su útero portaba la carga. Entonces, ignorante ella de su voto

y de la muerte entre los miedos y los hastíos de su vida, entrelazó tales plegarias: «Oh divinidades si algunas os ofrecéis a los confesos, he merecido y triste no rehúso

mi suplicio, pero para que yo no ofenda sobreviviente a los
vivos 485 y a los extinguidos muerta, de ambos reinos
expulsadme

y a mí, mutada, la vida y la muerte negadme».

numen confessis aliquod patet: ultima certe vota suos habuere
deos. nam crura loquentis

terra supervenit, ruptosque obliqua per ungues 490 porrigitur
radix, longi firmamina trunci,

ossaque robur agunt, mediaque manente medulla sanguis it in
sucos, in magnos bracchia ramos, in parvos digiti, duratur
cortice pellis.

iamque gravem crescens uterum perstrinxerat arbor 495
pectoraque obruerat collumque operire parabat: non tulit illa
moram venientique obvia ligno subsedit mersitque suos in
cortice vultus.

quae quamquam amisit veteres cum corpore sensus, flet tamen,
et tepidae manant ex arbore guttae. 500 est honor et lacrimis,
stillataque cortice murra nomen erile tenet nulloque tacebitur
aevo.

'At male conceptus sub robore creverat infans quaerebatque
viam, qua se genetrice relictâ exsereret; media gravidus tumet
arbore venter. 505 tendit onus matrem; neque habent sua verba
dolores, nec Lucina potest parientis voce vocari.

nitenti tamen est similis curvataque crebros

dat gemitus arbor lacrimisque cadentibus umet. constitit ad
ramos mitis Lucina dolentes 510 admovitque manus et verba
puerpera dixit: arbor agit rimas et fissa cortice vivum

reddit onus, vagitque puer; quem mollibus herbis naides
inpositum lacrimis unxere parentis. laudaret faciem Livor
quoque; qualia namque 515 corpora nudorum tabula pinguntur
Amorum,

talis erat, sed, ne faciat discrimina cultus, aut huic adde leves,
aut illis deme pharetras.

'Labitur occulte fallitque volatilis aetas, et nihil est annis
velocius: ille sorore 520 natus avoque suo, qui conditus arbore
nuper,

nuper erat genitus, modo formosissimus infans, iam iuvenis, iam
vir, iam se formosior ipso est, iam placet et Veneri matrisque
ulciscitur ignes.

namque pharetratus dum dat puer oscula matri, 525 inscius
exstanti destrinxit harundine pectus;

laesa manu natum dea reppulit: altius actum vulnus erat specie
primoque fefellerat ipsam. capta viri forma non iam Cythereia
curat

litora, non alto repetit Paphon aequore cinctam 530
piscosamque Cnidon gravidamve Amathunta metallis; abstinet
et caelo: caelo praefertur Adonis.

hunc tenet, huic comes est adsuetaque semper in umbra
indulgere sibi formamque augere colendo

per iuga, per silvas dumosaque saxa vagatur 535 fine genus
vestem ritu succincta Dianae hortaturque canes tutaeque
animalia praedae,

aut pronos lepores aut celsum in cornua cervum aut agitat
dammas; a fortibus abstinet apris raptoresque lupos
armatosque unguibus ursos 540 vitat et armenti saturatos
caede leones.

te quoque, ut hos timeas, siquid prodesse monendo possit,
Adoni, monet, "fortis" que "fugacibus esto" inquit; "in audaces
non est audacia tuta.

Divinidad para los confesos alguna se ofrece: sus últimos votos,
ciertamente, sus sus dioses tuvieron, pues sobre las piernas de
la que hablaba tierra sobrevino y oblicua a través de sus uñas
por ella rotas 490

se extiende una raíz, de su largo tronco los firmamentos,

y sus huesos robustez toman, y en medio quedando la médula,
la sangre se vuelve en jugos, en grandes ramas los brazos,
en pequeñas los dedos, se endurece en corteza la piel.

Y ya su grávido útero en creciendo le había constreñido el árbol,
495 y su pecho había enterrado, y su cuello a cubrirle se
disponía:

no soportó ella esa demora y yendo contraria al leño bajo él se
asentó y sumergió en su corteza su rostro.

La cual, aunque perdió con su cuerpo sus viejos sentidos, llora
aun así, y tibias manan del árbol gotas. 500

Tienen su honor también las lágrimas y destilada de su corteza
la mirra

el nombre de su dueña mantiene y en ninguna edad de ella se
callará.

Venus y Adonis (I)

«Mas, mal concebido, bajo su robustez había crecido ese bebé y
buscaba la vía por la que, a su madre abandonando,
pudiera salir él. En la mitad del árbol grávido se hincha su
vientre. 505 Tensa su carga a la madre, y no tienen sus palabras
esos dolores,

ni a Lucina puede de la parturienta la voz invocar.

A una que pujara, aun así, se asemeja y curvado incesantes

da gemidos el árbol y de lágrimas que le van cayendo mojado está. Se detiene junto a sus ramas, dolientes, la compasiva Lucina 510 y le acercó sus manos y las palabras puérperas le dijo:

el árbol hace unas grietas y, hendida su corteza, viva restituye su carga y sus vagidos da el niño. Al cual, sobre las mullidas hierbas

las náyades imponiéndolo, con lágrimas lo ungieron de su madre.

Podría alabar su belleza la Envidia incluso, pues cuales 515 los cuerpos de los desnudos Amores en un cuadro se pintan, tal era, pero, para que no haga distinción su aderezo, o a éste añádelas, leves, o a aquéllos quita las aljabas.

«Discurre ocultamente y engaña la volátil edad,
y nada hay que los años más veloz. Él, de su hermana nacido 520 y del abuelo suyo, que, escondido en un árbol ahora poco, ahora poco había nacido, ora hermosísimo bebé,
ya joven, ya hombre, ya que sí más hermoso mismo es,
ya complace incluso a Venus, y de su madre venga los fuegos.
Pues, vestido de aljaba, mientras besa el niño la boca a su madre, 525 sin darse cuenta con una sobresaliente caña rasgó su pecho.

Herida, con la mano a su nacido la diosa rechaza: más profundamente llegado la herida había que su aspecto, y al principio a ella misma había engañado.

Cautivada de tal hombre por la hermosura, ya no cura de las playas

de Citera, no, de su profundo mar ceñida, vuelve a Pafos, 530 y a la rica en peces Gnido, o a Amatunta, grávida de metales. Se abstiene también del cielo: al cielo antepone a Adonis.

A él retiene, de él séquito es, y acostumbrando siempre en la sombra a permitirse estar y su belleza a aumentar cultivándola, por las cimas, por los bosques y espinosas rocas deambula, 535 con el vestido al límite de la rodilla, remangada al rito de Diana, y anima a los perros, y animales de segura presa persigue:

o las liebres abalanzadas, o elevado hacia sus cuernos el ciervo, o los gamos. De los valientes jabalíes se abstiene

y a los lobos robadores, y armados de uña a los osos 540 evita y saturados de su matanza de la manada a los leones.

A ti también que de ellos temas, si de algo servirte aconsejando pueda, Adonis, te aconseja y: «Valiente con los que huyen sé», dice, «contra los audaces no es la audacia segura.

parce meo, iuvenis, temerarius esse periclo, 545 neve feras, quibus arma dedit natura, lacesse, stet mihi ne magno tua

gloria. non movet aetas nec facies nec quae Venerem movere,
leones

saetigerosque sues oculosque animosque ferarum. fulmen
habent acres in aduncis dentibus apri, 550 impetus est fulvis et
vasta leonibus ira, invisumque mihi genus est." quae causa,
roganti "dicam," ait "et veteris monstrum mirabere culpae. sed
labor insolitus iam me lassavit, et, ecce, opportuna sua
blanditur populus umbra, 555

datque torum caespes: libet hac requiescere tecum" (et
requevit) "humo" pressitque et gramen et ipsum inque sinu
iuvenis posita cervice reclinis

sic ait ac mediis interserit oscula verbis:

"Forsitan audieris aliquam certamine cursus 560 veloces
superasse viros: non fabula rumor

ille fuit; superabat enim. nec dicere posses, laude pedum
formaene bono praestantior esset. scitanti deus huic de coniuge
'coniuge' dixit

'nil opus est, Atalanta, tibi: fuge coniugis usum. 565 nec tamen
effugies teque ipsa viva carebis.' territa sorte dei per opacas
innuba silvas

vivit et instantem turbam violenta procorum condicione fugat,
'ne' c 'sum potiunda, nisi' inquit 'victa prius cursu. pedibus

contendite mecum: 570 praemia veloci coniunx thalamicque
dabuntur, mors pretium tardis: ea lex certaminis esto.'

illa quidem inimitis, sed (tanta potentia formae est) venit ad
hanc legem temeraria turba procorum. sederat Hippomenes
cursus spectator iniqui 575 et 'petitur cuiquam per tanta
pericula coniunx?' dixerat ac nimios iuvenum damnarat amores;

ut faciem et posito corpus velamine vidit, quale meum, vel
quale tuum, si femina fias,

obstipuit tollensque manus 'ignoscite,' dixit 580 'quos modo
culpavi! nondum mihi praemia nota, quae peteretis, erant.'
laudando concipit ignes

et, ne quis iuvenum currat velocius, optat invidiaque timet. 'sed
cur certaminis huius intemptata mihi fortuna relinquitur?' inquit
585 'audentes deus ipse iuvat!' dum talia secum exigit

Hippomenes, passu volat alite virgo. quae quamquam Scythica
non setius ire sagitta Aonio visa est iuveni, tamen ille decorem
miratur magis: et cursus facit ipse decorem. 590 aura refert
ablata citis talaria plantis,

tergaque iactantur crines per eburnea, quaeque poplitibus
suberant picto genualia limbo; inque puellari corpus candore
ruborem

traxerat, haud aliter, quam cum super atria velum 595

candida purpureum simulatas inficit umbras.

dum notat haec hospes, decursa novissima meta est, et tegitur
festa victrix Atalanta corona.

dant gemitum victi penduntque ex foedere poenas.

'''Non tamen eventu iuvenis deterritus horum 600

constitit in medio vultuque in virgine fixo

Cesa de ser, oh joven, temerario para el peligro mío,

y a las fieras a las que armas dio la naturaleza no hieras, 545

no me resulte a mí cara tu gloria. No conmueve la edad,

ni la hermosura, ni lo que a Venus ha movido, a los leones, y a

los cerdosos jabalíes y a los ojos y ánimos de las fieras. Un rayo

tienen en sus corvos dientes esos agrios cerdos,

su ímpetu tienen, rubios, y su vasta ira los leones 550

y odiosa me es esa raza». Cuál el motivo, a quien lo preguntaba:

«Te lo diré», dice, «y de la monstruosidad te maravillarás de una

antigua culpa. Pero este esfuerzo desacostumbrado ya me ha

cansado, y he aquí que con su sombra nos seduce oportuno

este álamo 555

y nos presta un lecho el césped: me apetece en ella descansar

contigo

-y descansa- en este suelo» y se echa en el césped, y en él y en

el seno del joven dejado su cuello, reclinado él,

así dice, y en medio intercala besos de sus palabras:

Hipómenes y Atalanta

«Quizás hayas oído de una mujer que en el certamen de la
carrera 560

superó a los veloces hombres. No una habladuría el rumor aquel
fue, pues los superaba, y decir no podrías

si por la gloria de sus pies, o de su hermosura por el bien, más
destacada fuera.

Al interrogarle ella sobre su esposo, el dios: «De esposo», dijo,
«no has menester, Atalanta, tú. Huye del uso de un esposo.565
Y aun así no le huirás y de ti misma, viva tú, carecerás».

Aterrada por la ventura del dios, por los opacos bosques innúbil
vive y a la acuciante turba de sus pretendientes, violenta,
con una condición ahuyenta y: «Poseída no he de ser, salvo»,
dice,

«vencida primero en la carrera. Con los pies contendes
conmigo. 570 De premios al veloz esposa y tálamos se le darán;
la muerte el precio para los tardos. Tal la ley del certamen sea».
Ella ciertamente dura, pero -tan grande el poder de la
hermosura es- acude a tal ley, temeraria, una multitud de
pretendientes.

Se había sentado Hipómenes de la carrera inicua como espectador, 575 y: «¿Puede alguien buscar por medio de tantos peligros esposa?», había dicho, y excesivos había condenado de esos jóvenes sus amores, cuando su faz, y dejado su velo, su cuerpo vio,

cual el mío, o cual el tuyo, si mujer te hicieras:

quedó suspendido y levantando las manos: «Perdonadme», 580 dijo, «los que ora he recriminado. Todavía los premios conocidos, que buscabais, no me eran». En elogiándola concibe fuegos,

y que ninguno de los jóvenes corra más veloz desea y con envidia teme: «¿Pero por qué del certamen este no tentada la fortuna he de dejar?», dice. 585

«A los osados un dios mismo ayuda». Mientras tal consigo mismo trata Hipómenes, con paso vuela alado la doncella.

La cual, aunque avanzar no menos que una saeta escita pareció al joven aonio, aun así él de su gracia

se admira más: incluso la carrera misma la agraciaba. 590

El aura echa atrás, arrebatados por sus rápidas plantas, sus talaes, y por sus espaldas de marfil se agita su pelo, y las rodilleras

que sus corvas llevaban con su pintada orla

y en su candor de jovencita su cuerpo había producido

un rubor, no de otro modo que cuando sobre los atrios
cándidos 595 un velo de púrpura simuladas tiñe las sombras.

Mientras nota tal el huésped recorrida la última meta fue y es
cubierta, vencedora Atalanta, de una festiva corona.

Un gemido dan los vencidos y pagan, según el pacto, sus
condenas.

«No, aun así, por el destino de ellos aterrado, el joven 600 se
apostó en medio y su rostro en la doncella fijo:

'quid facilem titulum superando quaeris inertes? mecum confer'
ait. 'seu me fortuna potentem fecerit, a tanto non indignabere
vinci:

namque mihi genitor Megareus Onchestius, illi 605 est Neptunus
avus, pronepos ego regis aquarum, nec virtus citra genus est;
seu vincar, habebis Hippomene victo magnum et memorabile
nomen.' talia dicentem molli Schoeneia vultu

aspicit et dubitat, superari an vincere malit, 610 atque ita 'quis
deus hunc formosis' inquit 'iniquus perdere vult caraque iubet
discrimine vitae coniugium petere hoc? non sum, me iudice,
tanti. nec forma tangor, (poteram tamen hac quoque tangi) sed
quod adhuc puer est; non me movet ipse, sed aetas. 615 quid,
quod inest virtus et mens interrita leti?

quid, quod ab aequorea numeratur origine quartus? quid, quod
amat tantique putat conubia nostra,

ut pereat, si me fors illi dura negarit?

dum licet, hospes, abi thalamosque relinque cruentos. 620
coniugium crudele meum est, tibi nubere nulla nolet, et optari
potes a sapiente puella.—

cur tamen est mihi cura tui tot iam ante peremptis? viderit!
intereat, quoniam tot caede procorum admonitus non est
agiturque in taedia vitae.— 625 occidet hic igitur, voluit quia
vivere mecum, indignamque necem pretium patietur amoris?
non erit invidiae victoria nostra ferendae.

sed non culpa mea est! utinam desistere velles,

aut, quoniam es demens, utinam velocior esses! 630 at quam
virgineus puerili vultus in ore est!

a! miser Hippomene, nollem tibi visa fuissem! vivere dignus eras.
quodsi felicior essem,

nec mihi coniugium fata inportuna negarent, unus eras, cum
quo sociare cubilia vellem.' 635 dixerat, utque rudis primoque
cupidine tacta, quod facit, ignorans amat et non sentit amorem.

""Iam solitos poscunt cursus populusque paterque,

cum me sollicita proles Neptunia voce

invocat Hippomenes 'Cytherea,' que 'conprecor, ausis 640 adsit'
ait 'nostris et quos dedit, adiuvet ignes.' detulit aura preces ad
me non invida blandas: motaque sum, fateor, nec opis mora
longa dabatur. est ager, indigenae Tamasenum nomine dicunt,

telluris Cypriae pars optima, quem mihi prisci 645 sacravere
senes templisque accedere dotem

hanc iussere meis; medio nitet arbor in arvo, fulva comas, fulvo
ramis crepitantibus auro: hinc tria forte mea veniens decerpta
ferebam aurea poma manu nullique videnda nisi ipsi 650
Hippomenen adii docuique, quis usus in illis.

signa tubae dederant, cum carcere pronus uterque emicat et
summam celeri pede libat harenam: posse putes illos sicco freta
radere passu

et segetis canae stantes percurrere aristas. 655 adiciunt animos
iuveni clamorque favorque verbaque dicentum 'nunc, nunc
incumbere tempus! Hippomene, propera! nunc viribus utere
totis! pelle moram: vinces!' dubium, Megareius heros gaudeat an
virgo magis his Schoeneia dictis. 660

«¿Por qué un fácil título buscas venciendo a unos inertes.

Conmigo compárate», dice, «o, si a mí la fortuna poderoso

me ha de hacer, por alguien tan grande no serás indigna de ser
vencida.

Pues el padre mío, Megáreo de Onquesto; de él 605 es Neptuno
el abuelo, bisnieto yo del rey de las aguas,

ni mi virtud por detrás de mi linaje está. O si vencido soy,
obtendrás, Hipómenes vencido, un grande y memorable
nombre».

Al que tal decía con tierno rostro la Esqueneide

lo contempla y duda si ser superada o vencer prefiera, 610 y así:

«¿Qué dios a éste, para los hermosos -dice- injusto, perder quiere y con el riesgo le ordena de su amada vida este matrimonio perseguir? No merezco, a juicio mío, tanto.

Y no su hermosura me conmueve -podía aun así de ella también conmoverme-, sino el que todavía un niño es. No me conmueve de él sino su edad. 615

Qué el que tiene virtud y una mente impertérrita de la muerte.

Qué el que de su marino origen se compute el cuarto.

Qué el que está enamorado y en tanto estima la boda nuestra que moriría si a mí la fortuna, a él dura, le negara.

Mientras puedes, huésped, vete y estos tálamos deja atrás cruentos. 620 Matrimonio cruel el mío es, contigo casarse ninguna no querrá

y ser deseado puedes por una inteligente niña.

Por qué, aun así, siento pesar por ti, cuando tantos ya antes han muerto. Él verá. Que perezca puesto que con tanta muerte de pretendientes advertido no fue y se deja llevar a los hastíos de la vida. 625

¿Caerá él, así pues, porque quiso vivir conmigo,

y el de una indigna muerte por precio sufrirá de su amor?

Inquina no nos ha de traer la victoria nuestra.

Pero culpa mía no es. Ojalá desistir quisieras,
o puesto que en tu juicio no estás, ojalá más veloz fueses. 630
Mas cuán virginal en su cara de niño su rostro es.

Ay, triste Hipómenes, no quisiera por ti vista haber sido.

De vivir digno eras, que si más feliz yo fuera
y a mí el matrimonio mis hados importunos no me negaran, el
único eras con quien asociar mi lecho querría». 635

Había dicho y, como inexperta y por su primer deseo tocada,
de que lo está ignorante, está enamorada, y no lo siente amor.

«Ya las acostumbradas carreras demandan pueblo y padre,
cuando a mí, con angustiada voz, el descendiente de Neptuno
me invoca, Hipómenes, y: «Citerea, suplico, a las osadías asista
nuestras», 640 dice, «y los que ella dio, ayude a esos fuegos».

Bajó una brisa no envidiosa hasta mí esas súplicas tiernas.

Conmovida quedé, lo confieso, y una demora larga para el
socorro no se me daba.

Hay un campo, los nativos tamaseno por nombre le dan,
de la tierra chipriota la parte mejor, el cual a mí los ancianos
645 de antaño me consagraron y que a mis templos se sumara
dote tal ordenaron. En la mitad brilla un árbol de ese campo,
rubio de cabello, de rubio oro sus ramas crepitantes.

De allí volviendo yo al acaso, llevaba, en número de tres,
arrancadas de mi mano, unas frutas de oro, y sin que nadie ver

me pudiera, salvo él mismo, 650 a Hipómenes me acerqué y le
instruí de qué su uso en ellas.

Sus señales las tubas habían dado, cuando de la barrera
abalanzado uno y otro

centellea y la suprema arena con rápido pie pizca: poder los
creerías a ellos, con seco paso, rasar el mar,

y de una mies cana, ella en pie, recorrer las aristas. 655 Le
añaden ánimos al joven el clamor y el favor y las

palabras de quienes decían: Ahora, ahora de aligerar es el
tiempo, Hipómene, apresura, ahora de tus fuerzas usa todas.

Rechaza la demora: vencerás». En duda si el héroe de Megareo
se alegre o la doncella más, la Esqueneia, de estas palabras.

660

o quotiens, cum iam posset transire, morata est spectatosque
diu vultus invita reliquit!

aridus e lasso veniebat anhelitus ore,

metaque erat longe: tum denique de tribus unum fetibus
arboreis proles Neptunia misit. 665

obstipuit virgo nitidique cupidine pomi declinat cursus
aurumque volubile tollit;

praeterit Hippomenes: resonant spectacula plausu. illa moram
celeri cessataque tempora cursu corrigit atque iterum iuvenem
post terga relinquit: 670 et rursus pomi iactu remorata secundi
consequitur transitque virum. pars ultima cursus restabat; 'nunc'
inquit 'ades, dea muneris auctor!' inque latus campi, quo tardius
illa rediret,

iecit ab obliquo nitidum iuvenaliter aurum. 675 an peteret, virgo
visa est dubitare: coegi

tollere et adieci sublato pondera malo inpediique oneris pariter
gravitate moraque, neve meus sermo cursu sit tardior ipso,

praeterita est virgo: duxit sua praemia victor. 680 "'Dignane, cui
grates ageret, cui turis honorem

ferret, Adoni, fui? nec grates inmemor egit, nec mihi tura dedit.
subitam convertor in iram,

contemptuque dolens, ne sim spernenda futuris, exemplo caveo
meque ipsa exhortor in ambos: 685

templa, deum Matri quae quondam clarus Echion fecerat ex
voto, nemorosis abdita silvis, transibant, et iter longum
requiescere suasit;

illic concubitus intempestiva cupido

occupat Hippomenen a numine concita nostro. 690 luminis
exigui fuerat prope templa recessus, speluncae similis, nativo
pumice tectus,

religione sacer prisca, quo multa sacerdos lignea contulerat
veterum simulacra deorum; hunc inquit et vetito temerat sacraria
probro. 695 sacra retorserunt oculos, turritaque Mater

an Stygia fontes dubitavit mergeret unda: poena levis visa est;
ergo modo levia fulvae colla iubae velant, digiti curvantur in
ungues,

ex umeris armi fiunt, in pectora totum 700

pondus abit, summae cauda verruntur harenae; iram vultus
habet, pro verbis murmura reddunt, pro thalamis celebrant
silvas aliisque timendi dente premunt domito Cybeleia frena
leones.

hos tu, care mihi, cumque his genus omne ferarum, 705 quod
non terga fugae, sed pugnae pectora praebet, effuge, ne virtus
tua sit damnosa duobus!"

'Illa quidem monuit iunctisque per aera cycnis carpit iter, sed
stat monitis contraria virtus.

forte suem latebris vestigia certa secuti 710

excivere canes, silvisque exire parantem fixerat obliquo iuvenis
Cinyreius ictu: protinus excussit pando venabula rostro

sanguine tincta suo trepidumque et tuta petentem trux aper
insequitur totosque sub inguine dentes 715 abdidit et fulva
moribundum stravit harena.

vecta levi curru medias Cytherea per auras

Oh cuántas veces, cuando ya podía pasarlo, demoróse,
y contemplado mucho tiempo su rostro a su pesar lo dejó atrás.
Árido, de su fatigada boca le llegaba su anhélito,
y la meta estaba lejos. Entonces al fin de los tres uno,
de los retoños del árbol, envió el descendiente de Neptuno.665
Quedó suspendida la doncella, y del nítido fruto por el deseo
declina su carrera y el oro voluble recoge.

La deja atrás Hipómenes: resuenan las gradas del aplauso. Ella
su demora con rápida carrera, y los cesados tiempos, corrige, y
de nuevo al joven tras sus espaldas deja. 670

Y de nuevo, con el lanzamiento de un fruto demorada, del
segundo, es alcanzada, y pasa ella al varón. La parte última de
la carrera restaba. «Ahora», dice, «acude, diosa, autora de este
regalo».

Y a un costado del campo, para que más tarde ella volviera,
lanza oblicuamente, nítido, juvenilmente, el oro. 675

Si lo buscaría la doncella pareció dudar, la obligué

a recogerla y añadí, por ella levantada, pesos a la manzana y la
impedí a la par por el peso de su carga y la demora,
y para que mi discurso que la propia carrera no sea más lento,
atrás dejada fue la doncella: se llevó sus premios el vencedor.
680

«¿Digna de que las gracias me diera, de que del incienso el
honor me llevara, Adonis, no fui? Ni las gracias, olvidado, me
dio ni inciensos a mí me puso. A una súbita ira me torno
y, dolida por el desprecio, de no ser despreciada por los
venideros,
con un ejemplo me cuido y a mí misma yo me incito contra
ambos. 685

Por unos templos que a la madre de los dioses en otro tiempo el
claro Equión había hecho por exvoto, merced a unos nemorosos
bosques escondidos, atravesaban ellos, y el camino largo a
descansar les persuadió.

Allí, el intempestivo deseo de yacer con ella
se apodera de Hipómenes, excitado por la divinidad nuestra.
690 De luz exigua había cerca de esos templos un receso,
a una caverna semejante, de nativa pómez cubierto,
por una religión primitiva sagrado, adonde su sacerdote,

de leño, había llevado muchas representaciones de viejos dioses. Aquí entra y con ese vedado oprobio ultraja los sagrarios. 695

Los sagrados objetos volvieron sus ojos, y coronada de torres la Madre en la estigia onda a los pecadores duda si sumergir.

Condena leve le pareció. Así pues, unas rubias crines velan, poco antes tersos, sus cuellos, sus dedos se curvan en uñas, de sus hombros unas espaldillas se hacen, hacia su pecho todo 700 su peso se va, las supremas arenas barridas son de su cola.

Ira su rostro tiene, en vez de palabras murmullos hacen, en vez de sus tálamos frecuentan los bosques y, para otros de temer, con su diente domado aprietan de Cibeles los frenos, los leones.

De ellos tú, querido mío, y con ellos del género todo de las fieras, 705 el que no sus espaldas a la huida, sino a la lucha su pecho ofrece, rehúye, no sea la virtud tuya dañosa para nosotros dos».

Venus y Adonis (II): muerte de Adonis

«Ella ciertamente tal le aconsejó y, juntos por los aires sus cisnes, emprende el camino. Pero se alza a los consejos contraria la virtud.

Un cerdo fuera de sus guaridas, sus huellas ciertas siguiendo,
710 dieron en sacar los perros, y de las espesuras a salir cuando
se dispone, le atravesó el joven Cinireio con un oblicuo golpe.

En seguida sacudió con su curvo hocico los venablos,
de sangre teñidos, y a él, tembloroso y la seguridad buscando,
el sangriento jabalí le sigue y enteros bajo la ingle los dientes
715 le hunde y en la rubia arena, moribundo, lo dejó
tendido.

Llevada en su leve carro por mitad de las auras Citerea,

Cypron olorinis nondum pervenerat alis: agnovit longe gemitum
morientis et albas

flexit aves illuc, utque aethere vidit ab alto 720 exanimem inque
suo iactantem sanguine corpus, desiluit pariterque sinum
pariterque capillos rupit et indignis percussit pectora palmis
questaque cum fatis "at non tamen omnia vestri

iuris erunt" dixit. "luctus monimenta manebunt 725 semper,
Adoni, mei, repetitaque mortis imago annua plangoris peraget
simulamina nostri;

at cruor in florem mutabitur. an tibi quondam femineos artus in
olentes vertere mentas, Persephone, licuit: nobis Cinyreius heros
730 invidiae mutatus erit?" sic fata cruorem nectare odorato
sparsit, qui tinctus ab illo intumuit sic, ut fulvo perlucida caeno

surgere bulla solet, nec plena longior hora

facta mora est, cum flos de sanguine concolor ortus, 735
qualem, quae lento celant sub cortice granum, punica ferre
solent; brevis est tamen usus in illo; namque male haerentem et
nimia levitate caducum excutiunt idem, qui praestant nomina,
venti.'

a Chipre con las cígneas alas todavía no había llegado.
Reconoció de lejos el gemido de aquel que moría y blancas allí
giró sus aves, y cuando desde el éter alto lo vio, 720 exánime, y
en su propia sangre agitando su cuerpo,
saltó abajo y al par su seno y al par su cabellos quebró y
golpeó, indignas, su pecho con sus palmas,
y lamentándose con los hados: «Mas no, aun así, todas las
cosas de vuestra jurisdicción han de ser», dijo. «De este luto los
recuerdos permanecerán 725 siempre, Adonis, del luto mío y la
imagen repetida de tu muerte anuales remedos hará de los
golpes del duelo nuestro.

Mas tu crúor en flor se mutará, ¿o es que a ti en otro tiempo un
femíneo cuerpo convertir en olientes mentas,

Perséfone, te fue concedido, y mal se verá que por mí 730 sea
mutado el héroe Cinireio?». Así diciendo su crúor
con néctar perfumado asperjó, la cual, teñido de él,

se hinchó así como en el rubio cieno totalmente traslúcida
levantarse una burbuja suele, y no más larga que una hora
plena

resultó la demora, cuando una flor, de la sangre concolor,
surgió, 735 cual los que esconden bajo su tersa corteza su
grano, los bermellones granados llevar suelen. Breve es aun así
su uso en él,

pues mal prendido y por su excesiva levedad caduco,

lo sacuden los mismos que le prestan sus nombres, los vientos».

UNDÉCIMO LIBRO

Mientras Orfeo mueve con su canto selvas y fieras y rocas, he aquí que las bacantes, vestidas de pieles de fieras, lo miran desde la cima de un collado. Una de ellas, con el cabello flotante, señala a las otras el desprecio de que son objeto, y arroja el tirso contra la boca del vate. Las hojas que cubrían aquél, lo hicieron inofensivo. Otra lanza una piedra, que se rinde al acuerdo de la voz y la lira, y yace a los pies de Orfeo. Se enardecen las atacantes y reina la Erinia, y el clamor que levantan y el sonido de flautas y tímpanos y los ululatos apagan el canto del vate, y las piedras, que no lo escuchan, lo hieren y se enrojecen con su sangre (1-19).

Todavía atónita por la voz del vate, las bacantes matan multitud de pájaros y sierpes y fieras, testigos de su gloria. Después van contra él mismo, unidas como aves espantadas por la presencia de un búho; o como perros que en los juegos matutinos del anfiteatro siguen a un ciervo, y le arrojan sus tirsos, y luego terrones, ramas y piedras. Cerca de allí, los labriegos que trabajaban la tierra habían huido al escuchar el tumulto, dejando abandonados sachos y rastros y azadas. Los recogen las bacantes, y después de despedazar a los bueyes, regresan a Orfeo y lo matan mientras él tiende las manos y dice palabras que, por única vez, a nadie conmueven. Por su boca, que oyeron las rocas y comprendieron las fieras, salió hacia los aires el alma (20-43).

Te lloraron, Orfeo, aves y fieras y rocas; te lloraron las selvas qué: a menudo te habían seguido, y los árboles despojados de follaje. Los ríos crecieron con sus lágrimas, y las ninfas se vistieron de luto (44-49). Los miembros del vate fueron esparcidos, y su cabeza y su lira cayeron en el Hebro; en la corriente se lamentaban su lira y su lengua, y las riberas les respondían. Llevadas al mar, abandonan el río patrio y llegan a la costa de Metimna, donde una gran serpiente se lanza contra el rostro desnudo y los cabellos mojados. Llegó Apolo por fin, y aparta a la serpiente y la convierte en piedra en la actitud de atacar con las fauces abiertas (50-60).

Va el alma de Orfeo al mundo infernal, sitios que ya conocía, encuentra a Eurídice en los lugares destinados a los piadosos. La encuentra y la abraza con ansia. Ahora los dos pasean unidos, y ya la sigue, ya la precede, y se vuelve Orfeo a mirarla sin temor de perderla (61-67).

No toleró Baco que el crimen quedara sin castigo, dolido por y, haber perdido a quien cantaba sus ritos. A las edonias que lo cometieron, les convierte los pies en raíces. Ellas, entonces, cuando quieren moverse, son cómo pájaros atrapados por la liga, y se agitan y se golpean inútilmente. La raíz las detiene fijas, y cuando se preguntan dónde están sus pies, miran que las piernas se les vuelven en troncos: lo mismo ocurre con sus hombros y pecho, y sus brazos se extienden en ramas (68-84).

Airado todavía, Baco abandona esos campos y se dirige a su Timolo y al Pactolo, aún no de oro, acompañado de sus sátiros

y bacantes. No está con él Sileno, pues a éste los campesinos frigios lo habían tomado, viejo y borracho, y llevado prisionero de guirnalda a Midas, iniciado en los misterios por Orfeo y Eumolpo. Midas se alegró de ver a Sileno y lo celebró con una fiesta que duró diez días con sus noches.

Y había llegado el alba undécima, cuando el rey alegre vino a los campos lidios y fue a Baco para devolverle a Sileno que lo había criado (85-99).

Agradecido el dios, ofreció a Midas cumplirle cualquier deseo que formulara, y éste, haciendo mal uso del regalo, le pidió el poder de convertir en oro todo cuanto tocara. Baco asintió y otorgó lo pedido, y se dolió de que no se le solicitara algo mejor. Se va gozoso de su mal el hijo de Cibeles, y en todo lo que ve ejerce el don recién recibido. Toma, haciéndola bajar, una rama de encina: se hace

de oro. Levanta una piedra, y ésta palidece dorada. Tocándolo hace de un terrón un lingote. Áureas volvió, con tocarlas, las espigas de trigo. Detiene una manzana: ésta se hace como las de las Hespérides. Si acerca las manos a la puerta, la puerta resplandece. Se lava las manos en el agua: el agua se pone tal que Dánae fuera burlada por ella (100-117).

Midas mismo se resiste a creer en su fortuna. Sus criados, entonces, le sirven de comer: manjares y pan. Y cuando quiere tomar éste, se le endurece, y si pretende morder aquéllas, el

contacto de sus dientes las torna en lámina luciente. Mezcla el agua y el vino: le escurre oro líquido por la boca abierta.

Espantado, opulento y miserable, odia la riqueza tan ansiada, y pretende huirle. El oro- no alivia su hambre ni su sed, y lo tortura merecidamente. Alza entonces los brazos fulgurantes y confiesa a Baco su falta y le suplica que le quite la abundancia que lo empobrece (118-133).

El dios se conmisera y quita a Midas el regalo que le otorgara, diciéndole que para librarse de él ha de ir al río vecino a los Sardes, remontándolo hasta sus fuentes, y de hundir en éstas la cabeza. Allí se lavarán a la vez el cuerpo y el delito. Obedece el rey, y la corriente del río se tiñe de oro. Todavía hoy, los campos regados por ella palidecen y se hacen rígidos de aquel metal (134-145).

Habiendo aprendido a odiar las riquezas, Midas cultiva campos y selvas y venera a Pan, pero conserva su torpe ingenio que lo sigue dañando como antes.

Se yergue el Etmolo, dominando con su cumbre los mares. A uno de sus lados está Sardes, al otro, Hipepa. Allí Pan, mientras canta' para las ninfas y toca la zampoña, juzgándose superior a Apolo, quiso competir con él, teniendo por juez al monte (146-156).

El anciano dios se sentó; limpió de árboles sus orejas, dejándose la cabeza ceñida de encina, y habló a Pan: El juez estaba dispuesto. Pan hace sonar su zampoña con un silbo agreste que

conmueve a Midas (éste por azar asistía). Cuando acabó, Etmolo se volvió a mirar a Febo. Coronado el dios de laurel, arrastra un manto púrpura; en su izquierda tiene la lira adornada de gemas y marfil; en la derecha, el plectro. Su apariencia entera es de artista. Entonces pulsa con arte las cuerdas y hace que, conmovido por la dulzura de sus sonidos, Etmolo lo declare vencedor (157- 171).

Esta sentencia place a todos excepto a Midas, quien la considera injusta. Apolo, indignado, no tolera que sus orejas parezcan humanas, y las alarga y las llena de pelos albos, y les da movilidad desde la base. Midas conserva, en lo demás, la figura de hombre. Sólo sus orejas son las de un asnillo tardo (172-179).

Lleno de vergüenza, intenta cubrirlas con tiaras, y un criado lo mira. Dudoso entre su temor y su gana de divulgar el secreto, éste decide al fin hacer un agujero en la tierra, y contarle en voz muy baja las orejas que su dueño tenía. Luego de hacerlo, lo tapa otra vez y se retira de allí. Pero el secreto no fue guardado, pues en el lugar creció un bosque de juncos que, movidos por el viento, sonaron revelando el caso de las orejas de Midas (180-192).

Apolo, después de vengarse así, deja el Etmolo, y llevado por el aire cruza el Helesponto y se detiene en los campos de Laomedonte. Hay un ara dedicada a Júpiter panonfeo, situada entre el promontorio Sigeo y el Reteo. Desde allí mira al rey construyendo las murallas de Troya y avanzando poco en su

empresa y necesitando grandes recursos. Junto con Neptuno, entonces, toma figura humana, y le edifican, por un precio en oro, las murallas de la ciudad (193-204).

Pero al concluirse la obra, el rey se niega a pagar la cantidad convenida, y encima miente a los dioses. Neptuno allí inclina el mar hacia las costas de Troya y la inunda empobreciéndola. Y no le basta con eso. Destiña a Hesione, hija de Laomendonte, a ser víctima de un monstruo marítimo. Hércules la liberta y pide los caballos que se le habían ofrecido como recompensa, y cuando se le niegan se apodera de la ciudad dos veces perjura (205-215).

Telamón, que había tomado parte en tal acción, se casa con Hesione. Peleo, casado con la diosa Tetis, se ensoberbece menos de su abuelo que de su suegro, pues muchos son nietos de Júpiter, pero sólo él es esposo de una diosa. Pues a ésta había anunciado Proteo que el hijo que concibiera sería más grande que el padre que lo engendrara, razón por la cual Júpiter, aunque la amaba, no quiso que hubiera algo mayor que él en el mundo, y renunciando a ella, ordenó que lo sucediera en sus amores el nieto de Eaco (216-228).

Hay en Tesalia un golfo en forma de hoz que si fuera más profundo, sería puerto. El mar llega a

sus playas, y su costa es sólida y no guarda huellas ni vacila cubierta de algas. Cerca de ella hay una selva de mirtos

bicolores y una gruta que no se sabe si fue hecha por el arte o la naturaleza, aunque más parece que aquél fue su autor. Allí solía venir Tetis desnuda, montada en un delfín (229-238).

Mientras allí dormía, la asaltó Peleo; ella rechazó sus ruegos, pero él la hubiera poseído por fuerza de no ser porque la diosa acudió a sus poderes de asumir diversas figuras. Así, tomaba la de ave: él detenía al ave; la de árbol, al árbol él se pegaba; por fin, la de tigre: aterrado, soltó los brazos Peleo (239-246).

Entonces, éste adora a los dioses del mar, con ofrendas de vino y entrañas de oveja e incienso, hasta que surge de un remolino Proteo y le anuncia que realizará sus deseos si, encontrando a Tetis dormida en su gruta, la ata con lazos tenaces, y aunque ella tome innumerables figuras, no la suelta sino cuando haya regresado a la propia. Después de hablar así, el dios vuelve a sumergirse en sus olas (247-256).

Estaba el sol por ponerse cuando la hija de Nereo se dirigió a su lugar usual de descanso. Peleo la rodea entonces con lazos, y no la libera a pesar de que ella cambia apariencias. Por fin, viendo que no puede soltarse, reconoce que el héroe sigue un consejo divino, y se da por vencida y se muestra tal como es. Peleo la toma y deja en su vientre al magno Aquiles (257-265).

Feliz Peleo por su hijo y su esposa, y hubiera sido afortunado del todo de no ser por el asesinato de Foco su hermano.

Culpable, es expulsado de su patria y va a Traquina, donde reinaba pacíficamente Ceix, hijo de Lucífero, lloroso a la sazón por la desgracia de Dedalión su hermano. Peleo

apesadumbrado y vencido del cansancio, entró en la ciudad con pocos compañeros, habiendo dejado sus rebaños en un valle próximo. Cuando se le permitió ir al rey, se le acercó llevando ramos de olivo, y le dijo su nombre y su linaje. Sólo ocultó su delito, mintiendo acerca de la causa de su viaje. Solicitó después ser admitido en la ciudad o en el campo (266-281).

Ceix le responde plácido que, si a la gente del pueblo daba por costumbre hospitalidad, con más razón la brindaría a él, de nombre afamado y nieto de Júpiter. Podía, así, tomar por suyas cuantas cosas veía, y que él lamentaba que no fueran mejores.

Como llorara al hablar, Peleo y los suyos le preguntan el motivo de su dolor, y Ceix les cuenta (281-290).

Quizás ellos crean que el ave de rapiña que miran, ha sido ave siempre. Fue hombre antes, valiente y fiero en la guerra y usador de la fuerza. Se llamó Dedalión y fue hijo de Lucífero. A Ceix le plació siempre la paz; a su hermano, las guerras. Sometió así a reyes y pueblos el que ahora persigue a las palomas (290-300).

Hija de él fue la bellísima Quione, de innumerables pretendientes. Cuando tenía catorce años, la vieron a la vez Apolo, que volvía de Delfos, y Mercurio que regresaba del Cilene, y ambos se prendaron de ella a la vez. Aquél pospone hasta la noche la realización de sus deseos; éste no puede esperar, y toca con el caduceo el rostro de la virgen; queda ella

dormida, y el dios la viola. en su sueño. En la noche, Febo, bajo apariencia de vieja, toma el placer ya tomado; al término del embarazo, Quione tuvo gemelos.

Nacido de Mercurio fue Autólico, astuto y hábil en los hurtos, apto para hacer pasar lo negro por blanco, digno del arte de su padre. De Febo nació Filamón, capaz en el canto y la lira (301-317).

¿De qué sirve tener dos hijos de dos dioses, y haber nacido de un padre valiente y ser nieta de Júpiter? ¿O es que la gloria perjudica? La perjudicó a ella, que pretendió criticar a Diana y considerarse su superior. La diosa se encolerizó y le atravesó la lengua con una flecha que la hizo callar y le dio muerte (318-327). Ceix procuró inútilmente consolar a su hermano, que lloraba a la hija perdida, y que, cuando la miró arder en la pira, intentó cuatro veces ir a quemarse junto con ella. Las cuatro fue rechazado, y huyó sin rumbo, como el novillo atosigado por avispones. Ya entonces se le vio correr más veloz que un hombre. Huye, pues, de todos, y ansioso de morir va a arrojar desde la cima del Parnaso. Apolo, compadeciéndolo, lo convirtió mientras caía en ave de pico encorvado y corvas uñas, y le conservó el valor y le dio fuerzas mayores que su cuerpo.

Es el halcón, injusto y enemigo de todos, que alivia su propio dolor ocasionando dolor a los otros (328-345).

Mientras cuenta Ceix el prodigio ocurrido a su hermano, llega corriendo el mayoral Onetor y se dirige a Peleo anunciándole un

gran desastre; ante la duda del traquinio, Peleo ordena que se lo

exponga y Onetor obedece: Al mediodía, había llevado el ganado a descansar en la costa. Allí, parte de las bestias se echó en la arena y miraba hacia el mar; parte, vagaba por el sitio. Otras, en tanto, nadaban alzando la cabeza (346-358).

Hay, próximo a las aguas, un templo sombreado de árboles y bosques, dedicado a Nereo y sus hijas, reconocidos como dioses por los navegantes que allí arriban y descansan. Junto al templo se tiende un pantano rodeado de sauces, nacido del estancamiento del mar, y de cuyas cercanías ha salido un lobo enorme que colma de terror las regiones vecinas: manchado de sangrienta espuma su hocico, rojos de lumbre los ojos (359-368). Enfurecido más por la rabia que por el hambre, no mata para alimentarse, sino que es enemigo de todo el ganado y lo daña. Ataca también a los hombres, y da muerte a los que luchan por apartarlo. Rojos de sangre están las orillas del mar y el pantano que suena de atemorizados mugidos. Es necesario, antes que destruya todo, que se reúnan y tomen las armas para combatirlo (369-378).

Peleo, al oír esto, no se conmueve tanto por los daños del ganado cuanto por la memoria de su crimen, y piensa que Psamate, la Nereida madre de Foco, los causa. Ceix manda que los varones se armen para ir contra el lobo, y Alcione su esposa

lo abraza y le ruega que no ponga en peligro, con la de ella, su vida. La encomia el Eácida, y le pide alejar el piadoso temor que la honra. La simple promesa de auxilio lo llena de gratitud. Pero en lugar de luchar, conviene reverenciar a la deidad marina (379-392).

Suben entonces al techo más alto de la ciudad, desde donde miran con gemido a los animales muertos y a su matador, ensangrentado. Entonces Peleo tiende las manos hacia el mar, y suplica a Psamate que se apacigüe y lo ayude. Ella, que no lo atiende, se suaviza al fin con los ruegos de su hermana Tetis, y manda al lobo que abandone la matanza. Al no ser obedecida, pues la fiera enfurecida se apega a la sangre, la convierte en mármol mientras muerde la nuca de una novilla. Toda la figura persiste, pero el color de la piedra indica que ha dejado de ser lobo y no debe ser temido ya. Con todo, Peleo no puede establecerse allí, y va a los magnetes donde, por fin, expía su crimen gracias al tesalia Acasto.

Mientras tanto, Ceix, turbado por lo que a Dedalión había ocurrido, decide ir a consultar el oráculo de Apolo en Claros, ya que Forbas y los flegios cerraban el camino de Delfos. Antes de poner en efecto su proyecto, se lo cuenta a Alcione su esposa, quien al saberlo sintió frío y palideció y rompió en llanto (410-419). Tres veces quiso ella hablar, tres veces se lo impidieron las lágrimas. Por fin dijo, quejándose entre sollozos:

¿Ya Ceix, por alguna culpa que ella desconoce, ha cambiado y no se preocupa por ella, y pretende abandonarla e irse de su

lado? ¿Ya emprende largos viajes, como si prefiriera estar ausente? Además, si el camino fuera a ser por tierra, ella sentiría sólo dolor; si por mar, habrá también de sentir miedo. Teme al mar, porque ha visto a menudo en las costas restos de naufragios y cenotafios con nombres inscritos. Ceix no debe confiarse por ser yerno de Eolo que frena los vientos y calma las olas; cuando aquéllos se sueltan, todo lo pueden y tienen tierras y mares a su arbitrio, y sacuden las nubes y provocan los rayos. Ella que de niña los vio en casa de su padre, más los teme cuanto más los conoce (420-438). Pero si la voluntad del esposo es inalterable, que a lo menos la lleve con él. Así, estando juntos, ella no temerá sino el peligro, y compartirán ambos la misma suerte (439-443).

Ceix se conmueve por las palabras y el llanto de Alcione, pues la ama tanto como ella a él. Pero no quiere renunciar a ir por el mar, ni asociar a sus riesgos a la esposa. Muchas cosas le dice, pero una sola alcanza a aliviar sus cuidados: A él le parece largo el tiempo que está sin ella; por eso le jura por la luz de Lucífero, que si el hado lo consiente regresará antes de dos plenilunios (444-453).

Una vez que la tranquilizó, manda que un barco sea botado y armado. Cuando Alcione mira esto, como si presintiera el porvenir, vuelve a estremecerse y a llorar, y lo abraza y se desmaya al fin, tras decirle adiós. Se parte Ceix contra sus deseos, y los remeros hieren las aguas. Alcione alza los llorosos ojos, y ve y responde al esposo que le hace señas desde la popa

que se aleja. Cuando la distancia se lo hace irreconocible, mira la nave; cuando ésta no puede ser vista, columbra sus velas. Al desaparecer las velas, vuelve a su casa y se tiende en el lecho vacío, donde la ausencia de Ceix se le vuelve aún más dolorosa (454-473).

Él surca entre tanto el mar, y para aprovechar el viento recoge los remos y navega a la vela. Iba a mitad del camino cuando el mar comenzó a hincharse y a blanquear, y el Euro a soplar con más fuerza. Manda el piloto recoger velas, pero su voz es cubierta por - el ruido de la tormenta. Parte de los marineros alzan los remos, otros calafatean los costados de la nave o quitan las velas o achican el agua. Mientras esto se hace sin orden, aumenta la tempestad, y chocan los vientos y se mezclan las olas (474-491).

Espantado, el piloto ignora dónde está y qué debe o quiere mandar: el peligro es mayor que su arte. Resuenan gritos de hombres y crujido de cuerdas y caídas del mar, y truenos. Suben las olas hasta el cielo y rocían las nubes. Y ya el agua es del color de la arena que mueve, ya más negra que la Estigia, o blanquea de sonoras espumas al derrumbarse (492-501). Así se mueve también la nave, que ora sube como a la cima de una montaña, ora se hunde como en un precipicio. Al golpe de las olas, suena como el muro bajo el ariete o la balista, y avanza contra ellas como los leones hacia las armas tendidas (502-513).

Oscilan las tablas y se rajan, y el mar penetra mortal. Baja la lluvia y se confunde con el mar ascendente. Se empapan las velas, y se revuelven olas marinas y celestes. Oscuro el cielo, es oprimido por la noche, y solamente los relámpagos lo alumbran (514-523).

Ya brincan las ondas entre el armazón de la nave. Y como el soldado que sobresale entre todos asalta el primero la muralla asediada, así una ola, mayor que las nueve que la precedieron, se apodera al fin de la nave cansada. Parte del mar la ataca por fuera; parte, la tiene por dentro, y ella es como la ciudad que tiene ya enemigos en su interior, mientras otros minan sus muros (524- 536). Inútil el arte, todos se acobardan y sienten que la muerte les llega en cada ola. Uno llora, otro se pasma, aquél envidia a los que esperan un sepulcro, éste ofrece votos a los dioses y alza los brazos al cielo invisible; éste mira a los hermanos y los padres o los bienes de la casa dejada (537-543).

Ceix piensa conmovido en Alcione y la nombra y, aunque la desea, se alegra de que no esté con él. Quisiera volverse a mirar el lugar en que ella está, pero ignora dónde se encuentra.

Hierve el mar arremolinado, y la sombra de las nubes redobla la noche. Se quiebran el mástil y el timón golpeados por el torbellino; una ola inmensa como el Atos y el Pindo descuajados se yergue y luego se precipita sobre la nave y la sumerge.

Mueren muchos. Otros van asidos a restos flotantes. Ceix agarra un fragmento de la nave con su mano acostumbrada al cetro, e invoca a Eolo y Lucífero y más que a nadie a su esposa,

y ruega que las olas lleven su cadáver hasta ella para que lo sepulte. En cuanto puede hablar, la nombra en voz baja entre las olas (544-567).

Ahora una gran mole curva- se quiebra sobre él y le hunde la cabeza. Aquel día se oscureció Lucífero, y al no poder irse del cielo, ocultó su rostro entre nubes (568-572).

Mientras tanto, Alcione ignorante cuenta las noches de la ausencia; prepara de prisa las ropas que ambos vestirán cuando él retorne, y venera con incienso a los dioses. Antes que a todos, da culto a Juno, y en sus aras le pide el regreso de su esposo, que había muerto ya, y que él la prefiera a todas. Sólo éste, de tanto deseos, era realizable (573-582).

Pero Juno, porque ya no sufre esos ruegos por un muerto y para que Alcione aparte de sus altares las manos manchadas, manda a su mensajera Iris dirigirse a la morada del Sueño y ordenar a éste o que envíe a la hija de Eolo una visión con la imagen de su marido muerto, a que la informe de la verdad. Iris obedece, y con su velo multicolor va en busca del Sueño y en su vuelo marca el cielo con su arco (583-591).

Cerca de los cimerios está la casa del Sueño, gruta a donde nunca llega el sol. El suelo exhala nieblas, sombras, crepúsculos. Allí el gallo no llama a la aurora, ni hacen ruido los perros o los gansos. No hay sonido de animales o de ramas movidas o de palabras humanas. Todo es muda quietud. Sólo se escucha el murmullo soporífero de un riachuelo de agua del Lete (592-604).

A las puertas de la gruta crecen amapolas y hierbas innumerables, con cuyo jugo la noche hace el sopor que esparce en la tierra oscura. No rechinan los goznes de esas puertas, y la casa no tiene custodios. En el centro de ésta se alza un lecho de ébano cubierto de un velo de sombras. Allí se acuesta el dios. Próximos a él, bajo diversas figuras, yacen muchísimos sueños, tantos como espigas u hojas o granos de arena (605-615).

Cuando Iris entró allí apartando los sueños que la estorbaban, su verte iluminó el lugar, y el Sueño, alzando apenas los ojos, cayendo hacia atrás una y otra vez y golpeándose el pecho con el mentón, despertó al fin y le preguntó a qué venía. Ella le responde, tras invocarlo como el descanso de todo, el más plácido de los dioses, la paz del alma, el ahuyentador de cuitas, el reparador de cuerpos (616-625): Juno ordena que, bajo la imagen de Ceix, envíe a Alcione un sueño que la haga saber el naufragio de éste.

Una vez cumplido el encargo de la diosa, Iris, pues ya no es capaz de soportar el sopor que la invade, se regresa por el arco mismo por el cual había venido poco antes (626-632).

El padre entonces, de entre sus muchos hijos, llama a Morfeo, astuto fingidor de figuras, más hábil que todos en imitar andares, rostros, voces y vestiduras usuales, pero que sólo sabe representar a los humanos. Otro, llamado Icelo por los dioses y

Fobetor por los hombres, copia a los animales. La materia inanimada es fingida por un tercero: Fantaso.

Estos tres se muestran a reyes y guías de pueblos; otros llegan a la gente común (633-645).

El Sueño, pues, aparta a todos y elige a Morfeo para cumplir el mandato de Iris, hecho lo cual se reclina lánguido otra vez, y esconde la cabeza en la almohada (646-649),

Vuela Morfeo en la sombra con plumas tácitas, y llega en breve a Traquina. Depuestas las alas, toma la apariencia de Ceix; lívido, igual al difunto, desnudo, se para ante el lecho de Alcione. Se ven su barba húmeda y su cabello chorreante. Entonces, lloroso, apoyándose en ese lecho, le habla:

¿Lo reconoce ella, o la muerte lo ha cambiado tanto? Que lo mire: no es su esposo, sino el fantasma de su esposo. Ningún auxilio le dieron sus plegarias; murió, y sólo con falsedad podría prometérselo (650-662). El Austro sorprendió a su nave en el Egeo y allí la destruyó, y el mar cubrió su boca mientras la llamaba. Esto no se lo hace saber un mensajero dudoso sino él mismo, náufrago. Que ella se levante y se vista de luto, y lo deje ir al mundo de la muerte.

A la imagen, une Morfeo la voz de Ceix, y su llanto y el ademán de sus manos (663-673).

Alcione gime y, en sueños, tiende hacia él los brazos: únicamente abraza el aire. Le habla entonces, pidiéndole que la espere, a fin de que puedan irse juntos. Turbada por la visión,

despierta al fin y busca la imagen sentida poco antes, a la luz traída por sus criados. Como no la encuentra, rasga sus ropas y se golpea rostro y pecho, olvidando soltar sus cabellos: los arranca, y dice a su nodriza que la interroga (674-684):

Alcione no existe ya; murió con su esposo. Que nadie intente consolarla. Ella vio su sombra indudable, no con el rostro resplandeciente de antes; pálido estaba, y desnudo y con el cabello mojado lo miró en ese lugar (y busca si queda allí alguna huella). Esto era lo que ella, présaga, temía, y por lo cual le rogó que no se fuera. A lo menos la hubiera llevado con él, y hubieran parecido a la vez. Ahora murió a solas. Ausente, la arrebató el mar, que la tiene sin ella misma. Pero su alma sería más cruel que las olas si ella se esforzara por seguir viviendo. No abandonará al digno de misericordia; lo acompañará en el sepulcro donde, si no sus restos, estarán juntos sus nombres.

El dolor le impide seguir, y con cada palabra se da un golpe, y gime desde el fondo del corazón (685-709).

Amanecía. Sale de su casa y se dirige al lugar donde lo había visto por última vez. Y mientras recuerda allí cómo se había despedido, los besos que le había dado, mira hacia el mar donde percibe a lo lejos, flotando, algo que le parece un cadáver. Primero, dudaba qué fuera; cuando las olas lo acercaron, sabe que es un ' cadáver y, aunque ignora el de quién, se compadece porque se trata de un náufrago, y llora por él y se lamenta también por su esposa, en caso de que la hubiera tenido. Movido por el mar, se aproxima aquel cuerpo, y

mientras más lo mira, menos es dueña de sí, hasta que puede reconocerlo y sabe que es su esposo (710- 725). "¡Él es!", exclama, y se hiere rostro y cabello y ropas, y tendiéndole las manos, lo increpa: ¿Así es como regresa a ella? Hay un dique junto al mar, destinado a disimular la fuerza del oleaje. Salta ella hacia allí, y —admirable— puede hacerlo porque vuela. Agitando las alas hace poco adquiridas, ave miserable, roza la superficie del agua, y se queja con pico crujiente (726-735). Y llega hasta el cuerpo silencioso y exangüe, y lo abraza con sus alas y le da besos helados con el pico rígido.

La gente dudaba si Ceix se había alzado por sentir sus besos o llevado por el movimiento de las

olas. Los había sentido. Finalmente los compadecieron los dioses, y los cambiaron en aves. Los mismos hados rigieron su amor, y el matrimonio de ambos se perpetuó en las aves. Se ayuntan y procrean, y en el invierno, durante siete días tranquilos, Alcione hace nido en el mar, que entonces se aplaca del todo. Eolo retiene entonces a los vientos, y ofrece a sus nietos aguas plácidas (736- 748).

Un hombre muy viejo, que los observa volando, alaba sus duraderos amores. Otro, o tal vez el mismo, dijo que también el ave de finas patas que miraban sobre el mar —y mostró al mergo de largo cuello— era prole de reyes, pues descendía de Ilo y Asáraco y Ganimedes y Laomedonte y Príamo, a quien

tocó el tiempo final de Troya. Aquél era hermano de Héctor, y acaso hubiera adquirido fama no inferior a la suya: Héctor fue hijo de Hécuba, y Esaco lo fue de Alexirroé, nacida del bicorne Granico (749-763).

Odiador de las ciudades, Esaco habitaba montes y campos, y no frecuentaba las reuniones de Ilión. Con todo, no era salvaje ni inaccesible al amor, y así vio a Hesperia, en las riberas de su padre el Cebreno, cuando secaba al sol sus cabellos. Huye de él la ninfa, como la cierva del lobo, o el ánade del halcón. La sigue el troyano, y van los dos rápidos, una por el miedo, por el amor el otro (764- 774).

Pero mientras ella corre, la muerde en el pie una serpiente venenosa que se escondía en la hierba, y corta al par su carrera y su vida. Abraza su cuerpo el enloquecido Esaco, y lamenta el haberla seguido: No era de tanta significación el alcanzarla, pero con ello dio pretexto para que la serpiente la hiriera: los dos son culpables, pero él más todavía, por lo cual, para consolarla, morirá también (775-782).

Tras hablar así, se arroja al mar desde una roca. Apiadada, lo detiene Tetis y lo cubre de plumas, evitándole la muerte que busca. Él se indigna de hecho tal, y con sus alas nuevas remonta vuelo hacia arriba y se lanza otra vez a las olas, pero sus plumas suavizan el impacto. Enfurecido, intenta otra vez y otra vez suicidarse, y siempre lo hace en vano.

El amor lo enflaqueció; se alargaron sus piernas y su cuello que aleja del cuerpo su cabeza. Ama el mar en donde se sumerge, y de esta acción toma el nombre de Mergo (783-795).

Carmine dum tali silvas animosque ferarum Threicius vates et saxa sequentia ducit,

ecce nurus Ciconum tectae lymphata ferinis pectora velleribus tumuli de vertice cernunt Orpheia percussis sociantem carmina nervis. 5 e quibus una leves iactato crine per auras,

'en,' ait 'en, hic est nostri contemptor!' et hastam vatis Apollinei vocalia misit in ora,

quae foliis praesuta notam sine vulnere fecit; alterius telum lapis est, qui missus in ipso 10 aere concentu victus vocisque lyraeque est ac veluti supplex pro tam furialibus ausis

ante pedes iacuit. sed enim temeraria crescunt bella modusque abiit insanaque regnat Erinys; cunctaque tela forent cantu mollita, sed ingens 15 clamor et infracto Berecynthia tibia cornu tympanaque et plausus et Bacchei ululatus obstrepuere sono citharae, tum denique saxa

non exauditi rubuerunt sanguine vatis.

ac primum attonitas etiamnum voce canentis 20 innumeras
volucres anguesque agmenque ferarum maenades Orphei
titulum rapuere triumphii;

inde cruentatis vertuntur in Orphea dextris et coeunt ut aves, si
quando luce vagantem

noctis avem cernunt, structoque utrimque theatro 25

Muerte de Orfeo

1 Mientras con un canto tal los bosques y los ánimos de las
fieras,

2 de Tracia el vate, y las rocas siguiéndole, lleva,

3 he aquí que las nueros de los cícones, cubiertas en su
vesanos

4 pechos de vellones ferinos, desde la cima de un
promontorio divisan

5 a Orfeo, a los percutidos nervios acompasando sus
canciones. 5

6 De las cuales una, agitando su pelo por las auras leves:

7 «Ay», dice, «ay, éste es el despreciador nuestro», y su lanza

8 envió del vate hijo de Apolo contra la boca,

9 la cual, de hojas cosida, una señal sin herida hizo.

10 El segundo disparo una piedra es, la cual enviada, en el
mismo 10

11 aire por el concento vencida de su voz y su lira fue,
12 y como suplicante por unas osadías tan furiosas,
13 ante sus pies quedó tendida. Pero temerarias crecen
14 esas guerras y la medida falta e insana reina la Erinis,
15 y todos los disparos hubieran sido por el canto
enternecidos, pero el ingente 15

16 clamor, y de quebrado cuerno la berecintia flauta,
17 y los tímpanos, y los aplausos, y los báquicos aullidos
18 ahogaron la cítara con su sonar: entonces finalmente las
piedras

19 enrojecieron del no oído vate con su sangre
20 y primero, atónitos todavía por la voz del cantor, 20
21 a los innumerables pájaros y serpientes y el tropel de
fieras,

22 las Ménades a título del triunfo de Orfeo destrozaron.
23 Después ensangrentadas vuelven contra Orfeo sus
diestras

24 y allí se unen como las aves, cuando acaso durante la luz
vagando,

25 al ave de la noche divisan, y, edificado para ambas cosas
ese teatro, 25

ceu matutina cervus periturus harena

praeda canum est, vatemque petunt et fronde virentes
coniciunt thyrsos non haec in munera factos. hae glaebas, illae
direptos arbore ramos,

pars torquent silices; neu desint tela furori, 30 forte boves
presso subigebant vomere terram, nec procul hinc multo
fructum sudore parantes dura lacertosi fodiebant arva coloni,
agmine qui viso fugiunt operisque relinquunt arma sui,
vacuosque iacent dispersa per agros 35 sarculaque rastrique
graves longique ligones; quae postquam rapuere ferae
cornuque minaces divulsere boves, ad vatis fata recurrunt
tendentemque manus et in illo tempore primum

inrita dicentem nec quicquam voce moventem 40 sacrilegae
perimunt, perque os, pro Iuppiter! illud auditum saxis
intellectumque ferarum

sensibus in ventos anima exhalata recessit.

Te maestae volucres, Orpheu, te turba ferarum, te rigidi silices,
te carmina saepe secutae 45 fleverunt silvae, positis te
frondibus arbor

tonsa comas luxit; lacrimis quoque flumina dicunt increvisse
suis, obstrusaque carbasa pullo

naides et dryades passosque habuere capillos. membra iacent
diversa locis, caput, Hebre, lyramque 50 excipis: et (mirum!)
medio dum labitur amne, flebile nescio quid queritur lyra, flebile
lingua murmurat exanimis, respondent flebile ripae. iamque
mare invectae flumen populare relinquunt et Methymnaeae
potiuntur litore Lesbi: 55

hic ferus expositum peregrinis anguis harenis os petit et sparsos
stillanti rore capillos.

tandem Phoebus adest morsusque inferre parantem arcet et in
lapidem rictus serpentis apertos congelat et patulos, ut erant,
indurat hiatus. 60

Umbra subit terras, et quae loca viderat ante, cuncta
recognoscit quaerensque per arva piorum invenit Eurydicen
cupidisque amplectitur ulnis; hic modo coniunctis spatiantur
passibus ambo, nunc praecedentem sequitur, nunc praevius
anteit 65

Eurydicenque suam iam tuto respicit Orpheus.

Non inpune tamen scelus hoc sinit esse Lyaeus amissoque
dolens sacrorum vate suorum

protinus in silvis matres Edonidas omnes, quae videre nefas,
torta radice ligavit; 70

quippe pedum digitos via, quam tum est quaeque secuta,

traxit et in solidam detrusit acumina terram, utque suum
laqueis, quos callidus abdidit auceps, crus ubi commisit volucris
sensitque teneri,

plangitur ac trepidans adstringit vincula motu: 75 sic, ut
quaeque solo defixa cohaeserat harum, exsternata fugam
frustra temptabat, at illam

lenta tenet radix exsultantemque coercet,

dumque ubi sint digiti, dum pes ubi, quaerit, et ungues,

aspicit in teretes lignum succedere suras 80

et conata femur maerenti plangere dextra robora percussit,
pectus quoque robora fiunt, robora sunt umeri; nodosaque
bracchia veros esse putes ramos, et non fallare putando.

26 como el ciervo que en la arena matutina ha de morir

27 presa de los perros, y al vate buscan, y verdes de fronda

28 le tiran sus tirsos, no para este cumplido hechos.

29 Éstas terrones, aquéllas sus ramas de un árbol
desgajadas,

30 parte blanden pedernales; y para que no falten armas a su
delirio 30

31 era el caso que unos bueyes con su reja hundida
levantaban la tierra,

32 y no lejos de ahí, con su mucho sudor deparando el fruto,

33 sus duros campos, musculosos, perforaban los paisanos,
34 los cuales, al ver ese tropel huyen y de su labor abandonan
35 las armas, y por los campos vacíos yacen dispersos 35
36 los escardillos, los rastros pesados y los largos azadones.
37 Los cuales, después que los arrebataron aquellas fieras y
amenazadores con su cuerno
38 despedazaron a los bueyes, del vate a los hados de nuevo
corren,
39 y tendiéndoles él sus manos y en ese momento por
primera vez
40 vanas cosas diciéndoles y para nada con su voz
conmoviéndolas, 40
41 esas sacrílegas le dan muerte, y a través de la boca -por
Júpiter- aquella,
42 oída por las rocas, entendida por los sentidos
43 de las fieras, a los vientos exhalada, su ánima se aleja.
44 A ti las afligidas aves, Orfeo, a ti la multitud de las fieras,
45 a ti los rígidos pedernales, que tus canciones muchas
veces habían seguido, 45
46 a ti te lloraron los bosques. Depuestas por ti sus frondas el
árbol,

47 tonsurado de cabellos, luto lució. De lágrimas también los
caudales tuyas

48 dicen que crecieron, y forzados sus tules al negro

49 las naidas y las dríades, y sueltos sus cabellos tuvieron.

50 Sus miembros yacen distantes de lugar. Su cabeza, Hebro,
y su lira 50

51 tú acoges y, milagro, mientras baja por mitad de tu
corriente

52 un algo lúgubre lamenta su lira, lúgubre su lengua

53 murmura exánime, responden lúgubre un algo las riberas.

54 Y ya ellas al mar llevadas su caudal paisano dejan,
55 y de la metimnea Lesbos alcanzan el litoral. 55

56 Aquí una fiera serpiente ese busto expuesto en las
peregrinas

57 arenas ataca y, asperjados de goteante rocío, sus
cabellos.

58 Finalmente Febo le asiste y, cuando sus mordiscos a
inferirle se disponía,

59 la contiene y en piedra las comisuras abiertas de la sierpe
60 congela y anchurosa, cual estaba, endurece su comisura.
60

61 Su sombra alcanza las tierras, y esos lugares que había
visto antes,

62 todos reconoce, y buscando por los sembrados de los
piadosos

63 encuentra a Eurídice y entre sus deseosos brazos la
estrecha.

64 Aquí ya pasean, conjuntados sus pasos, ambos,

65 ora a la que le precede él sigue, ora va delante anticipado,
65

66 y a la Eurídide suya, ya en seguro, se vuelve para mirarla
Orfeo.

67 No impunemente, aun así, el crimen este deja que quede
Lleo,

68 y por el perdido vate de sus sacrificios doliéndose,

69 al punto en los bosques a las madres Edónides todas,

70 las que vieron esa abominación, con una retorcida raíz las
ató. 70

71 Así que de los pies a los dedos su camino -el que entonces
había cada una seguido-

72 alarga y en la sólida tierra sus puntas precipita,

73 e igual que cuando con los lazos, los que astuto escondió
el pajarero,

74 su pata ha enredado el pájaro y la siente retenida,

75 golpes de duelo se da y agitándose se aprieta las
ataduras con su movimiento, 75

76 así, cuando cada una de ellas al suelo fijada queda
prendida,

77 consternada, la fuga en vano intenta, mas a ella

78 dúctil la retiene una raíz y su exaltación doblega,

79 y mientras dónde estén sus dedos, mientras su pie dónde
se pregunta y uñas,

80 contempla que por sus tersas pantorrillas un leño le sube
80

81 e intentando su muslo golpear en duelo con su afligida
diestra,

82 su madera golpeó, de su pecho también madera se hace,

83 madera son sus hombros, y nudosos sus brazos
verdaderas

84 ramas creerías que eran, y no te engañarías creyéndolo.

Nec satis hoc Baccho est, ipsos quoque deserit agros 85
cumque choro meliore sui vineta Timoli Pactolonque petit,

quamvis non aureus illo tempore nec caris erat invidiosus
harenis.

hunc adsueta cohors, satyri bacchaeque, frequentant, at Silenus
abest: titubantem annisque meroque 90 ruricolae cepere
Phryges vinctumque coronis

ad regem duxere Midan, cui Thracius Orpheus orgia tradiderat
cum Cecropio Eumolpo.

qui simul agnovit socium comitemque sacrorum, hospitis
adventu festum genialiter egit 95

per bis quinque dies et iunctas ordine noctes, et iam stellarum
sublime coegerat agmen Lucifer undecimus, Lydos cum laetus
in agros rex venit et iuveni Silenum reddit alumno.

Huic deus optandi gratum, sed inutile, fecit 100 muneris
arbitrium gaudens altore recepto.

ille male usus donis ait 'effice, quicquid corpore contigero,
fulvum vertatur in aurum.' adnuit optatis nocituraque munera
solvit

Liber et indoluit, quod non meliora petisset. 105 laetus abit
gaudetque malo Berecyntius heros pollicitique fidem tangendo
singula temptat vixque sibi credens, non alta fronde virentem
ilice detraxit virgam: virga aurea facta est;

tollit humo saxum: saxum quoque palluit auro; 110 contigit et
glæbam: contactu glæba potenti

massa fit; arentis Cereris decerpsit aristas:

aurea messis erat; demptum tenet arbore pomum: Hesperidas
donasse putes; si postibus altis admovit digitos, postes radiare
videntur; 115

ille etiam liquidis palmas ubi laverat undis, unda fluens palmis
Danaen eludere posset; vix spes ipse suas animo capit aurea
fingens omnia. gaudenti mensas posuere ministri

exstructas dapibus nec tostae frugis egentes: 120

tum vero, sive ille sua Cerealia dextra munera contigerat,
Cerealia dona rigeabant, sive dapes avido convellere dente
parabat, lammina fulva dapes admoto dente premebat;
miscuerat puris auctorem muneris undis: 125 fusile per rictus
aurum fluitare videres.

Attonitus novitate mali divesque miserque effugere optat opes
et quae modo voverat, odit. copia nulla famem relevat; sitis
arida guttur

urit, et invisio meritus torquetur ab auro 130

ad caelumque manus et splendida bracchia tollens 'da veniam,
Lenaee pater! peccavimus' inquit, 'sed miserere, precor,
speciosoque eripe damno!' mite deum numen: Bacchus
peccasse fatentem restituit pactique fide data munera solvit
135

'ne' ve 'male optato maneat circumlitus auro, vade' ait 'ad
magnis vicinum Sardibus amnem perque iugum nitens

labentibus obuius undis carpe viam, donec venias ad fluminis
ortus, spumigeroque tuum fonti, qua plurimus exit, 140
subde caput corpusque simul, simul elue crimen.'

Midas (I)

Y no bastante esto para Baco es. Esos mismos campos también
abandona 85

y con un coro mejor los viñedos de su Timolo y el Pactolo busca,
aunque no de oro en aquel tiempo, ni por sus caras arenas
envidiado era.

A él su acostumbrada cohorte, sátiros y bacantes le frecuentan,
mas Sileno falta. Tambaleante de años y de vino 90

unos aldeanos lo cautivaron, frigios, y atado con guirnaldas al
rey lo condujeron, Midas, a quien el tracio Orfeo

en sus orgias había iniciado, junto con el cecropio Eumolpo.

El cual, cuanto hubo reconocido a su aliado y camarada de
sacrificios, de tal huésped por la llegada una fiesta
generosamente dio 95

durante una decena de días, y a ellos unidas por su orden sus
noches.

Y ya de las estrellas el sublime tropel careaba

el Lucero undécimo, cuando a los lidios campos alegre el rey
llega, y su joven ahijado le devuelve a Sileno.

A éste el dios le dio el grato pero inútil arbitrio 100

de pedir un presente, contento de haber recuperado a su ayo.
Él, que mal había de usar de estos dones: «Haz que cuanto con
mi cuerpo toque se convierta en bermejo oro».

Asiente a sus deseos y de esos presentes, que para daño de él
serían, se libera Líber, y hondo se dolió de que no hubiera
pretendido mejores cosas. 105 Contento se marcha y se goza
de su mal de Berecinto el héroe,

y de lo prometido la fe, tocando cada cosa, prueba,

y apenas a sí mismo creyendo, no con alta fronda ella
verdeante, de una encina arrancó una vara: vara de oro se hizo.

Recoge del suelo una roca: la roca también palideció de oro. 110

Toca también un terrón: con su contacto poderoso el terrón

masa se torna. De Ceres desgaja unas áridas aristas:

áurea la mies era. Arrancado sostiene de un árbol su fruto:

las Hespérides haberlo donado creyeras. Si a los batientes altos
acercó los dedos, los batientes irradiar parecen. 115

Él, además, cuando sus palmas había lavado en las líquidas
ondas, la onda fluente en sus palmas a Dánae burlar podría.

Apenas las esperanzas suyas él en su ánimo abarca, de oro al
fingirlo todo. Al que de tal se gozaba las mesas le pusieron sus

servientes guarnecidas de festines y no de tostado grano faltas.

120

Entonces en verdad, ya si él con la diestra las ofrendas
de Ceres había tocado, de Ceres los dones rígidos quedaban, ya
si los festines con ávido diente a desgarrar se aprestaba, una
lámina rubia a esos festines, acercádoles el diente, ceñía.

Había mezclado con puras ondas al autor de ese obsequio: 125
fúsil por sus comisuras el oro fluir vieras.

Atónito por la novedad de ese mal, y rico y mísero,
escapar desea de esas riquezas, y lo que ahora poco había
pedido, odia.

Abundancia ninguna su hambre alivia. De sed árida su
garganta arde y como ha merecido le tortura el oro malquerido,
130

y al cielo sus manos y sus espléndidos brazos levantando:

«Dame tu venia, padre Leneo: hemos pecado», dice,

«pero conmisérate, te lo suplico, y arrebatame este especioso
daño. Tierno el numen de los dioses. Baco al que haber pecado
confesaba restituyó y libera a los obsequios por él dados del
cumplimiento de lo pactado, 135 y: «Para que no permanezcas
embadurnado de tu mal deseado oro, ve», dice, «al vecino
caudal de la gran Sardes,

y por su cima subiendo, contrario al bajar de sus olas, coge el camino, hasta que llegues del río a sus nacimientos

y en su espumador manantial, por donde más abundante sale,
140 hunde tu cabeza, y tu cuerpo a la vez, a la vez tu culpa lava».

rex iussae succedit aquae: vis aurea tinxit flumen et humano de corpore cessit in amnem; nunc quoque iam veteris percepto semine venae arva rigent auro madidis pallentia glaebis. 145

Ille perosus opes silvas et rura colebat Panaque montanis habitantem semper in antris,

pingue sed ingenium mansit, nocituraque, ut ante, rursus erant domino stultae praecordia mentis. nam freta prospiciens late riget arduus alto 150 Tmolus in ascensu clivoque extensus utroque Sardibus hinc, illinc parvis finitur Hypaepis.

Pan ibi dum teneris iactat sua sibila nymphis et leve cerata modulatur harundine carmen

ausus Apollineos prae se contemnere cantus, 155 iudice sub Tmolo certamen venit ad inpar.

Monte suo senior iudex consedit et aures liberat arboribus: quercu coma caerulea tantum cingitur, et pendent circum cava

tempora glandes. isque deum pecoris spectans 'in iudice' dixit
160 'nulla mora est.' calamis agrestibus insonat ille
barbaricoque Midan (aderat nam forte canenti) carmine delenit;
post hunc sacer ora retorsit Tmolus ad os Phoebi: vultum sua
silva secuta est. ille caput flavum lauro Parnaside vinctus 165
verrit humum Tyrio saturata murice palla instructamque fidem
gemmis et dentibus Indis sustinet a laeva, tenuit manus altera
plectrum; artificis status ipse fuit. tum stamina docto pollice
sollicitat, quorum dulcedine captus 170 Pana iubet Tmolus
citharae submittere cannas.

Iudicium sanctique placet sententia montis omnibus, arguitur
tamen atque iniusta vocatur unius sermone Midae; nec Delius
aures humanam stolidas patitur retinere figuram, 175 sed trahit
in spatium villisque albentibus inplet instabilesque imas facit et
dat posse moveri: cetera sunt hominis, partem damnatur in
unam induiturque aures lente gradientis aselli.

ille quidem celare cupit turpique pudore 180 tempora purpureis
temptat relevare tiaris; sed solitus longos ferro resecare capillos
viderat hoc famulus, qui cum nec prodere visum dedecus
auderet, cupiens efferre sub auras,

nec posset reticere tamen, secedit humumque 185 effodit et,
domini quales adspexerit aures,

voce refert parva terraeque inmurmurat haustae indiciumque
suae vocis tellure regesta

obruit et scrobibus tacitus discedit opertis.

creber harundinibus tremulis ibi surgere lucus¹⁹⁰ coepit et, ut
primum pleno maturuit anno, prodidit agricolam: leni nam
motus ab austro obruta verba refert dominique coarguit aures.

Ultus abit Tmolo liquidumque per aera vectus

angustum citra pontum Nepheleidos Helles 195

El rey sube al agua ordenada: su fuerza áurea tiñó la corriente y
de su humano cuerpo pasó al caudal.

Ahora también, ya percibida la simiente de su vieja vena,
sus campos rigurosos son de tal oro, de él palidecientes sus
húmedos terrones. 145

Midas (II): Febo y Pan

Él, aborreciendo las riquezas, los bosques y los campos
honraba, y a Pan, que habita siempre en las cuevas montanas,
pero zafio permaneció su ingenio, y de dañarle como antes
de nuevo habían a su dueño los interiores de su estúpida mente.

Pues los mares oteando ampliamente se yergue, arduo en su
alto 150 ascenso, el Tmolo, y por sus pendientes ambas
extendiéndose,

en Sardes por aquí, por allí en la pequeña Hipepa termina.

Pan allí, mientras tiernas a las nifas lanza sus silbos y leve
modula, en su encerada caña, su canción, osando despreciar
ante sí de Apolo sus cantos, 155

bajo el Tmolo, éste de juez, a un certamen acude disparejo. En
su propio monte el anciano juez se sentó, y sus oídos libera de
árboles: de encina su melena azul sólo

ciñe, y penden, alrededor de sus cóncavas sienes, bellotas.

Y éste, al dios del ganado contemplando: «En el juez», 160

dijo, «ninguna demora hay». Por dentro sus cálamos agrestes
hace sonar él

y con su bárbara canción a Midas -pues era el caso que
acompañaba él al cantor- cautiva. Después de él sagrado el
Tmolo volvió su rostro hacia el rostro de Febo: a su semblante
siguió su bosque.

Él, en su cabeza flava de laurel del Parnaso ceñido, 165 barre la
tierra con su capa saturada de tirio múrice y, guarnecida su lira
de gemas y diente indios,

la sostiene por la izquierda, sujeta la mano segunda el plectro.
De un artista su porte mismo era. Entonces los hilos con docto
pulgar inquieta, por cuya dulzura cautivado, 170

a Pan ordena el Tmolo a esa cítara someter sus cañas.

El juicio y la sentencia del santo monte place

a todos; se la rebate aun así e injusta se la llama en el discurso
de Midas solo. Y el Delio sus oídos

sandios no soporta que retengan su figura humana, 175

sino que las alarga en su espacio y de vellos blanquecientes las
colma, y no estables por debajo las hace y les otorga el poder
moverse:

lo restante es de humano. En una parte se le condena y se viste
las orejas del que lento avanza, el burrito.

Él ciertamente esconderlo desea, y con vergonzoso pudor 180
sus sienes con purpurinas tiaras intenta consolar.

Pero, el que solía sus largos cabellos cortar a hierro

había visto esto, su sirviente, el cual, como tampoco a
traicionar el desdoro visto se atreviera, deseando sacarlo a las
auras,

y tampoco pudiera callarlo aun así, se aleja y la tierra 185
perfora y de su dueños cuáles haya contemplado las orejas con
voz refiere baja y a la tierra dentro lo murmura, vaciada, y la
delación de su voz con tierra restituida

sepulta y de esos hoyos tapados tácito se aparta.

Espeso de cañas trémulas allí a levantarse un bosque 190
comenzó y, tan pronto maduró al año pleno,

traicionó a su agricultor, pues movido por el austro lene
las sepultadas palabras refiere y del señor arguye las orejas.

Fundación y destrucción de Troya; Laomedonte

Vengado se marcha del Tmolo y a través del fluido aire portado
antes del angosto mar de la Nefeleide Heles 195

Laomedonteis Latoius adstitit arvis. dextera Sigei, Rhoetei
laeva profundi

ara Panomphaeo vetus est sacrata Tonanti: inde novae primum
moliri moenia Troiae

Laomedonta videt susceptaque magna labore 200 crescere
difficili nec opes exposcere parvas cumque tridentigero tumidi
genitore profundi mortalem induitur formam Phrygiaeque
tyranno aedificat muros pactus pro moenibus aurum. stabat
opus: pretium rex infitiatur et addit, 205 perfidiae cumulum,
falsis periuria verbis.

'non inpune feres' rector maris inquit, et omnes inclinavit aquas
ad avarae litora Troiae

inque freti formam terras conplevit opesque abstulit agricolis et
fluctibus obruit agros. 210 poena neque haec satis est: regis
quoque filia monstro poscitur aequoreo, quam dura ad saxa

revinctam vindicat Alcides promissaque munera dictos poscit
equos tantique operis mercede negata

bis periura capit superatae moenia Troiae. 215 nec, pars
militiae, Telamon sine honore recessit Hesioneque data potitur.
nam coniuge Peleus clarus erat diva nec avi magis ille superbus
nomine quam soceri, siquidem Iovis esse nepoti contigit haut
uni, coniunx dea contigit uni. 220

el Latoio se detiene, de Laomedonte en los sembrados. A
derecha del Sigeo, del Reteo profundo a izquierda, una ara vieja
hay consagrada al Panonfeo Tonante.

Desde allí por primera vez construir sus murallas de la nueva
Troya a Laomedonte ve, y que crecían sus grandes empresas
200

con difícil esfuerzo, y que no riquezas pequeñas demandaba,
y junto con el portador del tridente, del henchido profundo el
padre, se viste de mortal figura y para el tirano de Frigia
edifica los muros, postulando por tales murallas su oro.

En pie estaba la obra: su precio el rey deniega y añade, 205 de
su perfidia el cúmulo, el perjurio a sus falsas palabras.

«No impunemente lo harás», el soberano del mar dice, y todas
inclinó sus aguas a los litorales de la avara Troya,
y en forma de mar sus tierras colmó y sus riquezas

arrebató a los campesinos y con sus oleajes sepultó los campos.

210 Y ni la condena esa es suficiente. Del rey también la hija para un monstruo ecuóreo es demandada, a la cual, a las duras rocas atada,

reclama el Alcida y los prometidos obsequios demanda,

los de los caballos acordados, y de tan gran labor la merced negada, dos veces perjuras somete las murallas, vencida, de Troya. 215

Y, parte de su ejército, Telamón, no sin honor se retiró,

y a Hesíone, a él dada, posee. Pues por su esposa divina Peleo brillante era, y no más él soberbio del nombre

de su abuelo que de su suegro, puesto que de Júpiter ser nieto tocó no a uno solo, de esposa una diosa tocó solo a éste. 220

Peleo, Tetis y Aquiles

Namque senex Thetidi Proteus 'dea' dixerat 'undae, 221 Pues el viejo Proteo a Tetis: «Diosa», había dicho, «de la onda:

concipe: mater eris iuvenis, qui fortibus annis 222 concibe.

Madre serás de un joven que en sus fuertes años

acta patris vincet maiorque vocabitur illo.' 223 los hechos de su padre vencerá y mayor se le llamará que él».

ergo, ne quicquam mundus Iove maius haberet, 224 Así pues,
para que nada el cosmos que Júpiter mayor tuviera,

quamvis haut tepidos sub pectore senserat ignes, 225 225
aunque no tibios en su pecho había sentido unos fuegos,
225

Iuppiter aequoreae Thetidis conubia fugit, 226 Júpiter de los
matrimonios de la marina Tetis huye

in suaque Aeaciden succedere vota nepotem 227 y en sus
votos al Eácida, su nieto, que le sustituya

iussit et amplexus in virginis ire marinae. 228 ordena, y a los
abrazos ir de la virgen del mar.

Est sinus Haemoniae curvos falcatus in arcus, 229 Hay una
ensenada en Hemonia, en curvados arcos falcada;

bracchia procurrunt: ubi, si foret altior unda, 230 230 sus
brazos adelante corren, donde, si fuera más alta la onda, 230

portus erat; summis inductum est aequor harenis; 231 un
puerto era. En lo alto de la arena metido se ha el mar;

litus habet solidum, quod nec vestigia servet 232 una playa
tiene sólida, que ni las huellas conserva

nec remoretur iter nec opertum pendeat alga; 233 ni retarda
el camino ni cubierto esté de alga.

myrtea silva subest bicoloribus obsita bacis. 234 De mirto
un bosque tiene, sembrado de bicolores bayas.

est specus in medio, natura factus an arte, 235 235 Hay una gruta en su mitad, por la naturaleza hecha, o si por el arte, 235

ambiguum, magis arte tamen: quo saepe venire 236 ambiguo; más por el arte, aun así, adonde muchas veces venir,

frenato delphine sedens, Theti, nuda solebas. 237 en un enfrenado delfín sentada, Tetis, desnuda, solías.

illic te Peleus, ut somno vincata iacebas, 238 Allí a ti Peleo, cuando del sueño vencida yacías,

occupat, et quoniam precibus temptata repugnas, 239 te asalta, y puesto que con súplicas tentada lo rechazas,

vim parat, innectens ambobus colla lacertis; 240 240 a la fuerza se apresta, enlazando con ambos brazos tu cuello, 240

quod nisi venisses variatis saepe figuris 241 que si no hubieras acudido -variadas muchas veces tus figuras-

ad solitas artes, auso foret ille potitus; 242 a tus acostumbradas artes, de lo que osó se hubiera apoderado.

sed modo tu volucris: volucrem tamen ille tenebat; 243 Pero ora tú pájaro -de pájaro aun así él te sujetaba-,

nunc gravis arbor eras: haerebat in arbore Peleus; 244
ahora un grave árbol eras: prendido en el árbol Peleo estaba.

tertia forma fuit maculosae tigridis: illa 245 245 Tercera forma fue la de una maculada tigresa: de ella 245

territus Aeacides a corpore bracchia solvit. 246 aterrado, el
Eácida de tu cuerpo sus brazos soltó.

inde deos pelagi vino super aequora fuso 247 Después a los
dioses del piélago, derramando vino sobre las superficies,

et pecoris fibris et fumo turis adorat, 248 y de un ganado con
las entrañas, y con humo de incienso, adora,

donec Carpathius medio de gurgite vates 249 hasta que el
carpacio vate, desde la mitad del abismo:

'Aeacide,' dixit 'thalamis potiere petitis, 250 250 «Eácida»,
le dijo, «de los tálamos pretendidos te apoderarás. 250

tu modo, cum rigido sopita quiescet in antro, 251 Tú, sólo,
cuando dormida descansa en la rigurosa cueva,

ignaram laqueis vincloque innecte tenaci. 252 ignorante, con
cuerdas y cadena tenaz átala.

nec te decipiat centum mentita figuras,

sed preme, quicquid erit, dum, quod fuit ante, reformet.' dixerat
haec Proteus et condidit aequore vultum 255 admisitque suos in
verba novissima fluctus.

Pronus erat Titan inclinatoque tenebat

Hesperium temone fretum, cum pulchra relicto Nereis ingreditur
consueta cubilia ponto;

vix bene virgineos Peleus invaserat artus: 260 illa novat formas,
donec sua membra teneri sentit et in partes diversas bracchia
tendi.

tum denu ingemuit, 'ne' que ait 'sine numine vincis' exhibita
estque Thetis: confessam amplectitur heros et potitur votis
ingentique inplet Achille. 265

Felix et nato, felix et coniuge Peleus, et cui, si demas iugulati
crimina Phoci,

omnia contigerant: fraterno sanguine sontem expulsamque
domo patria Trachinia tellus

accipit. hic regnum sine vi, sine caede gerebat 270 Lucifero
genitore satus patriumque nitorem

ore ferens Ceyx, illo qui tempore maestus dissimilisque sui
fratrem lugebat ademptum. quo postquam Aeacides fessus
curaque viaque

venit et intravit paucis comitantibus urbem, 275 quosque greges
pecorum, quae secum armenta trahebat, haut procul a muris
sub opaca valle reliquit;

copia cum facta est adeundi prima tyranni,

velamenta manu praetendens supplice, qui sit quoque satus,
memorat, tantum sua crimina celat 280 mentiturque fugae

causam; petit, urbe vel agro se iuvet. hunc contra placido
Trachinius ore

talibus adloquitur: 'mediae quoque commoda plebi nostra
patent, Peleu, nec inhospita regna tenemus; adicis huic animo
momenta potentia, clarum 285 nomen avumque Iovem; ne
tempora perde precando! quod petis, omne feres tuaque haec
pro parte vocato, qualiacumque vides! utinam meliora videres!'

et flebat: moveat tantos quae causa dolores, Peleusque
comitesque rogant; quibus ille profatur: 290 'forsitan hanc
volucrem, rapto quae vivit et omnes terret aves, semper pennas
habuisse putetis:

vir fuit (et—tanta est animi constantia—iam tum acer erat
belloque ferox ad vimque paratus) nomine Daedalion. illo
genitore creatis, 295 qui vocat Auroram caeloque novissimus
exit, culta mihi pax est, pacis mihi cura tenendae coniugiique
fuit, fratri fera bella placebant:

illius virtus reges gentesque subegit,

quae nunc Thisbaeas agitatur mutata columbas. 300 nata erat
huic Chione, quae dotatissima forma mille procos habuit, bis
septem nubilis annis. forte revertentes Phoebus Maiaque
creatus,

ille suis Delphis, hic vertice Cyllenaeo,

videre hanc pariter, pariter traxere colorem. 305 spem veneris
differt in tempora noctis Apollo; non fert ille moras virgaque
movente soporem virginis os tangit: tactu iacet illa potenti
vimque dei patitur; nox caelum sparserat astris:

Y no te engañe ella mintiendo cien figuras,
sino apriétala, cualquier cosa que ella sea, hasta que en lo que
fue antes se restituya».

Había dicho esto Proteo, y escondió en la superficie su rostro
255 y admitió, sobre sus palabras últimas, sus oleajes.

Bajando estaba el Titán e inclinado su timón
ocupaba el vespertino mar, cuando la bella, abandonado el
ponto, la Nereida, entra en sus acostumbrados lechos.

No bien Peleo había invadido sus virginales miembros, 260
ella renueva sus figuras hasta que su cuerpo sintió que era
retenido y que hacia partes opuestas sus brazos se tendían.

Entonces finalmente gimió hondo y: «No», dice, «sin una
divinidad vences»,

y exhibida quedó Tetis: a la rendida se abraza el héroe
y se apodera de sus deseos y la llena, ingente, de Aquiles. 265

Dedalión y Quíone

Feliz de su hijo, feliz también de su esposa Peleo,

y a quien, si quitas las incriminaciones del degollado Foco, todo
había alcanzado. A él, de la sangre de su hermano culpable y
expulsado de la casa paterna, de Traquis la tierra

lo acogió. Aquí su gobierno sin fuerza, sin muerte ejercía 270
Ceix, del Lucero, su padre, engendrado, y llevando el paterno
brillo en su cara, el cual en aquel tiempo afligido

y desemejante de sí mismo, a su hermano arrebatado lloraba.
Adonde, después que el Eácida fatigado por la angustia y el
camino llegó, y entró con poco cortejo en la ciudad, 275

y que los que llevaba, sus rebaños de ganado, los que consigo
de reses no lejos de sus murallas bajo un opaco valle hubo
dejado,

cuando la ocasión se le ofreció primera de acercarse al tirano,
ramos tendiéndole con mano suplicante, sobre quién sea él

y de quién hijo le apercibe, sólo sus culpas esconde 280

y miente de la huida la causa. Pide que con ciudad o campo le
ayude. A él por el contrario el traquinio de su plácida boca

con tales cosas le responde: «Para la media plebe incluso
nuestra

benevolencia es manifiesta, Peleo, y no inhospitalarios
gobiernos tenemos.

Añades a tal ánimo razones poderosas: tu brillante 285
nombre y de abuelo a Júpiter. Tus tiempos no malogra
suplicando. Lo que pides todo lo tendrás y tuyo esto llama
como parte suya, cuanto ves. Ojalá mejores cosas vieras»,
y lloraba. Que moviera a tan grandes dolores qué causa
Peleo y sus acompañantes preguntan, a los cuales él revela: 290
«Quizás que ese pájaro que del robo vive y a todas las aves
aterra siempre alas ha tenido creáis:
un hombre fue y -tanta es del ánimo la constancia- ya entonces
agrio era y en la guerra feroz y a la fuerza presto,
por nombre Dedalión, de ese padre engendrado 295 que llama
a la Aurora y del cielo el más reciente sale.
Honrada por mí la paz ha sido, el de mantener esa paz -y el de
mi matrimonio-
mi cuidado ha sido. A mi hermano las fieras guerras
complacían: la virtud suya a reyes y a pueblos sometió,
la cual ahora, mutada, hostiga de Tisbe a las palomas. 300
Nacida le fue a él Quíone, quien dotadísima de hermosura, mil
pretendientes hubo, núbil a sus catorce años.
Por acaso, al regresar Febo y el hijo de Maia, aquél de su
Delfos, éste de la cima de Cilene,
la vieron a ella a la par, a la par contrajeron por ella un ardor.
305 La esperanza de su Venus difiere a los tiempos de la noche

Apolo. No soporta aquél las demoras y con su vara, que mueve al sopor, de la doncella el rostro toca: a su tacto cae ella poderoso,
y la fuerza del dios padece. La noche había asperjado el cielo de astros.

Phoebus anum simulat praereptaque gaudia sumit. 310

ut sua maturus conplevit tempora venter, alipedis de stirpe dei
versuta propago

nascitur Autolycus furtum ingeniosus ad omne, candida de
nigris et de candentibus atra

qui facere adsuerat, patriae non degener artis; 315 nascitur e
Phoebo (namque est enixa gemellos) carmine vocali clarus
citharaque Philammon.

quid peperisse duos et dis placuisse duobus et forti genitore et
progenitore nitenti

esse satam prodest? an obest quoque gloria multis? 320 obfuit
huic certe! quae se praeferre Dianae sustinuit faciemque deae
culpavit, at illi

ira ferox mota est "factis" que "placebimus" inquit. nec mora,
curvavit cornu nervoque sagittam inpulit et meritam traiecit
harundine linguam. 325 lingua tacet, nec vox temptataque
verba sequuntur, conantemque loqui cum sanguine vita reliquit;

quam miser amplexans ego tum patriumque dolorem corde tuli
fratrique pio solacia dixi,

quae pater haut aliter quam cautes murmura ponti 330

accipit et natam delamentatur ademptam; ut vero ardentem
vidit, quater impetus illi

in medios fuit ire rogos, quater inde repulsus concita membra
fugae mandat similisque iuvenco spicula crabronum pressa
cervice gerenti, 335 qua via nulla, ruit. iam tum mihi currere
visus plus homine est, alasque pedes sumpsisse putares. effugit
ergo omnes veloxque cupidine leti

vertice Parnasi potitur; miseratus Apollo, cum se Daedalion
saxo misisset ab alto, 340 fecit avem et subitis pendentem
sustulit alis

oraque adunca dedit, curvos dedit unguibus hamos, virtutem
antiquam, maiores corpore vires,

et nunc accipiter, nulli satis aequus, in omnes saevit aves
aliisque dolens fit causa dolendi.' 345

Quae dum Lucifero genitus miracula narrat de consorte suo,
cursu festinus anhelo

advolat armenti custos Phoceus Onetor

et 'Peleu, Peleu! magnae tibi nuntius adsum cladis' ait.
quodcumque ferat, iubet edere Peleus, 350 pendet et ipse metu
trepidi Trachinius oris;

ille refert 'fessos ad litora curva iuencos

adpuleram, medio cum Sol altissimus orbe tantum respiceret,
quantum superesse videret, parsque boum fulvis genua
inclinarat harenis 355 latarumque iacens campos spectabat
aquarum, pars gradibus tardis illuc errabat et illuc;

nant alii celsoque exstant super aequora collo. templa mari
subsunt nec marmore clara neque auro, sed trabibus densis
lucoque umbrosa vetusto: 360 Nereides Nereusque tenent (hos
navita ponti

edidit esse deos, dum retia litore siccat); iuncta palus huic est
densis obsessa salictis, quam restagnantis fecit maris unda
paludem:

inde fragore gravi strepitans loca proxima terret, 365

belua vasta, lupus iuncisque palustribus exit,

Febo a una anciana simula y, previamente a él robados, sus
gozos toma. 310

Cuando maduro completó sus tiempos su vientre,

de la estirpe del dios de los alados pies un astuto vástago nace,
Autólico, ingenioso para hurto todo:

blanco de lo negro, y de lo blanco negro

quien a hacer acostumbrara, no desmerecedor de su paterno arte. 315 Nace de Febo -pues dio a luz gemelos-

por su canción vocal y por su cítara brillante Filamon.

¿De qué haber parido a dos, y dioses haber complacido a dos, y de un fuerte padre y del Tonante por antepasado

haber sido engendrada sirve? ¿Acaso no perjudica incluso su gloria a muchos? 320

Le perjudicó a ella ciertamente, la cual de anteponerse a Diana tuvo el valor y la belleza de la diosa incriminó, mas en ella

una ira movida fue y: «Con nuestros hechos», dice, «le agradaremos», y sin demora curvó el cuerno y desde le nervio una saeta

impulsó y, de ello merecedora, le atravesó con su caña la lengua. 325 Su lengua calla, y ni su voz ni las pretendidas palabras le obedecen,

y al intentar hablar con su sangre su vida la abandona.

A la cual, desgraciado, abrazándola yo, entonces de un padre el dolor en mi corazón sufrí, y a mi hermano piadoso consuelos dije.

Los cuales ese padre no de otra forma que los arrecifes los murmullos del ponto 330

recibe, y a su hija lamenta sin cesar, arrebatada.

Pero cuando arder la vio, cuatro veces el impulso de él
fue ir a la mitad de esos fuegos, cuatro veces de ahí rechazado
su excitado cuerpo a la huida encomienda y, semejante al
novillo que unos agujijones de abejorro en su oprimida cerviz
lleva, 335

por donde camino ninguno hay se lanza. Ya entonces a mí
correr me pareció

más que un hombre, y que alas sus pies habían tomado
creerías.

Escapó, así pues, de todos y veloz por su deseo de muerte de la
cima del Parnaso se apodera. Conmiserado Apolo,

como Dedalión a sí mismo se hubiera lanzado desde esa alta
roca, 340 lo hizo ave y súbitas con unas alas al que caía
sostiene,

y una boca corva le dio, curvados le dio por uñas unos ganchos,
su virtud la antigua, mayores que su cuerpo sus fuerzas,

y ahora, el azor, para nadie lo bastante bueno, contra todas
las aves se ensaña y por dolerse de otros se hace él causa de
dolor». 345

El ganado de Peleo

Mientras el hijo del Lucero narra esos milagros acerca

de su consorte hermano, apresurado en una carrera asfixiada
volando llega de la manada el guardián, el foceo Anétor,

y: «¡Peleo! ¡Peleo! Mensajero a ti llego de una gran

calamidad», dice. Lo que quiera que traiga le ordena revelar
Peleo, 350 aturdido también él por el miedo de su temblorosa
boca el traquinio. Él refiere: «A los fatigados novillos hacia los
litorales curvados había arreado, cuando el Sol, altísimo en la
mitad del cielo,

tanto hacia atrás mirara como restarle viera,

y una parte de las reses en las arenas rubias había inclinado sus
rodillas, 355

y de las anchas aguas, tumbada, las llanuras contemplaba;
parte con pasos tardos por aquí deambulaba y por allá;

nadan otros y con su excelso cuello emergen sobre las
superficies. Unos templos de ese mar cerca están, ni de mármol
brillante ni de oro, sino de vigas densas sombreados y de
bosque vetusto. 360

Las Nereides y Nereo lo poseen: ellos un marinero del ponto
me reveló que eran sus dioses, mientras sus redes en el litoral
seca. Junta una laguna a él hay, de densos sauces sitiada,
a la que laguna hizo la ola del remansado mar.

Desde allí, estrepitoso con su fragor grave, los lugares próximos
aterra 365

una bestia inmensa: un lobo de los juncos laguneros sale,

oblitus et spumis et sparsus sanguine rictus fulmineos, rubra
suffusus lumina flamma.

qui quamquam saevit pariter rabieque fameque, acrior est
rabie: neque enim ieiunia curat 370 caede boum diramque
famem finire, sed omne vulnerat armentum sternitque hostiliter
omne. pars quoque de nobis funesto saucia morsu, dum
defensamus, leto est data; sanguine litus

undaque prima rubet demugitaeque paludes. 375 sed mora
damnosa est, nec res dubitare remittit: dum superest aliquid,
cuncti coeamus et arma, arma capessamus coniunctaque tela
feramus!' dixerat agrestis: nec Pelea damna movebant,

sed memor admissi Nereida conligit orbam 380 damna sua
inferias extincto mittere Phoco. induere arma viros violentaque
sumere tela

rex iubet Oetaeus; cum quis simul ipse parabat ire, sed Alcyone
coniunx excita tumultu

prosilit et nondum totos ornata capillos 385

disicit hos ipsos colloque infusa mariti, mittat ut auxilium sine
se, verbisque precatur et lacrimis, animasque duas ut servet in
una.

Aeacides illi: 'pulchros, regina, piosque

pone metus! plena est promissi gratia vestri. 390 non placet
arma mihi contra nova monstra moveri; numen adorandum
pelagi est!' erat ardua turris, arce focus summa, fessis nota
grata carinis: ascendunt illuc stratosque in litore tauros

cum gemitu adspiciunt vastatoremque cruento 395

ore ferum, longos infectum sanguine villos. inde manus tendens
in aperti litora ponti caeruleam Peleus Psamathen, ut finiat
iram, orat, opemque ferat; nec vocibus illa rogantis

flectitur Aeacidae, Thetis hanc pro coniuge supplex 400

accepit veniam. sed enim revocatus ab acri caede lupus
perstat, dulcedine sanguinis asper, donec inhaerentem lacerae
cervice iuvencae marmore mutavit: corpus praeterque colorem
omnia servavit, lapidis color indicat illum 405 iam non esse
lupum, iam non debere timeri. nec tamen hac profugum
consistere Pelea terra fata sinunt, Magnetas adit vagus exul et
illic sumit ab Haemonio purgamina caedis Acasto.

Interea fratrisque sui fratremque secutis 410 anxia prodigiis
turbatus pectora Ceyx,

consulat ut sacras, hominum oblectamina, sortes, ad Clarium
parat ire deum; nam templa profanus invia cum Phlegyis
faciebat Delphica Phorbas. consilii tamen ante sui, fidissima,
certam 415

te facit, Alcyone; cui protinus intima frigus ossa receperunt,
buxoque simillimus ora

pallor obit, lacrimisque genae maduere profusis. ter conata
loqui, ter fletibus ora rigavit singultuque pias interrumpente
querellas 420 'quae mea culpa tuam,' dixit 'carissime, mentem
vertit? ubi est quae cura mei prior esse solebat? iam potes
Alcyone securus abesse relicta?

367

embadurnado de espumas y asperjado de sangre en sus
comisuras fulmínea, inyectados sus ojos de una roja llama.

El cual, aunque se ensaña a la par por su rabia y su hambre,
más acre es por su rabia, y así pues, no a sus ayunos cuida de
poner 370

fin con la matanza de unos bueyes, y a su siniestra hambre,
sino toda la manada hiere y la tumba hostilmente entera.

Parte también de nosotros, de su funesto mordisco herida,
mientras nos defendemos, a la muerte es entregada. De sangre
el litoral y la ola primera rojece, y las mugidas lagunas. 375

Pero la demora dañosa es y el caso dudar no permite.

«Mientras resta alguna cosa, todos unámonos, y nuestras
armaduras, nuestras armaduras empuñemos, y conjuntas

nuestras armas llevemos», había dicho un lugareño agreste: y no conmovían a Peleo sus daños, sino que consciente de su pecado colige que la Nereida, de su hijo huérfana, 380 esos daños suyos como ofrendas fúnebres a su extinguido Foco enviaba.

Vestir sus armaduras a sus hombres y tomar sus violentas armas

el rey del Eta ordena, con las cuales al mismo tiempo él se disponía a marchar, pero Alcíone, su esposa, despierta por el tumulto

a él se arroja y todavía no acicalada de todo su cabello 385

los divide a esos hombres y en el cuello derramándose de su marido, que mande el auxilio sin él mismo, con palabras le suplica

y lágrimas, y dos vidas que salve en una sola.

El Eácida a ella: «Tus bellos, reina, y piadosos miedos deja.

Plena es la gracia de tu propuesta. 390

No me place a mí las armas contra esos nuevos prodigios mover. Una divinidad del piélago ha de ser implorada». Había, ardua, una torre. En lo supremo de la fortaleza una hoguera, señal grata para las fatigadas quillas.

Ascienden allí, y a los toros en el litoral tumbados

con gemidos contemplan, y devastados, ensangrentada 395 su boca a ese fiera, inficionados de sangre sus largos vellos.

Desde ahí, sus manos tendiendo a los litorales del abierto ponto
Peleo a la azul Psámate que ponga fin a su ira
ruega, y preste su ayuda. Y no a las palabras ella, del que
rogaba, del Eácida, se doblega. Tetis, por su esposo suplicante,
400 recibe esa venia. Pero, aun revocado de su acre
matanza, el lobo persevera, por la dulzura de la sangre áspero,
hasta que prendido de una lacerada novilla en la cerviz,
en mármol lo mutó. El cuerpo y, salvo su color,
todo lo conservó; de la piedra el color delata que aquél 405 ya
no es lobo, que ya no debe temerse.

Y aun así en esa tierra al prófugo Peleo establecerse
los hados no consienten. A los magnesios llega, vagabundo
exiliado, y allí
toma del hemonio Acasto las purificaciones de sus asesinato.

Ceix y Alcíone

Mientras tanto, por los prodigios de su hermano 410
y los que siguieron a su hermano turbado en su pecho Ceix,
para consultar unas sagradas -de los hombres deleite-
venturas, al dios de Claros se dispone a ir. Pues sus templos
délficos
el sacrílego Forbas, con los flegios, inaccesibles hacía.
De su proyecto aun así antes, fidelísima, a ti 415

te cerciora, Alcíone. De la cual, al instante, sus íntimos huesos un frío acogieron, y, al boj muy semejante, a su cara una palidez acudió, y de lágrimas sus mejillas se humedecieron profusas.

Tres veces al intentar hablar, tres veces de llanto su cara regó y entrecortando su sollozo sus piadosos lamentos: 420

«¿Qué culpa mía», dijo, «amadísimo, tu mente ha mutado? ¿Dónde está tu cuidado por mí cual antes ser solía? ¿Ya puedes tranquilo ausentarte Alcíone dejada atrás?

iam via longa placet? iam sum tibi carior absens? at, puto, per terras iter est, tantumque dolebo, 425 non etiam metuam, curaeque timore carebunt. aequora me terrent et ponti tristis imago:

et laceras nuper tabulas in litore vidi

et saepe in tumultis sine corpore nomina legi. neve tuum fallax animum fiducia tangat, 430 quod socer Hippotades tibi sit, qui carcere fortes contineat ventos, et, cum velit, aequora placet. cum semel emissi tenuerunt aequora venti,

nil illis vetitum est: incommendataque tellus

omnis et omne fretum est, caeli quoque nubila vexant 435

excutiuntque feris rutilos concursibus ignes. quo magis hos novi (nam novi et saepe paterna

parva domo vidi), magis hoc reor esse timendos. quod tua si
flecti precibus sententia nullis,
care, potest, coniunx, nimiumque es certus eundi, 440
me quoque tolle simul! certe iactabimur una,
nec nisi quae patiar, metuam, pariterque feremus, quicquid erit,
pariter super aequora lata feremur.'

Talibus Aeolidis dictis lacrimisque movetur sidereus coniunx:
neque enim minor ignis in ipso est; 445 sed neque propositos
pelagi dimittere cursus,

nec vult Alcyonen in partem adhibere pericli

multaque respondit timidum solantia pectus. non tamen idcirco
causam probat; addidit illis

hoc quoque lenimen, quo solo flexit amantem: 450 'longa
quidem est nobis omnis mora, sed tibi iuro per patrios ignes, si
me modo fata remittant,

ante reversurum, quam luna bis inpleat orbem.' his ubi promissis
spes est admota recursus, protinus eductam navalibus aequore
tingui 455 aptarique suis pinum iubet armamentis;

qua rursus visa veluti praesaga futuri horruit Alcyone
lacrimasque emisit obortas

amplexusque dedit tristisque miserrima tandem ore 'vale' dixit
conlapsaque corpore toto est; 460 ast iuvenes quaerente moras
Ceyce reducunt ordinibus geminis ad fortia pectora remos

aequalique ictu scindunt freta: sustulit illa umentes oculos
stantemque in puppe recurva

concussaue manu dantem sibi signa maritum 465 prona videt
redditque notas; ubi terra recessit longius, atque oculi nequeunt
cognoscere vultus, dum licet, insequitur fugientem lumine
pinum; haec quoque ut haut poterat spatio submota videri, vela
tamen spectat summo fluitantia malo; 470

ut nec vela videt, vacuum petit anxia lectum seque toro ponit:
renovat lectusque torusque Alcyonae lacrimas et quae pars
admonet absit.

Portibus exierant, et moverat aura rudentes: obvertit lateri
pendentes navita remos 475

cornuaque in summa locat arbore totaque malo carbasa
deducit venientesque accipit auras.

aut minus, aut certe medium non amplius aequor puppe
secabatur, longaeque erat utraque tellus,

cum mare sub noctem tumidis albescere coepit 480 fluctibus et
praeceps spirare valentius eurus.

'ardua iamdudum demittite cornua' rector

¿Ya un camino largo te place? ¿Ya te soy más querida ausente?
Mas, pienso yo, por las tierras tu ruta es y solamente me doleré
de ello, 425 no tendré miedo además, y mis cuidados de temor
carecerán.

Los mares me aterran y del ponto la triste imagen,
y laceradas hace poco unas tablas en el litoral he visto
y muchas veces en los sepulcros sin su cuerpo leí unos nombres,
y para que a tu ánimo una falaz confianza no mueva 430
porque suegro tuyo el Hipótada es, quien en su cárcel contiene
a los fuertes vientos y cuando quiere las superficies aplaca,
cuando una vez soltados se apoderan de las superficies los
vientos, nada a ellos vedado les es, y desamparada la tierra
toda y todo el estrecho es, del cielo también a las nubes
hostigan 435 y su sacudida arranca con sus fieras colisiones
rutilantes fuegos.

Mientras más los conozco -pues los conozco y muchas veces en
mi paterna

casa de pequeña los vi-, más por ello creo son de temer.

Por lo que si la decisión tuya doblegarse con súplicas ningunas,
querido esposo, puede, y demasiado cierto estás de marchar,
440 a mí también llévame a la vez. Ciertamente se nos sacudirá
a una, y no, sino de lo que padezco, tendré miedo y a la par
sufriremos cuanto haya de ser, a la par sobre la superficie
seremos llevados».

Con tales razones de la Eólida y con sus lágrimas

se conmueve su sideral esposo: pues no menor fuego en él
mismo hay. 445

Pero ni de los proyectados recorridos del piélago desistir, ni quiere a Alcíone recibir al partido del peligro,

y muchas cosas responde en consolación de su temeroso pecho. No, aun así, por tal razón su causa hace buena. Añade a ellas este paliativo también, con el que solo doblegó a su amante: 450

«Larga ciertamente es para nosotros toda demora, pero te juro por los fuegos de mi padre, si sólo los hados a mí me devuelvan, que antes he de retornar de que la luna dos veces colme su orbe».

Cuando con estas promesas la esperanza se le acercó de su regreso, en seguida, sacado de sus astilleros el pino, que de mar 455

se tiñera y que se le acoplaran, ordena, sus armamentos. Visto el cual, de nuevo, como presagidora del futuro se estremeció Alcíone y lágrimas vertió brotadas,

y en sus brazos le estrechó y con triste, desgraciadísima, boca finalmente: «Adiós», dijo y se colapsó todo su cuerpo. 460 Mas los jóvenes, mientras buscaba demoras Ceix, retornan, en filas gemelas, hacia sus fuertes pechos los remos

y con igual golpeo hienden los estrechos. Sostuvo ella húmedos sus ojos y apostado en la popa recurva

y agitando su mano para hacerle a ella las primeras señas
465 a su marido ve, y le devuelve esas señas. Cuando la tierra
se aleja más y sus ojos no pueden reconocer su rostro,
mientras puede persigue huyendo al pino con la mirada.

Él también, cuando no podía por la distancia separado ser
visto, sus velas aun así contempla, en lo alto ondeantes del
mástil. 470 Cuando ni las velas ve, vacío busca, ansiosa, su
lecho,

y en la cama se deja caer. Renueva el lecho y la cama
de Alcíone las lágrimas y le recuerda qué parte está ausente.

De los puertos habían salido, y había movido el aura las
maromas.

Vuelve contra el costado los suspendidos remos el marinero,
475 y las perchas en lo alto de la arboladura coloca y todos del
mástil los linos cuelga y las auras en viniendo recoge.

O menos o ciertamente no más allá de en su mitad la superficie
por esa popa iba siendo cortada, y lejos estaba una y la otra
tierra, cuando el mar, a la noche, de henchidos oleajes a
blanquecer 480 comenzó y vertiginoso a soplar más
vigorosamente el euro.

«Arriad en seguida las arduas perchas», el capitán grita,

clamat 'et antemnis totum subnectite velum.' hic iubet;
inpediunt adversae iussa procellae,

nec sinit audiri vocem fragor aequoris ullam: 485 sponte tamen
properant alii subducere remos, pars munire latus, pars ventis
vela negare;

egerit hic fluctus aequorque refundit in aequor, hic rapit
antemnas; quae dum sine lege geruntur, aspera crescit hiems,
omnique e parte feroces 490 bella gerunt venti fretaque
indignantia miscent. ipse pavet nec se, qui sit status, ipse
fatetur

scire ratis rector, nec quid iubeatve vetetve: tanta mali moles
tantoque potentior arte est.

quippe sonant clamore viri, stridore rudentes, 495 undarum
incursu gravis unda, tonitribus aether. fluctibus erigitur
caelumque aequare videtur pontus et inductas aspergine
tangere nubes;

et modo, cum fulvas ex imo vertit harenas, concolor est illis,
Stygia modo nigrior unda, 500 sternitur interdum spumisque
sonantibus albet. ipsa quoque his agitur vicibus Trachinia
puppis et nunc sublimis veluti de vertice montis despiciere in
valles imumque Acheronta videtur, nunc, ubi demissam curvum
circumstetit aequor, 505 suspicere inferno summum de gurgite
caelum. saepe dat ingentem fluctu latus icta fragorem
nec levius pulsata sonat, quam ferreus olim cum laceras aries
balistave concutit arces,

utque solent sumptis incursu viribus ire 510

pectore in arma feri protentaque tela leones, sic, ubi se ventis
admiserat unda coortis, ibat in alta ratis multoque erat altior
illis;

iamque labant cunei, spoliataque tegmine cerae rima patet
praebetque viam letalibus undis. 515 ecce cadunt largi resolutis
nubibus imbres, inque fretum credas totum descendere caelum,
inque plagas caeli tumefactum ascendere pontum. vela madent
nimbis, et cum caelestibus undis aequoreae miscentur aquae;
caret ignibus aether, 520 caecaque nox premitur tenebris
hiemisque suisque. discutiunt tamen has praebentque micantia
lumen fulmina: fulmineis ardescunt ignibus imbres.

dat quoque iam saltus intra cava texta carinae fluctus; et ut
miles, numero praestantior omni, 525 cum saepe adsiluit
defensae moenibus urbis,

spe potitur tandem laudisque accensus amore inter mille viros
murum tamen occupat unus, sic ubi pulsarunt noviens latera
ardua fluctus,

vastius insurgens decimae ruit impetus undae 530 nec prius
absistit fessam oppugnare carinam, quam velut in captae
descendat moenia navis. pars igitur temptabat adhuc invadere
pinum,

pars maris intus erat: trepidant haud setius omnes, quam solet
urbs aliis murum fodientibus extra 535 atque aliis murum

trepidare tenentibus intus. deficit ars, animique cadunt,
totidemque videntur, quot veniunt fluctus, ruere atque
inrumpere mortes. non tenet hic lacrimas, stupet hic, vocat ille
beatos, funera quos maneant, hic votis numen adorat 540
bracchiaque ad caelum, quod non videt, inrita tollens

«y a las antenas toda la vela arremangad». Él ordena.

Estorban las contrarias ventiscas sus órdenes

y no consiente que se oiga voz alguna el fragor del mar. 485 Por
sí mismos, aun así, se apresuran unos a izar los remos, parte a
reforzar el costado, parte a negar a los vientos las velas. Saca
éste los oleajes y el mar revierte al mar,

este arrebatada las antenas. Lo cual, mientras sin ley se hace,
áspero crece el temporal y de todas partes, feroces, 490

sus guerras hacen los vientos y los estrechos indignados
mezclan. Él mismo está espantado, y cuál sea su estado que ni
él mismo sabe confiesa el capitán del barco, ni qué ordene o
qué prohíba, tan grande la mole de ese mal y tanto más
poderosa que su arte es,

como que resuenan con sus gritos los hombres, con su chirrido
las maromas, 495

con la colisión de las olas, pesada, la ola, con los truenos el éter.

Con sus oleadas se yergue y el cielo igualar parece

el ponto, y, reunidas por su aspersion, tocar las nubes.

Y ora, cuando desde lo profundo revuelve rubias arenas,
de igual color es a ellas; que la estigia onda ora más negro, 500
se postra algunas veces y de sus espumas resonantes
blanquece.

La propia también popa de Traquis se mueve con estas tornas
y ahora sublime, como desde la cima de un monte, contemplar
abajo los valles y profundo el Aqueronte parece: ahora, cuando
abajada el recurvo mar la cerca, 505 contemplar arriba desde el
infernabismo el supremo cielo.

Muchas veces hace, por el oleaje en su costado golpeada, un
ingente fragor,

y no más leve golpeada resuena que cuando férreo en otro
tiempo el ariete o la balista embiste las laceradas ciudadelas,

y como suelen tomando para el ataque fuerzas marchar 510

a pecho contra las armaduras y las enhestadas armas fieros los
leones, así, cuando se lanzaba la ola al concurrir los vientos,

iba contra los armamentos de la nave y en mucho era más alta
que ellos. Y ya resbalan las cuñas, y despojada de su
revestimiento de cera una hendidija aparece y presta camino a las
letales olas. 515

He aquí que caen largas -liberadas las nubes- lluvias, y contra el
mar creerías que todo descende el cielo,

y contra los golpes del cielo que hinchado asciende el ponto.

Las velas se mojan de las borrascas y con las celestes olas
las ecuóreas aguas se mezclan. Carece de sus fuegos el éter
520

y una ciega noche ceñida se ve por las tinieblas del temporal y
las suyas.

Las hienden aun así a ellas y les ofrecen rielantes su luz los
rayos. Con esos fuegos de rayo arden las olas.

Hace también ya asalto dentro de las huecas texturas de la
quilla

el oleaje, y como el soldado más destacado que el número
restante, 525 cuando muchas veces intentó asaltar las murallas
de una ciudad que le rechaza, de su esperanza se apodera al fin
y, enardecido por el amor de la alabanza, entre mil hombres de
ese muro aun así se apodera él solo,

así, cuando hubieron batido nueve veces sus arduos costados
los oleajes, más vastamente surgiendo se precipita de la
décima ola la embestida, 530 y no antes se abstiene de asaltar
a la agotada quilla

de que descienda como contra los baluartes de una cautivada
nave.

Una parte, así pues, intentaba todavía invadir el pino; parte del
mar dentro estaba. Tiemblan no menos todos

de lo que suele una ciudad temblar cuando unos su muro 535
horadan por fuera, y cuando otros la ocupan por dentro.

Cesa el arte, los ánimos caen, y tantas les parece,
cuantas oleadas vienen, que se precipitan e irrumpen las
muertes.

No sostiene éste las lágrimas, suspendido está éste, llama aquél
felices a los que funerales aguardan, éste con sus votos a una
divinidad implora, 540 y sus brazos defraudados elevando a un
cielo que no ve

poscit opem; subeunt illi fraterque parensque,

huic cum pignoribus domus et quodcunque relictum est;

Alcyone Ceyca movet, Ceycis in ore

nulla nisi Alcyone est et, cum desideret unam, 545 gaudet
abesse tamen; patriae quoque vellet ad oras respicere inque
domum supremos vertere vultus, verum, ubi sit, nescit: tanta
vertigine pontus

fervet, et inducta piceis e nubibus umbra

omne latet caelum, duplicataque noctis imago est. 550

frangitur incursu nimborum turbinis arbor,

frangitur et regimen, spoliisque animosa superstes unda, velut
victrix, sinuataque despicit undas;

nec leuius, quam siquis Athon Pindumve revulsos sede sua totos
in apertum everterit aequor, 555 praecipitata cadit
pariterque et pondere et ictu mergit in ima ratem; cum qua pars
magna virorum gurgite pressa gravi neque in aera reddita fato
functa suo est, alii partes et membra carinae

trunca tenent: tenet ipse manu, qua sceptrum solebat, 560
fragmina navigii Ceyx socerumque patremque invocat heu!
frustra, sed plurima nantis in ore Alcyone coniunx: illam
meminitque refertque, illius ante oculos ut agant sua corpora
fluctus

optat et exanimis manibus tumuletur amicis. 565 dum natat,
absentem, quotiens sinit hiscere fluctus, nominat Alcyonen
ipsisque in murmurat undis. ecce super medios fluctus niger
arcus aquarum frangitur et rupta mersum caput obruit unda.

Lucifer obscurus nec quem cognoscere posses 570 illa luce fuit,
quoniamque excedere caelo

non licuit, densis textis sua nubibus ora.

Aeolis interea, tantorum ignara malorum, dinumerat noctes et
iam, quas induat ille, festinat vestes, iam quas, ubi venerit ille,
575 ipsa gerat, reditusque sibi promittit inanes. omnibus
illa quidem superis pia tura ferebat, ante tamen cunctos Iunonis
templa colebat proque viro, qui nullus erat, veniebat ad aras
utque foret sospes coniunx suus utque rediret, 580 optabat,
nullamque sibi praeferret; at illi

hoc de tot votis poterat contingere solum.

At dea non ultra pro functo morte rogari sustinet utque manus
funestas arceat aris,

'Iri, meae' dixit 'fidissima nuntia vocis, 585

visе soporiferam Somni velociter aulam exstinctique iube Ceycis
imagine mittat somnia ad Alcyonen veros narrantia casus.'

dixerat: induitur velamina mille colorum

Iris et arquato caelum curvamine signans 590

tecta petit iussi sub nube latentia regis.

Est prope Cimmerios longo spelunca recessu, mons cavus,
ignavi domus et penetralia Somni, quo numquam radiis oriens
mediusve cadensve Phoebus adire potest: nebulae caligine
mixtae 595 exhalantur humo dubiaeque crepuscula lucis.

non vigil ales ibi cristati cantibus oris evocat Auroram, nec voce
silentia rumpunt sollicitive canes canibusve sagacior anser;

non fera, non pecudes, non moti flamine rami 600

pide ayuda. Le vienen a aquél su hermano y su padre,

a éste junto con sus prendas su casa y cuanto dejado atrás ha.

Alciónе a Ceix conmueve, de Ceix en la boca

ninguna salvo Alciónе está, y aunque la extrañе a ella sola, 545

se alegra de que ausente esté, aun así. De la patria también quisiera a las orillas

volver la mirada y a su casa volver sus supremos rostros, pero dónde esté, ignora, de tan gran vorágine el ponto

hierve, y producida una sombra desde esas nubes como la pez,

todo se oculta el cielo y duplicada se hubo de la noche la imagen. 550 Se rompe por la embestida de un tempestuoso torbellino el árbol,

se rompe también el gobernalle, y de sus expolios ardida la sobreviviente

ola, como vencedora, y enseñada, desdeña a las olas,

y no más levemente que si alguien al Atos y al Pindo arrancados de su sede enteros los arrojara al abierto mar, 555 precipitándose cae, y a la par con su peso y con su golpe

hunde en lo hondo el barco. Con la cual una parte grande de sus hombres de ese pesado abismo presa y al aire no devuelta, su hado cumplió; otros partes y miembros de la quilla

truncados sostienen. Sostiene él mismo con la mano con la que sus cetros solía 560

trozos del navío Ceix y a sus suegro y padre invoca, ay, en vano. Pero incesante en la boca del que nada: Alcíone, su esposa. A ella recuerda y nombra,

de ella ante los ojos que lleven su cuerpo los oleajes

pide y exánime sea sepultado por esas manos amigas. 565

Mientras nada, a la ausente, cuantas veces le permite abrir la boca el oleaje,

nombra a Alcíone y por dentro de las mismas olas lo murmura.

He aquí que por encima de los plenos oleajes un negro arco de aguas rompe y rota la ola sepulta, sumergida, su cabeza.

El Lucero oscuro y a quien conocer no podrías 570 esa luz estuvo y puesto que retirarse del cielo

dado no le era, de densas nubes cubrió su rostro.

La Eólide mientras, de tan grandes desgracias ignorante, recuenta las noches y ya, las que vestirá él,

apresura las ropas, ya las que, cuando haya venido él, 575 ella misma llevará, y unos retornos se promete inanes.

A todos ella, ciertamente, a todos los altísimos, piadosos inciensos llevaba;

antes, aun así, que a esos todos, de Juno los templos honraba, y por su marido, que ninguno era, venía a sus aras

y que estuviera a salvo el esposo suyo y que retornara 580 pedía, y que ninguna a ella antepusiera. Mas a él éste, de tantos votos, podía alcanzarle, solo.

Mas la diosa no más allá sostiene el ser rogada a favor de quien con la muerte

ha cumplido, y para apartar esas manos funestas de sus aras:

«Iris», dijo, «de mi voz fidelísima mensajera, 585 visita del Sueño
velozmente su soporífera corte,

y del extinguido Ceix ordénale envíe con su imagen

unos sueños a Alcíone, que narren sus verdaderos casos». Había
dicho. Se viste sus velos de mil colores

Iris y con una arqueada curvatura signando el cielo, 590

a las moradas tiende del ordenado -bajo las nubes escondidas-
rey.

Hay cerca de los cimerios, en un largo receso, una caverna, un
monte cavo, la casa y los penetrales del indolente Sueño,

en donde nunca con sus rayos, o surgiendo, o medio, o
cayendo, Febo acercarse puede. Nieblas con bruma mezcladas
595 exhala la tierra, y crepúsculos de dudosa luz.

No la vigilante ave allí, con los cantos de su encrestado busto,
evoca a la Aurora, ni con su voz los silencios rompen solícitos
los perros, o que los perros más sagaz el ganso.

No las fieras, no los ganados, no movidas por un soplo las
ramas 600

humanaeve sonum reddunt convicia linguae. muta quies
habitat; saxo tamen exit ab imo

rivus aquae Lethes, per quem cum murmure labens invitat
somnos crepitantibus unda lapillis.

ante fores antri fecunda papavera florent 605 innumeraeque
herbae, quarum de lacte soporem Nox legit et spargit per
opacas umida terras. ianua, ne verso stridores cardine reddat,
nulla domo tota est, custos in limine nullus;

at medio torus est ebene sublimis in antro, 610 plumeus,
atricolor, pullo velamine tectus,

quo cubat ipse deus membris languore solutis. hunc circa
passim varias imitantia formas Somnia vana iacent totidem,
quot messis aristas, silva gerit frondes, eiectas litus harenas.

615

Quo simul intravit manibusque obstantia virgo Somnia dimovit,
vestis fulgore reluxit

sacra domus, tardaue deus gravitate iacentes vix oculos
tollens iterumque iterumque relabens summaue percutiens
nutanti pectora mento 620 excussit tandem sibi se cubitoque
levatus,

quid veniat, (cognovit enim) scitatur, at illa: 'Somne, quies
rerum, placidissime, Somne, deorum, pax animi, quem cura
fugit, qui corpora duris

fessa ministeriis mulces reparasque labori, 625 Somnia, quae
veras aequant imitamine formas, Herculeam Trachinē iube sub
immagine regis Alcyonem adeant simulacraque naufraga fingant.
imperat hoc Iuno.' postquam mandata peregit,

Iris abit: neque enim ulterius tolerare soporis 630 vim poterat,
labique ut somnum sensit in artus, effugit et remeat per quos
modo venerat arcus.

At pater e populo natorum mille suorum excitat artificem
simulatoremque figurae Morphea: non illo quisquam sollertius
alter 635 exprimit incessus vultumque sonumque loquendi;
adicit et vestes et consuetissima cuique

verba; sed hic solos homines imitatur, at alter fit fera, fit
volucris, fit longo corpore serpens:

hunc Icelon superi, mortale Phobetora vulgus 640 nominat; est
etiam diversae tertius artis

Phantasos: ille in humum saxumque undamque trabemque,
quaeque vacant anima, fallaciter omnia transit; regibus hi
ducibusque suos ostendere vultus

nocte solent, populos alii plebemque pererrant. 645 praeterit
hos senior cunctisque e fratribus unum Morphea, qui peragat
Thaumantidos edita, Somnus eligit et rursus molli languore
solutus

deposuitque caput stratoque recondidit alto.

Ille volat nullos strepitus facientibus alis 650 per tenebras
intraque morae breve tempus in urbem pervenit Haemoniam,
positisque e corpore pennis in faciem Ceycis abit sumptaque
figura

luridus, exanimi similis, sine vestibus ullis, coniugis ante torum
miseræ stetit: uda videtur 655 barba viri, madidisque gravis
fluere unda capillis. tum lecto incumbens fletu super ora profuso
haec ait: 'agnoscis Ceyca, miserrima coniunx, an mea mutata
est facies nece? respice: nosces

o su sonido devuelve la barahúnda de la lengua humana. La
muda quietud lo habita. De una roca, aun así, honda,
sale el arroyo del agua del Olvido, merced al cual, con su
murmullo resbalando,
invita a los sueños su onda con sus crepitantes guijarros.
Ante las puertas de la cueva fecundas adormideras florecen
605 e innumerables hierbas de cuya leche el sopor
la Noche cosecha y lo esparce húmeda por las opacas tierras.
Puerta, para que chirridos al volverse su gozne no haga,
ninguna en la casa toda hay, guardián en el umbral ninguno. En
medio un diván hay, del antro, de ébano, sublime él, 610
plúmeo, negricolor, de endrino cobertor tendido,
en donde reposa el propio dios, sus miembros por la languidez
relajados.
De él alrededor, por todas partes, variadas formas imitando, los
sueños vanos yacen, tantos cuantos una cosecha de aristas,

un bosque lleva de frondas, de escupidas arenas una playa. 615
Adonde una vez que penetró y con sus manos, a ella opuestos,
la doncella apartó los Sueños, con el fulgor del su vestido
relució

la sagrada casa, y el dios, yacentes ellos de su tarda pesadez,
apenas sus ojos levantando, y una vez y otra desplomándose,
y lo alto del pecho golpeándose con su bamboleante mentón,
620 se sacudió finalmente a sí mismo, y a sí mismo sobre su
codo apoyándose, a qué venía -pues la reconoció- inquiere.

Mas ella:

«Sueño, descanso de las cosas, el más plácido, Sueño, de los
dioses,

paz del ánimo, de quien el cuidado huye, quien los cuerpos, de
sus duros

menesteres cansados, confortas y reparas para la labor: 625

a unos Sueños, que las verdaderas figuras igualen en su
imitación, ordena que en la hercúlea Traquis, bajo la imagen de
su rey,

a Alcíone acudan y unos simulacros de su naufragio remeden.

Impera eso Juno». Después que sus encargos llevó a cabo,

Iris parte -ya que no más allá tolerar del sopor 630

la fuerza podía- y deslizarse el sueño sintió a sus miembros,
huye y retorna, por los que ahora poco había venido, sus arcos.

Mas el padre, del pueblo de sus mil hijos, despierta al artífice y simulador de figuras,

a Morfeo: no que él ninguno otro más diestramente 635 reproduce el caminar y el porte y el sonido del hablar. Añade además los vestidos y las más usuales palabras de cada cual. Pero él solos a hombres imita. Mas otro

se hace fiero, se hace pájaro, se hace, de largo cuerpo, serpiente: a él Ícelo los altísimos, el mortal vulgo Fobétor 640

le nombra. Hay también de diversa arte un tercero, Fántaso. Él a la tierra, a una roca, a una ola, a un madero y a cuanto vacío está todo de ánima, falazmente se pasa.

A los reyes él y a los generales su rostro mostrar

de noche suele, otros los pueblos y la plebe recorren. 645

Prescinde de ellos su señor y de todos los hermanos solo

a Morfeo, quien lleve a cabo de la Taumántide lo revelado, el Sueño elige, y de nuevo en una blanda languidez relajado

depuso la cabeza y en el cobertor profundo la resguarda.

Él vuela con unas alas que ningunos estrépitos hacen 650

a través de las tinieblas y en un breve tiempo de demora a esa ciudad arriba de Hemonia, y depuestas de su cuerpo las alas,

a la faz de Ceix se convierte y tomada su figura, lívido, a un exánime semejante, sin ropas ningunas,

de su esposa ante el lecho, la desgraciada, se apostó. Mojada parece 655

la barba del marido, y de sus húmedos cabellos fluir pesada ola. Entonces, en el lecho inclinándose, con llanto sobre su rostro profuso, tal dice: «¿Reconoces a Ceix, mi muy desgraciada esposa,

o acaso mudado se ha mi faz por la muerte? Mirame: me conocerás

inveniesque tuo pro coniuge coniugis umbram! 660 nil opis,
Alcyone, nobis tua vota tulerunt! occidimus! falso tibi me
promittere noli!

nubilus Aegaeo deprendit in aequore navem auster et ingenti
iactatam flamine solvit,

oraque nostra tuum frustra clamantia nomen 665 inplerunt
fluctus.—non haec tibi nuntiat auctor ambiguus, non ista vagis
rumoribus audis:

ipse ego fata tibi praesens mea naufragus edo. surge, age, da
lacrimas lugubriaque indue nec me indeploratum sub inania
Tartara mitte! 670 adicit his vocem Morpheus, quam coniugis
illa crederet esse sui (fletus quoque fundere veros visus erat),
gestumque manus Ceycis habebat. ingemit Alcyone lacrimans,
motatque lacertos per somnum corpusque petens amplectitur

auras 675 exclamatque: 'mane! quo te rapis? ibimus una.' voce
sua specieque viri turbata soporem

excutit et primo, si sit, circumspicit, illic,

qui modo visus erat; nam moti voce ministri intulerant lumen.

postquam non invenit usquam, 680 percutit ora manu laniatque

a pectore vestes pectoraque ipsa ferit nec crines solvere curat:

scindit et altrici, quae luctus causa, roganti 'nulla est Alcyone,

nulla est' ait. 'occidit una

cum Ceyce suo. solantia tollite verba! 685

naufragus interiit: vidi agnovique manusque ad discedentem

cupiens retinere tetendi.

umbra fuit, sed et umbra tamen manifesta virique vera mei. non

ille quidem, si quaeris, habebat adsuetos vultus nec quo prius,

ore nitebat: 690

pallentem nudumque et adhuc umentem capillo infelix vidi. stetit

hoc miserabilis ipso

ecce loco'; et quaerit, vestigia siqua supersint. 'hoc erat, hoc,

animo quod divinante timebam,

et ne me fugiens ventos sequerere rogabam. 695 at certe

vellem, quoniam periturus abibas,

me quoque duxisses: multum fuit utile tecum

ire mihi; neque enim de vitae tempore quicquam non simul
egissem, nec mors discreta fuisset. nunc absens perii, iactor
quoque fluctibus absens, 700

et sine me me pontus habet. crudelior ipso sit mihi mens pelago,
si vitam ducere nitar longius et tanto pugnem superesse dolori!

sed neque pugnabo nec te, miserande, relinquam et tibi nunc
saltem veniam comes, inque sepulcro 705 si non urna, tamen
iunget nos littera: si non ossibus ossa meis, at nomen nomine
tangam.' plura dolor prohibet, verboque intervenit omni plangor,
et attonito gemitus a corde trahuntur.

Mane erat: egreditur tectis ad litus et illum 710 maesta locum
repetit, de quo spectarat euntem, dumque moratur ibi dumque
'hic retinacula solvit, hoc mihi discedens dedit oscula litore' dicit
dumque notata locis reminiscitur acta fretumque prospicit, in
liquida, spatio distante, tuetur 715 nescio quid quasi corpus
aqua, primoque, quid illud esset, erat dubium; postquam
paulum adpulit unda, et, quamvis aberat, corpus tamen esse
liquebat,

y hallarás, por el esposo tuyo, de tu esposo la sombra. 660
Ninguna ayuda, Alcíone, tus votos nos prestaron.

Hemos muerto. En falso prometerme a ti no quieras.

Nuboso, del Egeo en el mar, sorprendió a la nave

el Austro, y sacudiéndola con su ingente soplo la deshizo, y la boca nuestra, que tu nombre en vano gritaba, 665 llenaron los oleajes. No esto a ti te anuncia un autor ambiguo, no esto de vagos rumores oyes:

yo mismo los hados míos a ti, náufrago presente, te revelo.
Levántate, vamos, dame tus lágrimas y de luto vístete, y no a mí, no llorado, a los inanes Tártaros me envía». 670

Añade a esto una voz Morfeo, que de su esposo ella creyera ser, llantos también derramar verdadero parecido había, y el gesto de Ceix su mano tenía.

Gime hondo Alcíone, llorando, y mueve los brazos

durante el sueño y su cuerpo buscando abraza las auras 675 y grita: «Espera, ¿a dónde te me arrebatas? Iremos a la vez».

Por su propia voz y la apariencia de su marido turbada, el sueño se sacude y al principio mira alrededor por si está allí

quien hace poco parecido lo había, pues, movidos por su voz sus sirvientes, entraron una luz. Después que no lo encuentra en parte alguna, 680 se golpea el rostro con la mano y rasga de su pecho los vestidos

y sus pechos mismos hiere y sus cabellos de mesar no cura, los desgarras, y a la nodriza, que cuál de su luto la causa preguntaba:

«Ninguna Alcíone es, ninguna es», dice, «murió a la vez con el Ceix suyo. Las palabras de consuelo llevaos. 685 Náufrago ha

perecido, lo vi y reconocí y mis manos a él al retirarse, ansiando retenerle, le tendí.

Una sombra era, pero también una sombra, aun así, manifiesta y de mi marido verdadera. No él ciertamente, si saber lo quieres, tenía su acostumbrado semblante ni, con el que antes, con tal rostro brillaba. 690 Palideciente y desnudo y todavía mojado su cabello,

infeliz de mí le vi. Apostado el desgraciado aquí, en este mismo lugar», y busca sus huellas, si alguna resta.

«Tal cosa era, tal, lo que con mi ánimo adivinador temía, y que de mí huyendo los vientos no siguieras te pedía. 695 Mas ciertamente quisiera, puesto que a morir marchabas, que a mí también me hubieses llevado. Mucho más provechoso contigo a mí me fuera el marchar, pues de mi vida ningún tiempo

sin ti hubiera pasado, ni nuestra muerte separada hubiese sido.

Ahora ausente he perecido, y me sacuden también las olas ausente 700 y, sin mí él, el ponto me tiene. Más cruel que el mismo

piélago sea mi corazón si mi vida por llevar más lejos pugno, y lucho por sobrevivir a tan gran dolor.

Pero ni lucharé ni a ti, triste, te abandonaré,

y tuya ahora al menos llegaré de acompañante, y el sepulcro,
705 si no la urna, con todo nos unirá a nosotros la letra:

si no tus huesos con los huesos míos, mas tu nombre con mi
nombre he de tocar».

Más cosas el dolor prohíbe y en cada palabra un golpe de duelo
interviene,

y desde su atónito corazón gemidos salen.

De mañana era. Sale de su morada a la playa, 710

y aquel lugar afligida busca desde el cual contemplara al que
marchaba, y mientras se detiene allí, y mientras: «Aquí las
amarras desató, en esta playa al separarse de mí besó mis
labios», dice,

y mientras anotados en sus lugares rememora los sucesos, y
hacia el mar

mira, en un trecho distante, divisa algo así 715

como un cuerpo, líquida, en el agua, y al principio qué ello fuese
era dudoso. Después que un poco lo empujó la ola,

y aunque lejos estaba, un cuerpo, aun así, que era, manifiesto
estaba.

qui foret, ignorans, quia naufragus, omine mota est et,
tamquam ignoto lacrimam daret, 'heu! miser,' inquit 720

'quisquis es, et siqua est coniunx tibi!' fluctibus actum fit propius
corpus: quod quo magis illa tuetur,

hoc minus et minus est mentis, vae! iamque propinquae
admotum terrae, iam quod cognoscere posset, cernit: erat
coniunx! 'ille est!' exclamat et una 725 ora, comas, vestem
lacerat tendensque trementes ad Ceyca manus 'sic, o carissime
coniunx,

sic ad me, miserande, redis?' ait. adiacet undis facta manu
moles, quae primas aequoris iras frangit et incursus quae
praedelassat aquarum. 730 insilit huc, mirumque fuit potuisse:
volabat percutiensque levem modo natis aera pennis stringebat
summas ales miserabilis undas,

dumque volat, maesto similem plenumque querellae ora dedere
sonum tenui crepitantia rostro. 735

ut vero tetigit mutum et sine sanguine corpus, dilectos artus
amplexa recentibus alis

frigida nequiquam duro dedit oscula rostro. senserit hoc Ceyx,
an vultum motibus undae tollere sit visus, populus dubitabat, at
ille 740 senserat: et tandem, superis miserantibus, ambo alite
mutantur; fati obnoxius isdem

tunc quoque mansit amor nec coniugiale solutum foedus in
alitibus: coeunt fiuntque parentes,

perque dies placidos hiberno tempore septem 745 incubat
Alcyone pendentibus aequore nidis.

tunc iacet unda maris: ventos custodit et arcet Aeolus egressu
praestatque nepotibus aequor.

Hos aliquis senior iunctim freta lata volantes spectat et ad
finem servatos laudat amores: 750 proximus, aut idem, si fors
tulit, 'hic quoque,' dixit 'quem mare carpentem substrictaque
crura gerentem aspicias,' (ostendens spatiosum in guttura
mergum) 'regia progenies, et si descendere ad ipsum
ordine perpetuo quaeris, sunt huius origo 755 Ilus et Assaracus
raptusque Iovi Ganymedes

Laomedonque senex Priamusque novissima Troiae tempora
sortitus; frater fuit Hectoris iste:

qui nisi sensisset prima nova fata iuventa,

forsitan inferius non Hectore nomen haberet, 760 quamvis est
illum proles enixa Dymantis,

Aesacon umbrosa furtim peperisse sub Ida fertur Alexiroe,
Granico nata bicorni. oderat hic urbes nitidaque remotus ab
aula

secretos montes et inambitiosa colebat 765

rura nec Iliacos coetus nisi rarus adibat. non agreste tamen nec
inexpugnabile amori

pectus habens silvas captatam saepe per omnes aspicit
Hesperien patria Cebrenida ripa

iniectos umeris siccantem sole capillos. 770

visa fugit nymphe, veluti perterrita fulvum cerva lupum
longeque lacu deprensa relicto accipitrem fluvialis anas; quam
Troius heros insequitur celeremque metu celer urget amore.
ecce latens herba coluber fugientis adunco 775

De quién fuera ignorante ella, porque náufrago, del presagio
conmovida quedó,

y como a un desconocido que su lágrima ofreciera: «Ay,
desgraciado», dice, 720

«quien quiera que eres, y si alguna mujer tienes». Por el oleaje
llevado se hace más cercano el cuerpo. El cual, mientras más
ella lo escruta, por ello menos cada vez de su mente es dueña, y
ya a la vecina

tierra allegado, ya cual conocerlo pudiera,

lo distingue: era su esposo. «Él es», grita, y a una, 725 cara, pelo
y vestido lacera, y tendiendo temblorosas

a Ceix sus manos: «¿Así, oh queridísimo esposo,

así a mí, triste, regresas?», dice. Adyacente hay a las olas, hecha
a mano, una mole que del mar las primeras iras

rompe, junto a las embestidas que ella previamente fatiga de las aguas. 730

Salta allí, y prodigioso fue que pudiera: volaba,

y golpeando con sus recién nacidas alas el aire leve, rozaba lo alto, pájaro triste, de las olas,

y mientras vuela, un sonido a la aflicción semejante y lleno de queja dio su boca, crepitante de su tenue pico. 735 Pero cuando tocó, mudo y sin sangre, ese cuerpo,

a sus amados miembros abrazada con sus recientes alas, fríos besos inútilmente puso en sus labios con su duro pico.

Si sintió tal cosa Ceix, o si su rostro con los movimientos de la ola levantar pareció, aquella gente lo dudaba, más él 740

lo había sentido, y finalmente, al conmiserarse los altísimos, ambos en ave son mutados. A los hados mismos sometido entonces también permaneció su amor, y de su matrimonio el pacto deshecho

no quedó, en ellos de aves. Se aparean y se hacen padres,

y durante unos días plácidos del invernial tiempo, siete, 745

se recuesta Alcíone, suspendidos en la superficie, en sus nidos.

Entonces es segura la ola del mar: los vientos custodia y retiene Éolo de su salida y brinda a sus nietos mar lisa.

Ésaco

A ellos algún señor mayor, conjuntamente volando los mares anchos, los contempla, y hasta el fin conservados alaba sus amores: 750 uno a su lado, o él mismo si la suerte lo quiso: «Éste también», dijo,

«que el mar rozando y con sus patas recogidas
contemplas -mostrándole alargado hacia su garganta a un somorgujo- regia descendencia es, y si descender hasta él en orden perpetuo intentas, son el origen suyo 755 Ilo y Asáraco y, raptado por Júpiter, Ganimedes,
o Laomedonte el anciano, y Príamo, a quien los postreros tiempos de Troya tocaron. Hermano fue de Héctor éste, el cual, si no hubiera sentido en su juventud estos nuevos hados, quizás inferior a Héctor un nombre no tuviera, 760
aunque lo hubo a él dado a luz la hija de Dimas;
a Ésaco, en el sombreado Ida, furtivamente, que lo parió se dice Alexíroe, nacida de Granico el bicorne.
Odiaba él las ciudades, y apartado de la brillante corte, secretos montes e inambiciosos campos 765
cultivaba, y no de Ilión a las juntas, salvo raramente, acudía.
No agreste, aun así, ni inexpugnable al amor
pecho tenía, y perseguida muchas veces por los bosques todos, contempla a Hesperie, de su padre en la orilla, a la Cebrenida, echados a los hombros, secándolos al sol sus cabellos. 770

Al ser vista huye la ninfa, como aterrada del rubio
lobo una cierva, y, a lo lejos sorprendida al haber dejado el
lago, del azor el fluvial ánade. A ella de Troya el héroe
persigue, y a la rápida de miedo, el rápido acucia de amor.
He aquí que, escondida en la hierba una culebra, de la que huía
775

dente pedem strinxit virusque in corpore liquit; cum vita
suppressa fuga est: amplectitur amens exanimem clamatque
"piget, piget esse secutum! sed non hoc timui, neque erat mihi
vincere tanti. perdidimus miseram nos te duo: vulnus ab angue,
780 a me causa data est! ego sim sceleratior illo,
ni tibi morte mea mortis solacia mittam."

dixit et e scopulo, quem rauca subederat unda, se dedit in
pontum. Tethys miserata cadentem
molliter excepit nantemque per aequora pennis 785 textit, et
optatae non est data copia mortis.

indignatur amans, invitum vivere cogi obstarique animae
misera de sede volenti exire, utque novas umeris adsumpserat
alas,

subvolat atque iterum corpus super aequora mittit. 790 pluma
levat casus: furi Aesacos inque profundum pronus abit letique
viam sine fine retemptat.

fecit amor maciem: longa internodia crurum, longa manet
cervix, caput est a corpore longe; aequora amat nomenque
tenet, quia mergitur illo.'

con su corvo diente el pie rozó, y su humor dejó en su cuerpo.

Con su vida acabada fue la huida. Se abraza él fuera de sí
a la exánime y clama: «Me arrepiento, me arrepiento de haberla
seguido,

pero no esto temí, ni vencer me era de tanto.

A ti te hemos dado muerte, desgraciada, dos: la herida, por la
serpiente; 780

por mí el motivo dado fue. Yo soy más criminal que ella,
quien a ti con la muerte mía de tu muerte consuelos no te
envío». Dijo y de una peña, a la que ronca por su base recomía
una ola, se entregó al ponto. Tetis, compadecida del que caía,
blandamente lo recibe y, nadando él por las superficies, de alas
785 lo cubrió y de su deseada muerte no le fue dada la
posibilidad.

Se indigna el amante de que contra su voluntad a vivir se le
fuerce y se le cierre el paso a su ánima, que de su desgraciada
sede quería salir, y cuando, nuevas para sus hombros, había

tomado esas alas remonta y de nuevo su cuerpo sobre las superficies lanza. 790

La pluma alivia sus caídas: se enfurece Ésaco, y contra el profundo abalanzado parte, y de la muerte el camino al fin reintenta.

Causó el amor su delgadez: largas las articulaciones de sus piernas, larga permanece su cerviz, la cabeza está del cuerpo lejos.

Las superficies ama y su nombre tiene porque se sumerge en ella». 795

DUODÉCIMO LIBRO

Príamo, ignorando que su hijo Esaco vivía convertido en ave, lo lloraba. Al cenotafio que se levantó en su honor, dieron ofrendas Héctor y sus hermanos. Faltó Paris, quien a causa del rapto de Helena llevó a su patria la guerra: lo siguieron innumerables naves y el ejército griego. Y la venganza de éstos hubiera sido inmediata, si no los estorbaban los vientos y el mar, que los detuvieron en Áulide (1-10).

Cuando allí, según sus costumbres, preparaban sacrificios a Júpiter, vieron una serpiente azul deslizándose hacia un plátano que se alzaba cerca, y en el cual había un nido con ocho polluelos. A éstos, y a la madre que volaba en torno, los devoró la serpiente. Todos se pasmaron del hecho, menos el adivino hijo de Téstor quien declaró que los griegos debían alegrarse porque los esperaba la victoria, así fuera al cabo de largo tiempo, pues las nueve aves significaban nueve años de guerra. Luego la serpiente, enroscada - en el árbol, se convirtió en piedra, conservando su figura (11-23).

El mar sigue agitado y los guerreros no pueden navegar. Hay quienes piensan que Neptuno, por haber construido sus murallas, quiere salvar a Troya. No lo cree así Calcas, quien sabe y dice que con la sangre de una virgen humana debe ser aplacada una diosa virgen.

Después que el amor paternal fue pospuesto a la causa pública, e Ifigenia se estuvo ante el altar y los sacerdotes llorosos dispuesta al sacrificio, se ablandó la diosa y, ocultando la escena con una nube, cambió a la doncella por una cierva que allí puso. Apaciguada Diana con el sacrificio de ésta, se calmó también el mar, y las naves fueron impulsadas por vientos propicios a las costas de Frigia (24-38).

Existe un lugar situado en los límites de la tierra, el mar y el cielo, desde el cual se mira y se oye lo que hay y lo que se dice en todas partes. En su parte más alta la Fama tiene su morada, abierta noche y día de innumerables entradas. Toda ésta es de bronce sonoro, lleva rumores toda y repite cuanto escucha. No hay en ella quietud ni silencio, sino un rumor constante y bajo como el de las olas oídas de lejos o el de las últimas señales del trueno (39-52).

Como un pueblo leve, los rumores llenan el atrio, y van y vienen mezclando verdad con mentira entre palabras confusas.

Algunos hablan al oído; llevan otros a distintas partes lo que oyeron, y la narración va aumentando, porque cada uno que la escucha le añade algo nuevo. Allí están la Credulidad, el Error, la Alegría y los Temores y también la Sedición y los Susurros. La misma Fama investiga cuanto acontece en cielo, mar y tierra y en el mundo entero (53-63).

Ella había divulgado que, con fuerte ejército, se acercaban las naves griegas, y los troyanos las esperan y defienden sus costas. Protesilao cae el primero a manos de Héctor, que por

eso se hace conocido en las cruentas luchas, de gran precio en sangre para ambos enemigos (64-71).

Ya Cigno, hijo de Neptuno, ha dado muertes sin número; ya Aquiles, derribando filas enteras, busca a Héctor o a Cigno. Encuentra por fin a éste, pues el otro le estaba reservado para el décimo año de la guerra. Aguija, pues, sus caballos, y va contra su adversario y sacude sus armas, diciéndole que será un consuelo para él haber sido degollado por Aquiles (72-81).

Luego de hablar, arroja su lanza. Pero aun cuando el golpe está bien dirigido, no penetra en la carne y se embota la punta de hierro. Entonces, dice Cigno: Él ha reconocido ya la fama de Aquiles;

¿por qué se admira éste de no haberlo herido? Cigno lleva el casco empenachado de equinas crines rojizas y el escudo hueco, no como defensa sino como adorno. Con ese mismo fin usa Marte sus armas. Que se quede Cigno desnudo: quedará igualmente ileso. Algo es no ser hijo de una Nereida, mas de quien gobierna a Nereo y a las Nereidas y todo el mar (82-94).

Arroja el arma a su vez, y ésta, tras atravesar en el escudo del Eácida la cubierta de bronce y nueve cueros de buey, se detuvo en su décima capa. Sacude Aquiles el escudo y vuelve a disparar la lanza: queda indemne el otro. Y la tercera arma que le envía, tampoco puede siquiera rasguñar, aunque él se le presenta descubierta (95-101).

Se siente entonces como el toro burlado por una tela purpúrea, y considera si su lanza habría perdido la punta: no era así.

Piensa pues que su fuerza se ha gastado en Cigno, ya que antes había bastado a vencer las murallas de Lirneso y a Tenedos y a Tebas, y había ensangrentado las aguas del Caico y había herido a Télefo. Allí mismo —se dice—, montones de cadáveres dan testimonio de ella (102-114).

Y para probarse, arroja su lanza contra el licio Menetes y le rompe la coraza y el pecho. Mientras el herido se retuerce en la tierra, extrae el arma de su cuerpo, y exclama: Su mano y su lanza son las mismas victoriosas. Las usará contra Cigno, y lo matará. Pero al arrojarla, mira que el arma acierta en el hombro izquierdo de su rival, de donde es rechazada como de un muro o una roca. Ve, con todo, que el hombro de Cigno queda manchado de sangre, y se goza en vano: era la sangre de Menetes (115-127).

Baja precipitado de su carro y, furioso, lo asalta cuerpo a cuerpo con la espada, y ve que ésta traspasa escudo y yelmo, pero se embota en la piel invulnerable. No soportándolo más, lo atrae por el escudo, y con el pomo del arma le golpea muchas veces la cabeza, y lo sigue cuando retrocede, y no le permite descansar.

Se empavorece Cigno y sus ojos se llenan de sombras, y, al ir caminando hacia atrás, tropieza con una piedra. Aquiles lo empuja y lo postra boca arriba en la tierra; le pone las rodillas sobre el escudo y el pecho, y lo asfixia tirando de las correas

que sujetan el casco. Cuando se dispone a despojar de sus armas al vencido, halla que éstas están vacías: Neptuno ha convertido en cisne al hombre que llevaba el nombre de tal ave (128-145).

Griegos y troyanos descansaron muchos días después de este combate. Los campamentos de aquéllos y las murallas de éstos eran guardados entre tanto, y Aquiles se aprestaba a inmolar una vaca en honor de Palas. Cuando se quemaron las entrañas y su olor fue aceptado por los dioses en el cielo, una parte de la carne de la víctima se dedicó al sacrificio y la restante se sirvió en las mesas (146-154).

Los próceres, tendidos en lechos, comen la carne asada y aligeran con el vino sus cuidados y su sed. No se deleitan ellos con música de cítaras o voces o flautas de boj, sino que conversan acerca de valientes hazañas. Hablan de las luchas del enemigo y las suyas, y se alegran recordando los peligros superados. ¿De qué otra cosa hablaría Aquiles, o se hablaría frente a Aquiles? Principalmente se refieren a la victoria de éste sobre Cigno, y al hecho portentoso de que el joven hijo de Neptuno hubiera tenido el cuerpo impenetrable al hierro. El Eácida y los griegos se admiraban de eso, cuando Néstor habló (155-169).

En aquella época, el único invulnerable a las armas fue Cigno. Pero él había visto en otro tiempo a Ceneo que soportaba incólume todos los golpes. Ceneo, famoso por sus hechos, había habitado el Otris y —cosa admirable— había nacido mujer.

Se conmueven todos al escuchar esto, y todos, entre ellos Aquiles, le solicitan que cuente. Aquiles le pide que, supuesto que todos lo quieren, les haga oír quién fue Ceneo, por qué se le cambió el sexo, en cuál guerra lo había conocido y quién lo venció, si alguno hizo tal cosa (169- 181).

Entonces dijo el anciano: Aunque la vejez lo haya hecho olvidadizo de mucho, es memorioso de aún más. Con todo, entre todas las hazañas que recuerda, ésa se le había fijado especialmente, lo que se hace más notable si se piensa en todo lo que él ha podido ver en sus siglos de vida (182-188).

Cenis, hija de Elato, fue la virgen más bella de Tesalia y, paisana de Aquiles, había sido pretendida por muchos en las ciudades de éste. Incluso Peleo, si no hubiera estado comprometido o casado con Tetis, habría intentado unirse a ella. Cenis no aceptó a ninguno, pero una vez que caminaba por costas escondidas, fue violada por Neptuno. Tras esto, dice la fama, el dios, para

recompensarla, le ofreció cumplirle cualquier deseo que formulara. Ella, por no estar ya más en riesgo de sufrir otra vez la injuria de que había sido víctima, le pidió no ser mujer. Sus últimas palabras sonaron con voz tan grave que podía suponerse de hombre. Y lo era, pues Neptuno se lo había concedido, y además le había dado el don de no poder ser herido ni morir por el hierro.

Contento por el regalo, se va el Atrácida y pasa su vida en afanes masculinos y recorre los campos del Penco (189-207).

Pirítoo se casaba con Hipodamia, y había mandado que en la gruta sombreada de árboles se tendieran a comer los centauros. Estaban allí los príncipes hemonios y el mismo Néstor, y el palacio resonaba con el estruendo de la fiesta. Cantan entonces a Himeneo, e Hipodamia aparece bellísima, rodeada de madres y muchachas. Todos llaman feliz a Pirítoo por tal esposa, pero ese presagio estuvo a punto de ser mentiroso (208-218)

Eurito, el más cruel de los centauros, arde por la ebriedad y por el deseo que la virgen le enciende, y ebriedad y deseo se combinan y se redoblan. El banquete es interrumpido, se vuelcan las mesas, e Hipodamia es arrastrada por los cabellos. Eurito roba a Hipodamia; cada uno de los otros, a la que es de su gusto. La escena recuerda la toma de una ciudad. Suena la casa con los gritos de las mujeres, y los hombres se levantan de prisa. Antes que nadie, Teseo reprocha a Eurito que, frente a él, provoque a Pirítoo y lo ofenda a él mismo con su acción. Y no lo dice en vano: separa a los que lo atacan, y rescata a la esposa raptada. Nada responde Eurito, pues nada lícito puede responder; pero golpea con sus manos el rostro y el pecho del héroe (219-234).

Por azar, había junto una crátera antigua labrada de figuras. Mayor que ella, se alza el hijo de Egeo y la lanza contra el rostro enemigo. Eurito echa al mismo tiempo, por la boca y la herida,

coágulos de sangre y vino y sesos, y patea tumbado en la arena. Coléricos, los centauros se llaman todos a las armas (235-241).

Con ánimos dados por el vino, se arrojan al principio del combate copas y jarras y vasijas, antes propias a fiestas y entonces a guerra. Amico, el primero, saca sin temor de los santuarios un candelabro de luces, y como quien se apresta a matar un toro con el hacha del sacrificio, golpea con él la frente de Celadón el lapita y le machaca los huesos del rostro. Saltan sus ojos, y la nariz se incrusta a mitad del paladar (242-253).

A Amico lo derriba Pelates, usando el pie de una mesa: le hace caer el mentón sobre el pecho y escupir con sangre los dientes, y con doble herida lo manda al infierno. Grineo, que está próximo, al ver los altares encendidos se pregunta por qué no usarlos, y tras levantar el ara ingente, la arroja entre los lapitas, de los cuales aplasta a dos: Broteas y Orios, cuya madre, Micala, acostumbraba hacer bajar a la luna con sus conjuros (254-264).

Exadio, porque esas muertes no queden impunes, toma como arma unos cuernos de ciervo que allí estaban en un pino como ofrenda votiva, y vacía con ellos los ojos de Grineo. Parte de éstos queda en los cuernos, parte escurre sangrienta en la barba del herido. Reto arrebatada de las aras un tizón encendido, y con él golpea la rubia sien derecha de Caraxo: arden los cabellos, y la sangre rechina como el hierro incandescente que el herrero sumerge con sus tenazas en la cuba cuyas aguas

caliente (265-279). Caraxo sacude el fuego de su crin y alza en sus hombros una piedra arrancada del umbral, que pudiera cargar una carreta, y, no pudiendo lanzarla a causa de su gran peso, la hace caer sobre su compañero Cometes, que estaba allí cerca. Se alegra Reto, y le dice que ojalá combatan de ese modo todos los suyos. Con el tronco medio quemado lo hiere otra vez repetidamente y le quiebra los huesos del cráneo, que le hunde en el cerebro (280-289).

De allí se dirige a Evagro, Córito y Drías. Al ver que mataba a Córito todavía imberbe, Evagro le pregunta qué vale la gloria obtenida con la muerte de un niño. No puede decir más. Reto le mete hasta el pecho, por la boca que habla, las llamas de su antorcha, y luego persigue a Drías haciendo girar ésta por encima de su cabeza. Pero Drías resiste, y lo hiere en la base del cuello con una estaca quemada. Reto gime y arranca el arma de sus huesos y huye empapado en su sangre (290-301).

También huyen Orneo y Licabas y Medón y Pisenor y Taumante y Mérmeros, vencedor en la carrera, que entonces va más lento por una herida recibida, y Folo y Melaneo y Abante y Astilo,

augur que había querido disuadir a los suyos de la guerra. Él dice a Neso, temeroso, que no huya, pues está guardado para las flechas de Hércules. Pero allí, a manos de Drías, mueren Eurínomo, Lícidas, Areos e Imbreo, heridos de frente. De frente

también es herido Creneo, aunque daba la espalda; pues al volverse a ver, recibe el hierro entre los ojos (302-315).

En medio del estruendo, duerme Afidas borracho sobre una piel de osa, teniendo en las manos la copa de vino mezclado.

Forbas lo ve desarmado, e insertando los dedos en las correas del dardo, le dice que el vino que beberá estará mezclado con agua de la Estigia; y al punto le arroja aquél. El fresno con punta de hierro le atraviesa el cuello, mientras yace boca arriba. No siente Afidas la muerte, y la sangre fluye de su garganta a su copa (316-326).

Sigue diciendo Néstor que él vio a Petreo intentando desarraigar una encina. Mientras en eso se esfuerza abrazándola, sacudiéndola, arrojando ramas quebradas, Piritoo lo clava con su lanza al árbol mismo. También mata Piritoo a Lico y a Cromis, pero con eso obtiene menos gloria que con la muerte de Dictis y Hélope. A éste le atravesó la cabeza de sien izquierda a oreja derecha; a aquél, cuando trataba de huirle, lo hizo caer por un precipicio, donde cubrió con sus intestinos un quejigo que quebró en su caída (327-340).

Llega Afareo a vengarlo, e intenta enviar una roca contra el vencedor; mientras lo hace, Teseo le rompe con un tronco de encina los huesos del codo y, sin cuidarse de matarlo, salta sobre el lomo de Bienor, que a nadie sino a sí mismo había llevado antes, y abrazándose a su parte de hombre, le quiebra con el mismo tronco el rostro, la boca y las sienes. Derriba luego con el dicho tronco a Medimno, a Licopas, al barbado Hipaso, a

Tereo, que en Hemonia solía capturar vivos los osos y conducirlos a su casa (341-354).

No toleró Demoleón que Teseo venciera de ese modo, y habiendo arrancado un pino viejo, lo lanzó hacia él. Lo eludió Teseo retrocediendo aconsejado por Palas —él lo decía así—; pero el árbol no cayó en vano y mató a Crantor separándole el pecho y el hombro izquierdo de la garganta. Crantor le había sido dado a Peleo como escudero por Amíntor, rey de los dólopes, cuando fue derrotado por él. Cuando Peleo lo vio destrozado, gritó prometiéndole ofrendas fúnebres, y arrojó la lanza contra Demoleón con todas las fuerzas de su cuerpo y su alma. El arma le entró en las costillas y se adhirió a los huesos. La retira el herido, pero la punta de la misma queda en sus pulmones. Animado por el mismo dolor, el centauro golpea con sus cascos al hombre. Éste lo contiene con yelmo y escudo, y se defiende los hombros y tiende hacia adelante la lanza, con un golpe de la cual horada juntos dos pechos (355-377).

Previamente había dado la muerte a Flegreo e Hilas, y a Ifinoo de lejos y a Clanis de cerca. Además, a Dorilas, protegido por una piel de lobo y armado con cuernos de toro, entonces rojos de sangre, el mismo Néstor, él lo narra, después de advertirle la superioridad de sus armas, le arrojó su lanza contra la cabeza. Como el centauro intentara cubrirse la frente con la mano, el arma clavó mano y frente a la vez. A él que gritaba, Peleo lo hiere con la espada en el vientre; da un salto Dorilas, y pisa

luego y rompe en la tierra sus vísceras caídas, que le enredan las patas y lo hacen derrumbarse con el vientre vacío (378-392).

No salvó a Cílaro el ser bello, si los centauros pudieran ser bellos: su barba era recién aparecida y dorada, como el cabello que bajaba de sus hombros a sus costados; era su rostro virilmente agraciado, y su torso y sus brazos como obra de hábil escultor; eso, en cuanto a su parte humana; la equina era igualmente hermosa. Si hubiera tenido cuello y cabeza, se habría semejado al caballo de Cástor. Propio su lomo a sentarse, alto de músculos el pecho, y todo negro más que la pez, salvo cola y patas (393-403).

Muchas centauresas lo quisieron, pero sólo Hilonome lo enamoró. Ninguna fue más hermosa que ella entre las hembras de esos seres mezclados. Ella lo conserva con sus caricias y su amor declarado. Cuidadosa de su arreglo, se peina el cabello y lo entreteje de romero, rosas, violas o lilios, y se lava el rostro dos veces diarias en las fuentes pagasias, y dos veces se lava el cuerpo en los ríos; sólo se viste con las pieles escogidas que le sientan bien (404-415).

Ambos se aman con igual amor; juntos van por montes y grutas, juntos han venido a la casa de los lapitas y juntos mueven allí combates. No se sabe quién hirió con su lanza a Cílaro, tocándolo de abajo arriba en lo alto del pecho. Aunque su corazón fue levemente, dañado, se enfrió junto con su

cuerpo, cuando el arma fue retirada. Hilonome lo recibe moribundo y le cubre con sus manos la herida, y con la boca junto a su boca quiere mantenerle el aliento. Cuando ve que ha fallecido, con palabras que el ruido impide que Néstor escuche, se arroja sobre el arma que le ha quitado la vida, y muere abrazada a él (416-428).

Todavía le parece a Néstor tener ante sí a Feocomes que se cubría sus cuerpos de hombre y caballo con seis pieles de león atadas entre sí, y quien, con un tronco que con trabajo movieran dos yuntas, aplastó desde la cabeza a Tectafón, haciendo que el cerebro le fluyera por boca, narices, ojos y orejas, igual que fluye la leche cuajada en un cesto de encina, o como un líquido que pasa por un cedazo. Mientras el matador intenta despojar su cadáver —esto lo sabe Peleo—, Néstor le mete la espada en lo bajo del vientre. También con la espada, mata a Ctonio y Teléboas; aquél, armado de una horca; éste, de un dardo. La horca lo hirió; aún ahora lleva las cicatrices (429-444).

Entonces debió ser Néstor enviado a Troya, cuando podía, si no superarlas, detener las armas de Héctor; pero Héctor, en aquel tiempo, o no había nacido o era niño. Hoy los años debilitan a Néstor que se resiste a hablar de Perifas, vencedor de Pireto, o de Ámpix, que horadó con una estaca sin punta el rostro de Equeclo. Hundiéndole el pecho con una barra, Macareo derribó a Erígdupo; Neso metió su venablo en la ingle de Cimelo. Y Mopso no sólo era adivino: con sus dardos, clavados en

garganta, mentón y lengua del centauro Hodites, lo hizo callar (445-458).

Hasta allí, Ceneo ha hecho morir a cinco: Estífelos, Bromo, Antímaco, Elimo y Piractes. Se le acerca entonces Latreo, el más grande de cuerpo, armado con los despojos del ematío Haleso. Media su edad, tiene fuerzas de joven y lleva canas en las sienes. Distinguido allí por la espada y la pica macedónica, vuelve la cara hacia ambos bandos, agita las armas y galopa en círculo mientras lanza grandes palabras (459-469).

Se pregunta si ha de tolerar a Cenis, que para él sigue y seguirá siendo mujer, y le dice que si no se acuerda del hecho a causa del cual cambió de sexo. Debe también recordar que nació mujer, y dedicarse a mover la rueca e hilar los estambres, dejando a los hombres la guerra.

Al que así se gloriaba, Ceneo le arroja la lanza y, en su carrera, lo hiere en el flanco, donde se unen el cuerpo humano y el equino. Furioso, el centauro le golpea el rostro con la pica: ésta rebota como el granizo en los techos o el guijarro en los tímpanos (470-481).

Lo ataca luego de cerca, e intenta hundirle la espada en el flanco: la espada no penetra. Le advierte, allí, que si la punta se ha embotado lo degollará el filo del arma, y dirige al sesgo la espada hacia su flanco, mientras lo abraza con la diestra: rechina la hoja como si golpeará mármol, y salta hecha pedazos. Después de haberse ofrecido descubierto a sus

golpes, Ceneo le dice que probará en su cuerpo sus armas, y le mete la espada hasta el puño en los flancos y allí la remueve, aumentando la hondura de la herida (482-494).

Llegan en tumulto los centauros y atacan con sus armas al solo Ceneo: se mellan los dardos, y él permanece sin daño y sin sangre. Atónitos están por el prodigio, y exclamando entre ellos comenta Mónico la vergüenza que les significa ser todos vencidos por alguien que apenas es hombre, y los hace aparecer como mujeres; ¿pues de qué les sirve ser magnos y tener fuerzas duplicadas y reunir en ellos los poderes de los dos más fuertes animales? Ni son hijos de una diosa ni de Ixión, que de grande que era pudo aspirar a unirse a Juno, pues son superados por un hombre a medias. Hay que abrumarlo con piedras y troncos; que su vida persistente sea destrozada por las selvas que, no pudiendo herirlo, pesarán sobre él (495-509).

Después de hablar, toma un tronco derribado por el Austro y se lo arroja a Ceneo; todos siguen su ejemplo, y en poco tiempo quedan sin árboles el Otris y el Pelión. Ceneo vacila oprimido por el peso de aquel túmulo inmenso, y lleva en sus hombros montones de robles. Pero luego que éstos le cubren la cabeza y le impiden respirar, comienza a sentir que desmaya, e intenta levantarse y arrojar la selva que lo abruma; la mueve a veces, como cuando vemos que un terremoto sacude al Ida fragoso (510-521).

No se sabe bien lo que ocurrió allí; unos decían que la mole empujó su cuerpo hasta el infierno. El Ampicida negó tal cosa, y

dijo haber visto salir, de en medio del túmulo, un ave rojiza que voló en el aire y no volvió a ser mirada. Mopso, que la viera volar sobre los campamentos, la siguió con los ojos y el alma, y se despidió de ella sabiendo que era Ceneo, héroe magno antes, entonces ave

única. Por la persona que lo decía, se creyó la narración. Los compañeros de Ceneo, airados porque tantos se hubieran unido para matarlo, emplearon en la guerra su dolor hasta que los enemigos murieron o se dieron a la fuga o la noche (522-535).

Al oír a Néstor referir la lucha entre centauros y lapitas, Tlepolemo no soportó que no mencionara a Hércules, y dijo que era admirable que el pilio no recordara sus hazañas. Hércules mismo le había contado a él, su hijo, que había vencido a esos hijos de la nube. Néstor le respondió con tristeza que con eso lo obligaba a acordarse de sus desgracias y renovar sus males y su odio contra Hércules y sus ofensas. Aunque quisiera él negar los méritos de éste, no podría. Hércules llenó el mundo con sus hazañas increíbles. Pero los griegos no serían capaces de alabar a Deífobo o Polidamante o Héctor, ni nadie alabaría a su enemigo. El padre de Tlepolemo venció en otro tiempo a Mesene, Elis y Pilos, y arruinó e incendió los penates de Néstor. Aun cuando él no diga de otros a quienes mató, tiene que recordar que de los doce hijos de Neleo, sólo él se libró de la muerte a sus manos. Puede incluso soportar la desesperación

de todos, menos la de Periclimeno, al cual Neptuno había dado la facultad de poder cambiar a voluntad de figura (536558).

Él, habiendo inútilmente tomado apariencias diversas, se convierte al fin en el águila agradabilísima a Júpiter, y usando de sus fuerzas desgarró con alas, pico y uñas el rostro del hombre. El Tirintio tiende contra él su arco infalible y lo hiere, mientras vuela, entre el cuerpo y el ala. Así, a pesar de que la herida no es grave, le quita el movimiento y la fuerza y lo obliga a caer, y, con su propio peso, hace que la flecha se le hunda más y le traspase el cuello. Sabiendo esto,

¿quiere Tlepolemo, el jefe de la flota rodia, que Néstor glorifique a Hércules? No diciendo sus hazañas. Néstor venga a sus hermanos. Pero su amistad con Tlepolemo es firme.

Habló así dulcemente el Neleida, y, después que volvieron a beber vino, los lechos se alzaron y fueron todos a dormir (559-579).

Pero Neptuno, dolido por su hijo convertido en cisne, ejerce contra Aquiles su ira desmesurada. Después de casi diez años de guerra, exhorta al intonso Apolo preguntándole si él, que le es el preferido entre los hijos de Júpiter y que trabajó también construyendo las murallas de Troya, no siente dolor al verlas sucumbir, o por los muchos que murieron por defenderlas, entre ellos Héctor, a quien ha de recordar arrastrado alrededor de la ciudad. Y esto, cuando vive todavía Aquiles más sangriento que la misma guerra, destructor de la obra de ambos dioses. Si le

fuera dado, Neptuno lo acabaría con el tridente; como no puede hacerlo, lo pierda Apolo con una flecha disimulada (580-596).

Asintió éste, y obedeciendo al deseo de su tío y al suyo propio, bajó a las filas troyanas ocultándose en una nube. Allí ve a Paris que dispara algunas flechas contra griegos insignificantes y, revelándosele, lo amonesta a no desperdiciar sus dardos en la plebe y a dirigirlos contra el Eácida a fin de dar venganza a sus hermanos aniquilados. Y luego de señalarle a Aquiles que seguía derribando a los troyanos, tiende contra él el arco, y con la diestra mortífera le dirige flechas certeras (597-606).

Esto fue lo que, tras la muerte de Héctor, pudo gozar Príamo. Aquiles, vencedor de tantos, es vencido por el cobarde robador de una esposa griega. Si hubiera sabido que había de caer por armas femeniles, habría escogido morir por el hacha de la amazona.

Ya el terror de los troyanos, la protección y el decoro de los griegos, el Eácida invencible en la guerra, ha sido quemado en la hoguera por el mismo dios que le dio las armas. Ya es solamente ceniza lo que queda de héroe tan grande, y que apenas llena hoy una pequeña urna. Pero su gloria llena el mundo entero, y da la medida de lo que fue y lo hace igual a sí mismo, volviéndolo inalcanzable por la muerte (607-619).

Su mismo escudo, porque se sepa a quién perteneció, es causa de guerras. Sus armas hacen que se muevan las armas. No las

solicitan Diomedes ni Áyax Oileo ni Menelao ni Agamenón; no las piden los otros. Únicamente los hijos de Telamón y Laertes alimentan la esperanza de obtenerlas. El descendiente de Tántalo renuncia a ellas, y ordena que los príncipes argólicos se sienten a mitad del campamento y sean jueces en el debate (620-628).

Nescius adsumptis Priamus pater Aesacon alis vivere lugebat:
tumulo quoque nomen habenti inferias dederat cum fratribus
Hector inanes; defuit officio Paridis praesentia tristi,

postmodo qui rapta longum cum coniuge bellum 5 attulit in
patriam: coniurataeque sequuntur

mille rates gentisque simul commune Pelasgae; nec dilata foret
vindicta, nisi aequora saevi invia fecissent venti, Boeotaque
tellus

Aulide piscosa puppes tenuisset ituras. 10 hic patrio de more
Iovi cum sacra parassent, ut vetus accensis incanduit ignibus
ara, serpere caeruleum Danai videre draconem

in platanum, coeptis quae stabat proxima sacris. nidus erat
volucrum bis quattuor arbore summa: 15 quas simul et matrem
circum sua damna volentem corripuit serpens avidoque

recondidit ore, obstipuere omnes, at veri providus augur
Thestorides 'vincemus'; ait, 'gaudete, Pelasgi!

Troia cadet, sed erit nostri mora longa laboris,' 20 atque novem
volucres in belli digerit annos.

ille, ut erat virides amplexus in arbore ramos, fit lapis et signat
serpentis imagine saxum.

Permanet Aoniis Boreas violentus in undis bellaque non
transfert, et sunt, qui parcere Troiae 25 Neptunum credant, quia
moenia fecerat urbi;

at non Thestorides: nec enim nescitve tacetve sanguine virgineo
placandam virginis iram esse deae. postquam pietatem publica
causa

rexque patrem vicit, castumque datura cruorem 30 flentibus
ante aram stetit Iphigenia ministris,

victa dea est nubemque oculis obiecit et inter officium
turbamque sacri vocesque precantum supposita fertur mutasse
Mycenida cerva.

ergo ubi, qua decuit, lenita est caede Diana, 35 et pariter
Phoebes, pariter maris ira recessit, accipiunt ventos a tergo
mille carinae

multaque perpessae Phrygia potiuntur harena.

Orbe locus medio est inter terrasque fretumque caelestesque
plagas, triplicis confinia mundi; 40 unde quod est usquam,
quamvis regionibus absit, inspicitur, penetratque cavas vox

omnis ad aures: Fama tenet summaque domum sibi legit in
arce, innumerosque aditus ac mille foramina tectis addidit et
nullis inclusit limina portis; 45

nocte dieque patet: tota est ex aere sonanti,

tota fremit vocesque refert iteratque quod audit; nulla quies
intus nullaque silentia parte,

nec tamen est clamor, sed parvae murmura vocis, qualia de
pelagi, siquis procul audiat, undis 50

esse solent, qualemve sonum, cum Iuppiter atras increpuit
nubes, extrema tonitrua reddunt.

atria turba tenet: veniunt, leve vulgus, euntque mixtaque cum
veris passim commenta vagantur milia rumorum confusaque
verba volutant; 55

e quibus hi vacuas implent sermonibus aures,

La expedición contra Troya

1 Sin saber Príamo, el padre de Ésaco, que con sus
asumidas alas

2 él vivía, le lloraba. A un túmulo también, que su nombre
tenía,

3 Héctor y sus hermanos unas ofrendas fúnebres le habían
ofrecido inanes.

4 Faltó a ese servicio triste la presencia de Paris,

5 el que poco después, junto con su raptada esposa, una
larga guerra 5

6 atrajo a su patria, y aliadas le persiguen

7 mil embarcaciones, y con ellos el común de la gente
pelasga.

8 Y dilatada no hubiera sido la venganza, de no ser porque
los mares

9 hicieron intransitables los salvajes vientos, y si la tierra
beocia

10 en Áulide, la rica en peces, no hubiera retenido sus popas
que iban a marchar. 10

11 Aquí, según la costumbre patria, al preparar a Júpiter sus
sacrificios,

12 cuando la vieja ara se encandeció con los encendidos
fuegos,

13 serpear azulado los dánaos vieron un reptil,

14 hacia un plátano que se erguía próximo a los emprendidos
sacrificios.

15 Un nido había, de pájaros dos veces cuatro, en lo supremo
del árbol: 15

16 a los cuales y a la madre, que alrededor de sus pérdidas
volaba,

17 una vez que arrebató la serpiente y en su ávida boca los
sepultó,

18 quedaron suspendidos todos, mas de la verdad vidente el
augur

19 Testórida: «Venceremos», dice, «gozaos de ello, Pelasgos.

20 Troya caerá, pero será una demora larga la de nuestra
gesta», 20

21 y los nueve pájaros en los años de la guerra distribuye.

22 Ella, cual estaba abrazada verdes a sus ramas en el árbol,
23 se vuelve piedra y signa con la imagen de una serpiente
tal roca.

24 Permanece el Bóreas violento de Aonia en las ondas

25 y las guerras no traslada, y hay quienes que salva a Troya
25

26 Neptuno creen, porque las murallas había hecho de esa
ciudad.

27 Mas no el Testórida. Pues no ignora o calla

28 que con una sangre virgínea aplacada de la virgen la ira

29 ha de ser. Después que a la piedad la causa pública,

30 y el rey al padre, hubo vencido, y la que iba a dar su casta
sangre 30

31 ante el ara apostada estaba, Ifigenia, llorándola sus
oficiantes,
32 vencida la diosa fue y una nube a los ojos opuso y en
medio
33 del servicio y el gentío del sacrificio y las voces de los
suplicantes,
34 sustituida por una cierva, se dice que mutó a la Micénide.
35 Así pues, cuando con la matanza que debió mitigada fue
Diana, 35
36 a la vez de Febe, a la vez del mar la ira se aleja.
37 Reciben los vientos de espalda las mil quillas
38 y tras mucho padecimiento se apoderan de la frigia arena.

La Fama

39 Del orbe un lugar hay en el medio, entre las tierras y el mar
40 y las celestes extensiones, los confines de ese triple
mundo, 40
41 desde donde lo que hay en dondequiera, aunque largos
trechos diste,
42 se divisa, y penetra toda voz hasta sus huecos oídos.
43 La Fama lo posee, y su morada se eligió en su suprema
ciudadela,

44 e innumerables entradas y mil agujeros a sus aposentos
45 añadió y con ningunas puertas encerró sus umbrales. 45
46 De noche y de día está abierta: toda es de bronce
resonante,
47 toda susurra y las voces repite e itera lo que oye.
48 Ninguna quietud dentro y silencios por ninguna parte;
49 y ni aun así hay gritos, sino de poca voz murmullos
50 cuales los de las olas, si alguien de lejos las oye, del
piélago 50
51 ser suelen, o cual el sonido que, cuando Júpiter
52 increpa a las negras nubes, los extremos truenos
devuelven.
53 Sus atrios un gentío los posee. Vienen, leve vulgo, y van,
54 y mezclados con los verdaderos los inventados
deambulan,
55 miles de tales rumores, y confusas palabras revuelan. 55
56 De los cuales, éstos llenan de relatos los vacíos oídos,

hi narrata ferunt alio, mensuraque ficti crescit, et auditis aliquid
novus adicit auctor. illic Credulitas, illic temerarius Error

vanaque Laetitia est consternatique Timores 60 Seditioque
repens dubioque auctore Susurri; ipsa, quid in caelo rerum
pelagoque geratur

et tellure, videt totumque inquirit in orbem.

Fecerat haec notum, Graias cum milite forti adventare rates,
neque inexpectatus in armis 65 hostis adest: prohibent aditus
litusque tuentur Troes, et Hectorea primus fataliter hasta,

Protesilae, cadis, commissaque proelia magno

stant Danais, fortisque animae nece cognitus Hector. nec
Phryges exiguo, quid Achaica dextera posset, 70 sanguine
senserunt, et iam Sigea rubebant

litora, iam leto proles Neptunia, Cycnus,

mille viros dederat, iam curru instabat Achilles totaque Peliacae
sternebat cuspidis ictu

agmina perque acies aut Cycnum aut Hectora quaerens 75
congregitur Cycno (decimum dilatus in annum Hector erat): tum
colla iugo candentia pressos exhortatus equos currum derexit in
hostem concutiensque suis vibrantia tela lacertis

'quisquis es, o iuvenis,' dixit 'solamen habeto 80 mortis, ab
Haemonio quod sis iugulatus Achille!' hactenus Aeacides: vocem

gravis hasta secuta est, sed quamquam certa nullus fuit error in hasta,

nil tamen emissi profecit acumine ferri

utque hebeti pectus tantummodo contudit ictu. 85 'nate dea, nam te fama praenovimus,' inquit

ille 'quid a nobis vulnus miraris abesse?' (mirabatur enim.) 'non haec, quam cernis, equinis fulva iubis cassis neque onus, cava parma, sinistrae auxilio mihi sunt: decor est quaesitus ab istis; 90

Mars quoque ob hoc capere arma solet! removebitur huius tegminis officium: tamen indestrictus abibo; est aliquid non esse satum Nereide, sed qui Nereaque et natas et totum temperat aequor.' dixit et haesurum clipei curvamine telum 95 misit in Aeaciden, quod et aes et proxima rupit

terga novena boum, decimo tamen orbe moratum est.

excutit hoc heros rursusque trementia forti tela manu torsit: rursus sine vulnere corpus

sincerumque fuit; nec tertia cuspis apertum 100 et se praebentem valuit destringere Cycnum. haut secus exarsit, quam circo taurus aperto, cum sua terribili petit inritamina cornu, poeniceas vestes, elusaque vulnera sentit;

num tamen exciderit ferrum considerat hastae: 105 haerebat ligno. 'manus est mea debilis ergo, quasque' ait 'ante habuit vires, effudit in uno?

nam certe valuit, vel cum Lyrnesia primus moenia deieci, vel
cum Tenedonque suoque Eetioneas inplevi sanguine Thebas,

110

vel cum purpureus populari caede Caicus

fluxit, opusque meae bis sensit Telephus hastae. hic quoque tot
caesis, quorum per litus acervos

éstos lo narrado llevan a otro, y la medida de lo inventado crece
y a lo oído algo añade su nuevo autor.

Allí la Credulidad, allí el temerario Error

y la vana alegría está, y los consternados Temores, 60 y la
Sedición repentina, y de dudoso autor los Susurros.

Ella misma qué cosas en el cielo y en el mar se pasen y en la
tierra ve e inquiere a todo el orbe.

Aquiles y Cigno

Había hecho ella conocido que con soldado fuerte

se allegaban desde Grecia unas embarcaciones y no
inesperado 65 llega el enemigo en armas. Prohíben el
acercamiento y su litoral vigilan los troyanos, y de Héctor por la
lanza el primero, fatalmente,

Protesilao, caes, y los emprendidos combates mucho

cuestan a los dánaos, y fuerte por su muerte de almas se conoce a Héctor.

Tampoco los frigios con exigua sangre sintieron de qué 70 la diestra aquea era capaz, y ya rojecían del Sigeo

los litorales, ya a la muerte el descendiente de Neptuno, Cigno, a mil hombres había entregado, ya en su carro acosaba Aquiles y enteras, con el golpe de su cúspide del Pelio, tendía

tropas y por las filas o a Cigno o a Héctor buscando 75 aborda a Cigno -para el décimo año diferido

Héctor estaba-: entonces, sus cuellos resplandecientes hundidos por el yugo,

exhortando a sus caballos, su carro dirigió contra el enemigo, y agitando con sus brazos las vibrantes armas:

«Quien quiera que eres, oh joven», dijo, «por consuelo ten 80 de tu muerte que del hemonio Aquiles has sido degollado».

Hasta aquí el Eácida, a su voz la grave asta siguió, pero aunque ningún yerro hubo en la certera asta, de nada, aun así, sirvió la punta del lanzado hierro,

y cuando el pecho únicamente golpeó con su embotado golpe:

85

«Nacido de diosa, pues a ti gracias a la fama desde antes te conocía», dice

él: «¿por qué te asombras de que en nos herida no haya?»,

pues asombrado estaba. «No este casco que ves, rubio de crines equinas, ni la carga, la cóncava rodela, de mi izquierda, de auxilio me son: ornato se ha buscado de ellos. 90

Marte también, por mor de él, empuñar tales defensas suele. Príveseme de todo

servicio de esta cobertura, aun así, intacto saldré.

Algo es el no haber sido engendrado de una Nereida, sino quien a Nereo y a sus hijas y todo modera el mar».

Dijo y el que habría de clavarse del escudo en la curvatura un dardo 95

lanzó al Eácida, el cual, sí el bronce y las siguientes rompió pieles novenas de bueyes: en el décimo orbe, aun así, detenido quedó.

Lo sacudió el héroe, y de nuevo tremolando sus armas con su fuerte mano las blandió: de nuevo sin herida el cuerpo e íntegro quedó, ni la tercera cúspide, a ella abierto 100 y ofreciéndosele fue capaz de rasgar a Cigno.

No de otro modo se inflamó él que en el circo abierto un toro cuando sus agujadas -las prendas de bermellón- busca con su terrible cuerno y defraudadas siente sus heridas.

Si es que se ha desprendido el hierro, considera él, del asta: 105 fijado estaba al leño. «¿Es la mano mía la débil, así pues,

y las fuerzas -dice- que antes tuvo las ha disipado en uno solo?

Pues cierto que vigor tuvo, bien cuando de Lirneso las murallas
el primero derribé, o cuando a Ténédos y a la Tebas de Eetión
colmé de su sangre, 110

o cuando purpurino de su paisana muerte el Caíco fluyó, y la
obra de mi asta los veces sintió Télefo.

Aquí también para tantos asesinatos cuyas pilas por este litoral

et feci et video, valuit mea dextra valetque.'

dixit et, ante actis veluti male crederet, hastam 115 misit in
adversum Lycia de plebe Menoeten loricamque simul
subiectaque pectora rupit.

quo plangente gravem moribundo vertice terram extrahit illud
idem calido de vulnere telum

atque ait: 'haec manus est, haec, qua modo vicimus, hasta: 120
utar in hoc isdem; sit in hoc, precor, exitus idem!' sic fatus
Cycnum repetit, nec fraxinus errat

inque umero sonuit non evitata sinistro,

inde velut muro solidaque a caute repulsa est; qua tamen ictus
erat, signatum sanguine Cycnum 125 viderat et frustra fuerat
gavisus Achilles:

vulnus erat nullum, sanguis fuit ille Menoetae!

tum vero praeceps curru fremebundus ab alto desilit et nitido
securum comminus hostem

ense petens parmam gladio galeamque cavari 130 cernit, at in
duro laedi quoque corpore ferrum. haut tulit ulterius clipeoque
adversa reducto

ter quater ora viri, capulo et cava tempora pulsat cedentique
sequens instat turbatque ruitque attonitoque negat requiem:
pavor occupat illum, 135 ante oculosque natant tenebrae
retroque ferenti aversos passus medio lapis obstitit arvo;

quem super impulsus resupino corpore Cycnum vi multa vertit
terraeque adflixit Achilles.

tum clipeo genibusque premens praecordia duris 140 vincla
trahit galeae, quae presso subdita mento elidunt fauces et
respiramen iterque

eripiunt animae. victum spoliare parabat: arma relictas videt;
corpus deus aequoris albam

contulit in volucrem, cuius modo nomen habebat. 145

Hic labor, haec requiem multorum pugna dierum attulit et
positis pars utraque substitit armis. dumque vigil Phrygios
servat custodia muros,

et vigil Argolicas servat custodia fossas,

fasta dies aderat, qua Cycni victor Achilles 150 Pallada
mactatae placabat sanguine vaccae; cuius ut inposuit prosecta
calentibus aris,

et dis acceptus penetravit in aethera nidor, sacra tulere suam,
pars est data cetera mensis. discutuere toris proceres et
corpora tosta 155 carne replent vinoque levant curasque
sitimque. non illos citharae, non illos carmina vocum longave
multifori delectat tibia buxi,

sed noctem sermone trahunt, virtusque loquendi materia est:
pugnas referunt hostisque suasque, 160 inque vices adita atque
exhausta pericula saepe commemorare iuvat; quid enim
loqueretur Achilles, aut quid apud magnum potius loquerentur
Achillem? proxima praecipue domito victoria Cycno

in sermone fuit: visum mirabile cunctis, 165 quod iuveni corpus
nullo penetrabile telo invictumque a vulnere erat ferrumque
terebar.

hice y veo, vigor tuvo mi diestra y tiene»,

dijo y en lo antes realizado como si mal creer pudiera, 115 su
asta manda en derecha, de la plebe licia, a Menetes,
y su loriga a la vez, y bajo ella su pecho le rompe.

Del cual, al golpear la tierra grave con su moribundo pecho,
extrae aquella misma arma de su caliente herida

y dice: «Ésta la mano es, ésta, con la que acabamos de vencer,
mi asta: 120

usaré contra él las mismas. Sea en él suplico, el resultado
mismo».

Así diciendo a Cigno retorna, y el fresno no yerra y en su
hombro sonó, no evitada, izquierdo.

De allí, como de un muro y un sólido arrecife rechazada fue.

Por donde, aun así, golpeado había sido, marcado de sangre a
Cigno 125

había visto y en vano se había regocijado Aquiles.

La herida era ninguna, la sangre era aquella de Menetes.

Entonces verdaderamente, abalanzado, del carro alto rugiente
salta y con su nítida espada a su intacto enemigo

de cerca buscando, la rodela con su espada y su gálea hundirse
130 contempla, más en ese duro cuerpo dañarse también el
hierro.

No lo soporta más, y con su escudo reiterado golpea

tres y cuatro veces la cara de ese varón, a él vuelta, con la
empuñadura también sus huecas

sienes, y al que retrocedía persiguiéndole le acosa y lo turba se
le lanza,

y atónito le niega el descanso: el pavor se apodera de él, 135 y
ante sus ojos nadan las tinieblas, y atrás llevando

retrocedidos los pasos una piedra se le opuso en mitad del campo, de la cual encima, empujado Cigno con su cuerpo boca arriba, con fuerza mucha lo vuelve y a la tierra lo sujeta Aquiles.

Entonces con su escudo y sus rodillas duras oprimiéndole el busto, 140

de las correas tira de su gálea, las cuales, por debajo de su oprimido mentón,

le rompen la garganta y la respiración y el camino

le roban del aliento. Al vencido a expoliar se disponía.

Sus armas abandonadas ve: su cuerpo el dios del mar confirió a una blanca ave, de cuyo modo el nombre tenía. 145

Esta gesta, esta batalla, un descanso de muchos días

trajo consigo y, depuestas las armas ambas partes hicieron un alto. Y mientras vigilante de Frigia los muros un centinela guarda,

y vigilante de Argólide las fosas guarda un centinela,

el festivo día había llegado en que de Cigno el vencedor, Aquiles, 150 a Palas aplacaba con la sangre de una inmolada vaca.

De la cual, cuando impuso sus entrañas en las calientes aras y por los dioses percibido penetró en los aires su vapor,

los sacrificios se llevaron la suya, la parte fue dada, restante, a las mesas.

Se tumbaron en los divanes los próceres, y sus cuerpos de
asada 155 carne llenan, y con vino alivian sus cuidados y su sed.

No a ellos la cítara, no a ellos las canciones de las voces, o de
muy perforado boj les deleita, larga, la tibia,

sino que la noche en la conversación alargan, y la virtud es, de
su hablar, la materia. Sus batallas refieren, las del enemigo y las
suyas, 160 y en turnos los peligros afrontados y apurados a
menudo recordar les place: pues de qué hablaría Aquiles,
o de qué cabe al gran Aquiles mejor hablarían.

La muy reciente victoria, principalmente, sobre el dominado
Cigno en conversación estuvo, pareciendo admirable a todos
165

el que al joven su cuerpo de ningún arma penetrable e invicto a
la herida fuera, y que el hierro puliera.

Ceneo (I)

Esto el propio Eácida, esto admiraban los aqueos, cuando así
Néstor dice: «En vuestra edad fue el único despreciador del
hierro y horadable por golpe ninguna 170

Cycnus. at ipse olim patientem vulnera mille corpore non laeso
Perrhaebum Caenea vidi, Caenea Perrhaebum, qui factis inclitus
Othryn incoluit, quoque id mirum magis esset in illo, femina

natus erat.' monstri novitate moventur 175 quisquis adest,
narretque rogant: quos inter Achilles: 'dic age! nam cunctis
eadem est audire voluntas,
o facunde senex, aevi prudentia nostri,
quis fuerit Caeneus, cur in contraria versus, qua tibi militia,
cuius certamine pugnae 180 cognitus, a quo sit victus, si
victus ab ullo est.' tum senior: 'quamvis obstet mihi tarda
vetustas, multaque me fugiant primis spectata sub annis,
plura tamen memini. nec quae magis haereat ulla pectore res
nostro est inter bellique domique 185 acta tot, ac si quem potuit
spatiosa senectus spectatorem operum multorum reddere, vixi
annos bis centum; nunc tertia vivitur aetas.

'Clara decore fuit proles Elateia Caenis, Thessalidum virgo
pulcherrima, perque propinquas 190 perque tuas urbes (tibi
enim popularis, Achille), multorum frustra votis optata
procorum. temptasset Peleus thalamos quoque forsitan illos:
sed iam aut contigerant illi conubia matris

aut fuerant promissa tuae, nec Caenis in ullos 195 denupsit
thalamos secretaque litora carpens aequorei vim passa dei est
(ita fama ferebat), utque novae Veneris Neptunus gaudia cepit,
"sint tua vota licet" dixit "secura repulsae:

elige, quid voveas!" (eadem hoc quoque fama ferebat) 200
"magnum" Caenis ait "facit haec iniuria votum, tale pati iam
posse nihil; da, femina ne sim:

omnia praestiteris." graviore novissima dixit verba sono
poteratque viri vox illa videri,

sicut erat; nam iam voto deus aequoris alti 205 adnuerat
dederatque super, nec saucius ullis vulneribus fieri ferrove
occumbere posset. munere laetus abit studiisque virilibus
aevum exigit Atracides Peneiaque arva pererrat.

'Duxerat Hippodamen audaci Ixione natus 210 nubigenasque
feros positis ex ordine mensis arboribus tecto discumbere
iusserat antro.

Haemonii proceres aderant, aderamus et ipsi, festaque confusa
resonabat regia turba.

ecce canunt Hymenaeon, et ignibus atria fumant, 215 cinctaque
adest virgo matrum nuruumque caterva, praesignis facie;
felicem diximus illa

coniuge Pirithoum, quod paene fefellimus omen. nam tibi,
saevorum saevissime Centaurorum, Euryte, quam vino pectus,
tam virgine visa 220 ardet, et ebrietas geminata libidine regnat.
protinus eversae turbant convivia mensae, raptaturque comis
per vim nova nupta prehensis.

Eurytus Hippodamen, alii, quam quisque probabant aut
poterant, rapiunt, captaeque erat urbis imago. 225 femineo

clamore sonat domus: ocius omnes surgimus, et primus "quae
te recordia," Theseus

Cigno. Mas yo mismo en otro tiempo, sufriendo él heridas mil en
un cuerpo no dañado, al perrebo Ceneo vi,

a Ceneo el perrebo, el cual, glorioso por sus hechos, el Otris
habitaba, y para que ello más admirable fuese en él,

mujer nacido había. Del prodigio por la novedad se conmueve
175 todo el que asiste, y que lo refiera le piden. Entre los cuales
Aquiles:

«Di, vamos, pues en todos el mismo hay deseo de oírlo, oh,
elocuente anciano, de nuestra edad la prudencia, quién fuera
Ceneo, por qué en lo contrario vuelto,

en qué milicia, de qué batalla en el certamen 180

por ti conocido, de quién fue vencido, si vencido de alguno fue».

Entonces el mayor: «Aunque a mí me estorba mi tarda vejez,
y muchas se me huyen de las cosas por mí contempladas en
mis primeros años,

más cosas, aun así, recuerdo, y, que más prendida esté,
ninguna cosa en el pecho nuestro hay entre hechos tantos de
guerra 185 y de paz, y si a alguien pudo su espaciosa vejez

como espectador de las obras de muchos devolver, yo he vivido de años dos veces cien. Ahora se vive mi tercera edad.

«Brillante por su hermosura fue la descendencia de Elato, Cenís, de las tesalias la doncella más bella, y en las cercanas, 190

y en tus ciudades -pues fue paisana tuya, Aquiles-,

en vano por los votos de muchos pretendientes fue deseada.

Hubiese intentado Peleo los tálamos también, quizás, esos: pero ya le habían alcanzado a él las bodas de tu madre

o le habían sido prometidas, ni tampoco Cenís a ningunos 195 tálamos desposada fue, y por unas secretas playas cogiendo ella, fuerza sufrió del dios marino, así la fama lo contaba.

Y cuando los goces de esta nueva Venus Neptuno hubo tomado:

«Que estén tus votos te permito», dijo, «libres de rechazo.

Elige qué has de desear» -la misma fama esto también contaba-. 200

«Grande», Cenís dice, «hace esta injuria a mi deseo: que tal sufrir ya nada pueda. Dame el que mujer no sea:

todo lo habrás garantizado». Con más grave tono las últimas dijo palabras, y podía la de un hombre la voz aquella parecer,

como así era. Pues ya a su voto el dios del mar alto 205

había asentido y le había dado, además, que ni dañado por ningunas heridas fuera, o a hierro sucumbir pudiera.

De su presente contento parte, y en afanes viriles su edad pasó
el Atrácida y del Peneo los campos recorre.

La batalla de Lápitás y Centauros

«Había desposado a Hipódame el hijo del audaz Ixión, 210 y a
los feroces hijos de la nube, puestas por orden las mesas, había
ordenado recostarse, de árboles cubierta, en una gruta. Los
próceres hemonios asistían, asistíamos también nos,

y festivo con su confuso gentío resonaba el real.

He aquí que cantan a Himeneo y de fuego los atrios humean,
215 y ceñida llega la doncella de las madres y las nueras por la
caterva, muy insigne de hermosura. Feliz llamamos de esa
esposa a Pirítoo, el cual presagio casi malogramos.

Pues a ti, de los salvajes el más salvaje, de los centauros,

Éurito, cuanto por el vino tu pecho, tanto por la doncella vista
220 arde, y la ebriedad, geminada por la libido, en ti reina.

En seguida, volcándose, turban los convites las mesas,

y es raptada, de su pelo tomado por la fuerza la nueva casada.

Éurito a Hipódame, otros, la que cada uno aprobaban

o podían, rapta, y, la de una tomada, era de la ciudad la
imagen. 225 De gritos femeninos suena la casa: más rápido
todos

nos levantamos y el primero: «¿Qué vesania», Teseo,

"Euryte, pulsat," ait, "qui me vivente lacessas Pirithoum
violesque duos ignarus in uno?"

[neve ea magnanimus frustra memoraverit ore, 230 submovet
instantes raptamque furentibus aufert.] ille nihil contra, (neque
enim defendere verbis

talia facta potest) sed vindicis ora protervis insequitur manibus
generosaque pectora pulsat. forte fuit iuxta signis exstantibus
asper 235

antiquus crater; quem vastum vastior ipse sustulit Aegides
adversa que misit in ora: sanguinis ille globos pariter
cerebrumque merumque vulnere et ore vomens madida
resupinus harena

calcitrat. ardescunt germani caede bimembres 240 certatimque
omnes uno ore "arma, arma" loquuntur. vina dabant animos, et
prima pocula pugna

missa volant fragilesque cadi curvique lebetes, res epulis
quondam, tum bello et caedibus aptae.

'Primus Ophionides Amycus penetralia donis 245 haut timuit
spoliare suis et primus ab aede lampadibus densum rapuit
funale coruscis elatumque alte, veluti qui candida tauri rumpere
sacrifica molitur colla securi,

inlitis fronti Lapithae Celadontis et ossa 250 non cognoscendo
confusa relinquit in ore. exsiluere oculi, disiectisque ossibus oris
acta retro naris medioque est fixa palato.

hunc pede convulso mensae Pellaeus acernae stravit humi
Pelates deiecto in pectora mento 255 cumque atro mixtos
sputantem sanguine dentes vulnere Tartareas geminato mittit
ad umbras.

'Proximus ut steterat spectans altaria vultu fumida terribili "cur
non" ait "utimur istis?" cumque suis Gryneus inmanem sustulit
aram 260 ignibus et medium Lapitharum iecit in agmen
depressitque duos, Brotean et Orion: Orio

mater erat Mycale, quam deduxisse canendo saepe reluctanti
constabat cornua lunae.

"non impune feres, teli modo copia detur!" 265 dixerat Exadius
telique habet instar, in alta quae fuerant pinu votivi cornua
cervi.

figitur hinc duplici Gryneus in lumina ramo eruiturque oculos,
quorum pars cornibus haeret, pars fluit in barbam concretaque
sanguine pendet. 270

'Ecce rapit mediis flagrantem Rhoetus ab aris pruniceum torrem
dextraque a parte Charaxi tempora perfringit fulvo protecta
capillo. correpti rapida, veluti seges arida, flamma
arserunt crines, et vulnere sanguis inustus 275

terribilem stridore sonum dedit, ut dare ferrum igne rubens
plerumque solet, quod forcipe curva cum faber eduxit, lacubus
demittit: at illud stridet et in trepida submersum sibilat unda.
saucius hirsutis avidum de crinibus ignem 280

excutit inque umeros limen tellure revulsum tollit, onus plaustri,
quod ne permittat in hostem, ipsa facit gravitas: socium quoque
saxea moles oppressit spatio stantem propiore Cometen.

gaudia nec retinet Rhoetus: "sic, conprecor," inquit 285

"cetera sit fortis castrorum turba tuorum!"

286

«Éurito, a ti te impulsa», dice, «a que tú en vida mía provoques a
Pirítoo y violes a dos, ignorante, en uno?».

Y no tal el magnánimo en vano había remembrado con su boca:
230 aparta a los que le acosan y la raptada de aquellos
delirantes arrebatada.

Él nada en contra -pues tampoco defender con palabras
tales acciones puede-, sino que del defensor la cara con
protervas manos persigue y su generoso pecho golpea.

Era el caso que había junto, de sus figuras prominentes áspera,
235 una antigua cratera, que, vasta ella, más vasto él mismo,

la sostiene el Egida y la lanza contra su cara a él opuesta.
Borbotones de sangre él, a la vez que cerebro y vino,
por la herida y la boca vomitando, de espaldas en la húmeda
arena convulsiona. Arden los hermanos bimembres 240
por el asesinato y a porfía todos con una sola boca: «Las
armas, las armas», dicen.

Los vinos les daban ánimos y a lo primero de la lucha copas
lanzadas vuelan y los frágiles jarros y las curvadas escudillas,
cosas para los festines un día, entonces para las guerras y los
asesinatos aptas.

El primero el Ofiónida Ámico los penetrales de sus dones 245 no
temió expoliar, y él el primero del santuario
arrebató, de luces denso, coruscantes, un candelabro,
y, levantado éste alto, como el que los cándidos cuellos de un
toro por romper se esfuerza con la sacrificial segur,
lo estrelló en la frente del Lápita Celadonte y sus huesos 250
derramados dejó, no reconocible, en su rostro.

Le saltaron los ojos y, dispersos los huesos de la cara, echada
fue atrás su nariz y fijada quedó en mitad del paladar.

A él, con un pie arrancado de una mesa de arce, el de Pela
lo tendió en tierra, Pelates, hundido en su pecho su mentón, 255
y con negra sangre mezclados escupiéndolo él sus dientes,
de tal herida geminada lo envió del Tártaro a las sombras.

«Cercano como apostado estaba contemplando los altares
humosos con su rostro terrible: «¿Por qué no», dice, «hemos de
hacer uso de ellos?», y con sus fuegos Grineo levanta la ingente
ara, 260

y del tropel de los Lápitás lo arroja en la mitad

y aplasta a dos, a Bróteas y a Orío. De Orío

su madre era Mícale, la cual, que había abajado encantándola
muchas veces, constaba, los cuernos de la reluctante luna.

«No impune quedarás, no bien de un arma se me dé provisión»,
265 había dicho Exadio, y de un arma tiene a la traza, los que
en un alto pino estuvieran, los cuernos de un votivo ciervo.

Clavado queda de ahí Grineo con una doble rama en sus ojos,
y se le extraen los globos, de los cuales parte en los cuernos
prendida queda,

parte prendida fluye a su barba y con coagulada sangre cuelga.

270 He aquí que arrebatada flameante Reto de la mitad de las
aras

la brasa de un ciruelo, y desde la parte derecha de Caraxo sus
sienes quebranta, protegidas por su rubio cabello.

Arrebatados por la rapaz -como mies árida- llama ardieron sus
pelos y en la herida la sangre quemada, 275 terrible su chirrido,
un sonido dio, como dar el hierro

al fuego rojeciente frecuentemente suele, al que con su tenaza
curvada cuando su obrero lo saca, en las cubas lo hunde: mas él
rechina y en la agitada onda sumergido silba.

Herido él de sus erizados cabellos el ávido fuego sacude, 280 y
hacia sus hombros un umbral de la tierra arrancado

levanta, carga de un carro, el cual, que no llegue a lanzar contra
el enemigo

su mismo peso hace. A un aliado también la mole de roca
aplastó, que en un espacio estaba más cercano, a Cometes. Sus
goces no retiene Reto: «Así, yo lo suplico», dice, 285

«el resto de esta multitud, de los cuarteles tuyos, sea fuerte»,

semicremoque novat repetitum stipite vulnus terque quaterque
gravi iuncturas verticis ictu rupit, et in liquido sederunt ossa
cerebro.

'Victor ad Euagrum Corythumque Dryantaque transit; 290

e quibus ut prima tectus lanugine malas procubuit Corythus,
"puero quae gloria fuso parta tibi est?" Euagrus ait, nec dicere
Rhoetus plura sinit rutilasque ferox in aperta loquentis

condidit ora viri perque os in pectora flammis. 295 te quoque,
saeve Drya, circum caput igne rotato insequitur, sed non in te
quoque constitit idem exitus: adsiduae successu caedis
ovantem,

qua iuncta est umero cervix, sude figis obusta. ingemuit
duroque sudem vix osse revulsit 300 Rhoetus et ipse suo
madefactus sanguine fugit. fugit et Orneus Lycabasque et
saucius armo dexteriore Medon et cum Pisenore Thaumias,
quique pedum nuper certamine vicerat omnes Mermeros,
accepto tum vulnere tardius ibat; 305 et Pholus et Melaneus et
Abas praedator aprorum, quique suis frustra bellum dissuaserat
augur Asbolus: ille etiam metuenti vulnera Nesso

"ne fuge! ad Herculeos" inquit "servaberis arcus." at non
Eurynomus Lycidasque et Areos et Imbreus 310 effugere
necem; quos omnes dextra Dryantis perculit adversos.
adversum tu quoque, quamvis terga fugae dederas, vulnus,
Crenaeae, tulisti:

nam grave respiciens inter duo lumina ferrum, qua naris fronti
committitur, accipis, imae. 315 'In tanto fremitu cunctis sine fine
iacebat

sopitus venis et inexperrectus Aphidas languentique manu
carchesia mixta tenebat, fusus in Ossaee villosis pellibus ursae;
quem procul ut vidit frustra nulla arma moventem, 320

inserit amento digitos "miscenda" que dixit

"cum Styge vina bibes" Phorbas; nec plura moratus in iuvenem
torsit iaculum, ferrataque collo fraxinus, ut casu iacuit
resupinus, adacta est.

mors caruit sensu, plenoque e gutture fluxit 325 inque toros
inque ipsa niger carchesia sanguis.

'Vidi ego Petraeum conantem tollere terra glandiferam
quercum; quam dum complexibus ambit et quatit huc illuc
labefactaque robora iactat,

lancea Pirithoi costis inmissa Petraei 330

pectora cum duro luctantia robore fixit. Pirithoi virtute Lycum
cecidisse ferebant,

Pirithoi virtute Chromin, sed uterque minorem victori titulum
quam Dictys Helopsque dederunt, fixus Helops iaculo, quod
pervia tempora fecit 335 et missum a dextra laevam penetravit
ad aurem, Dictys ab ancipiti delapsus acumine montis,
dum fugit instantem trepidans Ixione natum, decidit in
praeceps et pondere corporis ornum ingentem fregit suaque
induit ilia fractae. 340

'Ultor adest Aphareus saxumque e monte revulsum mittere
conatur; conantem stipite querno occupat Aegides cubitique
ingentia frangit

ossa nec ulterius dare corpus inutile leto

aut vacat aut curat tergoque Bienoris alti 345

y con el medio quemado tronco renueva repetidamente la
herida, y tres y cuatro veces con un grave golpe las junturas de

su cabeza rompe y se asentaron sus huesos, líquido, en su cerebro.

Vencedor hacia Evagro y Córito y Drías pasa. 290

De los cuales, cuando cubierto en sus mejillas con su primer bozo sucumbió Córito: «De un muchacho derribado qué gloria

nacido para ti ha», Evagro dice, y decir más Reto

no consiente y, feroz, en la abierta boca del que hablaba

sepultó de ese hombre, y a través de su boca en su pecho,

rutilantes, esas llamas. 295

A ti también, salvaje Drías, alrededor de tu cabeza blandiendo

el fuego te persigue, pero no contra ti también consiguió el

mismo

resultado: a él que de su asidua matanza por el éxito se

congratulaba, por donde unida está al hombro la cerviz, con

una estaca le clavas, al fuego tostada. Gimió hondo, y de su

duro hueso la estaca apenas se arrancó 300 Reto y él mismo de

su sangre empapado huye.

Huye también Orneo y Licabante y herido en su hombro

derecho Medón y con Pisénor Taumante,

y el que poco antes en el certamen de los pies había vencido a

todos,

Mérmero -encajada entonces una herida más lento iba-, 305 y

Folo y Melaneo y Abante, el azote de los jabalíes,

y el que a los suyos en vano de la guerra había disuadido, el augur Ástilo. Él además, al que temía las heridas, a Neso:

«No huyas. Para los hercúleos», dice, «arcos reservados serás».

Mas no Eurínomo, y Lícidas, y Areo e Ímbreo 310 escaparon a la muerte, a los cuales todos la diestra de Drías abatió, a él enfrentados. De frente tu también, aunque

tus espaldas a la huida habías dado, tu herida, Creneo, llevaste, pues grave un hierro, al volver la mirada, entre los dos ojos por donde la nariz a lo más bajo se une, encajas. 315

«En ese tan gran bramido por todas sin fin sus venas yacía dormido y sin despabilarse Afidas,

y en su languideciente mano una copa mezclada sostenía, derramado en las vellosas pieles de una osa del Osa.

Al cual de lejos cuando lo vio sin levantar en vano ningunas armas, 320 mete en su correa los dedos y: «Para ser mezclados», dijo Forbas, «con Estige esos vinos beberás, y sin detenerse en más contra el joven blandió una jabalina y el herrado

fresno en el cuello, como al acaso yacía boca arriba, le entró. Su muerte careció de dolor y de su garganta plena fluyó 325 a los divanes y a las mismas copas, negra, la sangre.

Vi yo a Petreo intentando levantar de la tierra,

llena de bellotas, una encina, a la cual, mientras con sus abrazos la rodea

y sacude aquí y allá y su vacilante robustez agita,
la lanza de Pirítoo, introducida en las costillas de Petreo, 330
su pecho reluctantante junto con la dura robustez dejó fijado.
De Pirítoo por la virtud que Lico había caído contaban, de
Pirítoo por la virtud Cromis, pero ambos menor título a su
vencedor que Dictis y Hélope dieron,
clavado Hélope en una jabalina que transitable sus sienas hizo,
335 y lanzada desde la derecha hasta la oreja izquierda
penetró,
Dictis, resbalándose desde la bicéfala cima de un monte,
mientras huye temblando del que le acosa, de Ixíon al hijo, cae
de cabeza, y con el peso de su cuerpo un olmo
ingente rompió y de sus ijares lo vistió roto. 340 Vengador llega
Alfareo, y una roca del monte arrancada
lanzar intenta. Al que lo intentaba con un tronco de encina
asalta el Egida y de su codo los ingentes huesos
rompe y no más allá de entregar ese cuerpo inútil a la muerte
u ocasión tiene o se preocupa, y a la espalda del alto Biénor
345

insilit, haut solito quemquam portare nisi ipsum, opposuitque
genu costis prensamque sinistra caesariem retinens vultum
minitantiisque ora robore nodoso praeduraque tempora fregit.

robore Nedymnum iaculatoremque Lycopen 350 sternit et
inmissa protectum pectora barba Hippason et summis
exstantem Riphea silvis

Thereaque, Haemoniis qui prensos montibus ursos ferre domum
vivos indignantesque solebat.

haut tulit utentem pugnae successibus ultra 355 Thesea
Demoleon: solidoque revellere trunco annosam pinum magno
molimine temptat;

quod quia non potuit, praefractam misit in hostem, sed procul a
telo Theseus veniente recessit Pallados admonitu: credi sic ipse
volebat. 360 non tamen arbor iners cecidit; nam Crantoris alti
abscidit iugulo pectusque umerumque sinistrum: armiger ille tui
fuerat genitoris, Achille,

quem Dolopum rector, bello superatus, Amyntor Aeacidae
dederat pacis pignusque fidemque. 365 Hunc procul ut foedo
disiectum vulnere Peleus vidit, "at inferias, iuvenum gratissime
Crantor, accipe" ait validoque in Demoleonta lacerto fraxineam
misit contentis viribus hastam,

quae laterum cratem praerupit et ossibus haerens 370

intremuit: trahit ille manu sine cuspidem lignum

(id quoque vix sequitur), cuspis pulmone retenta est; ipse dolor
vires animo dabat: aeger in hostem erigitur pedibusque virum
proculcat equinis.

excipit ille ictus galea clipeoque sonantes 375 defensatque
umeros praetentaque sustinet arma perque armos uno duo
pectora perforat ictu. ante tamen leto dederat Phlegraeon et
Hylen eminus, Iphinoum conlato Marte Claninque;

additur his Dorylas, qui tempora tecta gerebat 380 pelle lupi
saevique vicem praestantia teli

cornua vara boum multo rubefacta cruore.

'Huic ego (nam viris animus dabat) "aspice," dixi "quantum
concedant nostro tua cornua ferro"

et iaculum torsi: quod cum vitare nequiret, 385 opposuit
dextram passurae vulnera fronti: adfixa est cum fronte manus;
fit clamor, at illum haerentem Peleus et acerbo vulnere victum

(stabat enim propior) mediam ferit ense sub alvum. prosiluit
terraque ferox sua viscera traxit 390 tractaque calcavit
calcataque rupit et illis

crura quoque inpediit et inani concidit alvo.

'Nec te pugnantem tua, Cyllare, forma redemit, si modo naturae
formam concedimus illi.

barba erat incipiens, barbae color aureus, aurea 395 ex umeris
medios coma dependebat in armos. gratus in ore vigor; cervix
umerique manusque pectoraque artificum laudatis proxima
signis,

et quacumque vir est; nec equi mendosa sub illo deteriorque
viro facies; da colla caputque, 400 Castore dignus erit: sic

tergum sessile, sic sunt pectora celsa toris. totus pice nigrior
atra, candida cauda tamen; color est quoque cruribus albus.
multae illum petiere sua de gente, sed una

salta, no acostumbrada a portar a nadie sino a sí mismo, y le
opuso la rodilla a sus costillas y reteniéndole

con la izquierda la cabellera, su rostro y su amenazante boca
con un tronco nudoso, y sus muy duras sienes, le rompió.

Con ese tronco a Nedimno y al alanceador Licopes 350 tumba,
y protegido en su pecho por su abundante barba

a Hípaso y de lo más alto de los bosques prominente a Rifeo, y
a Tereo, quien en los hemonios montes los osos que cogía llevar
a su casa vivos e indignados solía.

No soportó que disfrutara Teseo de los éxitos 355

de la batalla más allá Demoleonte: con su sólido matorral
arrancar un añoso pino con gran esfuerzo intenta,

lo cual, puesto que no pudo, previamente roto lo arroja a su
enemigo; pero lejos del arma que le venía Teseo se retiró,

por la admonición de Palas: que se le creyera así él mismo
quería. 360 No, aun así, el árbol inerte cayó, pues del alto
Crántor

separó del cuello el pecho y el hombro izquierdo:

armero aquel de tu padre había sido, Aquiles,

a quien de los dólopes el soberano, en la guerra superado,
Amíntor, al Eácida había dado, de la paz, prenda y garantía. 365

A él, desde lejos cuando por una horrible herida desmembrado
Peleo lo vio: «mas tus ofrendas fúnebres, de los jóvenes el más
grato, Crántor, recibe», dice y con vigoroso brazo contra
Demoleonte

de fresno lanzó, de su mente también con las fuerzas, un asta,
que de su costado el armazón antes rompió, y luego en sus
huesos prendida quedó 370

temblando: saca él con su mano sin su cúspide el leño

-éste también apenas le obedece-: la cúspide en el pulmón
retenida queda. El mismo dolor fuerzas a su ánimo daba:
enfermo contra el enemigo se levanta y con sus pies de caballo
al hombre cocea.

Recibe él los golpes resonantes en la gálea y el escudo 375

y defiende sus hombros y ante sí tendidas sostiene sus armas,
y a través de las axilas con un solo golpe sus dos pechos
perfora. Antes, aun así, a la muerte había entregado a Flegreo e
Hiles, desde lejos, a Ifínoo con cercano Marte, y a Clanis.

Se añade a ellos Dórilas, que las sienes cubiertas llevaba 380 de
la piel de un lobo, y a guisa de salvaje arma los prestantes
cuernos zambos de unos bueyes, enrojecidos del mucho crúor.

A éste yo, pues fuerzas mi ánimo me daba: «Contempla», dije,

«cuánto ceden a nuestro hierro tus cuernos»,
y una jabalina blandí, la cual, como evitar no pudiera, 385
opuso su diestra a la que había de sufrir esas heridas, su frente.
Fijada quedó con su frente su mano. Se produce un griterío,
mas a aquél,
prendido, y por su acerba herida vencido Peleo
-pues apostado estaba el más cercano- bajo su mitad le hiere a
espada el vientre.
Se abalanzó, y por la tierra, feroz, sus vísceras arrastró, 390 y
arrastradas las pisó, y pisadas las rompió, y en ellas
sus patas también impidió, y sobre su vientre inane cayó.
Y no a ti al luchar, Cílaro, tu hermosura te redimió, si es que a la
naturaleza esa hermosura le concedemos.
Su barba era incipiente, de esa barba el color áureo, áureo 395
desde los hombros su pelo pendía hasta la mitad de sus
espaldillas.
Agradable en su cara el vigor; su cuello y hombros y manos y
pecho a las alabadas esculturas de los artistas próximos,
y por doquiera que hombre es; ni tampoco la del caballo
imperfecta y peor
bajo aquel hombre la hermosura: dale cuello y cabeza 400 y de
Cástor digno será: así su espalda montable, así son

sus pechos excelsos de sus toros. Todo que la pez negra más negro, cándida la cola, en cambio. Su color es también, de las piernas, blanco. Muchas a él lo pretendieron de su raza, pero una sola

abstulit Hylonome, qua nulla decentior inter 405 semiferos altis habitavit femina silvis;

haec et blanditiis et amando et amare fatendo Cyllaron una tenet, cultu quoque, quantus in illis esse potest membris, ut sit coma pectine levis,

ut modo rore maris, modo se violave rosave 410 inplicet, interdum candentia lilia gestet,

bisque die lapsis Pagasaeae vertice silvae fontibus ora lavet, bis flumine corpora tinguat, nec nisi quae deceant electarumque ferarum

aut umero aut lateri praetendat vellera laevo. 415 par amor est illis: errant in montibus una,

antra simul subeunt; et tum Lapitheia tecta intrarant pariter, pariter fera bella gerebant: (auctor in incerto est) iaculum de parte sinistra venit et inferius quam collo pectora subsunt, 420 Cyllare, te fixit; parvo cor vulnere laesum corpore cum toto post tela educta refrixit. protinus Hylonome morientes excipit artus inpositaque manu vulnus fovet oraque ad ora admovet atque animae fugienti obsistere temptat; 425 ut videt extinctum,

dictis, quae clamor ad aures arcuit ire meas, telo, quod
inhaeserat illi,

incubuit moriensque suum complexa maritum est. 'Ante oculos
stat et ille meos, qui sena leonum

vinxerat inter se conexis vellera nodis, 430

Phaeocomes, hominemque simul protectus equumque; caudice
qui misso, quem vix iuga bina moverent, Tectaphon Oleniden a
summo vertice fregit; [fracta volubilitas capitis latissima,
perque os perque cavas nares oculosque auresque cerebrum
435 molle fluit, veluti concretum vimine querno

lac solet utve liquor rari sub pondere cribri manat et exprimitur
per densa foramina spissus.] ast ego, dum parat hic armis
nudare iacentem,

(scit tuus hoc genitor) gladium spoliantis in ima 440 ilia demisi.
Cthonius quoque Teleboasque

ense iacent nostro: ramum prior ille bifurcum gesserat, hic
iaculum; iaculo mihi vulnera fecit: signa vides! adparet adhuc
vetus inde cicatrix.

tunc ego debueram capienda ad Pergama mitti; 445

tum poteram magni, si non superare, morari Hectoris arma
meis! illo sed tempore nullus,

aut puer, Hector erat, nunc me mea deficit aetas. quid tibi
victorem gemini Periphanta Pyraethi, Ampyca quid referam, qui

quadrupedantis Echecli 450 fixit in adverso cornum sine cuspidem
vultu?

vecte Pelethronium Macareus in pectus adacto stravit
Erigdupum; memini et venabula condi inguine Nesseis manibus
coniecta Cymeli. nec tu credideris tantum cecinisse futura 455

Ampyciden Mopsum: Mopso iaculante biformis occubuit
frustra que loqui temptavit Hodites

ad mentum lingua mentoque ad guttura fixo.

'Quinque neci Caeneus dederat Styphelumque Bromumque
Antimachumque Elymumque securiferumque Pyracmon: 460
vulnera non memini, numerum nomenque notavi.

se lo llevó, Hilónome, que la cual ninguna más hermosa mujer
entre 405

los medifieras habitó en los altos bosques.

Ella con sus ternuras y amándole, y que le amaba confesando,
a Cílaro sola tiene, de su ornato también, cuanto en esos
miembros existir puede, que sea su pelo por el peine liso,
que ora de rosmarino, ora de viola o rosa 410 se rodee, alguna
vez que canecientes lirios lleve,
y dos veces al día, bajados del vértice del pagáseo bosque,

en sus manantiales su rostro lave, dos veces en su caudal su
cuerpo moje,

y que no, salvo las que le honren, de selectas fieras,

o a su hombro o a su costado izquierdo tienda pieles. 415

Parejo amor hay en ellos: vagan en los montes a una,

grutas a la vez alcanzan. Y también entonces de los Lápitás a
los techos

habían entrado a la par, a la vez esas fieras guerras hacían. El
autor en duda está: una jabalina de la parte izquierda llega, y
más abajo que al cuello el pecho sostiene, 420

Cílares, te clavó. Su corazón, de esa pequeña herida alcanzado,
junto con su cuerpo entero después que el arma fue sacada se
enfrió.

En seguida Hilónome recibe murientes sus miembros

e imponiéndole la mano la herida le calienta y su boca a la boca
le acerca y su aliento que escapa impedir intenta. 425

Cuando lo ve extinguido, tras decirle cosas que el griterío a mis
oídos vedó llegar, sobre el arma que dentro de él prendida
estaba

se echó, y muriendo se abrazó a su marido.

«Ante mis ojos está también aquel que, de a seis, ató entre sí
con entrelazados nudos de leones unas pieles, 430 Feócomes,
protegiéndose a la vez al hombre y al caballo,

el cual, un tronco lanzando que apenas un par de yuntas moverían, a Téctalo el Olénida desde el extremo de su cabeza lo rompió.

[Roto quedó el contorno más ancho de su cabeza, y a través de su boca y a través de sus huecas narices, por los ojos y las orejas, el cerebro 435 blando le fluye, como cuajada por un mimbres de encina

la leche suele, o como el líquido en un ralo cedazo por su peso mana, y se exprime espesa por los densos agujeros.]

Mas yo, mientras se dispone él de sus armas a desnudar al yacente,

-sabe esto tu padre-, mi espada en las profundas ijadas 440 del que le expoliaba hundí. Ctonio también y Teléboas

por la espada nuestra yacen: una rama el primero ahorquillada llevaba, éste una jabalina. Con esa jabalina a mí heridas me hizo. Sus señales ves. Se distingue todavía vieja la cicatriz de ahí.

En ese entonces debió a mí enviárase a tomar Pérgamo; 445 entonces podía del gran Héctor, si no superar,

detener sus armas con las mías. Pero en aquel tiempo ninguno, o un niño, Héctor era. Ahora a mí me traiciona mi edad.

Para qué de Périfas, el vencedor del geminado Pireto,

de Ámpix para qué contarte, quien del cuadrupedante Equeclo
450 clavó de frente en su cara un cornejo sin cúspide.

Una tranca hundiéndole el Peletronio Macareo en el pecho
tumbó a Erigdupo. Recuerdo también que unos venablos se
escondieron en la ingle de Cimelo por las manos de Neso
lanzados.

Y no has de creer que sólo cantaba el porvenir 455

el Ampicida Mopso. Con Mopso de lanzador el biforme Hodites
sucumbió y en vano intentó hablar:

a su mentón la lengua y el mentón a su garganta clavado.

Ceneo (II)

«Cinco a la muerte Ceneo había entregado, Estífelos y Bromo y
Antímaco y Élimo y al portador de la segur, Piracmo. 460

Sus heridas no las recuerdo; del número y del nombre tomé
nota.

provolat Emathii spoliis armatus Halesi,

*quem dederat leto, membris et corpore Latreus maximus: huic
aetas inter iuvenemque senemque, vis iuvenalis erat, variabant
tempora cani. 465 qui clipeo galeaque Macedoniae sarisa
conspicuis faciemque obversus in agmen utrumque armaque*

concussit certumque equitavit in orbem verbaque tot fudit
vacuas animosus in auras:

"et te, Caeni, feram? nam tu mihi femina semper, 470 tu mihi
Caenis eris. nec te natalis origo commonuit, mentemque subit,
quo praemia facto quaque viri falsam speciem mercede
pararis? quid sis nata, vide, vel quid sis passa, columque,

i, cape cum calathis et stamina pollice torque; 475 bella relinque
viris." iactanti talia Caeneus extentum cursu missa latus eruit
hasta,

qua vir equo commissus erat. furit ille dolore nudaque Phyllei
iuvenis ferit ora sarisa:

non secus haec resilit, quam tecti a culmine grando, 480 aut
siquis parvo feriat cava tympana saxo. comminus adgreditur
laterique recondere duro luctatur gladium: gladio loca pervia
non sunt. "haut tamen effugies! medio iugulaberis ense,

quandoquidem mucro est hebes" inquit et in latus ensem 485

obliquat longaue amplectitur ilia dextra. plaga facit gemitus ut
corpore marmoris icto, fractaque dissiluit percusso lammina
callo. ut satis inlaesos miranti praebuit artus,

"nunc age" ait Caeneus "nostro tua corpora ferro 490

temptemus!" capuloque tenuis demisit in armos ensem fatiferum
caecamque in viscera movit versavitque manum vulnusque in
vulnere fecit. ecce ruunt vasto rabidi clamore bimembres

telaque in hunc omnes unum mittuntque feruntque. 495 tela
retusa cadunt: manet inperfossus ab omni inque cruentatus
Caeneus Elateius ictu.

fecerat attonitos nova res. "heu dedecus ingens!" Monychus
exclamat. "populus superamur ab uno vixque viro; quamquam
ille vir est, nos segnibus actis, 500

quod fuit ille, sumus. quid membra inmania prosunt?

quid geminae vires et quod fortissima rerum in nobis natura
duplex animalia iunxit?

nec nos matre dea, nec nos Ixione natos

esse reor, qui tantus erat, Iunonis ut altae 505 spem caperet:
nos semimari superamur ab hoste! saxa trabesque super
totosque involvite montes vivacemque animam missis elidite
silvis!

massa premat fauces, et erit pro vulnere pondus." dixit et
insanis deiectam viribus austri 510 forte trabem nactus
validum coniecit in hostem exemplumque fuit, parvoque in
tempore nudus arboris Othrys erat, nec habebat Pelion umbras.
obrutus inmani cumulo sub pondere Caeneus aestuat arboreo
congestaque robora duris 515

fert umeris, sed enim postquam super ora caputque crevit onus
neque habet, quas ducat, spiritus auras, deficit interdum, modo
se super aera frustra

tollere conatur iactasque evolvere silvas

interdumque movet, veluti, quam cernimus, ecce, 520

Adelante vuela, de los expolios del ematio Haleso armado,
a quien había dado muerte, de miembros y cuerpo el más
grande Latreo: su edad, entre un joven y un viejo,
su fuerza juvenil era; variegaban sus sienes las canas. 465 El
cual, por su escudo y gálea y macedonia pica conspicuo, y su
faz vuelta a ambas tropas,
sus armas golpeó y en un certero círculo cabrioleó, y palabras
tantas vertió, ardido, a las vacías auras:
«¿También a ti, Cenis, te he de sufrir? Pues tú para mí una mujer
siempre, 470
tú para mí Cenis serás. ¿Tu origen natal no te ha advertido y a
tu mente viene, como premios de qué acto
y por qué merced la falsa apariencia de un hombre se te ha
deparado? Qué hayas nacido mira, o qué has sufrido, y la
rueca,
anda, coge con los canastos, y las urdimbres con tu pulgar
tuerce: 475 las guerras deja a los hombres». Al que profería
tales cosas Ceneo vació su costado, tenso por la carrera,
lanzándole un asta

en donde el hombre con el caballo se juntaba. Enloquece él de dolor, y, desnuda, la cara del joven Fileo hiere con su pica.

No de otro modo ella rebotó que de la cima de un tejado el granizo, 480

o si uno hiere con una pequeña piedra los huecos tímpanos.

De cerca ataca y en su costado duro por esconder

lucha su espada: para su espada lugares transitables no son.

«Mas no escaparás. Te degollará por su mitad mi espada

puesto que su punta está roma», dice, y de costado su espada 485 atraviesa, y con su larga diestra le estrecha las ijadas.

El golpe produce unos gemidos como en un cuerpo de mármol golpeado,

y rota salta en pedazos la lámina al ser sacudido tal callo.

Cuando bastante sus ilesos miembros le hubo exhibido a él, admirado:

«Ahora, vamos», dice Ceneo, «con el hierro nuestro tu cuerpo 490 probemos», y hasta la empuñadura le hundió en sus costados

la espada mortífera y ciega llevó su mano hasta sus vísceras y la removió y herida en la herida hizo.

He aquí que se lanzan con vasto griterío rabiosos los bimembres, y sus armas contra éste solo todos lanzan y llevan.

495

Las armas rebotadas caen: permanece no perforado,
y no ensangrentado Ceneo el de Élato, por golpe alguno.

Los había dejado atónitos el insólito asunto. «Oh deshonra
ingente», Mónico exclama. «A un pueblo se nos vence por uno
solo,

y apenas si hombre. Aunque él hombre es; nosotros, por
nuestros indolentes actos 500

lo que fue él somos. ¿De qué estos miembros ingentes nos
aprovechan?

¿De qué esta geminada fuerza y el que los más fuertes
de la naturaleza animales en nosotros una naturaleza doble ha
unido? Y no a nosotros de madre una diosa, ni nosotros de
Ixión haber nacido nos creo, el que tan grande era que de la
alta Juno 505

la esperanza concibiera: a nosotros nos vence un enemigo
medio varón. Rocas y troncos encima y todos en contra
volvedle los montes, y su vivaz aliento sacadle lanzándole sus
bosques.

Que su masa le oprima la garganta y hará las veces de herida
el peso».

Dijo y, arrancado por las dementes fuerzas del austro, 510
por casualidad un tronco que hallara, lo lanzó contra su
vigoroso enemigo,

y ejemplo fue, y en poco tiempo desnudo de árbol el Otris
estaba ni tenía el Pelión sombras.

Sepultado en ese ingente montón de árboles bajo su peso
Ceneo bulle, y los apilados troncos en sus duros hombros lleva,
515 pero realmente después que sobre su rostro y su cabeza
creció su peso y no tiene, las que coja, su respiración auras,
desfallece a veces, ora a sí mismo sobre el aire en vano
levantarse intenta y volcar, a él arrojados, los bosques,
y a veces los mueve, como el que vemos, he ahí,520

ardua si terrae quatiatur motibus Ide. exitus in dubio est: alii
sub inania corpus Tartara detrusum silvarum mole ferebant;
abnuit Ampycides medioque ex aggere fulvis vidit avem pennis
liquidas exire sub auras, 525 quae mihi tum primum, tunc est
conspecta supremum. hanc ubi lustrantem leni sua castra
volatu Mopsus et ingenti circum clangore sonantem adspexit
pariterque animis oculisque secutus

"o salve," dixit "Lapithaeae gloria gentis, 530 maxime vir
quondam, sed nunc avis unica, Caencu!" credita res auctore suo
est: dolor addidit iram, oppressumque aegre tulimus tot ab
hostibus unum; nec prius abstitimus ferro exercere dolorem,
quam data pars leto, partem fuga noxque removit.' 535

Haec inter Lapithas et semihomines Centauros proelia
Tlepolemus Pylio referente dolorem praeteriti Alcidae tacito non
pertulit ore

atque ait: 'Herculeae mirum est oblivia laudis acta tibi, senior;
certe mihi saepe referre 540 nubigenas domitos a se pater esse
solebat.'

tristis ad haec Pylius: 'quid me meminisse malorum cogis et
obductos annis rescindere luctus

inque tuum genitorem odium offensasque fateri? ille quidem
maiora fide, di! gessit et orbem 545 inplevit meritis, quod
mallem posse negare;

sed neque Deiphobum nec Pulydamanta nec ipsum Hectora
laudamus: quis enim laudaverit hostem? ille tuus genitor
Messenia moenia quondam

stravit et inmeritas urbes Elinque Pylonque 550 diruit inque
meos ferrum flammamque penatis inpulit, utque alios taceam,
quos ille peremit, bis sex Nelidae fuimus, conspecta iuventus,
bis sex Herculeis ceciderunt me minus uno viribus; atque alios
vinci potuisse ferendum est: 555 mira Periclymeni mors est, cui
posse figuras sumere, quas vellet, rursusque reponere sumptas
Neptunus dederat, Nelei sanguinis auctor.

hic ubi nequiquam est formas variatus in omnes, vertitur in
faciem volucris, quae fulmina curvis 560 ferre solet pedibus
divum gratissima regi;

viribus usus avis pennis rostroque redunco hamatisque viri
laniaverat unguibus ora. tendit in hanc nimium certos Tiryntius
arcus

atque inter nubes sublimia membra ferentem 565
pendentemque ferit, lateri qua iungitur ala;

nec grave vulnus erat, sed rupti vulnere nervi deficiunt
motumque negant viresque volandi. decidit in terram, non
concupientibus auras infirmis pennis, et qua levis haeserat alae
570 corporis adflicti pressa est gravitate sagitta perque latus
summum iugulo est exacta sinistro. nunc videor debere tui
praeconia rebus Herculis, o Rhodiae ductor pulcherrime classis?

nec tamen ulterius, quam fortia facta silendo 575 ulciscor
fratres: solida est mihi gratia tecum.'

Haec postquam dulci Neleius edidit ore,

arduo, si de la tierra se agita con los movimientos, el Ida. El
resultado en duda está. Unos que bajo los inanes

Tártaros su cuerpo precipitado fue, de los bosques por la mole,
decían; lo deniega el Ampicida y de la mitad del acúmulo vio
de rubias alas un ave salir a las líquidas auras, 525

la cual entonces por primera vez, en ese entonces por última vez contemplé. A ella, cuando lustrando con su liviana voladura sus campamentos Mopso, y con ingente clangor el alrededor llenando de su sonido,

lo contempló, a la par con sus ánimos y con sus ojos siguiéndola:

«Oh salve», dijo, «gloria de la raza Lápita, 530

el más grande hombre en otro tiempo, pero ahora ave única, Ceneo».

Creído el asunto por el autor suyo fue. El dolor nos añadió ira, y mal llevamos que ahogado por tantos enemigos uno solo fuera, y no antes nos abstuvimos de dispensar dolor a hierro, de que dada una parte a la muerte, a la otra parte la huida y la noche alejara».535

Periclímeneo

A estas batallas entre los Lápitias y los mediodhombres Centauros, al referirlas el Pilio, Tlepólemo el dolor del preterido Alcida no pudo soportar con callada boca y dice: «De la gloria de Hércules admirable es que olvidos te hayan ocurrido a ti, señor. Ciertamente a menudo referirme 540 solía mi padre que los hijos de la nube dominados por él habían sido».

Triste a esto el Pilio: «¿Por qué a recordar mis males
me obligas y, cerrados por los años, a desgarrar mis lutos y
contra tu padre mi odio y sus ofensas a confesar?
Él ciertamente cosas más grandes de lo creíble también hizo y
el orbe 545
colmó de sus méritos, lo cual preferiría poder negar. Pero ni a
Deífobo ni a Polidamante ni al propio Héctor alabamos, pues
quién alabaría a su enemigo.
Ese tu genitor, las murallas mesenias en otro tiempo
derribó y, no merecedoras, las ciudades de Elis y Pilos 550
derruyó y contra los penates míos hierro y llama
empujó, y por que a otros silencie yo, a los que él dio muerte,
dos veces seis los Nelidas fuimos, admirada juventud,
dos veces seis de Hércules cayeron, menos yo solo,
por las fuerzas, y que otros ser vencidos pudieran, soportable
es: 555 prodigiosa de Periclímeno la muerte es, a quien el poder
tomar figuras, cuales quisiera, y de nuevo dejar las tomadas
Neptuno había otorgado, de la sangre de Neleo el autor. Él,
cuando en vano se hubo variado en todas las formas, se torna
la faz de un ave que rayos en sus curvos 560 pies llevar suele,
de los dioses la más grata a su rey.
De las fuerzas usando de esa ave, con el pico recurvado

y sus ganchudas uñas, de ese hombre había desgarrado la cara. Tensa contra ella, demasiado certeros, el Tirintio sus arcos,

y entre las nubes sus sublimes miembros portando, 565 y suspendida, la hiere por donde al costado se une el ala.

Y grave la herida no era, pero rotos por esa herida sus nervios le traicionan y el movimiento le niegan y las fuerzas del volar.

Cae a la tierra, al no concebir auras

sus infirmes alas, y por donde había quedado prendida al ala

570 la leve saeta, hundida fue por el peso del cuerpo abatido,

y a través de lo más alto del costado por su cuello izquierdo se salió.

¿Ahora te parece que le debo pregones de sus cosas a tu Hércules, oh regidor bellísimo de la flota rodia?

Aun así, más allá que sus valientes hechos silenciando 575

no me vengo de mis hermanos: sólida es para mí la gracia contigo».

Después que tal el Nelio expuso con su dulce boca,

a sermone senis repetito munere Bacchi surrexere toris: nox est data cetera somno.

578

tras el discurso del anciano, retomado el regalo de Baco,
se levantaron de los divanes. La noche fue entregada, restante,
al sueño.

Muerte de Aquiles

At deus, aequoreas qui cuspide temperat undas, 580 580 Mas
el dios que las ecuóreas ondas con su cúspide templa, 580
in volucrem corpus nati Phaethontida versum 581 del cuerpo
de su hijo en el ave de Faetonte tornado
mente dolet patria saevumque perosus Achillem582 en su
mente se duele paterna, y lleno de odio por el salvaje Aquiles,
exercet memores plus quam civiliter iras. 583 ejerce,
memorativas, más que civilmente, sus iras.
iamque fere tracto duo per quinquennia bello 584 Y ya casi
arrastrada por dos quinquenios la guerra,
talibus intonsum conpellat Sminthea dictis: 585 585 con tales
razones compele al intonsurado Esmínteo: 585
'o mihi de fratris longe gratissime natis, 586 «Oh para mí
largamente el más grato de los hijos de mi hermano,

inrita qui mecum posuisti moenia Troiae, 587 quien conmigo
pusiste las defraudadas murallas de Troya,

ecquid, ubi has iamiam casuras adspicis arces, 588 ¿acaso
cuando estos recintos a punto de caer contemplas,

ingemis? aut ecquid tot defendentia muros 589 hondo no
gimes? ¿O acaso de tantos millares asesinados

milia caesa doles? ecquid, ne persequar omnes, 590 590

cuando defendían sus muros no te dueles? ¿Acaso, para
no proseguir con todos,590

Hectoris umbra subit circum sua Pergama tracti? 591 de
Héctor la sombra no te viene, alrededor de sus Pérgamos
arrastrado?

cum tamen ille ferox belloque cruentior ipso 592 Cuando
en cambio aquel feroz, y que la guerra misma más sanguinario,

vivit adhuc, operis nostri populator, Achilles. 593 vive
todavía, de la obra nuestra el devastador, Aquiles.

det mihi se: faxo, triplici quid cuspide possim, 594

Ofrézcaseme a mí: de qué con mi triple cúspide sea yo
capaz, haría

sentiat; at quoniam concurrere comminus hosti 595 595 que
sienta. Mas puesto que atacar de cerca al enemigo 595

non datur, occulta necopinum perde sagitta! 596 no nos es
dado, a él desprevenido pierde con una oculta saeta».

adnuit atque animo pariter patruique suoque 597 Asiente, y
al ánimo a la vez de su tío y suyo

Delius indulgens nebula velatus in agmen 598 el Delio
cediendo, de una nube velado, a la tropa llega ilíaca,

pervenit Iliacum mediaque in caede virorum 599 y en
medio de esa matanza de hombres

rara per ignotos spargentem cernit Achivos 600 600 a Paris,
que ralos disparos por desconocidos aqueos dispersaba,

tela Parin fassusque deum, 'quid spicula perdis 601 ve, y
confesándose un dios: «¿Por qué tus puntas pierdes 600

sanguine plebis?' ait. 'siqua est tibi cura tuorum, 602 en la
sangre de la plebe?», dice. «Si alguno es tu cuidado por los
tuyos

vertere in Aeaciden caesosque ulciscere fratres!' 603 vuélvete al
Eácida y a tus hermanos asesinados vengas».

dixit et ostendens sternerem Troica ferro 604 Dijo, y
mostrándole, tumbando a hierro cuerpos

corpora Peliden, arcus obvertit in illum 605 605 troyanos,
al Pelida, sus arcos en contra vuelve de él 605

certaque letifera dextera dextera. 606 y unas certeras
puntas le dirigió con su mortífera diestra.

quod Priamus gaudere senex post Hectora posset, 607 De lo
que Príamo el anciano gozarse después de Héctor pudiera,

hoc fuit; ille igitur tantorum victor, Achille, 608 esto fue. Él, así
pues, de tantos el vencedor, Aquiles,

victus es a timido Graiae raptore maritalae! 609 vencido fue por
el cobarde raptor de una esposa griega.

at si femineo fuerat tibi Marte cadendum, 610 610 Mas si
habías tú de caer por un Marte femenino, 610

Thermodontiaca malles cecidisse bipenni. 611 por el hacha
doble de la del Termodonte preferirías haber caído.

Iam timor ille Phrygum, decus et tutela Pelasgi 612 Ya el
temor aquel de los frigios, la honra y tutela del nombre

nominis, Aeacides, caput insuperabile bello, 613 pelasgo, el
Eácida, cabeza insuperable en la guerra,

arserat: armarat deus idem idemque cremarat; 614 había
ardido: lo había armado el dios mismo, el mismo lo había
cremado.

iam cinis est, et de tam magno restat Achille 615 615 Ya
ceniza es, y del tan grande Aquiles resta 615

nescio quid parvum, quod non bene conpleat urnam, 616 un
no sé qué pequeño que no bien llene una urna,

at vivit totum quae gloria conpleat orbem. 617 mas vive esa
gloria que llena todo el orbe.

haec illi mensura viro respondet, et hac est 618 Ella a la medida
de tal hombre corresponde y por ella es

par sibi Pelides nec inania Tartara sentit. 619 parejo a sí mismo el Pelida y los inanes Tártaros no siente.

ipse etiam, ut, cuius fuerit, cognoscere posses, 620 620

Incluso su mismo escudo, para que de quién fuera conocer puedas, 620

bella movet clipeus, deque armis arma feruntur. 621 guerras mueve, y en torno de unas armas, armas se llevan.

non ea Tydides, non audet Oileos Ajax, 622 No ellas el Tidida, no osa el Oileo Áyax,

non minor Atrides, non bello maior et aevo 623 no el menor Atrida, no aquél en la guerra mayor y en edad

poscere, non alii: solis Telamone creatis 624 demandarlas, no otros: solos, de Telamón el nacido

Laertaque fuit tantae fiducia laudis. 625 625 y el de Laertes, tuvieron la arrogancia de tan gran gloria.

a se Tantalides onus invidiamque removit 626 De sí el Tantálida esa carga y la envidia alejó, 625

Argolicosque duces mediis considere castris 627 y a los argólicos jefes reunirse en mitad de los campamentos

iussit et arbitrium litis traiecit in omnes. 628 ordenó, y el arbitrio de la lid traspasó a todos.

DECIMOTERCER LIBRO

Se sentaron los príncipes, y los demás se pararon alrededor. Áyax, el del escudo de siete cueros de buey, se levanta, y sin refrenar su ira, mira torvamente las costas y la flota, y, tendiendo las manos, habla:

Así pues, por Júpiter, Ulises se atreve a competir con él ante las naves, él que huyó las antorchas de Héctor que Áyax detuvo y apartó de la flota. Es más seguro combatir con palabras mentirosas que con las manos. Pero hablar es difícil para Áyax, y actuar, para el otro. Cuanto vale aquél en el combate, vale éste en el decir (1-13).

Con todo, prosigue, los hechos de Áyax no necesitan ser referidos: los griegos todos los presenciaron. Cuento Ulises los suyos, realizados sin testigo y con la noche por cómplice. Los grandes premios que aquél pide, se ven disminuidos por la pequeñez de quien se los disputa. No honra a Áyax conseguir, así sea algo insigne, lo mismo que pretendió Ulises, para quien, aun cuando quede vencido, será premio inmerecido haber competido con él (14-20).

Aunque se pusiera duda en su valor, Áyax sería fuerte por la nobleza: es hijo de Telamón, que tomó a Troya bajo el mando de Hércules; Telamón es hijo de Eaco, que juzga a los muertos, allí donde Sísifo Eólida es atormentado por una roca; Eaco es hijo de Júpiter, de modo que Áyax es bisnieto de este dios. Con

todo, esta ascendencia sólo sirve a la causa de Áyax porque la comparte con Aquiles, que era hermano suyo. Así él pide sólo bienes fraternos. ¿Por qué el hijo de Sísifo, y su igual en hurtos y engaños, quiere introducir en la causa nombres ajenos a los Eácidas? ¿O se le deben negar las armas a Áyax sólo porque vino a la guerra antes y sin nadie que lo delatara? ¿O parecerá mejor a los griegos el que vino el último a la guerra, tras fingirse loco para evitarlo, y obligado por Palamedes que por su mal lo venció en astucia y lo trajo a la fuerza? (21-39).

Que tome las armas óptimas porque evitó tomar cualesquier otras; Áyax será privado del don de su primo porque se expuso a los peligros desde el principio. Pero ojalá que hubiera sido real la locura de Ulises, y le hubiera impedido venir a Troya.

Filoctetes no estuviera en Lemnos abandonado por los griegos, oculto en grutas y gimiente y rogando para el Laertiada las penas merecidas, que los dioses habrán de imponerle (40-49).

Ahora Filoctetes, que juró las armas junto con los demás jefes y es quien tiene las flechas de Hércules, se encuentra abrumado por hambre y enfermedad, y es vestido y alimentado por las aves contra las cuales dirige las flechas destinadas a ser la ruina de Troya. Con todo, él vive porque no acompañó a Ulises. Palamedes preferiría haber sido abandonado, pues así o viviera o hubiera muerto sin ser culpado. Ulises, rencoroso porque él había probado que su locura era fingida, lo acusó falsamente de haber traicionado a los dánaos y probó su acusación, mostrando el oro que él mismo había enterrado. De ese modo,

Ulises privó de fuerzas a los aqueos valiéndose del exilio o de la muerte, y haciéndose temible por eso sólo (50-62).

Aunque él venza en elocuencia al propio Néstor, no hará creer que no fue crimen haber abandonado a este mismo cuando, desvalido por la herida del caballo y por la vejez, le pidió ayuda inútilmente. Sabe que eso es cierto el Tídida, quien llamó a menudo y reprendió su cobardía al amigo tembloroso. Los dioses miran con ojos justos las cosas humanas: necesita ayuda quien no la dio, y quien abandonó, queda abandonado; Ulises se había dado esa ley. Llama a los compañeros; llega Áyax y lo ve temeroso y tremente por la muerte que espera (63-74).

Opone el escudo y defiende al que yace, y conserva (parte mínima de su propia gloria) su cobarde vida. Si Ulises insiste en competir con él, que vuelvan ambos a aquel lugar, y él, con su

herida - y su temor usual, se esconda tras el escudo y combata allí con Áyax. Pero después que lo salvó cuando las heridas le habían quitado las fuerzas para luchar, él huyó sin que las dichas heridas se lo estorbaran (75-81).

Se presenta Héctor acompañado de los dioses, y ante él temen no sólo Ulises, sino también los valientes. Áyax, gozoso del éxito del combate, lo derriba de lejos con una roca. A Héctor, que los desafiaba, sólo él lo contuvo, por realizado ruego de los aqueos, y no fue vencido por él (82-90).

He aquí que los troyanos llevan armas y antorchas y la ayuda de Júpiter contra las naves griegas:

¿dónde está allí Ulises? Áyax las protegió con su pecho, conservando así la esperanza del regreso. Que los griegos, por las naves salvadas, le otorguen ahora las armas. En realidad, éstas se honrarán más con pertenecerle que él por obtenerlas (91-97).

Que el de Itaca compare con eso a Reso y a Dolón y a Heleno, cautivo con el Paladio. Todo fue hecho en las sombras y con el auxilio de Diomedes, quien, en caso dado, debía tener la parte mayor del premio en disputa. En último término, las armas no servirían a Ulises, habituado al sigilo y a los engaños. El brillo del casco revelaría el lugar donde se escondiera (98-106).

Pero ni la cabeza ni el brazo de Ulises soportarán el casco y la lanza del Pelida, ni su izquierda, nacida para los hurtos, el escudo ornado con la imagen del mundo. ¿Por qué pide un don que lo debilitará? Si por error le fuere dado, sería no para que lo tema el enemigo, sino para que lo despoje, y lo estorbará con su peso cuando intente huir, que es lo solo en que a todos supera (107-116).

Además, el escudo de Ulises, que ha combatido poco, está entero, en tanto que el de Áyax, que ha sufrido mil golpes, necesita ser sustituido. Por fin, no hay para qué hablar. Que se pongan las armas en medio del enemigo, y que ambos vayan a buscarlas y se den al que las traiga (117-122).

Así terminó el Telamonio, entre un tumor del vulgo. Se levantó el Laertiada y tras detener los ojos en la tierra, los levantó hacia los jefes y habló. Hay gracia en lo que dice:

Si sus votos hubieran valido junto con los de los demás griegos, no habría que discutir, y las armas seguirían perteneciendo a Aquiles viviente; pero pues esto lo negaron los hados —y como si llorara se seca los ojos—, ¿quién mejor para suceder a Aquiles que aquel por quien Aquiles siguió a las dánaos? (123-134).

Lo único que él pide es que no lo dañe que Áyax sea torpe y él ingenioso y útil a ellos, que ahora no deberán negar los bienes de su facundia que tantas veces les sirvió. Él no alega casi su linaje, pues no es obra suya. Pero ya que Áyax ha recordado que es bisnieto de Júpiter, él lo es también: Laertes es hijo de Arcesio, que lo es del sumo dios, y entre ellos no hay ningún criminal. Por el lado materno, otra nobleza, desciende de Mercurio; sus dos padres tienen ascendencia divina. Pero no pide las armas por ser más noble la familia de su madre ni porque su padre no haya sido fratricida, sino porque tiene méritos mayores. No ha de buscarse, pues, la virtud de Áyax en que sea primo de Aquiles, sino en sus hechos (135-153).

Pero si se buscara la proximidad del parentesco con éste, las armas deberían darse a Peleo su padre o a Pirro su hijo; además, Teucro, hermano de Áyax, es también primo de Aquiles, pero Teucro no las pide ni las obtendría, de pedir las. Así, tomando en cuenta sólo los hechos, Ulises hizo más que

Áyax, y así lo probará fácilmente, siguiendo el orden de las cosas (154-161).

Tetis, sabedora de la muerte que en Troya esperaba a su hijo, lo vistió de mujer engañando a todos, Áyax incluido. Ulises escondió armas entre prendas femeninas, y apenas el héroe había tomado el escudo y la lanza, le advirtió que Troya lo aguardaba para ser destruida, lo que él no debería dudar en hacer. Lo tomó luego, y lo mandó a la guerra (162-170).

De esta suerte, las hazañas de Aquiles se deben a Ulises, son de él; así, él venció a Télefo y lo revivió; por él cayó Tebas, y él tomó a Lesbos y Tenedos y Crisa y Cila y Esciro, y su diestra batió las murallas de Lirneso. Él dio a quien pudiera vencer a Héctor; luego, él venció a Héctor. Así, por aquellas armas que puso en manos de Aquiles vivo, reclama ahora las armas de Aquiles muerto (171-180).

Cuando el dolor de un griego llegó a todos, y mil naves fueron a Áulide, cesaron los vientos y los oráculos mandaron a Agamenón que sacrificara a su hija inocente. Él se niega a acatarlos, y Ulises mueve su ánimo paterno hacia la conveniencia de todos. Hoy puede decir, con el perdón del Atrida, que ganó su causa ante un juez inicuo. Con todo, el bien del pueblo y de su hermano y el sumo

poder del reino, mueven al rey a posponer su sangre a su gloria (181-192)

Envían a Ulises a Clitemnestra, que no debió ser convencida sino engañada. Si Áyax hubiera ido en su lugar, aún ahora estarían sin viento las naves. Lo envían también como orador a Troya, en cuya curia colmada de hombres penetra. Allí lleva con valor la causa encomendada por Grecia, y acusa a Paris y reclama a Helena y el botín, y conmueve a Príamo y a Antenor; pero Paris y sus hermanos y los raptos apenas se contuvieron de atacarlo: ése fue el primer día del riesgo compartido con Menelao (193-204).

Sería largo narrar cuanto su consejo y sus obras hicieron útilmente durante la interminable guerra. Después de los primeros combates, los troyanos se encerraron mucho tiempo en sus murallas, sin dar ocasión a luchas en campo abierto; finalmente, el décimo año combatieron. ¿Qué hace mientras Áyax, que no sabe sino guerrear? ¿De qué sirve? Si pregunta qué hace Ulises, éste insidia al enemigo, defiende las fosas, alienta a los compañeros para que soporten el tedio de la guerra, enseña a que se aprovisionen y armen, es enviado a donde es necesario (205-215).

Engañado de un sueño suscitado por Júpiter, Agamenón ordena suspender la guerra, y defiende su orden por la calidad de quien lo aconseja. Áyax consiente en esto, y no piensa en luchas. ¿Por qué no detiene a los que se van, no toma las armas, no sirve de ejemplo a la turba? No era excesivo para él, que se glorió siempre de grandes hazañas. Pero él huye también, y Ulises se avergonzó de verlo preparar deshonestas

velas. Ulises frena a todos para continuar la guerra, diciendo que Troya está casi tomada, y los exhorta a no irse sin honra después de diez años y, elocuente por el dolor, los hace regresar de la flota que huía (216-229)

Llama Agamenón a los hombres aterrorizados, y ni aun entonces se atreve Áyax a hablar. Pero Tersites había osado injuriar a los reyes y Ulises lo había castigado. Se levanta Ulises, y con sus palabras restituye a los griegos el valor. Desde allí, todo cuanto haya hecho Áyax valientemente debe atribuirse a Ulises, que lo hizo regresar cuando escapaba. Por fin, nadie de los dánaos alaba ni busca al Telamonio; en cambio, Diomedes comparte sus hechos con Ulises, y lo aprueba y confía en él. Significativo es ser, entre todos los griegos, elegido por el Tídamo. Ulises no fue mandado por sorteo; con todo, despreciando la noche y al enemigo, mató a Dolón, que iba a hacer entre los griegos lo mismo que Ulises entre los troyanos, y antes lo obligó a revelar lo que Troya preparaba contra aquéllos. Cumplida su misión, cuando podía ya regresar a los suyos con el premio merecido, Ulises no se contenta y va a las tiendas de Reso y le da muerte con sus compañeros. Vuelve después en carro conquistado, imitando un desfile triunfal. Si ahora los griegos le niegan las armas de aquel cuyos caballos pidió el enemigo como premio, serán menos benignos que Áyax (230-254).

¿Para qué hablará Ulises de cómo devastó las tropas de Sarpedón? Postró sangrientos a Cerano, Alástor y Cromio y Alcandro, Halio,

Noemón, Pritanis y Quersidamante y Toón, Carope y Enomo y a otros menos célebres. Y lleva Ulises heridas bellas por el sitio en que las recibió, no hay que creer las mentiras de Áyax —y, descubriéndose el pecho, indica las cicatrices por ellos ganadas (255-265). En cambio, Áyax no fue herido en tantos años, aunque dice haber hecho armas contra los troyanos y Júpiter. Y las hizo, en verdad, pues Ulises no niega sus buenos actos. Pero no las hizo él solo, y es necesario reconocer la participación de los demás: a salvo bajo la apariencia de Aquiles, Patroclo rechazó a los troyanos de las naves que intentaban incendiar. Áyax, al afirmar que él solo luchó contra Héctor, olvida a Agamenón y a los otros jefes y al mismo Ulises, a quienes la suerte lo antepuso. ¿Pero cuál fue el resultado de aquel combate? Que Héctor se fue indemne (266-279).

Gran dolor causa a Ulises recordar el momento en que Aquiles cayó, y cuando él, sin que lo retrasaran el dolor ni el miedo, levantó su cuerpo. En sus hombros; llevó en sus hombros el peso de Aquiles con las armas que hoy se empeña en llevar. Tiene, pues, fuerzas para cargarlas, y ánimo sensible a sus honores. ¿O la diosa marina fue ambiciosa para su hijo sólo para que el don divino, magna obra de arte, fuera a vestir a un soldado rudo y sin genio? Pues Áyax, al no comprender las cosas cinceladas en el escudo: el océano, las tierras y las estrellas del

cielo, Pléyades, Híadas y Osas, y ciudades diversas, y la espada de Orión, aspira a unas armas que no entiende (280-295).

Áyax lo acusa de haber venido tarde a la guerra, y no da en la cuenta de que acusa también a Aquiles. En efecto, Aquiles y Ulises fingieron; si haberse tardado es un crimen, Aquiles se tardó

más. A Ulises lo detuvo su esposa; al otro, su madre. A ellas se dio el primer tiempo; el restante, a los griegos. No teme Ulises no poder defenderse de un crimen común con Aquiles; éste fue sorprendido por el ingenio de Ulises, pero Ulises no lo fue por el de Áyax (296-305).

Y no hay que admirar que lo injurie con palabras estólicas, pues con ellas injuria también a los demás griegos. Pues si es torpe que Ulises haya acusado falsamente a Palamedes, es torpe que ellos lo hayan condenado. Pero éste no pudo defenderse de la acusación evidente, ni los griegos la oyeron sólo, sino que vieron sus pruebas. Y si Filoctetes está en Lemnos, es porque los griegos consintieron en eso, y Ulises no merece ser culpado, aunque lo haya persuadido a que se abstuviera de la guerra y el viaje y procurara calmar sus dolores con el descanso. Él aceptó, y vive. La opinión de Ulises fue sincera y feliz, aunque hubiera bastado que fuera sincera (306-319).

Ahora los hados piden a Filoctetes para acabar con Troya. Que, en vez de Ulises, vaya el Telamonio a buscarlo y, aunque

enfurecido y enfermo, lo convenza con su elocuencia o lo persuada con astucia. Retrocederá la corriente del Simois y el Ida estará sin árboles y Grecia ofrecerá ayuda a Troya, antes que, habiendo dejado de servirlos el ánimo de Ulises, la habilidad de Áyax sirva a los griegos. Aunque Filoctetes sea dañino a los compañeros y al rey y a Ulises, y execre y maldiga a éste y desee que le sea entregado para beber su sangre y usar en él el poder de que fue objeto, Ulises irá a buscarlo y, ayudado por la fortuna, se apoderará de sus flechas como antes se apoderó de Heleno y descubrió los oráculos divinos y los hados de Troya, y robó el Paladio de en medio del enemigo (320-338).

¿Se compara Áyax con él? Sin el Paladio, era Troya inexpugnable. ¿Dónde está Áyax entonces; dónde, sus grandilocuentes palabras; por qué tiene miedo, por qué Ulises se atreve, de noche y entre armas hostiles, a penetrar hasta lo más alto de Troya y robar de su templo a la diosa, y sacarla por entre los enemigos? Si Ulises no lo hubiera hecho, en vano habría llevado Áyax su gran escudo. Aquella noche venció Ulises a Troya, cuando la obligó a poder ser vencida (338-349).

Y que deje Áyax de mostrarle con rostro y murmullo a Diomedes, que comparte esta gloria. Tampoco estaba solo Áyax cuando defendía las naves, sino acompañado de muchos. Ulises lo fue por uno que, si no supiera que vale más el sabio que el combatiente, pediría él mismo las armas, como las pedirían Áyax Oileo, Eurípilo, Toante, Idomeneo y Meriones y

Menelao, que no ceden a Áyax en el combate y que, sin embargo, siguieron los consejos de Ulises (350-361).

Áyax tiene capacidades guerreras, naturaleza que necesita del gobierno de Ulises; tiene fuerzas sin mente, Ulises cuida del porvenir; puede combatir, Agamenón elige con Ulises la ocasión del combate; sirve sólo por su cuerpo, Ulises también por el ánimo. Cuanto supera el piloto al remero y el capitán al soldado, tanto lo aventaja Ulises, en quien el pensamiento es mejor que las manos y reúne todo el vigor (362-369).

Que los próceres premien a su guardián y le den la gloria acorde con sus méritos, a cambio de los cuidados que por ellos se dio. Ya la guerra toca a su fin; él tomó a Troya haciendo que pudiera ser tomada. Por la esperanza común y las murallas vencidas y el Paladio quitado al enemigo; por lo prudente o difícil que tuviera que hacer todavía, les ruega que se acuerden de él y que, si no le dan las armas, se les den a la estatua fatal de Minerva —y se las mostró.

Los príncipes se conmovieron, y merced a la elocuencia, el varón disertó llevó las armas del fuerte (370-382).

El que resistió a Héctor y las armas y los incendios y a Júpiter, no resiste a su ira, e invicto es vencido por el dolor. Toma su espada, y preguntando si Ulises se la disputará, decide usarla en sí mismo, y hacer que conozca su sangre la que conoció tanta sangre troyana. Sólo por Áyax puede Áyax ser vencido. Y en su pecho, que sólo entonces fue herido, la hundió. Su misma

sangre la expulsó y enrojeció- la tierra, haciendo nacer la flor purpúrea surgida antes de la herida de Jacinto. La flor lleva las mismas letras, que recuerdan la queja por éste y el nombre de aquél (383-398).

Ulises, victorioso, navega hacia la patria de Hipsipila y Toante y la tierra manchada por la antigua matanza de los hombres, a fin de traer las flechas de Hércules. Cuando con su dueño las devolvió a los griegos, se dio fin a la guerra. Caen Troya y Príamo, y la* esposa de Príamo pierde con lo demás la figura humana y, junto a Helesponto, atemoriza el aire extranjero Con sus ladridos (399-407).

Arde Ilión, y el ara de Júpiter bebe la breve sangre de Príamo. Arrastrada del cabello, la primera sacerdotisa de Febo tiende al cielo sus manos inútiles. Los griegos victoriosos llevan a las madres troyanas, que mientras pueden abrazan las estatuas de sus dioses y sus templos en llamas. Astiánax es precipitado desde las torres donde, mostrado por su madre, vio a mentido a su padre que luchaba por él y los reinos de sus antepasados. Ya Bóreas favorece la navegación y hace sonar las velas, y los nautas ordenan aprovechar sus soplos. Las troyanas se despiden de su patria, y besan la tierra y se alejan de sus casas humeantes (408-421).

La última en embarcarse fue Hécuba, a quien Ulises encontró entre las tumbas de sus hijos, agarrándose de los túmulos y

besando sus huesos. Con todo, tomó las cenizas de Héctor y las llevó en su seno, y en el túmulo de él dejó como ofrenda sus canas y sus lágrimas (422-428).

Frente a Frigia está la tierra de los bistones, y allí el palacio de Poliméstor a quien Príamo, furtivamente, había encomendado la crianza de Polidoro, para apartarlo de la guerra frigia. Su decisión hubiera sido sabia, si no le diera también grandes riquezas que incitaran su avaricia criminal. Al ser vencida Troya, Poliméstor tomó la espada y la hundió en la garganta de Polidoro y, por ocultar el crimen, arrojó desde una roca su cadáver al mar (429- 438).

Agamenón amarró su flota a la costa de Tracia, para aguardar que el mar y el viento le fueran favorables. Allí, de súbito, se apareció surgiendo de la tierra la imagen de Aquiles amenazante, tan grande como cuando vivía y con el rostro con que vio al Atrida en otro tiempo, al atacarlo injustamente. Reprochó entonces a los aqueos que lo abandonaran, y les ordenó que a fin de honrar su sepulcro, sacrificaran en él a Polixena (439-448).

Obedeciéndolo, arrancan los compañeros a la virgen del regazo de su madre y, mientras muestra un ánimo más que femenino, la llevan como víctima a la odiosa tumba. Fiel a su propia dignidad, luego que la arrimaron al ara inhumana y sintió que preparaban el sacrificio, cuando vio a Neoptólemo teniendo el hierro y mirándola al rostro, lo invitó a darle muerte de inmediato, hiriéndola en la garganta o el pecho. Y luego de

invitarlo, se desnudó la garganta y el pecho, y añadió que con la muerte se libraría de la servidumbre y que su sacrificio no aplacaría a ningún dios, y les pidió que ocultaran su muerte a su madre (449-462): ésta le empequeñecía el placer de morir, aun cuando más que la muerte de Polixena era lamentable la vida de Hécuba. Que, para que vaya libremente a la Estigia, se aparte de la virgen todo contacto de hombres, y así será más valiosa para cualquiera a quien la ofrenden.

Y pide una última cosa: que si sus palabras conmueven a alguien, lo ruega la hija de Príamo, entreguen sin rescate el cadáver a su madre; ésta, carente de oro, sólo podría pagarlo con llanto (463-473).

No llora ella, pero lloran quienes la oyen. Incluso el sacrificador vierte lágrimas al romper su pecho con la espada. Resbala la virgen a tierra, conservando el rostro intrépido hasta la muerte y cubriendo las partes de su cuerpo para mantener el postrer pudor. La toman las troyanas y numeran a cuántos hijos de Príamo han tenido que deplorar, y cuánta sangre dio esa sola casa, y gimen a Polixena y a Hécuba, poco antes esposa y madre regia, imagen de Asia, y que hoy nadie acepta sino Ulises, y éste, sólo porque había sido madre de Héctor. Así, Héctor encontró con trabajo dueño para su madre (474-487).

Ésta, abrazando el cadáver vacío de su alma valiente, le da las lágrimas dadas antes tan a menudo a patria, hijos y esposo; las vierte en las heridas y besa la boca y se golpea el pecho, y le habla, mezclando sus canas a la sangre coagulada (488-493).

Yace en Polixena su último dolor, y ve en su pecho sus propias heridas. Todos los suyos han muerto por el hierro, hasta esta a quien, por ser mujer, había considerado salva. La perdió el mismo que a sus muchos hermanos, Aquiles, ruina de Troya y su despojador. Hécuba, al verlo morir por las flechas de Paris y Apolo, pensó infundadamente que ya no era temible. Sí lo era: su ceniza se enfureció contra ella, y aun en el sepulcro le es enemigo. Para él fue fecunda. Yace la gran Troya, que sólo para ella subsiste: su dolor continúa. La que fue máxima, fuerte por sus muchos yernos e hijos y nueras y por su esposo, es arrastrada hoy miserable de las tumbas de los suyos. Será dada a Penélope, quien la mostrará hilando a las itacenses, y les dirá que fue la madre ilustre de Héctor, la cónyuge de Príamo (494-513).

Y luego se dirige a Polixena, la única que aliviaba su luto, y que purificó la tumba del enemigo; Hécuba parió ofrendas mortuorias para él. ¿A qué fin permanece y se tarda? ¿A qué la reservan la vejez y los dioses, si no para que vea nuevos funerales? Tras la ruina de Troya, Príamo, por haber muerto, resulta envidiable; feliz en su muerte, no ve la de su hija, y dejó a la vez la vida y el cetro. Y ahora Polixena carecerá de exequias y sepulcro entre sus antepasados, y tendrá como ofrenda las lágrimas de su madre y un puñado de arena extranjera. Todo lo perdió Hécuba, excepto un hijo que la hará vivir todavía un poco; el menor de sus hijos varones, que fue

dado a Poliméstor, rey de Tracia. Y se reprocha por último su tardanza en lavar las heridas y el rostro de Polixena (514-530).

Después de hablar, adelanta hacia la costa con paso de vieja y canas deshechas, y pide a las otras una urna para tomar agua. Ve entonces, arrojado en la arena, el cuerpo de Polidoro llagado por el tracio. Gritan las troyanas; ella enmudece: el dolor le devora la voz y las lágrimas. Se enrigidece como una roca y mira la tierra, y a veces el cielo, y el rostro y las heridas del hijo; principalmente las heridas, y se llena de ira (531-544).

Encolerizada como si todavía fuera reina, decide vengarse y sólo piensa en el castigo. Como la leona airada por la desaparición de su cachorro sigue las huellas de su enemigo, así Hécuba, colmada de ira y dolor, olvidando su edad pero no su ánimo, va al asesino Poliméstor y le ofrece mostrarle un tesoro escondido para que lo entregue a su hijo. Aquél le cree y, avaro, va con ella y le dice astutamente que no se tarde y que le dé los regalos que él transmitirá a Polidoro, como los dados antes. Y lo jura por los dioses. Arde de ira Hécuba, y mira ceñuda al mendaz, y agarrándose a él y llamando a las otras cautivas, dañina, le saca con los dedos los ojos, y mete las manos ensangrentadas en las órbitas vacías (545-564).

Irritados los tracios por la muerte de su rey, comienzan a atacarla con armas y piedras. Ella sigue a mordiscos una de las piedras arrojadas, y cuando quiere hablar, ladra. Permanece el sitio, y guarda el nombre del sucedido. Recordando sus males, aulló por allí Hécuba sombría. Su suerte conmovió a troyanos y

griegos y dioses. Incluso Juno negó que la hubiera merecido (565-575).

Aunque favorable a los troyanos, la Aurora no tiene tiempo de conmoverse por la desgracia de Troya y Hécuba. La angustia la pérdida de su hijo Memnón, a quien vio morir por la lanza de Aquiles; lo vio y dejó su color rosado y palideció, y el cielo se cubrió de nubes.

No resistió ella ver arder el cuerpo de su hijo, y con el cabello suelto, como estaba, se arrodilló ante Júpiter y le habló llorando (576-586):

Ella es inferior a las demás diosas, pues tiene poquísimos templos; empero es diosa, y viene a él no a pedir santuarios y días festivos y altares, aunque los merece, porque presta grandes servicios: ella marca los límites de la noche y el día. Pero ahora no pide tales honores. La angustia el caso de Memnón, que cayó sirviendo las armas de Príamo y en su juventud, por voluntad de los dioses, a manos de Aquiles, Que Júpiter lo honre de algún modo, para consolar el dolor de la Aurora (587- 599).

Asiente el sumo dios, y cuando se derrumba la pira de Memnón, el humo mancha el día, como cuando las nieblas impiden ver el sol. Vuela la ceniza y se condensa y toma figura, adquiriendo el calor y el ánimo del fuego. Su ligereza le da alas, y la hace que primero parezca ave y luego lo sea en verdad y vuela haciendo sonar sus plumas.

Al mismo tiempo vuelan otras innumerables, crecidas del mismo origen, y recorren tres veces la pira. A la cuarta vuelta se dividen en dos bandos y se atacan feroces con uñas y pico, y cansan sus alas y sus pechos. Caen luego como ofrendas a la ceniza de Memnón, pues son parientes suyas, y se recuerda que nacieron de un héroe. Memnón da nombre a estas aves, que se llaman Memnónidas. Cada año combaten nuevamente, y vuelven a morir. Así, otros consideraron doloroso que Hécuba se convirtiera en perra. Atenta a su propio duelo, la Aurora llora hasta hoy, vertiendo rocío sobre el mundo entero (600-622).

Con todo, no admiten los hados que la esperanza de Troya caiga con sus murallas: el héroe hijo de Venus lleva en sus hombros las cosas sagradas y —sagrado— a su padre. Entre tantas riquezas, el piadoso escoge aquéllas, y con su Ascanio se da al mar, y deja a Antandro y las costas de Tracia húmedas de la sangre de Polidoro. Con viento y olas propicias, entra con sus compañeros en Delos (623-631).

Aquí el rey Anio, primer sacerdote de Apolo, lo recibe y le muestra la ciudad y los famosos altares y los dos árboles que Latona abrazó cuando paría. Habiendo ofrendado incienso y vino y entrañas de bueyes sacrificados, regresan a la morada real y toman los dones de Ceres y de Baco. Entonces Anquises le dice al sacerdote que, cuando vino por vez primera, vio que tenía un hijo y cuatro hijas(632-642).

Anio, sacudiendo la cabeza adornada de cintas blancas, le responde triste:

En efecto, tuvo cinco hijos él, ahora casi huérfano, pues no le, es ayuda el solo que le queda y que, ausente, ejerce en Andros por él los poderes reales. Apolo le dio el don de la profecía; a sus hermanas les hizo Baco un regalo increíble: que convirtieran en trigo, vino y aceite cuanto tocaran (643-654).

Cuando se enteró Agamenón de esto —también a ellos llegaron efectos de la ruina de Troya—, las separó de su padre por la fuerza, y les mandó que con el don del dios alimentaran a los griegos. Huyen ellas entonces; dos van a Eubea y dos se dirigen a Andros donde está su hermano. Éste, vencida la piedad por el temor, las entrega al Atrida, y es perdonable, pues no estaban ni Eneas ni Héctor para defenderlo, como defendieron a Troya por diez años (655-666).

Ya los griegos se disponían a encadenarlas, cuando ellas, alzando los brazos al cielo, invocaron el auxilio de Baco y él se los trajo, si cambiar los cuerpos puede llamarse auxilio. Anio no puede decir ni sabe por qué fueron mudadas, pero ambas se transformaron en palomas de Venus (667- 674).

Después que en la mesa hablaron de éstas y otras cosas, fueron a dormir.

Se levantan a la mañana, y van al oráculo de Febo que les ordena buscar a la antigua madre y las tierras parientes.

Cuando se disponen a partir, Anio les hace regalos: un cetro, a

Anquises; a Ascanio, una clámide y una aljaba; a Eneas una crátera que le había donado Terses y en la cual Alcón, su autor, había grabado una larga historia (675-684):

Estaba allí la ciudad con las siete puertas que le, dan su nombre. Ante la ciudad, funerales y túmulos y piras ardientes y madres luctuosas. Había también ninfas que lloraban sus fuentes secas, y árboles sin hojas, y cabritas que rapaban áridas piedras. Estaban así mismo representadas las hijas de Orión en medio de Tebas; una ofrecía la garganta desnuda; la otra, herida, había caído por los suyos y era llevada en pompas fúnebres y quemada en lugar concurrido. De la ceniza del cuerpo de la virgen, para conservar su linaje, salían dos jóvenes de nombre Coronas y conducían los maternos restos. El borde de la crátera se ornaba de acanto dorado (685-701).

Los troyanos le hacen dones semejantes: un incensario, una pátera y una corona refulgente de oro y gemas (702-704).

Recordando que los teucros nacieron de la sangre de Teucro, van a Creta, donde no pueden sufrir largo tiempo el ambiente, y luego deciden tocar los puertos de Ausonia. La tempestad los lleva a las Estrofades donde Aelo los aterriza, y dejan luego atrás a Duliquia e Ítaca y Samos y al Nérito y Ambracia, lugar donde ven al juez convertido en roca, y que hoy se conoce por el templo de Apolo en Accio, y a Dodona profética y a Caonia donde los hijos del rey Moloso huyeron del incendio vueltos en aves (705-718).

Van después a los felices campos de los feacios y a Epiro y a Butroto, regida por el adivino troyano y donde hay una Troya imitada. De allí, por consejo de Heleno, llegan a Sicilia extendida en tres promontorios: el Paquino hacia el sur, el Lilibeo hacia el occidente y el Peloro hacia el norte. Por aquí entran los troyanos y arriban a Zancle (719-729).-

Escila está a la derecha y Caribdis a la izquierda; ésta absorbe y vomita las naves; aquélla tiene el vientre ceñido de perros y conserva el rostro de la virgen que, según los vates, fue alguna vez. Muchos la pretendían y ella, tras despreciarlos, iba a narrar sus amores a las ninfas del mar, a las cuales era muy grata (730-737). Mientras peina a Galatea, ésta le habla:

A Escila la desean hombres cultos a los cuales puede negarse impunemente; a ella, hija de Nereo y Doris y guardada por muchas hermanas, sólo con luto le fue posible evitar el amor del Cíclope. Y las lágrimas le impiden seguir; luego de secárselas con la mano, Escila le suplica que le cuente el motivo de su dolor, y la Nereida la complace (738-749).

Acis era el hijo y la alegría de sus padres Fauno y la ninfa Simétida, y era el deleite de Galatea,

la única a quien se había unido; tenía dieciséis años, y la barba comenzaba apenas a nacerle. A Acis, Galatea; a ésta buscaba de continuo el Cíclope, y ella no podría decir si era mayor su amor por aquél o su odio por éste (750-758).

¡Qué grande es el poder de Venus! Polifemo, terrible incluso a las selvas, por nadie visto sin daño, despreciador del Olimpo y los dioses, sintió el amor y ardió de deseos olvidando sus rebaños y su morada. Y ya se preocupa por su arreglo y procura complacer y peina sus crines con rastros y se corta la barba con una hoz y compone su rostro viéndolo en el agua. Cesan sus impulsos sangrientos, y van y vienen a salvo las naves (759-769).

Télemo hijo de Eurimo, adivino a quien no engañó ningún ave, llega al Etna y al Cíclope, y le advierte que Ulises le robará su único ojo. Ríe Polifemo, y le asegura que tal cosa es imposible, pues el ojo le fue ya robado por otra, y despreciando su advertencia, se va aplastando las costas o retorna a su gruta (770-777).

Una elevada lengua de tierra se extiende en el mar; el Cíclope se sienta en medio, a donde lo siguen sus rebaños sin pastor. Después que deja a sus pies su cayado, un pino grande como un mástil, toma la zampoña de cien cañas, y los montes y el mar oyen sus silbos. Los escucha también Galatea, recostada con su Acis por allí cerca, y recuerda sus palabras (778-788).

Galatea es más blanca que el ligustro, más florida que el prado, más alta que el aliso, más brillante que el vidrio, más alegre que el cabrito, más lisa que las conchas pulidas por el mar; más noble que las manzanas, más insigne que el plátano, más clara que el hielo, más dulce que las uvas, blanda más que plumas de

cisne o leche cuajada y, si no le huyera, fuera más hermosa que el jardín regado (789-797).

Es Galatea más cruel que no domados novillos, más dura que la encina, más engañosa que el mar, más variable que el sauce y las vides, más inmóvil que las rocas, más violenta que el río, más soberbia que el pavón, más acre que el fuego, más áspera que abrojos, más fiera que la osa preñada, más sorda que las olas, más salvaje que la sierpe, y, lo que él quisiera- principalmente quitarle, más veloz que el ciervo perseguido por los perros y que el viento y el aura (798-807).

Pero si lo conociera bien, no le huiría, y se condenara ella misma y se esforzara en retenerlo. Él tiene, en la roca viva del monte, grutas en donde no se sufre el frío ni el calor; tiene árboles cargados de frutos, tiene uvas doradas y rojas, y ambas se las reserva. Ella cortaría blandas fresas con sus manos, y cornejos y ciruelas negras y amarillas. Y no, con él por esposo, le faltarán los madroños ni árbol alguno (808-820).

Todo ese ganado le pertenece, y muchas bestias que están en valles, selvas y cuevas. Si se, lo preguntara, no podría decirle cuántas son: sólo el pobre cuenta su ganado. Ella no ha de creerle sus elogios, sino podrá ver ella misma el grandor de sus ubres. Posee además tiernos corderos, y cabritos, y, siempre, nívea leche, para beberla o hacer quesos (821-830).

Y no habrá él de darle regalos vulgares: ciervos y liebres o cabras o palomas o nidos bajados de los árboles. Encontró en

la cima del monte dos oseznos gemelos, totalmente iguales entre sí, con los cuales podría jugar. Al encontrarlos, decidió reservárselos (831-837).

Que Galatea saque la cabeza del mar, que vaya a él sin desprecio de sus regalos. Pues hace poco se conoció viéndose en el agua, y le plació su figura; él es grande, no menor que ese Júpiter que se dice que reina; greña abundante cubre su cara y sombrea como un bosque sus hombros. Y no es torpe —no lo crea ella— que su cuerpo se erice de cerdas tupidas: el árbol es torpe sin follaje, y lo son el caballo sin crines, las aves sin pluma y las ovejas sin lana; sientan a los hombres barba y cerdas del cuerpo (838-850).

Él tiene un solo ojo, grande como un escudo, en medio de la frente. ¿Y qué? El sol, con un ojo único, ve desde el cielo todas las cosas. Además, su padre, al cual le ofrece por suegro, reina en los mares. Que Galatea se apiade y oiga sus ruegos, pues a ella sola se rinde y venera, él que desprecia a Júpiter, al cielo y al rayo, que le es menos cruel que la que ama. Y todo lo sufriría, si ella evitara a todos; ¿pero por qué si lo rechaza a él, ama y abraza a Acis? Que éste plazca a sí mismo y a ella; pero que se le dé la ocasión, y el Cíclope le hará sentir su fuerza, proporcionada a su tamaño, lo desgarrará y esparcirá sus pedazos en tierras y olas. Se quema Polifemo en llamas crecientes, y percibe dentro de sí los poderes del Etna. Y Galatea no se conmueve (851-869).

Calla el Cíclope, y la ninfa ve cómo, tras lamentarse, se levanta y yerra como el toro a quien se quitó la vaca; feroz, los mira a ella y a Acis, exclama colérico que ése será su último encuentro de amor, y grita como sólo él puede gritar y hace erizarse al Etna. Se mete en el mar Galatea, y Acis, huyendo, pide ayuda de ella y de sus padres. El Cíclope lo sigue, le arroja un peñasco del monte, con uno de cuyos extremos lo sepulta (870-884).

Entonces la Nereida hace lo que está en su poder: que él tome las fuerzas de su abuelo. La sangre que manaba bajo la peña comienza a perder su color purpúreo y toma poco a poco el del agua clara; se abre la peña y surge el arundo por sus grietas, y luego agua saltante. Milagrosamente se levanta de pronto, descubierto hasta el vientre, un joven con los cuernos adornados de cañas, quien, mayor y de color azul, es Acis convertido en río y con su mismo nombre (885-897).

Termina así Galatea su narración, y regresa a las olas con sus hermanas. Escila no se atreve a imitarlas y pasea desnuda por la playa o se baña en una bahía. He aquí que el mar se abre y, nueva deidad marina creada poco antes en Antedón, surge Glauco y se enamora de la virgen al verla y le dice palabras para intentar detenerla. Empero, sigue ella su fuga, y acelerada por el temor, sube a la cima de un monte de aquellas costas (898-909).

Está junto al mar una altura inclinada cubierta de árboles. Se detiene allí Escila, y sintiéndose a salvo se pregunta si aquél es un monstruo o un dios, y admira su color y sus largos cabellos y

su cuerpo de pez a partir de las ingles (910-915). Lo siente Glauco, y apoyándose en una roca cercana le dice:

Él no es un monstruo ni una bestia salvaje sino un dios acuático, con no menor derecho en el mar que Proteo, Tritón y Palemón. Antes había sido hombre, pero, destinado al mar, se ejercitaba desde entonces en él, dedicado a la pesca con redes o con anzuelo.

Hay, cerca de las costas, un prado entre el mar y la hierba no tocada por novillas, ovejas o cabras; la abeja no paci6 sus flores, ni éstas fueron nunca usadas para guirnaldas o cortadas a mano o con la hoz. El primero en sentarse allí fue Glauco, quien, mientras las redes se secaban, puso en la hierba para contarlos los pescados víctimas de redes y anzuelos (916-934).

Aunque no lo parezca, es verdad lo que cuenta: al tocar la hierba, los pescados empiezan a moverse y voltearse como si estuvieran en el agua, y mientras él se tarda y se admira, huyen todos al mar, dejándolos a él y la tierra. Pasmado y dudoso, se pregunta si la causa de, aquel milagro es un dios o la fuerza de la hierba aquélla, y la corta y la come para averiguarlo (935-943).

En cuanto traga sus jugos desconocidos, siente que sus entrañas tiemblan y son robadas por el deseo de una nueva naturaleza. No puede más estarse en la tierra, y se despide de ella para siempre y se sumerge en el mar. Allí los dioses lo reciben como compañero, y ruegan a Océano y Tetis que lo

despojen de cuanto tiene de humano; éstos lo purifican del mal con un conjuro dicho nueve veces, y lo mandan poner el pecho bajo cien corrientes, que sin tardanza vierten sus aguas sobre él (944-955).

Hasta aquí, recuerda Glauco los hechos; ha olvidado lo demás. Después que volvió en sí, se encontró distinto de lo que era. Entonces ve que arrastra por el mar la verde barba y los largos cabellos, y mira sus vastos hombros, sus brazos azules y su cuerpo acabado en pez. ¿Pero en qué le aprovecha su imagen, y haber placido a los dioses y ser un dios, si no, conmueve a Escila? (956- 965).

Ésta lo deja mientras habla y se dispone a hablar más. Enfurecido por el rechazo, el dios se dirige a la morada de Circe, hija del Sol (966-968).

Consedere duces et vulgi stante corona 1
surgit ad hos clipei dominus septemplicis Ajax, 2
utque erat inpatiens irae, Sigeia torvo 3
litora respexit classemque in litore vultu 4
intendensque manus 'agimus, pro Iuppiter!' inquit 5 5
'ante rates causam, et mecum confertur Ulixes! 6
at non Hectoreis dubitavit cedere flammis, 7

Las armas de Aquiles

Se sentaron los generales, y con el vulgo de pie, en corro, se levanta hacia éstos el dueño del escudo séptuple, Áyax, y cual estaba, incapaz de soportar su ira, del Sigeo a los litorales con torvo rostro se volvió para mirar, y a la flota en ese litoral, y extendiendo las manos: «Tratamos, por Júpiter», dice, 5

«ante nuestros barcos esta causa, y conmigo se compara Ulises. Mas no dudó en ceder de Héctor a las llamas,

quas ego sustinui, quas hac a classe fugavi. tutius est igitur fictis contendere verbis,

quam pugnare manu, sed nec mihi dicere promptum, 10 nec facere est isti: quantumque ego Marte feroci inque acie valeo, tantum valet iste loquendo.

nec memoranda tamen vobis mea facta, Pelasgi, esse reor: vidistis enim; sua narret Ulixes,

quae sine teste gerit, quorum nox conscia sola est! 15 praemia magna peti fateor; sed demit honorem aemulus: Aiaci non est tenuisse superbum,

sit licet hoc ingens, quicquid speravit Ulixes; iste tulit pretium iam nunc temptaminis huius,

quod, cum victus erit, mecum certasse feretur. 20 'Atque ego, si
virtus in me dubitabilis esset,

nobilitate potens essem, Telamone creatus, moenia qui forti
Troiana sub Hercule cepit litoraue intravit Pagasaea Colcha
carina;

Aeacus huic pater est, qui iura silentibus illic 25 reddit, ubi
Aeoliden saxum grave Sisyphon urget; Aeacon agnoscit
summus prolemque fatetur Iuppiter esse suam: sic a Iove
tertius Ajax.

nec tamen haec series in causam prosit, Achivi,

si mihi cum magno non est communis Achille: 30 frater erat,
fraterna peto! quid sanguine cretus Sisyphio furtisque et fraude
simillimus illi

inseriris Aeacidis alienae nomina gentis?

'An quod in arma prior nulloque sub indice veni, arma neganda
mihi, potiorque videbitur ille, 35 ultima qui cepit detractavitque
furore

militiam ficto, donec sollertior isto

sed sibi inutilior timidi commenta retexit Naupliades animi
vitataque traxit ad arma? optima num sumat, quia sumere
noluit ulla: 40 nos inhonorati et donis patruelibus orbi, obtulimus
quia nos ad prima pericula, simus?

'Atque utinam aut verus furor ille, aut creditus esset, nec comes
hic Phrygias umquam venisset ad arces hortator scelerum! non

te, Poeantia proles, 45 expositum Lemnos nostro cum crimine
haberet! qui nunc, ut memorant, silvestribus abditus antris saxa
moves gemitu Laertiadaeque precaris,

quae meruit, quae, si di sunt, non vana precaris. et nunc ille
eadem nobis iuratus in arma, 50 heu! pars una ducum, quo
successore sagittae Herculis utuntur, fractus morboque
fameque velaturque aliturque avibus, volucresque petendo
debita Troianis exercet spicula fati.

ille tamen vivit, quia non comitavit Ulixem; 55 mallet et infelix
Palamedes esse relictus, [viveret aut certe letum sine crimine
haberet] quem male convicti nimium memor iste furoris prodere
rem Danaam finxit fictumque probavit

crimen et ostendit, quod iam praefoderat, aurum. 60 ergo aut
exilio vires subduxit Achivis,

aut nece: sic pugnat, sic est metuendus Ulixes! 'Qui licet eloquio
fidum quoque Nestora vincat,

haut tamen efficiet, desertum ut Nestora crimen esse rear
nullum; qui cum inploraret Ulixem 65 vulnere tardus equi
fessusque senilibus annis,

8 las cuales yo sostuve, las cuales de esta armada ahuyenté.

9 Más seguro es, así pues, con fingidas palabras contender

10 que luchar con la mano, pero ni para mí el hablar es fácil,

10

11 ni actuar es para éste, y cuanto yo en el Marte feroz
12 y en la formación valgo, tanto vale este hablando.
13 Y tampoco que de recordar se hayan a vosotros mis
hechos, Pelasgos,
14 opino: pues los visteis. Los suyos narre Ulises,
15 esos que sin testigo hace, de los que la noche cómplice
sola es. 15
16 Que unas recompensas grandes se piden confieso, pero
les quita honor
17 el rival. Para Áyax no es un orgullo poseer,
18 aunque sea ello ingente, algo que ha esperado Ulises.
19 Éste ha conseguido su recompensa ya ahora, de la
pretensión esta,
20 porque, cuando vencido haya sido, conmigo que ha
contendido se dirá. 20
21 «Y yo, si la virtud en mí dudosa fuera,
22 por mi nobleza poderosa sería, de Telamón nacido,
23 el que las murallas troyanas bajo el fuerte Hércules
cautivó
24 y en los litorales colcos entró con una pagasea quilla.
25 Éaco su padre es, quien las leyes a los silentes allí 25
26 otorga, donde al Eólida una piedra grave, a Sísifo, empuja.

27 A Eáco lo reconoce el supremo Júpiter, y vástago
28 confiesa que es suyo. Así, desde Júpiter el tercero: Áyax.
29 Y aun así este orden a mi causa no aproveche, Aquivos,
30 si para mí con el gran Aquiles no es común: 30
31 hermano era, lo fraterno pido. ¿Por qué, de la sangre
engendrado
32 de Sísifo, y en hurtos y fraude el más semejante a él,
33 injertas ajenos nombres en el linaje Eácida?
34 «¿Acaso porque a las armas el primero y sin que nadie lo
indicara vine,
35 estas armas negadas me han de ser, y más poderoso
parecerá aquél 35
36 que las últimas las tomó, y rehusó fingiendo
37 locura la milicia, hasta que más astuto que él,
38 pero para sí mismo más dañino, las mentiras de este
cobarde
39 corazón descubrió el Nauplíada, y lo arrastró a las
evitadas armas?
40 ¿Las mejores acaso ha de tomar, porque tomar no quiso
ningunas: 40
41 yo deshonorado, y de los dones de mi primo huérfano,
42 porque me ofrecí a los primeros peligros, he de quedar?

43 «Y ojalá, o verdadero loco él, o creído fuera,
44 y no de camarada aquí nunca a los recintos frigios hubiera
venido,
45 instigador de crímenes. No a ti, oh vástago de Peante, 45
46 Lemnos te retendría, expuesto, con delito nuestro,
47 quien ahora, según cuentan, escondido en silvestres
cuevas
48 a las rocas conmueves con tu gemir y para el Laertiada
suplicas
49 lo que merecido ha, las cuales cosas, si dioses hay, no
vanas las habrás suplicado.
50 Y ahora él, conjurado en las mismas armas que nosotros,
50
51 ay, parte una de los jefes, de quien por sucesor las saetas
52 de Hércules se sirven, quebrantado por la enfermedad y el
hambre
53 se cubre y alimenta de aves y pájaros buscando,
54 debidas a los hados de Troya, fatiga sus puntas.
55 Él, aun así, vive, porque no acompañó a Ulises. 55
56 Preferiría también, infeliz, Palamedes haber sido
abandonado.
57 Viviría o ciertamente una muerte sin delito tendría,

58 al cual, demasiado conoedor éste de su mal convicto
delirio,
59 que traicionaba la parte de los dánaos inventó e
inventado probó
60 ese delito y mostró, que ya antes había enterrado, un oro.
60
61 Así pues, o con el exilio fuerzas restó a los aquivos
62 o con la muerte. Así lucha, así ha de ser temido Ulises.
63 El cual, aunque en elocuencia al fiel Néstor incluso venza,
64 no conseguirá aun así que el abandonado Néstor piense
yo
65 que delito es ninguno, el cual, aunque implorara a Ulises,
65
66 por la herida de su caballo tardo, y fatigado por sus
ancianos años,

proditus a socio est; non haec mihi crimina fingi scit bene
Tydides, qui nomine saepe vocatum corripuit trepidoque fugam
exprobravit amico. aspiciunt oculis superi mortalia iustis! 70
en eget auxilio, qui non tulit, utque reliquit, sic linquendus erat:
legem sibi dixerat ipse. conclamat socios: adsum videoque
tremementem

pallentemque metu et trepidantem morte futura; opposui
molem clipei texique iacentem 75 servavique animam
(minimum est hoc laudis) inertem. si perstas certare, locum
redeamus in illum:

redde hostem vulnusque tuum solitumque timorem post
clipeumque late et mecum contende sub illo! at postquam
eripui, cui standi vulnera vires 80 non dederant, nullo tardatus
vulnere fugit.

'Hector adest secumque deos in proelia ducit, quaque ruit, non
tu tantum terreris, Ulixé,

sed fortes etiam: tantum trahit ille timoris.

hunc ego sanguineae successu caedis ovariantem 85 eminus
ingenti resupinum pondere fudi,

hunc ego poscentem, cum quo concurreret, unus sustinui:
sortemque meam vovistis, Achivi,

et vestrae valere preces. si quaeritis huius fortunam pugnae,
non sum superatus ab illo. 90 ecce ferunt Troes ferrumque
ignesque Iovemque in Danaas classes: ubi nunc facundus
Ulixes? nempe ego mille meo protexi pectore puppes, spem
vestri reditus: date pro tot navibus arma.

'Quodsi vera licet mihi dicere, quaeritur istis 95 quam mihi maior
honus, coniunctaque gloria nostra est, atque Ajax armis, non
Aiaci arma petuntur. conferat his Ithacus Rhesum inbellemque
Dolona Priamidenque Helenum rapta cum Pallade captum: luce

nihil gestum, nihil est Diomede remoto; 100 si semel ista datis
meritis tam vilibus arma, dividite, et pars sit maior Diomedis in
illis.

'Quo tamen haec Ithaco, qui clam, qui semper inermis
rem gerit et furtis incautum decipit hostem? ipse nitor galeae
claro radiantis ab auro 105 insidias prodet manifestabitque
latentem;

sed neque Dulichius sub Achillis casside vertex pondera tanta
feret, nec non onerosa gravisque Pelias hasta potest inbellibus
esse lacertis,

nec clipeus vasti caelatus imagine mundi 110 conveniet
timidae nataeque ad furta sinistrae: debilitaturum quid te petis,
inprobe, munus, quod tibi si populi donaverit error Achivi,
cur spolieris, erit, non, cur metuaris ab hoste,

et fuga, qua sola cunctos, timidissime, vincis, 115 tarda futura
tibi est gestamina tanta trahenti?

adde quod iste tuus, tam raro proelia passus, integer est
clipeus; nostro, qui tela ferendo

mille patet plagis, novus est successor habendus.

'Denique (quid verbis opus est?) spectemur agendo! 120

arma viri fortis medios mittantur in hostes: inde iubete peti et
referentem ornate relatis.'

Finierat Telamone satus, vulgique secutum ultima murmur erat,
donec Laertius heros adstitit atque oculos paulum tellure
moratos 125

67

traicionado por un aliado fue. Que estas acusaciones no son
inventadas por mí lo sabe bien el Tidida, el cual, por su nombre
muchas veces llamándolo,

lo corrió, y su fuga reprobó a ese tembloroso amigo.

Contemplan con ojos justos los altísimos las cosas mortales. 70

He aquí que necesita auxilio quien no lo prestó, y como él
abandonó así de abandonársele había: su ley a sí mismo se
había dictado él.

A gritos llama a sus aliados. Llego y lo veo estremecido y
palideciente de miedo y temblando de la muerte futura.

Opuse la mole de mi escudo y le cubrí yaciente 75

y le salvé un aliento -lo menor es tal de mi gloria- inerte. Si
persistes en rivalizar, al lugar volvamos aquel.

Vuelve al enemigo y a la herida tuya y a tu acostumbrado
temor, y detrás de mi escudo ocúltate, y conmigo contiene
bajo él.

Mas después que lo saqué de allí, al que para estar en pie sus
heridas 80

fuerzas no daban, por ninguna herida demorado huye.

«Héctor acude y consigo sus dioses a la batalla lleva, y por donde se lanza no tú solamente te aterras, Ulises, sino los fuertes incluso, tanto arrastra él de temor.

A él yo, por el éxito de su sangrienta matanza triunfante, 85 desde lejos con un ingente peso boca arriba lo derribé;

a él yo, demandando él a quien abalanzarse, solo

le resistí, y por la suerte mía hicisteis votos, aquivos, y valieron vuestras plegarias. Si preguntáis de esta batalla la fortuna, no fui vencido de él. 90

He aquí que llevan los troyanos hierro y fuegos y a Júpiter contra las dánaas flotas: ¿dónde ahora el elocuente Ulises? Por supuesto yo protegí, mil, con mi pecho las popas,

la esperanza de vuestro regreso: dadme a cambio de tantas naves esas armas.

Y si la verdad lícito me es decir, se les procura a ellas, 95 que a mí, mayor honor, y conjunta la gloria nuestra es,

y aun Áyax por esas armas, no por Áyax esas armas, son pedidas.

Compare con esas cosas el de Ítaca a Reso, al no aguerrido Dolón y al Priámida Héleno, con la raptada Palas capturado:

a la luz nada hizo él, nada, de Diomedes alejado. 100 Si de una vez dais a méritos tan viles esas armas, divididlas y la parte sea mayor de Diomedes en ellas.

«¿Para qué, aun así, ellas al de Ítaca, quien a escondidas, quien siempre inerme

las cosas hace y con sus hurtos engaña al incauto enemigo?

El mismo brillo de la gálea, radiante de su oro claro, 105

sus insidias traicionará y de manifiesto le pondrá, agazapado.

Pero ni esa cabeza duliquia, bajo el yelmo de Aquiles,

pesos tan grandes soportará, ni la no poco pesada y grave asta de Pelias puede ser para unos no aguerridos brazos ni el escudo, del vasto mundo labrado con la imagen 110

convendrá a una cobarde y nacida para los hurtos izquierda:

para qué pretendes, que te hará flaquear, malvado, un regalo, que a ti, si del pueblo aqueo te lo donara el yerro,

razón por que seas expoliado te será, no por que seas temido del enemigo,

y la huida, en la que sola a todos, cobardísimo, vences, 115

tarda te habrá de ser tirando de cargas tan grandes.

Suma que este escudo tuyo, que tan raramente combates ha sufrido, entero está. Para el mío, que de soportar armas por mil tajos está abierto, un nuevo sucesor ha de haber.

Finalmente -porque, qué menester de palabras hay- contémplesenos actuando. 120 Las armas de ese hombre fuerte se lancen en mitad de los enemigos. De allí ordenad que se busquen, y al que las devuelva ornad con ellas devueltas».

Había terminado de Telamón el vástago, y seguido había a lo último un murmullo del pueblo, hasta que el Laertio héroe se acercó y sus ojos, un poco en la tierra demorados, 125

sustulit ad proceres exspectatoque resolvit ora sono, neque abest facundis gratia dictis.

'Si mea cum vestris valuissent vota, Pelasgi, non foret ambiguus tanti certaminis heres,

tuque tuis armis, nos te poteremur, Achille, 130 quem quoniam non aequa mihi vobisque negarunt fata,' (manuque simul veluti lacrimantia tersit lumina) 'quis magno melius succedat Achilli, quam per quem magnus Danais successit Achilles?

huic modo ne prosit, quod, uti est, hebes esse videtur, 135 neve mihi noceat, quod vobis semper, Achivi, profuit ingenium, meaque haec facundia, siqua est, quae nunc pro domino, pro vobis saepe locuta est, invidia careat, bona nec sua quisque recuset.

'Nam genus et proavos et quae non fecimus ipsi, 140 vix ea nostra voco, sed enim, quia rettulit Ajax esse Iovis pronepos,

nostri quoque sanguinis auctor Iuppiter est, totidemque gradus distamus ab illo: nam mihi Laertes pater est, Arcesius illi,

Iuppiter huic, neque in his quisquam damnatus et exul; 145 est quoque per matrem Cyllenius addita nobis altera nobilitas: deus est in utroque parente.

sed neque materno quod sum generosior ortu, nec mihi quod pater est fraterni sanguinis insons,

proposita arma peto: meritis expendite causam, 150 dummodo, quod fratres Telamon Peleusque fuerunt, Aiacis meritum non sit nec sanguinis ordo,

sed virtutis honor spoliis quaeratur in istis! aut si proximitas primusque requiritur heres, est genitor Peleus, est Pyrrhus filius illi: 155

quis locus Aiaci? Pthiam haec Scyrumve ferantur! nec minus est isto Teucer patruelis Achilli:

num petit ille tamen? num, si petat, auferat illa? ergo, operum quoniam nudum certamen habetur, plura quidem feci, quam quae comprehendere dictis 160 in promptu mihi sit, rerum tamen ordine ducar.

'Praescia venturi genetrix Nereia leti dissimulat cultu natum, et deceperat omnes, in quibus Aiacem, sumptae fallacia vestis:

arma ego femineis animum motura virilem 165 mercibus inserui, neque adhuc proiecerat heros virgineos habitus, cum parmam hastamque tenenti "nate dea," dixi "tibi se peritura reservant

Pergama! quid dubitas ingentem evertere Troiam?" iniecique manum fortemque ad fortia misi. 170 ergo opera illius mea sunt: ego Telephon hasta pugnantem domui, victum orantemque refeci;

quod Thebae cecidere, meum est; me credite Lesbon, me Tenedon Chrysenque et Cillan, Apollinis urbes, et Scyrum cepisse; mea concussa putate 175 procubuisse solo Lyrnesia moenia dextra,

utque alios taceam, qui saevum perdere posset Hectora, nempe dedi: per me iacet inclitus Hector! illis haec armis, quibus est inventus Achilles, arma peto: vivo dederam, post fata reposco.

180

'Ut dolor unius Danaos pervenit ad omnes, Aulidaque Euboicam conplerunt mille carinae, exspectata diu, nulla aut contraria classi

flamina erant, duraeque iubent Agamemnona sortes

sostuvo hacia los próceres y con un ansiado sonido liberó su boca, y no falta a sus disertas palabras la gracia:

«Si los míos junto con los votos vuestros poderosos hubieran sido, Pelasgos,

no sería dudoso de tan gran certamen el heredero,

y tú tus armas, nosotros a ti te poseeríamos, Aquiles, 130

al cual, puesto que no justos a mí y a vosotros nos lo negaron los hados -y con la mano a la vez, como llorosos, se secó los ojos- ¿quién al grande mejor ha de suceder, a Aquiles, que aquél merced al cual el gran Aquiles sucedió a los dánaos? A éste, con sólo que no le aproveche que obtuso, cual es, parece él ser, 135

y no me perjudique a mí el que a vosotros siempre, aquivos, os aprovechó mi ingenio, y con que esta elocuencia mía, si alguna es, que ahora en favor de su dueño, en favor vuestro muchas veces ha hablado, de inquina carezca y los bienes suyos cada uno no rehúse.

«Pues mi linaje y bisabuelos y cuanto no hicimos nosotros mismos 140

apenas ello nuestro lo llamo, pero ya que refirió Áyax que era él de Júpiter el bisnieto, de mi sangre también el autor Júpiter es y los mismos pasos disto de él, pues Laertes mi padre es, Arcesio el de él,

Júpiter de éste, y no entre ellos ninguno condenado y desterrado. 145 Es también merced a mi madre el Cilenio, añadida a nos,

segunda nobleza: un dios hay en cada uno de mis padres. Pero no porque soy más noble por mi origen materno, ni porque mi padre de la sangre de su hermano es inocente

esas propuestas armas pido: por nuestros méritos sopesad esta causa, 150

en tanto que, porque hermanos Telamón y Peleo fueron, de Áyax el mérito no sea tampoco de su sangre el orden, sino que el honor de la virtud se busque en los expolios estos, o si el parentesco y el primer heredero se requiere,

es su padre Peleo, es Pirro hijo de él: 155

¿cuál el lugar de Áyax? A Ftía ellas o a Esciros sean llevadas, y no menos es que éste Teucro primo de Aquiles,

¿mas, acaso las pide él? ¿Acaso, si las pidiera, las llevaría?

Así pues, de nuestras obras puesto que el desnudo certamen se tiene,

más cosas ciertamente he hecho que las que abarcar en mis palabras 160

a mi alcance está: por el orden de tales cosas aun así me guiaré.

Presabedora de su futura muerte, su madre, la Nereia, disimula con su atavío a él de niño, y había engañado a todos, entre los cuales a Áyax, del adoptado vestido la falacia:

unas armas yo, que habrían de conmover su ánimo viril, 165

entremetí con las femeninas mercancías, y todavía no se había despojado el héroe

de sus virginales atuendos, cuando a él, la rodela y el asta sosteniendo:

«Nacido de diosa», le dije, «para que la destruyas tú se reserva Pérgamo, ¿cómo dudas en abatir la ingente Troya?»,

y le eché la mano, y, fuerte, a fuertes cosas le envié. 170 Así pues las obras de él mías son: yo a Télefo combatiente con el asta dominé, y vencido y suplicante lo restablecí.

Que Tebas cayera mío es, a mí acreditad Lesbos,

a mí Tenedos y Crise y Cila, de Apolo las ciudades,

y el que Esciros fuera tomada. Por mi diestra golpeadas 175 considerad que yacieron en el suelo las murallas lirnesias,

y, porque de otros calle, el que al salvaje Héctor perder pudiera, sin duda os di: por mí yace el ilustre Héctor.

Éstas, por aquéllas armas con las que fue descubierto Aquiles, armas pido: a él vivo yo se las había dado, tras sus hados las reclamo. 180

«Cuando el dolor de uno solo llegó a todos los dánaos, y la Áulide de Eubea llenaron mil quillas,

ansiadas mucho tiempo, ningunas o contrarias a la flota

las brisas eran, y duras ordenaron a Agamenón unas venturas,

inmeritam saevae natam mactare Dianae. 185 denegat hoc
genitor divisque irascitur ipsis atque in rege tamen pater est,
ego mite parentis ingenium verbis ad publica commoda verti:
hanc equidem (fateor, fassoque ignoscat Atrides) difficilem
tenui sub iniquo iudice causam. 190 hunc tamen utilitas populi
fraterque datique summa movet sceptri, laudem ut cum
sanguine penset; mittor et ad matrem, quae non hortanda, sed
astu decipienda fuit, quo si Telamonius isset,
orba suis essent etiam nunc lintea ventis. 195 'Mittor et Iliacas
audax orator ad arces,
visaue et intrata est altae mihi curia Troiae, plenaue adhuc
erat illa viris; interritus egi
quam mihi mandarat communem Graecia causam accusoque
Parin praedamque Helenamque reposco 200 et moveo
Priamum Priamoque Antenora iunctum; at Paris et fratres et qui
rapuere sub illo,
vix tenuere manus (scis hoc, Menelae) nefandas, primaue lux
nostri tecum fuit illa pericli.
'Longa referre mora est, quae consilioque manumque 205
utiliter feci spatiosi tempore belli.
post acies primas urbis se moenibus hostes continuere diu, nec
aperti copia Martis
ulla fuit; decimo demum pugnativimus anno:

quid facis interea, qui nil nisi proelia nosti? 210 quis tuus usus
erat? nam si mea facta requiris, hostibus insidior, fossa
munimina cingo, consolor socios, ut longi taedia belli
mente ferant placida, doceo, quo simus alendi armandique
modo, mittor, quo postulat usus. 215

'Ecce Iovis monitu deceptus imagine somni rex iubet incepti
curam dimittere belli;

ille potest auctore suam defendere vocem:

non sinat hoc Ajax delendaque Pergama poscat, quodque
potest, pugnet! cur non remoratur ituros? 220 cur non arma
capit, dat, quod vaga turba sequatur? non erat hoc nimium
numquam nisi magna loquenti. quid, quod et ipse fugit? vidi,
puduitque videre, cum tu terga dares inhonestaque vela
parares;

nec mora, "quid facitis? quae vos dementia" dixi 225 "concitatur,
o socii, captam dimittere Troiam, quidque domum fertis
decimo, nisi dedecus, anno?" talibus atque aliis, in quae dolor
ipse disertum fecerat, aversos profuga de classe reduxi.

convocat Atrides socios terrore paventes: 230 nec
Telamoniades etiamnunc hiscere quicquam audet, at ausus erat
reges incessere dictis Thersites etiam, per me haut inpune
protervis! erigor et trepidos cives exhortor in hostem
amissamque mea virtutem voce repono. 235 tempore ab hoc,
quodcumque potest fecisse videri fortiter iste, meum est, qui
dantem terga retraxi.

'Denique de Danais quis te laudatve petitve? at sua Tydides
mecum communicat acta,
me probat et socio semper confidit Ulixé. 240 est aliquid, de tot
Graiorum milibus unum
a Diomede legi! nec me sors ire iubebat:
sic tamen et spreto noctisque hostisque periculo

185

186

sin ella merecerlo, que para la salvaje Diana a su hija inmolará.

185 Deniega esto su padre, y contra los divinos mismos se
encontra,

y en el rey, con todo, un padre hay. Yo el tierno natural

de ese padre, con mis palabras, a los públicos intereses volví:

ahora yo, ciertamente lo confieso -y al confeso perdone el

Atrida-, esta difícil causa la sostuve bajo un no justo juez. 190

A él, aun así, la utilidad del pueblo y su hermano y el sumo

poder del cetro a él dado le conmueven, su gloria a que con esa
sangre compense.

Se me manda también a su madre, que no de exhortar se

había, sino de engañar con astucia, adonde si el Telamonio

hubiese ido, huérfanos estarían todavía ahora los lienzos de sus

vientos. 195 Se me envía también, audaz orador, de Ilión a los recintos.

Vista y hollada fue por mí la curia de la alta Troya,
y llena todavía estaba ella de sus varones. Impertérrito llevé, la que a mí había encomendado Grecia, la común causa,

e inculpo a Paris, y el botín y a Helena reclamo, y con nuevo 200
a Príamo y, a Príamo unido, a Anténor.

Mas Paris y sus hermanos y los que secuestraron bajo su
mando apenas contuvieron sus manos sacrílegas, sabes esto
Menelao, y el primer día de nuestro peligro contigo fue aquel.

Larga es la demora de referir lo que con mi consejo y mi mano
205 de utilidad hice en el tiempo de esa espaciosa guerra.

Después de las batallas primeras en las murallas de su ciudad
los enemigos

se contuvieron mucho tiempo, y provisión de abierto Marte
alguna no hubo. En el décimo año por fin hemos luchado:

¿qué haces tú entre tanto, quien de nada sino de combates
sabes? 210

¿Cuál tu utilidad era? Pues si mis hechos requieres,

a los enemigos insidio, con una fosa sus baluartes ciño,
conforto a los aliados para que los hastíos de esa larga guerra

con mente lleven plácida, enseñó de qué modo hemos de alimentarnos y de armarnos, se me envía adonde postula la utilidad. 215

«He aquí que por admonición de Júpiter, engañado por la imagen de un sueño,

el rey ordena el cuidado abandonar de la emprendida guerra. Él puede, por su autor, defender su voz.

Que no permita tal Áyax y que se destruya Pérgamo demande, y que, lo que él puede, luche. ¿Por qué no detiene a los que se iban a marchar? 220

¿Por qué no las armas coge y ofrece lo que la errante multitud prosiga? No era tal demasiado para quien nunca sino de cosas grandes habla.

¿Y qué de que también él huye? Yo vi, y me avergonzó ver, cuando tú las espaldas dabas y una deshonrosas velas preparabas, y sin demora: «¿Qué hacéis? ¿Qué demencia», dije, 225

«os impulsa a abandonar la capturada Troya,

y qué a casa lleváis en este décimo año, sino la deshonra?».

Con tales cosas y otras, para las que el dolor mismo elocuente me había hecho, vueltos ya, desde la prófuga flota les hice regresar.

Convoca el Atrida a unos aliados de terror agitados: 230 y el
Telamónida aun entonces a abrir la boca

no osa, mas osado había contra los reyes a arremeter con
palabras insolentes

Tersites incluso, merced a mí no impunemente.

Me pongo de pie y a los agitados ciudadanos exhorto contra el
enemigo

y su perdida virtud con mi voz reclamo. 235

Desde el tiempo ese, cuanto pueda parecer que ha hecho
valientemente éste mío es, quien al que daba sus espaldas
arrastré de vuelta.

«Finalmente de los dánaos quién te alaba o busca?

Mas el Tidida conmigo comunica sus actos,

a mí me aprueba y en su aliado siempre confía Ulises. 240 Es
algo, de tantos miles de griegos, que solo yo

por Diomedes sea elegido -y la ventura no ir me ordenaba-,

así y todo -y despreciado, de la noche y del enemigo, el peligro-

,

ausum eadem, quae nos, Phrygia de gente Dolona interimo, non
ante tamen, quam cuncta coegi²⁴⁵ prodere et edidici, quid
perfida Troia pararet. omnia cognoram nec, quod specularer,
habebam

et iam promissa poteram cum laude reverti: haut contentus eo
petii tentoria Rhesi

inque suis ipsum castris comitesque peremi 250 atque ita
captive, victor votisque potitus, ingredior curru laetos imitante
triumphos;

cuius equos pretium pro nocte poposcerat hostis, arma negate
mihi, fueritque benignior Ajax.

quid Lycii referam Sarpedonis agmina ferro 255 devastata
meo? cum multo sanguine fudi Coeranon Iphitiden et
Alastoraque Chromiumque Alcandrumque Haliumque
Noemonaque Prytaninque exitioque dedi cum Chersidamante
Thoona

et Charopem fatisque inmitibus Ennomon actum 260 quique
minus celebres nostra sub moenibus urbis procubere manu.
sunt et mihi vulnera, cives, ipso pulchra loco; nec vanis credite
verbis, aspiciate! en' vestemque manu diduxit et 'haec sunt
pectora semper' ait 'vestris exercita rebus! 265

at nihil inpendit per tot Telamoniis annos sanguinis in socios et
habet sine vulnere corpus!

'Quid tamen hoc refert, si se pro classe Pelasga arma tulisse
refert contra Troasque Iovemque? confiteorque, tulit (neque
enim benefacta maligne 270 detractare meum est), sed ne
communia solus occupet atque aliquem vobis quoque reddat
honorem, reppulit Actorides sub imagine tutus Achillis Troas ab
arsuris cum defensore carinis.

ausum etiam Hectoreis solum concurrere telis 275 se putat,
oblitus regisque ducumque meique, nonus in officio et praelatus
munere sortis.

sed tamen eventus vestrae, fortissime, pugnae quis fuit? Hector
abit violatus vulnere nullo!

'Me miserum, quanto cogor meminisse dolore 280 temporis
illius, quo, Graium murus, Achilles procubuit! nec me lacrimae
luctusque timorque tardarunt, quin corpus humo sublime
referrem:

his umeris, his inquam, umeris ego corpus Achillis et simul arma
tuli, quae nunc quoque ferre laboro. 285 sunt mihi, quae valeant
in talia pondera, vires,

est animus certe vestros sensurus honores:

scilicet idcirco pro nato caerulea mater ambitiosa suo fuit, ut
caelestia dona,

artis opus tantae, rudis et sine pectore miles 290 indueret?
neque enim clipei caelamina novit, Oceanum et terras cumque
alto sidera caelo Pleiadasque Hyadasque inimmunemque
aequoris Arcton diversosque orbis nitidumque Orionis ensem.
[postulat, ut capiat, quae non intellegit, arma!] 295

'Quid, quod me duri fugientem munera belli arguit incepto
serum accessisse labori

nec se magnanimo maledicere sentit Achilli? si simulasse vocas
crimen, simulavimus ambo;

si mora pro culpa est, ego sum maturior illo. 300 me pia detinuit
coniunx, pia mater Achillem, primaque sunt illis data tempora,
cetera vobis:

al que osaba lo mismo que nosotros del pueblo frigio, a Dolón,
doy muerte, no antes en cambio de que todo le obligué 245
a traicionar y me instruí de qué preparaba la pérfida Troya.
Todo lo había sabido y cosa por espiar no tenía y ya con la
prometida gloria podía retornar:

no contento con ello fui a las tiendas de Reso

y en sus propios campamentos a él mismo y a su comitiva di
muerte, 250

y así en el cautivo carro, vencedor y de mis votos dueño, entro,
remedando él los gozosos triunfos.

De aquel cuyos caballos como precio por aquella noche había
demandado

el enemigo, sus armas negadme a mí, y fuera más benigno
Áyax.

¿A qué referir, del licio Sarpedón, las tropas por el hierro 255
mío devastadas? Con mucha sangre derramé

a Cérano el Ifitida, y a Alástor y a Cromio,

y a Alcandro y a Halio y a Noemon y a Prítanis, y a su final
entregué, con Quersidamas, a Toón

y a Carops, y por unos hados despiadados llevado a Énnomo, 260 y los que menos célebres bajo las murallas de la ciudad sucumbieron por mi mano. Tengo también yo heridas, ciudadanos, por su mismo lugar bellas. Y no creáis, vanas, mis palabras.

Contemplad aquí», y la ropa con la mano se apartó. «Éste es un pecho», dice, «siempre en vuestras cosas esforzado. 265 Mas nada gastó durante tantos años el Telamónio

de su sangre en sus aliados y tiene sin herida un cuerpo.

«¿Qué, aun así, esto importa, si que él por la flota pelasga sus armas haber llevado cuenta contra los troyanos y Júpiter? Y confieso que las llevó, pues detractar malignamente 270 los méritos mío no es, pero para que de los comunes él solo no se apodere, y algún honor a vosotros también os devuelva, rechazó el Actórida, seguro bajo la imagen de Aquiles,

a los troyanos de las que iban a arder con su defensor, nuestras quillas.

Que osó también él solo a lanzarse de Héctor contra las armas 275 se cree él, olvidado del rey, de los jefes y de mí,

noveno él en ese servicio, y antepuesto por regalo de la suerte.

Pero aun así el resultado de la batalla de vos, oh fortísimo,

¿cuál fue? Héctor salió, violado por herida ninguna.

Triste de mí, con cuánto dolor se me obliga a recordar 280 el tiempo aquel en que, de los griegos el bastión, Aquiles, sucumbió. Y a mí las lágrimas y el luto y el temor no me retrasaron de que su cuerpo de la tierra, sublime, no recogiera. Con estos hombros, con estos, digo, hombros, yo el cuerpo de Aquiles y a la vez sus armas llevé, las que ahora también por llevar me afano. 285 Tengo yo, que valgan para tales pesos, fuerzas, tengo un ánimo, ciertamente, que estos honores vuestros ha de reconocer, ¿o no está claro, por ello, que a favor de su hijo su azul madre ambicionó que estos celestes dones, de arte tan grande una labor, un rudo y sin corazón soldado 290 los vistiera? Y ya que del escudo los labrados no conoce, el Océano y las tierras y con su alto cielo las estrellas y las Pléyades e Híades e inmune de la superficie la Ursa y sus diversas ciudades y nítida de Orión su espada, demanda empuñar unas armas que no entiende. 295 ¿Y qué de que a mí, cuando yo huía de los regalos de la dura guerra, me tacha de que tarde acudía a la emprendida labor, y que habla mal él del magnánimo Aquiles no nota? Si a haber disimulado llamas culpa, disimulamos ambos; si la demora por culpa es, yo fui más presto que él. 300

A mí una piadosa esposa me detuvo, su piadosa madre a
Aquiles,
y los primeros fueron a ellas dados de nuestros tiempos, el resto
a vosotros.

haut timeo, si iam nequeam defendere, crimen cum tanto
commune viro: depensus Ulixis ingenio tamen ille, at non Aiakis
Ulixes. 305

'Neve in me stolidae convicia fundere linguae admiremur eum,
vobis quoque digna pudore obicit. an falso Palameden crimine
turpe accusasse mihi, vobis damnasse decorum est? sed neque
Naupliades facinus defendere tantum 310 tamque patens valuit,
nec vos audistis in illo crimina: vidistis, pretioque obiecta
patebant.

'Nec, Poeantiaden quod habet Vulcania Lemnos, esse reus
merui (factum defendite vestrum! consensistis enim), nec me
suasisse negabo, 315 ut se subtraheret bellique viaeque
labori temptaretque feros requie lenire dolores.

paruit—et vivit! non haec sententia tantum fida, sed et felix,
cum sit satis esse fidelem.

quem quoniam vates delenda ad Pergama poscunt, 320 ne
mandate mihi! melius Telamonius ibit eloquioque virum morbis
iraque furentem

molliet aut aliqua producet callidus arte! ante retro Simois fluet
et sine frondibus Ide

stabit, et auxilium promittet Achaia Troiae, 325 quam, cessante
meo pro vestris pectore rebus, Aiakis stolidi Danais sollertia
prosit.

sis licet infestus sociis regique mihiq; dure Philoctete, licet
exsecrere meumq;

deveas sine fine caput cupiasq; dolenti 330 me tibi forte
dari nostrumq; haurire cruorem, utq; tui mihi sit, fiat tibi
copia nostri:

te tamen adgrediar mecumq; reducere nitar tamq; tuis
potiar (faveat Fortuna) sagittis,

quam sum Dardanio, quem cepi, vate potitus, 335 quam
responsa deum Troianaq; fata retexi,

quam rapui Phrygiae signum penetrale Minervae hostibus e
mediis. et se mihi conferat Ajax? nempe capi Troiam
prohibebant fata sine illo: fortis ubi est Ajax? ubi sunt ingentia
magni 340 verba viri? cur hic metuis? cur audet Ulixes

ire per excubias et se committere nocti

perq; feros enses non tantum moenia Troium, verum etiam
summas arces intrare suaq;

eripere aede deam raptamq; adferre per hostes? 345 quae
nisi fecissem, frustra Telamone creatus gestasset laeva
taurorum tergora septem.

illa nocte mihi Troiae victoria parta est: Pergama tunc vici, cum
vinci posse coegi.

'Desine Tydiden vultuque et murmure nobis 350 ostentare
meum: pars est sua laudis in illo!

nec tu, cum socia clipeum pro classe tenebas, solus eras: tibi
turba comes, mihi contigit unus. qui nisi pugnacem sciret
sapiente minorem

esse nec indomitae deberi praemia dextrae, 355 ipse quoque
haec peteret; peteret moderatior Ajax Eurypylusque ferox
claroque Andraemone natus nec minus Idomeneus patriaque
creatus eadem Meriones, peteret maioris frater Atridae:

quippe manu fortes nec sunt mihi Marte secundi, 360
consiliis cessere meis. tibi dextera bello

No temo yo, si incluso no pudiera defenderlo, una culpa común
con tan gran varón: cogido por el ingenio

de Ulises, aun así, él fue, pero no por el de Áyax Ulises. 305 Y de
que contra mí los insultos de su estúpida lengua

vierta él no nos asombremos, a vosotros también cosas dignas
de pudor os ha objetado. ¿O acaso a Palamedes de un falso
delito haber acusado indecente es para mí, para vosotros,
haberlo condenado, decoroso?

Pero ni el Naupliada una fechoría defender pudo tan grande
310 y tan patente, ni vosotros oísteis en él

sus culpas: lo visteis y en pago lo expuesto patente estaba. Y
porque al Penatíada lo tiene la vulcania Lemnos,

ser yo reo no he merecido -la acción defended vuestra, pues lo
consentisteis-, ni que yo os persuadí negaré: 315

para que se sustrajera él, de la guerra y del camino, a la fatiga,
e intentara sus fieros dolores con el descanso mitigar.

Me obedeció y vive. No esta opinión sólo

leal, sino también feliz, aunque sea bastante el ser fiel.

Al cual, puesto que los profetas para destruir Pérgamo 320 le
demandan, no me encarguéis a mí: mejor el Telamonio irá

y con su elocuencia a ese hombre, por sus enfermedades e ira
furioso, lo ablandará o aquí lo traerá, astuto, con algún arte.

Antes hacia atrás el Simois fluirá y sin frondas el Ida se alzaré y
auxilio enviaré Acaya a Troya, 325

que, cesando mi pecho a favor de vuestros estados,

de Áyax, el estúpido, la astucia aproveche a los dánaos. Aunque
seas hostil a los aliados, al rey y a mí,

duro Filoctetes, aunque execres y maldigas

sin fin mi cabeza y deseas que yo te sea acaso entregado 330

en tu dolor, y mi crúor apurar, y que con tal de que

de tu presencia yo, hágase que de la mía tú dispongas:

a ti, aun así, me acercaré y por regresarte conmigo pugnaré y tanto de tus saetas me apoderaré favorézcame la fortuna cuanto me hube del dardanio adivino, al que apresé, apoderado, 335 cuanto las respuestas de los dioses y los troyanos hados descubrí, cuanto arrebaté a Frigia la imagen sacrosanta de Minerva

de la mitad de los enemigos. ¿Y que a mí se compare Áyax? Naturalmente que se tomara Troya prohibían los hados sin él:

¿Dónde está el fuerte Áyax? ¿Dónde están las ingentes palabras 340 de ese gran varón? ¿Por qué aquí tienes miedo? ¿Por qué osa Ulises y por entre las vigilancias y a encomendarse a la noche

y a través de fieras espadas no solo en las murallas de los troyanos, sino incluso en lo más alto de las fortalezas a penetrar y de su santuario robar a la diosa y robada a traerla a través de los enemigos? 345 Lo cual, si no hubiese hecho yo, en vano de Telamón el nacido hubiese llevado en la izquierda de sus siete toros las pieles.

En aquella noche por mí nuestra victoria a Troya parida fue: Pérgamo entonces vencí, cuando a que ser vencida pudiera obligué.

Deja, con el rostro y tu murmullo, de señalarme 350 a mi querido Tidida. Parte hay suya de la gloria en ello.

Y tú, cuando el escudo a favor de la aliada flota sostenías,

tampoco solo estabas: a ti una multitud secuaz, a mí me tocó él solo.

El cual, si no supiera él que el luchador menor que el inteligente es, y que no a una indómita diestra se deben estos premios, 355 él también los pidiera, los pidiera más moderado Áyax,

y Eurípilo el feroz, y del claro Andremon el nacido,

y no menos Idomeneo, y de la patria misma engendrado Meriones, los pidiera del mayor Atrida su hermano:

pero como quiera que de mano fuertes, y no son a ti en el Marte segundos, 360

a los consejos cedieron míos. La diestra tuya para la guerra

utilis, ingenium est, quod eget moderamine nostro; tu vires sine mente geris, mihi cura futuri;

tu pugnare potes, pugnandi tempora mecum eligit Atrides; tu tantum corpore prodes, 365 nos animo; quantoque ratem qui temperat, anteit remigis officium, quanto dux milite maior, tantum ego te supero. nec non in corpore nostro pectora sunt potiora manu: vigor omnis in illis.

'At vos, o proceres, vigili date praemia vestro, 370 proque tot annorum cura, quibus anxius egi, hunc titulum meritis pensandum reddite nostris: iam labor in fine est; obstantia fata removi altaque posse capi faciendo Pergama, cepi.

per spes nunc socias casuraque moenia Troum 375 perque deos
oro, quos hosti nuper ademi,

per siquid superest, quod sit sapienter agendum, siquid adhuc
audax ex praecipitique petendum est, [si Troiae fati aliquid
restare putatis,]

este mei memores! aut si mihi non datis arma, 380 huic date!' et
ostendit signum fatale Minervae.

Mota manus procerum est, et quid facundia posset,

re patuit, fortisque viri tulit arma disertus. Hectora qui solus, qui
ferrum ignesque Iovemque sustinuit totiens, unam non sustinet
iram, 385 invictumque virum vicit dolor: arripit ensem

et 'meus hic certe est! an et hunc sibi poscit Ulixes? hoc' ait
'utendum est in me mihi, quique cruore saepe Phrygum maduit,
domini nunc caede madebit, ne quisquam Aiacem possit
superare nisi Ajax.' 390 dixit et in pectus tum demum vulnera
passum,

qua patuit ferrum, letalem condidit ensem. nec valere manus
infixum educere telum:

expulit ipse cruor, rubefactaque sanguine tellus purpureum
viridi genuit de caespite florem, 395 qui prius Oebalio fuerat de
vulnere natus;

littera communis mediis pueroque viroque inscripta est foliis,
haec nominis, illa querellae.

Victor ad Hypsipyles patriam clarique Thoantis et veterum
terras infames caede virorum 400

vela dat, ut referat Tirynthia tela, sagittas;

quae postquam ad Graios domino comitante revexit, inposita
est sero tandem manus ultima bello.

[Troia simul Priamusque cadunt. Priameia coniunx perdidit
infelix hominis post omnia formam 405 externasque novo
latratu terruit auras,

longus in angustum qua clauditur Hellespontus.] Ilion ardebat,
neque adhuc consederat ignis, exiguumque senis Priami Iovis
ara cruorem conbiberat, tractata comis antistita Phoebi 410
non profecturas tendebat ad aethera palmas; Dardanidas
matres patriorum signa deorum,

dum licet, amplexas succensaque templa tenentes invidiosa
trahunt victores praemia Grai;

mittitur Astyanax illis de turribus, unde 415 pugnantem pro
se proavitaque regna tuentem saepe videre patrem
monstratum a matre solebat. iamque viam suadet Boreas,
flatuque secundo

útil; tu ingenio es cual necesita del gobierno nuestro.

Tú tus fuerzas sin pensamiento conduces, cuidado mío es el de lo futuro.

Tú combatir puedes, del combate los tiempos conmigo elige el Atrida. Tú sólo con tu cuerpo eres útil, 365

nos con el ánimo, y en cuanto quien modera el barco sobrepasa del remero el servicio, en cuanto el general que el soldado más grande, en tanto yo te supero. Y no poco en mi cuerpo mi pecho es más poderoso que mi mano: mi vigor todo está en él.

«Mas vosotros, oh próceres, a la tutela vuestra sus premios dad, 370 y a cambio del cuidado de tantos años que ansioso pasé, este título, que de compensar ha los méritos míos devolvedme: ya la labor en su fin está. Los opuestos hados aparté y, que pudiera ser tomada la alta Pérgamo haciendo, la tomé.

Por nuestras esperanzas ahora comunes, y por las murallas de los troyanos que van a caer, 375

y por esos dioses os ruego que al enemigo hace poco he arrebatado, por cuanto resta, si algo, que con inteligencia haya de hacerse,

si algo todavía audaz y súbito de acometerse ha, si de Troya a los hados que algo resta pensáis

de mí acordaos, o si a mí no me dais las armas, 380

a ella dádselas», y muestra la estatua hadada de Minerva.

Conmovido ese puñado de próceres quedó, y, de qué la elocuencia fuera capaz,

con la situación se hizo patente, y del fuerte varón llevó las armas el disertado.

A Héctor quien solo, quien el hierro y los fuegos y a Júpiter sostuvo tantas veces, sola no sostiene a su ira 385

y a ese no vencido varón venció el dolor: arranca su espada

y: «Mía ésta ciertamente es, ¿o también a ella para sí demanda Ulises?

Ella», dice, «he de usar contra mí yo, y la que de la sangre

muchas veces de los frigios se ha mojado, de su dueño ahora con la muerte se mojará,

para que nadie a Áyax pueda superar sino Áyax», 390 dijo y en su pecho, que entonces al fin heridas sufría,

por donde patente estaba al hierro, letal sepultó su espada. Y no pudieron las manos sacar la enclavada arma:

la expulsó el propio crúor, y enrojecido de sangre el suelo purpúrea engendró del verde césped una flor, 395

la que antes había de la herida del Ebalio nacido.

Una letra común en el medio, al muchacho y a este varón, inscrita está de sus hojas, ésta de su nombre, aquélla de su queja.

La caída de Troya

El vencedor de Hipsípila a la patria y del claro Toante

y a las tierras infames de la matanza de sus viejos varones, 400
sus velas da para traer de vuelta, del Tirintio las armas, las
saetas.

Las cuales, después que a los griegos, con su dueño
acompañándole, las reportó,

impuesta le fue al fin la mano última a esa fiera guerra. Troya y
a la vez Príamo caen. De Príamo la esposa perdió la infeliz
después de todo aquello de humana 405 su figura y con un
nuevo ladrido aterró auras extrañas, por donde en angostura se
cierra largo el Helesponto.

Ilión ardía, y todavía no se había asentado el fuego y del viejo
Príamo el ara de Júpiter el exiguo crúor

había bebido, y arrastrada de sus cabellos la sacerdotisa de
Febo, 410 que no habían de aprovecharle, tendía al éter las
palmas.

A las dardanias madres, a las imágenes de sus patrios dioses
mientras pueden abrazadas, y sus incendiados templos
ocupando, las arrastran vencedores los griegos, envidiosos
premios.

Es lanzado Astíanax desde aquellas torres de donde 415
luchando por sí mismo, y sus atávicos reinos guardando,

muchas veces ver a su padre, mostrado por su madre, solía. Y
ya a la ruta persuade el Bóreas y son su soplo favorable

carbasa mota sonant: iubet uti navita ventis; 'Troia, vale!
rapimur' clamant, dant oscula terrae 420 Troades et patriae
fumantia tecta relinquunt. ultima conscendit classem—
miserabile visu!— in mediis Hecabe natorum inventa sepulcris:
prensantem tumulos atque ossibus oscula dantem Dulichiae
traxere manus, tamen unius hausit 425 inque sinu cineres secum
tulit Hectoris haustos; Hectoris in tumulo canum de vertice
crinem, inferias inopes, crinem lacrimasque reliquit,

Est, ubi Troia fuit, Phrygiae contraria tellus

Bistoniis habitata viris: Polymestoris illic 430 regia dives erat,
cui te commisit alendum

clam, Polydore, pater Phrygiisque removit ab armis, consilium
sapiens, sceleris nisi praemia magnas adiecisset opes, animi
inritamen avari.

ut cecidit fortuna Phrygum, capit inpius ensem 435 rex Thracum
iuguloque sui demisit alumni

et, tamquam tolli cum corpore crimina possent, exanimem
scopulo subiectas misit in undas.

Litore Threicio classem religarat Atrides,

dum mare pacatum, dum ventus amicior esset: 440 hic subito,
quantus, cum viveret, esse solebat,

exit humo late rupta similisque minanti temporis illius vultum
referebat Achilles, quo ferus iniustum petiit Agamemnona ferro
'inmemores' que 'mei disceditis,' inquit 'Achivi, 445 obrutaque
est mecum virtutis gratia nostrae!

ne facite! utque meum non sit sine honore sepulcrum, placet
Achilleos mactata Polyxena manes!' dixit, et inmiti sociis
parentibus umbrae,

rapta sinu matris, quam iam prope sola fovebat, 450 fortis et
infelix et plus quam femina virgo

ducitur ad tumulum diroque fit hostia busto. quae memor ipsa
sui postquam crudelibus aris admota est sensitque sibi fera
sacra parari,

utque Neoptoleum stantem ferrumque tenentem; 455

inque suo vidit figentem lumina vultu, 'utere iamdudum
generoso sanguine' dixit

'nulla mora est; at tu iugulo vel pectore telum conde meo'
iugulumque simul pectusque retexit. 'scilicet haud ulli servire
Polyxena vellem. 460 haud per tale sacrum numen placabitis
illum! mors tantum vellem matrem mea fallere posset: mater
obest minuitque necis mihi gaudia, quamvis non mea mors illi,
verum sua vita tremenda est.

vos modo, ne Stygios adeam non libera manes, 465 ite procul, si
iusta peto, tactuque viriles

virgineo removete manus! acceptior illi, quisquis is est, quem
caede mea placare paratis, liber erit sanguis. siquos tamen
ultima nostri verba movent oris (Priami vos filia regis, 470 non
captiva rogat), genetrici corpus inemptum reddite, neve auro
redimat ius triste sepulcri,

sed lacrimis! tum, cum poterat, redimebat et auro.' dixerat, at
populus lacrimas, quas illa tenebat,

non tenet; ipse etiam flens invitatusque sacerdos 475 praebita
coniecto rupit praecordia ferro.

illa super terram defecto poplite labens

los linos movidos suenan: ordena el marinero que se
aprovechen los vientos.

«Troya, adiós, nos roban», gritan, dan besos a su tierra 420 las
troyananas: de su patria los humantes techos atrás dejan. La
última ascendió a la flota, triste de ver,

en mitad de los sepulcros encontrada Hécuba de sus hijos.

Abrazando sus túmulos y a sus huesos besos dando

la arrastraron unas duliquias manos. Aun así del único sacó 425
y en su seno las cenizas consigo se llevó sacadas de Héctor.

De Héctor en el túmulo de su cana cabeza un pelo, ofrendas
funerarias pobres, un pelo y sus lágrimas dejó.

Hay, donde Troya estuvo, a la de Frigia contraria una tierra,
habitada por los varones bistonios. De Poliméstor allí 430
el real rico estaba, a quien a ti te encomendó para que te
educara a escondidas, Polidoro, tu padre y te apartó de las
frigias armas, un plan sabio si, del crimen botín, grandes
riquezas

no hubiera añadido, aguijada de un espíritu avaro.

Cuando cayó la fortuna de los frigios coge el impío su espada,
435 el rey de los tracios, y en la garganta la hunde de su
ahijado

y como si quitarse junto con el cuerpo sus culpas pudieran,
exánime por una peña lo lanzó, a ellas sometidas, a las ondas.

En el litoral tracio su flota había amarrado el Atrida

mientras el mar pacificado, mientras el viento más amigo le
fuese. 440 Aquí súbitamente, cuan grande cuando vivía ser
solía,

sale de la tierra anchamente rota, y cual si amenazante el
rostro del tiempo aquel volviera a llevar Aquiles,

en el que fiero al injusto Agamenón buscaba a hierro y:

«¿Olvidados de mí partís», dice, «aquivos, 445

y sepultada ha sido conmigo la gracia de la virtud nuestra? No
lo hagáis, y para que mi sepulcro no sea sin su honor, aplaque a
los manes de Aquiles, inmolada, Políxena».

Dijo y obedeciendo sus compañeros a la despiadada sombra,
arrebatada del seno de su madre, a la que ya casi sola calor
daba, 450 fuerte e infeliz y más que mujer esa virgen,
es conducida al túmulo y se la hace víctima de una siniestra
hoguera. La cual, acordada ella de sí misma, después que a las
cruelles aras acercada fue y sintió que para ella unos fieros
sacrificios se preparaban,
y cuando a Neoptólemo apostado y el hierro sosteniendo 455 y
en su rostro vio que fijaba él sus ojos:
«Utiliza ahora mismo esta generosa sangre», dijo,
«ninguna demora hay: tú en la garganta o en el pecho tu arma
esconde mío», y su garganta a la vez y pecho descubrió.
«Claro es que a nadie servir yo, Políxena, quisiera. 460 No
merced a tal sacrificio a divinidad aplacaréis ninguna.
La muerte mía sólo quisiera que a mi madre engañar pudiera:
mi madre me estorba y minora de la muerte mis goces, aunque
no mi muerte para ella, sino su vida de gemidos digna es.
Vosotros, sólo, para que a los estigios manes no acuda no libre,
465 idos lejos, si cosa justa pido, y de mi contacto de virgen
apartad vuestras manos. Más acepta para aquél,
quien quiera que él es, a quien con el asesinato mío a aplacar
os disponéis, libre será mi sangre. Si a alguno de vosotros, aun
así, las últimas palabras conmueven de mi boca -de Príamo a
vosotros la hija, del rey, 470 no una cautiva os ruega- a mi

madre mi cuerpo no vendido devolved, y no con oro redima el derecho triste de mi sepulcro, sino con lágrimas. Entonces, cuando podía, los redimía también con oro».

Había dicho, mas el pueblo las lágrimas que ella contenía no contiene. También llorando e involuntario el mismo sacerdote, 475 su ofrecido busto rompió, a él lanzado el hierro.

Ella sobre la tierra, al desfallecer su corva cayendo,

pertulit intrepidus ad fata novissima vultus; tunc quoque cura fuit partes velare tegendas,

cum caderet, castique decus servare pudoris. 480 Troades excipiunt deploratosque recensent

Priamidas et quot dederit domus una cruores, teque gemunt, virgo, teque, o modo regia coniunx, regia dicta parens, Asiae florentis imago,

nunc etiam praedae mala sors; quam victor Ulises 485 esse suam nollet, nisi quod tamen Hectora partu edideras: dominum matri vix repperit Hector! quae corpus complexa animae tam fortis inane, quas totiens patriae dederat natisque viroque,

huic quoque dat lacrimas; lacrimas in vulnera fundit 490 osculaque ore tegit consuetaque pectora plangit canitiemque suam concretam sanguine vellens plura quidem, sed et haec laniato pectore, dixit: 'nata, tuae—quid enim superest?—dolor ultime matris, nata, iaces, videoque tuum, mea vulnera, vulnus:

495 en, ne perdiderim quemquam sine caede meorum, tu
quoque vulnus habes; at te, quia femina, rebar
a ferro tutam: cecidisti et femina ferro, totque tuos idem fratres,
te perdidit idem,

exitium Troiae nostrique orbator, Achilles; 500 at
postquam cecidit Paridis Phoebique sagittis, nunc certe, dixi,
non est metuendus Achilles: nunc quoque mi metuendus erat;
cinis ipse sepulti in genus hoc saevit, tumulo quoque sensimus
hostem: Aeacidae fecunda fui! iacet Ilium ingens, 505
eventuque gravi finita est publica clades,
sed finita tamen; soli mihi Pergama restant.

in cursuque meus dolor est: modo maxima rerum, tot generis
natisque potens nuribusque viroque nunc trahor exul, inops,
tumulis avulsa meorum, 510 Penelopae munus, quae me data
pensa trahentem matribus ostendens Ithacis "haec Hectoris illa
est clara parens, haec est" dicet "Priameia coniunx," postque tot
amissos tu nunc, quae sola levabas maternos luctus, hostilia
busta piasti! 515 inferias hosti peperisti! quo ferrea resto?

quidve moror? quo me servas, annosa senectus? quo, di
crudeles, nisi uti nova funera cernam, vivacem differtis animum?
quis posse putaret felicem Priamum post diruta Pergama dici?
520 felix morte sua est! nec te, mea nata, peremptam adspicit
et vitam pariter regnumque reliquit.

at, puto, funeribus dotabere, regia virgo, condeturque tuum
monumentis corpus avitis! non haec est fortuna domus: tibi

munera matris 525 contingent fletus peregrinaeque haustus
harenae! omnia perdidimus: superest, cur vivere tempus in
breve sustineam, proles gratissima matri, nunc solus, quondam
minimus de stirpe virili, has datus Ismario regi Polydorus in
oras. 530 quid moror interea crudelia vulnera lymphis abluere et
sparsos inmiti sanguine vultus?

Dixit et ad litus passu processit anili,

albentes lacerata comas. 'date, Troades, urnam!' dixerat infelix,
liquidas hauriret ut undas: 535 adspicit eiectum Polydori in litore
corpus

mantuvo no temeroso hasta sus hados postreros el rostro.
Entonces también su cuidado fue el de velar sus partes de
cubrir dignas, al caer, y la honra salvar de su casto pudor. 480

Las troyanas la reciben y los llorados Priámidas recuentan
y cuántas sangres diera una casa sola,

y por ti gimen, virgen, y por ti, oh ahora poco regia esposa,
regia madre llamada, de la Asia floreciente la imagen,

ahora incluso de un botín mal lote, a la que el vencedor Ulises
485 que fuera suya no quería, sino porque, con todo, a Héctor
de tu parto diste a luz: un dueño para su madre apenas halla
Héctor.

La cual, ese cuerpo abrazando inane de alma tan fuerte,
las que tantas veces a su patria había dado, e hijos y marido,
a ella también da esas lágrimas. Lágrimas en sus heridas vierte,
490 de besos su boca y rostro cubre y su acostumbrado pecho
en duelo golpea, y la canicie suya, coagulada de sangre
barriendo,

más cosas ciertamente, pero también éstas, desgarrado el
pecho, dice:

«Hija mía, de tu madre, pues qué resta, el dolor último, hija,
yaces, y veo, mis heridas, tu herida: 495

y, para que no perdiera a ninguno de los míos sin asesinato, tú
también herida tienes. Mas a ti, porque mujer, te pensaba del
hierro a salvo: caíste también mujer a hierro,

y a tantos tus hermanos el mismo, a ti te perdió él mismo,
destrucción de Troya y de mi orfandad el autor, Aquiles. 500
Mas después que cayó él de Paris y de Febo por las saetas,
ahora ciertamente, dije, miedo no se ha de tener de Aquiles:
ahora también

miedo yo le había de tener. La ceniza misma de él sepultado
contra la familia esta se ensaña y en su túmulo también
sentimos a este enemigo.

Para el Eácida fecunda he sido. Yace Ilión, ingente, 505

y con resultado grave finalizado fue de nuestro pueblo el
desastre, pero finalizado, aun así. Sola a mí Pérgamos restan
y en su curso mi dolor está, ahora poco la más grande de su
estado, de tantos yernos e hijos poderosa, y de nuera, y esposo,
ahora se me arrastra desterrada, pobre, desgarrada de los
túmulos de los míos, 510 de Penélope el regalo, la cual a mí, los
pesos de la lana dados arrastrando, mostrándome a las madres
de Ítaca: «Ésta de Héctor aquélla es,
la brillante madre; ésta es», dirá, «de Príamo la esposa»,
y después de tantos perdidos tú ahora, la que sola aliviabas
de una madre los lutos, unas enemigas hogueras has expiado.
515 Ofrendas fúnebres para el enemigo he parido. ¿Para qué,
férrea, resto o a qué espero? ¿Para qué me reservas, añosa
senectud?
¿Para qué, dioses crueles, sino para que nuevos funerales vea,
vivaz mantenéis a esta anciana? ¿Quién feliz pensaría
que Príamo se podría decir después de derruida Pérgamo? 520
Feliz por la muerte suya es, y no a ti, mi hija, perecida
te mira y su vida al par que su reino abandonó.
Mas, creo yo, de funerales serás dotada, regia virgen,
y se sepultará tu cuerpo en los monumentos de tus abuelos.
No tal es la fortuna de esta casa; como regalos de tu madre
525 te tocarán los llantos y un puñado de extranjera arena.

Todo lo hemos perdido: me resta, por lo que vivir un tiempo
breve sostenga, retoño muy grato a su madre,
ahora él solo, antes el menor de mis hijos varones, entregado al
rey ismario en estas orillas, Polidoro. 530

¿Qué espero, entre tanto, para sus crueles heridas con linfas
purificar y asperjado de despiadada sangre su rostro».

Dijo, y al litoral con su paso avanzó de vieja,
lacerada en sus blanqueciantes cabellos: «Dadme, Troyanas,
una urna», había dicho la infeliz, para sacar líquidas aguas. 535
Contempla, arrojado en ese litoral, de Polidoro el cuerpo

factaque Threiciis ingentia vulnera telis; Troades exclamant,
obmutuit illa dolore,
et pariter vocem lacrimasque introrsus obortas devorat ipse
dolor, duroque simillima saxo 540 torpet et adversa figit modo
lumina terra, interdum torvos sustollit ad aethera vultus,
nunc positi spectat vultum, nunc vulnera nati, vulnera praecipue,
seque armat et instruit ira. qua simul exarsit, tamquam regina
maneret, 545 ulcisci statuit poenaeque in imagine tota est,
utque furit catulo lactente orbata leaena
signaque nacta pedum sequitur, quem non videt, hostem,
sic Hecabe, postquam cum luctu miscuit iram,

non oblita animorum, annorum oblita suorum, 550 vadit ad
artificem dirae, Polymestora, caedis conloquiumque petit; nam
se monstrare relictum velle latens illi, quod nato redderet,
aurum. credidit Odrysius praedaeque adsuetus amore

in secreta venit: tum blando callidus ore 555 'tolle moras,
Hecabe,' dixit 'da munera nato! omne fore illius, quod das, quod
et ante dedisti, per superos iuro.' spectat truculenta loquentem
falsaque iurantem tumidaque exaestuat ira

atque ita correpto captivarum agmina matrum 560 invocat et
digitos in perfida lumina condit expellitque genis oculos (facit
ira potentem) inmergitque manus foedataque sanguine sonti
non lumen (neque enim superest), loca luminis haurit. clade sui
Thracum gens inritata tyranni 565 Troada telorum lapidumque
incessere iactu

coepit, at haec missum rauco cum murmure saxum morsibus
insequitur rictuque in verba parato latravit, conata loqui: locus
exstat et ex re

nomen habet, veterumque diu memor illa malorum 570 tum
quoque Sithonios ululavit maesta per agros. illius Troasque suos
hostesque Pelasgos,

illius fortuna deos quoque moverat omnes,

sic omnes, ut et ipsa Iovis coniunxque sororque eventus
Hecaben meruisse negaverit illos. 575

Non vacat Aurorae, quamquam isdem faverat armis, cladibus
et casu Troiaeque Hecabesque moveri. cura deam propior
luctusque domesticus angit Memnonis amissi, Phrygiis quem
lutea campis vidit Achillea pereuntem cuspide mater; 580 vidit,
et ille color, quo matutina rubescunt tempora, palluerat,
latuitque in nubibus aether.

at non inpositos supremis ignibus artus sustinuit spectare
parens, sed crine soluto

sicut erat, magni genibus procumbere non est 585 dedignata
Iovis lacrimisque has addere voces: 'omnibus inferior, quas
sustinet aureus aether,

(nam mihi sunt totum rarissima templa per orbem) diva tamen,
veni, non ut delubra diesque

des mihi sacrificos caliturasque ignibus aras: 590 si tamen
adspicias, quantum tibi femina praestem, tum cum luce nova
noctis confinia servo,

praemia danda putes; sed non ea cura neque hic est

y hechas por las armas tracias sus ingentes heridas.

Las troyanas gritan, enmudeció ella de dolor

y al par sus lágrimas y su voz hacia dentro brotadas

las devora el mismo dolor, y muy semejante a una dura roca
540 se atiere y, a ella opuesta, clava ora sus ojos en la tierra,
a veces torvo alza al éter su rostro,

ahora abajando el suyo contempla el rostro de su hijo, ahora
sus heridas,

sus heridas principalmente, y se arma y guarnece de ira.

De la cual, una vez se inflamó, tal cual si reina permaneciera,
545 vengarse decide y del castigo en la imagen toda ella está,
y como enloquece, de su cachorro lactante orfanada una leona
y las señales hallando de sus pies sigue a ése que no ve, a su
enemigo, así Hécuba, después que con el luto mezcló su ira,
no olvidada de sus arrestos, de sus años olvidada, 550 marcha
al artífice, Poliméstor, del siniestro asesinato

y su conversación pretende, pues ella mostrarle quería,
dejado atrás, oculto para él, que a su hijo le devolviera, un oro.
Lo creyó el Odrisio y acostumbrado del botín al amor,

a unos retiros viene. Entonces, artero, con tierna boca: 555

«Deja las demoras, Hécube», dijo. «Dame los regalos para tu
hijo. Que todo ha de ser de él, lo que me das, y lo que antes
diste,

por los altísimos juro». Contempla atroz al que así hablaba y en
falso juraba, y de henchida ira se inflama,

y así cogido a las filas de las cautivas madres 560 invoca y sus
dedos en esos traidores ojos esconde

y le arranca de las mejillas los ojos -la hace la ira dañina-

y dentro sumerge las manos y manchada de esa sangre
culpable no su luz -pues no la había-, los lugares de su luz saca.

Por el desastre de su tirano de los tracios el pueblo irritado, 565
a la troyana con lanzamiento de armas y de piedras empezó

a atacar, mas ella a una lanzada roca con ronco gruñido

a mordiscos persigue, y con sus comisuras, para las palabras
preparadas,

ladró al intentar hablar. El lugar subsiste y del rey

el nombre tiene, y de sus viejas desgracias mucho tiempo ella
memorativa, 570

entonces también aulló, afligida, por los sitonios campos. A los
troyanos suyos, y a los enemigos pelasgos,

la fortuna suya a los dioses también conmovido había a todos,
así a todos, que también la propia esposa y hermana de
Júpiter, que esos sucesos Hécuba había merecido negaría. 575

Memnón

No da tiempo a la Aurora, aunque las mismas armas alentaba,
de los desastres y el caso de Troya y Hécuba a conmoveerse.

Un cuidado a la diosa más cercano y un luto doméstico
angustia, el de su Memnón perdido, a quien en los frigos
campos

gualda lo vio, sucumbiendo de Aquiles por la cúspide, su madre.

580 Lo vio y aquel color con el que matinales rojecen

los tiempos, había palidecido, y se escondió entre nubes el éter.

Mas no, impuestos a los supremos fuegos sus miembros,

sostuvo el contemplarlos su madre, sino que el pelo suelto,

tal como estaba, a las rodillas postrarse del gran Júpiter 585 no

tuvo a menos, y a sus lágrimas añadir estas palabras:

«A todas inferior que las que sostiene el áureo éter

-pues míos hay rarísimos templos por el orbe todo-, divina, aun
así, he venido no para que santuarios y días

me des a mí sacrificiales y, que se calentaren a fuegos, aras.

590 Si aun así contemplas cuánto a ti, siendo mujer, te deparo,

en ese entonces cuando con la luz nueva de la noche los

confines preservo, que premios se me han de dar puedes creer.

Pero no ese mi cuidado, ni este es

nunc status Aurorae, meritos ut poscat honores: Memnonis orba

mei venio, qui fortia frustra 595 pro patruo tulit arma suo

primisque sub annis occidit a forti (sic vos voluistis) Achille.

da, precor, huic aliquem, solacia mortis, honorem, summe deum
rector, maternaque vulnera leni! Iuppiter adnuerat, cum
Memnonis arduus alto 600 corrui igne rogas, nigrique
volumina fumi

infecere diem, veluti cum flumine Nais exhalat nebulas, nec sol
admittitur infra;

atra favilla volat glomerataque corpus in unum densetur
faciemque capit sumitque calorem 605 atque animam ex igni
(levitas sua praebuit alas) et primo similis volucris, mox vera
volucris insonuit pennis, pariter sonuere sorores innumerae,
quibus est eadem natalis origo, terque rogam lustrant, et
consonus exit in auras 610 ter plangor, quarto seducunt castra
volatu;

tum duo diversa populi de parte feroces

bella gerunt rostrisque et aduncis unguibus iras exercent
alasque adversaque pectora lassant, inferiaeque cadunt cineri
cognata sepulto 615 corpora seque viro forti meminere creatas.
praepetibus subitis nomen facit auctor: ab illo Memnonides
dictae, cum sol duodena peregit signa, parentali moriturae
more rebellant.

ergo aliis latrasse Dymantida flebile visum est; 620 luctibus est
Aurora suis intenta piisque

nunc quoque dat lacrimas et toto rorat in orbe.

Non tamen eversam Troiae cum moenibus esse spem quoque
fata sinunt: sacra et, sacra altera, patrem fert umeris,
venerabile onus, Cythereius heros. 625 de tantis opibus
praedam pius eligit illam

Ascaniumque suum profugaque per aequora classe
fertur ab Antandro scelerataque limina Thracum et Polydoreo
manantem sanguine terram

linquit et utilibus ventis aestuque secundo 630 intrat Apollineam
sociis comitantibus urbem. hunc Anius, quo rege homines,
antistite Phoebus rite colebatur, temploque domoque recepit
urbemque ostendit delubraque nota duasque Latona quondam
stirpes pariente retentas. 635 ture dato flammis vinoque in tura
profuso caesarumque boum fibris de more crematis

regia tecta petunt, positique tapetibus altis munera cum liquido
capiunt Cerealia Baccho. tum pius Anchises: 'o Phoebi lecte
sacerdos,

fallor, an et natum, cum primum haec moenia vidi, bisque duas
natas, quantum reminiscor, habebas?'

huic Anius niveis circumdata tempora vittis concutiens et tristis
ait: 'non falleris, heros maxime; vidisti natorum quinque
parentem, quem nunc (tanta homines rerum inconstantia

versat) paene vides orbem. quod enim mihi filius absens
auxilium, quem dicta suo de nomine tellus

ahora el estado de la Aurora, que merecidos demande sus
honores: del Memnón huérfana mío vengo, que fuertes en vano
595

a favor de su tío llevó sus armas, y en sus primeros años cayó
por el fuerte -así vosotros lo quisisteis- Aquiles.

Dale, te suplico, a él, consuelo de su muerte, algún honor, sumo
de los dioses regidor, y mis maternas heridas mitiga.

Júpiter había asentido, cuando, ardua, con su alto fuego 600 se
derruyó su hoguera, y las espiras de negro humo inficionaron el
día como cuando los caudales exhalan,

en ellos nacidas, sus nieblas y el sol no es admitido bajo ellas.

La negra pavesa vuela y aglomerada en un cuerpo solo se
densa y forma coge y toma el color 605

y el ánima del fuego: la levedad suya le presta alas,

y al principio semejante a un ave, luego verdadera ave, resonó
con sus alas: al par sonaron sus hermanas innúmeras, de las
cuales es el mismo su natal origen,

y tres veces la hoguera lustran y consonante sale a las auras
610 tres veces un plañido, a la cuarta voladura separan sus
cuarteles. Entonces dos pueblos desde diversas partes, feroces,

guerras sostienen, y con los picos y corvas uñas iras ejercen y sus alas y opuestos pechos fatigan

y, fúnebres ofrendas, caen sus emparentados cuerpos a la ceniza 615 sepultada, y, que ellas de un varón fuerte nacieron, recuerdan.

A esas voladoras súbitas su nombres les puso su autor: por él Memnónides llamadas, cuando el sol la docena de signos ha recorrido, de sus difuntos a la manera, las que han de morir, se vuelven a hacer la guerra.

Así pues, a unos, que ladrara la Dimántide digno de llanto pareció, 620

en los lutos suyos está la Aurora volcada y, piadosas, ahora también da sus lágrimas y rora en el orbe todo.

El peregrinaje de Eneas (I): la partida de Troya

No, aun así, que aniquilada, junto con sus murallas, de Troya fuera

la esperanza también los hados permiten: sus sacramentos y, sacramentos otros, a su padre

lleva en sus hombros, venerable carga, el héroe Citereio. 625 De tan grandes riquezas el botín ese, piadoso, elige,

y al Ascanio suyo, y con su prófuga flota por las superficies

es arrastrado desde Antandros, y los criminales umbrales del los
tracios y, manando de la sangre de Polidoro, esa tierra

abandona, y con útiles vientos y bullir favorable 630

entra, de Apolo, con sus compañeros de séquito, en la ciudad. A

él Anio, a quien como rey los hombres, como sacerdote Febo

honraba, ritualmente, en su templo y en su casa lo recibió

y su ciudad le mostró y los santuarios conocidos, y los dos

truncos que Latona un día, al parir, sostenía. 635

Incienso dado a las llamas y vino a esos inciensos prodigado,

y de las heridas reses sus entrañas según la costumbre

quemadas, a las regias moradas se dirigen, y tendidos unos

tapices

altos, regalos de Ceres toman con líquido Baco.

Entonces el piadoso Anquises: «Oh de Febo el sacerdote

elegido, 640

¿me engaño o también un hijo cuando por primera vez estas

murallas vi,

y dos parejas de hijas, en cuanto recuerdo, tenías?».

La hija de Anio

A él Anio sus sienes, de níveas vendas circundadas,

golpeándolas, y triste, dice: «No te engañas, héroe máximo.

Viste de cinco hijos al padre, 645

al cual ahora -tanta a los hombres de su estado la inconstancia
torna- apenas ves huérfano, ¿pues cuál para mí mi hijo ausente
es auxilio, al que, llamada de su nombre, la tierra

Andros habet pro patre locumque et regna tenentem? Delius
augurium dedit huic, dedit altera Liber femineae stirpi voto
maiora fideque

munera: nam tactu natarum cuncta mearum

in segetem laticemque meri canaeque Minervae
transformabantur, divesque erat usus in illis. hoc ubi cognovit
Troiae populator Atrides,

(ne non ex aliqua vestram sensisse procellam nos quoque parte
putes), armorum viribus usus abstrahit invitas gremio genitoris
alantque imperat Argolicam caelesti munere classem. effugiunt,
quo quaeque potest: Euboea duabus et totidem natis Andros
fraterna petita est. miles adest et, ni dedantur, bella minatur:

victa metu pietas consortia corpora poenae dedit; et timido
possis ignoscere fratri:

non hic Aeneas, non, qui defenderet Andron, Hector erat, per
quem decimum durastis in annum. iamque parabantur captivis
vincla lacertis:

illae tollentes etiamnum libera caelo

bracchia "Bacche pater, fer opem!" dixere, tulitque muneris
auctor opem, Æsi miro perdere more
ferre vocatur opem, nec qua ratione figuram perdiderint, potui
scire aut nunc dicere possum; summa mali nota est: pennas
sumpsere tuaeque coniugis in volucres, niveas abiere columbas.'

Talibus atque aliis postquam convivia dictis inplerunt, mensa
somnum petiere remota cumque die surgunt adeuntque oracula
Phoebi, qui petere antiquam matrem cognataque iussit litora;
prosequitur rex et dat munus ituris, Anchisae sceptrum,
chlamydem pharetramque nepoti, cratera Aeneae, quem
quondam transtulit illi hospes ab Aoniis Therses Ismenius oris:
miserat hunc illi Therses, fabricaverat Alcon Hyleus et longo
caelaverat argumento.

urbs erat, et septem posses ostendere portas:

hae pro nomine erant, et quae foret illa, docebant; ante urbem
exequiae tumulique ignesque rogique effusaeque comas et
apertae pectora matres significant luctum; nymphae quoque
flere videntur siccatosque queri fontes: sine frondibus arbor
nuda riget, rodunt arentia saxa capellae.

ecce facit mediis natas Orione Thebis

hac non femineum iugulo dare vulnus aperto, illac demisso per
fortia pectora telo

pro populo cecidisse suo pulchrisque per urbem funeribus ferri
celebrique in parte cremari.

tum de virginea geminos exire favilla,

ne genus intereat, iuvenes, quos fama Coronas nominat, et
cineri materno ducere pompam. hactenus antiquo signis
fulgentibus aere, summus inaurato crater erat asper acantho.
nec leviora datis Troiani dona remittunt dantque sacerdoti
custodem turis acerram,

dant pateram claramque auro gemmisque coronam.

de Andros retiene, que en vez de su padre ese lugar y esos
reinos posee? El Delio el augurio le había otorgado a él. Había
otorgado otros Líber 650 a mi estirpe femenina, que el voto
mayores y que la fe,

otros presentes: pues al contacto de mis hijas todas las cosas
en sembrado y en humor de vino y de la cana Minerva se
transformaban, y rica era su utilidad en ellas.

Tal cosa, cuando la conoció de Troya el devastador, el Atrida,
655 para que no poco, en alguna parte, que vuestra misma
tempestad hemos sentido nos también creas, la fuerza de las
armas usando

las abstraigo contra su voluntad del regazo de su padre, y que
alimenten les impera con su celeste don la flota de Argos.

Escapan adonde cada una puede: a Eubea dos 660

y otras tantas de mis hijas a la Andros fraterna se dirigieron.
Soldado llega, y, si no se le entreguen, con las armas amenaza.
Vencida por el miedo la piedad. Esos consortes cuerpos al
castigo entregó, y podrías perdonar, miedoso, a ese hermano:
no aquí Eneas, no quien defendiera Andros 665
un Héctor había, por el que resististeis hasta el décimo año. Y
ya se preparaban las ataduras para sus cautivos brazos; ellas,
levantando todavía libres al cielo sus
brazos: «Baco, padre, préstanos ayuda», dijeron, y les prestó
de su don el autor ayuda, si a perderlas de prodigioso modo
670 prestar se llama ayuda, y no de qué suerte su forma
perdieron pude saber o ahora decir puedo.
Lo sumo de ese mal conocido fue: alas tomaron
y de tu esposa en las aves, en níveas palomas, se volvieron».

Coronas

Con tales y otros relatos después que los banquetes 675
completaron, la mesa retirada, el sueño buscaron,
y con el día se levantan y acuden a los oráculos de Febo.
El cual, buscar su antigua madre y sus parientes litorales
ordenó. Les sigue el rey y da de regalo a los que iban a
marchar, a Anquises un cetro, una clámide y una aljaba a su

nieto, 680 una cratera a Eneas que otrora le había trasladado a él,

como su huésped, desde las orillas aonias, Terses el Ismenio.

Se la había mandado a él Terses, la había fabricado Alcón el de Hile y con un largo argumento la había labrado.

Una ciudad había, y siete podrías señalar sus puertas: 685 éstas en vez de su nombre estaban y cuál fuera ella enseñaban.

Ante la ciudad unas exequias y túmulos y fuegos y hogueras y derramados cabellos y madres de abiertos pechos significan el luto. Unas ninfas también llorar parecen

y que desecados se lamentan de sus manantiales. Sin frondas un árbol 690

desnudo se erige, raen áridas rocas las cabritas.

He aquí que hace que, en mitad de Tebas, las hijas de Oríon: ésta un no femenino pecho hiere, la garganta abierta, aquélla, bajada por sus fuertes heridas un arma,

por su pueblo ha caído, y en bellos funerales a través de la ciudad 695 es llevada y en una concurrida parte es cremada.

Que después, de la virginal brasa unos gemelos salen,

para que su familia no perezca, unos jóvenes, a los que la fama Coronas

nombra y que de la ceniza materna guían la pompa. Hasta aquí en figuras fulgentes de antiguo bronce: 700 lo alto de la cratera era áspero de dorado acanto.

Y no más leves que los a ellos dados, los troyanos unos dones devuelven,

y dan al sacerdote, guardián del incienso, un turíbulo, dan una pátera, y brillante de oro y gemas una corona.

Inde recordati Teucros a sanguine Teucri ducere principium
Creten tenuere locique ferre diu nequiere Iovem centumque
relictis urbibus Ausonios optant contingere portus,
saevit hiems iactatque viros, Strophadumque receptos
portubus infidis exterruit ales Aello.

et iam Dulichios portus Ithacamque Samonque Neritiasque
domus, regnum fallacis Ulixis, praeter erant vecti: certatam lite
deorum Ambraciam versique vident sub imagine saxum iudicis,
Actiaco quae nunc ab Apolline nota est, vocalemque sua terram
Dodonida quercu Chaoniosque sinus, ubi nati rege Molosso
inopia subiectis fugere incendia pennis.

Proxima Phaeacum felicibus obsita pomis rura petunt, Epiros ab
his regnataque vati Buthrotos Phrygio simulataque Troia
tenetur; inde futurorum certi, quae cuncta fideli Priamides

Helenus monitu praedixerat, intrant Sicaniam: tribus haec
excurrit in aequora linguis,

e quibus imbriferos est versa Pachynos ad austros, mollibus
oppositum zephyris Lilybaeon, ad arctos aequoris expertes
spectat boreanque Peloros.

hac subeunt Teucri, et remis aestuque secundo sub noctem
potitur Zanclaea classis harena:

Scylla latus dextrum, laevum inrequieta Charybdis infestat;
vorat haec raptas revomitque carinas,

illa feris atram canibus succingitur alvum, virginis ora gerens, et,
si non omnia vates

ficta reliquerunt, aliquo quoque tempore virgo: hanc multi
petiere proci, quibus illa repulsis

ad pelagi nymphas, pelagi gratissima nymphis, ibat et elusos
iuvenum narrabat amores.

cui dum pectendos praebet Galatea capillos, talibus adloquitur
repetens suspiria dictis:

'te tamen, o virgo, genus haut inmite virorum expetit, utque
facis, potes his inpune negare;

at mihi, cui pater est Nereus, quam caerula Doris enixa est,
quae sum turba quoque tuta sororum, non nisi per luctus licuit
Cyclopi amorem effugere.' et lacrimae vocem inpediere
loquentis. quas ubi marmoreo detersit pollice virgo

et solata deam est, 'refer, o carissima' dixit 'neve tui causam
tege (sic sum fida) doloris!' Nereis his contra resecuta Crataeide
natam est: 'Acis erat Fauno nymphaque Symaethide cretus
magna quidem patrisque sui matrisque voluptas, nostra tamen
maior; nam me sibi iunxerat uni. pulcher et octonis iterum
natalibus actis

signarat teneras dubia lanugine malas.

hunc ego, me Cyclops nulla cum fine petebat. nec, si quaesieris,
odium Cyclopi amore Acidis in nobis fuerit praesentior, edam:
par utrumque fuit. pro! quanta potentia regni

El peregrinaje de Eneas (II): Sicilia

Desde allí, acordándose de que los teucros de la sangre de
Teucro 705

llevan su principio, Creta alcanzaron y del lugar

soportar mucho tiempo no pudieron el astro y, sus cien
ciudades abandonadas, desean alcanzar los puertos de
Ausonia.

Se ensaña el mal tiempo y sacude a esos varones, y recibidos de las Estrófades en sus puertos no confiables, los aterra la alada Aelo. 710

Y ya los duliquios puertos, e Ítaca, y Samos,

y de Nérito las casas, y el reino del falaz Ulises

pasado de largo habían: disputada en un litigio de dioses la Ambracia ven, y bajo su imagen la roca del convertido

juez, la cual ahora por el Apolo de Accio conocida es, 715 y la tierra vocal por su encina dodónida,

y las ensenadas caonias, donde los hijos del rey Moloso

de unos impíos incendios huyeron con unas alas a ellos sometidas.

A los próximos, de felices frutos plantados, campos

de los feacios se dirigen; el Epiro, desde ellos, y, reinada por el vate 720

frigio, Butrotos y su simulada Troya alcanzan.

De ahí, del futuro cerciorados, que todo con fiel admonición el Priámida Héleno les había predicho, entran en Sicania: ésta incurre en los mares mediante tres alas,

de las cuales, a los lluviosos austros se vuelve el Paquino, 725 a los blandos céfiros encarado el Lilibeo, a las Ursas,

del mar exentas, contempla, y al bóreas, el Peloro.

La alcanzan los teucros, y a remos y con un bullir favorable, a la noche, gana la flota de Zancle la arena:

Escila (I)

Escila el costado derecho, el izquierdo la irrequieta Caribdis 730 estraga. Devora ésta arrebatándolas, y las vuelve a vomitar, las quillas.

Aquella de fieros perros se ciñe su negro vientre aunque rostro de virgen muestra y, si no todo los vates

inventado nos han dejado, en algún tiempo también virgen era.

A ella la buscaron muchos pretendientes, los cuales rechazados, 735 ella hacia las ninfas del piélago, del piélago la más grata a las ninfas, iba y burlados narraba de esos jóvenes los amores.

A la cual, mientras para peinarlos le ofrece Galatea sus cabellos, con tales razones se le dirige, reiterando suspiros:

Galatea, Acis y Polifemo

«A ti, aun así, oh virgen, un género no despiadado de varones 740 te pretende y, como haces, puedes a ellos impunemente negarte.

Mas a mí, para quien padre es Nereo, a quien la azul Doris a luz dio, quien estoy por la multitud también guardada de mis hermanas, no, sino mediante lutos, lícito me fue del Cíclope al

amor escapar», y lágrimas la voz impidieron de la que hablaba.

745 Las cuales, cuando enjugó con su pulgar de mármol la virgen,

y consolado a la diosa hubo: «Cuenta, oh carísima», dijo,

«y la causa no oculta -así soy fiel- de tu dolor».

La Nereide, de ello en contra, prosiguió diciendo del Croteida a la nacida:

«Acis había sido de Fauno y de la ninfa Simétide creado, 750 gran placer ciertamente del padre suyo y madre,

nuestro aun así mayor, pues a mí consigo solo me había unido.

Bello, y sus octavos cumpleaños por segunda vez hechos, había señalado sus tiernas mejillas con un dudoso bozo.

A él yo, a mí el Cíclope sin ningún final me pretendía, 755 y no, si preguntares, si el odio del Cíclope o el amor

de Acis en nos fuera más presente, te revelaré:

par uno y otro era. ¡Oh, cuánta la potencia del reino,

est, Venus alma, tui! nempe ille inmitis et ipsis horrendus silvis et visus ab hospite nullo inpune et magni cum dis contemptor Olympi, quid sit amor, sentit validaque cupidine captus uritur oblitus pecorum antrorumque suorum.

iamque tibi formae, iamque est tibi cura placendi, iam rigidos
pectis rastris, Polypheme, capillos, iam libet hirsutam tibi falce
recidere barbam

et spectare feros in aqua et componere vultus. caedis amor
feritasque sitisque inmensa cruoris cessant, et tutae veniuntque
abeuntque carinae. Telemus interea Siculam delatus ad Aetnen,
Telemus Eurymides, quem nulla fefellerat ales, terribilem
Polyphemon adit "lumen" que, "quod unum fronte geris media,
rapiet tibi" dixit "Ulixes." risit et "o vatium stolidissime, falleris,"
inquit, "altera iam rapuit." sic frustra vera monentem spernit et
aut gradiens ingenti litora passu degravat, aut fessus sub
opaca revertitur antra. prominet in pontum cuneatus acumine
longo

collis (utrumque latus circumfluit aequoris unda): huc ferus
adscendit Cyclops mediusque resedit; lanigeras pecudes nullo
ducente secutae.

cui postquam pinus, baculi quae praebuit usum, ante pedes
posita est antemnis apta ferendis sumptaque harundinibus
compacta est fistula centum, senserunt toti pastoria sibila
montes,

senserunt undae; latitans ego rupe meique Acidis in gremio
residens procul auribus hausit talia dicta meis auditaque mente
notavi:

"Candidior folio nivei Galatea ligustri, floridior pratis, longa
procerior alno, splendidior vitro, tenero lascivior haedo, levior

adsiduo detritis aequore conchis, solibus hibernis, aestiva
gratior umbra, mobilior damma, platano conspectior alta,
lucidior glacie, matura dulcior uva, mollior et cycni plumis et
lacta coacto,

et, si non fugias, riguo formosior horto; "Saevior indomitis
eadem Galatea iuvenis,

durior annosa quercu, fallacior undis, lentior et salicis virgis et
vitibus albis, his immobilior scopulis, violentior amne, laudato
pavone superbior, acrior igni, asperior tribulis, feta truculentior
ursa,

surdior aequoribus, calcato inimitior hydro,

et, quod praecipue vellem tibi demere possem, non tantum
cervo claris latratibus acto,

verum etiam ventis volucrique fugacior aura, (at bene si noris,
pigeat fugisse, morasque ipsa tuas damnes et me retinere
labores)

sunt mihi, pars montis, vivo pendentia saxo antra, quibus nec
sol medio sentitur in aestu, nec sentitur hiems; sunt poma
gravantia ramos, sunt auro similes longis in vitibus uvae,
sunt et purpureae: tibi et has servamus et illas. ipsa tuis
manibus silvestri nata sub umbra mollia fraga leges, ipsa
autumnalia corna prunaque non solum nigro liventia suco,

es, Venus nutricia, tuyo! Como que aquel despiadado y para las mismas espesuras horrendo y visto por huésped ninguno 760 impunemente y del gran Olimpo con sus dioses despreciador, qué sea el amor siente, y de un vigoroso deseo cautivo se abrasa olvidado de los ganados y de los antros suyos.

Y ya para ti el de tu hermosura, y ya para ti es el cuidado el de gustar, ya rígidos peinas con rastrillos, Polifemo, tus cabellos, 765

ya te gusta, hirsuta, a ti, con la hoz recortar tu barba, y contemplar fieros en el agua, y componerlos, tus semblantes. De la matanza el amor y la fiereza y la sed inmensa de crúor cesan y seguras vienen y van las quillas.

Télemo entre tanto, habiendo bajado hasta el siciliano Etna, 770 Télemo, el Eurímida, a quien ningún ave había engañado,

al terrible Polifemo se acerca y: «Esa luz, que única en la mitad de tu frente llevas, te la arrebatará a ti», dijo, «Ulises». Se rio y: «Oh de los videntes el más estúpido, te engañas», dice.

«Otra ya me lo ha arrebatado». Así, al que en vano la verdad le advertía, 775

desprecia, y o bien pisando con su ingente paso las playas socava, o, agotado, bajo sus opacos antros regresa.

Sobresale hacia el ponto, acuñaado en punta larga,

un collado. A ambos costados circunfluye de la superficie la onda.

Aquí fiero asciende el Cíclope, y central se asienta, 780

mientras sus lanados rebaños, sin que nadie les guiase, le seguían. Y él, después que un pino, que de bastón prestaba el uso,

ante sus pies dejado hubo, para llevar entenas apto,

y tomado que hubo, de cañas cien compactada, una siringa, sintieron todos los montes sus pastoriles silbos, 785

los sintieron las ondas. Agazapada yo en un risco, y de mi Acis en el regazo sentada, de lejos con los oídos recogí tales razones míos, y oídas en mi mente las anoté:

«Más cándida que la hoja de la nívea, Galatea, alheña,

más florida que los prados, más esbelta que el largo aliso, 790

más espléndida que el vidrio, que el tierno cabrito más

retozona, más lisa que por la asidua superficie trizadas las conchas,

que los soles invernales, que la veraniega sombra más grata,

más noble que las manzanas, que el plátano alto más visible,

más lúcida que el hielo, que la uva madura más dulce, 795 más

blanda que del cisne las plumas y la leche cuajada,

y si no huyeras, más hermosa que un bien regado huerto. Más

salvaje que las indómitas, la misma Galatea, novillas, más dura

que la añosa encina, más falaz que las ondas, más lenta que las varas del sauce y las vides blancas, 800

que estas peñas más incommovible, más violenta que el caudal, que un alabado pavón más soberbia, más acre que el fuego, más áspera que los abrojos, más brava que preñada la osa, más sorda que las superficies, más despiadada que pisada una hidra, y lo que principalmente querría que a ti arrancarte yo pudiera, 805 no sólo que el ciervo por los claros ladridos movido,

sino incluso que los vientos y voladora el aura más fugaz. Mas si bien supieras, te pesaría el haber huido, y las demoras tuyas tú misma condenarías y por retenerme te esforzarías.

Hay para mí, parte de un monte, suspendidos de la viva roca, 810 unos antros, los cuales, ni el sol en medio del calor sienten, y no sienten el mal tiempo; hay frutos que hunden sus ramas, hay, al oro semejantes, largas en sus vides, uvas,

las hay también purpúreas: para ti éstas reservamos, y aquéllas. Tú misma con tus manos, bajo la silvestre sombra nacidas, 815 blandas fresas cogerás, tú misma otoñales cornejos,

y ciruelas, no sólo las cárdenas de negro jugo,

verum etiam generosa novasque imitantia ceras. nec tibi
castaneae me coniuge, nec tibi deerunt arbutei fetus: omnis tibi
serviet arbor.

'''Hoc pecus omne meum est, multae quoque vallibus errant,
multas silva tegit, multae stabulantur in antris, nec, si forte
roges, possim tibi dicere, quot sint: pauperis est numerare
pecus; de laudibus harum nil mihi credideris, praesens potes
ipsa videre, ut vix circumeant distentum cruribus uber.

sunt, fetura minor, tepidis in ovilibus agni. sunt quoque, par
aetas, aliis in ovilibus haedi.

lac mihi semper adest niveum: pars inde bibenda servatur,
partem liquefacta coagula durant.

'''Nec tibi deliciae faciles vulgataque tantum munera contingent,
dammae leporesque caperque, parve columbarum demptusve
cacumine nidus: inveni geminos, qui tecum ludere possint,
inter se similes, vix ut dignoscere possis, villosae catulos in
summis montibus ursae: inveni et dixi 'dominae servabimus
istos.'

'''Tam modo caeruleo nitidum caput exere ponto, iam, Galatea,
veni, nec munera despice nostra! certe ego me novi liquidaeque
in imagine vidi nuper aquae, placuitque mihi mea forma videnti.
adspice, sim quantus: non est hoc corpore maior Iuppiter in
caelo, nam vos narrare soletis

nescio quem regnare Iovem; coma plurima torvos prominet in
vultus, umerosque, ut lucus, obumbrat; nec mea quod rigidis
horrent densissima saetis corpora, turpe puta: turpis sine
frondibus arbor, turpis equus, nisi colla iubae flaventia velent;
pluma tegit volucres, ovibus sua lana decori est: barba viros
hirtaeque decent in corpore saetae. unum est in media lumen
mihi fronte, sed instar ingentis clipei. quid? non haec omnia
magnus

Sol videt e caelo? Soli tamen unicus orbis.

"Adde, quod in vestro genitor meus aequore regnat: hunc tibi
do socerum; tantum miserere precesque supplicis exaudi! tibi
enim succumbimus uni, quique Iovem et caelum sperno et
penetrabile fulmen, Nerei, te vereor, tua fulmine saevior ira est.
atque ego contemptus essem patientior huius, si fugeres
omnes; sed cur Cyclope repulso Acin amas praefersque meis
complexibus Acin? ille tamen placeatque sibi placeatque licebit,
quod nollem, Galatea, tibi; modo copia detur: sentiet esse mihi
tanto pro corpore vires!

viscera viva traham divulsaque membra per agros perque tuas
spargam (sic se tibi misceat!) undas. uror enim, laesusque
exaestuat acrius ignis, cumque suis videor translata viribus
Aetna pectore ferre meo, nec tu, Galatea, moveris."

'Talia nequiquam questus (nam cuncta videbam) surgit et ut
taurus vacca furibundus adempta

stare nequit silvaque et notis saltibus errat, cum ferus ignaros
nec quicquam tale timentes

me videt atque Acin "video" que exclamat "et ista ultima sit,
faciam, Veneris concordia vestrae." tantaque vox, quantam
Cyclops iratus habere

sino también las nobles, que imitan nuevas a las ceras, ni a ti
castañas, yo tu esposo, ni a ti te faltarán

del madroño las crías: todo árbol a ti te servirá. 820

Este ganado todo mío es, y muchas también por los valles
erran, muchas la espesura oculta, muchas se apriscan en mis
antros,

y no, si acaso preguntas, podría a ti decirte cuántas son: de
pobre es contar su ganado. De las alabanzas tuyas nada a mí
creyeras: presente puedes tú misma verlo, 825 cómo apenas
rodean, restallante, con sus patas su ubre. Hay, crianza menor,
en sus tibios rediles corderos,

hay también, pareja la edad, en otros rediles cabritos. Leche
para mí siempre hay, nívea: parte de ahí para beber se reserva,
otra parte licuados coágulos la cuajan. 830

Y no delicias fáciles y vulgares presentes sólo te alcanzarán,
gamos, liebres y cabrío,

o un par de palomas o cogido de su copa un nido:

he encontrado, gemelos, que contigo jugar puedan,
entre sí semejantes como apenas distinguirlos puedas, 835 de
una velluda osa cachorros en lo alto de unos montes.

Los encontré y dije: «Para mi dueña los reservaremos». Ya, ora,
tu nítida cabeza saca del ponto de azul,

ya, Galatea, ven, y no desprecia los regalos nuestros.

Ciertamente yo me he conocido y de la líquida agua en la
imagen 840 me he visto hace poco, y me complació a mí al
verme mi figura.

Contempla cuán grande soy. No es que este cuerpo mayor
Júpiter en el cielo, pues vosotros narrar soléis

que no sé que Júpiter reina. Mi melena mucha emerge

sobre mi torvo rostro y mis hombros, como una floresta,
sombrea. 845 Y que de rígidas cerdas se eriza densísimo

mi cuerpo no indecente considera: indecente sin sus frondas el
árbol, indecente el caballo si sus cuellos dorados crines no
velan,

pluma cubre a las aves, para las ovejas su lana decor es:

la barba a los varones, y les honra en su cuerpo sus erizados
vellos. 850

Única es en mitad de mi frente la luz mía, pero en traza

de un gigante escudo. ¿Qué? ¿No estas cosas todas el gran Sol
ve desde el cielo? Del Sol, aun así, único el orbe.

Añade que en vuestra superficie el genitor mío reina, este suegro a ti te doy. Sólo apiádate, y las plegarias 855

de este suplicante escucha. Pues a ti hemos sucumbido, sola, y quien a Júpiter y a su cielo desprecio, y su penetrable rayo, Nereide, a ti te venero, que el rayo más salvaje la ira tuya es.

Y yo, despreciado, sería más sufridor de ello

si huyeras a todos. ¿Pero por qué, el Cíclope rechazado, 860 a Acis amas y prefieres que mis abrazos a Acis?

Él, aun así, que a sí mismo se plazca, y te plazca, lícito sea, lo cual yo no quisiera, Galatea, a ti: sólo con que la ocasión se me dé, sentirá que tengo yo, según este tan gran cuerpo, fuerzas.

Sus vísceras vivas le sacaré y sus divididos miembros por los campos, 865

y los esparciré -así él a ti se mezcle- por tus ondas. Pues me abraso, y dañado se inflama más acre el fuego, y con sus fuerzas me parece que trasladado el Etna

en el pecho llevo mío, y tú, Galatea, no te conmueves».

De tales cosas para nada lamentándose -pues todo yo veía- 870 se levanta, y como el toro furibundo, su vaca al serle arrebatada, parar no puede, y por la espesura y sus conocidos sotos erra:

cuando, fiero, sin nosotros darnos cuenta y que para nada tal temíamos, a mí me ve y a Acis y: «Te veo», exclama, «y que ésta la última sea, haré, concordia de la Venus vuestra», 875 y tan gran voz cuanta un Cíclope airado tener

debut, illa fuit: clamore perhorruit Aetne. ast ego vicino
pavefacta sub aequore mergor;

terga fugae dederat conversa Symaethius heros

et "fer opem, Galatea, precor, mihi! ferte, parentes," dixerat "et
vestris periturum admittite regnis!" insequitur Cyclops

partemque e monte revulsam mittit, et extremus quamvis
pervenit ad illum angulus e saxo, totum tamen obruit Acin,

at nos, quod fieri solum per fata licebat, fecimus, ut vires
adsumeret Acis avitas. puniceus de mole cruor manabat, et
intra temporis exiguum rubor evanescere coepit, fitque color
primo turbati fluminis imbre purgaturque mora; tum moles iacta
dehiscit, vivaque per rimas proceraque surgit harundo, osque
cavum saxi sonat exsultantibus undis, mira que res, subito
media tenus exstitit alvo incinctus iuvenis flexis nova cornua
cannis, qui, nisi quod maior, quod toto caerulus ore,

Acis erat, sed sic quoque erat tamen Acis, in amnem versus, et
antiquum tenuerunt flumina nomen.'

Desierat Galatea loqui, coetuque soluto discedunt placidisque
natant Nereides undis. Scylla redit; neque enim medio se
credere ponto audet, et aut bibula sine vestibus errat harena
aut, ubi lassata est, seductos nacta recessus gurgitis, inclusa
sua membra refrigerat unda: ecce fretum stringens, alti novus
incola ponti, nuper in Euboica versis Anthedone membris,
Glaucus adest, visaeque cupidine virginis haeret et,
quaecumque putat fugientem posse morari, verba refert; fugit
illa tamen veloxque timore pervenit in summum positi prope
litora montis.

ante fretum est ingens, apicem conlectus in unum longa sub
arboribus convexus in aequora vertex: constitit hic et tuta loco,
monstrumne deusne

ille sit, ignorans admiraturque colorem caesariemque umeros
subiectaque terga tegentem, ultimaque excipiat quod tortilis
inguina piscis. sensit et innitens, quae stabat proxima, moli
'non ego prodigium nec sum fera belua, virgo, sed deus' inquit
'aquae: nec maius in aequora Proteus ius habet et Triton
Athamantiadesque Palaemon. ante tamen mortalis eram, sed,
scilicet altis debitus aequoribus, iam tum exercebar in illis; nam
modo ducebam ducentia retia pisces,
nunc in mole sedens moderabar harundine linum. sunt viridi
prato confinia litora, quorum

altera pars undis, pars altera cingitur herbis, quas neque
cornigeræ morsu læsere iuvenæ, nec placidæ carpsistis oves
hirtæve capellæ; non apis inde tulit conlectos sedula flores,
non data sunt capiti genialia sarta, neque umquam falciferæ
secuere manus; ego primus in illo caespite consedi, dum lina
madentia sicco,
utque recenserem captivos ordine pisces, insuper exposui, quos
aut in retia casus

debió, aquella fue. De su grito se erizó el Etna.

Mas yo, despavorida, bajo la vecina superficie me sumerjo.

Sus espaldas a la fuga vueltas había dado el Simetio héroe

y: «Préstame ayuda, Galatea, te lo ruego. Prestádmela, padres»,
880 había dicho, «y al que va a morir admitid a vuestros
reinos».

Le persigue el Cíclope, y una parte del monte arrancada le
lanza, y un extremo ángulo aunque arribó

hasta él de la roca, todo, aun así, sepultó a Acis.

Mas nos, lo que hacerse sólo, por los hados, podía, 885 hicimos,
que las fuerzas asumiera Acis de su abuelos.

Bermellón de esa mole crúor manaba, y dentro

de un tiempo exiguo su rubor a desvanecerse comenzó,

y se hace su color a lo primero el del caudal turbado por la lluvia, y se purga con la demora. Entonces la mole a él arrojada se hiende, 890 y viva por sus grietas y esbelta se levanta una anea,

y la boca hueca de la roca suena al brollarle ondas,

y, admirable cosa, de súbito emerge hasta el vientre en su mitad, enceñido un joven de flexibles cañas por sus nuevos cuernos,

el cual, si no porque más grande, porque azul en toda su cara, 895 Acis era, pero así también era, con todo, Acis, en caudal vuelto, y su antiguo nombre retuvieron sus corrientes».

Escila (II) y Glauco

Había dejado Galatea de hablar y, la reunión disuelta, se retiran y a sus plácidas ondas nadan las Nereides.

Escila vuelve, y ciertamente confiarse a la mitad del ponto 900 no osa, y o bien por la bebedora arena deambula sin ropas, o, cuando cansado se hubo, hallando unos apartados recesos del abismo, en esa reclusa agua refrigera sus miembros.

He aquí que rozando el mar, nuevo habitante del alto ponto, recientemente transformados sus miembros en la eubea Antedón, 905 Glauco llega, y de la doncella vista el deseo en él prende,

y cuantas cree que huyendo ella puede demorarla, tales palabras le dice. Huye ella aun así, y veloz del temor llega a lo alto, colocado cerca del litoral, de un monte.

Delante del estrecho hay, ingente, recogido en una punta sola, 910 convexo hacia las largas superficies bajo sus árboles, un vértice.

Se detiene aquí, y segura de su lugar, si monstruo o dios él sea ignorando, se admira de su color

y su cabellera, que sus hombros y a ella sometidas sus espaldas cubría, y también que el extremo de sus ingles las acoja un tórcil pez. 915

La sintió él y apoyándose, que se alzaba próxima, en una mole:

«No un prodigio, ni soy yo un fiero monstruo, oh virgen, sino un dios», dice, «del agua, y mayor derecho sobre las superficies Proteo no tiene, y Tritón, y el Atamantíada Palemon.

Antes en cambio mortal era, pero claramente destinado 920 a las altas superficies, ya entonces me afanaba en ellas, pues ora sacaba, las que sacarían peces,

mis redes, ora en una mole sentado gobernaba con mi arundo el lino.

Hay, a un verde prado confines, unas playas, una de cuyas partes de olas, la parte otra se ciñe de hierbas, 925

las cuales, ni adornadas novillas con su morder dañaron, ni plácidas las cortasteis, ovejas, o las greñudas cabritas.

No la abeja de ahí se lleva diligente sus recolectadas flores, no han ofrecido ellas para la cabeza festivas guirnaldas ni nunca manos armadas de hoz las cortaron. Yo el primero en aquel 930 césped me senté, mientras mis linos mojados seco, y para recontarlos, cautivos, en orden mis peces, ahí encima expuse, esos que a las redes el azar,

aut sua credulitas in aduncos egerat hamos.

res similis fictae, sed quid mihi fingere prodest? gramine
contacto coepit mea praeda moveri

et mutare latus terraque ut in aequore niti.

dumque moror mirorque simul, fugit omnis in undas turba suas
dominumque novum litusque relinquunt. obstipui dubitoque diu
causamque requiro,

num deus hoc aliquis, num sucus fecerit herbae: "quae tamen
has" inquam "vires habet herba?" manuque pabula decerpsi
decerptaque dente momordi.

vix bene conbiberant ignotos guttura sucos,

cum subito trepidare intus praecordia sensi alteriusque rapi
naturae pectus amore;

nec potui restare diu "repetenda" que "numquam terra, vale!"
dixi corpusque sub aequora mersi. di maris exceptum socio
dignantur honore,

utque mihi, quaecumque feram, mortalia demant, Oceanum
Tethynque rogant: ego lustror ab illis, et purgante nefas noviens
mihi carmine dicto pectora fluminibus iubeor supponere
centum; nec mora, diversis lapsi de partibus amnes totaque
vertuntur supra caput aequora nostrum. hactenus acta tibi
possum memoranda referre,

hactenus haec memini, nec mens mea cetera sensit. quae
postquam rediit, alium me corpore toto,

ac fueram nuper, neque eundem mente recepi: hanc ego tum
primum viridem ferrugine barbam

caesariemque meam, quam longa per aequora verro,
ingentesque umeros et caerulea bracchia vidi cruraque pinnigero
curvata novissima pisce.

quid tamen haec species, quid dis placuisse marinis, quid iuvat
esse deum, si tu non tangeris istis?

talia dicentem, dicturum plura, reliquit Scylla deum; furit ille
inirritatusque repulsa prodigiosa petit Titanidos atria Circes.

o su credulidad a los corvos anzuelos había llevado.

La cosa semejante es a una fingida, pero ¿qué a mí el fingirlo
me aprovecha? 935

Al ser tocada esa grama empezó mi botín a moverse
y a mudar su costado y en la tierra como en la superficie a
apoyarse.

Y mientras me paro y me admiro a la vez, huye toda esa
multitud a las olas suyas y a su dueño nuevo y la playa dejan.

Me quedé suspendido, y vacilo un tiempo y la causa inquiere,
940 de si dios alguno tal cosa, o si el jugo lo hiciera de tal
hierba.

«Mas qué hierba», digo, «tiene estas fuerzas», y con la mano
esos pastos arranqué y arrancados con los dientes los mordí.
No bien había bebido mi garganta esos desconocidos jugos,
cuando de súbito trepidar por dentro mis entrañas sentí 945 y
que por el amor de otra naturaleza era arrebatado mi pecho,
y no pude demorarme largo tiempo y: «A la que no he de volver
nunca, tierra, salud», dije, y mi cuerpo sumergí bajo las
superficies.

Los dioses del mar al acogerme me dignan con compartido
honor, y, que a mí cuanto llevo de mortal me arrebaten, 950
al Océano y a Tetis ruegan: soy yo lustrado por ellos,
y tras decirseme una canción que purga lo nefasto nueve veces,
mi pecho bajo cien corrientes se me ordena someter,
y sin demora, bajando de diversas partes unos caudales,

y todas sus aguas, se vierten sobre la cabeza nuestra. 955
Hasta aquí lo ocurrido para contártelo a ti puedo referirte;
hasta aquí también recuerdo; y la mente mía de lo restante no
tuvo noción,
la cual, después que a mí volvió, otro me recobré en mi cuerpo
todo del que fuera poco antes, y tampoco era el mismo en mi
mente.

Entonces por primera vez, verde de herrumbre, esta barba, 960
y la cabellera mía, que larga por las superficies barro,
y mis ingentes hombros y azules brazos vi,
y mis piernas curvadas a su extremo en pez que lleva aletas.

De qué, aun así, este aspecto, de qué a los dioses marinos
haber complacido, de qué me ayuda ser dios, si tú no te
conmueves por estas cosas?». 965

Tal diciendo y al ir a decir mas, abandona

Escila al dios. Se enfurece él, e irritado por su rechazo a los
prodigiosos atrios se dirige de la Titánide Circe

DÉCIMOCUARTO LIBRO

Ya el euboico habitante del mar había dejado el Etna echado sobre las fauces de Tifeo, y los campos de los cíclopes que producen sin necesidad de cultivo; había dejado también a Zancle y a Regio y el peligroso estrecho que separa Ausonia y Sicilia. De allí, nadando por el Mar Tirreno, llegó a las colinas herbosas y a los atrios poblados de fieras mentidas que posee Circe, hija del Sol (1-10).

Cuando la ve, y luego de cambiar saludbs, le habla:

Que la diosa se apiade de un dios, a quien únicamente ella puede ayudar, si sólo le parece más digno. Él sabe como nadie, pues por ellas fue transformado, cuánta es la fuerza de las hierbas. Para que no ignore la causa de su furor,- ha de decirle que vio a Escila en las costas itálicas, frente a Mesena, y le hizo promesas y ruegos y blandicias despreciadas que le avergüenza narrar. Que Circe, si los conjuros tienen algún poder, diga uno con su boca sagrada; o si hay una hierba más poderosa, que use sus fuerzas conocidas. Y no le pide que lo libre de su amor, pues no quiere dejarlo, sino que haga que Escila lo ame a su vez (11-24).

Pero Circe que, por su propia naturaleza o porque Venus se venga en ella de la delación del Sol, es más susceptible que nadie a los fuegos del amor, le responde:

Más le conviene a él seguir a una cuyos deseos coinciden con los suyos, cautiva de ambición semejante. Además, él es digno de ser rogado, y ha de serlo, si le da esperanzas. Que confíe en su hermosura, pues ella, diosa e hija del Sol, poderosa en las hierbas y los conjuros, desea ser suya. Que desprecie a quien lo desprecia y, vengándose, con una sola acción pague a dos mujeres.

Glauco, entonces, le responde: Las frondas nacerán en el mar y las algas en los montes, antes que, mientras viva Escila, cambie el objeto de su amor (25-39).

Se indigna la diosa, y dado que no puede ni quiere dañar al que ama, se encoleriza contra aquella que él ha preferido.

Rechazada y ofendida, muele hierbas de jugos infames y las mezcla con los conjuros de Hécate; se cubre de velos cerúleos y va desde su palacio, pasando entre las fieras que la halagan, hacia Regio que se halla frente a las rocas de Zancle.

Camina luego, sin mojarse los pies, sobre el mar impetuoso (40-50).

Había una pequeña bahía donde Escila descansaba gratamente y se protegía del calor, cuando el sol ardiente estaba a mitad de su camino y proyectaba sombras mínimas. La diosa la inficiona y mancha con venenos portentosos; exprime allí jugos de raíces dañosas, y con su boca de maga pronuncia veintisiete veces un conjuro desconocido (51-58).

Llega Escila y se mete en el agua hasta la mitad de su vientre; mira entonces que sus ingles se afean con perros monstruosos y, no creyendo que sean parte suya, teme sus hocicos y trata de ahuyentarlos. Pero los monstruos se mueven junto con ella. Al buscarse los muslos, las piernas y los pies, Escila encuentra fauces cerbéreas, y se levanta sobre ellas de cintura arriba y detiene sujetos por su vientre los cuerpos de las fieras (59-67).

Llora el amante Glauco, y huye la unión con la diosa que usó de manera cruel los poderes de las hierbas. Escila, fija en aquel lugar, por odio a Circe dejó en cuanto pudo sin sus compañeros a Ulises, y hubiera sumergido las naves troyanas de no haberse transformado en la roca que, aun hoy, evitan los navegantes (6874).

Cuando los troyanos dejaron atrás a Escila y la voraz Caribdis y estaban ya cerca de Italia, la tempestad los arrastró a las playas de Libia, donde la sidonia Dido recibió a Eneas en su corazón y

en su morada. Ella, al no sufrir la partida del marido frigio, engañada engañó a los demás, y se suicidó con la espada sobre la pira levantada para un rito fingido (75-81).

Huyendo aquellas nuevas murallas, va Eneas otra vez a la tierra de trix y Acestes, donde honra la tumba de su padre, y habiendo salvado las naves que estuvo a punto de incendiar Iris de Juno, pasa en ellas por el reino de Eolo y los escollos de

las Sirenas; perdido el piloto de la suya, deja atrás a Inarima, Próquita y Pitecusa, así llamada por el nombre de sus habitantes (82-90):

En otro tiempo, Júpiter, para castigar a los cercopes por sus perjuros y delitos, los transformó en animales cuya figura es distinta y parecida a la humana; achicó sus miembros, les aplastó las narices, arrugó sus rostros y, tras cubrirles el cuerpo de pelo rojizo, los envió hasta aquí. Les quitó también el habla y la lengua que usaron en perjurar, y les dejó sólo un ruido ronco para quejarse (91-100).

Después que pasa Eneas por allí y deja a la derecha a Parténope y a la izquierda el túmulo de Miseno y los lugares pantanosos, arriba a Cumas y va a la morada de la vieja Sibila y pide ir al Averno a encontrar el alma de su padre. La Sibila, luego de mirar largamente la tierra, recibe al fin al dios y se yergue para decir: Magnas cosas pide el héroe, máximo por sus hechos de armas y por su piedad mostrada entre los incendios. Que deponga el miedo: alcanzará lo que solicita y, con ella por guía, irá a las moradas elisias y a los reinos profundísimos y al fantasma del padre. Todavía es accesible a la piedad. Habiendo hablado así, le muestra y le manda cortar la rama de oro de Juno infernal (101-115).

La acata Eneas, y se dirige a las riquezas del Orco y a sus abuelos y el alma de Anquises. Aprende allí los derechos del lugar y las guerras que lo esperan. Regresa luego guiado por la

Sibila, y ambos, conversando, aligeran el camino agreste que recorren en la luz crepuscular (116-122).

Habla Eneas y dice a la otra que sea ella divina o muy grata a los dioses, le será siempre la igual de un dios, pues se considerará un don de ella por quien fue a los lugares de la muerte y pudo abandonarlos; por eso, cuando vuelva al mundo superior, le levantará templos y le ofrecerá dones de incienso (123-128).

Suspirando, la profetisa le responde:

No es diosa sino mujer, e indigna del incienso. Ella hubiera alcanzado la vida eterna de haber entregado a Febo su virginidad, pues el dios, ansioso de vencerla, le había ofrecido concederle lo que ella quisiera. Ella le pidió vivir tantos años cuantos granos contuviera un puñado de polvo, pero se olvidó de pedir años juveniles. Prometía también Febo la juventud eterna si ella se le daba; la Sibila, despreciando el don, prefirió permanecer virgen. Ahora la edad feliz ha pasado para ella, y se le acerca una larga vejez: ha vivido ya siete siglos y habrá de ver transcurrir otros tres. Y llegará el tiempo en el cual se empequeñecerá su cuerpo, y se hará levisima gastada por la edad.

Y no parecerá haber sido amable alguna vez, ni haber enamorado a un dios. Quizá el mismo Febo, al verla, o no la conocerá o negará haberla amado. Su mutación seguirá hasta

hacerla solamente una voz que le dejarán los hados, y por la cual será conocida (129-153).

Después que habló así la profetisa, sale Eneas del infierno y va a Cumas, y tras ofrecer los debidos sacrificios llega a las costas todavía no llamadas con el nombre de su nodriza. Había arribado también, luego de trabajos inmensos, Macareo el compañero de Ulises, quien reconoce a aquel Aqueménides que abandonaron un día entre las rocas del Etna y a quien pregunta al encontrarlo súbitamente: ¿Qué azar o qué dios lo- ha guardado? ¿Por qué un griego va en una nave bárbara? ¿A dónde se dirige esa nave? (154-164).

Aqueménides, ya limpio y con otras ropas que las que usó unidas con espinas, le responde:

Que vuelva a ver a Polifemo y sus fauces chorreantes de sangre humana, si prefiere a su nave actual la nave y la casa de Ulises, y si venera a Eneas menos que a un padre. Nunca, aunque se lo dé todo, podrá ser bastante agradecido. Él le concedió hablar y respirar y ver el cielo y el sol; por él se libró de ser devorado por el Cíclope, por lo cual aunque ahora muriera, o sería sepultado o no lo sería en ese vientre (165-176).

¿Qué ánimo le quedaba, si el miedo le dejaba alguno, cuando vio que sus compañeros zarpaban abandonándolo? No gritó por miedo de ser oído por su enemigo; el grito de Ulises casi causó el hundimiento de su nave. Él vio al Cíclope arrancar del monte un peñasco y arrojarlo contra ella con

su brazo de gigante como con una catapulta, y temió que se hundiera aunque ya no la tripulaba (177-186).

Pero cuando la fuga los apartó de la muerte, él miró al monstruo gimiendo caminar por el Etna y, ciego, tantear los árboles y chocar en las peñas y maldecir a los aqueos tendiendo hacia el mar los brazos ensangrentados:

El daño de la ceguera le habría de parecer leve, si la casualidad le volviera a llevar a Ulises o alguno de los suyos, para enfurecerse en él, comer sus entrañas, desgarrar sus miembros, beber su sangre, masticar sus carnes despedazadas (187-197).

Dijo, feroz, eso y más, en tanto que Aqueménides, pálido de terror, observaba su rostro todavía tinto en sangre y sus manos crueles y su órbita vacía y el cuerpo y la barba cuajada de sangre de hombres. Viéndola ante sus ojos, consideraba a la muerte el mínimo mal, y pensaba que iba a ser ya capturado, que sería devorado, y no podía olvidar el momento en que contempló a dos de sus compañeros ser arrojados muchas veces contra la tierra, y luego al Cíclope sobre ellos, como un león, tragándose sus vísceras, sus carnes y sus huesos todavía medio vivos (198-209).

Se puso a temblar, exangüe y sombrío, viéndolo comer y vomitar trozos de carne mezclada con vino, y se imaginaba a punto de recibir igual fin. Por muchos días se escondió, temblando a cada sonido, deseando la muerte y temiéndola,

alimentándose con bellotas y hierbas y hojas; pobre, desesperado, a merced de muerte y castigo, hasta que columbró la nave de Eneas, y rogó con ademanes que lo llevaran y corrió a la costa y conmovió a los troyanos, que lo recibieron. Que ahora Macareo le cuente sus casos y los de Ulises y los compañeros (210-222).

Éste narra que Eolo Hipotada, rey de los vientos, se los había entregado —don digno de recordarse— a Ulises encerrados en un cuero de buey. Por nueve días había navegado cuando, ya a la vista de Itaca, sus compañeros vencidos por la envidia y la ambición, creyendo que contenía oro, habían desatado la prisión de los vientos y éstos habían hecho regresar la nave a la tierra de Eolo (223-232).

Desde allí fueron a la ciudad de Lamo el lestrigón, donde reinaba Antífates a quien le fueron enviados Macareo y dos compañeros, uno de los cuales, mientras los otros huían, fue devorado por él. Persigue Antífates con los suyos a los que trataban de escapar, y con piedras y troncos hundien hombres y naves (233- 240). Una se salva, en la cual iba Ulises y Macareo.

Lamentando mucho sus pérdidas, llegaron a las tierras que se miran a lo lejos, y que sólo así deben ser miradas; pues, y aquí Macareo se dirige a él, Eneas, hijo de Venus, el más justo de los troyanos y que no ha de ser considerado enemigo cuando ha terminado la guerra, debe evitar las costas de Circe. Habiendo, pues, los griegos atracado en ellas, y memoriosos de Polifemo y Antífates, se negaban a ir a una casa desconocida.

Por sorteo fueron elegidos Macareo, Polites, Euríloco, Elpenor, borracho en exceso, y dieciocho más para dirigirse a las murallas de Circe (241-253).

Cuando se acercan al umbral de su morada los rodean innumerables lobos, osos y, leones que los atemorizan, pero no eran temibles: a nadie hieren y a todos acompañan moviendo las colas y halagándolos mientras las criadas los reciben y los llevan a su dueña. Ella se sienta en un trono solemne, vestida de ropas relucientes y cubierta de un manto de oro. Nereidas y ninfas que no se ocupan en hilar, disponen hierbas multicolores y apartan flores en cestillos. Circe misma vigila esa obra, y conoce la utilidad de cada hoja y cómo concuerdan las hierbas entre sí, y las pesa y las examina (254-270).

Cuando vio a los griegos, y tras cambiar los saludos, ablandó el rostro y devolvió los buenos deseos. Sin tardanza manda que se mezclen cebada tostada, miel, vino y leche cuajada, añade a esa dulzura jugos escondidos, y con su sagrada mano la ofrece servida en copas. En cuanto beben los sedientos, la diosa les toca el cabello con su vara, y Macareo —se avergüenza de recordarlo— comienza a cubrirse de cerdas y a dar un murmullo ronco en lugar de palabras, y a echarse de bruces en la tierra. La boca se le convierte en corvo hocico, se le hincha de músculos el cuello, las manos se le vuelven patas. Junto con sus compañeros, pues a todos les había ocurrido lo mismo, lo encierran en una pocilga. Sólo Euríloco no es transformado en puerco, pues no había probado las copas (271-286).

De haberlas bebido, Macareo sería aún parte de una piara. Él avisó a Ulises esta desgracia y lo hizo venir a Circe como vengador. El pacífico Mercurio había dado al héroe una flor blanca de negra raíz, llamada moly por los dioses.

Protegido por ella y los consejos del dios, entra Ulises en la casa de Circe y es invitado a beber; pero cuando ella intenta tocarle los cabellos con la vara, la rechaza y la aterra con su espada (287- 296).

Se reconcilian en seguida, y él, por unirse con ella, le pide que sus compañeros recobren la figura anterior; Circe los rocía con jugos mejores de, una hierba desconocida, les golpea la cabeza con la vara invertida y pronuncia fórmulas contrarias a las anteriores. Mientras más habla, más se van irguiendo los griegos: pierden las cerdas, desaparece la hendidura de sus pies y recobran los brazos. Abrazan llorosos a Ulises que llora, lo rodean, y ninguna palabra dicen antes que las de gratitud (297-307).

Allí se demoran un año, durante el cual Macareo oyó y vio muchas cosas, entre ellas la que le refirió una de cuatro criadas versadas en ritos mágicos.

Mientras Ulises se estaba a solas con Circe, aquélla le mostró, en un templo adornado de guirnaldas, la estatua marmórea de un joven con un picamaderos sobre la cabeza. Al preguntarle Macareo quién era aquél y por qué lo, veneraban y llevaba ese

pájaro, ella se lo refirió, para que aprendiera allí también cuánta era la fuerza de Circe (308-319).

Pico, hijo de Saturno, fue rey de Ausonia y aficionado a los caballos de guerra. Tenía la figura que se ve en la estatua, y por la cual se puede suponer la verdadera. Como la figura, tenía el ánimo, y sus años no llegaban a los veinte. Lo pretendían las dríadas del Lacio, las náyades del Álbula y el Numicio y el Anio y el Almo o el Nar o el Fáfaro, y las habitantes del estanque de Diana escítica y los lagos cercanos (320-332).

Él amaba sólo a una ninfa nacida en el Palatino e hija de Venilia y de Jano, quien le fue entregada en cuanto maduró su juventud. Era excepcional en belleza, pero más en el canto, por lo cual se la llamó Cantante. Con su voz conmovía árboles y peñas, ablandaba a las fieras y detenía los ríos y las aves. En una ocasión, mientras ella cantaba, Pico había salido a caballo para cazar jabalíes en los campos laurentes, llevando en la mano 4os dardos y cubierto de una clámide roja con broche de oro (333-345).

Circe había venido allí también a cortar hierbas nuevas en los collados, y al punto que oculta en los matorrales vio al joven, se pasmó y dejó caer sus hierbas y sintió arder el interior de sus huesos. Tan pronto como fue dueña de sí, se confesó que lo ansiaba; pero no pudo alcanzarlo por la carrera de su caballo y los guardianes que lo rodeaban. Entonces se dice que él no escapará, aunque el viento lo arrebate, pues ella se conoce y sabe la fuerza de las hierbas y los conjuros (346-357).

Crea, pues, la imagen de un jabalí y manda que corra ante los ojos del rey y se introduzca en un bosque espeso donde no puede entrar la cabalgadura. Sin tardanza busca Pico la falsa presa, y desmonta y sigue a pie en la selva su vana esperanza. Circe repite sus oraciones y súplicas, e invoca a dioses desconocidos con las desconocidas fórmulas mágicas que suelen eclipsar a la luna y oponer nubes a la cabeza del Sol (358-368).

Se oscurece el cielo a su conjuro; el suelo se nubla, y yerran en sombras los compañeros del rey, y dejan de guardarlo. Allí le habla Circe:

Por sus ojos que robaron los de ella, por su belleza que hace que ella le suplique, aunque es una diosa, debe mirar su amor y recibir al Sol como suegro y no despreciar, inmovible, a Circe, la hija de tal padre (369-376).

Él le huye feroz y le advierte que no le pertenece; otra lo cautiva, ojalá que por mucho tiempo, y no mancillará su unión con amores extraños mientras los hados se la conserven. Circe, tras insistir muchas veces en vano, le asegura que no la despreciará impunemente; que no volverá a Cantante, y que aprenderá en ella aquello de que es capaz una mujer amante y herida (378-384).

Dos veces se vuelve al ocaso y al orto; tres conjuros dice, y tres veces toca al joven con su vara. Escapa él, pero al hacerlo se admira de su propia rapidez y ve que se cubre de plumas y, en

figura de ave, penetra indignado en las selvas del Lacio. Hiere con duro pico las encinas, y desahoga su ira en las ramas. Las plumas toman el color purpúreo de la clámide, su cuello adquiere el color del

broche de oro, y de lo que era, sólo le queda el nombre de pico (385-396).

En tanto, después de haberlo llamado insistentemente, y merced a que el viento y el sol habían disipado la niebla, hallan a Circe las gentes de Pico, la acusan, le reclaman a su rey, y usan su fuerza y se disponen a atacarla con armas. Esparce ella jugos venenosos e invoca a la Noche y sus dioses y a Erebo, a Caos y, ululando largamente, a Hécate. Hecho admirable, cambian las selvas de lugar y gime la tierra, palidecen los árboles, los prados son rociados de sangre, mugen roncamente las piedras y ladran los perros, y parecen cubrir negras sierpes el suelo, y volar las almas de los muertos. A los que están atónitos por tales prodigios, Circe les toca con su vara los admirados rostros y les da apariencia de fieras variadas.

Ninguno conserva su primera figura (397-415).

Se había puesto el sol, y Cantante había esperado en vano con los ojos y el alma a su esposo; alumbrándose con antorchas, los criados y el pueblo lo buscan en las selvas. A ella no le basta llorar, mesarse el cabello y golpearse el pecho como lo hace, y sale enloquecida y yerra así por los campos. Seis noches y seis

días la ven sin dormir ni comer, yendo al azar por montes y valles (416- 425).

Por último, el Tíber la siente, fatigada por el dolor y el camino, tenderse en sus márgenes y modular allí con dolor y llanto un canto débil y sombrío, como los del cisne moribundo. Licuadas sus medulas por el sufrimiento extremado, se adelgaza poco a poco hasta disolverse en el aire. Su fama permaneció en el lugar, al cual las antiguas musas llamaron Cantante por el nombre de la ninfa.

Muchas cosas así —termina el narrador— fueron oídas y vistas por él a lo largo de un año; lentos por la falta de costumbre, son otra vez mandados a navegar. Porque Circe les había anunciado dificultades y peligros en el mar, él decide quedarse en la costa donde hoy se encuentra (426-440).

Había acabado Macareo. La nodriza de Eneas es sepultada, y en su túmulo se pone una inscripción: El alumno conocido por su piedad, habiéndola salvado del fuego argólico, la ha quemado en el que debía hacerlo.

Se sueltan las amarras del terraplén herboso, y se alejan de las naves las insidias y la morada de la infame Circe. Los troyanos van a los bosques donde el Tíber desemboca en el mar con su arena rojiza; Eneas se apodera, no sin luchas, de la hija de Latino; se hace guerra contra gente feroz, y Turno se enfurece a causa de la esposa de la cual lo defraudan; toda la Tirrenia

combate contra el Lacio, y por largo tiempo las armas buscan la difícil victoria (441-453).

Muchos aliados extranjeros aumentan la fuerza de rútuos y troyanos; Eneas acude a Evandro no en vana, pero en vano Vénulo va a la ciudad de Diomedes, quien la había fundado bajo Dauno y tenía como dote sus campos. Luego que Vénulo cumple el encargo de Turno y le pide su ayuda, el héroe la niega: No quiere hacer entrar en guerra a la gente de su suegro, ni tiene gente suya a quien armar. Y explica que no son mentiras, y, aunque con pena, recuerda:

Después que Troya fue incendiada y los dánaos se saciaron en ella, y Áyax Oileo, por robar de Palas a Casandra, hizo caer sobre todos el castigo que él solo mereció, los griegos se dispersaron y padecieron rayos, lluvias, noche e ira de cielo y de mar y, para colmo, el Cafereo (454-472).

Grecia hubiera podido entonces desaparecer, dando lástima incluso a Príamo. A Diomedes lo salvó de las olas la guerrera Minerva; pero fue después expulsado de las tierras de su padre, y Venus lo castigó por la herida que él le infirió en otro tiempo. Tanto tuvo que luchar en el mar y en la tierra, que ha llamado a menudo felices a quienes murieron en la guerra o el Cafereo hizo naufragar, y ha querido ser uno de ellos (473-482).

Desmayan cansados de batallas y viajes sus compañeros, y piden ya detenerse; pero la encendida índole de Acmon, desesperado por tantas pérdidas, lo lleva a decir:

¿Qué es lo que los hombres se niegan a soportar? ¿Piensa Venus que hará lo que quiere? El temor mismo provoca los daños; cuanto peor es la suerte, más valor se ha de tener, y aun los males serán seguros. Que lo oiga la misma diosa y que odie, como lo hace, a los compañeros de Diomedes; ellos desprecian su odio, y su gran osadía les da fuerza grande (483-493).

Las palabras de Acmon reviven y estimulan la ira de Venus y complacen a unos cuantos; la

mayoría de sus amigos lo censuran, y mientras él intenta responder, la voz y la garganta se le adelgazan, sus cabellos se convierten en plumas, y las plumas le cubren cuello, pecho y espalda; los brazos adquieren plumas más largas y los codos se curvan en alas; se alargan los dedos de sus pies, y su boca se enrigidece en un pico. Lico, Idas, Nicteo, Rexenor y Abante, mientras lo admiran, reciben la misma figura, y la mayor parte de los hombres vuela con sonido alrededor de los remos. La apariencia de esas aves es parecida y distinta a la de los cisnes.

Por esas razones, Diomedes tiene ahora, como yerno de Dauno, su morada y parte de sus pobres campos, y una parte muy pequeña de sus propios hombres (494-511).

Vénulo deja el reino calidonio, el golfo peucetio y los campos mesapios, donde ve las grutas húmedas y sombreadas de árboles que Pan posee y que otrora tuvieron las ninfas ahuyentadas de allí por un pastor de Apulia. tste las aterró

súbitamente, pero al recobrar la calma lo despreciaron y volvieron a mover sus danzas. Las reprobaba el pastor, las imitaba en burla y las injuria. Y sólo se calla cuando un árbol cubre su garganta; pues se volvió en árbol, cuyo jugo conserva la señal de su lengua: es el acebuche de frutos amargos (512-526).

Al volver los embajadores con la negativa del Tídida, aun sin su ayuda mueven los rútuos la guerra preparada, y de ambas partes se vierte sangre copiosa.

He aquí que. Turno lleva antorchas a las naves que, perdonadas por el mar, están en peligro de arder. Ya devora la llama la pez y la cera y sus demás pábulos; ya sube por el mástil a las velas, y los bancos humean; entonces la Madre de los dioses, recordando que estaban hechas de pinos cortados en el Ida, llena el aire con tintines de bronce y murmullo de flautas, vuela en su carro llevado por leones y dice a Turno: Es sacrílega la mano con que arroja ese fuego, y ella no ha de tolerar que consuma miembros y partes de sus bosques (527-541).

Truena al punto el cielo, caen chubascos y granizo que turban el mar, los vientos chocan. Cibele, con la fuerza de uno de éstos, rompe las amarras de las naves troyanas, las empuja al mar y allí las sumerge. La madera se ablanda y se convierte en carne; las popas toman figura de cabezas; los remos, de dedos y piernas; los costados siguen siendo costados, y la quilla se transforma en espinazo. Cabellos se hacen las velas; las antenas, brazos; su color es cerúleo; transformadas en náyades, juegan en el agua que antes temían. Nacidas en el monte, viven

en el agua y no recuerdan su origen (542-558). No olvidan, con todo, sus peligros en el mar, y a menudo sostienen por debajo las naves maltratadas, a menos que transporten griegos; pues se acuerdan de Troya y odian a éstos. Vieron, así, con alegría los trozos de la nave de Ulises, y volverse en roca la de Alcinoos (559-565).

Hubo esperanza de que Turno, ante este prodigio, renunciara a seguir la guerra. La prosigue, y tienen dioses favorables ambos y, lo que es como tener dioses, tienen ánimos. Ya no les preocupan el reino del suegro ni Lavinia, sino sólo vencer, y por la vergüenza de dejarlas continúan las guerras. Por fin, Venus mira a Eneas vencedor, y caen Turno y Árdea, poderosa porque Turno la defendía. Después que ésta ardió, del cúmulo de sus cenizas alzó vuelo un ave hasta allí desconocida, y golpeó las cenizas con las alas. Ruido, flacura y palidez y cuanto es propio de la ciudad tomada, permanece en ella. Y también le queda su nombre. La misma Árdea expresa su dolor con el sonido de sus alas (566-580).

Ya la piedad de Eneas y su valor habían obligado a los dioses, inclusive a Juno, a dejar sus iras, y asegurado el futuro de Julo, el hijo de Venus era oportuno para el cielo. Ésta había rogado a los dioses y dicho, abrazando el cuello de Júpiter:

El padre nunca ha sido duro con ella; ahora le pide que sea blandísimo, y le dé a su Eneas, de quien es abuelo, el carácter divino, así sea en mínimo grado. No es justo bajar dos veces al infierno. Los dioses asintieron, entre ellos Juno que se conmovió

y afirmó con rostro aplacado, y Júpiter habló: Son dignos de la divinidad ella que pide y aquel por quien pide. Que Venus tome lo que quiere (581-595).

Se goza y lo agradece la diosa, y llevada en el aire por sus palomas vuela a la costa laurente, donde cubierto de cañas fluye al mar el Numicio, y le ordena lavar a Eneas cuanto tiene de mortal y arrastrar eso al mar. La obedece el río y purifica al héroe con sus aguas. Sólo queda de él la parte óptima. Venus unge el cuerpo lustrado, y poniendo en sus labios néctar y ambrosía, lo convierte en

el dios a quien los romanos llaman Indigete, y lo honra con templos y altares (596-608).

Allí, bajo Julo Ascanio, fueron Alba y la cosa latina; lo sucedió Silvio, a quien siguió un nuevo Latino; tras éste vinieron Alba y Epito y Capis y Capeto. Tiberino llegó después de ellos, y dio su nombre al río Tusco. Él engendró a Réculo y Acrotas; el primero quiso imitar el rayo y murió por el rayo; Acrotas, menos jactancioso, transmitió el reino a Aventino, quien dio su nombre al monte en el cual fue sepultado (609-621).

Y ya reina Procas y bajo él vive Pomona, la hamadriada latina más hábil en cultivar los jardines y cuidar los pomos de los árboles, de los cuales toma su nombre; ella no ama las selvas y los ríos sino el campo y los frutos felices; no lleva en la mano dardos sino la hoz con que poda las ramas, e injerta vástagos

en la abierta corteza, e irriga con agua corriente las sedientas raíces (622-633).

Tales son su amor y su afán; no ambiciona a Venus, y temerosa de los agrestes, cierra por dentro sus pomares y evita contactos viriles. No hubo nada que, por adueñarse de ella, no hicieran los Sátiros, los Panes y Sileno, juvenil a pesar de su edad, y Príapo que con hoz o con falo espanta a los ladrones; pero más que ellos la amó Vertumno, y no más felizmente (634-642).

Muchas veces tomó la figura del segador y llevó en canastas las espigas; muchas, con las sienes atadas con heno, pareció haber volteado la hierba; a menudo se vio como si hubiera terminado de arar y llevara aún el agujón en la mano; con la hoz, era mondador y podador de vides; si apoyaba la escalera, se asemejaba al que corta la fruta; con espada, era soldado; pescador, con la caña, y usando de sus muchas apariencias, pudo en muchas ocasiones ver la hermosura de la ninfa (643-653).

Cubierto con una mitra, apoyado en un báculo, encanecido, fingió ser una anciana y entró así en los jardines de Pomona; los admiró, llamó poderosa a su dueña, y la besó como no lo hubiera hecho una anciana. Luego se sentó en el suelo y miró de abajo las ramas que encorvaban los frutos de otoño. Frente a ella estaba un olmo con su vid cargada de racimos; los aprobó a ambos, y dijo que si no fuera por la vid, el olmo sólo sería buscado por su follaje; además, si no fuera por el olmo, la vid se postraría en la tierra. Que Pomona mire ese ejemplo y no

se niegue a casarse. Si quisiera, tendría más pretendientes que Helena, Hipodamia y Penélope. Aun hoy, que huye y desdeña a quienes la siguen, la desean innumerables hombres y semidioses y dioses, todos los de los montes Albanos (654-674).

Pero si es sabia y quiere casarse bien y oír a la anciana que le habla y la ama más que todos y que cuanto ella cree, que rechace un matrimonio vulgar y se una a Vertumno, por el cual se da en prenda porque le es conocido mejor que a nadie y no anda por el mundo, sino habita en ese mismo lugar; además, no es como muchos de sus pretendientes que hace poco la vieron; ella le será el primero y el último amor, y a ella le entregará su vida (675-683).

Es joven además, y tiene natural decoro y la facultad de convertirse en todas las figuras; en lo que ella mande, cualquier cosa que sea, se volverá. Ambos aman lo mismo; él tiene el primero las pomas que ella cuida, y retiene con alegre mano sus regalos. Pero ya no desea los frutos ni las plantas del jardín ni nada sino a ella. Que se apiade de su amor, y crea que él mismo le ruega por boca de la anciana. Tema también la aversión de Venus y la ira recordadora de Némesis, y para que mejor lo haga, le va a contar —la vejez le dio saber muchas cosas— una historia sabida por toda Cipros; a fin de que con oírla se conmueva y suavice (684-697). Ifis, de familia humilde, había visto a Anaxareta la descendiente de Teucro y la había amado al instante. Cuando, luego de mucho luchar, vio que la razón no podía vencer al amor, fue a su morada y rogó a su

nodriza que lo ayudara a conquistarla, y con halagos buscó el favor de sus muchos criados. Le escribió también a menudo, colgó en sus puertas guirnaldas mojadas en lágrimas, tendido en sus umbrales injurió los cerrojos (698-710).

Ella, más cruel que el mar tempestuoso y más dura que el hierro de Nórica y la roca inamovible, lo desprecia burlándose, y a sus hechos añade su soberbia, y quita las esperanzas del amante. Ifis no puede tolerarlo y se despide ante sus puertas: Anaxareta lo venció y no tendrá que tolerarlo más; que prepare sus triunfos y llame a Apolo y se ciña sus laureles. Él muere; que ella, de hierro, se

goce (711-720).

Empero, será forzada a admirar algo de su amor, que le será agradable; reconocerá su mérito: renuncia a ella al mismo tiempo que la vida, y se priva a la vez de la doble luz. Y no será la fama, sino él mismo, quien le anunciará su muerte, pues ella podrá saciar su crueldad viéndolo difunto. Que los dioses que miran los hechos humanos lo recuerden, no pide más, y que hagan que dure en la fama lo que no llegó a durar en la vida (721-732).

Después de hablar, suspendió un lazo de la puerta que- ornara a menudo de flores, y alzando los ojos húmedos y los brazos pálidos, preguntó a la amada si le placían esas guirnaldas; en seguida metió la cabeza en el lazo, y volviéndose a ella, se

colgó de allí. Golpeada por sus pies, la puerta pareció sonar y temblar y gemir, y con eso anunció lo que sucedía; muerto ya, los criados lo llevan a la casa de su madre, quien lo abraza en su regazo y, luego de las palabras y los hechos propios de las madres en casos tales, conduce a mitad de la ciudad su cadáver y el féretro destinado a la pira (733-747).

Por casualidad, la casa de Anaxareta es vecina a la calle donde pasa el desfile luctuoso, y ella, empujada por un dios vengador, escucha su ruido. Se conmueve y, para ver el funeral, entra en una habitación de grandes ventanas. Apenas mira bien el cadáver de Ifis, sus ojos se inmovilizan y la sangre le huye y la hace palidecer; quiere retroceder: está fija; no consigue, cuando lo procura, apartar el rostro.

Poco a poco la piedra toma el cuerpo en donde estuvo desde mucho antes (748-758).

Y que Pomona no piense que esto es mentira; en Salamina todavía está la estatua de Anaxareta, en el templo de Venus que Mira. Que recordándolo deje su orgullo y se una a Vertumno. Así el invierno no quemará sus frutos nacientes ni el viento sacuda sus árboles floridos (759-764).

Tras hablar así, abandona el dios la figura y los enseres de vieja y toma su traza juvenil, apareciéndose ante ella como el sol que vence los nublados y resplandece puro. Se dispone a forzarla, pero no es necesario que lo haga: la ninfa se enamora del dios y comparte su pasión (765- 771).

Los soldados del injusto Amulio rigieron a Italia en seguida; por obra de sus nietos, el viejo Numitor recobra luego el reino perdido, y las murallas de Roma se fundan en las fiestas Palilias. Hacen la guerra Tacio y los padres sabinos, y habiendo abierto las puertas de la plaza, muere Tarpeya bajo un montón de escudos (772-777).

Después los de Cures, callando como lobos, atacan a los romanos dormidos y van a las puertas cerradas por el hijo de Ilia. La misma Juno les abre una silenciosamente, y sólo Venus lo advierte; no la cierra de nuevo, porque los dioses no pueden deshacer lo hecho por los dioses.

Las náyades itálicas tenían un fuente junto al templo de Jano; Venus les pide ayuda y ellas, pues es justo lo que solicita, se la conceden y hacen brotar corrientes de agua, que empero no bastan a cerrar el abierto camino. Entonces la hacen hervir con azufre y betumen (778-792).

Entra el calor hasta lo profundo de la fuente, y las aguas que poco antes competían con el frío de los Alpes, arden como el fuego, y con rocío de llamas riegan la puerta vanamente ofrecida a los sabinos, mientras se arman los soldados de Roma. Luego que avanzó Rómulo y se cubrió la tierra de cadáveres sabinos y romanos, y las espadas mezclaron la sangre de suegros y yernos, se conviene en no proseguir la guerra y establecer la paz, asociando a Tacio en el reino (793-804).

Había muerto Tacio, y Rómulo regía justamente a sabinos y romanos, cuando Marte quitándose el yelmo habla a Júpiter:

Ha llegado el tiempo, pues Roma se establece sólidamente y no depende de uno solo, de dar el premio prometido a él y a su hijo, y apartando a éste de la tierra, ponerlo en el cielo. Pues Marte recuerda que Júpiter así se lo ofreció, y tiene en el ánimo sus palabras. Que ahora las cumpla (804- 815).

Asintió el sumo dios y ocultó el cielo con nubes oscuras y aterró el mundo con el rayo. Marte comprendió que eran los signos de su aprobación; apoyándose en su lanza subió al carro de sangriento timón y azotó a sus caballos; llevado por ellos, bajó al Palatino en cuya cima se detuvo. Allí arrebató a Rómulo mientras daba a los romanos civiles derechos. El cuerpo de éste se deshizo

en el aire, como se derrite la bala de plomo lanzada por la honda, y le quedó una apariencia digna de los dioses y semejantes a la de Quirino vestido de trábea (816-828).

Mientras esposa Hersilia lo llora, Juno le ordena a Iris que le diga: decoro principal de latinos y sabinos, digna antes de Rómulo, lo es también ahora de Quirino; que deje de llorar, y si se preocupa por ver a su esposo, vaya con la mensajera al monte de Quirino, donde un bosque sagrado da sombra al templo de Rómulo.

Iris obedece, y bajando a la tierra por su arco de colores, lleva a Hersilia sus mandatos (829- 839).

Ésta, alzando apenas los vergonzosos ojos, le responde:

Que la diosa, pues aunque no la conoce sabe que es una diosa, la guíe hasta el esposo y le muestre su rostro. Ella confesará que ha obtenido el cielo, si el destino le concede ver a aquél una vez más. Sin tardanza, penetra con Iris en el monte de Rómulo; allí cae en la tierra un astro del cielo, cuya lumbre arrastra hacia arriba a Hersilia con el cabello incendiado. La recibe el fundador de Roma en sus manos que ella conoce, y cambia a la vez su nombre y su cuerpo: se llama Hora, y es diosa unida a Quirino (840-851).

Iamque Giganteis iniectam faucibus Aetnae arvaque Cyclopium,
quid rastra, quid usus aratri, nescia nec quicquam iunctis
debentia bubus liquerat Euboicus tumidarum cultor aquarum,
liquerat et Zanclen adversaque moenia Regi 5
navifragumque fretum, gemino quod litore pressum Ausoniae
Siculaeque tenet confinia terrae.

inde manu magna Tyrrhena per aequora vectus herbiferos adiit
colles atque atria Glaucus

Sole satae Circes, variarum plena ferarum. 10 quam simul
adspexit, dicta acceptaque salute, 'diva, dei miserere, precor!
nam sola levare

tu potes hunc,' dixit 'videar modo dignus, amorem. quanta sit
herbarum, Titani, potentia, nulli

quam mihi cognitius, qui sum mutatus ab illis. 15 neve mei non
nota tibi sit causa furoris:

litore in Italico, Messenia moenia contra,

Scylla mihi visa est. pudor est promissa precesque
blanditiasque meas contemptaque verba referre;

at tu, sive aliquid regni est in carmine, carmen 20 ore move
sacro, sive expugnacior herba est,

utere temptatis operosae viribus herbae

nec medeare mihi sanesque haec vulnera mando, fine nihil opus
est: partem ferat illa caloris.'

at Circe (neque enim flammis habet aptius ulla 25 talibus
ingenium, seu causa est huius in ipsa,

seu Venus indicio facit hoc offensa paterno,) talia verba refert:

'melius sequerere volentem optantemque eadem parilique
cupidine captam. dignus eras ultro (poteras certeque) rogari, 30
et, si spem dederis, mihi crede, rogaberis ultro. neu dubites
absitque tuae fiducia formae,

en ego, cum dea sim, nitidi cum filia Solis,

carmine cum tantum, tantum quoque gramine possim,
ut tua sim, voveo. spernentem sperne, sequenti 35 redde vices,
unoque duas ulciscere facto.'

talia temptanti 'prius' inquit 'in aequore frondes' Glaucus 'et in
summis nascentur montibus algae, Sospite quam Scylla nostri
mutentur amores.'

Escila (III), Glauco y Circe

1 Y ya, arrojado dentro de unas fauces de Gigante al Etna,
2 y los campos de los Cíclopes, ignorantes de qué cosa los
rastrillos, cuál el uso

3 del arado, y que nada a los ayuntados bueyes deben,
4 había dejado atrás el euboico habitante de las henchidas
aguas.

5 Había dejado también Zancle y las opuestas murallas de
Regio, 5

6 y el naufragador estrecho que, presa de un gemelo litoral,
7 de la tierra ausonia y de la siciliana tiene los confines.

8 De ahí, con su mano grande desplazándose a través de los
tirrenos mares,

9 a los herbosos collados acude y los atrios Glauco

10 de la hija del Sol, Circe, de coloridas fieras llenos. 10

11 A quien una vez hubo visto, dicho y recibido el saludo:
12 «Divina, de un dios apiádate, te lo suplico, pues sola aliviar
13 tú puedes», dijo, «si sólo te parezco digno, este amor.
14 Cuánta sea de las hierbas, Titania, el poder, para nadie
15 que para mí más conocido, quien he sido mutado por
ellas, 15
16 y para que no conocida no sea para ti la causa del delirio
mío:
17 en un litoral de Italia, de las mesenias murallas en contra,
18 a Escila vi. Pudor da las promesas, las súplicas,
19 las ternuras mías y despreciadas palabras referir.
20 Mas tú, si alguna soberanía hay en tu canción, una
canción 20
21 con tu boca sagrada mueve, o si más expugnadora la
hierba es,
22 usa las tentadas fuerzas de una efectiva hierba,
23 y no que me cures a mí y sanes estas heridas que tengo,
mando,
24 de su fin ninguna necesidad hay: que parte lleve ella de
este calor».
25 Mas Circe -pues no tiene más apto ninguna su ingenio 25

26 para llamas tales, ya sea que el origen esté de tal cosa en
ella misma,

27 ya sea que Venus causa tal cosa, ofendida por la delación
de su padre-

28 tales palabras le devuelve: «Mejor persigue a quien desee
29 y ansíe lo mismo, y de parejo deseo cautivada.

30 Digno eras todavía, y podrías serlo ciertamente, de ser
rogado, 30

31 y si esperanza dieras, a mí créeme, serías rogado todavía.

32 Y para que no lo dudes y te falte confianza en tu
hermosura,

33 heme aquí, cuando diosa sea, cuando hija del nítido Sol,
34 con el encantamiento cuando tanto, tanto también con la
grama pueda,

35 que por ser tuya hago votos. A la que te desprecia
desprecia, a la que te sigue 35

36 dale las tornas, y con un solo acto a dos vengar puedes.

37 A la que tal intentaba: «Antes -dice- en la superficie
frondas

38 -Glauco-, y en los supremos montes nacerán algas,
39 que en vida de Escila se muten nuestros amores».

indignata dea est et laedere quatenus ipsum 40 non poterat
(nec vellet amans), irascitur illi,

quae sibi praelata est; venerisque offensa repulsa, protinus
horrendis infamia pabula sucis

conterit et tritis Hecateia carmina miscet caeruleaque induitur
velamina perque ferarum 45 agmen adulantum media procedit
ab aula oppositumque petens contra Zancleia saxa Region
ingreditur ferventes aestibus undas,

in quibus ut solida ponit vestigia terra

summaque decurrit pedibus super aequora siccis. 50 parvus
erat gurgis, curvos sinuatus in arcus, grata quies Scyllae: quo
se referebat ab aestu

et maris et caeli, medio cum plurimus orbe sol erat et minimas a
vertice fecerat umbras.

hunc dea praevitiat portentificisque venenis 55 inquinat; hic
pressos latices radice nocenti spargit et obscurum verborum
ambage novorum ter noviens carmen magico demurmurat ore.

Scylla venit mediaque tenus descenderat alvo, cum sua foedari
latrantibus inguina monstris 60 adspicit ac primo credens
non corporis illas

esse sui partes, refugitque abigitque timetque ora proterva
canum, sed quos fugit, attrahit una

et corpus quaerens femorum crurumque pedumque Cerbereos
rictus pro partibus invenit illis: 65 statque canum rabie

subiectaque terga ferarum inguinibus truncis uteroque exstante
coercet.

Flevit amans Glaucus nimiumque hostiliter usae viribus
herbarum fugit conubia Circes;

Scylla loco mansit cumque est data copia, primum 70

in Circes odium sociis spoliavit Ulixem; mox eadem Teucras
fuerat mensura carinas,

ni prius in scopulum, qui nunc quoque saxeus exstat,

transformata foret: scopulum quoque navita vitat.

Hunc ubi Troianae remis avidamque Charybdin 75 evicere rates,
cum iam prope litus adessent Ausonium, Libycas vento
referuntur ad oras. excipit Aenean illic animoque domoque

non bene discidium Phrygii latura mariti Sidonis; inque pyra
sacri sub imagine facta 80 incubuit ferro deceptaque decipit

omnes. rursus harenosae fugiens nova moenia terrae ad
sedemque Erycis fidumque relatus Acesten sacrificat

tumulumque sui genitoris honorat. quasque rates Iris Iunonia
paene cremarat, 85 solvit et Hippotadae regnum terrasque

calenti sulphure fumantis Acheloiadumque relinquit Sirenum
scopulos, orbataque praeside pinus Inarimen Prochytenque

legit sterilique locatas

colle Pitheculas, habitantum nomine dictas. 90

quippe deum genitor, fraudem et periuria quondam Cercopum
exosus gentisque admissa dolosae,

in deforme viros animal mutavit, ut idem dissimiles homini
possent similesque videri,

40 Se indignó la diosa, y por cuanto dañarle a él mismo 40

41 no podía -ni quería, amándole-, se encona con la que

42 a ella habíase antepuesto, y de su Venus por el rechazo
ofendida

43 en seguida infames pastos de horrendos jugos juntos

44 maja, y triturados hecateios encantos les mezcla

45 y de azules velos se viste y a través de su tropel 45

46 de fieras adadoras sale de mitad de su aula

47 y dirigiéndose, opuesto contra las rocas de Zancle,

48 hacia Regio, entra en el bullir de las hirvientes olas,

49 en las cuales como en sólida tierra pone sus huellas

50 y recorre sobre lo alto las superficies a pies secos. 50

51 Pequeño había un abismo, ensenado en curvos arcos,

52 grato descanso de Escila, adonde ella se retiraba del
hervor

53 del mar y del cielo, cuando muchísimo en mitad de su orbe

54 el sol era y mínimas desde su vértice hiciera las sombras.

55 Éste la diosa previamente lo malogra, y con venenos
hacedores de portentos 55

56 lo inquina. Aquí, exprimidos líquidos de una raíz dañosa

57 asperja, y, oscuro, del rodeo de sus palabras nuevas,

58 en tres novenas la canción largamente murmura con su
mágica boca.

59 Escila llegó y hasta el vientre en su mitad había
descendido,

60 cuando desfigurarse sus ingles merced a monstruos que
ladraban 60

61 contempló y, al principio, creyendo que no aquellas

62 de su cuerpo eran partes, rehúye y espanta y teme

63 las bocas protervas de los perros, pero a los que huye
consigo arrastra a una,

64 y el cuerpo buscando de sus muslos, y piernas, y pies,

65 cerbéreos belfos en vez de las partes aquellas encuentra:

65

66 y se yergue por la rabia de los perros, y esas espaldas de las fieras,

67 sometidas a sus ingles truncas y a su útero perviviente, contiene.

68 Lloro enamorado Glauco y de la que demasiado hostilmente había usado

69 las fuerzas de las hierbas, huye de las bodas de Circe.

70 Escila en ese lugar permaneció y cuando le fue dada ocasión, 70

71 primero por odio de Circe, de sus aliados expolió a Ulises,

72 luego, ella misma, hubiera hundido las teucrias quillas,

73 si no antes en la peña que también ahora rocosa pervive

74 transformada hubiera sido: su peña también el navegante evita.

El peregrinaje de Eneas (III): Italia

75 A ella cuando a remos, y a la ávida Caribdis, 75

76 vencieron los barcos troyanos, cuando ya cerca del litoral ausonio se hallaban,

77 por el viento son devueltos a las orillas líbicas.

78 Recibe a Eneas allí en su ánimo y en su casa quien no bien

79 la separación de su frigio marido había de soportar,

80 la Sidónide, y en una pira, en la figuración de un sacrificio
hecha, 80

81 se postró sobre un hierro y defraudada defraudó a todos.

82 De nuevo, huyendo de las nuevas murallas de esa arenosa
tierra,

83 hacia la sede del Érix devuelto y al fiel Acestes,

84 sacrifica él, y el túmulo de su padre honora.

85 Y esos barcos que Iris la Junonia casi había quemado 85

86 desata, y del Hipótada el reino y las tierras humantes

87 de caliente azufre y las peñas de las Aqueloides deja atrás,

88 las de las Sirenas, y huérfano de su conductor ese pino

89 la Inárima y Próquite escoge, y en un estéril collado

90 situadas las Pitecusas, de sus habitantes con el nombre
dichas. 90

Los Cércopes

91 Como que de los dioses el padre, el fraude y los perjurios
de los Cércopes

92 un día aborreciendo y las comisiones de esa gente dolosa,

93 en un desfigurado ser a sus varones mutó, de modo que
igualmente

94 desemejante al humano y semejantes parecen,

membraque contraxit naresque a fronte resimas 95 contudit et
rugis peraravit anilibus ora

totaque velatos flamenti corpora villo

misit in has sedes nec non prius abstulit usum verborum et
natae dira in periuria linguae; posse queri tantum rauco stridore
reliquit. 100

Has ubi praeteriit et Parthenopeia dextra moenia deseruit,
laeva de parte canori

Aeolidae tumulum et, loca feta palustribus ulvis, litora Cumarum
vivacisque antra Sibyllae

intrat et, ut manes adeat per Averna paternos, 105 orat. at illa
diu vultum tellure moratum

erexit tandemque deo furibunda recepto 'magna petis,' dixit, 'vir
factis maxime, cuius dextera per ferrum, pietas spectata per
ignes.

pone tamen, Troiane, metum: potiere petitis 110 Elysiasque
domos et regna novissima mundi

me duce cognosces simulacraque cara parentis. in via virtuti
nulla est via.' dixit et auro fulgentem ramum silva Iunonis

Avernae monstravit iussitque suo divellere trunco. 115 paruit
Aeneas et formidabilis Orci

vidit opes atavosque suos umbramque senilem magnanimi
Anchisae; didicit quoque iura locorum, quaeque novis essent
adeunda pericula bellis.

inde ferens lassos averso tramite passus 120 cum duce Cumaea
mollit sermone laborem.

dumque iter horrendum per opaca crepuscula carpit, 'seu dea
tu praesens, seu dis gratissima,' dixit, 'numinis instar eris
semper mihi, meque fatebor muneris esse tui, quae me loca
mortis adire, 125 quae loca me visae voluisti evadere mortis.

pro quibus aerias meritis evectus ad auras templa tibi statuam,
tribuam tibi turis honores.' respicit hunc vates et suspiratibus
haustis

'nec dea sum,' dixit 'nec sacri turis honore 130 humanum
dignare caput, neu nescius erres,

lux aeterna mihi carituraque fine dabatur, si mea virginitas
Phoebo patuisset amanti.

dum tamen hanc sperat, dum praecorrumpere donis me cupit,
"elige," ait "virgo Cumaea, quid optes: 135 optatis potiere tuis."
ego pulveris hausti

ostendens cumulum, quot haberet corpora pulvis,

tot mihi natales contingere vana rogavi;

excidit, ut peterem iuvenes quoque protinus annos. hos tamen ille mihi dabat aeternamque iuventam, 140 si Venerem paterer: contempto munere Phoebi innuba permaneo; sed iam felicior aetas

terga dedit, tremuloque gradu venit aegra senectus, quae patienda diu est. nam iam mihi saecula septem acta, tamen superest, numeros ut pulveris aequem, 145 ter centum messes, ter centum musta videre. tempus erit, cum de tanto me corpore parvam

longa dies faciet, consumptaque membra senecta ad minimum redigentur onus: nec amata videbor nec placuisse deo, Phoebus quoque forsitan ipse 150 vel non cognoscet, vel dilexisse negabit:

y sus miembros contrajo, y sus narices, de la frente remangadas, 95 aplastó y de arrugas roturó de vieja su cara, y velados en todo el cuerpo de un dorado vello

los mandó a estas sedes y no dejó antes de arrebatárles el uso de las palabras y, nacida para los perjuros, de su lengua.

El poder lamentarse sólo con un ronco chirrido les dejó. 100

El peregrinaje de Eneas (IV): la Sibila

Cuando éstas hubo preterido y a la diestra de Parténope las murallas abandonó, por la izquierda parte del canoro Eólida en el túmulo y, lugares preñados de palustres ovas, en los litorales de Cumas y en las cuevas de la vivaz Sibila

entra y que a los manes paternos él acuda a través de los Avernos, 105 le ruega. Mas ella su rostro, largo tiempo en la tierra demorado,

erigió, y, al fin, delirante del dios por ella recibido:

«Grandes cosas pretendes», dijo, «varón por tus hechos el más grande,

cuya diestra a través del hierro, su piedad a través de los fuegos se han contemplado. Deja aun así, Troyano, el miedo: dueño serás de tus pretensiones 110 y las Elisias moradas y los reinos postreros del mundo

conmigo de guía conocerás y las efigies amadas de tu padre.

Inviabile para la virtud ninguna vía hay», dijo y fulgente de oro una rama en el bosque de la Averno Juno

le mostró y le ordenó desgajarla de su tronco. 115 Obedeció Eneas y del formidable Orco

vio las riquezas y los antepasados suyos y la sombra anciana del magnánimo Anquises. Aprendió también las leyes de esos lugares y cuáles los peligros que habían de ser arrostrados en nuevas guerras.

De ahí, llevando sus fatigados pasos por la opuesta senda, 120
con su guía Cumea suaviza en la conversación el esfuerzo.

Y mientras el camino horrendo a través de los opacos
crepúsculos coge:

«Si una diosa tú presente, o si a los dioses gratisima -dijo-:

de un numen en la traza estarás siempre para mí, y confesaré
que yo

de regalo tuyo existo, tú, quien, que yo a los lugares de la
muerte entrara, 125 quien de esos lugares que yo saliera,
quisiste, de la muerte por mí vista. Por esos méritos, tras llegar
yo del aire a las auras,

unos templos te alzaré y te otorgaré unos honores de incienso».

Se vuelve a mirarle la vidente y unos suspiros tomando:

«Ni diosa soy», dijo, «ni de sagrado incienso con el honor 130
dignes una humana cabeza, y para que ignorante no yerres:
una luz eterna a mí y el carecer de final se me concedía
si mi virginidad hubiese padecido a Febo, mi enamorado.

Mientras esperanza tiene de ella, mientras previamente
sobornarme con dones

ansía: «Elige», dice, «virgen Cumea, qué deseas. 135 De tus
deseos serás dueña». Yo de polvo cogido

le mostré un puñado: cuantos tuviera de cuerpos ese polvo,
tantos cumpleaños a mí me alcanzaran, vana, le rogué.

Se me pasó pedir jóvenes también en adelante esos años: éstos con todo él me los daba, y la eterna juventud, 140 si su Venus padecía. Despreciado el regalo de Febo célibe permanezco.

Pero ya la más feliz edad

sus espaldas me ha dado, y con tembloroso paso viene la enferma vejez,

que de sufrir largo tiempo he. Pues ya, aunque para mí siete siglos han pasado, aun así resta, para que los números del polvo iguale, 145 trescientas mieses, trescientos mostos ver.

Un tiempo habrá cuando, de tan gran cuerpo, a mí pequeña el largo día me hará, y mis miembros consumidos por la vejez se reduzcan a una mínima carga, y ni amada haber sido pareceré

por un dios, ni haberle complacido: Febo también quizás, él mismo, 150

o no me conocerá o que me amó negará,

usque adeo mutata ferar nullique videnda,

voce tamen noscar; vocem mihi fata relinquent.'

Talia convexum per iter memorante Sibylla sedibus Euboicam
Stygiis emergit in urbem 155 Troius Aeneas sacrisque ex more
litatis

litora adit nondum nutricis habentia nomen.

hic quoque substiterat post taedia longa laborum Neritius
Macareus, comes experientis Ulixis. desertum quondam mediis
qui rupibus Aetnae 160 noscit Achaemeniden improvisoque
reperit

vivere miratus, 'qui te casusve deusve

servat, Achaemenide? cur' inquit 'barbara Graium prora vehit?
petitur vestra quae terra carina?'

talia quaerenti, iam non hirsutus amictu, 165 iam suus et spinis
conserto tegmine nullis,

fatur Achaemenides: 'iterum Polyphemon et illos adspiciam
fluidos humano sanguine rictus,

hac mihi si potior domus est Ithaceque carina,

si minus Aenean veneror genitore, nec umquam 170 esse satis
potero, praestem licet omnia, gratus. quod loquor et spiro
caelumque et sidera solis respicio, possimne ingratus et
inmemor esse? ille dedit, quod non anima haec Cyclopi in ora
venit, et ut iam nunc lumen vitale relinquam, 175 aut tumulo aut
certe non illa condar in alvo.

quid mihi tunc animi (nisi si timor abstulit omnem sensum
animumque) fuit, cum vos petere alta relictus aequora
conspexi? volui inclamare, sed hosti prodere me timui: vestrae
quoque clamor Ulixis 180 paene rati nocuit. vidi, cum monte
revulsum inmanem scopulum medias permisit in undas;

vidi iterum veluti tormenti viribus acta

vasta Giganteo iaculantem saxa lacerto

et, ne deprimeret fluctus ventusve carinam, 185 pertimui, iam
me non esse oblitus in illa.

ut vero fuga vos a certa morte reduxit,

ille quidem totam gemebundus obambulat Aetnam

praetemptatque manu silvas et luminis orbis rupibus incursat
foedataque bracchia tabo 190

in mare protendens gentem exsecratur Achivam atque ait: "o si
quis referat mihi casus Ulixem, aut aliquem e sociis, in quem
mea saeviat ira, viscera cuius edam, cuius viventia dextra
membra mea laniem, cuius mihi sanguis inundet 195 guttur, et
elisi trepident sub dentibus artus:

quam nullum aut leve sit damnum mihi lucis ademptae!" haec et
plura ferox, me luridus occupat horror spectantem vultus
etiamnum caede madentes crudelesque manus et inanem
luminis orbem 200 membraque et humano concretam sanguine
barbam. mors erat ante oculos, minimum tamen illa malorum,

et iam prensurum, iam nunc mea viscera rebar in sua
mersurum, mentique haerebat imago temporis illius, quo vidi
bina meorum 205

ter quater adfligi sociorum corpora terrae, cum super ipse
iacens hirsuti more leonis

visceraque et carnes cumque albis ossa medullis

hasta tal punto mutada se me llevará y para nadie visible,
por mi voz, aun así, se me conocerá. La voz a mí los hados me
dejarán».

Aqueménides

Mientras tales cosas a través del convexo camino mencionaba
la Sibila, de las sedes estigias emerge el troyano Eneas hacia la
ciudad 155 eubea, y propiciados unos sacrificios según la
costumbre,

a las costas acude que todavía de su nodriza no tenían el
nombre. Aquí también se había detenido, después de los hastíos
largos de sus labores, el Neritio Macareo, compañero del
sufridor Ulises.

El cual, al que había sido abandonado un día en medio de las
peñas del Etna 160

reconoce, a Aqueménides, y al encontrarlo de improviso, de que viva asombrado: «¿Qué azar a ti, o dios,

te guarda, Aqueménides? ¿Por qué», dice, «una bárbara proa a ti, un griego, te porta? ¿Se dirige vuestra quilla a qué tierra?».

A quien tal preguntaba, ya no toscó en su atavío, 165

ya suyo él, y no trabado su sombrero de espinas ningunas, dice Aqueménides: «Que de nuevo a Polifemo y aquellas comisuras yo contemple, fluidas de sangre humana,

si mi casa que esta quilla para mí mejor es, o Ítaca,

si menos a Eneas venero que a mi padre, y nunca 170

estarle bastante agradecido podré, aunque se lo ofreciera todo.

Puesto que hablo y respiro y el cielo y los astros del sol contemplo, ¿podría ingrato y olvidado serle?

Él me dio el que este aliento mío a la boca del Cíclope

no haya venido, y aunque ya ahora la luz vital abandone yo, 175 en un túmulo, o ciertamente no se me sepultará en aquel vientre.

¿Qué ánimo entonces era el mío -a no ser que el temor me haya robado todo el sentido y mi ánimo-, cuando a vosotros, dirigidos a las altas superficies, abandonado, contemplé? Quise gritaros, pero a mi enemigo entregarme temí: a vuestro barco incluso el grito 180

de Ulises casi hizo daño. Yo vi cuando de monte desgajada una
ingente peña lanzó en medio de las ondas,
vi de nuevo, como por las fuerzas de una catapulta llevadas,
vastas rocas que él disparaba con su brazo de Gigante,
y que no hundiera ese oleaje o esa piedra la quilla, 185 mucho
temí, ya que yo no estaba en ella olvidado.

Pero cuando la huida os retornó de una certera muerte, él
ciertamente todo el Etna deambula gemebundo,
y por delante tiente con la mano los bosques, y de su luz
huérfano contra las peñas se lanza, y sus brazos, desfigurados
de la sanguaza, 190 tendiendo al mar, maldice la raza aquiva
y dice: «Oh si algún azar a mí me devuelve a Ulises
o a alguno de sus aliados, contra el que se ensañe mi ira, las
entrañas del cual me coma, cuyos vivientes miembros con mi
diestra despedace, cuya sangre a mí me inunde 195
la garganta y aplastadas tiemblen bajo mis dientes sus
extremidades: cuán nulo o leve me sería el daño de mi luz
arrebatada».

Esto y más aquel feroz. A mí un lívido horror me invade,
contemplando su rostro todavía de la matanza mojado,
y sus cruentas manos, y vacío el orbe de su luz, 200 y sus
miembros y cuajada de sangre humana su barba.

Esa muerte estaba ante mis ojos, lo mínimo aun así ella de mi dolor, y ya, que iba a ser atrapado, ya ahora mis entrañas pensaba

que en las suyas iba a sumergir, y en mi mente prendida estaba la imagen del tiempo aquel en el que vi de a dos los cuerpos de mis compañeros, 205 tres veces, cuatro veces ser golpeados contra la tierra,

cuando echado él encima, a la manera de un hirsuto león, sus entrañas y carnes y con las blancas médulas sus huesos

semianimesque artus avidam condebat in alvum; me tremor
invasit: stabam sine sanguine maestus, 210 mandentemque
videns eiectantemque cruentas ore dapes et frusta mero
glomerata vomentem: talia fingebam misero mihi fata parari
perque dies multos latitans omnemque tremiscens ad strepitum
mortemque timens cupidusque moriri 215 glande famem pellens
et mixta frondibus herba solus inops exspes leto poenaeque
relictus

hanc procul adspexi longo post tempore navem oravique
fugam gestu ad litusque cucurri,

et movi: Graiumque ratis Troiana recepit! 220 tu quoque pande
tuos, comitum gratissime, casus et ducis et turbae, quae tecum
est credita ponto.'

Aeolon ille refert Tusco regnare profundo, Aeolon Hippotaden,
cohibentem carcere ventos; quos bovis inclusos tergo,
memorable munus, 225 Dulichium sumpsisse ducem flatuque
secundo lucibus isse novem et terram aspexisse petitam;
proxima post nonam cum sese aurora moveret, invidia socios
praedaeque cupidine victos

esse; ratos aurum, dempsisse ligamina ventis; 230 cum quibus
isse retro, per quas modo venerat undas, Aeoliique ratem
portus repetisse tyranni.

'inde Lami veterem Laestrygonis' inquit 'in urbem venimus:
Antiphates terra regnabat in illa.

missus ad hunc ego sum, numero comitante duorum, 235 vixque
fuga quaesita salus comitique mihique, tertius e nobis
Laestrygonis inopia tinxit

ora cruore suo. fugientibus instat et agmen concitat Antiphates;
coeunt et saxa trabesque coniciunt merguntque viros
merguntque carinas. 240 una tamen, quae nos ipsumque
vehebat Ulixem, effugit. amissa sociorum parte dolentes
multaque conquesti terris adlabimur illis,

quas procul hinc cernis (procul est, mihi crede, videnda insula
visa mihi!) tuque o iustissime Troum, 245 nate dea, (neque enim
finito Marte vocandus hostis es, Aenea) moneo, fuge litora
Circes!

nos quoque Circaeο religata in litore pinu, Antiphatae memores
inmansuetique Cyclopis, ire negabamus; sed tecta ignota subire

250 sorte sumus lecti: sors me fidumque Politen
Eurylochumque simul nimiique Elpenora vini bisque novem
socios Circaea ad moenia misit. quae simul attigimus
stetimusque in limine tecti,

mille lupi mixtaeque lupis ursaeque leaeque 255 occursum
fecere metum, sed nulla timenda

nullaque erat nostro factura in corpore vulnus; quin etiam
blandas movere per aera caudas nostraque adulantes comitant
vestigia, donec

excipiunt famulae perque atria marmore tecta 260 ad
dominam ducunt: pulchro sedet illa recessu sollemni solio
pallamque induta nitentem

insuper aurato circumvelatur amictu.

Nereides nymphaeque simul, quae vellera motis nulla trahunt
digitis nec fila sequentia ducunt: 265

y medio exánimes sus extremidades sepultaba en su vientre
ávido. Un temblor me invadió: de pie estaba, sin sangre,
afligido, 210 viéndole mojado y arrojando de su boca sus
cruentos

festines y bocados con vino aglomerados vomitando:

tales imaginaba que a mí, desgraciado, se preparaban los hados, y durante muchos días agazapado y estremeciéndome ante todo crujido y la muerte temiendo y deseoso de morir, 215 con bellota combatiendo el hambre y, mezclada con frondas, con hierba, solo, pobre, desahuciado, a la muerte y a esa condena abandonado, ésta desde lejos contemplé después de largo tiempo, esta nave, y les supliqué mi huida con gestos y al litoral corrí y los conmoví: a un griego un barco troyano lo acogió. 220 «Tú también expón tus azares, de mis compañeros el más grato, y los del jefe y la multitud que contigo se confió al ponto».

Aventuras de Ulises

Que Éolo, él le cuenta, reinaba en el profundo etrusco, Éolo, el Hipótada, reteniendo en su cárcel a los vientos, los cuales, encerrados en una piel de vacuno, memorable regalo, 225 los tomó el jefe duliquio, y que con soplo favorable marchó durante nueve luces, y contempló la tierra a la que se dirigían; que la siguiente tras la novena, cuando se movió esa aurora, de envidia sus aliados, y del deseo de botín, vencidos

fueron: creyéndolo oro, arrancaron sus ataduras a los vientos;
230 que con ellos marcha atrás, a través de las ondas recién
recorridas el barco, y a los puertos volvía a dirigirse del eolio
tirano.

«De ahí, de Lamo el Lestrigon», dice, «a la antigua ciudad
llegamos: Antífates reinaba en la tierra aquella.

Enviado a él yo soy, en número de dos mis acompañantes, 235
y apenas en la huida buscada fue la salvación de un
acompañante y mía. El tercero de nosotros tiño la impía boca
del Lestrigon con el crúor suyo.

Al huir nosotros nos acosa y una hueste contra nosotros
lanza Antífates. Nos atacan y rocas y maderos
nos lanzan y sumergen a nuestros hombres y sumergen
nuestras quillas. 240

Una, aun así, que a nosotros y al mismo Ulises portaba escapó.
Por esa perdida parte de nuestros aliados, dolientes
y de muchas cosas lamentándonos, a las tierras arribamos
aquellas que lejos de aquí divisas -de lejos, créeme, se ha de ver
la isla vista por mí-, y tú, oh el más justo de los troyanos, 245
nacido de diosa, pues finalizada la guerra de llamarte enemigo
no he, Eneas, te aconsejo: huye de los litorales de Circe.

Nosotros también, amarrado nuestro pino de Circe en el litoral,
de Antífates acordados y del inmansueto Cíclope,

a marchar nos negábamos, pero para alcanzar la morada
desconocida 250

a la muerte fuimos elegidos: la suerte a mí y al leal Polites y a
Euríloco a la vez y a Elpénor, el del excesivo vino,

a dos novenas de aliados de Circe a las murallas nos envió.

Las cuales, cuanto las alcanzamos y estuvimos en el umbral de
su techo,

mil lobos y mezcladas a los lobos osas y leonas 255

al correr a nosotros nos dieron miedo, pero ninguno de temer, y
ninguno había de hacernos en el cuerpo herida alguna; incluso
tiernas movieron al aire sus colas

y adulándonos cortejan nuestras huellas hasta

que nos reciben unas sirvientas y a través de unos atrios de
mármol cubiertos 260

a su dueña nos llevan. Sentada está ella en un receso bello, de
solemne trono y, vestida de un manto brillante,

por encima está velada de un dorado atuendo.

Nereides y ninfas a la vez, que vellones ningunos arrastran
moviendo sus dedos, ni hilos subsiguientes sacan, 265

gramina disponunt sparsosque sine ordine flores secernunt
calathis variasque coloribus herbas; ipsa, quod hae faciunt,

opus exigit, ipsa, quis usus quove sit in folio, quae sit concordia
mixtis,

novit et advertens pensas examinat herbas. 270 haec ubi
nos vidit, dicta acceptaque salute diffudit vultus et reddidit
omina votis.

nec mora, misceri tosti iubet hordea grani mellaque vimque
meri cum lacte coagula passo,

quique sub hac lateant furtim dulcedine, sucos 275 adicit.
accipimus sacra data pocula dextra.

quae simul arenti sitientes hausimus ore, et tetigit summos
virga dea dira capillos,

(et pudet et referam) saetis horrescere coepi,

nec iam posse loqui, pro verbis edere raucum 280 murmur et
in terram toto procumbere vultu,

osque meum sensi pando occallescere rostro, colla tumere toris,
et qua modo pocula parte sumpta mihi fuerant, illa vestigia feci

cumque eadem passis (tantum medicamina possunt!) 285

claudor hara, solumque suis caruisse figura vidimus

Eurylochum: solus data pocula fugit; quae nisi vitasset, pecoris
pars una manerem nunc quoque saetigeri, nec tantae cladis ab
illo certior ad Circen ultor venisset Ulixes. 290 pacifer huic
dederat florem Cyllenius album: moly vocant superi, nigra
radice tenetur;

tutus eo monitisque simul caelestibus intrat ille domum Circes et
ad insidiosa vocatus pocula conantem virga mulcere capillos
295 reppulit et stricto pavidam deterruit ense.

inde fides dextraeque datae thalamoque receptus coniugii
dotem sociorum corpora poscit. spargimur ignotae sucis
melioribus herbae

aede sacra positum multisque insigne coronis. 315 quis foret et
quare sacra coleretur in aede,

cur hanc ferret avem, quaerenti et scire volenti "accipe" ait,
"Macareu, dominaeque potentia quae sit hinc quoque disce
meae; tu dictis adice mentem!

"Picus in Ausoniis, proles Saturnia, terris 320

rex fuit, utilium bello studiosus equorum;

forma viro, quam cernis, erat: licet ipse decorem

gramas distribuyen y, esparcidas sin orden unas flores, las
disciernen en canastos y variadas de colores hierbas.

Ella misma, el que ellas hacen, su trabajo concluye, ella qué uso,
o en qué hoja esté, cuál sea la concordia de ellas mezcladas

conoce y a ellas atendiendo los lotes examina de las hierbas.

270 Ella cuando nos vio, dicho y recibido el saludo,

esparció su rostro y nos devolvió augurios con sus votos.

Y sin demora que se mezclen ordena cebadas de tostado grano

y mieles, y la fuerza del vino puro con leche que coágulos ha

padecido y, los que bajo esta dulzura se oculten furtivamente,

unos jugos 275 añade. Recibimos de su sagrada diestra dadas

esas copas,

las cuales, no bien sedientos con nuestra árida boca apuramos,

y nos hubo tocado con su vara la diosa siniestra lo alto de

nuestros cabellos

-vergüenza da, mas lo contaré-, de cerdas a erizarme comencé

y ya a no poder hablar, por palabras a emitir un ronco 280

murmullo y hacia la tierra a postrarme con todo el rostro

y la cara mía sentí que en un ancho morro se encallecía,

mis cuellos hincharse de protuberancias y por la parte que

ahora poco esas copas

sostenidas por mí fueran, con ella huellas hacía,

y con los que lo mismo habían padecido -tanto las drogas

pueden- 285 me encierra en la pocilga, y solo de un cerdo

carecer de la figura vimos a Euríloco: solo él de las copas a él

dadas había huido,

las cuales, si él no hubiese evitado, del ganado cerdoso una parte permanecería ya ahora también, y no, de tan gran calamidad cerciorado por él, hasta Circe, vengador, hubiese venido Ulises. 290

El pacificador Cilenio a él le había dado una flor blanca: moly la llaman los altísimos; con una negra raíz se tiene.

Guardado por ella, y por las advertencias también celestes, entra él en la casa de Circe, y a las insidiosas copas

llamado, y a la que intentaba con su vara acariciar sus cabellos, rechaza, 295

y empuñada su espada, pávida, la aterroriza.

De ahí, sus palabras y sus diestras dadas, y en el tálamo recibido del matrimonio, de dote los cuerpos de sus aliados demanda.

Se nos asperja de jugos mejores de una desconocida hierba, y se nos golpea la cabeza con un azote de la vara vuelta, 300 y palabras se dicen contrarias a las dichas palabras.

Mientras más ella canta, más con ello de la tierra aligerados nos erguimos, y las cerdas caen, y bífidus abandona su hendidura a nuestros pies, vuelven los hombros, y sometidos a sus antebrazos

nuestros brazos fueron: a él llorando, llorando lo abrazamos nosotros, 305 y prendidos quedamos del cuello de nuestro jefe,

y palabras antes ningunas dicho hubimos que las que nos atestiguaban agradecidos.

Pico

De un año allí nos detuvo la demora, y muchas cosas, presente, en tiempo tan largo vi, muchas con mis oídos recogí:

esto también, con las muchas, que a escondidas me refirió una 310 de sus cuatro fámulas, de las destinadas a tales sacrificios.

Así pues, con el jefe mío mientras Circe sola se demoraba, ella a mí de níveo mármol hecha una estatua

me muestra, juvenil, portando en la cabeza un pico,

en el santuario sagrado puesta, y por sus muchas coronas señalada. 315 Quién fuera y por qué en ese sagrado santuario se le honraba, por qué ese ave llevaba, a mí que le preguntaba y saber quería:

«Atiende», dice, «Macareo, y de la dueña mía el poder cuál sea, de aquí también aprende. Tú a mi relato dispón tu mente.

Pico, de Ausonia en las tierras, prole de Saturno, 320 el rey fue, de los útiles para la guerra caballos estudioso.

La hermosura de ese hombre la que contemplas era, puedes tú mismo su decoro

adspicias fictaque probes ab imagine verum;

par animus formae; nec adhuc spectasse per annos
quinquennem poterat Graia quater Elide pugnam. 325 ille suos
dryadas Latiis in montibus ortas

verterat in vultus, illum fontana petebant

numina, naiades, quas Albula, quasque Numici, quas Anienis
aquae cursuque brevissimus Almo Narve tulit praecipit et
opacae Farfarus umbrae, 330 quaeque colunt Scythicae
stagnum nemorale Dianae finitimosque lacus; spretis tamen
omnibus unam

ille colit nymphas, quam quondam in colle Palati dicitur ancipiti
peperisse Venilia Iano.

haec ubi nubilibus primum maturuit annis, 335 praeposito
cunctis Laurenti tradita Pico est,

rara quidem facie, sed rarior arte canendi, unde Canens dicta
est: silvas et saxa movere et mulcere feras et flumina longa
morari

ore suo volucresque vagas retinere solebat. 340 quae dum
feminea modulatur carmina voce, exierat tecto Laurentes Picus
in agros

indigenas fixurus apros tergumque premebat acris equi
laevaue hastilia bina ferebat

poeniceam fulvo chlamydem contractus ab auro. 345

venerat in silvas et filia Solis easdem,

utque novas legeret fecundis collibus herbas, nomine dicta suo
Circaea reliquerat arva. quae simul ac iuvenem virgultis abdita
vidit,

obstipuit: cecidere manu, quas legerat, herbae, 350 flammaque
per totas visa est errare medullas.

ut primum valido mentem conlegit ab aestu, quid cuperet,
fassura fuit: ne posset adire, cursus equi fecit circumfususque
satelles.

'non' ait 'effugies, vento rapiare licebit, 355

si modo me novi, si non evanuit omnis herbarum virtus, nec me
mea carmina fallunt.' dixit et effigiem nullo cum corpore falsi

fingit apri praeterque oculos transcurrere regis iussit et in
densum trabibus nemus ire videri, 360

plurima qua silva est et equo loca pervia non sunt. haut mora,
continuo praedae petit inscius umbram Picus equique celer
spumantia terga relinquit spemque sequens vanam silva pedes
errat in alta. concipit illa preces et verba venefica dicit 365

ignotosque deos ignoto carmine adorat,

quo solet et niveae vultum confundere Lunae et patrio capiti
bibulas subtexere nubes.

tum quoque cantato densetur carmine caelum

et nebulas exhalat humus, caecisque vagantur 370

limitibus comites, et abest custodia regis.

nacta locum tempusque 'per o, tua lumina,' dixit 'quae mea
ceperunt, perque hanc, pulcherrime, formam, quae facit, ut
supplex tibi sim dea, consule nostris ignibus et socerum, qui
pervidet omnia, Solem 375 accipe nec durus Titanida despice
Circen.'

dixerat; ille ferox ipsamque precesque repellit

et 'quaecumque es,' ait 'non sum tuus; altera captum me tenet
et teneat per longum, conprecor, aevum, nec Venere externa
socialia foedera laedam, 380 dum mihi Ianigenam servabunt
fata Canentem.'

contemplar y por la fingida imagen aprobar al verdadero.

Parejo su ánimo a su hermosura, y todavía contemplar merced
a sus años no había podido cuatro veces en la griega Élide su
pugna quinquenal. 325 Él a las dríades, del Lacio en los montes
nacidas,

había vuelto hacia su rostro, a él las fontanas divinidades

le pretendían, las náyades, las que el Álbula, las que el Numicio,
las que del Anio las aguas y de su curso brevísimo el Almo

o el Nar lleva vertiginoso, y el Fáfaro de opaca onda, 330 y las
que honran el pantano nemoroso de la escítica Diana

y sus muy lindantes lagos. Despreciadas aun así todas, a una
ninfa él honraba, que en otro tiempo en el collado del Palacio se
dice que del jonio parió Venilia Jano.

Ella, tan pronto como maduró en sus casaderos años, 335
antepuesto a todos, al Laurente entregada, a Pico, fue,
rara ciertamente por su faz, pero más rara por su arte del
cantar, de donde Canente se le llamaba: los bosques y las rocas
mover y amansar las fieras y las corrientes largas demorar
con la boca suya, y los pájaros errantes retener, solía. 340 La
cual, mientras con su voz de mujer modula canciones, había
salido de su morada Pico a los campos laurentes,
a fin de atravesar paisanos jabalíes, y sobre el lomo pesaba
de un agrio caballo, y en su izquierda un par de astiles llevaba,
y recogida su clámide bermellón por un rubio oro. 345

Había llegado a unos bosques, y la hija del Sol a los mismos, y
para nuevas recoger de esos fecundos collados sus hierbas,
del nombre suyo llamados, los campos circeos había
abandonado. La cual, no bien al joven en los ramajes escondida
hubo visto,
quedó suspendida: cayeron de su mano, las que había recogido,
hierbas, 350

y una llama por todas sus médulas le pareció que erraba.
Cuando por fin compuso su mente de ese vigoroso bullir, qué
anhelaba, a confesar iba: que no pudiese acercarse, la carrera
de su caballo hizo, y rodeado él de escoltas.

«No», dice, «escaparás, aunque del viento seas arrebatado, 355
si sólo yo me conozco, si no se ha desvanecido toda

de mis hierbas la virtud ni a mí mis canciones me engañan».

Dijo y la efigie sin ningún cuerpo de un falso jabalí finge y por delante de los ojos correr del rey

le ordenó, y, denso de troncos, a un bosque que marchar pareciera, 360

por donde máxima la espesura es y para el caballo lugares transitables no son. No hay demora, a continuación de esa presa busca sin él saberlo la sombra Pico y veloz de su caballo los espumantes lomos abandona

y una esperanza persiguiendo vana sus pies lleva errante en el alto bosque.

Piensa ella unas súplicas y esas palabras suplicantes dice 365 y a unos ignotos dioses con una ignota canción ora,

con el que suele el rostro confundir de la nívea Luna, y para la cabeza de su padre tejer bebedoras nubes.

Entonces también, cantada su canción, se densa el cielo, y nieblas exhala la tierra, y por ciegas sendas vagan 370 sus séquitos y falta la custodia del rey.

Habiendo hallado ella el lugar y el tiempo: «Oh por tus ojos», dice,

«que a los míos cautivaron, y por ésta, el más bello, tu hermosura, que hace que una suplicante a ti diosa yo sea, considera estos fuegos nuestros y por suegro, que lo contempla todo, al Sol 375

recibe, y no, duro, a la Titánide Circe desprecia». Había dicho.
Él, feroz, a ella y sus súplicas rechaza y:

«Quien quiera que eres», dice, «no soy tuyo. Otra cautivado me
tiene y me tenga, suplico, por una larga edad,
y con una Venus externa mis conyugales alianzas yo no hiera,
380 mientras a mí a la hija de Jano me la conserven los hados,
a Canente».

saepe retemptatis precibus Titania frustra 'non inpune feres,
neque' ait 'reddere Canenti,

laesaque quid faciat, quid amans, quid femina, disces rebus; at
est et amans et laesa et femina Circe!' 385 tum bis ad occasus,
bis se convertit ad ortus,

ter iuvenem baculo tetigit, tria carmina dixit. ille fugit, sed se
solito velocius ipse

currere miratur: pennas in corpore vidit,

seque novam subito Latiis accedere silvis 390 indignatus avem
duro fera robora rostro

figit et iratus longis dat vulnera ramis; purpureum chlamydis
pennae traxere colorem; fibula quod fuerat vestemque
momorderat aurum,

pluma fit, et fulvo cervix praecingitur auro, 395 nec quicquam
antiquum Pico nisi nomina restat.

“Interea comites, clamato saepe per agros nequiquam Pico
nullaque in parte reperto, inveniunt Circen (nam iam tenuaverat
auras passaue erat nebulas ventis ac sole recludi) 400
criminibusque premunt veris regemque repossunt vimque ferunt
saevisque parant incessere telis:

illa nocens spargit virus sucosque veneni

et Noctem Noctisque deos Ereboque Chaoque convocat et
longis Hecaten ululatibus orat. 405 exsiluere loco (dictu
mirabile) silvae, ingemuitque solum, vincinaque palluit arbor,
sparsaque sanguineis maduerunt pabula guttis, et lapides visi
mugitus edere raucos

et latrare canes et humus serpentibus atris⁴¹⁰ squalere et
tenuis animae volitare silentum: attonitum monstris vulgus
pavet; illa paventis ora venenata tetigit mirantia virga,

cuius ab attactu variarum monstra ferarum

in iuvenes veniunt: nulli sua mansit imago. 415

“Sparserat occiduus Tartessia litora Phoebus, et frustra coniunx
oculis animoque Canentis expectatus erat: famuli populusque
per omnes discurrunt silvas atque obvia lumina portant;

nec satis est nymphae flere et lacerare capillos 420 et dare
plangorem (facit haec tamen omnia) seque proripit ac Latios
errat vesana per agros.

sex illam noctes, totidem redeuntia solis lumina viderunt inopem
somniaque cibique

per iuga, per valles, qua fors ducebat, euntem; 425 ultimus
adspexit Thybris luctuque viaque

fessam et iam longa ponentem corpora ripa. illic cum lacrimis
ipso modulata dolore verba sono tenui maerens fundebat, ut
olim

carmina iam moriens canit exequialia cyncus; 430 luctibus
extremum tenues liquefacta medullas tabuit inque leves
paulatim evanuit auras,

fama tamen signata loco est, quem rite Canentem nomine de
nymphae veteres dixere Camenae."

'Talia multa mihi longum narrata per annum 435

visaque sunt. resides et desuetudine tardi rursus inire fretum,
rursus dare vela iubemur, ancipitesque vias et iter Titania
vastum

Muchas veces reintentadas sus súplicas en vano la Titania:

«No impunemente lo habrás hecho, y no», dice, «serás devuelto
a Canente,

y herida qué haga, qué enamorada, qué una mujer aprenderás

de los hechos. Mas está enamorada y herida y es mujer Circe».
385 Entonces dos veces hacia los ocasos, dos veces se vuelve a
los ortos,
tres veces al joven con su bastón tocó, tres canciones dijo.
Él huye, pero, de lo que él acostumbraba más veloz, él mismo
de correr se asombra: alas en su cuerpo ve,
y de que él súbitamente se sumaba del Lacio a los bosques 390
como nueva ave indignado, con su duro pico en los fieros
truncos clava y enconado da heridas a las largas ramas.
El purpúreo color de la clámide sus alas sacaron;
el que prendedor había sido y su ropa había mordido, el oro,
pluma se hace y su cerviz se rodea de rubio oro, 395
y nada antiguo a Pico, salvo sus nombres, restan.
En esto que sus séquitos, habiendo llamado muchas veces por
los campos
para nada a Pico y en ninguna parte hallado, encuentran a
Circe, pues ya había atenuado las auras
y sufrido ella había que las nieblas con los vientos y el sol se
reabrieran, 400
y con acusaciones la apremian verdaderas y su rey le reclaman
y fuerza añaden y se disponen a atacarla con las salvajes
armas. Ella de un dañino humor los asperja y de jugos de
veneno,

y a la Noche y de la Noche a los dioses, con el Érebo y Caos
convoca y con largos aullidos a Hécate ora. 405

Saltaron de su lugar -de decir admirable- los bosques y hondo
gimió el suelo, y vecino palideció el árbol,

y asperjadas de sus gotas se mojaron las pajas de sangre, y las
piedras parecieron emitir mugidos roncros,

y ladrar los perros, y que la tierra de sierpes negras 410

se hacía inmunda y que tenues ánimas revoloteaban de
silentes: atónita por esos prodigios la gente se asusta. Ella las
caras

de los asustados tocó, asombradas, con una envenenada vara,
por cuyo tacto monstruos de variopintas fieras

a los jóvenes vienen: a ninguno le permaneció su imagen. 415

Canente

Había asperjado caduco Febo los litorales de Tartesos y en
vano su esposo por los ojos y el ánimo de Canente ansiado era.

Los criados y el pueblo por todos

los bosques se dispersan y opuestas luces portan.

Y no bastante es para la ninfa llorar y lacerar sus cabellos 420 y
darse golpes de pecho -hace esto, aun así, todo-

y se abalanza y deambula vesánica del Lacio por los campos.

Seis noches ella y otras reiteradas luces del sol la vieron,
indigente de sueño y de alimento

por los cerros, por los valles, por donde el azar la llevaba,
andando. 425

El último la contempló el Tíber, del luto y del camino fatigada y
ya depositando su cuerpo, larga, en su ribera. Allí, junto con
lágrimas, por el propio dolor entonadas,

unas palabras de sonido tenue afligida derramaba, como en
otro tiempo sus canciones ya muriendo canta, exequiales, el
cisne. 430

Por sus lutos, al extremo, en sus tenues médulas derretida se
consumió y, leves, poco a poco se licueció en las auras.

Su fama, aun así, señalada en ese lugar quedó, al cual según el
rito el Canente,

por el nombre de la ninfa, lo llamaron los antiguos colonos.

«Muchas cosas tales a mí narradas durante un largo año, 435

y vistas por mí, fueron. Acomodados y por la deshabitación
lentos, de nuevo a entrar al estrecho, de nuevo dar las velas se
nos ordena, y que dudosas nuestras rutas, y que el camino
vasto, la Titania

dixerat et saevi restare pericula ponti:

pertimui, fateor, nactusque hoc litus adhaesi.' 440

Finierat Macareus, urnaque Aeneia nutrix condita marmorea
tumulo breve carmen habebat hic : me : caietam : notae :
pietatis : alumnus ereptam : argolico : quo : debuit : igne :
cremavit solvitur herboso religatus ab aggere funis, 445 et
procul insidias infamataeque relinquunt

tecta deae lucosque petunt, ubi nubilus umbra in mare cum
flava prorumpit Thybris harena; Faunigenaeque domo potitur
nataque Latini,

non sine Marte tamen. bellum cum gente feroci 450 suscipitur,
pactaque fuit pro coniuge Turnus. concurrat Latio Tyrrhenia
tota, diuque

ardua sollicitis victoria quaeritur armis. auget uterque suas
externo robore vires,

et multi Rutulos, multi Troiana tuentur 455 castra, neque
Aeneas Euandri ad moenia frustra, at Venulus frustra profugi
Diomedis ad urbem

venerat: ille quidem sub Iapyge maxima Dauno moenia
condiderat dotaliaque arva tenebat;

sed Venulus Turni postquam mandata peregit 460 auxiliumque
petit, vires Aetolius heros

excusat: nec se aut soceri committere pugnae velle sui populos,
aut quos e gente suorum

armet habere ullos, 'neve haec commenta putetis, admonitu
quamquam luctus renoventur amari, 465 perpetiar memorare
tamen. postquam alta cremata est Ilios, et Danaas paverunt
Pergama flammis, Naryciusque heros, a virgine virgine rapta,
quam meruit poenam solus, digessit in omnes, spargimur et
ventis inimica per aequora rapti 470 fulmina, noctem, imbres,
iram caelique marisque perpetimur Danai cumulumque
Capherea cladis, neve morer referens tristes ex ordine casus,
Graecia tum potuit Priamo quoque flenda videri. me tamen
armiferae servatum cura Minervae 475 fluctibus eripuit, patriis
sed rursus ab agris

pellor, et antiquo memores de vulnere poenas exigit alma
Venus, tantosque per alta labores aequora sustinui, tantos
terrestribus armis,

ut mihi felices sint illi saepe vocati, 480

quos communis hiems inportunusque Caphereus mersit aquis,
vellemque horum pars una fuissem. 'Ultima iam passi comites
belloque fretoque

deficiunt finemque rogant erroris, at Acmon fervidus ingenio,
tum vero et cladibus asper, 485 "quid superest, quod iam

patientia vestra recuset ferre, viri?" dixit "quid habet Cytherea,
quod ultra, velle puta, faciat? nam dum peiora timentur,

est in vota locus: sors autem ubi pessima rerum, sub pedibus
timor est securaque summa malorum. 490 audiat ipsa licet,
licet, ut facit, oderit omnes

sub Diomede viros, odium tamen illius omnes

spernimus: haud magno stat magna potentia nobis."

nos dijera, y que nos aguardaban los peligros del salvaje ponto.
Muchó temí, lo confieso, y al hallar este litoral, a él me aferré».

440

El peregrinaje de Eneas (V): el Lacio

Había acabado Macareo, y en una urna de mármol la nodriza
de Eneas sepultada, en su túmulo esta breve canción tenía:

AQUÍ • A • MÍ • CAYETA • MI • AHIJADO • DE • CONOCIDA •
PIEDAD

ARREBATADA • DEL • ARGÓLICO • EN • EL • FUEGO • QUE •
DEBÍA • ME • CREMÓ.

Se libera de su herboso muelle la atada cuerda, 445

y lejos las insidias y de la malfamada diosa dejan la morada y a
unos bosques se dirigen donde nuboso de sombra

al mar prorrumpe el Tíber con su rubia arena.

De la casa del hijo de Fauno Latino se apodera y de su hija, no sin Marte aun así. Una guerra con esa gente feroz 450 se emprende y enloquece por su pactada esposa Turno.

Se abalanza al Lacio la Tirrenia toda y largo tiempo, ardua, con las angustiadas armas se busca la victoria.

Aumenta cada uno sus fuerzas con externo vigor

y muchos a los rútuos, muchos los campamentos troyanos 455 guardan, y no Eneas a las murallas de Evandro en vano, mas Vénulo en vano a la ciudad del prófugo Diomedes había ido.

Diomedes

Él ciertamente bajo el Iápige Dauno unas muy grandes murallas había fundado y sus dotales campos poseía.

Pero Vénulo, después que los encargos de Turno llevó a cabo 460 y auxilio busca, sus fuerzas el héroe etolio

excusa: que ni él ni de su suegro los pueblos mandar a la batalla quería, o a los que de la gente suya armara,

que no tenía ningunos: «Y para que esto inventado no creáis, aunque con el recuerdo los lutos se renueven amargos, 465 sufriré el recordarlos aun así. Después que la alta Ilión quemado se hubo, y de que Pérgamo apacentó las dánaas llamas,

y de que el héroe Naricio, de la Virgen a una virgen al arrebatarse,
el castigo que mereció él solo distribuyó a todos,

nos dispersamos, y por los vientos arrebatados a través de
enemigas 470 superficies, las corrientes, la noche, las lluvias, la
ira del cielo y del mar sufrimos los daños, y, el colmo, el
desastre del Cafereo,

y para no demorarme refiriendo estos tristes lances por su
orden,

Grecia entonces le pudo a Príamo incluso digna de llanto
parecer.

A mí, aun así, salvado, el cuidado de la armada Minerva 475
me arrebató de los oleajes, pero de los campos de la patria de
nuevo se me expulsa, y memoriosos castigos de su antigua
herida

me exige la nutricia Venus, y tan grandes penalidades
por las altas superficies sostuve, tan grandes en terrestres
armas, que yo felices aquellos he muchas veces llamado 480
a los que la común tempestad y el importuno Cafereo
sumergió en las aguas, y quisiera que de ellos parte una
hubiera sido yo.

Lo último ya habiendo soportado mis acompañantes en la
guerra y en el estrecho,

abandonan, y un fin ruegan de ese error, mas Acmon,

de férvido ingenio, entonces verdaderamente también por las calamidades áspero: 485

«¿Qué queda que ya la paciencia vuestra rehúse soportar, varones?», dijo. «¿Qué tiene Citerea que más allá -que quiera, supón- nos haga? Pues mientras cosas peores se temen hay para los votos un lugar: la suerte, en cambio, cuando es la peor que existe, bajo esos pies el temor está, y es seguro el extremo de las desgracias. 490 Aunque lo oiga ella, aunque, lo cual hace, nos odie a todos los hombres al mando de Diomedes, el odio aun así de ella todos despreciamos: y en gran cosa está un gran poder a nuestros ojos».

talibus inritans Venerem Pleuronius Acmon instimulat verbis
veteremque resuscitat iram. 495 dicta placent paucis,
numeri maioris amici

Acmona conripimus; cui respondere volenti vox pariter vocisque
via est tenuata, comaeque in plumas abeunt, plumis nova colla
teguntur pectoraque et tergum, maiores bracchia pennas 500
accipiunt, cubitique leves sinuantur in alas; magna pedis digitos
pars occupat, oraque cornu indurata rigent finemque in
acumine ponunt.

hunc Lycus, hunc Idas et cum Rhexenore Nycteus, hunc miratur
Abas, et dum mirantur, eandem 505 accipiunt faciem,
numerusque ex agmine maior subvolat et remos plausis
circumvolat alis:

si volucrum quae sit subitarum forma requiris, ut non cycnorum,
sic albis proxima cygnis.

vix equidem has sedes et Iapygis arida Dauni 510 arva gener
teneo minima cum parte meorum.'

Hactenus Oenides, Venulus Calydonia regna Peucetiosque sinus
Messapiaque arva relinquit. in quibus antra videt, quae, multa
nubila silva et levibus cannis latitantia semicaper Pan 515
nunc tenet, at quodam tenuerunt tempore nymphae.

Apulus has illa pastor regione fugatas terruit et primo subita
formidine movit,

mox, ubi mens rediit et contempsero sequentem, ad numerum
motis pedibus duxere choreas; 520 inprobat has pastor
salтуque imitatus agresti addidit obscenis convicia rustica
dictis,

nec prius os tacuit, quam guttura condidit arbor: arbor enim est,
sucoque licet cognoscere mores. quippe notam linguae bacis
oleaster amaris 525 exhibet: asperitas verborum cessit in illa.

Hinc ubi legati rediere, negata ferentes arma Aetola sibi, Rutuli
sine viribus illis

bella instructa gerunt, multumque ab utraque cruoris parte
datur; fert ecce avidas in pinea Turnus 530 texta faces,
ignesque timent, quibus unda pepercit. iamque picem et ceras
alimentaque cetera flammae Mulciber urebat perque altum ad
carbasa malum ibat, et incurvae fumabant transtra carinae,
cum memor has pinus Idaeo vertice caesas 535 sancta deum
genetrix tinnitibus aera pulsi

aeris et inflati conplevit murmure buxi perque leves domitis
invecta leonibus auras 'inrita sacrilega iactas incendia dextra,
Turne!' ait. 'eripiam: nec me patiente cremabit 540 ignis edax
nemorum partes et membra meorum.' intonuit dicente dea,
tonitrumque secuti

cum saliente graves ceciderunt grandine nimbi, aeraque et
tumidum subitis concursibus aequor Astraiei turbant et eunt in
proelia fratres. 545 e quibus alma parens unius viribus usa
stuppea praerupit Phrygiae retinacula classis, fertque rates
pronas medioque sub aequore mergit;

Con tales cosas irritando a Venus el Pleuronio Acmon la aguija
con sus palabras y reaviva su vieja ira. 495

Lo dicho por él complace a pocos: sus amigos más numerosos a
Acmon corremos, al cual, responder queriendo,
su voz al par que de su voz la vía se le hubo atenuado,
y sus cabellos en plumas acaban, de plumas su nuevo cuello se
cubre, y su pecho y espalda; mayores remeras sus brazos 500
acogen, y sus codos se enseñan, leves, en alas.

Del pie una parte grande invade los dedos, y sus labios
en cuerno endurecidos se hacen rígidos y su límite en punta
ponen. De él Lico, de él Idas y con Rexénor Nicteo,
de él se admira Abante y mientras se admiran la misma 505 faz
acogen y el número más grande de mi tropa
empieza a volar y los remos él circunvuela batiendo sus alas: si
de estos pájaros súbitos cuál sea la forma preguntas,
como no de los cisnes, así próxima a los blancos cisnes.

Apenas yo, ciertamente, de estas sedes y de los áridos campos
510 del Iápige Dauno soy dueño, con esta mínima parte de los
míos».

El olivo salvaje

Hasta aquí el Enida; Vénulo los calidonios reinos, y las peucetias
ensanadas, y los mesapios campos abandona.

Entre los cuales unos antros ve que, nublados de su mucha
espesura y asintiendo con sus leves cañas, el mediocabrío Pan
515

ahora posee, mas que poseyeron en cierto tiempo las ninfas. A
ellas un pastor ápulo, de aquella región ahuyentándolas, las
aterró y primero con un súbito susto las conmovió,

luego, cuando en sí volvieron y despreciaron a su perseguidor,
al compás moviendo sus pies trazaron unas danzas. 520

Las reprobaba el pastor e imitándolas con su baile agreste
añadió a sus obscenas frases insultos rústicos,

y no antes su boca calló que a su garganta sepultó un árbol.

Árbol, pues, es, y por su jugo se puede reconocer su carácter,

como que la marca de su lengua el acebuche en sus bayas
amargas 525 exhibe: la aspereza de sus palabras pasó a ellas.

Las naves de Eneas

De ahí cuando los legados volvieron, las a ellos negadas de
Etolia aportando, los rútilos sin las fuerzas esas

sus guerras guarnecidas traen, y cantidad, de ambas partes, de
crúor se entrega. He aquí que lleva ávidas contra los armazones
530

de pino Turno unas antorchas y los fuegos temen a quienes la
ola perdonó, y ya la pez y las ceras y los alimentos restantes de

la llama Múlciber quemaba, y a través del alto mástil hacia los
linos iba,
y humaban los banquillos de la incurvada quilla,
cuando acordada de estos pinos, de la cima del Ida cortados,
535 la santa madre de los dioses de tintineos de bronce
golpeado
el aire, y lo colmó del del murmullo del soplado boj,
y leves, portada por sus domados leones a través de las auras:
«Inútiles incendios lanzas, y con una diestra sacrílega,
Turno», dice. «Los arrebataré, y no he de tolerar que quemé 540
el fuego devorador de los bosques partes y miembros míos».
Tronó mientras tal decía la diosa, y al trueno secundarios con
saltarín granizo cayeron graves borrascas,
y el aire, y henchida de súbitas embestidas la superficie,
los Astreos turban y marchan a los combates los hermanos, 545
de entre los cuales la nutricia madre, de las fuerzas de uno solo
sirviéndose,
rompió las retenidas de estopa de la flota frigia
y lleva las naves en picado y en medio de la superficie las
sumerge.

robore mollito lignoque in corpora verso

in capitum faciem puppes mutantur aduncae, 550 in digitos
abeunt et crura natantia remi,

quodque prius fuerat, latus est, mediisque carina subdita
navigiis spinae mutatur in usum,

lina comae molles, antemnae bracchia fiunt, caeruleus, ut fuerat,
color est; quasque ante timebant, 555 illas virgineis exercent
lusibus undas

Naides aequoreae durisque in montibus ortae

molle fretum celebrant nec eas sua tangit origo; non tamen
oblitae, quam multa pericula saepe

pertulerint pelago, iactatis saepe carinis 560

subposuere manus, nisi siqua vehebat Achivos: cladis adhuc
Phrygiae memores odere Pelasgos Neritiaeque ratis viderunt
fragmina laetis vultibus et laetis videre rigescere puppim
vultibus Alcinoi saxumque increscere ligno. 565

Spes erat, in nymphas animata classe marinas posse metu
monstri Rutulum desistere bello: perstat, habetque deos pars
utraque, quodque deorum est instar, habent animos; nec iam
dotalia regna,

nec sceptrum soceri, nec te, Lavinia virgo, 570 sed vicisse
petunt deponendique pudore

bella gerunt, tandemque Venus victricia nati arma videt,
Turnusque cadit: cadit Ardea, Turno

sospite dicta potens; quam postquam barbarus ignis abstulit et
tepida latuerunt tecta favilla, 575

congerie e media tum primum cognita praepes subvolat et
cineres plausis everberat alis.

et sonus et macies et pallor et omnia, captam quae deceant
urbem, nomen quoque mansit in illa urbis, et ipsa suis
deplangitur Ardea pennis. 580

Iamque deos omnes ipsamque Aeneia virtus Iunonem veteres
finire coegerat iras,

cum, bene fundatis opibus crescentis Iuli, tempestivus erat
caelo Cythereius heros. ambieratque Venus superos colloque
parentis 585

circumfusa sui 'numquam mihi' dixerat 'ullo tempore dure pater,
nunc sis mitissimus, opto,

Aeneaeque meo, qui te de sanguine nostro

fecit avum, quamvis parvum des, optime, numen, dummodo des
aliquid! satis est inamabile regnum 590 adspexisse semel,
Stygios semel isse per amnes.' adsensere dei, nec coniunx regia
vultus

inmotos tenuit placatoque adnuit ore; tum pater 'estis' ait
'caelesti munere digni,

quaeque petis pro quoque petis: cape, nata, quod optas!' 595

fatus erat: gaudet gratesque agit illa parenti perque leves auras
iunctis invecta columbis litus adit Laurens, ubi tectus harundine
serpit in freta flumineis vicina Numicius undis.

hunc iubet Aeneae, quaecumque obnoxia morti, 600 abluere et
tacito deferre sub aequora cursu;

corniger exsequitur Veneris mandata suisque, quicquid in Aenea
fuerat mortale, repurgat

Su madera ablandada, y su leño en cuerpos convertido, en
figura de cabezas las popas corvas se mutan, 550 en dedos
acaban y en piernas nadando los remos y,

lo que seno fuera, costado es, y la quilla, sujeta

a la mitad de los navíos, de espina dorsal en uso se muta, los
linos melenas suaves, las entenas brazos se hacen,

azul, como lo fuera, su color es, y, las que antes temían, 555
esas ondas en sus juegos de doncellas fatigan

estas Náyades marinas, y en los duros montes habiendo nacido
el mullido estrecho frecuentan ni a ellas su origen las inmuta.

Aun así, no olvidadas de cuán muchos peligros muchas veces
padecieron en el piélago, bajo las sacudidas quillas 560

muchas veces pusieron sus manos, salvo aquella que llevara a
aquivos:

del desastre todavía frigio memoriosas odian a los pelasgos y
del barco neritio vieron los trozos con alegres

rostros y con ellos alegres vieron que se volvía rígida la popa

de Alcínoo, con sus rostros, y que roca por dentro crecía de la
madera. 565

Árdea

Esperanza había, en ninfas al haberse animado la flota marinas,
de que pudiera por miedo del prodigio el rúculo desistir de la
guerra. Persiste, y tienen sus dioses ambas partes y -lo que de
los dioses está en traza- tienen arrestos; y ya no unos dotales
reinos,

ni el cetro de su suegro, ni a ti, Lavinia virgen,

sino vencer buscan, y por pudor de deponerlas, 570 guerras
hacen y finalmente Venus vencedoras las armas de su hijo ve y
Turno cae. Cae Árdea, en vida

de Turno llamada poderosa. Al cual, después que una espada
bárbara lo arrebató y quedaron a la vista sus techos, caliente,
bajo la brasa, 575 de en medio de la montonera, entonces por

primera vez conocido, un alado alza el vuelo, y las cenizas azota al batir sus alas.

Su sonido y su flacura y su palidez y todo: los que honran a su ciudad tomada, el nombre también permaneció en ella de esa ciudad, y ella misma se plañe, la árdea, el alcaraván, con sus propias alas. 580

Apoteosis de Eneas

Y ya a los dioses todos y a la misma Juno la virtud de Eneas a limitar sus viejas iras había obligado, cuando, bien fundadas las riquezas del creciente Julo, tempestivo estaba para el cielo el héroe Citereio.

Rondaba Venus a los altísimos, y alrededor del cuello 585 de su padre derramada: «Nunca para mí», había dicho, «en ningún tiempo duro, padre, ahora que seas el más tierno deseo, y que al Eneas mío, quien a ti de la sangre nuestra te ha hecho abuelo, aunque pequeño, que le des, oh óptimo, un numen, con tal de que le des alguno. Bastante es el inamable reino 590

con haber visto una vez, una vez haber ido por los caudales estigios».

Asintieron los dioses, y la esposa regia su semblante inmutado no mantuvo y con calmado rostro consiente.

Entonces el padre: «Sois», dice, «de ese celeste regalo dignos
la que lo pides y por quien lo pides: toma, hija, lo que deseas».
595 Hablado había. Se goza y las gracias da ella a su padre
y a través de las leves auras, de sus uncidas palomas portada,
al litoral acude laurente, donde cubierto de caña serpea
hasta los estrechos, de sus caudales ondas vecinos, el Numicio.
A él ordena que a Eneas de todo lo sujeto a la muerte 600
purifique y lo lleve hacia las superficies por su tácito curso.
El cornado secunda los encargos de Venus y con las suyas,
cuanto en Eneas había sido mortal, purga

et respersit aquis; pars optima restitit illi. lustratum genetrix
divino corpus odore 605

unxit et ambrosia cum dulci nectare mixta contigit os fecitque
deum, quem turba Quirini nuncupat Indigetem temploque
arisque recepit.

Inde sub Ascanii dicione binominis Alba resque Latina fuit.
succedit Silvius illi. 610

quo satus antiquo tenuit repetita Latinus nomina cum sceptro,
clarus subit Alba Latinum.

Epytus ex illo est; post hunc Capetusque Capysque, sed Capys
ante fuit; regnum Tiberinus ab illis

cepit et in Tusci demersus fluminis undis 615 nomina fecit
aquae; de quo Remulusque feroxque Acrota sunt geniti.
Remulus maturior annis fulmineo periit, imitator fulminis, ictu.
fratre suo sceptrum moderatior Acrota forti tradit Aventino, qui,
quo regnarat, eodem 620
monte iacet positus tribuitque vocabula monti;

iamque Palatinae summam Proca gentis habebat.

Rege sub hoc Pomona fuit, qua nulla Latinas inter
hamadryadas coluit sollertius hortos

nec fuit arborei studiosior altera fetus; 625

unde tenet nomen: non silvas illa nec amnes, rus amat et ramos
felicia poma ferentes;

nec iaculo gravis est, sed adunca dextera falce, qua modo
luxuriam premit et spatiantia passim

bracchia conpescit, fisso modo cortice virgam ; 630 inserit et
sucos alieno praestat alumno;

nec sentire sitim patitur bibulaeque recurvas radices fibras
labentibus inrigat undis.

hic amor, hoc studium, Veneris quoque nulla cupido est;

vim tamen agrestum metuens pomaria claudit 635

intus et accessus prohibet refugitque viriles. quid non et Satyri,
saltatibus apta iuventus, fecere et pinu praecincti cornua Panes
Silvanusque, suis semper iuvenilior annis,

quique deus fures vel falce vel inguine terret, 640 ut poterentur
ea? sed enim superabat amando

hos quoque Vertumnus neque erat felicior illis. o quotiens habitu
duri messoris aristas

corbe tulit verique fuit messoris imago! tempora saepe gerens
faeno religata recenti 645 desectum poterat gramen versasse
videri;

saepe manu stimulos rigida portabat, ut illum iurares fessos
modo disiunxisse iuencos. falce data frondator erat vitisque
putator; induerat scalas: lecturum poma putares; 650

miles erat gladio, piscator harundine sumpta; denique per
multas aditum sibi saepe figuras repperit, ut caperet spectatae
gaudia formae. ille etiam picta redimitus tempora mitra,

innitens baculo, positus per tempora canis, 655

adsimulavit anum: cultosque intravit in hortos pomaque mirata
est 'tanto' que 'potentior!' inquit paucaque laudatae dedit
oscula, qualia numquam

y lo dispersó en las aguas. La parte mejor restó en él. Lustrado,
su madre con un divino aroma ungió 605 su cuerpo y con
ambrosia, con dulce néctar mezclada,
tocó su boca y lo hizo dios, al cual la muchedumbre de Quirino
 nombra Índiges y en un templo y en aras lo ha acogido.

Los reyes latinos

Después, bajo el dominio de Ascanio, el de dos nombres, Alba y
el estado latino estuvo. Lo sucedió Silvio a él,
nacido del cual, tuvo repetidos Latino 610
sus nombres, junto con el antiguo cetro; el brillante Alba sigue a
Latino.

Épito después de él es, tras éste Cápeto y Capis, pero Capis
antes estuvo. El reinado de ellos Tiberino
tomó, y hundido en las ondas de la corriente toscana 615 sus
nombres dio a su agua, del cual Rémulo y el feroz Ácrota fueron
engendrados. Rómulo, más maduro en años, de un rayo pereció
-el imitador del rayo- por un golpe.

Que de su hermano más moderado, Ácrota, el cetro pasa al
fuerte Aventino, el cual, en el que había reinado, 620
en ese mismo monte yace depositado y atribuyó su vocablo a
ese monte.

Vertumno y Pomona (I)

Y ya de la palatina gente el mando Proca tenía.

Bajo el rey tal Pomona vivió, que la cual, ninguna entre las latinas Hamadriades ha honrado con más pericia los huertos ni hubo más estudiosa otra del fruto del árbol, 625

de donde posee el nombre. No los bosques ella ni caudales, el campo ama y las ramas que felices frutos llevan.

Y no de la jabalina pesada va, sino de la corva hoz, su diestra, con la que ora su exceso modera y, extendidos por todas partes, sus brazos contiene, ora en una hendida corteza una vara 630 injerta y sus jugos apresta para un prohijado ajeno, y que sienta sed no tolera y las recurvas fibras de la bebedora raíz riega con manantes aguas.

Éste su amor; éste su estudio, de Venus incluso ningún deseo tiene.

La fuerza aun así de los hombres del campo temiendo, sus pomares cierra 635

por dentro y los accesos prohíbe y rehúye masculinos.

¿Qué no los Sátiros, para los bailes apta esa juventud, hicieron, y enceñidos de pino en sus cuernos los Panes, y Sileno, siempre más juvenil que sus propios años,

y el dios que a los ladrones o con su hoz o con su entrepierna aterra, 640

para apoderarse de ella? Pero es así que los superaba amándola a ellos incluso Vertumno, y no era más dichoso que ellos.

Oh cuántas veces, en el atavío de un duro segador, aristas en una cesta le llevó, y de un verdadero segador fue la imagen.

Sus sienes muchas veces llevando con heno reciente trenzadas, 645 la segada grama podía parecer que había volteado.

Muchas veces en su mano rigurosa agujadas portaba, tal que él jurarías que cansados acababa de desuncir sus novillos.

Una hoz dada, deshojador era y de la vid podador.

Se vestía unas escalas: que iba a recoger frutos creerías. 650 Soldado era con una espada, pescador, la caña tomada.

Por fin, merced a esas muchas figuras acceso para sí muchas veces encontró de modo que poseyera los goces de la contemplada hermosura. Él incluso, coronadas sus sienes de una pintada mitra,

apoyándose en un bastón, puestas por esas sienes canas, 655 se simuló una vieja, y entró en los cultivados huertos

y de los frutos se admiró y: «Tanto más poderosa», dice, y a la que un poco había alabado dio besos cuales nunca

vera dedisset anus, glaebaque incurva resedit suspiciens
pandos autumnus ponderare ramos. 660 ulmus erat contra

speciosa nitentibus uvis: quam socia postquam pariter cum vite
probavit, 'at si staret' ait 'caelebs sine palmite truncus,

nil praeter frondes, quare peteretur, haberet;

haec quoque, quae iuncta est, vitis requiescit in ulmo: 665

si non nupta foret, terrae acclinata iaceret; tu tamen exemplo
non tangeris arboris huius

concupitusque fugis nec te coniungere curas. atque utinam
velles! Helene non pluribus esset sollicitata procis nec quae
Lapitheia movit 670 proelia nec coniunx nimium tardantis Ulixis.
nunc quoque, cum fugias averserisque petentes, mille viri
cupiunt et semideique deique

et quaecumque tenent Albanos numina montes. sed tu si sapias,
si te bene iungere animumque 675 hanc audire voles, quae te plus
omnibus illis, plus, quam credis, amo: vulgares reice taedas
Vertumnumque tori socium tibi selige! pro quo me quoque
pignus habe: neque enim sibi notior ille est,

quam mihi; nec passim toto vagus errat in orbe, 680 haec loca
sola colit; nec, uti pars magna procorum, quam modo vidit,
amat: tu primus et ultimus illi ardor eris, solique suos tibi
devovet annos.

adde, quod est iuvenis, quod naturale decoris

munus habet formasque apte fingetur in omnes, 685 et quod
erit iussus, iubeas licet omnia, fiet.

quid, quod amatis idem, quod, quae tibi poma coluntur, primus
habet laetaque tenet tua munera dextra! sed neque iam fetus
desiderat arbore demptos

nec, quas hortus alit, cum sucis mitibus herbas 690 nec
quicquam nisi te: miserere ardentis et ipsum, qui petit, ore meo
praesentem crede precari. ultoresque deos et pectora dura
perosam

Idalien memoremque time Rhamnusidis iram! quoque magis
timeas, (etenim mihi multa vetustas 695 scire dedit) referam
tota notissima Cypro

facta, quibus flecti facile et mitescere possis.

'Viderat a veteris generosam sanguine Teucris Iphis Anaxareten,
humili de stirpe creatus, viderat et totis perceperat ossibus
aestum 700 luctatusque diu, postquam ratione furorem
vincere non potuit, supplex ad limina venit

et modo nutrici miserum confessus amorem, ne sibi dura foret,
per spes oravit alumnae,

et modo de multis blanditus cuique ministris 705 sollicita petiit
propensum voce favorem;

saepe ferenda dedit blandis sua verba tabellis, interdum
madidas lacrimarum rore coronas postibus intendit posuitque in
limine duro molle latus tristisque serae convicia fecit. 710

saevior illa freto surgente cadentibus Haedis, durior et ferro,
quod Noricus excoquit ignis, et saxo, quod adhuc vivum radice
tenetur, spernit et inridet, factisque inmitibus addit
verba superba ferox et spe quoque fraudat amantem. 715

verdadera hubiese dado una anciana, y en el terreno encorvada
se sentó, mirando arriba, curvas, del peso de su otoño, las
ramas. 660 Un olmo había enfrente, especioso por sus
brillantes uvas.

El cual, después que al par, con su compañera vid, hubo
aprobado:

«Mas si se alzara», dice, «célibe sin el sarmiento su tronco, nada,
excepto sus frondas, por que se le buscara, tendría.

Ésta también, la que unido se le ha, la vid descansa en el olmo.
665 Si casado no se hubiera, a la tierra inclinada, yacería.

Tú, aun así, con el ejemplo no te inmutas del árbol este, y de los
concúbitos huyes, ni de casarte curas.

Y ojalá quisieras. Helena no por más pretendientes

se hubiese inquietado, ni la que de los Lápitias movió 670 a las
batallas, ni la esposa del demasiado demorado Ulises.

Ahora también, aunque huyas y te apartes de los que te
pretenden, mil varones te desean, semidioses y dioses,

y cuantos númenes poseen los albanos montes.

Pero tú si supieras, si unirte tú bien y a la anciana 675 esta
oír quieres, que a ti más que todos esos,

más de lo que crees, te amo: rehúsa esas vulgares antorchas
y a Vertumno de tu lecho por compañero para ti elige, por el
cual a mí también

como prenda tenme, pues para sí mismo más conocido él no es
que para mí. Y no por doquier errante deambula por el orbe
todo; 680

estos lugares grandes honra y no, cual parte grande de tus
pretendientes,

a la que acaba de ver ama: tú el primer y el último ardor para él
serás y sola a ti ha consagrado sus años.

Añade que es joven, que natural tiene

de la hermosura el regalo, y en las figuras aptamente se finge
todas, 685 y que lo que hayas de ordenarle, aunque le ordenes
cualquier cosa, será.

Qué de que amáis lo mismo, que los frutos que por ti honrados
él el primero tiene y sostiene tus regalos con diestra dichosa.

Pero ni ya sus crías anhela, del árbol arrancadas,

ni, las que el huerto alimenta, con jugos tiernos las hierbas, 690
ni otra cosa que a ti: compadécete del que así arde y a él

mismo, quien te pide, en la boca mía, presente cree que te suplica,

y a los vengadores dioses y a la que los pechos duros aborrece, a la Idalia, y la memorativa ira teme de la Ramnúside.

Y para que más lo temas -y en efecto a mí muchas cosas mi vejez 695 saber me ha dado- te referiré, en todo Chipre muy conocidos,

unos hechos con que virar fácilmente y enternecerte puedas.

Ifis y Anaxárete

«Había visto, generosa de la sangre del viejo Teucro, Ifis a Anaxárete, de humilde estirpe creado.

La había visto y concibió en todos sus huesos un fervor; 700 y tras luchar mucho tiempo, después que con la razón su furor vencer no pudo, suplicante a sus umbrales vino,

y ora a su nodriza confesándole su desgraciado amor,

que con él dura no fuera, por sus esperanzas en su ahijada, le pidió,

y ora de entre sus muchas compañeras enterneciendo a cualquiera 705 con acongojada voz, pretendía su propenso favor.

A menudo para que las llevaran dio sus palabras a tiernas tablillas, a veces, mojadas del rocío de sus lágrimas, coronas

a sus jambas tendió y puso en su umbral duro
su tierno costado y, triste, a la cerradura insultos le gritó. 710
Más salvaje ella que el estrecho que se levanta al caer los
Cabritos, más dura también que el hierro que funde el fuego
nórico,
y que la roca viva que todavía por su raíz se sostiene,
lo desprecia y de él se burla, y a sus actos despiadados añade
palabras soberbias, feroz, y de su esperanza incluso priva a su
amante. 715

non tulit impatiens longi tormenta doloris Iphis et ante fores
haec verba novissima dixit:

"vincis, Anaxarete, neque erunt tibi taedia tandem ulla ferenda
mei: laetos molire triumphos

et Paeana voca nitidaque incingere lauru! 720 vincis enim,
mорийque libens: age, ferrea, gaude! certe aliquid laudare mei
cogeris amoris,

quo tibi sim gratus, meritumque fatebere nostrum. non tamen
ante tui curam excessisse memento quam vitam geminaque
simul mihi luce carendum. 725 nec tibi fama mei ventura est
nuntia leti:

ipse ego, ne dubites, adero praesensque videbor, corpore ut
exanimi crudelia lumina pascas.

si tamen, o superi, mortalia facta videtis,
este mei memores (nihil ultra lingua precari 730 sustinet) et
longo facite ut narremur in aevo,
et, quae dempsistis vitae, date tempora famae!" dixit, et ad
postes ornatos saepe coronis umentes oculos et pallida
bracchia tollens,
cum foribus laquei religaret vincula summis, 735 "haec tibi sarta
placent, crudelis et in pia!" dixit inseruitque caput, sed tum
quoque versus ad illam, atque onus infelix elisa fauce pependit.
icta pedum motu trepidantum aperire iubentem visa dedisse
sonum est ad aperta que ianua factum 740 prodidit, exclamant
famuli frustra que levatum (nam pater occiderat) referunt ad
limina matris; accipit illa sinu complexaque frigida nati
membra sui postquam miserorum verba parentum edidit et
matrum miserarum facta peregit 745 funera ducebat
mediam lacrimosa per urbem luridaque arsuero portabat
membra feretro.
forte viae vicina domus, qua flebilis ibat pompa, fuit, duraeque
sonus plangoris ad aures
venit Anaxaretis, quam iam deus ultor agebat. 750 mota tamen
"videamus" ait "miserabile funus"
et patulis iniit tectum sublime fenestris

vixque bene inpositum lecto prospexerat Iphin: deriguere oculi,
calidusque e corpore sanguis inducto pallore fugit, conataque
retro 755

ferre pedes haesit, conata avertere vultus

hoc quoque non potuit, paulatimque occupat artus, quod fuit in
duro iam pridem pectore, saxum. neve ea ficta putes, dominae
sub imagine signum

servat adhuc Salamis, Veneris quoque nomine templum 760

Prospicientis habet.—quorum memor, o mea, lentos pone,
precor, fastus et amanti iungere, nymphe:

sic tibi nec verum nascentia frigus adurat poma, nec excutiant
rapidi florentia venti!

Haec ubi nequiquam formae deus aptus anili 765

edidit, in iuvenem rediit et anilia demit instrumenta sibi talisque
apparuit illi, qualis ubi oppositas nitidissima solis imago evicit
nubes nullaque obstante reluxit,

vimque parat: sed vi non est opus, inque figura 770

capta dei nympha est et mutua vulnera sensit.

No soportó, incapaz de sufrirlos, los tormentos de ese largo
dolor Ifis, y ante sus puertas estas palabras últimas dijo:

«Vences, Anaxárete, y no tendrás tú hastíos algunos al fin que soportar de mí: alegres triunfos apresta

y a Peán invita y cíñete de nítido laurel. 720

Pues vences, y muero con gusto: venga, férrea de ti, gózate. Ciertamente a algo alabar de mi amor te verás obligada, en lo que a ti te sea yo grato y el mérito confesarás nuestro.

No, aun así, antes mi anhelo por ti recuerda que me ha abandonado, que la vida, y de mi gemela al par luz me he visto privado. 725

Y no a ti la fama ha de venir, nuncia de mi muerte:

yo mismo, no lo dudes, llegaré y estar presente pareceré, para que de mi cuerpo exánime tus crueles ojos apacientes. Si aun así, oh altísimos, los hechos mortales veis,

sed de mí memoriosos -nada más allá mi lengua suplicar 730 sostiene- y haced que de mí se cuente en una larga edad,

y, los que arrancasteis a mi vida, dad tiempos a mi fama. Dijo, y a esas jambas, ornadas a menudo de sus coronas,

sus húmedos ojos y pálidos brazos levantando,

al atar a lo más alto de las puertas las ataduras de un lazo: 735

«Estas guirnaldas a ti te placen, cruel y despiadada», dijo,

e introdujo su cabeza, pero entonces también vuelto hacia ella, y, peso infeliz, quebrada su garganta, se colgó.

Golpeada por el movimiento de sus pies, un sonido agitado y

que abrir ordenaba pareció haber dado, y abierta la puerta, el
hecho 740

revela: gritan los sirvientes y en vano levantándolo

-pues su padre había sucumbido- lo reportan hasta los
umbrales de su madre.

Lo recibe ella en su seno y abrazada a los fríos miembros
del hijo suyo, después que las palabras de los desgraciados
padres hubo expresado, y de las madres desgraciadas las
operaciones concluyó, 745 los funerales guiaba, lacrimosa, por
mitad de la ciudad,

y lívidos portaba sus miembros en el féretro que había de arder.

Por acaso, vecina su casa a la calle por la que, digna de llanto,
iba

la pompa, estaba, y el sonido de los golpes de pecho, dura, a
los oídos llega de Anaxárate, a la cual ya un dios vengador
trataba. 750 Conmovida, aun así: «Veamos», dice, «el
desgraciado funeral»,

y, de anchas ventanas, va al piso alto

y no bien, impuesto sobre el lecho, contempló a Ifis,

rígidos quedaron sus ojos y cálida fuera de su cuerpo su sangre,
sobrevenida a ella una palidez, huye, y al intentar 755

hacia atrás llevar sus pies, prendida estaba, y al intentar volver
su rostro,

esto también no pudo, y poco a poco invade sus miembros, la cual había estado ya hacía tiempo en su duro pecho, una roca.

Y para que esto fingido no creas, de su dueña con la imagen una estatua conserva todavía Salamina, y de Venus también un templo, con el nombre 760 de la Contemplante, tiene. De las cuales cosas consciente, oh querida mía, tus lentos orgullos deja, te lo suplico, y a tu enamorado únete, mi ninfa:

así a ti ni un primaveras frío quemame tus nacientes

frutos, ni los abatan florecientes, robadores, los vientos».

Vertumno y Pomona (II)

Ello una vez que para nada el dios, apto a la figura de vieja, 765 hubo expresado, al joven volvió, y los aparejos

se quitó de anciana, y tal se apareció a ella,

cual cuando a él opuestas, nitidísima del sol la imagen, vence a las nubes y sin que ninguna lo impida reluce,

y a la fuerza se dispone. Pero de fuerza no hay menester, y en la figura 770

del dios cautivada la ninfa fue, y mutuas heridas sintió.

Proximus Ausonias iniusti miles Amuli rexit opes, Numitorque
senex amissa nepotis munere regna capit, festisque Palilibus
urbis

moenia conduntur; Tatiisque patresque Sabini 775 bella gerunt,
arcisque via Tarpeia reclusa

dignam animam poena congestis exuit armis; inde sati Curibus
tacitorum more luporum ore premunt voces et corpora victa
sopore

invadunt portasque petunt, quas obice firmo 780 clauserat
Iliades: unam tamen ipse reclusit

nec strepitum verso Saturnia cardine fecit; sola Venus portae
cecidisse repagula sensit

et clausura fuit, nisi quod rescindere numquam

dis licet acta deum. Iano loca iuncta tenebant 785 naides
Ausoniae gelido rorantia fonte:

has rogat auxilium, nec nympphae iusta petentem sustinuerunt
deam venasque et flumina fontis elicuere sui; nondum tamen
invia Iani

ora patentis erant, neque iter praecuserat unda: 790 lurida
subponunt fecundo sulphura fonti incenduntque cavas fumante
bitumine venas. viribus his aliisque vapor penetravit ad ima
fontis, et Alpino modo quae certare rigori audebatis aquae, non
ceditis ignibus ipsis! 795 flammifera gemini fumant aspergine
postes, portaque nequiquam rigidis promissa Sabinis fonte fuit

praestructa novo, dum Martius arma indueret miles; quae postquam Romulus ultro obtulit, et strata est tellus Romana Sabinis 800 corporibus strata estque suis, generique cruorem sanguine cum soceri permiscuit inpius ensis. pace tamen sisti bellum nec in ultima ferro decertare placet Tatiumque accedere regno.

Occiderat Tatius, populisque aequata duobus, 805 Romule, iura dabas: posita cum casside Mavors talibus adfatur divumque hominumque parentem: 'tempus adest, genitor, quoniam fundamine magno res Romana valet nec praeside pendet ab uno, praemia, (sunt promissa mihi dignoque nepoti) 810 solvere et ablatum terris inponere caelo.

tu mihi concilio quondam praesente deorum

(nam memoro memorique animo pia verba notavi) "unus erit, quem tu tolles in caerula caeli"

dixisti: rata sit verborum summa tuorum!' 815 adnuit omnipotens et nubibus aera caecis occuluit tonitruque et fulgure terruit orbem. quae sibi promissae sensit rata signa rapinae, innixusque hastae pressos temone cruento

inpavidus conscendit equos Gradivus et ictu 820 verberis increpuit pronusque per aera lapsus constitit in summo nemorosi colle Palati reddentemque suo iam regia iura Quiriti abstulit Iliaden: corpus mortale per auras dilapsus tenues, ceu lata plumbea funda 825 missa solet medio glans intabescere

caelo; pulchra subit facies et pulvinaribus altis dignior, est qualis
trabeati forma Quirini.

Flebat ut amissum coniunx, cum regia Iuno

Apoteosis de Rómulo y Hersilia

El próximo, el soldado del injusto Amulio, de Ausonia

gobernó las riquezas, y Númitor, el anciano, ellos perdidos, de
su nieto por regalo sus reinos cobró y en las fiestas de Pales de
la ciudad

las murallas se fundan. Y Tacio y los padres sabinos 775

guerras hacen, y Tarpeya, por haber abierto de la ciudadela el
camino, de su aliento digno de castigo se despojó,
amontonadas las armas.

Después los nacidos de Cures a la manera de los tácitos lobos,
en su boca reprimen sus voces y unos cuerpos vencidos del
sopor invaden y a las puertas van que con tranca firme 780

había cerrado el Iliada: una aun así la propia Saturnia abre, y
estrépito al girar el gozne no hizo.

Sola Venus que habían caído de la puerta los cerrojos sintió y
cerrado los hubiera, a no ser porque rescindir nunca

los dioses pueden los actos de los dioses. Unos lugares a Jano
juntos poseían 785

las Náyades Ausonias, rorantes de un helado manantial.

A ellas ruega auxilio, y esas ninfas a la que cosas justas pedía
no se resistieron, a la diosa, y las corrientes del manantial suyo
sacaron.

Todavía no, aun así, inaccesibles la bocas

de Jano, abierto, estaban, ni el camino había cerrado la onda:

790 lívidos ponen azufres bajo la fecunda fontana,

y encienden sus huecas venas con humeante betún.

Con las fuerzas estas y otras, un vapor penetró hasta lo más
hondo de la fontana y, al alpino modo, las que competir con la
helada osabais, aguas, no cedéis a los fuegos mismos. 795

Por esa aspersion llameante humean las jambas,

y la puerta, para nada prometida a los rigurosos sabinos,

por esta fontana nueva fue obstruida, mientras de Marte el
soldado se vestía de sus armas. Las cuales, después que

Rómulo más allá opuso, asolada quedó la tierra romana de
cuerpos sabinos, 800 asolada quedó también de los suyos,
y del yerno el crúor

con la sangre del suegro mezcló la impía espada.

Con la paz, aun así, que se detuviera la guerra, y no hasta lo
último a hierro dirimirla eligen, y que Tacio acceda al reino.

Había sucumbido Tacio: igualadas para dos pueblos,

Rómulo, sus leyes dabas, cuando, dejando su yelmo Mavorte
805 con tales cosas se dirige, de los dioses y de los hombres, al
padre:

«El tiempo llega, padre, puesto que con fundamento grande
el estado romano vigoroso está y no de un único gobernante
depende, de cumplir -me han sido prometidos a mí y a tu digno
nieto- 810 sus recompensas, y a él, arrancado de las tierras,
imponerlo al cielo. Tú a mí, presente un día el consejo de los
dioses,

pues lo recuerdo y en mi memorioso corazón tus piadosas
palabras escribí:

«Uno habrá al que tú subirás a los azules del cielo»

dijiste. Confirmada sea la suma de las palabras tuyas». 815

Asintió el todopoderoso, y el aire de nubes ciegas

ocultó y con trueno y su fulgor aterró el orbe.

Las cuales, a él prometidas, las sintió confirmadas, las señales
de su robo: y apoyado en su asta, a sus caballos, hundidos de
su timón ensangrentado, impávido sube Gradivo, y con un
golpe 820

del látigo dio un estallido e inclinado, por el aire resbalando, se
posó en lo más alto del collado del nemoroso Palacio,

y a él, que daba a su Quirite no regias leyes,

lo arrebató, al Iliada. Su cuerpo mortal por las auras tenues se diluyó, como por la ancha honda lanzada 825 suele, de plomo, la bala por la mitad consumirse del cielo.

Bella le viene una apariencia y de los divanes altos más digna, cual es la hermosura de Quirino en trábea.

Le lloraba como perdido su esposa, cuando la regia Juno

Irin ad Hersilien descendere limite curvo 830 imperat et vacuae sua sic mandata referre:

'o et de Latia, o et de gente Sabina praecipuum, matrona, decus, dignissima tanti ante fuisse viri coniunx, nunc esse Quirini,

siste tuos fletus, et, si tibi cura videndi 835

coniugis est, duce me lucum pete, colle Quirini qui viret et templum Romani regis obumbrat'; paret et in terram pictos delapsa per arcus, Hersilien iussis conpellat vocibus Iris;

illa verecundo vix tollens lumina vultu 840

'o dea (namque mihi nec, quae sis, dicere promptum est, et liquet esse deam) duc, o duc' inquit 'et offer coniugis ora mihi, quae si modo posse videre

fata semel dederint, caelum accepisse fatebor!'

nec mora, Romuleos cum virgine Thaumantea 845 ingreditur
colles: ibi sidus ab aethere lapsum decidit in terras; a cuius
lumine flagrans

Hersilie crinis cum sidere cessit in auras: hanc manibus notis
Romanae conditor urbis

excipit et priscum pariter cum corpore nomen 850

mutat Horamque vocat, quae nunc dea iuncta Quirino est.

a Iris, que hasta Hersilia descienda por su senda curva 830 le
impera, y que a la viuda sus mandados así le refiera:

«Oh de la latina, oh de la gente sabina, matrona, la principal
honra, dignísima de tan gran varón

de haber sido antes la esposa, ahora de serlo de Quirino, detén
tus llantos y si el cuidado tuyo el de ver 835

a tu esposo es, conmigo de guía al bosque ven que en el collado
de Quirino

verdea y al templo del romano rey da sombra». Obedece, y a la
tierra bajando por sus arcos pintos, a Hersilia compele con las
ordenadas palabras Iris.

Ella, en su vergonzoso rostro apenas levantando sus luces: 840

«Oh diosa -pues para mí, tanto no quién seas decir al alcance
está, cuanto sí es claro que eres una diosa- guíame, oh

guíame», dice, «y ofréceme de mi esposo el rostro, el cual, si sólo poder verlo

los hados una vez me dieran, el cielo haber recibido confesaría».

Y sin demora de Rómulo con la virgen Taumantea 845

se adentra en los collados: allí una estrella del éter deslizada cae hasta las tierras. De cuya luz ardiendo

Hersilia, sus cabellos, con esa estrella pasó a las auras.

A ella con sus manos conocidas el fundador de la ciudad de Roma la recibe, y su primitivo nombre, al par con su cuerpo,

850

le muda y Hora la llama, la cual, ahora diosa, se unió a Quirino.

DÉCIMOQUINTO LIBRO

Se busca a quien, sucesor de tan grande rey, pueda soportar carga tan grande. La Fama, anunciadora de la verdad, destina para eso al ilustre Numa, quien no conforme con conocer los ritos sabinos ambiciona cosas mayores e investiga la naturaleza de las cosas. Por este anhelo, deja la patria y a Cures y va a la ciudad de Crotón, huésped de Hércules, donde pregunta a un anciano indígena quién había fundado en Italia una ciudad griega. Él le responde, sabedor de lo antiguo (1- 11).

Tras un feliz camino, el hijo de Júpiter había llegado al Lacinio con los bueyes que traía de Iberia, y, según se dice, entró en la casa del hospitalario Crotón mientras su ganado pastaba, y allí descansó. Al irse había dicho a su huésped que en ese lugar habría una ciudad para el tiempo de sus nietos, y lo que dijo fue verdad (12-18).

Miscelo, hijo del argólico Alemón, era en aquella época el más acepto a los dioses. Mientras dormía, Hércules se inclinó sobre él y le dijo que abandonara su patria y se dirigiera hacia la distante corriente del Ésar, y lo amenazó con muchas cosas terribles si no lo hacía. El dios y el sueño se fueron de él a la vez (19-25). Se levanta entonces, y medita a propósito de su visión: un dios le manda ir, le prohíben hacerlo las leyes que castigan con la muerte al que cambia de patria. Pasa el día y el sol se pone y viene la noche estrellada. Parece llegar otra vez el dios y

exhortarlo a lo mismo, y hacerle amenazas más graves si se rehúsa. Temeroso, Miscelo se dispone a mudar a sedes nuevas el patrio santuario, pero un rumor difunde su intención y él es acusado de despreciar las leyes. Cuando se lleva la primera parte de la causa y se muestra el crimen probado, él alza palabras y manos a los dioses: Que el que alcanzó el cielo con doce trabajos, y es causa de su crimen, lo auxilie (26-40).

Se acostumbraba antiguamente usar guijarros blancos o negros para absolver o condenar a los reos; por tal procedimiento se dictó entonces la sentencia, y todos los guijarros echados en la urna fueron negros. Pero al volver ésta para contarlos, se encontró que se habían vuelto blancos, y por esta obra de Hércules fue absuelto Miscelo. Después de darle las gracias, se hace a la mar y navega por el Jonio y pasa frente a Trento y Síbaris y Nereto y el golfo de Turio, y Némese y los campos de Yápige, y recorre la región costera y encuentra la desembocadura del asar y, cerca, el túmulo de Crotón. En ese lugar fundó la ciudad, y le dio el nombre del sepultado allí. Ése fue el origen del sitio y de la ciudad establecida en tierras ítalas (41-57).

Hubo en ella un varón nacido en Samos, de donde había huido desterrándose voluntariamente por odio a los tiranos. Aun cuando distante del cielo, fue en su mente a los dioses, y tomó con los ojos del alma lo que la naturaleza niega a los del cuerpo. Y cuando lo había visto todo, lo enseñaba en silenciosas reuniones de admiradores suyos: los principios del magno

mundo, las causas de las cosas, lo que son la naturaleza y dios; el origen de las nubes, el del rayo al henderse las nubes; lo que sacude las tierras, la ley que rige el camino de los astros, y todo cuanto está oculto. El primero, prohibió comer animales, y el primero dijo las siguientes palabras, doctas pero no creídas (58-74).

Que eviten los hombres profanar sus cuerpos con comida nefanda; hay trigo, hay frutas en los árboles y uvas en las vides; hay hierbas dulces y que se pueden ablandar en el fuego, y la leche está permitida y la miel que huele a tomillo. La tierra es pródiga en alimentos suaves, libres de muerte y de sangre. Las fieras calman su hambre con carne, y no todas lo hacen, pues caballos y manadas y rebaños comen hierba. Pero las de índole cruel y feroz, los tigres, los leones, los lobos, los osos, se

gozan de viandas sangrientas (75-86).

¡Qué gran crimen es meter entrañas en las entrañas, y engordar un cuerpo con un cuerpo graso, y que un animal viva de la muerte de un animal! ¿Qué, entre cuantas riquezas parió la tierra, madre óptima, sólo deleita al hombre masticar cruelmente las heridas y portarse como un cíclope? ¿Sólo calmará su hambre voraz con la pérdida de otro? (87-95).

La edad llamada de oro dio frutos y hierbas naturales, y no manchó con sangre las bocas. En ella, volaron seguras las aves y la liebre erró en los campos, y el pez no fue engañado por el

anzuelo. Todo carecía de insidias y no temía al fraude y estaba pleno de paz. Después que alguien perverso, quienquiera que haya sido, envidió a los leones y sumergió en su vientre ávido comida de cuerpos, se inició el crimen. Y fuera bastante haber calentado el hierro en la primera matanza de fieras, pues la piedad permite matar los cuerpos que quieren matarnos; pero éstos no debieron también ser comidos (96-110).

El crimen adelantó, y se cree que su primera víctima fue el puerco que arranca las simientes con el hocico y destruye la esperanza de la cosecha; el cabro fue inmolado a Baco vengador, por haber comido la vid; ambos fueron dañados por su culpa. ¿Pero qué merecieron las ovejas plácidas y protectoras del hombre, que con su lana le dan blandas ropas y lo sustentan con su leche y son más útiles vivas que muertas? ¿Qué, los bueyes, no fraudulentos ni dolosos y sí inofensivos, simples y sufridores de trabajos? (111-121).

Es sin duda olvidadizo e indigno de los frutos, quien pudo, apenas suelto del arado, inmolar a su labriego; quien hirió con el hacha su cuello gastado por la labor, con el cual había renovado el campo y producido cosechas. Y no basta el crimen cometido, sino que se atribuye a los dioses quienes se dice que gozan con la matanza del novillo labrador (122-129).

Una víctima sin tacha, hermosísima (pues daña la hermosura), adornada de cintas y oro se sitúa ante las aras e, ignorante, oye, al sacerdote y ve que entre los cuernos le ponen lo que ella cultivó, y herida tiñe los cuchillos vistos antes en el agua clara.

Al punto, observan las entrañas arrancadas del pecho vivo aún, y buscan en ellas la voluntad de los dioses. Tanto apetecen los hombres alimentos prohibidos, que osan comer de allí. Que no lo hagan, les ruega, y oigan sus consejos, y sepan que al comer bueyes inmolados, mastican a sus colonos (130-142).

Pues un dios lo mueve a hablar, lo obedecerá y abrirá sus oráculos y el cielo, y explicará los misterios de la divinidad. Cantará cosas magnas y antes desconocidas y ocultas; lo deleita ir por los astros y, dejando la tierra, viajar en una nube y detenerse en los hombros de Atlante y mirar hacia abajo a los hombres errantes y sin razón, temerosos de la muerte, y así amonestarlos y mostrarles el desenvolvimiento de los hados (143-152).

¡Oh raza aterrorizada por la muerte! ¿A qué temer peligros de un mundo fingido, invención de vates, la Estigia y las tinieblas y los nombres vacíos? Los cuerpos se consumirán en la vejez o en la pira, y no pueden sufrir ningún mal las almas inmortales. Dejada una morada, van a otra y, allí recibidas, la habitan. Él mismo que habla, recuerda que en la guerra de Troya era Euforbo hijo de Pantoo, a quien hirió la lanza de Menelao; hace poco reconoció su escudo en el templo de Juno en Argos abantea (153-164).

Todo se cambia, nada muere; el espíritu va de allí hacia acá y de aquí hacia allá, y ocupa cualesquier miembros, y pasa de cuerpos de fieras a cuerpos humanos o viceversa, y nunca perece. Como la cera que toma nuevas figuras y no conserva

las anteriores y sigue siendo la misma, así el alma es la misma siempre, pero transmigra a distintos cuerpos (165-172).

De esta manera, para que el hambre no venza a la piedad, ha de evitarse matar los animales que pudieran albergar almas humanas, y alimentar sangre con sangre. Y ya llevado en el ancho mar por velas plenas —continúa el filósofo—, lo dirá: nada en el universo persiste; todo fluye, toda apariencia es cambiante. El tiempo corre de continuo, como un río, pues no se detienen el río ni las horas; como la ola es precedida y seguida por otra, el momento huye y persigue a la vez y es siempre nuevo; lo que antes fue, pasó y se convierte en lo que no fue, y los instantes se renuevan (173-185).

La noche tiende hacia el día que sucede a la noche, y el cielo es de un color a la mitad de ésta y de otro al alba y de otro a la aurora. El mismo escudo de Apolo es rojo al surgir de la tierra y al

escondese en ella, y blanco en lo más alto del cielo, donde la naturaleza del éter es mejor y dista del contagio terrestre, y nunca es igual la apariencia de Diana nocturna: va haciéndose mayor, si crece, y menor si mengua (186-198).

¿No ve el hombre que el año tiene cuatro pasos, como su propia edad? Pues en la primavera es tierno y lactante y semejante a un niño; entonces se hincha y es débil la hierba y deleita la esperanza de los agrestes; todo florece, y el campo

juega con colores de flores todavía no hay fuerza en las frondas. En el estío, se hace robusto y joven valiente; no hay edad alguna más fuerte o más fecunda o más ardiente. Dejada la juventud, pasa al otoño maduro y suave, intermedio entre juventud y vejez, cano ya en las sienes. Por último, llega al invierno senil, erizado y trémulo, y sin cabellos o con cabellos blancos (199-211).

Varía también el cuerpo del hombre, que nunca es lo que fue o lo que será. Hubo el día donde, como semilla o esperanza, habitó el vientre materno. La naturaleza no quiso que el cuerpo se apretara allí al crecer, y lo hizo salir al aire. Ya en la luz, yació el niño sin fuerzas; luego se movió a cuatro patas, como las fieras, y paulatinamente, con las corvas aún temblorosas, se enderezó valiéndose de algún apoyo. De allí vino a ser fuerte y rápido, y pasó luego la juventud y se fue también el espacio intermedio y llegó la vejez cuesta abajo (212-227).

Ésta socava y destruye las fuerzas de la edad anterior; llora Milón anciano cuando mira pender inútiles sus brazos que fueran como los de Hércules. Llora también Helena cuando mira en su espejo arrugas de vieja, y se pregunta por qué la raptaron dos veces. El tiempo que se traga las cosas, y la envidiosa senectud, lo destruyen todo, lo consumen poco a poco con los dientes de la edad (228-236).

Tampoco los elementos persisten, y el filósofo dirá sus alternancias; atiendan los hombres. El eterno mundo contiene cuatro cuerpos genitales; dos de ellos, la tierra y el agua,

pesados y obligados a ir hacia abajo; dos sin gravedad, que van hacia arriba: el aire, y el fuego más puro que él. Aunque distan entre sí, todo se hace de ellos y a ellos va. Se disuelve la tierra y se aclara en agua líquida; ésta se atenúa y se hace aire; éste, perdiendo peso a su vez, se convierte en fuego altísimo. De allí vuelven hacia atrás, en el mismo orden: el fuego se espesa y transita hacia el aire; éste, al agua; la tierra se hace de agua condensada. Y a ninguno dura la apariencia, y la naturaleza, renovadora, les da figuras diversas (237-253).

Nada en el mundo perece; todo varía y se renueva. Nacer es empezar a ser algo distinto de lo que fue antes, y morir es dejar de ser eso. Como todo es movido acaso de allí hacia acá y de aquí hacia allá, se mantiene su suma.

Piensa el filósofo que nada dura en su misma apariencia; así la edad de hierro vino de la de oro; así cambió muchas veces la fortuna de los lugares. n vio convertirse en olas lo que fue tierra sólida, y volverse en tierra la extensión del mar. De este modo quedaron conchas marinas lejos del mar, y se encontró un anda antigua en la cima del monte. Y lo que fue campo se hizo valle, y el monte se inundó y bajó a los mares, y el pantano aridació en arenal, y el arenal se humedeció en pantano (254-269).

Aquí hizo la naturaleza brotar fuentes nuevas; allá, las cerró; muchos ríos surgen del temblor terrestre, muchos más se secan. Así el Lico, absorbido por una abertura en la tierra, aparece lejos por otra; así, se hunde el Erasino y después de un curso subterráneo, es devuelto en los campos argólicos. Dicen que el

Caico, disgustado de su antiguo cauce, va ahora por otro, y el Amenano, suprimidas sus fuentes, ora corre volteando las arenas de Sicilia, ora se consume. El Anigro, antes potable, tiene hoy aguas que no se pueden tomar, después que —si ha de creerse a los vates— los centauros lavaron en ellas las heridas causadas por el arco de Hércules. Así también la corriente del Hipanis de Escitia se ha vuelto, de dulce, en amarga de sales (270-286).

Fueron antes islas, ya no lo son, Faros, Antisa y Tiro. Leucade fue tierra firme, hoy es isla. Dicen que Zancle estuvo unida a Italia, hasta que de ella la separaron las ondas. Si se busca a las ciudades griegas de Hélice y Buris, se las encontrará sumergidas. Todavía suelen los navegantes mostrar sus murallas bajo las aguas (287-295).

Cerca de Trezene hay un cerro árido y fragoso, que antes fue llanura planísima; los vientos — horrible de decir— encerrados en oscuras cavernas, usaron sus fuerzas para salir de aquéllas; pero

como no encontraron ninguna abertura, hicieron que la tierra se hinchara, así como el soplo de la boca infla una vejiga de piel de cabra. La hinchazón permaneció en el lugar, con la apariencia de un collado, y se endureció con el tiempo (296-306).

Aunque el que habla recuerda mucho más, contará pocas cosas. El agua también da y toma figuras distintas. La onda del Amón es helada al mediodía, caliente en la mañana y al atardecer; los atamanes encienden antorchas en el agua, cuando ha menguado la luna; los cicones tienen un río cuyas aguas petrifican las entrañas de quien las bebe y las cosas que tocan; el Cratis y el vecino Síbaris vuelven del color del electro y el oro los cabellos (307-316).

Pero, aún más admirable, hay aguas poderosas a mudar no sólo los cuerpos sino los ánimos. Todos han oído hablar de Salmacis, obscena en sus ondas, y de los lagos etíopes que enloquecen o narcotizan a quien los traga. Quienquiera que bebió en la fuente Clitoria, se vuelve abstemio para siempre, ya sea porque en sus aguas hay una fuerza contraria al vino, o porque, como cuentan los indígenas, Melampo, cuando quitó las furias a las Prétidas hechizadas, envió a tales aguas sustancias limpiadoras de la mente, y en ellas quedó el odio al vino. Por el contrario, quien bebe en la corriente del Lincestio se embriaga como si hubiera bebido vino puro (317-331).

Hay una fuente cerca de Feneo, en Arcadia; sus aguas dañan si se beben de día, no si se beben por la noche. De esta suerte, los lagos y los ríos poseen fuerzas distintas. Ortigia navegó en otro tiempo; hoy está fija. El Argos temió a las Simplégadas que se movían y chocaban; están inmóviles ahora. Y el Etna ardiente de azufre no será siempre ígneo, como no siempre lo ha sido (332- 341).

Pues si la tierra es un animal viviente y tiene respiraderos flameantes, puede, al moverse, clausurar unos y abrir otros. O si en los antros profundos hay vientos que hacen chocar rocas y materia con semillas de llama, creando el fuego con sus golpes, los antros se enfriarán si los vientos se aquietan, o si se consumen quemados el betumen y el azufre.

Porque si la tierra no da pábulo a las llamas, éstas perderán su fuerza con el tiempo y, carentes de alimento para su naturaleza voraz, morirán de hambre (342-355).

Dice la fama —el que habla no lo cree— que en la hiperbórea Palene hay hombres cubiertos de pluma por haberse sumergido nueve veces en la laguna de Tritón; las escitas hacen eso mismo con rociarse el cuerpo de veneno. Si debe creerse a las cosas demostradas, los cuerpos podridos por el tiempo y el calor, se convierten en pequeños animales. Que el hombre entierre en una fosa elegida un toro inmolado. Cosa conocida, de las entrañas pútridas nacerán abejas que, como el animal que les dio origen, cuidarán el campo y ayudarán a la obra y trabajarán en la esperanza (356-367).

El caballo de guerra, inhumado, hace nacer el avispón; si se entierra un cangrejo después de quitarle los brazos, nacerá un escorpión de cola amenazante; las orugas que tejen sus hilos en las hojas —cosa vista por los colonos— se convierten en funerales mariposas. El limo tiene semillas de ranas, que nacen sin patas; luego se las da propias para nadar, y más largas que las anteriores, para permitirles el salto. Y el cachorro de la osa

no es sino un trozo de carne apenas vivo, a quien su madre, lamiéndolo, le da figura semejante a la suya. También las abejas, en las celdillas de cera, nacen sin las patas y alas que tardíamente toman. El pavón, que lleva estrellas en la cola, y el águila y las palomas —¿quién, de no saberlo, lo creyera?—, nacen del interior del huevo. Y hay quienes piensan que en el espinazo humano que se pudre sepultado, la medula se muda en serpiente (368- 390).

Todos esos seres toman principio de otros, pero hay un ave que se siembra y se reconstruye de sí misma. Los asirios la llaman fénix, y se alimenta de incienso y jugo de amomo. Cuando ha cumplido cinco siglos, se construye con uñas y pico un nido en lo alto de un roble o una palmera, y bajo él pone casia, espigas de nardo, canela y mirra. Luego se coloca encima, y muere entre aromas. Dicen que de allí nace, del cuerpo de su padre, un nuevo fénix que ha de vivir los mismo años que él y que, cuando con la edad adquirió fuerzas bastantes, levanta del árbol el nido —cuna suya y sepulcro de su padre— y lo lleva en vuelo a la ciudad de Hiperión, donde lo deposita a las puertas del templo de éste (391-407).

Si algo novedoso se encuentra en ello, hay que admirar que la hiena, hace poco hembra, se convierta en macho; el camaleón, que se alimenta de aire, finge el color sobre el cual se detiene. La India vencida dio a Baco los lince cuya orina, según dicen, se cuaja en piedras al contacto del aire;

lo mismo el coral, que fue hierba bajo el agua, se endurece a la intemperie (408-417).

El día terminará antes que el filósofo alcance a narrar todas las cosas que adquieren nuevos aspectos. Así ve el hombre que se vuelven los tiempos, y que unas naciones se hicieron potentes, otras cayeron. Troya, ahora sólo ruinas, fue poderosa en bienes y hombres, y derramó su sangre durante diez años. Sus riquezas son hoy los sepulcros de los antepasados. Ilustres fueron Esparta y Micenas, y ambas han desaparecido; de Tebas la de Edipo, de Atenas la de Pandión, no quedan ya sino los nombres (418-430).

Es fama que hoy se levanta Roma Dardania, que junto al Tíber establece los cimientos de las cosas. Ella muda su forma con crecer, y un día será la cabeza del mundo; así lo dicen los vates y los oráculos, y se lo había dicho a Eneas, cuando lloraba dudando de su salvación, el Priámida Heleno (431-438).

El hijo de Venus ha de saber por sus presagios que, mientras esté a salvo, Troya no habrá de caer enteramente. El incendio y las armas le darán camino, y podrá irse llevando con él a Troya hasta un campo extranjero más benigno que el patrio. Los descendientes de los troyanos tendrán así una ciudad mayor que cuantas hubo y habrá; otros próceres la harán fuerte, pero un brote de la sangre de Julo la hará señora de las cosas; a él, cuando la tierra lo hubiere gozado, lo tomará el cielo que será su fin último. El filósofo se alegra de recordar esta profecía hecha a Eneas, de que surja una ciudad pariente de Troya y de

que ésta haya sido, para su provecho, vencida por los griegos (439-452).

Con el fin de no alejarse del asunto propuesto, ahora el que habla afirma que el cielo y lo que está bajo él y la tierra y lo que está, sobre ella, cambian sus apariencias; los hombres, parte de todo, ya que no sólo son cuerpos sino almas también, que pueden ir a cuerpos de animales y ocultarse en ellos, deben respetar la salud y la dignidad de cuerpos donde pueden estar las almas de sus padres o hermanos, y no servir sus carnes en mesas semejantes a las de Tiestes (453-462).

¡Cómo se prepara a verter sangre humana el impío que corta con el cuchillo el cuello de un toro, sin conmoverse con sus gemidos! ¡O el que es capaz de degollar un cabrito que se queja como un niño, o comerse el ave que él mismo alimentó! ¿Qué le falta para cometer el crimen completo? ¿A dónde irá después? Que el buey crezca o muera de viejo; que la oveja dé abrigo contra el Bóreas, y las cabritas hartas, sus ubres a ser ordeñadas. Que se quiten las redes, los lazos y las trampas, y no se engañe al pájaro con la vara enviscada ni al ciervo con plumas que lo espanten, ni se oculte el anzuelo con viandas falaces. Si algunas bestias dañan, sean suprimidas; pero sólo suprimidas, no devoradas; han de buscarse alimentos suaves (463-478).

Cuentan que, instruido por éstas y otras palabras, regresó Numa a su patria, y se le buscó para que rigiera al pueblo latino. Feliz con una ninfa por esposa y las camenas por guías,

enseñó los ritos de la religión y dio las artes pacíficas a un pueblo acostumbrado a la guerra. Después que muy viejo concluyó su reinado y su vida, lo lloraron muerto las mujeres latinas y el pueblo y los senadores. Habiendo dejado la ciudad, su esposa se escondió en las selvas de Aricia, donde impedía con sus quejas el culto de Diana orestea (479-491).

Muchas veces las dríadas y las náyades le aconsejaron que no lo hiciera, y trataron de consolarla; muchas veces el hijo de Teseo le dijo que pusiera fin a su llanto, pues su suerte no era la única lamentable, y le sería más soportable si la comparara con la de otros. Acaso la aliviarían ejemplos ajenos, pero tal vez pueda hacerlo también el suyo. Y narra de continuo:

Quizás haya ella oído hablar de Hipólito, quien murió por la credulidad de su padre y la infamia de su madrastra. Aunque le parezca admirable, él es aquel Hipólito. En vano Fedra lo instigó a profanar el lecho de su padre; pero fingió que él lo había intentado y, por miedo a ser delatada, u ofendida por su rechazo, lo acusó de eso; el padre lo condenó y lo expulsó de la ciudad, tras haberlo maldecido (491-505).

Ya iba en su carro huyente rumbo a Trezene por las costas de Corinto, cuando el mar se alzó y una ola gigantesca se encorvó como un monte y mugió y se partió en su cima. De allí surgió un toro de grandes cuernos que, erguido hasta el pecho en el aire, echaba agua por la nariz y el hocico. Los compañeros se asustan; él permanece tranquilo y dispuesto al destierro, pero sus caballos se- vuelven hacia el mar, yerguen las orejas, se

erizan, y turbado por miedo del monstruo arrastran el carro a los escollos. Lucha Hipólito inútilmente por frenarlos con su mano, y se tiende atrás tirando

de las riendas (506-520).

Y los hubiera frenado, de no haberse quebrado una rueda al chocar con un tronco. Es lanzado del carro, y las correas que tienen su cuerpo lo desgarran vivo, y sus músculos se rompen contra el tronco. Sus miembros lo siguen en parte, en parte quédanse allí: suenan rotos sus huesos y se exhala fatigada su alma, y el cuerpo entero, irreconocible, es sólo una gran llaga (521-529).

¿Puede u osa la ninfa comparar a ésta su desgracia? Él vio también los reinos que no conocen el día y se lavó en el Flegetón, y sólo Esculapio le devolvió la vida por medio de fuertes hierbas y el arte de Apolo, provocando la indignación de Dite. Entonces Diana, para que no le fuera envidiado allí el don recibido, lo cubrió de nubes y lo hizo irreconocible aumentándole la edad y alterándole el rostro. Dudó después mucho si lo mandaría a Creta o a Delos, y decidió por fin dejarlo donde ahora está, cambiándole antes el nombre que recordaba a los caballos: él, que había sido Hipólito, habría de ser Virbio. Desde entonces da culto en ese bosque, y como un dios menor se ampara bajo el poder de Diana y la sirve (530-546).

Empero, no se consuela Egeria con el mal del otro, y se licua en lágrimas en' lo ínfimo del monte; conmovida por su piedad, Diana la convierte en fuente helada, y adelgaza su cuerpo en ondas eternas. El hecho conmovió a las ninfas, e hizo que Hipólito se pasmara como el arador tirreno cuando vio, al principio, los terrones fatales moverse de suyo y luego perder su apariencia y tomar la de hombre y profetizar con la boca recién adquirida. Los indígenas lo llamaron Tages, y él fue el primero en enseñar a los etruscos la revelación del futuro (547-558).

Así se pasmó, o como Rómulo al ver que en el Palatino se llenaba de fronda su lanza clavada, y se alzaba no de su punta de hierro sino de una raíz reciente, y ya no era una lanza sino un árbol de ramas flexibles que daba inesperadas sombras a quienes lo admiraban (559-564).

También se pasmó como Cipo al ver sus cuernos reflejados en la superficie del río, y creyendo que la imagen lo engañaba, tocarlos a menudo con sus dedos. Se yergue Cipo entonces — regresaba de derrotar al enemigo— y alza ojos y brazos al cielo, y habla: Que hagan los dioses que ese prodigio, si bueno, lo sea para los romanos; si malo, lo sea para él. Y aplaca con incienso las aras de hierba, y liba vinos y consulta en las entrañas de ovejas inmoladas (565-576).

Tan pronto como un arúspice tirreno las examina, ve en ellas magnas cosas ocultas. Vuelve los ojos a los cuernos de Cipo, y

le dice que habrán de obedecerlo como rey ese lugar y las alturas latinas.

Que sin tardanza entre, como ordenan los hados, por las puertas que se abren, y dentro de la ciudad que lo admite sea rey y se apodere del cetro (577-585).

Retrocede Cipo, y dando la espalda a las murallas, pide a los dioses que alejen presagios tales. Es más justo que él pase su vida en el destierro a que sea visto como rey por el Capitolio. Luego de hablar así, se cubre los cuernos con laurel y convoca al pueblo y el senado. De pie en el terraplén construido por los soldados, y tras rogar ritualmente a los dioses antiguos, advierte que allí está alguien que será rey si no lo expulsan; él lo señalará no con un nombre, sino con un signo: llevará cuernos. Ése, si entrare en Roma, les dará leyes para esclavos; pudo entrar en ella, pero el mismo Cipo se lo impidió, aunque no hay nadie que le esté más unido. Que los romanos lo aparten de la ciudad, o lo encadenen y se libren del temor dándole muerte (586-602).

El pueblo hace un rumor semejante al del Euro entre los pinares o el de las olas del mar oídas de lejos. Una voz sobresale que pregunta quién es aquél, y todos miran y buscan en las frentes los cuernos anunciados. Cipo vuelve a hablarles: Tienen allí a quien buscan, les dice, y se quita contra la voluntad del pueblo la corona, y exhibe la frente insigne por los cuernos (603-611).

Todos bajan, los ojos y gimen, y ven sin voluntad aquella cabeza ilustre por sus méritos; no sufren que permanezca sin honor, y la cubren de corona festiva. Dado que se le niega entrar en la ciudad, los próceres conceden a Cipo tanto de tierra como pueda rodear con el arado durante un día completo, y esculpen, como monumento duradero, dos cuernos de bronce y los fijan en las puertas romanas (612-621).

Digan ahora las Musas, diosas favorables a los poetas y sabedoras de los hechos antiguos, cómo la isla del Tíber añadió al hijo de Coronida a los dioses de Roma.

En otro tiempo, cruel enfermedad vició el aire del Lacio, y los cuerpos languidecían sin sangre.

Cansados de tantas muertes y al ver que nada pueden los humanos intentos y las artes médicas, se pide el auxilio de los dioses y se busca en Delfos, centro del mundo, el oráculo de Apolo. Ruegan allí al dios que los ayude con la salud, y que dé término a los males de la magna ciudad (622-633).

Temblaron a una el lugar y el laurel y la aljaba de Apolo, y el trípode habló desde el fondo del templo y conmovió los pechos espantados:

Lo que los romanos buscan allí, deben buscarlo en un lugar que les está más próximo. No necesitan de Apolo, sino de un hijo suyo, para que les alivie los lutos. Que vayan con buenos auspicios y llamen a ese hijo.

El senado acata la admonición divina, y para buscar al hijo de Febo, envían a Epidauro hombres en una nave (634-643). Luego que llegaron allí, fueron al senado griego a pedir que se les diera el dios que con su presencia terminaría la desgracia de los ausonios. Los griegos no están todos de acuerdo: unos creen que debe darse el auxilio solicitado; otros, que no deben entregar el amparo de sus dioses. En tanto, el crepúsculo había empujado la luz, y la sombra de la tierra había oscurecido el orbe. Entonces el dios buscado pareció detenerse ante el lecho de los solicitantes tal como se mira en el templo, y, con el báculo en la izquierda, peinarse la barba con la derecha y hablarles (644- 657).

Que los romanos pierdan el miedo, dejando su apariencia, irá a ellos; que miren ahora, para reconocerla después, la serpiente que se enrosca en su báculo; se convertirá en ella, y crecerá cuanto conviene a figuras divinas.

Se van la voz y el dios; con ellos el sueño, y al fin del sueño comienza la mañana (658-664).

La aurora había ahuyentado los astros. Se juntan los próceres dudosos en el templo del dios que piden, y le ruegan que les haga saber con señales divinas en qué sede quiere vivir. Apenas lo hacen, llega él en figura de serpiente crestada de oro, y silba anunciándose. Tiemblan la estatua, el altar, la puerta, el suelo de mármol, los techos dorados; se yergue ella hasta la mitad en el templo, y mira en torno con ojos llameantes. Se aterra la

turba, y el sacerdote coronado de cintas blancas reconoce al dios (665-676).

Que lo vean, es él; que lo acaten con ánimo y voz —dice—. Que sea visto con provecho, y ayude a los pueblos que lo veneran.

Todos los presentes lo honran y repiten las palabras del sacerdote, y redoblan el piadoso homenaje con su mente y su voz. Asiente el dios, y lo demuestra agitando las crestas y silbando muchas veces con la lengua. Se desliza en seguida por las gradas lucientes, y antes de irse se encorva hacia atrás, mira sus antiguos altares y saluda su morada usual y el templo que hasta entonces habitó (677-687)

Desde allí va deslizándose por el suelo cubierto de flores, es flexuoso, y por en medio de la ciudad se dirige hacia el puerto defendido por curvo terraplén. Se detiene aquí y parece despedir con plácida expresión a quienes lo siguen. Luego sube a la nave ítala, que siente su peso y es oprimida por él (688-694).

Se alegran los Enéadas, y después de sacrificar un toro en la costa, sueltan amarras a su nave adornada de guirnaldas. Viento leve impulsa la nave. El dios está en lo alto, y apoyando la cerviz en la popa, mira abajo las aguas azules. Navegan con céfiros propicios por el mar Jonio, y al nacer la sexta aurora llegan a Italia y van a las costas del Lacinio, famosas por el templo de Juno; dejan a Yapigia y huyen, a la izquierda, las rocas de Anfriso, y, a la derecha, a Celenia, y costean a'

Rometio, Caulón y Naricia, y superan el mar, el estrecho del Peloro, la morada de Eolo, las minas de Temesa y Leucosia y a Pesto y sus rosedales (695-708). Siguen de allí por Caprea, el promontorio de Minerva, los collados de Sorrento, la ciudad de Hércules, Estabias, la ociosa Parténope, los templos de la Sibila de Cumas. Van luego por Bayas, Linterno, el arenoso Volturmo y Sinuesa con sus blancas palomas, y la grave Minturna y la nodriza de Eneas, la casa de Antífates y la pantanosa Tracas, la tierra de Circe y la sólida costa de Ancio (709-718).

Cuando llevan la nave hacia allí movidos por la aspereza del mar, el dios se despliega y se desliza con sus graves anillos, y entra en el templo de Apolo próximo a la arena. Aplacadas las olas, deja el epidauro el altar de su padre; tras haber usado su albergue, surca la playa con sus escamas crujiendo, y apoyándose en el timón pone la cabeza en lo alto de la popa.

Allí se está hasta llegar a Castro y Lavinia y la desembocadura del Tíber (719-728).

Todo el pueblo, mujeres y hombres, corre a su encuentro, y con él las Vestales, y lo saluda con gozosos clamores; humean altares puestos en las márgenes del río que la nave remonta, y se inmolan víctimas (729-735).

Dentro ya de Roma, capital de las cosas, se yergue la serpiente y mueve el cuello desde lo alto del mástil, buscando el sitio propicio para su morada. Hay un punto donde el río se divide en

dos brazos iguales en torno a la isla que lleva su nombre. Hacia ésta se dirige desde la nave la sierpe hija de Febo y, tomada de nuevo su apariencia divina, pone término a las muertes y trae la salud a la ciudad (736-744).

Él entró en los templos romanos como extranjero; César es un dios en su ciudad. Fue transformado en astro nuevo o corneta no tanto por su principalía en la guerra y la paz, por sus triunfos en el campo de combate o sus hechos domésticos o su gloria conquistada en breve tiempo, cuanto por su hijo; pues ninguno mayor, entre los hechos de César, que resultar padre de él (745-751).

Haber vencido a los britanos rodeados del mar, haber llevado naves victoriosas por el Nilo de siete bocas, haber sumado al pueblo romano a los númidas, a Juba y al Ponto lleno de la fama de Mitrídates, y haber merecido muchos triunfos y conducido algunos, es menos que haber engendrado a héroe tan grande. Con éste, los dioses ampararon con largueza a los hombres y las cosas (752- 759).

Para, que éste no fuera hijo de mortal, aquél fue convertido en dios. Cuando Venus, madre de Eneas, vio esto, vio también que se preparaba la muerte del pontífice, y que se conjuraban armas con ese fin. Palideció, y habló a cada dios con quien se encontraba, diciéndole que viera cuántas insidias se preparaban contra ella y con cuántos fraudes se buscaba el único descendiente de Julo que le quedaba:

¿Será siempre la única maltratada por ser justa? Ella, a quien hirió la lanza de Diomedes, quien vio derrumbarse las murallas de Troya, y a su hijo errar por el mar largamente e ir al mundo de los muertos y mover guerras con Turno o, mejor dicho, con Juno.

¿Pero para qué recordar los antiguos daños de su linaje? El temor actual se lo impide. Los dioses ven espadas criminales afilarse contra ella; que las aparten y no permitan que los fuegos de Vesta se apaguen con la sangre de su sacerdote (760-778).

Con estas palabras inútiles, conmueve Venus a los dioses. Ellos, aunque no pueden romper el decreto de las Parcas, dan señales ciertas del duelo futuro; estruendo de armas entre las nubes sombrías, tubas terribles y cuernos oídos en el cielo, avisaron la desgracia; el sol se entristeció y derramó lívidas luces sobre la tierra. Muchas veces se vieron antorchas ardiendo en medio de las estrellas, y llovieron chubascos sangrientos y el rostro de Lucífero se cubrió de herrumbre; el carro de la luna se ensangrentó, el búho funeral anunció en innumerables partes la desgracia, lloraron las estatuas de marfil, y —se afirma— se oyeron cantos y voces amenazantes en los bosques sagrados (779-793).

Ninguna víctima es útil, y sus entrañas anuncian amenazantes tumultos y aparecen con el extremo mutilado. Aúllan de noche los perros en el foro y el circo y los templos, yerran las sombras de los muertos, y la ciudad se sacude con temblores (794-798).

Tales avisos divinos no bastan a vencer las insidias y los hados, y se llevan al templo desnudas espadas; para el horrible asesinato, sólo la curia se considera conveniente. Entonces se golpea Venus el pecho con ambas manos, y maquina esconder al descendiente de Eneas en la nube con que antes había salvado a Paris de Menelao y a Eneas de la espada de Diomedes. Júpiter la amonesta:

Que no intente mover ella sola al hado insuperable. Lícito le es entrar en la morada de las Parcas, y ver allí, en bronce y en hierro, los archivos del mundo, eternos e invulnerables a los sacudimientos del cielo, a la ira del rayo y a toda ruina (799-812). Allí encontrará grabados en acero los hados de su linaje; él mismo los leyó y los recuerda, y se los dirá para que conozca el futuro. Este por quien Venus se esfuerza ahora, ha cumplido su tiempo en la tierra. Su hijo y ella misma harán que vaya al cielo como dios y sea venerado en los templos, y aquél llevará solo la carga del imperio y en las guerras que haga vengador, tendrá a los dioses de su parte (813-821).

Bajo sus auspicios, Mútna vencida pedirá la paz; lo sentirá Farsalia y se ensangrentará Filipos, y el nombre de Pompeyo será superado en aguas sicilianas. La esposa egipcia de un jefe romano, confiada mal en sus bodas, caerá después de haber amenazado vanamente de que el Capitolio habría de servir a Canopo. ¿Para qué enumerar las naciones bárbaras que hay

entre ambos océanos? Todo cuanto es habitable en la tierra lo servirá, y lo servirá también el mar (822-831).

Después de pacificar las tierras, pensará en los derechos de los ciudadanos, y dictará leyes justísimas. Formará con su ejemplo las costumbres, y, cuidadoso de la suerte de su descendencia, hará que el hijo de una santa esposa herede su nombre y sus cuidados. Y sólo habrá de ir a las sedes divinas y a los parientes astros cuando haya igualado la edad de Néstor. Por lo pronto, que Venus tome el alma del asesinado y la vuelva en estrella, para que eternamente mire el divino Julio, desde el cielo, el Capitolio y el foro (832-842).

Apenas acabó Júpiter, Venus, invisible, se para a mitad del senado y toma del cuerpo de su César el alma reciente, y la lleva a las estrellas del cielo para evitar que se disuelva en el aire. Mientras la lleva, siente que se enciende y arde, y la envía de sí. Sube el alma más alto que la luna y, convertida en astro, brilla arrastrando por el cielo su cabellera de llamas, ve que las hazañas de su hijo son mayores que las suyas, y con eso se goza (843-851).

Aunque ese hijo prohíbe que sus actos se prefieran a los de su padre, la fama, que no obedece mandatos, lo resiste en esto sólo. Así cede Atreo a la gloria de Agamenón, y vencen Teseo a Egeo, y Aquiles a Peleo. Por fin, para usar ejemplos a ellos proporcionados, Saturno es, así, menor que Júpiter. Júpiter gobierna el cielo y el reino triforme; Augusto gobierna la tierra. Ambos son padres y rectores (852-860).

Ahora invoca el poeta a los dioses compañeros de Eneas, que vencieron el hierro y las llamas; a los indigetas y a Quirino, padre de la ciudad, y a Marte, padre de Quirino, y a Vesta sagrada entre los penates de César, y, con ella, a Febo doméstico y a Júpiter que tiene la ciudadela Tarpeya, y a los otros a quien es lícito y piadoso invocar, y les ruega que, más que el fin de su propia vida, se retarde el día en que Augusto, dejado el mundo que gobierna, suba al cielo y proteja a los que lo veneren (861-870).

Y el poeta, para terminar, se jacta: Ha dado fin a una obra que ni la ira de Júpiter ni el fuego ni el hierro ni la devoradora vejez, serán suficientes a destruir. Que cuando quiera, el día que sólo tiene poder sobre su cuerpo le acabe la vida; él, eterno en la mejor parte de sí, será llevado sobre los astros y tendrá nombre indeleble. Y si hay alguna verdad en los presagios de los vates, dondequiera que alcance el poder de Roma será leído por el pueblo, y vivirá en la fama por todos los siglos (871- 879).

Quaeritur interea qui tantae pondera molis sustineat tantoque
queat succedere regi: destinat imperio clarum praenuntia veri
fama Numam; non ille satis cognosse Sabinae gentis habet
ritus, animo maiora capaci 5

concipit et, quae sit rerum natura, requirit. huius amor curae
patria Curibusque relictis fecit ut Herculei penetraret ad hospitis
urbem. Graia quis Italicis auctor posuisset in oris moenia,
quaerenti sic e senioribus unus 10

rettulit indigenis, veteris non inscius aevi: 'dives ab Oceano
bobus Iove natus Hiberis litora felici tenuisse Lacinia cursu
fertur, et armento teneras errante per herbas

ipse domum magni nec inhospita tecta Crotonis 15 intrasse et
requie longum relevasse laborem

atque ita discedens, "aevo" dixisse "nepotum hic locus urbis
erit," promissaque vera fuerunt. nam fuit Argolico generatus
Alemone quidam

Míscelo

- 1 Se busca entre tanto quien los pesos de tan gran mole
- 2 sostenga, y a tan gran rey pueda suceder:
- 3 destina para el mando, prenunciadora de la verdad,
- 4 la Fama al brillante Numa. No él bastante conocer los ritos
- 5 de la gente sabina considera. En su ánimo capaz mayores
cosas 5
- 6 concibe y cuál es de las cosas la Naturaleza indaga.
- 7 El amor de este cuidado, su patria y sus Cures
abandonados,

8 hizo que penetrara hasta la ciudad del huésped de
Hércules.

9 Qué autor había puesto griegas murallas en las orillas
10 itálicas al preguntar, así, de los mayores uno 10
11 le refirió, de los nativos, no desconocedor de la vieja edad:
12 «Después del Océano, rico de los bueyes iberos el nacido
de Júpiter,
13 que los litorales lacinos alcanzó en feliz travesía
14 se dice, y, mientras su vacada erraba por esas tiernas
hierbas,
15 que él en la casa y no inhóspitos techos del gran Crotón 15
16 entró, y que con el descanso alivió su larga penalidad,
17 y que así, al marchar: «En alguna edad», había dicho, «de
mis nietos
18 éste el lugar de su ciudad será» y sus promesas
verdaderas fueron.

19 Pues hubo, engendrado del argólico Alemon, un tal

Myscelus, illius dis acceptissimus aevi. 20

hunc super incumbens pressum gravitate soporis 21

claviger adloquitur: "patrias, age, desere sedes 22

et pete diversi lapidosas Aesaris undas" 23

et, nisi paruerit, multa ac metuenda minatur.	24
post ea discedunt pariter somnusque deusque	25
surgit Alemonides tacitaeque recentia mente	26
visa refert, pugnatque diu sententia secum:	27
numen abire iubet, prohibent discedere leges,	28
poenaeque mors posita est patriam mutare volenti.	29
candidus Oceano nitidum caput abdiderat Sol,	30 30
et caput extulerat densissima sidereum Nox:	31
visus adesse idem deus est eademque monere	32
et, nisi paruerit, plura et graviora minari.	33
pertimuit patriumque simul transferre parabat	34
in sedes penetrare novas: fit murmur in urbe,	35 35
spretarumque agitur legum reus, utque peracta est	36
causa prior, crimenque patet sine teste probatum,	37
squalidus ad superos tollens reus ora manusque	38
"o cui ius caeli bis sex fecere labores,	39
fer, precor" inquit "opem! nam tu mihi criminis auctor."	40 40
mos erat antiquus niveis atrisque lapillis,	41
his damnare reos, illis absolvere culpa;	42
tunc quoque sic lata est sententia tristis, et omnis	43

calculus inमितem demittitur ater in urnam:	44	
quae simul effudit numerandos versa lapillos	45	45
omnibus e nigro color est mutatus in album,	46	
candidaque Herculeo sententia numine facta	47	
solvit Alemoniden: grates agit ille parenti	48	
Amphitryoniadae ventisque faventibus aequor	49	
navigat Ionium Sallentinumque Neretum	50	50
praeterit et Sybarin Lacedaemoniumque Tarentum	51	51
Sirinosque sinus Crimisenque et Iapygis arva,	52	
vixque pererratis, quae spectant aequora, terris,	53	
invenit Aesarei fatalia fluminis ora	54	
nec procul hinc tumulum, sub quo sacrata Crotonis	55	55
ossa tegebat humus, iussaue ibi moenia terra	56	
condidit et nomen tumulati traxit in urbem.'	57	
talia constabat certa primordia fama	58	
esse loci positaeque Italis in finibus urbis.	59	
Vir fuit hic ortu Samius, sed fugerat una	60	60
et Samon et dominos odioque tyrannidis exul	61	61
sponte erat isque licet caeli regione remotos	62	62
mente deos adiit et, quae natura negabat	63	63

visibus humanis, oculis ea pectoris hausit, 64
 cumque animo et vigili perspexerat omnia cura, 65 65
 in medium discenda dabat coetusque silentum 66
 dictaque mirantum magni primordia mundi 67
 et rerum causas et, quid natura, docebat, 68
 quid deus, unde nives, quae fulminis esset origo, 69
 Iuppiter an venti discussa nube tonarent, 70 70
 quid quateret terras, qua sidera lege mearent, 71
 et quodcumque latet, primusque animalia mensis 72
 arguit inponi, primus quoque talibus ora 73
 docta quidem solvit, sed non et credita, verbis: 74
 'Parcite, mortales, dapibus temerare nefandis 75 75
 corpora! sunt fruges, sunt deducentia ramos 76

Míscelo, a los dioses aceptación de aquella edad. 20 Sobre él inclinándose, presa de la pesadez del sopor,

el portador de la clava se le dirige: «Vamos, abandona tus patrias sedes, ve, busca las pedregosas ondas del opuesto Ésar»,

y si no obedeciera, con muchas cosas y de temer le amenaza.

Tras ello se alejan al par el sueño y el dios. 25

Se levanta el Alemónida y con tácita mente las recientes visiones revive y pugna largo tiempo su decisión con él: el numen marchar le ordena, prohíben alejarse las leyes y pena de muerte puesta está para el que su patria mudar quiera. Cándido, en el Océano su nítida cabeza había escondido el Sol, 30 y su cabeza había sacado constelada, densísima, la Noche.

Pareció que llegaba el mismo dios, y que lo mismo le advertía y, si no obedeciera, con más y más graves cosas que le amenazaba. Sintió mucho temor, y de una vez a trasladar se preparaba hacia sus sedes nuevas su paterno santuario: surge un murmullo en la ciudad 35

y se le hace reo de despreciadas esas leyes, y cuando terminado se hubo la causa primera y su delito queda patente, sin testigo probado, desaliñado él, a los altísimos levantando el reo su cara y manos:

«Oh a quien derecho al cielo dieron tu docena de labores, préstame, te suplico», dice, «ayuda, pues tú eres de mi delito el autor». 40

La costumbre era antigua, con níveas y negras piedrecitas, con éstas condenar a los reos, con aquéllas absolverlos de culpa.

Entonces también así se llevó la sentencia triste y todo guijarro se deposita negro en la despiadada urna.

La cual, una vez que derramó, vuelta, para ser numeradas, las
piedrecitas, 45

en todas, del negro, su color se había mutado en blanco, y
cándida la sentencia por el numen de Hércules vuelta, libra al
Alemónida. Las gracias da él a su padre,

al Anfitriónida, y con vientos alentadores la superficie navega
jonia, y la salentina Nereto 50

atrás deja, y Síbaris, y la lacedemonia Tarento

y de Turia las ensenadas y Nemesia y de Iápige los campos y,
por apenas recorridas tierras que contemplan los mares,
encuentra las hadadas orillas de la corriente del Ésar

y no lejos de aquí un túmulo bajo el cual los sagrados huesos 55

de Crotón cubría la tierra, y allí, en esa ordenada tierra, unas
murallas fundó y el nombre del sepultado trajo para su ciudad».

Tales los primordios constaba por una certera fama

que eran del lugar, y, puesta en las fronteras de Italia, de la
ciudad.

Discurso de Pitágoras

Un varón hubo allí, de nacimiento samio, pero había huido al
par 60 de Samos y de sus dueños y, por odio de la tiranía, un
exiliado

por su voluntad era, y él, aunque del cielo por la lejanía remotos,
con su mente a los dioses llegó y lo que la naturaleza negaba
a las visiones humanas, con los ojos tales cosas de su pecho lo
sacaba, y cuando en su ánimo y con su vigilante cuidado lo
había penetrado todo, 65 en común para aprenderse lo daba, y
a las reuniones de los que guardaban silencio

y de los admiradores de sus relatos los primordios del gran
mundo

y las causas de las cosas y qué la naturaleza, enseñaba,
qué el dios, de dónde las nieves, cuál de la corriente fuera el
origen, si Júpiter o los vientos, destrozada una nube, tronaran,
70

qué sacudía las tierras, con qué ley las constelaciones pasaban,
y cuanto está oculto; y él el primero que animales en las mesas
se pusieran rebatió, el primero también con tales palabras su
boca, docta ciertamente, liberó, pero no también creída:

«Cesad, mortales, de mancillar con festines sacrílegos 75
vuestros cuerpos. Hay cereales, hay, que bajan las ramas

pondere poma suo tumidaeque in vitibus uvae, sunt herbae
dulces, sunt quae mitescere flamma mollirique queant; nec
vobis lacteus umor eripitur, nec mella thymi redolentia florem:
80 prodiga divitias alimenta que mitia tellus

suggerit atque epulas sine caede et sanguine praebet. carne
ferae sedant ieiunia, nec tamen omnes:

quippe equus et pecudes armentaque gramine vivunt; at quibus
ingenium est inmansuetumque ferumque, 85 Armeniae tigres
iracundique leones

cumque lupis ursi, dapibus cum sanguine gaudent.

heu quantum scelus est in viscera viscera condi ingestoque
avidum pinguescere corpore corpus alteriusque animans
animantis vivere leto!90 scilicet in tantis opibus, quas, optima
matrum, terra parit, nil te nisi tristia mandere saevo vulnera
dente iuvat ritusque referre Cyclopum, nec, nisi perdidideris alium,
placare voracis

et male morati poteris ieiunia ventris! 95

'At vetus illa aetas, cui fecimus aurea nomen, fetibus arboreis
et, quas humus educat, herbis fortunata fuit nec polluit ora
cruore.

tunc et aves tutae movere per aera pennas,

et lepus inpavidus mediis erravit in arvis, 100

nec sua credulitas piscem suspenderat hamo: cuncta sine
insidiis nullamque timentia fraudem plenaque pacis erant.

postquam non utilis auctor victibus invidit, quisquis fuit ille,
leonum corporeasque dapes avidum demersit in alvum, 105

fecit iter sceleri, primoque e caede ferarum incaluisse potest
maculatum sanguine ferrum (idque satis fuerat) nostrumque
petentia letum corpora missa neci salva pietate fatemur:

sed quam danda neci, tam non epulanda fuerunt. 110

'Longius inde nefas abiit, et prima putatur hostia sus meruisse
mori, quia semina pando eruerit rostro spemque interceperit
anni;

vite caper morsa Bacchi mactandus ad aras ducitur ultoris:
nocuit sua culpa duobus! 115

quid meruistis oves, placidum pecus inque tuendos natum
homines, pleno quae fertis in ubere nectar, mollia quae nobis
vestras velamina lanas

praebetis vitaque magis quam morte iuvatis? quid meruere
boves, animal sine fraude dolisque, 120 innocuum, simplex,
natum tolerare labores? inmemor est demum nec frugum
munere dignus, qui potuit curvi dempto modo pondere aratri
ruricolam mactare suum, qui trita labore

illa, quibus totiens durum renovaverat arvom, 125

quot dederat messes, percussit colla securi.

nec satis est, quod tale nefas committitur: ipsos inscripsere
deos sceleri numenque supernum caede laboriferi credunt
gaudere iuvenci!

victima labe carens et praestantissima forma 130

(nam placuisse nocet) vittis insignis et auro sistitur ante aras
auditque ignara precantem inponique suae videt inter cornua
fronti,

quas coluit, fruges percussaque sanguine cultros inficit in
liquida praevisos forsitan unda. 135

de su peso, frutas, y henchidas en las vides, uvas, hay hierbas
dulces, hay lo que ablandarse a llama

y suavizarse pueda, y tampoco a vosotros del humor de la leche
se os priva, ni de las mieles aromantes a flor de tomillo. 80

Pródiga, de sus riquezas y alimentos tiernos la tierra

os provee, y manjares sin matanza y sangre os ofrece. Con
carne las fieras sedan sus ayunos, y no aun así todas,

puesto que el caballo, y los rebaños y manadas de la grama
viven.

Mas aquellas que un natural tienen inmansueto y fiero, 85 de
Armenia los tigres, y los iracundos leones,

y con los lobos los osos, de los festines con sangre se gozan.

Ay, qué gran crimen es en las vísceras vísceras esconder y con
un cuerpo ingerido engordar un ávido cuerpo,

y que un ser animado viva de la muerte de un ser animado. 90

¿Así que de entre tantas riquezas que la mejor de las madres, la
tierra, pare, nada a ti masticar con salvaje diente

te complace y las comisuras recordar de los Cíclopes, y no, si no es perdiendo a otro, aplacar podrías

los ayunos de tu voraz y mal educado vientre? 95

Mas la vieja aquella edad, a la que, áurea, hicimos su nombre, con crías de árbol y, las que la tierra alimenta, con las hierbas, afortunada se le hizo y no mancilló su boca de sangre.

Entonces también las aves, seguras, movieron por el aire sus alas, y la liebre impávida erraba en mitad de los campos 100

y no su credulidad al pez había suspendido del anzuelo. Todas las cosas, sin insidias, y sin temer ningún fraude y llenas de paz estaban. Después que un no útil autor

los víveres envidió, quien quiera que fuera él, de los leones, y corpóreos festines sumergió en su ávido vientre, 105

hizo camino para el crimen, y por primera vez de la matanza de fieras calentarse puede, manchado de sangre, el hierro

-y esto bastante hubiera sido-, y que los cuerpos que buscaban nuestra perdición fueran enviados a la muerte, a salvo la piedad, confesemos: pero cuanto dignos de ser dados a la muerte, tanto no de que se les comieran fueron. 110

Más lejos, desde ahí, la abominación llega, y la primera se considera que víctima el cerdo mereció morir porque las semillas

con su combo hocico desenterrara y la esperanza interceptara del año. Una vid al ser mordida, que el cabrío ha de ser

inmolado del Baco vengador junto a las aras, se dice. Mal les hizo su culpa a los dos. 115

¿Qué merecisteis las ovejas, plácido ganado y para guardar a los hombres nacido, que lleváis plena en la ubre néctar, que de blandos cobertores vuestras lanas nos ofrecéis

y que en vida más que con la muerte nos ayudáis?

¿Qué merecieron los bueyes, animal sin fraude ni engaños, 120 inocuo, simple, nacido para tolerar labores?

Ingrato es, solamente, y no del regalo de los granos digno, el que pudo recién quitado el peso del curvo arado

al labrador inmolar suyo, el que, ése molido por la labor, ése con el que tantas renovara el duro campo 125 cuantas veces diera cosechas, ese cuello tajó con la segur.

Y bastante no es que tal abominación se cometa: a los propios dioses inscriben para ese crimen y el numen superior

con la matanza creen que disfruta de ese sufridor novillo.

La víctima, de tacha carente y prestantísima de hermosura, 130 pues el haber complacido mal le hace, de vendas conspicua y de oro, es colocada ante las aras, y oye sin comprender al oficiante,

y que se imponen ve entre los cuernos de la frente suya,

los que cultivó, esos granos, y tajada, de su sangre los cuchillos tiñe, previamente vistos quizás en la fluida onda. 135

protinus ereptas viventi pectore fibras inspiciunt mentesque
deum scrutantur in illis; inde (fames homini vetitorum tanta
ciborum) audetis vesci, genus o mortale! quod, oro,

ne facite, et monitis animos advertite nostris! 140 cumque
boum dabitur caesorum membra palato, mandere vos vestros
scite et sentite colonos.

'Et quoniam deus ora movet, sequar ora moventem rite deum
Delphosque meos ipsumque recludam aethera et augustae
reserabo oracula mentis: 145 magna nec ingeniis investigata
priorum

quaeque diu latuere, canam; iuvat ire per alta astra, iuvat terris
et inertis sede relicta

nube vehi validique umeris insistere Atlantis palantesque
homines passim et rationis egentes 150 despectare procul
trepidusque obitumque timentes sic exhortari seriemque
evolvere fati!

'O genus attonitum gelidae formidine mortis, quid Stygia, quid
tenebras et nomina vana timetis, materiam vatam, falsi
terrícola mundi? 155 corpora, sive rogi flamma seu tabe
vetustas abstulerit, mala posse pati non ulla putetis!

morte carent animae semperque priore relicta sede novis
domibus vivunt habitantque receptae: ipse ego (nam memini)
Troiani tempore belli 160 Panthoides Euphorbus eram, cui

pectore quondam haesit in adverso gravis hasta minoris
Atridae; cognovi clipeum, laevae gestamina nostrae,
nuper Abanteis templo Iunonis in Argis!

omnia mutantur, nihil interit: errat et illinc 165 huc venit, hinc
illuc, et quoslibet occupat artus spiritus eque feris humana in
corpora transit inque feras noster, nec tempore deperit ullo,
utque novis facilis signatur cera figuris

nec manet ut fuerat nec formam servat eandem, 170 sed tamen
ipsa eadem est, animam sic semper eandem esse, sed in varias
doceo migrare figuras.

ergo, ne pietas sit victa cupidine ventris,

parcite, vaticinor, cognatas caede nefanda exturbare animas,
nec sanguine sanguis alatur! 175

'Et quoniam magno feror aequore plenaque ventis vela dedi:
nihil est toto, quod perstet, in orbe. cuncta fluunt, omnisque
vagans formatur imago; ipsa quoque adsiduo labuntur tempora
motu,

non secus ac flumen; neque enim consistere flumen 180 nec
levis hora potest: sed ut unda inpellitur unda urgeturque prior
veniente urgetque priorem, tempora sic fugiunt pariter
pariterque sequuntur

et nova sunt semper; nam quod fuit ante, relictum est,

fitque, quod haut fuerat, momentaque cuncta novantur. 185

'Cernis et emensas in lucem tendere noctes, et iubar hoc nitidum
nigrae succedere nocti; nec color est idem caelo, cum lassa
quiete cuncta iacent media cumque albo Lucifer exit

clarus equo rursusque alius, cum praevia lucis 190 tradendum
Phoebo Pallantias inficit orbem.

ipse dei clipeus, terra cum tollitur ima,

mane rubet, terraque rubet cum conditur ima, candidus in
summo est, melior natura quod illic

En seguida, arrancadas de su viviente pecho sus entrañas
las inspeccionan y las mentes de los dioses escrutan en ellas.

Después -¿el hambre en el hombre tan grande es de los
alimentos prohibidos?-

osáis comerlo, oh género mortal, lo cual suplico

no haced y a los consejos vuestros ánimos volved nuestros, 140
y cuando de las reses asesinadas deis sus miembros al paladar,
que coméis vosotros sabed, y sentid, a vuestros colonos.

Y ya que un dios mi boca mueve, obedeceré al dios que mi
boca mueve ritualmente, y los Delfos míos y el propio éter
abriré y descerraré los oráculos de una augusta mente. 145

Grandes cosas y no investigadas por los talentos de los
predecesores y que largo tiempo han estado ocultas cantaré.

Place ir a través de los altos astros, place las tierras y su inerte
sede dejada

en una nube viajar y en los hombros asentarse de Atlas,
y a los diseminados hombres por todos lados y de razón
carentes 150 abajo contemplar desde lejos, y agitados y de su
final temerosos

así exhortar y la sucesión revelarles de su hado:

Oh género de los atónitos por el miedo de la helada muerte,
¿por qué a la Estige, por qué las tinieblas y nombres vanos
teméis, materia de los poetas, peligros de un falso mundo? 155

Los cuerpos, ya la hoguera con su llama, o ya con su
consunción la vejez los arrebatara, males poder sufrir ningunos
creáis.

De muerte carecen las almas y su anterior sede abandonada en
nuevas casas viven y habitan, en ellas recibidas.

Yo mismo, pues lo recuerdo, en el tiempo de la guerra de Troya
160 el Pantoida Euforbo era, al que en su pecho un día clavó,
a él enfrentado, la pesada asta del menor Atrida.

He conocido el escudo, de la izquierda nuestra los fardos, hace
poco, en el templo de Juno, en la Abantea Argos.

Todas las cosas se mutan, nada perece: erra y de allí 165

para acá viene, de aquí para allá, y cualesquiera ocupa miembros el espíritu, y de las fieras a los humanos cuerpos pasa,
y a las fieras el nuestro, y no se destruye en tiempo alguno, y, como se acuña la fácil cera en nuevas figuras,
y no permanece como fuera ni la forma misma conserva, 170 pero aun así ella la misma es: que el alma así siempre la misma es, pero que migra a variadas figuras, enseñó.

Así pues, para que la piedad no sea vencida por el deseo del vientre, cesad, os vaticino, las emparentadas almas con matanza

abominable de perturbar, y con sangre la sangre no sea alimentada. 175

Y ya que viajo por un gran mar y llenas a los vientos mis velas he dado: nada hay que persista en todo el orbe. Todo fluye, y toda imagen que toma forma es errante.

También en asiduo movimiento se deslizan los mismos tiempos, no de otro modo que una corriente, pues detenerse una corriente 180 ni una leve hora puede: sino como la onda es impelida por la onda,
y es empujada la anterior por la que viene y ella empuja a su anterior, los tiempos así huyen al par y al par ellos persiguen y nuevos son siempre pues lo que fue antes atrás queda

y deviene lo que no había sido, y los momentos todos se renuevan. 185

Tú contemplas que también las ya medidas noches tienden a la luz, y que la luminaria esta nítida sucede a la negra noche, y el color tampoco es el mismo en el cielo cuando, cansadas todas las cosas,

del reposo yacen en mitad, y cuando el Lucero sale claro con su caballo blanco; y de nuevo es otro cuando, adelantada, de su luz 190

la Palantíada tiñe, el que ha de entregar a Febo, el orbe.

El propio escudo del dios cuando se levanta de lo más hondo de la tierra, por la mañana rojea, y rojea cuando se esconde en lo más hondo de la tierra; cándido en lo más alto es, porque mejor naturaleza allí

aetheris est terraeque procul contagia fugit. 195 nec par aut eadem nocturnae forma Dianae

esse potest umquam semperque hodierna sequente, si crescit, minor est, maior, si contrahit orbem.

'Quid? non in species succedere quattuor annum adspicis, aetatis peragentem imitamina nostrae? 200 nam tener et lactens puerique simillimus aevo

vere novo est: tunc herba recens et roboris expers

turget et insolida est et spe delectat agrestes; omnia tunc
florent, florumque coloribus almus

ludit ager, neque adhuc virtus in frondibus ulla est. 205

transit in aestatem post ver robustior annus fitque valens
iuvenis: neque enim robustior aetas ulla nec uberior, nec quae
magis ardeat, ulla est. excipit autumnus, posito fervore iuventae

maturus mitisque inter iuvenemque senemque 210 temperie
medius, sparsus quoque tempora canis. inde senilis hiems
tremulo venit horrida passu,

aut spoliata suos, aut, quos habet, alba capillos.

'Nostra quoque ipsorum semper requieque sine ulla corpora
vertuntur, nec quod fuimusve sumusve, 215 cras erimus; fuit illa
dies, qua semina tantum spesque hominum primae matris
latitavimus alvo: artifices natura manus admovit et angi

corpora visceribus distentae condita matris noluit eque domo
vacuas emisit in auras. 220 editus in lucem iacuit sine viribus
infans;

mox quadrupes rituque tulit sua membra ferarum, paulatimque
tremens et nondum poplite firmo constitit adiutis aliquo
conamine nervis.

inde valens veloxque fuit spatiumque iuventae 225 transit et
emeritis medii quoque temporis annis labitur occiduae per iter
declive senectae.

subruit haec aevi demoliturque prioris

robora: fletque Milon senior, cum spectat inanes illos, qui fuerant solidorum mole tororum 230 Herculeis similes, fluidos pendere lacertos;

flet quoque, ut in speculo rugas adspexit aniles, Tyndaris et secum, cur sit bis rapta, requirit. tempus edax rerum, tuque, invidiosa vetustas, omnia destruitis vitiataque dentibus aevi 235 paulatim lenta consumitis omnia morte!

'Haec quoque non perstant, quae nos elementa vocamus, quasque vices peragant, animos adhibete: docebo. quattuor aeternus genitalia corpora mundus continet; ex illis duo sunt onerosa suoque 240 pondere in inferius, tellus atque unda, feruntur,

et totidem gravitate carent nulloque premente alta petunt, aer atque aere purior ignis.

quae quamquam spatio distent, tamen omnia fiunt ex ipsis et in ipsa cadunt: resolutaque tellus 245 in liquidas rarescit aquas, tenuatus in auras aeraque umor abit, dempto quoque pondere rursus in superos aer tenuissimus emicat ignes;

inde retro redeunt, idemque retexitur ordo.

ignis enim densum spissatus in aera transit, 250 hic in aquas, tellus glomerata cogitur unda.

'Nec species sua cuique manet, rerumque novatrix

ex aliis alias reparat natura figuras:

la del éter es y lejos de los contagios de la tierra huye, 195
tampoco pareja o la misma la forma de la nocturna Diana ser
puede nunca y siempre la de hoy que la siguiente,
si crece, menor es, mayor si contrae su orbe.

¿Y no que en apariencias cuatro se sucede el año ves,
realizando las imitaciones de la edad nuestra? 200

Pues tierno y lactante y semejantísimo de un recién nacido a la
edad en la primavera nueva es. Entonces la hierba reciente y de
dureza libre está turgente y sólida no es y en su esperanza
deleita a los campesinos. Todas las cosas entonces florecen, y
con los colores de las flores, nutricio, juega el campo, y todavía
virtud en sus frondas ninguna hay. 205 Pasa al verano, tras la
primavera, más robusto el año

y se hace un vigoroso joven, pues ni más robusta edad ninguna,
ni más fértil, ni que más arda, ninguna hay. La releva el otoño,
depuesto el fervor de la juventud, maduro y suave y, entre el
joven y el viejo, 210

en templanza intermedio, asperjado también en sus sienes de
canas. Después la senil mala estación llega, erizada con paso
trémulo,

o expoliada de los suyos -o de los que tiene, blanca- de
cabellos.

También nuestros propios cuerpos siempre y sin descanso
alguno se transforman, y no lo que fuimos o somos 215 mañana
seremos. Hubo aquel día en el que, simientes solo
y esperanza de hombres, de nuestra primera madre
habitábamos en el vientre: la naturaleza sus artesanas manos
nos allegó y que estuvieran angustiados esos cuerpos en las
vísceras escondidos de nuestra distendida madre no quiso y de
esa casa nos emitió, vacías, a las auras. 220

Dado a la luz estaba tendido sin fuerzas ese niño;
luego como cuadrúpedo y al modo movió sus miembros de las
fieras, y poco a poco temblando y todavía de hinojo no firme
se puso de pie, ayudando con algún esfuerzo a sus músculos;
después vigoroso y veloz fue, y el espacio de la juventud 225
atraviesa y, agotados del intermedio tiempo también los años,
se baja por el camino inclinado de la caduca vejez.

Socava esta y demuele de la edad anterior

las fuerzas, y llora Milón de mayor, cuando contempla inanes a
aquéllos que fueran por la mole de sus sólidos músculos 230 a
los de Hércules semejantes, sus brazos, fluidos, colgar.

Llora también cuando en el espejo arrugas de vieja se ha visto
la Tindáride y consigo misma por qué dos veces se la raptara se
pregunta.

Tiempo, devorador de las cosas, y tú, envidiosa Vejez,

todo lo destruíis y corrompidas con los dientes de la edad 235
poco a poco consumís todas las cosas con una muerte lenta.

Tampoco tales cosas persisten, a las que nosotros elementos
llamamos,

y qué tornas les ocurren, vuestros ánimos prestad, os mostraré.

Cuatro cuerpos generadores el mundo eterno

contiene. De ellos dos son onerosos, y por su propio 240 peso
hacia lo más bajo, la tierra y la onda, se marchan,

y otros tantos de gravedad carecen y sin que nadie les empuje
a lo alto acuden, el aire y que el aire más puro el fuego.

Las cuales cosas, aunque en espacio disten, aun así todo se
hace de ellas y hacia ellas caen: y disuelta la tierra 245

se enralece hacia las fluidas aguas; atenuado, en auras

y en aire el humor acaba; y privado también de peso de nuevo
hacia los altísimos fuegos el aire más tenue centellea.

De ahí para atrás vuelven y el mismo orden se desteje, pues el
fuego, espesado, a denso aire pasa, 250

éste a aguas, tierra aglomerada se reúne de la onda.

Y la apariencia suya a cada uno tampoco le permanece y, de
las cosas

renovadora, desde unas rehace la naturaleza otras figuras,

nec perit in toto quicquam, mihi credite, mundo, sed variat
faciemque novat, nascique vocatur 255 incipere esse aliud,
quam quod fuit ante, morique desinere illud idem. cum sint huc
forsitan illa, haec translata illuc, summa tamen omnia constant.

'Nil equidem durare diu sub imagine eadem crediderim: sic ad
ferrum venistis ab auro, 260 saecula, sic totiens versa est
fortuna locorum. vidi ego, quod fuerat quondam solidissima
tellus, esse fretum, vidi factas ex aequore terras;

et procul a pelago conchae iacuere marinae,

et vetus inventa est in montibus ancora summis; 265 quodque
fuit campus, vallem decursus aquarum fecit, et eluvie mons est
deductus in aequor, eque paludosa siccis humus aret harenis,
quaeque sitim tulerant, stagnata paludibus ument. hic fontes
natura novos emisit, at illic 270 clausit, et aut imis
commota tremoribus orbis flumina prosiliunt, aut exsiccata
residunt.

sic ubi terreno Lycus est epotus hiatu, existit procul hinc alioque
renascitur ore;

sic modo conbibitur, tecto modo gurgite lapsus 275 redditur
Argolicis ingens Erasinus in arvis,

et Mysum capitisque sui ripaeque prioris paenituisse ferunt, alia
nunc ire Caicum;

nec non Sicanias volvens Amenanus harenas

nunc fluit, interdum suppressis fontibus aret. 280 ante
bibebatur, nunc, quas contingere nolis,
fundit Anigrus aquas, postquam, nisi vatibus omnis eripienda
fides, illic lavere bimembres
vulnera, clavigeri quae fecerat Herculis arcus. quid? non et
Scythicis Hypanis de montibus ortus, 285 qui fuerat dulcis,
salibus vitiatur amaris?
'Fluctibus ambitae fuerant Antissa Pharosque
et Phoenissa Tyros: quarum nunc insula nulla est. Leucada
continuum veteres habuere coloni:
nunc freta circueunt; Zancle quoque iuncta fuisse 290
dicitur Italiae, donec confinia pontus abstulit et media tellurem
reppulit unda;
si quaeras Helicen et Burin, Achaidas urbes, invenies sub aquis,
et adhuc ostendere nautae inclinata solent cum moenibus
oppida mersis. 295 est prope Pittheam tumulus Troezena, sine
ullis arduus arboribus, quondam planissima campi
area, nunc tumulus; nam (res horrenda relatu) vis fera
ventorum, caecis inclusa cavernis,
exspirare aliqua cupiens luctataque frustra 300 liberiore
frui caelo, cum carcere rima

nulla foret toto nec pervia flatibus esset, extentam tumefecit
humum, ceu spiritus oris tendere vesicam solet aut derepta
bicorni

terga capro; tumor ille loci permansit et alti 305 collis habet
speciem longoque induruit aevo.

'Plurima cum subeant audita et cognita nobis, pauca super
referam. quid? non et lympha figuras datque capitque novas?
medio tua, corniger Ammon, unda die gelida est, ortuque
obituque calescit, 310 admotis Athamanas aquis accendere
lignum narratur, minimos cum luna recessit in orbes.

y no parece cosa alguna, a mí creed, en todo el mundo, sino que
varía y su faz renueva y nacer se llama 255

a empezar a ser otra cosa de la que fue antes, y morir

a acabar aquello mismo. Aunque hayan sido acá quizás
aquéllas, éstas transferidas allá, en suma, aun así, todas las
cosas se mantienen. Nada yo, ciertamente, que dura mucho
tiempo bajo la imagen misma creería: así hasta el hierro
vinisteis desde el oro, siglos, 260

así tantas veces tornado se ha la fortuna de los lugares. He
visto yo, lo que fuera un día solidísima tierra,

que era estrecho, he visto hechas de superficie tierras, y lejos
del piélago yacen conchas marinas,

y, vieja, encontrado se ha en los montes supremos un ancla, 265
y lo que fue llano, valle la avenida de las aguas

hizo, y por una inundación un monte ha sido abajado a la
superficie, y de una pantanosa otra tierra aridece de secas
arenas,

y lo que sed había soportado, empantanado de lagos se
humedece. Aquí manantiales nuevos la naturaleza ha lanzado,
mas allí 270 los cerró y, muchos, por los antiguos temblores del
orbe

han irrumpido, o, desecados, se han asentado.

Así, donde el Lico ha sido apurado por una terrena comisura,
brota lejos de ahí, y renace por otra boca.

Así ora es embebido, ora, por un cubierto abismo resbalando,
275 regresa ingente el Erasino de Argolia en los campos,

y al misio, de la cabeza suya y de su ribera anterior

que sentía disgusto dicen: que por otro lado ahora va, el Caíco.

Y, no poco, revolviendo el Amenano las arenas sicanias,

ahora fluye, a las veces, detenidos sus manantiales, aridece.

280 Antes se le bebía, ahora, las que tocar no quisieras,

vierte el Anigro sus aguas, después que -salvo que a los poetas

se les deba arrebatarse toda la fe- allí lavaron los bimembres las

heridas que les había hecho del portador de la clava, de

Hércules, el arco.

¿Y no el Hípanis, de los montes escíticos nacido, 285 que había sido dulce, de sales se corrompe amargas? De oleajes rodeadas habían estado Antisa y Faros,

y la fenicia Tiro: de las cuales ahora isla ninguna es. Una Léucade continua tuvieron sus viejos colonos:

ahora estrechos la rodean. Zancle también que unida estuvo 290 se dice a Italia, hasta que sus confines el ponto

arrebató y rechazó la tierra en plena onda. Si buscas Hélice y Buris, Acaides ciudades,

las encontrarás bajo las aguas, y todavía señalar los navegantes suelen, inclinadas, sus fortalezas con sus murallas sumergidas. 295 Hay cerca de la Pitea Trecén un túmulo, sin árboles

algunos arduo, un día llanísima área

de campo, ahora túmulo. Pues -cosa horrenda de relatar-

la fuerza fiera de los vientos, encerrada en ciegas cavernas, afuera soplar por alguna parte queriendo y luchando en vano 300 por disfrutar de más libre cielo, como en su cárcel

grieta ninguna hubiera en toda ni permeable para sus soplos fuera, hinchió, distendida, la tierra como el aliento de la boca

tensar una vejiga suele, o arrancadas sus pieles

a un bicorne cabrió. El bulto aquel de ese lugar permaneció y de un alto 305

collado tiene la apariencia y se endureció con la larga edad.

Muchas cosas aunque me vienen, oídas y conocidas por nos,
pocas más referiré. ¿Qué, que no la linfa también figuras

da y las toma nuevas? En medio del día, cornado Amón,

tu onda helada está, y en el orto y en la puesta está caliente.

310 Acercándole aguas, que los Atamantes encienden un leño

se cuenta cuando la luna se ha retirado a sus orbes mínimos.

flumen habent Cicones, quod potum saxea reddit viscera, quod
tactis inducit marmora rebus;

Crathis et huic Subaris nostris conterminus oris 315 electro
similes faciunt auroque capillos;

quodque magis mirum est, sunt, qui non corpora tantum,

verum animos etiam valeant mutare liquores: cui non audita est
obscenae Salmacis undae

Aethiopesque lacus? quos si quis faucibus hausit, 320 aut furit
aut patitur mirum gravitate soporem; Clitorio quicumque sitim
de fonte levavit,

vina fugit gaudetque meris abstemius undis, seu vis est in aqua
calido contraria vino,

sive, quod indigenae memorant, Amythaone natus, 325

Proetidas attonitas postquam per carmen et herbas eripuit
furiis, purgamina mentis in illas

misit aquas, odiumque meri permansit in undis. huic fluit effectu
dispar Lyncestius amnis,

quem quicumque parum moderato gutture traxit, 330 haut
aliter titubat, quam si mera vina bibisset. est locus Arcadiae,
Pheneon dixere priores, ambigu suspectus aquis, quas nocte
timeto: nocte nocent potae, sine noxa luce bibuntur;

sic alias aliasque lacus et flumina vires 335

concupiunt.++tempusque fuit, quo navit in undis, nunc sedet
Ortygie; timuit concursibus Argo undarum sparsas
Symplegadas elisarum,

quae nunc inmotae perstant ventisque resistunt. nec quae
sulphureis ardet fornacibus Aetne, 340

ignea semper erit, neque enim fuit ignea semper. nam sive est
animal tellus et vivit habetque spiramenta locis flammam
exhalantia multis, spirandi mutare vias, quotiensque movetur,
has finire potest, illas aperire cavernas; 345

sive leves imis venti cohibentur in antris saxaque cum saxis et
habentem semina flammae materiam iactant, ea concipit
ictibus ignem, antra relinquentur sedatis frigida ventis;

sive bitumineae rapiunt incendia vires, 350

luteave exiguis ardescunt sulphura fumis,

nempe, ubi terra cibos alimentaue pinguia flammae non dabit
absumptis per longum viribus aevum, naturaeque suum
nutrimentum deerit edaci,

non feret illa famem desertaue deseret ignis. 355 'Esse viros
fama est in Hyperborea Pallene,

qui soleant levibus velari corpora plumis, cum Tritoniacam
noviens subiere paludem;

haut equidem credo: sparsae quoque membra venenis

exercere artes Scythides memorantur easdem. 360 'Siqua fides
rebus tamen est addenda probatis,

nonne vides, quaecumque mora fluidove calore corpora
tabuerint, in parva animalia verti?

in scrobo deiecto mactatos obrue tauros (cognita res usu): de
putri viscere passim 365 florilegae nascuntur apes, quae more
parentum

rura colunt operique favent in spemque laborant. pressus humo
bellator equus crabronis origo est; concava litoreo si demas
bracchia cancro,

cetera supponas terrae, de parte sepulta 370

scorpius exhibit caudaue minabitur unca;

Una corriente tienen los cícones, la cual bebida, de piedra
vuelve las vísceras, la cual produce mármoles en las cosas por
ella tocadas.

El Cratis y desde él el Síbaris, colindante a nuestras orillas, 315
al ámbar semejantes hacen y al oro los cabellos.

Y lo que más admirable es, los hay que no los cuerpos sólo, sino
los ánimos también sean capaces de mutar, humores.

¿Quién no ha oído de Sálmacis, la de obscena onda,

y de los etíopes lagos? De los cuales, si alguien con sus fauces
apura, 320

o delira o padece de admirable pesadez un sopor.

Del Clítor quien quiera que su sed en el manantial ha aliviado,
de los vinos huye y goza abstemio de las puras ondas,

sea que una fuerza hay en su agua contraria al caliente vino,

o sea, lo que los indígenas recuerdan, que de Amitaón el nacido
325 a las Prétides, atónitas después que merced a un encanto y
hierbas las arrancó de sus delirios, los purgantes de su mente
los lanzó

a aquellas aguas, y el odio del vino puro permaneció en sus
ondas. A éste fluye, por su efecto disparejo, de la Lincéstide el
caudal, del cual, quien quiera que con poco moderada
garganta saca, 330 no de otro modo se tambalea que si puros
vinos hubiese bebido. Hay un lugar en la Arcadia, Féneo lo
llamaron los de antaño,

por sus ambiguas aguas sospechoso, las cuales de noche teme:
de noche dañan ellas bebidas, sin daño en la luz se las bebe.

Así unas y las otras fuerzas lagos y corrientes 335 conciben: y un tiempo hubo en que nadaba en las aguas; ahora asentada está Ortigia. Temió la Argo, asperjadas

por los embates de las olas rotas en ellas, a las Simplégades, que ahora inmóviles permanecen y a los vientos resisten.

Y tampoco el que arde con sus sulfuradas fraguas, el Etna, 340 ígneo siempre será, pues tampoco fue ígneo siempre.

Pues si ella es un ser que alienta, la tierra, y vive y tiene respiraderos que llama exhalan por muchos lugares, mudar las vías de su respiración puede y cuántas veces

se mueva, éstas acabarlas, abrir aquellas cavernas puede; 345 o si leves vientos están encerrados en profundas cuevas,

y rocas contra rocas y materia que posee las simientes de la llama arrojan, ella concibe con sus golpes el fuego, sus cuevas abandonarán frías al sedarse esos vientos;

o si del betún las fuerzas arrebatan esos incendios 350

o gualdos azufres arden con exiguos humos,

naturalmente cuando la tierra sus pábulos y alimentos pingües a la llama

no dé, consumidas sus fuerzas a través de la larga edad, y a su naturaleza voraz su nutrimento falte,

no soportará ella su hambre y esos abandonos abandonará el fuego. 355

Que hay hombres, la fama es, en la hiperbórea Palene, que
suelen velar sus cuerpos con leves plumas

cuando nueve veces han sentido la laguna de Tritón.

No lo creo yo, por cierto: asperjados también sus cuerpos de
venenos que ejercen las artes mismas las Escítides se recuerda.

360

Si alguna fe, aun así, ha de ofrecerse a las cosas probadas,

¿acaso no ves que cuantos cuerpos con la demora y el fluido
calor se descomponen en pequeños vivientes se tornan?

Ve y también entierra unos selectos toros inmolados

-cosa conocida por el uso-: de la podrida víscera por todos
lados, 365 selectoras de las flores, nacen abejas, que a la
manera de sus padres los campos honran y su obra favorecen y
para su esperanza trabajan. Presa de la tierra un caballo
guerrero del abejorro el origen es.

Sus cóncavos brazos si quitas a un cangrejo ribereño, el resto lo
pones bajo tierra, de la parte sepultada 370 un escorpión saldrá
y con su cola amenazará corva.

quaeque solent canis frondes intexere filis agrestes tineae (res
observata colonis) ferali mutant cum papilione figuram.

'Semina limus habet virides generantia ranas, 375 et generat
truncas pedibus, mox apta natando crura dat, utque eadem sint
longis saltibus apta, posterior partes superat mensura priores.

nec catulus, partu quem reddidit ursa recenti,

sed male viva caro est; lambendo mater in artus 380 fingit et in
formam, quantam capit ipse, reducit. nonne vides, quos cera
tegit sexangula fetus melliferarum apium sine membris corpora
nasci

et serosque pedes serasque adsumere pennas? Iunonis
volucrum, quae cauda sidera portat, 385 armigerumque Iovis
Cythereiadasque columbas et genus omne avium mediis e
partibus ovi,

ni sciret fieri, fieri quis posse putaret?

sunt qui, cum clauso putrefacta est spina sepulcro, mutari
credant humanas angue medullas. 390

'Haec tamen ex aliis generis primordia ducunt, una est, quae
reparet seque ipsa reseminet, ales: Assyrii phoenica vocant; non
fruge neque herbis, sed turis lacrimis et suco vivit amomi.

haec ubi quinque suae conplevit saecula vitae, 395 ilicet in
ramis tremulaeque cacumine palmae unguibus et puro nidum
sibi construit ore,

quo simul ac casias et nardi lenis aristas quassaque cum fulva
substravit cinnama murra,

se super inponit finitque in odoribus aevum. 400 inde ferunt,
totidem qui vivere debeat annos, corpore de patrio parvum
phoenica renasci;

cum dedit huic aetas vires, onerique ferendo est, ponderibus
nidi ramos levat arboris altae

fertque pius cunasque suas patriumque sepulcrum 405

perque leves auras Hyperionis urbe potitus ante fores sacras
Hyperionis aede reponit.

'Si tamen est aliquid mirae novitatis in istis, alternare vices et,
quae modo femina tergo

passa marem est, nunc esse marem miremur hyaenam; 410 id
quoque, quod ventis animal nutritur et aura, protinus adsimulat,
tetigit quoscumque colores. victa racemifero lyncas dedit India
Baccho:

e quibus, ut memorant, quicquid vesica remisit, vertitur in
lapides et congelat aere tacto. 415 sic et curalium quo primum
contigit auras tempore, durescit: mollis fuit herba sub undis.

'Desinet ante dies et in alto Phoebus anhelos aequore tinguet
equos, quam consequar omnia verbis in species translata
novas: sic tempora verti 420 cernimus atque illas adsumere
robora gentes, concidere has; sic magna fuit censuque virisque
perque decem potuit tantum dare sanguinis annos, nunc humilis
veteres tantummodo Troia ruinas

et pro divitiis tumulos ostendit avorum. 425

clara fuit Sparte, magnae viguere Mycenae, nec non et
Cecropis, nec non Amphionis arces. vile solum Sparte est, altae
cecidere Mycenae, Oedipodioniae quid sunt, nisi nomina,
Thebae?

quid Pandioniae restant, nisi nomen, Athenae? 430

Y las que suelen con sus canos hilos entretejer las frondas, las
agrestes polillas -cosa observada para los colonos-, con la
fúnebre mariposa mudan su figura.

Unas simientes el cieno tiene que procrea las verdes ranas, 375
y las procrea trucas de pies, luego, aptas para nadar,
piernas les da, y para que éstas sean para largos saltos aptas,
la posterior medida supera a las partes anteriores.

Tampoco el cachorro que en su parto reciente ha dado la osa
sino carne malamente viva es. Lamiéndolo su madre hacia sus
articulaciones 380

los modela y a la forma, cuanto abarca ella misma, lo conduce.

¿Acaso no ves, a las que la cera hexagonal cubre, a las crías
de las portadoras de miel, las abejas, que cuerpos sin miembros
nacen y tardíos su pies como tardías asumen sus remeras?

De Juno el ave, que de cola constelaciones lleva, 385 y el
armero de Júpiter y de Citerea las palomas

y el género todo de las aves, si de las partes medias de un huevo no supiéramos que se forman, quién, que nacer podrían, creería?

Hay quienes, cuando podrido se ha una espina en un sepulcro cerrado, que se mutan creen en serpientes las humanas médulas. 390

Éstos, aun así, de otros los primordios de su género sacan. Una ave hay que se rehaga y a sí misma ella se reinsemine. Los asirios fénix la llaman. No de granos ni de hierbas, sino de lágrimas de incienso y del jugo vive de amomo.

Ella cuando cinco ha completado los siglos de la vida suya, 395 de una encina en las ramas y en la copa, trémula, de una palmera, con las uñas y con su puro rostro un nido para sí se construye,

en el cual, una vez que con casias y del nardo lene con las aristas y con quebrados cínamos lo ha cimentado junto con rubia mirra,

a sí mismo encima se impone, y finaliza entre aromas su edad. 400 De ahí, dicen que, quien otros tantos años vivir deba, del cuerpo paterno un pequeño fénix renace.

Cuando le ha dado a él su edad fuerzas, y una carga llevar puede, de los pesos del nido las ramas alivia de su árbol alto y lleva piadoso, como las cunas suyas, el paterno sepulcro, 405

y a través de las leves auras, de la ciudad de Hiperión
adueñándose, ante sus puertas sagradas de Hiperión en el
templo los suelta.

Si con todo hay algo de admirable novedad en tales cosas,
de que cambie sus tornas y la que ora como hembra en su
espalda padecido al macho ha, ahora de que sea macho ella
admirémonos, la hiena. 410 De éste también, del viviente que
de vientos se nutre y de aura,
que en seguida simula cuantos colores ha tocado.

Vencida, al portador de los racimos, lince dio la India, a Baco,
cuya vejiga, según recuerdan, cuanto remite
se torna en piedras y congela, el aire al ser tocado. 415

Así también el coral, en el primer momento que toca las auras,
en ese tiempo se endurece: mullida fue hierba bajo las ondas.

Acabará antes el día y Febo en la alta superficie

teñirá sus caballos sin aliento, de que yo alcance todas las
cosas con mis palabras, que a apariencias se han trasladado
nuevas. Así los tiempos tornarse 420 contemplamos: a aquellas
gentes asumir fortaleza,

caer a estas. Así grande fue, de hacienda y de hombres,

y durante diez años pudo tanta sangre dar:

ahora, humilde, nada más Troya viejas ruinas

y muestra en vez de sus riquezas los túmulos de sus abuelos.

425 Clara fue Esparta, vigorosa fue la gran Micenas,

y no poco la Cecrópide, y no poco de Anfión los recintos. Vil

suelo Esparta es, alta cayó Micenas,

la Edipodonia qué es, sino unos nombres, Tebas,

qué de la Pandionia queda, sino el nombre, Atenas. 430

nunc quoque Dardanium fama est consurgere Romam,

Appenninigenae quae proxima Thybridis undis mole sub ingenti
rerum fundamina ponit:

haec igitur formam crescendo mutat et olim inmensi caput

orbis erit! sic dicere vates 435 faticanasque ferunt sortes,

quantumque recordor, Priamides Helenus flenti dubioque salutis

438 dixerat Aeneae, cum res Troiana labaret: 437

"nate dea, si nota satis praesagia nostrae 439 mentis

habes, non tota cadet te sospite Troia! flamma tibi ferrumque

dabunt iter: ibis et una Pergama rapta feres, donec Troiaeque

tibique externum patria contingat amicius arvum, urbem et iam

cerno Phrygios debere nepotes,

quanta nec est nec erit nec visa prioribus annis. 445 hanc alii

proceres per saecula longa potentem,

sed dominam rerum de sanguine natus Iuli efficiet, quo cum

tellus erit usa, fruentur aetheriae sedes, caelumque erit exitus

illi."

haec Helenum cecinisse penatigero Aeneae 450 mente memor
refero cognataque moenia laetor crescere et utiliter Phrygibus
vicisse Pelasgos.

'Ne tamen oblitis ad metam tendere longe exspatiemur equis,
caelum et quodcumque sub illo est, inmutat formas, tellusque et
quicquid in illa est. 455 nos quoque, pars mundi, quoniam non
corpora solum, verum etiam volucres animae sumus, inque
ferinas possumus ire domos pecudumque in pectora condi,
corpora, quae possint animas habuisse parentum

aut fratrum aut aliquo iunctorum foedere nobis 460

aut hominum certe, tuta esse et honesta sinamus neve
Thyesteis cumulemus viscera mensis! quam male consuescit,
quem se parat ille cruori inpius humano, vituli qui guttura ferro
rumpit et inmotas praebet mugitibus aures, 465 aut qui vagitus
similes puerilibus haedum edentem iugulare potest aut alite
vesci,

cui dedit ipse cibos! quantum est, quod desit in istis ad plenum
facinus? quo transitus inde paratur?

bos aret aut mortem senioribus inputet annis, 470 horriferum
contra borean ovis arma ministret, ubera dent saturae manibus
pressanda capellae! retia cum pedicis laqueosque artesque
dolosas tollite! nec volucrem viscata fallite virga

nec formidatis cervos includite pinnis 475

nec celate cibus uncos fallacibus hamos;

perdite siqua nocent, verum haec quoque perdite tantum:

ora cruore vacent alimentaue mitia carpant!'

Talibus atque aliis instructo pectore dictis

in patriam remeasse ferunt ultroque petitum 480

accepisse Numam populi Latialis habenas. coniuge qui felix
nympha ducibusque Camenis sacrificos docuit ritus gentemque
feroci adsuetam bello pacis traduxit ad artes.

qui postquam senior regnumque aevumque peregit, 485

extinctum Latiaeque nurus populusque patresque deflevire
Numam; nam coniunx urbe relicta

Ahora también, la fama es, que una Dardania Roma está
surgiendo, la cual, próxima del nacido del Apenino, del Tíber, a
las ondas, bajo una mole ingente los cimientos de sus estados
pone.

Ella, así pues, su forma creciendo muda, y en otro tiempo

la cabeza del inmenso orbe será. Así lo han dicho los profetas
435 y, cantoras del hado, lo refieren las venturas, y por cuanto
recuerdo el Priámida Héleno al que lloraba y dudaba de su
salvación

había dicho, a Eneas, cuando el estado troyano caía:

«Nacido de diosa, si conocidos bastante los presagios de nuestra mente tienes, no toda caerá, tú a salvo, Troya. 440

La llama a ti y el hierro te darán un camino: irás y a la vez Pérgamo arrebatado te llevarás, hasta que a Troya y a ti, exterior al paterno, os alcance un más amigo campo.

Una ciudad también contemplo que debes a nuestros frigios nietos cuan grande ni es ni será -ni aun vista- en los anteriores años. 445 A ella otros próceres a través de siglos largos poderosa,

pero dueña de los estados, uno de la sangre nacido de Julo la hará, del cual cuando la tierra se haya servido,

lo disfrutarán las etéreas sedes, y el cielo será la salida para él».

Que tales cosas Héleno había cantado al portador de los penates, a Eneas, 450 yo, de mente memorioso, refiero, y de que esas a mí emparentadas murallas crezcan me alegro, y de que útilmente a los frigios vencieran los pelasgos.

Para que, aun así, olvidados de que a su meta tienden

mis caballos, lejos no me desplace, el cielo y cuanto bajo él hay muta sus formas, y la tierra, y cuanto en ella hay. 455

Nosotros también, parte del mundo, puesto que no cuerpos sólo, sino también voladoras almas somos, y a ferinas casas podemos ir, y de rebaños en los pechos escondernos,

esos cuerpos, que pueden las almas tener de nuestros padres

o de nuestros hermanos o de gentes unidas por algún pacto a nosotros, 460

o de hombres, ciertamente, que seguros estén y honestos permitamos,

o no acumulemos entrañas en nuestras mesas de Tiestes. Cuán mal acostumbra, cuán a sí mismo se prepara él, impío,

para el crúor humano, de un novillo el que la garganta a hierro rompe e inmutados ofrece a sus mugidos sus oídos, 465

o el que, vagidos semejantes a los infantiles cuando un cabrito da, degollarlo puede, o de un ave alimentarse

a la que puso él mismo sus comidas. ¿Cuánto hay que falte en ello para el pleno crimen? ¿A dónde el tránsito desde ahí se prepara?

El buey are, o su muerte impute a sus mayores años, 470 contra el bóreas horripilante la oveja armas suministre,

sus ubres den, saturadas las cabritas, a manos que las opriman.

Las redes junto con los cepos, y los lazos y artes dolosas quitad,

y al pájaro no engañad con la cebada vara,

y, hechas para el espanto, con las plumas a los ciervos no

burlad 475 ni esconded con carnadas falaces los corvos

anzuelos.

Perded a cuanto cause daño, pero esto también perdedlo tan

sólo, las bocas de sangre queden libres y alimentos tiernos

cojan».

Hipólito

Con tales y otros discursos instruido su pecho

a su patria que regresó dicen y voluntariamente buscado, 480
que cogió Numa del pueblo del Lacio las riendas.

Por su esposa él feliz, una ninfa, y por sus guías, las Camenas,
les enseñó los sacrificiales ritos y a una gente a la feroz
guerra acostumbrada, de la paz trasladó a las artes.

El cual, después que, mayor, su reino y su edad hubo
consumado, 485 extinguido, del Lacio las nueras, y el pueblo, y
los padres

lloraron a Numa, pues su esposa, la ciudad abandonando,

vallis Aricinae densis latet abdita silvis sacraque Oresteae
gemitu questuque Dianae

inpedit. a! quotiens nymphae nemorisque lacusque, 490

ne faceret, monuere et consolantia verba dixerunt! quotiens
flenti Theseius heros

'siste modum,' dixit 'neque enim fortuna querenda sola tua est;
similes aliorum respice casus:

mitius ista feres, utinamque exempla dolentem 495 non mea te
possent relevare! sed et mea possunt.

'Fando aliquem Hippolytum vestras si contigit aures credulitate patris, sceleratae fraude novercae occubuisse neci, mirabere, vixque probabo,

sed tamen ille ego sum. me Pasiphaeia quondam 500

temptatum frustra patrium temerare cubile, quod voluit, finxit voluisse et, crimine verso (indiciine metu magis offensane

repulsae?) damnavit, meritumque nihil pater eicit urbe

hostilique caput prece detestatur euntis. 505 Pittheam

profugo curru Troezena petebam iamque Corinthiaci carpebam litora ponti,

cum mare surrexit, cumulusque inmanis aquarum in montis speciem curvari et crescere visus

et dare mugitus summoque cacumine findi; 510 corniger hinc taurus ruptis expellitur undis pectoribusque tenus molles erectus in auras naribus et patulo partem maris evomit ore.

corda pavent comitum, mihi mens interrita mansit exiliis contenta suis, cum colla feroces 515

ad freta convertunt adrectisque auribus horrent quadrupedes monstrique metu turbantur et altis praecipitant currum scopulis;

ego ducere vana frena manu spumis albentibus oblita luctor

et retro lentas tendo resupinus habenas. 520

nec tamen has vires rabies superasset equorum, ni rota,

perpetuum qua circumvertitur axem, stipitis occursu fracta ac

disiecta fuisset. excutior curru, lorisque tenentibus artus

viscera viva trahi, nervos in stipe teneri, 525

membra rapi partim partimque reprensa relinqui, ossa gravem
dare fracta sonum fessamque videres exhalari animam
nullasque in corpore partes, noscere quas posses: unumque erat
omnia vulnus. num potes aut audes cladi componere nostrae,
530

nympha, tuam? vidi quoque luce carentia regna et lacerum fovi
Phlegethontide corpus in unda, nec nisi Apollineae valido
medicamine prolis reddita vita foret; quam postquam fortibus
herbis atque ope Paeonia Dite indignante recepi, 535

tum mihi, ne praesens augerem muneris huius invidiam, densas
obiecit Cynthia nubes, utque forem tutus possemque inpune
videri, addidit aetatem nec cognoscenda reliquit

ora mihi Cretenque diu dubitavit habendam 540

traderet an Delon: Delo Creteque relictis

hic posuit nomenque simul, quod possit equorum admonuisse,
iubet deponere "qui" que "fuisti Hippolytus," dixit "nunc idem
Virbius esto!"

hoc nemus inde colo de disque minoribus unus 545 numine sub
dominae lateo atque accenseor illi.'

se oculta escondida en las densas espesuras del valle Aricino, y
los sacrificios de la Oresteia Diana con su gemido y lamento
estorba. Ay cuántas veces las ninfas del bosque y del lago 490

que no lo hiciera le advirtieron y consoladoras palabras le dijeron. Cuántas veces a la que lloraba el Teseio héroe:

«Pon una medida», dijo, «pues tampoco la fortuna de lamentar sola la tuya es. De otros repara en los semejantes casos:

más benignamente lo llevarás, y ojalá los ejemplos a ti, doliente,
495 no los míos te pudieran aliviar, pero también los míos pueden.

Hablando, algún Hipólito a vuestros oídos si ha alcanzado,
que por la credulidad de su padre, por el fraude de su criminal
madrastra

sucumbió a la muerte, te asombrarás y apenas te lo probaré,
pero aun así, ése soy yo. A mí la Pasifeia un día, tentándome
500 en vano a ultrajar de mi padre la alcoba,

aquello que quiso fingió haberlo querido y su delito tornando

-¿de la delación por miedo más, u ofendida por el rechazo?-,
me condenó, y al que merecía nada su padre echó de la ciudad

y con una hostil plegaria la cabeza impreca del que marchaba.

505 A la Pitea Trecén con prófugo carro me dirigía,

y ya del Corintíaco ponto cogía por los litorales, cuando el mar
se irguió y un cúmulo ingente de aguas, de un monte en la
apariencia, cuvarse y crecer parecía

y que daba mugidos y por su suprema cima se hendía. 510

Cornado, de ahí un toro es expelido, de las rotas ondas,

y hasta su pecho erigido hacia las auras suaves,
de sus narinas y anchurosa boca vomita una parte del mar.
Los corazones se llenan de pavor de mis acompañantes, mi
mente impertérrita permanece,
con los exilios suyos contenta, cuando sus cuellos, feroces, 515
a los estrechos viran y erguidas sus orejas se espantan
mis cuadrípedes y del monstruo por el miedo se turban y
precipitan el carro de las altas peñas. Yo por conducir los vanos
frenos con mi mano, y de espumas blanqueciantes
embadurnados, lucho,
y hacia atrás tenso, boca arriba, las flexibles riendas, 520
y aun así a estas fuerzas la rabia no hubiese superado de los
caballos, si una rueda, por donde ella circungira perpetuo al eje,
de un tronco por el tropiezo, roto y deshecho no se hubiese.
Salgo despedido del carro y, como las correas sujetaban mis
miembros,
mis entrañas vivas arrastrar, y mis nervios en el tronco ser
retenidas, 525 mis miembros ser arrebatados en parte, en parte
enganchados quedar, mis huesos dar, rotos, un grave sonido, y
vieras, agotado,
mi aliento expirar, y ningunas partes en mi cuerpo que
reconocer pudieras: una sola herida era todo.

¿Acaso puedes, u osas, con la calamidad comparar nuestra,
530 ninfa, la tuya? Vi también de luz carentes los reinos
y lacerado calenté mi cuerpo del Flegetonte en la onda,
y no, sino con una vigorosa medicina del vástago de Apolo,
devuelta la vida me fuera; la cual, después que con esas fuertes
hierbas y con la ayuda peonia, para indignación de Dite,
recobré, 535 entonces a mí, para que aparecido no aumentara
del don este

la envidia, densas me opuso la Cintia unas nubes,
y para que estuviera guardado y pudiera impunemente ser
visto, me añadió edad y no reconocible me dejó
el rostro mío y a Creta mucho tiempo dudó si para habitarla
540 me entregaría o a Delos. Delos y Creta abandonadas
aquí me puso y un nombre al mismo tiempo, que pudiera mis
caballos evocar, me ordena que deponga y: «Quien fuiste
Hipólito», dijo, «ahora, el mismo, Virbio sé».

Este bosque desde entonces honro y, de los dioses menores
uno, 545 bajo el nombre de mi señora me oculto y hacienda
suya soy».

Non tamen Egeriae luctus aliena levare damna valent;
montisque iacens radicibus imis liquitur in lacrimas, donec
pietate dolentis

mota soror Phoebi gelidum de corpore fontem 550 fecit et
aeternas artus tenuavit in undas.

Et nymphas tetigit nova res, et Amazone natus haut aliter
stupuit, quam cum Tyrrhenus arator fatalem glaebam mediis
adspexit in arvis

sponte sua primum nulloque agitante moveri, 555 sumere
mox hominis terraeque amittere formam oraque venturis
aperire recentia fati:

indigenae dixere Tagen, qui primus Etruscum edocuit gentem
casus aperire futuros;

utve Palatinis haerentem collibus olim 560 cum subito vidit
frondescere Romulus hastam, quae radice nova, non ferro
stabat adacto

et iam non telum, sed lenti viminis arbor non expectatas dabat
admirantibus umbras;

aut sua fluminea cum vidit Cibus in unda 565 cornua (vidit
enim) falsamque in imagine credens esse fidem, digitis ad
frontem saepe relatis,

quae vidit, tetigit, nec iam sua lumina damnans restitit, ut victor
domito remeabat ab hoste,

ad caelumque oculos et eodem bracchia tollens 570 'quicquid,'
ait 'superi, monstro portenditur isto,

seu laetum est, patriae laetum populoque Quirini, sive minax,
mihi sit.' viridique e caespite factas placat odoratis herbosas
ignibus aras

vinaque dat pateris mactatarumque bidentum, 575 quid sibi
significant, trepidantia consulit exta;

quae simul adspexit Tyrrhenae gentis haruspex, magna quidem
rerum molimina vidit in illis, non manifesta tamen; cum vero
sustulit acre

a pecudis fibris ad Cipi cornua lumen, 580 'rex,' ait 'o! salve!
tibi enim, tibi, Cipe, tuisque hic locus et Latiae parebunt
cornibus arces.

tu modo rumpe moras portasque intrare patentes adpropera!
sic fata iubent; namque urbe receptus rex eris et sceptro tutus
potiere perenni.' 585 rettulit ille pedem torvamque a moenibus
urbis avertens faciem 'procul, a! procul omnia' dixit 'taliam di
pellant! multoque ego iustius aevum exul agam, quam me
videant Capitolia regem.'

dixit et extemplo populumque gravemque senatum 590

convocat, ante tamen pacali cornua lauro velat et aggeribus
factis a milite forti insistit priscosque deos e more precatus

'est' ait 'hic unus, quem vos nisi pellitis urbe,

rex erit: is qui sit, signo, non nomine dicam: 595 cornua fronte
gerit! quem vobis indicat augur,

si Romam intrarit, famularia iura daturum. ille quidem potuit
portas inrumpere apertas, sed nos obstitimus, quamvis
coniunctior illo

nemo mihi est: vos urbe virum prohibete, Quirites, 600

vel, si dignus erit, gravibus vincite catenis aut finite metum
fatalis morte tyranni!' qualia succinctis, ubi trux insibilat eurus,

Tages. La lanza de Rómulo. Cipo

No, aun así, de Egeria los lutos las ajenas pérdidas

capaces son de aliviar, y de un monte tendida en sus raíces
hondas se disuelve en lágrimas, hasta que por piedad de la
doliente

conmovida la hermana de Febo, gélido, de su cuerpo un
manantial 550 hizo y sus miembros atenuó en eternas ondas.

También a las ninfas tocó ese nuevo asunto, y de la Amazona el
nacido no de otro modo quedó suspendido que cuando el
tirreno labrador

un hadado terrón contempló en mitad de los campos

que por voluntad propia primero, sin que nadie lo agitara, se
movía, 555

que tomaba luego la de hombre, de tierra remitía la forma, y que su boca abría reciente para los venideros hados:

los nativos le llamaron Tages, el primero que enseñó de Etruria a la gente a abrir los casos futuros.

O como en los palatinos collados en otro tiempo, prendida, 560 cuando súbitamente vio brotar Rómulo su asta,

la cual, con una raíz nueva, no por el hierro clavado se alzaba, y ya no arma, sino de flexible mimbre un árbol,

no esperadas daba a los que se admiraban sombras.

O de la corriente cuando vio Cipo en la onda 565

los cuernos suyos -pues los vio-, y que una falsa fe había

creyendo en la imagen, sus dedos a su frente muchas veces llevando, lo que veía tocó y, ya sus ojos sin culpar,

se detuvo, cual regresaba vencedor del dominado enemigo, y al cielo sus ojos y al mismo sus brazos levantando: 570

«Lo que quiera», dice, «altísimos, que con el prodigio se pronostique este,

si alegre es: para mi patria alegre y para el pueblo de Quirino, o si amenazador: para mí lo sea», y de césped verde hechas aplaca con aromados fuegos, herbosas, esas aras,

y vinos les da en páteras y de unas inmoladas bidentes 575 qué a él le indiquen consulta, palpitantes, sus entrañas.

Las cuales, al mismo tiempo que las contempló de la tirrena
gente el arúspice,
grandes proyectos de estados ciertamente vio en ellas, no
manifiestos, aun así. Pero cuando levantó aguda
su mirada desde las fibras de la res hacia los cuernos de Cipo:
580

«Rey», dice, «oh, salve, pues a ti, Cipo, este lugar
y de la Lacia obedecerán, a los cuernos tuyos, los recintos.
Tú sólo rompe tus demoras y por esas puertas a entrar abiertas
apresúrate. Así los hados lo ordenan, pues por la ciudad
recibido rey serás y de un cetro te apoderarás, seguro tú,
perenne». 585 Retiró él su pie, y de las murallas de la ciudad
volviendo

torva su faz: «Lejos, ah, lejos los presagios tales», dijo,
«rechacen los dioses, y mucho más justamente yo mi edad
como exiliado pase, que a mí me vean los Capitolios como rey».
Dijo y al instante al pueblo y al grave senado convoca, 590
antes, con todo, con un laurel de paz sus cuernos vela
y en unos parapetos hechos por soldado fuerte
se instala y a los dioses, según la primitiva costumbre, rezando:
«Hay», dice, «aquí uno al que vosotros si no expulsáis de la
ciudad rey será. Él, quién sea os indico, no por su nombre lo

llamaré: 595 cuernos en la frente lleva. El cual a vosotros os delata el augur,

si a Roma entrara, que de fámulos unas leyes os ha de dar. Él ciertamente ha podido por esas puertas irrumpir, abiertas, pero yo me opuse, aunque más unido con él

nadie que yo está. Vosotros de la ciudad a este varón vetad, Quirites, 600

o si digno fuera, atadle con pesadas cadenas

o poned fin al miedo con la muerte de ese fatal tirano».

Cuales los murmullos que cuando atroz silba el euro en los arremangados

murmura pinetis fiunt, aut qualia fluctus aequorei faciunt, siquis procul audiat illos, 605 tale sonat populus; sed per confusa frementis verba tamen vulgi vox eminent una 'quis ille est?' et spectant frontes praedictaque cornua quaerunt.

rursus ad hos Cibus 'quem poscitis,' inquit 'habetis' et dempta capiti populo prohibente corona 610 exhibuit gemino praesignia tempora cornu. demisere oculos omnes gemitumque dedere

atque illud meritis clarum (quis credere possit?) inviti videre caput: nec honore carere

ulterius passi festam inposuere coronam; 615 at proceres,
quoniam muros intrare vetaris, ruris honorati tantum tibi, Cipe,
dedere, quantum depresso subiectis bobus aratro complecti
posses ad finem lucis ab ortu.

cornuaque aeratis miram referentia formam 620 postibus
insculpunt, longum mansura per aevum.

Pandite nunc, Musae, praesentia numina vatum, (scitis enim,
nec vos fallit spatiosa vetustas,)

unde Coroniden circumflua Thybridis alti insula Romuleae sacris
adiecerit urbis. 625

Dira lues quondam Latias vitiaverat auras, pallidaque exsanguis
squalebant corpora morbo. funeribus fessi postquam mortalia
cernunt temptamenta nihil, nihil artes posse medentum,
auxilium caeleste petunt mediamque tenentes 630 orbis humum
Delphos adeunt, oracula Phoebi, utque salutifera miseris
succurrere rebus

sorte velit tantaeque urbis mala finiat, orant: et locus et laurus
et, quas habet ipse, pharetrae

intremuere simul, cortinaque reddidit imo 635 hanc adyto
vocem pavefactaque pectora movit 'quod petis hinc, propiore
loco, Romane, petisses, et pete nunc propiore loco: nec Apolline
vobis, qui minuat luctus, opus est, sed Apolline nato.

ite bonis avibus prolemque accersite nostram.' 640 iussa dei
prudens postquam accepere senatus,
quam colat, explorant, iuvenis Phoebius urbem, quique petant
ventis Epidauria litora, mittunt; quae simul incurva missi tetigere
carina,
concilium Graiosque patres adiere, darentque, 645 oravere,
deum, qui praesens funera gentis
finiat Ausoniae: certas ita dicere sortes. dissidet et variat
sententia, parsque negandum non putat auxilium, multi retinere
suamque
non emittere opem nec numina tradere suadent: 650 dum
dubitant, seram pepulere crepuscula lucem; umbraque telluris
tenebras induxerat orbi,
cum deus in somnis opifer consistere visus ante tuum, Romane,
torum, sed qualis in aede
esse solet, baculumque tenens agreste sinistra 655 caesariem
longae dextra deducere barbae
et placido tales emittere pectore voces:
'pone metus! veniam simulacraque nostra relinquam. hunc
modo serpentem, baculum qui nexibus ambit, perspice et usque
nota visu, ut cognoscere possis! 660

pinas se producen, o cuales los que los oleajes marinos hacen
si alguien de lejos los oye a ellos, 605

tal suena el pueblo, pero a través de las confusas palabras
de ese vulgo que rumoreaba, aun así, una voz emerge sola:
«¿Quién él es?»

y miran las frentes y los predichos cuernos buscan.

De vuelta a ellos Cipo: «Al que demandáis», dice, «tenéis»
y quitándose de la cabeza, mientras el pueblo se lo impedía la
corona, 610

exhibió, insignes de su gemelo cuerno, sus sienes.

Bajaron los ojos todos y un gemido dieron

y a aquella cabeza por sus méritos brillante -¿quién creerlo
podría?- contra la voluntad de ellos, vieron, y que ella careciera
de su honor sin poder ellos más allá soportar, le impusieron,
festiva, una corona. 615 Mas los próceres, puesto que a los
muros entrar a él se le veta, tanto campo honorado a ti, Cipo, te
dieron,

cuanto con un hundido arado, a él sometidos unos bueyes,
abarcar pudieras hasta el final de la luz desde su nacimiento y
unos cuernos que repetían esa admirable forma 620

en las bronceas jambas esculpen, que permanecerían durante
la larga edad.

Esculapio en Roma

Desvelad ahora, Musas, presentes númenes de los poetas, pues lo sabéis y no os engaña a vosotras su espaciosa vejez, de dónde que la circunfluida Isla del Tíber alto

añadiera al Corónida a los sacrificios de la ciudad de Rómulo.

625 Una siniestra peste un día había corrompido del Lacio las auras

y pálidos se demacraban los cuerpos por causa de esa exangüe enfermedad.

De funerales cansados, después que los mortales intentos ven que nada, nada las artes podían de los sanadores, auxilio celeste buscan y a la que tiene la tierra central 630 del orbe, a Delfos, acuden, a los oráculos de Febo,

y que con una salutífera ventura socorrer sus desgraciados estados quiera y de tan gran ciudad las desgracias acabe, piden.

Tanto el lugar como el laurel y las que tiene él mismo, sus aljabas, temblaron al mismo tiempo, y el trípode devolvió desde lo hondo 635 del santuario esta voz y sus pavoridos pechos conmovió:

«Lo que buscas de aquí de más cercano lugar, Romano, hubieses buscado,

y búscalos ahora en más cercano lugar, ni de Apolo a vosotros, que minore vuestros lutos, menester es, sino del nacido de

Apolo. Id con buenas aves y a la descendencia acudid nuestra».

640

Los mandatos del dios después que prudente oyó el senado,
qué ciudad honra, exploran, el joven Febeio,

y quienes busquen con los vientos de Epidauro los litorales
envían. Los cuales, una vez que con la encurvada quilla los
tocaron los enviados, al consejo y a los griegos padres
acudieron, y que les dieran, 645 les rogaron, al dios, el cual
presente los funerales acabe

de la gente ausonia: certeras, que así lo decían las venturas.

Disiente y varía su parecer, y parte de negar

no considera el auxilio, muchos que retengan y

que no envíen la ayuda suya ni sus númenes cedan aconsejan.

650 Mientras dudan, atardecida, expulsan los crepúsculos a la
luz

y la sombra de la tierra había introducido las tinieblas al orbe,

cuando el dios en sueños, el Auxiliador, pareciendo que se

detenía ante el lecho tuyo, Romano, pero cual en su templo

estar suele, y el cayado agreste sosteniendo con su izquierda,

655 que la melena con la derecha se abajaba de su larga barba,

y con plácido pecho que expresaba tales voces:

«Deja los miedos. Iré, y las imágenes nuestras dejaré.

Sólo en esta sierpe que mi cayado con sus anillos envuelve
fíjate, y grábala en tu mirada hasta que reconocerla puedas.

660

vertar in hunc: sed maior ero tantusque videbor, in quantum
verti caelestia corpora debent.' extemplo cum voce deus, cum
voce deoque somnus abit, somnique fugam lux alma secuta est.
postera sidereos aurora fugaverat ignes: 665 incerti, quid
agant, proceres ad templa petiti conveniunt operosa dei,
quaque ipse morari

sede velit, signis caelestibus indicet, orant. vix bene desierant,
cum cristis aureus altis

in serpente deus praenuntia sibila misit 670 adventuque suo
signumque arasque foresque marmoreumque solum
fastigiaque aurea movit pectoribusque tenuis media sublimis in
aede constitit atque oculos circumtulit igne micantes: territa
turba pavet, cognovit numina castos 675 evinctus vitta crines
albente sacerdos

et 'deus en, deus est! animis linguisque favete, quisquis ades!
dixit 'sis, o pulcherrime, visus utiliter populosque iuves tua sacra
colentes!' quisquis adest, iussum veneratur numen, et omnes
680 verba sacerdotis referunt geminata piumque Aeneadae
praestant et mente et voce favorem. adnuit his motisque deus
rata pignora cristis

ter repetita dedit vibrata sibila lingua;

tum gradibus nitidis delabitur oraque retro 685 flectit et
antiquas abiturus respicit aras adsuetasque domos
habitataque templa salutat. inde per iniectis adopertam floribus
ingens serpit humum flectitque sinus mediamque per urbem
tendit ad incurvo munitos aggere portus. 690 restitit hic
agmenque suum turbaeque sequentis officium placido visus
dimittere vultu

corpus in Ausonia posuit rate: numinis illa sensit onus, pressa
estque dei gravitate carina; Aeneadae gaudent caesoque in
litore tauro 695 torta coronatae solvunt retinacula navis.
inpulerat levis aura ratem: deus eminent alte inpositaque
premens puppim cervice recurvam

caeruleas despectat aquas modicisque per aequor Ionium
zephyris sextae Pallantidos ortu 700 Italiam tenuit praeterque
Lacinia templo nobilitate deae Scylaceaque litora fertur;
linquit Iapygiam laevisque Amphrisia remis saxa fugit, dextra
praerupta Cocinthia parte,

Romethiumque legit Caulonaque Naryciamque 705 evincitque
fretum Siculique angusta Pelori Hippotadaeque domos regis
Temesesque metalla Leucosiamque petit tepidique rosaria
Paesti.

inde legit Capreas promunturiumque Minervae et Surrentino
generosos palmite colles 710

Herculeamque urbem Stabiasque et in otia natam Parthenopen
et ab hac Cumaeae templa Sibyllae. hinc calidi fontes

lentisciferumque tenetur Liternum multamque trahens sub
gurgite harenam Volturnus niveisque frequens Sinuessa
columbis 715

Minturnaeque graves et quam tumulavit alumnus
Antiphataeque domus Trachasque obsessa palude et tellus
Circaea et spissi litoris Antium.

huc ubi veliferam nautae advertere carinam,

Me tornaré en ella, pero mayor seré y tan grande pareceré, en
cuanto tornarse los celestes cuerpos deben».

Al instante con su voz el dios, con la voz y el dios el sueño se va,
y del sueño a la huida la luz nutricia siguió.

La posterior aurora había puesto en fuga a los constelados
fuegos. 665

Inseguros de qué hacer los próceres hacia los templos labrados
acuden del buscado dios y en qué sede él mismo morar quiera,
que con señales celestes indique le ruegan.

Apenas si habían cesado cuando áureo de sus crestas altas
en la serpiente el dios unos prenunciadores silbos lanzó, 670 y
con la llegada suya su estatua y aras y puertas

y marmóreo el suelo y los techos áureos movió

y hasta su pecho sublime en la mitad del templo se apostó y sus
ojos llevó alrededor de fuego rielantes.

Aterrada la multitud se espanta: reconoció sus númenes, 675
ceñido en sus castos cabellos por la venda blanqueciento, el
sacerdote y:

«El dios, he aquí, el dios es. Con vuestros ánimos y lenguas
favorecedle,

todo el que asiste», dijo. «Que seas, oh bellísimo, aparecido
con provecho y a los pueblos ayudes que tus sacrificios
honran».

Todo el que asiste al ordenado numen venera y todos 680 las
palabras del sacerdote repiten geminadas y, piadoso, los
Enéadas le ofrecen en su mente y voz su favor.

Asiente a ellos, y con sus movidas crestas el dios ratificadas
prendas, y repetidos dio silbos vibrando su lengua.

Entonces por las escaleras nítidas se desliza y su rostro atrás
685 gira y al partir se vuelve a contemplar sus antiguas aras,
y sus acostumbradas casas y habitados templos saluda. De ahí,
por la tierra, de las flores a él echadas cubierta, ingente serpea
y gira sus senos y por mitad de la ciudad

tira, fortificados por un encurvado parapeto, hacia los puertos.
690 Se detuvo allí y el tropel suyo y de la multitud que le seguía
el servicio con plácido rostro pareciendo que despedía, su
cuerpo puso de Ausonia en el barco. De la divinidad él

sintió la carga y hundióse del dios por la gravedad el casco. Los Enéadas se regocijan e inmolado en el litoral un toro 695 las torcidas amarras sueltan de la coronada nave.

Había empujado una leve aura el barco. El dios sobresale en alto, y con su cerviz en ella impuesta, hundiendo la popa recurva, abajo contempla las azules aguas y con moderados céfiros

por la superficie jonia, de la sexta Palántide en el nacimiento, 700 Italia alcanzó y por delante de los del Lacinio,

ennoblecidos por el templo de su diosa, y de los litorales Esciláceos pasa. Deja atrás la Iapigia y con los izquierdos remos de las anfrisias rocas huye, por la derecha parte los rompientes celenios,

y el Rometio recorre y Caulón y Naricia 705

y vence el estrecho y las angusturas del sículo Peloro

y del Hipótada las casas, del rey, y de Temese las minas, y a Leucosia se dirige y los rosales del tibio Pesto.

De ahí recorre la Cáprea y el promontorio de Minerva y generosos de surrentino sarmiento esos collados, 710

y de Hércules la ciudad y Estabias y para los ocios nacida Parténope y desde ella los templos de la cumea Sibila.

De aquí los calientes manantiales y portador de lentisco

se alcanza el Literno y arrastrando bajo su abismo mucha arena el Volturmo, y concurrida de nevadas palomas Sinuesa, 715

y las Minturnas graves y a la que sepultó su ahijado y de Antífates las casas y Tracas sitiada de marisma y la tierra circea y de denso litoral Ancio.

Aquí cuando los navegantes tornaron su velera quilla

(asper enim iam pontus erat), deus explicat orbis 720 perque sinus crebros et magna volumina labens templa parentis in it flavum tangentia litus. aequore placato patrias Epidaurius aras linquit et hospitio iuncti sibi numinis usus litoream tractu squamae crepitantis harenam 725 sulcat et innixus moderamine navis in alta

puppe caput posuit, donec Castrumque sacrasque Lavini sedes Tiberinaque ad ostia venit.

huc omnis populi passim matrumque patrumque obvia turba ruit, quaeque ignes, Troica, servant, 730 Vesta, tuos, laetoque deum clamore salutant. quaque per adversas navis cita ducitur undas, tura super ripas aris ex ordine factis

parte ab utraque sonant et odorant aera fumis, ictaque coniectos incalfacit hostia cultros. 735 iamque caput rerum, Romanam intraverat urbem: erigitur serpens summoque acclinia malo

colla movet sedesque sibi circumspicit aptas. scinditur in
geminas partes circumfluus amnis (Insula nomen habet)
laterumque a parte duorum 740 porrigit aequales media tellure
lacertos:

huc se de Latia pinu Phoebius anguis contulit et finem specie
caeleste resumpta luctibus inposuit venitque salutifer urbi.

Hic tamen accessit delubris advena nostris: 745 Caesar in
urbe sua deus est; quem Marte togaque praecipuum non bella
magis finita triumphis

resque domi gestae properataque gloria rerum in sidus vertere
novum stellamque comantem,

quam sua progenies; neque enim de Caesaris actis 750 ullum
maius opus, quam quod pater exstitit huius: scilicet aequoreos
plus est domuisse Britannos perque papyriferi septemflua
flumina Nili victrices egisse rates Numidasque rebelles
Cinyphiumque Iubam Mithridateisque tumentem 755 nominibus
Pontum populo adiecisse Quirini

et multos meruisse, aliquos egisse triumphos, quam tantum
genuisse virum, quo praeside rerum humano generi, superi,
favistis abunde!

ne foret hic igitur mortali semine cretus, 760 ille deus
faciendus erat; quod ut aurea vidit Aeneae genetrix, vidit

quoque triste parari pontifici letum et coniurata arma moveri,
palluit et cunctis, ut cuique erat obvia, divis

'adspice,' dicebat 'quanta mihi mole parentur 765 insidiae,
quantaque caput cum fraude petatur, quod de Dardanio solum
mihi restat Iulo.

solane semper ero iustis exercita curis,

quam modo Tydidae Calydonia vulneret hasta, nunc male
defensae confundant moenia Troiae, 770 quae videam natum
longis erroribus actum iactarique freto sedesque intrare
silentium bellaque cum Turno gerere, aut, si vera fatemur, cum
Iunone magis? quid nunc antiqua recordor damna mei generis?
timor hic meminisse priorum 775 non sinit; en acui sceleratos
cernitis enses.

-pues áspero ya el ponto estaba- el dios despliega sus orbes
720

y mediante sinuosidades múltiples y sus grandes roscas
deslizándose, en los templos de su padre entra, que tocaban el
rubio litoral.

La superficie aplacada, el Epidaurio las paternas aras

abandona y del hospedaje de la divinidad a él unida
habiéndose servido, ribereña, con el arrastre de su escama

crujiente surca la arena 725 y apoyándose en el gobernalle de la nave en la alta

popa su cabeza puso, hasta que a Castro y las sagradas sedes de Latino y hasta las embocaduras del Tíber llegó.

Aquí de todo el pueblo por todas partes y de las madres y de los padres

al paso la multitud se lanza y las que los fuegos, oh troyana Vesta, 730 guardan tuyos, y con alegre clamor al dios saludan, y por donde a través de las enfrentadas ondas la nave rápida es conducida,

inciensos sobre las riberas, en aras por orden hechas, por ambas partes suenan y aroman el aire de sus humos,

y herida entibia la víctima a ella lanzados los cuchillos. 735

Y ya a la cabeza de los estados, de Roma había entrado a la ciudad: se yergue la sierpe y en lo alto del mástil empinada

su cuello mueve y sedes para sí alrededor busca aptas. Se escinde en gemelas partes, circunfluyente su caudal

-Isla de nombre tiene- y por la parte de los costados ambos, 740 extiende iguales, en medio la tierra, sus brazos:

aquí desde el pino del Lacio la Febeia serpiente

se traslada y un fin, su apariencia celeste retomada, a los lutos impuso y vino el Saludador a la Ciudad.

La apoteosis de Julio César

Él, aun así, accedió a los santuarios nuestros como forastero:

745 César en la ciudad suya dios es, al cual, principal por su Marte

y por su toga, no las guerras más, finalizadas en triunfos,

y las hazañas en la paz realizadas, y la apresurada gloria de tales hazañas,

en constelación lo tornaron nueva y en estrella crinada, antes que su descendiente, pues de los hechos de César 750 ninguna mayor obra que el ser su padre subsiste de éste.

¿No es claramente más haber dominado a los marinos britanos

y por los séptuples cauces de los caudales del Nilo, portador de papiro, vencedores haber llevado sus barcos, y a los númeridas rebeldes

y al cinifio Iuba y de Mitridates henchido por los nombres 755 el Ponto el pueblo anexionar de Quirino,

y muchos haber merecido, algunos triunfos haber llevado,

antes que a tan gran varón haber engendrado? Con quien de presidente de los estados

a la humana stirpe, altísimos, favorecisteis en abundancia.

Para que no fuera éste, así pues, de mortal simiente creado, 760

a aquél dios de hacerse había, lo cual, cuando áurea lo vio,

de Eneas la madre, vio también que triste se preparaba

para el pontífice una muerte y que conjuradas armas se
movilizaban, palideció, y a todos, según a cada cual al paso
salía, los divinos:

«Contempla», le decía, «con cuánta mole para mí se preparan
765 insidias y con cuánto fraude esa cabeza se busca,
la cual del dardanio Julo sola a mí me resta.

¿Acaso sola siempre seré hostigada por justos cuidados, a
quien ora del Tidida la calidonia asta hiera,
ahora esparzan las murallas de mi defendida Troya, 770 quien
vea a mi hijo por largos errares empujado
y ser zarandeado por el mar y en las sedes entrar de los silentes
y guerras con Turno hacer o, si la verdad confesamos,
con Juno más? ¿A qué ahora recuerdo las antiguas
pérdidas de mi estirpe? El temor este acordarme de los
anteriores 775 no me deja. Contra mí que se afilan veis
criminales espadas.

quos prohibete, precor, facinusque repellite neve caede
sacerdotis flammis exstinguite Vestae!

Talia nequiquam toto Venus anxia caelo

verba iacit superosque movet, qui rumpere quamquam 780
ferrea non possunt veterum decreta sororum, signa tamen
luctus dant haut incerta futuri;

arma ferunt inter nigras crepitantia nubes terribilesque tubas
auditaque cornua caelo praemonuisse nefas; solis quoque tristis
imago 785 lurida sollicitis praebebat lumina terris;

saepe faces visae mediis ardere sub astris, saepe inter nimbos
guttae cecidere cruentae; caerulus et vultum ferrugine Lucifer
atra

sparsus erat, sparsi lunares sanguine currus; 790 tristia mille
locis Stygius dedit omina bubo, mille locis lacrimavit ebur,
cantusque feruntur auditi sanctis et verba minantia lucis.

victima nulla litat, magnosque instare tumultus fibra monet,
caesumque caput reperitur in extis, 795 inque foro circumque
domos et templa deorum nocturnos ululasse canes umbrasque
silentium erravisse ferunt motamque tremoribus urbem.

non tamen insidias venturaque vincere fata praemonitus
potuere deum, strictique feruntur 800 in templum gladii:
neque enim locus ullus in urbe ad facinus diramque placet nisi
curia caedem.

tum vero Cytherea manu percussit utraque pectus et Aeneaden
molitur condere nube,

qua prius infesto Paris est ereptus Atridae, 805 et Diomedeos
Aeneas fugerat enses.

talibus hanc genitor: 'sola insuperabile fatum, nata, movere
paras? intres licet ipsa sororum tecta trium: cernes illic molimine
vasto

ex aere et solido rerum tabularia ferro, 810 quae neque
concursum caeli neque fulminis iram nec metuunt ulla tuta
atque aeterna ruinas; invenies illic incisa adamante perenni
fata tui generis: legi ipse animoque notavi

et referam, ne sis etiamnum ignara futuri. 815 hic sua complevit,
pro quo, Cytherea, laboras, tempora, perfectis, quos terrae
debuit, annis. ut deus accedat caelo templisque colatur,
tu facies natusque suus, qui nominis heres inpositum feret unus
onus caesique parentis 820 nos in bella suos fortissimus ultor
habebit.

illius auspiciis obsessae moenia pacem

victa petent Mutinae, Pharsalia sentiet illum, Emathiique iterum
madefient caede Philippi,

et magnum Siculis nomen superabitur undis, 825 Romanique
ducis coniunx Aegyptia taedae

non bene fisa cadet, frustra que erit illa minata, servitura suo
Capitolia nostra Canopo.

quid tibi barbariam gentesque ab utroque iacentes oceano
numerem? quodcunque habitabile tellus 830 sustinet, huius erit:
pontus quoque serviet illi!

'Pace data terris animum ad civilia vertet iura suum legesque
feret iustissimus auctor exemploque suo mores reget inque
futuri temporis aetatem venturorumque nepotum 835

Las cuales prohibid, os suplico, y tal fechoría rechazad, o no,
con la matanza de su sacerdote, las llamas extinguid de Vesta».

Para nada por todo el cielo Venus ansiosa

tales palabras, vierte, y a los altísimos conmueve, los cuales,
romper aunque 780

los férreos decretos no pueden de las viejas hermanas, señales
aun así del luto dan, no inciertas, futuro.

Armas dicen que entre negras nubes crepitantes y terribles
tubas y oídos cuernos en el cielo

presagiaron la abominación. Del sol también una triste imagen
785 lívidas ofrecía sus luces a las angustiadas tierras.

A menudo antorchas parecieron arder por en medio de los
astros. A menudo entre las borrascas gotas cayeron
ensangrentadas.

Azul también, por su rostro, el Lucero de herrumbre negra
asperjado estuvo, asperjados los lunares carros de sangre. 790

Tristes en mil lugares dio sus augurios el estigio búho,

en mil lugares lagrimó el marfil y cantos se dice

que se oyeron y palabras amenazantes en los santos bosques.

Victima ninguna aplaca, y de que acucian grandes tumultos

la entraña advierte, y una cortada cabeza se halla en unas vísceras 795 y en el foro y alrededor de las casas y templos de los dioses

que nocturnos aullaban perros y que sombras de silentes erraban cuentan, y que se movió con temblores la ciudad.

No, aun así, las insidias y los venideros hados vencer pudieron las premoniciones de los dioses y empuñadas van 800 al templo las espadas, pues lugar alguno en la ciudad

para la fechoría y para ese siniestro asesinato no place sino la Curia. Entonces verdaderamente Citerea con su mano se golpeó, una y otra, el pecho, y al Enéada pugna por esconder en esa nube

con la que antes Paris fue arrebatado al infesto Atrida 805 y Eneas de Diomedes había huido a las espadas.

Con tales a ella su padre: «¿Sola un insuperable hado,

hija, a inmutar te dispones? Entrar puedes tú misma en los aposentos de las tres hermanas. Verás allí de envergadura vasta

de bronce y sólido hierro los archivos de las cosas, 810 que ni el embate del cielo, ni del rayo la ira,

ni temen ningunas, seguros y eternos, ruinas.

Encontrarás allí, tallados en acero perenne

los hados de tu estirpe. Los leí yo mismo y en mi ánimo los grabé y repetiré, para que no seas todavía ahora desconocedora del futuro. 815 Éste los tiempos suyos ha completado, por el que, Citerea, te afanas, al acabar, los que a la tierra debía, sus años. Que de dios acceda al cielo y en templos se le honre tú lo harás, y el hijo suyo, quien de sus nombres heredero llevará él solo esa carga impuesta y de su asesinado padre 820 a nosotros, suyos para las guerras, fortísimo vengador nos tendrá.

De él con los auspicios las murallas vencidas paz pedirán de la asediada Módena, Farsalia lo sentirá a él, y de nuevo se mojarán de matanza los ematios Filipos, y un gran nombre será vencido en las sículas ondas, 825 y de un romano general la esposa egipcia, en sus antorchas no para bien confiada, caerá, y en vano habrá ella amenazado que servirían los Capitolios nuestros al Canopo suyo.

¿A qué a ti la extranjería y los pueblos yacentes por uno y otro Océano he de enumerarte? Cuanto de habitable la tierra 830 sostiene de él será: el ponto también lo servirá a él.

«Paz dada a las tierras, el ánimo a los civiles derechos tornará suyo, y leyes dará, su justísimo autor, y con el ejemplo suyo la moral regirá, y de la edad

del futuro tiempo y de sus venideros nietos vigilante, 835

prospiciens prolem sancta de coniuge natam ferre simul
nomenque suum curasque iubebit, nec nisi cum senior meritis
aequaverit annos, aetherias sedes cognataque sidera tanget.

hanc animam interea caeso de corpore raptam 840 fac iubar,
ut semper Capitolia nostra forumque divus ab excelsa
prospectet Iulius aede!

Vix ea fatus erat, medi cum sede senatus constitit alma Venus
nulli cernenda suique Caesaris eripuit membris nec in aera solvi
845 passa recentem animam caelestibus intulit astris dumque
tulit, lumen capere atque ignescere sensit emisitque sinu: luna
volat altius illa flammiferumque trahens spatioso limite crinem
stella micat natique videns bene facta fatetur 850 esse suis
maiora et vinci gaudet ab illo.

hic sua praeferrere quamquam vetat acta paternis, libera fama
tamen nullisque obnoxia iussis invitum praefert unaque in parte
repugnat:

sic magnus cedit titulis Agamemnonis Atreus, 855 Aegea sic
Theseus, sic Pelea vicit Achilles; denique, ut exemplis ipsos
aequantibus utar,

sic et Saturnus minor est Iove: Iuppiter arces temperat
aetherias et mundi regna triformis,

terra sub Augusto est; pater est et rector uterque.860 di, precor,
Aeneae comites, quibus ensis et ignis cesserunt, dique Indigetes
genitorque Quirine

urbis et invicti genitor Gradive Quirini Vestaque Caesareos inter
sacrata penates,

et cum Caesarea tu, Phoebae domestice, Vesta, 865 quique
tenes altus Tarpeias Iuppiter arces,

quosque alios vati fas appellare piumque est: tarda sit illa dies
et nostro serior aevo,

qua caput Augustum, quem temperat, orbe relicto accedat
caelo faveatque precantibus absens! 870

Iamque opus exegi, quod nec Iovis ira nec ignis nec poterit
ferrum nec edax abolere vetustas.

cum volet, illa dies, quae nil nisi corporis huius ius habet, incerti
spatium mihi finiat aevi:

parte tamen meliore mei super alta perennis 875 astra ferar,
nomenque erit indelebile nostrum, quaque patet domitis
Romana potentia terris, ore legar populi, perque omnia saecula
fama, siquid habent veri vatum praesagia, vivam.

el vástago de su santa esposa nacido que lleve al mismo tiempo también el nombre suyo y sus cuidados ordenará, y no, sino cuando con sus méritos haya igualado sus años, las etéras sedes y sus emparentadas constelaciones tocará.

Esta ánima, entre tanto, de su asesinado cuerpo arrebatada, 840 hazla tú luminaria, para que siempre los Capitolios nuestros y el foro, divino, desde excelsa sede vigile Julio».

Apenas ello dicho había cuando en medio de la sede del Senado se posó la nutricia Venus, para nadie visible, y de su

César arrebató a sus miembros y -sin permitir que en el aire 845 se disipara- su reciente ánima llevó a los celestes astros,

y mientras la llevaba, que luz cobraba y fogueaba sintió y la soltó de su seno. Que la luna vuela más alto ella,

y llameante arrastrando de espaciosa senda una crin

como estrella centellea y de su hijo viendo sus buenas obras confiesa 850

que son que las tuyas mayores y de ser vencido se goza por él.

Él los hechos suyos que se antepongan veta a los paternos,

libre la fama, aun así, y a ningunos mandados sujeta,

a él contra su voluntad antepone, y en esta sola parte le

combate. Así, grande, cede a los títulos de Agamenón Atreo,

855

Egeo así a Teseo, así a Peleo venció Aquiles.

En fin, para de ejemplos a ellos semejantes servirme, así
también Saturno menor es que Júpiter;

Júpiter los recintos modera etéreos y del mundo triforme los
reinos: la tierra bajo Augusto está. Padre es y soberano uno y
otro. 860

Dioses, os lo suplico, de Eneas los acompañantes, a quienes la
espada y el fuego

cedieron, y dioses Indígetes y padre, Quirino,

de la ciudad y del invicto Quirino padre, Gradivo, y Vesta, de
César entre los penates consagrada,

y con la cesárea Vesta tú, Febo doméstico, 865

y quien tienes el alto Júpiter de Tarpeya los recintos,

y a cuantos otros para un vate justo apelar y piadoso es: tardío
sea aquel día y posterior a nuestra edad,

en el que la cabeza Augústea, el orbe que él modera
abandonando, acceda al cielo y favorezca, ausente, a los que le
rezan. 870

Epílogo

Y ya una obra he concluido que ni de Júpiter la ira ni los fuegos,
ni pudiera el hierro ni devoradora abolir la vejez.

Cuando quiera aquel día que en nada sino en el cuerpo este
jurisdicción tiene, el espacio de mi incierta edad acabe.

Con la parte aun así mejor de mí sobre los altos astros, 875
perenne, iré, y un nombre será indeleble el nuestro,
y por donde se abre el romano poderío a sus dominadas tierras,
con la boca se me leerá del pueblo y a través de todos los siglos
en la fama,
si algo tienen de verdadero de los poetas los presagios, viviré.

InfoLibros.org

